

ANT

XIX

1746

R 11695



COLECCION
DE LOS MEJORES
AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XV.

TESORO
DEL PARNASO ESPAÑOL.







W. H. B. Scudder del. & sculp.

N. J. QUINTANA.

Handwritten signature

TESORO

DEL

PARNASO ESPAÑOL,

POESIAS SELECTAS CASTELLANAS

DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA HASTA NUESTROS DIAS.

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR DON MANUEL JOSEF QUINTANA.



NEVA EDICION AUMENTADA Y CORREGIDA.



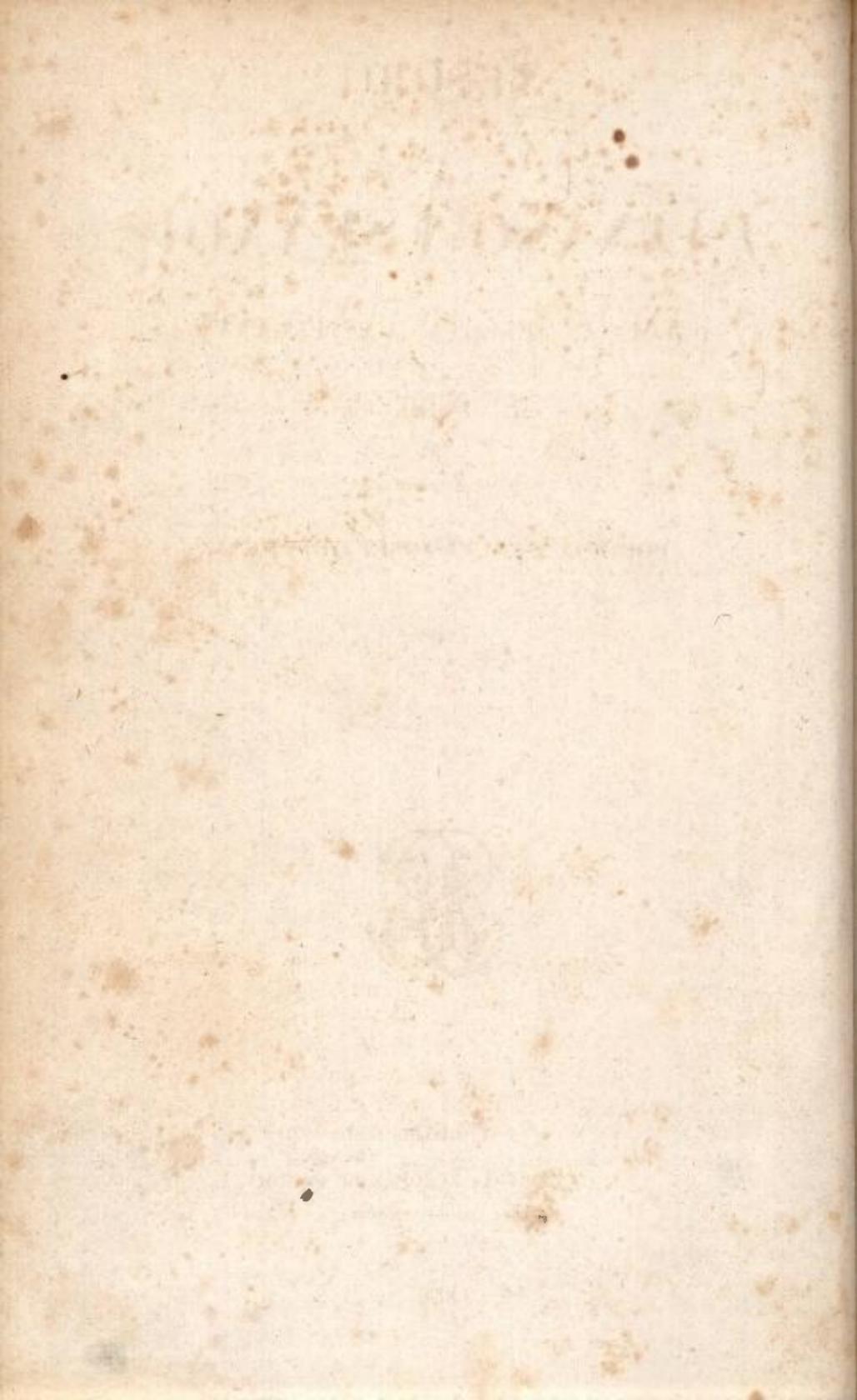
PARIS,

EN LA LIBRERIA EUROPEA DE BAUDRY.

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ, 9.

CERCA DEL LOVRE.

1838.



ADVERTENCIA

SOBRE ESTA NUEVA EDICION.

La coleccion de poesías que ahora se reimprime salió á luz veinte años ha en 1808. El período de tiempo que ha corrido desde entonces, no ha sido en verdad muy oportuno para esta clase de estudios; mas sin embargo, la edicion primera estaba apurada poco despues de acabarse la guerra de la independencia, y alguna otra se ha despachado tambien que se ha hecho fuera de España. Esto, unido al aprecio que han hecho de la obra algunos humanistas acreditados, ha persuadido al editor que habia acertado á desempeñar á gusto del público el objeto que se propuso. Los mismos fines de utilidad literaria subsisten ahora que entonces; y por lo mismo ha creido que hacia un nuevo servicio á las musas castellanas reimprimiendo otra vez la coleccion con aquellas mejoras y adiciones que el tiempo y la experiencia aconsejaban como útiles ó necesarias.

Lo primero en que ha puesto su cuidado es en limpiar la edicion presente del sin número de erratas que desfiguraban la primera, hasta un punto verdaderamente vergonzoso. En esta parte ninguna impresion moderna se ha presentado al público mas defectuosa y pecadora. El conjunto singular de circunstancias que á la sazón se reunieron para producir este mal, seria aquí prolijo de expresar, é inoportuno tambien. Lo que ya realmente interesa á los lectores es tener los versos selectos de nuestros poetas en su verdadero y genuino sentido, mediante una atenta correccion; y esto es lo que se ha hecho con todo el esmero de que el editor es capaz.

Algunas poesías, aunque pocas, se han añadido á las antiguas. No podia en esta parte hacerse aumento ninguno de importancia sin alterar la economía y plan primitivo de la obra. Mas como esta razon no alcanza á las composiciones del siglo XVIII, del cual cabalmente faltaban las mejores, esta parte de la coleccion ha recibido ahora un aumento tan considerable, que la constituye casi enteramente nueva. No existen ya por desgracia los motivos de circunspeccion y de reserva que hubo al principio para terminar la coleccion en las poesías de Cadalso. Melendez, Cienfuegos, Jovellanos y otros escritores señalados vivian todavia entonces, y no era decente hacer en sus obras un escrutinio, por ventura poco agradable á ellos mismos, y seguramente ofensivo á los demas de quienes nada se eligiese. Pero ahora ya, muertos ellos, se puede, sin nota de envidia ni de lisonja, proceder á este escogimiento, y á la manera que se ha hecho con los autores an-

tiguos, presentar al público lo que se estime conducente para el gusto, la admiracion ó el ejemplo.

Esta extension que se ha dado á la obra, ha ocasionado tambien la disposicion nueva y aumento que se ha dado á la introduccion. La restauracion del buen gusto en el siglo XVIII, el diverso carácter que toma en él la poesia, las causas que á ello influyen, los efectos que se siguen, la apreciacion, en fin, de la indole y mérito de los escritores que mas han sobresalido en esta época, exigian un exámen mas detenido y prolijo que la imperfecta y sumaria indicacion hecha anteriórnente. Se ha dado, pues, á estos objetos la atencion y el espacio correspondientes á su importancia, y se ha colocado este trabajo al frente de las poesias del mismo siglo, donde tiene su lugar mas proporcionado y oportuno.

Van tambien en su lugar respectivo algunas notas y observaciones criticas y literarias, no sobre todas las piezas, sino solo sobre aquellas que dan ocasion á consideraciones útiles. Los maestros y peritos en el arte pueden excusar su lectura; porque el editor no ha tratado en ellas de atraerse su atencion y sus elogios con ideas nuevas y profundas. El único objeto que ha llevado en este trabajo, es contribuir á formar el gusto de los jóvenes que empiezan á dedicarse á esta amena parte de la literatura, y servirles como de guia para que aprendan á sentir y discernir, unas veces los primores y defectos de la versificacion y del estilo, otras los aciertos ó los extravíos en la eleccion de las formas y disposicion de los planes.

Tales son las mejoras y alteraciones con que estas poesias clásicas se publican ahora de nuevo. En el caso de que sean recibidas con la benevolencia y aprecio que la primera vez, el editor se animará á concluir los trabajos, ya bastante adelantados, que tiene hechos sobre los otros ramos de nuestra poesia; y esta coleccion será seguida de *La Musa épica castellana*, que comprenderá los mejores trozos de nuestros grandes poemas, y de un *Teatro selecto español*, diverso en forma, extension é ilustraciones de todos los que se han publicado hasta ahora.

Si por ventura algunos hombres excesivamente graves y severos extrañasen este género de tareas, como si desdijesen del carácter, edad y situacion del editor, él se contentará con recordarles aquel pasage tan conocido de Ciceron:—*Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis perfugium ac solatium præbent.*

INTRODUCCION.

ARTICULO PRIMERO.

DEL PRINCIPIO DE NUESTRA POESIA , Y SUS PROGRESOS HASTA JUAN DE MENA.

Se ha convenido generalmente en dar á la poesía el primer lugar entre las artes de imitacion. Ya se mire la antigüedad de su origen , ya la extension de los objetos que la ocupan, ya la duracion y el agrado de sus impresiones, ya en fin las utilidades que produce, siempre resaltan su dignidad y su importancia, y la historia de sus progresos tiene que ir unida siempre á la de los otros ramos que componen la ilustracion humana. Dícese que ella y la música han civilizado á los pueblos ; y esta proposicion, que en rigor es exagerada y aun falsa, manifiesta por lo menos el influjo que una y otra han tenido en la formacion de las sociedades. Las lecciones que los primeros filósofos dieron á los hombres, las primeras leyes, los sistemas mas antiguos, todos se escribieron en verso, al paso que la fantasía de los poetas con el halago de sus pinturas, y la pompa de las funciones que ideaban, interrumpia con una distraccion apacible y necesaria la fatiga de los trabajos campestres.

Es cierto que la poesía despues no se presenta con la dignidad consiguiente al ejercicio absoluto y exclusivo de estos diversos ministerios : pero conserva todavía un influjo tan poderoso en nuestra instruccion, en nuestra perfeccion moral y en nuestros placeres, que podemos considerarla como dispensadora de los mismos beneficios, aunque bajo diferentes formas. Ella sirve de atractivo á la verdad para hacerla amable, ó de velo para defenderla ; enseña á la infancia en las escuelas, despierta y dirige la sensibilidad en la juventud, ennoblece el espíritu con sus máximas, le engrandece con sus cuadros, siembra de flores el camino de la virtud, y abre el templo de la gloria al heroismo. Tantas ventajas unidas á tanto halago han excitado en los hombres una admiracion y una gratitud eternas.

Su ocupacion primaria y esencial es pintar á la naturaleza para agradar, como la de la filosofía explicar sus fenómenos para instruir. Así, mientras que el filósofo, observando los astros, indaga sus proporciones, sus distancias y las reglas de su movimiento ; el poeta los contempla , y traslada á sus versos el efecto que en su imaginacion y en sus sentidos hacen la luz con que brillan, la armonía que reina entre ellos, y los beneficios que dispensan á la tierra. La dificultad de llenar digna y debidamente el objeto de la poesía es enorme, aun cuando, por la prontitud de sus progresos en algunos géneros, no parezca tan grande á primera vista. Desde la máxima vaga, ó el cuento insípido, vigorizados con el halago de una rima incierta ó de una medida informe, hasta la armonía y elegancia sostenida , y los cuadros complicados y sublimes de la Iliada ó la Eneida ; desde el carro y las heces de Tespis hasta el grande espectáculo que ofrecen la Ifigenia ó el Tancredo la distancia es inmensa, y solo pueden superarla los esfuerzos mayores de la aplicacion y el ingenio.

Algunas naciones favorecidas del cielo la recorren con mas prontitud , y pasan ligeramente desde la flaqueza de los primeros ensayos al vigor de los pensamien-

tos mas grandes y combinaciones mas acabadas. Tal fué la suerte de la Grecia, donde el genio de la poesía, contando apenas algunos momentos de infancia, crece y se eleva hasta el punto de producir los inmortales poemas de Homero. Tal, aunque con menos brillo y perfeccion, fué la de la Italia moderna, donde en medio de la noche de los siglos de barbarie sucedidos á la ilustracion romana, parecen de repente Dante y Petrarca, trayendo consigo la aurora de las artes y el buen gusto. Otros pueblos, menos dichosos, luchan siglos enteros con la rudeza y la ignorancia, se hacen sensibles mas tarde á los halagos de la elegancia y la armonía; y la perfeccion, en el modo que es dado á los hombres conseguirla, es conquistada por ellos á fuerza de tiempo y de fatiga. Una gran parte de las naciones modernas se halla en este caso, y entre ellas es preciso contar tambien á nuestra España.

Precedió aquí, como en casi todas partes, el verso escrito á la prosa; siendo el *Poema del Cid*, hecho á mediados del siglo XII, el primer libro que se conoce en castellano, y al mismo tiempo la obra primera de poesía. Comenzaba ya entonces en medio de la confusion de lenguas, causada por la invasion de los bárbaros del norte, á tomar alguna forma aquel romance, que despues habia de presentarse con tanto brillo y magestad en los escritos de Garcilaso, Herrera, Rioja, Cervantes y Mariana. A considerar la obra por el argumento solo, pocas habria que la aventajasen, del mismo modo que pocos guerreros podrian disputar á Rodrigo de Vivar la palma de las proezas y el heroísmo. Su gloria, que eclipsó entonces la de todos los reyes de su tiempo, ha pasado de siglo en siglo hasta ahora, por medio de la infinidad de fábulas que la admiracion ignorante ha acumulado en su historia. Consignada en poemas, en tragedias, en comedias, en canciones populares, su memoria, semejante á la de Aquiles, ha tenido la suerte de herir fuertemente y ocupar la fantasia: mas el héroe castellano, superior sin duda al griego en esfuerzo y en virtudes, ha tenido la desgracia de no encontrar un Homero.

Ni era posible encontrarle al tiempo en que el rudo escritor de aquel poema se puso á componerle. Con una lengua informe todavia, dura en sus terminaciones, viciosa en su construccion, desnuda de toda cultura y armonía; con una versificacion sin medida cierta y sin consonancias marcadas; con un estilo lleno de pleonasmos viciosos y de puerilidades ridiculas, falto de las galas con que la imaginacion y la elegancia le adornan; ¿cómo era posible hacer una obra de verdadera poesía, en que se ocupasen dulcemente el espiritu y el oido? No está sin embargo tan falto de talento el escritor, que de cuando en cuando no manifieste alguna intencion poética, ya en la invencion, ya en los pensamientos, y ya en las expresiones. Si, como sospecha don Tomas Sanchez, editor de este y de otros poemas anteriores al siglo XV, no faltan al del Cid mas que algunos versos del principio; no deja de ser una muestra de juicio en el autor haber descargado su obra de todas las particularidades de la vida de su héroe, anteriores al destierro que le intimó el rey Alfonso VI. Entonces empieza la verdadera gloria de Rodrigo, y desde allí empieza el poema; contando despues sus guerras con los moros y con el conde de Barcelona, sus conquistas, la toma de Valencia, su reconciliacion con el rey, la afrenta hecha á sus hijas por los infantes de Carrion, la solemne reparacion y venganza que el Cid toma de ella, su enlace con las casas reales de Aragon y de Navarra, donde finaliza la obra, indicando ligeramente la época del fallecimiento del héroe. En la serie de su cuento no le faltan al escritor vivacidad é interes, usa mucho del diálogo, y á veces presenta cuadros, que no dejan de tener mérito en su composicion y artificio. Tal es entre otros la despedida de Rodrigo y Ximena en San Pedro de Cardena, cuando él parte á cumplir su destierro. Ximena postrada en las gradas del altar donde se celebra el oficio divino, hace al Eterno una oracion pidiendo por su esposo, que concluye así:

Tu eres rey de los reyes é de todo el mundo pa-
 A tñadoro é creco de toda voluntad, [dre :
 É ruego á san Pedro que me ayude á rogar
 Por mio Cid el Campeador que Dios le cuire de mal.
 Cuando hoy nos partimos, en vida nos faz yuntar.
 La oracion feclia la misa acabada la han :
 Salieron de la iglesia ya quieren cavalgar.
 El Cid á doña Ximena íbala abrazar
 Doña Ximena al Cid la manol' va á besar,
 Lorando de los ojos que non sabe que se far.
 É él á las niñas tornólas á catar ,
 A Dios vos acomiendo , fijas ;

É á la mugier , é al padre spiritual.
 Agora nos partimos , Dios sabe el ayuntar :
 Lorando de los oios que non vistes á tal ;
 Asís' parten unos d' otros como la uña de la carne.
 Mio Cid con los sos vasallos pensó de cavalgar ,
 A todos esperando la cabeza tornando va.
 A tan grand sabor fabló Minaya Alvar Fanez :
 ¿ Cid, dó son vuestros esfuerzos ?
 En buen hora nasquistes de madre :
 Pensemos de ir nuestra via , esto sea de vagar :
 Aun todos estos duelos en gozo se tornarán ;
 Dios que nos dió las almas , consejo nos dará.

Hay sin duda gran distancia entre esta despedida y la de Hector y Andrómaca en la Iliada; pero es siempre grata la pintura de la sensibilidad de un héroe al tiempo que se separa de su familia, es bello aquel volver la cabeza alejándose, y que entonces le esfuerzen y conhorten los mismos á quienes da el ejemplo del esfuerzo y la constancia en las batallas. Aun es mejor en mi dictámen, por su graduacion dramática y su artificio, el acto de acusacion que el Cid intenta á sus alevosos yernos delante de las córtes congregadas á este fin. El choque primero de los infantes y los campeones de Rodrigo en el palenque no deja de tener animacion y aun estilo.

Abrazan los escudos delant' los corazones,
 Abaxan las lanzas abueltas con los pendoues,
 Enclinaban las caras sobre los arzones,
 Baticen los caballos con los espolones,

Tembrar querie la tierra dol' eran moyedores.

 Martin Antolinez mano metió al espada :
 Relumbra tod' el campo.

No ha quedado noticia de quién fué autor de este primer vagido de nuestra poesía. En el siglo siguiente florecieron dos escritores, en quienes se descubre ya el adelantamiento y progresos que habian hecho la versificacion y la lengua. Una y otra tienen en los poemas sagrados de *don Gonzalo de Berceo* y en el de Alejandro de *Juan Lorenzo* mas fluidez, mas trabazon, y formas determinadas. La marcha de estos autores, aunque penosa, no es tan arrastrada y seca como la del poema precedente. La diferencia que hay entre los dos poetas posteriores es, que *Berceo* por la naturaleza de sus argumentos, la mayor parte leyendas de santos, fuera de su narracion, y de algunos consejos morales, consiguientes al estado que tenia, y á la materia que trataba, no presenta riqueza de erudicion, ni variedad de conocimientos, ni fantasia en la invencion. *Juan Lorenzo*, al contrario, se eleva mas con su asunto, y manifiesta una instruccion tan extensa en historia, mitología y filosofía moral, que hace á su obra ser la mas importante de cuantas se escribieron en aquella época. Los versos siguientes sobre un objeto mismo pueden ser muestra del estilo de uno y otro.

Yo Maestro Gonzalo de Berceo nomnado
 Yendo en romeria caeci en un prado
 Verde é bien sencido , de flores bien poblado ,
 Logar cobdiciaivo para un home causado.
 Daban olor sobreio las flores bien olientes,
 Refrescaban en home las caras é las mientes,
 Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
 En verano bien frias, en ivierno calientes.
 BERCEO.
 El mes era de mayo, un tiempo glorioso,
 Quando facen las aves un solaz deleytoso,

Son vestidos los prados de vestido fermoso ,
 Da suspiros la duenna la que non ha esposo.
 Tiempo dulce é sabroso por bastir casamientos ;
 Ca lo tempran las flores é los sabrosos vientos .
 Cantan las doncellas, son muchas á convientos,
 Facen unas á otras buenos pronunciamientos.
 Andan mozas é vicias cobiertas en amores,
 Van coger por la siesta á los prados las flores,
 Dicen unas á otras : bonos son los amores,
 Y aquellos plus tiernos tiénense por mejores.
 LORENZO.

Reinaba entonces en Castilla *Alfonso X*, príncipe á quien la fortuna para completar su gloria debió dar mejores hijos y vasallos menos feroces. La posteridad le

ha puesto el sobrenombre de *Sabio*; y sin duda alguna le merecia el hombre extraordinario que en un siglo de tinieblas pudo reunir en sí las miras paternales y benéficas de legislador, las combinaciones profundas de matemático y astrónomo, el talento y conocimientos de historiador, y los laureles de poeta. Él fué quien puso en el debido honor la lengua patria, cuando mandó que se extendiesen en ella los instrumentos públicos que antes se escribían en latin. Mariana, poco favorable á este rey, asegura que esta providencia fué la causa de la profunda ignorancia que se siguió despues. ¿Pero qué se sabia antes? El latin de que se usaba era tanto y mas bárbaro que el romance: los nuevos usos á que este se aplicaba por aquella resolucion, la dignidad y autoridad que adquiria, era fuerza que influyesen en su cultura, pulimento y progresos. ¿Puede por ventura creerse que estas utilidades de la lengua no tuvieron influjo ninguno literario; ó que hay ilustracion y literatura nacional cuando la lengua propia no se cultiva? Considérese pues la asercion de Mariana como hija de las preocupaciones un poco pedantescas del siglo en que vivia; y nosotros, aun prescindiendo de la conveniencia política de dicha ley, mirémosla como una de las causas que, influyendo en la mejora de la lengua, debió tambien influir en el adelantamiento de nuestra poesia.

Hay un libro entero de cantigas ó letras para cantarse, compuestas en dialecto gallego por este rey, de que pueden verse muestras en los *Anales de Sevilla* de Ortiz de Zúñiga; otro intitulado *el Tesoro*, que es un tratado de piedra filosofal, á lo que se cree, pues hasta ahora no se ha podido en gran parte descifrar, y tambien se le atribuye el de las *Querellas*, del cual no se conservan mas que dos estancias. Uno y otro estan escritos en versos de doce sílabas, con los consonantes cruzados: versificacion á que se dió el nombre de *coplas de arte mayor*, y que fué un verdadero adelantamiento para la poesia; pues la marcha que tenia el verso alejandrino, usado por Berceo y por Lorenzo, era insufrible por su monotonia y pesadez. Cótense con los versos que van citados estas coplas con que empieza el libro de *el Tesoro*.

Llegó pues la fama á los mis oídos
 Quen tierra de Egipto un sabio vivia,
 É con su saber oí que facia
 Notos los casos que no son venidos:
 Los astros juzgaba, é aquestos movidos
 Por disposicion del cielo fallaba
 Los casos que el tiempo futuro ocultaba
 Bien fuesen antes por este entendidos.
 Codicia del sabio movió mi aficion,
 Mi pluma é mi lengua con grande humildad
 Postrada la alteza de mi magestad,
 Ca tanto poder tiene una passion:
 Con ruegos le fiz la mi peticion,
 É se la mandé con mis mensageros,
 Avers, haciendas é muchos dineros
 Allí le ofrecí con santa intencion.

Repúsome el sabio con gran cortesia:
 Maglier vos, señor, seais un gran rey,
 Non paro yo mientes en aquesta ley
 De oro nin plata nin su gran valia:
 Serviros, señor, en gracia ternia.
 Ca non busco aquello que á mí me sobró,
 É vuestros haveres vos fagan la pro
 Que vuestro sirvo mais vos querria.
 De las mis naves mandé la mejor,
 É llegada al puerto de Alexandria,
 El físico astrólogo en ella salia,
 É á mí fue llegado cortés con amor:
 É habiendo sabido su grande primor
 En los movimientos que face la esfera,
 Siempre le tuve en grande manera,
 Ca siempre á los sabios se debe el honor.

Todavía son mejores en estilo, número y elegancia las dos coplas con que empezaba el libro de las *Querellas*.

A tí Diego Perez Sarmiento, leal
 Cormano é amigo é firme vasallo,
 Lo que á míos homes por cuita les callo
 Entiendo decir plañendo mi mal:
 A tí que quitaste la tierra é cabdal
 Por las mias haciendas en Roma é allende,
 Mi péndola vuela, escúchala dende,
 Ca grita doliente con fabla mortal.

¿Cómo yace solo el rey de Castilla
 Emperador de Alemania que foé.
 Aquel que los reyes besaban el pié,
 É reynas pedian limosna é mançilla:
 El que de hueste mantuvo en Sevilla
 Diez mil de á caballo é tres dobles peones,
 El que acatado en lejanas naciones
 Foé por sus Tablas, é por su cochilla.

Parece que hay la diferencia de un siglo entre versos y versos, entre lengua y lengua; y lo mas raro es que para encontrar coplas de arte mayor que tengan igual mérito, así en la dicción como en la cadencia, es preciso saltar casi otros dos siglos, y buscarlas en Juan de Mena ¹.

Si el movimiento que dió este gran rey á las letras hubiera sido auxiliado por sus sucesores, la ilustracion española contando dos siglos de antelación, contaria tambien mas grados de perfeccion y mas riquezas. No lo consintió la naturaleza feroz de aquellos tiempos crueles. Empezó á arder la llama de la guerra civil en los últimos años de Alfonso con la desobediencia y alzamiento de su hijo, y siguió casi sin interrupcion por un siglo entero, hasta que llegó al último grado de atrocidad y de horrores en el reinado borraasco y terrible de Pedro. Los hombres de Castilla en esta miserable época parece que no tenian espíritu sino para aborrecer, ni brazos sino para destruir: ¿cómo era posible que en medio de la agitacion de aquellas turbulencias pudiese lucir tranquilamente la antorcha del ingenio, ni oirse los cantos de las musas? Así es que solo se cuenta en ella un cortísimo número de poetas; Juan Ruiz, arcipreste de Hita; el infante don Juan Manuel, autor del Conde Lucanor; el judío don Santo, y Ayala el cronista. Los versos de estos escritores unos se han perdido, otros existen todavía inéditos; habiendo salido solamente á la luz pública los del arcipreste, que por fortuna son tal vez los mas dignos de conocerse.

El argumento de sus poesías es la historia de sus amores, interpolada con apólogos, alegorías, cuentos, sátiras, refranes, y aun devociones. Vencia este autor á todos los anteriores, y pocos le aventajaron despues, en facultad de inventar, en vivacidad de fantasia y de ingenio, en abundancia de chistes y de sales: y si hubiera tenido cuenta con elegir ó seguir metros mas determinados y fijos, y su dicción fuera menos informe y pesada, esta obra seria uno de los monumentos mas curiosos de la edad media. Pero la rudeza de las formas exteriores hace insufrible su lectura. Sean muestras de su versificación y estilo las coplas siguientes, en que el poeta pide á Vénus que interponga su favor para con una dama á quien amaba; la cual era, segun la pinta,

De talle muy apuesta, de gestos amorosa,
Donegl muy lozana, plasertera et fermosa,
Cortés et mesurada, falaguera, donosa.

Graciosa et risueña, amor de toda cosa....

Señora doña Vénus; muger de don Amor,
Noble dueña, omillome yo vuestro servidor,

De todas cosas sodes vos el Amor señor.

Todos vos obedescen como á su facedor.

Reyes, duques, et condes, é toda criatura
Vos temen é vos sirven como á vuestra fechura,

Complid los míos deseos, é dadme dicha é ventura,
Non me seades escasa, nin esquivá, nin dura....

So ferido é llagado, de un dardo so perdido.

En el corazon lo trayo encerrado et escondido.

Non oso mostrar la laga, matarme ha síla olvido,

É aun desir non oso el nombre de quien me ha fe-

El color he perdido, mis sesos de-fallescen, [rido.

La fuerza non la tengo, mis ojos non parescen,

Si vos non me valedes, mis miembros de-fallescen.

Vénus, entre otros consejos, le dice:

Toda muger que mucho otea, ó es risueña,
Dil' sin miedo tus coitas, non te embargue ver-
Apenas de mil una te desprecie.... [gueña,

Si la primera onda de la mar ayrada

Espantase al marinero quando viene turbada,
Nunca en la mar entrarie con su nave ferrada:

Non te espante la dueña la primera vegada.

Con arte se quebrantan los corazones duros:

Tómanse las ciudades, derribanse los muros,

Caen las torres altas, álzanse pesos duros,

Por arte juran muchos, por arte son perjuros:

Por arte los pescados se toman solas ondas, etc.

Podrianse citar otros trozos mucho mas picantes, entre ellos la descripción del po-

¹ Algunos eruditos dudan de que estas dos obras pertenezcan al tiempo y autor á que se atribuyen; y el adelantamiento que presentan la versificación y el lenguaje forma una presunción muy fuerte á favor de esta opinión.

der del dinero, que tiene una mordacidad y una libertad, de que difícilmente se hallarán ejemplos en otros escritores de dentro y fuera de España en aquel tiempo, aunque entrase en la comparacion el independiente Dante; ó la chistosa apología y alabanza de las mugeres chicas, que empieza :

Quiero vos abreviar la predicacion ;
Que siempre me pagué de pequeño sermon .

É de dueña pequeña , et de breve rason ;
Ca de poco et bien dicho se afina el corazon . *etc.*

pero bastan á mi propósito los ejemplos citados. Alguna vez el poeta, cansado acaso de la monotonía y pesadez, varia del metro que generalmente usa, y introduce otra combinacion de rimas en cantigas que mezcla con su narracion ; como por ejemplo la siguiente :

Cerca la tablada
La sierra pasada
Fallez con aldara
A la madrugada.
Encima del puerto
Coidé ser muerto
De nieve é de frio ;
É de ese rocío ,

É de grand helada.
A la decida
Dí una corrida ,
Fallé una serrana ,
Fermosa , lozana ,
É bien colorada,
Dixe yo á ella ,
Homilome , bella , *etc.*

Don Tomas Antonio Sanchez ha publicado las obras de casi todos los autores mencionados, con ilustraciones excelentes asi para dar noticia de ellos, como para la inteligencia del texto, que la ancianidad y rudeza del lenguaje y los vicios de los códices han oscurecido á porfia. Allí estan como en una armería estas venerables antiguallas ; objetos preciosos de curiosidad para el erudito, de investigaciones para el gramático, de observacion para el filósofo y el historiador ; pero que el poeta, sin gastar tiempo en estudiarlos, saluda con respeto, como á la cuna de su lengua y de su arte.

ARTICULO II.

DE NUESTRA POESIA HASTA EL TIEMPO DE GARCILASO.

Uno y otro se presentan ya mas formados y vigorosos en los versos escritos por los poetas del siglo XV; y no es de extrañar este progreso, si se atiende á la muchedumbre de circunstancias que entonces concurrieron para favorecer á la poesía. Los juegos florales establecidos en Tolosa á mediados del siglo anterior, y traídos por los reyes de Aragon á sus estados en fines del mismo, el concurso de ingenios que contendian por ganar los premios señalados en estas solemnidades; las ceremonias observadas en ellas; la consistencia y consideracion dada al arte de trovar, la aficion de los príncipes, los libros antiguos mas generalmente conocidos, las luces que ya brotaban por todas partes, y deshacian la caliginosa niebla de tantos siglos bárbaros, la imitacion de la Italia que mas feliz y mas pronta se habia ilustrado primero; todo contribuyó poderosamente á la acogida que logró esta arte, la primera que se cultiva cuando los pueblos se acercan á su civilizacion. Así al echar la vista á los antiguos cancioneros donde estan recogidas las poesías de esta época, lo primero que se admira es la muchedumbre de autores, y lo segundo su calidad. Juan el II, que se complacia mucho en oír los decires rimados, y á veces tambien rimaba, introdujo este gusto en su corte, y casi todos los grandes á imitacion suya, ó le protegian ó le cultivaban. Coplas hacia el condestable don Alvaro, coplas el duque de Arjona,

coplas el célebre don Enrique de Villena, coplas el marques de Santillana, coplas en fin otros ciento, tanto ó mas ilustres que ellos.

La forma que se habia dado á la versificacion era mucho menos imperfecta que la de los siglos anteriores. Prevalcian las coplas de arte mayor y los versos octosilabos sobre la pesadez fastidiosa del alejandrino : las rimas cruzadas herian mas agradablemente el oido, y no le aturdian con las groseras martilladas del sonsonete cuadruplicado ; y el período poético mas despejado y rotundo venia de cuando en cuando al espíritu con las pretensiones de la gracia y la elegancia. Suavizóse un poco el austero semblante que el arte tenia, y dejando los largos poemas, las leyendas de devocion, y la serie pesada y fastidiosa de preceptos áridos y secas sentencias, se dedicó á argumentos mas proporcionados á sus fuerzas ; y la pintura del amor, y el tono de la elegía eran lo que mas comunmente se sentia en sus acentos. En fin, la lectura de los escritores latinos, mas generalizada ya, les enseñaba unas veces el modo de imitar, otras les proporcionaba alusiones, símiles, y exornaciones con que engalanar sus versos.

Entre el crecido número de poetas que entonces florecieron, el que mas descuella sobre todos por el talento, saber y dignidad de sus escritos es *Juan de Mena*. Este elevó en su *Laberinto* el monumento mas interesante de nuestra poesía en aquel siglo, y con él dejó muy lejos de sí á los otros escritores. El poeta en esta obra se supone con el intento de cantar las vicisitudes de la Fortuna, y al tiempo que teme las dificultades de la empresa se le aparece la Providencia, que le introduce en el palacio de aquella divinidad, y le sirve de guia y de maestra. Allí primeramente ve la tierra cuya descripcion geográfica hace, y despues se descubren las tres grandes ruedas de la Fortuna, donde voltean los tiempos pasados, presentes y venideros. Cada rueda se compone de siete círculos, emblemas alegóricos del influjo que los siete planetas tienen en la suerte de los hombres, por las inclinaciones que les dan, y en cada uno hay gentes innumerables que tuvieron la disposicion del planeta á quien el círculo pertenece; los castos á la Luna, los guerreros á Marte, los sabios á Febo, y así de los demas. La rueda del tiempo presente está en movimiento, las otras dos paradas; y á la de lo futuro cubre un velo de tal modo, que aunque aparecen formas é imágenes de hombres, no deja distinguirlos bien. Concebida la obra bajo este plan, se divide naturalmente en siete órdenes; y el poeta, describiendo lo que ve, ó conversando con la Providencia, pinta todos los personajes importantes de que tiene noticia; cuenta los hechos célebres, asigna sus causas, manifiesta cuanto sabe en historia, mitología y filosofía moral y política, y deduce de cuando en cuando preceptos y máximas excelentes para la conducta de la vida y gobierno de los pueblos. Así, el *Laberinto*, lejos de ser una coleccion de coplas frívolas ó insignificantes, donde á lo mas que hay que atender es al artificio del estilo y de los versos; debe ser mirado como la produccion de un hombre docto en toda la extension que aquel tiempo permitia, y como el depósito de todo lo que se sabia entonces.

Si la invencion de este cuadro, que sin duda tiene grandiosidad y filosofía, perteneciese exclusivamente á nuestro poeta, su mérito seria infinitamente mayor, y no se le pudiera negar el don del genio en una parte tan principal. Pero siendo ya conocidas entre nosotros las terribles visiones de Dante y los triunfos de Petrarca, el esfuerzo de espíritu necesario para crear el plan y argumento del *Laberinto* aparece mucho menor, no habiendo hecho *Mena* mas que imitar á estos escritores, variando el sitio de la escena en que coloca su mundo alegórico. Los pensamientos son nobles y grandes, las miras justas y honestas. Se le ve tomar fuerzas de su asunto, y apostrofar aquí al monarca castellano, advirtiéndole que sus leyes no sean telas de araña, y que deben contener igualmente á los grandes que á los pequeños; en otra parte pedirle que reprima el horror que iba introduciéndose en los lares domésticos de

envenenarse los esposos ; ya indignarse de la barbarie con que se habian quemado los libros de don Enrique de Villena¹ ; ya mostrar los estragos y desórdenes de Castilla, como castigo del reposo en que los grandes dejaban á los infieles, por atender solamente á su ambicion y á su codicia.

Los pedazos que van al frente de esta coleccion manifestarán el carácter de su fantasía, de su versificación, de su estilo y su lenguaje. El se expresa generalmente con mas fuerza y energía que gracia y delicadeza : su marcha es desigual ; sus versos, á veces valientes y numerosos, decaen otras por falta de cadencia y de medida : su estilo animado, vivo y natural en partes, de cuando en cuando toca en hinchado ó en trivial : en fin, la lengua en sus manos es una esclava que tiene que obedecerle, y seguir de grado ó fuerza el impulso que le da el poeta. Ninguno ha manifestado en esta parte mayor osadía ni pretensiones mas altas : él suprime sílabas, modifica la frase á su arbitrio ; alarga ó acorta las palabras, y cuando en su lengua no halla las voces ó los modos de decir que necesita, acude á buscarlos en el latin, en el frances, en el italiano, en donde puede. Aun no acabado de formar el idioma, prestaba ocasion y oportunidad para estas licencias, que se hubieran convertido en privilegios de la lengua poética, si hubieran sido mayores los talentos de aquel escritor, y mas permanente su crédito. Los poetas de la edad siguiente puliendo la rudeza de la dicción, haciendo una innovacion en los metros y en los asuntos de sus composiciones, no conservaron la noble libertad y las adquisiciones que en favor de la lengua habian hecho sus antecesores. Si en esto los hubieran seguido, el lenguaje castellano, y sobre todo el lenguaje poético, tan numeroso, tan vario, tan magestuoso y elegante, no envidiaria flexibilidad y riqueza á otro ninguno.

El *Laberinto* ha tenido la suerte de todas las obras, que saliendo de la esfera comun, forman época en un arte. Se ha impreso y reimpresso diferentes veces, muchos le han imitado, y algunos críticos respetables le comentaron, entre ellos el Brocense. Así ha pasado hasta nosotros, si no leído en su totalidad con placer por la rudeza del lenguaje y monotonía de la versificación, por lo menos registrado con gusto, citado con oportunidad, y mentado siempre con estimacion. Mayor respeto se hubiera conciliado, si el autor, al proponerse escribir sobre las cosas de su tiempo, se manifestase mas ageno y distante de las maquinaciones y partidos que entonces habia en Castilla. Este era el medio de verlas mejor y de juzgarlas con mas independencia. Juan de Mena á la verdad no era continuo en la corte ; pero el cronista del rey, el amigo de don Alvaro de Luna, el corresponsal de los principales señores, no podia llenar debidamente la obligacion que habia tomado sobre sí. El poema que hoy hacia debía verse mañana por el condestable, por el almirante, por el marques de Santillana, ó por cualquiera de los demas ricos hombres, todos aficionadas á la poesía ; pero mas opuestos todavía entre sí en gustos, intereses y pasiones. ¿ Cómo era posible explicarse con entereza y verdad² ? Así es que su vigoroso espíritu, no empleando mas que la mitad de su fuerza, se quedó muy lejos de la dignidad y altura á que de otro modo pudiera fácilmente elevarse.

Los otros poetas mas distinguidos de este siglo fueron el *marques de Santillana*, uno de los caballeros mas generosos y valientes que hubo en él, hombre docto, y

¹ Otra y aun otra vegada yo lloro
Porque Castilla peruió tal tesoro
No conocido delante la gente.

Perdió los tus libros sin ser conocidos,
Y como en exequias te fueron ya luego
Unos metidos al ávido fuego
Y otros sin orden no bien repartidos :
Cierto en Atenas los libros fingidos
Que de Protágoras se reprobaron,

Con cerimonia mayor se quemaron
Cuando al senado le fueron leidos.

² Él mismo da á entender en su obra la circunspeccion y reserva á que le vela obligado. Véase la órden de Mercurio *copla* 92, y la epístola 20 del *Centon Epistolario del bachiller Ciudad Real*.

poeta fácil y dulce en los amores, cuerdo y grave en las sentencias; *Jorge Manrique*, que floreció despues, y que en sus coplas á la muerte de su padre dejó el trozo de poesia mas regular y puramente escrito de aquel tiempo; *Garci Sanchez de Badajoz*, que escribió coplas con mucho calor y agudeza; en fin *Macias*. anterior á todos, autor de solas cuatro canciones, pero que no será olvidado jamas por sus amores y muerte deplorable ¹.

Se engañaría cualquiera que buscase en los cancioneros antiguos una poesia constantemente animada, interesante y agradable. Despues de haber visto tal cual composicion en que la indulgencia con que se lee supl e á las veces por el mérito que en gran parte le falta, el libro se cae de las manos, y no se vuelve á coger con facilidad. Es cierto que frecuentemente se encuentra un pensamiento ingenioso, una imágen oportuna, y una copla bien construida; pero allí mismo se tropieza al instante con puerilidades, bajezas, trivialidades, versos informes, rimas indeterminadas. Se ve luchar al escritor con la rudeza de la lengua, con la pesadez de la versificación; y á pesar de los esfuerzos que hace, vencido de la dificultad, no atinar ni con la verdadera expresion ni con la bella armonía. Conocian y manejaban á Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano y demas poetas antiguos; pero si á veces se servían de ellos con oportunidad, mas frecuentemente sacaban de estas fuentes incoherentes alusiones, y una erudicion que degenera en impertinente y pueril pedantería ². No acertaban á

¹ Macias era gentil hombre del maestre don Enrique de Villena. Entre las damas que servían á este señor, habia una de quien se prendó el poeta, y de cuyo amor no pudieron arrancarle ni el verla casada con otro, ni las reprensiones del maestre, ni en fin la prision en que este le mandó custodiar. El esposo lleno de zelos se concertó con el alcaide de la torre en que estaba su rival, y halló modo de arrojarle por una ventana la lanza que llevaba, y atravesarle con ella. Camaba entonces Macias una de las canciones que habia hecho á su dama, y así espiró con el nombre de ella y del amor en los labios. Las dos calidades de trovador y de amante unidas en él le hicieron un objeto solemne y casi religioso entre los poetas del tiempo. Los mas de ellos le celebraron, y su nombre, á que se unió el dictado de *enamorado*, quedó como proverbial para designar la fineza de los amantes. No disgustará á los lectores ver aquí las coplas que Mena le destinó en el *Laberinto*.

Tanto anduvimos el cerco mirando
A que nos hallamos con nuestro Macias.
Y vimos que estaba llorando los dias
En que de su vida tomó fin amando:
Llegué mas acerca turbado yo cuando
Vi ser un tal hombre de nuestra nacion,
Y ví que decia tal triste cancion,
En elegiaco verso cantando.

« Amores me dieron corona de amores
Para que mi nombre por mas bocas ande,
Entonces no era mi mal menos grande
Cuando me daban placer sus dolores:
Vencen el seso sus dulces errores,
Mas no duran siempre segun luego aplacen,
Y pues me hicieron del mal que vos hacen
Sabad al amor desamar amadores.

Huid un peligro tan apasionado,
Sabad ser alegres, dejad de ser tristes.

Sabad deservir á quien tanto servistes,
A otro que á amores dad vuestro cuidado:
Los cuales si fuesen por un igual grado
Sus pocos placeres segun su dolor,
No se quejára ningun amador
Ni desesperára ningun desamado.

Bien como cuando algun malhechor
Al tiempo que hacen de otro justicia,
Temor de la pena le pone cobdicia
De allí en adelante vivir ya mejor,
Mas desque pasado por aquel temor
Vuelve á sus vicios como de primero;
Así me volvieron á do desespere
Amores, que quieren que muera amador. »

² Esta cancion de Santillana, no desprovista enteramente ni del afecto ni de gracia, puede ser ejemplo de como estos escritores se aprovechaban de la erudicion.

Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
É será piadosa Aleto
É pavoroso Metelo;
Que yo jamas olvidase
Tu virtud,
Vida mia, y mi salud,
Nin te dejase.

El César afortunado
Cesará de combatir,
É hiciieran desdeir
Al Priámites armado;
Antes que yo te dejára,
Idola mia,
Ni la tu filosofía
Olvidára.

Sinón se tornará mudo
É Tarsides virtuoso,
Sardanápalo animoso.
Torpe Salomon é rudo;

imitar de ellos la sencillez de sus planes, y el admirable artificio con que en sus composiciones sabian desenvolver y vigorizar un pensamiento, y sostener y graduar el efecto desde el principio hasta el fin. Por último, los versos, aunque mas tolerables que los del tiempo antiguo, tenian el gran inconveniente de la monotonía, y de no poderse acomodar á la variedad, elevacion y grandeza que deben tener los periodos poéticos segun las imágenes, afectos y pensamientos que encierran.

ARTICULO III.

DESDE GARCILASO HASTA LOS ARGENSOLAS.

Se atribuye generalmente á *Juan Boscan* la introduccion en nuestra poesia de los endecasílabos y artificio de la versificacion italiana. Andres Navagero, embajador de Venecia en España, aconsejó á *Boscan* esta novedad, que empezada por él, y seguida de Garcilaso, Mendoza, Acuña, Cetina y otros buenos ingenios, hizo enteramente mudar de semblante el arte. No porque ya no se conociesen antes de él los endecasílabos en Castilla. Hay algunos en el Conde Lucanor escrito en el siglo XIV, y el marques de Santillana en el XV compuso muchos sonetos al modo que los italianos. Pero estos ensayos no habian tenido consecuencia; y solo al tiempo de *Boscan* fué cuando se dedicaron generalmente á esta clase de versificacion. Y si bien yo creo que mas influjo tuvo en esto la relacion íntima que ya por aquel tiempo habia entre las dos naciones, que la autoridad de un poeta mediano como *Boscan*; todavia sin embargo es muy glorioso para él haber sido autor de tan feliz revolucion, y contribuir con su ejemplo y sus esfuerzos á establecerla.

Pero los que se hallaban bien con la versificacion antigua, levantaron al instante el grito contra la innovacion, y trataron á sus fautores como reos de lesa poesia, y alevosos á la patria. Al frente de ellos *Cristóbal de Castillejo*, en las sátiras que escribia contra los *Petrarquistas* (que así los llamaban), comparaba esta novedad á las que Luteró introducía entonces en la fe; y haciendo comparecer en el otro mundo á *Boscan* y á Garcilaso ante el tribunal de Juan de Mena, Jorge Manrique y otros trovadores del tiempo anterior, ponía en su boca el juicio y condenacion de las nuevas rimas. A este fin supone que *Boscan* dice un soneto, y Garcilaso una octava delante de sus jueces, y luego añade:

Juan de Mena como oyó
La nueva trova pulida,

Contentamiento mostró.
Caso que se sonrió

En aquel tiempo que yo.
Gentil criatura,
Olvidase tu figura
Cuyo so.
Ethiopia tornará
Umeda. fria é nevosa,
Ardiente Scitia é fogosa.
É Scila reposará;
Antes que el ánimo mio
Se partiese
Del tu mando é señorío,
Nin pudiese.
Las fieras tigres harán
Antes paz con todo armento;

Habrán las arenas enocho,
Los mares se agotarán;
Que me haga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suyo
Otra alguna.
Ca tú eres caramida,
É yo so fierro. señora,
É me tiras toda hora
Con voluntad non fingida.
Pero non es maravilla,
Ca tú eres
Espejo de las mugeres
De Castilla.

Como de cosa sabida.
 Y dijo : Segun la prueba
 Once sílabas por pié,
 No hallo causa porque
 Se tenga por cosa nueva,
 Pues yo tambien las usé.
 Don Jorge dijo : No veo
 Necesidad ni razon
 De vestir nuestro deseo
 De coplas, que por rodeo
 Van diciendo su intencion.
 Nuestra lengua es muy devota
 De la clara brevedad,

Y esta trova á la verdad
 Por el contrario denota
 Obscura prolijidad.....
 Cartagena dijo luego,
 Como práctico en amores :
 Con la fuerza de este fuego
 No nos ganarán el juego
 Estos nuevos trovadores.
 Muy melancólicas son
 Estas trovas á mi ver,
 Enfadosas de leer,
 Tardías de relacion,
 Y enemigas de placer.

Si Juan de Mena y Manrique hubieran podido manifestar entonces algun sentimiento, fuera el de no hallar establecida ya la versificación nueva cuando escribieron. El genio fogoso y atrevido del uno, el grave y sesudo del otro, habrían hallado para la expresion de sus pensamientos y pinturas un instrumento á propósito en el endecasílabo. Hubieran conocido al instante que las coplas de arte mayor reducidas á sus elementos eran una combinacion continua y cansada de versos de seis sílabas; que los octosílabos aconsonantados servian mas para el epigrama y el madrigal que para la grande poesía, y que las coplas de pié quebrado, esencialmente opuestas á toda armonía y á todo placer, no debian sostenerse. Esto no lo podia conocer *Castillejo* : escribia sí la lengua castellana con propiedad, facilidad y pureza ; pero el númen, la invencion, las imágenes altas y animadas, la fuerza del pensamiento, el calor de los afectos, la variedad, la armonía ; todas estas dotes sin las cuales, ó á lo menos sin muchas de ellas, nadie es considerado poeta, todas le faltaban. Así no es de extrañar que encastillado en sus coplas, suficientes para la expresion de los pensamientos agudos é ingeniosos en que abundaba, desconociese la necesidad que tenia nuestra poesía de la versificación nueva para salir de su infancia. Esta tenia mas libertad y soltura, daba oportunidad para variar las pausas y las cesuras, y presentaba á la infinita variedad de formas que tiene la imitacion, la muchedumbre de combinaciones que puede recibir la colocacion de los versos largos y cortos. Tales ventajas se lograban con el nuevo sistema, y todas fueron reconocidas por los nuevos ingenios que las adoptaron ; pero para ello era preciso tener la cualidad de poeta, y *Castillejo*, rigurosamente hablando, no la tenia.

Esta circunstancia era para la disputa mucho mas necesaria de lo que parece : pues aunque no hubiese la grande diferencia que existia entre unos y otros metros, siempre llevaria la palma aquel partido que pusiese en su favor mejores versos, y composiciones mas agradables. En tal posicion el solo talento de *Garcilaso* debia anadar, como lo hizo, y convertir en polvo á todos los copleros. ¡ Cosa verdaderamente extraña, por no decir admirable ! un jóven que muere á la edad de treinta y tres años ; entregado á la carrera de las armas, sin estudios conocidos, con solo su particular talento auxiliado de su aplicacion y buen gusto, saca de repente á nuestra poesía de su infancia, la encamina felizmente por las huellas de los antiguos y de los mas célebres modernos que entonces se conocian ; y rivalizando á veces con ellos, la engalana con arreos y sentimientos propios, y la hace hablar un lenguaje puro y armonioso, dulce y elegante. Su genio, mas delicado y tierno que fuerte y elevado, se inclinó de preferencia á las imágenes dulces del campo y á los sentimientos propios de la égloga y la elegía. Tenia una fantasía viva y amena, un modo de pensar decoroso y noble, una sensibilidad exquisita ; y este feliz natural, ayudado del estudio de los antiguos, y de la comunicacion con los italianos, produjo aquellas composiciones, que aunque tan pocas, se conciliaron al instante una estimacion y un respeto, que los tiempos siguientes no han cesado de confirmar.

Desearán algunos que se hubiese entregado mas á sus propias ideas y sentimientos; que estudiando igualmente á los antiguos no se dejase llevar tanto del gusto de traducirlos, y que no abandonase las imágenes y afectos que su excelente talento le sugeria por las imágenes y afectos ajenos; que ya que en la mayor parte es un modelo de cultura y de elegancia, hubiera hecho desaparecer algunos rastros que tiene de la rudeza y desaliño antiguo; por último quisieran que la disposición de sus églogas tuviese mas unidad, y hubiese mas conexión entre las personas y objetos que intervienen en ellas. Pero estos defectos no pueden contrapesar las muchas bellezas que aquellas poesías contienen; y es privilegio concedido á todos los que abren una nueva carrera el poder errar sin que su gloria padezca. *Garcilaso* es el primero que dió á nuestra poesía alas, gentileza y gracia, y para esto se necesitaban mas talento y mas fuerza sin comparacion alguna, que para evitar las faltas en que la necesidad, su juventud, y la flaqueza indispensable en la naturaleza humana le hicieron caer.

A las prendas sobresalientes que tiene como poeta, se añade la de ser el escritor castellano, que manejó en aquel tiempo la lengua con mas propiedad y acierto. Muchas voces y frases de sus contemporáneos, muchas de otros autores posteriores han envejecido ya y desaparecido: el lenguaje de *Garcilaso* al contrario, si se exceptúan algunos italianismos que su continuo trato con aquella nacion le hizo contraer, está vivo y floreciente aun, y apenas hay modo de decir suyo que no se pueda usar oportunamente hoy dia.

Tantas especies de mérito reunidas en un hombre solo, excitó la admiracion de su siglo que le dió al instante el título de príncipe de los poetas castellanos: los extranjeros le llaman el Petrarca español: tres escritores célebres le han ilustrado y comentado, entre ellos Fernando de Herrera; infinitas veces se ha impreso, y todos los partidos y sectas poéticas le han respetado. Sus bellos pasages corren de boca en boca por todos los que gustan de pensamientos tiernos y de imágenes apacibles; y si no es el mas grande poeta castellano, es el mas clásico á lo menos, el que se ha conciliado mas aplauso y mas votos, aquel cuya reputacion se ha mantenido mas intacta, y que probablemente no perecerá mientras haya lengua y poesía castellana.

El impulso dado por *Garcilaso* fué seguido de algunos buenos ingenios de su tiempo, que fueron *don Hernando de Acuña*, *Gutierre de Cetina*, *don Luis de Haro*, *don Diego de Mendoza* y otros pocos, pero todos muy desiguales á él; y para encontrar un escritor en que el arte hiciese algun progreso es preciso buscarle en *Fr. Luis de Leon*. Este hombre doctísimo, versado en toda clase de erudicion, inteligente en las lenguas antiguas, enlazado con relaciones de amistad á todos los sabios de su tiempo, fué uno de los escritores á quienes la lengua castellana debió mas por el nervio y propiedad con que la escribia, y el que dió á nuestra poesía un carácter no conocido hasta él. Las canciones y sonetos de *Garcilaso* estaban escritos en el tono elegiaco y sentimental de Petrarca, y sola su *Flores de Guido* era la composicion en que se acercó mas al carácter de la poesía lírica antigua. *Luis de Leon*, lleno de Horacio, á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda; y en una dición natural y sin aparato supo manifestar elevacion, fuerza y magestad. Su profesion y su genio le inclinaban mas al género lírico moral que al heróico, sin embargo de que su *Profecía del Tajo* manifestó lo que hubiera podido hacer en este último; pero en aquel dejó unas cuantas odas excelentes, que se acercan mucho, si no igualan á los modelos que se propuso imitar. Su principal mérito y su carácter en ellas es el de producir pensamientos magestuosos y fuertes, imágenes grandes, sentencias profundas, sin que le cuesten ningun esfuerzo, y con la mayor sencillez. La dición y el estilo son animados, puros y abundantes como que salen de un manantial rico y limpio. No es

tan feliz en la versificación : aunque dulce, fluido y gracioso en ella, carece de gravedad, y desmaya no pocas veces por falta de número y plenitud. A este defecto se añade otro, mayor todavía en mi dictámen, que es el de que nadie tiene menos poesía cuando el calor le abandona : lánguido entonces y prosáico ni toca, ni mueve, ni enagena ; y solo le queda el mérito de su dicción y su estilo, que son sanos siempre y puros, aun cuando no tengan vida ni color.

A este mismo tiempo pertenecen en mi opinion las poesías de *Francisco de la Torre*, publicadas por Quevedo en 1651. Nadie dudó entonces que estas obras fuesen de un poeta anterior al editor ; pero casi en nuestros días un hombre de mucho mérito (don Luis Velazquez) las reimprimió con un discurso al frente en que aseguró eran una producción de Quevedo ; el cual habia querido publicar con nombre ajeno sus versos amatorios. La absoluta ignorancia en que se está de la calidad y circunstancias del tal *Francisco de la Torre* ; el ejemplar de Lope de Vega que habia publicado con el nombre de Burguillos, poesías conocidamente suyas ; la semejanza de estilo que creia ver Velazquez entre estos versos y los de Quevedo, con otras razones menos importantes fueron los fundamentos de esta opinion, que por entonces se siguió sin contradicción alguna.

Pero estas pruebas no pasan de meras conjeturas, que ademas de no afianzarse en hecho ninguno positivo, quedan desvanecidas al instante que se examinan la naturaleza y carácter de aquellas poesías. El que no sepa distinguir los versos de Quevedo de los de Garcilaso, ú otro cualquiera poeta de la época anterior, ese solo podrá confundir con él á *Francisco de la Torre*. No son bastante prueba de semejanza unos cuantos versos rebuscados en las obras de uno y otro, sacados de su lugar, confundidos entre sí, y que ni aun de este modo tienen, si bien se miran, la semejanza de estilo que se supone. Para saber si las poesías de *Francisco de la Torre*, pueden ser ó no de Quevedo, es preciso despues de leer las primeras, buscar en la Erato ó Euterpe del segundo las poesías que allí se dan por pastoriles ; entonces es cuando se palpa la enorme diferencia que hay entre uno y otro, ya se mire la dicción, ya el estilo, ya los versos, ya las imágenes, ya la composición, ya el todo. No es posible equivocarlos ; como no es posible equivocar jamas á las mugeres que son bellas naturalmente con las que se martirizan para parecerlo.

Con efecto, estas poesías de *Francisco de la Torre* son de los frutos mas exquisitos que dió entonces nuestro Parnaso. Todas pastoriles, sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdican nunca de este carácter, y guardan la propiedad mas rigurosa con él. Sus dotes mas eminentes son la sencillez de la expresión, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningun poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos : una tórtola, una cierva, un tronco derribado, una hiedra caída, le sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ternura. Las imitaciones de los antiguos en que estas poesías abundan, están refundidas tan naturalmente en su carácter y estilo, que se identifican enteramente con él.* Es lástima que á la pureza de su lenguaje no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosáicas. A veces tambien la locución se manifiesta oscura por dislocaciones ú omisiones de expresión, acaso hijas del descuido y corrupcion de los manuscritos. Por último, se echa de menos en sus églogas variedad, conocimiento del arte del diálogo, oposicion y contraste entre las situaciones de los interlocutores : el poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego cuando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolijas, que al fin cansan y fastidian.

Hasta ahora la poesía conservaba las galas naturales y sencillas que habia tomado de Garcilaso ; y si bien Luis de Leon le dió alguna elevacion y grandeza, se incli-

naba mas á los argumentos que piden un estilo medio, como son los que presenta la naturaleza campestre. Tenia ornamentos de gusto, pero sin ostentacion ni riqueza; y su lenguaje era mas puro y gracioso que magestuoso y brillante. Mantenedores de este carácter natural, modesto y sencillo fueron *Francisco de Figueroa*, que en su égloga de *Tirsi* dió el primer ejemplo de buenos versos sueltos castellanos; *Jorge de Montemayor*, que con su *Diana* introdujo el gusto y la aficion á las novelas pastorales; y *Gil Polo*, uno de sus continuadores, que menos feliz que él en la invencion, le aventajó mucho en los versos, y casi llegó á oscurecerle. Pero pasando de estos escritores á los andaluces¹, ya se ve al arte mudar de gusto, tomar un tono mas elevado y vehemente, enriquecer y engalanar la diction, y manifestar la intencion de sorprender y arrebatar; en suma, aspirar al *mens divini-or atque os magna sonaturum*, por donde Horacio caracteriza la verdadera poesia.

Al frente de estos autores debe sin disputa nombrarse á *Fernando de Herrera*, hombre á quien la elocucion poética debe mas que á ninguno. Su talento era igual á su estudio; y familiarizado con las lenguas latina, griega y hebrea, se dedicó, á imitacion de los grandes escritores antiguos, á formar un lenguaje poético que compitiese en pompa y riqueza con el que ellos usaron en sus versos. Es verdad que ya no estaba él en la situacion de Juan de Mena, y que no tenia facultades para suprimir sílabas, sincopar frases, mudar terminaciones. Esta parte física de la lengua estaba ya fijada por Garcilaso y sus imitadores, y no podia sufrir alteracion. Pero la parte pintoresca podia recibir, y de hecho recibió de él grandes mejoras: valióse mucho de las palabras compuestas que ya habia, introdujo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados, á que dió nuevo vigor y frescura, por la oportunidad con que los aplicó, y usó en fin de mas frases y modos de decir separados de la lengua usual y comun que ningun otro poeta. A este esmero añadió otro no menos esencial, que fué el cuidado de pintar al oido, por medio de la armonia imitativa, haciendo que los sonidos tuviesen analogía con la imágen. Él los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente ó los precipita de golpe, ya los hace rozarse con aspereza, ya tocarse con blandura; en fin, unas veces corren fluidos y fáciles, otras penetran el oido con sosegada y apacible melodía. Estas dotes que tienen los versos de *Herrera* en el mecanismo de su lenguaje, los hacen distinguir de la prosa en tal manera que, descompuestos y rotos, perdida su medida y su cadencia, son los que mas conservan el carácter pintoresco y divino que les dió el poeta.

Si de las formas exteriores se pasa á las dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepuja á *Herrera* en fuerza y osadía de imaginacion, muy pocos en el calor y vivacidad de los afectos, y ninguno le iguala, si se exceptua á *Rioja*, en dignidad y en decoro. La mayor parte de sus poesías se reducen á elegías, canciones y sonetos en el gusto de *Petrarca*. Fué este poeta el primero que, separándose del modo con que los antiguos habian pintado al amor, dió á esta pasion un tono mas ideal y mas sublime. Él la acrisoló de la flaqueza de los sentidos, convirtiéndola en una especie de religion; y redujo su actividad á estar continuamente admirando y adorando las perfecciones de la cosa amada, á complacerse en sus penas y martirios, y á contar los sacrificios y privaciones por otros tantos placeres. *Herrera*, apasionado toda su vida á la condesa de *Gelves*, dió á su amor el heroismo del amor platónico, y con los nombres de *Luz*, de *Sol*, de *Estrella* y de *Eliodora*, le consagró una pasion fogosa, tierna y constante; pero acompañada de tal respeto y tal decoro, que el pudor no podia alarmarse de ella, ni la virtud ofenderse. En

¹ Luis de Leon, aunque natural de Granada, se formó y vivió en Salamanca. y por consiguiente | no contradice á esta observacion general.

todos los versos que dedicó á este objeto hay mas adoraciones, mas enagenacion de sí mismo, que esperanzas y deseos. Tiene este gusto un inconveniente, que es dar en una metafísica nada inteligible, en un alambicamiento de penas, dolores y martirios muy distante de la verdad y de la naturaleza, y que por lo mismo ni interesa ni conmueve. A este mal, que de cuando en cuando se deja notar en *Herrera*, se añade que su diction, demasiado estudiada y esmerada, peca casi siempre por afectacion, y no pocas veces por oscuridad. El estilo y lenguaje del amor quieren ir mas descargados y ligeros para ser graciosos y delicados, Así *Herrera*, que sin duda amaba con vehemencia y con ternura, parece, al decir sus sentimientos, mas ocupado del modo de expresarlos, que del deseo de interesar con ellos; y á esto debe atribuirse que sea de nuestros poetas el que menos versos amorosos ha hecho propios para andar en boca de las gentes.

Pero en donde esta diction rica y poética luce á la par de su imaginacion ardiente y vigorosa es en la oda elevada, donde *Herrera*, feliz imitador de la poesía griega, hebrea y latina, supo llenarse de su fuego, y rivalizar con ella. Este género en su origen estaba muy distante de las ideas ordinarias. El poeta, poseido de una exaltacion que no estaba en su mano ni moderar ni regir, cantaba sus versos junto á las aras de los templos, en los teatros públicos, al frente de los ejércitos, en las grandes solemnidades nacionales. El número que le inspiraba le hacia volar entonces á otras regiones, y ver cosas escondidas al comun de los hombres. Desde allí, en un lenguaje de fuego, y por todas sus circunstancias maravilloso, hacia descender la verdad de lo alto en grandes y fuertes lecciones para los pueblos; abria las puertas del destino, y anunciaba lo futuro; entonaba himnos de gratitud y de alabanza á los dioses y á los héroes; ó, llenando de furor patriótico y guerrero á los escuadrones armados, los llamaba á los combates y á la victoria. En tal posicion el poeta lírico no debía parecer un hombre como los demas: su agitacion, su lenguaje, los números á que le reducia, la música con que le cantaba, la audacia de sus figuras, la grandeza de sus pensamientos, todo debía contribuir á considerarle en aquellos momentos de entusiasmo como un ser sobrenatural, un intérprete de la divinidad, una sibila, un profeta.

Tal fué en la antigüedad el carácter de la oda, que despues las naciones modernas han introducido con mas ó menos buen éxito en su poesía. Pero, despojada del canto, y alejada de las solemnidades y concurrencias numerosas, no 'ha sido mas que un débil reflejo de la inspiracion primera. Los grandes poetas modernos han creído que, para restituírle el carácter exaltado y divino que tuvo en su origen, era preciso trasplantarla otra vez al pais en que nació, y llenarla de las ideas, imágenes, y aun frases antiguas. Fué *Herrera* el primero que la concibió así entre nosotros: Horacio habria adoptado con gusto su cancion á don Juan de Austria: el himno por la batalla de Lepanto respira en todas partes aquel fogoso entusiasmo, y está adornado de las imágenes ricas, y frases atrevidas que caracterizan la poesía hebraica; y la cancion elegiaca al rey don Sebastian, animada del mismo espíritu que el himno, está llena de la melancolía y agitacion que debía producir en una imaginacion viva aquella catástrofe miserable. Hasta en canciones poco interesantes por su asunto y su composicion se hallan vuelos osados y dignos de Píndaro: sobresaliendo siempre aquel esmero en la diction, aquella poesía de estilo, por la cual jamas podrán confundirse tres versos suyos con los de otro ningun poeta. Servirán de muestra en esta parte los siguientes sacados de su cancion á san Fernando, que no es de las mejores.

Cubrió el sagrado Betis, de florida
Púrpura, y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera ondulosa.

Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movable cristal de la sombrasa.

Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo

La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el océano extendiendo.

Al citar Lope de Vega estos versos, como un modelo de locucion poética, tan opuesta á las extravagancias del culteranismo, lleno de entusiasmo exclamaba: *Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera.*

Sus paisanos le dieron el renombre de *Divino*, y de todos los poetas castellanos, á quienes se dió este título, ninguno le mereció sino él. A pesar de esta gloria, y de las alabanzas de Lope, su estilo y sus principios tuvieron pocos imitadores entonces; y hasta el restablecimiento del buen gusto en nuestro tiempo, no se ha conocido bien el mérito eminente de su poesía, y la necesidad de seguir sus huellas para elevar la lengua poética sobre la lengua vulgar. Imitóle *don Juan de Arguijo* en sus sonetos, descargando un poco el estilo del excesivo ornato que tiene en Herrera; pero quien le mejoró infinitamente mas fué *Francisco de Rioja*, sevillano tambien como los otros dos, y discípulo de la misma escuela, aunque floreció bastantes años despues.

Igual en talento á Herrera, y superior en gusto, *Rioja* hubiera fijado sin duda los verdaderos límites entre la lengua prosáica y la poética, si hubiese escrito mas, ó se conservasen sus composiciones. ¿Cómo es posible que un hombre de tan grande ingenio, y que vivió tantos años, no escribiese mas que una cancion, una epístola, trece silvas, y unos cuantos sonetos? Mas fácil de creer es que sus escritos se perdiesen en las diferentes vicisitudes que tuvo su vida, ó que yazcan olvidados entre los muchos monumentos literarios que entre nosotros luchan todavía con el polvo y los gusanos. Lo poco suyo que ha quedado es suficiente sin embargo á darnos idea de su carácter poético, sobresaliente entre los otros por la nobleza y severidad de la sentencia, por la novedad y eleccion de los asuntos, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasía, y por la excelencia del estilo que es siempre culto sin afectacion, elegante sin nimiedad, sin hinchazon grandioso, y adornado y rico sin ostentacion ni aparato. Un mérito que le distingue particularmente es el acierto con que construye sus períodos; los cuales ni dan en secos por la brevedad, ni se arrastran penosamente por prolijos; defecto grande y frecuente en los mas de nuestros poetas, cuyas cláusulas no bien distribuidas fatigan el aliento cuando se recitan. Bien sé que aun en estas pocas composiciones hay resabios del prosaismo de los poetas del siglo XVI, y del falso oropel de los del siguiente; pero, ademas de que son rarísimos, debe tenerse presente que no limó él ni dispuso estos versos para publicarlos, disculpa bastante de mayores yerros. Por mucha importancia que se les quiera dar, no podrán quitar la primacia que gozan entre nuestros tesoros poéticos las delicadas silvas á las flores, la magnífica cancion á las ruinas de Itálica, y la casi perfecta epístola moral á Fabio.

Al último tercio del siglo XVI corresponden otros poetas, célebres entonces, pero de mérito y orden muy inferior á los ya nombrados; *Juan de la Cueva*, que pertenece mas bien á la historia de la comedia, entre cuyos primeros corruptores se le cuenta comunmente: *Luis Barahona de Soto*, autor del poema *las Lágrimas de Angélica*, aplaudido mucho en su tiempo, y de nadie leído ahora: *Pedro de Padilla*, escritor recomendable por la pureza de la diccion y fluidez de los versos, pero pobre de imaginacion y de calor, y algunos otros que, aunque menos señalados, no dejaron de contribuir á los progresos del arte. A esta época pertenece *Pablo de Céspedes*, pintor, escultor y poeta, en cuyas bellas octavas sobre la pintura respira frecuentemente el estilo vigoroso y pintoresco de Virgilio. Pertenece en fin á la misma *Vicente Espinel*, inventor de la *quinta* en la guitarra, y de las *décimas*

en la versificación, que de su nombre se llamaron *Espinelas*. Aunque este poeta carecía de gusto y de doctrina, manejaba la lengua con tanto despejo y pureza, tenía tanto talento y tan buen oído, y sus períodos poéticos son por lo regular tan sueltos, llenos y sonoros, que no es de extrañar la grande estimación en que sus contemporáneos le tuvieron; y su ejemplo contribuyó poderosamente á dar á los versos mas facilidad, mas número y abundancia.

ARTICULO IV.

DE LOS ARGENSOLAS Y OTROS POETAS HASTA GÓNGORA.

Ninguno de los autores de este tiempo igualó á los *Argensolas* en circunspección y en cordura, en facilidad de rimar, y en corrección y propiedad de lenguaje. Son tan sobresalientes en esta última parte, que Lope de Vega decía de ellos que habían venido á Castilla desde Aragón á enseñar la lengua castellana. Su erudición, la severidad de su doctrina, sus conexiones, la grande protección que les dispensó el conde de Lemos, fueron las causas de aquella especie de magisterio que ejercieron sobre sus contemporáneos, y de aquella superioridad reconocida y confirmada por las alabanzas que de todas partes se les prodigaban. Dióseles el título de Horacios españoles; y siempre se les reputó como poetas de primer orden, conservando una opinión casi tan intacta como la del mismo Garcilaso.

Sin intentar disminuir la justa estimación que se les debe, ni contender con sus muchos apasionados, yo diría que su fama me parece mucho mayor que su mérito; y que si la lengua les debe mucho por el esmero y la propiedad con que la escribían, la poesía no tanto, donde su reputación está al parecer mas afianzada en los vicios que les faltan, que en las virtudes que poseen. En el género lírico son fáciles, cultos, ingeniosos, pero generalmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fantasía. Tampoco en los amores tienen la gracia y la ternura que la poesía erótica pide, y si se exceptua algun otro soneto de *Lupercio*, no puede citarse en esta parte composición ninguna de ellos que merezca llamar la atención, y encomendarse á la memoria de los amantes. No hablaré de la *Isabela* y la *Alejandra*, porque todos convienen, hasta los menos doctos, que estas composiciones no tienen de tragedias mas que el nombre y las muertes friamente atroces con que se terminan. Su carácter sesudo, la índole de su espíritu mas ingenioso y discreto que florido y expansivo, la sal y el gracejo que á veces sabían esparcir, tenían mas cabida en la poesía satírica y moral, donde realmente han sido mas felices. Hay en ellos infinidad de rasgos, preciosos algunos por la profundidad y valentía, y muchos por aquella ingeniosidad de pensamiento, aquella facilidad y propiedad de expresión, que los constituye proverbiales.

Y el vulgo dice bien que es desatino
El que tiene de vidrio su tejado
Estar apedreado al del vecino.

La grave autoridad de la moneda
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.

Los lechos conyugales y aun las cunas
Mancilla vuestra industria ó las abrasa.
El agraz virginal de las alumnas

En las prensas arroja aun no maduro
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro;
En la familia toda infunde sueño.

Así tal vez fiada en su hermosa-ura
La adúltera gentil con los fingidos
Zelos de su consorte se asegura.

Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira,
Los ojos á llorar apercebidos.

Culpa á los siervos con la limpia ira
De los zelos legitimos bramando :
Su noble esposo crédulo la mira

Enternecido, y obligado, y dando
Satisfaccion inútil á su alevé,
La abraza y pide el corazon mas blando.

Y con los labios abrasados bebe
De su Porcia las lágrimas atroces
Que de los ojos bien mandados llueve.

Cuyo llanto, o marido, cuyas voces,
Te dirá su escritorio, si son fieles,
Si con curiosidad lo reconoces.

¿ O santo Dios ! ; Qué trazas, qué papeles
Pérfidos has de hallar !

Y si es de plata, ó nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico ;
¿ Aplacarte ha la sed mas que el de barro !

Pues la seguridad con que lo aplico
A la sedienta boca de agua lleno ;
¿ Daránela en palacio un vaso rico ?
En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia.

Estos pasajes, sacados de varias sátiras de *Bartolomé*, y otros muchos de mérito igual ó superior, que pudieran citarse así de él como de *Lupercio*, prueban su feliz disposicion para esta clase de poesía. Se los ha comparado á Horacio, y sin duda tienen con él mas semejanza, sin embargo de la preferencia que Bartolomé daba á Juvenal *. ¿ Pero á cuanta distancia no estan de él ! La vivacidad, la soltura, la variedad, la concision, la mezcla exquisita y delicada de censura y de alabanza, el abandono amable, y la efusion amistosa que encantan y desesperan en su admirable modelo; todas les faltan, y acusan la condescendencia excesiva ó el defecto de gusto con que sus contemporáneos les dieron el título de Horacios. La facilidad de rimar les hacia encadenar tercetos sin fin, en que si no se encuentran rípios de palabras, hay muchos de pensamientos. Esto hace que sus sátiras y epístolas parezcan frecuentemente prolijas, y aun á veces cansadas. Horacio, por ejemplo, hubiera aconsejado á *Lupercio* que abreviase la entrada de su sátira á la Marquesilla, y otros muchos pasajes prolijos que hay en ella, á *Bartolomé* que suprimiese en la fábula del Aguila y la Golondrina la larga enumeracion de las aves, inútil é importuna para un poeta, superficial y escasa para un naturalista; hubiera en fin advertido á uno y otro, que los rasgos satíricos, semejantes á las flechas, deben llevar plumas y volar, para herir con ímpetu y certeza. Es triste por otra parte ver que no salgan jamas de aquel tono desabrido y desengañado que una vez toman; sin que la indignacion hácia el vicio los exalte, ni la amistad ó admiracion les arranque un sentimiento ni un aplauso. Elige uno amigos entre los autores que lee, como entre los hombres que trata: yo confieso á que no lo soy de estos poetas, que á juzgar por sus versos, parece que nunca amaron ni estimaron á nadie.

Discípulo del menor Argensola fué *Villegas*, que si al talento natural hubiera hermanado alguna parte del juicio y sensatez de su maestro, nada dejara que desear en los géneros que cultivó. El fué el primero que nos dió á conocer la anacreóntica; y si en sus cantinelas y monóstrofes se ofende á veces el gusto con los falsos conceptos, los equívocos y retruécanos que encuentra, mas frecuentemente se agrada con la vivacidad, la ligereza y la gracia que la anima, con aquella libertad y travesura tan propias de un muchacho, con aquella cadencia en fin, y aquel acento que halagan y cautivan el oido, y hacen perdonarlo todo. No sucede lo mismo con sus versos mayores: fácil generalmente y numeroso en ellos, rima con desahogo y maestría, y descubre de cuando en cuando un seso y una doctrina muy superiores á sus pocos años. ¿ Pero qué son idilios sin sencillez y sin afectos, elegias sin melancolía ni ternura, odas sin elevacion ni entusiasmo? Aun cuando estuviesen libres de estos defectos

* Pero cuando á escribir sátiras llegues,
A ningun irritado carlapaeo
Sino al del cauto Juvenal te entregues.

Porque nadie á los gustos de palacio
Tomó el pulso jamas con tanto acierto,
Con permission de nuestro insigne Horaci.

capitales, siempre perderian mucho de su valor por la continua afectacion y pedanteria, por las locuciones viciosas, antitesis y falsas flores de que abundan ¹.

Otra novedad intentó, que pedia para arraigarse mas fuerzas que las suyas. Probóse á componer sáficos, exámetros y dísticos castellanos: y aunque las muestras que publicó no sean del todo infelices, especialmente en los sáficos por su analogía con nuestro endecasílabo, no ha tenido despues quien le siga en esta empresa. Pide el exámetro una prosodia mas determinada y fija que la que tiene nuestra lengua para contentar el oido; y por lo mismo su imitacion es tanto mas difícil, por no decir imposible. Sin duda hubiera ganado el arte en el establecimiento de esta novedad; pero para ello se necesitaba que hubiese estado entonces en sus principios; que la lengua dócil y flexible se prestase á la voluntad del poeta, y que este tuviese un genio colosal que subyugase á los otros, y les hiciese una ley de versificar como él. Era mal tiempo de introducir otros ritmos aquel en que se conocian tan bellos versos endecasílabos de Garcilaso, Leon y Herrera; y la consistencia y fijacion que tenian la lengua y la poesia, no las permitian retroceder á su infancia, como era preciso para adiestrarse en el manejo de la versificacion latina.

La reputacion de este poeta no correspondió entonces á las esperanzas orgullosas de que se alimentaba cuando publicó su libro. En él insultó á Cervantes, motejó á Góngora, se burló de Lope de Vega; y, creyéndose un astro superior que iba á eclipsar á sus contemporáneos, se representó al frente de sus Eróticas como sol naciente que amortigua con sus rayos á las estrellas, llevando el arrogante lema: *Sicut sol matutinus: Me surgente, quid ista?* A un cuando hubiera reunido en sí los talentos de Horacio, Píndaro y Anacreonte en toda su extension y pureza, de lo que estaba muy lejos, siempre era imperdonable esta jactancia, que ni aun puede disculparse con sus pocos años. El público es siempre mayor que cualquiera escritor por grande que sea; y es preciso presentarse delante de él con modestia, á menos de querer pasar ó por loco ó por necio. *Villegas* pues irritó impertinentemente á sus iguales, no hizo sensacion ninguna en el público, y se atrajo los sarcasmos groseros y mordaces de Góngora, y la reprehension justa y moderada de Lope ². Sepultado en olvido hasta la aparicion del Parnaso español, en cuya coleccion tuvo gran lugar, fué reimpresso por aquel tiempo con un discurso al frente en que su autor don Vicente de los Rios le atribuyó la primacia de la poesia lirica entre nosotros. Semejante condescendencia en un hombre de la erudicion y gusto exquisito de Rios pareció tan extraña como excesiva. Las Eróticas, á la verdad, consideradas como produccion de un jóven de veintitres años, son una muestra bien extraordinaria de talento; pero de aquí al lugar preeminente en que las coloca aquel elegante humanista, hay una distancia muy grande.

¹ ¿Pues qué diré del ganadero Anquises?
Mas preguntalo á Venus Citerea
Quien es el hortelano de sus lises,
O el pincel en el Ida de su idea:
¿Agricola de mares no era T' lises,
Pues como de Calipso gozó dea?

¿Qué ridícula gerigonza!
¿Podrá nadie creer que
estos versos son del mismo autor,
y de la composicion misma donde se hallan estos otros?

Ven, pues, serrana, ven y no te escondas,
Serás, con ser esposa de este rio,
Tetis feliz de las mejores ondas
Que bajan á dar lustre al mar sombrío;

Mira que es justo que al amor respondas
Con dulce agradecer, no con desvío.

² Anacreonte español, no hay quien os tope
Que no diga con mucha cortesía,
Que ya que vuestros piés son de elegía,
Que vuestras suavidades son de arropé....

Con cuidado especial vuestros antojos
Dicen que quieren traducir del griego,
No habiéndolo mirado vuestros ojos.

GÓNGORA.

Aunque dijo que todos se escondiesen
Cuando los rayos de su ingenio viesen.

LOPE.

Así es que una crítica mas severa y mas justa no ha conservado despo á Villegas la palma que tan liberalmente le concedió su biógrafo.

Habian cultivado nuestros poetas hasta este tiempo casi todas las especies de versificación italiana. La octava numerosa y rotunda, el terceto exacto y laborioso, el artificioso soneto, la impertinente sextina, la cancion en sus infinitas combinaciones, el verso suelto, aunque por lo comun pésimamente manejado¹, eran los instrumentos de sus composiciones todas; las cuales venian á ser reflejos mas ó menos luminosos de la poesía antigua y la toscana. Algunas coplas y trovas se hacian, bien que poquíssimas, en que duraba el gusto anterior á Garcilaso; pero cuando el uso del asonante se generalizó en el último tercio del mismo siglo XVI, el gusto y afición á los *romances* se generalizó tambien, y con ellos se continuó, y como que vino á perpetuarse la antigua poesía castellana².

Desnuados verdaderamente del artificio y violencia á que precisaba la imitacion en los otros géneros, cuidándose poco sus autores de que se pareciesen á odas de Horacio ó á canciones de Petrarca, y componiéndose mas bien por instinto que por arte, los *romances* no podian tener el aparato y la elevacion de las odas de Leon, Herrera y Rioja. Pero ellos eran propiamente nuestra poesía lírica: en ellos empleaba la música sus acantos; ellos eran los que se oian por la noche en los estrados y en las calles al son del arpa ó la vihuela; servian de vehículo y de incentivo á los amores, de flechas á la sátira y á la venganza; pintaban felizmente las costumbres moriscas y las pastoriles, y conservaban en la memoria del vulgo las proezas del Cid y otros campeones. En fin, mas flexibles que los otros géneros se plegaban á toda clase de asuntos, se valian de un lenguaje rico y natural, se vestian de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura, propias solamente de un carácter original que procede sin violencia y sin estudio.

Hay en ellos mas expresiones bellas y enérgicas, mas rasgos delicados é ingeniosos que en todo lo demas de nuestra poesía. Los *romances* moriscos principalmente estan escritos con un vigor y una lozania de estilo que encantan. Aquellas costumbres en que se unian tan bellamente el esfuerzo y el amor, aquellos moros tan bizarros y tan tiernos, aquel pais tan bello y delicioso, aquellos nombres tan sonorosos y tan dulces, todo contribuye á dar novedad y poesía á las composiciones en que se pintan. Los poetas despues se cansaron de disfrazar las galanterías con el traje morisco, y se arrogieron al pastoril. Entonces á los desafíos, cabalgatas y divisas sucedieron los campos, los arroyos, las flores, las cifras en los árboles; y lo que con esta mudanza perdieron en vigor los *romances*, lo ganaron en amenidad y sencillez.

La invencion en unos y en otros es bellissima, y admira ver con etnan poco esfuerzo, y con que brevedad describen el sitio, el personaje y los sentimientos que le agitan. Aquí es el alcaide de Molina que entra alarmando á los moros contra los cristianos que les talan los campos; allá es el malogrado Aliatar que, en medio de la pompa fúnebre que le trae, entra sangriento y difunto por la misma puerta que el dia anterior le vió salir lleno de lozania; ya es una simplecilla, que habiendo perdido los zarcillos que le dió su amante, se aflige pensando en las reconvençiones que la esperan; ó bien es un pastor, que solo y desdenado, se ofende de ver que dos tórtolas se besen en un átamo, y las espanta á pedradas.

¹ La égloga de *Tirsi*, de Figueroa, y la traducción del *Aminta* por Jáuregui, son las únicas excepciones de esta decision general, y los únicos ejemplares que pueden citarse entre nuestros antiguos poetas de versos sueltos bien contruidos.

² Este juicio de nuestros *romances* ha sido publicado ya por el colector en otro opúsculo suyo; así como el de Quevedo, que sigue mas adelante, aunque con alguna alteracion.

Los defectos de estas composiciones nacen de la misma fuente que sus buenas prendas, ó, por mejor decir, son el exceso ó el abuso de ellas mismas. Su facilidad y soltura se convierten muchas veces en abandono y desaliño; su ingeniosidad en afectacion; los equívocos, los conceptos, las falsas flores se introdujeron en ellos con tanta mayor libertad, cuanto mas ayudaban tales juguetes á la galantería que las tenia por discreciones; y porque parecian mas disimulables en unas obras que se hacian como jugando. No pueden determinarse fijamente los autores principales de esta poesia; pero la buena época de los *romances* es aquella en que Lope de Vega, Linao y otros mil desconocidos aun no se habian acabado de corromper con el pésimo gusto que despues lo ahogó todo: comprende la juventud de Góngora y de Quevedo, y termina en el príncipe de Esquilache, que fué el único que despues de ellos acertó á dar á los *romances* el colorido, la gracia y ligereza que antes tuvieron. Pero si este gusto por una parte contribuyó á popularizar la poesia, y darle mayor amenidad y soltura, y á sacarla de los límites de la imitacion á que los anteriores poetas la habian reducido; influyó tambien para descorregirla y desalíñarla, convidando á este abandono la misma facilidad de su composicion. Así es que los poetas que florecieron á fines del siglo XVI y principios del siguiente, mas numerosos, mas fáciles, mas amenos, y sobre todo mas originales que los anteriores, serán al mismo tiempo mas descuidados, y tendrán menos artificio, menos esmero, y menos pureza y correccion en su diction y en su estilo.

Vivian en este tiempo los tres poetas que mas amenidad, mas abundancia y facilidad han poseido. El primero es *Balbuena*, nacido en la Mancha, educado en Mexico, y autor del *Siglo de oro* y del *Bernardo*. Nadie desde *Garcilaso* ha dominado como él la lengua, la versificacion y la rima, y nadie al mismo tiempo es mas desaliñado y desigual. Su poema, semejante al nuevo mundo donde el autor vivia, es un pais inmenso y dilatado, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y pantanos con los montes y selvas mas sublimes y frondosas. Si á veces sorprende por la soltura del verso, por la novedad y viveza de la expresion, por el gran talento de describir en que no conoce igual, y aun tal vez por la osadía y profundidad de la sentencia; mas frecuentemente ofende por su prodigalidad importuna, y por su inconcebible descuido. El mayor defecto del *Bernardo* es su extension excesiva, siendo moralmente imposible dar á una obra de cinco mil octavas la igualdad y elegancia continuada que son precisas para agradar. Las églogas del *Siglo de oro* no tienen los defectos de composicion que el poema, y gozan en la estimacion pública el lugar mas próximo á las de *Garcilaso*. Sin duda le merecen, atendida la propiedad del estilo, la facilidad de los versos, la oportunidad y frescura de las imágenes, y la sencillez de la invencion. Si sus pastores no fueran á veces tan rudos; si hubiera tenido un cuidado mas constante con la elegancia en la diction, y con la belleza en los incidentes; si pusiera en fin mas variedad en la versificacion, reducida casi enteramente á tercetos, no dudo que el buen gusto le concediera en esta parte una absoluta primacia.

El segundo de estos poetas es *Jáuregui*, célebre por su traduccion del *Aminta*, poeta florido, versificador elegante y numeroso. Este escritor es el que con mas facilidad y cultura ha expresado sus pensamientos en verso; pero tenia poco nervio y espíritu, y era tambien escaso en la invencion. Su gusto en sus primeros tiempos fué muy puro, como sus *Rimas* lo manifiestan. Mas despues de haber sido uno de los mas acérrimos impugnadores del cultismo, se dejó al fin arrastrar de la corriente, y en su traduccion de la *Farsalia* y en su *Orfeo* se abandonó á todas las extravagancias de que antes se burlaba.

Pero el hombre que recibió de la naturaleza mas dones de poeta, y el que mas abusó de ellos fué sin duda *Lope de Vega*. Don de escribir su lengua con pureza, con

claridad suma y con elegancia: don de inventar, don de pintar, don de versificar de la manera que queria, flexibilidad de fantasia y de espíritu para acomodarse á todos los géneros y á todos los tonos, una afluencia que jamas conocia estorbo ó escasez; memoria enriquecida con una lectura, si no acendrada, por lo menos grande; aplicacion infatigable que aumentaba la facilidad que naturalmente tenia. Con estas armas se presentó en la arena, no conociendo en su ambiciosa osadía ni límites ni freno. Desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya todo lo recorrió, todos los géneros cultivó, y en todos dejó señales de desolacion y talento.

Avasalló el teatro. llamó á sí la atencion universal, los poetas de su tiempo fueron nada delante de él. Su nombre era el sello de aprobacion para todo: las gentes le seguian en las calles; los extranjeros le buscaban como un objeto extraordinario; los monarcas paraban su atencion á contemplarle. Hubo criticos que alzaron el grito contra su culpable abandono, envidiosos que le murmuraban, infames que le calumniaron. Ejemplo triste, añadido á los otros muchos que prueban que la envidia y la calumnia nacen con el mérito y la celebridad: puesto que ni la amable cortesania del poeta, ni la apacibilidad de su genio, ni el gusto con que se prestaba á alabar á los otros, pudieron desarmar á sus detractores, ni templar su malignidad. Pero ninguno de ellos pudo arrebatarle el cetro que tenia en sus manos, ni la consideracion que tantos y tan célebres trabajos le habian adquirido. Su muerte fué un luto público, su entierro una concurrencia universal: hay un libro de poesías españolas hechas á su muerte, otro de italianas: y viviendo y muriendo siempre estuvo oyendo alabanzas, siempre cogiendo laureles, admirado como un portento, y aclamado *Fénix de los ingenios*.

¿Qué queda al cabo de dos siglos de toda aquella pompa, de aquellos ruidosos aplausos que entonces fatigaron los ecos de la fama? Al ver que de tantas poesías y poemas como compuso, es muy raro, quizá ninguno, el que puede leerse entero, sin que á cada paso choque por su repugnancia; que su obra mas estudiada y querida, su *Jerusalen*¹, es un comuesto de absurdos, donde lo poco bueno que se encuentra hace todavía mas deplorable el abuso de su talento; que de tantos centenares de comedias apenas habrá una que pueda llamarse buena; en fin que de tantos millares de versos como su incansable vena produjo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto; no puede menos de exclamarse, ¿dónde estan pues los cimientos de aquel edificio de gloria levantado en obsequio de un hombre solo por el siglo en que vivía, y que asombra y da envidia á la imaginacion que les contempla desde lejos?

No era posible que tuviesen otro resultado trabajos hechos con tal precipitacion, con semejante olvido de todos los buenos principios, y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparacion, sin estudio ni atencion á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él habia acostumbrado al público á novedades casi diarias, descompuso y como que relajó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma priesa y el mismo abandono á todos sus demas escritos².

¹ Mientras que llega el fiador que obligo
De la Jerusalen, de aquel poema
Que escribo, imito, y con rigor castigo.

EPÍSTOLA A GASPARD DE BARRIONUEVO.

¿Qué ideas pues tenia de gusto, de correccion de orden, de elegancia el hombre que con tanto estudio y esmero produce una obra tan desatinada?

² Si no me embarazára el libre cuello

De la necesidad el fiero yugo
Por lo que al cielo plugo;
Yo viera en mi cabello
Algun honor que á la virtud se debe,
Que diera verde lustre á tanta nieve.
Del vulgo vil solicité la risa
Siempre ocupado en fábulas de amores:
Así grandes pintores
Manchan la tabla aprisa.

LOPE: ÉGLOGA A CLAUDIO.

Así es que, á excepcion de algunas poesías cortas en que la buena inspiracion del momento podia aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invencion, de composicion y de estilo. ; Facilidad fatal que corrompió en él todo cuanto bueno habia! Ella le hizo deslucir la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia y aun la fuerza de que tambien estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas pedantescas é importunas, á explicaciones frias y prolijas de lo mismo que ya ha dicho; en fin, á la flojedad, á la llaneza, á la falta de tono insufrible en que degeneran la rica abundancia y la candidez amable de su diction y sus versos.

Era pues bárbaro, se dirá, el siglo que consentia tales extravios, y que daba tanto aplauso á un escritor tan defectuoso. No era bárbaro, aunque sí condescendiente con exceso. Hubo entonces muchos buenos ingenios que deploraban este desórden; pero no podian contrastar al aura popular que la clase de trabajos de *Lope* se llevaba consigo, y que en algun modo su talento autorizaba. La general dulzura y fluidez de su poesía, la claridad de su expresion inteligible casi siempre al menos docto, el lenguaje de la galanteria fina y culta que él inventó, y puso en uso en las comedias, el decoro y aparato con que autorizó la escena¹; los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de cuando en cuando presenta; el papel sobresaliente y brillante que las mugeres hacen generalmente en sus obras; en fin su imperio absoluto en el teatro donde los aplausos tienen mas solemnidad y energía, todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entonces, el cual no era injusto en admirar mas á quien mas placer le daba².

ARTICULO V.

DE GÓNGORA Y QUEVEDO, Y SUS IMITADORES.

Para dar á la poesía castellana el tono y el vigor que le iban faltando, apenas fueran suficientes Horacio y Virgilio con la grandeza de su ingenio, la perfeccion de su gusto, y la alta proteccion que disfrutaron. Dos hombres se aplicaron entre nosotros á esta empresa; los dos de gran talento, pero de un gusto depravado, y de diferentes estudios. Sus vicios, que participan alguna vez de sus buenas prendas, tuvieron la propiedad de un contagio, y produjeron consecuencias mas fatales que el mal mismo que intentaron remediar.

¹ Pintar las iras del armado Aquiles,
 Guardar á los palacios el decoro
 Iluminados de oro
 Y de lisonjas viles,
 La furia del amante sin consejo,
 La hermosa dama, el sentencioso viejo;
 ¿ A quién se debe, Claudio?

² Muerto él, Calderon, Moroto y otros que en vida suya se hubieran contentado con el título de sus discípulos, le oscurecieron en la escena, sin embargo de que su nombre fué siempre respetado como escritor. Este respeto se iba disminuyendo mucho con la observacion mas atenta de los buenos principios, y de los grandes mo-

delos; hasta que ultimamente algunas de sus comedias representadas con aplauso y concurrencia general han vuelto á restablecer su reputacion vacilante. En frances se ha hecho en estos últimos años una muy buena traduccion de algunas poesías suyas por el señor marques de Aguilar; y en Inglaterra un hombre tan respetable por su dignidad y carácter, como por su erudicion, filosofía y buen gusto (milord Holland), ha publicado una disertacion excelente sobre su vida y sus obras. Alternativa por cierto bien extraña, y que prueba á lo menos, que aun cuando *Lope* sea un escritor muy imperfecto, está sin embargo muy lejos de ser un objeto poco interesante en la historia de nuestras letras.

El primero fué *don Luis de Góngora*, padre y fundador de la secta llamada de los *cultos*. Todos saben que despues de un siglo de adoraciones que logró en los secuaces de su estilo, Luzan y los demas humanistas que restablecieron el buen gusto, se aplicaron á destruir la secta desacreditando á su fundador; y para ellos Góngora y poeta detestable fué todo uno. Mas esto era injusto, y deben distinguirse siempre en este autor el poeta brillante, ameno y lozano, del novador extravagante y caprichoso. Su genio independiente era incapaz de seguir ni de imitar á nadie : su imaginacion en extremo fogosa y viva no veia las cosas de un modo comun, y el colorido débil y pálido de los otros poetas no puede sufrir comparacion con la bizarría, si así puede decirse, de su expresion y su estilo. ¿En cuál de ellos se encontrarán períodos poéticos iguales, que en riqueza de lenguaje, en lozanía y en número, puedan competir con los siguientes?

Rey de los otros ríos caudaloso
Que en fama claro, en aguas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello ondoso.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con apacible mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora :
Suelta las riendas á Favonjo y Flora...

¿En cuál imágenes mas delicadas, mas oportunas y mas naturalmente expresadas que estas?

La dulce boca que á gustar convida...
Amantes, no toqueis si queréis vida,
Que entre el un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
.....
Dormid, que el dios alado

De vuestras almas dueño
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.
.....
Ondeábase el viento que corría
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del día.

No hay en todo Anacreonte un pensamiento tan gentil como el de aquella cancion en que, presentando unas flores á su amada, le pide tantos besos como heridas le habian dado las abejas que las guardaban. Si de la poesia italiana se pasa al romance castellano y á las letrillas, *Góngora* es el rey de este género, que de nadie ha recibido tanta gracia, tantas galas, tanta poesia. Su mérito es tal en esta parte, y los buenos ejemplos tan comunes, que no dejan para demostrarlo otro trabajo que el de esoger. Este trozo bastará al intento, sacado del romance de *Angélica* y *Medoro*.

Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncós atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden.
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge...
Todo sirve á los amantes;
Plumas les batén veloces

Aircillos lisonjeros,
Si no son murmuradores,
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabelloves,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores,
Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol
O que en láminas de bronce,
No hay verde fresno su letra.
No hay blanco chopo su mote,
Si un valle Angélica sueña,
Otro Angélica responde,

¿Cómo un hombre que poseía esta fuerza y esta abundancia, pudo despues abandonarse á los delirios lastimosos que le perdieron sin que le quedase ni una sombra de sus excelentes disposiciones? Creyendo que el lenguaje de la poesia se enervaba, y

reputando la naturalidad por pobreza, la pureza por sujecion, y la facilidad por abandono, aspiró á extender los límites de la lengua y de la poesía, y dióse á inventar un nuevo dialecto, que remontase el arte de la llaneza rastrera, á que, segun él, estaba reducido. Este dialecto se habia de distinguir por la novedad de las palabras ó de su aplicacion, por la extrañeza y la dislocacion de la frase, por la osadía y abundancia de las figuras : y no solo compuso en él sus *Soledades* y su *Polifemo*, sino que afeó del mismo modo casi todos sus sonetos y canciones, salpicando tambien con él bastantes pasages de sus romances y letrillas.

Si *Góngora* á las excelentes disposiciones que tenia hubiese juntado la instruccion y el buen gusto que le faltaban ; si hubiera hecho de su lengua el estudio profundo que Herrera, y meditado sobre los recursos que presentaba el idioma, atendidos su carácter, su caudal y su armonía, tal vez consiguiera lo que deseaba, y tendria la gloria de ser un restaurador del arte, y no el oprobrio de haberle corrompido. Pero le sucedió lo que á todos los que quieren levantar un edificio sin cimientos ; dió consigo en un abismo de extravagancias y delirios ; en una gerigonza detestable, tan opuesta á la verdad como á la belleza, y que al paso que fué seguida de una muchedumbre de ignorantes, fué reprobada de cuantos conservaban todavía un poco de juicio y sensatez.

Quiso, dice Lope de Vega, enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras, cuales nunca fueron imaginadas, ni hasta su tiempo vistas. . . . Bien consiguió lo que intentó á mi juicio, si aquello era lo que intentaba: la dificultad está en recibirlo. . . . A muchos ha llevado la novedad hácia este género de poesía, y no se han engañado; pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo dia; porque con aquellas trasposiciones, cuatro preceptos y seis voces latinas ó frases enfáticas, se hallan levantados á donde ellos mismos no se conocen, ni sé si se entienden. Lipsio escribió aquel nuevo latin, de que dicen los que le saben que se han reido Ciceron y Quintiliano en el otro mundo. . . . Todo el fundamento de este edificio es el trasponer, y lo que le hace mas duro es el apartar tanto los substantivos de los adjuntos donde es imposible el paréntesis. . . . esto es una composicion llena de tropos y figuras; un rostro colorado á manera de los ángeles de la trompeta del juicio, ó de los vientos de los mapas. . . . Las voces sonoras, las figuras esmaltan la oracion: pues si el esmalte cubriese todo el oro, no seria gracia de la joya, sino fealdad notable. Y en otra parte dice: Sin andar á buscar tantas metáforas de metáforas, gastando en afeites lo que falta de facciones, y enflaqueciendo el alma con el peso de tan excesivo cuerpo. Cosa que ha destruido gran parte de los ingenios de España, con tan lastimoso ejemplo, que poeta insigne, que escribiendo en sus fuerzas naturales y lengua propia, fué leido con general aplauso, después que se pasó al culteranismo lo perdió todo.

No contento con estas demostraciones de severidad este hombre apacible, que apenas conocia la malignidad ni la hiel, creyó que debia perseguir aquel contagio á sangre y fuego, y en sus comedias, en las poesías burlescas de Burguillos, en el *Laurel de Apolo*, y en otras mil partes burló y maldijo semejante poesía, que él caracterizaba de invencion odiosa para hacer bárbara la lengua. Auxiliáronle en esta guerra Jáuregui, Quevedo y algun otro; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y ellos mismos al fin se vieron precisados á ceder al contagio. Pues aunque no se les pueda llamar cultos en todo rigor, adoptaron algunos de los elementos que componian el dialecto, como fueron las trasposiciones violentas, las hipóboles extravagantes, y las figuras incoherentes. *Góngora* entre tanto, que no habia conocido jamas ni sujecion ni freno alguno, vomitaba contra sus adversarios los dicerios groseros que su mordacidad le sugeria, y fiero y orgulloso con el aplauso de los ignorantes, gozaba en su interior de toda la gloria de un triunfo. A esto se añadió la recomendacion que daban á su

partido el celebre predicador *Fr. Hortensio Paravicino*, por el influjo grande que tenia con los teólogos y oradores sagrados, y el malogrado conde de *Vilamediana*, por el favor secreto y poderoso con que se le suponía en palacio. Los dos imitaron á *Góngora*, y arrastraron consigo á otros escritores de menor crédito, propagándose así este bárbaro lenguaje hasta mediados del siglo pasado, en que Luzan y los demas buenos críticos lograron al cabo desterrarle enteramente.

Al mismo tiempo que los cultos vinieron los conceptistas, los equivoquistas, y los friamente sentenciosos; entre quienes descuella don *Francisco de Quevedo*, así por su mérito, como por su influjo en el nacimiento y progresos de estas sectas diversas. *Quevedo* para algunos es el padre de la risa, el tesoro de los chistes, la fuente de las sales, el inventor de tantas frases y refranes felices; en una palabra, el maestro de la agudeza y de la jocosidad. Para otros al contrario es un hombre ominoso á la belleza y decoro del ingenio: su espíritu, dicen, en vez de ser festivo, es chocarrero; él ha empobrecido la lengua, privándola de infinitos modos de decir que antes nobles y decentes, son ya por culpa suya bajos é indecorosos; y si alguna vez divierte, es por la extravagancia original de sus delirios. Estos dos juicios tan encontrados son al mismo tiempo verdaderos, y considerando atentamente el carácter de este escritor, se ve cuanto fundamento tienen unos y otros para sus críticas y sus aplausos. *Quevedo* era extremado: de la misma manera que nadie en lo serio ostenta una gravedad tan seca, y una moral tan austera; nadie en lo jocosmo muestra un humor tan festivo, tan libre y tan abandonado. La eleccion de sus asuntos se resiente tambien de esta contrariedad. Alguaciles, escribanos, terceras, maridos fáciles, rufianes y mugercillas componen generalmente el fondo de sus bufonadas, y es preciso confesar que muchas veces los zahiere maestramente. Teólogo y estoico por otra parte, traduce á *Epicteto*, comenta á *Séneca*, interpreta la Escritura, y se enreda en vanos laberintos de metafísica: trabajos perdidos, que en su mayor parte ya no se leen, y que apenas tienen otro mérito que el de su erudicion inmensa.

De esta contradiccion nace tal vez el esfuerzo y la violencia con que procede en los dos géneros. Su estilo en prosa como en verso, en lo serio como en lo jocosmo, es siempre cortado, sin trabazon ninguna, sin progresion, y sacrificando casi siempre la naturaleza y la verdad á la exageracion y á la hipérbole. Su imaginacion era vivísima y brillante, pero superficial y descuidada; y el genio poético que le anima, centellea y no inflama, sorprende y no conmueve, salta con ímpetu y con fuerza, pero no vuela ni toma nunca una elevacion sostenida. La manía, ó mas bien la rabia de expresar las cosas con novedad, le hará llamar *ley de arena* á la orilla del mar, al amor *guerra civil de los nacidos*, *rústico libro escrito en esmeralda* á los troncos donde estan grabadas las cifras de los amantes. En los versos burlescos amontonará las alusiones forzadas, los equívocos y los despropósitos. Un jaque para denotar cuan sentida ha sido su desgracia, dirá que le han llorado *soga á soga*, y no hilo á hilo: dirá que ha tenido mas *grillos que el verano*, *mas guardas que el monumento*, *mas registros que el misal*. Yo bien sé que *Quevedo* se divierte frecuentemente con lo que escribe, y delira porque quiere; sé que los equívocos tienen su lugar propio en estas composiciones, y que nadie los ha usado con mas felicidad que él. Pero todo tiene su término; y amontonados con semeiante prodigalidad, en vez de agradar causan fastidio.

La misma incorreccion y mal gusto que hay en su estilo, compuesto de frases y voces altas y nobles, unidas á otras triviales y bajas, se halla en sus imágenes y pensamientos, los cuales se ven mezclados unos con otros sin economía, sin juicio y sin decoro. El soneto siguiente hará ver esta miserable confusion mejor que descripcion ninguna.

Falleció César fortunado y fuerte :
Ignoran la piedad y el escarmiento

Señas de su glorioso monumento ;
Porque tambien para el sepultero hay muerte.

Muere la vida , y de la misma suerte
Muere el entierro rico y opulento :
La hora con oculto movimiento
Acalla el grito que la fama vierte.
Devanan sol y luna noche y día

Del mundo la robusta vida ; ¿ y lloras
Las advertencias que la edad te envia ?
Risueña enfermedad son las auroras ,
Lima de la salud es su alegría ,
Licas , *sepultureros* son las horas .

A pesar de estos defectos, que sin duda alguna son grandes, Quevedo será leído con estimacion , y admirado justamente en muchos pasajes. En primer lugar sus versos son de ordinario llenos y sonoros , sus rimas ricas y fáciles. Y aunque este mérito, el primero que debe tener un poeta, no sea el principal ; nuestro escritor sabe acompañarle de muchos rasgos, excelentes unos por la viveza de los colores, otros por la robustez y el vigor. Su poesía nerviosa y fuerte va impetuosamente á su fin ; y si sus movimientos se resienten demasiado de los esfuerzos, afectacion y mal gusto del escritor, se la ve marchar no pocas veces con una fiera, una audacia, y una singularidad que sorprende. Sus versos de cuando en cuando salen del fondo general, y sin necesidad del auxilio de los otros vienen á herir el oido con su vibracion fuerte y sonora, ó á grabarse en la mente por la profundidad de la sentencia que contienen. ó por la novedad y energia de la expresion. De nadie se pueden citar tantos bellos versos aislados como de él ; de nadie períodos poéticos mas pomposos y valientes :

Todas matronas y ninguna dama.
Joya era la virtud pura y ardiente.

Fatigó su furor el emisferio.

Faltar pudo su patria al grande Osuna.

Vencida de la edad sentí mi espada.

De amenazas del Ponto rodeado ,

Y de enojos del viento sacudido .

Tu pompa es la borrasca , y su gemido

Mas aplauso te da que no cuidado.
Reinas con magestad , escollo osado .
En las iras del mar .

De estéril osas acusar al suelo
Porque á los gritos tuyos no se mueve ;
¿ Presumes , necio , de mandar la nieve
Y al invierno tasar quieres el hielo ?

Y antes que los desórdenes del vientre
Satisfagan sus impetus violentos ,
Yermos han de quedar los elementos
Para que el orbe en sus angustias entre .

Al encontrar en sus obras estos pasajes brillantes, despues de tributarles la justa admiracion que se les debe, no puede menos de sentirse un movimiento de indignacion, viendo el lastimoso abuso que *Quevedo* ha hecho de sus talentos, y empleados en equilibrios vanos y suertes de volteador, los vigorosos músculos y fuerzas de un Alcides.

Amigo de Quevedo fué *don Francisco Manuel Melo*, portugues, y escritor tan infatigable como activo político y guerrero. Manejaba con igual facilidad el idioma castellano que el suyo nativo ; y poeta, historiador, moralista, autor político, militar y aun ascético, es sobresaliente en algunos de estos ramos, y en ninguno despre- ciable. El libro de sus versos es rarísimo, y aunque algunos le han hecho imi- tador de Góngora, tiene mas puntos de semejanza con Quevedo. El mismo gusto en versificar, la misma austeridad de principios, la misma afectacion de sentencias, la misma copia de doctrina. Tiene ademas con Quevedo la conformidad de haber publicado sus versos distribuidos por Musas, bien que tres de ellas estan en portu- gués. Hay en el español colores mas brillantes y rasgos mas valientes : en *Melo* mas sobriedad y menos extravagancias. Su estilo aunque elegante y culto apenas tiene poesía ; y sus versos amatorios carecen de ternura y de fuego, como sus odas de entusiasmo y de elevacion. Tampoco tenia índole para los muchos versos burlescos de que está lleno el gran volúmen de sus poesías : mas cuando la materia es seria y grave, entonces su filosofia y su doctrina le sostienen ; y su expresion iguala á sus

ideas. Naturalmente inclinado á las máximas y á las sentencias, era mas á propósito para las poesías morales, para la epístola principalmente, en que la fuerza y la severidad del pensamiento se combinan mejor con una fantasía templada y poco profunda. En este género si no es siempre un gran pintor, es por lo menos castigado y severo en el lenguaje y estilo. sonoro en los versos, grave y elevado en los pensamientos, moralista respetable en el carácter y en los principios. Sin embargo de estas prendas, los títulos de su gloria como escritor estan mas bien afianzados en sus obras prosáicas; en el *Eco político* por ejemplo, en su *Aula militar*, y sobre todo en la *Historia de las alteraciones de Cataluña*; la produccion mas sobresaliente de su pluma, y quizá la mejor obra de su clase que hay en castellano.

La poesía entre tanto agonizaba: martirizada por estos energúmenos no podia recobrar su belleza y su frescura con el auxilio de algunos pocos que todavia componian con circunspeccion y escribian con mas pureza. *Rebolledo* no tenia fuerza ni fantasía; y sus escritos no son otra cosa que una prosa rimada: *Esquilache*, aunque con alguna mas gracia en los romances, lamido y amanerado, carecia tambien del espíritu y nervio necesario para composiciones mas altas. *Ullou* nada hizo bueno sino su Raquel: *Solis* en fin, que se mostró alguna vez poeta en sus comedias, y frecuentemente en su historia, no es mas que un coplero en sus poesías liricas, que ya nadie lee. ¿Cómo pudieran las endebles fuerzas de estos escritores ennuos levantar el arte del abismo en que se hallaba? Ya no era posible: el mal gusto estaba sancionado y reducido á teoría en la obra extravagante y singular de Gracian, *Agudeza y Arte de ingenio*, que es un arte de escribir en prosa y verso, fundado en los principios mas absurdos, y apoyado con ejemplos buenos y malos, confundidos entre sí de la manera mas repugnante. Este mismo Gracian es el que compuso un poema descriptivo sobre las estaciones con el título de *Selvas del año*; el primero, segun creo, que se ha escrito en Europa sobre este asunto, y sin duda alguna el peor. Para muestra de su estilo, y de la risible degradacion á que habia llegado la poesía, bastarán los versos siguientes sacados de la entrada del estío:

Despues que en el celeste anfiteatro
El ginete del día
Sobre Elegante toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejonas rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora

Encima los balcones de la Aurora:
Despues que en tan singular metamorfosi
Con talones de pluma,
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros incientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirubio Febo,
Entre los pollos del tiudario huevo.

No hay mas que ver, ni mas que decir: todo el poema está escrito de este modo bárbaro y ridículo; y es una prueba tan evidente como triste de que ya no quedaban principios ningunos de imitacion, ni vestigios de elocuencia. Los ornatos propios del madrigal y del epigrama pasaron á los géneros mayores, y todo se volvió conceptos, retruécanos, equívocos y antítesis. Así acabó la poesía castellana: en su juventud mas tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la habia engalanado Garcilaso: en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentacion de una hermosa dama ricamente ataviada: en Balbuena, Jáuregui y Lope de Vega, aunque con alguna libertad y abandono, conserva todavia gentileza y hermosura; pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona despues á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrepita no hace mas que delirar puerilmente, secarse y perecer.

ARTICULO VI.

REFLEXIONES GENERALES.

Si en este estado se echa una ojeada por los pasos que habia dado el arte en poco mas de un siglo que habia tenido de vida, se verá que nada habia dejado por intentar. Estaban traducidos todos, ó buena parte de los autores antiguos; se habian hecho poemas épicos de todas clases; el teatro habia tomado una extension, y presentaba una abundancia, que tuvo para comunicar de sus riquezas á los extranjeros; la oda en fin en todas sus especies, la égloga, la epístola, la sátira, la poesía descriptiva, el madrigal, el epigrama, todo se habia recorrido y cultivado.

Si esta extension y variedad hacen honor á su flexibilidad, aplicacion y osadía, no es igual la felicidad de su desempeño en todas partes. Ya en primer lugar las traducciones son casi todas malas ó medianas. ¿Quién puede decir de buena fe que la de la Odisea por *Gonzalo Perez*, la de la Eneida por *Hernandez de Velasco*, la de los *Metamorfóseos* por *Sigler*, pueden suplir por el original? ¿Cuál es el hombre que teniendo algun gusto en el lenguaje poético y en la versificacion, puede leer dos páginas de estas versiones, en que los ingenios mayores de la antigüedad están convertidos en copleros triviales sin elegancia y sin armonía? Tenemos un buen número de poemas epicos; y aunque de ellos se pueden entresacar algunos trozos de buena poesía, no hay uno que se pueda mirar como una fábula bien ordenada, y que corresponda en su interes y dignidad á su titulo y argumento¹. Es notorio que los defectos de nuestras comedias sobrepujan mucho á sus buenas dotes. Mas felices en los géneros cortos, nuestras odas, elegías, sonetos, romances y letrillas se acercan mas á la perfeccion. Pero aun en estos, ¡qué olvido de decoro, qué desaliño á veces; y á veces qué de pedantismo, y cuánto falso gusto no hay que disimular! En los mejores escritores, en las composiciones mas esmeradas se ofende el espíritu de hallar frecuentemente junto á un acierto un desbarro, junto á una flor una espina.

Una cosa que se extraña en los buenos poetas del siglo XVI es que su genio poético no se alzase al nivel de las circunstancias que por todas partes le rodeaban. Las composiciones de Virgilio y de Horacio en Roma correspondian á la dignidad y magestad del imperio. Lucano despues, aunque muy distante de la perfeccion de sus predecesores, conservó en su poema el tono fiero y arrojado, conveniente al asunto que escribia y al entusiasmo patriótico que le animaba. Dante en su extraño poema se muestra inspirado por todos los sentimientos que el rencor de la faccion, las disensiones civiles y la exaltacion de los ánimos daban de sí. Petrarca, si en sus amores sacrificó á la galantería de su tiempo, en sus Triunfos está al nivel de la altura y de la ilustracion á que ya iba subiendo entonces el espíritu humano. No así nuestros poetas. Los árabes arrojados de la Península; el mundo desdoblado

¹ Los dos poemas épicos castellanos que tienen mejor disposicion, y están escritos mas correctamente son la *Galamaquia* y la *Mosquera*; pero

no me atrevo á decir si esto nos debe causar mas satisfaccion que vergüenza.

presentando un nuevo hemisferio á la fortuna española ; nuestras flotas yendo de un extremo al otro del océano, acompañadas de terror, y volviendo cargadas de las riquezas de oriente y occidente ; la religion cristiana desgarrada por la faccion de Lutero ; Francia, Holanda, Alemania conmovidas y desoladas con la guerra civil y las disensiones religiosas ; la potencia otomana arrollada en las aguas de Lepanto ; Portugal cayendo en Africa para despues unirse á Castilla ; la espada española agitando todo en la tierra por espíritu de heroismo, de religion, de ambicion y de codicia, ¿ qué tiempo hubo nunca mas lleno de prodigios, ni mas propio para exaltar la fantasia y el ingenio ? Y sin embargo, las musas castellanas sordas, indiferentes á esta agitacion universal, apenas saben inspirar á sus favoritos otra cosa que moralidades vagas, imágenes campestres, amores y galanteria ⁴.

La falta de esta especie de grandeza se compensa en parte con una cualidad moral que distingue á aquellos poetas, y los recomienda infinito. Ni en Garcilaso, ni en Luis de Leon, ni en Francisco de la Torre, ni en Herrera se hallan muestras ningunas de rencor y envidia literaria, de indecencia grosera, ni de adulacion servil y descarada. Las alabanzas que alguna vez tributan al poder, se contienen en aquel justo comedimiento y decoro que las hace tolerables. Hasta que se corrompió el gusto literario, no empezó á manifestarse esta degradacion moral, compuesta de bajaza con los mayores, de insolencia con los iguales, y de olvido de todo respeto hácia el público : vicios harto contagiosos por desgracia, y que disfaman y destruyen la nobleza y dignidad de un arte que, por la naturaleza de su objeto y de sus medios, tiene algo de sobrehumano.

No puede negarse á una buena parte de nuestros autores talento admirable, erudicion extensa, y gran manejo en los clásicos antiguos ; y sin embargo no es comun en ellos la elegancia sostenida y la perfeccion de gusto, que otros autores modernos han bebido en las mismas fuentes. A esto contribuyeron muchas causas. Una de ellas es que estos poetas comunicaban poco entre sí : faltaba un centro comun de urbanidad y de gusto ; una legislacion literaria, que trazase la línea entre la hinchazon y la grandeza, la exageracion y la fuerza, la afectacion y la elegancia. Las universidades donde habia mas conocimientos, no podian serlo por la naturaleza de sus estudios, mas escolásticos que amenos. La corte, donde se perfecciona mas pronto el espíritu de sociedad y de concurrencia, hubiera sido mas á propósito ; pero vagante con Carlos V, severa y melancólica con Felipe II, no dió hasta Felipe III al talento poético la atencion necesaria para perfeccionarse ; y ya entonces, y mucho mas en tiempo de su sucesor, el gusto estaba estragado, y la proteccion y aficion de los príncipes y grandes no podia hacer otra cosa que autorizar la corrupcion. En suma faltó en España una corte como la de Augusto, la de Leon X, la de los duques de Ferrara, la de Luis XIV, donde la buena y delicada conversacion, la aficion á las musas, la cultura y elegancia, y otras circunstancias felices contribuyeron poderosamente á la perfeccion de los grandes escritores que vivian en ellas.

Otra causa es el lugar secundario que tenia la poesia en muchos de los que la cultivaban. Hacian versos para distraerse de otras ocupaciones mas serias ; y el que hace versos para divertirse, no es por lo comun muy cuidadoso de la eleccion de asunto, ni muy esmerado en la ejecucion. ¡ Suerte fatal, que ha cabido entre nosotros á la mas bella y mas difícil de todas las artes ! La poesia, que es una diversion y entretenimiento para los que la disfrutan, debe ser una ocupacion muy seria y

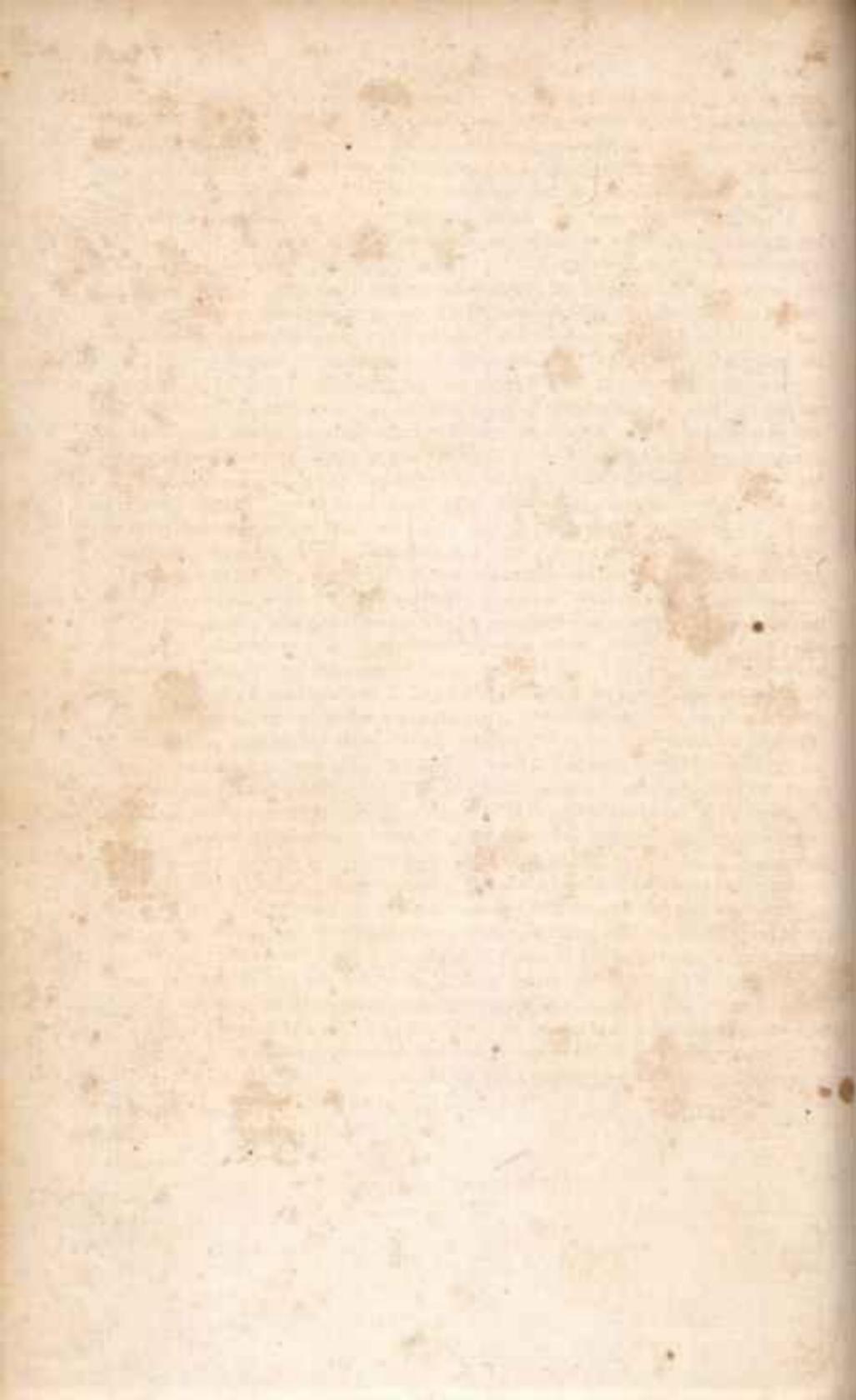
⁴ Tres canciones de Herrera y algun trozo poco importante no son mas que una excepcion de esta idea general. Ni el *Golfo de Lepanto*, ni la *Carreola*, ni la *Austriada*, ni el *Carlo famoso* se

acercan con mucho á su argumento. En la *Araucana* misma, si hay algo bien pintado, no son los españoles, son los indios.

casi exclusiva para los que la profesan , si aspiran á tener un lugar distinguido en la reputacion. Cuando se considera que Homero , Sófoles , Virgilio , Horacio , Taso , Racine , Pope y otros pocos mas han sido los mas grandes poetas y los mas laboriosos , no debe extrañarse que se hayan quedado tan detras de ellos los que aun suponiéndoles igual talento , no los han igualado ni en aplicacion ni en constancia.

A este mal se añadió otro peor, nacido en gran parte de la misma causa. Muy pocos de nuestrós buenos poetas publicaron sus obras en vida. Garcilaso, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Herrera, los Argensolas, Quevedo y otros han sido dados á luz despues de su muerte por sus herederos y amigos , con mas ó menos inteligencia. ¡ Cuánto no hubieran ellos desechado de lo que se publicó con su nombre, cuántas correcciones no hubieran hecho en lo escogido , y cuantos lunares de desaliño , de mal gusto y de oscuridad no hubieran hecho desaparecer !

Pero aun cuando por este motivo no les sea tan imputable la falta de perfeccion , no por eso deja de ser cierta. Ella ha dado motivo á la contrariedad de opiniones sobre el mérito de nuestros poetas antiguos , á quienes algunos reputan como modelos excelentes , mientras que otros los desprecian hasta el punto de creerlos indignos de leerse. En esto , como en todo , la parcialidad y las pasiones suelen llevar á los críticos mas allá del término que prescriben la verdad y la justicia; y ensalzar ó deprimir á los muertos no viene á ser en ellos otra cosa , que una manera indirecta de ensalzar ó deprimir á los vivos. Mas , aun prescindiendo de esta circunstancia , puede decirse que esta enorme diferencia nace del diverso punto que se toma para la comparacion. Cotejados Leon , Garcilaso , Herrera , Rioja y otros pocos con las extravagancias monstruosas que Góngora y Quevedo introdujeron y autorizaron , no hay duda que los primeros deben parecer escritores clásicos , perfectos , dignos de imitarse y de seguirse; pero si á estos mismos se los compara con los grandes autores de la antigüedad , ó con los pocos modernos que se han acercado á ellos , ó les han excedido , viene ya á descubrirse la razon porque muchos los tratan con el excesivo rigor que se ha indicado. Yo , sin pretender dar por regla mi opinion particular , y juzgando por el efecto que en mí hace su lectura , diria que , aunque contemplo nuestras poesías antiguas á bastante distancia de la perfeccion , todavia sin embargo producen en mi espíritu y en mi oido el placer suficiente para disimular en gracia suya los descuidos y lunares que encuentro. Me atreveria tambien á decir , que si nuestros poetas hubieran cultivado los géneros grandes de la poesía , la epopeya y el drama con el esmero y felicidad que la oda y demas géneros cortos , podríamos estar contentos del lote que nos cabia en esta amena parte de literatura. Añadiré en fin , que á mi juicio es absolutamente necesario leer y estudiar á estos poetas para aprender la pureza , la propiedad y la índole de la lengua , y para formar el gusto y el oido en el número y fluidez de los versos , y en la estructura del período poético castellano. No seria difícil , ni quizá fuera de propósito , manifestar en nuestras composiciones modernas el influjo que ha tenido en sus autores la admiracion exclusiva , ó el desprecio exagerado de los padres de la poesía española ; pero estas aplicaciones , necesariamente odiosas , no entran ni en mi carácter ni en mis principios.



TESORO

DEL

PARNASO ESPAÑOL.

MUESTRAS

DE LA

POESIA CASTELLANA EN EL SIGLO XV.

DE JUAN DE MENA ¹.

MUERTE DEL CONDE DE NIEBLA ².

LABERINTO, ORDEN DE MARTE, COPLA 160.

Aquel que en la barca parece sentado
Vestido en engaño de las bravas ondas,
En aguas crueles ya mas que no hondas
Con mucha gran gente en la mar anegado,
Es el valiente, no bien fortunado,

Muy virtuoso, perincrito conde
De Niebla, que todos sabeis bien adonde
Dió fin al dia del curso badado.

Y los que lo cercan por el derredor,
Puesto que fuesen magníficos hombres,
Los títulos todos de todos sus nombres,
El nombre les cubre de aquel su señor :
Que todos los hechos que son de valor
Para se mostrar por sí cada uno,
Cuando se juntan y van de consuno
Pierden el nombre delante el mayor.
Arlanza, Pisuerga, y aun Carrion,

¹ Cordobés : murió en 1456.

² Esta jornada sobre Gibraltar fué uno de los sucesos mas notables y funestos del reinado de don Juan el Segundo. Pereció en ella el conde de Niebla don Enrique de Guzman, y su muerte desgració los festejos que á la sazón ocupaban á la corte en Toledo, entristeciendo á todos de tal manera que, segun la expresion del físico del rey, *no se veia cosa que de afliccion no fuese*. Sucedió esta catástrofe en 1456.

En la narracion de ella nada puso el poeta de invencion propia sino el diálogo entre el piloto y el conde. Dió en esto una muestra no equívoca de juicio y de cordura; porque hay hechos que pierden en ser engalanados y sacados de la noble sencillez de la verdad. La accion del conde que, puesto ya en salvo, parece por ir al socorro de sus compañeros, es por ventura uno de ellos. Pero si la fantasia del autor se ha abstenido de tocar á las circunstancias de la accion, se desquita en el estilo, que es animado, vivo y poético, segun lo permitia la infancia del arte; y en el tono de los versos, que tienen ya un número y una fuerza no conocidos antes. Baste por ejemplo este, que Virgilio no desdeñaria :

Con crines tendidos arder los cometas.

El símil de los diferentes rios que vienen confundir sus aguas y su nombre en el Duero, es muy nuevo y feliz, y su expresion en algun modo filosófica :

Despues de juntados llamámoslos Duero,
Hacemos de muchos una relacion.

La respuesta del conde al piloto podria ser mas corta y ofrece mas variedad; sobre todo en el principio que no es mas que una segunda enumeracion de señales del mal tiempo. Al fin entra ya en el tono que le corresponde, y aquellos versos :

A vueltas del tiempo mejor que perdemos,
No los agüeros, los hechos sigamos :
Y pues una empresa tan santa levamos,
Cual otra en el mundo, etc.

hacen recordar la réplica indignada de Hector á Polidamante en la Iliada ³. *El mejor de los agüeros*. dice el héroe troyano al adivino, *es combatir por la patria* : pero aquí el poeta griego, como le sucede casi siempre con sus imitadores, deja detras de sí, y á una inmensa distancia, al escritor español.

³ Centon epistolario : epist. 69.

³ Lib. 42.

Gozan de nombres de rios ; empero ,
 Despues de juntados , llamámoslos Duero ,
 Hacemos de muchos una relacion :
 Oye por ende pues la perdition
 De solo el buen conde sobre Gibraltar ;
 Su muerto llorada de digno llorar
 Provoque tus ojos á lamentacion .

En la su triste hadada partida ,
 Por muchas señales que los marineros
 Han por auspicios y malos agüeros ,
 Le fué denegado hacer su venida :
 Los cuales veyendo con voz dolorida
 El cauto maestro de toda su flota ,
 Al conde amonesta del mal que denota ,
 Porque la via fuese resistida .

Ca he visto , dice , señor , nuevos yerros
 La noche pasada hacer los planetas ,
 Con crines tendidos arder los cometas ,
 Y dar nueva lumbré las armas y hierros :
 Ladrar sin herida los canes y perros ,
 Triste presagio hacer de peleas
 Las aves nocturnas y las funeréas
 Por las alturas , collados y cerros .

Ví que las gúminas gruesas quebraban
 Quando las áncoras quise levantar ;
 Y ví las antenas por medio quebrar ,
 Aunque los carbáso no se desplegaban ;
 Los másteles fuertes en calma temblaban ,
 Los flacos triquetos con la su mezana
 Ví levantarse , no de buena gana ,
 Quando los vientos se nos convidaban .

En la partida del resto troyano
 De aquella Cartago del birseo muro ,
 El voto prudente del buen Palinuro
 Toda la flota loó de mas sano :
 Tanto que quiso el rey muy humano ,
 Desque lo vido llegar á Aqueronte
 Con Leucaspis acerca de Oronte ,
 En el Averno tocarle la mano .

Ya pues si se debe en este gran lago
 Guiarse la flota por dicho del sage ,
 Vos dejaréds aqueste viage
 Hasta ver día no tan aciago :
 Las deidades llevar por halago
 Debéds , pues veis señales de plaga :
 No dedes causa á Gibraltar que haga
 En sangre de reyes dos veces estrago .

El conde , que nunca de las abusiones
 Creia , ni menos de tales señales ,
 Dijo : Ni apruebo por muy naturales ,
 Maestro , ninguna de aquestas razones ;
 Las que me dices ni bien perfecciones ,
 Ni veras pronósticas son de verdad ,
 Ni los indicios de la tempestad
 No vemos fuera de sus opiniones .

Aun si yo viera la menstrua luna
 Con cuernos oscuros mostrarse fuscada ,
 Muy rubicunda y muy colorada ,
 Temiera que vientos nos diera fortuna .
 Si Febo dejada la delia cuna

Igneo lo viéramos ó turbulento ,
 Temiera yo pluvias mezcladas con viento ;
 En otra manera no sé que repugna .

Ni veo tampoco que vientos delgados
 Muevan los ramos de nuestra montaña ,
 Ni fieran las ondas con su nueva saña
 La playa con golpes mas demasiados ;
 Ni veo delfines de fuera mostrados ,
 Ni los marinos volar á lo seco ,
 Ni los caistros hacer nuevo trueco ,
 Dejar las lagunas por ir á los prados .

Ni baten las alas ya los alciones ,
 Ni tientan jugando de se rociar ,
 Los cuales amasan la furia del mar
 Con sus cantares y lánguidos sonces ,
 Y dan á sus hijos contrarlas sazones
 Nido en invierno con nueva pruina ,
 Do puestos acerca la costa marina
 En un semitunio les dan perfecciones .

Ni la corneja no anda señera
 Por el arena seca paseando ,
 Con su cabeza su cuerpo bañando
 Por preocupar la lluvia que espera ,
 Ni vuela la garza por alta manera ,
 Ni sale la fúlca de la marina
 Contra los prados , ni va ni declina
 Como en los tiempos adversos hiciera .

Desplega las velas pues , ¿ ya qué tardamos ?
 Y los de los barcos levanten los remos
 A vueltas del tiempo mejor que perdemos ,
 No los agüeros , los hechos sigamos :
 Y pues una empresa tan santa levamos ,
 Cual otra en el mundo podrá ser alguna ,
 Presuma de vos y en mí la fortuna ,
 No que nos fuerza , mas que la forzamos .

Tales palabras el conde decia ,
 Que obedecieron al su mandamiento ,
 Y dieron las velas infladas al viento ,
 No padesciendo tardanza la via :
 Segun la fortuna lo ya disponia ,
 Llegaron acerca de la fuerte villa
 El conde con toda su rica cuadrilla
 Que por el agua su flota seguia .

Con la bandera del conde tendida
 Ya por la tierra su hijo viniera
 Con mucha mas gente que el padre le diera
 Bien á caballo y á punto garnida ;
 Porque á la hora que fuese la grida ,
 Súbitamente en el mesmo desate
 Por ciertos lugares oviese combate
 La villa que estaba desapercibida .

El conde y los suyos tomaron la tierra ,
 Que estaba entre el agua y el borde del muro ,
 Lugar que en menguante es seco y seguro ,
 Mas con la creciente del todo se cierra :
 Quien llega mas tarde presume que yerra ,
 La pavesada ya junta á las alas ,
 Levantan los trozos , crescen las escalas ,
 Crescen las artes mañosas de guerra .

Los moros veyendo crescer los engaños ,

Y viéndose todos cercados por artes,
Y combatidos por tantas de partes,
Allí socorriendo do ya han mas daños,
Y con necesarios dolores extraños
Resisten sus sañas las fuerzas agenas,
Y lanzan los cantos desde las almenas,
Y botan los otros que no son tamaños.

Bien como médico mucho famoso,
Que frae el estilo por mano seguido,
En cuerpo de golpes diversos herido
Luego socorre á lo mas peligroso;
Así aquel pueblo maldito sañoso,
Sintiendo mas daño de parte del conde,
Con todas sus fuerzas juntando responde
Allí do el peligro mas era dañoso.

Allí disparaban lombardas y truenos,
Y los trabucos tiraban ya luego
Piedras y dardos y hachas de fuego,
Con que los nuestros hacian ser menos:
Algunos de moros tenidos por buenos
Lanzan temblando las sus azagayas,
Pasan las lindes, palenques y rayas,
Doblan sus fuerzas con miedos agenos.

Mientras morian y mientras mataban,
De parte del agua ya crecen las ondas,
Y cobran las mares soberbias y hondas
Los campos que ante los muros estaban:
Tanto, que los que de allí peleaban,
A los navios si se retraian,
Las aguas crecidas les ya defendian
Tornar á las fustas que dentro dejaban.

Con peligrosa y vana fatiga
Pudo una barca tomar á su conde,
La cual le levára seguro, si donde
Estaba bondad no fuera enemiga:
Padece tardanza, si quies que lo diga,
De los que quedan y irlo veian,
Y otros que ir con él no podian,
Presume que voz doliente seria.

Entrando tras él por el agua decian:
Magnífico conde, ¿y cómo nos dejas?
Nuestras finales y últimas quejas
En tu presencia favor nos serian:

Las aguas las vidas ya nos desafian,
Si tú no nos puedes prestar el vivir,
Danos linage mejor de morir,
Daremos las manos á mas que debian.

O volveremos á ser sometidos
A aquellos adarves, magüer no debamos,
Porque los tuyos muriendo podamos
Ser dichos muertos, mas nunca vencidos;
Solo podremos ser redarguidos
De temeraria y loca osadía:
Mas tal infamia mejor nos seria
Que no so las aguas mor● sepelidos.

Hicieron las voces al conde á deshora
Volver la su barca contra las saetas
Y contra las armas de los mahometas;
Ca fué de temor piedad vencedora:
Habia fortuna dispuesto la hora,
Y como los suyos comienzan á entrar,
La barca con todos se ovo de anegar
De peso tamaño no sostenedora.

Los miseros cuerpos ya no respiraban,
Mas so las aguas andaban ocultos,
Dando y trayendo mortales singultos
De agua la hora que mas anhelaban:
Las vidas de todos así litigaban,
Que aguas entranban do ámas salian:
La pérdida entrada las aguas querian;
La dura salida las almas negaban.

¡O piedad fuera de medida!
¡O inclito conde! quisiste tan fuerte
Tomar con los tuyos en antes la muerte
Que con tu hijo gozar de la vida:
Si fe á mis versos es atribuida,
Jamás la tu fama, jamás la tu gloria
Darán en los siglos eterna memoria,
Será la tu muerte por siempre plañida.

MUERTE DE LORENZO DAVALOS ⁴.

LABERINTO, ORDEN DE MARTE, COPLA 201.

Aquel que allí ves al cerco trabado,
Que quiere subir y se halla en el aire,

⁴ Este trozo de poesía es mucho mejor que el anterior; mas firmeza en la dición, mas fluidez y número en los versos, mas interés y ternura en el estilo. La intención de imitar á Virgilio es aquí también manifiesta. Pero aunque el poeta castellano sea aquí mas feliz que en otras partes de su obra, no tanto que se acerque, ni aun de lejos, á su admirable modelo en el pasaje que imita. Los lamentos de la madre de Euriálo, en el libro nono de la Eneida, no han tenido hasta ahora quien los iguale. Pero si Juan de Mena se queda tan inferior en la parte dramática, no así en la pintoresca; y un artista inteligente preferiría sin duda la composición del escritor castellano á la del latino. Una muger anciana en una muralla, rodeada de soldados, y desolándose al ver la cabeza de su hijo llevada en una pica

por los enemigos en el campo, no produciría en un lienzo el efecto que aquel cuerpo sangriento tendido en las andas, y la venerable matrona saliendo del desmayo que al principio le causa su vista, y besando la boca fria de su hijo, como para llamarle á la vida y comunicarle su aliento.

Pero dejando á parte estas comparaciones, siempre por su naturaleza vagas é imperfectas, el episodio de Juan de Mena tiene ya bastante mérito en sí mismo para justificar la especie de celebridad que aun disfruta. La sensibilidad del poeta se ha comunicado á los historiadores; y al mencionar el encuentro en que el desgraciado Dávalos fué muerto, dan una lágrima á su acerbo destino, y recuerdan las flores que la musa castellana esparció sobre su tumba. Era este joven nieto del buen condestable don Ruy Lopez

Mostrando en su rostro doblado donaire,
 Por dos deshonestas heridas llagado,
 Es el valiente, no bien fortunado,
 Muy virtuoso mancebo Lorenzo,
 Que hizo en un dia su fin y comienzo :
 Aquel es el que era de todos amado.

El mucho querido del señor infante
 Que siempre le fuera señor como padre :
 El mucho llorado de la triste madre,
 Que muerto ver pudo tal hijo delante.
 ¡O dura fortuna, cruel, tribulante!
 Por tí se le pierden el mundo dos cosas,
 Las vidas y lágrimas tan piadosas
 Que ponen dolores de espada tajante.
 Bien se mostraba ser madre en el duelo
 Que hizo la triste despues que ya vido
 El cuerpo en las andas sangriento y tendido
 De aquel que criara con tanto desvelo :
 Ofende con dichos crueles al cielo,
 Con nuevos dolores su flaca salud,
 Y tantas angustias roban su virtud
 Que cae la triste muerta por el suelo.

Rasga con uñas crueles su cara,
 Hiere sus pechos con mesura poca ;
 Besando á su hijo la su fria boca
 Maldice las manos de quien lo matára ;
 Maldice la guerra do se comenzára,
 Busca con ira crueles querellas,
 Niega á sí mesma reparo de aquellas,
 Y tal como muerta viviendo se para.

Decia llorando con lengua rabiosa :
 O matador de mi hijo cruel,
 Matáras á mí, dejarás á él,
 Que fuera enemiga no tan porfiosa :
 Fuera á la madre muy mas digna cosa,
 Para quien mata llevar menos cargo,
 Y no te mostráras á él tan amargo,
 Ni triste dejarás á mí querellosa.

Si antes la muerte me fuera ya dada,
 Cerrára mi hijo con estas sus manos
 Mis ojos delante de los sus hermanos,
 É yo no muriera mas de una vegada ;
 Moriré así muchas desaventurada,
 Que sola padezco lavar sus heridas
 Con lágrimas tristes y no gradecidas,
 Magüer que lloradas por madre cuitada.

Así lamentaba la pia matroua, etc.



DEL MARQUES DE SANTILLANA¹.

CANCION.

QUERELLA DE AMOR.

Ya la gran noche pensaba
 É la luna s'escondia ;
 La clara lumbre del dia
 Radiante se monstraba :
 Al tiempo que reposaba
 De mis trabajos é pena,
 Oí triste cantilena
 Que tal cancion pronunciaba :
 Amor cruel é brioso,
 Mal haya la tu alteza,
 Pues non faces igualdad
 Seyendo tan poderoso.

Desperté como espantado,
 É miré donde sonaba
 El que d'amor se quejaba
 Bien como damnificado².
 Vi un hombre ser llagado
 De gran golpe de una flecha,
 É cantaba tal endecha
 Con semblante atribulado :
 De ledo que era, triste,
 ¡ Ay Amor ! tú me tornaste,
 La hora que me tiraste
 La señora que me diste.

Pregunté : ¿ porqué facedes,
 Señor, tan esquivo duelo,
 O si puede haber consuelo
 La cuita que padecedes ?
 Respondióme : non curedes,
 Señor, de me consolar ;
 Ca mi vida es querellar
 Cantando así como vedes.

Pues me falleció ventura
 En el tiempo del placer,
 Non espero haber folgura,
 Mas por siempre entristecer.

Dijele : segunt parecee
 El dolor que vos aqueja
 Es alguna que vos deja
 É de vos no se adolesee.
 Respondióme : quien padesee
 Cruel plaga por amar,
 Tal cancion debe cantar
 Jamas pues le pertenesee.

Catívo de miña tristura

Dávalos, camarero del infante don Enrique de Aragon, y muy querido de su señor. Herido en una refriega que hubo entre las gentes del infante y del condestable don Alvaro de Luna el año de 1444, fué llevado á Escalona, donde á poco murió de sus heridas, sin embargo del cuidado que de él tuvieron sus vencedores. El condesta-

ble le hizo un entierro magnífico, y envió el cadáver al infante, que se hallaba en Toledo, donde el poeta supone los lamentos de la madre.

¹ Nació en Carrion de los Condes año de 1398, y murió en 1438 en Guadalajara.

Ya todos prenden espanto,
 È preguntan ¿qué ventura
 Es que m'atormenta tanto?
 Díjete: non vos quejedes,
 Que non sois vos el primero,
 Nin sereis el postrimero
 Que saben del mal que avedes.
 Respondióme: fallaredes
 Que mi cuita es tan esquivá,
 Que jamas en cuanto viva
 Cantaré, segunt veredes.

Pero te sirvo sin arte:
 ¡Ay amor, amor, amor!
 Gran cuita de mi nunca se parte.

¿Non puede ser al sabido,
 Repliqué, de vuestro mal,
 Nin de la causa especial
 Por qué así fuistes ferido?
 Respondió: trueque y olvido
 Me fueron así ferir,
 Por do me convien decir
 Este cantar dolorido:

Crüeldad, é trocamento
 Con tristeza me conquiso;
 Pues me leja quien me priso,
 Ya non sey amparamento.

Su cantar ya non sonaba
 Segunt antes, nin se oia,
 Mas manifesto se via
 Que la muerte lo aquejaba:
 Pero jamas non cesaba,
 Nin cesó con grant quebranto
 Este dolorido canto

A la sazón que espiraba:
 Pois placer non poso haber
 A meu querer degradado;
 Seray morir, mas non ver
 Meu bien perder coitado.
 Por ende quien me creyere
 Castigue en cabeza agena,
 È no entre tal cadena
 Do no salga si quisiere.

SONETO ¹.

Lejos de vos, é cerca de cuidado,
 Pobre de gozo, é rico de tristeza,
 Fallido de reposo, é abastado
 De mortal pena, congoja é graveza;
 Desnudo de esperanza, é abrigado
 De inmensa cuita, é visto d'aspereza
 La mi vida me huye mal mi grado,
 La muerte me persigue sin pereza.
 Ni son bastantes á satisfacer
 La sed ardiente de mi gran deseo

Tajo al presente, ni á me á socorrer
 La enferma Guadiana, ni lo creo:
 Solo Guadalquivir tiene poder
 De me sanar, é solo aquel deseo.

LETRILLA.

Moza tan fermosa
 Non vi en la frontera
 Como una vaquera
 De la Finojosa.

Faciendo la via
 De Calataveño
 A Santa María,
 Vencido del sueño
 Por tierra fragosa
 Perdí la carrera,
 Do ví la vaquera
 De la Finojosa.

En un verde prado
 De rosas é flores
 Guardando ganado
 Con otros pastores,
 La ví tan fermosa,
 Que apenas creyera
 Que fuese vaquera
 De la Finojosa.

Non creo las rosas
 De la primavera
 Sean tan hermosas
 Nin de tal manera,
 Fablando sin glosa
 Si antes supiera
 Daquella vaquera
 De la Finojosa.

Non tanto mirára
 Su mucha beldad
 Porque me dejára
 En mi libertad.
 Mas dije, donosa,
 Por saber quién era
 Aquella vaquera
 De la Finojosa.

DE DON JORGE MANRIQUE².COPLAS ³.

A LA MUERTE DE SU PADRE EL MAESTRE
 DON RODRIGO.

Recuerde el alma adormida,
 Avive el seso y despierte,

¹ Esta composición vale muy poco; pero es la prueba mas incontestable de que entre nosotros se conocian los metros italianos antes de que los introdujese Boscán, y por eso se le ha dado lugar en esta colección.

² Murjó en 1479.

³ Al ver el título de esta obra, se esperan los sentimientos y la intención de una elegía, tal como el fallecimiento de un padre debía inspirar á su hijo. Pero las coplas de Manrique son una de-

Contemplando
 Como se pasa la vida,
 Como se viene la muerte,
 Tan callando.
 Cuan presto se va el placer,
 Como despues de acordado,
 Da dolor;
 Como, á nuestro parecer,
 Cualquiera tiempo pasado,
 Fué mejor.

Y pues vemos lo presente
 Como en un punto se es ido
 Y acabado;
 Si juzgamos sabiamente,
 Daremos lo no venido
 Por pasado.
 No se engañe nadie, no,
 Pensando que ha de durar
 Lo que espera
 Mas que duró lo que vió;
 Porque todo ha de pasar
 Por tal manera.

Nuestras vidas son los rios
 Que van á dar en la mar,
 Que es el morir :
 Allí van los señorios
 Derechos á se acabar
 Y consumir :
 Allí los rios caudales,
 Allí los otros medianos
 Y mas chicos :
 Allegados son iguales,
 Los que viven por sus manos,
 Y los ricos.

Dejo las invocaciones
 De los famosos poetas
 Y oradores :
 No curo de sus ficiones,
 Que traen yerbas secretas
 Sus sabores :
 A aquel solo me encomiendo,
 Aquel solo invoco yo,
 De verdad,
 Que en este mundo viviendo,
 El mundo no conoció
 Su deidad.

Este mundo es el camino

Para el otro, que es morada
 Sin pesar ;
 Mas cumple tener buen tino,
 Para andar esta jornada
 Sin errar.
 Partimos cuando nascemos,
 Andamos mientras vivimos,
 Y allegamos
 Al tiempo que fenescemos ;
 Así que cuando morimos
 Descansamos.

Este mundo bueno fué,
 Si bien usásemos dél
 Como debemos ;
 Porque, segun nuestra fe,
 Es para ganar aquel
 Que atendemos.
 Y aun el Hijo de Dios
 Para subirnos al cielo
 Descendió
 A nacer acá entre nos,
 Y vivir en este suelo,
 Do murió.

Ved de cuan poco valor
 Son las cosas tras que andamos
 Y corremos
 En este mundo traidor ;
 Que aun primero que muramos
 Las perdemos.
 Dellas deshace la edad,
 Dellas casos desastrados
 Que acaescen,
 Dellas por su calidad
 En los mas altos estados
 Desfallecen.

Decidme, la hermosura,
 La gentil frescura y tez
 De la cara,
 La color y la blancura,
 Cuando viene la vejez,
 ¿ Qué se pára ?
 Las mañas y ligereza,
 Y la fuerza corporal
 De juventud,
 Todo se torna graveza
 Cuando llega al arrabal
 De senetud.

clamacion, ó mas bien un sermón funeral sobre la nada de las cosas del mundo, sobre el desprecio de la vida, y sobre el poderío de la muerte. El metro en que están hechas es tan cansado, tan poco armonioso, tan ocasionado á aguzar los pensamientos en concepto ó en epigrama, que contribuye no poco á disminuir el gusto de su lectura; y por esta razón no se ha incluido toda entera. Sin embargo, ha obtenido siempre un grande aprecio entre los amantes de nuestras antigüedades, y seguirá mereciéndole de los inteligentes. La razón de ello es que la dición en el tono y dirección que el autor ha querido tomar,

es igual, firme y perfecta, que la lengua parece que ya está fijada, que los pensamientos son altos y generosos, y que el trozo en que, saliendo de las máximas vagas y triviales, hace aplicación de ellas á las cosas de su tiempo, toca casi en lo sublime. No hay nadie de los versados en la literatura de aquel siglo que no sepa de memoria el pasaje: *¿Qué se hizo el rey don Juan? Los infantes de Aragon ¿qué se hicieron?* etc. El modo noble y circunspecto con que habla del condestable don Alvaro, sin embargo de la larga enemistad que hubo entre él y su familia, hace honor á su corazón y á su carácter.

Pues la sangre de los godos,
 El linage y la nobleza
 Tan crecida,
 ¿Por cuántas vias y modos
 Se pierde de su alteza
 En esta vida?
 Unos por poco valer,
 ¡Por cuán bajos y abatidos
 Que los tienen!
 Otros que, por no tener,
 Con oficios no debidos
 Se mantienen.

Los estados y riqueza,
 Que nos dejan á deshora,
 ¿Quién lo duda?
 No les pidamos firmeza,
 Porque son de una señora
 Que se muda.
 Que bienes son de Fortuna,
 Que revuelve con su rueda
 Presurosa,
 La cual no puede ser una,
 Ni ser estable ni queda
 En una cosa.

Pero digo que acompañen,
 Y lleguen hasta la huesa
 Con su dueño;
 Por eso no nos engañen,
 Que se va la vida apriesa
 Como sueño.
 Y los deleites de acá
 Son en que nos deleitamos
 Temporales;
 Y los tormentos de allá,
 Que por ellos esperamos,
 Eternales.

Los placeres y dulzores
 De esta vida trabajada
 Que tenemos,
 ¿Qué son sino corredores,
 Y la muerte es la celada
 En que caemos?
 No mirando á nuestro daño
 Corremos á rienda suelta
 Sin parar:
 Desque vemos el engaño,
 Y queremos dar la vuelta,
 No hay lugar.

Si fuese en nuestro poder
 Tornar la cara hermosa
 Corporal
 Como podemos hacer
 El alma tan gloriosa
 Angelical,
 ¿Qué diligencia tan viva
 Tuviéramos toda hora,
 Y tan presta,
 En componer la captiva,
 Dejándonos la señora
 Descompuesta?

Estos reyes poderosos
 Que vemos por escrituras
 Ya pasadas,
 Con casos tristes llorosos
 Fueron sus buenas venturas
 Trastornadas.
 Así no hay cosa tan fuerte;
 Que á papas y emperadores
 Y prelados
 Así los trata la Muerte
 Como á los pobres pastores
 De ganados.

Dejemos á los troyanos,
 Que sus males no los vimos,
 Ni sus glorias:
 Dejemos á los romanos,
 Aunque oímos y leímos
 Sus historias.
 No curemos de saber
 Lo de aquel siglo pasado
 Qué fué de ello:
 Vengamos á lo de ayer,
 Que también es olvidado
 Como aquello.

¿Qué se hizo el rey Don Juan?
 Los infantes de Aragon
 ¿Qué se hicieron?
 ¿Qué fué de tanto galan,
 Qué fué de tanta invencion
 Como trajeron?
 Las justas y los torneos,
 Paramentos, bordaduras
 Y cimeras,
 ¿Fueron sino devaneos?
 ¿Qué fueron sino verduras
 De las eras?

¿Qué se hicieron las damas,
 Sus tocados, sus vestidos,
 Sus olores?
 ¿Qué se hicieron las llamas
 De los fuegos encendidos
 De amadores?
 ¿Qué se hizo aquel trovar,
 Las músicas acordadas
 Que tañian?
 ¿Qué se hizo aquel danzar,
 Aquellas ropas chapadas
 Que traian?

Pues el otro su heredero
 Don Enrique, ¿qué poderes
 Alcanzaba?
 ¡Cuán blando, cuán halagüero
 El mundo con sus placeres
 Se le daba!
 Mas verás cuán enemigo,
 Cuán contrario, cuán cruel
 Se mostró;
 Habiéndole sido amigo,
 ¡Cuán poco duró con él
 Lo que dió!

Las dádivas desmedidas,
 Los edificios reales
 Llenos de oro,
 Las bajillas tan febridas,
 Los enriques y reales
 Del tesoro,
 Los jaeces y caballos
 De su gente y atavíos,
 Tan sobrados,
 ¿Dónde iremos á buscarlos?
 ¿Qué fueron sino rocíos
 De los prados?
 Pues su hermano el inocente,
 Que en su vida sucesor
 Se llamó,
 ¿Qué corte tan excelente
 Tuvo, y cuánto gran señor
 Que lo siguió?
 Mas como fuese mortal,
 Metiólo la Muerte luego
 En su fragua.
 ¡ Oh juicio divinal!
 Cuando mas ardía el fuego
 Echaste el agua.
 Pues aquel gran condestable,
 Maestre que conocimos
 Tan privado,
 No cumple que dél se hable,
 Sino solo que lo vimos
 Degollado.
 Sus infinitos tesoros,
 Sus villas y sus lugares,
 Y su mandar
 ¿Qué le fueron sino lloros,
 Qué fueron sino pesares
 Al dejar?
 Pues los otros dos hermanos
 Maestres tan prosperados
 Como reyes,
 A los grandes y medianos
 Trajeron muy sojuzgados
 A sus leyes.
 Aquella prosperidad,
 Que tan alta fué subida
 Y ensalzada,
 ¿Qué fué sino claridad,
 Que cuando mas encendida
 Fué amatada?

Tantos duques excelentes,
 Tantos marqueses y condes
 Y barones
 Como vimos tan potentes,
 Di, Muerte, ¿dó los escondes
 Y traspones?
 Y sus muy claras hazañas,
 Que hicieron en las guerras
 Y en las paces,
 Cuando tú, cruel, te ensañas,
 Con tus fuerzas las aterras
 Y deshaces.
 Las huestes innumerables,
 Los pendones, estandartes
 Y banderas,
 Los castillos impunables,
 Los muros, y baluartes
 Y barreras,
 La cava honda chapada,
 O cualquier otro reparo,
 ¿Qué aprovecha?
 Que si tú vienes airada
 Todo lo pasas de claro
 Con tu flecha.
 Aquel de buenos abrigo,
 Amado por virtuoso
 De la gente,
 El maestre Don Rodrigo
 Manrique tan famoso
 Y tan valiente;
 Sus grandes hechos y claros
 No cumple que los alabe,
 Pues los vieron;
 Ni los quiero hacer caros,
 Pues el mundo todo sabe
 Cuales fueron.
 Amigo de sus amigos,
 ¿Qué señor para criados
 Y parientes!
 ¿Qué enemigo de enemigos!
 ¿Qué maestro de esforzados
 Y valientes!
 ¿Qué seso para discretos!
 ¿Qué gracia para donosos!
 ¿Qué razon!
 Muy benigno á los sujetos,
 Y á los bravos y dañosos
 Un leon, etc.

SIGLO XVI.

POESIAS DE GARCILASO.

Nació en Toledo el año de 1503 de una familia muy ilustre, y fué caballero del órden de Alcántara. Desde sus primeros años siguió las banderas de Cárlos V, y se balló en todas las mas célebres acciones militares de su tiempo, alcanzando en ellas el renombre de esforzadísimo soldado, especialmente en la defensa de Viena, y en el sitio de Tunez, de donde salió herido. Vuelto á Nápoles despues de estos servicios, incurrió en la desgracia del emperador, por haber protegido los amores de un sobrino suyo que aspiraba á un enlace superior á su gerarquía; y fué desterrado á una isla del Danubio. Mas luego, vuelto á la gracia del príncipe, le acompañó al Piamonte mandando once banderas de infantería. Seguía el emperador el alcance del ejército frances que se retiraba, y mandó que se escalase una torre de un lugar cerca de Frejus donde se defendian desesperadamente cincuenta paisanos franceses. Garcilaso subió de los primeros: pero herido de una piedra en la cabeza, cayó, y llevado á Niza, sobrevivió veintin dias al golpe, del cual murió á los treinta y tres años de su edad en 1536. Cárlos V, indignado de un jóven que prometia tan grandes esperanzas, hizo pasar á cuchillo todos aquellos franceses.

Pero aunque su vida fué tan corta, su nombre durará cuanto dure la lengua castellana. El entusiasmo de su tiempo le dió el título de príncipe de los poetas españoles; la posteridad se le ha confirmado; y sus obras, aunque pocas, conocidas y leídas de todos los que aman nuestra lengua y poesía, son de cuantas han producido nuestros antiguos poetas, las que gozan de una reputacion menos controvertida.

ÉGLOGA PRIMERA.

Salicio, Nemoroso, Poeta.

POETA.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,

De pacer olvidadas, escuchando.

Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo,
Agora estés atento, solo y dado
Al ínclito gobierno del estado,
Albano, agora vuelto á la otra parte
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra al fiero Marte;
Agora de cuidados enojosos

* La mejor composicion de este escritor, y acaso de la poesía castellana en el género bucólico. Todo está dicho ya sobre esta égloga. Los comentadores han apuntado una por una las frecuentes imitaciones que hay en ella de los poetas antiguos, especialmente de Virgilio; y los hombres de gusto delicado han señalado la naturalidad y verdad que hay en las imágenes, la dulzura en los afectos, la belleza y armonía de los versos, la propiedad, elegancia y correccion del estilo. Ningun artificio, ninguna afectacion, ningun exceso; todo tan conveniente y apropiado al género, todo tan natural y verdadero, que el que lee estos versos parece que se los encuentra por sí mismo. Algunos, quizá mas escrupulosos que sensibles, han notado la falta de unidad que hay en el objeto de la composicion, y los versos,

aunque pocos, que duros ó prosáicos desdicen de los demas. Hombres sobrado austeros por cierto, si no se dejan ganar por la ternura, por la armonía y por la bella sencillez é ingenuidad del poeta. Cuando se comparan los sonidos inciertos y balbucientes de los autores que preceden con los cantos de Salicio y Nemoroso, el paso dado por Garcilaso parece de un gigante, y no se extraña la admiracion y el entusiasmo que causaron en sus contemporáneos. Lo que tal vez fuera de desear es que este paso se hubiese dado en algun género mas importante; en la lirica elevada por ejemplo, en la tragedia ó la epopeya. La poesía castellana hubiera tomado entonces otro tono y otro carácter: pero esta reflexion, aun caso de ser fundada, nada tiene que ver con el verdadero mérito del escritor.

Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza, el monte fatigando
En ardiente gínete que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera, que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras,
Antes que me consuma
Faltando á tí, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un día
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general, no solo mia,
Mas de cualquier ingenio peregrino,
Que celebra lo digno de memoria,
El árbol de victoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar á la hiedra, que se planta
Debajo de tu sombra y se levanta
Poco á poco arrimada á tus loores;
Y en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio recostado
Al pié de un alta haya en la verdura,
Por donde un agua clara con sonido
Atravesaba el verde y fresco prado;
El con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba
Se quejaba tan dulce y blandamente
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia;
Y así como presente
Razonando con ella le decia :

SALICIO.

¡Oh mas dura que mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemó,
Mas helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
Témola con razon, pues tú me dejas,
Que no hay sin tí el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado
De tí desamparado;
Y aun de mí mismo yo me corro agora.
¿ De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves, animales y la gente :
Cual por el aire claro va volando,

Cual por el verde prado ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente :
Cual con el sol presente
Va de nuevo al oficio
Y al usado ejercicio
Do su natura ó menester le inclina :
Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avecina :
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe, que ser guardada
Eternamente solo á mi debiera :
¡ Oh Dios ! ¿ porqué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo ?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿ Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba :
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba :
¡ Ay cuánto me engañaba !
¡ Ay cuán diferente era,
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia !
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mia :
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡ Cuántas veces durmiendo en la floresta
Reputándolo yo por desvario,
Ví mi mal entre sueños, desdichado !
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado :
Y despues de llegado,
Sin saber de cuál arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba ;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enagenado iba siguiendo
Del agua fugitiva :
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿ en cuya oreja suena ?
Tus claros ojos ¿ á quién los volviste ?
¿ Por quién tan sin respeto me trocaste ?
Tu quebrantada fe ¿ dónde la pusiste ?
¿ Cual es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos añudaste ?
No hay corazon que baste,
Aunque fuese de piedra,

Viendo mi amada hiedra,
De mi arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida :
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto,
O qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué terná por cierto,
O qué de hoy mas no temerá el amante
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enagenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el mas seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente;
Dando á quien diste el corazón malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido :
Que mayor diferencia comprehendo
De tí al que has escogido :
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado ;
De mi cantar, pues, yo te ví agradada
Tanto, que no pudiera el mantuano
Tíftiro ser de tí mas alabado :
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura ;
Y cierto no trocará mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocara mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio,
Y no viera este triste apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Estremo en el invierno?
¿Mas qué vale el tener, si derritiendo

Me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza, y la quebrantan;
Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan, cuando cantan,
Con diferente voz se condolecen
Y mi morir cantando me adivinan :
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste :
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste,
Que bien podrás venir de mí segura :
Yo dejaré el lugar do me dejaste ;
Ven, si por solo esto te detienes :
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo :
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede ;
Que pues el bien le dejo,
No es mucho que el lugar tambien le quede.

POETA.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y, suspirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena :
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
Casi como dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso,
Decidlo vos, Piérides, que tanto
No puedo yo, ni oso ;
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Arboles que os estais mirando en ellas;
Verde prado de fresca sombra lleno;
Aves que aquí sembrais vuestras querellas;
Hiedra, que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me ví tan ageno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurría
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegria.

Y en este mismo valle, donde agora
 Me entristezco y me canso, en el reposo
 Estuve yo contento y descansado,
 ¡O bien caduco, vano y presuroso!
 Acuérdomme, durmiendo aquí algun hora,
 Que despertando, á Elisa ví á mi lado.
 ¡O miserable hado!
 ¡O tela delicada,
 Antes de tiempo dada
 A los agudos filos de la muerte!
 Mas convenible fuera aquesta suerte
 A los cansados años de mi vida,
 Que es mas que el hierro fuerte,
 Pues no la ha quebrantado tu partida.
 ¿Dó estan agora aquellos claros ojos,
 Que llevaban tras sí como colgada
 Mi ánima do quier que se volvan?
 ¿Dó está la blanca mano delicada
 Llena de vencimientos y despojos,
 Que de mí mis sentidos le ofrecian?
 Los cabellos, que vian
 Con gran desprecio al oro
 Como á menor tesoro,
 ¿A dónde estan? ¿A dónde el blanco pecho?
 ¿Dó la coluna que el dorado techo
 Con presuncion graciosa sostenia?
 Aquesto todo agora ya se encierra,
 Por desventura mia,
 En la fria, desierta y dura tierra.
 ¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
 Cuando en aqueste valle al fresco viento
 Andábamos cogiendo tiernas flores,
 Que habia de ver con largo apartamiento
 Venir el triste y solitario dia,
 Que diese amargo fin á mis amores?
 El cielo en mis dolores
 Cargó la mano tanto,
 Que á sempiterno llanto
 Y á triste soledad me ha condenado;
 Y lo que siento mas es verme atado
 A la pesada vida y enojosa,
 Solo, desamparado,
 Ciego sin lumbrre en cárcel tenebrosa.
 Despues que nos dejaste, nunca paxe
 En hartura el ganado ya, ni acude
 El campo al labrador con mano llena.
 No hay bien que en mal no se convierta y mude;
 La mala yerba al trigo ahoga, y nace
 En lugar suyo la infelice avena:
 La tierra que de buena
 Gana nos producía
 Flores con que solia
 Quitar en solo vellas mil enojos,
 Produce agora en cambio estos abrojos,
 Ya de rigor de espinas intratable:
 Y yo hago con mis ojos
 Crecer llorando el fruto miserable.
 Como al partir el sol la sombra crece,
 Y en cayendo su rayo se levanta
 La negra escuridad que el mundo cubre,

De do viene el temor que nos espanta,
 Y la medrosa forma en que se ofrece
 Aquello que la noche nos encubre,
 Hasta que el sol descubre
 Su luz pura y hermosa;
 Tal es la tenebrosa
 Noche de tu partir, en que he quedado
 De sombra y de temor atormentado,
 Hasta que muerte el tiempo determine,
 Que á ver el deseado
 Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
 Quejarse entre las hojas escondido
 Del duro labrador, que cautamente
 Le despojó su dulce y caro nido
 De los tiernos hijuelos, entre tanto
 Que del amado ramo estaba ausente;
 Y aquel dolor que siente
 Con diferencia tanta
 Por la dulce garganta
 Despide, y á su canto el aire suena;
 Y la callada noche no refrena
 Su lamentable oficio y sus querellas,
 Trayendo de su pena
 Al cielo por testigo y las estrellas:

De esta manera suelto yo la rienda
 A mi dolor, y así me quejo en vano
 De la dureza de la muerte alzada.
 Ella en mi corazon metió la mano,
 Y de allí me llevó mi dulce prenda,
 Que aquel era su nido y su morada.
 ¡Ay muerte arrebatada!
 Por tí me estoy quejando
 Al cielo, y enojando
 Con importuno llanto al mundo todo.
 Tan desigual dolor no sufre modo:
 No me podrán quitar el dolorido
 Sentir, si ya del todo
 Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,
 Elisa, envueltos en un blanco paño:
 Que nunca de mi seno se me apartan:
 Descójelos, y de un dolor tamaño
 Enternecerme siento, que sobre ellos
 Nunca mis ojos de llorar se hartan.
 Sin que de allí se partan,
 Con suspiros calientes,
 Mas que la llama ardientes,
 Los enjugo del llanto, y de consuno
 Casi los paso y cuento uno á uno;
 Juntándolos, con un cordón los ato:
 Tras esto el importuno
 Dolor me deja descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece
 Aquella noche tenebrosa, oscura,
 Que siempre aflige esta ánima mezquina
 Con la memoria de mi desventura.
 Verte presente agora me parece
 En aquel duro trance de Lucina;
 Y aquella voz divina,

Con cuyo son y acentos
 A los airados vientos
 Pudieras amansar, que agora es muda,
 Me parece que oigo que á la cruda
 Inexorable diosa demandabas
 En aquel paso ayuda;
 ¿Y tú, rústica diosa, dónde estabas?
 ¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
 ¿Ibate tanto en un pastor dormido?
 ¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
 Que comovida á compasion, oido
 A los volos y lágrimas no dieras,
 Por no ver hecha tierra tal belleza?
 O no ver la tristeza,
 En que tu Nemoroso
 Queda, que su reposo
 Era seguir tu oficio, persiguiendo
 Las fieras por los montes, y ofreciendo
 A tus sagradas aras los despojos?
 ¡Y tú, ingrata, riendo
 Dejas morir mi bien ante mis ojos!
 Divina Elisa, pues agora el cielo
 Con inmortales piés pisas y mides,
 Y su mudanza ves estando queda;
 ¿Porqué de mí te olvidas, y no pides,
 Que se apresure el tiempo en que este velo
 Rompa del cuerpo y verme libre pueda?
 Y en la tercera rueda,
 Contigo mano á mano,
 Busquemos otro llano,
 Busquemos otros montes y otros rios,
 Otros valles floridos y sombríos,
 Do descansar, y siempre pueda verte
 Ante los ojos míos,
 Sin miedo y sobresalto de perderte.

POETA.

Nunca pusieran fin al triste lloro
 Los pastores, ni fueran acabadas
 Las canciones que solo el monte oia,
 Si mirando las nubes coloradas
 Al tramontar del sol bordadas de oro,
 No vieran que era ya pasado el dia.
 La sombra se veia
 Venir corriendo apriesa
 Ya por la falda espesa
 Del altísimo monte; y recordando
 Ambos como de sueño, y acabando

El fugitivo sol de luz escaso,
 Su ganado llevando,
 Se fueron recogiendo paso á paso.

DE LA ÉGLOGA SEGUNDA ¹.

ALBANO.

Ora, Salicio, escucha lo que digo:
 Y vos, o ninfas deste bosque umbroso,
 A do quiera que esteis, estad conmigo.
 Ya te conté el estado tan dichoso
 A do me puso amor, si en él yo firme
 Pudiera sostenerme con reposo.

Mas como de callar y de encubrirme
 De aquella por quien vivo me encendia,
 Llegué ya casi al caso de morirme.

Mil veces ella preguntó qué habia,
 Y me rogó que el mal le descubriese
 Que mi rostro y color le descubria.

Mas no acabó con cuanto me dijese
 Que de mí á su pregunta otra respuesta
 Que un suspiro con lágrimas hubiese.

Aconteció que en una ardiente siesta
 Viniedo de la caza fatigados,
 En el mejor lugar de esta floresta,

Que es este donde estamos asentados,
 A la sombra de un árbol alojamos
 Las cuerdas á los arcos trabajados.

En aquel prado allí nos reclinamos,
 Y del céfiro fresco recogiendo
 El agradable espíritu respiramos.

Las flores á los ojos ofreciendo
 Diversidad extraña de pintura,
 Diversamente así estaban oliendo;

Y en medio aquesta fuente clara y pura,
 Que como de cristal resplandecia
 Mostrando abiertamente su hondura:

El arena, que de oro parecia
 De blancas pedrezuelas variada,
 Por do manaba el agua se bullia.

En derredor ni sola una pisada
 De fiera, ó de pastor, ó de ganado
 A la sazón estaba señalada.

Después que con el agua resfriado
 Hubimos el calor y juntamente
 La sed de todo punto mitigado:

¹ Los defectos de composicion, de versificacion y de estilo que tiene esta segunda composicion de Garcilaso son tantos y tan visibles, que atropellando por los respetos de comentar, ya Herrera se atrevió á manifestarlos, aplicándoles los versos latinos de Cátulo sobre Quincia:

Quinctia formosa est multis: mihi candida, longa,
 Recta est: hæc ego sic singula conditor:
 Totum illud formosa, nego.

Hay en ella, sin embargo, trozos dignos del cantor de Salicio; y de ellos se ha entresacado el presente como el mas señalado, y como ejemplar

de narracion sencilla y pastoril llena de abundancia, de sensibilidad y de jugo. Los tercetos estan generalmente bien hechos, y algunos son delicadísimos. No hay oído ni corazón, por duros que sean, que se resistan al escuchar aquel *Vosotros los de Tujo en su ribera* imitado del *cantabitis Arcades* de Virgilio, donde el poeta español no pudiendo igualar al latino en fuerza y concision, le aventaja en gracia y en suavidad. Toda esta relacion de Albano está tomada de la prosa octava de la Arcadia de Sanázaro con alguna corta diferencia en el final y en el desenlace.

Ella, que con cuidado diligente
A conocer mi mal tenia el intento,
Y á escudriñar el ánimo doliente ;

Con nuevo ruego y firme juramento
Me conjuró y rogó que le contase
La causa de mi grave pensamiento :

Y si era amor, que no me recelase
De hacelle mi caso manifiesto,
Y de mostralle aquella que yo amase :

Que me juraba que tambien en esto
El verdadero amor que me tenia
Con pura voluntad estaba presto.

Yo, que tanto callar ya no podia,
Y claro descubrir menos osaba
Lo que en el alma triste se sentia ;

Le dije que en aquella fuente clara
Veria de aquella que yo tanto amaba
Abiertamente la hermosa cara.

Ella, que ver aquesta descaba,
Con menos diligencia discurriendo
De aquella con que el paso apresuraba ;

A la pura fontana fué corriendo,
Y en viendo el agua, toda fué alterada
En ella su figura sola viendo.

Y no de otra manera arrebatada
Del agua rehuyó, que si estuviera
De la rabiosa enfermedad tocada :

Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
No sé que allá entre dientes murmurando,
Me dejó aquí, y aquí quiere que muera.

Quedé yo triste y solo allí culpando
Mi temerario osar, mi desvarío,
La pérdida del bien considerando.

Creció de tal manera el dolor mio
Y de mi loco error el desconsuelo,
Que hice de mis lágrimas un rio.

Fijos los ojos en el alto cielo,
Estuve boca arriba una gran pieza,
Tendido sin moverme en este suelo.

Y como de un dolor otro se empieza,
El largo llanto, el desvanecimiento,
El vano imaginar de la cabeza,

De mi gran culpa aquel remordimiento,
Verme del todo al fin sin esperanza
Me trastornaron casi el sentimiento.

Como deste lugar hice mudanza,
No sé ni quien de aquí me condujese
Al triste albergue y á mi pobre estanza.

Sé que tornando en mí, como estuviere
Sin comer ni dormir bien cuatro dias,
Y sin que el cuerpo de un lugar moviese,

Las ya desamparadas vacas mías
Por otro tanto tiempo no gustaron
Las verdes yerbas ni las aguas frias.

Los pequeños hijuelos, que hallaron
Las tetas secas ya de las hambrientas
Madres, bramando al cielo se quejaron.

Las selvas á su voz tambien atentas,
Bramando pareció que respondian
Condolidas del daño y descontentas.

Aquestas cosas nada me movian,
Antes con mi llorar hacia espantados
Todos cuantos á verme allí venian.

Vinieron los pastores de ganados,
Vinieron de los sotos los vaqueros
Para ser de mi mal de mí informados ;

Y todos con los gestos lastimeros
Me preguntaban cuáles habian sido
Los accidentes de mi mal primeros.

A los cuales en tierra yo tendido,
Ninguna otra respuesta dar sabia,
Rompiendo con sollozos mi gemido ;

Sino de rato en rato les decia :
Vosotros los de Tajo, en su ribera
Cantareis la mi muerte cada dia.

Este descanso llevaré, aunque muera ;
Que cada dia cantareis mi muerte,
Vosotros los de Tajo, en su ribera.

La quinta noche en fin mi cruda suerte,
Queriéndome llevar do se rompiese
Aquesta tela de la vida fuerte,

Hizo que de mi choza me saliese
Por el silencio de la noche oscura
A buscar un lugar donde muriese ;

Y caminando por do mi ventura
Y mis enfermos piés me condujeron,
Llegué á un barranco de muy gran altura.

Luego mis ojos le reconocieron,
Que pende sobre el agua, y su cimiento
Las ondas poco á poco le comieron.

Al pié de un olmo hice allí asiento :
Y acordéme que ya con ella estuve
Pasando allí la siesta al fresco viento.

Y con esta memoria me detuve,
Como si aquesta fuera medicina
De mi furor y cuanto mal sostuve.

Denunciaba el aurora ya vecina
La venida del sol resplandeciente,
A quien la tierra, á quien la mar se inclina :

Entonces, como cuando el cisne siente
El ansia postrimera que le aqueja,
Y tiente el cuerpo misero y doliente ;

Con triste y lamentable son se queja,
Y se despide con funesto canto
Del espíritu vital que del su aleja.

Así, aquejado yo de dolor tanto,
Que el alma abandonaba ya la humana
Carne, solté la rienda al triste llanto.

¡ O fiera, dije, mas que lligre hircana,
Y mas sorda á mis quejas que el ruido
Embravecido de la mar humana !

Heme entregado, heme aquí rendido,
He aquí vences ; toma los despojos
De un cuerpo miserable y alligido.

Yo pondré fin del todo á tus enojos ;
Ya no te ofenderá mi rostro triste
Mi temerosa voz y húmidos ojos.

Quizá tú, que en mi vida no moviste
El paso á consolarme en tal estado
Ni tu dureza cruda enterneceste,

Viendo mi cuerpo aquí desamparado,
 Vendrás á arrepentirte y lastimarte;
 Mas tu socorro tarde habrá llegado.
 ¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
 De aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
 Nudos en sola una hora desligarte?
 ¿No se te acuerda de los dulces juegos
 Ya de nuestra niñez, que fueron leña
 De estos dañosos y encendidos fuegos,
 Cuando la encina desta espesa breña
 De sus bellotas dulces despojaba,
 Que íbamos á comer sobre esta peña?
 ¿Quién las castañas tiernas derrocaba
 Del árbol á subir dificultoso?
 ¿Quién en su limpia falda las llevaba?
 ¿Cuándo en valle florido, espeso, umbroso,
 Metí jamas el pié, que dél no fuese
 Cargado á tí de flores y oloroso?
 Jurábasme si ausente yo estuviese
 Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
 Ni el prado yerba para tí tuviese.
 ¿A quién me quejo, que no escucha cosa
 De cuantas digo, quien debria escucharme?
 Eco sola me muestra ser piadosa.
 Respondiéndome, prueba conhortarme,
 Como quien probó mal tan importuno;
 Mas no quiere mostrarse y consolarme.
 ¿O dioses, si allá juntos de consuno
 De los amantes el cuidado os toca,
 O tú solo, si toca solo á uno!
 Recibid las palabras que la boca
 Echa con la doliente ánima fuera,
 Antes que el cuerpo torne en tierra poca.
 ¿O Náyades de aquesta mi ribera
 Corriente moradoras! ¿o Napeas,
 Guarda del verde bosque verdadera!
 Alce una de vosotras, blancas deas,
 Del agua su cabeza rubia un poco;
 Así, ninfa, jamas en tal te veas:
 Podré decir que con mis quejas toco
 Las divinas orejas, no pudiendo
 Las humanas tocar cuerdo ni loco.
 ¿O hermosas Oreadas, que teniendo
 El gobierno de selvas y montañas,
 A caza andais por ellas discurriendo!
 Dejad de perseguir las alimañas,
 Venid á ver un hombre perseguido
 A quien no valen fuerzas ya ni mañas.
 ¿O Dríades! de amor hermoso nido,
 Dulces y graciosísimas doncellas
 Que á la tarde salis de lo escondido,
 Con los cabellos rubios, que las bellas
 Espaldas dejan de oro cobijadas;
 Parad mientes un rato á mis querellas:
 Y si con mi ventura conjuradas
 No estais, haced que sean las ocasiones

De mi muerte aquí siempre celebradas.
 ¿O lobos, o osos, que por los rincones
 De estas fieras cavernas escondidos
 Estais oyendo agora mis razones,
 Quedaos á Dios, que ya vuestros oídos
 De mi zampoña fueron halagados,
 Y alguna vez de amor enternecidos.
 A Dios, montañas: á Dios, verdes prados:
 A Dios, corrientes rios espumosos:
 Vivid sin mi con siglos prolongados;
 Y mientras en el curso presurosos
 Ireis al mar á darle su tributo
 Corriendo por los valles pedregosos;
 Haced que aquí se mestre triste luto
 Por quien viviendo alegre os alegraba
 Con agradable son y viso enjuto:
 Por quien aquí sus vacas abrevaba,
 Por quien, ramos de lauro entretegiendo,
 Aquí sus fuertes toros coronaba.
 Estas palabras tales en diciendo,
 En pié me alcé por dar ya fin al duro
 Dolor que en vida estaba padeciendo:
 Y por el paso en que me ves te juro
 Que ya me iba arrojar de do te cuento
 Con paso largo y corazón seguro;
 Cuando una fuerza súbita de viento
 Vino con tal furor, que de una sierra
 Pudiera remover el firme asiento.
 De espaldas como atónito en la tierra
 Desde á gran rato me hallé tendido,
 Que así se halla siempre aquel que yerra.
 Con mas sano discurso, en mi sentido,
 Comencé de culpar el presuroso
 Y temerario error que habia seguido,
 En querer dar con triste muerte al resto
 De aquesta breve vida fin amargo,
 No siendo por los hados aun dispuesto.
 De allí me fuí con corazón mas largo
 Para esperar la muerte cuando venga
 A relevarme de este largo cargo.
 Bien has ya visto cuanto me convenga
 Que pues buscalla á mí no se consiente,
 Ella en buscarme á mí no se defenga.
 Contado te he la causa, el accidente,
 El daño y el proceso todo entero;
 Cumple tú tu promesa prestamente:
 Y si mi amigo cierto y verdadero
 Eres, como yo pienso, vete agora;
 No estorbes un dolor acerbo y fiero
 Al afligido y triste cuando llora.

DE LA ÉGLOGA TERCERA¹.*Tirreno, Alcino.*

TIRRENO.

Flérída, para mí dulce y sabrosa

¹ Este bello diálogo pastoral es una graciosa y bien entendida imitación de la égloga séptima de Virgilio. Las octavas de que se compone son las primeras bien hechas en castellano, así como los

Mas que la fruta del cercado ageno,
Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por abril de flores lleno;
Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribaras primero
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,
Y de tí despojado yo me vea
Cual queda el tronco de su verde rama;
Si mas que yo el murcielago desea
La escuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño
Deste dia, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Cuando Favonio y Céfito soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosas esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera,
En tal manera á mí, Flérida mia
Viniedo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿ Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altísimos atierra;
Y de tanto destrozo aun no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
A la de Filis con Alcino airada.

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece:
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado: el verde monte ofrece

A las fieras salvages su gobierno:
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en abrojos
Si dello aparta Flérida sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el solo y el ganado;
La malicia del aire corrompido
Hace morir la yerba mal su grado:
Las aves ven su descubierta nido
Que ya de verdes hojas fué cercado:
Pero si Filis por aquí tornare,
Hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;
De la hermosa Vénus fué tenido
En precio y en estima el mirtto solo;
El verde sauz de Flérida es querido,
Y por suyo entre todos escogido;
Do quiera que de hõy mas sauces se hallen
El álamo, el laurel y el mirtto callen.

ALCINO.

El Fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad de tu flugura
Donde quiera mirado, Filis, haya,
Al Fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.

CANCION.

El aspereza de mis males quiero
Que se muestre tambien en mis razones,

tercetos de la égloga anterior son los que tienen el mismo mérito. Aquí la versificación y el estilo se mueven con mas firmeza que en las otras obras de Garcilaso, y se conocen las fuerzas que su talento iba adquiriendo con el ejercicio.

Si esta obra se considera como una canción elegíaca y amorosa, destinada á producir el efecto tierno y halagüeño que se busca ordinariamente en las obras de esta especie, no hay duda que decae mucho del mérito y estimación en que es generalmente tenida. Pero si se la considera como un poema moral destinado igualmente á enseñar que á deleitar, en que el autor, bajo la alegoría de un combate entre la razón y el apetito, manifiesta la agitación y los males á que se expone el que se deja vencer de una pasión, ya tiene otro aspecto mas interesante, y el poeta no aparece tan desigual á su argumento.

De aquí la diferencia de los juicios que de ella se han hecho. Un crítico moderno que reúne á la literatura mas acendrada un talento eminente y un gusto exquisito, la llama á boca llena *malhadada*, y no halla en ella sino frialdad y afectación,

y á veces tambien bajera; añadiendo que Garcilaso aquí parece mas bien un doctor que discurre y argumenta cual pudiera hacerlo en una aula, que un poeta que produce cuadros vivos y animados. Si este juicio parece severo en demasía, el de don Juan Bautista Conti por el extremo contrario no deja de ser tambien excesivo. « Esta canción en su totalidad, dice el humanista italiano, es de las obras mas bellas que puede ostentar la poesía, y una utilísima lección de moral. Está escrita en el género lírico mas sublime que se conoce. . . . Ningun poeta que yo sepa ha pintado mas vivamente una pasión de amor desordenado y sin corrección. »

Puede seguirse á mi parecer un dictámen medio entre estos dos extremos; y el poema ofrece en su idea principal, en su contextura, en sus pensamientos, y á veces tambien en sus imágenes y versos, bellezas bastantes para adquirirse la atención y aprecio de un lector imparcial, ó á lo menos indulgente. Lo que hay en él mas defectuoso es la ejecución; la cual, prosáica en partes

Como ya en los efectos se ha mostrado :
 Lloraré de mi mal las ocasiones ;
 Sabrá el mundo la causa porque muero ,
 Y moriré á lo menos confesado .
 Pues soy por los cabellos arrastrado
 De un tan desatinado pensamiento
 Que por agudas peñas peligrosas ,
 Por matas espinosas
 Corre con ligereza mas que el viento ,
 Bañando de mi sangre la carrera :
 Y para mas despacio atormentarme ,
 Llévame alguna vez por entre flores
 A do de mis tormentos y dolores
 Descanso , y de ellos vengo á no acordarme .
 Mas el á mas descanso no me espera ,
 Antes , como me ve de esta manera ,
 Con un nuevo furor y desatino
 Torna á seguir el áspero camino .

No vine por mis piés á tantos daños ;
 Fuerzas de mi destino me trajeron ,
 Y á la que me atormenta me entregaron :
 Mi razon y juicio bien creyeron
 Guardarme , como en los pasados años
 De otros graves peligros me guardaron .
 Mas cuando los pasados compararon
 Con los que venir vieron , no sabian
 Lo que hacer de sí , ni do meterse ,
 Que luego empezó á verse
 La fuerza y el rigor con que venian .
 Mas de pura vergüenza constreñida
 Con tardo paso y corazon medroso
 Al fin ya mi razon salió al camino :
 Cuanto era el enemigo mas vecino ,
 Tanto mas el recelo temeroso
 Le mostraba el peligro de su vida :
 Pensar en el temor de ser vencida
 La sangre alguna vez le calentaba ;
 Mas el mismo temor se la enfriaba .

Estaba yo á mirar , y peleando
 En mi defensa mi razon estaba
 Cansada y en mil partes ya herida ,
 Y sin ver yo quien dentro me incitaba ,
 Ni saber como , estaba descando
 Que allí quedase mi razon vencida .
 Nunca en todo el proceso de mi vida
 Cosa se me cumplió que desease
 Tan presto como aquesta ; que á la hora
 Se rindió la señora
 Y al siervo consintió que gobernase
 Y usase de la ley del vencimiento :
 Entonces yo sentíme saltado
 De una vergüenza libre y generosa :
 Corrime gravemente , que una cosa
 Tan sin razon hubiese así pasado .

Luego siguió el dolor al corrimiento
 De ver mi reino en mano de quien cuento
 Que me da vida y muerte cada dia ;
 Y es la mas moderada tiranía .

Los ojos , cuya lumbre bien pudiera
 Tornar clara la noche tenebrosa
 Y escurecer el sol á mediodia ,
 Me convirtieron luego en otra cosa ,
 En volviéndose á mí la vez primera
 Con la calor del rayo que salia
 De su vista que en mí se difundia ;
 Y de mis ojos la abundante vena
 De lágrimas al sol que me inflamaba
 No menos ayudaba
 A hacer mi natura en todo agena
 De lo que era primero . Corrompese
 Sentí el sosiego y libertad pasada ,
 Y el mal de que muriendo está engendrarse ,
 Y en tierra sus raices abundarse
 Tanto , cuanto su cima levantada
 Sobre cualquier altura hace verse :
 El fruto que de aquí suele cogerse ,
 Mil es amargo , alguna vez sabroso ;
 Mas mortífero siempre y ponzoñoso .

De mí agora huyendo voy buscan lo
 A quien huye de mí como enemiga ,
 Que al un error añado el otro yerro :
 Y en medio del trabajo y la fatiga
 Estoy cantando yo , y está sonando
 De mis atados piés el grave hjerro .
 Mas poco dura el canto , si me encierro
 Acá dentro de mí , porque allí veo
 Un campo lleno de desconfianza :
 Muéstrame la esperanza
 De lejos su vestido y su meneo ;
 Mas ver su rostro nunca me consiente .
 Torno á llorar mis daños , porque entiendo
 Que es un crudo linage de tormento ,
 Para matar á aquel que está sediento ,
 Mostralle el agua porque está muriendo ,
 De la cual el cuitado juntamente
 La claridad contempla , el ruido siente :
 Mas cuando llega ya para bebella ,
 Gran espacio se halla lejos della .

De los cabellos de oro fué tejida
 La red que fabricó mi sentimiento ,
 Do mi razon revuelta y enredada
 Con gran vergüenza suya y corrimiento ,
 Sujeta al apetito y sometida ,
 En público adulterio fué tomada ,
 Del cielo y de la tierra contemplada .
 Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto ,
 Pues no tengo con que considerallo ,
 Y en tal punto me hallo ,

y algun tanto seca , no corresponde al cuidado que debe ponerse en esta clase de asuntos , que por lo mismo que son austeros y graves , exigen mayor esmero en el modo de desempeñarlos y de amenizarlos . Herrera notó ya algunos de es-

tos versos bajos y prosáicos : pudieran notarse mas ; pero siendo fáciles de conocer , y por otra parte bastantes en número , no hay necesidad de recargar con ellos esta nota ya demasiado prolija .

Que estoy sin armas en el campo puesto
Y el paso ya cerrado y la huida :
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido á tal extremo,
Que del grave dolor que huyo y temo
Me hallo algunas veces tan amigo,
Que en medio dél, si vuelvo á ver la vida
De libertad, la juzgo por perdida,
Y maldigo las horas y momentos
Gastadas mal en libres pensamientos.

No reina siempre aquesta fantasia ;
Que en imaginacion tan variable
No se reposa un hora el pensamiento :
Viene con un rigor tan intratable
A tiempos el dolor, que al alma mia
Desampara huyendo el sufrimiento.
Lo que dura la furia del tormento
No hay parte en mí que no se me trastorne,
Y que en torno de mí no esté llorando ;
De nuevo protestando
Que de la via espantosa atras me torne.
Esto ya por razon no va fundado
Ni le dan parte dello á mi juicio,
Que este discurso todo es ya perdido ;
Mas es en tanto daño del sentido
Este dolor, y tanto perjüicio,
Que todo lo sensible atormentado
Del bien, si alguno tuvo, ya olvidado
Está de todo punto, y solo siente
La furia y el rigor del mal presente.

En medio de la fuerza del tormento
Una sombra de bien se me presenta
Do el fiero ardor un poco se mitiga :
Figúraseme cierto á mí que sienta
Alguna parte de lo que yo siento
Aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomparable la fatiga ,
Que si con algo yo no me engañase
Para poder llevarla, moriria ;
Y así me acabaria,
Sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que del estado mas perdido
Saco algun bien ; mas luego en mí la suerte
Trueca y revuelve el órden : que algun hora
Si el mal acaso un poco en mí mejora,
Aquel descanso luego se convierte
En un temor, que me ha puesto en olvido

Aquella por quien sola me he perdido :
Asi del bien que un rato satisface,
Nace el dolor que el alma me deshace.

Cancion, si quien te viere se espantare
De la inestabilidad y ligereza
Y revuelta del vago pensamiento ;
Estable, grave y firme es el tormento,
Le dí, que es causa ; cuya fortaleza
Es tal, que en cualquier parte que tocare,
Le haré revolver, hasta que pare
En aquel fin de lo terrible y fuerte,
Que todo el mundo afirma que es la muerte.

ODA

A LA FLOR DE GNIDO ⁴.

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento ;
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trujese ;
No pienses que cantado
Seria de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido :
Ni aquellos capitanes,
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes
El fiero cuello atados,
Y los franceses van domesticados ;
Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad seria cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien seira notada
El aspereza de que estás armada :
Y conio por tí sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.

⁴ Si en la cancion anterior se ve al poeta volar no muy seguro por las regiones vagas de la metafísica y de la alegoría, en esta oda, cuyo argumento convenia mas á su carácter y estudios, se le ve manejar la lira de Horacio con tanta facilidad como gracia, y seguir con el mayor desahogo y felicidad las huellas del poeta latino. Compúsole en favor de un amigo á quien una dama de Nápoles desdénaba, para persuadirla á que fuese menos esquiva con él. Todo en ella es dulce y apacible, como convenia al argumento que se proponia, todo ameno y florido como el ti-

tulo que lleva á su frente. Dispuesta con la mas ingeniosa contextura, ejecutada en una dición pura, fluida y suave, llena de imágenes vivas, propias y oportunas, y cantada en un ritmo, usado entonces la primera vez, y el mas gracioso y apacible que se conoce entre nuestras combinaciones métricas; nada faltó á esta linda poesía, si es que tambien acertó á conseguir de la dama con su halago lo que antes no habian podido los rendimientos y obsequios del galan. Pero esto es dado pocas veces á los versos, y mucho menos si es otro quien los hace.

Hablo de aquel cautivo
 De quien tener se debe mas cuidado,
 Que está muriendo vivo,
 Al remo condenado,
 En la concha de Vénus **amarrado**.
 Por ti, como solia,
 Del áspero caballo no corrige
 La furia y gallardía,
 Ni con freno le rige,
 Ni con vivas espuelas ya le aflige.
 Por tí, con diestra mano
 No revuelve la espada presurosa,
 Y en el dudoso llano
 Huyela polvorosa
 Palestra, como sierpe ponzoñosa.
 Por tí, su blanda Musa,
 En lugar de la citara sonante,
 Tristes querellas usa,
 Que con llanto abundante
 Hacen bañar el rostro del amante.
 Por tí, el mayor amigo
 Le es importuno, grave y enojoso :
 Yo puedo ser testigo,
 Que ya del peligroso
 Naufragio fui su puerto y su reposo ;
 Y agora en tal manera
 Vence el dolor á la razon perdida,
 Que ponzoñosa fiera
 Nunca fué aborrecida
 Tanto como yo dél, ni tan temida.
 No fuiste tú engendrada ,
 Ni producida de la dura tierra ;
 No debe ser notada,
 Que ingratemente yerra
 Quien todo el otro error de sí destierra.
 Hágate temerosa
 El caso de Anaxarete y cobarde,
 Que de ser desdenosa
 Se arrepintió muy tarde,
 Y así su alma con su mármol arde.
 Estábase alegrando
 Del mal ageno el pecho empedernido,
 Cuando abajo mirando,
 El cuerpo muerto vido
 Del miserable amante allí tendido :
 Y al cuello el lazo atado,
 Con que desenlazó de la cadena
 El corazon cuitado,
 Que con su breve pena
 Compró la eterna punición agena.
 Sintió allí convertirse
 En piedad amorosa el aspezeza.
 ¡ O tarde arrepentirse !
 ¡ O última terneza !
 ¿ Cómo te sucedió mayor dureza ?
 Los ojos se enclavaron
 En el tendido cuerpo que allí vieron ;
 Los huesos se tornaron
 Mas duros, y crecieron,
 Y en sí toda la carne convirtieron.

Las entrañas heladas
 Tornaron poco á poco en piedra dura ;
 Por las venas cuitadas
 La sangre su figura
 Iba desconociendo y su natura :
 Hasta que finalmente
 En duro mármol vuelta y trasformada ,
 Hiso de sí la gente
 No tan maravillada ,
 Cuanto de aquella ingratitud vengada.
 No quieras tú, señora,
 De Némesis airada las saetas
 Probar, por Dios, agora ;
 Baste que tus perfetas
 Obras y hermosura á los poetas
 Den inmortal materia ,
 Sin que tambien en verso lamentable
 Celebren la miseria
 Del algun caso notable,
 Que por tí pase triste y miserable.

SONETO I.

¡ O dulces prendas por mí mal halladas,
 Dulces y alegres cuando Dios queria !
 Juntas estais en la memoria mia,
 Y con ella en mi muerte conjuradas.
 ¿ Quién me dijera, cuando las pasadas
 Horas en tanto bien por vos me via,
 Que me habiais de ser en algun dia
 Con tan grave dolor representadas ?
 Pues en un hora junto me llevastes
 Todo el bien que por términos me distes,
 Llevadme junto el mal que me dejastes ;
 Sino sospecharé que me pusistes
 En tantos bienes porque deseastes
 Verne morir entre memorias tristes.

SONETO II.

Hermosas Ninfas, que en el rio metidas,
 Contentas habitais en las moradas
 De relucientes piedras fabricadas,
 Y en columnas de vidrio sostenidas ;
 Agora esteis labrando embebecidas,
 O tejiendo las telas delicadas ;
 Agora unas con otras apartadas
 Contándoos los amores y las vidas :
 Dejad un rato la labor, alzando
 Vuestras rubias cabezas á mirarme ,
 Y no os detendreis mucho segun ando :
 Que no podreis de lástima escucharme,
 O convertido en agua aquí llorando,
 Podreis allá despacio consolarme.

SONETO III.

Gracias al cielo doy que ya del cuello
 Del todo el grave yugo he sacudido ,

Y que del viento el mar embravecido

Veré desde la tierra sin temello.

Veré colgada de un sutil cabello

La vida del amante embebecido

En su error, y en su engaño adormecido,

Sordo á las voces que le avisan dello.

Alegrárame el mal de los mortales :

Mas no es mi corazon tan inhumano

En aqueste mi error, como parece :

Porque yo huelgo, como huelga el sano ;

No de ver á los otros en los males,

Sino de ver que dellos él carece.

POESIAS DE FRAY LUIS DE LEON.

Nació en Granada en el año de 1527. Tomó el hábito de san Agustín en el convento de Salamanca, donde profesó en 29 de enero de 1544. Siguió allí sus estudios con sumo aplauso, recibiendo el grado de doctor en teología por aquella universidad, y ganando por oposicion al año siguiente de su grado, que fué en 1561, la cátedra que llamaban de Durando, y algun tiempo despues la de Escritura. Su gran conocimiento en lenguas orientales, y la copiosa erudicion de que estaba dotado le hacian mirar como á uno de los mas sabios expositores de su tiempo. Pero esta misma reputacion le atrajo una grave persecucion de parte de sus émulos. Bajo el pretexto de que habia traducido el Libro de los Cantares al castellano, contra la prohibicion que habia entonces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar, lograron sus invidiosos enemigos que se le formase causa por la inquisicion de Valladolid como sospechoso en la fe. Cinco años estuvo preso en las cárceles de aquel tribunal, al cabo de los cuales logró sincerarse de todos los cargos que se le hicieron, y salió libre y triunfante de la calumnia. Volvió á la universidad con júbilo de todos, y fué restituido á su cátedra y á sus honores. Su religion le condecoró con varios empleos; y últimamente con el de provincial. Pero antes de ejercerle, falleció en Madrigal de una enfermedad aguda que le arrebató á los 64 años de su edad en 25 de agosto de 1591. Don Francisco de Quevedo fué el primer editor de sus poesias, que se publicaron por él, dedicadas al conde duque, cuarenta años despues de la muerte de su autor.

ODA I .^a

¡ Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera:
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¡ Qué presta á mi contento

Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado,
Con ansias vivas, con mortal cuida 'lo ?
¡ O monte! ¡ o fuente! ¡ o rio!
¡ O secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre, quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza, ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido

¹ Bellísima composicion, llena de agrado, de seso y de dulzura; que deja muy atras á todas las que se han hecho en alabanza de la vida rústica, sin exceptuar la de Horacio *Beatus ille*, que ha sido el modelo de todas. El poeta latino, que sin duda tiene mas poesía de estilo que su imitador, no ofrece la misma variedad ni el mismo interés, y destruye al fin el efecto de su descripcion con el rasgo satírico que la termina, tomando su poema en aquel punto el carácter de una declamacion artificiosa. Con otra ingenuidad, otra efusion y otro efecto habla Horacio del campo cuando exclama en la sátira de los votos: *O rus, quando ego te adspiciam?* La oda castellana no se recomienda ni por lo sonoro de la versificación, ni por la elevacion y pompa del

lenguaje. Todo en ella es sencillo, sin ambicion ni aparato. ¡ Pero qué raudal tan puro, tan copioso y tan fácil! ¡ Cómo se conoce que el poeta tiene todo su placer en la medianía, en el estudio y en el retiro! ¡ Cómo los hace amar sin otro secreto que el de amarlos él, y concertar sus pensamientos, sus imágenes y su expresion con el sentimiento que le inspira, y con los objetos que canta! Nada de mas, nada de menos, y todo en el modo propio y conveniente. Es una música suave y deliciosa que sale del corazon, y va derecha al corazon sin esfuerzo y sin estudio. La imitacion de esta poesía requiere un talento y un gusto el mas exquisito: á nada que suba ya no es ella; á nada que baje ya no es poesía.

El que al ageno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido ;
Los árboles menea
Con un manso rüido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían :
No es mio ver el lloro

De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porflan.

La combatida antena
Cruge, y en ciega noche el claro dia
Se torna : al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfia.

A mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me basta, y la bajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando :
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando :

A la sombra tendido
De hiedra y lauro eterno coronado ,
Puesto el atento oido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

ODA II⁴.

PROFECIA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera

⁴ Otra imitación de Horacio mas rigorosa y ajustada á su original que la anterior, pero aplicada á objetos y tiempos diferentes. La justa celebridad que disfruta es consiguiente á la maestría con que está ejecutada. No se puede negar, sin embargo, que considerada por algunos aspectos queda inferior á la oda latina. El ritmo escogido por Luis de Leon es mas gracioso que robusto, y el argumento pedia que fuese mas robusto que gracioso. Los objetos que pinta el español son mas generales, y por consiguiente mas vagos : en él se ve el movimiento y aparato en grande de la invasion proyectada : en el latino los campeones que han de buscar y castigar á París. Esto es mas determinado, y la fantasía lo concibe y se lo imagina mejor. En toda composición en que se trata de hombres es preciso ver hombres, y en la oda española no se ven. El conde don Julian *atento á la venganza y no á la fama*, único personaje que señala el Tajo en contraposición con Rodrigo, no es figura que pueda sufrir comparación con los dioses y con los héroes señalados por Nereo, y contrastados en su vaticinio con el afinado troyano.

Jam galeam Pallas et ægida
Curruque et rabiem parat....
Urgent impavidi te Salaminus
Teucerque, et Stheelus sciens
Pugnæ.

Ecce furiit te reperire atrox
Tydides, melior patre.

Esta desventaja está compensada en Luis de Leon con haber dado al vaticinio y al vaticinador un interes que no tiene el de Horacio. El rio que

habla ha de padecer en la invasion, y su lenguaje, su acento, sus afectos son consiguientes á esta posicion bien entendida, de que resulta en la oda española un tono mas vivo y mas apasionado.

Marmontel en el artículo *Lirica* de la Enciclopedia ha hecho mención de ella con elogio; y aun dá á entender, para encarecerla mas, que sirvió de modelo á Camoens para su célebre prosopopeya del gigante Acamastor. Es de presumir que el literato frances no hablase aquí sino de oídas, y sin haber leído por sí mismo la composición de que trata, pues á haber sido así, la hubiera dado por lo que era, por una bella imitación de la oda de Horacio, y no otra cosa. Él supone á Camoens posterior á Fr. Luis de Leon, y en eso tambien se engaña, porque fueron exactamente contemporáneos, y el español murió catorce años despues que el portugues. Ignoraba igualmente que las poesías de aquel fueron impresas por primera vez cerca de medio siglo despues del fallecimiento de Camoens, y por consiguiente que, aun dado caso que el episodio de la Lusíada se hubiese escrito despues de la oda, no es por ningun aspecto probable que el poeta épico, ni en Europa, donde se cree que compuso los primeros cantos de su inmortal poema, ni en las extremidades del Asia donde le acabó, tuviese noticia de la composición castellana. A tales equivocaciones se expone un escritor, aunque sea del mérito de Marmontel, cuando trata de una literatura que no conoce. Estos desaciertos eran entonces muy comunes en los extrangeros que hablaban de nuestras cosas : hoy dia las estudian y las conocen mejor.

De Tajo sin testigo;
 El pecho sacó fuera
 El río, y le habló de esta manera :
 En mal punto te goces ,
 Injusto forzador, que ya el sonido
 Oyo ya, y las voces,
 Las armas y el bramido
 De Marte, de furor y ardor ceñido.
 ¡Ay! esa tu alegría
 ¡Qué llantos acarrea! y esa hermosa
 Que vió el sol en mal día
 A España, ¡ay! ¡cuán llorosa,
 Y al cetro de los godos cuan costosa!
 Llamas, dolores, guerras,
 Muertes, asolamientos, fieros males
 Entre tus brazos cierras;
 Trabajos inmortales
 A tí y á tus vasallos naturales :
 A los que en Constantina
 Rompen el fértil suelo, á los que baña
 El Ebro, á la vecina
 Sansueña, á Lusitania,
 A toda la espaciosa y triste España.
 Ya dende Cádiz llama
 El injuriado conde á la venganza
 Atento, y no á la fama,
 La bárbara pujanza
 En quien para tu daño no hay tardanza.
 Oye, que al cielo toca
 Con temeroso son la trompa fiera,
 Que en Africa convoca
 El moro á la bandera,
 Que al aire desplegada va ligera.
 La lanza ya blanda
 El árabe cruel, y hiere el viento
 Llamando á la pelea :
 Innumerable cuento
 De escuadras juntas veo en un momento.
 Cubre la gente el suelo,
 Debajo de las velas desaparece
 La mar, la voz al ciclo
 Confusa y varia crece,
 El polvo roba el día, y le oscurece.
 ¡Ay! que ya presurosos
 Suben las largas naves : ¡ay! que tienden
 Los brazos vigorosos
 A los remos, y encienden
 Las mares espumosas por do hienden.
 El Eolo derecho
 Hinche la vela en popa, y larga entrada

Por el hercúleo estrecho
 Con la punta acerada
 El gran padre Neptuno da á la armada.
 ¡Ay triste! ¿y aun te tiene
 El mal dulce regazo? ¿ni llamado
 Al mal que sobreviene
 No acorres? ¿ocupado
 No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
 Acude, corre, vuela,
 Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
 No perdones la espuela,
 No des paz á la mano,
 Menea fulminando el hierro insano.
 ¡Ay cuánto de fatiga,
 Ay cuánto de dolor está presente
 Al que viste loriga,
 Al infante valiente,
 A hombres y caballos juntamente!
 Y tú, Bétis divino,
 De sangre agena y tuya amancillado,
 Darás al mar vecino,
 ¡Cuánto yelmo quebrado!
 ¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
 El furibundo Marte
 Cinco luces las haces desordena
 Igual á cada parte;
 La sesta ¡ay! te condena,
 O cara patria, á bárbara cadena.

ODA III '.

NOCHE SERENA.

Quando contemplo el cielo
 De innumerables luces adornado,
 Y miro hácia el suelo
 De noche rodeado,
 En sueño y en olvido sepultado;
 El amor y la pena
 Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
 Despiden larga vena
 Los ojos hechos fuente,
 Oloarte, y digo al fin con voz doliente :
 Morada de grandeza,
 Templo de claridad y hermosura,
 El alma que á tu alteza
 Nació, ¿qué desventura,
 La tiene en esta cárcel baja, oscura?
 ¿Qué mortal desatino
 De la verdad aleja así el sentido,

⁴ Nada casi hay que decir sobre estas dos hermosas composiciones (Odas III y IV) sino que son una muestra de la dignidad y elevación que adquiere la poesía, cuando se ocupa de los astros y de otros grandes objetos naturales. El escritor aquí no aspira á mostrarse astrónomo ni físico, quizá aunque quisiese no pudiera, pero es enteramente poeta. La una es inspirada por la admiración, la otra por el deseo impaciente de saber y de inquirir. La primera es mas fluida y mas dulce;

la segunda mas cortada y mas impetuosa; y esta diferencia de estilo y de movimiento es una prueba feliz del instinto y gusto del escritor. Es bien lírica al modo antiguo aquella especie de episodio, en que, con ocasión de mentar el trueno, pasa á describir rápidamente una tempestad de verano, y entra despues en la marcha que tenia tomada desde el principio.

El verso último de la primera desdice de los demas por su aspereza y falta de acentuación.

Que de tu bien divino
 Olvidado, perdido,
 Sigue la vana sombra, el bien fingido?
 El hombre está entregado
 Al sueño de su suerte no cuidando,
 Y con paso callado
 El cielo vueltas dando
 Las horas del vivir le va hurtando.
 ¡ Oh! despertad, mortales,
 ¡ Mirad con atencion en vuestro daño!
 Las almas inmortales,
 Hechas á bien tamaño,
 ¿ Podrán vivir de sombras y de engaño?
 ¡ Ay! levantad los ojos
 A aquella celestial eterna esfera;
 Burlareis los antojos
 De aquesta lisonjera
 Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
 ¿ Es mas que un breve punto
 El bajo y torpe suelo, comparado
 Con este gran trasunto
 Do vive mejorado
 Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
 Quien mira el gran concierto
 De aquestos resplandores eternos,
 Su movimiento cierto,
 Sus pasos desiguales,
 Y en proporcion concorde tan iguales:
 La luna como mueve
 La plateada rueda, y va en pos de ella
 La luz del saber llueve,
 Y la graciosa estrella
 De amor la sigue reluciente y bella:
 Y como otro camino
 Prosigue el sanguinoso Marte airado,
 Y el Júpiter benigno
 De bienes mil cercado
 Serena el cielo con su rayo amado:
 Rodéase en la cumbre
 Saturno, padre de los siglos de oro,
 Tras él la muchedumbre
 Del reluciente coro
 Su luz va repartiendo y su tesoro:
 ¿ Quién es el que esto mira,
 Y precia la bajeza de la tierra,
 Y no gime y suspira,
 Y rompe lo que encierra
 El alma, y de estos bienes la destierra?
 Aquí vive el contento,
 Aquí reina la paz, aquí asentado
 En rico y alto asiento
 Está el amor sagrado,
 De glorias y deleites rodeado.
 Inmensa hermosura
 Aquí se muestra toda, y resplandece
 Clarísima luz pura
 Que jamas anochece:
 Eterna primavera aquí florece.
 ¡ O campos verdaderos!
 ¡ O prados con verdad frescos y amenos!

¡ Riquísimos mineros!
 ¡ O deleitosos senos!
 ¡ Repuestos valles de mil bienes llenos!

ODA IV.

A FELIPE RUIZ.

¿ Cuándo será que pueda
 Libre de esta prision volar al cielo,
 Felipe, y en la rueda,
 Que huye mas del suelo,
 Contemplar la verdad pura sin duelo?
 Allí en mi vida junto,
 En luz resplandeciente convertido
 Veré distinto y junto
 Lo que es, y lo que ha sido,
 Y su principio propio y escondido.
 Entonces veré cómo
 La soberana mano echó el cliniento
 Tan á nivel y plomo,
 Do estable y firme asiento
 Posee el pesadísimo elemento.
 Veré las inmortales
 Columnas de la tierra está fundada,
 Las lindes y señales
 Con que á la mar hinchada
 La Providencia tiene aprisionada.
 Porque tiembla la tierra,
 Porque las hondas mares se embravecen:
 Do sale á mover guerra
 El cierzo, y porque crecen
 Las aguas del Océano y decrecen:
 De do maúan las fuentes:
 Quien ceba y quien bastee de los rios
 Las perpetuas corrientes:
 De los helados frios
 Veré las causas, y de los estios:
 Las soberanas aguas
 Del aire en la region quien las sostiene;
 De los rayos las fraguas;
 Do los tesoros tiene
 De nieve Dios; y el trueno donde viene.
 ¿ No ves cuando acontece
 Turbarse el aire todo en el verano?
 El dia se ennegrece,
 Sopla el gallego insano,
 Y sube hasta el cielo el polvo vano:
 Y entre las nubes mueve
 Su carro Dios ligero y reluciente,
 Horrible son conmueve,
 Relumbra fuego ardiente,
 Treme la tierra, humillase la gente.
 La lluvia baña el techo,
 Envian largos rios los coladas:
 Su trabajo deshecho,
 Los campos anegados,
 Miran los labradores espantados.
 Y de allí levantado
 Veré los movimientos celestiales,

Así el arrebatado
Como los naturales
Las causas de los hados . las señales.

Quien rige las estrellas
Veré, y quien las enciende con hermosas
Y eficaces centellas :
Porque estan las dos osas
De bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno
Fuente de vida y luz do se mantiene ;
Y porque en el invierno
Tan presuroso viene :
Quien en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento
En la mas alta esfera las moradas
Del gozo y del contento ,
De oro y luz labradas ,
De espíritus dichosos habitadas.

ODA V^a.

A LA ASCENSION.

¿ Y dejas , Pastor santo ,
Tu grey en este valle hondo , oscuro ,
Con soledad y llanto ,
Y tú , rompiendo el puro

Aire , te vas al inmortal seguro ?

Los antes bien hadados ,
Y los agora tristes y afligidos ,
A tus pechos criados ,
De tí desposeídos

¿ A dó convertirán ya sus sentidos ?

¿ Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosa ,
Que no les sea enojos ?

Quien oyó tu dulzura ,
¿ Qué no tendrá por sordo y desventura ?

¿ Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno ? ¿ quién concierto

Al viento fiero airado ?
¿ Estando tú cubierto
Qué norte guiará la nave al puerto ?
¡ Ay ! nube envidiosa
Aun de este breve gozo , ¿ qué te aquejas ?
¿ Dó vueltas presurosa ?
¡ Cuán rica tú te alejas !
¡ Cuán pobres , y cuán ciegos , ay , nos dejas !

SONETO.

Agora con la Aurora se levanta
Mi luz , agora coge en rico nudo
El hermoso cabello , agora el crudo
Pecho ciñe con oro , y la garganta :
Agora vuelta al cielo pura y santa
Las manos y ojos belios alza , y pudo
Dolerse agora de mi mal agudo :
Agora incomparable tañe y canta.

Así digo , y del dulce error llevado
Presente ante mis ojos la imagino ,
Y lleno de humildad y amor la adoro.
Mas luego vuelve en sí el engañado
Animo , y conociendo el desatino
La rienda suelta largamente al lloro.

EPITAFIO

AL TUMULO DEL PRINCIPE DON CARLOS.

Aquí yacen de Carlos los despojos ;
La parte principal volvióse al cielo ,
Con ella fué el valor ; quedóle al suelo
Miedo en el cerazon , llanto en los ojos.

COPLAS ²

A UNA DESDEÑOSA.

Vuestra tirana escencion ,
Y ese vuestro cuello erguido ,

¹ Aunque tan corta , seria la mejor de todas si tuviese un poco mas de esmero en la versificación , que es lánguida y falta de cadencia. Aquí el poeta desaparece enteramente : óyense las quejas lastimeras de los discípulos que lloran su desamparo . se ve al maestro divino subir por los aires , desaparecer entre las nubes , y ellos quedar como en tinieblas sin la luz que los guiaba. El cuadro es grande y completo , y solo consiste en unas pocas pinceladas dadas con gusto y maestría. El sabor que de estos cortos lamentos queda en la fantasía y en el oído es verdaderamente exquisito.

Una de las dotes mas apreciables de todos estos poemas líricos es el tino y economía con que los pensamientos y las imágenes se producen y se distribuyen ; sin que , una vez dado el fin á que aspira el poeta , haya nada que falte al desempeño , ni nada que descomponga el efecto por exceso ó redundancia , ó por mala colocacion. Este arte le

aprendió Luis de Leon con el estudio profundo que habia hecho de los antiguos , y los escritores que le siguieron le descuidaron demasiado : á pocos de ellos y en pocas composiciones habrá que dar la misma abstracción.

² Imitacion de los metros antiguos castellanos , que manifiesta con su superioridad la perfeccion que habian recibido la lengua , el estilo y la poesia. ¿Cuál es la composicion del siglo XV que en este género pueda ni aun de lejos compararse con esta ? En las ediciones del poeta se intitula *Imitacion de diversos* , con el fin acaso de darle el aspecto de un juguete sin objeto y sin consecuencia ; como que desdeca del estado , profesion , estudios y carácter del autor. Sea así en buen hora : mas no ; eso dejará de ser un ejemplar exquisito de gracia , de elegancia y de amable galantería. Los pensamientos , con efecto , estan tomados de diferentes autores que han glosado con mas ó menos felicidad el epigrama de Virgilio *Collige virgo ro-*

Estoy cierto que Cupido
Pondrá en dura sujecion.
Vivid esquivá y esenta,
Que á mi cuenta
Vos servireis al amor,
Quando de vuestro dolor
Ninguno quiera hacer cuenta.

Quando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luces de vida
Recogieren ya su lumbré ;
Quando la ruga enojosa
En la hermosa
Frente y cara se mostrare,
Y el tiempo que vuela helare
Esa fresca y linda rosa :

Quando os viéredes perdida,
Os perderéis por querer,
Sentireis que es padecer
Querer y no ser querida :
Direis con dolor, señora,
Cada hora:

¡ Quién tuviera , ay sin ventura ,
O agora aquella hermosura ,
O entonces el amor de hora !

A mil gentes que agraviadas
Teneis con vuestra porfía
Dejareis en aquel día
Alegres y bien vengadas :
Y por mil partes volando,
Publicando

El amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento
De quien no sigue su bando.

Ay por Dios , señora bella,
Mirad por vos mientras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella :
Y pues no menos discreta
Y perfeta

Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay que á amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo,
Con ley dulce eternamente;
¿ Y quereis vos ser valiente
Contra él ? Acá en el suelo,
Da movimiento y viveza,
A la belleza

El amor, y es dulce vida,
Y la suerte mas valida
Sin él es pobre tristeza.

¿ Qué vale el beber en oro,
El vestir seda y brocado
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro ?
¿ Y qué vale, si á derecho,
Os da pecho

El mundo todo y adora,
Si á la fin dormís, señora,
En el solo y frio lecho ?

sas ; pero aquí estan mejorados en expresion y en delicadeza. En Horacio, por ejemplo, se halla :

Dices, cheu (quoties te speculo videris alterum)
Quæ mens est hodie, cur eadem non puero fui ?
Vel cur his animis incolumes non redeunt genæ ?

que se comparen estos versos con la copta que empieza : *Quando os viéredes perdida*, y se conocerá fácilmente si el poeta español ha sabi-

do añadir belleza á lo que tomaba de su modelo.

Ay por Dios, señora bella,
Mirad por vos mientras dura
Esa flor hermosa y pura,
Que el no gozalla es perdella.

La idea viene de Virgilio; pero Luis de Leon, con menos elegancia á la verdad, le iguala en gracia y le aventaja en viveza.

POESIAS DE FRANCISCO DE LA TORRE ¹.

TIRSI.

ÉGLOGA ².

Al tiempo que la dulce primavera
A su primer estado reducía
El campo de belleza despojado,
Coronando de flores la ribera
Que el inclemente yerto invierno habia
Con sus hielos y nieves abrasado;
Bordando el verde prado
Con los vivos colores
De azules, blancas flores,
Vistiendo las desnudas plantas de hojas,
Cuales oscuras-verdes, cuales rojas,
Entretregiendo el arboleda umbrosa,
Hiedra con roble, vid con olmo hermosa :
En las concavidades de una piedra,
Que el presto curso de las aguas hace
En la ribera del Tesin florido,
Ornada toda de verbena y hiedra,
Que á pura fuerza de las olas nace
En el yerto peñasco endurecido :
Lugar sacro, ofrecido
A las Ninfas sagradas
De sus claras moradas :

Al tiempo que la luz del claro Apolo
El cóncavo horizonte deja solo,
Para gozar del presto movimiento
Del animoso y encendido viento;
Aquí donde la fuente resonaba,
El aire entre las flores se mecia,
Los valles resonaban sin aliento,
El viento su braveza suspendia,
Y las yerbas y rosas meneaba,
Dando á su perfeccion mas ornamento ;
Donde el divino acento
De las bellas sirenas
De las aguas serenas
Del cristalino rio sosegado
Detenian el ánimo pasmado,
Haciendo la caduca vida eterna
Al regalado son de la voz tierna ;
Cuando la clara luz del rojo Apolo
Por el profundo reino de Neptuno
Al reino de la Aurora descendia,
Dejando al mundo con su ausencia solo
Del rayo reluciente, que importuno,
Con mas ardor, que su razon heria ;
Los vientos encendia,
Las aguas aumentaba
Con las que derramaba
Tirsis cuitado, de quien es temida

¹ Autor desconocido.

² Al ver la poca proporcion que hay entre la parte descriptiva de esta composicion y su parte dramática, la uniformidad, la afectacion y aun mal gusto en los lamentos de los interlocutores, lo seco é incompleto de la conclusion, y en fin, la prolifjidad de los periodos poéticos, encadenados entre sí de un modo tal que no parecen formar mas que uno solo; se pensaria fácilmente que esta égloga es el bosquejo de una composicion concluida en partes, y en partes incompleta, y descorregida como cosa de primera intencion. Diríase tambien además que estaba viciada por el descuido y la ignorancia de los copiantes. Pero de cualquiera causa que esto provenga, los defectos indicados son incontestables; y acaso por ellos parecerá á algunos demasiada indulgencia haberla colocada aquí.

La idea primordial, sin embargo, no carecia de ingenio ni de interes: un triste que se queja de desvíos, una ninfa que llora desprecios, y despues otro que se junta con ellos atormentado de ausencia, alternando sus lástimas y consolándose reciprocamente con ellas, presentaba una escena natural, interesante y variada. Pero el autor no supió ó no tuvo tiempo de llenar este plan; y dando rienda á su gusto y talento de pintar y describir, puso todo su esmero y cuidado en la pintura de la hora y del lugar, descuidando á

sus pastores que, debiendo ser los objetos de mas resalto, quedan eclipsados con la brillantez de los accesorios. De manera que mas parecen servir de ocasion al poeta para lucirse, que ser como debieran el argumento y fin principal de su estudio e imitacion. Este defecto se hará cada vez mas frecuente en las églogas de los poetas que signieron á Garcilaso; por ejemplo, en las de Espinel, Lope de Vega y Esquilache. Ellos harán gala de su talento, de su agudeza; pondrán á los pastores en lugar suyo, y no se pondrán en lugar de los pastores; y la poesia bucólica, en vez de ser la pintura agradable y natural de la naturaleza campestre, será una arena en que se combata á quien luce mas en conceptos, en lujo de fantasía, en flores de cortesanos, y hasta en doctrina y en pedantería.

Esta égloga de Tirsi por lo menos está libre de semejantes defectos. Las galas que la adornan son todavia naturales: los periodos poéticos, mirados cada uno por sí son bellos, numerosos y elegantes; las estancias generalmente bien hechas, la poesia de estilo brillante y florida. Aquellas *palabras escapadas de un mar de llanto y de penas*; aquella *rosa sustentada con el néctar de la aurora*; aquel *ahínco del pecho levantado*; aquel *sosegado volver de ojos*, son expresiones nuevas, llenas de vida y de color, y no las encuentra sino un verdadero poeta.

Mas que su muerte su cansada vida,
Cuya probada, y rigurosa suerte
Le acrecienta la vida por la muerte.

De su dolor gravísimo vencido
Tales extremos suspirando hacia,
Que los peñascos duros ablandára,
Si consistiera en ellos el sentido,
Que en su ninfa terrible consistía,
Filis sin duda su enemiga cara :
Cuya belleza rara
No á Tirsi pastor solo,
Mas al divino Apolo
Dejar hiciera su dorada esfera
Por su hermosura rigurosa y fiera ;
Cuando cobrando su perdido aliento,
Así soltó la triste voz al viento :

Ahora que mi suerte me concede
Tiempo para llorar mi desventura,
Mayor ventura que del cielo espero,
Fuerza será que convertido quede
En una planta, en una piedra dura,
Pues que de mi remedio desespere.
Amor injusto y fiero,
Disimulado amigo,
Encubierto enemigo,
Que mi rendido y lastimado pecho
Un infierno de penas tienes hecho,
Por haberme mostrado escasamente
La gloria de tu cielo reluciente :

Si con el alma, con la vida y gloria
Que mi perdida libertad me daba,
Satisface la gloria que me diste,
Y si de mis despojos y victoria
Ganada voluntad, firmeza esclava,
Corona y triunfo al enemigo hiciste :
¿ Qué cruda furia triste
Persigue mi sosiego
Talandó á sangre y fuego
El real de mi pecho saqueado
A mi contrario francamente dado,
Si basta ser como á prision rendido.
Sin ser como enemigo perseguido ?

Allá tu poderosa mano vuelve,
Donde por el rigor del mar helado
No se puede extender tu ardiente fuego ;
Que si como lo siento, allí revuelve,
Poco será quedar tan abrasado
Como yo de llorar mis males ciego.
Pasa encendiendo luego
Aquel esento pecho
Que niega tu derecho
Despreciando soberbia y crudamente
La dulce ley de tu rigor clemente,
De cuyo rigoroso altivo brio
Tiene principio el grave llanto mio.

No pudo proseguir las justas quejas,
Que del injusto y fiero amor formaba
El desdichado Tirsi desamado,
Por llegar resonando á sus orejas
Un ay de rato en rato, que arrancaba

El corazon mas libre de cuidado :
Y habiendo apresurado
Por entre lo escondido
De un valle florecido
Siguiendo los suspiros dolorosos
Los tardos pasos menos perezosos,
Hallando la ocasion de aquel estruendo,
Descuidado de si quedó advirtiendo.

La mano de alabastro sustentando
El claro cielo al suelo reclinado,
Aljofarando el prado florecido,
Como queda la mustia Clieie, cuando
Su claro amante queda transportado,
Una ninfa del sacro rio vido,
Cuyo dolor crecido
Vertido por los ojos
Por últimos despojos
De la alma mas rendida que alligida,
Y mas aborrecida que rendida,
Declaraban la pena lamentable
Del espíritu suyo miserable.

Cuya belleza celestial mirando
Tan elevado se quedó advirtiendo
Como si la divina inmensa viera :
Y si del triste sentimiento blando,
Con que sus ansias iba despidiendo,
Al lastimado suyo no volviera,
No dudára que fuera
En piedra convertido,
Estando suspendido
En aquella vision maravillosa
A su sentido natural glorioso :
Cuyo causado extraordinario espanto
No pudiera venir sino de tanto.

Y habiendo con suspiros dolorosos,
Con tristísimas lágrimas habiendo
Su gravísima pena declarado,
Deteniendo los vientos animosos,
Las sonoras aguas deteniendo,
Con un volver de ojos sosegado,
Al son dulce acordado
De una sonora lira
Amansando la ira
De los contrarios fieros elementos
Revueltos de la furia de los vientos,
Dijo aquellas palabras lastimadas
De un mar de llanto y penas escapadas.

Injustísimo amor, ¿ porqué consientes.
Que el triunfante contrario de mi vida
Desprecie los despojos ofrecidos ?
Tú que los rigurosos accidentes
Que el alma triste tienen consumida
Tienes injustamente concebidos,
Abrasa los sentidos
Mas helados que nieve
De un libre que se atreve,
En solo su flaqueza confiado,
Resistir tu poder jamas domado.
Basta morir continuo lastimado,
Sin vivir juntamente despreciada.

Tú que los abrasados corazones
 Con hielo enciendes, y con fuego hielas,
 Prendes, y libras milagrosamente ;
 Tú que las ardentísimas pasiones
 De los amantes miserios consuelas
 Con la esperanza que el dolor consiente,
 Vuelve furiosamente
 Tu no vencida mano
 Al corazon tirano
 Del riguroso endurecido pecho,
 De sola su dureza satisfecho :
 Y sienta tu potencia poderosa
 Quien la desprecia como poca cosa.

Porque si justo, amor injusto, fueras,
 Ya tuvieras pasado el pecho esento
 Del fiero monstruo que adorando vivo :
 Ya tuviera tu mano cruda y fiera
 Ablandado el rigor del crudo intento
 Que tu desnuido tiene tan alivo.
 Basta el cuerpo cautivo,
 Sin rogar tanto en vano
 Al vencedor tirano,
 Que desprecia de un alma la victoria
 Por ser para su brio poca gloria,
 Por ser ¡ay triste! de quien el desama :
 Que á ti te puede dar un alma fama.

Las derramadas lágrimas ardientes,
 El ahínco del pecho levantado
 Con las ansias del alma desamada,
 Con otros mil contrarios accidentes
 Que en un pecho de amor jamas tocado
 Acabáran la vida fatigada ;
 La triste voz cansada
 Apenas despedida
 Del alma entristecida,
 El aliento vital entorpecido,
 El sentimiento sin ningun sentido,
 Tanto con sus pasiones acabaron.
 Que la divina ninfa desmayaron.

En el suelo cayó, como la rosa,
 Que habiendo sido en el florido prado
 Del néctar del Aurora sustentada,
 Apenas la sazón del año hermosa,
 Que sustentó su tiempo florecido,
 Tras el invierno yerto fué pasada.
 Cuando tras ella entrada
 La sazón inclemente
 De la calor ardiente
 Los campos deleitosos abrasando,
 Las sombras de los árboles negando,
 Cuando de su color hermoso falta
 Reclina la corona de hojas alta.

Y el cuidado pastor, que atento habia
 Las dolorosas quejas escuchado
 Con lágrimas de amor solemnizadas,
 Viendo la ninfa desmayada y fria,
 El color de su rostro demudado,
 Luego salió de aquellas enramadas ;
 Y con voces turbadas,
 Hermosa ninfa, dice,

¿Qué fortuna infelice
 Turbó la nieve, y el cristal, y el ostro,
 Colores vivas de tu bello rostro,
 Que muestras tu belleza milagrosa,
 Perdido el vivo de su luz hermosa ?

Volvió luego la ninfa suspirando,
 Y al desamado Tirsi conociendo,
 No desdeñó su dulce compañía,
 Y los cansados miembros levantando
 Poco á poco se fueron recogiendo
 A la parte del valle mas sombría :
 Cuya caverna umbria
 De plantas coronada,
 De flores matizada,
 Es deleitosa parte defendida
 De la furia del aire embravecida,
 De los ardientes rayos, que el veratno
 Apolo tiende por el monte y llano.

De donde sobre mármoles de Páro
 Como la nieve de la sierra helada
 Una fuente clarísima salia,
 Cuyo cristal mas puro, vío y claro
 Que el agua de la sierra despeñada,
 El alameda fresca producía.
 Donde, despues que habia
 Por un camino usado
 Los árboles regado,
 Por unos yertos riscos empinados
 Del curso de las aguas quebrantados,
 Haciendo un ronco son de peña en peña
 En el sagrado río se despeña.

Cuya rara belleza contemplando
 Del deleitoso valle convidados,
 En torao de la fuente se sentaron ;
 Y sus penas gravísimas contando,
 Uno del otro amante consolados,
 El rigor de sus males aliviaron :
 Quando cerca escucharon
 Un pastor lastimado
 De su bien apartado
 Que cantando divina y dulcemente
 De aquella gloria que gozó presente,
 A la fuente purísima venia
 Buscando su querida compañía.

Y á cantar incitados juntamente
 Del mandamiento de la ninfa hermosa,
 Sus sonoras liras acordadas,
 Al río deteniendo su corriente
 Y al aura su presteza bulliciosa,
 Dulcemente sonaron meneadas :
 Las selvas admiradas
 No resonaron tanto,
 Al sonoro canto
 Con que los dos pastores lastimados
 Aliviaron cantando sus cuidados,
 Como cuando las hiere Bóreas crudo,
 Noto furioso de piedra desnudo.

Pusieron fin al canto sonoro
 Y el claro sol al espacioso día,
 Acaso por oílos detenido ;

Y dejando la fuente y valle umbroso,
Se fueron recogiendo en compañía
A su comun albergue conocido.
Cuyo techo florido
De plantas enamorado
Habiéndose acabado,
La ninfa se dejó llevar del rio,
A su profundo cavernoso y frio ;
Y los pastores, apartados della,
A su cabaña fresca, verde y bella.

CANCION PRIMERA ⁴.

LA TORTOLA.

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado y tu dolor presente,
Ensordeces la selva con gemidos :
Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando
Bienes asegurados y perdidos :
Si inclinas los oidos
A las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo,
(Breve consuelo de un dolor tan largo
Con quien, amarga soledad, me aquejas)
Yo con tu compañía,
Y acaso á tí te aliviará la mia.
La rigurosa mano que me aparta
Como á tí de tu bien, á mí del mio,
Cargada va de triunfos y victorias :
Sábelo el monte y rio,
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias :
Y si eran transitorias,
Acabáralas golpe de fortuna :
No viera yo cubierto,
De turbias nubes cielo que ví abierto

En la fuerza mayor de mi fortuna ;
Que acabado con ellas
Acabaran mis llantos y querellas.
Parece que me escuchas, y parece
Que te cuento tu mal, que roncamente
Lloras tu compañía desdichada :
El ánimo doliente
Que el dolor apetece
Por un alivio de su suerte airada,
La mas apasionada
Mas agradable le parece, en tanto
Que el alma dolorosa
Llorando su desdicha rigurosa
Baña los ojos con eterno llanto ;
Cuya pasion afloja
La vida al cuerpo, al alma la congoja.
¿No regalaste con tus quejas tiernas
Por solitarios y desiertos prados,
Hombres y fieras, cielos y elementos?
¿Lloraste tus cuidados
Con lágrimas eternas,
Duras y encomendadas á los vientos?
¿No son tus sentimientos
De tanta compasion y tan dolientes,
Que enternecen los pechos,
A rigurosas sinrazones hechos,
Que los haces crueles de clementes?
¿En qué ofendiste tanto,
Cuitada, que te sigue miedo y llanto?
Quien te ve por los montes solitarios
Mustia y enmudecida y elevada
De los casados árboles huyendo,
Sola y desamparada
A los fieros contrarios,
Que te tienen en vida padeciendo :
Señal de agüero horrendo
Mostrarían tus ojos añublados,
Con las cerradas nieblas

⁴ La mas dulce melancolía parece que ha dictado este poema, cuyo tono carecia entonces de ejemplo entre nosotros. El autor, sin duda, le aprendió en su propio carácter y en los sentimientos tiernos de su corazon; y los que como él se hallan dotados de esta sensibilidad profunda y exquisita que se agrada en la soledad y en el retiro, se ceba dulcemente de sus penas, se imagina hallar donde quiera compañeros y partícipes de sus males, y habla con ellos como si le pudieran entender, estos darán á tan bellos versos el valor y el mérito que en sí encierran, y que es mas fácil de sentirse que de explicarse. No insistamos por tanto en ello. Solo en desengaño de los que todavía atribuyen estas poesias á Quevedo, pondremos aquí algunos versos de la *Silva funeral á la tórtola* (*) compuesta por él, á fin de que cotejados con los de la cancion, se palpe la inmensa diferencia que hay entre unos y otros, el gusto distinto, la fantasia diversa.

Al tronco y á la fuente

(*) Quevedo: Musa tercera.

Mas que su arena y que sus verdes hojas
Honraron tus congojas,
O tórtola doliente.
Tu voz acompañaba al monte seco,
Dabas que hacer al eco ;
Usurpaban los prados
El nombre de leales
De tu fe y tu firmeza.
Nunca se vieron, nunca los cuidados
Las penas y los males,
Sino es en tu tristeza
Hartos de sentimiento :
Pues fué tanta tu pena
Que le daba á esta arena
Honra sino ornamento, etc.

Preciso es dejarlo aquí, porque sería imposible leer mas; y hasta este trozo para demostrar la imposibilidad de que un mismo objeto produzca en una misma fantasia tan distinta inspiracion. La exageracion, los conceptos, la ingeniosidad, la afectacion, forman el carácter de la silva: ¿y la cancion? La cancion es la misma sencillez, la ternura misma: en ella cada estancia es un momento, y cada verso un gemido.

Que levantó la muerte, y las tinieblas
De tus bienes supremos y pasados :
Llora, cuitada, llora
Al venir de la noche y de la aurora ;
Llora, desventurada, llora cuando
Vieres resplandecer la soberana
Lámpara del Oriente luminoso :
Cuando su blanca hermana
Muestra su rostro blando
Al pastorcillo de su sol quejoso :
Y con llanto piadoso
Quejate á las estrellas relucientes :
Regálate con ellas,
Que ellas tambien amaron bien, y dellas
Padecieron mortales accidentes :
No temas que tu llanto
Esconda el cielo en el nocturno espanto.

¿Dónde vas,avecilla desdichada?
¿Dónde puedes estar mas afligida?
¿Hágote compañía con mi llanto?
¿Busco yo nueva vida
Que la desventurada
Que me persigue, y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía :
No menosprecies la doliente mia,
Por menos fatigada y dolorosa ;
Que si te persuadieras,
Con la dureza de mi mal vivieras.
¿Vuelas al fin, y al fin te vas llorando?
El cielo te defienda, y acreciente
Tu soledad, y tu dolor eterno,
Avecilla doliente
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo eterno :
Y cuando el sempiterno
Cielo cerrare tus cansados ojos,
Llórete Filomena
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos miseros despojos
Del azor atrevido
Que adulteró su regalado nido.

Cancion, en la corteza de este roble
Solo y desamparado
De verdes hojas, verde vid y verde
Hiedra quedad ; que el hado,
Que mi ventura pierde,
Mas estéril y solo se me ha dado.

CANCION SEGUNDA ⁴.

LA CIERVA.

Doliente cierva, que el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba lleno
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento y con el seno
Bello de la corriente sangre hinchado,
Débil y decaida tu hermosura :
¡Ay! que la mano dura
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha, cuando
Cierva mortal, viviendo, estás penando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz montero :

Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro, y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le escusen los cielos ; permitiendo
Crudos astros que muera padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,
Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.

Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor vencido y maltratado :
Tú con el fatigado aliento pruebas
A rendir el espíritu doliente
En la corriente de este valle amado.
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fué tan poco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido
Quieras vivir sin él, cuando pudieras
Librar el pecho herido
De crudas llagas y memorias fieras.

Cuando por la espesura deste prado
Como tórtolas solas y queridas,

⁴ Inferior á la anterior en dulzura y en afecto, le es muy superior por la composicion, cuyo objeto está mejor determinado, pintado mas al vivo, y muestra mejor progreso en su movimiento y en su fin. No se puede solemnizar con mas poesia la muerte de un animal silvestre, ni darle mayor interes. Aquí la versificación tiene alguna mas variedad que en la anterior, donde como todo es constantemente elegíaco, es toda quebrada e incierta : en esta se percibe generalmente mas número y resonancia ; sin que por eso deje el poeta

de dar á su estilo el movimiento conveniente segun el sentimiento que le anima : obsérvense bien las dos últimas estancias ; la una llena, asiática, ondeante ; la otra cortada, y por un feliz instinto como pensosa.

que del siempre rabioso
Trance mortal, salieron muy triunfantes.

Es lástima que este *muy* haga prosáico y trivial un verso, que debería ser el mejor por ser el último.

Solos y acompañados anduvistes :
 Cuando de verde mirto y de floridas
 Violetas, tierno acanto y lauro amado,
 Vuestras frentes bellísimas ceñistes :
 Cuando las horas frías,
 Ausentes y queridos,
 Con mil mustios bramidos
 Ensordecistes la ribera umbrosa
 Del claro Tajo, rica y venturosa
 Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;
 Cuya muerte penosa
 No deja rastro de contenta vida.

Agora el uno, cuerpo muerto lleno
 De desden y de espanto, quien solia
 Ser ornamento de la selva umbrosa :
 Tú, que, errantada y mustia, al agonía
 De la muerte rendida, el bello seno
 Agonizando, el alma congajosa :
 Cuya muerte gloriosa,
 En los ojos de aquellos,
 Cuyos despojos bellos
 Son victorias del crudo amor furioso,
 Martirio fué de amor, triunfo glorioso
 Con que coroná y premia dos amantes
 Que del siempre rabioso
 Trance mortal salieron muy triunfantes.

Cancion, fábula un tiempo, y caso agora
 De una cierva doliente, que la dura
 Flecha del cazador dejó sin vida,
 Errad por la espesura
 Del monte, que de gloria tan perdida
 No hay sino lamentar su desventura.

ODA I.⁴

Mira, Filis, furiosa
 Onda, que sigue y huye la ribera

⁴ Gracia, sencillez, facilidad en la primera y en las dos últimas: un pensamiento único y fácil de comprenderse, desenvuelto y fecundado con algunas pocas imágenes naturales y apacibles: la versificación florida y agradable. En este autor se hace mas sensible la diferencia que nuestros antiguos ponian entre la oda y la cancion, á la cual daban siempre mas solemnidad, mas gravedad é importancia. La misma diferencia de tono y de intencion se notan en las canciones y odas del portugues Camoens: diríase que en las unas se seguian las huellas de Petrarca, y en las otras se tomaba á Horacio por modelo.

La segunda oda dirigida á Tirsis es de un tono muy diverso. El asunto probablemente es alegórico: pero no se resiente en manera alguna de la frialdad que desluce ordinariamente á la alegoría. Si el poeta no intentó otra cosa que imitar la oda de Horacio *O navis*, nos dió por cierto un modelo muy feliz de como deben hacerse estas imitaciones. Todo es aquí interesante, todo parece nuevo; y la imaginacion con ser tan viva, se ve subordinada á la fuerza y al calor de la expresion que todo lo anima y vigoriza.

Y torna presurosa
 Echando al punto fuera
 Del agua el peso de la nao ligera.
 Aquellas despojadas
 Plantas, que son estériles abrojos,
 Solian adornadas
 De cárdenos y rojos
 Ramos lucir antes tus bellos ojos.
 Vino del Austro frio
 Invierno yerto, y abrasó la hermosa
 Gloria del valle umbrío,
 Y derribó la hojosa
 Corona de los árboles umbrosa.
 Agora que el Oriente
 De tu belleza reverbera, agora
 Que el rayo trasparente
 De la rosada Aurora
 Abre tus ojos y tu frente dora :
 Antes que la dorada
 Cumbre de relucientes llamas de oro,
 Húmeda y argentada,
 Quede inútil tesoro
 Consagrado al errante y fijo Coro ;
 Goza Filis del aura
 Que la concha de Venus hierre ; dado
 Que apenas se restaura
 El contento pasado,
 Como el dia de ayer, y el no gozado.
 Vendrá la temerosa
 Noche, de nieblas y de vientos llena :
 Marchitará la rosa
 Purpúrea ; y la azucena
 Nevada , mustia tornará de amena.

ODA II.

¿ Tirsis ? ¿ ah Tirsis ? Vuelve y endereza

Este es uno de los diferentes ensayos en que el autor se probó á escribir composiciones líricas sin la sujecion de la rima. No en todos es tan feliz como en este, y así es poco de extrañar que ni entonces ni ahora haya tenido muchos que le sigan. Algun otro coro hay por este estilo en las *Nises* de Bernudez, y uno en esdrújulos en la *Dorobá* de Lope. Melendez en nuestros dias, que ha ensayado en sus odas tantos ritmos diferentes, ha dado alguna muestra por este gusto. Mas yo no le conozco aficionados, ni es muy fácil que los tenga. Desnudas como ya se hallan del prestigio de la música, las composiciones líricas son cabalmente las que mas necesitan del halago de la rima, y solo puede suplirse este vacío á fuerza de tino y acierto en el asunto, en los pensamientos, imágenes y expresion, y sobre todo de instinto y tacto exquisito en la combinacion de las palabras y de sus sonidos. Sin esta combinacion es imposible producir aquella música grata al oido, que no le deja echar menos el efecto mas determinado y positivo de la consonancia. Aun así, es preciso para percibirlo un gusto no menos fino en los lectores que talen o en el escritor.

Tu navecilla contrastada y frágil
 A la seguridad del puerto; mira
 Que se te cierra el cielo.
 El frío Bóreas y al ardiente Noto
 Apoderados de la mar iusana,
 Anegaron agora en este piélago
 Una dichosa nave.
 Clamó la gente mísera, y el cielo
 Escondió los clamores y gemidos
 Entre los rayos y espantosos truenos
 De su turbada cara.

¡Ay que me dice tu animoso pecho;
 Que tus atrevimientos mal regidos
 Te ordenan algun caso desastrado
 Al romper de tu oriente!
 ¿No ves cuitado, que el hinchado Noto
 Trae en sus remolinos polvorosos
 Las imitadas mal seguras alas
 De un atrevido mozo?
 No ves, que la tormenta rigurosa
 Viene del abrasado monte donde
 Yace muriendo vivo el temerario
 Encelado, y Tifeo?

Conoce, desdichado, tu fortuna,
 Y preven á tu mal: que la desdicha
 Prevenida con tiempo no penetra
 Tanto como la súbita.

¡Ay que te pierdes! Vuelve, Tirsis, vuelve:
 Tierra, tierra, que brama tu navio,
 Hecho prision y cueva sonora
 De los hinchados vientos.
 Allá se avenga el mar, allá se avengan
 Los mal regidos súbditos del fiero
 Éolo, con soberbios navegantes,
 Que su furor desprecian.
 Miremos la tormenta rigurosa
 Dende la playa: que el airado cielo
 Menos se encrúclece de continuo
 Con quien se anima menos.

ODA III

¿Viste, Filis, herida
 Cierva de la saeta, que temiendo
 Nuevo daño, la vida
 Cara pierde, vertiendo
 La roja sangre que dilata huyendo?
 ¿Viste resplandeciente
 Cielo, del cuerpo de las nubes suelto
 Turbarse, y el ardiente
 Soplo de Bóreas vuelto,
 Dejar el mundo en sombra y agua envuelto?
 ¿Viste de la empinada
 Cumbre sacar á Febo la cabeza
 Roja, y acelerada
 Noche con gran tristeza
 Salir escureciendo su belleza?
 ¿Viste volando hermosa
 Garza señorearse deste cielo,
 Y salir de la odiosa

Mano, torciendo el vuelo,
 Sacre que la derriba por el suelo?
 ¿Lúcidas flores visto,
 A quien, o Aurora, fuiste su Lucina,
 Y viene el Euro triste,
 Y á la tierra reclina
 La corona de hojas mortecina?
 Así fué mi ventura,
 Y así, Filis, podria ser tu suerte:
 No vivas tan segura
 Del mal; que hasta la muerte
 No hay estado tan firme, que sea fuerte.
 Cuando Júpiter tira
 A las alturas de la humilde tierra,
 Jamas alcanza su ira
 Al valle; que en la sierra
 Yace penando quien le armó la guerra.
 El aire se embravece,
 Y entre los verdes árboles bramando
 Cobra fuerzas y crece,
 Sopla, y está silbando,
 Y en el suelo las flores regalando.

ODA IV.

Sale de la sagrada
 Cipro la soberana ninfa Flora,
 Vestida y adornada
 Del color de la Aurora,
 Con que pinta la tierra, el cielo dora.
 De la nevada y llama
 Frente del levantado monte arroja:
 La cabellera caua
 Del viejo invierno, y moja
 El nuevo fruto en esperanza y hoja.
 Deslizase corriendo
 Por los hermosos mármoles de Paro
 Las alturas huyendo
 Un arroyuelo claro,
 De la cuesta beldad, del valle amparo.
 Corre bramando y salta;
 Y codiciosamente procurando
 Adelantarse, esmalta
 De plata el cristal blando
 Con la espuma que cuaja golpeando.
 Viste y ensoberbecer
 Con diferentes hojas la corona
 De plantas, y florece
 Las que apenas perdona
 Furioso rayo de la ardiente zona.
 El regalado aliento
 Del bullicioso Zéfiro encerrado
 En las hojas, el viento
 Enriquece y el prado,
 Este de flor, y aquel de olor sagrado.
 Y reducido cuanto
 Baña el mar, tiene el suelo, el cielo cria,
 A mas bien con el llanto,
 Que al asomar del día
 Viene haciendo la Aurora húmida y fria:

Todo brota y extiende
 Ramas, hojas y flores, nardo y rosa ;
 La vid enlaza y prende
 El olmo, y la hermosa
 Hiedra sube tras ella presurosa.

Yo triste, el cielo quiere
 Que yerto invierno ocupe el alma mia ;
 Y que si rayo viere
 De aquella luz del día,
 Furioso sea, y no como solia.

Renueva Filis esta
 Esperanza marchita, que la helada
 Aura de tu respuesta
 Tiene desalentada.
 Ven, primavera, ven, mi flor amada :
 Ven, Filis, y del grato
 Invidiado contento del aldea
 Goza: que el pecho ingrato,
 Que tu beldad afea,
 Aquí tendrá el descanso que desea.

SONETO I¹.

Salve, sagrado y cristalino río,
 De sauces y de cañas coronado,
 De arenas de oro y de cristal ornado,
 Y de crecientes con el llanto mio,

Salve, y dilata tu ancho poderío
 Por la orla sabea, y el dorado
 Cerco de perlas, que el licor sagrado
 Enriquece tu eterno señorío.

Y así tus ninfas te detengan, cuando
 Pases por el estrecho deleitoso
 De la concha de Vénus amorosa;

Que saques la cabeza serenando
 Este cerco de nubes espantoso,
 En compañía de mi ninfa bermosa.

SONETO II.

¡ Cuántas veces te me has engalanado,
 Clara y amiga Noche ! ¡ Cuántas llena
 De oscuridad y espanto, la serena
 Mansedumbre del cielo me has turbado ?

Estrellas hay que saben mi cuidado,
 Y que se han regalado con mi pena :
 Que entre tanta beldad, la mas agena
 De amor tiene su pecho enamorado.

Ellas saben amar, y saben ellas
 Que he contado su mal llorando el mio,
 Envuelto en los dobles de tu manto.

Tú, con mil ojos; Noche, mis querellas
 Oye y esconde; pues mi amargo llanto
 Es fruto inútil, que al amor envio.

SONETO III.

Bella es mi ninfa, si los lazos de oro
 Al apacible viento desordena :
 Bella, si de sus ojos enagena
 El altivo desden que siempre lloro :
 Bella, si con la luz que sola adoro
 La tempestad del viento y mar serena :
 Bella, si á la dureza de mi pena
 Vuelve las gracias del celeste coro :
 Bella, si mansa : bella, si terrible :
 Bella, si cruda : bella esquivada : y bella ;
 Si vuelve grave aquella luz del cielo :
 Cuya beldad humana y apacible,
 Ni se puede saber lo que es sin vella,
 Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

SONETO IV.

Si lo que el alma me revela, cuando,
 Filis, contemplo la divina y pura
 Beldad al mundo, mas que el cielo clara,
 Que adoro ardiendo y reverencio amando,

Con el acento doloroso y blando,
 Que me quejo de tí, significara ;
 Parára al sol, las fieras humillára,
 Arrebatára el cielo contemplando,

Mas como el rayo de tus bellos ojos
 Otras tinieblas amanece agora
 En el que fué mi ocaso escurecido ;

Silencio eterno esconde el que te adora.
 A quien los rayos de tu oriente rojos
 Encubren nubes de perpetuo olvido.

SONETO V.

Viva yo siempre así con tan ceñido
 Lazo, Filis, contigo, como aquesta
 Hiedra inmortal, en esta enefna puesta,
 Que le enreda su tronco envejecido.

Mira allí un olmo seco, y un florido
 Junto á la fuente, que una vid le presta
 Hermosura y valor ; y tu dispuesta
 A perseguirme, pónesme en olvido.

Por tí, cruel, olvido mi ganado,
 Y le dejo sin guarda del ardiente
 Lobo cruel (ganado que tú amaste) :
 Un cabritillo deste coronado
 Monte ví yo llevar ; lloré, y presente
 A mi dolor soberbia te gozaste.

SONETO VI.

Filis, mas bella y mas resplandeciente
 Que el claro cielo y que el ameno prado,

¹ Modelos excelentes de estilo pastoril, en que campean alternativamente la sencillez, la gracia, la melancolía y la ternura. Estas dotes les bastan sin que sea necesario buscar en ellas la composicion artificiosa, la graduacion perfecta y la conclusion

fuerte é interesante, que el legislador del parnasio frances ha señalado como requisitos precisos de esta composicion. El soneto para nuestros poetas ha sido una clase de metro, y no un género de poesia.

Este gamo, de flores coronado,
Que á su madre quité, te ofrezco ausente.

Riyéndoseme agora dulcemente
Me le pidió Testilis: mas cansado
Me tienen ya sus risas; que tu helado
Ceño me ha de perder eternamente.

A tí le doy, y á tí tambien te guardo
Dos tórtolas hermosas, y una bella
Garza, que ayer cogí del monte al río.

Y si el amor de Tirsis por el mio
Quieres dejar, escoge tú de aquella
Manada mia un toro blanco y pardo.

SONETO VII.

Pastor que lees en esta y en aquella
Planta, *Fili y Damon que á Fili adora*,
Sabe que tanto fué piadosa agora
Fili á Damon, cuanto es terrible y bella.

¡ Ay! yo la llamo, yo la ruego, y ella,
Miseró, no me escucha, y huye á la hora,
Y cuanto me huye mas, mas me enamora,
Que en ella puso su crueldad mi estrella.

Ayer llevando mi ganado al río,
Al pié de un verde mairto entretejiendo
Violetas y amaranto la ví sola:
Ladró Melampo, y ella cruel huyendo,
Desamparando monte y valle umbrío,
Huyó de mí, y el viento socorrióla.

SONETO VIII¹.

Mi propio amor entiendo, que es la cierta
Causa que mi ganado sin contento
Se rige apena en pié; no lluvia ó viento,
Ni pasto amargo de montaña yerta.

Mas ¿ qué cuidado es este, si la incierta
Muerte luchando con el alma siento,
Y, *Filis* cruda, nunca me arrepiento
De verte siempre de piedad desierta?

¡ Oh si al menos sobre este monte yerto,
Adonde lloro de continuo tanto,
Aquel pino cubriese el cuerpo mio:

Y pasando por este valle umbrío,
Dijeses, *Filis*, con amargo llanto,
Allí yace mi triste amante muerto!

¹ ¡ Oh si al menos en este monte yerto, etc. — El autor emplea algunas veces este mismo pensamiento propio de su carácter melancólico y sensible; pero nunca tan felizmente como en este lugar. El desaliño mismo y abandono que tienen los versos, contribuyen admirablemente á producir el efecto que se busca; mas esmerados y sonoros no estarían tan bien.

² Es traduccion libre de este otro italiano, escrito por Benito Varchi

LE DOLCI RIMEMBRANZE.

questo è, Tirsi, quel fonte in cui soleva

SONETO IX².

Esta es, *Tirsis*, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi *Filis* bella:
Este el prado gentil, *Tirsis*, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñía.

Aquí, *Tirsis*, la ví cuando salía
Dando la luz de una y otra estrella:
Allí, *Tirsis*, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la vía.

En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verda hiedra y de violetas tiernas.

Al prado y haya y cueva y monte y fuente
Y al cielo, desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas.

ENDECHAS.

I.

El pastor mas triste
Que ha seguido el cielo,
Dos fuentes sus ojos,
Y un fuego su pecho;
Llorando caidas
De altos pensamientos,
Solo se querella
Riberas del Duero.
El silencio amigo,
Compañero eterno
De la noche sola
Oye su tormento.
Sus endechas llevan
Rigurosos vientos,
Como su firmeza
Mal tenidos celos.
Solo y pensativo
Le halla el claro Febo,
Sale su Diana,
Y hállale gimiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso,
Le ha puesto en estado
De ningun consuelo.
Tórtola cuitada,

Specchiarsi la mia dolce pastorella;
Questi quei prati son, Tirsi, dov'ella
Verdi ghirlande a suoi bei crin tessca.

Qul, Tirsi, la vid'io mentre sedea;
Quivi i balli menar leggiadra e snella;
Quinci, Tirsi, mi rise, e dietro a quella
Eice s'ascose si, ch'io la vedea.

Sotto quest' antro al fin cinto d'allori
La mano, ond' ho nel cor mille ferite,
Mi porse lieta e mi baciò la fronte.

All' antro dunque, all'elce, ai prati, al fonte.
Mille spargiendo al ciel diversi fiori,
Rend'io di tanto don grazie infinite.

Que el montero fiero
 Le quitó la gloria
 De su compañero,
 Elevada y mustia
 Del piadoso acento,
 Que oye suspirando
 Entregar al viento :
 Porque no se pierdan
 Suspiros tan tiernos,
 Ella los recoge,
 Que se duele dellos ;
 Y por ser mas dulces
 Que su arrullo tierno,
 De su soledad
 Se queja con ellos.
 ¿Que ha de hacer el triste?
 Pierda el sufrimiento,
 Que tras lo perdido
 No caerá contento.

II.

Corona del cielo,
 Ariadna bella,
 Conocida estrella
 Del nocturno velo.
 Tú sola del coro
 De las lumbres bellas
 Oye mis querellas,
 Pues tus males lloro.
 Tú fuiste querida,
 Y olvidada fuiste ;
 Yo querido y triste ,
 Quien me amó, me olvida.
 El dolor estrecho
 De mi suerte airada
 Trae mi alma forzada
 Dentro de mi pecho.
 ¿ Qué pretende el cielo
 Tras agravio tanto,
 Si al verter mi llanto
 Le transforma en hielo ?
 ¿ Por ventura fui
 Tan terrible y duro,
 Que miré seguro
 El bien que perdí ?
 Mas mi dolor fiero,
 Como ha de acabarme,
 No viene á matarme
 Sin mortal agüero.
 ¡ Ay del sin ventura,
 Que ha de amar forzado !
 Siempre al desdichado
 Sigue suerte dura.

III.

Viuda sin ventura,
 Tórtola cuitada,
 Mustia y asombrada

De una muerte dura :
 Tú, que el valle ameno
 Con tu arrullo blando
 Serenaste, cuando
 Vió tu bien sereno ;
 Quejas inmortales
 Hieren tus sentidos,
 Que á bienes perdidos
 No hay medianos males.
 Vuelve donde muevas
 Las fieras que dejas,
 Que no son tus quejas
 Para monte y cuevas.
 En el valle, donde
 Tu dolor te cela,
 Nadie te consuela,
 Nadie te responde.
 Lloro Filomena,
 Cierva herida brama,
 Y Eco que te llama
 Te cuenta tu pena.
 Tu gloria fué tal,
 Que hizo ser temida ;
 Pero tu caída
 Fué temido mal.
 Si mi compañia
 Triste y desdichada
 Por sola te agrada,
 Oye mi agonía.
 Cielos y hados canso,
 Monte y valle ofendo,
 Los aires enciendo,
 Las aguas amanso...

IV.

Filis rigurosa
 Sobre cuantas ría
 La ribera fria
 De Jarama hermosa :
 Y á mi fiel lamento
 Mas endurecida,
 Que montaña herida
 De alterado viento ;
 ¡ Ay que la razon
 Que á llorar me fuerza,
 Tu rigor la esfuerza,
 Como á mi pasión !
 Si cielo piadoso
 Por mi permitiera,
 Que no me doliera
 Tu desden rabioso ;
 Quejas inhumanas
 No te endurecieran,
 Porque á humana fueran
 Canciones humanas.
 Mas pues duro cielo
 Con mi fe y mi llanto
 Te endurece tanto,
 No me sufra el suelo.

Mi dolor te canse,
 Mi razon te indine,
 Y el cielo se incline
 Contra quien te amanse.
 Triste y apartado
 En esta ribera,
 Piedra, planta ó fiera
 Quede transformado,
 Mis penas y enojos
 Rompan con mi amor,
 Y no haya pastor
 Que cierre mis ojos ;
 Que tú, que mi vida
 Tienes ya de suerte,
 Que desea la muerte
 Por arborrecida,
 Tu dirás, en vano :
 ¡Ay pecho nevado,
 Que mal que has tratado
 Su amor soberano!
 Tú, que con tu amor
 Suelas piadosa
 Por la selva umbrosa
 Templar su dolor :
 Y en su ojos frios,
 Ya para tí hermosós,
 Volverlos furiosos,
 Que lloran los míos ;
 Tú los fijarás
 En la piedra oscura
 De mi sepultura,
 Cuando no querrás.

Cuando la razon,
 Que á llorar te obligue,
 Aun no te mitigue
 Con igual pasion ;
 Cuando fuentes frias
 Laven el error,
 Que causó el rigor
 De mis agonías :
 Cuando coronando
 Mi sepulcro triste
 Con la flor que viste
 Flora el campo blando,
 Suspiros despidas,
 Quejas te oiga el cielo,
 Que este es el consuelo
 De glorias perdidas.
 Mas, ¡ay Filis! temo
 Tu visto rigor,
 Que de mi dolor
 No es el bien supremo.
 Cualquiera contento
 Fuera bien crecido,
 Pero lo sufrido
 No tiene descuento.
 Ni tú tratarás
 De aliviar mi llanto,
 Tú, á quien mi quebranto
 No movió jamas :
 Que pues tanta muerte
 Nunca te ha movido,
 La que tú has querido
 No podrá moverte.

POESIAS DE FERNANDO DE HERRERA.

De pocos literatos hay menos noticias que de este poeta sevillano, á pesar de su celebridad. Es de admirar que habiendo sido uno de los hombres mas famosos por su saber, nos creyese su contemporáneo tan poco interesados en las particularidades de su vida, que nos hayan dejado ignorar cuándo nació, cuál fué su suerte, y cuándo ó en dónde murió. Francisco Pacheco nos dejó el retrato de su amigo Herrera, y conservó parte de sus poesias, haciéndolas reimprimir en Sevilla despues de la muerte del autor en 1619. Ya en 1582 se habia publicado en dicha ciudad un tomo de sus versos, y en 1580 sus *Anotaciones á Garcilaso*. Por estos datos podemos venir en conocimiento de que Herrera debió nacer á principios del siglo 16, supuesto que vivió hasta una edad muy abanzada, y que ya habia muerto en los primeros años del 17. Por una desgracia que se ignora pereció el manuscrito de las poesias que tenia preparadas para la prensa, y la misma suerte cupo á otros trabajos históricos y literarios á que se habia dedicado en su vida, consagrada toda al estudio y al retiro.

CANCION I⁴.

A DON JUAN DE AUSTRIA.

Quando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso ;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la gurrra,
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada ;
En el sereno polo

Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entonces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
Suspendia de dioses el senado ;
Y el cielo que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enagenado.
Halagaba el sonido
Al piélagó sañudo, al raudó viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las musas consonaban á su intento.

⁴ Ha sido considerada siempre como una de las mejores imitaciones de poesia antigua que hay en castellano. Los críticos la señalan como un modelo ; los jóvenes la estudian con admiracion, y la aprenden de memoria. Sin duda hay en ella bellezas superiores, acreedoras á todo aplauso : movimiento rápido y verdaderamente lírico, imágenes grandes y oportunas, diction alta, poética y sostenida, versificación sonora y magestuosa. A estas prendas, admirables de ejecución, se añade la de una invención feliz y oportuna en la contraposición de las dos rebeliones mitológica é histórica, y en la sencillez y desahogo del plan que deja impresa en el ánimo la serie de pensamientos é imágenes del poeta, sin confusion ni fatiga. Fuera quizá de desear alguna mayor oportunidad y conveniencia en el modo de enlazar las dos masas que forman la comparación. Anunciar Apolo al campeón del Olimpo en el mismo acto de solemnizar sus triunfos, que ha de venir con el tiempo un valor terrestre y mortal que obscurezca y desluzca el suyo, no parece propio ni de la ocasion ni del lugar. También pudiera pedirse alguna mas vivacidad de colores y de fantasia en la parte respectiva á la insurrección morisca. Los dioses y los gigantes estan retratados de un modo, que contra la intención del poeta, eclipsan á los bárbaros de las Alpujarras, y á su vencedor don Juan de Austria. En su-

ma, el episodio fabuloso está mejor tratado que el histórico, sin duda por mas poético. Este es un escollo frecuente en semejantes aplicaciones : así sucedió á Rioja en la canción á las ruinas de Itálica, así al inglés Dryden en su oda á Santa Cecilia ; siendo de los tres Herrera quien ha vencido mejor la dificultad, y dado un remate menos violento á su composición. Pero estas observaciones, lejos de darse aquí como una decisión, solo se presentan como dudas que se proponen á los inteligentes y se dejan sometidas á su juicio.

Del rey de la onda egea
La indómita pujanza.

Y mas adelante

Tu solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte.

se ve en estos ejemplos y otros que pudieran citarse, el cuidado de Herrera en dar á los versos cortos el realce y gravedad conveniente componiéndolos de palabras de gran sonido. Sin esta atención, las estancias por su cortedad y por ser compuestas de mas versos breves que largos, decayeran necesariamente y no corresponderian á la magestad del asunto.

Cantaba la victoria
 Del ejército etéreo y fortaleza,
 Que engrandeció su gloria ;
 El horror y aspereza
 De la titania estirpe y su fiereza.
 De Palas Atena
 El gorgónico terror, la ardiente lanza ;
 Del rey de la onda egea
 La indómita pujanza ;
 Y del hereúleo brazo la venganza.
 Mas del Bistonio Marte
 Hizo en grande alabanza luenga muestra,
 Cantando fuerza y arte
 De aquella armada diestra,
 Que á la flegrea hueste fué siniestra.
 A tí, decía, escudo,
 A tí del cielo esfuerzo generoso,
 Poner temor no pudo
 El escuadron sañoso
 Con sierpes enroscadas espantoso.
 Tú solo á Oromedonte
 Trajiste al hierro agudo de la muerte
 Junto al doblado monté ;
 Y abrió con diestra suerte
 El pecho de Peloro tu asta fuerte.
 ¡ O hijo esclarecido
 De Juno ! ¡ o duro y no cansado pecho !
 Por quien cayó vencido,
 Y en peligroso estrecho
 Mimante pavoroso fué deshecho.
 Tú, cubierto de acero,
 Tú, estrago de los hombres indinado,
 Con sangre hórrido y fiero,
 Rompiste acelerado
 Del ancho muro el torreón alzado.
 A tí libre ya debe
 Del recelo saturnio, que el profano
 Linage, que se atreve
 A alzar la osada mano,
 Sienta su bravo orgullo salir vano.
 Mas aunque resplandezca
 Esta victoria tuya conocida
 Con gloria, que merezca
 Gozar eterna vida,
 Sin que yaga en tinieblas ofendida :
 Vendrá tiempo en que tenga
 Tu memoria el olvido, y la termine ;
 Y la tierra sostenga
 Un valor tan insine
 Que ante él desmaye el tuyo, y se le incline.
 Y el fértil occidente,
 Cuyo inmenso mar marca el orbe y baña .
 Descubrirá presente
 Con prez y honor de España
 La lumbré singular de esta hazaña.
 Que el cielo le concede
 A aquel ramo de César invencible,
 Que su valor herede,
 Para que al turco horrible
 Derribe el corazón y ardor terrible.

Vese el pérfido bando
 En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
 Que sube amenazando
 La soberana lumbré,
 Fiado en su animosa muchedumbre.
 Y allí, de miedo agenc,
 Corre cual suelta cabra, y se abalanza
 Con el fogoso trueno
 De su cubierta estancia,
 Y sigue de sus odios la venganza.
 Mas despues que aparece
 El jóven de Austria en la enriscada sierra,
 Frio miedo entorpece
 Al rebelde, y atierra
 Con espanto y con muerte la impia guerra.
 Cual tempestad ondosa
 Con horrisono estruendo se levanta,
 Y la nave medrosa
 De rabia y furia tanta
 Entre peñascos ásperos quebranta ;
 O cual de cerco estrecho
 El flamígero-rayo se desata
 Con luengo sulco hecho,
 Y rompe y desbarata
 Cuanto al encuentro su impetu arrebatá.
 La fama alzará luego
 Y con las alas de oro la victoria
 Sobre el giro del fuego,
 Resonando su gloria,
 Con puro lampo de inmortal memoria.
 Y extenderá su nombre
 Por do céfiro espira en blaudo vuelo,
 Con inclito renombre
 Al remoto indio suelo,
 Y á do esparce el rigor helado el cielo.
 Si Peloro tuviera
 Parte de su destreza y valentía,
 Él solo te vienciera,
 Gradivo, aunque á porfía
 Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.
 Si este al cielo, amparára
 Contra las duras fuerzas de Mimante,
 Ni el trance recelára
 El vencedor Tonante,
 Ni sacudiera el brazo fulminante.
 Traed, cielos, huyendo
 Este cansado tiempo espacioso,
 Que oprime deteniendo
 El curso glorioso :
 Haced que se adelante presuroso.
 Así la lira suena,
 Y Jove el canto afirma, y se estremece
 El Olimpo, y resuena
 En torno, y resplandece,
 Y Mavorte dudoso se escurece.

CANCION II¹.

A LA BATALLA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero :
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero :
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra, en el profundo; y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima;
Y el árbol, que mas yerto se sublima,
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños confundidos
Del impio furor suyo; alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cereó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña;
Porque en tí confiadas le resisten,

Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso :
¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos ?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el ungaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en la guerras ?
¿Quién los pudo librar ? ¿ Quién en sus manos
Pudo salvar los de Austria y los germanos ?
¿ Podrá su Dios, podrá por muerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora ?

Su Roma, temerosa y humillada,
Los canticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte
Quien honra de la luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas estan en su defensa :
Y aunque no; ¿ quién hacerme puede ofensa ?

Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan, por salvarse, ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen ;
Sus fuertes á la muerte ya caminan ;
Sus vírgenes estan en cautiverio ;
Su gloria ha vuelto al centro de mi imperio ;
Del Nilo á Eufrates fértil ó lastro frio,
Cuanto el sol alto mira, todo es mio.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima

¹Esta es ya la verdadera oda; no un remedo de la poesía griega ó latina, fundado en su mitología, y por lo mismo atendido á recursos ficticios ó alegóricos, y á medios indirectos y de convencion. Aquí el poeta, lleno de un entusiasmo ferviente y religioso, se considera el órgano de todo el pueblo cristiano, y eleva á la divinidad los sentimientos de alegría, de gratitud y maravilla que le exaltan por la victoria conseguida sobre los turcos en las aguas de Lepanto. El carácter en gran parte, y las expresiones estan tomados de la poesía hebráica, y apropiados al argumento y á la situacion del modo mas feliz. Herrera fué el primero que ensayó este gusto en nuestra poesía, y le ensayó con una composicion magistral. Es de ver en el mismo poema, y estudiarse con cuidado el artificio oculto con que el escritor desde la proposicion clara y sencilla de su argumento pasa con un desórden aparente de un afecto á otro, del odio á la indignacion, del recelo á la confianza, de la execracion á las bendiciones, de la arrogancia del bárbaro y sus campeones, que está pintada á maravilla, al valor de España y de su héroe, mas grande aquí en solos dos versos que en todos los encañecimientos y ficciones de la oda anterior. Pero desde el principio hasta el fin predomina en la obra el sentimiento religioso que la inspira, y Dios es siempre á quien el poeta viene á parar como el asilo, el escudo, el

vengador de su pueblo. Las formas que la poesía toma son líricas, descriptivas ó dramáticas, segun conviene á los objetos que alternativamente conmueven la fantasia del poeta, y dan á su obra una admirable variedad. ¿Qué tesoro de expresiones nuevas y enérgicas! — *Prevalciendo en vanidad y en ira.* — *Que sus aras asfea en su victoria.* — *En el mar ondo nos hagamos de su sangre un grande lago.* — *Y de sus pinos tr el mar desnudo;* y otras ciento de igual ó mayor atrevimiento y viveza.

Despues de considerar tantos y tan admirables aciertos, ¿podríamos llevar la atencion á esta ú otra locucion penosa, ó á algun otro verso algo desmayado por falta de fuerza en la rima, ó de número y cadencia en el sonido? Semejante exámen en una obra de este mérito y carácter tocara por ventura en irreverencia y sacrilegio.

Y el árbol que mas yerto se sublima. — A qui la palabra *yerto* se toma por *equivado*, del latino *crectus*, de donde los italianos tomaron su *erto* y nosotros *yerto*, usado frecuentemente en este sentido por Herrera, por Francisco de la Torre, y otros poetas del siglo XVI. Tambien ha de hallarse en la misma acepcion en alguna de las crónicas del siglo XV, quizá en la de don Alvaro de Luna.

Prevalectendo en vanidad y en ira ;
 Este soberbio mira
 Que tus aras afea en su victoria ;
 No dejes que los tuyos así oprima ,
 Y en sus cuerpos cruél las fieras cebe
 Y en su esparcida sangre el odio pruebe :
 Que hechos ya su oprobrio, dice : ¿dónde
 El Dios de estos está? ¿de quién se asconde?
 Por la debida gloria de tu nombre ;
 Por la justa venganza de tu gente ;
 Por aquel de los míseros gemido
 Vuelve el brazo tendido
 Contra este, que aborrece ya ser hombre,
 Y las honras, que celas tú, consiente ;
 Y tres y cuatro veces el castigo
 Esfuerza con rigor á tu enemigo,
 Y la injuria á tu nombre cometida
 Sea el yerro contrario de su vida.
 Levantó la cabeza el poderoso,
 Que tanto odio te tiene, en nuestro estrago,
 Juntó el consejo ; y contra nos pensaron
 Los que en él se hallaron.
 Venid, dijeron, y en el mar ondoso
 Hagamos de su sangre un grande lago ;
 Destruyamos á estos de la gente,
 Y el nombre de su Cristo juntamente ;
 Y dividiendo de ellos los despojos,
 Hártense en muerte suya nuestros ojos.
 Vinieron de Asia y portentosa Egipto
 Los árabes y leves africanos,
 Y los que Grecia junta mal con ellos,
 Con los erguidos cuellos,
 Con gran poder, y número infinito ;
 Y prometer osaron con sus manos
 Encender nuestros fines, y dar muerte
 A nuestra juventud con hierro fuerte,
 Nuestros niños prender y las doncellas,
 Y la gloria manchar y la luz de ellas.
 Ocuparon del pielago los senos,
 Puesta en silencio y en temor la tierra,
 Y cesaron los nuestros valerosos,
 Y callaron dudosos,
 Hasta que al fierro ardor de sarracenos,
 El Señor eligiendo nueva guerra,
 Scopuso el jóven de Austria generoso
 Con el claro español y belicoso ;
 Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
 Que su Sion querida siempre viva.
 Cual leon á la presa apercebido,
 Sin recelo los ímpios esperaban
 A los que tú, Señor, eras escudo :
 Que el corazón desnudo
 De pavor, y de fe y amor vestido,
 Con celestial aliento confiaban :
 Sus manos á la guerra compusiste
 Y sus brazos fortísimos pusiste
 Como el arco acerado, y con la espada
 Vibraste en su favor la diestra armada.
 Turbáronse los grandes, los robustos
 Rindieronse temblando, y desmayaron ;

Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
 Como la arista queda
 Al impetu del viento, á estos injustos ;
 Que mil huyendo de uno se pasmaron :
 Cual fuego abrasa selvas cuya llama
 En las espesas cumbres se derrama,
 Tal en tu ira y tempestad seguiste,
 Y su faz de ignominia convertiste.
 Quebrantaste al cruel dragon, cortando
 Las alas de su cuerpo temerosas ;
 Y sus brazos terribles no vencidos :
 Que con hondos gemidos
 Se retira á su cueva, do silbando
 Tiembla con sus culebras venenosas,
 Lleno de miedo torpe en su entrañas,
 De tu leon temiendo las hazañas,
 Que, saliendo de España, dió un rugido,
 Que lo dejó asombrado y aturrido.
 Hoy se vieron los ojos humillados
 Del sublime varon y su grandeza,
 Y tú solo, Señor, fuiste exaltado ;
 Que tu dia es llegado,
 Señor de los ejércitos armados,
 Sobre la alta cerviz y su dureza,
 Sobre derechos cedros y extendidos,
 Sobre empinados montes y ercidos,
 Sobre torres y muros, y las naves
 De Tiro que á los tuyos fueron graves.
 Babilonia y Egipto amedrentada
 Temerá el fuego y la asta violenta,
 Y el humo subirá á la luz del cielo,
 Y faltos de consuelo,
 Con rostro oscuro y soledad turbada
 Tus enemigos llorarán su afrenta.
 Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
 Egicia, y gloria de su confianza ;
 Triste, que á ella pareces, no temiendo
 A Dios, y á tu remedio no atendiendo :
 Porque ingrata tus hijas adornaste,
 En adulterio infame á una ímpia gente,
 Que deseaba profanar tus frutos ;
 Y con ojos enjutos,
 Sus odiosos pasos imitaste,
 Su aborrecida vida y mal presente,
 Dios vengará sus iras en tu muerte ;
 Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
 La aguda espada suya : ¿quién, cuitada,
 Reprimirá su mano desatada ?
 Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro ;
 Que en tus naves estabas gloriosa
 Y el término espantabas de la tierra,
 Y si hacias guerra,
 De temor la cubrias con suspiro ;
 ¿Cómo acabaste, fiero y orgullosa ?
 ¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto ?
 Dios, para convertir tu gloria en llanto,
 Y derribar tus inclitos y fuertes,
 Te hizo perecer con tantas muertes.
 Llorad, naves del mar, que es destruida
 Vuestra vana soberbia y pensamiento :

¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna.
 Tú, que sigues la luna,
 Asia adúltera en vicios sumergida?
 ¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
 ¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
 Tu ira y la arrogancia, que te ofende;
 Y tus viejos delitos y mudanza
 Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados
 Y de tus pinos ir el mar desnudo,
 Que sus ondas turbaron y llanura;
 Viendo tu muerte oscura,
 Dirán de tus estragos quebrantados:

¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
 El Señor, que mostró su fuerte mano
 Por la fe de su príncipe cristiano,
 Y por el nombre santo de su gloria
 A su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,
 Que despues de los daños padecidos,
 Despues de nuestras culpas y castigo,
 Rompiste al enemigo
 De la antigua soberbia la dureza.
 Adórente, Señor, tus escogidos;
 Confiese cuanto cerca el ancho cielo
 Tu nombre, o nuestro Dios, nuestro consuelo;
 Y la cerviz rebelde condenada,
 Perezca en bravas llamas abrasada.

SONETO I.

AL MISMO ASUNTO.

Hondo Ponto, que bramas atronado
 Con tumulto y terror, del turbio seno

Saca el rostro, de torpe miedo lleno,
 Mira tu campo arder ensangrentado:
 Y junto en este cerco y encontrado
 Todo el cristiano esfuerzo y serraceno,
 Y cubierto de humo y fuego y trueno,
 Huir temblando el impio quebrantado.
 Con profundo murmurio la victoria
 Mayor celebra, que jamas vió el cielo,
 Y mas dudosa y singular hazña;
 Y dí, que solo mereció la gloria,
 Que tanto nombre da á tu sacro suelo,
 El jóven de Austria y el valor de España.

CANTION III¹.

A LA PERDIDA DEL REY DON SEBASTIAN.

Voz de dolor y canto de gemido
 Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
 Hagan principio acerbo á la memoria
 De aquel dia fatal aborrecido,
 Que Lusitania mísera suspira
 Desnuda de valor, falta de gloria:
 Y la llorosa historia
 Asombre con horror funesto y triste,
 Dende el áfrico Atlante y seno ardiente,
 Hasta do el mar de otro color se viste:
 Y do el limite rojo de Oriente
 Y todas sus vencidas gentes fieras
 Ven tremolar de Cristo las banderas.
 ¡Ay de los que pasaron couflados
 En sus caballos y en la muchedumbre
 De sus carros, en tí, Libia desierta!
 Y en su vigor y fuerzas engañados
 No alzaron su esperanza á aquella cumbre

¹ El mismo carácter de poesía que la anterior; pero expresando un sentimiento contrario: allí la exaltación, la alegría, aquí la desolación y el abatimiento; por lo mismo en esta habrá menos movimiento y variedad, pero mas unidad y sencillez: la marcha del poeta es mas clara y se percibe mejor. Los portugueses habian ofendido á Dios con su codicia y su soberbia, y el que da y quita á su arbitrio la fuerza y la gloria, ha levantado el ánimo de los africanos para que con pecho constante y atrevido

No busquen oro, mas con hierro airado
 La ofensa venguen y el error culpado.

Los bárbaros rompen el ejército portugues; y son muy de notar la rapidez y energía con que estan expresados los efectos del combate.

La arena se tornó sangriento lago,
 La llanura con muertos aspezea:
 Cayó en unos vigor, cayó denuedo,
 Mas en otros desmayo y torpe miedo.
 ¿Son estos por ventura los famosos,
 Los fuertes, los beligeros varones, etc.

Este movimiento, supuesta ya la derrota y el estrago, es por cierto bien poético y oportuno; y el recuerdo de las virtudes y gloria de los vencidos comparándolos con su ignominia y abatimiento

presente, demas de ser tan grato á la imaginación que se complee en estos contrastes, sirve en gran manera para confirmar la idea principal del escritor, que es la de engrandecer el poder de Dios sobre todo otro poder. Viene en fin á dar realce á este pensamiento, y como á poner de manifiesto toda la intencion del poeta, la comparación verdaderamente oriental del cedro, á la que no hay otra alguna que iguale ó exceda en castellano. Una semejante tiene Jáuregui en su canción á la muerte de la reina doña Margarita, y Melendez en su oda primera á las artes la del Aguila nueva que ensaya su vuelo en los aires: una y otra son largas y bellas, y acaso superiores á la de Herrera en limpieza de ejecución, mas no tan ricas en pompa y en fantasia.

El tono de la última estancia es mas firme y resuelto que en las demas, y como que toca en duro: así convenia sin duda á la idea de venganza que viene á templar la aflicción, y á la fiera amenaza con que la composición se termina.

No se ponen aquí por evitar prolijidad los pasajes de la Escritura que Herrera ha imitado en estas dos canciones. Los estudiosos que quieran conocerlos pueden acudir al segundo tomo de la colección de Conti que se tomó el trabajo de buscarlos y de ponerlos todos en sus observaciones.

De eterna luz ; mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Victoria ; y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazón ufano
Solo atendieron siempre á los despojos ;
Y el santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero!

Vino el día cruel, el día lleno
De indignación, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto
De gente y de placer el reino ageno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto ;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes ;
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro ; mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.

Los ímpios y robustos indinados
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor ; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura.
Y con frente segura

Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza :
Cayó en unos vigor, cayó denuedo ;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿ Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra ?
Que sacudieron reinos poderosos ?
Que domaron las hórridas naciones ?
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron ?
¿ Dó el corazón seguro y la osadía ?
¿ Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heróico valor en solo un día ;
Y lejos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados ?

Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Libano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza ;
Las aguas lo erieron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza ;
Y extendiendo sus hojas, se anidaron

Las aves que sustenta el grande cielo ;
Y en su tronco las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo :
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamás árbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presunción su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima :
Por eso Dios lo derribó deshecho,
A los ímpios y agenos entregado,
Por la raíz cortado :
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas y desnudo,
Huyeron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo :
En su ruina y ramos, cuantas fueron,
Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,
Y se acabó su generosa gloria ;
No estés alegre y de ufanía llena,
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal victoria,
Indina de memoria :
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español corage,
Despedazada con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultraje ;
Y Luco amedrentado al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

SONETO II.

A MARCO BRUTO.

Yaces al fin, o del valor Latino
Ultima gloria, par tu fuerte mano ;
Tentado habiendo reducir en vano
La libertad al orbe, de ella indino.

Tu virtud te guió, perdió el destino ;
Pero pudo tu esfuerzo soberano
Mostrar, que fuiste capitán Romano.
Y solo sucesor de Bruto dino.

¡ Oh si agena ambición ne te moviera
A desnudar el hierro, ó ya desnudo,
Siguiera á tus hazañas la ventura !
Que ninguno tu igual en Roma hubiera :
Mas trájote en desprecio el hado crudo
Del grave seso y la virtud segura.

ELEGIA I'.

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,

4 Esta es la primera obra de su género en castellano, que presenta un tono de solemnidad y una elevación filosófica y poética, que levanta el ánimo á grandes pensamientos, y á un tiempo le

agrada y le sorprende. Desde la aficción profunda en que se halla el poeta, considerando los mejores años de su vida mal perdidos en pasiones infelices y ciegos devaneos, se eleva por grados á contem-

Y cuan poco me ofendo de mi daño.

Vuelvo los ojos que el mejor sentido
Alumbra, y hallo una pequeña senda,
Do paso humano apenas está esculpido.

Procuro, antes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último Occidente,
Llegar al fin de esta mortal contienda.

Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;

Tal de mi afrenta y mi dolor cargado
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.

Aquel vigor, aquel celeste fuego,
Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.

Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.

¡O cierto desengaño vergonzoso!
¡O grave confusión de nuestro yerro!
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!

Tú me pusiste solo en un destierro,
De cuanto me podía dar cortento,
Y por tí á la alegría el paso cierro.

¿Cuántas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osara
Valerme del honor de tu tormento?

Fuéme la suerte en lo mejor avara;
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.
Ninguna en tantas penas que sostuve

Puso merecimiento al amor mio,
Cuando de merecer mas cerca estuve.

Acabe ya este grande desvario,
O, pues no acaba, estas razones vanas
Que sin provecho á quien no escucha envío.

Tus mudanzas ¡o tiempo! soberanas,
Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,

Me arrebatan el ánimo y levantan,
De este cansado peso que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.

La edad robusta huye apriesa y gasta
Las fuerzas, y se pierde la infancia;
Y á tu furor ninguna fuerza basta.

¿Cuántas cosas mostró el sereno dia
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fria?

Venció vencida Troya y derribada
Se alzó, y en su ruina se postraron
Los muros de Micenas estimada.

Las vencedoras llamas abnsaron
Las altas torres que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabaron.

El africano ejército importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dejó á ninguno.

Mas roto sufre igual el duro estrago
Por la mano Española; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.

Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivia oscuro, osado se acubrentra
Por el remoto golfo de Occidente:

plar los estragos del tiempo en la vida humana, y su poder é influjo en los grandes acontecimientos y vicisitudes asombrosas del mundo. Puesta ya en esta altura su fantasía, se arroja por los tiempos pasados y por los presentes, y vaga y se espacia por los hechos que mas ayudan á manifestar este poder. Todo este trozo es rico por la muchedumbre y variedad de las alusiones históricas, ingeniosas sobremañera por el artificio de las transiciones, altamente poético por el estilo que está lleno de imaginación y de fuego, y muy agradable por los versos, los mas bellos tal vez que han salido de la pluma de Herrera. Despues de un vuelo tan alto y tan sostenido el poeta vuelve á entrar en su primera idea

Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas, y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo aunque procuro á mi despecho
Librarme de ellos, etc.

y pasa naturalmente á la pintura de su incertidumbre y de su perplejidad para seguir el camino de la virtud y de la razón; de la agitación de sus deseos y de sus pasiones; y de la envidia que le cansan los pechos firmes y virtuosos que están á prueba de estas inquietudes. El los compara al Olimpo, á cuya cima no alcanzan los vientos, mientras que se mira tristemente á sí mismo arrastrándose por

el suelo, y alejado de alcanzar aquel estado sereno y venturoso.

Así esta elegía, compuesta de pensamientos y sentimientos tan nobles, y de recuerdos tan grandes y tan célebres, era preciso que tomase un tono y estilo correspondientes á ellos, y saliese de los límites asignados al género á que corresponde. El instinto poético, mas seguro y mas grande que las reglas, lo prescribe así cuando conviene; y sería por cierto un rigor sobrado injusto, si culpásemos á Herrera por habernos dado esta magnífica composición con el nombre de elegía.

Los muros de Micenas estimada. — Este epíteto es débil, y parece solo traído por la rima. El terceto pudiera haberse omitido tambien, ó á lo menos mejorarse variándole, para que no fuese el mismo pensamiento que el del anterior en otros términos.

Y al fin siente. — *El hierro no una vez la gran Cartago.* — Alude á la expedición de Carlos V sobre Túnez, que está tan inmediata á donde estuvo Cartago.

El impio cimbro: los holandeses en la rebelión contra España en 1568.

Culpa de quien pudiendo la maltrata, etc. — Alude á las contradicciones y desgracias experimentadas por don Juan de Austria.

El engño tanto — *Puede que al mismo vencedor destierra.* — Alusión á la desgracia y destierro del duque de Alba.

Y con valor igual á su ventura
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.

Arco y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa; pues el solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.

No descubre la luz del rojo Apolo
Tal vigor y osadía y brazo fuerte,
En cuanto cerca en uno en otro polo.

Tú, domador de toda humana suerte,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.

Tú ejercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio turco fiero,
Y del persa el valor y fortaleza.

Las celadas y escudos el ligero
Araxes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo trace y medo caballero.

Osadas gentes, duras y soñosas,
A la ambicion de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas,

Tenid en sangre el hierro, y el estrecho
Paso abrid ¡o crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.

No volvais la fiereza y brazo fuerte
Y el furor de la ira no vencida
Sobre nuestra desnuda y llaca suerte.

Que ya la gloria del valor perdida,
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud que tanto fué temida.

Culpa de quien, pudiendo, la maltrata,
Y no le da lugar; antes procura,
Que muera á manos de la invidia ingrata.

La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruido reino Lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura:

Bañado en noble sangre el africano
Campo rebosa, y con dolor suspira,
Lejos Atlante, y Abila cercano.

El ímpio Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro, y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.

El alto, fuerte, inexpugnable muro
Pasó la fuerza hispana, y puso á tierra
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.

Mas ¡o infame remate de tal guerra!
Reina el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mismo vencedor destierra.

¡O cuanto en vano se ha expendido!
Valor asconde aquel ingrato suelo,
Que al turco de temor cubriera y llanto!

No ha visto, el que ve todo, inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon y sin recelo.

Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo y desleal nobleza,
Indina de sufrir vital aliento,

¿Dó está la fe, que á la real alteza
Debes? ¿á dó huyó de tu memoria?
¿A dó la Religión y su firmeza?

¿Piensas ó esperas alcanzar victoria
Contra Dios? ¿contra el rey? ¡o intento ciego,
Digno de vituperio y no de gloria!

¡O como crias en tu pecho fuego,
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!

Cual soberbio turbion de la fragosa
Alcázar se despeña de Apenino,
Tal va contra tí España poderosa.

Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.

No puedo, aunque procuro, á mi despecho,
Librarme de ellos, y mal grado mio
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.

Oso temiendo, y con el mal porfio,
Y tal vez la razon lugar me deja
Contra mi ostinacion y desvario.

Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasión que viene, y quedo ufano
De aquello que debiera tener queja.

¡Quien pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano!

Varias revueltas de confusa vida,
Dejadme respirar de mi deseo,
Dejadme ya curar esta herida:

Que todo cuanto pienso y cuanto veo,
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.

¡Dichoso aquel á quien jamas inflama
Vano amor, ambicion, y lo que adora
Y teme el miedo y la esperanza engañadora!

Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma, á cualquier hora.

Y de cuanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos libre va, y paciente,
En todos los peligros no turbado.

Y no sufre su pecho ni consiente
Que algun liviano afecto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente.

Antes mayor, mas glorioso y alto
Que lo que alcanza fortaleza alguna,
Se ve y de ricos bienes menos faltar.

Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va confino,
Y cualquier ocasion le es importuna.

No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el dia extremo; pero
Dispuesto sí á seguille en su camino.

Nosotros, turba vil, con afan fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien perecedero.

En mil casos presentes peligramos;
Y en pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.

Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre
Y alzarnos casi nunca nos sucede.

El mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.

Soplo airado no bate el yerto asiento
Del elevado Olimpo, si no alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento.

Quien tan rastrera trae la esperanza
Desespere llegar á tal estado :
Que aunque tenga de sí mas confianza,
Al fin verá que en vano se ha cansado.

SONETO III.

Del mar las ondas quebrantarse via
En las desnudas peñas desde el puerto,
Y en conflicto las naves, que el desierto
Bóreas bramando con furor batia.

Cuando gozoso de la suerte mia,
Aunque alligado del naufragio cierto,
Dije: no cortaré del Ponto incierto
Jamás mi nave la temida via.

Mas ¡ ay triste ! que apenas se presenta
De mi fingido bien una esperanza,
Cuando las velas tiendo sin recelo :

Vuelo cual rayo, y súbita tormenta
Me niega la salud y la bonanza,
Y en negra sombra cubre todo el cielo.

SONETO IV.

¿Dó vas? ¿dó vas, cruel? ¿dó vas? refrena
Refrena el presuroso paso, en tanto
Que de mi grave afán el luengollanto
Abre en prolijo curso honda vena.

Oye la voz de mil suspiros llena,
Y de mi mal sufrido el triste canto ;
Que ser no podrás fiera y dura tanto,
Que no te mueva al fin mi acerba pena.

Vuelve á mí tu esplendor, vuelve tus ojos,
Antes que oscuro quede en ciega niebla,
Decía en sueño, ó ilusión perdido.

Volví, halléme solo y entre abrojos,
Y en vez de luz cercado de tiniebla,
Y en lágrimas ardientes convertido.

ELEGIA II '.

Esta amorosa luz serena y bella,
Que en el usado curso al alma mia
Es eterno esplendor, y al cielo estrella :

Esta, que en sombra oscura, en claro día
Con el inmenso ardor me abrasa el pecho,
Quedando toda en sí nevada y fria :

De mi dolor, del grande agravio hecho
Con su valor me paga, y aunque muero,
Me hallo en mi tormento satisfecho.

Amor me trajo el mal, y en él espero
Volver al bien perdido ; y si esto niega,
El sentido acabó el dolor primero.

Sulco el áspero mar en noche ciega,
Siguiendo porfioso mi deseo,
Que sin pavor al piélago se entrega.

Yo, que al fin naufragar al triste veo
Entre las altas ondas, ¿ qué esperanza
Buscar podré al temor con que peleo ?

No procuro á mi daño seguridad
En la fortuna mia, ni pretendo
Mis cuitas mejorar en la mudanza.

Ni ya huyo, ni oso, ni deslendo
Mi alma del peligro, ni me escuso
Del mal que en mi cercana muerte entiendo.

Todo para mi pena se dispuso,
Y lo debo, pues di ocasion en ello,
Su flecha cuando amor al pecho puso.

Miosado orgullo, y mi lozano cuello,
La razon, y el gallardo pensamiento
Quedaron enredados de un cabello.

No siente en el insano, oscuro asiento,
Los cien brazos y cuerpo relajados,
Egeon con sus nudos mas tormento.

Las trenzas de oro crespo, ensortijado,
Que, cual cometa ardiente, resplandecen

' Ya aquí la materia está mas en el campo de la elegía; y las prendas de la dama á quien se ama, el rendimiento de su albedrío al amor, la resignación no solo tierna, pero tan gloriosa á las penas que se padecen, la consagración de sus cantos á su querida, y la ilusión de hacer con ellos eternos su nombre y memoria, son objetos mas fáciles de ajustarse al carácter tierno y melancólico del género. Ellos son los que llenan el cuadro de esta elegía; pero la ejecución está muy distante de la belleza y acierto que hay en la anterior. El principio es sin disputa alguna malo, y da lástima ver á Herrera decir, hablando de su luz, que

Con el inmenso andar le abrasa el pecho,
Quedando toda en sí nevada y fria.

concepto falso y pueril, indigno de su gusto y de su talento. Sigue despues prolija y penosamente hasta que el recuerdo del Petrarca y la pintura del Betis entrando en el mar, y el nombre de

Garcilaso, empiezan á dar á los versos y al estilo el interes que antes les faltaban. Muéstrase en fin el poeta todo entero, cuando al referir la burla que hacia del amor en su estado anterior de libertad, añade en seguida :

Amor, que no comporta un atrevido
Y libertado pecho, el arco fiero
Torció, y al desarmar dió un gran sonido.

Este estallido del arco que no se espera, y que aun sin el auxilio de la armonía imitativa parece que se oye, acaba de excitar el íntimen del escritor ; que desde allí corre animado y vivo hasta la conclusion. Esta es digna de un amante y de un poeta : él da gracias al cielo porque haya mostrado al mundo aquella estrella en su tiempo para perderse por ella ; y pide al amor que cuando se halle en el trance de la muerte la manifieste su peligro, para que una sola lágrima suya le renueve la gloria de la vida.

Esparcidas con arte, ó sin cuidado.

De quien las tersas hebras se enriquecen

Del radiante hijo de Latona,

Y en color y en belleza se engrandecen.

Juntas en ricos cercos y corona,

Entre lucientes piedras anudadas,

Do mi ímpio rey alegre se corona.

En sus hermosas vueltas y sagradas

El corazon llevaron, y herido

Halló el error y muerte en sus lazadas.

De allí quedé sujeto y sin sentido,

Sino para el dolor; y de alegría,

Encuanto amando viva, despedido.

Conmigo este mi afan y suerte mia

Temprano acabará con pena indigna,

Que no dura en dolor luenga porfia.

Pues consiente mi excelsa luz divina

Que celebre la gloria de su nombre,

Y al cuerpo humano el fuego suyo afina;

Hacer sublime espero su renombre,

Y que en sus fines últimos la aurora,

Y el negro Melo y frio mar lo nombre.

Ensalce al verde lauro en voz canora

El tierno, dulce y amador toscano

La belleza y el bien que humilde honora:

Que yo canto, aunque el duro amor tirano

En mis entrañas fiero el odio incita,

El valor de mi lumbré soberano.

Y si en mi pena y lástima infinita

Se me concede espacio de reposo,

Su memoria en el tiempo será escrita.

En tanto, á do alza Betis deleitoso

Las verdes cañas, y la ovosa frente

Del puro vaso de cristal hermoso,

Y con llena, espumosa, alta corriente

Entra donde Nepluno la ancha y honda

Ribera ocupa y ciñe de Occidente;

En la rica, dorada y fértil onda

Haré los sacros juegos en su gloria,

Y que el coro de Náyades responda:

Y al árbol generoso de victoria

Rendirá el tierno mirto, aunque mi canto

Por si no espera honrarse en tal memoria.

¡Cuántas veces rei del blando llanto

De Laso, cuyo igual no sufre España,

Ni tiene á quien venere y precie tanto!

Cualquier dolor de amor, qualquier hazaña

Me pareció y aquel temor fingido,

Que ahora siento bien su fuerza extraña.

Amor que no comporta un atrevido

Y libertado pecho, el arco fiero

Torcíó, y al desarmar dió un gran sonido.

Pasóme el corazon, y con severo

Imperio me usurpó el dichoso estado

En que ufano cuidé vivir primero.

Quedé siempre cautivo y sojuzgado

De tales dos estrellas, que en el cielo

A todas la beldad han despojado.

Y en la purpúrea red y rico velo

De la hermosa frente ví mi vida

Presa, sin esperar algun consuelo.

Mas tal bien, y tal honra ví ofrecida

A los trabajos míos, que contento

Justamente la di por bien perdida

De allí el soberbio y animoso intento

Oscuro de mi canto quedar pudo,

Que solo dió lugar á mi tormento:

Y aquel rayo de Júpiter sañudo,

Y los fieros Gigantes derribados,

Principio de mis versos grande y rudo;

Y el valor de españoles, olvidados

Fincaron, que pudieron en mi pena

Mas mis nuevos dolores y cuidados.

Entre armas y entre hierro mal resuena

Cansado el noble espíritu amoroso

Del mal que su sosiego desordena.

Dichoso quien en verso generoso

Celebra las hazañas inmortales,

Y el vigor y el esfuerzo valeroso:

O quien en las regiones celestiales

Termina el vuelo, y de su cumbre mira

La vanidad y cosas de mortales.

Quien de una bella luz arde y suspira,

Quien se ve condenado al mal presente,

Que de su pensamiento no retira:

No puede contemplar al sol luciente,

Ni admirar la virtud y el nombre ageno;

Que amor tanto reposo no consiente.

Basta el dolor en que muriendo peno,

Si cabe esta memoria en el mal mio,

Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.

Mas yo temo que yace en horror frio,

Que el ánimo es presago de su daño,

Del olvido en que triste desconfio.

Fué siempre á mi deseo amor extraño,

Indució mi congoja y sentimiento,

Y me encubrió la sombra de mi engaño.

Mas pues que desconhorto el pensamiento,

O siga olvido, ó el desden me hiera,

Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.

Por do me lleva injusta suerte fiera,

Irán conmigo solos mis enojos,

Hasta el fin miserable que me espera:

Y siempre volveré los mustios ojos,

Donde quedó (y do yo quedar deseo)

Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.

Si de ellos levantáre algun trofeo

Mi luz, espero ver, que por ventura

Tierna se muestre y mansa á mi deseo.

No es de roca engendrada alpestre y dura.

Es blanda y cortesmente piadosa,

Y causa mi pasión mi desventura.

En color de suave y pura rosa,

Dulces ojos y angélica armonía

Y noble trato y gracia deleitosa

No reina crueldad; ni ser podria,

Que en celestial belléza se hallase

Deseo de la pena y muerte mia.

Si á los hondos estrechos me llevase

Amor del Indo océano, ó perdido

En la Africana arena me abrasase;
 Firme siempre estaria, no rendido;
 Que en pecho, mas que fino diamante,
 Está fijo el cuidado y esculpido.
 Si puede ser, que Iperion levante
 Primera luz de España, y que el corriente
 Ganges no entre en el golfo resonante;
 Esperar se podrá, que al pecho ardiente
 Ñprima el frio intenso de la nieve,
 O mitigue su fuego vehemente.
 La lluvia que en mi faz continuo llueve,
 Regalar puede bien el puro hielo,
 Aunque apretar su fuerza aquiolon pruebe.
 Gracias humilde bago al alto cielo,
 Que ya que me perdí en mi daño cierto,
 Mostré en mi tiempo esta mi estrella al suelo.
 Amor, cuando el pesado cuerpo muerto
 Mi espíritu dejare, á mi luz bella
 Presenta mi peligro descubierto;
 Que una lágrima puede sola de ella
 Renovarme la gloria de la vida:
 ¡Dichosa, si tal bien hallase en ella!
 En tanto que mi suerte aborrecida
 Me aqueja, cantaré desamorado,
 Mi presente fortuna y la perdida,
 De todas esperanzas apartado.

ELEGIA III *

Pues la luz, que escogí por cierta guia,
 Sombra oscura del cielo me defiende,
 Lloro conmigo, amor, la pena mia.
 Ya sobre mi nubloso horror descende,
 Y me aflige la suerte, y rinde á llanto,

Que el fuego que me abraza airado enciende,
 En lágrimas deshago el triste canto,
 Y en ellas ya debria estar deshecho
 El duro corazón que sufre tanto.
 ¿Que áspera condicion de fiero pecho
 En tan siniestro caso me levanta,
 Y me tuerce á sufrir tan impio hecho?
 ¿Cómo explicar podré congoja tanta,
 Si faltan las palabras; si el efecto
 Triste el sentido misero quebranta?
 ¿Que podré ya temer? ¿que tierno afeto
 Habrá que ablande en parte mi dureza,
 Pues vivo en tal dolor con mal secreto?
 ¿Quién me impide mirar la gran belleza,
 El celestial semblante y armonia
 Que desterraban toda mi tristeza?
 Ya para mí se ha oscurecido el día;
 Y pues en las tinieblas me lamento,
 Lloro conmigo, amor, la pena mia.
 El puro fuego, aquel divino aliento
 Que en el blando y rendido pecho mio
 Mi sol bello envió de su alto asiento,
 Se altera con rigor en hielo frio,
 Y acaba de la vida ya suspensa
 La parte que estrenó mi desvario.
 Y la virtud de la alma y fuerza inmensa
 Que me llevaba sin graveza al cielo,
 Entorpecida está de nieve intensa.
 Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo
 A algun favor, que estoy desconfiado,
 Sin bien, oscuro, y derribado al suelo.
 Queda solo este bien á mi cuidado
 Renovar con dolor esta memoria;
 Amor, lloremos mi dichoso estado.

* Es mucho mejor que la anterior: su argumento está mas determinado, hay mas sencillez, mas ternura, mejores versos, mejor estilo. Pudieran los pensamientos estar mas ceñidos, que pierden mucho dilatándose, unas veces por la necesidad del metro que es en extremo difícil de manejar, otras por el gusto particular del escritor que se complace en encarecer, amplificar y ostentar galas de lenguaje, en que tanto sobresalía. Pero este defecto está sobradamente compensado con la suavidad general de los sentimientos, con la oportunidad de las ideas y de las imágenes, y con el acento melancólico que domina en toda ella. El verso de la entrada

Lloro conmigo, amor, la pena mia.

sirve como de motivo á toda la obra, y repetido de cuando en cuando la sostiene en el mismo tono con tanta gracia como dulzura.

¿A dó el coral lustroso y encendido,
 Y el color dulce de suave rosa
 Tiernamente tal vez descolorido?

Nunca se ha pintado con mas delicadeza y con mas concision la bella palidez de una dama, que en este último verso.

Mis quejas oiga el ímpetu sañudo, etc.—

Los nombres de Vulturno, Iperion, Marte y Neptuno, primero con su sonido y despues con los recuerdos é ideas que excitan, vienen en estos versos á destemplar algun tanto la tierna y grata armonia de los demas: el exceso de poesia daña aquí al efecto, como le sucede frecuentemente á nuestro poeta.

Cándida Luna etc. — Yo no conozco trozo ninguno en castellano que en entusiasmo, en poesia de estilo y en efecto pueda compararse á esta bellísima plegaria. ¡Oh que satisfecho debió quedar Herrera al hacer resonar las cuerdas de su lira con el verso tan veliente, tan pintoresco y tan lleno

¡Repara el carro inestable á mi gemido!

Dió ausencia y soledad siendo su guia etc. — Este final es tan defectuoso, que yo he sospechado siempre que habia alguna falta en el manuscrito que sirvió para la impresion de estas poesias, las que como es notorio no fueron publicadas hasta algunos años despues de su muerte. Era imposible que Herrera se olvidase hasta el punto de dejar una locucion tan viciosa, que destruye el buen efecto que debe buscarse siempre al terminar las composiciones.

¿A dó el favor antiguo? ¿a dó la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?
¿A dó tantos despojos y vitoria?

Collados altos, bosque deleitoso,
Fuente abundosa, y agradable puesto,
Testigos de mi bien y mi reposo;
¿A dó las luces y el semblante honesto,
El oro en rico cerco recogido
Con bello error en torno ó descompuesto?

¿A dó el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de süave rosa
Tiernamente tal vez descolorido?

¿A dó la blanca mano y generosa
Que el yugo puso blandamente al cuello,
Y fué prenda á mi alma dolorosa?

¿A dó el ardor lúcente del cabello?
¿A dó mas que el marfil y no tocada
Nieve, del pecho tierno el candor bello?

¿A dó la perfeccion, nunca imitada
De aquella imagen viva y hermosura
Con envidia de todas admirada?

¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi deseo?
De mi grave temor ¿quién me asegura?

En un mismo lugar esté, y no veo
La luz que á el alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien que siempre ver deseo.

¡Grande dolor! pero en cuitada vida
Bien lo debe abrazar quien lo consiente,
Y sufre sustentar esta caída.

Si donde el sol se asconde de la gente,
O á do en rosado carro va á la Aurora
Con purpúreo celage y blanca frente,

Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta luz serena y bella
Que humilde reconozco por señora:

Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tñiebla y claridad del día
Buscando iria mi fatal estrella.

Y ahora una enemiga compañía
El paso al bien abierto me deshace;
Llora conmigo, amor, la pena mia.

En esta soledad me satisface
Cuanto es triste y á muchos insufrible,
Y todo extraño desconcierto aplice.

¿Quién espera en amor, si aborrecible
Su bien y su mal es en su mudanza,
Y cuanto mas halaga mas terrible?

Si pudiese perdersé la esperanza,
¡O cuán breve seria el ciego engaño
Que nace de amorosa confianza!

Porque descubriría el desengaño
Presente al cielo que mis cuitas mira
La vanidad y causa de su daño.

¡Mísero quien estima y quien admira
Simple tan frágil fuerza, y olvidado
De sí su perdicion busca y suspira!

Pues yo ausente aun no estoy desesperado;
Para que no desmaye el dolor crudo,
Amor, lloremos mi dichoso estado.

Mis quejas oiga el impetu sañudo
De Vulturno, y las lleve resonando
Do Iperion asconde el rayo agudo;

Y traspase de allí el caliente bando,
Y la llena region de fria nieve,
Mi cuidado y dolor multiplicando.

Mi daño alcánce quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno;
Y quien, o Marte, á tu furor se atreve.

Si se halláre desdichado alguno,
Que tuvo bien, y lo perdió éste puede
Consuelo en mí tener mas oportuno.

Escrita mi infelice historia quede
En bronce; y llore de mi gloria muerta
Quejoso el mal que á tanto bien sucede.

Si algun amante en esta parte incierta
Llegáre, lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido y cuita cierta;

Señale en esta arena, y mustio diga:
Aquí no entra quien no es desdichado,
Y aquí la suerte á todo afan obliga.

En tanto que se acerca el impio hado,
Y no escucha esta ribera fria,
Lloremos, ojos, mi dichoso estado.

Llore Betis los versos que me oia;
Y tú que no te ofendes de mis males
Llora conmigo, amor, la pena mia.

Las aves con sus cantos desiguales
Acompañan la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.

No es mi queja mayor que mi tormento,
Que el corazón que tengo es bien bastante
Para cualquier profundo sentimiento.

Mas este que padezco, va delante
A todos cuantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.

Desconfío, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.

Testigo es de mis males el desierto
Que me ve en su desnuda y roja arena
Vencido de dolor y casi muerto.

Cándida luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?

Mírame en este solo y hondo rio
Lamentando mi mal con su rüido,
Y me cubre del cielo el manto frio.

Repara el carro inestable á mi gemido;
Y pues amor tocó tu esento pecho,
Dúete de quien ama tan perdido.

Así el dormido jóven, satisfecho
Del hermoso fulgor de tu luz pura,
Amancille jamas tu alegre pecho.

Pues de nieblas la faz rompiste oscura,
Para mirar el tiempo ufano y ledo,
Cuando pude esperar de mi ventura,

En este mal en que me vence el miedo,
Ofrece algun remedio á tanto daño,
Pues valerme en mis ansias nunca puedo;

Que en este mi infortunio y mal extraño
Por ventura la suerte ofreciera
Algún flaco reparo á tal engaño.

Mas pues Diana sigue su alta via,
Y acogida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, amor, la pena mia.

Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lastimas me entrega;

De este sonante rio en la ribera,
Esperaré, si soy de tal bien dino,
Que mi esquivá pasion conmigo muera:
Y seré en esta tierra triste indino
Ejemplo del dolor, que amor presenta
Al mas dichoso amante y mas mezuino.

Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena que el sol hiere en luengo dia,
Y un verso que declare así mi afrenta:

« Dió ausencia y soledad siendo su guia
A un misero amador injusta muerte;
Amor que siempre fué en su compañía
Yace con él en una misma suerte. »

ELEGIA IV¹.

Bien debes asconder, sereno cielo,
Tus luces, y tejer de oscuro manto
En torno luengamente el ancho velo;

Y España deshacerse en mustio llanto,
Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz y alegre canto;

Y Betis remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su misero lamento;

Pues ¡o dolor tarde temido! el hado

Pudo airado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.

Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Desconhorte los pechos espantados
De dureza tan áspera y llorosa.

Acábase con este los cuidados,
Las congojas antiguas, y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.

El sol de hermosura esclarecido,
Rayo de la divina hermosura,
Yace en fria tiniebla oscurecido.

Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.

Las ricas hebras, lúcidos mantojos
De oro terso, sutil y ensortijado,
Son ya de muerte miserios despojos.

Vese el dulce color amortiguado,
Y sin vigor la bella y blanca frente,
Y queda el cuello apuesto derribado.

El blando trato, el corazon clemente,
La gracia generosa y cortesin,

La fe y modestia, y la virtud presente,
Entrega un desdichado y cruel dia

En duros brazos de la muerte fiera,
Cuando menos al miedo se debia.

Esta engañosa vida lisonjera,
Desierta, y en confuso error perdida,
Despues de tanto mal, ¿qué bien espera?

Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.

Ningun caso tan áspero ó tan fuerte
Estrago, y ningun impetu sañoso
Del ciclo, que contrasta nuestra suerte,

¹ Si hay argumento alguno en que un poeta dotado de sensibilidad y talento pueda estar seguro de interesar y conmover, es sin disputa alguna el de la elegia presente. La condesa de Gelves, la Luz, la Lumbre, la Estrella de Herrera muere, y su amante en pérdida tan grande canta su propia pena, y las raras prendas y virtudes que adornaban á su idolatrada Eliodora. Esta composicion pues debia ser en su género la obra clásica de nuestro escritor, y algunos críticos por ilusion y por respeto segun creo, mas que por sentimiento y conviccion, le han dado una absoluta primacia sobre las demas de su clase. No hay duda que brillan en ella tanto y mas que en cualquiera otra del autor su usado esmero en la diction y en el estilo, la grandeza de las imágenes, la nobleza de los pensamientos, una acertada distribucion de ellos en un órden natural y sabiamente graduado; en fin buenos versos donde quiera, esto es versos de grau sonido, llenos de espíritu y nervio. Pero esto no bastaba para desempeñar debidamente el argumento fatal y lastimoso que se propuso el poeta. Echase de menos en su obra las dos prendas mas esenciales que son el acento del dolor y el abandono de la tristeza y de la melancolia. Nada se queda en el ánimo, nada en el oido, y en vano seria buscar en toda ella un rasgo, una ex-

presion sola, que salga del corazon y se dirija tíer-namente á él. Así es que, despues de haber cantado tan docta y friamente, queda ingualmente frio el que lee ó el que escucha, sin haber simpatizado una vez sola siquiera con los sentimientos del autor. *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.*

No es mi ánimo faltar en todo alguno al respeto que se debe á un hombre tan eminente como Herrera. Pero que se comparen con esta elegia las Barquillas de Lope compuestas á un asunto semejante, y se verá como á pesar de su prolijidad, de su desigualdad y de sus frecuentes resabios de mal gusto, presentan de cuando en cuando rasgos de afecto, de melancolia y ternura que se quedan grabados dulcemente en el corazon y en la memoria, y producen un efecto harto mas análogo al argumento, que los magestuosos y esmerados encarecimientos de Herrera.

Por estas consideraciones debiera haberse omitido esta elegia en la coleccion presente. Mas la celebridad y aprecio en que comunmente se la tiene, la constituyen ya entre las clásicas; y el colector ha creído que debia sacrificar, respecto de ella, su propio dictámen al de los otros, y ponerla en el mismo lugar en que ellos la ponen.

Puede, aunque quebrantando porceloso
 Arranque gruesos muros bien trabados,
 Y se confunda el orbe temeroso,
 Rendir los corazones levantados;
 Que el valor glorioso los alienta,
 Entre peligros mil nunca turbados.
 Mas esta, que enemiga se presenta,
 Y deshace cruel con ímpia mano
 La verde flor, indigna de esta afrenta,
 Al mas excelso pecho y sobre humano
 Desnuda de la usada fortaleza,
 Que contra su rigor se opone en vano.
 Terrible mal, pero comun tristeza,
 Que desbarata la ambicion profana,
 Freno de vanas pompas y grandeza.
 Contra esta furia rígida, tirana
 Solo finca un reparo no ofendido,
 Que es la ardiente virtud y soberana.
 Rompa el cielo, en mil rayos encendido,
 Y con pavor horrisono cayendo,
 Se despedace en hórrido estampido:
 Tal es, que este furor y horror tremendo,
 Y quanto conspirare por sur daño,
 Rendido ante ella quedará gimiendo.
 Bien puede al hombre ciego y della extraño
 Enflaquecer; y su memoria injusta
 Acabar del olvido en lento engaño;
 Mas nunca podrá haber victoria justa
 De quien se aparta, y singular contino
 Sigue, y alcanza al bien con gloria augusta.
 Dichoso aquel espíritu divino,
 Que la alta frente descubrió seguro,
 Sin temer el comun peligro indino.
 Y al estrellado claustro y ardor puro
 Encumbró el fácil vuelo en paz, purgado
 De corteza mortal y error oscuro.
 Si amor, de la virtud jamas cansado,
 Si piedad, si corazon honesto,
 Si sufrimiento á penas enseñado;
 Y si ánimo humillado y bien dispuesto;
 Si trabajos de inmenso sentimiento;
 Si á santas obras pechos firme y puesto,
 Pueden de este apartado y grave asiento
 Colocarte, o sin par bella Eliodora,
 En los giros de eterno movimiento;
 Tú serás en el cielo nueva Aurora,
 Antes luciente sol, que muestre al dia
 La riqueza y valor que en tí atesora.
 Y cuando la desnuda noche fría
 Oscurezca el fulgor, serás lucero,
 Que descubra en su horror serena via.
 Y viendo el color tuyo verdadero,
 Variado en la púrpura y la nieve
 Y el oro, que igual nunca vió el Ibero;
 Dirá, quien te mirare, si osar debe
 En tanto mal ingrato á tu belleza,
 ¿El impio hado á tanto bien se atreve?
 Tú jamas descansaste en la estrechez
 Que tu alma ofendia, y padeciste
 Dolor, y siempre afanes y tristeza.

No quiso el claro Olimpo, ni pudiste
 Ya esperar mas trabajos, y dejaste
 Alegre al cielo todo, á España triste
 Contigo arrebatado nos llevaste
 El deseo de amor honesto y santo,
 Con el que en nuestros pechos inflamaste.
 Yo canté tu valor, y ahora canto
 El premio merecido de tu gloria,
 Aunque á la voz impide el tierno llanto.
 Mas en mí no desmaya la memoria
 De tu virtud, de quien el tibio olvido
 Desespero ganar jamas victoria;
 Y veo, que es el llanto mal perdido;
 Porque descansas libre ya y segura,
 Y la ocasion de mi dolor olvido.
 No podia tu inmensa hermosura,
 Tu valor, tu divino entendimiento
 Contento sosegar en sombra oscura;
 Y desdénando el duro ligamiento
 Deslazaste, y en leve vuelo suelta
 Pisas el cerco etéreo y firme asiento.
 Si puede renovarte alguna vuelta
 La memoria del suelo despreciado,
 En dichosa alegría y bien envuelta;
 Da esfuerzo á este mi espíritu cuitado,
 Para sufrir la acerba y lunga pena
 De esta vida la lastima y cuidado:
 Que ya de la esperanza se enagená,
 Ya su intento engañado y error siente,
 Y en tormento molesto se condena.
 Que en tu honra inclinado el Occidente,
 El frio Ebro, el Tajo caudaloso
 Venerará este dia humildemente.
 El Betis, que contigo fué dichoso;
 Pero ya desdichado que te pierde,
 Y triste y sin el aucho curso hodoso;
 En medio de su fértil campo verde
 Hará que el coro todo se levante
 De ninfas, que con dulce voz cobuere;
 Y metiendo en el piélago de Atlante
 La frente por su abierto y hondo seno,
 Con impetu, extendido, resonante,
 Dará ocasion, que el mar de peñas lleno,
 Alce el canto en tu gloria, rodando
 Sus bandas, de otra alguna voz ageno.
 Hasta que el claro son multiplicando
 Entre volviendo el paso en el Egeo,
 En el último Euximo reparando.
 Y, si el cielo, presente á mi deseo,
 No corta el hilo frágil de esta vida,
 Y al canto aspira espíritu Febeo;
 Espero tu memoria esclarecida
 Hacer insigne ejemplo de la fama,
 Prenda solo á mis lágrimas debida.
 Y quien oír pudiere de tu llama
 Viva el puro esplendor y la belleza,
 Que por cuanto el sol cerca se derrama,
 Culpará de sus hados la dureza
 Que le negó admirar en este suelo
 La luz excelsa de inclita grandeza.

Alma dichosa, tú que al alto cielo
Enriqueces alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;

Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya agena,
Yace en terreno afecto congojosa.

Esta triste ribera, de afan llena,
Que vió desaparecer su blanca Aurora,
Con mustio verso murmurando suena:

« La sublime y bellissima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frio,
Abrasada en la eterna luz, que adora,
Es tutela del sacro Esperio rio. »

ÉGLOGA VENATORIA¹.

De aljaba y arco, tú, Diana armada,
Que por el monte umbroso y extendido
Fatigas á las fieras presurosa,
Huye del alto Ladmo, desdichada,
Donde tu cazador duerme escondido;

Que ya otra cazadora mas hermosa
Persigue impetuosa

Al jabalí espumoso y enojado;
Que ya otra mas hermosa cazadora
Al ciervo sigue ahora.

Si Endimion la viere, tu cuidado,
Venciendo de las fieras la braveza,
Te dejará por ella con tristeza.

A Endimion no dejes tú, Diana,
Queda con él, no siga el amor mio:
Tu amor, Endimion, esté contigo;
En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frio,
Mi dulce cazadora esté conmigo:
Este bosque es testigo,
Cuantas veces la llamo, y busco en vano
La aurora me oye sola sin su amante;

Y se ofrece delante,
Cuando espera las fieras en lo llano,
Suspira ella su amor, yo lloro el mio;
Si al monte mira, yo á mi valle y rio.

Hermosa cazadora, que has llevado
Del frio bosque mi herido pecho,
Con el cabello de oro suelto al viento,
Y de flores y rosas coronado;

¿ Eres Napea de este valle estrecho,
Que alcanza con ligero movimiento,

Al jabali sediento,
Y del ciervo la planta voladora?

Que tu paso, tu voz y tu belleza
Mas que mortal grandeza

Descubre á tu Melanio que te adora:
Talva Cintia con trage soberano,
Y enciende en fuego al amador Silvano.

¿ Que Dios, o Clearista, te ha ofrecido
A mis ojos, corriendo yo una fiera

Sin cuidado de amor, y vista luego
Te me llevó, dejándome perdido,

Porque en llama inmortal ardiendo muera?
De tus luces probó el tirano ciego

Con mi daño su fuego.

Mas, tú habites el bosque oscuro y prado,
O la tendida selva de este rio,

Jamas del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado:

El bosque y prado del amor testigo,
A amarte aprenderán tambien conmigo.

O la ligera garza levantando
Mire al halcon veloce y atrevido,

O espere el jabali cerdoso y fero,
O la aura entre los árboles gozando,

Con silencio y voz muda lo escondido
Del pecho solo lloraré primero,

El dolor en que muero.

Sin tí el veloz caballo, el rayo ardiente

¹ Este poemasingular y aun extraño por su forma y sus colores, fué dado á luz por Herrera en la impresion que hizo de algunos de sus versos en 1582. Yo ignoro de donde tomó la idea de él; pero es cierto que no se parece á ninguna égloga de las conocidas. La escena es en el campo, y todos sus accesorios estan tomados de la naturaleza campestre: el actor es un cazador que dirige requiebros y quejas á una cazadora, y las imágenes, las alusiones y hasta la forma misma de que se revisten sus ruegos, todo está tomado del ejercicio venatorio con mucha propiedad y elegancia. En medio de esta extrañeza se advierte con placer que los afectos tienen un calor, una vivacidad y un despejo que no son frecuentes en Herrera, al paso que muchos de los periodos poéticos corren tambien con mas facilidad y dulzura que en otras obras suyas.

Mas tú habites el bosque obscuro y prado,
O la tendida selva de este rio,
Jamas del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado:

El bosque y prado del amor testigo
A amarte aprenderán tambien conmigo.

No dudes, ven conmigo, niña mia,
Yo no soy feo aunque ni alivia frente
No se muestre á la tuya semejante:
Mas tengo amor y fuerza y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente,
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante.

A no saberse tan de positivo que la égloga presente era de Herrera, nadie diría que eran suyos estos y otros pasajes, señalados por su calor, por su novedad ó por su elegancia, y con un carácter enteramente distinto del que se observa en sus demas versos. Es lástima que no diese otra disposicion á su poema, cuyas formas y movimientos son generalmente líricos; que no se vea mas coherencia y artificio en la serie progresiva de los cuadros que presenta; y que la versificación no sea mas igual, ya que es tan brillante y tan bella á veces. Sin estos defectos la obra seria tan clásica como original.

Del imitado trueno, y la sabrosa
 Caza me es enojosa,
 Pues tú me dejas misero y doliente;
 Todo me agradará y será mi gloria
 Si vuelves, y de mí tienes memoria.
 ¿Porqué huyes y quieres que sin lumbre
 En estas breñas muera con tormento,
 Y no miras tu amante que te llama?
 Baja de esa fragosa y alta cumbre,
 Que según el ruidó grave sientó,
 Por entre una y otra espesa rama
 Que las hojas derrama,
 Un feroz jabalí se ha recogido:
 Con el arco en la blanca y tierna mano
 Baja, que antes que al llano
 Llegues, atravesado y extendido
 De mi venablo y muerto, la espumosa
 Cabeza llevarás victoriosa.

No fies, Clearista, en tu belleza;
 Que vendrá el día en que las hebras de oro
 Mude la edad ligera en blanca plata.
 Antes muera que vea tu tristeza:
 Mas ¿para qué suspiro triste y lloro
 Por quien á mis querellas es ingrata?
 Si tu dureza mata
 A quien te sigue, aquel que te aborrece
 ¿Qué pena habrá que iguale con su culpa?
 ¿Pero quién no te culpa,
 Pues sigo solo el mal que se me ofrece?
 Suspense en el amor y en el deseo
 Al fin doy en un ciego devaneo.

Mas vos, amores rojos, dulcemente
 Dejad las ondas claras de Citera,
 Y á mi ninfa herid con vuestra llama;
 Que su hermosa flor perder no siente,
 Sin fruto, inútil, en la edad primera.
 Y tú, Latonia, pues amor te inflama,
 Cuando el monte te llama
 Por el dormido amante, y ya el tormento
 Conoces del amor; si he venerado
 Tus aras, y colgado
 Del jabalí terrible y violento
 La alta frente, y del ciervo la ramosa,
 Muéstrate á mis dolores piadosa.

Si contigo viviera, ninfa mia,
 En esta selva tu sutil cabello
 Adornára de rosas, y cogiera
 Las frutas varias en el nuevo día,
 Las blancas plumas del gallardo cuello
 De la garza ofreciendo: y te trajera
 De la silvestre fiera
 Los despojos, contigo recostado,

Y á la sombra cantando tu belleza:
 Y en la verde corteza
 De la frondosa encina, mi cuidado
 Entendiendo conmigo, lo leyeras,
 Y sobre mí las flores esparcieras.
 ¡Ah cuántas veces entre aqueste fuego
 A tu cuello los brazos rodeára,
 Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
 Cuando mas descuidada de mi fuego,
 A tu boca el espíritu robára,
 Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
 Dulcemente muriendo!
 Esto preciára mas que ver el vuelo
 Del halcón, mas que dar de un golpe muerte
 Al jabalí mas fuerte,
 O alcanzar por el ancho y largo suelo
 Junto al agua herido y sin aliento
 El ciervo que atras deja el presto viento.

No dudes, ven conmigo, ninfa mia:
 Yo no soy feo, aunque mi altiva frente
 No se muestra á la tuya semejante;
 Mas tengo amor y fuerza y osadia
 Y tengo parecer de hombre valiente;
 Que al cazador conviene este semblante
 Robusto y arrogante:
 Iremos á la fuente, al dulce frio,
 Y en blando sueño puestos al ruidó
 Del murmurio esparcido
 Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
 Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
 A los Faunos haria envidiosos.

Mas si te agrada; y ¡oh si te agradase!
 Ven conmigo á esta sombra do resuena
 La aura en los ciclamoros revestidos
 De hiedra, do se vió jamas que entrase
 Alzado el sol con luz ardiente y llena.
 Aquí hay alamos verdes y crecidos,
 Y los pobos floridos,
 Y el fresco prado riega la alta fuente,
 Con murmurio suave y sosegado:
 Aquí el tiempo templado
 Te convida á huir el sol caliente:
 Ven Clearista, ven ya, ninfa mia,
 Este prado te llama y fuente fria.

IDILIO I.

El sol del alto cerco descendia,
 Y el paso lentamente apresuraba,
 Y no espiraba la aura mansa y fria;
 Cuando, suspense el curso con que lava
 El sacro muro, honor de Esperia y fama,

* No tiene los trozos de resalto que hay en la égloga; pero tampoco adolece de los defectos que ella. Su disposición es mejor, su tono mas natural, mas igual su ejecución. Los versos corren con una suavidad, una fluidez, y una ternura que encantan. Alzase algun tanto de tono en aquel pasage— *Las torres que el Tebano alzó prime-*

ro, etc., que podria de pronto parecer impropio de un idilio; pero es preciso acordarse de que es un nūmen el que habla en él, y ya entra en la conveniencia debida. Por cualquiera parte que se mire esta flor de la corona pōetica de Herrera, si no es la mayor ni la mas brillante, es la mas pura á lo menos.

Betis la frente ovosa triste alzaba.

No viendo la cruel por quien derrama
Mil suspiros lloroso, en voz agena
Dijo, ardiendo de amor en fiera llama ;

¿ A dónde estás ? escucha de mi pena
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,
Y á mayor mal me obliga y me condena,

Ven, ninfa, adonde el ciclamor florece,
Que en la entrepesta hiedra está sombrío,
Y do al timble igualando el pobo crece :

Que todo cuanto abraza este gran rio
Es mio, y será tuyo, si tú vienes.

Ven, ven, o Galatea, al llanto mio ;

¿ Qué tardas ? ¿ porqué, ingrata, te detienes ?

No causes mi esperanza, que afligida
Penando en confusion y en miedo tienes.

Una guirnalda guardo retejada
De siempre ardientes rosas, blandas flores,
Y de violas blandas esparcida ,

Que enlazada en tu frente con olores
Que cria el oriente fortunado

Encenderás los Sátiros de amores.

Cubrirá de ostro asirio un estimado
Y rico manto el cuerpo bello y puro,
Envidia de las Naides y cuidado.

Consagrará á tu nombre un bosque oscuro
Con empinados árboles tendido
Que nunca ose cortar el hierro duro.

Mas esto, Galatea, si rendido
No ha tu altivo corazon, yo quiero
Prometer otro don mas escogido,

Las torres que el Tebano alzó primero
Mira á quien la cerúlea y alta fuente
Y el curso inclina el mar de Atlante fiero ;
Do vibra la asta Marte, que caliente
Bañó en la sangre maura, y lleno de ira
Pone á la Aurora el yugo y á Occidente.

Donde valor, virtud el cielo inspira,
La grandeza el imperio glorioso,
Y felice fortuna siempre aspira.

En estos dará Febo poderoso
A sublimes espirtus noble aliento
Con industria y cuidado generoso.

Habrá quien cante humilde su tormento,
Quien beligeró horror y aguda espada,
Y quien el dulce y rústico lamento ;

Que aunque tú de pastores celebrada
Seas en Aretusa y Mincio frio,
Y del lascivo sulmonés cantada ;

Si atiendes á su alegre desvarío,
Te agradará en mis brazos blandamente

Su canto que suspira el dolor mio.

Ven pues, ven Galatea ; que el ardiente
Calor á estas mis ondas te convida,
Templadas con el céfiro presente :

Y en la secreta urna y escondida
Tratarémos de amor suave y blando,
Sin nunca desear mas dulce vida.

Cantando yo, tú ayudarás sonando,
Y la zampoña y canto confundido
Con lazo estrecho al fin ira cesando

¿ Dichoso yo, si alcanzo lo que pido !

Que si lo alcanzaré, pues tu deseo
No aborrece los juegos de Cupido.

Aunque á la Siracusia ninfa Alfeo
Busque, y con Ilia el Tebro venturoso

Y esté con Tiro el hórrido Enipeo ;

Ensalzará yo el curso espacioso
Con puras ondas, esmaltado y lleno
De esmeraldas el suelo deleitoso.

Y el vaso de cristal y el claro seno
Coronaré con oro y perlas bellas,
La aura esparciendo espíritu sereno.

Infundirán propicias tus estrellas,
Virtud al campo alegre y flor hermosa,
Y arderé yo inflamado en sus centellas.

¿ Qué lira habrá, qué cítara llorosa,
Que no se rinda humilde, y dé la gloria ?

¿ Qué silvestre zampoña y amorosa ?

Será eterna y sagrada tu memoria
En cuanto ciña el mar, y Cintio vea ;
Pues das al amor mio esta victoria,
Mi dulce, bella, amada Galaten.

DE BALTASAR DE ESCOBAR EN ELOGIO DE HERRERA.

SONETO.

Así cantaba en dulce son Herrera,
Gloria del Betis espacioso, cuando
Iba las quejas amorosas dando
A la mansa corriente en su ribera ;

Y las ninfas del bosque en la frontera
Selva de Alcides todas escuchando ;
Y en cortezas de olivos entallando
Sus versos, cual si Apolo los dijera.

Y porque, tiempo, tú no los consumas,
En estas hojas trasladadas fueron
Por sacras manos del castalio coro :

Dieron los cisnes de sus blancas plumas,
Y del rio las ninfas esparcieron
Para enjularlos sus arenas de oro.

¹ Herrera compuso un número crecido de sonetos, dignos de estudiarse por las dotes de lenguaje y estilo que los caracterizan; pero que no ofrecen otra prenda alguna que llame particularmente la atención. Los cuatro que se han intercalado aquí entre sus demas composiciones, se han puesto como muestra, el primero de dición y de armonía imitativa, el segundo de robustez y grandeza de pensamiento, el tercero de imaginación y fluidez, el

cuarto de sentimiento y de pasión. Este de Escobar en alabanza del vate sevillano es harto mejor que todos ellos. Su soltura, su gracia y su armonía se dejan sentir hasta de los oídos mas duros; y estas cláusulas sonoras se graban en la memoria con una facilidad y un halago que dan demostración de su belleza. No se conoce ninguna otra obra de este escritor; pero por esta muestra se ve que tenia un bello talento y sumamente ejercitado.

POESIAS DE FRANCISCO DE RIOJA¹.

SILVAS².

I.

A LA ROSA.

Pura, encendida rosa,
Émula de la llama,
Que sale con el día,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,

Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La ejecucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡O fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color, sangre divina,
De la deidad que dieron las espumas.

¹ Sevillano : murió en 1639, de edad, segun se dice, muy avanzada. Fué racionero de la iglesia de Sevilla, inquisidor en la Suprema, y grande amigo del conde duque de Olivares. Aunque bastante posterior á Herrera, se colocan sus poesias en este lugar, por ser de la misma escuela, y mas análogos en gusto y carácter á las de este autor, que á las de sus contemporáneos.

² Podemos considerar estas composiciones como los primeros ensayos de poesía descriptiva en castellano. Aunque haya anteriores muchos trozos de este carácter, el intento de pintar y describir la naturaleza, está en ellos subordinado á la intencion patética ó moral, narrativa ó dramática de las composiciones en que respectivamente se hallan. No así aquí en que el objeto natural es lo principal y lo demas accesorio. Propónese el escritor pintar á la imaginacion y dar belleza é interes poético ya á una rosa, ya á un clavel, ya á un jazmin; y á pesar de la pequenez y poca importancia del objeto, lo consigue á fuerza de imaginacion, de delicadeza, de armonia, y á veces de sentimiento. Sirvanos de ejemplo la silva primera dirigida á la rosa. ¿Qué ofrece esta flor á nuestra vista y á nuestro agrado? Sus formas, su color, su fragancia y su frescura. Pero la fantasía del poeta embellecerá todo esto haciendo que las hojas sean plumas de las alas del amor, oro de su cabello los estambres que encierra en su cáliz, y el color la sangre de la diosa de Citeres. El interes se aumentará con el tono y la intencion: la silva es ademas una pequeña elegía sobre la corta duracion de una flor tan hermosa, y toda ella en el estilo mas gallano y poético, sin dejar de ser fácil y natural, y en versos los mas bien contruidos; de modo que la imaginacion, el sentimiento, y la armonia se reunen á desempeñar el intento del poeta, y á mostrar su eminente talento y su gusto exquisito.

Iguals prendas, y aun superiores, se encuentran en las demas silvas, donde á la sensacion que le causan los objetos que describe, se le ve unir con el tacto mas fino, unas veces los sentimientos de su amor como en las del clavel y del jazmin, otras una moral dulce y afectuosa como en las

del verano y de la arrebolera. Yo ignoro á que uso ó costumbre alude el poeta cuando trata de las navegaciones y viages de esta florecilla; pero en verdad que la disuade de ellos con harta viveza y gracia.

¡Oh como es error vano
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano,
Que impio roba á las flores
El lustre y el aliento y los colores!
Y tu admirable y vaga,
Dulce honor y cuidado de la noche, etc.

Esta palabra *vaga* está aquí en la acepcion de *hermosa*, como en italiano. No tengo presente haberla visto usada así en ningun otro escritor nuestro; como tampoco la expresion *á su talento por á su arbitrio*, que se halla mas adelante en la epistola moral á Fabio, y es igualmente italiana.

Superfino seria hablar de la variedad y artificio con que se siguen y enlazan los períodos poéticos; y de la armonia y número apacible de los versos, á veces exquisito y nuevo, como en estos,

Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes,
Que blandas tiende y rompe el ponto en Chio.

los cuales ciertamente no necesitan de que venga á darles realce y agrado la rima de los que conciertan con ellos.

No deja de encontrarse sin embargo algun otro descuido en estas delicadas composiciones. Tal cual verso disonante como este:

Liberal escondió en su cerco alado;

tal cual resabio de gongorismo como en estos:

Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo.

Mas, apartando la atencion de estos lunares casi imperceptibles, concluyamos con observar que Rioja no tuvo modelo ninguno á quien imitar en este género, y que los que le han querido seguir despues en él, se le han quedado muy atras en delicadeza y gusto.

¿Y esto, púrpurea flor, esto no pudo
 Hacer menos violento el rayo agudo?
 Róbate en una hora,
 Róbate licencioso su ardimiento
 El color y el aliento:
 Tiendes aun no las alas abrasadas,
 Y ya vuelan al suelo desmayadas:
 Tan cerca, tan unida
 Está al morir tu vida,
 Que dudo si en sus lágrimas la aurora
 Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

II.

AL CLAVEL.

A ti, clavel ardiente,
 Envidia de la llama y de la aurora
 Miró al nacer mas blandamente Flora:
 Color te dió excelente,
 Y del año las horas mas suaves.
 Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo
 Rompe luciente sol las canas nieves
 Con mas caliente rayo,
 Tiendes igual las hojas abrasadas;
 Mas ¿quién sabe, si á Flora el color debes.
 Cuando debas las horas mas templadas?
 Amor, amor sin duda dulcemente
 Te bañó de su llama refulgente,
 Y te dió el puro aliento soberano:
 Que eres, flor encendida,
 Pública admiracion de la belleza,
 Lustre y ornato á pura y blanca mano,
 Y ornato, lustre y vida
 Al mas hermoso pelo
 Que corona nevada y tersa frente;
 Sola merced de amor, no de suprema
 Otra deidad alguna.
 ¡O flor de alta fortuna!
 Cuantas veces te miro
 Entre los admirables lazos de oro,
 Por quien lloro y suspiro,
 Por quien suspiro y lloro,
 En envidia y amor junto me enciendo.
 Si forman por la pura nieve y rosa,
 Diré mejor por el luciente cielo,
 Las dulces hebras amoroso velo,
 Quedas, clavel, en cárcel amorosa
 Con gloria peregrina aprisionado.
 Si al dulce labio llegas que provoca
 A suave deleite al mas helado,
 Luego que tu encendido seno toca,
 A tu color sangriento
 Vuelves ¡ay! ¡o dolor! mas abrasado.
 ¿Diote naturaleza sentimiento?
 ¡O yo dichoso á habérseme negado!
 Hable mas de tu olor y de tu fuego
 Aquel á quien envidias de favores
 No alteran el sosiego.

III.

AL JAZMIN.

¡O en pura nieve y púrpura bañado,
 Jazmin, gloria y honor del seco estío!
 ¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,
 Hermosa flor que competir presume
 Con tu fragante espiritu y colores?
 Tuyo es el principado
 Entre el copioso número que planta
 Con su pincel y con su varia tinta
 El florido verano.
 Naciste entre la espuma
 De las ondas sonantes
 Que blandas rompe y tiende el Ponte en Cbio:
 Y quizá te formó suprema mano,
 Como á Vénus tambien de su rocío:
 Y si no es rumor vano,
 La misma blanca diosa de Citera,
 Cuando del mar salió la vez primera,
 Por do en la espuma el blando pié estampaba
 De la playa arenosa
 Albos jazmines daba;
 Y de la tersa nieve y de la rosa
 Que el tierno pié ocupaba
 Fiel copia apareció en tan breves hojas.
 La dulce flor de su divino aliento
 Liberal escondió en tu cerco alado:
 Hizo inmortal en el verdor tu planta,
 El soplo la respeta mas violento,
 Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,
 Y la luz mas flamante
 Que Apolo esparce altivo y arrogante.
 Si de suave olor despoja ardiente
 La blanca flor divina,
 Y amenaza á su cuello y á su frente
 Cierta y veloz ruina,
 Nunca tan licenciosa se adelanta
 Que al incansable suceder se opone
 De la nevada copia,
 Que siempre al mayor sol igual florece,
 E igual al mayor hielo resplandece.
 ¡O jazmin glorioso!
 Tú solo eres cuidado deleitoso
 De la sin par hermosa Cítereas,
 Y tú tambien su imagen peregrina.
 Tu cándida pureza
 Es mas de mi estimada,
 Por nueva emulacion de la belleza
 De la altiva luz mia,
 Que por obra sagrada
 De la rosada planta de Dione:
 A tu excelsa blancura
 Admiracion se debe,
 Por imitar de su color la nieve,
 Y á tus perfiles rojos,
 Por emular los cercos de sus ojos.
 Cuando renace el dia
 Fogoso en Oriente,

Y con color medroso en Occidente
 De la espantable sombra se desvía,
 Y el dulce olor te vuelve
 Que apaga el frío y que el calor resuelve,
 Al espíritu tuyo
 Ninguno habrá que iguale :
 Porque entonces imitas
 Al puro olor que de sus labios sale
 ¡ Oh ! corona mis sienes,
 Flor, que al olvido de mi luz previenes.

IV.

A LA ARREBOLERA.

Tristes horas y pocas
 Dió á tu vivir el cielo,
 Y tú á su eterna ley mal obediente
 A no fáciles iras lo provocas :
 Alzas la tierna frente,
 ¿ Diré en llama ó en púrpura bañada ?
 De la gran sombra en el oscuro velo ;
 Y mustia y encogida y desmayada
 Llegas á ver del día
 La blanca luz rosada,
 Tan poco se desvia
 De tu nacer la muerte arrebatada.
 Si es, pues, de alto decreto,
 Que el tiempo breve de tu edad incluyas
 En solo el cerco de una noche fría,
 ¿ Qué te valdrá que huyas
 Con ambicioso afecto
 De acrecentar instantes á la vida ?
 No inquietes atrevida
 El cano seno á los profundos mares,
 Que por ventura negarán camino
 En daño tuyo á tu serrado pino :
 Y en vez de la acogida,
 Que en las pardas entrañas
 Hallaste siempre de la tierra dura,
 Hallarás en sus aguas sepultura.
 Dime : ¿ cuál necio ardor te solicita
 Por ver de Apolo el refulgente rayo ?
 ¿ Qué flor de las que en larga copia el mayo
 Vierte, su grave incendio no marchita ?
 ¡ Oh como es error vano,
 Fatigarse por ver los resplandores
 De un ardiente tirano,
 Que impio roba á las flores
 El lustre y el aliento y los colores !
 Y tu admirable y vaga,
 Dulce honor y cuidado de la noche,
 Si la llama y color el sol te apaga,
 ¿ Cuál mayor dicha tuya
 Que el tiempo de tu edad tan veloz huya ?
 No es mas el luengo curso de los años
 Que un espacioso número de daños.
 Si vives breves horas,
 ¡ Oh cuántas glorias tienes !
 Tú las divinas sienes

Ciñes de la callada noche oscura,
 Y no una vez ofrece á las auroras
 La soñolienta diosa
 De tus colores bellos,
 Tintas para su frente y sus cabellos.
 Deja el mar, ambiciosa,
 Que por tu errar inmenso y dilatado
 No añadirá fortuna
 Hora á tu edad alguna,
 Ni por mudar lugar tan apartado
 Que otro sol le visite y otra luna.
 Y pasa en ocio y paz aventurada
 De tu vivir el tiempo oscuro y breve,
 Esperando aquel último desmayo
 A quien tu luz y púrpura se debe.

V.

AL VERANO.

Fonseca, ya las horas
 Del invierno aterido,
 Aunque tarde, se fueron
 Y su vez agradable permitieron
 Al céfiro florido.
 Ya el verano risueño
 Nos descubre su frente,
 De rosas y de púrpura ceñido :
 Remite el aire el desabrido ceño,
 Y el sol libra sus rayos
 De las nubes oscuras ;
 Y con luces mas vivas y mas puras,
 Regalando las nieves,
 Al blando pié de los parados rios,
 Las prisiones de hielo alegre quita,
 Y su antiguo correr les solicita.
 Viste de yerba el suelo,
 Y de verdor lozano
 Frentes que desnudara el cierzo cano.
 En la copia de flores que aparece
 Por los troncos desnudos,
 Que rara y breve hoja cubre apenas,
 Esperanzas ofrece
 Del rústico al sudor, premio mal cierto.
 Bjen que sabroso engaño,
 De los frutos que espera
 En el copioso ramo y en la era.
 La pesadumbre líquida no crece
 Con el furor de los oscuros vientos
 Que áspe la levantan y remueven
 De sus hondos asientos ;
 Mas antes ya serena y blanda gime
 Con el peso de máquinas aladas,
 Que su tranquila y lisa frente oprime.
 Filomena con voces acordadas
 Se oye sonar en los confusos senos
 De ramas intrincadas,
 Y en los prados amenos.
 ¡ Oh cómo es el verano
 Tiempo el mas genial y mas humano.

Que otro alguno que da el volver del cielo !
 ¡ Oh cuál número y cuánto trae de flores !
 ¡ Oh cuál admiracion en sus colores !
 De la imagen de amor, ardiente rosa ,
 Las encendidas alas
 Que fueron ya de sus espinas galas ,
 Con el color, con el olor divino
 Son lustre y ornamento al blanco lino
 Do al gusto se ministra , coronando
 La mesa regalada ,
 Y fruta sazónada
 Con el puro rocío blanqueando.
 ¡ Pues cual parece el búcaro sangriento
 De flores esparcido,
 Y el cristal veneciano ,
 A quien la agua de helada
 La tersa frente le dejó empañada !
 ¿ A cuál vaga lazada de oro crespo,
 A cuál púrpura y nieve
 Por do los gracias y el amor se mueve ,
 No aumentó hermosa peregrina
 Alguna flor divina ?
 ¡ O florido verano !
 Si á mi afeto se debe ,
 Camina á lento paso ;
 Deja el volar, deja el volar ligero
 Para tiempo mas triste y mas severo.
 Tú cándido y suave y blando espira ,
 Y tarde te retira.
 Pero sordo y difícil á mi ruego,
 Veloz pasas volando,
 Al humano linage amonestando,
 Viendo las rosas que tu aliento cria
 Como nacen y mueren en un día ,
 Que las humanas cosas ,
 Cuanto con mas belleza resplandecen ,
 Mas presto desvanecen.
 ¡ Y , tú , la edad no miras delas rosas !
 Arde, Fonseca , en el divino fuego ,
 Que dulcemente engaña tu cuidado :
 Toma ejemplo del tiempo que nos huye ,
 Y en sus flores de tardos nos arguye ,
 Y no dejes pasar en ocio un punto ;
 Que tan excelsa llama
 A nueva gloria y resplandor te llama.
 ¿ Y sabes si á este día claro y puro
 Otro podrás contar lido y seguro ;
 O si del bello incendio que te apura
 Ha de lucir eterna la hermosura ?

VI.

A LA RIQUEZA.

¡ O mal seguro bien ! ¡ o cuidadosa
 Riqueza , y como ó sombra de alegría
 Y de sosiego engañas !
 El que vela en tu alcance y se desvía
 Del pobre estado y la quietud dichosa ,
 Ocio y seguridad pretende en vano ;

Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
 Cuando el metal precioso coja á mano,
 No ha de ver sin cuidado abrir el día.
 No sin causa los Dioses te escondieron
 En las entrañas de la tierra dura :
 Mas ¿ qué halló difícil y encubierto
 La sedienta codicia ?
 Turbó la paz segura ,
 Con que en la antigua selva florecieron
 El abeto y el pino ,
 Y trájelos al puerto
 Y por campos de mar les dió camino.
 Abrióse el mar, y abrióse
 Altamente la tierra ,
 Y salistes del centro al aire claro ,
 Hija de la avaricia ,
 A hacer á los hombres cruda guerra.
 Salistes tú, y perdiste
 La piedad que no habita en pecho avaro.
 Tantos daños, riqueza ,
 Han venido contigo á los mortales ,
 Que aun cuando nos pagamos á la muerte
 No cesan nuestros males :
 Pues el cadáver que acompaña el oro
 O el costoso vestido,
 Solo por opulento es perseguido,
 Y el último descanso y el reposo,
 Que tuviera en pobreza, te es negado,
 Siendo de su sepulcro conmovido.
 ¡ A cuántos armó el oro de crueza !
 ¡ Y á cuántos ha dejado
 En el último trance ! ¡ O dura suerte !
 Pierde su flor la virginal pureza
 Por tí y vease manchado
 Con adulterio el lecho no esperado.
 Al menos animoso
 Para que te posea
 Das, riqueza, ardimiento ilucioso.
 Ninguno hay que se vea
 Por tí tan abastado y poderoso,
 Que carezca de miedo.
 ¿ Qué cosa habrá de males tan cercada ;
 Pues ora pretendida, ora alcanzada ,
 Y aun estando en deseos ,
 Pena ocultan tus ciegos devaneos ?
 Pero cáusame en vano; decir puedo,
 Que si sombras de bien en tí se vieran ,
 Los inmortales Dioses te tuvieran.

VII.

FRAGMENTO.

El fuego que emprendió leves materias
 Ligeras y atrevidas ,
 Cuanto fueron mas fáciles y aerias ,
 Cuanto mas estorbadas y oprimidas ,
 Tanto con mas espíritu se esfuerza
 A levantar en sus ardientes alas
 Los palacios augustos ,

Y los montes mas altos y robustos.
 Mas, apenas tonante
 De los cóncavos senos de la mina
 El aire se arrebatá
 Y en círculos de humo se dilata ;
 Cuando no se ve mas que la ruina ,
 Rotas columnas , y deshechas basas ,
 Ceniza y polvo oscuro
 De la alta mole y del trabajo muro .
 ¡ Impia hazaña y fiera ,
 Por conseguir el natural intento ,
 Resolver la firmeza al grave asiento
 De inmutable montaña !
 ¡ Impia y atroz hazaña ,
 Y cruda condicion , dar al deseo
 Imperio de tirano ,
 Y al vano afeto poderosa mano !
 No así vagante llama
 Tiende el cabello sobre antigua selva ,
 Y rompe y se derrama
 Por los hojosos senos, ambiciosa
 De conservar su luz maravillosa,
 Y esforzada del viento
 Discurre por el bosque á paso lento .
 Esplende y arde en el silencio oscuro ,
 Émula de los astros :
 Arde y esplende al rutilante y puro
 Cándido aparecer de la mañana ,
 Y sobra y vence al sol siempre segura .
 Abrasadora del verdor del pino
 Levanta entre sus ramas
 Globos de fuego y máquinas de llamas :
 Y en el sólido tronco y mas secreto
 Del laurel y el abeto
 Estalla y gime y luce,
 Nunca del Euro ó Noto escurecida,
 Ni de la inmensa pluvia destruida .
 Tal en mi pecho inapagable incendio
 Eterno se sustenta,
 Y tal como violenta,
 Y vana y leve exhalacion huyeron
 Las llamas, Clori, que en tu pecho ardieron.

¹ El primero está tomado de la oda de Horacio *Exóthemum Tanaim si biberes, Lyce* (*); y á la verdad que la imitacion no puede hacerse con mas desembarazo y maestría y muestra el sobresaliente talento de Rioja.

Audis quo strepida Janua, quo nemus
 Inter pulcra situm tecta renugiat
 Ventis ?

Oye con que ruido la violenta
 Furia del viento en el jardin se extiende,
 Y que apenas la puerta me defiende
 Del soplo que en mi daño se acrecienta.

Aquí el poeta español es por lo menos igual al latino.

Ingramm Veneri pone superbiam,
 Ne corrente retro funis eat rota.

Pon la soberbia, ¡o Layda! y blandos ojos
 Muestra, pues ves en lágrimas bañado.

(*) Lib. 3, oda 10.

SONETO I'.

Aunque pisáras, Layda, la sedienta
 Arena, que en la Libia Apolo enciende,
 Sentieras ¡ ay ! que el Aquilon me ofende,
 Y del hielo y rigor la pluvia lenta.
 Oye con que ruido la violenta
 Furia del viento en el jardin se extiende ;
 Y que apenas la puerta me defiende
 Del soplo que en mi daño se acrecenta.
 Pon la soberbia, ¡o Layda! y blandos ojos
 Muestra, pues ves en lágrimas bañado
 El umbral que adorné de blanda rosa ;
 Que no siempre tu ceño y tus enojos
 Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,
 Ni de Bóreas la saña impetuosa.

SONETO II.

Sube, frondosa vid, y en extendido
 Ramo corona la desnuda frente
 De este infelice pobo, que al corriente
 Cristal yace, de honor destituido.
 Sube, así no amancille el aterido
 Invierno en duro hielo tu excelente
 Cima, ni Febo, cuando mas ardiente
 Muestra á tu gloria el rayo embravecido.
 Que pues cuando en su lustre florecia,
 Te dió el áspero tronco, y dilatado
 Seno, donde luciese tu ufanía ;
 Es razon, sacra vid, que el despojado
 Leño de verde y fresca lozania,
 Ornes agora en su funesto estado.

CANCION 2

A LAS RUINAS DE ITALICA.

Estos, Fabio, ¡ ay dolor ! que ves ahora
 Campos de soledad, mustio collado,
 Fueron un tiempo Italica famosa :
 Aquí de Cipion la vencedora
 Colonia fué : por tierra derribado

El umbral que adorné de blanda rosa, etc.

Aquí Rioja es sin disputa superior: la imágen de que se vale Horacio es desabrida y desengañada, y por lo mismo dura: la castellana es tierna y mas conveniente al tono y al acento de toda la composicion.

El segundo soneto es un bellissimo idilio que manifiesta el interes é importancia que con solo el lenguaje poético y el tono sentimental se puede dar á una idea sencillísima y á un objeto poco importante.

² Esta composicion bellísima es en la opinion general una de las joyas mas preciosas de nuestro Parnaso, y en concepto de muchos la mejor. Todo en ella es igualmente grande y magestuoso; el asunto, la idea, la contextura, la ejecucion. El aspecto y contemplacion de las ruinas de cualquier pueblo celebre previenen por sí mismos el ánimo á la meditacion y á la melancolía; mucho

Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo :
Este llano fué plaza, allí fué templo ;
De todo apenas quedan las señales :

Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas ;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se ruidieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los dioses cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro

mas si tiene motivos particulares de interes para el que le contempla. Aquí el poeta se muestra desde el principio conmovido tristemente con los objetos que tiene delante de sí, y los recorre y describe con el acento solemne y doloroso que conviene á los sentimientos que le agitan. Lo primero es lo material de las ruinas : despues el movimiento, el concurso de gentes, y los espectáculos que animaban aquellos sitios tan desiertos ahora : luego los grandes nombres de Trajano, Adriano y Teodosio vienen á ennoblecer el argumento, que acaba de tomar todo su realce con la comparacion que hace el poeta de aquellas ruinas con las de Atenas y Roma, cuyo aplauso y lamento entretreje en su obra con inimitable maestría. La fantasía así exaltada, ya no se satisface con estos grandes y dolorosos recuerdos, y hace intervenir á los númenes en el interes de la catástrofe que llora. Una voz sobrenatural lamentará en medio del silencio de la noche la caída de Itálica, los ecos del contorno repetirán tristemente aquel ilustre nombre, y las sombras que yacen entre sus ruinas les responderán con gemidos.

La poesía no alcanza á mas. Y si de esta disposicion tan magnífica y poética al mismo paso que natural y sencilla, se pasa á los primores de ejecucion, el escritor se nos presenta todavía mas grande, y toda alabanza que se le dé parece escasa y superflua. ¡Qué gravedad y nobleza en aquellas largas estancias donde se espacia á su placer el raudal numeroso de los períodos poéticos que en ellas se comprenden ! Con qué gusto están puestos en medio aquellos tres versos cortos como para amenizar algun tanto con su gracia y armonía la sobrada austeridad que resultaría si todos fueran mayores ! Y en medio de la llenura y curso de la versificación, nótese como en la primera estancia le rompe con aquella trasposicion enfática del principio, y con las bellas pausas y apoyaturas que se ven en la misma estancia, en la siguiente, y en los ecos de la penúltima ; todas convenientes y propias para expresar, ya el dolor que le embarga, ya el agolpamiento de los objetos que se le presentan á la vez, ya en fin, la importancia de la idea á que corresponde la palabra en que se para.

Fuera por demas hablar de la parte de fantasía, puesto que hasta el menos inteligente percibe la vivacidad, la riqueza y la variedad de las imágenes en que abunda este poema ; las cuales, hallándose incorporadas en la diction, no parecen buscadas ni traídas como por fuerza á enriquecer un asunto de suyo estéril y seco. ¿Qué necesidad tenia el poeta de valerse aquí de este arbitrio ? Su asunto le basta, su dolor le inspira, su imaginacion le pinta cuanto escribe. Así es

que todo en esta composicion siendo tan grande y tan escogido, parece hecho sin esfuerzo y sin artificio. Una vez situado el poeta delante de su objeto, y hallada la relacion que hay entre uno y otro, lo demas nace espontáneamente sin el menor indicio de fatiga. Lo mas notable es la felicidad de algunas expresiones y palabras que, siendo en lo comun bajas y triviales, aqui por el lugar en que están puestas, y por los accesorios que las acompañan, se hacen tan nobles como expresivas. *El amarillo jaramago* afrentará los templos de las falsas divinidades ; el *vil lagarto* hará su morada en las mismas casas donde rodaron las cunas de oro y marfil de los Césares, y donde ellos en otro tiempo se veian adornados con jazmines ó con laureles.

Este despedazado anfiteatro. — Solo el que haya visto el local á que se refiere, puede penetrarse bastante de la propiedad que hay en esta expresion enérgica ; porque el aspecto que tiene aquel monumento no es tanto de una cosa destruida por la accion lenta del tiempo, como de haber sido rota y dispersada por las manos de la venganza y del furor.

Las torres que desprecio al aire fueron. — Este verso es el único que á mi parecer desdice algun tanto de los demas. En su sentido obvio y natural quiere decir que las torres eran despreciadas del aire, y esto no es consiguientemente á la intencion del escritor. Si quiso decir que las torres despreciaban los ímpetus y embates del viento, como parece mas natural ; ya entonces la frase es oscura, y tiene sus visos de gongorismo. Acaso el autor escribió *hicieron* en lugar de *fueron*, y el sentido así presentaría menos dificultades.

La última estancia no pertenece ya á la obra ; y por su objeto, su ejecucion y su estilo está enteramente fuera del cuadro que el autor se propuso. Nosotros ignoramos la historia de este poema : tal vez encargado Rioja de escribir versos al mártir san Geroncio, prelado de Itálica, le sirvió esto de ocasion y motivo para emplear su fantasía en las ruinas y antigüedades del pueblo, y no tuvo arte ó voluntad para enlazar lo uno con lo otro. En tal caso esta mala estancia habrá sido la causa del poema, y como sin ella no le tendríamos, podríamos llamarla *felix culpa*.

Itálica pereció : lo poco que el tiempo y los hombres han dejado de ella será al fin devorado tambien ; pero esta cancion durará, y con ella el nombre de su autor ; y mostrará á cuantos hombres de gusto y de imaginacion lean en lo venidero versos castellanos, los bellos y grandes sentimientos que aquellas mudas ruinas supieron inspirar al genio poético de la Andalucía.

¡ O fábula del tiempo ! representa
Cuanta fué su grandeza, y es su estrago.
¿ Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no sueña ?
¿ Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador ? ¿ Dónde está el atleta fuerte ?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo :
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano ;
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
Dé Silio peregrino,
Rodaron de mármil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡ Ay ! yace de lagartos vil morada :
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡ O patria de los dioses y los reyes !
Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabía Atenas :

Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades :
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡ Ay ! ni por sabía á tí, ni á tí por fuerte.
¿ Mas para que la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento ?
Basta ejemplo menor, basta el presente ;
Que aun se ve el humo aqui, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio, ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando
Cayó Itálica, dice ; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le oprime resonando,
Itálica, y el claro nombre oido
De itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina :
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.

Esta corta piedad que agradecido
Huésped á tus sagrados manes debo,
Te doy y consagro, ó Itálica famosa :
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permiteme piadosa
Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio tu mártir y prelado :
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cabaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo :
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.

EPISTOLA MORAL. ¹

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere

¹ Es bien glorioso para Rioja que lo poco que se conserva suyo sea siempre clásico y magistral. Su mejor obra es esta epístola ; la mas perfecta sin duda que hay de su género en la antigua poesia castellana. Cualquiera que esté versado en las obras de Séneca el filósofo, advertirá fácilmente lo mucho que nuestro autor le debe en máximas y pensamientos : pero estan puestos en castellano con un tacto y un gusto tan fino, que no se resienten nunca de aquel carácter de afectacion y de hipérbole que tienen por lo comun en el moralista latino ; muy diferente de lo que sucede á Quevedo, que en sus imitaciones de Séneca se muestra frecuentemente no menos contagiado con los vicios de estilo de su modelo, que penetrado de su doctrina.

Por mas que se encarezca el mérito de esta epístola, todo parece poco, cuando una vez leida se

consideran las bellezas que en sí tiene. El intento es noble y elevado, los pensamientos con que le desempeña son igualmente nobles, selectos y oportunos ; las máximas y las sentencias sobremañera puras y virtuosas ; las imágenes, en fin, las alusiones, todo el ornato, aplicados con la mayor sobriedad y con la mas sabia inteligencia. Póngase la atencion despues en el modo con que todo está ejecutado, y admirará mas todavía el valiente desembarazo y la sin igual destreza con que el poeta, á pesar de la sujecion á que le obliga el difícil metro que ha elegido, anda, vuela, sube, descende, según su argumento y sus ideas lo requieren, sin divagar nunca, sin decaer jamas, sin entregarse á una lozanía importuna por buscar la amenidad, sin dar en sequedad por buscar la sencillez. La pesada cadena del terceto, que or-

Y donde al mas astuto nacen canas ;
Y el que no las limare ó las rompiere ,
Ni el nombre de varon ha merecido ,
Ni subir al honor que pretendiere .

El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso ,
Primero estar suspenso que caído :

Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente ,
Antes que la rodilla al poderoso ,

Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera ,
Desde el primer sollozo de la cuna .

Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis , cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera .

Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado .

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Austria fué, cuanto regia
Con su temida espada y fuerte lanza .

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno ;
¿ Qué espera la virtud, ó en qué confia ?

Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romulea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno ;

A donde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno :
Blanda le sea, al derramarla encima ;

Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pecc raro ,
O cuando su pavon nos niegue Juno .

Busca, pues, el sosiego dulce y caro ,
Como en la oscura noche, del Egeo
Busca el piloto el eminente faro .

Que si acortas y ciñes tu deseo ,
Dirás : lo que desprecio he conseguido ;
Que la opinion vulgar es devaneo .

Mas precia el ruiñeñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido ,

Que agradar lisojero las orejas
De algun principe insine, aprisionado
En el metal de las doradas rejas .

¡ Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios ,
Augur de los semblantes del privado !

Cese el ansia, y la sed de los officios ;
Que acepta el don, y burla del intento
El idolo á quien haces sacrilicios .

Iguala con la vida el pensamiento ,
Y no te pasarás de hoy á mañana ,
Ni quizá de un momento á otro momento .

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica : ¿ y esperas ?
¡ O error perpetuo de la suerte humana !

Las enseññas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron y pasaron sus carreras .

¿ Qué es nuestra vida mas que un breve día
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las finieblas de la noche fría ?

¿ Qué es mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde ? ¡ o ciego desvarío !
¿ Será que de este sueño me recuerde ?

¿ Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio ?

Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida .

De la pasada edad ¿ qué me ha quedado ?
¿ O que tengo yo á dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado ?

¡ Oh si acabase, viendo como muero ,
De aprender á morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero !

Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue .

Pasáronse las flores del verano ,
El otoño pasó con sus racimos ,
Pasó el invierno con sus nieves cano .

Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, y nosotros á porfia
En nuestro engaño inmóviles vivimos .

Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año y la hartura ,
Y la temprana pluvia y la tardía .

No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado ,
Ni á la vid cuyo fruto no madura .

¿ Piensas acaso tú que fué oriado

dinariamente es tan ardua para los poetas como penosa para los lectores , parece aqui un juguete y un adorno que sirve á la grandeza y al movimiento . Ni un rípió de palabra , ni un rípió de idea , ni una frase impropia , ni una voz que no esté en su lugar . Nada hay aquí que escoger ; todo es igualmente bello , todo igualmente nervioso : si un terceto sorprende por la idea , el otro agrada por la imágen ; este se hace valer por la expresion , aquel por una limpieza y resolucion que le constituye proverbial . Perfeccion sublime que eleva y ena-

gena el ánimo , y que igualmente le desespera .
¿ Nos atreverémos , sin embargo , como en desquite de esta admiracion , á buscar algun lunar en una obra tan bien acabada ? Ni esto es permitido , yo diria que aquellos versos

No porque así te escribirémos conceto
Que ponga la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil á Epicteto .

bajan algun tanto del tono general de la epístola , y en mi dictámen tocan en prosaíens .

El varon para el rayo de la guerra,
 Para sulcar el pielago salado,
 Para medir el orbe de la tierra,
 Y el cerco donde el sol siempre camina?
 ¡ Oh quien así lo entiende, cuanto yerra!
 Esta nuestra porcion alta y divina
 A mayores acciones es llamada,
 Y en mas nobles objetos se termina.
 Así aquella que solo al hombre es dada,
 Sacra razon y pura me despierta,
 De esplendor y de rayos coronada;
 Y en la fria region dura y desierta
 De aqueste pecho enciende nueva llama,
 Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
 Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
 Y callado pasar entre la gente;
 Que no afecto los nombres ni la fama.
 El soberbio tirano del Oriente
 Que maciza las torres de cien codos
 Del cándido metal, puro y luciente,
 Apenas puede ya comprar los modos
 Del pecar; la virtud es mas barata,
 Ella consigo mesma ruega á todos.
 ¡ Pobre de aquel que corre y se dilata
 Por cuantos son los climas y los mares,
 Perseguidor del oro y de la plata!
 Un ángulo me basta entre mis lares,
 Un libro y un amigo, un sueño breve
 Que no pertubén deudas ni pesares.
 Esto tan solamente es cuanto debe
 Naturaleza al parco y al discreto,
 Y algun manjar comun, honesto y leve.
 No porque así te escribo hagas conceto
 Que ponga la virtud en ejercicio,
 Que aun esto fué difícil á Epiteto.
 Basta al que empieza aborrecer el vicio,
 Y el ánimo enseñar á ser modesto,
 Despues le será el cielo mas propicio.
 Despreciar el deleite no es supuesto
 De sólida virtud, que aun el vicioso
 En sí propio le nota de molesto.
 Mas no podrás negarme cuan forzoso
 Este camino sea al alto asiento,
 Morada de la paz y del reposo.
 No sazona la fruta en un momento
 Aquella inteligencia que mensura
 La duracion de todo á su talento:
 Flor la vimos primero, hermosa y pura,
 Luego materia acerba y desabrida,
 Y perfecta despues, dulce y madura.
 Tal la humana prudencia es bien que mida
 Y dispense y comparta las acciones
 Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones,
 Que moran nuestras plazas macilentos,
 De la virtud infames histriones:
 Esos inmundos, trágicos, atentos
 Al aplauso comun, cuyas entrañas
 Son infaustos y oscuros monumentos.
 ¡ Cuán callada que pasa las montañas
 El aura respirando mansamente!
 ¡ Qué gárrula y sonante por las cañas!
 ¡ Qué muda la virtud por el prudente!
 ¡ Qué redundante y llena de ruido
 Por el vano ambicioso y aparente!
 Quiero imitar al pueblo en el vestido,
 En las costumbres solo á los mejores,
 Sin presumir de roto y mal ceñido.
 No respandezca el oro y los colores
 En nuestro traje, ni tampoco sea
 Igual al de los dóricos cantores.
 Una mediana vida yo posea,
 Un estilo comun y moderado,
 Que no lo note nadie que lo vea.
 En el plebeyo barro mal tostado
 Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
 Como en el vaso mürino preciado:
 Y alguno tan illustre y generoso
 Que usó, como si fuera plata neta,
 Del cristal trasparente y luminoso.
 Sin la templanza ¿ viste tú perfecta
 Alguna cosa? ¡ O muerte! ven callada
 Como sueles venir en la saeta;
 No en la tonante máquina preñada
 De fuego y de rumor, que no es mi puerta
 De doblados metales fabricada.
 Así, Fabio, me muestra descubierta
 Su esencia la verdad, y mi albedrio
 Con ella se compone y se concerta.
 No te burles de ver cuanto confío;
 Ni al arte de decir vana y pomposa
 El ardor atribuyas de este brío.
 ¿ Es por ventura menos poderosa
 Que el vicio, la virtud? ¿ es menos fuerte?
 No la arguyas de flaca y temerosa.
 La codicia en las manos de la suerte
 Se arroja al mar; la ira á las espadas,
 Y la ambicion se rie de la muerte:
 ¿ Y no serán siquiera tan osadas
 Las opuestas acciones, si las miro
 De mas ilustres genios ayudadas?
 Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
 De cuanto simple amé: rompí los lazos:
 Ven y verás al alto fin que aspiro,
 Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

POESIAS DE BERNARDO DE BALBUENA ¹.

ÉGLOGA PRIMERA ².

Rosanio, Beraldo.

ROSANIO.

Dime, cabrero, ¿es tuyo aquel ganado

Con que te vide ayer pasar el rio?
¿O á soldada con Clónico has entrado?

BERALDO.

No : mas á Tirsis guardo su cabrio :
Dos cabras solamente tengo mías,
Y el cabron la mitad tambien es mio.

¹ Nació en Valdepeñas en 1568 : fué abad de la Jamaica y obispo de Puerto Rico, y murió en esta isla en 1627. Publicó la *Grandezza Mejicana*, el *Bernardo*, poema épico, y el *Siglo de Oro*, de donde se han sacado estas poesías : las demas obras suyas se han perdido.

² *El siglo de oro* es uno de los muchos libros que en los siglos XVI y XVII se escribieron entre nosotros á imitacion de la Arcadia de Sanázaro. Pero pobre y casi extravagante en su invencion, desnudo de interes , y generalmente afectado y vicioso en su estilo , cayera como la mayor parte de los otros en el justo olvido en que duermen , á no ser por las églogas con que le enriqueció su autor, dignas de su talento poético , y apreciadas siempre en extremo por los inteligentes. Esta obra , ya muy comun con la reimpression que la Academia Española ha hecho de ella en 1821 , era rarísima al tiempo que se formó esta coleccion , y estimada y buscada con anhelo por los curiosos de nuestras antigüedades. Por este motivo se entresacaron y pusieron aquí estas siete églogas completas, teniendo en consideracion el gran deseo que habia entonces de poseer y disfrutar unos poemas tan raros y aplaudidos ; pues á no ser por esta circunstancia , tres ó cuatro á lo mas bastarian para nuestro propósito.

La poesia de Balbuena, en cualquiera género que se ejercite, no se parece nunca á la de los demas escritores ; siempre se distingue por una cierta novedad y extrañeza agradable, que le da un carácter original y aumenta prodigiosamente su realce. Comparar la blancura de una frente á los jazmines , á la nieve , á la plata , es cosa que se ve en cualquiera otro poeta : pero compararla á

Los remansos mas hermosos
De la leche cuajada
Cuando temblando apenas deja verse.

solo se encuentra con igual gusto que admiracion en Balbuena.

El candor inocente de los pastores y su ignorancia rústica estan expresados á veces con aquella sencillez , aquella naturalidad , aquel gracejo , propios de este género , y muy raros ó difíciles de encontrar en otros escritores ; como cuando un pastor hablando de un vaso en que estan esculpidas las tres diosas delante de París , dice :

A juzgar no sé qué las tres le llaman ;
Una pienso que es madre de Cupido,
No sé las otras dos como se llaman.
Por ser mi vaso, como ves, polido.

Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurrón guardado lo he tenido.

O como cuando otro dice á su pastora :

Si por ventura alguno te dijere
Que en su huerto las rosas siempre viven,
Dile tu, Filis, que engañarte quiere.

Pero esta amable simplicidad degenera mas de una vez en una rusticidad grosera, indigna de la urbana amenidad del escritor , é insufrible en poesia. Ningun bucólico que yo sepa se ha atrevido á decir *de migas el estómago aforrado*, ni á hablar en sus églogas de *glállos* ni de *ranas*. Balbuena lo hace sin escrúpulo , y sus pastores entonces dejan de ser personajes del siglo de oro , y entran en la realidad de nuestros rudos y agresivos ganaderos.

Sobresale sin duda en las descripciones , y en donde quiera las presenta naturales , ricas y brillantes ; pero aquí se le encontrará en otro defecto, menos repugnante sin duda al gusto y al oído, pero igualmente contrario á la índole del poema pastoril. Cuando Rosanio en la égloga primera expresa que es medio día , dice :

Ya en lo mas alto del dorado del cielo
La carroza del sol, fuente del día,
Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.

no es ya Rosanio el que habla : es Balbuena , como si sacára de su trompa épica los ecos con que cantó despues las hazañas de los héroes de Roncesvalles.

Rayos que haceis estremecer el cielo,
Pues los de amor pretendes destruirme,
Matadme ;

Dice Graciolo en la égloga séptima , y estos versos figurarian bien en el discurso mas alto y apasionado de una tragedia.

Estas pocas observaciones bastarán en cuanto al estilo de las églogas de Balbuena , tan bello y natural en partes y en partes tan defectuosas. En cuanto á la invencion , la disposicion y diálogo , no pueden comparárselas ningunas otras en castellano ; y en esta parte Balbuena se acerca mas que ninguno á los escritores antiguos. La primera y la sexta son un modelo de todas estas cualidades ; y si nuestro autor hubiera sabido animar sus composiciones bucólicas con una ternura mas viva , con unos rasgos de sentimiento mas apasionados, Garcilaso mismo tendria que cederle la primacia.

ROSANIO.

¿Cómo tan desmedradas las traías?
¿Tú no solías ser pastor lozauo
Cuando las vacas de Alemon pacías?

BERALDO.

Ya pasó, compañero, ese verano,
Y sucedieron tantas tempestades,
Que igualaron los montes con el llano.
Lleva el cielo tras sí las voluntades,
Y así nunca da vuelta que no sea
Ocasión de infinitas novedades.

Lo mismo que da en rostro, nos recrea,
Y aquello que parece mas durable
Ayer se desechó, y hoy se desea.

ROSANIO.

Pastor, si á dicha el tiempo es variable,
El ánimo del hombre no es de tiempo,
Y así le asienta mal el ser mudable.

A quien tanta mudanza le da el tiempo
No le llamaré yo corazón noble,
Llamarle he corazón de pasatiempo.

BERALDO.

Mas firme soy que envejecido roble,
Pastor; palma inmortal es mi cuidado,
Que no sabe quebrar por mas que doble.

Si en otro tiempo andaba descuidado,
Y solo con mis cabras me avenía,
Quizá que no sería enamorado:

Mas ahora yo pienso que daría
La mitad del ganado á quien me diese
Ver unos ojos que otro tiempo vía.

ROSANIO.

Yo tambien, si alabarme pretendiese,
Mi Filis tengo, y soy enamorado,
Y aun holgaria que ella lo supiese.

Que cuando llevo á casa mi ganado,
Suele aguardarme sola en el camino,
Y me asombra si paso descuidado.

Rosas le llevo y flores de contino,
Y pongo mis guirnaldas á su puerta,
Y me huelgo hablar con su vecino;

Y de la primer fruta de mi huerta
Una cestilla le enviaré colmada,
Toda de flores y azahar cubierta.

BERALDO.

Esa, pastor, es afición pintada;
Ni el verdadero amor cabe en el seno,
Ni deja el alma andar tan descuidada.

¿Yo no te ví pasar el sayo lleno
De paja, y todo tal, que me hiciste
Reir un grande rato con Fileno?

Y en mi cabron te digo que persiste
Los ojos al pasar por cierto paso,
Que yo bien te miré, tú no me viste.

ROSANIO.

Sería por ventura, cuando acaso,
Cansado de coger fruta madura,
De mis huertos volvía paso á paso.

Mas si yo voy á ver la hermosa
De Filis, luego limpio mi vestido,

Y me cubro de rosas y frescura;

Y tan lozano voy por el ejido,
Quella, segun me dicen, por mirarme
Mil veces de su madre se ha perdido.

Si me siente cantar baja á accecharme:
Y esto, Filis, no es mucho, si el ganado
Se olvida de pacer por escucharme.

BERALDO.

Basta, pastor, que vives confiado.

¿Ya tú sabes juntar cañas con cera?

¿Tu voz en estas selvas ha sonado?

¿Yo no te oí un día en la ribera

Una flauta sonar áspera y dura,

Y acompañarla de una voz grosera?

ROSANIO.

¿Quieres cantar conmigo por ventura?

¿Quieres que los dos juntos nos probemos,

Y tú salir quizá de esa locura?

Sendas prescas nuestras apostemos:

Un arco nuevo he de tener curioso,

De cuerno reforzados los extremos.

Todo de un palo indico oloroso

Con labores de estaño guarnecido,

Digno de cualquier brazo valeroso.

Y un carcax de lo mismo, do esculpido,

El mal logrado Adonis yace muerto

Al pié de un fiero jabali tendido.

Mas contigo haré nuevo concierto:

Es preciso mi arco, y no querria

Aventurar tal joya á caso incierto.

Sola una cabra tengo toda mia,

A criar dos cabritos enseñada,

Y ordeñarse dos veces cada día.

Aquesta si será de mi apostada:

Bien es el premio harto aventajado,

Señálame otra tú de tu manada.

BERALDO.

No cabra, mas un vaso delicado

Te apostaré de tanta hermosa

Que no te quejarás por agraviado.

Labrado es todo de madera oscura,

Clonio en el monte se halló la rama,

Del divino Cleandro es la hechura.

Es ébano, ó nogal quizá se llama,

Y bien cabe su entalle por famoso

Entre las cosas dignas de la fama.

Es todo el vaso un bosque deleitoso,

Y en medio del tres diosas hermosísimas,

Delante un pastorcillo venturoso:

Asi hechas las hojas sutilísimas,

Que con ellas parece que se enraman,

Y al pastor quieren parecer bellísimas.

A juzgar no sé qué las tres le llaman:

Una pienso que es madre de Cupido,

No sé las otras dos cómo se llaman.

Por ser mi vaso, como ves, polido,

Al labio hasta ahora no ha llegado,

Que en mi zurrón guardado le he tenido.

ROSANIO.

Tambien á mi otro vaso delicado

Cleandro me labró, tambien el mio
De ninfas y de bosques ilustrado.

Donde pintó de Orfeo el desafio
Que hizo con los montes que le oían,
Y á oír su canto se detuvo un río.

Las selvas puso allí que le seguían,
Y los pinos tambien, que sin ruido
De las mas altas sierras descendían.

Por ser mi vaso, como ves, polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurron guardado le he tenido.

Cualquiera cosa apostaré de grado,
Escoge tú, que si mi cabra vieses,
No hay que alabar tu vaso delicado.

BERALDO.

Bien cantaría yo cuanto quisieses,
Mas somos compañeros, y algun día
Juntos hemos segado nuestras mieses.

Por tanto si querrás, en compañía,
Dejando ahora nuestro honor aparte,
Los dos cantemos la pastora mia.

ROSANIO.

Canta, que soy contento de ayudarte,
Que nada habrá que tu amistad deshaga,
Aunque estaba resuelto de ganarte.

BERALDO.

El cielo con mi fe te satisfaga
La nueva obligacion en que me pones,
Pues solo amor con lo que obliga paga.

Oid, cielos, oid los ricos dones
Que en mi cielo encerráis; y tú, pastora,
Recibe nuestras puras intenciones.

ROSANIO.

Los nuevos resplandores de la aurora,
Las tiernas rosas, las doradas flores,
Cuanto en los sonos del verano mora;

No son, pastora, mas que borradores
Do quiso retratarse tu belleza,
Dados como al descuido los colores.

BERALDO.

Las perlas con que el alba se adereza,
Y el mundo argenta y viste de alegría,
Las nubes llenas de oro y de riqueza;

Los mensajeros del alegre día,
La luz que siembran por la tierra y cielo,
Sin tí, pastora bella, es noche fría,
Tristeza, enfado, angustia y desconsuelo.

ROSANIO.

Pastor, si veo un monte en cuya cumbre
Dejó un cielo plantado

La primavera con alegres flores,
Que con la clara lumbre
Del nùevo sol dorado

Echa de sí mil varios resplandores,
Me parece que miro alguna cosa
Que es sombra del cabello de tu diosa.

BERALDO.

Los lazos con que amor cautiva y prende;
Las redes y marañas
Con que enreda mil almas y mil vidas;

El oro con que enciende
El fuego en las entrañas,
Que las deja en cenizas convertidas,
Dese cabello de oro esortijado
Por nuestro bien, pastora, fué robado.

ROSANIO.

¿Has visto los remansos mas hermosos
De la leche cuajada,
Cuando temblando apenas deja verse,
O en llanos espaciosos
La nieve no pisada
Que abriendo el sol comienza á deshacerse?
Pues aun es mas hermosa y sin mancilla
La bella frente de tu pastorcilla.

BERALDO.

La bella frente de mi pastorcilla
Si yo quisiese ahora
Darla en comparacion justa y medida,
La plateada silla
De la rosada Aurora
Quedará en su retrato deslucida,
Amortiguado el sol resplandeciente,
Y el día en las ventanas del oriente.

ROSANIO.

Unos arcos y venas van parejas
Por la blanca azucena
Que te parecerán oro escarchado;
Mas mirando las cejas
Y la frente serena,
Donde tu paraíso está cifrado,
Verás, no oro escarchado con el hielo,
Mas dos arcos de gloria en solo un cielo.

BERALDO.

Si hay dos arcos de gloria en solo un cielo,
Serán, pastora mia,
Los dos arcos triunfales de tus ojos,
Con que amor tira al suelo
Saetas de alegría,
Y le siguen mil almas por despojos:
¡ Dichosos arcos, y dichosa vira,
Y mas dichoso el blanco á quien se tira!

ROSANIO.

El sol, la luna, el alba y el lucero,
Las doradas estrellas,
Los ejes de oro en que restriba el cielo,
El día placentero
Bañado en luces bellas,
Lloviendo lumbre y gloria por el suelo,
Son, pastora, los bienes que á manojos
Saca amor por las puertas de tus ojos.

BERALDO.

Saca amor por las puertas de tus ojos,
Pastora de mi vida,
Cuanto bien por el mundo se reparte:
Feneccn los enojos
Y el alegría escondida
Brotó al moverlos tú por cualquier parte;
¡ Ay ojos míos, quién volviese á veros,
Sin nuevo sobresalto dè perderos!

ROSANIO.

Quisiera aquí pintar de tu pastora
La boca soberana,
Conchuela en cuyos senos plateados
Un paraíso mora,
De adonde llueve y mana
La gloria que da amor á sus privados.
Donde lo menos que hay es el concierto
Del blanco aljófár en rubies enjerto.

BERALDO.

Del blanco aljófár en rubies enjerto,
Mas claro y mas lustroso
Que el que nace en conchuelas orientales,
El leso encubierto,
En el seno precioso
Do se crían mis bienes y mis males,
Es la riqueza que á la vista envía
Esa celestial puerta de alegría.

ROSANIO.

¿Has visto entre la nieve deshojada
Una encarnada rosa,
O algún rubí sobre marfil sentado,
O á la nieve mezclada.
La hojuela olorosa
Del clavel rojo en carmesí bañado?
Pues aquesto es tinieblas y pobreza,
Belisa, puesto ante tu gran belleza.

BERALDO.

Belisa, puesto ante tu gran belleza
El cielo arrebolado,
El alba, la mañana y su frescura,
Las galas, la riqueza,
El primor mas ceñrado
Que hay en los cofres de la hermosura,
Es compará el sol con una estrella,
O con la noche escura el alba bella.

ROSANIO.

No mas, pastor, no mas, que se han pasado
Las horas y el frescor de la mañana,
Y el tiempo y la ocasión nos han burlado.

BERALDO.

Comenzamos labor muy soberana,
Y trasladó el pincel, que era del suelo,
De estampa celestial pintura humana.

ROSANIO.

Ya en lo mas alto del dorado cielo
La carroza del Sol, fuente del día,
Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.
Nuestro ganado busca el agua fría,
Y el pasto fresco en que pasar la siesta
Que entre silvestres árboles se cria.

BERALDO.

Ya el mio va subiendo por la cuesta:
Corre, pastor, recorre tu manada,
Y allá te aguardo al val de la floresta,
Cabe el pino, al bajar de la cañada.

ÉGLOGA II.

LEUCIPO.

¡Quién pudiera poner en la memoria
Hecha de aquel metal que son los ojos,
Solo un cuidado, y una sola historia!

Y sin mirar las cosas por antojos,
Ni de la paz cogiéramos la guerra,
Ni entre rosas nacieran los abrojos.

Yo sé cuando los pinos de esta tierra
Con delgadas palabras repetían
Mis cantares al tono de la sierra:

Y á las veces también me respondían,
Que pudieran decir de mis canciones,
Que con las de Sincero competían.

Trocadas siento ya las condiciones:
Ya ni responden, ni escucharme quieren,
Que á todos gustos cansan mis razones.

Los que enfadados de vivir vivieren,
Lleguen á mi dolor, y allí atajados,
En ver otro mayor no desesperen.

Ninfas que entre las flores destos prados
Vivís en tiernas plantas convertidas,
Sin apartar de allí vuestros cuidados;

O ya en las claras aguas escondidas
Guardéis por dicha aquesta dulce fuente,
Guardad también mis lágrimas perdidas.

Cuando yo en medio de la siesta ardiente
Te busco, Filis, Filis deseada,
Y mi voz sola la cigarra siente:

Entro en el monte, dejo la cañada,
Subo al pinar y salgo por la sierra,
Y allí te llamo con la voz cansada.

Quémame el sol, abrázame la tierra:
Tú, mas sorda que el mar á mis razones,
Mas cruel haces con callar mi guerra.

No me bastó sufrir las sinrazones,
Los altivos desdenes de Tirrena;
Iguales sois las dos en condiciones

Aunque mas blanca tú que ella morena,
Aunque ella sea lirio, y tú seas rosa,
La una sea amapola, otra azucena;

No fies en beldad, Filis hermosa,
El lirio vive, la azucena muere,
Y todo pasa con la edad forzosa.

Si por ventura alguno te dijere
Que en su huerto las rosas siempre viven,
Dile tú, Filis, que engañarte quiere.

Ya sé que mis cuidados se reciben
En gusto entretenido y ocupado,
Y en el agua tus dedos los escriben.

Despreciaste de mí, luego te enfado:
Pues aunque no merezca ser querido,
No soy digno de ser tan despreciado.

Bien sabes que revuelto en el ejido
Mil ovejas mas blancas que la nieve,
Siempre de leche y queso abastecido.

Ni cuando abrasa el sol, ni cuando llueve

Pasto verde le falta á mi rebaño,
Ora se seque el campo, ó se renueve.

Leche fresca me sobra todo el año,
Ni á mí el verano me acrecienta el queso,
Ni me hace el invierno ningun daño.

Pues en saber cantares yo confieso,
Que si Titiro ahora me escuchára,
Que no perdiera su opinion por eso.
Y en hacer una horterá, una cuchara,
Labrar un caramillo y un cayado,
Si yo quisiera, nadie me igualára.

Ni soy de gesto yo tan mal formado,
Si por dicha mi imágen no me miente,
Que venga á ser por feo desamado.

Ya yo me ví del Tajo en la corriente,
Que como á ti de acero me servia,
Y aun ahora me veo en esta fuente.

Y si acaso la imágen por ser mia
No me engaña, por esa de tu Alfeo,
La ventura, y no el rostro trocaria.

Sé tu juez, que no por eso creo,
Que si alzases los ojos á mirarme
No pareciese tu narciso feo.

El ciclo entre estos bienes quiera darme
Gozar estos cortijos mal labrados
Mil siglos de oro, sin de ti apartarme;

Y juntos por la sierra ambos ganados
Competir con los faunos en canciones,
Y componer guirnaldas por los prados.

Mas ¡ay! que Pan no escucha mis razones,
Febo en oír mi canto de corrido
Enjuga en mí zampoña ya los sonos.

Su voz y mis cantares se han perdido,
La cera derretida se ha deshecho,
Y tres cañas de siete se han caído.

¿Por ventura mejor no hubiera hecho
De verdes mimbres una blanca cesta,
Que no gastar el tiempo sin provecho?

Ya en la ribera entrando va la siesta,
Quiero llevar al agua mi ganado;
Y otra Filis habrá quizá sin esta,
Si aquesta sin razon me ha desechado.

ÉGLOGA III.

Arcisio. Melancio.

ARCISIO.

¿Dime, pastor, á un pecho alborotado
De un liviano temor, cualquier reposo
No bastará á dejarlo sosegado?

Mira que caso bajo y vergonzoso:
Pueda aquí la razon hacer su oficio
Y tú ser mas discreto que celoso.

Vuelve con paso llano á tu ejercicio;
Que vivir siempre á sombra de opiniones
Es levantar las cosas de su quicio.

Limpia y escombra el pecho de invenciones;
Que si una vez te haces señor de ellas,
Fácil será romper las ocasiones.

Cuantos peces el mar, el cielo estrellas,
Aves el viento y los collados flores,
Tiene amor sinrazones y querellas.

¡Oh! no pongas el gusto en sus favores.
O estímalos en precio moderado,
Si te costáre un bien muchos dolores.

MELANCIO.

¿A un corazon de veras agraviado
Le das tú la razon por medicina?
¿Razon se admite en pecho lastimado?
Amor es ciego, á la razon no atina:
Si hiere el alma, ofusca el pensamiento;
El uno muere, el otro desatina.

Dame, pastor, tu libre entendimiento,
Y darte he en trueco yo todós mis males
Hechos aire y sembrados por el viento.

ARCISIO.

Las grandes cosas piden sus iguales,
Ni rinde al diamante el hierro duro,
Ni el agua ablanda duros pedernales.

Para allanar ese encantado muro,
Que ahora á la razon le quita el paso,
Fuerzas son menester de ánimo puro.

Desear la vitoria es todo el caso:
En este punto tu salud se encierra,
De todo lo demas no hagas caso:

Yo ví pastor un dia en otra tierra
Que mil consejos á los hombres daba,
Para alcanzar vitoria desta guerra.

Si supiera decir lo que cantaba,
Yo pensára de cierto que á sanarte
Oírlo solamente te bastaba.

MELANCIO.

Trabaja, compañero, en acordarte,
Y canta en mi dolor un cantar nuevo,
Que las ninfas se gocen de escucharte.

ARCISIO.

Escucha ahora en tanto que yo pruebo
A acordarme mejor de sus canciones,
Que ya el principio en la memoria llevo.

Con ella se curaron mis pasiones,
Aunque ásperas y duras de tratarse,
Sanando á la razon buenas razones.

MELANCIO.

Comience pues tu canto á mejorarse:
Que tras el primer verso segun creo
Luego los otros suelen acordarse.

ARCISIO.

Cuando por dar contento á Melibee
Fuí por otras riberas y cabañas
Cansado, y mas cansado mi deseo,
Pasé unas grandes selvas y montañas;
Y cuanto mas andaba, parecia
Que el fuego era mayor en mis entrañas.

Al fin por nuevas sendas hallé un día,
Una nueva y fresquísima floresta
Donde un sabio pastor viejo vivia.

Y allí mientras pasábamós la siesta
Esto le oí cantar con voz divina,
Él haciendo una jaula, yo una cesta.

Pastor, si á desear salud te inclina
La pena y el dolor que te atormenta,
Y la razon tus pasos encamina ;

Oyeme ahora sin que en tí se sienta
Flaqueza alguna, que es un sentimiento
Que al niño infama, y á la vejez afrenta.

Huye la ociosidad, ama el contento ;
Que si amor busca gente descuidada,
La soledad levanta el pensamiento.

Echa en el hombro la industriosa azada,
Labra tu viña, planta tus parrales,
La fresca vid al álamo arrimada.

Haz en tu huerto al agua sus canales,
Con esto agotarás la de tus ojos,
Cuidando claros para ver tus males.

Ocupate en arar nuevos rastros,
Y escardando en el trigo las espinas
Arrancarás del alma los abrojos.

Busca en las selvas entre flores finas
El cuidadoso enjambre edificando
En secos troncos sus sabrosas minas.

En esto irá tu corazon cobrando
Un alivio tan poco conocido,
Que aun sin él pensarás que estás penando.

Fingete sano : ya me ha acontecido
Fingir que duermo, y con estar despierto
Hallarme, sin saber cómo, dormido.

Deja la ociosidad, esto es muy cierto,
Que la imaginacion de ella ayudada
Resucita al amor cuando mas muerto.

Si es nueva la pasion será arrancada
Con mas facilidad, que el tiempo deja
Seca la miel, la uva sazónada.

Tú ves aquella encina dura y vieja,
Un tiempo fué pimpollo ternezuelo,
Liviano de rendirse á cualquier reja.

No dilates los días en su vuelo,
El mar crece, y si llegas á mañana
Mas caro ha de vendérsete el consuelo.

El nuevo río que en su fuente mana
Es fácil de atajar y darle vado,
Camina manso, y por su vega llana.

Légasele un arroyo, y otro al lado,
Y soberbio, hinchado y caudaloso
De su primera fuente va afrentado.

Aunque el amor es mal, es mal sabroso,
Y así nos remitimos á otro día
Que siempre se apetece lo dañoso.

No pierdas tiempo, que por esta via
Lo que de diligencia no se gana
Pierde tu corazon de mejoría.

Herida he visto yo harto liviana
Peligrosa despues por dilatarse :
Quien hoy no puede, mal podrá mañana.

Cuando es nuevo el amor ha de atajarse,
Que por medio el furor de la corriente
Querer pasar el río, es anegarse.

Pero si el mal en su vigor se siente
Ya del todo en el alma apoderado
A viejo amor, remedio diferente.

Si poco á poco al hueso ha penetrado,
Poco á poco tambien será expelido,
A vieja enfermedad nuevo cuidado.

Saca tus ovejuelas al ejido ;
El fértil campo y el agricultura
Son medicina al pecho mas herido.

Ver los bueyes abrir la tierra dura,
Sembrar á logro cierto alegres prados,
Gozar la fruta y su primer dulzura :

Los árboles de flores estrellados,
Las sierpes de cristal que los enredan,
De cantorillas aves visitados :

Vuelan las unas, y las otras quedan
Al murmurar del agua concertando
Los dulces cantos en que nos remedan.

Cual de quejas el aire está sembrando
De zelos llena, y cual de triste olvido ;
Hasta allí, o falso Amor, llega tu mando.

Pues tras esto hallarse acaso un nido,
Y á su dueño espiar tras una mata
Podrá traerte un rato divertido.

Con esto un grande amor se desbarata ;
Si prendes el zorzal y quedas sano,
La salud te se vende bien barata.

¿ Hay gusto igual, si sales el verano
Sin sol el día, el campo verde y tierno
Que echar un par de liebres por el llano ?

Pues en el blanco y encogido invierno
En tu cabaña al fuego recostado
¿ Cómo te hallará su llanto eterno ?

El zurrón proveido, el río al lado,
Tiernas castañas, y manteca fresca,
Las migas hechas, y el corral nevado.

Siembra tu pedernal fuego en la yesca,
Y el amor en tu pecho brasa viva ;
Una se apaga y otra se refresca.

Mas en el alma su veneno priva,
Procura ser señor de tus pasiones
Que es lo que todo su poder derriba.

Ama el trabajo, huye de ocasiones,
Busca la ausencia y hallarás la vida,
Vete á la villa, deja tus rincones.

El alma se te parte á la partida :
Animo, que vencer dificultades
Nos hace la vitoria mas cumplida.

Libres son las humanas voluntades,
El cielo las crió sin ligadura,
Y es todo lo demás curiosidades.

Esto, en lenguaje lleno de dulzura
Y en tono mas alegre que no el mio,
Cantó el pastor sentado en la frecura.

Y porque vió que entraba su cábrio
Ya tras la nueva yerba por el monte,
Se fué tras él, y yo pasando el río,
El sol pasó tambien nuestro horizonte.

ÉGLOGA IV.

Clarenio. Delicio. Toribio.

CLARENIO.

Dime, rústico y nuevo cabrerizo,
¿Cómo en mi ausencia á Delio te alabaste
De lo que tu zampoña nunca hizo?

DELICIO.

¿Yo me alabé, ó tú que le contaste
Que en el río dos veces me venciste,
Y un cabrito por premio me llevaste?

CLARENIO.

La flauta que á Polibo le vendiste,
Aquí te quiero yo, responde, amigo,
Y dime sin pasión ¿dónde la hubiste?

DELICIO.

Nunca entraría yo por el postigo
A hurtarla á Meliso, cual tú entraste
Por su zampoña, siendo yo festigo.

CLARENIO.

Si yo se la hurté, tú me ayudaste;
Mas para no ser tuyo el caramillo
Mucho perdiste, y poco aventuraste.

DELICIO.

Cuando yo te hallé tras el tomillo
Agachado de noche, y espando,
Quizá andabas á caza de algun grillo.

CLARENIO.

Estaba por ventura contemplando
Cuan justamente Tirsis dió el juicio,
En que aquel día te vencí cantando.

DELICIO.

¿A mí tú me venciste? ¿ó con Galicio
Tu rústica zampoña resonaba,
Cual cordero llevado al sacrificio?

CLARENIO.

¿Quieres cantar á prueba? pues acaba,
Deja las burlas, vamos á las veras,
Veremos quien se ofende ó quien se alaba.

DELICIO.

Pon tú de haya aquellas dos horterías,
Que ayer ponías, yo este caramillo,
Hecho de pegajosas ajonjeras.

CLARENIO.

Mas pon tu remendado cervatillo,
Yo mi mastín ahogador de lobos
Que tiemblan los mas bravos en oílo.

DELICIO.

Yo dos nuevos cayados de algarrobas
Pondré, pon tú el cordero, que perdiste
Hallaste ayer al val de los escobos.

CLARENIO.

No aquel, mas sea este rabel polido,
Porque es demi madrina la manada
Que me ves carear por el cuido.

DELICIO.

Alfeo dejará determinada
Nuestra contienda, vamos por Alfeo.

Que yo le dejé anoche en su majada.

CLARENIO.

Toribio cumplirá nuestro deseo;
Que es de juicio y seso mas maduro,
Y no lleva las cosas por rodeo.

DELICIO.

No te irás por ahí, pastor, te juro;
Ven, Toribio, al ruido de esta fuente,
Sal de la sombra del nogal oscuro.

CLARENIO.

No huyo yo, cabrero negligente:
Ven, Toribio, verás temblar mi canto
Al son que hace el agua en la corriente.

TORIBIO.

Cantad: que el cielo os cubra con su manto,
Y al son dese dulcísimo ejercicio
Se cuaje el suelo de oloroso acanto.

DELICIO.

Toribio, este pastor que entra en juicio
Conmigo ahora, como no le tiene,
Cobrarle piensa con ageno oficio.

CLARENIO.

Este que á competir conmigo viene,
Toribio, es un pastor que cuando canta
Algun novillo pensarás que suene.

DELICIO.

Triste ganado á quien tal voz espanta,
Que es cual lobo que aulla su ruido,
Y él piensa que su canto nos encanta.

CLARENIO.

Seca deja la yerba y el ejido
La voz de este pastor; huid, pastores,
Canto tan duro, son tan desabrado.

DELICIO.

Ninfas, venid, gozad de mis primores,
Oireis mi dulce son antes que suene
El que os destierra dentro á estas flores.

CLARENIO.

Haz, rústico selvagio, que se enfrene
Esa lengua mas áspera y mas ruda
Que del novillo que al arado viene.

TORIBIO.

Aqueso no es cantar, mas guerra cruda:
Callad por Dios, y concertad el canto:
Di tú, Clarenio, y la sentencia muda.

CLARENIO.

Toque mi voz el estrellado manto:
Tú, dulce Apolo, haz, como lo puedes,
Que al mundo cause mi zampoña espanto.

DELICIO.

Rústico Pan, así tu cuerpo enredes
Entre los brazos de una ninfa bella,
A honrar mi canto cabe mi te quedes.

CLARENIO.

¡Oh si mis versos una rubia estrella
Entre estas verdes matas escuchára,
O yo pudiera con mis ojos vella!

DELICIO.

Mi Filis, que es de hermosura rara,
Donde quiera que voy me va escuchando:

¡ Oh si tambien ahora me escuchára !

CLARENIO.

Galatea conmigo anda jugando,
Llamame, vuelvo, y luego se me esconde,
Y huélgase de verme andar buscando.

DELICIO.

Canto á su puerta, ¡ Filis me responde,
Híereme por detras con el cayado,
Y luego se me va no sé por donde.

CLARENIO.

Dos tórtolas hallé en su nido amado :
Esas pienso enviar á mi Amaranta
Luego qué el dia asome por el prado.

DELICIO.

Una mina de miel me dió una planta :
Saqué una hortera para mi Tirrena,
Tambien mañana la enviare otra tanta.

CLARENIO.

El panal mas sabroso á mi Filena
Es mi presencia, y mas cuando la envio
Una cestilla de manzanas llena.

DELICIO.

Cuando me aguarda Filis en el rio
Yendo á lavar sus paños, luego pierdo
En el monte por ella mi cabrio.

CLARENIO.

Si yo soñando á Filida recuerdo,
Tal vez hay que en no verla cual soñaba
De mi ganado ni de mí me acuerdo.

DELICIO.

Filida un dia á voces me llamaba :
Por zarzas fui corriendo á ver que habia,
Y cuando allá llegué burlando estaba.

CLARENIO.

A mi me llamó Filida otra dia :
Mas trájele en mis hombros fatigadas
Dos corderillas que perdido habia.

DELICIO.

Aquella que por selvas y quebradas
Seguir me hace amor, de mí se duele,
Bien que lo encubre, y borra las pisadas.

CLARENIO.

Tambien sé yo que mi pastora suele
Preguntar dónde estoy, si no me halla,
Y llora porque vuelva y la consuele.

DELICIO.

Si yo hablo á Belisa, Filis calla,
Y se enoja y se va sin que aproveche
Quererla regalar, ni regalalla.

CLARENIO.

Cuando mas enojada me deseche
Filis, ya sé que me harán su amigo
Una hortera de miel y dos de leche.

DELICIO.

Mi huerto por poder es buen festigo
Que no ha pintado la primer manzana,
Y esta será de mi Amaranta digo.

CLARENIO.

Cogida tengo de una vid temprana
A Filis una cesta de dulzura,

De tiernas uvas de color de grana.

DELICIO.

El granizo á la fruta no madura
Derriba, el lobo estraga los ganados,
Y á mí de Filis la aspereza dura.

CLARENIO.

Dulce es el fresco humor á los sembrados,
Y al ganado es la sombra deleitosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.

DELICIO.

Abre el clavel, desplégase la rosa,
Brotó el jazmin, y nace la azucena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

CLARENIO.

Si su beldad esconde mi Tirrena,
El jazmin cae, la azucena muere
Cuando de mas frescor y aljófár llena.

DELICIO.

Haz tú que el sol de Filis reverbere,
Y verás que el invierno desabrido
Con el florido abril competir quiere.

CLARENIO.

Vístase de mil flores el ejido :
Que si mi sol no abriere la mañana,
Todo queda en espinas convertido.

DELICIO.

Mas bella es mi Tirrena y mas lozana
Que las blancas ovejas de Taranto,
Y de árbol fértil la primer manzana.

CLARENIO.

Fresca es la fuente entre el florido acanto,
De rosas y violetas coronada ;
Y mas es la pastora que yo canto.

DELICIO.

¡ Oh si mi Galatea enamorada
Oyera aqui mi canto y sus primores,
Cómo fuera rendida y obligada !

CLARENIO.

Frescas guirnaldas de tempranas flores,
Ninfas, coronarán vuestros altares,
Si propicias guiais nuestros amores.

DELICIO.

Silvano, guarda fiel de los lugares,
Sea en tu altar pechero mi rebaño,
Si límite á mi mal le señalares.

CLARENIO.

A tí, Priapo, al renovar del año
El mio sudará templada leche,
Si pones fin á mi amoroso daño.

DELICIO.

Haz que mi canto Filis no deseche,
Y darte he, Apolo, en premio mi zampona,
Sin que Belona della se aproveche.

CLARENIO.

Calla, rústico, que es tu voz ponzoña :
¿ No miras como traes tu ganado
Maganto, sin pacer, lleno de roña ?

DELICIO.

Pastor, este Clarenio descuidado,
Cuando acomete el lobo á su manada,

El duerme, y se revuelve de otro lado.

CLARENIO.

De Driadas y Faunos la sagrada
Junta, olvidado el baile, mis primores
Escucha en esta selva sosegada.

DELICIO.

Rústico, ¿tú no ves los burladores
Sátiros como van de prado en prado
Tus locuras riendo y tus errores?

CLARENIO.

Corre, rudo pastor desacordado,
A algun charco, y allí de rana en rana
Aprende canto, y son mas entonado.

DELICIO.

Y tú busca zampoña mas galana
Para tocarla fuera de la sierra,
Que no es la que ahora tocas toda sana.

CLARENIO.

Dime, ¿cuál es el ave que en la tierra
Sus escuadrones vela, y sin armarse
A la gente menuda hace la guerra?

DELICIO.

Dime tú ¿qué animal suele bañarse
Para limpiar las aguas de la fuente,
Y deja de una vírgen enlazarse?

TORIBIO.

El cielo ya, pastores, no consiente
Pasar de aquí vuestro divino canto,
Aunque el bosque os escucha alegremente.

Nuestro frágil saber no sube á tanto,
Vosotros ya tocáis divina historia,
Que á mí es envidia y á la selva espanto.

Callad, nuevos Apolos, y la gloria
De vuestras venas de oro suya sea,
Y á solo Apolo demos la victoria.

Y vuestra fama así crecer se vea,
Cual crece el año con sus nuevos meses,
El vivo fuego con la seca tea,
O con el aire las maduras mieses.

ÉGLOGA V.

ARISTEO.

De Tirsis y Damon el dulce canto
Que en otro tiempo oyeron estos pinos.
Y á Erifile divina puso espanto;

Y por entre los robles mas vecinos
Las ninfas asomaron las cabezas,
Suspensas á cantares tan divinos;

Y las selvas desnudas de fiera
Por aquel breve espacio se vistieron
De mayores frescuras y riquezas:

Al fin cuanto estos árboles oyeron,
Y lo que con suspiros y con llanto
En sus verdes cortezas escribieron:

Si el cielo diere fuerzas para tanto,
Cantaré aquí, y escribiré entre flores
De Tirsis y Damon el dulce canto.

Dos pastorcillos, que entre los pastores

A cantar y tañer acostumbrados,
El menor fuera aquí de los mayores;

Así cantar se oyeron por los prados,
Que por oír las vacas sus canciones
En la boca olvidaron los bocados.

Damon, á quien en todas perfecciones
Hizo el cielo cumplido y acubada,
Así sembró en las selvas sus razones:

DAMON.

¿Que haces, di, zagal, aquí sentado?

¿Piensas que no podrá, si en él te cebas,
Acabarte en un hora tu culdado?

¿Dejaste de coger las flores nuevas,
Y de álamos tejer una guirnalda,
Por hacer en tu mal costosas pruebas?

Mira del monte la estrellada falda,
Que estrellas juzgarás que son sus flores,
Y su yerba finísima esmeralda.

Mira que ya en el campo los pastores
Sienten que la florida primavera
Resucita en las selvas sus primores.

Yo quiero ahora desta blanca cera
Remendar mi zampoña; tú, carillo,
Préstame si querrás tu podadera;

Que de aquí me han hurtado mi cuchillo,
O lo dejé do ayer corté un cayado,
O lo perdí quizás cogiendo un grillo.

Donde quiera que esté, lo habré buscado
Si no llueve esta tarde, como suele,
O me asombra algun lobo mi ganado.

Mas tú, pastor, que el cielo te consuele,
Y en el ardiente y caluroso estío
Erifile tu lengua y labios hiele;

Mientras al fresco y apacible frío
Que corre aquí, templamos los ardores
Del sol, al pié de este laurel sombrío,

Canta, pues cantar sabes, tus dolores,
Que yo prometo en pago, compañero,
De coronar tu citara de flores.

Y aun destas palmas tejere un sombrero,
Que si lo enrañas de laurel precioso,
Mas sombra te hará que un robe entero.

Tambien allá en un valle lemeroso
Donde canto de ave no se oía
Que turbase su acento sonoro;

Y el mundo entre dos luces parecia
Estar suspenso, ni la noche vuela
Ni se puede decir perfecto el día;

Sin golpe oírse de mortal azuela
Con un nuevo hozino de mi mano
Labré de blanca haya una vihuela.

El suelo y las clavijas de avellano,
La voz es de laurel, y toda olla
De talle y artificio muy galano.

Esta es tuya de hoy mas, porque con ella
Espero que harás tal son al mundo,
Que Apolo more en él de amores della.

Y á ti en un nuevo canto furibundo
Tan trocada veremos tu llaneza,
Que se ahogue el primero en el segundo.

Ahora, en tanto que con la corteza
Del álamo silvestre te entretienes,
Y escribes tu tesoro en su pobreza;
Y en tanto que en el campo te detienes
Y usas de las abarcas y pellico
Y de leche y castañas te mantienes;
Y en tanto que de amores pobre y rico
Haces reliquias de un favor liviano
Que se lo lleva un pájaro en el pico;
Canta, pastor: que el cielo soberano
Al regocijo y al placer perdido
Te vuelva como puede de su mano.

ARISTEO.

Esto es lo que cantó Damon tendido
Sobre la yerba, ¿quién dirá, pregunto,
Lo que de Tirsis aprendió el ejido?

Musas, decidlo vos, que á tanto junto
Mi ánimo no basta, y fueron cosas
Dignas de ni quitar ni añadir punto.

TIRSI.

Yo, selvas, cantaré las milagrosas
Palabras que pudieron darme vida,
A ser mis penas menos dolorosas.

Ya que de entera luz toda vestida
La luna sobre el mundo se descubre
En purisimas llamas encendida,

Aquí donde con negra sombra encubre
La noche en sueño y luto sepultada
La casta yerba que estas aras cubre:

Primero una cordera degollada
Con lumbre de laurel y azufre puro
Al silencio será sacrificada.

De aquí comenzará nuestro conjuro,
Ya aquí no hay que esperar sino la muerte,
El encanto es aquí lo mas seguro.

Y porque tú con ánimo mas fuerte
A semejantes cosas te apercibas,
Atento ahora mi cantar advierte.

De un negro rio aquí las aguas vivas
Tengo guardadas, para que con ellas
Ciertas palabras en mi sombra escribas.

De que serán testigos las estrellas,
Y la noche que oyendo está su canto,
Y la luna tambien que vuela entrelas.

Y porque no te cieguen con espanto
Las sombras de los dioses que vinieren,
Forzados del apremio de mi encanto;
Así los que del aire descendieren,
Como los que en sepulcros escondidos
Estan siempre escuchando á los que mueren,

Con esta yerba claros y lucidos
Te dejaré los ojos, y con ellos
Podrás aun conocer los no nacidos.

Y contando uno á uno tus cabellos,
Si te hallare nones, de tus males
Podrás creer que morirás por ellos;

Mas si en tu dicha los hallare iguales,
Sobre la tierra estéril y desnuda
Contaré de tus huesos las señales.

Luego do el agua sin correr se muda,

Bañado nueve veces de mi mano
Con la raiz de la encantada ruda,

Seguro cogerás por este llano
Las yerbas de virtud no conocida,
Que en él nacieron su primer verano;

Y con la vestidura descenida,
Y descalzo el un pié, y en la cabeza
Esta corona de laurel cenida,

Irás diciendo como yo una pieza
Ciertos cantares, si hallares dina
Tu lengua de cantarlos con pureza.

Que en nuevas hojas de inmortal encina
Escritos parecieron en el mundo,
De oculta mano, y de virtud divina;

Bastante cada cual sin el segundo
Para bajar la luna de su cielo,
Y dar luz á las gentes del profundo:

Encadenar los rios con el hielo,
Abrir la noche y encerrar el dia,
Y á las horas hacer parar el vuelo:

Vestir nuestros collados de alegría
En el invierno estéril, y el verano
Las rosas abegar en nieve fria.

Y estos ya dichos, porque de tu mano
Cojas la libertad entre las flores,
Cual cojemos la fruta del manzano,

Con tres velos diversos en colores
Cercarás el altar que ya encendido
Con yerbas estará de tres colores;

De la casta verbena, y el florido
Arrayan, y del rojo y tierno acanto
En luna nueva de raiz cogido;

Y sobre todo, del incienso santo
El humo llevará en los aires mudos
Tu dolor á los reinos del espanto.

Luego los miembros ligarás desnudos
De esta imágen que ves de limpia cera
Tres veces, con tres lazos y tres nudos,

Y atándola diras de esta manera:
La que me tiene ahora así ligado
Ligada como yo de amores muera.

Y tres veces aquello pronunciado,
Tres veces cercarás el encendido
Altar donde se abrasa tu cuidado;

Que el número ternario es escogido
De los sagrados Dioses, y en su acento
Cierta divino olor está escondido;

Y á la imágen ligada el pensamiento,
Así dirás poniéndola en la llama:
Aquí contigo acabe mi tormento.

Y encendiendo en el fuego aquesta rama,
Fílis, dirás, me abrasa en vivo fuego;
Y yo en este laurel quien me desama.

Y esto dicho verás que baje luego
Buscándote por sendas escondidas
Ciega, cual vives tú por ella, ciego.

Que estas yerbas de Arcadia son traídas,
Allí tú las sembraste, Alfesibeo,
Y á ti, Aretusa, te las dió escogidas.

Allí nacieron, aunque aquí las veo,

Ya de verdor y fruto tan caído,
Que no podrán cumplir algun deseo.

Con su virtud en cisne convertido
Vé su primer pastor, y con su canto
Dejar de seco el campo florecido,

Bajar los pinos á escuchar su canto,
Trocar las mices, y encantar los rios,
Y esto es lo menos, y lo mas no tanto.

Estas cenizas y carbones frios
Arroja por detras en la corriente,
Y aquí van, di, los pensamientos míos.

Mientras coges la brasa, un fuego ardiente,
(Tírsis, tenlo á señal y dicha buena)
Hizo todo su altar resplandeciente.

No sé qué pueda ser, mi perro suena:
¿ Si viene Filis? ¿ si nos han burlado?
Siempre juzgué por inmortal tu pena:
Siempre el bien del amante es bien soñado.

EGLOGA VI.

Ursanio, Tyrseo.

URSANIO.

No lo tendré, pastor, mas encubierto,
Así el cielo me ponga de su mano,
En el punto y compas de mi concierto:

Un rostro ví, carillo, soberano,
No era del suelo, no, que á tal belleza
Muy atras queda todo ser humano.

Al oro que llovía su cabeza,
La luz con que el sol baña tierra y cielo
Comparada, es tinieblas y pobreza.

¿ Has visto cuando abril nos viste el suelo
De los esmaltes que el verano cria,
Desnudo ya del encogido hielo;

O cuando el cielo al despuntar el dia
El tierno aljófár cierne por las flores,
Y al sol viste de grana el alba fria?

Pues si vieses, Tyrseo, las colores
De sus mejillas, el jazmín y grana
Tienen de su primor por borradores.

Si la juzgases por pintura humana,
Yo quiero confesar que mi cuidado
Su asiento tiene en ocasion liviana.

TYRSEO.

Ursanio, cuando yo ví aquel dechado
De quien el cielo saca su belleza,
Belleza que jamas se vió en traslado;

Ví en él tan altas partes de riqueza,
Que no habrá joya fuera de su vista,
Que en mis ojos no venga á ser pobreza.

Que en solo ella mi gloria y bien consista
No hay para que, pastor, encarecello,
Pues en mí es cosa tan sabida y vista.

Las madejuelas de oro por cabello
En el divino cuello enmarañado,
Mi alma y vida marañada en ello;

La ví yo un dia en este verde prado,
Haciendo una guirnalda de mil flores,

Tejiendo quizá á vueltas mi cuidado.

URSANIO.

Dime, Tyrseo, ¿ y sabe tus amores?
Que yo de corto nunca me he atrevido
A contarle á la mia mis dolores.

TYRSEO.

Vime al principio deste mal perdido:
A llorar me escondia entre mi pena,
Mi cuidado tambien allí escondido.

Rompiase de apretada la cadena:
No acabo de entender como, carillo,
Mi suerte se trocó de mala en buena.

Tenia yo un manchado cervatillo
Que los tiernos corderos retozaba,
Criado á hoja y flores de tomillo.

De mi mismo zurrón le regalaba;
Si acaso me escondia por el prado,
Con placenteras vueltas me buscaba.

Por collar al erguido cuello echado
De mil conchuelas un sartal curioso,
Que me trocó un pastor por mi cayado.

En él de un fiero jabali cerdoso
Por remate un colmillo, en blanco estaño
Ligado con engaste artificioso.

En hechura, en belleza y en tamaño
La luna de dos dias ser dijeras
Si dejáras llevarte del engaño.

• Con mi cabrio un dia á ver las eras
Saqué mi cervatillo regalado
De dijés lleno y burlas placenteras.

Llegó Filis en estoá mi ganado,
Cuando yo en mi dolor á mas perdido,
Y ella dél y de mí á menor cuidado,

Con un cabrito, aun no de un mes nacido:
Tal le vió retozando, que le tuvo
El gusto por un rato embebecido.

Yo viendo que con esto se entretuvo
La que en gloria mi alma entretenia
El breve rato que conmigo estuvo;

La ocasion le ofrecí de su alegría,
Para que recibéndola hallase
En ella escrito cuanto en mí tenia.

Y aunque al principio Filis no pasase
Por el concierto, mi porfía hizo
Que ni el don ni el deseo despreciase.

Y pudo en ella tanto este hecizo,
Que haciendo principios en mi gloria,
Mil nubes de tristeza me deslizo.

Fuese luego aclarando la victoria
Y á mostrarse fortuna de mi parte,
Y á verse mi ventura mas notoria.

¿ De qué me sirve, Ursanio mio, cansarte,
Sabe que un don ablanda el duro acero,
Y que podrá hasta el cielo levantarte.

URSANIO.

¿ Qué podrá dar un pobre ganadero,
O qué tiene que dar, habiendo dado
Al primer lance el corazón entero?

Donde este rico don no es estimado
Por el mayor de cuantos pueden darse,

Ya es aqese querer amor comprado.
No es amor, ni es posible conservarse,
Que amor que al interes está rendido
Interes y no amor ha de llamarse.

TYRSEO.

Ursanio mio, no lo has entendido :
No es yerro que por dádivas te quieran ,
Ni lo es comprar por ellas ser querido ;

Si algun valor secreto no tuvieran
Para ablandar altivos corazones ,
Nunca los dioses á ellas se rindieran.

No quiero yo hacer tus pretensiones
Venir por interes á ser amado,
Mas que ganes audiencia por tus dones.

URSANIO.

Pastor, un vaso tengo delicado
El cuerpo de taray, el pié de pino,
De liso cedro el tapador labrado.

Es todo de un entalle peregrino,
Y puede sin escrúpulo igualarse
De todo lo criado á lo mas fino.

Quiso en él de propósito estremarse
El gran Alcimedonte , de manera
Que solo en él su sello pudo echarse.

Pintó en su pié la alegre primavera,
Y al seco estío frente coronada
De espigas rojas de color de cera.

El frio otoño con la espalda helada ,
En mosto envuelto, de uvas coronado ,
La barba y cara sucia y enmostada.

El invierno el cabello rebujado,
Tal, que quien al estío no mirase
Tendria frio en verlo tan helado.

Y porque mas la obra se estremase ,
Cada tiempo está dando la manera
Como la tierra en él ha de labrarse :

Quando se ha de coger la sementera ,
Quando sembrar, podar, y hacer el vino,
Y otras cosas al fin de esta manera.

Pues en el tapador de cedro fino
Estan doce estrellados aposentos ,
Y en cada cuadro su dorado sino :

Los cielos con sus varios movimientos
Unos violentos, otros naturales ,
Sobre sus ejes de oro por cimientos.

Cuantos clavos las puertas celestiales
Tienen para beldad y luz del mundo,
Allí alcanzan sus puntos y señales.

Y en el cuerpo del vaso sin segundo,
Por no cansarte, hallarás cifrado
Cuanto la luna encierra y el profundo.

Pues este mundo frágil y abreviado
Que Alcimedonte aquí dejó esculpido,
De ningun labio ha sido deslustrado.

Helo siempre guardado y escondido,
Y ahora en el poder de mi pastora
Quedará con tal dueño enriquecido.

Ella sola merece ser señora
De todo lo que en él está entallado,
Y á ella se lo ofrezco desde ahora.

TYRSEO.

Ursanio, es ese don tan acabado,
Que no sé yo si á quien á darlo llega
Le queda mas que dar que haberlo dado.

Si tu grata pastora no te niega
La obligacion y fe de tal recibo,
Tuyo es el tiempo, á tu sabor navega.

URSANIO.

Entre esa confianza y temor vivo :
Con la frialdad de mi bajeza muero,
Con el calor de su valor revivo.

TYRSEO.

Pues dime, así se logren , compañero,
Cuidados tan honrados , ¿ quién te hizo
De tu beldad gallardo prisionero ?

¿ Qué nombre le dió el cielo, qué hechizo
Tan poderoso fué que á un pecho exento
La antigua libertad y brio deshizo ?

URSANIO.

Levantóse tan alto el pensamiento,
Que aun ese nombre que en la lengua cabe
Quiso en el corazon tomar asiento.

Cerró el amor su cofre con la llave ,
Y rompióla en cerrando , de manera
Que junto el cofre y el secreto acabe.

Y créeme , pastor , que si tuviera
Puerta por do salir habiendo entrado,
Sola la llave de tu gusto abriera.

TYRSEO.

Ahora, Ursanio, estimo tu cuidado
En lo que con razon debe estimarse
El gran punto de un firme enamorado :

Que pechos que no saben conservarse
En guardar la importancia de un secreto,
Y con él y sus penas ahogarse ,

Bien podrán alcanzar amor perfeto ,
Mas no en mi estimacion ; que ya se sabe
Que solo sienta amor en el discreto.

Y si lo es tu pastora honesta y grave ,
No pondrá en tí mas punto de contento
Del que tardáres en hallar la llave :
Y á Dios, que se destempla mi instrumento.

ÉGLOGA VII.

Liranio. Graciolo.

LIRANIO.

Saca, pastor , y temple tu vihuela ,
Y asida á mi rabel discantaremos ;
Mira que el tiempo y nuestra vida vuela.

Y si en melancolías nos metemos ,
Si no damos salida á las pasiones ,
Espuelas á la muerte le ponemos.

Limpia y escombra el alma de invenciones ;
Que es condicion de gente distraida
Traer puesta la vida en condiciones.

¿ Quién hay tan libre que si trae metida
La fantasia en ocasiones vanas ,
Le falte alguna en que perder la vida ?

Contempla aquellas luces soberanas,
Que la preciosa estambre van hilando
Que tú entre ciega vanidad devanas.

El cielo en ejes de oro volteando,
Y en la incierta baraja de los días,
Unos naciendo, y otros acabando.

Viene el verano envuelto en alegrías,
Y muere á manos de sus tiernas flores
El triste invierno con sus canas frias.

Siembra disgustos, cogerás dolores,
Que cuando salga la cosecha llena
Bien la habrán cultivado tus sudores.

Ara en el mar, y siembra en el arena,
Y en red procura de encerrar el viento,
Quien pretende hallar vida sin pena.

GRACIOLO.

Si yo viese, pastor, mi entendimiento
Escombrado de sombras contrahechas
Que tanto martirizan mi contento;

Si aquestas ataduras ya deshechas
Dejasen libre de su carga el cuello
En quien amor las puso tan estrechas;

Mi bien vería descubierto en vello,
Vería mis trabajos acabados,
Y no colgada el alma de un cabello.

Cantarian los montes mas callados:
Graciolo sus collados eterniza,
El mundo goza ya siglos dorados.

Y este que todo el mundo tiraniza
De sí mismo corrido y afrentado
Iria sin triunfar de mi ceniza.

¡O cielos, llegue el día deseado
Que enjugando á la orilla mi vestido
Seguro cuente el uracan pasado!

LIRANIO.

Antes, vaquero, se verá vestido
El seco campo de doradas flores
En medio del invierno desabrido,

Que deje de sembrar amor dolores,
Que es patrimonio suyo, y en su casa
Los que padecen mas son los mejores.

Oído he ya decir que el alma abrasa,
No sé, ni veo porqué de aquella suerte
Quieres gozar de vida tan escasa.

¿No te valiera mas entretener te
En labrar tus cortijos olvidados,
Que en cultivar con lágrimas tu muerte?

¿Por ventura, pastor, pocos cuidados
De su cosecha el tiempo nos envia
Para andar entre amores ocupados?

GRACIOLO.

Mi regalo, mi bien, la gloria mia
Nace y se cria desta dulce pena;
Y el sol es feo á quien enfada el día.

Maldigo, amor, mil veces tu cadena,
Tu bien incierto, tu engañoso trato
Que á no fingidas muertes nos condena.

LIRANIO.

Pastor, no llares al amor ingrato
Porque te cueste un gusto mil dolores.

Si á nadie lo ha vendido mas burato.

Así diz que se arrfendan sus favores,
Que si todo en amor fuera contento,
A dos días cansáran los amores.

Alza tu rostro, limpia el pensamiento,
Sacude el alma, corta á la medida
De sola tu ventura el sentimiento,

No la tendrás con tino aborrecida,
Ni gastarás en vanas pesadumbres
Las horas robadoras de la vida;

Ni perderás por mucho que te encumbres,
El seso con el bien desvanecido,
Ni colgado andarás de sus vislumbres.

Dale con tiempo al corazon rendido
Algun alivio, dale algun descanso:
Que bien basta un tormento á un afligido.

GRACIOLO.

Cielo sereno, al parecer tan manso
Como duro, cruel y riguroso
A mí que con querellas mil te canso;

Bien sabes tú, teatro deleitoso,
Cuantas veces la muerte he deseado
En este solitario bosque umbroso.

El rio, de mis quejas lastimado,
A veces en cristal se ha convertido,
Y á veces de dolor se ha despeñado.

Hacer acaso sobre un olmo un nido
A dos tórtolas ví en esta ribera,
Con ellas el amor entretenido.

Y yo llorando dije, ¡o quién me diera
Aqui la muerte, porque de mi vida
Jamás nueva en el mundo se supiera!

LIRANIO.

Error, sin fin, de gente distraida
Es el comun vivir destes que tienen
El alma en vanidades convertida.

A cada paso sin morir se mueren,
Olvidan un gran hato de ganado,
Y en ver unos cabellos se entretienen.

Un día á Olimpo ví desespreñado,
Y otro día pensando que era muerto,
Ya no le conocia de trocado.

Lleve uvas mi parral, frutas mi huerto,
Y allá se lo haya con su amarga muerte,
Amor, quien busca en vano tu concierto.

GRACIOLO.

Dorado cielo, si en el bien de verte
Alguno se concede al que te mira
Entre la luz que tu hermosura vierte;

Si algun dios en tus sillas de oro aspira
A cuyo cargo esten los desdichados,
A quien el ciego amor sus flechas tira;

Desata destes miembros fatigados
Un alma triste, puesta por consuelo
A los que en él estan mas agravados.

Rayos, que haceis estremecer el cielo,
Pues los de amor pretenden destruirme,
Matadme, y no me mate este recelo.

Silvestres fieras, mansas en oírme,
Bosque espeso, cansado descucharme.

Y vosotros, serrano, de sufrirme :
Si no basta mi fin para llorarne,
Muévaos á compasion el ver que muero
Por quien tuvo en su mano el remediarme.

Y al corazon del pecho mas sincero
En que el amor abrió mortal herida
Con dardo aguda de bruñido acero ;
A lo menos le dad á su medida
Sepulcro noble, rico y suntuoso,
A honra de la que en él está esculpida.

Y por mas solo y menos deleitoso,
Sea debajo de un cipres copado
Que al viento forme un silbo temeroso.

O sea entre duros riscos quebrantado

El rigor grave de mi adversa suerte,
Que hoy me hace morir desesperado.

Zelos, quien no ha gustado vuestra muerte,
Ni el alma por los ojos ha perdido,
No es mucho que á entender mi mal no acierte

O celo, que del mismo amor nacido
Es tu oficio abrasar vida y contento
Y dejar el carbon mas encendido,

Eres muerte y dolor del pensamiento,
Fiero verdugo de inmortal contienda
Donde del bien y el mal nace el tormento.

Leváasme al fin por tan estrecha senda,
Que das imperfeccion en el cuidado
Donde apenas caber puede la enmienda.

LIRANIO.

Quien no teme, pastor, ser olvidado,
Quien no teme perder prenda divina,
Poco la estima, y poco le ha costado.

GRACIOLÓ.

Ya, Liranio, al siniestro lado inclina
Atlante el cielo, y sobre entrambos ejes
Su carro de oro en la mitad camina.

Razon es que tu canto y mi mal dejes
En las manos del sueño, y en tu choza
A descansar de mi dolor te alejes ;

Que si en oírte el fresco campo goza
Una alegre y florida primavera,
Y entre sus flores el placer retoza,
En mí suena tu voz de otra manera,

Que lo que suele en otros ser contento,
Con eso quiere amor que pene y muera.

LIRANIO.

Ya va en las selvas refrescando el viento ;
Calla, pastor, y en sueño sepultado
Desnuda el alma dese pensamiento.

Aquel hogar que ves amortiguado,
Los pastores en torno dél dormidos,
Todo con la ceniza fria nevado,

No ha mucho que en sonoros estallidos
Arderle viste con la llama al cielo,
Mas que oro sus carbones encendidos :

Pasóse aquella furia y vino el hielo,
Vistió de blanco su dorada brasa :
Así pasan las cosas deste suelo.

De aqúese fuego que tu pecho abrasa
Tambien presto verás la llama altiva
Deshecha en humo, y por el suelo rasa :
Que amor y el tiempo todo lo derriba.

CANCION 1.

Aguas claras y puras,
En cuyo limpio seno
Ví la beldad mayor, que el mundo encierra :
Florestas y frescuras,
Bosque de álamos lleno,
Morada de los dioses de esta tierra ;
Oíd la nueva guerra

En que amor me ha metido ;

Y vos, ninfas divinas,

Que en aguas cristalinas
Gozais helado y transparente nido,

Salid fuera á escucharme

Mientras mi mal no acaba de matarme.

Si el rigor de mi suerte

Ya tiene difinido

Que en lágrimas de amor mi vida acabe ;

Por premio de mi muerte

Séarpe concedido

Un don, que en mí la haga menos grave :

Si en la ventura cabe

De un vivir tan cansado,

¹ Está tambien en el *Siglo de oro*, y es una imitación de la del Petrarca *Chiare, fresche e dolci acque*, no indigna de aquel bello modelo si se atiende á la facilidad y desahogo de su ejecucion. Pero como Balbuena, segun ya hemos indicado, no ponía bastante calor en los afectos, aquí está faltar tambien de aquella sensibilidad y tierna melancolía que respiran tan dulcemente en la composición italiana. La mejor estancia en la española es la cuarta véase aquí la que le corresponde en el original, y los dos poetas podrán compararse mejor entre sí.

Da' he' rami scendea,
Dolce nella memoria,
Una pioggia di fior sovra 'l suo grembo ;
Ed ella si sedea
Umile in tanta gloria,

Coverta gia dell amoroso nembo.
Qual fior cadea sul lembo,
Qual sulle treccie bionde ;
Che oro forbito e perle
Eran quel di' a vederle :
Qual si posaba in terra, e qual sull onde :
Qual con un vago errore
Girando pareva dir : qui regna amore.

Boscan que, segun la ingeniosa expresion de Herrera, *se atrevió á traer las joyas de Petrarca en su no bien compuesto vestido*, imitó tambien esta cancion en la suya de *Claros y frescos rios* ; pero con la desventaja consiguiente á la pobreza y sequedad de su ingenio y á la infancia y rudeza del arte. El se queda detras de Balbuena á una distancia infinitamente mayor que Balbuena de Petrarca.

Que el cuerpo frio y mudo
 De la vida desnudo
 Aquí entre flores quede sepultado,
 Y en esta fuente pura
 Alcance su holganza mas segura;
 Que yo espero algun dia,
 Segun amor me advierte,
 Que vuelva por aquí Cintia gozosa;
 Y la nueva alegría
 De mi sabida muerte
 La haga menos grave, y mas hermosa:
 Y ya no rigurosa,
 De un piadoso celo
 Y compasion llevada
 Sobre mi tierra helada
 Enjugará los ojos con su velo;
 Y á ver esto cumplido
 Quedará aquí mi espíritu escondido.
 A la sombra olorosa
 De aquel árbol sentada
 Ninfa de aquesta fuente parecia:
 Y una rama hermosa
 De jazmines nevada
 A dar sobre sus hombros descendia:
 Y allí flores llovía
 Cual nieve por la sierra,
 Unas á los cabellos,
 Que el sol es menos que ellos,
 Iban otras al agua, otras á tierra;
 Y ella entre tantas flores,

Por todas partes derramando amores.
 Yo viendo luz tan pura,
Suspense y admirado
 Bien creí que en el cielo me hallase,
 Y con su hermosura
 Entre flores echado
 Sentí que amor el alma me robase;
 Mas como se arrojase
 Ya mi ganado al rio,
 Fuéme el perder forzoso
 Rato tan deleitoso,
 Y caminar sin mí tras mi cabrío:
 Tal que al pasar el vado
 A la orilla el zurron dejé olvidado.
 Mientras que las estrellas
 Habitarán el cielo,
 Y del sol tomará lumbre la luna;
 Y mientras ella y ellas
 Enviarán al suelo
 Los diversos sucesos de fortuna,
 Sin que mudanza alguna
 Deshaga esta memoria,
 De mí será cantada
 Beldad tan celebrada,
 Y escrita en estos árboles su historia;
 Porque en los ramos bellos
 Crezcan sus loores como crecen ellos.
 Cancion, si tanto de primor tuvieras
 Como tienes de amor, yo me obligara
 Que nadie por grosera te dejará.

POESIAS DE PABLO DE CESPEDES¹.

POEMA DE LA PINTURA².

LIBRO I.

Mueve á la alma un deseo que la inclina
A seguir desigual atrevimiento,
Ardor, que nos parece ser divina
Inspiracion, de pretendido intento :

¹ Cordobés: escultor, pintor, anticuario y poeta: fué racionero en la iglesia de Córdoba, nació en esta ciudad en 1538, y murió allí en 1608. El poema presente no se ha conservado entero: solo han quedado estos fragmentos, que se imprimen aquí según el orden que últimamente les ha dado don Juan Cean en su Diccionario.

² En la historia de nuestras bellas artes tiene Céspedes, como pintor y escultor, un lugar bastante honroso y distinguido. Fuera todavía mas eminente el que ocuparía en el Parnaso como poeta, á conservarse entero el poema didáctico que compuso sobre la pintura, del que no han quedado mas que estos pocos fragmentos, publicados por su amigo Francisco Pacheco, y despues reimpresos diferentes veces. No se sabe que el poema se acabase ni se perfeccionase: Pacheco insertó y colocó en su libro, según convenia á su propósito, los trozos que habian llegado á sus manos anteriormente, y por ellos no se puede atinar con la idea general que el poema tendria, con la disposicion de sus partes, con su enlace y progresion, ni en fin, con la extension que el autor le habia dado. En vano en nuestros dias un escritor exacto y laborioso, el señor Cean, al publicar los opúsculos de Céspedes, quiso dar á estos fragmentos una especie de orden, y presentar en algun modo el todo que componian. A pesar de su trabajo y de sus conjeturas siempre resulta que no son otra cosa que trozos correspondientes sin duda á un mismo objeto, pero sin trabazon ninguna entre sí, y demostrando abiertamente los grandes vacios que debe haber de unos á otros.

Así como se hallan, y á despecho de su incoherencia y correccion, son de lo mas precioso que tiene nuestra poesia, y muestran en su autor un talento muy grande, un gusto acendrado, y el discípulo mas aventajado que Virgilio ha tenido entre nosotros. Propúosose como modelo las Geórgicas, y de ellas aprendió el secreto de vigorizar y amenazar los preceptos, ya con las galas del lenguaje, ya con los colores de la imaginacion, ya con el halago del número y de la armonia. Tambien tomó de ellas el camino de espaciar el ánimo de los lectores de cuando en cuando en grandes episodios, que variando y enriqueciendo la materia, dan descanso y reposo en medio de la aridez de la doctrina. El ha sabido trasladar felizmente á sus octavas aquel nervio, aquel color, aquel acento, aquel gran gusto en fin que se admira en el autor latino; y cuando se lee el trozo de la dura-

Si el despierto vigor, donde se afina,
En mí avivase el fugitivo aliento,
Diria el artificio soberano
Sin par, do llegar pudo estudio humano.
Cual principio conviene á la noble arte
Del dibujo, que él solo representa

cion de la tinta ó el de la pintura del caballo, se cree oír en castellano la voz y los acentos de la musa mantuana. Compárense con las octavas en que se acuerda de Cílaro, de Saturno y de los caballos de Aquiles, estos versos de Virgilio que tuvo presentes para hacerlas :

Talis Amyclei domitus Pollucis habenis
Cyllarus, et quorum Graii meminere Poetae,
Martis equi bijuges, et magni currus Achilli;
Talis et ipse jubam cervice effudit equinã
Conjugis adventu pernix Saturnus, et altum
Pelion hinnitus fugiens implevit acuto :

y se verá que ninguno de los traductores ó imitadores castellanos de aquel gran poeta se le ha acercado tanto como el pintor cordobés. Ni necesita, para manifestarse grande y producir igual efecto, valerse de los pensamientos é imágenes de Virgilio. Considéresele en las octavas en que habla de Cartago, de Homero, y aun del mismo poeta latino, comparando la duracion de los escritos con la de las ciudades, los mármoles y los edificios, y se le verá volar con sus propias alas y manifestar allí cuánto es su calor, cuál su fantasia, cuál su gusto en versificar, y de cuánta fuerza y mérito es su estilo.

Otro de los trozos que mas sobresalen, no tan brillante á la verdad como los ya citados, pero mas difícil de desempeñar y felicísimo en su ejecucion, es la descripcion de los instrumentos que sirven para la pintura. Un junco, un pincel, un cuchillo boto, la paleta, la piedra de moler, los colores, la concha en que se han de tener, el vaso en que se han de conservar, son de suyo objetos tan técnicos, tan materiales, tan poco susceptibles de imaginacion y poesia, que se hace tanto mas admirable la habilidad y maestría con que la pluma de Céspedes sabe hacerlos interesantes y poéticos.

Es mas que probable que este poema ni se acabó ni se corrigió: la prueba de ello para mí son la especie de lunares que se advierten en él, los cuales en un escritor del gusto y talento de Céspedes, hubieran desaparecido al concluirse y reverse. No era posible que él dejase en la magnifica y pintoresca invocacion la falta de construccion gramatical que hay en ella, y sobre todo los dos versos que la terminan :

De tí mi inculto ingenio, enfermo y poco
Fuerzas alcance : yo á tí solo invoco.

Con mas infelicidad todavia concluye el pasaje

Con vivas líneas que redobra y parte
 Cuanto el aire, la tierra y mar sustenta :
 El concierto de músculos, y parte
 Que á la invencion las fuerzas acrecienta :
 El bello colorido, y los mejores
 Modos con que florece y los colores.

Comenzaré de aquí. Pintor del mundo,
 Que del confuso caos tenebroso
 Sacaste en el primero y el segundo
 Hasta el último día del reposo
 A luz la faz alegre del profundo,
 Y el celestial asiento luminoso
 Con tanto resplandor y hermosura
 De varia y perfectísima pintura ;

Con que tan lejos del concierto humano
 Se adorna el cielo de purpúreas tintas,
 Y el translucido esmalte soberano,
 Con inflamadas luces y distintas :
 Muestras tu diestra y poderosa mano
 Cuando con tanta maravilla pintas
 Los grandes signos del etéreo claustro
 De la parte del élice y del austro.

Al ufano pavon alas y falda
 De oro bordaste y de matiz divino,
 Do vive el rosicler, do la esmeralda
 Reluce, y el záfiro alegre y fino :
 Al fiero pardo la listada espalda,
 La piel al tigre en modo peregrino ;
 Y la tierra amenísima, que esmalta
 El lirio y rosa, el amaranto y calta.

Todo fiero animal por tí vestido-
 Va diverso en color del vario velo :
 Todo volante género atrevido,
 Que el aire y niebla hiende en presto vuelo :
 Los que cortan el mar, y el que tendido
 Su cuerpo arrastra en el materno suelo :
 De ti mi inculto ingenio, enfermo y poco ,

Fuerzas alcance : yo á tí solo invoco.

Un mundo en breve forma reducido ¹,
 Propio retrato de la mente eterna ,
 Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
 Morador de su regia sempiterna ;
 Y la aura simple de inmortal sentido
 Inspiró dentro en la mansion interna ,
 Que la parte exterior avive, y mueva
 Los miembros frios de la imagen nueva.

Vistiólo de una ropa que compuso
 En extremo bien hecha y ajustada ,
 De un color hermosísimo, confuso ,
 Que entre blanco se muestre colorada.
 Como si alguno entre azucenas puso
 La rosa, en bella confusion mezclada ,
 O del indio marfil trasflora y pinta
 La limpia tez con la sidonia tinta.....

Primero romperás lo menos duro ²
 Deste arte poco á poco conquistando :
 Procura un órden, por el cual seguro
 Por sus términos vayas caminando.
 Comienza de un perfil sencillo y puro
 Por los ojos y partes figurando
 La faz ; ni me desplugo deste modo
 Un tiempo linear el cuerpo todo.

Un día y otro día, y el continuo
 Trabajo hace práctico y despierto ,
 Y despues que tendrás seguro el tino
 Con el estilo firme y pulso cierto ,
 No cures atajar luengo camino ,
 Ni por allí te engañe cerca el puerto :
 Vedan que el deseado fin consigas
 Pereza y confianzas enemigas.

Así la universal naturaleza
 Cuantos produce al esplendor del cielo
 No primero los arma de firmeza ,
 Ni con osado pié buellan el suelo,

de la duracion de la tinta, donde despues de decir que la pluma de Virgilio es la que ha dado la eternidad á Encas, añade :

No el inicio
 Pasage, y la creciente del Numico.

Semejantes versos tan desiguales á los demas, por no decir tan ridiculos, se ve palpablemente que son renglones puestos a la ligera por el ahinco de acabar y con intencion de corregirlos despues. Injuria seria al ingenio de tan gran poeta pensar de otro modo, y creerle satisfecho con estos imperfectísimos finales.

Desdice tambien, aunque no por igual motivo, la octava del mismo pasage de la tinta que empieza : *Humo envuelto en las nieblas*, etc. porque toca en declamacion vaga con resabios de mal gusto.

Estos lunares, repito, y algun otro período que aquí y allá se encuentran menos esmerado ó vestido, no deben considerarse como defectos del escritor, ni tampoco del poema, pues que estan en unos fragmentos incompletos y dispersos. ¿ Quién va á buscar ni á acusar las incorrecciones

que los grandes pintores dejan en sus borrones y bosquejos ? Estos pedazos de poesia no son otra cosa. Se han hecho sin embargo estas observaciones en obsequio de la juventud á quien la obra presente se dedica ; pero sin que menoscaben en lo mas mínimo el alto aprecio que merecen unos rasgos tan bellos y un hombre tan eminente, y respetado tanto en su tiempo por su ingenio, por su habilidad, por sus letras y por sus virtudes* .

- ¹ Pintura del hombre.
² Método de aprender.

(*) Por las alabanzas que Francisco Pacheco tributa en su libro á Céspedes, se puede venir en conocimiento de la gran reputacion que tenia entonces nuestro poeta. Tambien le dirigió Pacheco una epistola sobre la euidia que empieza :

Pensé, y mi pensamiento no fué vano,
 Levantar el espíritu caído,
 Mediante el favor vuestro soberano,
 Pues entre Apolo y vos está partido
 El poder, á mi nusa dad aliento, etc.

Algunos tercetos de ella estan incluidos en el artículo *Céspedes* del Diccionario del señor Cean : el todo vale poco, y por eso no se ha insertado en nuestra coleccion.

Que el sabor de la leche la terniza
Funde y condense del corpóreo velo ;
Y como va creciendo , el alimento
Refuerza con igual mantenimiento ,

Hasta que, ya crecida, llega al punto
Adulta edad, de mas perfecto estado :
El sustento dispone y dalo junto
Al cuerpo y al vigor acomodado.

No quieras adornar mas tu trasunto
De lo que conviniere al primer grado ,
Que cuanto mas en él te detuvieres,
Irás mas pronto al otro á que subieres.

Ya que la aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agüero ,
No puede segun esto sucederte
Menos el resto que el sudor primero :
Por ende, con ahinco anteponerle
Pretende entre los otros delantero ,
Llevando siempre, y vencerás, por guia
La libre obstinacion de tu porfia.

La elegancia y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado
No pienses descubrirla en otra cosa ,
Aunque industria acrecientes y cuidado ,
Que en aquella excelente obra espantosa ,
Mayor de cuantas se han jamas pintado ,
Que hizo el Buonarota de su mano
Divina en el estrusco Vaticano. ¹

Cual nuevo Prometeo, en alto vuelo
Alzándose, extendió las alas tanto ,
Que puesto encima el estrellado cielo
Una parte alcanzó del fuego santo,
Con que tornandov enriquecido al suelo ,
Con nueva maravilla y nuevo espanto ,
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles , á bronces , á colores.

Era perpetua noche y sombra oscura
La ignorancia , que tanto ocupa y tiene ,
Cuando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene :
Vistióse de no vista hermosura
Eí siglo inculco y rudo , á quien conviene
Con título vencer debido y justo
La afortunada edad del grande Augusto.

¡ O mas que mortal hombre, Angel divino !
¿ O cuál te nombraré? No humano cierto
Es tu ser, que del cerco impíreo vino
Al estilo y pincel, vida y concierto.
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto
De la reina virtud : á tí se debe
Honra , que en cierto dia el sol renueve.....

Será entre todos el pincel primero ²
En su cañon atado y recogido
Del blando pelo del silvestre vero
(El belgico es mejor y en mas tenido) :
Sedas el jabali cerdosos y fiero

Parejas ha de dar al mas crecido :
Será grande ó mayor, segun que fuere
Formado á la ocasion que se ofreciere

Un junco, que tendrá ligero y firme
Entre dos dedos la siniestra mano ,
Do el pulso incierto en el pintar se afirme ,
Y el teñido pincel vacile en vano ;
De aquellos que cargó de Tierra-Firme
Entre oro y perlas navegante ufano ;
De ébano ó de marfil asta que se entre
Por el cañon, hasta que el pelo encuentre.

Demas un tablóncillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera ,
O de aquel otro, que del triste amante
Imitáre el color en su madera :
Abierto por la parte de delante ,
Do salga el grueso dedo por defuera :
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores.

Un pórvido cuadrado, llano y liso ,
Tal que en su tez te mires limpia y clara ,
Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos en sutil mistura y rara :
De tres piernas la máquina de aliso ,
De una á otra poco mas que vara ,
Las clavijas pondrás en sus encajes ,
Donde á tu mano el cuadro alces ó bajas.

De macizo nogal y sazonado
Derecha regla que el perfil recuadra
Tendrás tambien de acero bien labrado
(No faltará ocasion) la justa escuadra ,
Y el compas del redondo fiel trabado ,
A quien el propio nombre al justo cuadra ,
Que abriéndose ó cerrando no se sienta
El salto donde el paso mas se aumenta.

Demas de esto un cuchillo acomodado
De sus pérfidos filos ya desnudo ,
Que incorpore el color ; y otro delgado
Que corte sin sentir fino y agudo
Los despojos del pájaro sagrado ,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la tarpea roca en la defensa ,
Cuando tenerla el fiero galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo sueno ,
La que guarde el carmin y guarde el oro ,
El verde, el blanco y el azul sereno :
Un ancho vaso de metal sonoro
De frescas ondas trasparentes lleno ,
Do molidos al olio en blando frio
Del calor los defensa y del estío.

Una ampolla de vidrio cristalina ,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra do se conserva y do se afina
Olio , con que mas cómodo se pinta :
Con estas otra que á la par destina
A la letra y dibujo oscura tinta ,

¹ El juicio universal de Miguel Angel.

² Instrumentos para pintar.

De caparrosa hecha, y agalla y goma
Con el licor que da la fértil Soma.

Tiene la eternidad ilustre asiento¹
En este humor por siglos infinitos :
No en el oro, ó el bronce, ni ornamento
Pario, ni en los colores exquisitos :
La vaga fama con robusto aliento
En él espárece los canoros gritos,
Con que celebra las famosas lides
Desde la India á la ciudad de Alcides.

¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura y bella
De las cenizas del esposo muerto
La magnánima reina, si en aquella
Noche oscura de olvido y desconcierto
La tinta la dejára, y los loores
De versos y eruditos escritores ?

Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados
De poderosa mano y noble celo,
Por tierra desaparecidos y aislados,
Son polvo ya que cubre el yermo suelo :
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Priamo infelice solo un dia
Deshizo el reino tan temido y fuerte :
Crece la inculca yerba do crecía
La gran ciudad, gobierno y alta suerte :
Viene espantosa con igual porfia
A los hombres y mármoles la muerte :
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.

Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que aun no bien vista desaparece :
Breve suma de números que allana
La Parca, cuando multiplica y crece :
Tirana suerte en condicion humana
Que con nuestros despojos enriquece,
Deuda cierta nacemos y tributo
Al gran tesoro del hambriento Pluto.

Todo se anega en el Estigio lago :
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos :
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos :
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en sí, y deshechos
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso
El hierro agudo á la ciudad de Marte :
Ella lo sabe, y Trasimeno undoso,
Que en su sangre hervió de parte á parte :
Caverna ahora del leon velloso,
Do aspid sorda y cerasta se reparte,
A do no humano acento, mas bramidos

De fieras resonantes son oídos.

Vos sentisteis tambien menos amigos,
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemígos,
Mas por vuestro valor último dano.
¡O Numancia ! ¡o Sagunto ! que festigos
Ahora sois de humano desengaño :
Caisteis, mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza.

¿Qué mucho si la edad hambrienta lleva
Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente, y su cruzea cebra
De piedras arrancadas y esparcidas !
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas :
Hiéndese y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo.

Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo,
Y cuanto adorna el pavimento humano,
Y el mar, y cuanto esconde en el profundo,
No vemos que refrena ó va á la mano
De la natura el gran poder segundo,
Pues todo cuanto á luz sacar lo place
Acaba, y con morir su curso luce.

¿Cuántas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo ?
¿Dónde el bronce labrado y oro ? ¿Y dónde
Atrios y gradas del asirio templo,
De alta memoria peregrino ejemplo ?
Solo el tesoro que el ingenio adquiere
Se libra del morir, ó se difiere.

No creo que otro fuese el sacro rio
Que al vencedor Aquiles y ligero
Le hizo el cuerpo con fatal rocto
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoro brio
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los siglos la corriente.

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Cuando con paso audaz de ilustre intento
De la aurea eternidad halló el camino :
Puso en el trono del purpúreo asiento
La noble tinta del poeta Andino
Al magnánimo Eneas, no el inico
Pasage, y la creciente de Numico.

LIBRO II.

Y aunque en la proporcion generalmente
De los antiguos muchos difirieron,
Una intento seguir, la mas corriente,
Que en las mayores obras eligieron :
Yo la ví y observé en aquella fuente

¹ Elogio de la tinta y su duracion.

² Sinetria del hombre.

De perenne saber, de do sallerón
Nobles memorias de valiente mano
Que ornan la alta Tarpeya y Vaticano.
Del alto de la frente, do el cabello
Se comienza á espesar oscurecido,
Hasta donde adornado de su bello
El perfil de la barba es mas crecido,
Y do mas bajo se avvicina al cuello
En tres partes iguales dividido,
La medida será con que midieres
Grande ó pequeña imagen que hicieres.....

El estudio no menos, y el cuidado ¹
Que pusiste en humanas proporciones,
A cualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones :
Al corzo ligerísimo, al venado,
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra, y con lanudas crines,
Y cierta ley de rigorosos fines.

El hermoso lebrel, el crudo alano,
Pintado ser de grande ornato hallo :
El jabalí espumoso, el tigre hircano
Y otros en grande número que callo :
Mas sobre todos ten siempre á la mano
El bizarro dibujo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura
El aliento, caudal y hermosura.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre ²
Por estudio mas alto ennobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera :
Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido :
Salga con altivez y atrevimiento,
Vivo en la vista, en la cerviz erguido :
Estríbe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.
Brioso el alto cuello y enarcado
Con la cabeza descarnada y viva :
Llenas las cuencas; y ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva :
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes : las orejas
Altas sin derramarlas y parejas.

Bulla inchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos :
Hondo el canal, dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos :
Llena la anca y crecida, largo el trecho
De la cola y cabellos desdeñosos :

Ancho el hueso del brazo y descarnado :
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando, ignota puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el escuadron siguiente :
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarle á la corriente
Rauda, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte :
Crece el resuello, y recogido el viento
Por la abierta nariz ardiendo parte :
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendías
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendias
El aire y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas mas cerradas esparcias
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de tu ninfa bella,
Saturno volador, delante de ella.

Tal el gallardo Cylaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban, y tales,
Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales :
Tal con el tremolar de libia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles :

A los cuales excede en hermosura
El cisne volador del señor mio,
Que la victoria cierta se asegura
De otro cualquiera en gentileza y brio.
Va delante á la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euro frio ;
Y á cuantos en su verso culto admira
La ronca voz de la pelasga lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro,
Cuyo esplendor se extiende y crece, harto
Mas vivo y puro que el diurno Electro :
Rendido el persa, el agareno y partho
A su valor con sonoro plectro,
Si el ciclo tiene aun quien venza y quiebre
De Smirna y Roma que el presumir celebre.

Cuales en torno al carro levantado
De uncidos ferocísimos leones
Van al abrigo del materno lado
De estrellas los ardientes escuadrones :
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tú salir de tí tales varones ,
Cuya virtud , cual el celeste fuego

¹ Simetría de los animales.

² Pintura del caballo.

Reluce, y mas el gran marques de Priego.

Este, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos
Córdoba, de laureles adornada,
Y de palmas sus altos fundamentos:
Luz de su ilustre patria levantada
Encima á cualesquier merecimientos;
Y es bien razon que en serlo della sea
De cuanto alumbra el sol, y el mar rodea.

Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heróico intento,
Y el valor celebrar, ¿dónde te enciendes
Tanto, y alzas tu voz al claro asiento?
No consenten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento:
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera,
Que ya tomaste, á proseguir primera.

Si enseñarte pudiese los concetos¹
Escritos, y la voz presente y viva,
Los primores abriera, y los secretos
Que encierra en sí la docta perspectiva:
Como extendidos por el aire y retos
Los rayos salen de la vista esquiva,
Como al término llegan de su intento,
Do paran, como en basa y fundamento.

Osaré confesar que alguna parte
El contino trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,
Y la esperanza audaz, que al fin sucede:
De mirar donde acaba y donde parte
El corte de las líneas; y do quede
Señalado el escorzo, con certeza,
En breve forma, y con mayor belleza.

Acórtase por esto, y se retira
El perfil que á los miembros ciñe y parte,
Asimismo escondiéndose á la mira,
Y desmiente á la vista una gran parte:
Donde una gracia se descubre y mira
Tan alta, que parece que allí el arte,
O no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.

Esto llaman escorzo, introducido,
Que en la habla comun se entienda y nombre,
De tierras extranjeras conducido,
Trajo con la arte misma el mismo nombre:
Hora pues, ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Romperte el paso á la sublime rueda.

¿Qué diré de la tabla que desvia
El fulminante brazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envia
El golpe entre fingidos resplandores,
Al cual se rindió la Asia, y la porfia
De los parthos huyendo vencedores;
Y la pintura tan subida y nueva,

Que con relinchos su caballo aprueba.

Bien hay donde extender la blanda vela
Por ancho campo, donde el fin no es cierto,
Y traer mil preceptos que la escuela
Tuvo de los antiguos y concierto;
Mas mientras la intencion mas se desvela,
Mas cerca pide el deseado puerto:
Con todo descubrir el fin se debe
Del camino mas fácil y mas breve.

Y para mayor luz sabrás, que hay una²
Industria, con que muchos han obrado,
Y acudiendo el favor de la fortuna,
Y el suceso al estudio y al cuidado,
Sus pinturas ilustres una á una
Las colocaron en tal alto grado,
Tan firmes, que la fuerza no ha podido
Del tiempo oscurecerlas, ni el olvido.

Harás de cuatro listas bien labradas,
Que entre sí puedan encajarse, un cuadro,
Y por iguales trechos señaladas
A la redonda sean del recuadro:
De señal á señal atravesadas
Vayan las hebras á encontrarse en cuadro;
Cual el vario ajedrez suele mostrarse,
Y de ébano y marfil diferenciarse.

Podrás, como quisieres, la figura
En tabla ó en papel representarla,
En la cual se descubra en la escultura
Un movimiento vivo en que mirarla:
De suerte la acomoda en la postura,
Que habrás despues con tintas de pintarla,
Si aspira el noble pecho á la alta gloria,
Que da de siglo en siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto
De esta figura, y de tu opuesta vista
La membrana ó papel tendrás dispuesto,
Do tu dibujo con razon consista:
Un trazo suba por derecho embiesto,
Y corra por traves la ciega lista
Con otros tantos cuadros y señales,
Todas ajusto, ó todas desiguales:

Y luego mirará por donde pasa
Cierto el contorno de la bella idea,
De rincon en rincon, de casa en casa
De aquella red que contrapuesta sea:
A tus cuadrados los perfiles casa
Con oscura ematite³, do se vea
El escorzo tan justo con objeto,
Igual en todo al imitado objeto.

Y pues ya sale y resplandece y dora⁴
Con belleza de luz del nuevo día
El cielo oscuro la florida aurora,
Y alza la faz rosada al aura fria;
A vos llamo, y á vos convoco ahora,
Ilustre y animosa compañía,
Que conmigo entendido aquella parte

¹ Perspectiva y escorzo.

² Cuadrícula.

³ Lápiz negro.

⁴ Colorido.

Habets de los principios de aquesta arte.

Mas ¿qué me canso de pintar, si al vivo
Desfallece el matiz y apenas llega?

¿Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara, ó mal despliega?

Del natural pretende alto motivo
Seguir, que á solo estudio no se entrega:

Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar tus ojos.

Busca en el natural, y (si supieres
Buscarlo) hallarás cuanto buscares:

Na te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares:

En la honrosa ocasion y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares,

Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel é ingenio imita.

No me atrevo á decir, ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas

Hallarse de contino en un sugeto,
Todas veces sin falta recogidas;

Aunque las cria sin ningun defeto
(A todas en belleza preferidas)

Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfetas haz un todo.

En el silencio oscuro su belleza⁴,
Desnuda de afeitadas fantasias,
Le descubre al pintor naturaleza
Por tantos modos y por tantas vias,
Para que la arte atienda á su lindeza
Con nuevo ardor, cuando en las cumbres frias
La luna enviste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.

Las frescas espeluncas escondidas
De arboredos silvestres y sombríos,
Los sacros bosques, selvas extendidas
Entre corrientes de cerúleos rios,

Vivos lagos y perlas esparcidas
Entre esmeraldas y jacintos frios
Contemple, y la memoria entretenida
De varias cosas quede enriquecida.

Si dispusiese el soberano cielo²,
Cuyo imperio corrige y ley gobierna
Cuanto á luz manifiesta el ancho suelo,
Y el estado mortal siguiendo alterna,
Que despues que de vuelta el leve vuelo
Del Tiempo, que consume y desgoberna
Cuanto produce y cria el universo,
Viviese la memoria de mi verso:

Será quizá que entre otros desvarios,
En que dan los que aquesta humana senda
Huellan, mirase los preceptos míos
Uno que alzarse á la virtud pretenda;
Y añadiendo al cuidado nuevos brios
Levantar á su antiguo honor emprenda
Esta arte ya perdida y desechada,
Sin honra en el olvido sepultada.

¿Cómo? ¿No puede ser? Un tiempo estuvo
(Y pasaron mil años) escondida,
En tanto que la niebla oscura tuvo
De la ignorancia la virtud sin vida,
Hasta que aventajadamente hubo
Quien la ensalzó do ahora está subida;
Mas (como todas cosas) nunca puede
Firmarse donde permanezca y quede.

No asienta en nada el pié, ni permanece
Cosa jamas criada en un estado:
Este hermoso sol que resplandece,
Y el coro de los astros levantado,
El vago aire y sonante, y cuanto crece
En la tierra y el mar de grado en grado,
Mueven como ellos, cambian vez y asientos,
Y revuelven los grandes elementos.

⁴ Imágenes de la fantasía.

² Conclusion.

POESIAS DE VARIOS AUTORES'.

DE DON DIEGO DE MENDOZA ².

CANCION.

Ya el sol revuelve con dorado freno
 Los ligeros caballos nuestra via,
 Acabando la mas corta carrera :
 Ya calienta, ya da nueva alegría
 De la estrella mas fria el tibio seno :
 Ya las nubes esparce por defuera :
 Ya parte mas afuera
 Del cielo, y apartada
 Ve la luz demasiada :

Yo cautivo que muero, quiere amor
 Que de mi huya el claro resplandor ;
 Y que siempre le siga como loco ,
 Teniendo al sol en poco,
 Y que muriendo busque mi dolor.

La ira del cruel y duro invierno
 Huye so tierra, y los rabiosos vientos
 No suenan ya por bosque ni montaña :
 El cielo da los dias ya contentos,
 Ya muestra la montaña el rostro tierno ,
 Ya sale á retozar por la campaña
 La sabrosa compañía
 Del viento delicado.
 Yo ausente y olvidado
 No mengua mi tristeza y desconuelo ;

'La mayor parte de las piezas que se comprenden bajo este título son pastoriles, y todas presentan con mas ó menos ventaja, pero siempre en un grado bastante distinguido, el carácter y dotes de este género, demasiado frecuentemente tratado por nuestros poetas. Dejando á parte las canciones de San Juan de la Cruz, que por la calidad de su autor, por su estilo, y por el sentido místico que encierran, se ponen fuera de la crítica literaria; sobresalen entre las otras por su mérito particular la égloga de *Tirsi* de Francisco de Figueroa, la *cancion de Nerea* de Gil Polo, y la *fábula del Genil* de Pedro de Espinosa.

La primera, ademas de su juiciosa disposicion, de sus bellas y naturales imágenes, y de la propiedad y sencillez del estilo, tiene el mérito de sus versos, que son los primeros endecasílabos libres de rima que se han hecho bien en castellano. Ni los de Garcilaso, ni los de Boscan, ni tampoco los de Acuña, estan contruidos con el esmero, el artificio y la armonía correspondiente para poder ser leidos. Estos de Figueroa ya son otra cosa, y se graban en el oído y en la memoria de un modo tan fácil y halagüeño, que es una prueba incontestable de su mérito.

El pasaje que empieza *Mas así va, etc.*, es tomado de la oda de Horacio á Albio Tibulo en que le dice :

Sic visum Veneri ; cui placet impares
 Formas atque animos sub juga abenea
 Sævo mittere cum joco *.

La ampliacion que el poeta español da á la sentencia es felicísima, y hace que entre naturalmente en el argumento, y se haga palpable con la oportunidad del ejemplo. El *ella se fué* hablando de la desengañada Clori que se parte llorosa, levantando los ojos al cielo y tal vez pidiendo venganza; el *pero bien se la doy* que tan

oportunamente le sigue, son expresiones que en medio de su naturalidad hacen por el lugar en que estan puestas, y por el corte y apoyatura que dan al curso de la dición, un efecto enérgico y poderoso.

La composicion siguiente de Gil Polo conocida con el nombre de *cancion de Nerea* es la expresion de los mismos sentimientos, pero con mucha mas amenidad, mas gracia, mas delicadeza y primor. Aquí el pastor que ama y la pastora que desdeña estan á la vista uno de otro, y la obra toma el interes de un poema dramático. El lugar de la escena, la ninfa que juega con las ondas á la orilla del mar, Licio que la contempla mudamente primero, y despues prorrumpe en sus quejas y en sus ruegos; los sentimientos tan naturales y delicados, sin dejar de ser ingeniosos, que acompañan su discurso, el ceño y desabrimiento con que ella le hace callar, quedando los dos en la misma posicion que estaban al principio, todo está pintado de un modo tan exquisito, en una versificación tan fluida, tan fácil y graciosa, que no es de extrañar la aceptación y el aplauso que esta lindísima poesia ha tenido en todos tiempos de inteligentes, de aficionados, y de todo hombre de buen sentido y sana razon.

Solas tres quintillas podrán acaso no contentar á un gusto demasiado severo. Las dos que aluden al raptó de Europa y á la catástrofe de Hipólito, por no ser objetos al alcance de un pastor; y la que empieza *Pero cuando digo yo*, por bajar algun tanto de tono, y ya no parecer mas que una prosa rimada : tan difícil es revolver junto á la yerba y las flores, sin tocar á veces en la tierra. Todo lo demas de la cancion es verdaderamente oro puro.

² Nació en Granada por los años de 1500, y murió en Valladolid en 1573. Mas que por sus poesias es conocido por su historia *de la Rebelion de los Moriscos de Granada*.

(*) Lib. 1. Oda 33.

Antes rompo las peñas con mi duelo,
 Y los montes de duelo suspirando ;
 Mas poco cura el cielo
 Que viva el friste desamado amando . .
 La verde yerba coronando viene . . .
 De varias flores la pintada tierra,
 Que al estrellado cielo se parece :
 Los tiernos ramos no tienen mas guerra
 Con el soberbio viento, ni conviene
 Temor del duro hielo que entorpece.
 Ya ninguna perece
 De las espesas hojas :
 Y tú, fortuna, arrojas
 Tanto dolor en mí, tanta agonía
 Cuanto ellos hora tienen de alegría.
 Cada cosa en su tiempo fin alcanza :
 Y en la tristeza mía
 No hay tiempo que remedie mi esperanza.
 En el mar sosegado al manso viento
 Tiende la vela alegre el marinero,
 Seguro ya de la cruel tormenta ;
 En alta popa con navío ligero
 Corta agua espumosa , y va contento,
 Sin tener con las ciegas nubes cuenta,
 Niespera mas afrenta :
 Y en mi vida importuna
 Cualquier tiempo es fortuna ;
 Siempre me veo cubierto de cuidados
 Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
 ¡ O enemiga fortuna ! ¡ o cruda suerte !
 Non son unos pasados
 Cuando me llegan otros á la muerte.
 El pastor amoroso embebecido
 En la cumbre del monte está cantando,
 O en la fresca arboleda y verde prado ;
 Y con sabrosa flauta remedando
 La viva voz, ó ya el dulce sonido
 Del agua clara y viento delicado,
 Presente su ganado
 Que escucha sus querellas :
 Yo triste que con ellas
 Vivo solo en lugar adonde oidas
 No pueden ser de nadie ni sentidas ,
 Paso mi vida en doloroso llanto ;
 Y si hubiese mil vidas ,
 Todas las pasaría en otro tanto.
 Bien sabes tú, canción, qué primavera ,
 Qué sol es el que espera
 Mi alma en esta ausencia :
 Qué males en presencia
 Me pueden dar mas conocido daño ,
 Y en tanta soledad aborrecer,
 Huyendo como extraño,
 Todo aquello que á todos da placer.

LETRILLA.

Esta es la justicia
 Que mandan hacer
 Al que por amores

Se quiso prender.
 Engañó al mezquino
 Mucha hermosura,
 Faltó la ventura,
 Sobró el desatino,
 Errado el camino,
 No pudo volver
 El que por amores
 Se quiso prender.
 Mandenle escribir
 Aunque no contente,
 Y si se arrepiente
 Que no ha de huir.
 Que quiera morir,
 Y no pueda ser :
 Que esta es la justicia
 Que mandan hacer
 Al que por amores
 Se dejó prender.
 Entró simple y ciego,
 Mas no sin razón ;
 Hizose aflicion
 De lo que era juego.
 Él encendió el fuego
 En que había de arder,
 Cuando por amores
 Se quiso prender.
 Sufra disfavores
 Hechos por antojo,
 Háganse del ojo
 Sus competidores ;
 Y los miradores
 Échenlo de ver ;
 Que esta es la justicia
 Que mandan hacer
 Al que por amores
 Se quiso prender.
 Si acaso algun día
 Habla con su dama,
 Mire ella al que ama,
 Y con él se ria.
 De envidia y porfía
 Se ha de mantener
 El que por amores
 Se quiso prender.
 Diga su cuidado,
 No sea creído ;
 Antes que sea oído
 Sea condenado.
 Quiera ser mirado,
 No le quieran ver
 Al que por amores
 Se dejó prender.

DE SAN JUAN DE LA CRUZ¹

CANCIONES MISTICAS. — PRIMERA.

LA NOCHE OSCURA.

En una noche oscura
 Con ansias en amores inflamada,
 ¡O dichosa ventura!
 Salí sin ser notada
 Estando ya mi casa sosegada.
 A oscuras y segura,
 Por la secreta escala disfrazada,
 ¡O dichosa ventura!
 A oscuras y enclorada,
 Estando ya mi casa sosegada.
 En la noche dichosa,
 En secreto que nadie me veía,
 Ni yo miraba cosa,
 Sin otra luz ni guía
 Sino la que en el corazón ardía.
 Aquesta me guiaba
 Mas cierta que la luz del medio día,
 Adonde me esperaba
 Quien yo bien me sabía
 En parte donde nadie parecía.
 ¡O noche que guiaste!
 ¡O noche que amable mas que el alborada!
 ¡O noche que juntaste
 Amado con amada,
 Amada en el amado trasformada!
 En mi pecho florido,
 Que entero para él solo se guardaba,
 Allí quedó dormido,
 Y yo le regalaba,
 Y el ventalle de cedros aire daba.
 El aire de la almena
 Cuando ya sus cabellos esparcía,
 Con su mano serena
 En mi cuello hería,
 Y todos mis sentidos suspendía.
 Quedéme y olvidéme;
 El rostro recliné sobre el amado;
 Cesó todo y dejéme,
 Dejando mi cuidado,
 Entre las azucenas olvidado.

SEGUNDA.

Diálogo entre el Alma y Cristo su esposo.

ESPOSA.

¿A dónde te escondiste
 Amado y me dejaste con gemido?

Como ciervo huiste
 Habiéndome herido;
 Salí tras ti clamando y eras ido.
 Pastores los que fuerdes
 Alla por las majadas al otero,
 Si por ventura vierdes
 Aquel que yo mas quiero,
 Decíldeme que adolezco, peno y numero.
 Buscando mis amores
 Iré por esos montes y riberas;
 Ni cogere las flores,
 Ni temeré las fieras,
 Y pasare los fuertes y fronteras.
 ¡Oh bosques y espesuras
 Plantadas por la mano de mi amado!
 ¡Oh prado de verduras
 De flores esmaltado!
 Decid si por vosotras ha pasado,

LAS CRIATURAS.

Mil gracias derramando
 Pasó por estos solos con presura;
 Y yéndolos mirando,
 Con sola su figura
 Vistidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

¡Ay, quién podrá sanarme!
 Acaba de entregarte ya de vero;
 No quieras enviarme
 De hoy mas ya mensajero;
 Que no saben decirme lo que quiero.
 Y todos cuantos vagan
 De tí me van mil gracias refiriendo,
 Y todos mas me llagan,
 Y dejame muriendo
 Un no sé qué, que queda balbuciendo.
 Mas ¿cómo perseveras
 ¡O alma! no viviendo donde vives,
 Y haciendo porque mueras
 Las flechas que recibes
 De lo que del amado en tí concibes?
 ¿Porqué, pues has llagado
 Aqueste corazón, no le sanaste?
 Y pues me le has robado
 ¿Porqué así le dejaste
 Y no tomas el robo que robaste?
 Apaga mis enojos
 Pues que ninguno basta á deshacellos,
 Y véante mis ojos
 Pues eres lumbre dellos,
 Y solo para tí quiero tenellos.
 Descubre tu presencia
 Y máteme tu vista y hermosura;
 Mira que la dolencia
 De amor no bien se cura
 Sino con la presencia y la figura.
 ¡O cristalina fuente,

¹ Nació en la villa de Hontiveros año de 1542, y descualzo, y coadjutor de santa Teresa en la reforma de la orden.

Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados !
Apártalos amado
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,

Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma
Y al aire de tu vuelo fresco toma.

ESPOSA.

Mi amado las montañas,
Los valles solicita nemorosos,
Las insulas extrañas,
Los rios sonorosos
El silbo de los aires amorosos ;
La noche sosegada
Procura, y los levantes de la Aurora ;
La música callada,
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora.

Es su lecho florido

De cuevas de leones rodeado,
En púrpura teñido,
De paz edificado,
Con mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella

Las jóvenes discurren al camino,
Al toque de centella
Al adobado vino,
Emisiones del bálsamo divino.

. En la interior bodega

De mi amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega
Ya cosa no sabia,
Y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho,

Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.
Y yo le dí de hecho

A mí sin dejar cosa :

Allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado

Y todo mi caudal en su servicio :

Ya no guardo ganado,

Ni ya tengo otro oficio,

Que ya solo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el ejido

De hoy mas no fuere vista ni hallada

Direis que me he perdido ;

Que andando enamorada

Me hize perdidiza y fui ganada.

De flores y esmeraldas

En las frescas mañanas escogidas,

Haremos las guirnardas

En tu amor florecidas

Y en un cabello mio entretejidas.

En solo aquel cabello

Que en mi cuello volar consideraste :

Mirástele en mi cuello

Y en él preso quedaste
Y en mis dos blandos ojos te llagaste.
Cuando tú me mirabas
Tu gracia en mí tus ojos imprimian :
Por eso me adamabas,
Y en eso merecian

Los míos adorar lo que en tí vían.

No quieras despreciarme

Que si color moreno en mí hallaste,

Ya bien puedes mirarme

Después que me miraste,

Que gracia y hermosura en mí dejaste.

Cogednos las raposas,

Que está ya florida nuestra viña :

En tanto que de rosas

Hacemos una piña,

Y no parezca nadie en la montaña.

Detente, cierzo muerto,

Ven, austro, que recuerdas los amores,

Aspira por mi huerto

Y corran sus olores

Y pacerá el amante entre las flores.

ESPOSO.

Entrádose ha la esposa

En el ameno huerto deseado,

Y á su sabor reposa,

El cuello reclinado

Sobre los dulces brazos del amado.

Debajo del manzano,

Allí conmigo fuiste desposada,

Allí te dí la mano

Y fuiste reparada

Donde tu madre fuera violada.

¡ O vos, aves ligeras,

Leones, ciervos, gamos saltadores,

Montes, valles, riberas,

Aguas, aires, ardores,

Y miedos de la noche veladores !

Por las amenas liras,

Y canto de sirenas os conjuro,

Que cesen vuestras iras

Y no toqueis al muro

Porque la esposa duerma mas seguro.

ESPOSA.

¡ Doncellas de Judea !

En tanto que en las flores y rosales

El ámbar perfumea,

Morá en los arrabales,

Y no querais tocar nuestros umbrales.

¡ Escóndete, carillo !

Y mira con tu faz á las montañas,

Y no quieras decillo ;

Mas mira las campañas

De la que va por insulas extrañas.

ESPOSO.

La blanca palomica

Al arca con el ramo se ha tornado ;

Y ya la tortolica

Al socio deseado

En las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivia
Y en soledad ha puesto ya su nido ;
Y en soledad la guia
A solas su querido,
Tambien en soledad de amor herido.

ESPOSA.

Gocémonos ,amado ,
Y vámonos á ver en tu hermosura.
Al monte ó al collado ,
Do mana el agua pura ,
Entremos mas adentro en la espesura
Y luego á las subidas
Cavernas de las piedras nos iremos .
Que estan bien escondidas ,
Y allí nos entrarémos ,
Y el mosto de granadas gustarémos.

Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendia ,
Y luego me darías
Allí ¡ tú , vida mia !
Aquello que me diste el otro día.

El aspirar del aire ;
El canto de la dulce filomena ,
El soto , y su donaire
En la noche serena
Son llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba ,
Aminadab tampoco parecia ,
Y el cerco sosegaba
Y la caballería
A vista de las aguas descendia.



DE FRANCISCO DE FIGUEROA¹.

EGLOGA.

TIRSI.

Tirsi , pastor del mas famoso rio
Que da tributo al Tajo , en la ribera
Del glorioso Sebeto , á Dafne amaba
Con ardor tal , que fué mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche ; y al nacer del dia ,
Como suelen tornar otros del sueño
Al ejercicio usado , así del llanto
Tornar al llanto , y de una en otra pena
Rompiendo el aire en semejantes voces :

Fiero dolor , que del profundo pecho ,
De este tu propio antiguo usado nido ,
Sacas tan abundante y larga vena ,
Afloja un poco , ¡ o dolor fiero ! afloja ,
Fiero dolor , un poco , y de las lágrimas

Que en mis ojos cuajadas hacen turbia
Mi débil vista , alguna parte enjuga.
Porque con este hierro , que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida ,
En este tronco escriba mis querellas :
Do por ventura la engañosa Dafne ,
Tornando de la caza calurosa

Y sedienta á buscar ó sombra ó agua ,
Vuelva acaso los ojos y los lea :
O si esto no , serán piadoso ejemplo
A amorosos pastores... Dafne ingrata ,
Que mientras vas con el sol nuevo alegre
Del espaciosos mar las brayas ondas
Que crecen con mis lágrimas mirando ,
O en jardin deleitoso , al manso viento ,
De cuidados de amor libre pasas ;
Tú Tirsi , ¡ ay Dios ! tú Tirsi , un tiempo yace
Solo con su dolor en esta selva :
Que ya ni el verde prado ó fresca sombra,
Ni olor suave de diversas flores ,
Ni dulce murmurar declara fuente
Le es dulce ó cara sino el llanto solo.

¡ Cuántos pastores , cuántas pastorcitas
Amorosas oyendo mis gemidos
Conmigo consolándome han llorado !
¡ Que me dijo una vez la blanca Alcea
Movida á compasion ! ¡ Qué dijo Clori ,
La rubia Clori , amor de mil pastores !
Que cuando yo cantando , ella vencida
Del amor que me tiene , entre estas ramas
Escondida , tu nombre oyó en mis versos.
Dijo : ¡ ay amargas voces , cuán impresas
Os tiene el corazon ! Hermoso Tirsi ,
De tus riberas no pequeña gloria ,
¿ Cuál estrella cruel , cuál fiera suña
Te mueve contra tí ? Tú mismo buscas
Tu presto fin en tus mas tiernos años...
¿ No te ví , Tirsi , yo , ¡ Ah que bien debo
Acordarme del dia ! en las solemnes
Bodas de Alcipe estar , cual prado en mayo ,
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado en derredor , ufano y ledo ?
¿ Qué tienes ya de aquel , de aquel que pudo
A mí misma robarme ? ¿ A dónde es ida
Tu gracia ? ¿ A dónde la color del rostro ?
¿ A dónde está la fuerza de tus ojos
Amorosos ó airados ? ¿ Quién te tiene
Parado tal , que si tu imágen viva ,
Desde aquel para mí cuitado dia ,
Esculpida en mi pecho no estuviera ,
Te conociera apenas ? Mira , Tirsi ,
Mira , cruel , que el justo amor debido
A tu Clori , tan mal en Dafne empleas.
Mas así va , son estos los misterios
De la diosa cruel , reina de Cipro .
Que desiguales ánimas y formas
Se deleita enlazar con crudo yugo.

¹ Natural de Alcalá de Henares : floreció despues de mediado el siglo 16.

Aleipe ama á Damon : Damon á Clori :
 Arde Clori por Tirsi , Tirsi ingrato
 Por Dafne : Dafne está entregada á Glauco :
 En Glauco no hay amor... Apenas pude
 Escuchar hasta aquí , que airado en vista ,
 Y muy mas dentro del corazon , la dije :
 Huye , huye de mí , malvada Clori ,
 No me fatigues mas con falsas nuevas.
 Ella se fué , mas levantó primero
 Los ojos lagrimosos hácia el cielo ,
 Y no sé si pidió de mi venganza.
 Pero bien se la doy : desde aquella hora
 Imaginando estoy el como sea
 Que por amar á Glauco , á Tirsi olvidés.
 De secreta virtud pequeña yerba ,
 No nace planta en este prado ó valle ,
 De quien no tenga yo cierta noticia ,
 Y la sepa apropiár á sus efectos.
 ¿ Cuándo nació jamas por aquí en torno
 Contienda pastoril , que yo no fuese
 Elegido júez por ambas partes ?
 ¿ Cuando en fiesta quedé sin algun premio ?
 Testigos son esta zampoña y vaso ,
 Y ese collar que cuelga de tus pechos.
 Pues si versos se precian , ya te dieron
 Otro tiempo loor mis dulces versos.
 Mis ovejas que van presas del lobo
 ¿ No te dieron un tiempo de sus partos ?
 ¿ No te dieron mis huertos fruta y flores ?
 ¿ Porqué me ha de vencer pastor ageno ,
 Y si no vil , que yo menos famoso ?
 ¿ En qué me excede Glauco ? ¡ Ah Dafne ingrata !
 Ah Dafne desleal , perjura Dafne !
 ¿ Porqué quiero esperar que venga á pasos
 Perezosos la muerte ? Aunque está cerca ,
 Yo quiero apresurarla. En esto prueba
 A levantarse ; pero no sostiene
 Los piés débiles carga tan pesada.
 Torna á caer , y con dolor de verse
 Estorbar el morir , corre á la muerte
 Perdiendo los espiritus vitales.
 Mas presto torna á su pesar la vida ,
 Y torna juntamente el llanto amargo.



DE JORGE DE MONTEMAYOR ¹.

GANCION.

Ojos , que ya no veis quien os miraba
 Cuando érades espejo en que él se vía ,
 ¿ Qué cosa podeis ver que os dé contento ?
 Prado florido y verde do algun día

Por el mi dulce amigo yo esperaba ,
 Llorad conmigo el grave mal que siento.
 Aquí me declaró su pensamiento ;
 Oíle yo cuitada ,
 Mas que serpiente airada ,
 Llamándole mil veces atrevido :
 Y el triste allí rendido ,
 Parece que es ahora y que le veo ,
 Y aun ese es mi deseo.
 ¡ Ay si ahora le viese , ay tiempo bueno !
 Ribera umbrosa ¿ qué es de mi Sireno ?
 Aquella es la ribera , este es el prado ,
 De allí parece el soto , el valle umbroso ,
 Que yo con mi rebaño repastaba ;
 Veis el arroyo dulce y sonoroso
 Do pacia la siesta mi ganado ,
 Cuando mi dulce amigo aquí moraba :
 Debajo de aquella haya verde estaba ,
 Y veis allí el otero
 A do le vi primero
 Y do me vió : dichoso fué aquel día ,
 Si la desdicha mia
 Un tiempo tan dichoso no acabára.
 ¡ O haya ! o fuente clara !
 Todo está aquí , mas no por quien yo peno ;
 Ribera umbrosa ¿ qué es de mi Sireno ?
 Aquí tengo un retrato que me engaña ,
 Pues veo á mi pastor , cuando lo veo ,
 Aunque en mi alma está mejor sacado :
 Cuando de velle llega el gran deseo ,
 De quien el tiempo luego desengaña ,
 A aquella fuente voy que está en el prado.
 Arrímonele al sauce , y á su lado
 Me siento ¡ ay amor ciego !
 Al algua miro luego ,
 Y veo á él y á mí como le vía
 Cuando él aquí vivía :
 Esta invencion un rato me sustenta ,
 Despues caigo en la cuenta ,
 Y dice el corazon de ansias lleno ,
 Ribera umbrosa ¿ qué es de mi Sireno ?
 Otras veces le hablo y no responde ,
 Y pienso que de mí se está vengando ,
 Porque algun tiempo no le respondia :
 Mas dígole yo triste así llorando :
 Hablad , Sireno , pues estais adonde
 Jamas imaginó mi fantasia.
 ¿ No veis , decí , que estais en la alma mia ?
 Y él todavía callado
 Y estarse allí á mi lado.
 En mi seso le ruego que me hable :
 ¡ Qué engaño tan notable ,
 Pedir á una pintura lengua ó seso !
 ¡ Ay tiempo , en que en un peso
 Estaba mi alma , y en poder ageno !
 Ribera umbrosa ¿ qué es de mi Sireno ?

¹ Portugues : natural de Montemor : floreció á mediados del siglo 16 : fué el que con su *Diana* introdujo el gusto de las novelas pastorales.

No puedo jamas ir con mi ganado
 Cuando se pone el sol en nuestra aldea,
 Ni desde allí venir á la majada
 Sino por donde, aunque no quiera, vea
 La choza de mi bien tan deseado,
 Ya toda por el suelo derribada.
 Allí me siento un poco, descuidada
 De ovejas y corderos,
 Hasta que los vaqueros
 Me dan voces diciendo : ¡ola pastora!
 ¿En quién piensas ahora?
 Y el ganado paciendo por los trigos:
 Mis ojos son festivos
 Por quien la yerba crece al valle ameno:
 Ribera umbrosa ¿qué es de mi Sireno?
 Razon fuera, Sireno, que hicieras
 A tu opinion mas fuerza en la partida,
 Pues que sin ella te entregué la mia:
 Mas yo ¿de quién me quejo ya, perdida?
 ¿Pudiera alguno hacer que no partiera
 Si el hado ó la fortuna lo queria?
 No fué la culpa tuya, ni podria
 Creer que tú hicieses
 Cosa con que ofendieses
 A este amor tan llano y tan sencillo;
 Ni quiero presumillo,
 Aunque haya muchas muestras y señales:
 Los hados desiguales
 Me han anublado un cielo muy sereno:
 Ribera umbrosa ¿qué es de mi Sireno?
 Cancion, mira que vayas donde digo:
 Mas quédate conmigo,
 Que puede ser te lleve la fortuna
 A parte do te llamen importuna.



DE GIL POLO¹.

CANCIONES PASTORILES.

En el campo venturoso,
 Donde con clara corriente
 Guadalavia² hermoso
 Dejando el suelo abundoso
 Da tributo al mar potente;
 Galatea desdenosa
 Del dolor que á Licio daña,
 Iba alegre y bulliciosa
 Por la ribera arenosa
 Que el mar con sus ondas baña,
 Entre la arena cogiendo
 Conchas y piedras pintadas,

Muchos cantares diciendo
 Con el son del ronco estruendo
 De las ondas alteradas:

Junto el agua se ponía,
 Y las ondas aguardaba,
 Y en verlas llegar huía;
 Pero á veces no podia,
 Y el blanco pié se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento
 Amador ninguno iguala,
 Suspendió allí su tormento
 Mientras miraba el contento
 De su pulida zagala.

Mas cotejando su mal
 Con el gozo que ella habla,
 El fatigado zagal
 Con voz amarga y mortal
 De esta manera decia:

Ninfa hermosa, no te vea
 Jugar con el mar horrendo;
 Y aunque mas placer te sea,
 Huye del mar, Galatea,
 Como estás de Licio huyendo.

Deja ahora de jugar,
 Que me es dolor importuno:
 No me hagas mas pensar,
 Que en verte cerca del mar
 Tengo zelos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado,
 Que á mi pensamiento creca:
 Porque ya está averiguado,
 Que si no es tu enamorado,
 Lo será cuando te vea.

Y está cierto, porque amor
 Sabe desde que me hirió,
 Que para pena mayor
 Me falta un competidor
 Mas poderoso que yo.

Deja la seca ribera,
 Do está el alga infructuosa:
 Guarda que no salga afuera
 Alguna marina fiera
 Enroscada y escamosa.

Huye ya, y mira que siento
 Por ti dolores sobrados;
 Porque con doble tormento
 Zelos me da tu contento
 Y tu peligro cuidados.

En verte regocijada
 Zelos me hacen acordar
 De Europa, ninfa preciada,
 Del toro blanco engañada
 En la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado
 Hace que piense continuo
 De aquel desdenoso alnado,
 Orilla el mar arrastrado,

¹ Valenciano: autor de *la Diana enamorada*: floreció despues de mediado el siglo 16.

Visto aquel monstruo marino.

Mas no veo en tí temor
De congoja y pena tanta;
Que bien sé por mi dolor
Que á quien no teme al amor
Ningun peligro le espanta.

Guarte pues de un gran cuidada :

Que el vengativo Cupido
Viéndose menospreciado,
Lo que no hace de grado,
Suele hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno,
Y al apacible sombrío
De olorosas flores lleno,
Do en el dia mas sereno
No es enojoso el estío.

Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre fodas, solo espera
Que tú te laves en ella,

En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo;
Que estando al abierto cielo,
El sol morena te para.

No escuchas dulces concientos;
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravos vientos
Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.

Ven á la dulce floresta,
Do natura no fué escasa:
Donde haciendo alegre fiesta
La mas calorosa siesta
Con mas deleite se pasa.

Huye los soberbios mares;
Ven verás como cantamos
Tan deleitosos cantares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos;

Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
No digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.

Allí, por bosques y prados,
Podrás leer todas horas,
En mil robles señalados
Los nombres mas celebrados
De las ninfas y pastoras.

Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste

De tu memoria borrado.

Y aunque mucho estés airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar,
Fuera triste desplacer;
¿ Mas qué tormento ó pesar
Te puede, Ninfa, causar
Ser querida y no querer?

Mas, desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea:
Solo que en estas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.

¿ Qué pasatiempo mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruseñor,
Coger la olorosa flor,
Y en clara fuente lavarse?

Pluguiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera,
Y porque mas lo preciaras,
Ojalá tú lo probaras,
Antes que yo lo dijera.

Porque cuanto alabo aqui
De su crédito lo quito;
Pues el contentarme á mi
Bastará para que á tí
No te venga en apetito.

Licio mucho mas le hablára,
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbára,
Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.

Volvió á sus juegos la fiera
Y á sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

CANCION II.

Cuando con mil colores dividido
Viene el verano en el ameno suelo,
El campo hermoso está, sereno el cielo,
Rico el pastor, y próspero el ganado:
Filomena por árboles floridos

Da sus gemidos:
Hay fuentes bellas
Y en torno de ellas
Cantos suaves
De ninfas y aves;

Mas si Elvinia de allí sus ojos parte,
Habrá contino invierno en toda parte.

Cuando el helado cierzo de hermosura
Despoja yerbas, árboles y flores,
El canto dejan ya los ruseñores,
Y queda el yermo campo sin verdura.

Mil horas son mas largas que los dias
 Las noches frias :
 Espesa niebla
 Con la tiniebla
 Oscura y triste
 El aire viste ;
 Mas salga Elvinia al campo , y por do quiera
 Renovará la alegre primavera .

Si alguna vez envia el cielo airado
 El temeroso rayo ó bravo trueno ,
 Está el pastor de todo amparo ageno .
 Triste , medroso , atónito y turbado :
 Y si granizo ó dura piedra arroja ,
 La fruta y hoja
 Gasta y destruye ;
 El pastor huye
 A paso largo
 Triste y amargo ;
 Mas salga Elvinia al campo , y su belleza
 Desterrará el recelo y la tristeza .

Y si acaso tañiendo está ó cantando ,
 A sombra de olmos ó altos valladares ,
 Y está con dulce acento á mis cantares
 La mirla y la calandria replicando ;
 Cuando suave espira el fresco viento ,
 Cuando el contento
 Mas soberano
 Me tiene ufano
 Libre de miedo
 Lozano y ledo ;
 Si asoma Evinia airada , así me espanto
 Que el rayo ardiente no me aterra tanto .

Si Delia en perseguir silvestres fieras ,
 Con muy castos cuidados ocupada
 Va de su hermosa escuadra acompañada
 Buscando sotos , campos y riberas ,
 Napeas y Hamadriadas hermosas
 Con frescas rosas

La van delante ;
 Está triunfante
 Con lo que tiene :
 Pero si viene
 Al bosque donde caza Elvinia mia ,
 Parecerá menor su lozania .

Y cuando aquellos miembros delicados
 Se lavan en la fuente esclarecida ,
 Si allí Cintia estuviera , de corrida
 Los ojos abajará avergonzados :
 Porque en la agua de aquella transparente
 Y clara fuente ,
 El mármol fino
 Y peregrino
 Con beldad rara

Se figurára ;
 Y al atrevido Acteon si la viera ,
 No en ciervo , pero en mármol convirtiera .
 Cancion , quiero mil veces replicarte
 En toda parte ,
 Por ver si el canto
 Amansa un tanto
 Mi clara estrella
 Tan cruda y bella ;
 Dichoso yo si tal ventura hubiese ,
 Que Elvinia se ablandase , ó yo muriese .



DE PEDRO DE ESPINOSA¹.

IDILIO.

FABULA DEL GENII.².

Tambien entre las ondas fuego enciendes,
 Amor, como en la esfera de tu fuego,
 Y á los dioses de escarcha tambien prendes,
 Como á Vulcano, con lascivo juego :
 Del sacro Olimpo á Júpiter desciendes,
 Y á Febo dejas (sin su lumbre) ciego,
 Y á Marte pones con infame prueba,
 Que de tu madre las palabras beba.

El claro dios Genil sintió tus lazos,
 Que á la náyade Cínaris adora ;
 Ella le hace el corazon pedazos,
 Y el crece con las lágrimas que llora :
 Corta las aguas con los blancos brazos
 La ninfa que con otras ninfas mora
 Debajo de las aguas cristalinas,
 En aposentos de esmeraldas finas.

El despreciado dios su dulce amante
 Con las náyades vido estar bordando,
 Y por enternecer aquel diamante,
 Sobre un pescado azul llegó cantando :
 De una concha una citara sonante
 Con destrisimos dedos va tocando :
 Paró el agua á su queja, y por oílla
 Los sauces se inclinaron á la orilla.

Vosotras, que mirais mi fuego ardiente,
 Seréis (dice) testigos de mi pena,
 Y del rigor y término inclemente
 De la que está de gracia y desden llena :
 Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente,
 Que es de una sierra de cristales vena,
 Soy dios, y con mis ondas fuera Tetis,

¹ Natural de Antequera : murió en 1630. Fué el que recogió varias poesías de su tiempo con el título de *Flores de poetas ilustres*.

² Ingeniosa y original composicion : fáciles y numerosas octavas : estilo florido y conveniente, diction pura. Podia haber mas viveza y color en

la expresion de los sentimientos ; pero todo lo cubre la parte descriptiva , que es excelente por su novedad , por su riqueza y su perfeccion . Es sin disputa alguna de las mejores composiciones de aquel tiempo , y de las que dejan el espíritu mas satisfecho despues de leidas .

Si no atajara mi camino el Betis.

Vestida está mi margen de espadaña,
Y de viciosos apios y mastranto,
Y el agua clara, como el ámbar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo:
No hay en mi margen silbadora caña,
Ni adelfa; mas violetas y amaranto.
De donde llevan flores en las faldas,
Para hacer las Hénides guirnaldas.

Hay blandos lirios, verdes mirabales,
Y azules guarnecidos aelics;
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubies:
Hay ricas alcatifas, y alquiceles
Rojos, blancos, gualdados y turquies,
Y derraman las auras con su aliento
Ambares y azahares por el viento.

Yo, cuando salgo de mis grutas hondas.
Estoy de frescos palios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi margen veo estar honrado:
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las Napéas que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.

Allí del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos arpados los sarmientos:
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos:
Por flexibles tarayes sube y trepa
La inexplicable hiedra, y los contentos
Ruisenores trinando, allí no hay selva,
Que en mi alabanza á responder no vuelva,
Mas ¿qué aprovecha, o lumbre de mis ojos,
Que conozcas mis padres y riqueza,
Si desprecias todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?
Dijo, y la ninfa de matices rojos
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza
Con desden, da á entender que el dios la enoja.
Y arroja el bastidor, y el oro arroja.

Quedó elevado así, como se encanta
El que escuchó la voz de la sirena:
Helósele su voz en la garganta,
Como cercado de engañosa hiena:
No tanto á virgen temerosa espanta
Serpiente negra que pisó en la arena;
Ni al yerto labrador en noche triste
Rayo veloz que de temor le embiste.

En sí volvió del ya pasado espanto,
Cuando quiso el contrario del contento.
Y halló que ya las aguas de su llanto
Le llevaban nadando el instrumento:
La libertada cólera entre tanto
Le obligó á que dijese, y el tormento:
¡O tú, hija de montes y de fieras!
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras.

Dijo así, y codicioso del trofeo,
Al alcázar del viejo Betis parte,
Cuyo artificio atrás deja el deseo,

Que á la materia sobrepuja el arte:
No da tributo Betis á Nereo;
Mas, como amigo sus riquezas parte
Con él; que es rey de rios, y los reyes
No dan tributos, sino ponen leyes.

Ve que son plata lisa los umbrales,
Claros diamantes las lucentes puertas,
Ricas de clavazones de corales,
Y de pequeños nácares cubiertas:
Ve que rayos de luces inmortales
Dan, y que estan de par en par abiertas,
Y los quiciales de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.

Colunas mas hermosas que valientes,
Sustentan el gran techo cristalino:
Las paredes son piedras transparentes,
Cuyo valor del Occidente vino:
Brotan por los cimientos claras fuentes,
Y con pié blando en líquido camino
Corren cubriendo con sus claras linfas.
Las carnes blancas de las bellas ninfas.

De suelos pardos, de mohosos techos,
Hay doscientas hondísimas alcobas,
Y de menudos juncos verdes lechos,
Y encima colchas de pintadas tobas:
Maldicientes arroyos por estrechos
Pasos murmuran entre juncias y ovas,
Donde á los dioses el profundo sueño
Cubre de adormideras y beleño.

Vido, entrando Genil, un virgen coro
De bellas ninfas de desnudos pechos,
Sobre cristal cerniendo granos de oro
Con verdes cribos de esmeraldas hechos:
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Follages de carámbaro en los techos,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljófares helados.

Un rico asiento de diamante frio
Sobre gradas de nácar se sienta,
Donde preñadas perlas de rocío
Al alcázar dan luz, al sol afrenta:
El venerable viejo Dios del rio
Aquí con santa magestad se asienta,
Reclinado en dos urnas relucientes,
Que son dos caños de abundantes fuentes.

Ya que huyó la admiracion del fuego
Que abrasaba al amante despreciado.
Su queja al padre Betis cuenta luego,
No sé si mas lloroso que turbado:
Dió luz á su justicia, estando ciego
De lágrimas que amor habia brotado;
Y no hubo menester el dios amigo
Ni mas informacion, ni mas testigo.

No será tu aficion con desden rota,
Le dice Betis, que tambien tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Jupiter su silla:
Granada de tus templos es devota,
Si hecatombe á mis templos da Sevilla;
Y por tí gozo ilustres vasallages

Desde el Hidaspes dulce al negro Arages.

En Colcos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de alaborio,
Un triton, que á servir á Betis vino:

A este manda llamar á consistorio
A todos los del reino cristalino,
Los cuales, al sagrado mandamiento,
Vienen venciendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suma.
Unos visten de tiernas esmeraldas:
Otros, como á la garza fácil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas
Con ropas blancas de cuajada espuma:
Otros vienen ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos
De tiernas flores, y de tallos tiernos.

Cuantas viven en fuentes ninfas bellas
(Que burlan los sátiricos silvanos,
Que arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos)
Vinieron, y á una parte las doncellas,
A otra los mozos, y á otra los ancianos,
Se sientan, cual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando asiento,
Y las vistas suspensas y divinas
A Betis fueron penetrando el viento.
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él con grave movimiento
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo, y llovió el techo.

No con el mar de España tengo guerra,
Dice, ó saliendo de mi margen corva,
Quiero cubrir las faldas de la tierra,
Mientras teme dudosa que la sorba:
Ni pardo monte, ni cerúlea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro dios divino,
Que ha merecido á Betis por padrino.

Tú, Genil, á quien ciñen mirto y lauro
(No cañaveras frágiles) tus sienes,
Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes
Tú, aquel potente dios, á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus ninfas en liviano cor,
Para darte tributo ciernen oro:

Hoy gozarás de Cínaris los brazos;
Y tú, ninfa, el valor de ser su esposa,
Y en legítimo fuego, y dulces lazos,

Dejaréis á Acidalida envidiosa.
Dijo; y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo al tierno llanto, que comienza,
Rojo color de virginal vergüenza.

No hay Dios, á quien el llanto no recuerde,
Si con la compasion hace su lloro;
Y así el aljófár que la ninfa pierde,
Costó mas de un sollozo y de un suspiro:
Y hubo alguno, que el crin del sauce verde
Tendió sobre la frente de sauro;
Mas los arroyos que á la puerta estaban,
Del desden de la ninfa murmuraban.

Como cuando en solícitos tropelos,
Por mayor magestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de docelos,
Entre salvages cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mieles
En urnas de pacaes amarillos,
Se oyeron las abejas en escuadra,
Así el rumor por la soberbia cuadra.

Lágrimas tibias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Genil te imita,
¡O Cínaris! mas todas tus querellas
Betis mirando, el caso facilita:
Que el melindre, que es dado á las doncellas,
Piensa que el libre espíritu te quita;
Y así, queriendo hacer un monte llano,
La mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de envidia noble se levantan
Los dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: ¡himeneo! ¡himeneo!
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó llorando, en agua convertida.



DE LUIS BARAHONA DE SOTO.¹

EGLOGA ².

Silvana, Fenisia, Silveria, Pilas, Poeta.

POETA.

Las bellas Hamadriades que cria
Cerca del breve Dauro el bosque umbroso,

¹ Natural de Lucena: floreció á fines del siglo 16.

² Publicada antiguamente entre las flores de poetas ilustres de Pedro de Espinosa, elogiada sobremanera por Luzan, y reimpressa despues en el Parnaso Español, esta égloga tenia entre nuestros humanistas una especie de celebridad clásica, con la cual se ha condescendido al incluirla en esta coleccion. Una ninfa muerta, á

quien las divinidades de los bosques, saliendo de los árboles en que estan metidas, cantan y lloran á su vez; y, despues de haber cumplido con esta triste solemnidad, se vuelven á esconder en los huecos mismos de sus encinas, era un argumento nuevo al paso que sencillo, y que por su naturaleza y por la calidad de los interlocutores, podia ser enriquecido con todas las galas del senti-

En un florido y oloroso prado,
 En un tan triste dia;
 Cuanto despues famoso,
 Por ser del pastor Pilas celebrado,
 Hicieron que el ganado
 De este pastor y de otros, que abrevando
 Al mal seguro pié de la nevada
 Sierra hallaron, estuviesen quedos,
 Los versos y canciones escuchando,
 Que en loor cantaron de una mal lograda
 Ninfa, despues que con mortales bledos,
 Tomillos y cantuesos
 Cubrieron la preciosa carne y huesos.
 De cedros, mirras, bálsamos y palmas,
 De incienso y cinamomo desgajando
 Flexibles varas, que despues tejidas
 Por las hermosas palmas,
 Se fueron transformando
 En blandos canastillos, do las vidas
 De sus tallos partidas
 Las frescas rosas fueron despidiendo :
 Y juntamente de un olor precioso,
 Ellas y el mirto, y lirio azul y blanco,
 Un aura delicada enriqueciendo,
 Porque el Fabonio, al tiempo presuroso
 No pareciese en solo voces franco,
 De olor, sonido y lumbre
 Poniendo al mundo en celestial costumbre.
 Silveria, de Felicio celebrada,
 Y la que celebró el pastor Silvano,
 Reformador del bético Parnaso,
 Y la que fué cantada
 Del que ya gozó ufano
 Del aire y cielo libertado y raso,
 Dolidas mas del caso,
 Las hebras de brocado á las espaldas
 Sueltas, por sus gargantas despidiendo
 La corriente que dan á sus pastores,
 Ceñidas por las sienes con guirnaldas
 Vagas y bellas, al Amor prendiendo
 Con nueva aljaba y nuevos pasadores,
 Honraron con su acento
 Y enriquecieron el delgado viento.
 No preste aliento en olmos y avellanos
 El céfiro apacible, ni nos siembre
 De aljófar cristalina el verde suelo,
 Ni nos hincha las manos
 El meloso setiembre
 Con dorado racimo ternezueto,
 Ni nos otorgue el cielo
 Los madroños, bellotas y castañas,
 Dulces manzanas y sabrosas nueces,
 Ni alegres flores dé la primavera,
 Ni á las silvestres cabras las montañas

Los verdes ramos den (cual otras veces),
 Y la manada de hambrienta muera,
 Si no fuere aplacada
 Con humos la alma de la ninfa amada.
 La oscura selva de árboles tejidos,
 Cubierta de alcornoques y quejigos,
 A quien la inexplicable hiedra abraza,
 Serán de mis gemidos
 Fielísimos testigos,
 Y del dolor que el alma me embaraza.
 La parlera picaza,
 Diversa en paso de las otras aves ;
 Y desde aquellos troncos la corneja,
 Que solo mal agüero nos pregona,
 Dirán que alegres versos y suaves
 Por este siglo no ocupó su oreja
 En cuanto abraza nuestra oblicua zona,
 Ni se retumba el llano
 Con mas que Tirsa frecuentada en vano.

SILVANA.

Pues que sus fuerzas y calor refrana
 En encendido Febo y la villana
 Gente no teme de sufrir su lumbre,
 Ni ronca voz resuena
 De la cigarra vana
 Que añade en los calores pesadumbre,
 Y sobre la alta cumbre
 El seco y frio temporal asoma,
 Ocasionando tñmulos funestos,
 Y á Tirsa nos da el cielo helada y yerta :
 Mostremos el dolor que al alma doma
 En las palabras y los tristes gestos,
 Y la alegría con la ninfa muerta,
 Siempre sea este dia
 Honrado en llanto, y falto de alegría.
 Solemnes pompas, versos funerales
 Honren cada año la dichosa tierra
 Que oculta y guarda los amados huesos :
 Los castos animales
 Y la blanca becerra
 Con sangre ablanden los terrones tiesos :
 Violetas y cantuesos
 Ligustres, blancos lirios y azucenas,
 Alelíes, rosas, trebol, madre-selva
 Aquí marchitos dejen lustre y vida,
 Y aqueste dia ofrezcan tristes penas,
 No solo al rio, sierra, campo y selva,
 Mas á la gente oculta y escondida
 En galos y britanos,
 Y cuantos hace el sol meridianos.

FENISA.

Si con sus rayos el noveno dia
 La blanca Aurora al mundo oscuro diere,
 Las nubes con su rostro destruyendo,

miento y de la fantasia. Pero la ejecucion está muy lejos de corresponder á la idea y á la disposicion. Hay tan poca música y elegancia en los versos; son los períodos tan penosos y desabridos; hay en fin tan poco calor, tan poca animacion.

que, á pesar de algunas imágenes tomadas de los antiguos, y empleadas sin gusto ni oportunidad, su lectura fatiga, y es de las cosas generalmente aplaudidas la que menos halago presenta, y la que con menos gusto y satisfaccion se lee.

Una novilla mía
 Al que mejor corriere,
 Y dos al que luchare dar pretendo ;
 Y al otro, que blandiendo
 El recio brazo, abarca mayor trecho,
 Un toro de cerviz macizo y duro ;
 Y un buey bermoso al que mejor cantáre ;
 Y al que de versos epitafio hecho
 Sobre el sepulcro me escribiere, juro
 Darle lo que él en mi manada amáre ;
 Y lo que es mayor gloria,
 Nombre inmortal, y palma de victoria.

Vendrá bermejo el Dios de los pastores
 Con bermellon y fina sangre ungido,
 Que en vivas conchas se produce y cria
 Por ambos derredores
 De sus sienas ceñido

Con las monteses ramas que solia :
 Y vendrán á porfia
 Pastores fuertes, diestros y zagales,
 Cual por correr, cual por luchar, llevando
 Dulce victoria, premio victorioso ;
 Pues los marchitos versos funerales
 Las largas faldas ornarán, pintando
 El túmulo funesto y doloroso,
 Lleno de cipres verde,
 Que enteramente su color no pierde.

Pon casta oliva y olorosa tea,
 Con la sabina yerba y el incienso,
 En sacros fuegos : quemaré el redaño
 De no manchada ó fea
 Cordera, cuyo censo
 A tal sepulcro pagaré cada año.
 Despues por fértil caño
 De los colmados vasos la caliente
 Leche, con sangre viva entreverada,
 Haré mojar la víctima humosa,
 Y la yema del vino, que la gente
 De la rica Lucena da á Granada,
 La triste faz de la terrestre diosa
 Vertida humedeciendo,
 Vendrá los sacrificios consumiendo.

SILVERIA.

Si les es á las almas concedido,
 Desnudas ya de corporales cargas,
 Prestar oreja á los piadosos llantos,
 Divina Tirsa, oído
 Habrás nuestras amargas
 Querellas, que suspensos tiene á tantos
 Frutales, fieras, cantos :
 Mas donde quiera que las tristes voces
 Nuestras te hallen, ó en el cielo illustre,
 O al derredor de robles y manzanos,
 O ya que eliseos aposentos goces,
 Pasada el agua lóbrega y palustre,
 O junto al olmo de los sueños vanos,
 Rogamos que recibas
 En voces nuestras intenciones vivas.

Tu alma bella nuestras selvas, creo,
 Hermosa ninfa, que andará lustrando

Con sosgado y saludable vuelo :
 Y así de mi deseo
 Las voces escuchando
 Nos has de ver culpar de injusto al cielo.
 Verás el verde suelo
 De vergonzoso y triste no dar flores,
 Ni los frutales apacibles frutos,
 Ni claras aguas las delgadas fuentes,
 Ni los zagales publicar amores,
 Ni nuestros ojos sin dolor enjutos,
 Ni las cabrillas, ni las de dos dientes
 Pacer la tierna grama
 Ni responder al hijo, si las llama.

Pues si las voces tristes comprehendes,
 Y ves que el humo de las piedrazufres
 No purga el hato y recental rebaño,
 Y nuestro mal entiendes,
 ¿Porqué, mi Tirsa, sufres
 Vivir los tuyos en notable engaño ?
 Pues uno y otro daño
 Con solo respondernos sanarias,
 O con mostrarnos tu hermosa cara,
 O con dejarte ver por do pasaras.
 Pues tú eres, Tirsa, quien placer solias
 Dar á la noche y reducirla clara,
 Con rostro alegre y léicitos cantares ;
 Mas ya tu cantilena
 Nos deja sola su memoria en pena.

SILVANA.

Tú con palabras dulces y elegantes
 A las contiendas término pusiste :
 Mil veces inclinabas á victoria
 Pastores litigantes,
 De suerte que saliste,
 Contentos ellos, tú con igual gloria.
 Y aun tengo en la memoria,
 Que á veces en las ondas cristalinas
 Mostraste tu cabeza orlada de oro,
 Cantando versos del pastor Silvano :
 A cuyo son debajo las encinas
 El ganado de Pilas y Peloro
 Rumió la yerba el uno y otro en vano :
 Mil veces se arrojaron
 Al agua, mas tus carnes no tocaron.

Yo vide al tiempo que la Aurora muestra
 En este día su rosada lumbre
 Al triste Pilas húmedas mejillas,
 A quien la mano diestra
 De la doliente cumbre
 Era columna, y de ella las rodillas :
 Que de estas florecillas
 Con sus lamentos marchitó tal rama,
 Y desgajó de robles tanta rama,
 Rompiendo de las peñas tanta parte,
 Cual suele Bóreas en la helada bruma,
 Y cual el cierzo, que herido brama,
 Con ardientes suspiros á invocarte
 Se compelió, y cantados
 Aquestos versosdijo mal limados

PILAS.

Sin tu presencia, Tirsa, el fresco viento
Helado quema las fragantes yerbas,
Y el rubio trigo, que en el suelo echamos,
Perece en el momento:

Las uvas son acerbas
Que de las tiernas vides desgajamos,
Y en el lugar hallamos

De trigo, avena, y de cebada blanca
Ballico inútil, y del lino grama,
Y de lechuga dulce amargo cardo.

Ni nos alegran ya con mano franca
Ceres y Baco, y en perpetua llama
En todo tiempo me consumo y ardo
Hasta que venga el día

Que goce de tu eterna compañía.

Dos blancas reses, de vedejas llenas,

De cada cuatro cuartos poderosas,

Ejercitadas al palestre oficio,

De lirios y azucenas

Las frentes, y de rosas

Coronadas he puesto al sacrificio:

Y siempre es mi ejercicio

Honar con premios el sepulcro amado,

Haciendo fiestas, ya con tallos tiernos,

Ya con sus flores, ya con dulces frutos.

Los toros y novillos he apartado

De sus becerras, que con los internos

Mugidos cercan los fúnebres lutos,

Al tiempo temeroso

Que el trabajado cuerpo va al reposo.

Descansa en paz, hermosa, casta y bella,

Y tierna carne, que el dorado Apolo

Con sacros versos te eterniza y canta;

Y la nocturna estrella,

Que rige el primer polo,

Tu tierra huella con piadosa planta:

Y el Tauro se levanta

Antes que el sol, y de apio, pino y lauro,

Y de quejigo, premios virtuosos,

Guirnaldas hechas en tu fiesta ofrecen;

Y sus divinas aguas nuestro Dauro,

De leche y miel y de oro muy precioso

Sobre sus faldas siembra y enriquece,

Quedando el suelo honrado,

Que fué á tus huesos por sepulcro dado.

Loable envidia en las vecinas ninfas

Forzó á seguir de aquestos las pisadas,

Que en compas de alabastro y vidrio hechas

Las cristalinas linfas,

Con azahar templadas,

Con rosas y violetas contrahechas,

Y en cestas nada estrechas

De casia y amaranto y mirabeles,

Y de alheña y sauco tristes flores;

Y los cogollos brotadores tiernos

De plátanos, naranjos y laureles,
Presentan por los anchos derredores
De tu sepulcro, á quien por mil inviernos
Los genios apacibles
Harán tus blancos huesos inmóviles.

POETA.

El rojo Apolo entonces transmontando
Sembró de varias nubes el Poniente,
Ya azules, ya violadas, ya sangrientas,
Ya aquestas despintando,
Con tal de la aparente
Color de aquestas; y otras mal contentas
Al rostro suyo atentas,
Así imitaban el metal bruñido
Del mismo Febo con las fimbrias de oro,
Cuando otras de la plata el lustre claro;
Y así las ninfas, el cantar rompido,
Volviendo al campo, do el oculto moro
Riquezas guarda con el puño avaro,
Desnudas se metieron
En las encinas huecas do salieron.

DE VICENTE ESPINEL.¹

FRAGMENTO DE UNA EPÍSTOLA.

Incendio y rebato en Granada.

¿ A quién no hizo remover la planta
El gran terror de la ciudad famosa,
Que de Juan honra la reliquia santa?

¿ Quién no tembló de ver una rabiosa
Ira del suelo; y aun quizá de arriba
Amenaza á los hombres espantosa?

Rompe y asuela, y al romper derriba
De la pólvora el ronco trueno el muro
En que la miserable casa estriba.

Vuelan maderos por el aire oscuro
Sobre el humoso remolino; y vueltos
Del grave golpe, arreatado y duro,

A cuales dejan en su sangre envueltos
Entre los brazos de la esposa amada,
A cuales del trancon los miembros sueltos.

Húndense casas al temblar Granada;
Vela, sonaba, en el Alhambra, vela,
Traicion, toca á rebato, hay ordenada.

Disparan todos: huye el mozo y vuela,
El viejo corre, la parida enfalda
Al niño, y lleva en brazos la hijuela:

Huye, esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demas desnuda;
Que á nadie mueve el nácar ni esmeralda.

¹ Nació en Ronda en 1544, y murió en Madrid en 1631. Introdujo en la vihuela la cuerda quinta. y

fué inventor de las décimas, que se llamaron de su nombre *Espinelas*.

Un confuso alarido , ayuda , ayuda ,
Suena de gritos : nadie á nadie llama ,
Que no hay quien por salvarse al otro acuda .

Crece la sorda y tragadora llama :
Traspasa á Darro , y de un horrible estruendo
Pasó al molino , y dió la nueva á Alhama ,
Piedras de nuevo , y leños esparciendo ,
Que amenazaban la soberbia cumbre ,
Y á trechos van las torres combatiendo .
Bajan vigas de inmensa pesadumbre ,
Ladrillo y planchas por el aire vago ,
Y espesos globos de violenta lumbre ;
Y en el Alhambra hacen tal estrago ,
Que las reales casas , cual Numancia ,
De fuego y humo parecieron lago .

Del rey Chiquito la encantada estancia ,
De alabastro , azul , y oro inestimable ,
Cayó , como del dueño la arrogancia .
Mas que mucho , si el trueno incomportable
Parte asoló de la del gran monarca ,
Del gran Machuca fábrica admirable !

Vense rayos de toda la comarca :
Que el Etna ardiente con la noche oscura
Manifiesta y descubre cuanto abarca .

Dura el hambriento fuego , el daño dura ,
Tiembra el consejo , que al mayor le falta ,
Que la Audiencia Real no está segura .

Cada cual de la dulce cama salta
A reparar los daños generales ,
Aunque á hijos y esposa haga falla .

Mas ¿ quién repara repentinos males ,
Que los famosos y altos edificios
De Troya parecían ser señales ?

Las puertas rotas , la clausura y quicios
De las vírgenes sacras , que al esposo
Cristo hacen perpetuos sacrificios .

Que de una laja el golpe ponderoso
De Catalina , en el convento santo ,
El cuarto abrió del virginal reposo .

No atemoriza á las ovejas tanto
En el aprisco del cuidadoso dueño ,
Nocturno rayo del mortal espanto ,
Como la arrojadiza piedra y leño
De Dios á las ovejas encerradas
Puso terror en lo mejor del sueño .

Cruzan las calles gentes á manadas ,
Pasan y encuentran , sin saber por donde .

Del sin vida enemigo mal guardadas ,

Que al uno en las entrañas se le esconde :
Tropella al uno , al otro desbarata ,
Da en el primero , y al de atrás responde :

Derriba , rompe , hiende , parte y mata :
Trastorna , arroja , oprime , estrella , asuela ,
Envuelve , desaparece y arrebatá ,

Consumo , despedaza , esparce y vuela ,
Traga , deshace , y sin piedad sepulta
A quien del daño menos se recela .

¿ Qué te movió , que no dejaste oculta ,
Homicida sangriento , la endiablada
Invencion de que tanto mal resulta ?

Que esa ánima cruel descomulgada
(En descubrir la pólvora) no pudo
Con aparente bien ser engañada .

Que un ánimo feroz , áspero y crudo ,
Y un odio de Timon á los humanos
Movió el bestial entendimiento rudo :

Que sin ella vencieron los romanos
Y engrandecieron sus excelsos nombres ,
Con esfuerzo , valor , industria y manos .

Cuando del infernal hedor te asombres
Del azufre y la pólvora , el infierno
Verás que disfrazaste entre los hombres ;

Que por tu daño en el tormento eterno
Quizá (ó me engaño) llevará la nueva
De tanto lloro y sentimiento tierno .

Si Falaris hiciera en tí la prueba
De tu invencion , ganara mayor gloria
Que por el toro maldiciones lleva .



DE DON JUAN DE ARGUIJO .¹

SONETOS. — I^o.

A BACO.

A ti de alegres vides coronado
Baco , gran padre donador de Oriente ,
He de cantar , á ti que blandamente
Templas la fuerza del mayor envidado :
Hora castigues á Licurgo alirado ,

¹ Natural de Sevilla y veinticuatro de esta ciudad: fué el protector mas generoso de los poetas de su tiempo : floreció á fines del siglo 16.

² Parecen ecos de la poesia antigua , reproducidos con la mayor bizarría por la musa castellana . Algunos de ellos son muestras sobresalientes de composicion , y todos de dicción poética y de elegancia : es el estilo creado por Herrera , pero en su mayor perfeccion , y los versos tienen todo el color de que es capaz la poesia , sin tocar en afectacion ni en pesadez . El último soneto hecho á una avenida del Guadalquivir es singular por su forma y su construccion : un pensamiento ,

una plegaria , un período ; pero este período tiene tal riqueza de expresion , y tal valentía en sus sonidos , que apenas habrá otro que le iguale en nuestra poesia . Estas breves muestras que han quedado del talento de Arguijo , nos le presentan muy superior á la mayor parte de los ingenios que con tanta nobleza y generosidad él protegía y recompensaba . Pocos ó ningunos tuvieron entonces este gran gusto en el decir , y es lástima por cierto que no le emplease en obras de otra importancia y extension : su gloria ganará mucho en ello , y nuestras letras también .

O a Penteo en tus aras insolente ;
 Hora te mire la festiva gente
 En sus convites dulce y regalado.

O ya de tu Ariadna al alto asiento
 Subas ufano la mortal corona ;
 Ven fácil, ven humano al canto mio :

Que si no desmerezo el sacro aliento,
 Mi voz quebrantará la opuesta zona,
 Y al Tibre inundará el Hispalio rio.

II.

JUPITER A GANIMEDES.

No temas ¡o bellissimo troyano !
 Viendo que arrebatado en nuevo vuelo
 Con corvas uñas te levanta al cielo
 La feroz ave por el aire vano.

¿Nunca has oído el nombre soberano
 Del alto Olimpo ? ¿la piedad y el celo
 De Júpiter, que da la lluvia al suelo
 Y arma con rayos la tonante mano,

A cuyas sacras aras humillado
 Gruesos toros ofrece el Teucro en lña,
 Implorando remedio á sus querellas ?

El mismo soy ; no al águila eres dado
 En despojo ; mi amor te trae ; olvida
 Tu amada Troya, y sube á las estrellas.

III.

DEL TIEMPO.

Mira con cuanta priesa se desvía
 De nosotros el sol al mar vecino,
 Y aprovecha, Fernando, en tu camino
 La luz pequeña de este breve día,

Antes que en tenebrosa noche fria
 Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
 Y aventurado en manos del Destino
 Vagues errando por incierta via.

Hágante agenos casos enseñado,
 Y el miserable fin de tantos pueda
 Con fuerte ejemplo apercebir tu olvido.

Larga carrera, plazo limitado
 Tienes, veloz el Tiempo corre, y queda
 Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IV.

LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copia en que atesora
 Bienes la primavera : da colores
 Al campo, y esperanza á los pastores
 Del premio de su fe la bella Flora.

Pasa ligero el sol adonde mora
 El cancro abrasador, que en sus ardores
 Destruye campos ; y marchita flores
 Y el orbe de su lustre descolora.

Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
 Adornar Baco de sus dones quiere :
 Luego el invierno en su rigor se extrema.
 ¡O variedad comun ! ¡ mudanza cierta !
 ¿Quién habrá que en sus males no te espere ?
 ¿Quién habrá que en sus bienes no te tema ?

V.

APOLO A DAFNE.

Victorioso laurel, Dafnes esquivla,
 En cuyas verdes hojas la memoria
 De tu rigor y de mi triste historia
 Quiere el amor que eternamente viva ;

La antigua palma y abundante oliva
 A tí de hoy mas inclinarán su gloria ;
 Tú ceñirás en premio de victoria
 Del fuerte vencedor la frente altiva.

Dijo el burlado Cintio, y á la dura
 Corteza asido la contempla, y luego
 Repite : ¡ Dafne fiera ! ¡ mármol frio !

Del rayo ardiente vivirás segura,
 Que no es bien que consienta ageno fuego,
 Quien pudo resistir el fuego mio.

VI.

SISIFO.

Sube gimiendo con mortal fatiga
 El grave peso que en sus hombros lleva
 Sisifo al alto monte, y cuando prueba
 Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.

Cae el fiero peñasco, y la enemiga
 Suerte cruel su nuevo afan renueva ;
 Vuelve otra vez á la difícil prueba,
 Sin que de su trabajo el fin consiga.

No iguala aquella á la desdicha mia ;
 Pues algun tiempo alivia en su tormento
 Los hombros á tal carga desiguales.

Sufro peso mayor á tal porfia :
 Que un punto no perdona al pensamiento
 La importuna memoria de mis males.

VII.

LUCRECIA.

Baña llorando el ofendido lecho
 De Colatino la consorte amada,
 Y en la tirana fuerza disculpada,
 Si no la voluntad, castiga el hecho.

Rompe con hierro agudo el casto pecho,
 Y abre camino al alma, que indignada
 Baja á la oscura sombra ; do vengada
 Aun duda si su agravio ha satisfecho.

Venció al paterno llanto endurecida.
 Y de su esposo el ruego, que no basta,
 Menosprecio con un fatal desvío.

Ceda al debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dijo, que otra menos casta
Ose vivir con el ejemplo mio.

VIII.

LA AVARICIA.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano
Que en ímpia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.

Tú que espantado de su pena admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte, y á la vista sobre :

¿Cómo de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? y si codicias uno,
Mira al avaro en sus riquezas pobre.

IX.

ARTEMISA.

Labra Artemisa el grande mausoleo,
Que los altos pirámides afrenta
Del Egipcio soberbio, y no contenta
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.

Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas de su amor sedienta
Bebe con ansias de inmortal deseo.

En vano, dice, pretendió la muerte
De ti, dulce Mausolo, dividirme.
Y en largo olvido sepultar tu gloria.

Que de su injuria puede defenderte
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme,
Y eternizar mi amor y tu memoria.

X.

ARIADNA.

¿A quién me quejaré del cruel engaño,
Arboles mudos, en mi triste duelo?
¿Sordo mar! ; tierra extraña! ; nuevo cielo!
¿Fingido amor! ; costoso desengaño!

Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Do no espero á mis lágrimas consuelo,
Pues no permite alivio mal tamaño.

Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traidor Teseo.

Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al cielo, y entre tanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XI.

ORFEO.

Desiertas selvas, monte yerto y frio,
Ródope que en el cielo tocar oíste,
Vosotras de Estrimon ondas hermosas.
A quien vencer presume el llanto mio :

Sereis testigos largo tiempo, flo,
De mi dolor y quejas lastimosas
Que en vano esparzo al aire, y con piadosas
Voces al rey del lago oscuro envío.

Así cantando llora el tracio amante,
Y á sus blandos acentos enmudece
El viento, y la agua su corriente enfrena :

Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras ¡corto alivio! mientras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

XII.

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo ví del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desfallece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El aire con tiniebla de horror llena :

El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.

Mas luego ví romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera.
Resituirse alegre el claro día ;

Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dije : ¿quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia ?

XIII.

HORACIO GOCLES.

Con prodigioso ejemplo de omadía
Un hombre miro en el romano puente,
Resistir solo de la etrusca gente
El grueso campo que pasar porfia.

Ni la enemiga fuerza le desvia,
Ni de su vida el cierto fin presente
Que su valor dejar no le consiente
La difícil empresa en que insilla.

Oigo del roto puente el son fragoso,
Cuando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria ;

Y al mismo tiempo escucho del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita :
Viva Horacio, de Horacio es la victoria.

XIV.

AL GUADALQUIVIR.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata,
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;

Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apolo;

Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros;

De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respetá humilde los antiguos muros.

DE BALTASAR DE ALCAZAR.¹

REDONDILLAS.

En Jaen, donde residó,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Ines, la cosa
Mas brava de él que has oido.

Tenia este caballero
Un criado portugues...
Pero cenemos, Ines,
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.

Franco fué, Ines, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino mas bajo.

Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener.
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna.

Vive Dios que no lo sé;

Pero delicada fué

La invencion de la taberna.

Porque allí llevo sediento,

Pido vino de lo nuevo,

Mídenlo, dánmelo, bebo,

Págolo, y voime contento.

Esto, Ines, ello se alaba,

No es menester alaballo:

Sola una falta le hallo,

Que con la prisa se acaba.

La ensalada y salpicon

Hizo fin, ¿qué viene ahora?

La morcilla: gran señora,

Digna de veneracion.

¡Qué oronda viene y qué bella!

¡Qué traves y enjundia tiene!

Paréceme, Ines, que viene

Para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre,

Que es algo estrecho el camino...

No echas agua, Ines, al vino,

No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añejo,

Porque con mas gusto comas:

Dios te guarde, que así tomas,

Como sabia, el buen consejo.

Mas di ¿no adoras y precias

La morcilla ilustre y rica?

¡Como la traidora pica!

Tal debe tener especias.

¡Que llena está de piñones!

Morcilla de cortesanos,

Y asada por esas manos

Hechas á cebar lechones.

El corazón me revienta

De placer: no sé de tí.

¿Cómo te va? yo por mí

Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy vive Dios:

Mas oye un punto sutil;

¿No pusiste allí un candil?

¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles,

Ya sé lo que puede ser:

Con ese negro beber

Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,

Alto licor celestial:

No es el aloquillo tal,

Ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!

¡Qué rancio gusto y olor!

¡Qué paladar! ¡qué color!

Todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza,

¹ Sevillaño: vivía á principios del siglo 17, y se ignoran las demas circunstancias de su vida.

La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala :

Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.

Haz pues, Ines, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos : hecha es la cena,
Levántense los manteles.

Ya, Ines, que habemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Ines hermana,
Que el portuques cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

OTRAS REDONDILLAS.

Descals, señor Sarmento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Como me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.

Salido el sol por oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo

Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso ;

Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.

Despues que cayendo viene
A dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene ;

Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.

Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño :
Dormido, soy de otro dueño,

No sé de mi nueva cierta ;
Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan como he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo :

Voile puntales poniendo
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio :
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales,
Y allanarse el edificio.



DE GUTIERRE DE CETINA.

MADRIGAL.

Ojos claros serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿ Porqué, si me mirais, mirais alrados ?
Si cuanto mas piadosos
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿ Porque á mi solo me mirais con ira ?
Ojos claros serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.



DE LUIS MARTIN.

MADRIGAL.

Iba cogiendo flores
Y guardando en la falda
Mi ninfa, para hacer una guirnalda ;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores ;
Y estaba (por su bien) entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando ;
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atreviada
La picó, sacó miel, fuése volando.

SIGLO XVII.

POESIAS

DE

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Lupercio nació en la ciudad de Barbastro en 1563: estudió filosofía y leyes en Huesca, y después en Zaragoza historia, elocuencia y lenguas. Vino por los años de 1585 á Madrid de secretario del duque de Villahermosa, y al instante se hizo conocer por sus talentos. En Madrid compuso las tres tragedias *Filís*, *Isabela* y *Alejandra* representadas con sumo aplauso, si creemos á Cervantes. La viuda del emperador Maximiliano II le hizo su secretario, y su hijo el archiduque Alberto gentilhombre de su cámara. Este nuevo empleo le obligó á fijarse en Madrid, cuando á poco después, entrando á reinar Felipe III, se le nombró cronista del reino de Aragon. En cumplimiento de este encargo emprendió escribir los Anales de aquel país, y aunque llegó á tener bastante adelantado este trabajo, se ignora si le concluyó y qué paradero tuvo. Entonces vivia en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo: mas vuelto á Madrid á tiempo que el conde de Lemus partia de virey á Nápoles, se le llevó de secretario del vireinato; en cuyo empleo vivió Lupercio hasta el año de 1615, que fué el de su muerte, acaecida en Nápoles, teniendo cincuenta de edad. Su crédito y los aplausos que disfrutó como hombre público, como literato y poeta fueron muy grandes. Se ignora por qué capricho quemó en una ocasion todos sus versos; habiendo quedado solamente los que estaban en poder de sus amigos, impresos después con las poesias de su hermano.

Bartolomé Leonardo de Argensola, un año mas jóven que su hermano Lupercio, siguió la carrera eclesiástica, y puede decirse que en todo lo demas fué comun la suerte de los dos. Unos fueron sus estudios: al influjo de su hermano debió ser rector de Villahermosa y capellan de la emperatriz, y seguir á Nápoles al conde de Lemus. Muerto Lupercio, debió al pontífice un canonicato de Zaragoza, y á los estados de Aragon que le nombrasen cronista del reino. Dedicado al estudio y al retiro vivió en aquella ciudad hasta el año de 1633 en que murió de setenta y cuatro de edad. Sus obras son la *Historia de las Malucas* publicada en 1610, los *Anales de Aragon* impresos en 1650, y las *Rimas* recogidas y publicadas por el hijo de Lupercio juntamente con las de este en 1654.

CANCION.

A FELIPE II EN LA CANONIZACION DE S. DIEGO *.

En estas santas ceremonias pias,
A donde tu piedad, Filipo agosto,
Con admirables rayos resplandece,
Verás como dejando el cetro justo,

Después de largos y felices días,
Al nuevo tronco que á tu sombra crece,
Nuestra Madre santísima te ofrece
Los mismos cantos, y la misma palma;
Y ya nos muestra como en cierta idca.
Que tal quiere que sea
La gloria entonces de tu cuerpo y alma:
Y que al inmenso templo que dedicas

* Con motivo de las fiestas que este monarca celebró en la canonizacion de san Diego, el poeta le raticina el mismo honor, y hace su apoteosis en vida, al modo que Horacio y Virgilio hicieron la de Augusto, el uno al frente de las Geórgicas, y

el otro en varias de sus odas. No examinaremos aquí si las cualidades de aquel rey merecian semejante alabanza, y si esta por inmodesta y excesiva no debió ser usada por Lupercio, ni menos consentida y aceptada de Felipe. Estas son cues-

Al grand levita, que en la ardiente llama
Examinó la de su amor divino,
Ha de venir devoto el peregrino,
No solo convidado de su fama
Por contemplar las aras de oro ricas,
Sino á probar si á su congoja aplicas
Saludable remedio desde el cielo,
Como lo das á todos en el suelo.

Tú, enseñado á escuchar humanos ruegos,
Y á ser comun defensa de los hombres,
Serás de todos ellos invocado;
Y justamente uniéndose los nombres,
Tendremos dos Filipos y dos Diegos,
Y un altar solo á entrambos dedicado:
Que pues has con tu mano levantado
El primero que á Diego se dedica,
Aquí y allá serás su compañero,
Y ejemplo verdadero
De como Dios tambien se comunica
Debajo de la púrpura preciosa,
Como debajo el áspero vestido;
Que no son abreviadas, no, sus manos.
Mas ¿de cuál de tus hechos sobrehumanos
Te darémos entonces apellido?
¿Si lucirá la espada rigorosa?
¿O reforcido en tu corona hermosa
Sus hojas tenderá el olivo sacro,
Por propia insignia de tu simulacro?
¿O sí, cuando la trompa horrible diere
Señal en los ejércitos, y tienda

La roja cruz el viento en las banderas;
Y de la muerte la vision horrenda
Envuelta en polvo y humo discurrirre
Por medio las escuadras y armas fieras,
Tu nombre ha de sonar en las primeras
Voces, que diere la española gente
Pidiendo por tu medio la victoria?
¿O si querrás la gloria
De ser en los concilios presidente
Donde se trate del gobierno humano,
Del cual nos dejas admirable ejemplo?
¿O si será mas propio que el piloto
Cuando lucháre con el Euro y Notó
Prometa ronco visitar tu templo,
Y allí colgar las velas por su mano?
¿O que en tu proteccion el rubio grano
El labrador envuelva, y te suplique
Que por tu medio Dios lo multiplique?
Primero vivirás felices años
Introduciendo por el ancho mundo
La santa paz, y la justicia unidas,
Y gemirá Pluton en el profundo
De ver por tí deshechos los engaños,
Y á Dios tantas naciones convertidas.
Y que las escrituras no entendidas
Como el otro Filipo les declaras,
Teme tambien, y no sin causa, viendo
Lo que hoy estás haciendo,
Que á mayores empresas te preparas,
Y que sí, por honrar la sepultura

ciones que pertenecen á la moral y á la historia, y nosotros aquí no somos mas que humanistas.

Prestándonos pues como tales á la intencion y objeto del poeta para calificar su composicion, vemos que la idea principal que le sirve como de base es tan grande como sencilla, y que el autor la desenvuelve y enriquece con particular maestría. Estas ceremonias, le dice, con que celebras á un santo, no son mas que el preludio de las que despues se harán contigo cuando seas puesto en el número de ellos: la Iglesia te pondrá en sus altares, ¿y cuál será la insignia con que allí resplandecerás? ¿Será la espada, será la oliva? ¿Te invocará el soldado en el combate, el labrador en el campo, el navegante en la tormenta, los senadores en sus concilios? Pero antes de esto vivirás felices años, propagarás la justicia, la paz, y la verdadera religion en el mundo, conquistando el santo sepulcro y venciendo la idolatria. Este es el plan de la obra, desnudo de su poesia, y se ve la oportunidad que ofrece para ensalzar al héroe cuyo aplauso se propone el escritor, y como se vienen espontáneamente á enlazar con la idea principal las virtudes del monarca, sus altos hechos, su gloria entre los hombres, y la veneracion y culto que de ellos ha de recibir despues: todo subordinado á la intencion religiosa y carácter de santidad que deben dominar en un poema, escrito con motivo de la canonizacion de un santo, y que Lupercio no pierde nunca de vista, dando así un ejemplo excelente de unidad y variedad.

En la invencion pues y en el artificio poético, esta obra es un modelo digno de ser muy estudiado por la juventud. La serie de pensamientos y de imágenes con que el asunto está desempeñado es tambien digna de todo aplauso. *Tú enseñado á escuchar humanos ruegos*, es un pensamiento perfectamente aplicado á un rey, que solo abandona su trono en la tierra para ocupar otro en el cielo, y que por ello no deja de oír las plegarias de los hombres sirviéndoles de protector y anparo. La estancia tercera es todavia mejor, y la vida el movimiento y el alboroto, por decirlo así, que hay en aquellos versos, *O si cuando la trompa*, etc., rompen tan felizmente el paso grave y magestuoso de la cancion, que este trozo ha sido justamente aplaudido en todos tiempos de los inteligentes, y aun al menos versado en estos estudios le hacen una agradable y viva impresion en la fantasia y en el oído.

Es lástima que tan bella y excelente poesia esté salpicada con algunos versos bajos y vulgares, tales como estos:

Nuestra madre santísima te ofrece --
Tendremos dos Filipos y dos Diegos --
Lo que hoy estás haciendo,

y otros de igual llaneza que son pura prosa. No se tampoco si está absolutamente bien traída la semejanza de Felipe II con Gedeon; y el recuerdo de la insignia del Toison de Oro que el rey lleva al pecho, podrá á algunos parecer ingenioso, pero no es ciertamente ni bello ni oportuno.

De Diego, das de tu piedad tal muestra,
 Por quitar al tirano la de Cristo
 Has de dar un ejemplo nunca visto,
 Y derribar sus ídolos tu diestra,
 Venciendo en medio de la noche oscura
 Como el gran Gedeon; pues en tí dura
 La insignia del vellon, con que Dios quiso
 Darle de la victoria cierto aviso.

Cancion, el ser humilde no te espante,
 Que es hoy fiesta de humildes, y se precia
 De ser su amparo el rey mayor del suelo:
 Bien puedes atreverte, pues el celo
 Hace precioso el don, y se desprecia
 Aunque raro y costoso el arrogante:
 Mas pues se me permite que yo cante
 Entre los cisnes del famoso Henares,
 Mucho harás si de humilde te preciares.

CANCION.

Alivia sus fatigas
 El labrador cansado,
 Cuando su yerba barba escarcha cubre,
 Pensando en las espigas
 Del agosto abrasado,
 Y en los lagares ricos del octubre:
 La hoz se le descubre
 Cuando el arado apaña,
 Y con dulces memorias le acompaña.
 Carga de hierro duro
 Sus miembros, y se obliga
 El jóven al trabajo de la guerra:
 Huye el ocio seguro;
 Trueca por la enemiga
 Su dulce, natural y amiga tierra;
 Mas cuando se destierra,
 O al asalto acomete,
 Mil triunfos y mil glorias se promete.
 La vida al mar confía,
 Y á dos tablas delgadas
 El otro, que del oro está sediento;
 Escóndesele el día,
 Y las olas hinchadas
 Suben á combatir el firmamento:
 Él quita el pensamiento
 De la muerte vecina,
 Y en el oro le pone y en la mina.
 Deja el lecho caliente
 Con la esposa dormida
 El cazador solícito y robusto:
 Sufre el cierzo inclemente,
 La nieve endurecida,
 Y tiene de su afán por premio justo
 Interrumpir el gusto,
 Y la paz de las fieras
 En vano cautas, fuertes y ligeras.
 Premio y cierto fin tiene
 Cualquier trabajo humano,
 Y el uno llama al otro sin mudanza:
 El invierno entretiene

La opinion del verano,
 Y un tiempo sirve al otro de templanza.
 El bien de la esperanza
 Solo quedó en el suelo,
 Cuando todos huyeron para el cielo.
 Si la esperanza quitas,
 ¿Qué le dejas al mundo?
 Su máquina disuelves y destruyes:
 Todo lo precipitas
 En olvido profundo,
 Y del fin natural, Flérida, buyes:
 Si la cerviz rehuyes
 De los brazos amados,
 ¿Qué premio piensas dar á los cuidados?

TERCETOS.

DESCRIPCION DE ARANJUEZ.

Hay un lugar en la mitad de España
 Donde Tajo á Jarama el nombre quita,
 Y con sus ondas de cristal lo baña:
 Que nunca en él la yerba vió marchita
 El sol, por mas que al etíope encienda,
 O con su ausencia hiele al duro escita;
 O que naturaleza condescienda,
 O que vencida deje obrar al arte,
 Y serle en vano superior pretenda:
 Al fin, jamas se ha visto en esta parte
 Objeto triste, desnudo el suelo,
 O cosa que de limite se aparte.
 Contrarias aves en conforme vuelo
 Los aires cortan, y en iguales puntas;
 Las plantas suben alabando al cielo.
 Las fieras enemigas aquí juntas
 Forman una república quieta,
 Mezclándose en sus pastos y en sus juntas;
 Sin temer que el lebreल las acometa,
 O hiera el plomo con terrible estruendo,
 O con mortal silencio la saeta.
 Las fuentes cristalinas, que subiendo
 Contra su curso y natural costumbre,
 Estan los claros aires dividiendo,
 Rocian de los árboles la cumbre,
 Y bajan, á las nubes imitando,
 Forzadas de su misma pesadumbre,
 Sobre las bellas flores, que adornando
 El suelo como alfombras africanas,
 Las estan con mil lazos esperando.
 Las calles largas de álamos y llanas,
 Envidia pueden dar á las ciudades
 Que estan hoy de las suyas mas ufanas.
 ¿Pues quién podrá contar las amistades
 Con que las plantas fértiles se prestan,
 Y templan sus contrarias calidades?
 Y como no se impiden ni molestan
 Por ver su fruta en extrangeras hojas,
 Ni delagravio apelan y protestan;
 Como tú, frágil hombre, que te enojas
 Si tener ves al otro lo que es tuyo,

Y con rabia lo usurpas y despojas.

Comunica el gran Tajo el humor suyo
A cualquier de los árboles do llega,
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo :

Al huésped no sus alimentos niega,
Ni al natural desecha, y así hace
Corona rica de su hermosa vega.

Si la region remota ve que aplice
Alguna planta suya en esta, luego
La envía, y á su dueño satisface.

Y así la que se jacta de que al fuego
De los templos da olores, no es mas rica,
Ni la fingió ningun latino ó griego.

Cualquiera aquí su condicion aplica,
Aunque su origen traiga de otra parte
Do el sol menos ó mas se comunica.

Suple la falta de la tierra el arte,
Y del calor con limite y del hielo
Aquello que conviene les reparte.

Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol al mismo tiempo que la luna
En este mira en la mitad del cielo :

Y no por esto siente falta alguna
De la virtud, que tuvo allá en su tierra,
Como si aquella y esta fuesen una :

La cual en senos cóncavos encierra
Las aguas usurpadas al gran rio,
Donde los peces viven sin ver guerra.

Pudiera en cada cual un gran navío
De aquellos que á Neptuno son mas graves,
Navegar sin temor de hallar bajío :

Mas solamente aquí navegan aves
De aquellas que á la muerte se aperciben
Con cantos apacibles y suaves.

Aquí redes y engaños se prohiben,
Y así discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.

La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.

Alzase al lado del jardin florido
Con cuatro hermosas frentes una casa,
Que nunca el sol su semejante ha herido.

Del alto chapitel hasta la basa
Ninguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitrubio vuelve, y la compasa.

Pues lo interior, que á lo exterior excede
En materia y en arte, que tal sea
Con esto solo declarado quede :

Que nuestro gran Filipo dió la idea,
Y en ella sus cuidados deposita,
Cuando su corte deja y se recrea.

Que puesto que los hombros jamas quita
Del peso con que Atlante desmayara,
Con eso lo aligera y facilita.

Los árboles, las aves, la agua clara
En este verde sitio son testigos
De las heróicas obras que prepara :

Del modo con que traza los castigos
A la cerviz, que huyó del yugo santo,

El premio regalando á los amigos.

Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner despues al mundo espanto.

Y aquellos profundísimos secretos,
Que á los ausentes principes desvelan,
Y les tienen los ánimos inquietos ;
Aquí con los ministros se rebelan,
Y el templo del gran Jano se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan ;

Y la espantable y poderosa guerra
Aguarda que de aquí le den materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra.

Mas no dentro los limites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa
Previenen con cuidado á tal miseria.

Aquí se engendra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro frágiles levanta.

Filipo, tú tambien, que del abuelo
Y padre emulacion gloriosa al mundo
Prometes, y en su pérdida consuelo ;

Mientras tu padre con saber profundo,
Y tu niñez te excusan del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.

Tiempo vendrá que no te ofrezca Tajo
En su ribera conchas mas caballos,
De aquellos que lo beben mas abajo :

Y que tú y esos niños tus vasallos
Armados convirtais en gruesas lanzas
Las que agora jugais de tiernos tallos.

Entonces cumplirás las esperanzas
Que das de tu valor, dejando libres
A los que dan agora del fianzas ;

Y ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el paso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres.

¡ O temeraria lira ! ¿ porqué tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto ?

Vuélveme á la ribera, donde viendo
Estaba con el principe á su hermana,
Rayos de luz y flechas despidiendo :

Tal en el monte Cintio á su Diana
Rodeada de vírgenes hermosas
Fingió la antigüedad en forma humana.

No huyen, no, las fieras temerosas ;
Mas antes como víctimas sagradas
Se ofrecen á sus flechas poderosas.

Las flores del divino pié pisadas
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas :

Y puesto que la esperan gozar ellas,
Y saben que en el mundo su presencia
Las hace con los hombres menos bellas

La detienen acá con su influencia,
Y proponen su daño y su desseo
Forzadas de la eterna Providencia...

SATIRA 4.

CONTRA LA MARQUESILLA.

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
 Desta mi condicion noticia cierta,
 Pues piensas enmendalla con desdenes.
 Tú pensarás que guardaré tu puerta
 Desde que se recogen las gallinas,
 Hasta que el ronco gallo las despierta:
 Y que cuando á las horas matutinas
 Se levantan los frailes, y durmiendo
 Tus emulos estan y tus vecinas,
 Me estaré yo en la calle consumiendo,
 Y por el agujero de la llave
 Lo que en tu casa tienes inquiriendo:
 Y que te sufriré despues muy grave
 Pidiéndote perdon, porque me seas
 Afable como sueles y suave.
 Pues porque si lo crees, no lo creas,
 Y sepas que no ignoro con quien trata,
 Es bien que mis odiosos versos leas.
 Aquí verás un natural retrato
 De nuestras diferentes condiciones,
 Por mas que tú lo encubras con recato.
 Agora me parece que te pones
 Mucho mas colorada que tu saya,
 Y me das un millon de maldiciones,
 Diciendo que primero que me vaya,

Quedarás satisfecha de la injuria,
 Aunque dificultades cien mil haya.
 Y yo por todo el oro que Liguria
 A España con usuras arrebatá,
 No quiero hacerme digno de tu furia:

Ni quiero dar mi vida tan barata,
 Ni ver del africano la frontera,
 Cosa que por tu causa alguno trata.
 Escribale pues sátiras quien quiera,
 Que yo alabanzas solas quiero darte,
 Hasta que tú te canses, ó yo muera.

Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,
 Que como tus costumbres amo tanto,
 Mudable soy tambien por imitarte.

Quiero dejar la pluma, que me espanto
 De ver ese furor tras ordinario,
 Y dar de contricion señal con llanto.

Pero tengo conmigo un tu contrario,
 Que tiene prometido defenderme
 Contra el poder de Jerges y de Darío:

Y no me da lugar de recogerme,
 Antes con amenazas me provoca:
 Dios sabe si ofenderte es ofenderme.

Pero no puedo mas, mi fuerza es poca;
 Tú no me defendieras del que digo
 Siquiera con el aire de la boca.

Y pues he de cobrar un enemigo,
 Escojamos de dos el menor daño:
 Demas, que la razon y verdad sigo.

En el mas fértil mes de todo el año,

¹ Las costumbres de un pueblo consideradas generalmente y en abstracto, no son otra cosa que el conjunto de las opiniones y hábitos de cada familia; y la historia que no juzga por lo comun á los hombres sino por sus actos públicos, no se interna en lo secreto de las casas para buscar en las acciones privadas de los individuos el origen de la moral pública. De este examen y oficio se han encargado la comedia y la sátira, la una poniendo en accion las costumbres para reformarlas con el espectáculo de su movimiento, su contraste y sus extravíos, la otra zahiriéndolas ya con el azote del escarnio, ya con el rayo de la indignacion. En España como en Roma la sátira nació de la comedia: y así como allá Plauto y Terencio precedieron á Horacio y Lucilio, aqui tambien la Celestina y demas dramas compuestos á su ejemplo precedieron á Mendoza, los Argensolas, Quevedo y demas satíricos de los siglos posteriores. Los dos hermanos son sin duda los principes de este género entre nosotros; y esta sátira contra la Marquesilla es una de las mas célebres que tenemos, dirigida á poner de manifiesto los vicios de estas mugeres perdidas, que seducen y corrompen la juventud, devoran los potrimonios y destruyen la paz de las familias. Se cree bastante generalmente que hubo realmente una dama cortesana de aquel nombre, en quien plugo á Lupericio acumular todos los golpes de su invecitiva, y á quien atribuyó todos los rasgos característicos del vicio que se propuso castigar. Como quiera que sea, el pincel de Argensola siempre puro y decente sabe correr por un asunto

tan ocasionado y difícil, sin rozarse jamas con una imágen obscena, ni tropezar con una palabra torpe. Su obra tan suelta y festiva como natural, es un declado de documentos indirectos para preaver la juventud de los viles artificios, de la avaricia sórdida, y del infame y disimulado libertinage. La ironia que reina en ella es tan sostenida como amarga, y sus versos corren con la fluidez de un rio que sin tropiezo y sin estorbo se desliza por una pendiente suave. Otros poetas nuestros se han ejercitado en el mismo argumento, entre ellos Jáuregui en su sátira

Bien pensarás, o Lidia engañadora,

y Quevedo en la que empieza

Pues mas me quieres cuervo que no cisne,

pero ninguno de ellos le ha tratado con la superioridad que Lupericio, Jáuregui, culto y urbano como siempre, y menos prolijo, es débil y frio: Quevedo mas libre y mordaz, es al mismo tiempo infinitamente menos puro y delicado. Esta sátira, en fin, seria perfecta en su clase por el tono, por la versificacion, y por la facilidad y maestria de su desempeño, si no se debilitase algun tanto por su excesiva extension. El asunto limitado al aspecto en que el poeta le concibe, no valia la pena de emplear tantos versos en él.

Esti brevitate opus ut currat sententia, neu se
 impediatur verbis lassas onerantibus auris.

Hor.

O Flora, yo te ví, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño.

Y luego, como frágil y ligera,
Antes de conocerme ni yo hablarte,
Me descubriste ser tu pecho cera.

Mas, como sé de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,
Aunque te ví contenta descuidarte.

Aunque manjares, y tras ellos juego;
Y como ví colgar allí la hiedra,
El vino reputé por malo luego.

A todo estuve cual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores,
Como Hipólito estuvo en los de Fedra.

Mil veces repetiste mis loores,
Que en tí los engendró mi negra fama,
(Díceslo así, y es bien que así lo dores):

Y para declararme que eres dama
Tan grave que la corte señorea,
O, por mejor decir, quema tu llama;

Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Para que lo contrario se le crea;

Así me declaraste cuan esquiva
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva.

Tras esto me juraste haber venido
Al lugar donde estabas por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido.

Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
(Y aun por ventura dellos adornarme).

Jamas infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre con besos importuna,

Como yo los oí, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas redes,
Con que á tantos enredas los sentidos.

Sin preceder servicio hacer mercedes
Dará que sospechar á quien no sea
De los con quien hacer tu labor puedes.

Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo que sospeché, sospeché, digo,
Viéndote tan afable, sin ser fea.

Mas soy de ingratitud tan enemigo,
Que por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.

Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el juicio:

Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar, como de rienda,
A todos tus antojos obediente.

Así lo creo yo, porque mi hacienda
Es menos que el tesoro veneciano,
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.

Al fin, como si fuera yo aldeano
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano,

Así me descubriste tu tesoro,

(Esto disimulando, como acabo,
Y sin perder allí de tu decoro).

¿Hubo bajilla por ventura, ó vaso,
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?

Y porque tus esclavas todas viese,
Y que son siervas libres, ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese;

Todas delante mí fueron llamadas,
Y por cierto descuido no muy grande
Con ásperas palabras afrentadas.

No hay mayordomo necio que así mande
En casa de un señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande,

Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.

Mandábase traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas
De menos oro llenas que apariencia.

Estaba la esclavilla de rodillas,
En tu imaginacion, de mí notada
Por una de las siete maravillas.

¡O Flora, como estabas engañada!
Que entonces el eunuco revolvia,
(Comedia de Terencio celebrada);

El cual en sus ejemplos me decía,
Que desean las damas de tu trato
Las esclavas tener que Tays tenía:

Y que soleis comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedria las presenta
En competencia de un Trason bravato.

¡Mira cuan al revés salió tu cuenta!
Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta.

Y cuando mas compuesta te ponias,
Como quien va mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdias.

No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damasco granadino,
Y á un lado y á otro la morisca alfombra:

Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo ni una hebilla
Que no sepa de dónde y cómo vino.

Véote santiguar con maravilla
De esto que voy diciendo; pues no dudes
Que fábula serás en esta villa.

Sabrás, quien no las sabe, tus virtudes,
Las cuales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.

Quiere vender al mundo desengaño,
Que aunque es poca la gente que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco dueño:

Y que si por tu mal abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.

Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida,

En tí tienda sus redes la ignorancia,

Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia.
A estos muerdas , y á los otros ladres :
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldicion doscientas madres.
Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te regales,
Haciendo rica presa en sus ducados :
Y á otros que se precian de leales ,
Con vanos favorcillos entretengas ,
Y pesques mas de espacio sus reales.
Con los que veas ardientes , te detengas ,
Y con los que veas tibios te apresures ,
Y á todos en comun enredo tengas.
Delante de tu madre te mesures ,
Fingiendo que la temes , y que ignora
Los favores que das , y así lo jures.
Y si te vieres sola , bella Flora ,
Y el necio sin pagarte se desmanda ,
Di luego , ¡ ay Dios , que sale mi señora !
Y cuando veas al triste que se ablanda ,
Lleguen el portugues con el joyero ,
Este con oro , el otro con holanda ,
Dirás , como los médicos , no quiero ,
Alargando la mano á la presea
Con que te esté rogando el majadero.
Y dirás , como sueles , si desea
Ser tu favorecido , que dé muestra
En donde su aficion mejor se vea.
Ayúdete tu madre ó tu maestra ,
Dándote mil recaudos al oido ,
(Leccion de todo punto propia vuestra).
Estése el otro necio sin sentido ,
Mientras habláis vosotras muy compuesto ,
O , como acá decimos , muy corrido :
Que no me quiero yo poner en esto ,
Ni descubrir tus faltas en la calle ,
Pues se descubrirán por sí tan presto.
Pero no será bien que sufra y calle
Cierta tributo , censo ó alcabala ,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.
Cuando sale quien digo de la sala ,
Le vuelves á llamar con gran caricia
O sales tú con él hasta la escala :
Y allí , disimulando tu codicia ,
Le pides un catálogo de cosas ,
Como si las debiera por justicia.
El , ambas las mejillas hechas rosas ,
Arrepentido ya de verse en ello
Y de emprender empresas tan costosas ,
No sabe qué decir , que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos , y los ojos
Clavados , por su mal , en tu cabello.
Quiere satisfacer á tus antojos ;
Y quisiera tambien á menos costa
Comprar , pues que se venden , los despojos.
Imaginásle tú la bolsa angosta ,
O por ser muy avaro ó por ser pobre ,
Personas de quien huyes por la posta :
Y para hacer sudar por fuerza al robre ,

O como buen artifice en la piedra
Tocando , conocer si es oro ó cobre.
Enmarañaste dél cual verde hiedra ,
(No te comparo mal , pues que se dice
Que nunca el árbol que la tiene medra) ,
Diciendo : buena prueba : señor , hice
De vuestra fe , si no fingida , tibia ,
Con que , para mi mal , me satisfice ,
Si yo os mandára humedecer la Libia ,
Si oponer vuestros hombros á la carga
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia ;
Si peregrinacion pidiera larga ,
Donde estuviera en duda el volver vivo ,
O cierta en el progreso vida amarga ;
¿ Podiérades estar mas pensativo ?
¿ Podiérades dudar de tal manera ,
Y mostraros conmigo mas esquivo ?
Pues yo sé bien alguno , que quisiera ,
Y como que quisiera , que pagára ,
Porque lo que á vos pido , le pidiera :
Que ni tan pobre soy , ni tan avara ,
Que por necesidad , ó por codicia
En cosa tan pequeña reparára.
Mal de mi condicion teneis noticia :
Que , aunque no lo trujérades tan presto ,
No os sacára yo prendas por justicia.
Pero no reparemos mas en esto :
Solo vivid seguro de que os amo ,
Y que no me seréis jamas molesto.
El triste ya cual pece asido al hamo ,
O como ciego pájaro , que viene
Llamado con el son de su reclamo ,
Ni en dudas , ni en peligros se detiene ;
Quiere tomar prestado ó con usura ,
Sin ver si de pagarlo modo tiene.
Promete allí sin tasa , ni cordura ,
Y niega , que jamas dudase en algo ,
Y aun , para ganar crédito , lo jura.
Así lo creo yo de un noble hidalgo ,
Respondes tú , soltando la cadena ,
Que quisiera yo mas la de mi galgo .
Atraviésase luego Magdalena ,
Pide para chapines , ó una toca ,
Y tu page de lanza pide estrena.
A aquella tú le dices , calla loca ,
Y á este otro , ¿ tú , rapaz , tambien te atreves ?
Y por defras les señas con la boca.
Ni á la carne se da tal priesa el jueves ,
Como le dais vosotras entre dientes ,
Diciendo , pagarás lo que no debes.
O tú , que con pagarlo no lo sientes ,
Y cansarás , piéniendolo prestado
Despues á tus amigos y parientes :
Si alguna vez ó veces has pasado
De Aragon á Castilla , y en los puertos
Del uno y otro reino registrado ,
A donde los derechos hacen tuertos ,
Y con decreto y orden de justicia
Roban en los poblados y desiertos :
A donde puede tanto la codicia ,

Que no son tan mudables venecianos,
Cuando á alguno prometen su amicia :

Como aquellos ladrones y villanos
En olvidar al rey, si el caminante
Les pone de sus armas en las manos :

Conocerás agora, ó adelante,
Que es mayor el trabajo que se pasa
Con Flora, de quien andas ciego amante.

Y tú Flora, también modera y tasa,
Los derechos tiránicos que llevas
De entradas y salidas de tu casa ;

Pues solamente deben ropas nuevas
Al entrar por los puertos el derecho,
Y no será razón que á mas te atrevas.

No quieras descubrir tu avaro pecho,
Ni como mercader tener oreja
Abierta solamente á tu provecho.

Y no digo con esto que eres vieja ;
Mas téngote por ropa tan traída.

Que descubres la bilaza por la ceja.

Pues quien te ve fingir la recogida,
Ha de soltar á su pesar la risa,
Si sabe como yo tu buena vida.

Verte salir con tu señora á misa,
Como fraile novicio, que no mira
Acá ni allá mas suelo del que pasa,

¿ A quién tu gravedad allí no admira ?
¿ Quién no dirá que puedes llevar palma,
Y que á las once mil tu intento aspira ?

Quien sepa como yo que en esa calma
Suceden por momentos torbellinos,
Que anegan las ajenas y tu alma.

Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
Que ven salir y entrar en tu posada
Los recién emplumados palominos :

Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman y mudas,
Ella desnuda, y tú muy enojada :

Ni el que suele soltarme cien mil dudas,
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Judas :

Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre
Que en darte y abstenerse tal auduvo,
Que le doy Alejandro por renombre :

Ni lo dirá tampoco quien estuvo
De Mantua, por tu causa, foragido,
Y el perdon por dineros después hubo :

Ni menos lo dirá quien ha leído
Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido.

Yo digo de vosotras (y es lo cierto),
Que sois de las fantasmas y visiones
Que vido san Antonio en el desierto.

Debajo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.

Si sois fuera de casa convidadas,
Desechais mil viandas que son buenas,
Solo para fingiros delicadas.

Tomaislas con dos dedos, y aun apenas,

Ni dellas exhibis mas que á un doliente
Le dan nuestros modernos Avicenas.

Fingis os muy honestas juntamente,
Y á la palabra équivoca no clara
Le dais luego el sentido maldiciente ;

Y puestas ambas manos en la cara
Llamais al que la dijo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.

Y con desden y grande menosprecio
Burlais de algun galan, que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio

Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura :

Y verá convertir la que desca
En un fiero demonio ; poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea :

Y mas si no teneis allí testigo,
Y salis de la cama descompuestas,
Mostrando de los pies hasta . . .

¡ Qué fieras pareceis ! ¡ qué deshonestas !

Con los ojos hinchados, y sobre ellos,
Dos negras y tendidas nubes puestas ;

Revueltos en bedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,
O largos, como colas, por los cuellos.

Torciendo cuerpo y brazos dais señales,
Mezcladas con bostezos, del deseo
Que mueve vuestros ánimos bestiales ;

Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara, ó rio santo,
A donde fué Naaman por Eliseo.

Tampoco lo mudais con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas,
Cuando la noche tiende el negro manto :

Antes lo transformais con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.

¿ Quién podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Ungüentos, botecillos y pastillas ?

Aquí para enrubiar el sahumero
De aqueste mismo aceite que blanquea
Los huesos de la boca ó cimiterio

Allí la miel mezclada, que se emplea
Con mostaza y almendras en ser muda,
Para mudar color á la que es fea.

En otra parte ya la vereis ruda,
En otra ya en aceite convertida,
Que dicen que al cabello el color muda.

La leche con jabon vereis cocida,
Y de varios aceites composturas,
Que no sabré nombrarlos en mi vida.

Accite de lagartos, y rasuras
De ajonjolí, jazmin y adormideras ;
De almendras, nata y huevos, mill misturas ;

Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos y azúcar, de simiento
De melon, calabazas y de peras.

El aceite de enebro propiamente

Para curar el mal á las ovejas,
Aqui sirve de oficio diferente.

Agua de alumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan, como fuelles, en las cejas :

Y ellas (¡oh ceguedad!) con darse baños,
Cual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo engaños.

Pero debiera yo nombrar primero
Al magno soliman tan vuestro amigo,
Como lo fué de Francia el otro fiero ;

El cual os da justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento,
Os valeis del veneno y enemigo :

Y mudándoles nombres ciento á ciento,
Quereis arebozallo, como usura,
Con nombre de mohatra ó quitamiento.

Agora lo vendéis por agua pura,
En pasas con azúcar, piedra luego,
Mudándole de especies y figura.

Y que pondreis las manos en un fuego,
Decis, si no os lavaís con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.

Cuan mal se cubre el gato con la cola,
Cuan mal se cubre el fuego sin dar humo,
Asi la que se afeita y arrebola.

Otros aceites hay, que no los sumo,
Porque en imaginallos tanto hiede,
Que de congoja y rabia me consumo.

Ni ser nombrados todos aqui pueden,
Porque como se inventan cada dia,
En infinito número proceden.

Y porque me parece que seria
Afrenta de sus nombres acordarme
Y que á los que me hablasen oleria ;
Asi he determinado prepararme,
Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente liquida purgarme.

Ni son en sus manjares mas curiosas,
Puesto que allá en lo públicoergusonan,
Que sin ellos se pasan como diosas.

Encima de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,
Que ni por ser helado lo perdonan.

Direis que son las hijas de la hambre,
O cuales avestruces suficientes
A digerir el hierro y el arambre.

Aqui no se comprehenden las prudentes
Que siguen las virtudes ; que las tales
No llevan composturas aparentes.

No son todas las leyes generales,
Que muchas excepciones hay en ellas ;
Ni las cosas del mundo son iguales.

En las tinieblas lucen las estrellas ;
A vueltas de los cardos nacen flores ;
Y entre agudas espinas rosas bellas.

Destas despues yo cantaré loores :
Que no se han de mezclar con las profanas
Las cosas excelentes y mayores.

Tú, Flora, y otras damas cortesanas

Sois estas enemigas de quien trato,
Perdidas por comer y andar galanas.

Con esto le doy fin á tu retrato,
Y parécete tanto, que me afrento
De haberlo concertado tan barato ;

Pero tengo por premio tu contento,
Del cual, por ser yo causa, participo,
Y el nombre de mis obras acreciento.

Asi creció de Apeles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando,
Al hijo venturoso de Filipo.

Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, dónde y cómo
Me puedo yo estar viendo é imitando.

La mano mas pesada que de plomo,
Inobediente al arte, desatina,
Si el cansado pincel en ella tomo.

Parece (y es posible) que adivina,
Que (como siempre el conoserse ha sido
Cosa dificultosa y peregrina),

Yo de mi propio gusto persuadido,
Como pienso que soy querré pintarme,
Por falta de no haberme conocido.

Yo mismo no sabré vituperarme,
Y, aunque verdad dijese, menos puedo
(Si ya no es defendiéndome) alabarme.

Si como cuando vine de Toledo
Me supiese pintar, en testimonio
De tocar las verdades con el dedo :

O como me pintaba don Antonio
(Puesto que es al revés), yo juraria
Que te espantases menos de un demonio.

Alguno con razon me culparia
Si me pintase mal, y tu figura
Por obra de otro mano juzgaria ;

Y quien tener buen crédito procura,
(Segun dice Caton) jamas lo cobra,
Si le pierde una vez por desventura.

A mí no me hace falta, ni me sobra :
Quiero, pues, conservarle como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra,

Ya fué un pintor (del nombre no me acuerdo
Y de que no me acuerdo no te espantes,
Que ya de la memoria mucho pierdo) :

Ni sé bien si fué Zeusis ó Timantes,
(Yo me fatigo poco en estas cosas,
Por disputas propias de pedantes) :

Este pintor, pintando las tres diosas,
Delante del pastor troyano puestas,
Desnudas y del oro codiciosas,

(Que suelen muchas veces tan honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas) .

En Junó y en Minerva señalarse
Tan de veras mostró, que no podia
Para pintar á Vénus mejorarse :

Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo cual aunque quisiese, no sabia,

Al arte socorrió con ingeniosa

Astucia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la diosa.
Yo, pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfío,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.
Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato;
Que con volverlas, Flora, me desvío
De tu conversacion, favor y trato.

SONETOS¹.

I.

Tanto mi grave sentimiento pudo,
Que en la mano de bárbara violencia
Hizo dando lugar á la clemencia
Volver el filo del cucbillo agudo.
¿Hay por ventura de diamante escudo
Que pueda hacer tan firme resistencia,
Como de una alma pura la inocencia
Que ofrece el pecho al vencedor desnudo?
Yo ví, yo ví los ojos, no es mentira,
Que muerte amenazaban, detenerse
Con blando afecto en la miseria mia;
Y deshacerse los nublados de ira,
Y la santa piedad aparecerse;
Que todo es fácil si en la fe se fia.

II².

Este prolijo y tenebroso día,
El cual con piedra negra notar quiero,
Memoria es dignamente del primero
De mi vida, si es vida aquesta mia.
Entonces lo lloraba en profecía,
Y de su soledad tomando agüero,
En tanto que viviere ya no espero
Tener en él sucesos de alegría.

Odioso me será, y odioso sea
Al cielo y á la tierra eternamente,
Pues en él se me esconde Galatén.
Entre las noches lóbregas se cuenta,
Y en él ninguna accion jamas se vea.
Digna de que la fama la sustente.

III³.

Tras importunas lluvias amanece,
Coronando los montes el sol claro;
Salta del lecho el labrador avaro
Que las horas ociosas aborrece.
La torva frente al duro yugo ofrece
El animal que á Europa fué tan caro;
Sale de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece,
Vuelve de noche á su muger honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercebe,
Y el enjambre de hijuelos le rodea.
Fáciles cosas cena con gran flesta;
El sueño sin envidia le recibe;
¡O córte! ¡o confusion! ¿quién te desea?

IV⁴.

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
Que aquel blanco y carmín de doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.
Pero tambien que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.
Mas ¿que mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

¹ El magisterio con que los dos hermanos manejan la lengua, la versificación y la rima, en nada se manifiesta mejor que en estas composiciones, cuyo mérito depende menos del fondo mismo y riqueza de las cosas, que del artificio y distribución de sus formas, y de la limpieza de su ejecución. Así es que en esta parte ellos, y principalmente Lupercio, son los que mas se han acercado á la perfección, y de cuando en cuando la alcanzan.

Los que aquí se presentan son todos sobresalientes, y algunos de ellos reputados por clásicos. Señálase el primero en delicadeza de pensamientos y en vivacidad de afectos, y por lo mismo es mas de sentir que decaiga en el último verso, por lo vago é incierto de la sentencia, y por lo desagradable de los sonidos.

Que todo es fácil si en la fe se fia.

¿Donde tenia Lupercio sus oídos cuando deja es-

te *fa, fe, fi*, como acento de conclusión en un poemita tan bello?

² Excecración bien elocuente y graduada del día en que su dama se retiró para siempre de su comunicación y de su trato. Hay en él un verso que desdice, y es el segundo, por su forma prosáica, y por ser una alusión erudita, que en tal caso toca en pedantesca. Pero aquí el defecto es menos importante que en el anterior; porque cayendo al principio, no destruye el efecto general de la obra, y todo se compensa con la valentía del último terceto.

³ Descripción natural y bella de la vida rural: conclusión felicísima: obra perfecta en el estilo templado.

⁴ Aunque escrito en un tono más cómico que lírico, es de los mas celebrados de Lupercio por su ingeniosidad, y puede tambien decirse que por su filosofía. La conclusión es débil, y aun contradictoria con el intento del poeta: ¿pero ¿quién no admira la feliz alusión al azul cielo, que ni es cielo, ni es azul?

v¹.

Lleva tras sí los pámpanos octubre,
 Y con continuas aguas insolente
 No sufre Ibéro márgenes ni puente,
 Mas antes los vecinos campos cubre.
 Moncayo como suele ya descubre
 Coronada de nieve la alta frente,
 Y el sol apenas vemos en Oriente
 Cuando la opaca sombra nos le cubre.
 Sienten el mar y selvas ya la saña
 Del aquilon, y encierra su bramido
 Gente en el puerto y gente en la cabaña.
 Y Fabio en el umbral de Tais tendido
 Con vergonzosas lágrimas le baña,
 Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

vi².

Imágen espantosa de la muerte.
 Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
 Mostrándome cortado el nudo estrecho,
 Consuelo solo de mi adversa suerte.
 Busca de algun tirano el muro fuerte,
 De jaspes las paredes, de oro el techo;
 O al rico avaro en el angosto lecho
 Haz que temblando con sudor despierte.
 El uno vea el popular tumulto
 Romper con furia las herradas puertas,
 O al sobornado siervo el hierro oculto.
 El otro sus riquezas descubiertas
 Con llave falsa ó con violento insulto;
 Y déjale al amor sus glorias ciertas.

¹ En la ejecucion nada hay que pedir á este soneto tan hermoso como célebre; pero se desearia mas conexion entre el cuadro del último terceto, y la rica y elegante descripcion que le precede: falta pues aqui el enlace que debe haber entre las partes de una composicion para que formen un todo. *Denique sil quodvis, simplex dumtaxat et unum.*

² Este es el mejor de los seis, y no se ponderará nada aunque se diga que es el mejor de la poesia castellana. La idea principal, los accesorios que la enriquecen, la bella distribucion de las partes, la energia de la expresion, la excelencia de los versos, todo es admirable, y hace que este pequeño

poema entre en el cortísimo número de aquellos que desesperan por su perfeccion. Si Lupericio no hubiese escrito, ó no tuviésemos de él mas que estos catorce versos, formariamos de su talento una idea infinitamente mayor que la que resulta de sus demas composiciones.

O á algun avaro en el angosto lecho
 Haz que temblando con sudor despierte.

Este *angosto lecho*, este *sudor*, este *temblor* no tienen por su fuerza y por su viveza nada que los iguale en las demas obras del poeta, ni que las exceda en castellano.

POESIAS DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

CANCION.

De los campos y mares se apodera,
Céfiro, tu ministro, á su albedrío,
Formando el tiempo amor que mas te agrada:
Pues con máquinas vuelve ya el navío,
Que enjuto reposaba en la ribera,
A la tranquilidad tiranizada;
Y crespando las olas á su entrada,
Tiende los lienzos al favor del cielo.
El prado ríe, y su virtud fecunda
De cien mil pastos fértiles abunda,
Que blanqueaba rígido del hielo:
Mas con el blando vuelo
Del pacífico soplo abre los poros,
Y pródigo descubre sus tesoros.

Tú, armado de ternuras y suspiros,
En los silbos de Céfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno
Oyes dulces querellas y congojas,
Y se encuentran recíprocos los tiros,
Que de néctar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericina, la cual te abraza y prendo:
Y en su carro sentada, y tú en sus faldas,
Sembrando varias flores y guirnaldas
Deja volar sus cisnes, y descende
Donde Adonis atiende
A la robusta caza, y con mil bellas
Ninfas lo busca y lo regala entre ellas.

Todo es amor y paz, las piedras aman
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las casa

Con los soberbios árboles de Alcides:
Las flores se entretajan y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abram.
El mismo sol enamorado pasa
Tan risueño el viaje, que parece
Que persigue la ninfa de Peneo:
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora
Que pintó con su púrpura la aurora.
Las rosas, cuando dellas mas compuesta
Su abril adorna la nativa esplora,
Una sus hojas, cual belleza inculta,
Confiada dilata; otra se inclina
Dentro en sí misma tímida y modesta
Con virginal vergüenza medio oculta:
Algunas en niñez menos adulta
Dentro el materno manto se aperciben
Para salir también á competencia
De toda la olorosa diferencia:
A quien las aves que á su sombra viven,
La gloria que reciben
¡Cambio divino! abriendo su armonía,
La recompensan en sintiendo el día, etc.

SATIRA 2.

Dialogo entre el Poeta y su Musa.

POETA.

¿Esos consejos das, Euterpe mía?
Tu plática me deja de manera.

¹ La sátira y la epístola fueron el campo en que con mas frecuencia y mejor fortuna ejerció su talento este escritor. Uno y otro género suelen muchas veces confundirse entre sí, carecen, propiamente hablando, de invencion, y no tienen un estilo que les sea propio y peculiar. Los poetas usan de la mayor libertad en esta parte, y toman á su arbitrio el tono que les conviene, ya alto, ya llano, ya florido, ya austero; y á todo se les autoriza con tal que instruyan, y sobre todo con tal que agrada é interesen. Y es claro que esto no puede conseguirse sino á fuerza de sabiduría en el fondo, de nervio y eleccion en los pensamientos y en la sentencia, de variedad en su paso y movimiento, y de importancia y gravedad en el objeto que se proponen. De manera que, siendo esta poesía al parecer tan fácil, es en realidad la mas ardua, y son muchos menos los que han sobresalido en ella, que en los otros géneros á quienes se han prescrito reglas mas determinadas y severas.

Tenia sin duda el menor Argensola muchas de las dotes propias para aventajarse en ella.

y de hecho se adquirió un lugar que nadie le puede disputar en nuestro Parnaso. Con menos fantasia poética, y menos sensibilidad que su hermano, poseia mas doctrina, miras mas grandes, y mas gravedad de pensar: por lo mismo, siendo mucho menos á propósito que él para la poesía elevada y para la patética, en la moral é instructiva le llevaba conocida ventaja, y pudo subirse á un lugar mas eminente. Tres son las composiciones que se han puesto aquí para muestra de su talento, y son una sátira sobre las pretensiones, en el género de Horacio, otra sobre los vicios de la corte, mas parecida al de Juvenal, y por último una epístola en que se dan algunos preceptos de poética.

² Bajo el pretexto real ó fingido de justificar el poeta su indolencia para pretender empleos y dignidades, hace la censura, no solo de los diferentes estados y profesiones á que pudiera inclinarse, sino tambien de los modos de conseguir las. Supone para ello un coloquio con su musa en que ella le incita á que abraza una vida mas activa

Que no sé si te llore ó si me ría.

Cuando eras fabulosa y linsonjera

Usáras de un estilo y de un lenguaje

Que tanto á tu opinion contradijera?

Superior patria y superior linage

Te engendrò, que no Grecia, la que daba

A sucesos extraños hospedage.

Y pues ya á la verdad sirves , acaba

De alabarme que siga aquel cuidado ,

Que ella en los mas pacíficos alaba.

¿Cuándo á pleitos me viste aficionado ,

En el estruendo judicial suspenso

Entre el procurador y el abogado?

¿O cuándo de mobatras cargué un censo?

¿O cobrar usurario en las calendas?

¿O sabumar á Mercurio con incienso? (das?)

¿Yo embarazarme en cambios ó en contien-

¿Por cuál razon? Ni en tu gentil Parnaso

Crecieron por litigio las haciendas.

Quédate, Musa, en paz.

MUSA.

A paso , á paso .

Que no quiero sufrir que me condenes

Hasta que mas capaz estés del caso.

Y no me trates mal , pues que no tienes

La licencia que en Roma los esclavos ,

Para decir malicias y desdenes ,

Cuando sus dueños (todo el año bravos)

Sufrían en diciembre las injurias

Y apodos de sus Getas y sus Davos.

Pero tengo experiencia de tus furias ,

Que agora tratas con oprobrio á Grecia ,

Y luego alabarás á la que injurias.

¿Ya te aplacaste? pues escucha , y precia

Estos consejos , que te harán mas rico

Que los suyos neutrales á Venecia.

No entiendas que á las fraudes te dedico

De los negocios , ni para que aprehenses

Las leyes justas con sentido inico ;

Ni á seguir el tropel de las forenses

Discordias : ni á esprimir sus artificios ,

Para que siempre en sus astucias pienses.

Ni á Italia has de pasar por beneficios ,

Para darles asalto con la capa

De que son subrepticios ó obrepticios.

Para engañarlo no verás al papa ,

Aunque te llame el golfo de Narbona

Tan pacífico en sí como en el mapa :

y vaya á Roma ó á la corte á solicitar algun empleo ; y él se defiende manifestando los peligros que hay en ello , y lo opuesto que es á su genio y á sus costumbres. El plan de la obra trazado de este modo es sencillo y natural , y las diferentes censuras que contiene entran en él con oportunidad y conveniencia. Primerosienten directamente el azote los letrados , procuradores , curiales , doctores , simoníacos y usureros ; y despues se ponen de manifiesto las malas consecuencias del retiro literario y filosófico en los individuos y en los estados ; y con este motivo recuerda la ruina del imperio griego , la indiferencia de las potencias cristianas que le vieron caer , el saqueo de Siracusa y la muerte de Arquimedes , trozos todos de resalto y convenientemente tratados , especialmente los dos printeros. Por último , el poeta disculpándose de no ir á Roma ni á la corte , hace la pintura de los inconvenientes de una y otra residencia , y con el ejemplo de Icaro y el bello apólogo del labrador , que encuentra la urna de cenizas , concluye demostrando los peligros de la ambicion , y en lo que vienen á parar sus ilusiones.

A juzgar no solo por el argumento sino por el desempeño , podria creerse esta sátira una de las primeras obras del autor. Ni los versos ni el estilo tienen aquella seguridad y magisterio que en sus demas composiciones : por manera que la ejecucion , aunque no carece de mérito : no corresponde enteramente á la juiciosa disposicion del todo , ni á la gravedad y seso que hay generalmente en las ideas. Hay en ella tambien el defecto tan frecuente en los dos hermanos que es el de la prolijidad. El pasage por ejemplo en que Euterpe le concede que se distraiga con los libros , podia sin perjuicio , ó mas bien con ventajas del efecto , ser mucho mas corto : tres ó quatro autores bien caracterizados eran mas á propósito

que tantos como allí trae. La respuesta del poeta sobre su ida á Roma , donde en vez de *aflar memoriales para herir á los datarios* , él promete ocuparse en las antigüedades de aquella capital del orbe , es tan oportuna como ingeniosa y pitcante ; pero se debilita no poco con la extension que el autor da á los objetos de sus investigaciones , que ocupan nueve tercetos , sobrando con la mitad. Por fortuna el defecto está compensado con el rasgo que termina todo el pasage donde el poeta entra con destreza y fuerza en el tono que conviene á su propósito :

Y el ánimo inflamado en esta historia,
Lo librería del tiempo que ahora corre
Con la dulzura de mejor memoria.

La expresion sin duda es algo vaga , tal vez oscura ; pero el golpe no por eso es menos enérgico ni fuerte.

En un códice de poesias antiguas que pertenece á la exquisita y curiosa librería de mi caro amigo el señor don Agustin Duran , se halla tambien esta sátira con el principio algo diferente del que tienen las impresas. Dice así :

¿ Tales consejos das , Euterpe mia ?
Cierito que me has dejado de manera
Que no sé si te llore ó si te ría.

Si esta bajeza en Grecia se supiera,
En Beocia á lo menos , su linage
Que se preciò de noble , ¿ qué sintiera ?

Pero como tu patria es hospedage
De todas las mentiras y marañas ,
Tu griega en todo sino en el lenguaje ;

Sin duda que te burlas ó me engañas,
O ya mi condicion se te ha olvidado
Que te mostrò en su tiempo las entrañas.

¿ Cuándo á pleitos me viste aficionado? etc.

El autor sin duda la corrigió despues , y el sentido está mejor en las impresas , aunque el cuarto terceto todavia quedó algo penoso.

Que si micer Pandolfo trae corona,
Y prebendado ha vuelto ya, Dios sabe
Cual Simon le ayudó, Mago ó Barjona.

Ya ni en sí mismo, ni en su patria cabe,
Ni de su loba pródiga las varas
De gorgoran en su espaciosa nave.

Si tú por estos términos medráras,
¿Qué basics, qué visages y figuras
De puro escrupuloso nos mostráras?

¿Qué fuera ver nuestro curial á oscuras
Tropezar cada paso en infinitas
Amenazas, papeles y censuras?

Ni tampoco yo quiero que repitas
Para reformador y discursante,
Sobro todas las leyes que hay escritas.

Ni contra el scita, Augusto de Levante,
Quiero que reyes juntes y escuadrones,
Porque tu ingenio se nos muestre Atlante:

Que á mi risa me dan sus digresiones,
Y el lenguaje sin piés desvanecido,
Que ellos llaman discursos y razones.

Y sí, doliéndome de ver tu olvido
En cosas de tu hacienda, te encomiendo
Que no andes tan remiso y divertido.

No te hago mercader, aunque ya entiendo
Que hay de tu profesion en este abismo,
A quien por ser cual es no reprehendo.

Sé bien tu inclinacion, y que á tí mismo
Odio mortal cobráras obligado
A vivir con las reglas del guarismo:

Y mas si en el dinero mal ganado,
Usuras, cambios, prendas, quitamientos
Hubieses de poner celo y cuidado.

Menos vulgares son mis pensamientos:
Que la cumbre mejor á que te incito,
Huye medios torcidos y violentos.

No evito yo á Aristóteles, ni evito
A su maestro, al Livio, ni al Cornelio
Tácito, ni otros gustos te limito:

Como las doctas noches de Aulo Gelio,
Al buen Macrobio, y del gentil parlero
El sueño de Cipion, la fe de Lelio.

Ni otros muchos que adrede no refiero,
Filósofos de honor, ó historiadores
De precepto ó ejemplo verdadero.

Y cuando entre mas cultos escritores
Transformado en abeja en nuestro monte
Te pluguere pacer sus varias flores:

Pindaro, Lino, Orfeo, Anacreonte,
Y los Homeros andarán contigo,
Que Archiloco refiere y Jenofonte.

Enio de empresas arduas fiel testigo,
El gran Virgilio con su amigo Horacio,
De cuyos plectros fuiste siempre amigo.

El grave Claudiano, el docto Stacio,
El Tibúlo, el Catúlo, con Propercio,
Liras las tres del venerable Lacio.

Ni te displacerán en este tercio
Cuatro ó cinco modernos, admitidos
No sin bastante causa á su comercio.

Aquí el entendimiento y los sentidos
Tendrán para sus gustos campo abierto,
Y aun á peligro de quedar perdidos.

Luego para evitarlo bien te advierto,
Que al gusto en lo mejor tires la rienda:
Y pongas en el tiempo buen concierto:

Que es forzoso tratar de la vivienda,
Dar vuelta por tu casa y por la plaza,
Para aumentar ó conservar tu hacienda.

Y perdone Platon, mientras das traza
En cobrarla del otro por sentencia,
Si con cabilaciones la embaraza.

Y cuando sin lesion de la conciencia
Subir puedes la renta, que la subas
Con prudencia: que agora (y por prudencia)

No habitan los Diógenes en cubas,
Ni ellas reciben sino el estupendo
Néctar, ¡o gran setiembre! de tus uvas.

Nuestra Filosofia anda pidiendo
Limosnas en el habito escamada,
(Digo en trillos cosidos de remiendo):

Y aunque á los ricos su modestia agrada,
Rabia de hambrienta, y muerde las paredes
Esqueleto de seca y descarnada.

Y la que soltó al aire las mercedes,
Que el insigne Alejandro le ofrecia,
Les arma agora cautelosas redes.

¿Pues ya que para sí no las queria,
Para otros fueran malas? ¡O sollura
Impropia de sagaz filosofia!

En efeto lo acierta el que asegura
De la fiel Marta aquella parte buena,
Aunque Maria insista en la mas pura.

Bien que, pues son hermanas, y sin pena
Se avienen entre sí; muy bien se puede
Filosofar y aderezar la cena.

Viendo yo, pues, lo que al valor sucede,
He dejado ternuras y concetos,
Algun rico buscando á quien herede.

Para verificar estos preceptos,
¿Qué ejemplos te daré de nuestra gente?
¿De sus reinos perdidos y sujetos?

Grecia de letras llena y elocuente,
Por el ocio filósofo obedece
Al fiero architirano del Oriente,

Sus despotos y principes parece
Que trujeron la antigua edad consigo,
Que de oro la llamó quien la encarece.

Cuando nacia voluntario el trigo,
(Que el manejar arados ignoraban)
Era el trato pacifico y amigo:

Sin leyes la justicia veneraban;
Y con tal sencillez eran fieles
Que á sus reyes por dioses adoraban:

Bien que á sombra de un árbol rudas pieles
De fieras eran todos sus arreos,
Tronos, tapicerias y doseles.

Mas ay, que en esta paz nuestros deseos
De la razon suprema desviados,
Solo ganaban palma en sus museos.

Fulminaban los broncez asestados
Del scita poderoso á sus murallas ;
Y ellos , ni del estruendo alborotados ,
El uno componiendo sus medallas ,
O estudiando sus cifras y reversos ,
Muy previsto sin fruto en antiguallas .

Perdido el otro por sus propios versos ,
O atento el matemático á su esfera ,
Imaginaba círculos diversos .

Nadie ponía al pueblo ley severa ,
Para atajar sus furias y tumultos ,
Con que la paz universal se altera .

Ninguno castigaba los insultos ,
Notorios todos ; porque la insolencia
No los guardaba en el silencio ocultos .

Faltaba en el gobierno diligencia ,
Y á los príncipes toda la divina
Lumbre de la comun correspondencia :

Que el valor que en blanduras se afemina
Con detrimento cierto de las cosas
Públicas , el ministra su ruina .

Y así cuando las armas rigorosas
Del turco ejecutaban crueldades ,
A los bárbaros mismos lastimosas ,

Nadando en sangre humana las ciudades ,
(Que su horrible cuchillo no respeta ,
Ni entonces respetó , sexos ni edades)

Vieras nuestra nobleza mas quieta ,
Que el ocio mismo ; bien que especulando
Lo que suele correr cada planeta :

No , no sobre los muros , animando
A la atónita plebe , que confusa
Perecía , sus nombres invocando .

¿ Púedenos Grecia dar bastante excusa ,
Sino la que Arquímedes dar pudiera ,
Cuando ganó Marcelo á Siracusa ?

Que saqueando la ciudad la fiera
Legion , se entró un soldado embravecido
Donde él con su compas de tal manera

Estaba en formar líneas divertido ,
Que no sintió el estruendo del asalto ,
Ni del romano el súbito ruido .

Pregúntale : ¿ Quién eres ? Mas el falto
De voz para nombrarse , sordo y ciego
De puro atento , y no de sobresalto ,

No borres estos círculos te ruego ,
Dice al bravo romano ; el cual creyendo
Que despreciaba su pregunta el griego ,

Pásale por el pecho el hierro , abriendo
Postigo al alma , y con la sangre hirviente
Borró sus mismos círculos muriendo .

Dirán que la omision del Occidente ,
Y la que hoy dura en los septentrionales ,
No fué de nuestro sueño diferente :

Y es la verdad que Ungria en los umbrales
Miraba la tragedia ; y en Polonia
Andaban por formar su rey parciales .

Austria , Bohemia , Cleves y Sajonia
Fuerzas mostraban ; pero divididas ,
Y aun en la religion y ceremonia .

Pues las otras regiones esparcidas
Bajo los septentriones , no me mandes
Ser fiscal de sus tratos y sus vidas .

De las demas acá brindaba Flandes ,
Y con fin ya de cizañar la crisma ,
Tiempo buscaban heresiarcas grandes .

No pudiendo haber Francia en sí misma
Ocupaba otros reinos ; Inglaterra
Alegre retozaba con el cisma .

No le convino á España nueva guerra :
Mas cuando la aprobára ¿ en cuántos días ,
O siglos arribára á nuestra tierra ?

¿ Y tú entonces , Italia , en qué entendías ?
Dí tú , en armar y desarmar tiranos ,
Ocupaciones naturales mias ;

Y por vengar los odios ciudadanos ,
Tratar sin fe mis ligas temerarias
Con fraudes y con pactos inhumanos .

Llamaba las naciones mas contrarias
Pródiga del esfuerzo antes robusto ,
Ejercitando sus crueldades varias .

Porque allí con el pacto mas injusto
Del orbe mis magnates se ligaron ,
Como Antonio con Lépido y Augusto ,

Al fin todas discordes nos miraron ,
O Imperio fiel , si entonces te juntáras ,
Como tus enemigos se juntaron ,

¿ Qué Tirano comun no atropelláras ?
Es cierto que con próspera venganza
En sus reinos el tuyo dilatáras ;

Y tiembas hoy debajo de su lanza ,
Mirando el hierro de tu sangre tinto ,
Dudoso entre el temor y la esperanza .

Pero salgamos de este laberinto ,
Que la cuerda que atamos en la entrada ,
Faltará en el horror mas indistinto .

Y tú , si vida anhelas descansada ,
Acomódate al trato humilde y llano ,
Cesa de la divina y retirada .

No contradigo que huyas el profano
Vulgo con Trimegistro ; que te endiosa ,
Con tal que te gobiernes como humano :

Que la fortuna ó no reparte cosa ,
Sabiendo á quien la da , sino así á bullo ,
O hasta que se le quita no reposa .

Y si tú no eres uno del tumulto
De los que la frecuentan , si imaginas
Que la traerás á tí viviendo oculto :

A turbia luz la condicion le atinas ,
O esperas que otra excelsa Providencia
Te cargue de riquezas repentinas .

Agráviate en justicia y en prudencia ,
Quien piensa que de justo ó presumido ,
Esperas en la fe de tu conciencia ,

Que otro Abacuc de un pelo suspendido
Te traiga los manjares por el viento ,
A punto sin tardanza y sin olvido .

Así que muda estilo y argumento ,
Y no te admires de que yo te exhorté ,
Que animes tus acciones con aliento

Siguiendo dellas la que mas te importe,
Y que acudas solícito á dar voces
A Roma, ó, si te place, á nuestra corte.

Estudios tienes, principes conoces,
Por cuyo beneficio en pocos dias
Podrá bien ser que el premio dellos goces;

Y esto sin fraudes y sin simonías:
¿Qué sabes tú la suerte que te aguarda,
Y cuán ingratamente desconfías?

Que no se pierde, no, lo que se tarda;
Y si no lo procuras, si lo dejas,
Dirémos que el descanso te acobarda.

Mas yo quiero callar, pues te aparejas
A responderme, y rato ha que te veo
Morder los labios y arquear las cejas.

POETA.

Señal, o Euterpe, que con el deseo
Que muestras de mi bien con animarme,
Mas que con el consejo me recreo.

Dí, ¿qué quieres que haga? he de formarme
De nuevo ¿he de alquilar inclinaciones?
¿O puedo de las mias despojarme?

Que puesto que á lo activo me aficiones
A costa de mi genio; es á gran costa,
Gran obra, y mas los medios que propones.

Mas fácilmente correrá la posta
Una tortuga, y por sufrir el hielo
Sacudirá de sí su alcoba angosta,

Que pueda yo (y perdone tu buen celo)
Ser industrioso y ágil, como dices,
Contra la inclinacion que me dió el cielo:

Y los que le resisten infelices,
Cuando de ocupacion tan importuna
Cargan el grave yugo á sus cervices,

El carro van tirando de Fortuna,
Que triunfando la llevan domeñados,
Como á Venus, ó á Juno, ó á la Luna:

Que á sus cisnes ó pavos enfrenados,
En mi opinion, serán los pretendientes
Con metáfora propia comparados.

¿Pues querrás ver mis alas obedientes?
¿Que sufra su coyunda y tasque un freno,
Aunque lo forje de oro entre los dientes?

El pasage de Roma no condeno:
Mas, sino para risa de curiales;
¿Para qué seré yo en Italia bueno?

Porque en vez de afilar los memoriales,
Para herir los datarios, precediendo
Tributo y humildad á sus umbrales:

Curioso me verias inquiriendo
Dónde fué el primer muro y el Pomerio,
Que al Aventino monte va excediendo.

En cuál foro se dió al odioso imperio
(Viendo á Lucrecia muerta) la sentencia
Por consejo de Bruto y de Valerio.

Dónde hizo el buen Camilo resistencia
Al senado inconstante; y en qué parte
Cedió Papirio á la comun violencia.

Los circos, los teatros, donde Marte
Tantos émulos vió como varones,

Para cuya alabanza es muda el arte:

Y á donde yacen de los dos Ciplones
Las venerables casas (hoy ruínas)
Templos de tantos bélicos blasones.

Y en las tierras fructíferas vecinas
Taladas por el pérfido africano
Hasta las tusculanas y latinas,

A cuales perdonó la astuta mano,
Para hacer sospechoso á Quinto Fabio
Con el pueblo y ejército romano:

(Mas él vendiólas como fiel y sabio,
Y libró con el precio muchos presos,
Y convirtió en su crédito el agravio).

Pedazos de arquitrábes y de frescos
Andaría notando, que la gloria
Han sido ya de bélicos sucesos.

Y el ánimo inflamando en esta historia
Lo librería del tiempo, que ahora corre,
Con la dulzura de mejor memoria.

Pues voime á nuestra corte, ó á la torre
Que edificó Babel, y de su trage
Madama hipocresia me socorre.

Entro en la variedad de su lenguaje:
Pídoles agua, y danme cal ó arena:
Y sufro bien este primer ultraje.

Quiérome retirar, mas la sirena
Por voz de algun ministro me detiene,
Cuando entre dulces esperanzas suena.

Pasan los años, pero nunca viene
El vuestro; y cuando viene danos cosa.
Que ni arma á vuestro talle ni os conviene.

O por ser desigual ó vergonzosa,
O para siempre estar sobre las alas
Conservando una gracia peligrosa,

Tan alta que dará cuidado á Pallas,
Cuanto mas al que pobre de consejo
Busca el sueño de tantas noches malas.

Tuviera en hora buena por espejo
Useñoría, y otros encumbrados
De las aias de cera el cuento viejo:

Que ya para volar aparejados,
Dédalo al mozo Icaro le dijo;

• Por tierra estamos y por mar cercados;
A vuelo habemos de librarnos, hijo:
Mas vuela entre dos aires, no te arrojes
Sino por el camino que yo elijo:

Que si la mediania por mí escojes,
Del sol y el mar te librarán tus plumas,
Digo sin que te abrasen ni te mojes.

Pasó el viejo, y un templo fundó en Cumas:
Cayó el rapaz; y con el nombre suyo
Intituló sus trágicas espumas.

Por esto no te admires si me excluyo
Del tráfico; y me apelo á mi retrete,
Donde á mi soledad me restituí yo:

Donde si la fortuna me acomete
Con cuanto poseyeron Craso y Crespo,
No habrá prosperidad que me inquiete.

Mi pensamiento, ya no como preso,
Sino como consorte y grato amigo

Reprueba los que vuelan con exceso :
 Y en la continuacion de estar conmigo
 No es fácil de creer cuan de su grado
 Sigue el mismo dictámen que yo sigo.
 ¿ De qué sirve picarle á que irritado
 Aperciba las velas y los remos
 Para buscar sosiego á nuestro estado ,
 Si entre nosotros mismos le tenemos ?
 ¡ O execrable ambicion que nos encantas ,
 Para que ni él parezca ni le hallemos !
 Como escarpin revuelto entre las mantas
 Calla escondido sin hacerse fuerte :
 Luego ¿ qué importan diligencias tantas ?
 Acomodarse el hombre con su suerte ,
 Y abrazarse con ella es paz y vida ,
 Y todo lo demas discordia y muerte.
 Pero pongamos caso que me pida
 El *si* fortuna (que le pide á pocos) ,
 Y con rentas y cargos me convida :
 Y que con una mitra me hacen cosas ,
 Y coronan mi frente (aquesta frente
 Vaso de muchos pensamientos locos) :
 ¿ Tendré por eso el ánimo obediente
 A la razon ? ¿ Desterraré la arpia
 Y con ella tambien la sed ardiente ?
 ¿ Piensas tú que en el cargo ó prelacia
 Tranquilidad del ánimo perfeta ,
 Segun hoy está el mundo hallar podria ?
 Ni la fortuna da , aunque la prometa ,
 Al que aspira á subir sobre su cumbre ,
 De sus descansos posesion quieta :
 Sino solicitud y pesadumbre
 Bascas mortales ; y en su imperio ciego
 Lazos de no creida servidumbre.
 Pues donde las riquezas y el sosiego
 Como amiga te guarda , allí se esconde
 Para sacar de tí donaire y juego.
 Agora se me acuerda un cuento , donde
 Verás lo que sucede á cada paso ,
 Que al propósito desto corresponde.
 Un hombre labrador cavando á caso
 Atento á la cultura de su huerto ,
 A media vara halló enterrado un vaso.
 Suena la azada , y á los golpes cierto
 Ya formado salió cántaro ó jarro ,
 Con un betun fortísimo cubierto.
 Era el atapador tambien de barro
 A modo de pirámide , y tan dura ,
 Que la quebrára apenas un guijarro.
 Y como en esta tierra se murmura
 Que hay en ella escondida plata y oro ,
 Pensó que estaba dentro su ventura.
 Dichoso yo , sin duda que es tesoro ,

Dijo , que en los peligros de la guerra
 Aquí lo sepultó algun rico moro.
 Saca su hallazgo de la amiga tierra ,
 Prometiéndose ya de comprar cuanta
 Alcanza á ver , con lo que el vaso encierra.
 Las manos tiemblan cuando lo levanta ,
 Mirando á todas partes con cautela ,
 Que ladron se le antoja cualquier planta.
 Ya al fin nuestro dichoso se recela ,
 Y á solas , de testigos retirado ,
 Abrir quiere la urna ó tinajuela.
 Pero aunque le entristece el peso amado
 (Porque segun lo estima , y lo que espera
 Se le antoja liviano demasiado) ,
 Lo excusa luego , porque considera
 Que la carga que aplice no es pesada ,
 Y que el nuevo placer se la aligera.
 Al fin , en lo interior de su posada
 Cierra su puerta y las endrijas tapa ,
 Y aun quisiera á la luz negar la entrada.
 Tras esto extiende pródigo la capa ,
 Y forcejando por no hacer ruido ,
 Como pudo lo rompe y desatapa.
 Trastorna la vasija , persuadido
 Que estaba del mas fino oro maciza
 Entre joyas antiguas embutido :
 Pero envueltos le arroja con ceniza
 Huesos medio quemados (de varones
 Quizá que alguna historia solemniza) .
 Atónito entre varias opiniones
 Llega á tener por cierto , que el demonio
 Aquel tesoro transformó en carbones
 Si él pudiera entender á Suetonio ,
 Que nos dejó en las vidas que dispuso ,
 De exequias de aquel siglo testimonio
 Cierta de que ya un tiempo hubo aquel uso
 De sepultar , no hallára causa alguna
 Para quedar burlado ni confuso.
 Asi nos enriquece la fortuna ,
 Cuando ya por rigor , ya por clemencia ,
 Sale á nuestros designios oportuna.
 Prometiéonos el gozo y la opulencia
 De su prosperidad ; pero no tarda
 Ni un instante á probar nuestra experiencia ,
 Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

SATIRA.

Contra los vicios de la corte ¹.

Dicesme , Nuño , que en la corte quieres
 Introducir tus hijos , persuadido
 A que así te lo manda el ser quien eres.

¹ Esta composicion dirigida á un amigo por desaconsejarle que envíe sus hijos á la corte en un tiempo en que no está acabada su educacion , ni ellos arraigados en la virtud , es un ejemplo que confirma lo que se ha dicho arriba , de no necesitar la sátira de particular mérito en la invencion , ni de artificio en el plan. En la forma de

auna simple contestacion epistolar , y sin mostrar grande esmero en el órden y graduacion de los objetos que sucesivamente pasan por la imaginacion del poeta , á fuerza de color en el estilo , de belleza y fluidez en los versos , de seso y dignidad en los pensamientos , sabe cautivar nuestra atencion , y gana nuestro interes de una ma-

Que ya la obligacion con que han nacido,
Concede á su primera edad licencia
Para que intenten á volar del nido.

Que en los umbrales de la adolescencia,
Poniendo acibar junto de la leche,
O el pedagogo evitas ó su ciencia;

No porque como inútil se desheche.
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.

Supuesto, dices, que han de hacer mudanza
¿A dónde ocurrirán como á la corte,
Única perfeccion de su crianza?

Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo, por mucho que te importe.

Mas, si en virtud de otro consejo nuevo
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira cuan sin efugios te lo pruebo.

Bien que, si huyendo el paternal reposo
Al espanto te expones ó á la ira,
Por algun caso, ó grave ó afrentoso;

Si tus amadas prendas (á quien mira
Como á su luz tu patria) ver deseas
Despojos de la pública mentira;

Y si cebarse en las mohatras feas
(Habiendo el patrimonio trastornado)

Te persuade alguno que los veas;
Si ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapaces,
Y de las calidades de su estado;

Si viciosos, al fin, y contumaces
En lujuria y en gula; vengán presto,
Tráelos á la corte, muy bien haces.

Mirando estoy que te santiguas desto,
Y que enojado quedas ó risueño,
Llamándome filósofo molesto:

Pues enfrena la risa ó temple el ceño,

Y en mi defensa escúchame, entre tanto
Que estas proposiciones desemeño.

Si está en verdad que no nos mueve tanto
Docta declamacion griega ó latina,
Como el ejemplo vivo ó torpe ó santo;
Del padre, que á sus hijos disciplina
Con mal ejemplo, ¿quién dirá que es prueba
Del águila, que al sol los examina?

¿Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva
No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifiesta perdicion la lleva?

El diestro agricultor al árbol tierno
De recientes raices, no lo expone
Luego á las inclemencias del invierno:

Que hasta que su virtud se perfeccione,
De hojosas ramas entreteje setos,
Cuya defensa en torno le corone.

Así con preceptores y preceitos
Lucirán esos niños, pues los erias
Para que excedan á los mas perfectos.

Y ordénales que busquen muchos dias
La mas útil verdad en las historias,
Y aprendan de las dos filosofias

Con que medio se alcanzan las victorias,
Y se guarda la paz; y al fin que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.

Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
A imitar sus costumbres se deliquen.

Y porque hay enemigos en Oriente
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente;

Tomen espadas negras, y algun diestro
A enseñarles con modo á herir comience,
(Solo en aquella facultad maestro).

Mas al trabajo (el cual si abunda, vence).
Suceda el ocio; pero no tan largo

nera viva y sostenida. En ninguna obra suya ha mostrado Bartolomé tanta fuerza de pincel, ni ha vertido tantas de aquellas expresiones enérgicas y felices que se gravan en el ánimo, y ponen como una señal de hierro ardiente sobre los vicios que castigan. En esta parte se acerca muchas veces á Juvenal á quien sigue, y si no le alcanza siempre, no es por falta de vigor ni de talento, sino por la diferencia de costumbres, de épocas y profesion en los dos satíricos; no siendo licita ni conveniente en un eclesiástico español toda la libertad á que se abandona el latino. Y sin embargo; ¡ cuántos versos, cuántas expresiones, de que este se honraria, sobresalientes, ó por su facilidad, ó por su poesía, ó por su fuerza!

Sepa ser dulce y si conviene amargo—
Y en figura de ninfas son barpas —
Al panal de sus labios inexperto
Corrió para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto —
El agraz virginal de las alumnas
En las prensas arroja aun no maduro —
Entre mil estropeados capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto
Cuando nos encarecen sus afanes.
Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,

Sin que á dolor ni á horror mueva el difunto.

Este mismo argumento ha sido tratado por Juvenal en la sátira tercera bajo la persona de su amigo Umbricio, que se retira de Roma por no poder aguantar su confusion ni sus vicios; por Boileau que en su primera obra supone á un escritor huyendo de Paris por lo mismo; y por el inglés Juan Donne, en cuyas dos sátiras rejuvenecidas por Pope se zahieren y azotan directamente la corrupcion y desórdenes de Londres. Pueden unas y otras compararse con la obra española, y de su cotejo resultará tal vez que Juvenal tiene mas fuerza, y abarca mayor número de objetos; que Boileau propende mas á la sátira literaria, como que era su verdadero elemento; que el escritor inglés tiene mas novedad y energía en los pensamientos, aunque con alguna incongruencia y confusion; pero que el autor español desempeña con mas tino el objeto que se propone, y vence por ventura á los otros en despejo y perfeccion.

¿Qué dijera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan viciales?

Alusion al tratado de *culta feminarum*, escrito por aquel autor eclesiástico.

Que contra la virtud se desvergüence.

Y así en el ayo que los tiene á cargo

Cubra mas que las canas el bonete,

Sepa ser dulce y si conviene amargo.

Goce los mismos gages que el decreto :

Que en bien de tus caballos si pagaste

Precio tan excesivo por Hamete ;

No has de juzgar que el ordinario baste,

Para el que de tus hijos traiga cuenta,

A quien como á segundo padre honraste.

Ilaz que en sus aposentos no consienta

Un page disoluto ; ni allí suene

Cancion de las que el vulgo vil frecuenta.

Cancion que de Indias con el oro viene,

Como el á afeminarnos y perdersnos.

Y con lasciva cláusula entretiene.

Al curioso inventor de usos modernos,

Copete y goma, que lo carguen de heno,

Como al buey coecedor sobre los cuernos.

El cuadro que no fuere honesto y bueno,

En ningun caso por sus puertas entre,

Porque parece almibar y es veneno.

Y haz que tanto concierto se guarde entre

Sus pages, que un descuido, un desaliño

En bufete ó en silla no se encuentre.

Gran reverencia se le debe á un niño :

En los principios su salud consiste ;

Por esto á su observancia le constriño.

Porque en su edad con tanta fuerza embiste

Las sencillas potencias el objeto,

Que ninguna un momento le resiste :

Antes agarran del primer conceto,

Y andan como los ojos de la sierva

Atendiendo á sus manos con respeto.

El vaso nuevo así el olor conserva

Que la primera vez le cupo en suerte,

Ya ministrando á Baco ya á Minerva.

Pues si en lo que le aplican se convierte

Un niño, ¿ puede hacerle mayor tiro

Quien de sanos principios le divierte ?

Mi opinion es al fin (porque no aspiro

A caminar por senda tan andada,

Formando con preceptos otro Ciro).

Que cuando les conozcas arraigada

Con la eleccion, que al ciego error condena,

La fuerza á proseguir determinada ;

Que entonces vengan muy en hora buena,

Para que con su ejemplo nos refrenen

De lo que aquí nos turba y desordena.

Pero si agora en este tiempo vienen,

¿ Qué piensas que hallarán sino ocasiones

A donde pierdan el candor que tienen ?

¿ Qué Fabios toparán, ó qué Cipiones ?

¿ A qué Lacedemonia los envias

Rígida formadora de varones ?

Niño, si á los leones los confias,

La inocencia una vez sola en su lago

Fué recibida con entrañas pías.

Y así el punto en que lleguen, por aciago

Con carbon nota ; como quien confiesa

Que juzga por certisimo su estrago.

Tienen aquí jurisdicción expresa

Todos los vicios, y con mero imperio

De ánimos juveniles hacen presa :

Juego, mentira, gula y adulterio,

Fieros hijos del ocio, y aun pcores

Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,

Y los de sus horribles sucesores :

Las noches de Caligula y de Nero

Son á nuestros portentos inferiores.

De Sibaris el trato hallo severo,

Su juventud viciosa penitente,

Si con la desta corte la confiero.

Aquí es tenido en poco quien no miente,

Quien paga, quien no debe, quien no adula,

Y quien vive á las leyes obediente :

Y admitido al honor, quien disimula

En pacífica piel hambre de fiera,

Que con modesto nombre la intitula.

Pasea el que en su patria no pudiera

Fiarse á su muger, y por insultos

Quebró los grillos y la cárcel fiera :

Religiosos apóstatas ocultos

En mentiroso traje de seglares,

Sediciosos y autores de tumultos.

De semejantes monstruos, que á millares

Nuestro teatro universal admite,

De príncipes amigos familiares,

Los nocturnos solaces del convite

En indecentes casas celebrado,

¿ Hay aquí autoridad que los evite ?

Pues mira tú si un jóven, frecuentado

De los tales podrá salir modesto,

Aunque de tres aceros venga armado.

Ninguno fué torpísimo de presto :

Que el agua poco á poco le combate,

Mas cuando acuerda se halla descompuesto.

Andad acá, señor, que es disparate

Estar leyendo, dice un Ganimedes

Destos que andan perdidos á remate.

Si habeis venido á estar entre paredes,

Y á no ser visto, claven esa puerta,

Y pongan campanilla, torno y redes.

Como si no viniese en él cubierta

La mas perjudicial, que le embaraza

La vida y la salud le desconcierta.

Salen juntos al Prado, que es la plaza

De armas donde la gran reina de Gnido

La gente alista y sus facciones traza.

Queda el bisoño ya persuadido

A frecuentar los árboles, saeta

De que (sin que lo sienta) quedó herido.

Los Narcisos lo admiten á la seta

Que mas por randas y almidon suspira

Que por la perdición de la Goleta.

Luego que el bozo á dar bigote aspira,

No diré yo si lo arma, ó si lo alijé

Con pegajoso baño de alquitira ;

Ríndese á un fiel Acates, que lo rige,

A cuya risa y voz, que desentona,

Cosa que hubiera de imitar corrige.

Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña y le aprisiona.

Otro en cuevas sacrilegas de juego,
Donde suenan blasfemias exquisitas
Dignas de celestial vengador fuego.

Parecen mesas bárbaras de scitas,
Y su estruendo el del cimbalo ó tinaja,
Donde habitaba el tarentino Architas.

Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice que juega,
O la suerte, que yace en la baraja.

Al fin, cualquier novel que se le allega,
O le reduce la virtud á menos,
O alguna grave enfermedad le apega.

Convídale otro á visitar los senos
Desta gran poblacion, de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos,

Que á ley de ingenio valen un tesoro;
En la de Dios, él sabe lo que cuesta
Leda en el cisne, Europa sobre el toro.

Vénus pródigamente deshonesta,
Sátiros torpes, ninfas fugitivas,
Y entre las suyas Cintia descompuesta.

Que las tendria por figuras vivas,
Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,
Tanto como las juzga por lascivas.

¡Mas qué ni un cortes pámpano creciese
El favor del pincel, ni otro piadoso
Velo, que á nuestra vista se opusiese!

En esta sala el genoves vicioso
Bañado en ámbar, las usuras vierte,
O en juego ó en convite delicioso.

Tiene nuestra española con tan fuerte
Mágica preso al ligurino bravo,
Que en la lluvia de Dánae lo convierte.

Conservas, que navegan desde el cabo
De Ceilan, toman puerto en su posada,
Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.

Y allí en brocado euuelta la casada
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo marital se desenfada.

Su esposo es noble, y ella bien nacida;
¿Pero aquella paréntesis qué importa
En un discurso largo entremetida?

Demas que otra madama, y no de corta
Fortuna, no desdena el hurto mismo,
Y un grave ejemplo, si no manda, exhorta.

Deste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo.

Esposa fué de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dejaba,
Techos de oro en la cumbre palatina:
Y al candil, que en su casa un lenon daba,
Augusta meretriz.
. por vil precio acariciaba.

Pensó que hurtando el nombre y el postigo
Que abre y cierra á sus cómplices Licisca,

Evitará la infamia y el castigo.

Harto mas cauta á su interese se arrisca
Nuestra godeña, si al galan secreto
Los cambios por injustos les confisca.

No admiten la moneda del decreto
Su coche, sus tapices y sus galas,
Que presuponen paga con efecto.

No todas estas fáciles zagalan
Lleva tras sí la liviandad del sexo,
Que de otras causas cobran fuerza y alas.

Pues quizá es omision, si no es consejo,
De benignos maridos, y de tian
De sagaz y compuesto sobrecejo.

Reciben al principio unas bujias;
Mas luego anbelan al metal mas grato,
Y en figura de ninfas son harpias.

El mayorazgo es corto, el aparato
Abundante de joyas y de telas,
Para servir al idolo de ornato.

¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus oncajes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?

¿Quién las ciegas mudanzas de los trages?
Que yo por no decirlas, ó por solo
No verlas, habitara entre salvages,

A donde miran por Zenit el polo,
O en la Barbaria, que hacen no habitable
Ouzas y tigres ó el fervor de Apolo.

El ornato á su antojo es variable,
El culto que las bruñe y hace tersas
Las mejillas ni limpio ni mudable.

Ya en los tocados no andan muy diversas
De las bárbaras mitras, que traian
Sobre el cabello las mugeres persas,

En cultivarse unánimes porllan:
El ornato sin causa, y así á bullo,
Hasta las mas honestas lo varian.

Gran diferencia va de ornato á culto,
Este lascivia, aquel soberbia arguye,
De una sola atencion distinto insulto.

La humilde sumision de ornato huye,
Como la castidad deste segundo,
Que del ánimo es cierto que le excluye.

Y si aquel pide perlas á otro mundo,
¿Este para sus baños y sus mudas
Anda menos curioso y vagabundo?

O tú, cualquier que seas, la que sudas,
Arando surcos en los materiales,
Que en la tez natural del rostro engrudas;

Si destilas con esto los metales,
Que taladran las sienes, ¿qué deleite
O qué esplendor te infunden baños tales?

¿Goma tenaz y avenenado aceite
Podrante preservar de las arrugas
Que anticipa el abuso del afeite?

¿Qué tan mohina contra Dios madrugas
A camendarle su hechura, y del espejo
Al arbitrio aquí mojas y allí ojugas?

Y el dedo (ya pincel) curte el pellejo,
Donde extiende con líquidos barnices

Las manchas ó las nubes de un bosquejo.

Risa á la vista, hedor á las narices,

Mentira aborrecible á todo el cielo,

Y á los que dél cayeron infelices.

¿Piensas que añaden gracias al cerbelo

Esas piedras y perlas que le aplicas?

¡Oh siglo atroz de abominable celo!

¡Qué monstruos de otros monstruos multi-

¿Qué dijera el severo Tertuliano (plicas!

A vista de costumbres tan inicas?

Cuantas engendra en el distrito humano

Hermosura odorífera ó luciente,

¿Das al antojo de un adorno vano?

La piedra que el dragon cria en su frente,

Pones, Lice, en la tuya: ¡oh cuántas veces

Le das sucio lugar no diferente!

Mas las que en los cerebros de los peces

Nacieron, ¿no podrán quejarse, viendo

A cuan mas leve casco las ofreces?

Pero al lugar donde salí, volviendo,

Porque de divertido no me acuses

(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:

Y digo, caro Nuño, que réhuses

Tu gusto, y á tus tiernas palomillas

El vuelo peligroso les excuses:

Que andan muchos azores por asillas,

De cuyas uñas penden los despojos

De otras aves incautas y sencillas.

¿Quién en la corte volverá los ojos

Sin topar un objeto que los venga,

Que abone y acaricie sus antojos?

Es un mañoso engaño, que comienza

Con título de honesto regocijo,

Y entre manos se os vuelve desvergüenza.

El proverbio vulgar corte ó cortijo,

En mi opinion fué loco ó muy blasfemo,

Digno de una mordaza quien lo dijo.

El sabio en medio de uno y otro extremo,

Desengañado, estableció vivienda,

Y es todo lo demas vivirla al remo.

Que en Madrid ni hay paciencia ni hay ha-

Para vivir al uso; y menos malo cienda

Si aquí esperar pudieramos la enmienda:

Pero entre los peligros que señalo,

No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza,

Que los produce todos, del regalo.

Este es voraz, que en recordando almuerza,

Y deja seno para tres comidas,

Aunque por donde entró salga la berza.

El otro entre comadres conocidas,

Que saben mil secretos, reprehende

Entre sus almohadillas nuestras vendas:

Y como ocioso de sus labios pende,

Al blando taburete se acomoda,

Y á los chismes inútiles descende.

Otro gastada ya su hacienda toda,

Con Lesbia, hace el postrero desconcierto,

Y la conduce en clandestina boda.

Al panal de sus labios inexperto

Corrió, para lograr la miel primera,

Con risa del que sabe lo mas cierto.

Y el padre, como Cremes por la nuera,

Que tañe y canta, contra el hijo brama,

Aunque al fin se conforma y se modera.

Hay quien modernas invenciones ama,

Peinado siempre y limpio como arminio,

Que su hacienda y su crédito derrama;

Y en perdiendo el dinero, hace desinio

Sobre el de los amigos no advertidos,

En quien por esto tiene predominio.

Qué diré del que suelta los sentidos

Solo al olor de la primera rosa,

Y acomoda familias y maridos?

Es gran tesoro aquí una hija hermosa,

Aunque ande con su madre tan asida,

Que sin su voluntad no intente cosa.

¿Y habrá en los que profesan esta vida

Alguno que se precie de amor puro,

Que eleve el alma al dulce objeto unida?

¿Que salga en los alientos del seguro

Pecho, que con fineza heroica ahuyenta

La inclinacion del apetito oscuro?

Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,

Que estraga la salud, y en tiempo breve

La vida que en sus gustos apacienta.

Otro verá que á acrecentar se atreve,

Cercado de valientes y crueles,

El número famoso de los nueve.

Al sol nos muestra horrendos sus lebreles,

Bien que á la luna él sabe si acometen

La riña tan ligeros como fieles:

Y para que estos mismos le respeten,

Finge la voz ó bárbara ó robusta,

Porque á inhumanidades lo interpreten.

No de caballos generosos gusta,

Para correr los montes y los valles

Del Belgio helado y de la Libia adusta:

Pero alaba sus bríos y sus talles,

Para sacar centellas de guijarros,

Cuando nos desempiedran nuestras calles.

Y no se correrán de andar bizarros

Con rostros opilados y sutiles,

Y quizá de comer cascos de barros.

¿No fuera gran vergüenza ver que Aquiles

Y el gran Hector tratáran con abinco

En estas travesuras femeniles?

En comprar diges, en feriar un brinco,

Traen cinco sentidos ocupados,

(Si no carecen del comun los cinco);

Y aunque el uso los tenga disculpados,

Pero saben tan poco de otras cosas,

Que es risa (antes dolor) ver sus cuidados.

Sus motes, sus empresas amorosas

(Honor de sus adargas en las fiestas)

Te lo dirán, si examinarlas osas:

O en la ocasion urgente sus respuestas

Envueltas en sofisticada doctrina,

Aun á los nuevos lógicos molestas.

Discrecion que, afectada, determina

La voz antes pacifica en su quicio,

Primero aguardaré una culebrina.
 ¡ O cuántos hallarás que (á su juicio)
 No influyen otras partes esenciales
 En la nobleza, que ignorancia y vicio!
 ¿ No ves llorar las artes liberales,
 (Que este nombre les dieron, porque en ellas
 Se ejercitaban hombres principales)
 De que hagan sacrilegio el recogellas,
 Ni en un zaguan? Y así como en extraña
 Region vierten en vano sus querellas.
 El gran Cipion solia en la campaña
 Peleando, oponerse al sol y al hielo,
 Como lo saben Africa y España.
 Y se preciaba de saber del cielo
 Causas y efectos, y la agreste ciencia
 Que fructífero vuelve el rudo suelo.
 Los triunfos que adquirió en su adolescencia
 Vió Roma; y en el cómico proscenio
 Por él edificado, su elocuencia :
 Con quien sus convidados Lelio y Enio,
 Al tiempo que en la olla hervian las coles,
 Conferian en pláticas de ingenio.
 Y entre nuestros preciados españoles,
 No robustos ni dados al trabajo,
 Ni cortidos por hielos ni por soles;
 El que con traza escribe es hombre bajo,
 Y estiman por ilustre al que figura
 Por letras unos piés de escarabajo,
 Que el diablo (á quien semeja su escritura)
 No las descifrará, si en quince dias
 Con diabólica industria lo procura :
 Sus caracteres son, pero vacías
 Señales; y así no las interpretes,
 Como ellas lo merecen, por impías.
 Mas piensa la frialdad que en sus billetes
 Desta letra verá madamisela,
 ¡ Qué vocablos trocados, qué juguetes !
 Anda el confiadillo en centinela
 Por lograr un conceto ó dicho bueno;
 Y aláboló, si en esto se desvela :
 Pero vino á acostarse el vientre lleno
 De pavo, y el cerebro se le abrasa
 Del gran licor que se avivó al sereno.
 Porque hizo media noche en cierta casa :
 Hubo mimos, bailó la histrionisa.
 (Turba, que en fiesta las tinieblas pasa).
 Duerme, y antes que pida la camisa,
 Ya son las doce, y pasará buen rato,
 Y perdone el precepto de la misa.
 ¡ Pues cuán digno es de ver el aparato,
 La priesa y ceremonia que anda entre ellos,
 Cuando se está vistiendo el mentecato !
 Un ministro le crespa los cabellos,
 Mientras que el otro allá formas inventa
 (Mas que las del panal) de abrir los cuellos.
 Di, ¿ el brasero y los hierros que caliente,
 No le condenarán por cirujano
 Que apercebe canterios, logra y tienta?
 Todos andan vistiendo á don Fulano,
 Porque él de flojo y lánguido no puede

A tales usos alargar la mano :
 O piensa que es grandeza, y finge adrede
 No saberse vestir; porque el aseó
 Solamente á los siervos se concede.
 Pone el rostro á lo turco ó nabateo,
 Mostachos y aladares se perfla,
 (Que es belleza tener algo de feo).
 Luego su consejero ó su sibila,
 ¡ Qué calumnias, qué plática secreto
 En sus orejas fáciles destila !
 Háblale ó con denuedo ó sin respeto,
 (Dominio viene á ser mas que privanza,
 Que tiene mas de un principe sujeto),
 Y como ejecutor de su esperanza,
 (Odio comun de los demas criados)
 A todos sus antojos se abalanza.
 Pero su industria es tal, que los pescados,
 Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,
 Del agua se los da en la red guisados.
 Traza el empeño á cambio, la mohatra
 En el aire acomoda, y siempre flecha
 Al que en las mismas aras idolatra.
 Y aunque á su dueño el corazón le estrecha
 Por una parte la molesta usura,
 Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.
 Al son de los doblones asegura
 Con las fuerzas que pide al que los presta,
 Y se deja enlazar de la escritura :
 Que la tardanza sola es la molesta,
 Y así con sus privados clandestinos,
 A vista de la cédula hace fiesta :
 Como de algun electo los sobrinos,
 Que arribando las bulas, que tardaban,
 Besan aquellos sacros pergaminos.
 Pues ver cuando los plazos se le acaban,
 Con que cauto desvío arma la treta,
 A los que antes sin ley lo desarmaban :
 Que si engañado el acreedor le aprieta,
 Por mas que le persiga diligente,
 Le entretiene, le burla y le sujeta ;
 De suerte que agraviado y obediente
 Le da otros plazos y contemporiza,
 Aunque conoce que otra vez le miente :
 Y cuando á judicial rigor le atiza,
 Le ruega y turba; y del concierto escrito,
 Profeo en formas mil se le desliza.
 En efecto, en la ley de su apetito
 No hay palabra, no hay fe, no hay gentileza;
 Antes, cobrando fuerzas del delito,
 No atiende mas á fueros de nobleza,
 Que un juez pesquisidor; que acclerado
 Se opone á Dios y á la naturaleza.
 Destos niños Madrid vive logrado,
 Y de viejos tan frágiles como otros,
 Porque en la misma escuela se han criado :
 Que cuando el tiempo, al fin, para vencillos
 Con no previsto invierno se incorpora,
 Sus barbas plateando y sus cabellos;
 Este les pone luto, aquel los ~~lira~~
 Con fuego baña y peine femenino,

Resistiendo á la fuerza vencedora ,

Como si fuera injuria haber vivido ,
O al sol pudiesen detener las riendas ,
O infundir en sus ánimos olvido .

Ni á vosotras , ó tocas reverendas ,
Autoridad y norte de la casa ,
Ha de negar mi musa sus ofrendas

Por vuestras manos su comercio pasa ,
Los lechos conyugales y aun las cuñas
Mancilla vuestra industria , ó las abrasa .

El agraz virginal de las alunas
En las prensas arroja aun no maduro ,
Sin aguardar tardanzas importunas .

Descoyunta el candado , humilla el muro ,
En la familia toda infunde sueño ,
Introduce al adúltero seguro .

Ni un fiel ladrido , ni un rumor pequeño
A su eficaz supersticion se opone ,
De las potencias absoluto dueño .

Pero no he de negar , que aunque aficione
La inclinacion al gusto , hay otra rueda
Superior , que esta máquina compone :

La grave autoridad de la moneda ,
Del áspero desden nunca ofendida ,
Porque jamas oyó respuesta aceda .

Arbitro de la muerte y de la vida ,
Que fisga del valor y del derecho ,
Porque del trato humano se despida .

Y asi todo es venal , no hay sano pecho :
Cada cual Epicuro ó Aristipo ,
Su delcete pretende ó su provecho :

Si tú pudieses ver , como el Menipo
De Luciano , en los aires sostenido ,
Cuando hierve esta corte de Filipo ;
De su desórden , tráfago y ruido ,
Sin otros argumentos importantes ,
Quedarias asaz persuadido .

Como aquí de provincias tan distantes
Concurren ó por gracia ó por justicia ;
Diversas lenguas , trages y semblantes ;

Necesidad , favor , celo , codicia
Forman tumulto , confusion y priesa
Tal , que dirás que el orbe se desquicia .

Tropel de litigantes atraviesa ,
Con varias quejas , varios ademanes ,
Sus causas publicando en voz expresa .

Entre mil estropeados capitanes ,
Que ruegan y amenazan todo junto ,
Cuando nos encarecen sus afanes ;
Los vivanderos gritan , y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros ,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto .

Las voces , las ladridos de los perros ,
Cuando acosan la fiera , aqui resuenan ,
Y aqui forjan los ciclopes sus hierros .

Todos esperan y discordes pierren ,
Segun la disonancia de los fines ,
Y prosiguen lo mismo que condenan .

Mas dirás , que no todos son ruines ,
Que entre los vicios las virtudes nacen ,
Como entre hiedras rosas y jazmines .

¿ Pues eso no está claro ? Que aunque yacen
Sordas , tal vez avivan las acciones ,
Y á su nobleza misma satisfacen .

Mas básteme mostrar las ocasiones ,
Y peligros , que vencen las mas veces ,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones .

Y digo al fin , que si los aborreces ,
Y no admitiendo el parecer segundo ,
Constante en el primero permaneces ;

Que si en tu casa hay pozo bien profundo ,
O alta ventana , allá los precipita :
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el mas horrendo evita .

EPÍSTOLA¹.

Yo quiero , mi Fernando , obedecerte ,
Y en cosas leves discurrir contigo
Como quien de las graves se divierte .

Por lo cual será bien que las que digo
No salgan fuera del distrito nuestro ,
Que al fin van de un amigo al otro amigo .

Y no soy tan soberbio ni tan diestro
En dar preceptos , ni advertir enmiendas
Que aspire á proceder como maestro .

Digo , pues , que me place el ver que atiendas
Tanto , á las filosóficas verdades ,
Que siempre de sus órdenes dependas .

Pero que alguna vez te desenfades
De aquel rigor , y el gusto no apremiado
Se bebe en mas benignas facultades .

¹ Si en vez de contentarse con dar algunos preceptos poéticos , como á la ligera y sin particular intencion , se hubiera propuesto Argensola dar una teoría y completa enseñanza del arte ; por el modo magistral con que está desempeñado este ensayo , hubiéramos tenido desde entonces una obra en que aprender , y que pudiese entrar á prueba con las mas aventajadas que en esta clase han ilustrado despues la literatura de otras naciones . Doctrina sana y escogida , tino el mas acertado , gusto exquisito , estilo despejado y ameno , siempre ingenioso y frecuentemente pintoresco , tercetos excelentes por donde quiera , son las calidades que se notan en esta bella obra , la mas perfecta en mi opinion de cuantas com-

puso Bartolomé . Todo es aquí bueno ó excelente , y por eso no hay cosa particular que escoger : sobresalen sin embargo por la razon superior que los ha dictado , y por la gracia en que estan escritos , los pasages en que se trata del uso de la rima , del gusto de hacer versos latinos , y del respeto que se debe á las reglas . Nadie presumiria por cierto que un tan gran rimador se declarase contra los consonantes ; que el discípulo de Andres Scoto y corresponsal de Lipsio se burlase de los versificadores latinos , y que un escritor tan regular y tan medido se explicase con indiferencia , y aun con poco respeto acerca de los preceptos , y considerase en algun modo independientes de ellos el ingenio y la belleza .

Que si ellas guardan su nativo agrado,
No será menester que lo compelas
Al seguir lo que yo le persuado.

Que allí no hay que ocurrir á las cautelas
Que por ventura un tiempo ejercitabas,
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas:

Cuando para probar tu intento andabas
Afilando entimemas, que volantes
Salen de las dialécticas aljabas:
Porqué á lo ya pacífico levantes
Por diversion el gusto con las nueve
Piérides ingenuas y elegantes.

Y la cansada historia que nos debe,
A pesar de la muerte, ejemplos vivos
Por los vestigios de la edad te lleve.

Y saliendo despues de sus archivos,
Al poético ardor se ofrezca el pecho
Dispuesto á pensamientos mas altivos.

Esta excelente inclinacion sospecho,
Sin que preceda rigoroso examen,
Que es la que mas te deja satisfecho.

Síguela pues: por mas que la desamen
La inconsideracion y la fortuna,
No alijas con violencia tu dictámen.

Y cuando en la sazón mas importuna
Sigue aquel en la selva unos ladrados
Al resplandor escaso de la luna;

Y el otro rinde al juego los sentidos,
O en indignos sugetos que no ignoras
Andan nuestros patrios divertidos;

Tú, retirado las nocturnas horas,
Escribe á vigilante lamparilla,
O en la estudiosa luz de las auroras,

Contra el rapaz que la razon humilla
Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleite y maravilla.

Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y provincias explorando;

O si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones;

Resuélvete al designio y acomete,
Que á seguir sus estímulos resueltos
El orbe encerrarás en tu retrete.

Pero si no te hallares desenvuelto
En consonar nuestro lenguaje, fia
La empresa al generoso verso suelto:

Porque la libertad de la armonía,
Como solo sus números respeta
De emparentar las voces se desvia.

Y el que atiende á la parte mas perfeta,
Ponderando y midiendo consonantes
A ridiculo estorbo se sujeta.

El ser forzoso que apercebas antes
Lo menos sustancial verbos y nombres
Que suenen con acentos semejantes;

Y que si ha de acabar la estanza en hombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior que no te asombres.

Por esto apenas oyes rima entera
Con ambas partes fáciles y llanas,
Y excluyes por ociosa la primera:

Como para guisar palustres ranas,
Que sospechoso el cuerpecillo todo,
Las piernas solo nos ofrecen nanas.

Y cuando apaya el Nilo, de este modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las grazeas del informe lodo:

Que organiza los húmedos terrones,
Escarban ya los piés, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.

Desde que llevan consonante á cuestras
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.

Concedo que á las veces nos ayuda
Y apoya la sentencia si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.

La fuerza del dinero ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno de estos dos extremos anda.

Mas quien por una cláusula elocuente,
Para un final escrita de antemano,
Pasa inculta la parte precedente;

¿En qué se diferencia de un tirano,
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?

Perezca la politica doctrina
Que por sacar de la maldad ganancia
La ley de las virtudes arruina.

Pero si acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria,
Es en las rimas caso de importancia;

El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Cuántas palabras vuelan en Iberia.

Mas el furor nativo no presume
Reducirlas á número y concierto
Sin sumo estudio y sin industria suma.

Homero en estas ondas tan experto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto,

Para ser mas acepto á las suaves
Músas, surcó primero luengos dias
Profundos golfos de otras ciencias graves.

Si tú para las dos filosofías
Ya por Platon, de Sócrates conoces
Las siempre misteriosas ironías;

Y prender te dejaste de las voces
Con que suele el sutil estagirita
Dar caza á los espíritus veloces;

Por esta docta antigüedad escrita
Deja correr tu ingenio, y sin recelo
Conforme á su eleccion roba ó limita.

Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo mas remoto
Que no descubra sino mar y cielo:

No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los impetus del Noto.

Quiero decir que cuando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los frecuentes.

Porque los dos genéricos estilos
Mas de un naufragio nuevo nos avisa
Que no por frecuentados son tranquilos.

Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama
Precia la elocucion peinada y lisa;

Y no solo el honor del epigrama
Recibe calidad de este precepto,
Sino la lira con que amor nos llama:

El trágico favor puesto en aprieto,
Y la sátira en este caso amiga
Siempre del panegírico perfeto,

El émulo de Píndaro lo diga,
Por quien Venosa el título recibe,
Que á venerar á Tebas nos obliga.

Y en el romano autor, que en prosa escribe,
Desde que falleció su Augusto, anales,
El compendioso laconismo vive.

A Trajano sus dotes inmortales
Refiere Plinio en este acento puro;
Sin voces tenebrosas ni triviales.

De las primeras ¿quién corrió seguro,
Si el presbítero docto de Cartago
Aspirando á ser breve quedó oscuro?

Mas quien el genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena
No probó los efectos de su halago.

No niego yo que de sentencias llena
La agudeza sin limites congoja,
Y al rigor con que hierne nos condena,

Como la nieve que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas
Que aquí destronca, y acullá deshoja.

Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada
Que yace entre las ramas esparcidas.

La fuerza que nos venga arrebatada.
En esta brevedad yaculatoria
Si quieres que deleite y persuada;

Aunque por ambicion de mayor gloria,
Fleche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria.

Que en el segundo estilo hay elocuencia,
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la frecuencia:

Y en su mediocridad lleva gran peso,
Pues sin que lo envilezca ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso.

Pruébase por razon y por costumbre,
Que aunque no influye en término tan breve,
Insta con mas vigor la mansedumbre:

Como en invierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baja ni se mueve;

Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre y fertiliza sin ruido.

Con la perseverancia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.

Y Maron los afetos pastoriles,
El culto agreste, y el varon troyano
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.

Este que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano.

Y su facilidad dificultosa
Tambien convida, y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.

Fulmina la retórica del tesoro;
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad frecuente con sosiego.

No menos el Demóstenes latino
Para cuya riqueza usurpa el oro
Que nació en minas áticas, Arpino.

Yo ha mucho que lo hurté para el decoro
De algun poema, y hecho el aparato
Me asenté sobre el arca del tesoro.

Porque me profanó el cuidado ingrato
De gran causa civil, á pesar mio,
Y es menester purgarme de su trato.

Que al fin no sufre la altivez de Clio,
Que canto venerable se medite.
Sino en la soledad de su desvío.

Demas de esto, no falta quien me incite
A que, si ornarme de laurel deseo,
Los números latinos ejercite;

Porque gusta de ver aquel museo
La ostentacion del dáctilo gallarda,
Tropellar la quietud del espondeo.

Y cuando aquel prosigue y este tarda,
Mas gracia de esta priesa y deste espacio
Que de los pies de nuestro verso aguada.

Mas yo sé bien el sueño con que Horacio,
Antes el mismo Rómulo me enseña,
Que llevar versos al antiguo Lacio,

Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Betis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.

Nuestra patria no quiere, ni yo quiero
Abortar un poema colectivo
De lenguaje y espíritu extranjero:

Pues cuando me quisiera dar propicio
Maron para su fábrica centones,
¿Quién sabe cual surgiera el edificio?

Con mármoles de nobles inscripciones,
(Teatro un tiempo y aras) en Sagunto,
Fabrican hoy tabernas y mesones.

Ya me parece, pues, que al mismo punto
Que me retiró á vida libre y sola,
Imitaciones y advertencias junto.

Y que mi musa fiel, como española,
A venerar nuestras banderas viene,
Donde la religion las enarbola.

Que en los silvosos montes de Pirene,
En ningun tiempo infieles ni profanos,
Las espadas católicas previene:

Para que las reciban de sus mano:
Los héroes, que escogió por lidiadores
Contra los escuadrones africanos :

Cuando por dar señal de sus favores
Sobre uno de los árboles, fué vista
Cándida cruz vibrando resplandores.

Con lo cual dió principio á la conquista
El rey, en los fervores de la guerra,
Por su velocidad llamado *Arista*;

Porque al impetu horrible con que cierra
Como de flor de sacudidas ramas,
Se cubre de arcos púnicos la tierra.

Acero en limpias órdenes de escama
Teje á nuestros campeones las lorigas,
Que ilustradas del sol arrojan llamas.

Y en ambas huestes fieles y enemigas
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones
Ejercitan las bélicas fatigas :

Ni con esfuerzo de ínclitos varones
Faltarán otras vírgenes guerreras
Como en frigos y en tuscos escuadrones.

Aquí verás Pentesileas fieras,
Camilas fuertes, que dejada el arte
De Aracne, siguen trompas y banderas.

Ni caerá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos
Con que amor solicita el mismo Marte.

Los ramos de los robles pirineos
Desgajará el honor de las hazañas;
Y en tanto que lo viste de trofeos,

Sonará el abolorio en sus montañas
Progenitor de tantos graves nietos,
Que hoy veneramos en las tres Españas.

No guardaré el rigor de los preceptos
En muchas partes, sin buscar excusa
Ni perdon por justísimos respetos.

Y si algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los preceptos no guardados
Cantarán alabanzas á mi musa :

Que si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán y no agraviados.

Así habrás visto alguna ninfa hermosa
Que desprecia el ornato ó le modera
Quizá con negligencia artificiosa :

Que es mucho de hermosura verdadera
A veces consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que de él espera,
Que por necesidad de su consejo.

FRAGMENTO DE OTRA EPISTOLA

Apólogo de los dos ratones.

Quiero oponerme al tráfigo injurioso.
Causador de improvisas turbaciones,
Para que no me asalten el reposo.

Aquello de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leído,
Oye, aunque el repetirlo me perdones.

Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al cual, si bien fué cortesano
Le convidó en su campo al pobre nido.

Y siendo escaso, ó pródigo el villano
A conservar su provision atento,
A honor de huésped alargó la mano.

Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento.

De pasas, de garbanzos y de avena,
Ufano entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.

Mas hecho el cortesano á manejar
Gusto, de sus manjares fingió agrado
Y probó algunos con soberbio diente.

En paja muelle entonces recostado
(Próspero lecho) el gran raton yacia
Dueño de aquel vivar afortunado :

Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno, queriendo que el cortijo
Se acreditase con la demasia.

Al cual, riendo, el cortesano dijo :
No me dirás, amigo, porqué pasas
La vida en este misero escondrijo?

Antepones las selvas á las casas,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas?

Ruégote que este yermo desampares
Vente conmigo á mejorar tu suerte
Donde venzas los últimos penares.

* Está sacado de la epístola que empieza,

Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro.

y es una traduccion libre del apólogo con que Horacio termina su admirable sátira de los votos. Nada hay que advertir sobre la manera diestra y fácil con que la traduccion está desempeñada, y hasta el menos instruido conoce que Horacio se explicaria así á escribir en tercetos castellanos. Pero es fuerza dar razon de una mudanza que se ha hecho en el terceto noveno, el cual en todas las ediciones está del modo siguiente.

Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasia.

¿ Quién es este hijo que se ha de acreditar con la demasia? Semejante idea ni se liga con las que estan antes, ni con las que estan despues. Horacio se contenta con decir: *Dapsi meliora relinquens*, para mostrar la cortesía del raton campesino que deja lo mejor del banquete para su huésped. Decir que Argensola no entendió el sentido de su original, es un despropósito: decir que puso esa expresion oscura y forzada como ripio para llenar un terceto, tampoco es creible en un autor tan hábil. Ha parecido pues preferible variar el terceto segun se halla en el códice ya mencionado del señor Duran, donde, si no exento de toda objecion, el sentido á lo menos está claro y es mas digno de Argensola.

Que todos somos presa de la muerte,
Y cuanto ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sabio los divierte.

Este, pues, breve espacio que se vive,
¿Quién tan sin arte sirve á su destino
Que de alimento substancial se prive?

Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el bosquecillo oscuro,
Y hácia la corte siguen el camino.

Llegados entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusieron en seguro :

En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia belgica tejidos,
Mostraban sus figuras de matices.

Sobre los lechos de marfil bruñidos
Los carmesíes adornos de la China,
A la púrpura tiria preferidos.

Aquí el raton campestre se reclina
Y sin que el caro amigo se lo evite
La cuadra y sus adornos contamina.

Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una fiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.

Muy hallado tras esto la figura
Hace de alegre huésped, discurriendo
Por la pieza con libre traversura.

Pero cesó el placer por el estruendo
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entonces, mas horrendo.

Los canes luego (honor de los umbrales)
Como acostumbran con ladridos altos,
De su fidelidad dieron señales.

Aquí de tino los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo, chillan y dan saltos.

Mas luego el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser, que en tu vivienda quedes :

Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto ;

Donde no hay asechanza que la impida :
Por incapaz del trato ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.

Todo cuanto me ofreces te resigno :
Con tu abundancia á tu placer te dejo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.

Este el suceso fué, y este el consejo
Que yo venero, con haberle dado
Un tímido y silvestre animalejo.

SONETOS.

Ya el oro natural crespes ó extiendas,

O á componerlo con industria aspire :

Lucir sus lazos ó sus ondas mires,
Cuando libre á tus damas lo encomiendas :

O ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
O bajo hermosas plumas lo retires,

Y el trage varonil flugir pretendas ;
Búscate Adonis, por su Vénus antes,
Por su Adonis te tiene ya la diosa ;
Y á entrambos los engañan tus cabellos :

Mas yo en la misma duda milagrosa,
Mientras se hallan en tí los dos amantes,
Muero por ambos, y de zelos de ellos.

II.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿ Porqué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?

¿ Quién da fuerzas al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia ;
Y que el celo, que mas las reverencia,
Gima á los piés del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicas : la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto rogojio.

Esto decia yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció y me dijo :
¿ Ciego, es la tierra el centro de las almas?

EPIGRAMAS.

I.

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lize, y que el arte
No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural ;
Dijo : hermosura mortal,
Pues que su origen lo fué,
Aunque el mismo amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir :
Pero á envejecer ¿ porqué?

II.

Cuatro dientes te quedaron,
(Si bien me acuerdo) mas, dos
Ella, de una tos volaron.
Los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
Puedes ya todos los dias,
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos que hacer.

POESIAS DE D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Natural de Nájera, en la Rioja, nació hácia los años de 1595, y pasó los primeros años de su vida en Madrid, de donde á los catorce fué á estudiar leyes á la universidad de Salamanca. Entonces fué cuando escribió sus Cantilenas, á que dió el nombre de *Delicias*, llamadas, segun el mismo dice, á los veinte años, y que, acompañadas de sus traducciones y demas poestas, publicó en 1618 con el titulo de *Eróticas*. Pero puede decirse que sus estudios poéticos acabaron al mismo tiempo que acabó su juventud. Los cuidados domésticos le ocuparon en adelante, y la escasez de su hacienda le obligó á pretender largo tiempo algun empleo con que suplirla. Todos sus deseos en esta parte se malograron. El resto de su vida le pasó en su patria dedicado á tareas de erudicion que tampoco le consiguieron utilidad ninguna. En su vejez tradujo la obra *De Consolatione* de Severino Boecio, reimpressa con las *Eróticas* en nuestros dias, y murió en Nájera en 5 de setiembre 1669.

IDILIO ¹.

Dafne, Dametas, Poeta.

POETA.

Viniéronse á juntar Dafne y Dametas,
Pastor de cabras uno, otro vaquero;
Mientras las unas pacen inquietas
Y las otras el sol huyen severo,
Cuales por las roturas mas secretas,

Y cuales, al soplar cierzo ligero,
Por las amenas sombras distraidas,
Con paz gozadas, con piedad movidas.
Era robusto, sí, Dafne y mancebo
Al ejercicio duro entonces dado,
Dametas mozo, pero no tan nuevo
En el oficio de guardar ganado:
Rigen cayados de taray y acebo,
Y cada cual sombrero coronado
De acebuche y laurel, y al cabo de ellos
Zurrones pardos sobre blancos cuellos.

¹ De todos nuestros poetas imitadores Villegas es el que menos se parece en gusto y en estilo á los modelos que sigue. El continuo manejo que en sus estudios poéticos hacia de Horacio, Anacreonte, Teócrito, Tibúlo y Cátulo, parece que debiera inspirarle unos principios mas sanos de diccion; y que la naturalidad, la verdad y la sencillez fuesen los dotes mas recomendables de sus escritos, como lo son tan eminentemente en aquellos escritores. Pero generalmente no es así, y Villegas sea que imite, sea que traduzca, siempre pone en sus versos el sello de su independencia y travesura juvenil, de su propension á la novedad, y de una afectacion viciosa de que no le pudieron salvar tan bellos dechados, ni tampoco los sanos preceptos que en esta parte pudo recibir de su maestro Argensola.

Ejemplo notable de esto es la composicion presente, imitacion libre, mas bien que traduccion del idilio sexto de Teócrito. En él cantan dos vaqueros, uno bajo el nombre del gigante Polifemo, y otro en el de un rústico que le incita á aprovecharse de las muestras de amor que le está dando Galatea. Compárese la ejecucion de unos mismos pensamientos é imágenes entre los dos poetas, y se verá que el español no se contenta nunca con la idea ó cuadro que le presenta su modelo, sino que le comenta y extiende á su manera; resultando de este esfuerzo continuado que los colores bellos, ingenios y naturales del escri-

tor griego se convierten frecuentemente por el español en una iluminacion viciosa llena de oropel, de exageracion y artificio.

Cinco versos emplea Teócrito en la introduccion de su idilio, cuyo sentido literal, segun la traduccion latina publicada por Helmsio, es el siguiente:

*Dametaset Daphnis bubulcus in unum locum
Gregem olim, o Arate, compulerunt: erat vero alter eorum
Rufus, alter semiberbis: ad fontem autem quendam ambo
Sedentes medio de aestivo, italia canebant,
Prior porro cepit Daphnis; quoniam et prior provocaverat.*

esto, expresado en versos fáciles y sonoros, como son generalmente los de Teócrito, bastaba para la exposicion de un poema tan corto, y en que por otra parte los interlocutores no hacen mas que cantar objetos y pasiones en que no están personalmente interesados. Las tres octavas que para lo mismo emplea Villegas desdican de esta economia juiciosa, y faltan al equilibrio y conveniencia de la composicion. Yo no negaré que se lean con bastante agrado por su elegante y numerosa construccion, y por la poesia de estilo que hay en ellas; pero este lujo poético es aqui importuno, y sobre todo es opuesto al carácter del poeta que Villegas se propuso dar al castellano.

Aun es mayor y menos perdonable la licencia que se toma con el otro pasage, tan imitado después por todos los poetas bucólicos, en que Poli-

La floja ociosidad, y el grave estío
De la pesada siesta, entonces grave:
El susurrar de céfiro y el río,
Fresca la sombra, querellosa el ave:
La vacada extendida, y el cabrijo
Aun no cansado de pacer suave,
En Dafne ocasionaron voz dispuesta,
Y en Dametas despues voz y respuesta.

DAFNE.

¿No ves, o Polifemo, como tira
La blanca Galatea á tu ganado,
Con muestras de retozo, no de ira,
Manzanas libres desde el mar salado?
Vuelve gigante, pues, el rostro, y mira
Con cuanta desnudez, con cuanto agrado
Del pecho de cristal perlas derrama,
Y con su boca de coral te llama.

Lámate duro y amador grosero:
Y tú, cantando al son de tu cicuta,
Miseró no la ves; antes austero
Huyes el cuerpo á la tirada fruta:
Solo tu mastinillo lisonjero
La sigue jugueton, que se reputa
Por digno del favor de Galatea;
Y ella se lanza al mar, y él la rastrea.
Pero ya desde allá vuelve lozana,
Como el acanto en medio del estío,
Cuando las verdes hojas engalana,
Cuando al fin de arrebol purpúra el brio:
Ella pues, bien quisiera serte humana,
Sin darte á conocer su desvarío:
Que en las cosas de amor siempre acontece
Que lo que no es hermoso lo parece.

Respetos vence, y honras destruye
Solo por conmovier tu pecho duro:
Y si otras veces tus halagos huye,
Hoy les promete paces de seguro:
Postra pues esta vez, postra y destruye

Las altiveces de su enhlesto muro:
Que amor al que se atreve da saetas: —
Pero escuchad al bárbaro en Dametas.

DAMETAS.

Vila, no hay duda, vila, cabrerizo,
Sí, por el Pan que rige mi manada,
Desde el instante que en mis cabras hizo
Tiro burlon con fruta colorada;
Y aunque su desnudez me satisfizo,
No por eso de mí será obligada:
Que la miré, no hay duda, y con deseo;
Sí, por el reluciente con que veo.

Sol de mi frente, que será en mis dias
Luz á mis pasos, lumbre á mi camino,
Si ya no son verdad las profecías
Del misero Telemo el adivino:
Que plegue al cielo que en sus canas frias
Se venga el odio del infausto sino,
Y desmintiendo el juicio de Telemo,
Ciegue á sus hijos, deje á Polifemo.

Soy, si me adviertes, cuerdo enamorado,
Y en extremo sagaz, pues porque sea
De su loca pasion mas estimado,
Desden hago al amor de Galatea:
Zelos la doy, y finjo que el agrado
De Kénife me abraza y me espolea:
Celebro su hermosura, y ella entonces
Pierde el color, y queda cual los broncees.

Otras veces rabiosa con los zelos
Sale del hondo mar, como la loba
Que va desalentada á sus hijuelos
En busca del villano que los roba:
Luego mis hatos escudriña, y ve los
Negros rincones de mi parda alcoba;
Y yo por mas encarecer su yerro.
Hago al descuido que la ladre el perro.

Ella con esto se halla tan rendida
De la tierna pasion que Vénus labra,

lemo recomianda su figura, según se la habia pre-
sentado el mar en un dia sereno.

Certe nuper in mare insexi: erat autem tranquillitas;
Et pulchra quidem mihi barba, pulchra verò hæc una pu-
pula
(Ut à me Judicabatur) videbatur. Dentium porro
Nitorem candiorem; quam parius lapis est, mare os-
tendebat.

Quiso Villegas dar mas color y bizarría de ex-
pression á este pensamiento, lo cual no era malo
si acertára á hacerlo con la cordura que convenia.
Mas prescindiendo de aquella comparacion im-
portuna y desconcertada con el oervo á quien
llama *céfiro ganchoso*; ¿qué quieren decir estos
versos con los que ha querido exornar el *pul-
chra mihi barba*?

No peino crin, ni cejas alcoholo;
Pero de barba y crin hago un torrente,
Que desgajado por espalda y pecho,
con ser inmenso mar, les vengo estrecho.

¡Enorme barba por cierto! pero esto es figurar

una monstruosidad en un estilo mas monstruoso
todavía.

No llevemos mas adelante la severidad de la
crítica, y dejando á un lado la comparacion con
Teócrito, y la poca conveniencia con el carácter
pastoril, de que adolece generalmente la compo-
sicion española, pongamos la atencion en el brio
con que está ejecutada, en lo gratas que son sus
octavas al oído, y en las imágenes felices, vivas y
naturales de que estan engalanadas. Por ejemplo
estas:

Con cuanta desnudez, con cuanto agrado
Del pecho de cristal perlas derrama,
Y con su boca de coral te llama. —
Y ella se lanza al mar, y él la rastrea —
Y yo por mas encarecer su yerro
Hago al descuido que la ladre el perro.

si á esto se añade una cierta novedad de pincel,
que en medio de su extrañeza tiene un no sé qué
de agradable, se conocerá la clase de atractivo
que tiene este idilio para ser gustoso en la lec-
tura, y recomendarse poderosamente á la esti-
macion.

Que ya esté vergonzosa, ya rendida,
Agora cele, agora se desabrá,
Siempre busca mi amor de amor herida,
Como el cabrito el paso de la cabra
Cuando en el monte con furor violento
Oye la rama sacudida al viento.

Verás que ya el regalo, ya el mensaje
Me envía cuidadosa, á quien yo luego
Cierro las puertas, dándole hospedage,
Si no á su amor, á la afición que niego:
Otras veces al fin digo á su page,
Que si pretende mejorar su fuego,
Jure de darme por Neptuno y Doris
Fin á mis gustos, gusto á mis amores.

Y que en la siempre verde cabellera
De esta, que miras, vega caudalosa,
Me mulla lecho conyugal siquiera.
Pues hijo soy de dios, si ella es de diosa.
Con esto parte el nuncio y se alijera;
Y aunque, cual virgen, la halla vergonzosa,
Rayo que Vénus despeñó en mi seno,
Bien sé que en ella sembrará veneno.

No soy tan fiero, no soy tan deforme
Como dicen de mí los que me afean;
Antes al buen dictamen soy conforme,
Si las aguas del mar no lisonjean:
Donde una siesta, cuando mas enorme
El sol las dora, y ellas le platean,
Pude mirarme bien, porque su espejo
Del rostro que me hurtó sacó un reflejo.

Vime robusto en él, no femenino,
Y aunque robusto, por extremo hermoso,
Erguido como el álamo y el pino,
Y mas que el ciervo corredor brioso:
Pero del suelto que á mis manos vino,
Aunque ayer era céfiro ganchoso,
La de Zeusipo mal casada nueva
Gozó una espalda y la cabeza entera.

Vime este sol tambien, que es por Apolo
Igual al que de luz nace en Oriente:
Solo le tengo porque aquel es solo,
Y esto conviene al ciclo de mi frente:
No peino crin, no cejas alcoholo,
Pero de barba y crin hago un torrente
Que desgajado por espalda y pecho,

Con ser inmenso mar, les vengo estrecho.

El blanco diente que alimenta y cria
El elefante asiático y tardío,
Negro parece mas que noche umbría
Si llega á compararse con el mio:
Y porque de Kotitaris sabia
Una leccion que tengo á desvario,
Al mirarme tan plácido y sereno,
Luego tres veces me escupí en el seno.

POETA.

Esto apenas cantó Dametas, cuando
Dafne besó su faz, y él á su beso
Respondió con abrazos, engendrando
Amor en ellos amoroso exceso:
Y cual su flauta á cítara trocando,
Poco á poco se van del monte espeso,
Con su vacada el uno al fresco rio,
Y el otro á su redil con su cabrío.

ODAS. — I⁴.

EN ALABANZA DE GARCILASO.

Si al apacible viento,
Eterno huésped de este prado umbrío,
Ragalado instrumento,
Dulce tal vez, y secretario mio,
Hemos cantado á solas
Tú dulces ojos, yo sangrientas golas;
Ea, de aquel famoso.
De aquel ilustre mayoral cantemos,
Que con pié generoso
Pisó del Tajo márgenes y extremos.
Hasta que la Garona
Le vió blandir las armas de Belona.
¡Cuán cubierto de acero
El aquitano conoció sus brios
En el asalto fiero,
Y desatando manantiales rios
De galicanas venas,
Murallas inundó, coloró almenas!
Mas luego que al soriego
Del trance duro retiraba el brazo,
Vénus le ardía en fuego,
Dócil al yugo, fácil al regazo,

⁴ Diversas en gusto y en carácter una y otra, muestran las felices disposiciones del autor, y la flexibilidad de su talento. La primera por su ritmo, por sus galas, y aun por los resabios de mal gusto, pertenece propiamente al carácter español. La segunda parece griega, no solo por el metro, sino por la pureza del gusto, por la gracia, por la elegancia, y por la sencillez del pensamiento único que le sirve de base: prueba manifiesta de que no era el talento lo que le faltaba á Villegas para seguir puntualmente á sus modelos, sino la inclinacion y el gusto. Tiene la oda segunda la particularidad de ser los primeros buenos sáficos que se han hecho en castellano, y el ensayo mas feliz de las imitaciones métricas en

que se ejerció nuestro poeta. Otros le han seguido en esto con mas ó menos acierto segun han sabido escoger su asunto, y dar á sus composiciones la conveniente extension: porque ni este metro es bueno para todos los argumentos líricos, ni tampoco sufre ser empleado en poemas algo dilatados: hasta aqui las odas sáficas que han hecho mas fortuna son las mas cortas. El udamo Villegas en sus sáficos á la Paloma, Cadalso y Melendez en varias odas, y algun otro mas, han querido suplir con el asonante ó con la rima la perfeccion de la prosodia exacta que no les era asequible; pero hasta ahora estos ensayos no han sido felices: sea por falta de tino, sea por falta de oído, sea que el metro no se preste á ello.

Y el cantaba su espuma
Tomando ora la espada, ora la pluma.

Así como solía

Al ampararse de su voz postrera
El cisne que á porfía
Aguas pagó del Istro en la ribera,
Que fueron á sus males
Rocas de hielo, ó hielos de cristales.

Bien lo dirá la fuente,
Dígalo amor también, que amor lo sabe,
Si cuando en su corriente
Cantando á veces tierno, á veces grave,
Maldijo su fatiga,
Y el casto engaño de su dulce amiga.

Mas ¡ay! detente un poco,
Detente, lira, pues que aquí Salicio
Desalentado y loco,
Cuero en perder entonces el juicio,
También paró su canto,
Colgó su lira y empezó su llanto.

II.

AL CÉFIRO.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando;

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
Dile que muero.

Filís un tiempo mi dolor sabía,
Fillis un tiempo mi dolor lloraba,
Quisome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.

Así los dloes con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno
Nieguen al tiempo, que feliz volares,
Nieve á la tierra.

Jamas el peso de la nube guarda,
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

CANTILENAS Y ANACREÓNTICAS ¹.

Como rosa que nace
En el jardín cercado
No sujeta el arado
Ni al ganado que paca,
Cuyo primer aumento
El sol, el agua, el viento
Crece, cria y halaga,
Con cuya vista paga
Del dueño amado el celo,
A quién promete el cielo
De piedad cada día
Cristal que la rocía;
Que mientras no es tocada
Crece su lozanía
Y es de todos amada;
Mas si en agena mano

¹ Era por cierto bien grande el talento del escritor que á los catorce años sabía crear un género de poesía que no se conocía en su país, y dotándole de gracias propias y nativas, aprovechar, para enriquecerla con una libertad frecuentemente feliz, las bellezas que encontraba en los autores antiguos que leía. Villegas entre nosotros es el creador de la cantilena, y el padre de la anacreóntica, y no ha habido despues quien le siga tolerablemente en la primera, y pocos son los que le han igualado en la segunda, y ninguno le ha hecho ni es fácil que le haga olvidar ni en una ni en otra. No porque no se hayan compuesto versos de esta clase, mas puros sin duda, mas exquisitos y delicados que los suyos: Melendez tiene así mil; pero en ningunos está impreso tan bien el carácter anacreóntico como en los de Villegas: ningunos presentan tanta unidad y sencillez en la composición, tanta libertad y travesura en el movimiento, tanta gracia y suavidad en los números.

Al son de las castañas
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba lesbía y juguenos.

Se leerán cien odas que quieran expresar el regocijo y la alegría de una noche de invierno, sin que entre todas acierlen á producir la sensa-

cion viva y agradable que dan de sí estos cuatro versos, donde se ve á la musa anacreóntica bailar, saltar y reír. Echése la vista por todas las composiciones de Villegas en este género, y se verá que una imágen risueña, un sentimiento apacible ó festivo, un requiebro, una agudeza, le bastan para formar su obra en que siempre campea el muchacho libre, independiente, amigo del placer, y lleno de donaire y de alegría, que vuela sobre todo, sin pararse en nada, sin cansar jamas, ¿Quién es el que no ha leído deliciosamente y aprendido cuando jóven la bellísima cantilena del pajarillo, la lucha del amor y la abeja en el Pozal, la sorpresa del amor por Lidia, y otros poemitas semejantes, ya propios, ya imitados de Anacreonte? ¿Quién despues no los recuerda y repite con gusto, y se siente alegrar y rejuvenecer con ellos como si se echase un brindis con un licor espirituoso y restaurante? Buscar en estas composiciones juveniles y ligeras los equívocos, los retruécanos, antítesis viciosas y demas defectos con que el autor á veces las resabía; examinar si el lirico de Teyo está traducido con puntualidad, y conservado en su primitiva pureza; sujetar en fin estas flores delicadas de la fantasía al exámen severo y menudo de la crítica, sería inoportuno y pedantesco por demas. Manosearlas así es ajarlas y destruirlas. ¿No son sumamente agradables? ¿Qué les falta pues?

Pierde el lustre lozano,
 Y á desdecir comienza
 La nativa vergüenza,
 Al paso que es amada
 Viene á ser desdeñada ;
 Así la vírgen bella
 En tanto que es doncella
 Es de todos querida
 Con el alma y la vida :
 Mas cuando se ve falta
 De dignidad tan alta,
 Si busca quien la quiera,
 Es más aborrecida
 Que ponzoñosa fiera.

II.

Amada Filomena,
 Que entre aquestos laureles,
 Con doliente armonia
 Significas la pena,
 Que los brazos cruces
 Del infame Tereo
 Obraron aquel día ;
 Pues la terca porfia
 Que aviva tu deseo
 En cantar mil pesares
 Por desiertos lugares,
 Al son de la corriente,
 Que despeña esta fuente,
 En tí cual siempre veo ;
 Ya con gemido triste
 Querellándote al cielo,
 Ya con tácito vuelo
 Recelando ia injuria,
 Que por tus ojos viste ;
 Deten, deten la furia
 En derramar querellas,
 Y á las altas estrellas
 Que se nos muestran pias,
 Deja las tuyas bellas,
 Canta las tristes mias.

III.

Yo ví sobre un tomillo
 Quejarse un pajarillo,
 Viendo su nido amado,
 De quien era caudillo,
 De un labrador robado :
 Vile tan congojado,
 Por tal atrevimiento,
 Dar mil quejas al viento,
 Para que al cielo santo
 Lleve su tierno llanto,
 Lleve su triste acento.
 Ya con triste armonia,
 Esforzando el intento,
 Mil quejas repetia,
 Ya cansado callaba,

Y al nuevo sentimiento
 Ya sonoro volvia :
 Ya circular volaba,
 Ya rastrero corria,
 Ya pues de rama en rama
 Al rústico seguia,
 Y saltando en la grama,
 Parece que decia :
 Dame, rústico fiero,
 Mi dulce compañía :
 Y que le respondia
 El rústico : no quiero.

IV.

Lleguen esos rubies
 Con que graciosa ries,
 Bella Lidia, á mi boca,
 Pues amor los provoca,
 Y espárganse sus mieles
 Como esparcirillas sueles.
 Lleguen : que amor lo quiere ;
 Amor que sana y hierre ;
 Amor, hijo de Marte,
 Que reina en toda parte ;
 Amor que si atosiga,
 Luego cura y mitiga ;
 Amor niño y gracioso,
 Que con fuego amoroso
 Nos hizo en todo iguales.
 Lleguen pues tus corales,
 Lidia, ¿quién te acobarda ?
 ¿No ves que si se tarda
 En un punto, un solo instante
 Te regalado beso,
 Perderás un amante,
 Y yo perderé el seso ?

V.

En tanto que el cabello
 Resplandeciente y bello
 Luce en tu altiva frente
 De cristal transparente,
 Y en tu blanca mejilla
 La púrpura que brilla ;
 La púrpura que al labio.
 No quiso hacerle agravio ;
 Goza tu abril, Drusila,
 En esta edad tranquila.
 Coje, coje tu rosa,
 Muchacha desdeñosa,
 Antes que menos viva
 Vejez te lo prohiba.
 Porque si te rodea
 Y en tí su horror emplea,
 Quizá lo hará de suerte,
 Que llegues á no verte,
 Por no verte tan fea,

VI.

Lidia, Amor y yo estando,
 ¡O dulce y claro día!
 Cogiendo tiernas flores,
 La beldad contemplando
 De aquella que allí via,
 En sus varios colores,
 Sentí nuevos olores,
 Derramarse en mi alma;
 Sentí dichosa calma
 Esparcirse en mis venas;
 Y libre de las penas
 Que hasta allí amor tirano
 En sujecion eterna,
 Obró con llama interna
 Y con ingrata mano.
 Lidia amorosa y tierna
 Embebecida estaba:
 Amor que la miraba
 Con señas que me hacia,
 Mis ánimos movia,
 Y al hecho me llamaba.
 Yo de Amor incitado,
 Por fin de mis congojas,
 En sus mejillas rojas
 Libre mi boca añado:
 Mas ella, que usurpado
 Su néctar vió sabroso,
 Y en el trance forzoso,
 Su clavel en mi labio,
 Por vengar tal agravio
 De Amor la flecha toma.
 Con que las almas doma,
 Y así vengar intenta
 Esta sūave afrenta:
 Pero Amor que la mira,
 Piadoso á mis querellas,
 Hirió sus carnes bellas
 Con la indomable vira.
 Lidia bañada en ira,
 Viendo rotos los bronces
 Que imaginó inmortales,
 Y con la esfera iguales,
 Dijo: pierda la vida
 Quien vive inadvertida,
 Niño, de tu centella.
 Quedando desde entonces
 Ella de amor herida,
 Y yo de amores della.

VII.

Miraba Lidia atenta
 Las flores que le ofrece
 Su jardín heredado,
 Cuyos piés humedece
 El cristal desatado
 De una fuente sedienta:

Amor, que solo intenta
 Darle algunos pesares,
 En unos colmenares,
 Principios deste daño,
 Con ligeros talares
 A robar fué sus mieles:
 Las abejas crueles,
 Movidas del engaño
 A gozar la venganza,
 Sin ninguna tardanza
 Con puntas de diamantes
 Se aprestan susurrantes:
 Mas viéndose burladas,
 Unas se vuelven luego
 A sus dulces moradas,
 Otras con vago juego
 A gustar los licores
 De las nativas flores,
 Se esparcen revolando.
 De aqueste inicuo bando,
 Una, la mas traviesa,
 Se llega á Lidia hermosa,
 Y pensando que es rosa
 La boca le atraviesa.

VIII.

Sobre el márgen de un rio,
 De árboles tanto umbrío,
 Cuanto de linfas claro,
 Donde se halla reparo
 Contra el can del estío,
 Dormido yace el ciego
 Cuyo blando sosiego
 En éxtasis tenia
 Todo cuanto solia
 Arder en vivo fuego.
 Tambien yace su aljaba,
 Que no ya le colgaba
 Del hombro reluciente;
 Ni del brazo pendiente
 El arco le agravaba.
 Él yace al fin dormido,
 Y Lidia que le vido
 Despierta y levantada,
 Cual tigre estimulada
 Al cazador rendido,
 A la aljaba arremete,
 Y al vendado acomete,
 Que ya entonces decia,
 Viéndola que tenia
 La ocasion del copete:
 Lidia, mal te aprovechas
 Si con armas bien hechas
 Quieres vengar enojos;
 Donde tienes tus ojos
 No has menester mis flechas.

IX.

Al son de las castañas,

Que saltan en el fuego
 Echa vino, muchacho,
 Beba Lesbia, y juguemos.
 Siquiera el Capricornio
 Tire lanzas de hielo,
 Mal agüero á casados,
 Buen auspicio á solteros.
 Enemigo de Baco,
 Cuando estaba en el suelo,
 Destrozándole vides,
 Rumiándole sarmientos,
 Y agora no tan dócil,
 Que no procure vernos,
 Aguados con mil aguas,
 Y helados con mil hielos.
 Yo apostaré, mi Lesbia,
 Que si le diese el cielo
 Poder en causa propia,
 Que nos hiciese yermos.
 ¡O cómo el insolente
 Diera fin al viñedo,
 Y juntamente en Darro
 Con todos los sedientos!
 Porque daños mayores
 Se le siguen al cuerpo
 Beber tus aguas, Tajo,
 Que echarse en las del Ebro.
 Pero ya que los astros
 Mejor que esto lo hicieron,
 Echa vino, muchacho,
 Beba Lesbia, y juguemos.

x.

Aquellos dos verdugos
 De las flores y pechos,
 El Amor y la abeja
 A un rosal concurrieron.
 Lleva armado el muchacho
 De saetas el cuello,
 Y la bestia su pico
 De agujones de hierro.
 Ella va susurrando,
 Caracoles haciendo,
 Y él criando mil risas,
 Y cantando mil versos,
 Pero dieron venganza
 Luego á flores y á pechos,
 Ella muerta quedando,
 Y él herido volviendo.

xi.

Ya de los altos montes
 Las encumbradas nieves
 A valles hondos bajan
 Desesperadamente.
 Ya llegan á ser rios
 Las que antes eran fuentes,

Corridas de ver mares
 Los arroyuelos breves.
 Ya las campañas secas
 Empiezan á ser verdes,
 Y porque no beodas,
 Aguadas enloquecen.
 Ya del Liceo monte
 Se escuchan los rabeles
 Al paso de las cabras,
 Que Titiro defiende.
 Pues ea, compañeros,
 Vivamos dulcemente,
 Que todas son señales
 De que el verano viene.
 La cantimplora salga,
 La cítara se temple,
 Y beba el que bailáre,
 Y baile el que bebiere.

xii¹.

Quiero cantar de Cadmo,
 Quiero cantar de Atridas,
 ¡Mas ay! que de Amor solo,
 Solo canta mi lira.
 Renuevo el instrumento,
 Las cuerdas mudo aprisa,
 Pero si yo de Alcides,
 Ella de Amor suspira.
 Pues, héroes valientes,
 Quedaos desde este día;
 Porque ya de Amor solo,
 Solo canta mi lira.

xiii.

En medio del silencio,
 Cuando la Ursa corre
 Veloz hácia la mano
 De la estrella Boótes;
 Cuando el piadoso Sueño
 Esparce sus licores,
 Suspendiendo el trabajo
 De los cansados hombres;
 Amor á mis umbrales,
 Llegó acaso una noche,
 Y llamando á las puertas,
 Del sueño despertóme;
 ¿Quién es el atrevido,
 Airado dije entonces,
 Que á tales horas llama,
 Y al que duerme interrumpe?
 Abre, piadoso huésped,
 Las puertas, me responde,
 Y deja el miedo, amigo,
 Que mi llamar te pone.
 Porque soy un muchacho

¹ Esta y todas las siguientes son traducciones ó imitaciones de Anacreonte.

Que ando toda la noche
 Perdido por ser ciego,
 Y helado por ser pobre.
 Yo movido á sus ruegos,
 Y amigable á sus voces,
 Las puertas abrí luego,
 Porque entre el que las rompe.
 Cuando ví un niño ciego
 Al modo de los dioses,
 Con alas en sus hombros
 Y en su carcax arpones.
 Subíle á mi aposento,
 Encendí mis carbones,
 Enjuqué sus cabellos,
 Y apagué sus temblores.
 Sus manos con las mias
 Le apreté, y el entonces,
 Viéndose redimido
 Del hielo y sus rigores;
 Probemos, dice, el arco,
 Por si el nervio se encoge:
 Y estirando la cuerda
 El pecho atravesóme.
 Luego con mil risadas
 De mi casa salióse,
 Diciendo al despedirse:
 Huésped, queda á los dioses;
 Pero primero advierte,
 Que tras hacer tal golpe,
 Mis arcos quedan sanos,
 Y tú con ñil dolores.

xiv,

La rosa de Cupido
 Juntemos a Liéo,
 Y della laureados,
 Bebamos y juguemos.
 La rosa que á las flores
 Es súaave ornamento,
 Y del verano alegre
 El cuidado primero:
 La rosa que á los dioses
 Es deleite, y por esto
 De rosas coronado
 Danzas sigue el de Vénus.
 Haz pues, ó padre Baco,
 Que de rosas compuesto,
 Y de lira adornado,
 Me reciba tu templo.
 Súaves daré olores,
 Súaves diré versos,
 Y juntos yo y mi dama
 Súaves bailaremos.

xv.

Amada palomilla,
 ¿De dónde, dí, ó á dónde
 Vienes con tanta priesa,

Vas con tantos olores?—
 ¿Pues á tí, qué te importa?
 Sabrás que Anacreonte
 Me envia á su Batilo,
 Señor de todo el orbe:
 Que como por un himno
 Me emancipó Dione,
 Nombróme por su page,
 Y él por tal recibíome.
 Suyas son estas cartas,
 Suyos estos renglones,
 Por lo cual me promete
 Libertad cuando torne.
 Pero yo no la quiero,
 Ni quiero que me ahorre;
 Porque ¿de qué me sirve
 Andar cruzando montes,
 Comer podridas vacas,
 Ni pararme en los robles?
 A mí, pues, me permite
 El mismo Anacreonte,
 Comer de sus viandas,
 Beber de sus licores:
 Y cuando bien brindado
 Doy saltos voladores,
 Le cubro con mis alas,
 Y él dulce las recoge.
 Su cítara es mi cama,
 Sus cuerdas mis colchones,
 En quien suavemente
 Duermos toda la noche.
 Mi historia es esta, amigo;
 Pero queda á los dioses,
 Que me has hecho parlera,
 Mas que graja del bosque.

xvi.

Una taza me forja
 De plata; pero en ella,
 Vulcano, no me pintes
 Armadas ni peleas.
 Porque yo ¿qué con Marte?
 Solo harás que ella sea,
 Ya que no la mas ancha,
 La mas honda que puedas.
 Ni tampoco me esculpas
 Las lucientes estrellas,
 Ni el carro de las Osas,
 Ni el Orion que hiela.
 ¿Qué á mí las Pleíadas
 O el Boótes me prestan?
 Pero grávame vides
 Con racimos que penden,
 Y á Baco juntamente
 Que les exprima en ella,
 Con Amor y Batilo
 Mas bello que las bellas.

XVII.

Si alargarse pudiera
 Nuestra vida con oro,
 Sin duda le buscara
 Por un mundo ó por otro ;
 Y así luego á la Muerte
 En el dia forzoso,
 Le diera una gran suma,
 Porque volviera el hombro.
 Pero ya que es vedado
 Hacer del hado logro,
 ¿De qué sirve el gemido?
 ¿De qué sirve el sollozo?
 También, si inexcusable
 Es la via del Orco,
 ¿Para qué las riquezas?
 ¿Para qué los tesoros?
 Pues ea venga el vino
 Que me salte á los ojos ;
 Que entre mis camaradas
 Quien hacerme beodo.
 Y también la muchacha
 Con risadas y gozos,
 Y deme mil abrazos,
 Que yo le daré otros.

XVIII.

Al Amor descuidado
 Cogieron las Pimpleas,
 Y con grillos de flores
 Al Decoro le entregan.
 Luego para el rescate
 La misma Citerá
 Previene muchos dones,
 Y da grandes riquezas.
 Pero cuando lo libre,
 Tenga por cosa cierta,
 Que amor tarde se arranca
 Sí á ser esclavo empieza.

XIX.

Si eres hombre que vales
 Cuantas la selva verde
 Contiene breves hojas,
 A contar doctamente ;
 O cuantas, sin errarte,
 Arenas el mar tiene,
 A tí solo encomiendo,
 Que mis amores cuentes.
 Y cuanto á lo primero,
 De Atenas cuenta veinte,
 A quien añade quince
 Por número siguiente.
 Luego los de Corinto,
 Caferva nada estéril,
 Que es Corinto en Acaya

De asaz bellas mugeres,
 Los de Lesbos tras estos
 Con los Jonios refiere,
 Y los de Caria y Rodas,
 Que son mas de cien veinte. —
 Pues di ¿ tanto has amado? —
 ¡ Oh ! si advertirme queres,
 Aun no cuento los Siros,
 Ni los de Egipto alegres ;
 Ni menos los de Candia,
 Cuya viciosa gente
 Está debajo el yugo
 Del Amor que enloquece.
 ¿ Pero qué? no es posible,
 Sin cansarte, que acierte
 A nombrar los de Cádiz,
 Que yace en el poniente,
 O los de Bactria y India
 Tierra en aromas fértil ;
 Todos, todos calores,
 Que mis pechos encienden.

XX.

Agora que süave
 Nace la primavera
 ¿ No vez como las Gracias
 De rosas mil se llenan?
 ¿ No ves como las ondas
 Del ancho mar quietas,
 Aflojan los furoros,
 Y amigas se serenan?
 ¿ No vez como ya nada
 El ánade, y empieza
 La grulla á visitarnos,
 Y el sol á barrer nieblas?
 Los trabajos del hombre
 Ya lucen y ya medran,
 La vega pare gramas,
 La oliva flores hecha ;
 Las cepas se coronan
 De pámpanos que engeudran,
 Y de bullentes hojas
 Los campos y alamedas.

XXI.

Amor entre las rosas,
 No recelando el pico,
 De una que allí volaba
 Abeja, salió herido ;
 Y luego dando al viento
 Mil dolorosos gritos,
 En busca de su madre
 Se fué cual torbellino.
 Hallóla, y en su gremio
 Arrojado, esto dijo ;
 Madre, yo vengo muerto,
 Sin duda, madre, espiró,
 Que de una sierpecilla

Con alas vengo herido,
 A quien todos abeja
 Llaman, y es basilisco.
 Pero Vénus entonces
 Le respondió á su niño :
 Si un animal tan corto
 Da dolor tan prolijo,
 Los que tú cada día
 Penstras con tus tiros,
 ¿Cuánto mas dolorosos
 Que tú estarán, Cupido?

ROMANCE.

A mejorar la vendimia
 Salieron Filis la bella,
 Y Amor y Baco, deidades
 Uno en uvas, y otro en flechas.
 Las Gracias tres desceñidas
 Van con las Ninfas compuestas,
 Y entre las aras del gusto
 La lascivia y la belleza.
 ¡Ay Dios, cuan dulce camina
 Entre la pompa soberbia
 La tigre! ¡Mal haya, Celio,
 Quien mas parare en la aldea!
 Toma el sombrero de rua,
 Dame la parda montera,
 Que amor, con ser cortesano,
 Ya canta toscas endechas.
 ¡Ay, si me permite el cielo
 Llegar á donde me veas,
 Con cuanto gusto al trabajo
 Daré, muchaeha, mis fuerzas!
 Por tres labradores diestros,
 El alma se fia en ellas,
 Trabajaré sin cansarme,
 Como yo presente os tenga.
 ¡O cuántas cepas víudas
 Serán por mis manos hechas,
 Cuando caigan sus racimos
 Desde el cuchillo á la cesta!
 Usar acciones villanas,

No lo tendré por afrenta,
 Que el sol las usó en Anfriso,
 Entre las vacas y ovejas.
 ¡Que poco le aprovecharon
 Sus astutas diligencias,
 Ni el dulce son de su lira,
 Ni el oro de sus madejas!
 Contra la pasión del alma
 Nada valieron sus yerbas,
 Que al arte de medicina
 Venció de Amor la saeta.
 Del gran mayoral Admeto
 Trató las anchas dehesas,
 Llevando el zurrón al lado
 Con la lira y la merienda.
 Tejiendo mimbres estaba
 Mientras las vacas le dejan,
 Y de la leche exprimida
 Natas cuaja y queso encella.
 ¡O cuántas veces la hermana
 Le vió, bañada en vergüenza,
 Con el becerro en los brazos
 Subir las ásperas cuestas!
 ¡Y cuántas veces los toros,
 Cuando él cantaba en las peñas,
 Interrumpieron sus voces
 Con bramidos de fiereza!
 Y ni por eso olvidaba
 La dulce imagen de aquella
 Que por ser laurel sin alma,
 Le dió la suya á sus huellas.
 Desmayado en su memoria,
 O pensativo en su idea,
 Tal vez pagaron las vacas
 Su descuido y negligencia.
 Animo, pues, al trabajo,
 Saca el ganado á la vega,
 Llévale al agua en paciendo,
 Y al redil cuando anochezca.
 Y sepa el Amor en ambos,
 Yo en mi viña y tú en tu selva,
 Que un labrador y un vaquero
 Sirven mas cuando mas penan.

ROMANCERO.

PARTE I.

ROMANCES MORISCOS.

Sale la estrella de Vénus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del día
Su negro manto descoge:
Y con ella un fuerte moro
Semejante á Rodamonte
Sale de Sidonia armado.
De Jerez la vega corre
Por do entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa María el puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que aunque es de linage noble,
Le deja su dama ingrata
Porque se suena que es pobre;
Y aquella noche se casa
Con un moro feo y torpe,
Que es alcaide de Sevilla.
Del alcázar y la torre.
Quejábase gravemente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la vega
Con el eco le responde.
Zaida, dice, mas airada.
Que el mar que las naues sorbe;
Mas dura é inexorable
Que las entrañas de un monte;
¿Cómo permites, cruel,
Despus de tantos favores,
Que de prendas que son mias
Agenas manos se adornen?
¿Es posible que te abracés
A las cortezas de un roble,
Y dejes el árbol tuyo
Desnudo de fruto y flores?
¿Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones?
¿Dejas al noble Gazul,
Dejas seis años de amores,
Y das la mano á Albenzaide
Cuando apenas le conoces?
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,

Que por zelos de él suspires,
Y por ausencia le flores,
Y que de noche no duermas,
Y de día no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojés:
Y en las fiestas y en las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verle permita
Que á la ventana te asomes.
Y menosprecie en las cañas,
Para que mas te alborotes,
El almaizar que le labres,
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos
Cuando de la guerra torte.
Y en batalla de cristianos
De velle muerto te asombres,
Y plegue á Alá que suceda
Cuando la mano le tomes.
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces,
Que es la mayor maldición
Que pueden darte los hombres.
Con esto llegó á Jerez
A la mitad de la noche,
Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces,
Y los moros frontierizos
Que por todas partes corren
Con mil hachas encendidas
Y las libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos se pone,
Que tambien anda á caballo
Por honra de aquella noche.
Arrojado le ha una lanza,
De parte á parte pasóle,
Alborotóse la plaza,
Desnudo el moro su estoque,
Y por en medio de todos,
Para Medina volvióse.

11.

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema, se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente, pues que vive.
Jurando está por su amor,
Y por la espada que cñe,
Que tiene en la guarnición

Cintas de aquella á quien sirve,
 De no volver á Toledo.
 Hasta que del Tajo al Tiber
 Sus animosas hazañas
 En las mezquitas se pinten.
 Celindaja de mis ojos,
 ¿Quién te habla, quién te escribe?
 ¿A quién escribes y hablas,
 Que mis memorias impide?
 Siendo tú de sangre real,
 ¿Cómo fué posible, dime
 Que tan presto quebrantases
 La palabra que me diste?
 Acuérdate, mora ingrata,
 Que paseando en tus jardines,
 Por darme tu blanca mano,
 Que tropezabas hiciste;
 Y que alzándote del suelo,
 Hechas de ámbar y de almizcle,
 Unas cuentas me entregaste,
 Porque me mostraba libre.
 Y al despedirte de mí,
 Dando suspiros terribles
 Me dijistes: ten, Azarque,
 Cuenta con que no me olvides.
 Tu rey entró de por medio,
 No supe lo que me dije
 Entró tu justa mudanza,
 Que con la luna compites.
 Que si va á decir verdad,
 No hay rey humano que obligue
 A que no se acuerde el alma
 De la memoria en que vive.
 Con él te quedaste ufana,
 Sin tí muriendo me vine,
 A mí me abrasan tus zelos,
 Y él tus abrazos recibe.
 Contarásle por baldon
 Que pocas fiestas te hice,
 Que malos motes saqué,
 Porque mas tu gusto estime.
 Cuando diga si me amaste,
 Yo apostaré que le dices,
 Que tan infame bajaça
 De tu valor no imagine.
 Y que tu esquivia arrogancia
 Y tu condicion terrible
 Apenas la vencen reyes,
 Cuanto mas hombres humildes.
 El tiempo lo trueca todo:
 Yo me acuerdo que te vive
 Tan regaladora mia,
 Como del rey á quien sirves.

III.

El alcaide de Molina,
 Manso en paz y bravo en guerra,
 Con sus capitanes todos.
 Llegó á la vista de Atienza,

De do volvió victorioso
 Sin daño, y con grande presa
 De cautivos bautizados,
 Y de cristianas banderas.
 Entró por la puerta el moro,
 Y corriendo á media rienda
 A la calle de su dama
 Soberbio y contento llega.
 Dos vueltas por ella dió,
 Y al dar la tercera vuelta,
 Desterrando sus temores
 Celinda salió á la reja,
 Diciendo furiosa y loca:
 Si tú tuvieras vergüenza
 No correrias por mi calle
 Ni pararas á mi puerta.
 Mal haya Celinda mora,
 Tan determinada ó necia,
 Que para vivir en paz.
 Se aficionó de la guerra.
 Por ser tu alfange temido,
 Mas que no por tu nobleza
 Ofrecí á tu nombre solo
 Lo que ves en tu presencia;
 Sin considerar primero,
 Que es claro que no concuerdan
 Con entrañas de diamante
 Entrañas que son de cera.
 ¿Qué importa que mis regalos
 En paz y en amor te tengán,
 Si al son del pífaro ronco
 En furia y odio los truecas?
 No niego yo que no acudes
 Con voluntad á mis quejas,
 Pero acudes con mayor
 Al ruido de una escopeta.
 Pues esas cosas estimas,
 Justo es que esas cosas quieras;
 Que pues en tanto las tienes,
 Menos soy yo que son ellas,
 Cíñete tu corvo alfange,
 Embrázate tu rodela,
 Y llama tu fiel Acates
 Que te lleve las saetas.
 Sal á hacer escaramuzas
 Por el monte y por la vega
 En tu caballo tordillo,
 Y en tu fronteriza yegua.
 Tala los campos cristianos,
 Roba las cristianas tiendas,
 Desde el campo de Almazan
 Hasta el monte de Sigüenza.
 Deja á Celinda del todo,
 Pues tantas veces la dejas,
 Y acude á tus obras vivas,
 Pues que me haces obras muertas.
 No te llamarán mis ojos,
 Aunque viendo su miseria,
 Llorarán sin ver los tuyos
 Mi soledad y tu ausencia.

Esto dijo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el moro.
De poderla dar respuesta.

IV.

No en azules tahelies
Corvos alfanges dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos
Entraron de cuatro en cuatro
Del malogrado Aliatar
Los afligidos soldados.
Tristes marchando,
Las trompas roncacas,
Los atambores destemplados.
La gran empresa de Fenix,
Que en la bandera volando,
Apenas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo y deja el campo,
Arrastrado con la seda
Que el alferéz va arrastrando.
Tristes marchando, etc.

Salió el gallardo Aliatar
Con cien moriscos gallardos
En defensa de Motril,
Y socorro de su hermano;
A caballo salió el moro,
Y otro día desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo.
Tristes, etc.

Caballeros del maestre,
Que en el camino encontraron.
Encubiertos de unas cañas,
Furiosos le saltaron;
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar malogrado,
Y los suyos, aunque rotos.
No vencidos se tornaron.
Tristes, etc.

¡O como lo siente Zaida,
¡Y como vierten llorando
Mas que las heridas sangre,
Sus ojos aljófar blanco!
Dilo tú, Amor, si lo viste;
¡Mas ay! que de lastimado
Fiste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado.
Tristes, etc.

No solo le llora Zaida,
Pero acompañanla cuantos
Del Albaicín á la Alhambra
Beben de Genil y Darro.
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,

Los alcaldes como á igual,
Los plebeyos como á amparo.
Tristes marchando, etc.

V.

Batiéndole las hijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo flojas,
Porque corra y no se pare;
En un caballo tordillo,
Que tras de sí deja el aire,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el alcaide;
Al arma, capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

Dejad los dulces regalos,
Y el blando lechó dejadle;
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
Dejar el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
Al arma, capitanes, etc.

Anteponed el honor
Al gusto, pues menos vale;
Que aquel que no le tuviere
Hoy aquí podrá alcanzalle.
Que en honradas ocasiones
Y en peligros semejantes
Se suelen premiar las armas
Conforme al brazo pujante,
Al arma, capitanes, etc.

Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfange,
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasion no se escape,
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
Al arma, capitanes, etc.

A la voz mal entonada
Los ánimos mas cobardes
Del honor estimulados
Ardiendo en cólera salen,
Con mil penachos vistosos
Adornados de turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse:
Al arma, capitanes, etc.

¡Cual tímidas ovejuelas
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas moras
Llenan de quejas el aire;
Y aunque con femenil pecho
La que mas puede mas hace,
Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles:

Al arma, capitanes, etc.

Acudieron al asalto
Los moros mas principales,
Formándose un escuadron
Del vulgo y particulares;
Y contra dos mil cristianos,
Que estan talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repetiendo en su lenguaje:
Al arma, capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

VI.

Recoge la rienda un poco,
Para el caballo que aguija
Medroso del acicate
Con que furioso le picas;
Que sin uso de razon,
A mi parecer te avisa
De aquel venturoso tiempo,
Que tú, desleal, olvidas:
Cuando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con tus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡O cruel á mi memoria!
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frias.
¡Qué de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
¡Y yo á ti, qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temias;
Que amor y tiempo en mil años
No estan iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuese rica
En prendas de quien tú eres,
Y de quien son mis caricias.
¿A dónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
Defenderéme del tiempo,
Y de tí no tendré envidia.
Mas bien pudiera saberlo,
Si yo saberlo queria,
Cuando escuché tus razones,
Y ví tus quejas escritas,
Disculpas pensabas darme,
No quiero que me las digas:
Para la dama que engañas
Será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
Bien es ya que te despidas
De mi alma y de mis ojos
Como de mis zelosias.
Esto dijo al moro Azarque
La bella Zaida de Ollas,

Y cerrando su balcon
Dió principio á sus desdichas.
El moro picó el caballo
Y hácia el terrero le guia,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

VII.

Diamante falso y fingido
Engastado en pedernal,
Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es mas;
Ligero como los vientos,
Mudable como la mar,
Inquieto como el fuego
Hasta hallar su natural;
Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarían
Para culpar tu maldad.
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

A todas dices que son
Las que contento te dan
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad.
Y con esto piensan todos
Que debo á tu voluntad
Cuantos caminos emprendes,
Para que te deba mas.
Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
A otro blanco mirarian
A donde tus flechas van.
Yo sé, traidor, que estas quejas
Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de pordonar.

Cansada estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa agena y propios daños,
Tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges;
Porque al fin conoces ya,
Que cuando no puedan obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fueron
Causa de todo mi mal,
Y zelos averiguados
Convaleciéndome van,
Al cielo quiero dar voces;
Pero mejor es callar:
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

Así Fátima se queja
Al valiente Reduan
En el jardín de la Alhambra,

Al pié de un verde arrayan.
 El moro que está sin culpa.
 Aunque no sin pena está,
 Asíóle la blanca mano
 Y así comienza á hablar :
 Cesad , hermosas estrellas ,
 Que no es bien que lloreis mas ,
 Que si á mí me llamais piedra ,
 En piedras haceis señal.
 Y no penseis que me agravio
 De que injurias me digais ,
 Porque al fin quien dice injurias
 Cerca está de perdonar.

VIII.

Mira, Zaide, que te aviso
 Que no pases por mi calle ,
 Ni hables con mis mugeres ,
 Ni con mis cautivos trates :
 Ni preguntes en qué entiendo ,
 Ni quién viene á visitarme ,
 Ni qué fiestas me dan gusto ,
 Ni qué colores me placen.
 Basta que son por tu causa
 Las que en el rostro me salen ,
 Corrida de haber mirado
 Moro que tan poco sabe.
 Confieso que eres valiente ,
 Que rajas , hienes y partes ,
 Y que has muerto mas cristianos
 Que tienes gotas de sangre :
 Que eres gallardo ginete ,
 Y que danzas , cantas , tañes ,
 Gentilhombre , bien criado ,
 Cuanto puede imaginarse :
 Blanco , rubio por extremo ,
 Esclarecido en linage ,
 El gallo de las bravatas ,
 La gala de los donaires :
 Que pierdo mucho en perderte ,
 Que gano mucho en ganarte ,
 Y que si nacieras mudo ,
 Fuera posible adorarte.
 Mas por este inconveniente
 Determino de dejarte ,
 Que eres pródigo de lengua ,
 Y amargan tus libertades.
 Y habra menester ponerte
 Quien quisiere sustentarte ,
 Un alcázar en el pecho ,
 Y en los labios un alcaide.
 Mucho pueden con las damas
 Los galanes de tus partes ,
 Porque los quieren briosos
 Que hiendan y que desgarran.
 Y con esto , Zaide amigo ,
 Si algun banquete les haces ,
 El plato de tus favores
 Quieres que coman y callen.

Costoso fué el que hicistes ,
 Venturoso fueras , Zaide ,
 Si conservarme supieras ,
 Como supiste obligarme.
 Pero no saliste apenas
 De los jardines de Tarfe ,
 Cuando hiciste de tus dichas
 Y de mi desdicha alarde ;
 Y á un morillo mal nacido
 Me dijeron que enseñastes
 La trenza de mis cabellos ,
 Que te puse en el turbante.
 No pido que me la des ,
 Ni que tampoco la guardes ;
 Mas quiero que entiendas , moro ,
 Que en mi desgracia la traes.
 Tambien me certificaron ,
 Como le desafiastes
 Por las verdades que dijo ,
 Que nunca fueran verdades.
 De mala gana me rio ,
 ¡ Qué donoso disparate !
 Tú no guardas tu secreto ,
 ¿ Y quieres que otro lo guarde ?
 No quiero admitir disculpa ,
 Otra vez vuelvo á avisarte ;
 Esta será la postrera ,
 Que me veas y te hable.
 Dijo la discreta mora
 Al altivo Abencerrage ,
 Y al despedirle replica :
 Quien tal hace que tal pague.

IX.

Dí , Zaida , ¿ de qué me avisas ?
 ¿ Quieres que muera y que calle ?
 No des crédito á mugeres ,
 No fundadas en verdades .
 Que si pregunto en qué entiendes ,
 O quién viene á visitarte ,
 Son fiestas de mi contento
 Las colores que te salen ,
 Si dices son por mi causa ,
 Consuélate con mis males ,
 Que mil veces con mis ojos
 Tengo regadas tus calles .
 Si dices que estás corrida
 De que Zaide poco sabe ;
 No supe poco , pues supe
 Conocerte y adorarte .
 Conoces que soy valiente ,
 Y tengo otras muchas partes ;
 No las tengo , pues no puedo
 De una mentira vengarme .
 Mas ha querido mi suerte ,
 Que ya en quererme te causes :
 No pongas inconvenientes
 Mas de que quieres dejarme .
 No entendí que eras muger

A quien novedad aplace,
 Mas son tales mis desdichas,
 Que ya aun lo imposible hacen.
 Hánme puesto en tal estrecho,
 Que el bien tengo por ultraje,
 Y alábase por hacerme
 La nata de los pesares.
 Yo soy quien pierdo en perderte,
 Y gano mucho en ganarte;
 Y aunque hablas en mi ofensa,
 No dejaré de adorarte.
 Dices que si fuera mudo
 Fuera posible adorarme:
 Si en mi daño yo lo he sido,
 Enmudezco en disculparme.
 ¿Hate ofendido mi vida?
 ¿Quieres, señora, matarme?
 Basta decir que yo hablé
 Para que el pesar me acabe.
 Es mi pecho calabozo
 De tormentos inmortales;
 Mi boca la del silencio
 Que no ha menester alcaide.
 El hacer plato y banquete
 Es de hombres principales,
 Mas de favores hacerlo
 Solo pertenece á infames.
 Zaida cruel, hasme dicho
 Que no supe conservarte:
 Mejor supe yo quererte,
 Que tú supiste pagarme.
 Mienten los moros y moras,
 Y miente el villano Atarfe,
 Que si yo le amenazára,
 Bastára para matarle.
 Este perro mal nacido,
 A quien yo mostré el turbante,
 No le fio yo secretos
 Que en bajo pecho no caben.
 Yo he de quitarle la vida,
 Y he de escribir con su sangre,
 Lo que tú, Zaida, replicas:
 Quien tal hace que tal pague.

x.

Si tienes el corazón,
 Zaide, como la arrogancia,
 Y á medida de las manos
 Dejas volar las palabras;
 Si en la vega escaramuzas,
 Como entre las damas hablas,
 Y en el caballo revuelves
 El cuerpo como en las zambras;
 Si el aire de los bohordes
 Tienes en jugar la lanza,
 Y como danzas la toca,
 Con la cimitarra danzas;
 Si eres tan diestro en la guerra
 Como en palear la plaza,

Y como á fiestas te aplicas,
 Te aplicas á la batalla:
 Si como el galán ornato,
 Usas la lucida malla,
 Y oyes el son de la trompa,
 Como el son de la dulzaina:
 Si como en el regocijo
 Tiras gallardo las cañas,
 En el campo al enemigo
 Le atropellas y maltratas;
 Si respondes en presencia,
 Como en ausencia te alabas;
 Sal á ver si te defiendes,
 Como en el Alhambra agravias.
 Y si no osas salir solo,
 Como lo está el que te aguarda,
 Alguno de tus amigos
 Para que te ayuden saca.
 Que los buenos caballeros
 No en palacio ni entre damas
 Se aprovechan de la lengua,
 Que es donde las manos callan;
 Pero aquí que hablan las manos
 Ven, y verás como habla
 El que delante del rey
 Por su respeto callaba.
 Esto el moro Tarfe escribe
 Con tanta cólera y rabia,
 Que donde pone la pluma,
 El delgado papel rasga.
 Y llamando á un page suyo,
 Le dijo: vete al Alhambra,
 Y en secreto al moro Zaide
 Da de mi parte esta carta.
 Y dirásle que le espero
 Donde las corrientes aguas
 Del cristalino Genil
 Al Generalife bañan.

xi.

Así no marchite el tiempo
 El abril de tu esperanza,
 Que me digas, Tarfe amigo,
 Dónde podré ver á Zaida.
 La forastera te digo,
 Aquella recién casada,
 La de los rubios cabellos,
 Y mas que cabellos gracias.
 Aquella que en menosprecio
 De las damas cortesanas
 Celebran los moros nobles
 Con gloriosas alabanzas.
 Voy por ella á la mezquita,
 Por ella voy á las zambras,
 Y aunque tan caro me cuesta
 No puedo velle la cara.
 Encúbrese de mis ojos,
 Cierta señal que me agravia,
 Y aunque mas, Tarfe, me digas,
 No tengo zelos sin causa.

Despues que á Granada vine,
 ¡Nunca viniera á Granada!
 Sale mi alcaide de noche,
 Y aun no viene á la mañana.
 Enfádanle mis caricias,
 Y estar conmigo le enfada:
 No es mucho que yo le canse
 Si en otra parte descansa.
 Si está en el jardin conmigo,
 Si está conmigo en la cama,
 No solo las obras niega,
 Mas me niega las palabras.
 Si le digo: vida mia,
 Me responde: mis entrañas;
 Pero con una tibieza
 Y un hielo que me las rasga.
 Y mientras mas le regalo,
 Como trae vestida el alma
 De pensamientos traidores,
 Enséñame las espaldas.
 Si me enlazo de su cuello
 Baja los ojos, y baja
 La cabeza, y de mis brazos
 Da vuelta y se desenlaza;
 Arrojando unos suspiros
 Del infierno de sus ansias,
 Que mis sospechas enciende,
 Y mis contentos abraza.
 Si la causa le pregunto,
 Dice que yo soy la causa;
 Y miente, que allí me tiene
 Ociosa y enamorada.
 Pues decir que le he ofendido;
 En infiernos de amor arda,
 Si despues que le conozco
 Me he asomado á la ventana,
 Si he tomado mano agena,
 Si he visto toros ni cañas,
 Y si en parte sospechosa
 Se han estampado mis plantas.
 Y Mahoma me maldiga,
 Si por guardarse en mi casa
 La ley de su gusto sola
 Las del Alcoran se guardan.
 Mas ¿para qué gasto tiempo
 En darte cuentas tan largas,
 Si el alcance que le he hecho
 Tu lo sabes y lo callas?
 No jures, que no te creo:
 ¡Aquella muger mal haya,
 Que de vuestros juramentos
 Redes para el gusto labra!
 ¡Qué traidores son los hombres!
 ¡Cómo sus promesas falsas,
 Muerto el fuego, desaparecen
 Como escritas en el agua!
 ¡Ay Dios! que me acuerde cuando...
 Aquí el aliento me falta,
 Una congoja me viene,
 Tenme, Tarfe, no me caiga.

Dijo llorando Adalifa
 Zelosa de su Abenamar,
 Y en brazos del moro Tarfe
 Se ha quedado desmaynda.

XII.

Por la plaza de San Lúcar
 Galan paseando viene
 El animoso Gazul
 De blanco, morado y verde.
 Quiere partirse gallardo
 A jugar cañas á Gelves,
 Que hace fiestas su alcaide
 Por las paces de los reyes.
 Adora una Abencerraje,
 Reliquia de los valientes
 Que mataron en Granada
 Los Zegris y Gomeles.
 Por despedirse y hablalle
 Vuelve y revuelve mil veces,
 Penetrando con los ojos
 Las venturosas paredes.
 Al cabo de una hora de años,
 De esperanzas impaciente,
 Vióla salir al balcon
 Haciendo los años breves.
 Arremetió su caballo
 Viendo aquel sol que amanece
 Haciendo que se arrodille,
 Y el suelo en su nombre bese.
 Con voz turbada le dice:
 No es posible succedirme
 Cosa triste en esta ausencia,
 Viendo así tu vieta alegre.
 Allá me llevan sin alma
 Obligacion y parientes;
 Volveráme mi cuidado
 Por ver si de mí le tienes.
 Dame una empresa en memoria,
 • Y no para que me acuerde:
 Sino para que me adorne,
 Guarde, acompañe y esfuerce.
 Zelosa está Lindaraja,
 Que de zelos grandes muere
 De Zaida la de Jerez,
 Porque su Gazul la quiere,
 Y de esto la han informado
 Que por ella ardiendo muere,
 Y así á Gazul le responde:
 Si en la guerra te sucede
 Como mi pecho desen,
 Y el tuyo falso merece,
 No volverás á San Lúcar
 Tan ufano como sueles
 A los ojos que te adoran,
 Y á los que mas te aborrecen.
 Y plegue á Alá que en las cañas
 Los enemigos que tienes
 Te tiren secretas lanzas,

Porque mueras como mientes.
 Y que traigan fuertes jacos
 Debajo los alquiceles,
 Porque si quieres vengarte,
 Acabas y no te vengues.
 Tus amigos no te ayuden,
 Tus contrarios te atropellen,
 Y que en hombros de ellos salgas
 Cuando á servir damas entres.
 Y que en lugar de llorarle
 Las que engaña y entretienes,
 Con maldiciones te ayuden,
 Y de tu muerte se huelguen.
 Piensa Gazul que se burla,
 (Que es propio del inocente),
 Y alzándose en los estribos,
 Tomarle la mano quiere.
 Miente, le dice, señora,
 El moro que me revuelve,
 A quien estas maldiciones
 Le vengán, porque me venguen.
 Mi pecho aborrece á Zaida,
 De que la amó se arrepiente,
 Malditos sean los años,
 Que la serví por mi suerte.
 Déjome á mí por un moro,
 Mas rico de pobres bienes...
 Esto que oye Lindaraja,
 Aquí la paciencia pierde.
 A este punto pasó un page
 Con sus caballos ginetes,
 Que los llevaba gallardos
 De plumas y de jaeces.
 La lanza con que ha de entrar
 La toma y fuerte arremete,
 Haciéndola mil pedazos
 Contra las mismas paredes.
 Y manda que sus caballos
 Jaeces y plumas truequen,
 Los verdes truequen leonados,
 Para entrar leonado en Gelves.

XIII.

De los trofeos de amor
 Coronadas ambas sienas,
 Muy gallardo entra Gazul
 A jugar cañas á Gelves,
 En un overo furioso
 Que al aire en su curso excede,
 Y su pujanza y rigor
 Un leve freno detiene.
 Llegando á do estan las damas,
 En los arzones se mete,
 Y en pié se pusieron todas
 Bien ciertas que mas merece.
 Entre ellas estaba Zaida,
 De quien un tiempo doliente
 Fué favorecido el moro,
 Aunque agora la aborrece.

Y como vido á Gazul,
 Renovóse el accidente,
 Y tanto cuanto le mira
 Mas le adora y mas le quiere.
 Y así cual puesta en balanza
 Dando el alma mil vaivenes
 Zelosa y arrepentida
 Diversas cosas revuelve.
 Alminda que vido á Zaida
 Que de nuevo se entristece,
 Para divertir, la dijo
 Le descubra lo que siente.
 Tomó Zafira la mano,
 Y la plática suspende
 El arboroto y estruendo
 De los que á las cañas vienen.
 Estaban ya las cuadrillas
 Dentro del cerco y palenque
 Con berberiscas naciones
 Y marlotas diferentes.
 Al son de bárbaras trompas
 Los caballos impacientes
 Con relinchos y bufidos
 Por medio la turba hienend.
 Revuélvense unos con otros,
 Y con ánimos valientes
 Con leves cañas procuran
 Ofenderse cuanto pueden,
 Duró gran rato la fiesta,
 Pero fué, como sucede,
 Que todo á la fin se acaba,
 Todo se acaba y perece.
 Daba priesa el cano tiempo
 A Apolo porque detiene
 Su velocísimo carro
 De su tardanza impaciente:
 Y cuando llegó al ocazo,
 Su contrario que lo siente,
 Con no menor movimiento
 Bate las alas y viene.
 A cuya venida todos
 Por medio el campo arremeten,
 Y de su esfuerzo pagados
 Mandaron cesar los jueces.

XIV.

No es razon, dulce enemiga;
 Si acaso me quieres bien
 Que por dar contento á Zaide,
 Tan sorda á mi llanto estés.
 ¿Qué aspid de Libia, señora,
 Te ha enseñado á ser cruel?
 ¿Quién te dió entrañas tan duras,
 Que amorosas solian ser,
 Que la gloria que en un año
 Con pura afición compré,
 Quieres con alma traidora
 Tiranizarla en un mes?
 Dícenme que ese envidioso

La causa de mi mal es ;
 Y que son tus ojos fuentes
 El tiempo que no le ves.
 Pues no es justo, hermosa Laura ,
 Que con tan rico laurel ,
 Y á fuerzas de fe ganado ,
 Se adorne un traidor sin ley .
 Vuelve con piedad los ojos ,
 Verás rendido á tus piés
 Como se queja Floriardo
 Por el rigor de un desden.
 Con lisonjas me entretienes ,
 Y con engaños tambien ,
 Hete sido fiel en todo ,
 Y en nada me has sido fiel.
 Pues ya mis quejas te enfadan ,
 ¿A quién, tigre hircana, á quién
 De mi dolor daré cuenta
 Si no es á la causa de él?
 Y si por pobre me dejas ,
 Y te mueve el interes ,
 Si has menester lo que valgo ,
 Tu esclavo soy , vendemé.

XV.

Reduan , anoche supe ,
 Que un vil Atarfe me ofende ,
 Y en un infierno insufrible
 Trocada mi gloria tiene.
 Que un pecho que fué diamante
 En blanda cera lo vuelve ,
 Mis contentos en pesares ,
 Y en favores sus desdenes.
 Tanto pudo su porfia ,
 Y mi ausencia tanto puede ,
 Que es ya lo que nunca ha sido ,
 Y yo no lo que fui siempre.
 ¡ Qué de abrazos que la debo !
 ¡ Qué de suspiros me debe
 Que ardiendo van de mi pecho ,
 Y se hielan en su nieve !
 Gloria la daban mis prendas ,
 Y consuelo mis papeles ;
 Lo que mi lengua decia ,
 Eran inviolables leyes.
 Pasó este tiempo dichoso ,
 Por ser dichoso , tan breve ,
 Y en mil pesares y enojos
 Se trocaron mis placeres.
 ¡ Quién tal creyera ! olvidóme ,
 Y olvidado me aborrece
 Por un moro advenedizo ,
 Que no sé de quién descien de.
 Huélgate, mora enemiga ,
 Aunque á mi pesar te huelgues :
 Entra ufana en Vivarrambra ,
 Donde mis penas te alegren.
 Aqueso infame morillo ,
 Que aborrezco y favoreces ,

Atale al brazo tu toca ,
 Para que las cañas juegue.
 Que por Alá que has do verla
 Teñida en su sangre alevé ,
 Y en la tuya la tñera ;
 Mas soy hombre y muger eres.
 Por Mahoma, que estoy loco ,
 Mi sangre en las venas hierve ,
 La paciencia se me acaba ,
 Y mi juicio se pierde.
 Pero no me tenga el mundo
 Por el alcaide de Velez ,
 Ni me favorezca el cielo ,
 Ni la tierra me conserve ,
 El mas cobarde me mate ,
 Sin que tenga quien me venga ,
 Si á esta ciudad, si á este infierno
 A donde mi honra muere ,
 No la escandalizo, y vengo
 Mis agravios con la muerte
 De ese morillo cobarde ,
 Que es infame y se me atreve ;
 A quien quitaré la vida ,
 Y mil vidas, si mil tiene.
 Resuelto estoy, Reduan ,
 De vengarme ó de perderme ;
 Que un noble, si está ofendido ,
 Fácilmente se resuelve.

XVI.

Al lado de Sarracina
 Jarife está en una zambra
 Hablando en su amor primero
 De que fué la secretaria.
 ¿ Sois vos, le dice la mora ,
 Jarife, aquel de Daraja ,
 Aquel de fe templo, aquel
 Monstruo de perseverancia ?
 Tres años ha, caballero ,
 Que os llora por muerto España ;
 ¿ Si muerto, cómo en el mundo ?
 ¿ Si vivo, cómo sin alma ?
 El enamorado moro
 Por satisfacer la dama
 Ni en voz humilde ni altiva
 Así su lengua desata :
 El hilo de nuestras vidas
 En mano está de las Parcas :
 Ellas le rompen y tuercen ,
 Que fuerza de amor no basta.
 Si hubiera querido el cielo ,
 Que para mas mal me guarda,
 Puerta han dado mis empresas
 A mas de un morir de fama.
 Mas de una vez el maestre
 Midió conmigo su lanza :
 Mas de un golpe de los suyos
 Guarda por blason mi adarga.
 En la traicion de Muley

Y en la libertad de Zaida
 Si no derramé la vida,
 Fué culpa de mi desgracia.
 Aunque fué (si bien se mide)
 Cosa por razon guiada,
 Que no es justo pueda el hierro,
 Lo que no puede la rabia.
 Ví triunfar á mi enemigo
 De quien me venció sin armas,
 Yo el cuello puesto en cadena,
 Él su frente coronada.
 Ví adornados sus trofeos
 De mil laureles y palmas,
 Y el ave de Ticio fiera
 Celarse de mis entrañas.
 Entonces, entonces, muerte,
 A buena sazón llegarás;
 Tuviera el sepulcro el cuerpo
 Do tuvo su cielo el alma.
 Muriera donde á lo menos
 Supiera el mundo la causa,
 Donde mis placeres, donde
 Murieron mis esperanzas.

XVII.

Aquel valeroso moro,
 Rayo de la quinta esfera,
 Aquel nuevo Apolo en paces,
 Y nuevo Marte en la guerra;
 Aquel que dejó memoria.
 De mil hazañas diversas,
 Antes de apuntarle el bozo
 Por punta de lanza hechas,
 Aquel que es tal en el mundo.
 Por su esfuerzo y por su fuerza,
 Que sus mismos enemigos
 Le bendicen y le tiemblan;
 Aquel por quien á la fama
 Le importa que se prevenga
 Para contar sus hazañas
 De mas alas y mas lenguas;
 Zulema al fin, el valiente
 Hijo del fuerte Zulema,
 Que dejó en la gran Toledo
 Fama y memoria perpetua;
 No armado, sino galan,
 Aunque armado mas lo era,
 Fué á ver en Avila un día
 Las fiestas como de fiesta.
 En viéndole, la gran plaza
 Toda se alegra y se altera,
 Que en ver en fiestas al moro
 Les parece cosa nueva.
 En los andamios reales
 Los adalifes le ruegan
 Que se asiente, aunque se temen
 Que á todos los escurezca.
 Bendiciéndole mil veces
 Su venida y su presencia,

Le dan las damas asiento
 Dentro en sus entrañas mesmas.
 Pero al fin Zulema en medio
 De los alcaides se sienta,
 Que lo fueron por entonces
 De la mayor fortaleza.
 Cuando mas breve que el viento,
 Y mas veloz que cometa
 Del celebrado Jarama.
 Un toro en la plaza sueltan,
 De aspecto bravo y feroz,
 Vista enojosa y soberbia,
 Ancha nariz, corto cuello,
 Cuerno ofensivo y piel negra.
 Descúpale la plaza
 Toda la mas gente de ella:
 Solo algunos de á caballo,
 Aunque le temen, le esperan.
 Piensan hacer suerte en él,
 Mas fuéles la suya adversa,
 Pues siempre que el toro embiste
 Los maltrata y atropella.
 No osan mirar á las damas.
 De pura vergüenza de ellas;
 Aunque ellas tienen los ojos
 En otra fiera mas fiera.
 A Zulema miran todas,
 Y una disfrazada entre ellas,
 Que hace á todas la ventaja
 Que el sol claro á las estrellas,
 Le hizo señas con el alma.
 De quien son los ojos lengua,
 Que esquite aquellos azares,
 Con alguna suerte buena.
 La suya bendice el moro,
 Pues gusta de que se ofrezca
 Algo que á la bella mora.
 De su deseos dé muestra.
 Salta del andamio luego,
 Mas no salta, sino vuela;
 Que Amor le prestó sus alas
 Como es suya aquesta empresa.
 Cuando ve que á un hombre el toro
 Con piés y manos le huella;
 Y siendo sujeto al hombre
 Agora al hombre sujeta;
 A pié se parte á librarle,
 Y aunque todos le vocean,
 Ne lo deja, porque sabe
 Que está su victoria cierta.
 Llega al toro cara á cara,
 Y con la indomable diestra
 Esgrime el agudo alfange
 Haciéndole mil ofensas.
 Retírase el toro atras,
 Librase el que estaba en tierra,
 Grita el pueblo, brama el toro,
 Vuelve á aguardarle Zulema.
 Otra vez vuelve á embestille,
 Y mejor que la primera

Le acierta y riega la plaza
 Con la sangre de sus venas.
 Brama, bufa, escarba, huele,
 Anda al rededor, pateá,
 Vuelve á mirar quien le ofende,
 Y de temelle da muestra.
 Tercera vez le acomete,
 Echando por boca y lengua
 Blanca y colorada espuma
 De corage y sangre hecha.
 Pero ya cansado el moro
 De verle durar, le acierta
 Un golpe por do á la muerte
 Le abrió una anchurosa puerta.
 Levanta la voz el vulgo,
 Cae el toro muerto en tierra,
 Envidianle los mas fuertes,
 Bendicente las mas bellas.
 Con abrazos le reciben
 Los Azarques y Vanegas,
 Las damas le envían el alma
 A darle la enhorabuena.
 La fama toca su trompa,
 Y rompiendo el aire vuela,
 Apolo toma la pluma,
 Yo acabo, y su gloria empieza.

XVIII.

Ocho á ocho, diez á diez
 Sarracinos y Aliatares
 Juegan cañas en Toledo
 Contra Alarifes y Azarques.
 Publicó fiestas el rey
 Por las ya juradas paces
 De Zaide, rey de Belchite,
 Y del granadino Atarfe.
 Otros dicen que estas fiestas
 Sirvieron al rey de achaques,
 Y que Zelindaja ordena
 Sus fiestas y sus pesares.
 Entraron los Sarracinos,
 En caballos alazanes,
 De naranjado y de verde
 Marlotas y capellares.
 En las adargas traían
 Por empresas sus alfanges
 Hechos arcos de Cupido,
 Y por letra: *Fuego y sangre*.
 Iguales en las parejas
 Les siguen los Aliatares
 Con encarnadas libreas
 Lleas de blancos follages.
 Llevan por divisa á un cielo
 Sobre los hombros de Atlante,
 Y un mote que así decia:
Tendrélo hasta que me canse.
 Los Alarifes siguieron
 Muy costosos y galanes
 De encarnado y amarillo,

Y por mangas almaizales,
 Era su divisa un nudo
 Que le deshace un salvaje,
 Y un mote sobre el baston,
 En que dice: *Fuerzas valen*.
 Los ocho Azarques siguieron
 Mas que todos arrogantes
 De azul morado y pajizo,
 Y unas hojas por plumages.
 Sacaron adargas verdes,
 Y un cielo azul en que se asen
 Dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.
 No pudo sufrir el rey,
 Que á los ojos le mostrasen
 Burladas sus diligencias,
 Y su pensamiento en balde.
 Y mirando á la cuadrilla,
 Le dijo á Selin su alcaide:
 Aquel sol yo lo pondré,
 Pues contra mis ojos sale.
 Azarque tira bohordos,
 Que se pierden en el aire,
 Sin que conozca la vista
 A do suben, ni á do caen.
 Como en ventanas comunes
 Las damas particulares,
 Sacan el cuerpo por verle
 Las de los andamios reales:
 Si se adarga ó se retira,
 Del mitad del vulgo sale
 Un gritar: Alá te guie,
 Y del rey, un muera, dadle.
 Zelindaja sin respeto
 Al pasar por rociale,
 Un pomo de agua vertía,
 Y el rey gritó: paren, paren,
 Creyeron todos que el juego
 Paraba por ser ya tarde,
 Y repite el rey zeloso:
 Prendan al traidor de Azarque.
 Las dos primeras cuadrillas
 Dejando cañas á parte,
 Piden lanzas, y ligeros
 A prender al moro salen:
 Que no hay quien baste
 Contra la voluntad de un rey amante.
 Las otras dos resistían
 Si no les dijera Azarque;
 Aunque Amor no guarda leyes,
 Hoy es justo que las guarde.
 Rindan lanzas mis amigos,
 Mis contrarios lanzas alcen.
 Y con lástima y victoria
 Lloren unos, y otros calleo
 Que no hay quien baste
 Contra la voluntad de un rey amante.
 Prendieron al fin al moro,
 Y el vulgo para libralle
 En acuerdos diferentes

Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo,
Que los incite y los llame,
Se deshacen los corrillos
Y su motin se deshace:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.

Sola Zelindaja grita:
Libradle, moros, libradle;
Y de su balcon queria
Arrojarse por librarle.
Su madre se abraza de ella,
Diciendo: loca ¿qué haces?
Muere sin darlo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.

Llegó un recado del rey,
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dijo Zelindaja: digan
Al rey que, por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque:
Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.



PARTE II.

ROMANCES PASTORILES.

I.
El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco
Entre espadaños y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos,
Y todo el árbol dos vides
Entre racimos y lazos:
Al son del agua y las ramas
Heria el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, punta, vides y árbol.
Este con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su gloria,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Tejido un nido en lo alto,
Y que con arrullós roncós
Los picos se estan besando.
Tomó una piedra el pastor,

Y esparció en el aire vano
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:
Dejad la dulce acogida:
Que la que el Amor me dió,
Envidia me la quitó,
Y enviada os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad,
Pues que se perdió la mía:
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.

Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
A donde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió que en un verde pino
Otra vez se estan besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:

Voluntades, que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte;
¿Quién habrá que las aparte,
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya tenéis compañía,
Quiero esperar que algun día
Con Filis me juntaré.

II.

De las africanas playas
Alejado de sus huertas
Mira el forzado hortelano
De España las altas tierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apenas se determina
Si son cabras ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabañas,
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho cubierto,
Y las hervientes arenas,
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
O sagrado mar, le dice,
Haz con mis suspiros treguas;
Perdona si ellos ó el viento
Son causa de tu tormenta.
Pásame en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro
El mejor de mis dehesas.
No quiero que mis deseos
Vayan á tierras ajenas;

Da vida á un nuevo Leandro,
 Que en tus manos se encomienda.
 Esto diciendo el forzado,
 En las blandas ondas se echa
 Con los brazos á remar ;
 Hiende , rompe , rasga y huella.
 Mas allá á la media noche
 Cuando los miembros le aquejan ,
 Temeroso de su daño
 Habló así á las ondas fieras :
 Queridas y amadas ondas ,
 Pues determinais que muera ,
 Dejadme salir amigas ,
 Que yo os pagaré esta deuda.
 Fuéle el viento favorable ,
 Oyó fortuna sus quejas ,
 Y al nacer el rubio sol ,
 Hizo pié sobre la arena.
 Dió gracias al mar piadoso,
 Al viento, norte y estrellas ,
 Y con ceremonia humilde
 Besó y adoró la tierra.

III.

Al dulce y sabroso canto
 De las aves placenteras ,
 Ya recaudaba la aurora
 La oscura nube desierta ,
 Cuando un pastor desdichado
 De ningun sueño recuerda ,
 Porque quien cuidados tiene ,
 ¿ Cómo es posible que duerma ?
 Y por hacer compañía
 A las aves que se quejan
 De algun agravio de Amor,
 Así tambien se querella :
 Ingrato Amor, Silvia ingrata ,
 Ciego Amor, hermosa fiera ,
 Mas que las selvas doblada ,
 Y mas que las selvas bella ;
 Quien te dió de Silvia el nombre
 Bien dijo, pues que la selva
 Las fieras bestias produce ,
 Osos y tigres alberga.
 Tú dentro tu pecho hermoso
 Desden y crueldad encierras ,
 Fieras mas duras y esquivas
 Que tigres y que otras fieras :
 Pues estas suelen moverse
 A mansedumbre y clemencia ,
 Mas á tu rigor no pueden
 Vencer mis dones y ofertas.
 ¡ Triste ! que cuando te envío
 Flores hermosas y nuevas ,
 Tú las desdeñas , quizá
 Porque en tí las hay mas bellas.
 Y si escogidas manzanas
 Te llevo , tú las desechas ,
 Quizá porque mas hermosas

Las de tu seno se muestran.
 ¡ Triste ! que cuando te ofrezco
 La dulce miel , la desprecias ,
 Quizá por ser mas sabrosa
 La que tus labios encierran ;
 Pero si no puedo darte
 Otros dones de mas cuenta ,
 Y aquestos en tí se hallan
 Con mas dulzura y belleza ;
 A mí mesmo te he entregado ,
 Y aun este don menosprecias ,
 Que en otro tiempo estimaste ,
 Mas al fin todo se trueca :
 Con esto acabó el pastor ,
 Para no acabar sus quejas ,
 Hasta que acabe la vida ,
 O la razon que hay en ellas.

IV.

Presta la venda que tienes ,
 Amor , á la bella niña ,
 Para que cubra los ojos
 Con que da muerte y da vida.
 Los mas libres corazones
 Prende con sola una vista ,
 Los mas soberbios sujeta ,
 Y los mas firmes derriba.
 Y aunque muriendo viva ,
 Goza de gloria el alma que cautiva.

Si no quieres de tus flechas
 Gozar solas las cenizas ,
 Y que de tus tiernos brazos
 Te quite el arco y se rinda ,
 Déjale la venda y huye ,
 De ella te oculta y te libra ;
 Que no hay quien hoy se le escape
 De cuantos sus ojos miran.
 Y aunque muriendo , etc.

No hay zagal en el aldea
 De noble ó de baja estima
 Que la señal de su hierro
 No traiga en su rostro escrita.
 De lo que las almas sufren
 Salen al rostro las pintas ,
 Y por los ojos descubren
 Lo que los suyos lastiman.
 Y aunque muriendo , etc.

V.

En tanto que la tormenta
 Del airado mar se amansa ,
 Y que se enjagan las redes
 Y mi barquilla descansa ;
 Al son de las olas fieras ,
 Que en estas peñas desbravan ,
 A cuyos golpes se mueven
 Mas que á mis males mi ingrata ;
 Quiero hacer un discurso

De mi vida lastimada ,
 Y cantar con voz de cisne ,
 Si es verdad que el cisne canta.
 Agora pises la arena ,
 Soberbia y hermosa Glauca ,
 Desdeñando la tormenta
 Como desdeñas mi alma ;
 Agora con tus amigas
 Sobre las redes sentada
 Cuentas de los pescadores
 Las enamoradas ansias ;
 Escucha las que padezco ,
 Hermosa ingrata , á tu causa ,
 Que bastarán á ablandarte
 A no ser de piedra helada.
 Apenas supo la lengua
 Articular las palabras
 Cuando sembré por el aire
 Mis quejas y tu alabanza.
 Y tú sabes bien que apenas
 Eché las redes al agua ,
 Cuando me enredé en tus hebras ,
 Que son redes de esta playa.
 Crecieron en mí los años ,
 Y subieron las desgracias
 Al peso de mis desdichas ,
 Que fueron siempre pesadas.
 Nunca las puertas de Oriente
 Abrió tan hermosa el Alba
 Cuando saca de alhelies
 Las bellas sienes ornada ,
 Que á los ojos de tu Albano
 No le hicieses tú ventaja
 Con salir ella á dar luz ,
 Y tú á lastimar entrañas :
 Ni jamas llegó la noche
 Envuelta en sus negras alas ,
 Que de mis llorosos ojos
 No quedases obligada.
 Para obligarte á querer ,
 Mil ejemplos hay que bastan ,
 No solo en los pescadores ,
 Mas en las silvestres plantas.
 El mirto quiere á la oliva ,
 Y la palma ama á la palma ,
 La hiedra y la vid al olmo
 Con tiernos brazos le abrazan.
 Sola tú , homicida mia ,
 Que tienes de roca el alma ,
 A los golpes amorosos
 Ni te humillas ni te ablandas.
 No hay piedra en estas riberas
 En cuyas duras entrañas
 No estén por mi mano escritos
 Los nombres de Albano y Glauca.
 No hay piedra en ella tan dura
 Como tu condicion brava.
 Pues me dan el acogida
 Que en tus entrañas me falta.
 Desterráronme desdichas ,

Que siempre son mis contrarias.
 Cadenas ciñen el cuerpo,
 Y tus desdenes el alma.
 En la fe que te tenia
 He vivido sin quebralla,
 Que no desatan prisiones
 Los nudos que atan el alma.
 Pero si aquí me acabaren
 Mis ausencias y tu saña
 Dejando á mis enemigos
 En las manos la venganza ;
 A tí, desdeñosa mia,
 Quiero suplicar que vayas
 A hallarte en mis exequias,
 Pues de ellas fuiste la causa.
 Y con un suspiro mudo,
 Con una lágrima falsa
 Sobre el helado sepulcro
 Honres la ceniza helada.
 Esto está diciendo Albano
 En tanto que el mar se amansa,
 Que con erizado cerro
 Las estrellas amenaza.

VI.

Por un dichoso favor,
 Que ayer me atreví á pedir,
 De zelos me hacen morir
 Estando muerto de amor.
 Vivía tan avariento
 Mi deseo, que buscaba
 Cuando en un contento estaba
 Otro segundo contento :
 Entendiéronme el humor,
 Y porque aprenda á pedir,
 De zelos me hacen morir
 Estando muerto de amor.
 Esto cantaba Riselo
 Despues de haber escuchado
 Las quejas de un ruiseñor
 Que llora y está cantando.
 Maldice sus pensamientos
 Porque volaron tan alto,
 Maldice memorias tristes
 Nacidas de agravios caros :
 Maldice el verde laurel
 Que en aquel siglo dorado
 Ciñó sus dichosas sienes
 Riberas del Tormes claro :
 Maldice la grama verde
 Que paciera su ganado,
 Maldice el cercerro nuevo
 De su conocido mauso.
 Maldice una corderuela
 A quien ha querido tanto
 Que la crió en su zurrón
 Llevándola siempre en brazos :
 Y maldice á quien amase
 Favor alguno negado ;

Que si Amor anda desnudo
Es porque el vestido ha dado.
Por su Narcisa lo dice,
Que en la villa y en el prado
Por tasa le da los gustos,
Y los zelos no tasados.
Fuése tras esto el pastor
Huyendo de su cuidado :
Pero luego le alcanzó,
Y volvió á penar doblado.

VII.

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido
Entre las rosas y flores
Jugando con otros niños :
Cual trepa por algun saúce
Presumiendo buscar nidos,
Cual cogiendo el fresco viento
Por coger los pajarillos :
Cual hace jaulas de juncos,
Cual hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos
Y troncos de los olivos.
Cuando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos,
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños,
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
El rapaz pierde el sentido,
Vase corriendo á su madre
A quien lastimado dijo :
Madre mia, una avecita
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco.
La madre que lo conoce
Vengada de verle herido
De cuando la hirió de amores
De Adonis, que tanto quiso;
Medio riendo le dice :
De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecita
Semejantes en el pico.

VIII.

Noche templada y serena,
Que como madre piadosa
Das á mis quejas silencio,
Entre los vivos tú sola;
Oye despacio y no temas;
Pues no menos que tu sombra
Recelan mis ojos tristes
La venida de la Aurora.

En tanto que á estas murallas,
Do mi enemiga reposa,
Dan asalto mis suspiros
Y combaten mis congojas.
¡ Cuitado del que llora
A lenguas mudas y á paredes sordas !
No duermas, fiera enemiga,
Segura de tu victoria,
Que no hay victoria segura
Donde hay fortuna dudosa.
No soy tan flaco contrario
Que mi razon mucha ó poca
A contrastar no bastará
La tigre mas espantosa.
¡ Cuitado del que llora, etc.
Goza, cruel, tu sosiego,
Que esta mi voz temerosa
Poco te ofende en quejarse
Si con su daño te gozas.
Den voces por mi las piedras,
Llamándote rigurosa ;
Que si de serlo te precias,
Tus enemigos te honran :
Y si por yerro me vieres,
Haz que de verme te asombres,
Que si el pecado es cobarde
Con razon vives medrosa.
¡ Cuitado del que llora
A lenguas mudas y á paredes sordas !

IX.

Apolo con su laurel,
Y el Dios Marte con su roble
Corona de plumas y armas
De sabios y fuertes hombres,
La memoria de su padre
Tan glorioso entre españoles,
Y la fama que le espera
Con sus eternos loores,
Todos llaman á la guerra
A Lisardo, ilustre jóven,
Que está durmiendo seguro
Sobre la yerba de un bosque.
A la guerra, dice el rio,
Que junto á sus plantas corre ;
Las aves sobre los sauces,
Los ganados en los montes,
Parece que todos juntos
Al son de los atambores,
Dicen : á la guerra, guerra,
A la guerra, mozo noble.
Despierta metiendo mano,
Ya voy, ya parto, responde :
Y encontró que era cayado
Lo que imaginaba estoque.
No importa, dice el mancebo,
Que aqueste pellico pobre
Riberas del Tajo tiene
Espadas para los hombres.

Sobre tu vega famosa
 Tengo yo famosas torres,
 Envidiadas por ventura
 De los que mandan las córtes.
 A donde las voces sueñan,
 A caminar se dispone;
 Cuando siente que le tiran
 Llamándole por su nombre.
 Volvió los ojos airados,
 Y vió los de Alcida, donde
 Llorando perlas, hacia
 Oriente la tierra entonces.
 ¿A dónde te vas sin mí,
 O capitán de traidores?
 Pero Lisardo le dice:
 No te lastimes, amores;
 Que voy á ver una garza,
 Que volaba y despertóme.
 Pues llévame allá contigo.
 Primero que se remonte;
 Que yo te tendré la flecha,
 Mientras tú la cuerda pones.
 Quemaráte el sol, mis ojos,
 Envidioso de tus soles;
 Por detenerte, las zarzas
 Herirán tus piés si corres.
 No importa, le dice Alcida,
 Porque ya el sol me conoce;
 Y tú me sueles decir,
 Que cuando me ve se esconde.
 Y otra vez me aseguraste
 Huyendo tus ocasiones,
 Que á las zarzas por do iba
 Mudaban mis piés en flores.
 Mas Lisardo le replica:
 A la guerra voy, amores,
 Apolo, Marte y la Fama
 Me llaman, que bien los oyes.
 Alcida entonces turbada
 Su rubio cabello rompe,
 Diciendo: enemigo mío,
 Allá vayas, y no tornes.
 Mas vete en paz á tu guerra,
 Que á buen seguro te acoges,
 En llevar el alma mia
 Por defensa de los golpes.
 Mal podrán mis tiernos años
 Detener tus piés veloces,
 Y mas si llevan en ellos
 Mis obras y mis razones.
 Llegó Belardo en aquesto,
 Y con algunos pastores
 Sobre el pellico de seda
 Le vistieron armas dobles.

Una estatua de Cupido,
 Que al templo de unos pastores
 De dios de amor le servia,

Siendo dios de sin razones;
 Colgaba el pastor Belardo
 De la alta rama de un roble,
 Que quiere que lleve el fruto
 A su dureza conforme.
 Desciñéndose la honda
 De un arroyo piedras coge,
 Y resonando los valles,
 La dorada imagen rompe.
 Abí te quedarás, le dice,
 Persecucion de los hombres,
 Maestro de hacer agravios,
 Inventor de traiciones;
 Aspid fiero que se cria
 Dentro de los corazones,
 Que su propia sangre bebe,
 Y de sus entrañas come;
 Locura en que dan las almas,
 Alegre mal y bien pobre,
 Enfermedad sin remedio,
 Que con él se aumenta al doble;
 Padre de zelos y olvido,
 Ladron de puertas y torres,
 Afrentador de linages,
 Ingeniero de traidores;
 Mejor estarás ahí,
 Donde te echen maldiciones,
 Que no en los sacros palacios
 A donde necios te adoren.
 La estatua solo te afrento
 Por si á los cielos te acoges,
 Para que viéndote infame,
 De allá te arrojen los dioses.
 En esto vió que bajaban
 Al valle algunos pastores,
 Y contándoles el caso
 Les ruega que le perdonen.
 Por mi parte, dijo Albanio,
 No hayas miedo que me enoje
 Que allá me tiene diez años
 De mi vida los mejores.
 Sin razones, dijo Alcino,
 Que entonces amaba á Floris.
 Sacar al Dios de su templo,
 Y deshonoralle en el monte.
 El amor en si no es malo,
 Mire el hombre lo que escoge;
 Que si sus ojos le engañan,
 Es justo que ellos le lloren.
 Mientras ellos argüian,
 Se fué acercando la noche,
 Y Filis con otras damas
 Bajó de secreto al bosque.
 Llegó piadosa á Cupido,
 Y de la rama quitóle;
 Como aquella que tenia
 Mayores obligaciones.
 Que no es bien, dijo llorando,
 Que por un villano torpe
 Un dios tan bello se afrente,

Y que de infame le noten.
 Este hizo á mi hermosura
 Celebrada en todo el orbe,
 Y que ya en mi edad postrera
 Descanso y oro me sobre.
 Con esto muy triste Filis
 De la sogá desatóle,
 Haciéndole sepultura
 Entre jazmines y flores.

ix.

Continuacion del anterior.

¿Cuándo cesarán las iras,
 De tus injustos desdenes,
 Cobarde enemiga mía,
 Que no perdonas y puedes?
 Yo confieso que venciste:
 ¿Qué Alcides piensas que vences
 Sino á un hombre que te llama,
 Siendo flaca, muger fuerte?
 ¿Cuándo riberas del Tajo
 Miraré del sol la frente,
 Sin que me queume tu lumbre
 Porque de mí no te vengues?
 Cansada tengo la noche
 De llamarla para verte,
 La ventura de ayudarme,
 Y la luna de esconderse.
 Yo que no me contentaba
 Con tus brazos muchas veces,
 Ya me consuelo, enemiga,
 Con ver tu calle, y volverme.
 Los hierros de tu ventana
 Quiere amor que adore y bese,
 A devocion de tu alma
 De quien su dureza aprenden.
 ¡O larga desdicha mía!
 Mas no es razon que me queje,
 Bien es yerro que te adore,
 Quien anduvo errado siempre.
 Estas piedras son testigos,
 De que cubierto de nieve
 Me halló mil veces el sol,
 Antes que el tuyo saliese.
 Y agora por no aguardar
 A que tu nieve me queume,
 Paso el puerto temeroso
 De que á tu puerta me quede.
 Para que no me conozcan
 Has mudado las paredes,
 De quien era hiedra amada,
 Mientras estabas ausente.
 Quizá porque escrito estaba
 El nombre que tú aborreces;
 Que lo borrado en el alma,
 En las paredes ofende.
 Cuando, ingrata, me querias,
 No habia quien no trujese
 Los dos nombres en la boca,

Que ahora enfadan la gente,
 Y así enfada el tiempo mismo,
 De que no puede vencerme,
 Aunque yo lo canso, y digo,
 Que tu hermosura me vence:
 Que mientras fueres hermosa,
 No dejaré de quererte;
 Y seráslo siempre, ingrata,
 Porque pene eternamente.
 Vengaste tu estatua, amor,
 Afloja el cordel, no aprietes
 Ofensor mártir del alma,
 Deja el cuerpo que no siente.
 Tu estatua colgué de un roble;
 Todo se sufre á quien pierde;
 Viva Filis, venció Filis,
 Vive Amor, Belardo muere.
 Con esto orilla del Tórmea
 Sus aguas llorando crece
 El mas verdadero amante,
 Y el mas agraviado siempre.

xii.

Quando las sagradas aguas
 Del ancho y sagrado Betis
 Con la multitud de barcos
 Con dificultad parecen;
 Cuando entoldadas las popas
 De juncia y de ramas verdes
 En el agua escaramuzan
 A pesar de sus corrientes;
 Cuando mil alegres cantos,
 Que los sentidos suspenden,
 Interrumpen á los vientos,
 Y enamoran á los peces;
 Cuando en las torres mas altas
 Mil luminarias parecen,
 Y cual veloces cometas
 Atraviesan los cohetes;
 Entonces, mi Jacinto, amor me tiene
 Sin tí, siu mí, sin libertad, sin verte.
 Envidiosos de mi bien
 Fortuna y amor me tienen,
 El uno en prision el cuerpo,
 El otro el alma en sus redes
 En vez del ligero barco
 Entoldado de laureles
 Tengo un triste calabozo,
 Do mis pensamientos remen,
 El agua por do navega,
 Es la que mis ojos vierten;
 Que aunque á mi fuego no basta,
 Basta para que me anegue.
 Y del implacal le fuego,
 Que en mis entrañas se ensavade,
 Cual los cohetes veloces
 Salen suspiros ardientes.
 Ecos de suspiros fristes
 Son mis canciones alegres;

Tal estoy, que cuando el cielo
Su favor al mundo ofrece,
Entonces, mi Jacinto, amor me tiene
Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.

xiii.

Escóndete en tu cabaña,
Serrana, y cierra la puerta,
Que viene sin venda el ciego
Desde la corte á la aldea.
Ningun serrano se escapa,
Ni serrana en toda ella,
Si él con la vista le alcanza,
Que no le hieran sus flechas;
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.

No tiene fuerza el acero,
Ni aprovecha resistencia;
Que trae puntas de diamante,
Y en el arco cuerda nueva:
Y si una vez él te tira,
Guárdate, serrana bella,
Que en blanda cera convierte
Pechos de bronce y de piedra.
Y en haciendo la presa, etc.

El mas bravo corazon
Con el mas humilde mezcla;
Y con bravo pecho abate
Las cervices mas enhiestas.
Es cazador tan seguro,
Que quien mas huye su diestra,
Con mas presteza le alcanza,
Y mas presto de él se venga;
Y en haciendo la presa, etc.

Zagala, páguete el cielo,
Dijo la serrana bella,
El aviso, y en tus cosas
Dichoso suceso tengas.
Ya conoce aqueste pecho
Con tiempo sus falsas tretas;
Mil veras mezcla con burlas,
Y entre las burlas mil veras:
Y en haciendo la presa, etc.

Del centro de mis cuidados
Robó la mas rica prenda,
Arrojada en el olvido
Con guerra de falsas presas.
Dentro en mil memorias vivas
Están las cenizas muertas;
Paga al fin como traidor;
Quien le sirve poco medra;
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.

xiv.

Peñas del Tajo deshechas
Del curso eterno del agua,
¿Cómo el de los ojos míos

Un pecho tierno no ablanda?
Bien parece que se rie
Entre vosotras la ingrata,
Que me ha desterrado el cuerpo,
Y me ha perseguido el alma.
Gozosa Filis se goza
De quien me destruye y mata,
Como si el vencer un muerto
Diese victoria tan alta.
Humilde sufriendo estoy
El cuchillo á la garganta,
Y con ser sentencia injusta
No le replico palabra.
Mis agravios me dan voces,
Para que tome venganza;
Yo acállolos con decirles
Que poca vida me falta.
Aconsejoles que sufran,
Y respóndenme que osáran,
Si como ella tiene el pecho,
Tuviera yo las entrañas.
¿A quién se humilla el leon?
¿Quién con ser fiera le agravia?
Y á mí me mata de celos
Una muger enojada.

xv

Quien dijese que la ausencia
Causa olvido en quien bien ama,
Mi firmeza lo desmiente,
En quien verá que se engaña.
Ausente en el Tajo vivo,
Y allá me tiene mi alma
En sus fértiles riberas
La salobre Guadiana.
Crecen mas con el ausencia
Mi fuego y mi confianza;
Que la memoria importuna
Mas mi sentido levanta.
Ayuda la soledad
Entre estas sierras ingratas
A mis voces y á mi llanto,
A mis quejas y á mis ansias.
Solo con voz mentirosa
Me responden y me engañan,
Formada en hondas cavernas
Y entre peñas erizadas.
Si amor digo, amor responden:
Si alma digo, dicen alma:
Si Tirsi, responden Tirsi:
Y si la llamo, la llaman.
Amanecerá tu sol
Hará mayo mi esperanza
A mis prados ya sin flores,
Y á mis agostadas ansias.
Entonces los falsos ecos,
Y con ellos las montañas
Callarán y serán mudos,
O reventarán si hablan.

Viendo entonces yo mis glorias
 En aquel día que aguardan,
 Por entre confusas voces
 Daré la vuelta á mi patria.
 Rompiendo montes inciertos,
 Dificultades contrarias,
 Iré á tus brazos, señora,
 Por mil sendas no pisadas:
 Vendráste tú á mi corriendo
 De gozo y gritos bañada,
 Mirarás firme mis ojos,
 Miraré alegre á tu cara.
 Colgaráste de mi cuello,
 Penderé de tu garganta,
 Harémos los dos alegres
 Una vida de dos almas.
 Así cantaba Menalio,
 Dándose triste esperanza,
 Respirando de sus penas:
 Porque quien llora descansa.

XVI.

Soledad que aflige tanto,
 ¿Qué pecho habrá que te sufra?
 Libertad preciosa y cara,
 Mal haya quien no te busca.
 Por una parte paredes,
 Por otras rejas tan juntas,
 Que ni el sol por ellas entra,
 Ni las penetra la luna.
 En los balcones candados,
 En las puertas llaves duras,
 Y dura la condicion,
 Que nos cierra y que nos culpa.
 El invierno en lo sombrío,
 El verano en las estufas,
 Medio encantados los ojos,
 Y la lengua casi muda,
 De pesares todo el año,
 De placer hora ninguna,
 Soledad que aflige tanto,
 ¿Qué pecho habrá que te sufra?
 A los discretos nos niegan,
 Y cuando necios nos buscan,
 Nos sacan á que nos muelan
 Con razones importunas.
 Eternos son nuestros males,
 Nuestros bienes de fortuna:
 Libertad preciosa y cara,
 Mal haya quien no te busca.
 Aquesto cantaban
 A sus almohadillas
 Dos niñas labrando
 Pechos de camisa.
 Cerrólas su madre,
 Fuése por la villa
 A dar parabienes,
 Y á consolar viudas.
 ¿Qué ha visto en el tiempo,

Dijo la mas chica,
 Señora, que cierra
 Lo que no solia?
 ¿Quién canta de noche?
 ¿Quién habla de día?
 ¿Quién hay que nos lea?
 ¿Quién que nos escriba?
 Estrechura tanta
 Plegue á Dios no sirva,
 De que el sufrimiento
 Desespere aprisa.
 En corrillos andan
 Todas las vecinas
 Sembrando sospechas,
 Cogiendo malicias.
 El gusto pasado
 Se trocó en acibar,
 La soltura en cárcel,
 En llanto la risa.
 A lo que es recato
 Llamarán caída,
 Que ha dado el honor
 Ligera y alliva.
 Madre la mi madre,
 Miedo guarda viña:
 Mas hace quien ruega,
 Que no quien castiga.
 Si la planta nace
 De suyo torcida,
Tarde de la enderezan
 Varas que la arriman.
 Escuchais consejas
 De dueñas valdías,
 Que en la iglesia pasan
 Cuentas y mentiras:
 Y sobre nosotras,
 Vuestras enemigas,
 Pareccis enublado,
 Que atruena y grauiza.
 Yo de mi cosecha
 Me soy teatina,
 Medrosa de engaños,
 Y esperanzas tibias
 No echeis tantas llaves.
 Porque no se diga,
 Que no hay que fiar
 De quien no se fia.

XVII.

Escuchad, las que de Amor
 La falsa ley adorais,
 Y vereis en mis desdichas
 Su gloria y cielo infernal.
 Mal digo, no me escuchéis,
 Que si de veras amais,
 En amantes corazones
 El desengaño es mortal.
 Un basilisco adoré,
 Cárcel de mi libertad,

Que mataba con los ojos ,
 Y daba vida en matar.
 Enamoréme cual niña ,
 Supe como vieja amar ,
 Que amor sus iguales busca ,
 Y en las almas no hay edad.
 Dile el alma de mi pecho ,
 Lo mas que le pude dar :
 Que el niño amor , como es dios ,
 Nunca menos que almas da.
 Quisome mas que á sus ojos ,
 Yo le gané en la mitad ;
 Mas si es igual el amor ,
 Nunca es la ventura igual.
 Engañóme con palabras ,
 Que no faltarán jamas :
 Mas cuando se carga mucho ,
 Son fáciles de quebrar.
 Dejóme como tirano ,
 A otra sirve , y quiere mas :
 Las que amais , mirad si es pena ,
 Si acaso podeis mirar.
 Dos años contenta estuve
 Sin temor de aqueste afan ,
 Que cuando se goza el bien ,
 Nunca se recuerda el mal.

XVIII.

Deten tu curso , fortuna ,
 De perseguirme te cansa :
 Que para tan fieros golpes.
 Tan flacas fuerzas no bastan.
 Mas si nací sin ventura ,
 Y sujeto á tus mudanzas ,
 Sin remedio á mis desdichas
 Anda con su rueda vária.
 Solo el tiempo me consuela :
 Que tiene ligeras alas ,
 Y nada en él permanece :
 Porque al fin todo se cansa.
 Y así , aunque me falta el bien ,
 No he perdido la esperanza ;
 Que el mal , temprano ó tarde ,
 Par mas que me atormente , ha de aca-
 Corre , fortuna enemiga , (barse.)
 De mis bienes descuidada ,
 Sube á todos en tu cumbre ,
 Y á mí hasta el centro me baja.
 Triunfa á prisa de mis males ,
 Ríete de mis desgracias ,
 Enmudece en mi provecho ,
 Y para mi daño habla.
 Dame disgustos sin cuenta ,
 Y ponme á los gustos tasa ;
 Que yo en el tiempo confio ;
 Y así , aunque el bien me falta ,
 No he perdido del todo la esperanza.
 Dicen que ve muchas penas
 El que tiene vida larga ;

Mas yo bien poco he vivido
 Y en tan poco he visto hartas.
 Nada sino penas tengo ,
 Las glorias de mí se apartan ,
 Hallo en cosas ciertas dudas ,
 Sounté las propias contrarias.
 Mas de la recia tormenta
 Salgo asido como á tabla
 Del tiempo que es mi defensa :
 Porque al fin todo lo acaba.
 Y así , aunque el bien me falta ,
 No he perdido , etc.

Tengo un noble pensamiento ,
 Que me defiende y me guarda ;
 Si me derriban desdichas
 En sus hombros me levanta.
 De ordinario está conmigo ,
 Nunca de mi pecho falta ,
 Memorias tristes me cercan ,
 Y él solo las desbarata.
 Alégrame en mis tristezas :
 Pero no lo estimo en nada ,
 Sino que le ayude el tiempo :
 Porque al fin todo lo acaba ;
 Y así , aunque el bien me falta , etc.

A orillas de Manzanares
 Un ausente de su patria
 Esto á su fortuna dice ,
 Que con él ha sido avara.
 Y entre suspiros y quejas
 Se volvió á mirar el agua ,
 Y cesando el llanto tierno
 Le dijo aquestas palabras :
 El curso llevas ligero ,
 Corres á prisa , y no paras ;
 Pero acabaráte el tiempo :
 Qué el tiempo todo lo acaba.
 Y así , aunque el bien me falta ,
 No he perdido del todo la esperanza :
 Que el mal , temprano ó tarde , (barse.)
 Por mas que me atormente , ha de aca-

XIX.

Enemiga de mis glorias ,
 Hártate de mis agravios :
 Que mas sufrimiento tengo ,
 Que rigor tu pecho ingrato.
 Tu hermosura me ha vencido ;
 Pero no tus desengaños :
 Que cuanto mas me aborreces ,
 Mas en tu hielo me abraso.
 ; Cómo puede ser posible
 En mí y en tí tal milagro ,
 Que tú me mates el alma ,
 Y que yo te adore tanto ?
 Por ser de mí fe testigos
 Estas paredes de mármol ,
 Ya con mi llanto deshechas .
 Solo con ellas descanso :

Pero si viviste dentro
 Seránme testigos falsos ,
 Que encantas con la belleza
 Como otro Orfeo cantando.
 Mi remedio está en la muerte ,
 Pero mi vida en tus manos ;
 Que porque jamas descanse
 Vive mi muerte á tu cargo.
 Pues no te cansa olvidarme :
 No puedo cansarme amando :
 Aborreceme riendo ,
 Que yo te amaré llorando.
 Y en esta eterna porfia
 Eternamente vivamos ,
 Porque no triunfe la muerte
 De dos extremos tan altos .



PARTE III.

ROMANCES HEROICOS.

I. — BELLEZA DE ELENA.

Desde una soberbia torre
 De aquellas que al fuerte alcázar
 De la inexpugnable Troya
 Sirven de adorno y de guarda ;
 Los mas ancianos varones
 Sobre cuyos hombros carga
 Todo el peso de la guerra
 Que es mayor que el de las armas ;
 Estaban mirando un dia
 Una reñida batalla
 Que fuera del ancho muro
 Troyanos y griegos traban.
 Ven que de una parte y otra
 La tierra en su sangre bañan ,
 Y que alaridos y polvo
 Hasta el cielo se levantan.
 Que unos se encuentran furiosos
 De tal suerte , que las astas .
 En piezas al aire suben ,
 Y ellos á la tierra bajan :
 Que otros firmes en la silla
 Ponen mano á las espadas ,
 Y dan y reciben golpes
 Hasta dar tambien las almas :
 Que los caballos sin dueño
 Relinchan , corren y saltan ,
 Y á muchos de los de á pié
 Atropellan , hieren , matan ;
 Y que dentro en la ciudad
 Las miserables troyanas
 Cuyos maridos pelean
 En defensa de la patria ;
 Con ansia mortal se afligen

Rostro y cabellos maltratan ,
 Y los ojos en el cielo
 Le piden justa venganza.
 Hijas por sus padres lloran ,
 Por sus hermanos hermanas ,
 Cuyas lamentables voces
 Lastiman duras entrañas.
 Todo es confusion y estruendo ,
 Alaridos , golpes , rabia ,
 Al fin como en cruda guerra
 Del tirano amor causada.
 Viendo tan triste tragedia.
 Los que tristes la miraban ,
 Y de ver buen fin teniendo
 Poca ó ninguna esperanza ;
 Bañan lágrimas sus ojos ,
 El dolor su pecho rasga ,
 Y á voces llaman la muerte
 Que los libre de ver tantas.
 Un rayo á Júpiter piden
 Contra la que ha sido causa
 De una guerra tan prolija
 Por hermosa y por liviana.
 En esto vieron que Elena ,
 Principio de estas desgracias ,
 A la misma torre sube
 A ver los males que causa :
 Y viendo que su hermosura
 Es mas divina que humana ,
 Pues con ser tal la de Venus ,
 Le hace notable ventaja ;
 Juzgándola poderosa
 Para rendir libres almas ,
 Sin que desden aproveche
 Ni otras prevenciones valgan ;
 A una voz dicen llevados
 De una fuerza extraordinaria
 Que tiene en sí la belleza
 Contra quien fuerzas no bastan ;
 ¡ Dichoso el que en esta guerra
 Alcanza ventura tanta ,
 Que por tu defensa muere
 Para que viva su fama !
 Si yerros de amor nacidos
 Es justo el perdon que alcanzan :
 ¿ Quién á Paris se le niega
 Siendo su ocasion tan alta ?
 Grecia y Troya en esta empresa
 Ambas estan disculpadas ;
 Con razon te pide aquella ,
 Y esta con razon te guarda :
 Los que teniéndote ausente
 Con injuriosas palabras
 De tí al cielo dimos quejas ,
 Presente le damos gracias.
 No caigamos de la tuya ;
 Que si tanto nos levantas .
 Ni Marte podrá ofendernos
 Ni ser fortuna contraria.
 Diosa de hermosura , vive ,

Y con tu vista regala
A este troyano pueblo
Que te defiende y te ampara.
Esto diciendo, advirtieron
Que el rey Priamo los llama
Para oír los no creídos
Pronósticos de Casandra.

II. — EL REY RODRIGO.

Cuando las pintadas aves
Mudas están, y la tierra
Atenta escucha los ríos
Que al mar su tributo llevan;
Al escaso resplandor
De cualquier luciente estrella,
Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
De trage humilde la muestra,
Que la acechada corona
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la magestad soberbia,
Que amor y temor de muerte
Junto á Guadalete deja;
Bien diferente de aquel,
Que antes entró en la pelea.
Rico de joyas, que al godo
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas
Suya alguna y parte agena,
Por mil partes abolladas,
Y rotas algunas piezas;
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imágen de su fortuna
Que en polvo se ve deshecha;
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apenas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa;
Por los campos de Jerez,
Gelboé llorosa y nueva,
Huyendo va el rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan,
Hiere el temeroso oído
Confuso estruendo de guerra.
No sabe donde mirar,
De todo teme y recela:
Si al cielo, teme su furia,
Porque hizo al ciclo ofensa,
Si á la tierra, ya no es suya,
Que la que pisa es agena.
¿Pues que, si dentro en sí mismo
Con sus memorias se encierra?
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja;

Y entre sollozo y suspiros
Así el rey godo se queja:
¡Desventurado Rodrigo!
Si esto en otro tiempo hicieras,
Y huyeras de tus deseos
Al paso que agora llevas;
Y á los asaltos de amor
No mostráras la flaqueza
Tan indina de hombre godo,
Y mas de rey que gobierna,
Gozára su gloria España,
Y aquella fuerte defensa
Que ya por el suelo yace,
Y el color cambia á las yerbas.
Amada enemiga mia,
De España segunda Elena;
¡Oh si yo naciera ciego!
¡O tú sin beldad nacieras!
Maldito sea el punto y hora
Que al mundo me dió mi estrella,
Pechos que me dieron leche
Mejor sepulchro me dieran.
Pagára á la tierra el censo,
Y en su soledad durmiera
Con los cónsules y reyes,
O con los plebeyos de ella.
Quitárame á la fortuna
Carro en que triunfar pudiera.
Y un Rodrigo, para España
Materia de tantas quejas,
Traidor conde don Julian.
Si uno solo es el que yerra,
¿Porqué tan injustamente
Hiciste comun la pena?
No ofendí yo al africano,
¿Porqué Africano te venga?
¡Oh si este agudo puñal
Rasgára tus falsas venas!
Mas iba á decir Rodrigo;
Pero las palabras medias
Las arrebató el enojo,
Y entre los dientes las quiebra.
Y diciendo: á Dios España,
Que el bárbaro señoira;
Junto su Orelia querido
La luz enemiga espera.

III. — ROLDAN Y BERNARDO DEL CARPIO.

El invencible frances,
Fuerte senador romano,
Aquel que al bravo Agrican
Le venció y tornó cristiano;
Y ganó del fiero Almonte
El rico cuerno preciado,
Con que hizo desafíos,
Que al mundo puso en espanto;
Aquel que en Albraca solo
Venció todo un campo armado
Y nunca siendo vencido

Venció las hadas y el hado ;
 Cual suele mostrar mas luz
 La luz que se está acabando,
 Está en la guerra postrera
 Postrera fuerza mostrando.
 Y no le basta el orgullo,
 La buena espada y caballo,
 Que lo ha el señor de Brava
 Con el que nació en el Carpio.
 El cual, habiendo ya hecho
 De sangre francesa un lago,
 Y que al fin de aquella empresa
 Estaba el Roldan gallardo ;
 El gran sobrino de Alfonso
 Furioso busca al de Cárlos :
 Hállale en sangre teñido,
 Y él viene en ella bañado.
 Los mas bravos corazones
 Que humano pecho ha encerrado,
 Juntos á batalla vienen
 Con fuerza y ánimo osado.
 Para verla se suspende
 La del uno y otro campo,
 Entre la esperanza y miedo
 Los corazones temblando.
 El cielo que á Orlando espera,
 Fortuna que se ha cansado,
 Dan y quitan la victoria
 De un frances á un castellano

iv.

Detente, buen mensajero.
 Que Dios de peligros guarde,
 Si acaso eres albanes
 Como lo muestra tu trage ;
 Y dime de aquél tu dueño
 Que perdido en Roncesvalles,
 Los moros de Zaragoza
 Presentaron á Amurates.
 ¿ En qué entretiene los dias
 De la mañana á la tarde ?
 Aunque todo le es de noche
 Para quien vive en la cárcel.
 Y dime, si está muy triste,
 Que no es posible que baste
 Su valor y su paciencia
 Para destierro tan grande.
 Y si es verdad, como dicen,
 Que libertad quieren darle,
 Para que vuelva otra vez
 A cautivar libertades.
 Que despues que aquí se trata
 Su libertad y rescate,
 Dos mil albas han salido,
 Y nunca la suya sale.
 No sé que tiene de bueno,
 Que en toda Alemania y Flandes
 No hay muger que no le adore,
 Ni hay hombre que no le alabe.

Siendo su sangre tan buena,
 Que nadie iguala su sangre,
 Vale mas él por sí solo,
 Que por su nobleza vale.
 Yo soy á quien no conoce,
 Y quien de solo miralle
 Matar los toros un dia,
 No hay gusto que no me mate ;
 Y con saber que en viniendo
 Ha de acabar de matarme,
 Ruego á Dios que presto sea
 Aunque él me remedie tarde. —
 Ese cautivo, Madama,
 Que fué de los Doce Pares,
 Le responde el mensajero,
 Cerca está de rescatarse.
 Bravas galas se aparejan
 De vestidos y plumages,
 Para de España salir
 Y entrar en Francia galanes.
 Pero no espero, señora,
 Vuestro remedio ni aun tarde,
 Que aunque ahora libre el cuerpo,
 Tiene el alma en otra parte.
 Muchos tiempos ha que adora
 A la hermosa Bradamante,
 Tan justamente perdido,
 Que llama gloria sus males.
 La francesa que esto oyó
 Sin que mas razon aguarde,
 Cerró la ventana, y fuéso
 Rompiendo á voces los alres.

v.

Regalando el tierno vello
 De la boca de Medoro,
 La bella Angélica estaba
 Sentada al tronco de un olmo.
 Los bellos ojos le mira
 Con los suyos piadosos,
 Y con sus hermosos labios
 Mide sus labios hermosos.
 ¡ Ay moro venturoso,
 Que á todo el mundo tienes envidioso!
 Convaleciente del cuerpo
 Estaba el dichoso moro,
 Y tan enfermo del alma,
 Que al cielo pide socorro.
 Enternecida á las quejas
 Angélica de Medoro,
 Le cura con propia mano.
 Y queda sano del todo.
 ¡ Ay moro venturoso,
 Que á todo el mundo tienes envidioso!
 A las quejas y dulzuras,
 Que los dos se dicen solos,
 Descubriéndoles el ceo
 Orlando llegó furioso ;
 Y viendo á su hiedra usida

Del mas despreciado tronco,
 Pone mano á Durindana
 Lleno de zelos y enojo.
 ¡Ay moro venturoso,
 Que á todo el mundo tienes envidioso!

VI.

*Aquí gozaba Medoro
 De su bella deseada,
 A pesar del paladino
 Y de los moros de España :*
*Aquí sus hermosos brazos,
 Como hiedra que se enlaza,
 Ciñeron su cuello y pecho,
 Haciendo un cuerpo dos almas.*
 Estas palabras de fuego
 Escritas con una daga
 En el mármol de una puerta
 El conde Orlando miraba ;
 Y apenas leyó el renglon
 De las postreras palabras,
 Cuando con voces de loco
 Echó mano á Durindana,
 Y dando sobre las letras
 Una y otra cuchillada,
 Con el encantado acero
 Piedras y centellas saltan.
 Que de palabras de amor
 No solamente en las almas,
 En las piedras entra el fuego,
 Y de ellas sale la llama.
 La columna deja entera,
 Como lo está su esperanza,
 Que confiesa ser mas firme,
 Que no el valor de sus armas.
 Entrando la casa adentro,
 Vió pintada en una cuadro
 La amarilla y fiera muerte,
 Que á los piés de un niño estaba.
 Conoció que era el amor
 En las flechas y la aljaba,
 Y unas letras que salian
 De las manos de una dama.
 Lo que decian repite,
 Como quien no entiende nada,
 Que en males que vienen ciertos
 Es gloria engañar al alma.
 Las letras dicen : *Medoro
 El grande amor de tu esclava
 Ha de vencer á la muerte,
 Que aun muerto vive quien ama.*
 No tiene el conde paciencia,
 Que alborotando la sala,
 Despedaza cuanto mira :
 ¡De amor injusta venganza !

VII. — EL REY DON PEDRO.

A los piés de don Enrique

Yace muerto el rey don Pedro
 Mas que por su valentia
 Por voluntad de los cieles.
 Al envainar el puñal
 El pié le puso en el cuello,
 Que aun allí no está seguro
 De aquel invencible cuerpo.
 Riñeron los dos hermanos
 Y de tal suerte riñeron,
 Que fuera Cain el vivo
 A no haberlo sido el muerto.
 Los ejércitos movidos
 A compasion y contento,
 Mezclados unos con otros
 Corren á ver el suceso.
 Y los de Enrique
 Cantan, repican y gritan :
 Viva Enrique.
 Y los de Pedro
 Clamorean, doblan, lloran
 Su rey muerto.
 Unos dicen que fué justo,
 Otros dicen que mal hecho,
 Que no es rey cruel, si nace
 En tiempo que importa serlo.
 Y que los yerros de amor
 Son tan dorados y bellos,
 Cuanto la hermosa Padilla
 Ha quedado por ejemplo.
 Que nadie verá sus ojos,
 Que no tenga al rey por cuerdo,
 Mientras como otro Rodrigo
 No puso fuego á su reino.
 Los que con ánimos viles
 O con lisonja ó por miedo
 Siendo del banco vencido,
 Al vencedor siguen luego ;
 Valiente llaman á Enrique,
 Y á Pedro tirano y ciego,
 Porque amistad y justicia
 Siempre mueren con el muerto.
 La tragedia del maestre,
 La muerte del hijo tierno,
 La prision de doña Blanca.
 Sirven de infame proceso.
 Algunos pocos leales
 Dan voces pidiendo al cielo
 Justicia, pidiendo al rey,
 Y mientras que dicen esto ;
 Los de Enrique, etc.
 Lora la hermosa Padilla
 El desdichado suceso
 Como esclava del rey vivo,
 Y como viuda del muerto.
 ¡Ay Pedro ! que muerte infame
 Te han dado malos consejos,
 Confianzas engañosas,
 Y atrevidos pensamientos !
 Salió corriendo á la tienda,
 Y vió con triste silencio

Llevar cubierto su esposo
 De sangre y de paños negros.
 Y que en otra parte á Enrique
 Le dan con aplauso el cetro;
 Campanas tocan los unos,
 Y los otros, instrumentos.
 Como acrecienta el dolor
 La envidia del bien ageno,
 Y el ver á los enemigos
 Con favorable suceso;
 Así la triste señora
 Llora y se deshace, viendó
 Cubierto á Pedro de sangre,
 Y á Enrique de oro cubierto.
 Echó al cabello la mano
 Sin tener culpa el cabello,
 Y mezclando perlas y oro,
 De oro y perlas cubrió el cuello.
 Quiso decir, Pedro, á voces,
 Villanos, vive en mi pecho;
 Mas poco la aprovechó;
 Y mientras lo está diciendo;
 Los de Enrique, etc.
 Rasgó las tocas, mostrando
 El blanco pecho encubierto,
 Como si fuera cristal
 Por donde se viera Pedro.
 Desmayóse ya vencida
 Del poderoso tormento,
 Cubriendo los bellos ojos;
 Muerte, amor, silencio y sueño.
 Entre tanto el campo todo
 Aquí y allí van corriendo,
 Vencedores y vencidos,
 Soldados y caballeros.
 Y los de Enrique, etc.

VIII. — DESAFIO DEL CID¹.

Non es de sedudos homes
 Ni de infanzones de pro
 Facer denuesto á un fidalgo,
 Que es tenuto mas que vos.
 Non los fuertes barraganes
 Del vueso ardid tan feroz
 Prueban en homes ancianos:
 El su juvenil furor.
 Non son buenas fechorías
 Que los homes de Leon
 Fieran en el rostro á un viejo,
 Y no el pecho á un infanzon.
 Cuidáras que era mi padre
 Del Lain Calvo sucesor,
 Y que no sufren los tuertos
 Los que han de buenos blason.
 ¿Mas cómo vos atrevisteis
 A un home, que solo Dios,

Siendo yo su fijo, puede
 Facer aquesto, otro non?
 La su noble faz ñublasteis
 Con nube de deshonor
 Mas yo desfaré la niebla;
 Que es mi fuerza la del sol;
 Que la sangre desperdecie
 Mancha que finca en la honor,
 Y ha de ser, si bien me lembro,
 Con sangre del malhechor.
 La vuestra, conde tirano,
 Lo será, pues su furor
 Os movió á desaguisado
 Privándovos de razon.
 Mano en mi padre pusisteis
 Delante el rey con furor,
 Cuidá que lo denodásteis,
 Y que soy su fijo yo.
 Mal fecho ficisteis, conde,
 Yo vos reto de traidor,
 Y catad si vos atiendo,
 Si me causarás pavor.
 Diego Lainez me fizo
 Bien cendrado en su crisol;
 Yo probaré en vos mis fuerzas,
 Y en vuesa mala intencion.
 No vos valdrá el ardimiento
 De mañero lidiador;
 Pues para me combatir
 Traigo mi espada y troton.
 Aquesto al conde Lozano
 Dijo el buen Cid campeador,
 Que despues por sus fazañas
 Este nombre mereció.
 Dióle la muerte y vengóse,
 La cabeza le cortó,
 Y con ella ante su padre
 Contento se afinojó.

IX. — QUEJAS DE DONA JIMENA.

Sentado está el señor rey
 En su silla de respaldo,
 De su gente mal regida
 Desavenencias juzgando:
 Dadivoso y justiciero
 Premia al bueno y pena al malo:
 Que castigos y mercedes
 Hacen seguros vasallos.
 Arrastrando luengos lutos
 Entraron treinta fidalgos,
 Escuderos de Jimena,
 Fija del conde Lozano.
 Despachados los maceros,
 Quedó suspenso el palacio,
 Y así comenzó sus quejas
 Humillada en sus estratos.

¹ Este y los siguientes estan sacados del Romancero del Cid.

Señor, hoy hace tres meses
 Que murió mi padre á manos
 De un muchacho que las tuyas
 Para matador criaron.
 Cuatro veces he venido
 A tus piés, y todas cuatro
 Alcancé prometimientos,
 Justicia jamas alcanzo.
 Don Rodrigo de Vivar
 Rapaz, orgulloso y vano
 Profana tus justas leyes,
 Y tú amparas un profano.
 Tú le celas, tú le encubres,
 Y despues de puesto en salvo,
 Castigas á tus merinos,
 Porque no pueden prendallo.
 Si de Dios los buenos reyes
 La semejanza y el cargo
 Representan en la tierra
 Con los humildes humanos;
 Non debiera de ser rey
 Bien temido y bien amado,
 Quien fallece en la justicia
 Y esfuerza los desacatos.
 Mal lo miras, mal lo piensas;
 Perdona si mal te fablo:
 Que la injuria en la muger
 Vuelve el respeto en agravio.
 No haya mas, gentil doncella,
 Respondió el primer Fernando:
 Que ablandarán vuestras quejas
 Un pecho de acero y mármol.
 Si yo guardo á Don Rodrigo,
 Para vuestro bien le guardo;
 Tiempo vendrá que por él
 Convirtais el gozo en llanto.
 En esto llega á la sala
 De doña Urraca un recado,
 Asíola del brazo el rey,
 Donde está la infanta entraron.

1. — CONTESTACION ENTRE EL CID Y EL ABAD
 BERMUDO.

Fablando estaba en el claustro
 De San Pedro de Cardaña
 El buen rey Alfonso al Cid
 Despues de misa una fiesta:
 Trataban de las conquistas
 De las mal perdidas tierras
 Por pecados de Rodrigo,
 Que amor disculpa y condena.
 Propuso el buen rey al Cid
 El ir á ganar á Cuenca;
 Y Rodrigo mesurado
 Le dice de esta manera:
 Nuevo sois, el rey Alfonso,
 Nuevo sois rey en la tierra:
 Antes que á guerras vayades
 Sosegad las vuestas tierras.

Muchos daños han venido
 Por los reyes que se ausentan,
 Y apenas han calentado
 La corona en la cabeza.
 Y vos no estais muy seguro
 De la calumnia propnesta
 De la muerte de don Sancho
 Sobre Zamora la Vieja;
 Que aun hay sangre de Bellido,
 Magüer que en sidalgas venas,
 Y el que fizo aquel venablo,
 Si le pagan, hará treinta.
 Bermudo en lugar del rey,
 Dice al Cid: si vos aquejan
 El cansancio de las lides,
 O el deseo de Jimena,
 Idvos á Vivar, Rodrigo,
 Y dejadle al rey la empresa,
 Que hombres tiene tan sidalgos,
 Que no volverán sin ella.
 ¿Quien vos mete, dijo el Cid,
 En el consejo de guerra,
 Fraile honrado, á vos agora
 La vuesa cogulla puesta?
 Subid vos á la tribuna,
 Y rogad á Dios que venzan:
 Que non venciera Josué
 Si Moises no lo ficiera.
 Llevad vos la capa al coro,
 Yo el pendon á las fronteras,
 Y el rey sosiegue su casa
 Antes que busque la agenda;
 Que no me farán cobarde,
 El mi amor y la mi queja,
 Que mas traigo siempre al lado
 A tizona que á Jimena.
 Home soy, dijo Bermudo,
 Que antes que entrára en la regla
 Si no venci reyes moros
 Engendré quien los venciera;
 Y agora en vez de cogulla
 Cuando la ocasion se ofrezca
 Me calaré la celada
 Y pondré al caballo espuelas.
 Para fugir, dijo el Cid,
 Podrá ser, padre, que sea:
 Que mas de aceite que sangre
 Manchado el hábito muestra.
 Callede le dijo el rey,
 En mal hora que no en buena,
 Acordársevos debia
 De la jura y la ballesta.
 Cosas tenedes, el Cid,
 Que farán fablar las piedras,
 Pues por cualquier niñería
 Faceis campaña la iglesia.
 Pasaba el conde de Oñate
 Que llevaba la su dueña,
 Y el rey por facer mesura
 Acompañóla á la puerta.

XI. — RECONVENCIONES DE ALFONSO VI AL
CID.

Si atendeis que de los brazos
Vos alce, atened primero,
Si no es bien con los mios
Cuide subiros al cielo.
Bien estais afinojado,
Que es pavor veros enhiesto,
Asiento es asaz debido
El suelo de los soberbios.
Descubierto estais mejor,
Despues que se han descubierto
De vuestas altanerías
Los mal guisados sucesos.
¿En qué os habeis empachado,
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las córtés,
Puesto que córtés se han fecho?
¿Porqué, siendo cortesano,
Traeis la barba y cabello
Descompuesta y desviada
Como los padres del yermo?
Pues aunque vos lo pregunto,
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuestas mañas
Y el semblante falagüeño.
Quereis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos
No cuidades de aliñarvos
La barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariasteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Taviérades por muy vueso.
A los fronterizos inoros
Diz que teneis por tan vuestos
Que os adoran como á Dios;
Grandes algos habreis dellos.
Quando en mi jura os hallasteis
Despues del triste suceso
Del rey don Sancho mi hermano,
Por Bellido traidor muerto;
Todos besaron mi mano
Y por rey me obedecieron;
Solo vos me contrallasteis
Tomándome juramento.
En santa Gadea lo fece
Sobre los quatro Evangelios
En el balleston dorado,
Teniendo el cuadrilho al pecho.
Matárades á Bellido,
Si ficierais como bueno,
Que no ha faltado quien dijo
Que tuvisteis asaz tiempo.
Fasta el muro lo seguisteis,
Y al entrar la puerta adentro,
Bien cerca estaba quien dijo,
Que non osasteis de miedo.

Y nunca fueron los mios
Tan astutos y mañeros,
Que cuidasen que don Sancho
Muriese por mis consejos.
Murió, porque á Dios le plugo,
En su júicio secreto,
Quizá porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados,
Desavenencias y tuertos,
Con título de enemigo
De mis reinos vos destierro.
Yo tendré vuestos condados
Fasta saber por entero
Con acuerdo de los mios
Si confiscárvoslos puedo,
No repliquedes palabra;
Que vos juro por san Pedro
Y por san Millan bendito,
Que vos enforcaré luego.
Estas palabras le dijo
El rey don Alfonso el sexto,
Inducido de traidores,
Al Cid, honor de sus reinos.

XII. — RESPUESTA DEL CID.

Téngovos de replicar
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los vlientes,
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Menos mal será enforcarne
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra humildoso
A guisa de vueso siervo,
Que teniendo los mis brazos
Cuido alzarme sin los vuestos.
Cúbranse, y non vos acuten
Los ociosos falagüeños,
Que magüer yo no lo soy,
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo córtés,
Desde antaño por invierno;
Diz que por la pro comun,
O por los vuestos provechos.
Vos en Leon las ficisteis,
Pero yo en los campos yermos,
Faciendo las mias, deslice
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
Y non lo que fué primero,
Y es mal juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso.
Folga que el moro de allende
Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeta
Non vos guardarán respeto.
Asaz me semejas blando,

Porque de tiempo tan luengo,
 De apretaros en la jura
 Vos duele el escocimiento.
 Mentirá el que me achacare
 Del traidor Dolfos el tuerto :
 Que sabedes lo que fué,
 Y lo que no fué en el reto :
 Ademas , que sin espuelas
 Cabalgué entonces por yerro.
 Vencen pesadas falsias
 Al noble y sencillo pecho.
 Y pues gasté mis haberes
 En prez del servicio vueso ,
 Y de lo que hube ganado
 Vos fice señor y dueño ;
 Non me los confiscarédes
 Vos ni vuestos compañeros :
 Que mal podredes tollerme
 La hacienda que no tengo.
 De hoy mas seré facendoso
 Pues hoy de vos me destierro ;
 Y de hoy para mí me gano ,
 Pues hoy para vos me pierdo.
 Estas palabras decia
 El noble Cid , respondiendo
 A las querellas injustas
 Del rey don Alfonso el sexto.

XIII. — RECONCILIACION DEL REY CON EL CID.

Ceñid los membrudos brazos
 Al cuello que bien os quiere ,
 Por ser asaz de tal dueño
 Que el mundo otro par no tiene.
 No rehuyais de abrazarme ,
 Que abrazos de home tan fuerte
 Desentollecen mis tierras
 Y las de moros tollecen.
 Facedlo , que bien podeis ,
 E cuidá no me manchedes ,
 Que aun finca en las vuestas armas
 La sangre mora reciente.
 No attendais tuertos que os fice ,
 Pues tan buen premio merecen ,
 Que no quise en mi servicio
 Home á quien le sirven reyes.
 Si vos desterré , Rodrigo ,
 Fué porque á moros que crecen
 Desterreis sus fechorias
 Y las vuestas alto vuelen.
 No vos eché de mi reino
 Por falsos que vos mal quieren ,
 Sí porque en tierras agenas
 Por vos mi valor se muestre :
 De Albar Fañez vuestro primo
 Recibí vuestro presente ,
 No en feudo vueso , Rodrigo ,
 Sino como de pariente.
 Las banderas que ganasteis
 A sarracenos de allende

Por vuesa mandaderia
 En San Pedro las veredes :
 La vuesa Jimena Gomez
 Que tanto vos quiso siempre ,
 Porque la demaridé ,
 Mil pleitos contra mí tiene.
 Non escuchéis sus querellas
 Cuando á mí las enderece ,
 Que á las fembras mas astutas
 Cualquier enojo las vence.
 Atended en su presencia ,
 Que cuido que vos atiende
 Mas ganosa de vos ver ,
 Que vos venides de verme.
 Que si malos consejeros
 Facen oficios que suelen ,
 En cambio de saludarme ,
 Atenderédes mi muerte.
 Non attendais , home bueno ,
 Asi os valga san Llorente ,
 Y riñas de por san Juan
 Sean paz que dure siempre.
 Prended al cuello mis brazos :
 Que vuestos brazos bien pueden
 Prender en paz vueso rey ,
 Pues en guerra cinco prenden.
 El rey don Alfonso el sexto
 Le dice esto al Cid valiente ,
 Que de lidiar con los moros
 Victorioso á su rey vuelve.

XIV. — LAS HIJAS DEL CID.

Al cielo piden justicia
 De los condes de Carrion
 Ambas las fillas del Cid
 Doña Elvira y doña Sol.
 A sendos robles atadas
 Dan gritos que es compasion ,
 Y no las responde nadie ,
 Sino el eco de su voz.
 El menosprecio y afrenta
 Sienten , que las llagas non ;
 Que es dolor á par de muerte
 En la muger un baldon.
 Tal fuerza tienen consigo
 La verdad y la razon ,
 Que hallan en los montes duros
 Y en las fieras compasion.
 A los lamentos que hacen
 Por allí pasó un pastor ,
 Por donde no puso piés
 Cosa humana si ahora no.
 Danle voces que se acerque ,
 Y él non osa de pavor ;
 Que son hijos de inorancia
 El empacho y el temor.
 Por Dios te rogamos , home ,
 Que hayas de nos compasion ,
 Asi tu ganado vaya

Siempre de bien en mejor.
 Nunca le falten las aguas
 En el estío y calor ;
 Las yerbas no se le sequen
 Con la helada y con el sol.
 Tus tiernos fiyuelos veas
 Criados en bendicion ,
 Y peines tus blancas canas
 Sin dolencia y sin lesion.
 Que desates nuestras manos ,
 Pucs que las tuyas no son
 Como las que nos ataron
 Con malicia y con traicion.
 Ellas en estas palabras ,
 Don Ordoño que llegó
 En hábito de romero
 De órden del Cid su señor ;
 Prestamente las desata ,
 Disimulando el dolor ;
 Ellas que lo conocieron
 Juntas lo abrazan las dos.
 Llorando les dice : primas ,
 Secretos del cielo son ,
 Cuya voz y cuya causa
 Está reservada á Dios :
 No tuvo la culpa el Cid ,
 Que el rey se lo aconsejó ;
 Mas buen padre tenéis , dueñas ,
 Que vuelva por vuestro honor .

XV. — QUERRELLA DEL CID CONTRA LOS CONDES.

Años hace, rey Alfonso,
 Que solo en vuestro servicio
 El arambre de tizona
 Apenas lo he visto limpio ,
 Y que mi pobre Jimena
 Nacida en contrario sino
 Fué por mí sola de padre ,
 Como por vos de marido.
 Ella en mi ausencia ha llorado
 El medio lecho vacío ,
 Mientras que yo derribaba
 Mil estandartes moriscos.
 Testigos tengo presentes ,
 Y vos rey, sois buen testigo
 Que he atropellado mas lunas
 Que el sol ha durado siglos.
 Fui en mi juvenil discurso
 Rayo en vuestros enemigos ,
 Como agora son mis canas
 Terreros de mal nacidos.
 Todo lo gobierna el cielo
 Con su nivel y destino
 Desde la tierra á su altura
 Y desde el cielo á su abismo.
 Al pavon le dió sus piés ,
 Al águila el corvo pico ,
 Y al leon la calentura
 Porque estén menos altivos.

Dos fillas tengo, señor ,
 Y porque robé al serviros
 El tiempo del engendrarlas ,
 Las engendré con delito.
 Agraviáronlas traidores ,
 Y por haberse atrevido ,
 Aunque mi brazo pudiera ,
 Solo al vuestro lo remito.
 Dos alevosos cobardes ,
 Cuyos corazones tibios
 Al temor hacen altares ,
 Y le ofrecen sacrificios ;
 Carrion les da tributo
 Como la fama al olvido ,
 Y como yo me querello
 De tal injuria ofendido.
 Levante vuesa justicia
 El peso con el cuchillo ,
 Que aunque suyo sea el peso ,
 El pesar ha de ser mio.
 Si la justicia en las armas
 Falló el natural abrigo ,
 Ya sirvo yo con las mias ;
 Faced justicia y castigo.



PARTE IV.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

Sol resplandeciente ,
 Que con luz dorada
 Doras y matizas
 Mi querida patria ;
 Tú que de jazmines ,
 Y de perlas sacas
 El rubio cabello
 Y la frente ornada ;
 Y el lecho oriental
 De la esposa amada
 Dejas viudo y solo
 Lleno de esmeraldas ;
 Pues ahora sales ,
 Y dejas sus faldas
 Del precioso aljófár
 Que llora, bordadas ;
 Y el concierto dulce
 De los que bien aman
 Alegre lo miras ,
 Y triste lo apartas ;
 Las torres soberbias ,
 Que ya fueron guardas
 De amorosos hurtos

Victorioso asaltas :
 Y el lecho que tiene
 Dos cuerpos y un alma ,
 Que tiempo los junta
 Y amor los enlaza ;
 Tú rompes sus treguas
 Y escalas la casa ,
 Cuando las dos bocas
 Se beben las almas.
 Alegrias el mundo ,
 Y las aves cantan
 De tu luz divina
 Gloriosa alabanza.
 Los montes de hielo ,
 Que al cielo se ensalzan
 En cristales puros ,
 Te rinden sus párias.
 Y con rayos de oro
 De las sierras altas
 Desnudas la nieve ,
 Porque vean tu cara.
 Al pié de una de ellas
 Vive una serrana
 Mas helada que ellas ,
 Y que ellas mas alta.
 En su blanco pecho
 Hay como en montaña
 Mármoles cubiertos
 De la nieve blanca.
 Cuidados produce ,
 Libertades mata ,
 Atropella glorias
 Y huella esperanzas.
 De verde vestida ,
 De belleza armada ,
 Persigue las fieras
 Y prende las almas.
 Así goces , Sol ,
 Del oro y la plata
 Que en las venas crias
 De la rica Arabia ;
 Y el copioso censo
 Que la mar te paga
 De varias riquezas
 En sus conchas varias ;
 Que si vieres hoy
 A mi amada ingrata ,
 Tus rayos ardientes
 Su hielo deshagan.
 Pero no podrá
 Tu fuego ablandarla ,
 Porque con su fuerza
 Es la tuya flaca ;
 Pues no han sido parte
 Para deshelarla
 De mi ardiente pecho
 Las ardientes llamas.

II.

Del tiempo infinito
 La imágen anciana
 Contempla Riselo ,
 Y aquesto le canta.
 Oye mis desdichas ,
 Inventor de usanzas
 Que lo crias todo ,
 Y todo lo acabas.
 De tus alas libres
 Pinceles se sacan
 Para el desengaño ,
 Que es pintor de faltas.
 Tu guadaña afilas
 Entre las pizarras
 De nuestros descuidos
 Y de sus mudanzas.
 Y luego con ella
 Tan sin duelo talas
 Arboles humildes ,
 Como altivas palmas.
 Fugitivas sombras
 De prisa señalan
 Las noches que olvidas ,
 Los dias que gastas.
 A la muerte entregas
 Las desdichas largas ,
 Cuando el curso tuyo
 No pudo estorbarlas.
 Por los males nuestros
 Vagaroso pasas ,
 Por el bien apenas
 El aire te alcanza.
 Del indio remoto
 Margaritas caras
 Ciñeran tus sienes ,
 Lucieran tus alas :
 Los metales ricos
 Te dieran medallas
 Los pobres comunes
 Eternas estatuas ;
 En tus aras vieras
 Las jamas halladas ,
 Preñeces ocultas
 Y partos de Arabia ;
 El colmado cuerno
 De sus abundancias ,
 Favor de la tierra
 Tesoro del agua ,
 Venerablemente
 Amaltea sacra
 Por mi le vertiera
 En tus nobles canas ;
 Con tal que tu industria
 Le diese á mi alma
 Soltura en mi pecho.
 Prision en quien ama.

Para el pensamiento
 No te pido nada,
 Que yo le castigo
 Si no me regala.
 No será posible,
 Tiempo, que me valgas,
 Duros son mis hierros
 Mas que tu guadaña.
 Si la vida sobra,
 Si la muerte falta,
 Si penas consuelan,
 Si consuelos cansan;
 Que me ortogues quiero
 Tus horas menguadas,
 Y que de mi vida
 Volando te vayas.

III.

La niña morena
 Que yendo á la fuente
 Perdió sus zarcillos
 Gran pena merece.
 Díerame mi amado
 Antes que se fuese
 (Zarcillos dorados)
 Hoy hace tres meses.
 Dos candados eran
 Para que no oyese
 Palabras de amores,
 Que otros me dijese:
 Perdilos lavando,
 ¿Qué dirá mi ausente
 Sino que son unas
 Todas las mugeres?
 Dirá que no quise
 Candados que cierran,
 Sino falsas llaves,
 Mudanza y desdenes.
 Dirá que me hablan
 Cuantos van y vienen,
 Y que somos unas
 Todas las mugeres.
 Dirá que me huelgo
 De que no parece
 En misa el domingo,
 Ni en mercado el jueves:
 Que mi amor sencillo
 Tiene mil dobleces,
 Y que somos unas
 Todas las mugeres.
 Diráme: traidora,
 Que con alfileres
 Prendes de tu cofia
 Lo que mi alma prende...
 Cuando esto me diga
 Diréle que miente,
 Que no somos unas
 Todas las mugeres.
 Diré que me agrada

Su pellico el verde,
 Muy mas que el brocado
 Que visten marqueses.
 Que su amor primero
 Primero fué siempre,
 Que no somos unas
 Todas las mugeres.
 Diréle que el tiempo
 Que el mundo revuelve
 La verdad que digo
 Verá si quisiere:
 Amor de mis ojos,
 Burlada me dejes,
 Si yo me mudase
 Como otras mugeres.

IV.

Blanca y bella niña
 Do los ojos bellos,
 Huye los peligros
 Del hijo de Vénus.
 Los oídos tapa
 A sus mensageros,
 Como el aspid libio
 Al sabio hechicero.
 No digas: soy libre
 Resistille puedo;
 Que muchas cautivas
 Lo mismo dijeron.
 Eres delicada,
 Y el fuerte en extremo,
 No estan del seguros
 Los muros del cielo.
 Mira como siguen
 Su triunfo soberbio
 Salomones sabios,
 Davides guerreros.
 Y el que solo mata
 Los mil filisteos,
 Un rapaz desnudo
 Le corta el cabello.
 Ante el carro suyo
 En mil formas puesto,
 Va el supremo Jove
 Aberrojado y preso.
 Danle las coronas
 Vasallage y sueldo,
 Y sus leyes siguen
 Los que las hicieron.
 Ciérrale la vista,
 Que ella es el comienzo
 Por donde á las almas
 Camina su fuego.
 Que amor, como Ulises
 A los Polifemos,
 La luz de los ojos
 Les ciega primero.
 Son lo gustos suyos,
 Cuando los contemplo,

Engañosas aguas ,
 Dorado veneno.
 Míranse sus daños
 Los ojos abiertos ,
 Sus dichas y glorias
 Pasan entre sueños :
 Vivora en el vientre
 Son sus pensamientos ,
 Matan á la madre
 Que los tuvo dentro.
 Traen sus bienes alas ,
 Pártense ligeros ,
 Y sus males plomo
 Para estar de asiento.
 Mil placeres suyos ,
 Dijo un sabio de ellos ,
 A montar no llegan
 Un solo tormento.
 ¿Pues qué si á tu alma
 Martirizan zelos ?
 Librete amor , niña ,
 De tan duro infierno
 Coge el labrador
 Del arado suelo
 El fruto del grano ,
 Que escondió en su seno.
 Si recibe frigo ,
 Trigo da á su tiempo ;
 Y si flor , da flores
 El campo risueño.
 Mal haya semilla
 Que da el fruto avieso ,
 Y mal haya fruto
 Della tan ageno.
 Acá sembrarás
 Amor verdadero ,
 Cogerás olvido
 De un ingrato pecho.
 A la niña hermosa
 Del rubio cabello
 Una escarmentada
 La da este consejo.
 Ella de ser libre
 La hizo juramento ,
 Y amor que la escucha
 Se queda riendo.

v.

Mal haya mis ojos ,
 Madre , que los puse
 En otros que abrasan
 Negando su lumbre.
 Fuérame yo , madre ,
 Al mercado un lunes ,
 Miento , mártes era ,
 Mil azares tuve.
 Compróme mi Pedro
 Un dorado estuche
 Echele mal grado

Cordones azules.
 Sin mirar en ello
 Del mercado truje
 Con hierros dorados
 Zelos que me apuren.
 Topóme el hidalgo ,
 Aquel que le rugen
 Mucho los gregüescos ,
 Y tañe laudes.
 Dijome , serrana ,
 Los rayos ilustres
 De tus bellos ojos
 Mil bienes descubren.
 Permite , si mandas ,
 Que mi fese apure ,
 Con las esperanzas ,
 Que en la tuya puse.
 Habló tan fuablado ,
 Que aguardando estuve
 Cuando me mojarán
 Sus preñadas nubes.
 Respondile á tiento :
 En otras procure
 Emplear sus galas ,
 Y en mi no se ocupe.
 Asíome la mano ,
 Soltar no me pude ,
 Que me adormecieron
 Sus palabras dulces.
 Pedro que nos via
 Maldades presume ,
 Que burlas en veras
 Diz que no las sufre.
 Llámeme yo triste ,
 Respondió : no busques
 Voluntad villana ,
 Que la noble injurie.
 De mis esperanzas
 Ya llegó el octubre ,
 No quieras pastores ,
 Si atropellas duques.
 De mi vista , madre ,
 Con esto escabulle
 El que en mis entrañas
 Tan de asiento tuve.
 ¡Ay de mí que muero !
 ¡Ay que me destruyen
 Sospechas de agravios ,
 Que hacer yo no supe !
 Plegue á Dios , cuidado ,
 Pues tan mal me luces ,
 Que porque te acabes
 Viva me sepultes ;
 Y al hidalgo malo ,
 Pues por él me arguyen ,
 Que cautivo muera
 En Argel ó en Túnez.
 Madre , la mi madre ,
 No es justo que duren
 Mis ansias que tienen

Mortales vislumbres.
 Busquen los mis ojos
 Quien su llanto enjague,
 Sin que lloren tanto,
 Que mi vida enturbien.
 ¡Ay malvados hombres
 De ingratas costumbres!
 El mejor de todos
 Muera de arcabuces.

VI.

Riñó con Juanilla
 Su hermana Miguela,
 Palabras la dice,
 Que mucho la duelan.
 Ayer en mantillas
 Andabas pequeña,
 Hoy andas galana
 Mas que otras doncellas :
 Tu voz son suspiros,
 Tus cantos endechas,
 Al alba madrugas,
 Al gallo te acuestas :
 Cuando estás labrando
 No sé en qué te piensas,
 Que al dechado miras,
 Y los puntos yerras.
 Dícnme que haces
 Amorosas señas ;
 Si madre lo sabe,
 Habrá cosas nuevas.
 Clavará ventanas,
 Cerrará las puertas ;
 Para que bailemos
 No dará licencia.
 Mandará que tía
 Nos lleve á la iglesia,
 Porque no nos hallen
 Las amigas nuestras.
 Cuando fuera salga,
 Dirále á la dueña,
 Que con nuestros ojos
 Tenga mucha cuenta.
 Que mire quien pasa,
 Si miró á la reja ;
 Y á quien de nosotras
 Volvió la cabeza.
 Por tus libertades
 Seré yo sujeta ;
 Pagarémos justos
 Lo que malos pecan.
 ¡Ay Miguela hermana,
 Qué mal que sospechas !
 Mis males presumes,
 Mas no los aciertas.
 A Pedro el de Juana,
 Que se fué á la sierra,
 Afición le tuve,
 Y escuché sus quejas.

Mas visto que es vario
 Despues de su ausencia,
 De su fe fingida
 Ya no se me acuerda.
 Fingida la llamo,
 Porque quien se ausenta
 Sin fuerza y sin gusto,
 No es bien que le quieran.
 Ruégale tú á Dios,
 Que Pedro no vuelva,
 Responde burlando
 Su hermana Miguela ;
 Que el amor comprado
 Con tan ricas prendas,
 No saldrá del alma
 Sin salir con ella.
 Creciendo tus años
 Crecerán tus penas,
 Y si no lo sabes
 Escucha esta letra :

*Si eres niña y has amor,
 ¿Qué te harás cuando mayor?*
 Si al niño Dios te ofreciste
 Desde niña, con la edad
 Le darás mas facultad
 De la que le prometiste :
 Si pequeña te atreviste
 En tenerle por señor,
 ¿Qué te harás cuando mayor?

Como estás hecha á querer
 Desde que sabes amar,
 En faltando á quien amar,
 Te verás aborrecer :
 Segun esto, podrás ver
*Si eres niña y has amor ;
 ¿Qué te harás cuando mayor?*

VII.

Elisa dichosa,
 Haga larga el cielo
 La corta madeja
 De tus años tiernos.
 Goza siglos largos
 Ese rostro bello,
 De la vista flecha,
 Y de amor terrero.
 Crezcan, niña hermosa,
 De uno en otro extremo
 Las trenzas doradas
 Del virgen cabello :
 Si á la iglesia fueres,
 Compóngante versos,
 A quien rinda parias
 Y se humille el viento.
 Cuando al baile fueres.
 Al son del pandero
 Tu donaire encienda
 Libres pensamientos.
 Tenga tu ganado

Próspero suceso,
 La lana en verano,
 La leche en invierno,
 Aquel que bien quieres
 Goce de tu lecho
 Con blandos abrazos,
 Y amorosos besos.
 Al son de los ramos
 Esos ojos bellos
 Reposen la siesta
 Vencidos del sueño.
 Cuando salga el alba,
 De Apolo correo,
 Encuentren tus soles,
 Y tórnese dentro.
 Tras todo, señora,
 Vivas en el suelo
 Mil siglos dichosos
 A pesar del tiempo.
 Niñez, hermosura,
 Amores, extremos,
 Las trenzas doradas,
 La iglesia y el viento,
 Abrazos, amores,
 Ramos, ojos, lecho,
 Alba, sierra, soles,
 Sueño, siglo y tiempo
 Todo me falte junto en este suelo,
 Si no eres tú, dichosa Elisa, un cielo.

VIII.

Eran dos pastoras
 Libres de afición,
 Una blanca y rubia
 Mas bella que el sol ;
 La otra morena
 De alegre color,
 Con dos ojos claros
 Que dos soles son.
 Y viéndose libres
 Del tirano amor,
 Hacen burla de él
 Entrambas á dos.
 Dicen que no temen
 Su furia y rigor,
 Pues en mil encuentros
 Nunca las venció.
 Y viendo que en muchos
 Las acometió,
 Júzganlo por flaco
 Y sin municion.
 Cuenta la morena,
 Que en una ocasion
 La tiró mil flechas,
 Y nunca la hirió :
 Y que viendo el niño
 Que no aprovechó,
 Sus lazos y redes
 De secreto arrió.

Ella con sus ojos
 Todo lo abrasó,
 Y el niño corrido
 La empresa dejó.
 Dice la que es blanca
 Que lo deslumbró,
 Y que estando ciego
 No tiene valor.
 Y burlando de él .
 Como así lo vió ,
 Quitándole el arco
 Se lo desarmó.
 La morena un dia
 Esto me contó ,
 Y yo agradecido
 Consejos les doy.
 Y aunque para darlos
 Me falta valor ,
 Fiado en su gracia
 Soltaré mi voz .
 Pastoras hermosas ,
 Pues el cielo os dió
 Tantas gracias juntas ,
 Tened discrecion .
 No fiéis , pastoras ,
 De lo que pasó .
 Que contra el rapaz
 No hay reparo , no ,
 Su sosiogo incierto
 Suele dar pasion ,
 Su quietud mil penas ,
 Su gusto dolor .
 Estad sobre aviso ,
 Pues que yo os le doy ,
 Que sobre el descuido
 La ruina es peor .
 Tu blancura hermosa
 Busca con razon ,
 Y cuando no pienses ,
 Verás su traicion .
 De tus hebras de oro
 Tejerá un cordon ,
 Y con él al mundo
 Lo pondrá en prision .
 Tus ojos , morena
 De claro arrebol ,
 Guárdate no sean
 Tu mismo dolor .
 Que podrá en su centro
 Meterse el traidor ,
 Y de allí encender
 Fuego al corazon .

Fertiliza tu vega ,
 Dichoso Tórmes ,
 Porque viene mi niña
 Cogiendo flores .
 De la fértil vega

Y el estéril bosque
 Los vecinos campos
 Maticen y broten
 Lirios y claveles
 De varios colores,
 Porque viene mi niña
 Cogiendo flores.

Vierta el alba perlas
 Desde sus balcones,
 Que prados amenos
 Maticen y broten:
 Y el sol envidioso
 Pare el rubio coche:
 Porque viene mi niña
 Cogiendo flores.

El céfiro blando
 Sus yerbas retoce,
 Y en las frescas ramas
 Claros ruisseños
 Saluden el día
 Con sus dulces voces,
 Porque viene mi niña
 Cogiendo flores.

IV.

Mientras duerme mi niña,
 Céfiro alegre,
 Sopla mas quedito
 No la recuerdes.

Sopla, manso viento,
 Al sueño suave
 Que enseña á ser grave
 Con su movimiento:
 Dale el dulce aliento,
 Que entre perlas finas
 A gozar caminas
 Y ufano te vuelves:
 Sopla mas quedito
 No la recuerdes.

Mira no despierte
 Del sueño que duerme
 Que temo que el verme
 Causará mi muerte:
 ¡Dichosa tal suerte!
 ¡Venturosa estrella!
 Si á niña tan bella
 Alentar mereces,
 Sopla mas quedito
 No la recuerdes.

VII.

Pensamientos me quitan
 El sueño, madre,
 Desvelada me dejan,
 Vuelan y vanse.

Tristes pensamientos
 De alegres memorias
 Con oscuras glorias

Y claros tormentos
 Vienen por momentos
 A verme, madre,
 Desvelada me dejan, etc.

Cada cual procura
 Que mi lecho sea
 Campo á la pelea
 Y paz mal segura:
 Sueños sin ventura
 Me espantan, madre
 Desvelada, etc.

Mis ojos despiertos
 Las noches y días
 Lloran mis porfias
 Por bienes inciertos:
 Ya vivos, ya muertos,
 Mis males, madre,
 Desvelada, etc.

Dichoso el sentido
 Que desengañado
 Despierta el cuidado
 Del pecho ofendido.
 ¡Ay que me han vencido
 Desdichas, madre!
 Desvelada, etc.

VIII.

Alamos del prado,
 Fuentes de Madrid,
 Como estoy ausente
 Murmurais de mí.

Todos van diciendo
 Mis tristes congojas,
 El viento en las hojas
 Las fuentes corriendo:
 A todos diciendo
 Lisonjera os ví,
 Como estoy, etc.

Con razon me espanto
 Dando al despediros
 Las plantas suspiros,
 Y las aguas llanto;
 Que fingierais tanto
 Nunca lo creí;
 Como estoy, etc.

Estando en presencia
 Música me hicistes,
 Luego me vengistes
 Que vistes mi ausencia:
 Dios me dé paciencia,
 Mientras peno aquí;
 Como estoy, etc.

IX.

Con el viento murmuraban,
 Madre, las hojas,
 Y al sonido me duermen
 Bajo su sombra.

Sopla un manso viento

Alegre y suave
 Que mueve la nave
 De mi pensamiento ;
 Dame tal contento
 Que ya me parece ,
 Que el cielo me ofrece
 El bien á deshora ,
 Y al sonido me duermo
 Bajo su sombra .
 Si acaso recuerdo
 Me hallo entre las flores ,
 Y de mis dolores
 Apenas me acuerdo .
 De vista los pierdo
 Del sueño vencida ,
 Y dame la vida
 El son de las hojas ;
 Y al sonido me duermo
 Bajo su sombra .

x.

A coger el trébol , damas ,
 La mañana de san Juan :
 A coger el trébol , damas ,
 Que despues no habrá lugar .
 Salid con la aurora
 Cuando el campo dora ,
 Y vereis bordado ,
 De aljófár el prado :
 Cogereis las flores
 De varios colores ,
 De que en vuestras faldas
 Tejereis guirnaldas ,
 Con que al niño ciego
 Podreis coronar ;
 A coger el trébol , etc .
 Vereis como el alba
 Hace al mundo salva ,
 Y cantan las aves
 Con voces suaves :
 Vereis en la fuente
 Cristal transparente ,
 Que por mil soslayos
 Le hieren los rayos ,
 Adonde del fresco
 Podreis bien gozar :
 A coger el trébol , etc .
 Cogereis la rosa ,
 La violeta hermosa ,
 El jazmin preciado ,
 Y el lirio morado ,
 Los rojos claveles
 Con los mirabeles ,
 Y á vueltas de grama
 Pajiza retama
 Con otras mil flores
 Dignas de loar :
 A coger el trébol , etc .

xi.

¡ Ay ojuelos verdes ,
 Ay los mis ojuelos ,
 Ay hagan los cielos
 Que de mí te acuerdes !
 El último dia
 Quedasteis mas tristes
 Y os humedecistes
 En ver que partía :
 Con el agonía
 De tantos pesares ,
 Cuando te acostares ,
 Y cuando recuerdes ,
 ¡ Ay hagan los cielos
 Que de mí te acuerdes !
 Tengo confianza
 De mis verdes ojos ,
 Que de mis enojos
 Parte les alcanza ;
 Ojos de esperanza
 Y de buen agüero ,
 Por quien amo y quiero
 Los colores verdes ;
 ¡ Ay hagan los cielos
 Que de mí te acuerdes !
 ¡ Ay Dios , quién supiese ,
 A qué parte miras ,
 Y cuando suspiras ,
 La causa entendiese !
 Y si te sintiese
 Un cierto dolor ,
 De que un servidór
 Verdadero pierdes :
 ¡ Ay hagan los cielos
 Que de mí te acuerdes !
 Un solo momento
 Jamas vivir supe
 Sin que en tí se ocupe
 Todo el pensamiento .
 Mis ojos , si miento ,
 Dios me dé el castigo ;
 Y si verdad digo ,
 Mis ojuelos verdes ,
 ¡ Ay hagan los cielos
 Que de mí te acuerdes !

xii.

Ventecico murmurador
 Que lo gozas y andas todo ,
 Hazme el son con las hojas del olmo ,
 Mientras duerme mi lindo amor .
 Hoy , ventecico suave ,
 Has de dar reposo á quien
 Sabe desvelar mi bien ,
 Y dormir mi mal no sabe .
 Procura tú mi favor ,
 Pues lo gozas y andas todo ;

Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.

Tú que entre las verdes hojas
Andas alegre, y murmuras
De mis pasadas venturas,
De mis presentes congojas,
Fresco, manso y bullidor,
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.

XIII.

Ten, amor, el arco quedo,
Que soy niña y tengo miedo.

Dicen que amor ha vencido
A las deidades mayores,
Y que de sus pasadores
Cielo y tierra está ofendido;
Y habiendo aquesto sabido
No es mucho temer su enredo:
Que soy niña y tengo miedo.

Unos dicen el estrago,
Que en Piramo y Tisbe hiciste,
Otros cuan tirano fuiste
Con la reina de Cartago;
Y viendo que das tal pago,
Atemorizada quedo:
Que soy niña y tengo miedo.

No es, amor, mi condicion
Para sufrir tus temores,
Tus engaños, tus terrores,
Tus zelos y compasion;
Y en esta jurisdicion
No me cogerás, si puedo:
Que soy niña y tengo miedo.

XIV.

Aunque con semblante airado
Me mirais, ojos serenos,
No me negareis al menos,
Ojos, que me habeis mirado.

Por mas que querais mostraros
Airados para ofenderme,
¿Qué ofensa podreis hacerme,
Que iguale al bien de miraros?
Que aunque de mortal cuidado
Dejeis mis sentidos llenos,
No me negareis al menos,
Ojos, que me habeis mirado.

Pensando hacerme despecho
Me mirastes con desden,
Y en vez de quitarme el bien,
Doblado bien me habeis hecho:
Que aunque los hayais mostrado
De toda clemencia agenos,
No me negareis al menos,
Ojos, que me habeis mirado.

XV.

Ojos bellos, no os fieis
Del buen tiempo que gozais;
Porque si hoy de mí os burlais,
Mañana me llorareis.

Como estais acostumbrados
A alcanzar siempre victoria,
Desterrais de la memoria
Mis dolores y cuidados.
La vida me acabareis,
Si en mi daño porfiais,
Y cuando así me perdaís,
De veras me llorareis.

Con tanta seguridad
Vivis de vuestra belleza,
Que ese rigor y aspereza
Es igual con la beldad:
Si con estar cual me veis,
Del remedio no curais,
Advertid que os condenais,
A que muerto me lloréis.

De esta burla habrá mudanza
Al tiempo que el tiempo acierte
A descubrirnos mi muerte
En la cual no habrá tardanza:
Entonces vos perdereis
Ese rigor que mostrais,
Y aunque de burlas matais,
De veras me llorareis.

Al compas del disfavor
Va creciendo mi tormento;
Mis suspiros lleva el viento,
Y mi esperauza el dolor.
¿Qué sucesos pretendéis,
Pues siempre en calma os estais,
Sino que vivo querrais
Enterrarme, y vos lloréis?

XVI.

El alba nos mira,
Y el día amanece;
Antes que te sientan
Levántate y vete.

Deja los blandos regazos,
Aunque el sueño te detenga,
Antes que á la tierra venga
El sol desparciendo abrazos.
No hay gustos sin emba: azos.
No hay contento sin pasiou,
Y á los cuerdos la ocasion
Jamás les negó el copete;
Levántate y vete.

Si mi amor tu pecho inflama
Con honroso intento justo,
Por darle á mi alma gusto
Olvida los de la cama;
Que mi fama está por tu fama,

Y mi honor está en tu honor :
Levántate que el temor
Ya que aquí estés no consiente,
Levántate y vete.

Aunque con el sueño luchas,
Es justo que fin le des,
Porque el gusto de una vez
Podamos gozarle en muchas.
Y así por lo que me escuchas
Es gran razón que te acuerdes,
Que el gusto que ahora pierdes
Mayor gusto nos promete :
Antes que te sientan
Levántate y vete.

XVII.

En la cumbre, madre,
Tal aire me dió,
Que el amor que tenia
Aire se volvió.

Madre, allá en la cumbre
De la gentileza
Miré una belleza
Fuera de costumbre,
Cuya nueva lumbre
Ciega me dejó,
Que el amor, etc.

Quisolo mi suerte,
Fragua de mis males,
Que con ansias tales
Llegase á la muerte :
Mas un aire fuerte
Así me trocó,
Que el amor, etc.

Dulce ausente mio,
No te alejes tanto,
Mueva ya mi llanto
Ese pecho frio :
¡Mas ay! que un desvío
Tal pena me dió,
Que el amor, etc.

XVIII.

Romped, pensamientos,
El aire sutil,
Y á mi bella ingrata
Mi mal le decid.

De todas sus señas
Os quiero advertir,
Que es en forma humana
Bello serafin :
Y para si acaso
Se olvida de mí,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

Decidla que quedo
Cerca de morir,
Y de mí muy lejos

Despues que la ví.
Y aunque se resista
Y no os quiera oír,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

Hallareisla en medio
De su verde abril,
Esparciendo rosas,
Clavel y jazmin :
Y aunque os espantase
El hallarla así,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

XIX.

De tu vista me privas
Con tu resplandor :
¡Quién águila fuera
Que mirára al sol !

Despides tu rayos
Con tanto furor,
Que á los que te miran
Ciega tu arrebol :
Tus hermosos ojos
Dos luceros son,
Que llenan el mundo
De su resplandor.

¡Quién águila fuera
Que mirára al sol !
Bendígate el cielo,
Gloria de las que hoy
Renombre de hermosas
Las concede amor.
Cualquier criatura,
Puesta en parangon
De aquesa belleza,
Pierde su valor.

¡Quién águila fuera, etc.
Luces mas que el oro
Puesto en el crisol,
Pues naturaleza
No hizo cual tú dos.
Los cielos te alaben,
Bendígate Dios,
Honra de este siglo,
Que por tí es mejor.
¡Quién águila fuera
Que mirára al sol !

XX.

Trújome á la muerte,
Madre, un disfavor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.
De favorecida,
Viene á desdenada,
Cuanto ante encumbrada
Despues abatida :

Viéndome perdida
Creció mi temor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.

Fué sordo á mi llanto,
Y á mis tristes quejas
Cerró las orejas
Cual sierpe al encanto.
Creció mi mal tanto
Cuanto el disfavor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.

XXI.

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

Heme en lágrimas deshecho,
Que la mar de amor me ha dado,
Y habré de salir á nado,
Pues mar del amor se han hecho :
Lágrimas que así crecieron
Sin poder á vos llegar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

Hicieron en duras peñas
Mis lágrimas sentimiento,
Tanto que de mi tormento
Dieron unas y otras señas :
Pero pues ellas no fueron
Bastantes á os ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.



PARTE V.

ROMANCES JOCOSOS.

I.

Llegó á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco y muerto el fuego.
Viéndole tan destrozado
Dijo el bueno del ventero :
Hermanito, no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.
Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto ;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.
Dijole como era hijo
De la bella diosa Vénus,

A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
Jamás cupo en bajo pecho,
Haciendo burla del niño
Responde con menosprecio :
Para ser hijo de reina
Él trae muy bellaco pelo,
Y aquí no hacemos nada
Por amor y sin dinero,
Sepa si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo,
Cuando cantaban sus triunfos
Con discantes á lo viejo :
Cuando por ver á su dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sexto ;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto.
Aunque en medio de las ondas
Halló de su alma el remedio,
Pues bebió tal parte de ellas
Que apagó de amor el fuego.
Y también el otro bobo
Del babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto
Rompió con su espada el pecho.
Y luego la necia Tisbe
añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La sogá tras del caldero.
Y si no ve aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciego :
Desatátese los ojos,
Verá la razon que tengo.
Cupido entre aquestas burlas
Fué las veras conociendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley, y otro uso nuevo.
Y es tan discreto que tiene
Menos costa y mas provecho :
Y también manda á las damas
Que en su amor hagan concierto ;
Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio,
Y que al amante que diere
No le envíen descontento.
Y al que no diere le digan
Lo que le dijo el ventero :
Hermanito, no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.

II.

Mariana, Francisca y Paula,
Ines, Constanza y Elvira,
Heridas de aquella vitra

Que cuenta Amadis de Gaula,
 Con pensamientos conformes
 Y con deseos forzados,
 Tienden sus paños lavados
 Sobre la arena del Tórmes.
 ¡Ay Tórmes, como te ensanchas,
 Dijo Elvira, en ondas claras,
 Solo con mi pecho avaras
 Pues no le quitan las manchas!
 Pero no tengo razon
 En decir tal desatino,
 Pues no son telas de lino
 Las telas del corazon.
 Volvió Juana su cauasta,
 Y sobre ella mal sentada
 Con la ventura empenada
 Por la esperanza que gasta;
 Tomó de arena un puñado
 Considerando su pena,
 Y dijo: como esta arena,
 Es el bien de mi cuidado.
 Digo que cuando procuro
 Apretarle dentro el alma;
 No me hallo mas que la palma,
 Porque no hay amor seguro.
 Alzando la voz Ines,
 Dijo al agua suspirando:
 Agua, no pases callando
 Por do esta mi portugues.
 Dale cuenta de mis duelos,
 Dile que lloro, y no llora,
 Que le adoro, y que él adora.
 A la causa de mis zelos.
 Que si tus ondas no dan
 Estas señas conocidas,
 Iran lágrimas perdidas
 Donde palabras no van.
 Constanza, que no tenia
 Dolores de pensamiento,
 Dijo: mohina me sientó
 De escuchar vuestra agonía.
 ¿Por hombres teneis enojos?
 ¿De veras llorais por hombres,
 Traidores hasta en los nombres,
 Y hasta el fin de sus antojos?
 ¡Que donosa ceguedad!
 Volved, amigas, la hoja,
 Pues sabeis que es su congoja
 Mudanza y facilidad.
 Haciendo son con las palmas
 Paula, que tendido habia,
 Esta letrilla decia,
 Que es el mote de sus almas:
 Amor quien no te conoce,
 Ese te compre.
 Con vasallos te regalas,
 Maltratas reyes y reinas,
 Villanos cabellos, peinas,
 Desprecias rizos y galas:
 Para el mal te nacen alas,

Para el bien eres un monte:
 Ese te compre.

Empeñas nuestras verdades,
 Y con mentiras nos pagas,
 Las voluntades estragas,
 Destruyes las amistades;
 Y para hacer crueldades
 Traes un velo que te emboce:
 Ese te compre.

Naciste en hora menguada,
 Y en señal de mal agüero,
 Eres hijo de un herrero,
 Y de una muger errada.
 Haces la noche alborada,
 Y alborcas á la noche:
 Ese te compre.

O que donaire ha tenido,
 Paula, tu copla donosa
 Dijo Constanza quejosa
 Del lavandero Cupido.
 Dime si quieres ahora:
 ¿Cuyo es ese consonante?
 ¿De aquel señor estudiante
 Que visita á mi señora?
 Ines, que está algo prendada
 De amores de don Gaspar,
 Así comenzó á cantar
 Muy zelosa y muy lavada:
 Aquel pajecito de aquel plumage,
 Aguilica seria quien le alcanzase:
 Aquel pajecito de los airones,
 Que volando se lleva los corazones,
 Aguilica seria quien le alcanzase.
 Francisca se desmayó,
 Y á concierto la traian
 Las amigas que sabian
 De su mal el sí y el no:
 Y asida su ropa blanca,
 Puesto el sol que la secó,
 La escuadra en ala marchó
 Camino de Salamanca.
 Y mostrando que llevaban
 Mas contento que trujeron
 Alegres se despidieron,
 Y esta letrilla cantaban:

Mas prende amor que la zarza:
 Mas prende y mas mata.
 Hace montes llanos
 Y poblados yermos,
 Sana los enfermos
 Y enferma á los sanos.
 Humilla los vanos,
 Y humildes ensalza:
 Mas prende y mas mata.

Los finos amores
 Que del sayo pasan
 Los hielos abrasan
 Doblan los ardores.
 Son nuestros dolores
 Sus perlas y plata:

Mas prende y mas mata.

III.

Topáronse en una venta
La muerte y amor un día,
Ya despues de puesto el sol
Al tiempo que anochecia.
A Madrid iba la muerte
Y el ciego amor á Sevilla,
A pié llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la justicia;
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa,
Y al fin la dijo riendo:
Señora, no sé que os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la muerte de esto,
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retiran.
Con un lanzon el ventero
De por medio se metía,
Y haciendo las amistades
Cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,
Que en la venta no habia cama
Ni el ventero la tenía.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huéspedes servia.
Aun no ha bien amanecido,
Cuando amor se despedia:
Sus armas al huésped pide
Pagando lo que debía,
El huésped le da por ellas
Las que la muerte traia,
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la muerte
Triste, flaca, desabrida;
Tomó las armas de amor
Y tambien hizo su guia.
Y desde entonces acá
Mata el amor con su vira
Mozos, que ninguno pasa
De los vein.icinco arriba
A los ancianos á quien
Matar la muerte solia,
Ahora los enamora
Con las saetas que tira.

Mirad cual está ya el mundo
Vuelto lo de abajo arriba,
Amor por dar vida, mata,
Muerte por matar, da vida.

IV.

Dueña, si habedes honor,
Mirad bien por mi hacienda:
Que ya debria ser tiempo
Que mi dolor os empezca.
Non pongais en al las mientes:
Que non es de buenas dueñas,
A quien tuerto non les face
Facer injurias derechas.
Miémbreos, señora mia,
Que face esta primer fiesta
Seis años, non dende ayuso,
Que os fastidian mis recuestas:
Y en todos estos seis años
No firieron mis orejas
Razones de vuestra boca,
Que mis congojas desmientan.
En los dos años primeros
Me distodes por respuesta,
Que érades niña en cabello,
Para usar homes pequeña.
Los otros cuatro, señora,
Non remediastes mis penas,
Temiendo veros en cinta:
¡Ay Dios, quien en cinta os viera!
En los dos últimos meses
Partíme á las lueñes tierras,
Volvi, y hallévos casada:
¡Triste de quien fia en fembras!
Distedesme por excusa,
¡Triste de quien la creyera!
Que el viejo de vuestro padre
Vos fizo casar por fuerza:
Que bien sabe el de lo alto
Cuantas lágrimas os cuesta,
Porque vuestra voluntad
Non es conmigo manera.
Si ello es vero ó non, yo fio,
Que esta vegada se ven,
Pues ya no podrá estorballo
Ser niña, ni estar donecilla,
Faced como vais, señora,
Mañana á la Madalena
A ganar las perdonanzas
Con quien puridad os tenga.
Venid vos á mis palacios,
Donde tendremos la siesta,
Y folgaremos en uno
Sin que mis homes lo vean.
Que si así satisfacedes
Mi aficion y vuestra denda,
Veré que non es falsa
Ni mal querencia la vuestra.
Donde no, cuidad, casada,

Que tarde ó temprano sea,
 Que destos desaguisados
 Tengo de tomar enmienda.
 Esto escribió Gerineldos,
 Camarero de la reina,
 A la dueña Quintañona
 Estando en celada puesta.

v.

Cierta dama cortesana
 De las de arandela y toldo,
 De las de buen talle y pico,
 Y picara sobre todo ;
 Picóla con sus saetas
 Amor de amores de un mozo,
 Mas que Narciso galan,
 Y mas que galan zeloso.
 Gozó de ella algunos días
 Sin pechar, que no fué poco,
 Porque es la primer franqueza,
 Que en sus archivos conozco.
 Cobróla el ninfo aficion.
 Y puso en su bolsa cobro ;
 Porque con sola su gala
 Pensó conquistallo todo.
 Pidióla zelos un día,
 Y á vueltas del alboroto
 Algo enojado el galan
 La dió un puntapié en el rostro.
 Ella que nunca habia visto
 Semejantes terremotos
 En el cielo de su cara,
 Tocó á ñublo y conjurólos.
 Y fué la conjuración,
 Que en yéndose de allí á un poco,
 Le escribió aqueste papel,
 De que yo doy testimonio.
 Deje zelosas sospechas :
 Que vive Dios; que es un tonto,
 Quien no dando todo el gusto,
 No piensa pasar por todo.
 Huélguese, pues que le dejan,
 Y juegue, pues vamos horros,
 Y aunque encuentre mil encuentros,
 No me baraje uno solo :
 Y sepa vuesa merced,
 Que calzo, que visto y como
 A costa de mis costillas,
 Por ser tan flacos sus lomos :
 Y entienda que es necesidad
 Pretender con sus adornos,
 No siendo el marques del Gasto,
 Ser conde de Puñonrostro.
 Sepa que ya con las damas
 Un metal, que llaman oro,
 Es el discreto, el galan,
 El gentilhombre, el gracioso.
 Por este metal que digo
 Habla el mudo, y anda el cojo,

Alcanza el que está sin brazos,
 Y es de pluma el que es de plomo.
 Por aqueste hábitos verdes
 Y descendientes de godos
 Dan su lado á quien los tiene
 En campo amarillo rojos.
 Por este amable metal
 En maridable consorcio
 De bien diferentes sangres
 He visto yo hacer mondongo.
 Por este arbola bandera
 Quien en su vida vió moro ;
 Ni sabe que es centinela
 Rebellin, frinchera ó foso.
 Pues si este, por quien se alcanza
 Cualquiera premio dichoso,
 Le falta á vuesa merced,
 Y yo en el mundo no sobro,
 ¿Porqué se mete en honduras
 A donde el mar es tan hondo,
 Que suele anegarse en él
 Un hombre aunque sea de corcho?
 Con las damas de este tiempo
 Es muy sabido el negocio,
 Que por un magno Alejandro
 Trocarán catorce Apolos.
 Pasó ya el dorado siglo,
 Que Angélica con Medoro
 Se gozaban en la selva,
 Pagando un amor con otro.
 Belerma muy affligida,
 Hechos fuentes los dos ojos,
 Lloraba cinco ó seis años
 Sobre el corazon mohoso.
 Gastaba la gran Cleopatra
 Sus tesoros con Antonio,
 Dabase Tisbe la muerte,
 Y llevábala el demonio.
 Catalina por Pascual
 Andaba catorce agostos,
 Y al fin dellos sus amores
 Paraban en matrimonio.
 Ya está tan mudado el tiempo,
 Que aun negras de Monicongo
 Se van tras el interes,
 Y dan al amor de codo
 Yo por un poco fui necia :
 Mas basta la burla un poco ;
 Busque, si encuentra, otra boba,
 Con quien él sea menos bobo :
 Y con ella su merced
 Sea mudo, ciego y sordo ;
 Que á todo aquesto se obliga
 Quien quiere mucho y da poco.
 Leyó el galan el papel,
 Y dijo entre risa y lloro :
 Quien zelos no tiene es simple,
 Y quien los pide es un loco.

vi.

Ventanazo para mí
 Despues de un año de ausencia,
 Mal año para mis ojos,
 Si os vieren á vos, ni á ella
 Quebráranseme las manos,
 Hermosa niña de á treinta,
 Primero que á la ventana
 Subieran á ver las vuestras,
 Por nuestro Señor que estuve
 Por daros con una teja,
 A no saber que hay en casa
 Un majadero de piedra,
 Que necio y favorecido,
 Yo no dudo que saliera
 A vengar el tuerto hecho
 A la vuestra delantera.
 Mas respetando los picos
 De vuestra honrada chinela,
 Acógime á san Miguel
 A rezar en vuestras cuentas.
 Y de todo aquel recibo
 De fe falsa y obras muertas
 Hallo que os tengo alcanzada,
 Y que os alcanza cualquiera,
 Y si de esto estais quejosa,
 Y estuvistes satisfecha,
 ¿Porqué se cierran ventanas
 A quien se abrieron las puertas?

Hame dicho cierto amigo,
 Que me hiciste cierta afrenta,
 Porque habeis dado en beata,
 Y decis que sois doncella.
 Beata con lechuguillas,
 Y que á media noche reza
 Amorosas devociones;
 No quiera Dios que lo crea.
 Que de su vida y milagros,
 Los que la tratan se quejan
 De haber llevado á bartas partes
 Brazos y piernas de cera.
 Respondeis que hicisteis voto,
 Estando ociosa una fiesta,
 De castidad incurable,
 De que siempre andais enferma.
 ¡Oh voto lleno de filos,
 O por ventura de mellas!
 Pues ya no hay sangre que corra,
 Cortad desco y vergüenza:
 Que si dan tormento á indicios,
 Yo sé muchos que confiesan
 Que orillas de Guadiana
 Apacentaron sus yeguas:
 Y si entre tantos testigos
 Se conociere mi letra,
 ¿Porqué se abrieron ventanas,
 A quien se cierran las puertas?
 No importa, hermosa beata,

Huélguese su reverencia,
 Que yo sé que dijo prima,
 Cuando ella rezó completas.
 Que el zapato que desecho,
 Yo me huelgo que la venga;
 Pues ya ni será tan justo,
 Aunque piense que le aprieta.
 Ya es sabido que es bonete;
 Para bien, señora, sea,
 Y tan lozano de cola,
 Que en vos deshace su rueda.
 ¡Qué contento quedaria!
 Pues no ha sido cosa nueva,
 De verme cerrar el cielo,
 Donde ví vuestras estrellas.
 Que como yo no soy niña,
 Que de mañana soy vieja,
 Al que espera vuestra gloria
 No quisistes darle pena.
 Colérico estoy por Dios;
 Él ponga tiento en mi lengua:
 Que aunque allá distes el golpe,
 Dentro del alma me suena.
 No quiero ser vuestro París,
 Ni que vos seais mi Elena,
 Aunque tuviera mas fuego
 Que Troya tuvo por esta,
 Ya, enemiga, me declaro:
 Que la sangre se me altera,
 Y el son de aquellas ventanas
 Me toca al arma en las venas.
 Desengaños de palabras
 O de papel buenos fueran:
 Pero sabed que son malos
 Desengaños de madera;
 Y pues lo estábades vos
 De que yo era mal poeta,
 ¿Porqué se cierran ventanas
 A quien se abrieron las puertas?

xii.

Decidme, recien casada,
 ¿En qué vos ofendo yo,
 Que sin fallar justa causa,
 Ausentades vuestro rol?
 Magüer non viene la noche,
 Que en guisa de pelendor
 Erguida la mi cabeza
 Contemplo vuestro balcon.
 Bendigo vuestras andanzas,
 Para que vos logre Dios:
 Y por vervos dos vegadas,
 Hasta que el sol sale, estoy.
 Mirovos con tierno pecho,
 Y miraisme con rigor:
 De que se aumentau mis males,
 Y crece mas el mi amor.
 Cuando subides acaso
 En el vuestro mirador.

Non tenedes membramiento,
Como está el mi corazon.
Para encender mas mi fuego
Vos servides de eslabon,
Con que de mis fechorías
Está agostada la flor.
Las dueñas de vuestra casa
Me preguntan si es amor,
O si en alguna batalla
Arrastraron mi pendon.
Y si vades á visita.
Porque yo presente estoy,
Para ausentarvos de mí,
Tomades de esto ocasion.
Tanto desden y desdicha,
Señora, causaislo vos,
Que ya non puedo llevarlos ,
Magüer porque muchos son.
Atended solo á decirme ,
Pára quitar mi aficion ,
Si vos ofendo en mirar
Los rayos de vueso sol.
Que vos faré juramento

Por señor san Salvador ,
De non causarvos pesar
A costa de mi dolor.
Mis barraganes preguntan
Quien es de mi mal autor ;
Y porque non vos maldigan ,
La respuesta non les doy.
Mal pagades mis andanzas ,
Quizá que non son de pró ;
Empero suple el deseo ,
Donde mengua la razon.
Pásase el tiempo ligero ,
Quando contemplo en los dos ;
En mi la verde esperanza ,
Y de ella la flor en vos.
Cerrádesme las ventanas ;
Empero bien sabe Dios ,
Que vos me cerrais ventanas ,
Yo vos abro el corazon.
Aquesto cantaba Celio ,
De Marfisa cantador.
Mirando de sus mejillas
El trasparente arrebol.

POESIAS DE LOPE DE VEGA.

Nació en Madrid en 25 de noviembre de 1562. Desde sus primeros años dió indicios del feraz ingenio que debió á la naturaleza; y niño componia versos que trocaba por juguetes de sus condiscipulos. A los doce años habia ya estudiado las Humanidades, y era diestro en todos los adornos de una educacion liberal como la danza, la música y la esgrima. Viéndose huérfano y desvalido, entró primeramente en la familia de D. Gerónimo Manrique, obispo de Avila; y despues sirvió de secretario al duque de Alba. Fué casado dos veces, y á la muerte de su segunda muger se hizo presbítero, y entró en la Congregacion de sacerdotes naturales de Madrid. Su vida hasta entonces atendida á lo que le producian sus comedias y sus demas escritos, y agitada con las vicisitudes de su fortuna inquieta, tomó una situacion mas sosegada, y su reputacion y su gloria llegaron á la mayor altura á que puede aspirar un escritor. La fertilidad singular de su ingenio y la muchedumbre inmensa de sus obras ocupaba y espantaba la imaginacion de sus contemporáneos que le miraban como un prodigio. Tenido por un oráculo, las gentes se paraban á verle y señalarle por las calles; venian muchos á Madrid por solo conocerle, y para calificar una cosa de buena se adoptó generalmente el modo antonomástico de decir que *era de Lope*. El papa Urbano VIII le escribió una carta de su puño confiriéndole el grado de doctor en teología, y dándole el hábito de San Juan en agradecimiento del poema *La Corona Trágica* que le habia dedicado. Sus riquezas no fueron menores que su fama, y él vivia con opulencia en la misma calle en que Cervantes, casi desconocido, pasaba una vida ociosa y pobre. Vivió hasta el año de 1635 en que murió á la violencia de una enfermedad aguda, de 75 de edad: y su entierro se hizo con la mayor solemnidad y pompa á costa del duque de Sesá su testamentario. Sus obras, sin contar las dramáticas, que á juicio de sus contemporáneos llegaron á cerca de dos mil, componen diez y nueve tomos en 4º de la edicion que Sancha ha publicado en nuestros días.

LA CIRCE ¹,

POEMA.

CANTO I.

Llega Ulises á la isla y casa de Circe, donde le refiere su peregrinacion y lo que le sucedió con los Lestrigones y Lotófagos.

Tú, que del sacro artifice del oro
Científica y hermosa procediste,
Circe, que al blanco cisne, al rubio toro

En variedad de formas excediste,
De la excelencia del castaño coro
La humilde musa de mis versos viste:
Harás que las corrientes del Leteo
Presuman otra vez que canta Orfeo.
Tú, que pudiste dar con imperiosa
Voz, que tembló sin resistencia alguna
El sol en su corona luminosa
Y en su argentado cóncavo la luna,
Naturaleza no, mas prodigiosa
Forma á la humana, que corrió fortuna
En el tirreno mar, con nueva forma
En platónico cisne me transforma.
Vos, única excepcion de la fortuna,

¹ Podria este poema considerarse como un estudio feliz hecho por nuestro poeta sobre Homero, si como tomó de él la invencion, los acontecimientos y los personajes, tomara tambien el color, la correccion y el carácter: debió Lope en esta ocasion al autor de la Odisea el mérito de una narracion bastante fluida y despejada, exenta de las extravagancias y extravios que se encuentran frecuentemente en otras obras suyas de igual clase. Pero nada está mas lejos del estilo de Homero que el estilo de su imitador; y Lope en esta parte, con una libertad que los adoradores del padre de

la poesia griega llamarán sacrilegio, y los partidarios del escritor castellano bicarria, hace suyo todo cuanto toma de lo antiguo, salpicándolo á veces con el mal gusto de su tiempo; y debilitándole otras con una llaneza de diction que toca en trivialidad y prosaismo; pero vigorizándolo y adornándolo no pocas con las galas propias de su talento fácil, afectuoso y brillante. Homero por ejemplo se riyera de compasion al ver á su discípulo decir para designar el tiempo que duró el sitio de Troya

Diez veces nuestra argótica antieja

Que no suele premiar merecimientos,
 Ilustrísimo conde¹, á quien ninguna
 Pudo aumentar mas altos pensamientos:
 Vos, ya del sol resplandeciente luna,
 Que con su misma luz los elementos
 Bañais de claridad y de alegría,
 Entre dos mundos dividiendo el día:

Si vuestro padre honró en Italia á España,
 Y en España la sangre que en Sevilla
 Por tan alto valor, por tanta hazaña
 Dió reyes generosos á Castilla:
 ¿Qué pluma os sirve? ¿qué lisonja engaña?
 Pues en lugar tan alto maravilla
 Que hablando en vos, aunque artificio sea,
 La verdad á la pluma lisonjea.

Para satisfacer á vuestro claro
 Ingenio, excelso príncipe, debiera
 Daros elogios, que de mármol paro
 Y oro inmortal la eternidad vistiera.
 Las letras, de quien hoy divino amparo,
 Por las que vos teneis, os considera
 España, á vuestra sombra de honor llenas,
 Crecen, y os llaman ínclito Mecenas.

Así veneracion en la florida
 Aurora de la edad vuestra dichosa
 Os dió por tanto lustre agradecida
 Del Tórnes la academia generosa:
 Y así de vuestra gloria enriquecida,
 En Pimpla y Helicon Euterpe hermosa
 Os da la proteccion que tuvo solo,
 Como sacra deidad, el mismo Apolo.

Oid pues, generoso descendiente
 De aquel heroico Pedro y claro Enrique,
 A quien Sidonia coronó la frente,
 Sin que en la vuestra novedad implique;
 Oid de Ulises la virtud prudente,
 Por mas que Circe venenosa aplique
 La confeccion de su hermosura y gracia,
 Veneno igual al músico de Tracia.

Ya la discordia por muger nacida
 De la hermosura fácil y el desseo,
 En sangre, en fuego y en furor teñida,
 Y esparcido el cabello Meduseo,
 De la llama fatal de la encendida
 Misera Troya, en hombros de Apogeo,
 Vestida de una nube polvorosa
 Miraba la tragedia lastimosa.

Ya caminaba fugitivo Eneas,
 Incrédulo á la flecha de Laocontes,
 Con los penates y las sacras deas,
 Que trasladó por varios horizontes:
 Coronado de mimbres y de eneas
 El Tibre levantaba á siete montes
 La florida cerviz y el orbe hesperio,
 Nido á las aves del romano imperio.

Hécuba triste entre cenizas viles
 Sus muertos hijos trémula buscaba:
 Por otra parte la crueldad de Aquiles
 Con triste voz Andrómaca lloraba:
 Con puntas de marfil hebras sutiles
 Casandra sobre el tálamo peinaba
 De su difunto esposo, y de oro y nieve

sobre Troya miró flechando á Cloto,
 Y otras tantas al toro de Fenicia
 Pacer estrellas al celeste soto;

pero enviárá quizá, ó por lo menos se agradaría
 infinito de la ternura y suavidad que respiran estos
 versos del llanto de Galatea sobre la muerte
 de Acis

Ya no saldré del mar como sofía
 Al regulado son de tus amores:

ó de la gracia y frescura de color que hay en estos
 otros

Como se suele abrir pimpollo en rosa
 Trimera risa del luciente día.

ó en fin con la fuerza y resolucion que hay en estos,
 cuando Ulises, después del piadoso oficio

llecho á la sombra de los manes frios,
 Al rededor oyo tristes clamores,
 Que daban en los cóncavos vacios
 Viéndose de la luz habitadores;
 Luego buscó los infernales rios
 En cuya margen vió sierpes por flores,
 Por arboles tambien espinos secos.
 Y le dieron terror los tristes ecos.

Sería fácil multiplicar los ejemplos de talento
 y de mal gusto, de acierto y de extravío;
 pero estos pocos bastan á nuestro propósito. Lo
 que si es preciso advertir es cuan lejos está tam-

bien Lope de su modelo en la parte del diálogo.
 Todos sus personajes son prolijos cuando hablan,
 y ademas de esta falta de economía hay otra
 mayor que es la de conveniencia; no distinguiéndose
 los discursos de la narracion ni en las formas
 ni en el ornato, y pareciéndose sus héroes, por
 los sentimientos y las ideas que expresan, mas
 bien á españoles del tiempo de Lope, que á grie-
 gos del tiempo de Homero. No sé sin embargo si
 á veces se le podria perdonar esta falta de decoro
 en gracia de las bellezas originales que presenta.
 Léase, por ejemplo, el pasaje en que Ulises rue-
 ga á Circe que le dé licencia para partir; y el que
 no se ofenda mucho de la afectacion y de los hip-
 érboles que de cuando en cuando le afean, lejos
 de reprobear la libertad que se ha tomado el poeta
 español, admirará el artificio con que toda la es-
 cena está pensada, el calor y la ternura que la
 animan, y su desenlace moral, saliendo victoriosos
 el amor y fidelidad conyugal de la seducccion
 y halagos de la encantadora.

Se han hecho algunas cortas supresiones en di-
 ferentes partes del poema, unas por oscuras,
 otras por insufribles en estilo, y otras por ser di-
 gresiones inoportunas que molestan y fatigan. El
 lector que quiera apreciar debidamente la razon
 de estas alteraciones podrá cotejar la CIRCE, tal
 como se da aquí, con la misma obra inserta en el
 tomo 2. de la coleccion de Lope publicada por
 Sancha.

¹ Habla con el conde-duque de Olivares.

Labraba su dolor sepulcro breve.

Páris traidor con flecha rigurosa ,
A su venganza bárbaro trofeo ,
Sobre las aras de la fe piadosa
Dejaba muerto al hijo de Peleo :
En el jazmin y la purpúrea rosa ,
Y en la flor que nació de su deseo ,
Por su amado Memnon perlas llovía
La mensajera del luciente dia.

Como de polvo tronador al vuelo
Cayó perdis sobre la yerba , y como
Tórtola blanca desde el nido al suelo ,
Herida de los átomos de plomo :
Entre los pechos de nevado hielo
Descubre apenas el dorado pomo
De la daga de Pirro , Polixena ,
En rojas aras victima azucena.

Arcos , teatros , cúpulas , columnas ,
Palacios , templos , muros , puertas , baños ,
Rebelados en prósperas fortunas
Al cetro inevitable de los años :
Fábricas á las nubes importunas ,
Cubiertas de mortales desengaños
Yacen en polvo y lo estarán de olvido :
Así deja de ser cuanto es y ha sido.

Troya desierta al fin , Troya abrasada ,
Fenix que en pluma reservó la vida ,
Por los engaños de Sinon vengada
La fama infame del famoso Atrida :
Prudente Ulises con su argiva armada
Por el azul tridente conducida ,
Surgió en la isla de Eolia derrotado
De las fortunas de Neptuno airado.

El rey allí de los discordes vientos
En una piel de buey los prende y ata
A la obediencia de su imperio atentos
Con hilo sutilísimo de plata :
Furioso en la prision , sus movimientos
El águila septentrional desata :
El ábrego , dejando el medio dia ,
Romper la cárcel rápido porfia.

El hijo del Aurora , que valiente
La línea equinoccial levante llama ,
Y el que purpúreo el mar vuelve en su oriente
Aura fértil de abril , del árbol rama :
Los rumbos deciseis con torva frente
Murmuran presos que perdieron fama ,
Por no ser cárcel de leon sangriento ,
En que se ve que la soberbia es viento.

Lascivó solo con las velas juega ,
De las flores anhelito amoroso ,
Céfiro blando : Ulises luego entrega
El pardo lino al soplo vogaroso :
Mas cuando el mar pacífico navega ,
Y olvido de sus hados perezoso
Sueño le infunde , en que sus penas vena ,
Nuevas desdichas Némesis comienza :

Dormia Ulises (que quien tiene imperio
Se obliga á breve sueño) y los soldados
Hablaban de su honor en vituperio ,

Por los cables y bordes arrimados :

El griego Laomedon del reino Iberio ,
Mostrando los venenos heredados
De Colcos , en que fué su nacimiento ,
Con estas quejas dió silencio al viento.
¿ Habeis visto , soldados valerosos ,
La hinchada piel que Ulises lleva oculta ,
Sin apartar los ojos cuidadosos ,
De que tan justa presuncion resulta ?
¿ Los que valientes siempre y animosos
Halló para trabajos , dificulta
Para guardar secretos ? Mal responde
A nuestro amor quien lo que lleva esconde.

Sabed que ha sido tanta la riqueza
Del robo y saco del troyano incendio ,
Que parece imposible su grandeza
Ser reducida á número y compendio ,
Nosotros conducidos por nobleza ,
Que no por tan inútil estipendio ,
Para comprar el dárdano tesoro
Dimos la sangre que ha trocado al oro.
Bastaba á un capitan la dulce gloria
De haber vencido ; que á ningun soldado
Atribuyó la fama la victoria ,
Aunque por él se hubiese conquistado.
Cuando se escriba la troyana historia ,
Será el prudente Ulises celebrado ;
Vosotros no , si bien por tanta herida
A ver la muerte se asomó la vida.

Vosotros al rigor del hielo frio ,
Ya en la campaña con la escarcha al hielo ,
Ya en la embreada tabla de un navio ,
Sin tierra el cuerpo y por cubierta el cielo :
Vosotros en la fuerza del estio
Pisando vuestra sangre , mas que el suelo ,
Sufriendo los troyanos escudrones ;
Y ellos durmiendo en altos pabellones.

Creedme que esta piel toda es diamantes ,
Egipto buey con las entrañas de oro :
Abrilde y lo vereis , o griegos , antes
Que , si despierta , le guardéis decoro :
Rompelde , pues hay causas tan bastantes ,
Aunque fuera este buey de Europa el toro :
Que no es justo , si cumple lo que debe ,
Que á Grecia el oro y el honor se lleve.

Entonces los soldados presumiendo
Que llevaba en la piel (¿ qué injusto pago
La ambicion al respeto prefiriendo !)
El oro y joyas del troyano estrago ;
Mientras estaba el capitan durmiendo ,
Rompen la piel , y por el aire vago
Salen los vientos , porque coge vientos
Quien siembra codiciosos pensamientos :
No de otra suerte , si de noche el fuego
La materia veloz dispuesta enciende ,
La gente por el humo denso y ciego
Sino la puerta , la ventana emprende :
Que aqueste arroja aquel , y el otro luego
Entre las mismas llamas le deslende :
Restalla en torno pertuaz Volcano ,

Inexorable al elemento cano ;

Pues apenas salieron, cuando embisten
Con las seguras naves y soldados ;
Que con lo mismo que el furor resisten,
Su injusta perdicion miran turbados.
Los que á la aguja y al timon asisten,
La bitácora dejan desmayados,
Y arrepentidos ya de sus cautelas,
Acuden á las jarcias y á las velas.

El campo undoso, como fácil boya,
Nadan entre la rota obencadura
Las banderas, que ya terror de Troya
Dos lustros respetó la mar segura.
Coge en lugar de la preciosa joya
La escota el griego y la rompida amura :
Mas cayendo y culpando el vil tesoro
En espumosos ondas bebe el oro.

Como suele dormido en verde prado
Abrir pobre pastor á los balidos
Del esparcido tímido ganado
Primero que los ojos los oídos,
Y al intrépido lobo, que acosado
De los perros con ásperos aullidos,
No sabe á cual empresa, y mira atento
Iguales la venganza y el sustento ;

Así despierta Ulises, y esparcidas
Mira las naves del corinto Egeo,
Que con velas y flámulas tendidas
Despreciaban el golfo de Nereo :
Las esperanzas de volver perdidas
Al patrio suelo, fin de su deseo,
Reservadas al cielo y á las naves,
En lágrimas bañó los ojos graves.

Cerca una isla el mar tirreno, al monte
Opuesta, donde en hierro y bronce duro
Estérope feroz, desnudo Bronte,
Defensas labran al celeste muro :
Aqui el ardiente padre Façonte
A Circe trujo en plaustro mas seguro,
Si el agua del Eridano, que inflama,
Lámpara de cristal fué de su llama.

Habia dado Circe al rey su esposo
Veneno sin razon, en que descubre
El alma de su pecho cauteloso :
Y el sol con ser tan claro á Circe encubre ;
Que la sombra de un hombre poderoso,
Claro en linage, mil delitos cubre :
Pues muchas cosas de sufrirse duras
La misma claridad les hace oscuras.

No le recibe en nitido palacio,
Dorado signo, que humillando el vuelo,
Nueva enclíptica forma, nuevo espacio
Entre los peces de la mar y el cielo.
Temió Circe el furor del rey sarmacio,
Llamando al claro sol que estaba en Delo :
Temióle con razon, porque sucede
Odio al amor, cuando el agravio excede.

Que habiéndose con ella desposado
Por hermosura humana y luz divina,
Fué quererle matar enamorado,

Del linage del sol baja indina :

Un monte que pirámide elevado
El rostro de la luna determina,
Verde gigante al sol bañado en plata,
De sus eclipses el dragon retrata.

De mármoles y jaspes guarnecido
Ocupa de la isla tanta parte,
Que de pequeñas márgenes ceñido
Darle no pudo habitacion en plata :
Circe en su centro, ya de fieras nido,
Sus palacios espléndidos reparte,
Que por la natural arquitectura
Fundó la artificiosa compostura.

Sobre mármoles blancos, que al indiano
Marfil en lustre vencen, oro esmalta
La insigne puerta dórica, y de plano
Perfil el claro pedestal resalta :
Cuanto permite el arte en diestra mano,
En él levantan proporcion tan alta
Dos columnas de jaspe de Corinto,
De bronce y oro el capitel y el plinto.

Aquí llegó perdido y derrotado
El capitán de Grecia triste mente,
Su leño solo en tantos reservado,
Que poblaron el húmido tridente :
Alzó los ojos al peñasco helado
Que en pardas nubes escondió la frente :
Que la sombra del mar por gran distancia
Obligaba á mirar tanta arrogancia.

Y como mas el monte al vespertino
Crepúsculo la sombra dilataba,
Por ella Ulises á la margen vino,
Donde la puerta habitacion mostraba :
Y señalando fácil el camino
Que el arena entre céspedes formaba,
A Euriloco mandó, sabio y valiente,
Que el verde monte penetrar intenté.

Apenas con sus griegos compañeros
Selectos de los otros desembarca,
Cuando cercado de animales fieros
Temió el rigor de la vecina Parca :
Pero al sacar los fúlgidos aceros,
Viendo en las olas fluctuar la barca,
Los que temió llegar armados de ira,
Postrados á sus piés humildes mira.

Al umbral de la puerta las criadas
De Circe lisonjeras los reciben,
Y á los valientes griegos inclinadas,
Los brazos, no las almas aperciben :
De la fingida risa acreditadas
Les muestran los palacios donde viven,
Asegurando que su reina bella
Es Vénus de aquel mar, del sol estrella.

Su gente anima Euriloco engañado
A ver á Circe en tanto mal dispuesto,
Que á quien grandes desdichas ha pasado,
La esperanza del bien le engaña presto.
Hallan los griegos en un alto estrado
De alfombras ricas de Ceilan compuestas
La bella Circe con real decoro

Quitando como el sol la gloria al oro.

Las piedras del dosel y las figuras,
Con los vestidos varios en colores,
Suplieran en las noches mas oscuras
De la corona austral los resplandores,
Lágrimas densas del aurora en puras
Conchas del mar abiertas, como en flores,
Pendian por los hilos de oro al sucio,
Hurtando lustre al sol, cristal al hielo.

Circe de regia púrpura vestida,
Sembrada de azucenas de diamantes,
Mostró la hermosa perfeccion unida,
Admirando los griegos circunstancias.
La madeja bellísima esparcida
Por los hombros en ondas fulgurantes,
Preciándose de ser mayor tesoro,
No permitía distincion al oro.

Eran los ojos esmeraldas vivas,
Cual no las vió jamas el Gange indiano,
Con dos almas de fuego tan lascivas,
Que eran la esfera del deleite humano.
No suelen á la Aurora primitivas
Mostrar apenas el dorado grano
Las hijas de los piés de Venus bella;
Como resplandeció púrpura en ella.

Sucediendo al marfil, tan viva ardia,
Que compitiendo en su celeste velo,
El carmin de la boca desafia,
Como si fuera de diverso cielo:
Era lo que la risa descubria
El nácar que en clavel condensa el hielo,
Si se atreve la frígida mañana
Tal vez con perlas á bordar su grana.

Bruñida al torno la columna hermosa
Este edificio candido y rosado
Sustentaba con pompa generosa
De tan divinos miembros ilustrado:
Que siendo de aquel alma cautelosa,
Y de tan falso espiritu habitado,
El principio y origen de la vida
Perdió tener la estimacion debida.

¡ O cuántas hermosuras han perdido
Del imperio mortal la gloria y palma,
O por tener el corazon fingido,
O por manifestar bárbara el alma!
Blandura celestial, perdon te pido,
Si alguna vez, que me tuviste en calma,
Pensé que no era el alma que tenias
Fenix de las humanas gerarquías.

Euriloco mirando finalmente
La bella Circe, al suelo derribado,
Le dice: o reina, o sol resplandeciente
Deste palacio esférico dorado,
El griego Ulises, capitan valiente,
Reliquia del heroico y desdichado
Ejército por quien yace en la arena
Troya con París robador de Elena;

Llega á tu monte en una nave solo,
Despues de mil naufragios y desvelos,
Con que ha visto del uno al otro polo

Tantos diversos mares, tantos cielos:
Así los rayos de tu padre Apolo
Adore Delfos, y respete Delos,
Que de su error, que de su mal te duelas:
Que ni armas tiene ya, jarcias, ni velas.

Ampara un rey que en Itaca y Zaquinto
Tuvo tan alto imperio, porque vuelva
Al mar de Grecia deste mar distinto,
Antes que el fiero Bóreas le revuelva:
Dejó por el undoso laberinto
De griegas naves una blanca selva;
Duelete de sus hijos y su esposa
Años ausente, poca edad, y hermosa.

Aun él no sabe que su ilustre casa
Ocupan hoy villanos pretendientes,
Cuya libre aficion su hacienda abraza;
Que á todo estan sujetos los ausentes:
Ignora como dueño lo que pasa,
Y sabe los agenos accidentes:
Que esta es la causa porque muchos vienen
A hablar en faltas que ellos mismos tienen.

No porque no es Penélope tan casta
Como la fama de sus obras muestra;
Mas la porfia que los montes gasta,
Mejor podrá la resistencia nuestra:
Que para ejemplo de recelos hasta
Traidor Egisto, ingrata Clitemnestra:
Que ni la nieve al sol está segura;
Ni en ausencia del dueño la hermosura.

Diez veces nuestra argólica milicia
Sobre Troya miró ilechando á Cloto,
Y otras tantas al toro de Fenicia
Pacer estrellas al celeste soto.
Finalmente venció nuestra justicia,
El alto muro de Dardania roto,
Cayendo, como tiene de costumbre,
Toda gloria mortal que vió su cumbre.

Cobramos, reina, la robada Elena,
No porque ya cubriese el rojo labio
Cándidas perlas, ó por ser tan buena
Que nos moviese á deshacer su agravio:
Que nunca la muger que ha sido agena
Venera el amador, ni estima el sabio:
Que aun en los brazos el agravio suele
Hacer que el fuego del amor se hiele.

Venganza fué, que cuando el fin alcanza,
No hay hombre que contento la posea:
Que es condicion de la mortal venganza,
Que no sin daño de los dueños sea:
Tanto, que se ha perdido la esperanza
De que ninguno de nosotros vea
Su casa, esposa y hijos, convertidos
En peces por las aguas sumergidos.

Castigo fué tambien en parte alguna
De haber entrado los troyanos muros
Con invencion tan alta, que la luna
Temió su sombra en sus cristales puros.
Estaban del rigor de su fortuna
Los engañados Dárdanos seguros:
Que aun el honor para el ageno daño

No quiere la venganza en el engaño.

Fingió partirse nuestra griega armada,
Y en unas islas se quedó escondida,
Aumentando la selva, que enramada
Juntó la verdadera á la fingida:
Con los olmos vecinos abrazada
De suerte se miraba entretrejida,
Que las naves le dieron troncos rudos,
Y ella vistió sus árboles desnudos.

Con esto los troyanos presumiendo
Que las ondas marítimas rompía,
Andaban por la playa discurrendo
Que aun despojos inútiles tenía.
Cuantos miras aquí, de aquel tremendo
Caballo para el parto de aquel día
Ocupamos el vientre en que estuvimos,
Y á ser fuego de Troya á luz salimos.

Mal defendida la ciudad, su gente
(Como salió del sueño la defensa)
Mas llora que pelea, y tristemente
Hallar piedad entre los dioses piensa:
De Aquiles Pirro imitación valiente;
Perpetra entre sus aras tal ofensa,
Que solo basta á despertar la ira
Del sol que su ciudad cenizas mira.

La venerable barba revolviendo
El fiero mozo á la siniestra mano,
Sin respetar su edad, con golpe horrendo
La cabeza cortó del rey troyano,
Sobre la sangre mísera cayendo
Del triste hijo, que defende en vano:
La que estaba del padre desunida,
Quiso ayudar á quien le dió la vida.

Estas crueldades y otras que tuvieron
Entonces la disculpa en la venganza,
Por ventura despues la causa fueron
Del castigo que á todos nos alcanza.
Al mar, al viento y á la luna dieron
Los cielos la firmeza en la mudanza:
Y en nuestro error mudó naturaleza,
Sin admitir mudanza su firmeza.

Fundó por nuestro mal con Febo ardiente
Neptuno, rey del mar, los muros frígios:
Por esto navegando su tridente
Las ondas vuelve ya lagos estigios.
Escucha tú de Ulises elocuente
Las iras, los portentos, los prodigios,
Dando licencia que te adore y vea,
Y sacro asilo tu presencia sea.

El te dirá como los dos Atridas
En la isla de Tenedos surgieron:
Y como las escuadras divididas
Distintos rumbos por la mar siguieron:
Porque todas las cosas sucedidas
Los marítimos dioses, que las vieron,
Las contaron á Palas, y ella á Ulises,
Y aun al troyano sucesor de Anquises.
El rojo Menelao con ser discreto,
Volvió á su casa la traídora Elena:
¡Que necio amor, si fué de amor efeto!

Pero lloró muger, cantó sirena.

Callar un hombre el deshonor secreto,
No por todos los sabios se condena;
Pero el público agravio es tanta culpa,
Que aun no puede el amor darle disculpa.
¡O nunca de Nestor se dividiera
Con menos amistad, que atrevimiento!
Que ya los puertos de sus islas viera,
Y gozara á Penelope contento.
¿Quién vió tanto blason, tanta bandera,
Tanta lengua de bronce hablando al viento,
Tantos árboles mas que egipcias piras,
Que imaginara las celestes iras?

Dimos velas al viento sonoroso,
Hinchada pompa de las lonas pardas;
Las flámulas pintadas el undoso
Piélagos peinan libres y gallardas:
Las naves con el céfiro amoroso
Juzgan las alas de los remos tardas,
Y como cisnes la nevada pluma,
Desatando cristal, cortan espuma.

Mas luego un huracán y travesía,
Tan fiero, tan voraz, tan iracundo
Las acomete al espirar del día,
Que midieron el cielo y el profundo:
La isla Eolia tenebrosa y fria,
Cárcel del aire que sustenta el mundo,
Casi en el fuego y cerca de la luna,
Nos recibió para mayor fortuna.

Circe mostrando sentimiento y pena
De ver que el griego Euriloco lloraba,
Bañó la pura rosa y azucena
Con perlas que á dos soles destilaba:
Maldice á Troya, llama infame á Elena,
Por quien sin culpa el mar peregrinaba
Tan fuerte capitán, casado, ausente,
Sujeto á todo fácil accidente.

Fingiendo en fin el pecho enternecido,
Los manda regalar: las mesas ponen,
Veneno en los manjares esparcido,
Que de yerbas venéficas componen:
Los cuidados, las armas y el vestido
Los soldados famélicos deponen:
Comen, hablan, blasonan, rien, brindan,
Hasta que al sueño la memoria rindan.

Euriloco discreto, como suele
El que mira pasar otro delante,
Y cuando de su ciego error se duele,
Retira el pié que le afirmó constante,
Mas quiere que la hambre le desvele,
Y que el duro cansancio le quebrante,
Que no verse despues tal, que no pueda
Volver con vida donde Ulises queda.

No bien sobre las mesas se caian
Los griegos, ya de Baco satisfechos.
Cuando de hirsutas pieles se vestian
Las cervices, las manos y los pechos:
Los unos elefantes parecian,
Los otros ya rinocerontes hechos:
Cual, tigre que engendró scítica Hircania,

Y cual leon de la oriental Albania.

Mover queria Ericto la turbada
Lengua, cuando cubrió flexible trompa
La boca descompuesta, y con la armada
Frente Elpenor no hay árbol que no rompa :
Dulcinto fué á tomar su fuerte espada,
Antes que, transformándose, interrompa
El racional distinto encanto fiero,
Y con las uñas derribó el acero.

Quejarse quiso con acento humano
De tal crueldad el jóven Antidoro,
De Ulises almirante en el mar cano,
Cuyos labios cercaban hilos de oro :
Mas con mugido fiero y inhumano
La rigida cerviz de airado toro
Mostró feroz, y en una clara fuente
Se vió las medias lunas de la frente.

Del modo que, bañándose Diana,
Fugitivo miró las ramas nuevas
En la plata del baño mas cercana
El transformado príncipe de Tebas :
Queriendo articular la voz humana
Peneo vió, ¡qué horror! ¡qué injustas pruebas!
Las armas de la infamia, á que se obliga
Quien por buscar muger halló enemiga.

No menos tú, beligerero Atamante,
A quien dió nacimiento la Morca,
Crítico de las musas arrogante,
Viste tu hermosa forma en la mas fea :
Al animal mas rudo semejante
Circe permite que tu imagen sea,
Quedándote en aplauso vil plebeyo,
No el alma, la corteza de Apuleyo.

En un dragon alado se transforma
Aleidamante, bárbaro poeta,
Sin agradarse Pálas de su forma :
Que era Pálas científica y discreta.
Un caballo feroz Tebandro informa
Que ni á espuela ni á freno se sujeta ;
Al extremo del monte alarga el paso ;
Que quiere de sus cumbres ser Pegaso.

Por burlarse de todo (puesto en duda
De Grecia si era Heráclito) Penteo,
En simio, ó cercopiteo se muda,
Gracioso en gesto y en acciones feo.
Euriloco pidiendo al cielo ayuda,
Sale del monte al campo de Nereo,
Y embarcado agradece á su templanza,
Que le libró de tan cruel mudanza.

Enternecido el hijo de Anticlea,
Las manos alza á Júpiter divino :
Llora de ver que tantos años sea
De Tétis naufragante peregrino :
Que no llegue á la tierra que desea,
Y que le niegue el vasto mar camino,
Habiendo en tantos rumbos vueltas dado
Al clima adusto, al frígido y templado.

En esta confusion, en este asombro,
A la tierra bajó la noche helada,
El manto desprendiéndose del hombro,

Y la cara de nubes rebozada :

¡ Ay ! dijo, o gran Mercurio, pues te nombro,
En toda accion mirándome inclinada
De trino tu retórica influencia,
Por quien mi patria alaba mi elocuencia ;

Dame remedio en tanta desventura :
No permitas que deje los soldados,
Que perdonó la mar, en la figura
De animales tan fieros transformados :
Mejor será que tengan sepultura
Con los demas Argivos desdichados,
Que no que el alma en tal fiereza oculten,
Que alzar el rostro al cielo dificulten.

Enseña la moral filosofía,
Que el hombre que jamas del bajo suelo
Al cielo levantó la fantasia,
Viviendo en pié para mirar al cielo,
Es fiera que la Libia ardiente cria
En su arena abrasada, ó en su hielo
Scitia feroz, sin que en su bien redunde
El alma racional que Dios le infunde.

Abriendo entonces con dorada llave
El gran nieto de Atlante, el Argicida,
La puerta celestial, tres veces ave,
En nube de oro y resplandor vestida,
Sobre la gavia esclareció la nave,
Cual suele exhalacion, cuando encendida
Despues de tempestad serena el cielo,
Y retrató su luz el mar en hielo.

Y sacudiendo con la diestra mano
El dragon duplicado al caduceo,
Con tierno afecto, con acento humano,
Así fué de la mar celeste Orfeo :
Gran hijo de Laertes, que el troyano
Incendio priva, que del patrio Egeo
Los puertos goces : tanto Vénus llora
Su ciudad en los ojos del Aurora :

No temas el rigor de los encantos
De la hija del sol, ni el ver tus griegos
En varias formas de animales tantos
Por los montes indómitos y ciegos :
Toma esta yerba : que los cielos santos
Penetraron tus lágrimas y ruegos,
Que con ella podrás vencer la fiera
Diomédes de esta bárbara ribera.

Aunque á la madre del Troyano adoro,
Dulce monstruo de Amor, parto de espumas,
No es lícito al valor de mi decoro
Que en tu favor ingratitud presumas.
Dijo : y alzando los coturnos de oro,
Resplandecieron las tálares plumas,
Y la senda de luz al movimiento
Hurtó á la vista poco á poco el viento.

Era la yerba de raiz redonda
Negra en color, de flor vistosa y blanca :
No hay veneno que della no se esconda :
Pero con gran dificultad se arranca :
Circe espera que Ulises le responda :
La casa ofrece liberal y franca,
Y de su amor en viéndole segura

Previene en el espejo la hermosura.

Riza el cabello, y en sortijas pone
Pendientes mil diamantes, y la cara
Al fingido jazmin fácil dispone
Agua confeccionada entonces clara :
Despues de pura rosa la compone
Densa en el medio, en los extremos rara,
Y las cejas en arco á los despojos
Previene con las flechas de los ojos.

Como en invierno suele añadir nieve

El deleite mortal al agua fria,
A la blancura, que á los cielos debe,
Circe añadir la artificial porfia
A la garganta cándida se atreve,
Que los dientes lustrosos desafia
Del mas sabio animal, y de azucena,
Teniéndola tan propia, viste agena.

Hacen lo mismo con igual deseo
Y ilustre adorno sus hermosas damas :
El ámbar vuelve el aire prado hibleo
Con fácil nube en olorosas llamas.

Prevenidas al jóven Anticleo
Las telas de oro y las bordadas camas,
Y á vueltas el veneno, da licencia
Que venga con su gente á su presencia.

Ulises deja al mar las blancas velas,
Y mas fingido que de Europa el toro,
La yerba prevenida á las cautelas,
A tierra sale con real decoro :
Sobre dos toneletes, ó escarceclas
Cota de tela azul y escamas de oro,
Pendiente el manto desde el hombro al suelo,
Y el atado laurel revuelto al pelo.

La espada en un tahalí, que tachonaban
Ricos topacios y diamantes finos,
Que la celeste eclíptica imitaban,
Senda del sol por sus dorados signos :
Su venerable aspecto acompañaban
Los griegos mas famosos y mas dignos,
Euriloco, Auriflor, Polidamante,
Filemo, Palamedes y Toante.

Todos caminan de esperanzas llenos
De hallar en Circe próspera ventura,
Que no hay para sentir males agenos
Fe firme, limpio amor, lealtad segura :
Circe aumentando luces y venenos,
Y juntando al engaño la hermosura,
Sale á la puerta, y con fingidos lazos
Le recibe en los ojos y en los brazos.

Con blanca nieve, cuyo efecto es fuego,
Tierna le ciñe la robusta mano,
Por ver si fácil de la vista el griego
Le entrega el pecho que conquista en vano :
Discreto Ulises con mayor sosiego
Defiende el alma del primer tirano.
¡ Ay de quien necio por la mano bebe
Veneno ardiente en aspides de nieve !
Así le lleva por las altas salas
De oro vestidas y pinturas bellas.
Aumentando los ámbares y galas

Lascivo resplandor en sus estrellas :

Tiernos Cupidos las purpúreas alas
En torno mueven, y derriban dellas
Las flechas encendidas sin efeto ;
Que era la yerba defensor secreto.

Y para que moviese, como suele,
Lo imaginado mas que la hermosura,
Quiere que el sueño honesto le desvele
De los famosos cuadros la pintura :
Mira la madre del amor que impele
Corriendo el aire, y de la sangre pura
Las hojas de la rosa agradecidas,
Curando á los jazmines las heridas.

Adónis, rio ya, que al mar fenicio
De las faldas del Libano descende,
Diestramente pintado, al ejercicio
Del campo, no á la diosa, libre atiende :
Con blando rostro, con piadoso oficio,
Que persiga las fieras le defiende,
Tan bella, que la rosa con los zelos
Ser lirio quiso, y lo pidió á los cielos.

En otra parte el baño de Diana
Desnudas le mostró ninfas tan bellas,
Que el indiano marfil, la tiria grana
No presumieron competir con ellas :
Vestido blanca pluma, riza y cana,
El que lo está de sol, luna y estrellas,
Engañaba de Leda la hermosura :
Pero con mas efecto la pintura.

Valiente cuadro, abriéndose los cielos
La lluvia de oro espléndida enseñaba,
Que á pesar de cuidados y desvelos
Entró donde jamas de amor la aljaba :
En frente Egina los nevados hielos
Al mentiroso fuego calentaba :
Todo lo mira el griego : mas de un modo
La severa virtud lo vence todo.

Descansan en estrado, que pudiera
Ser el sitial del sol, y los soldados
Con menos gravedad hacen esfera
Y los rayos que miran eclipsados :
No templa á todos rigida y severa
La virtud de Caton, que estan templados
En las leyes comunes ; y estos tales
Convierte Circe en fieras y animales.

Sentado estaba el griego, y le tenia
Circe la mano diestra ; mas la hermosa
Presencia que miraba, suspendia
La fuerza de la vara venenosa :
El encanto á los ojos remitia
Arsénico mortal, flecha amorosa.
Indecisa se vió la Esfinge ó Lamia ;
Que hechizos, si hay belleza, son infamia.

Pero viendo que el hijo de Laërtes
No la miraba tierno, con la vara
Que dió tan fiera causa á tantas muertes,
Vencerle quiso, y al tocarle para.
El griego entonces con las manos fuertes
El golpe venenifero repara,
Y sacando la espada, ardiente rayo,

Cubrió sus ojos de mortal desmayo.

Pero animada del temor cobarde ,
(Que hay ánimo tambien que es cobardía)
Le ruega que la escuche y que la aguarde ;
Y el acero con lágrimas desvía :
De sus ruegos al fin vencido tarde ,
Como en la yerba mercurial confia ,
Paró el rigor : que nunca fué sangriento
El hombre de sutil entendimiento.

Circe promete al cielo , y interpone
La autoridad de su milesio hermano ,
No hacerle agravio , y en la estatua pone
De Júpiter olimpico la mano.

Con esto mereció que la perdona ,
Y que la mire con semblante humano :
Y luego amor en dulces amistades
Con los brazos juntó las voluntades.

Sucede en esto con aplauso y fiesta
La artificiosa luz á la del dia ,
Porque la noche tímida intempesta
Con la sombra del monte el mar cubria.

La mesa y cena espléndida se apresta ,
Y entre tanto á la forma en que vivia ,
Vuelve todo soldado , y las crueles
Armas desnudan con las duras pieles.

Cual suele el que salió de algun euidado
En que su loco error le tuvo asido ,
Contento , libre , alegre y admirado ,
Cobrar nueva razon , nuevo sentido ;
Desnudo de animal todo soldado
Está con los amigos divertido :
Danse estrechos abrazos , y en la mesa
La memoria del mal trágico cesa.

Ya Baco enciende á Vénus , ya los vasos
En los aparadores altos suenan ,
Ya los siervos , los platos y los pasos
De las salas los cóncavos atruenan :
Refieren los alegres tristes casos ;
Unos dicen amores y otros cenar ;
Cuales mirando estan tantos tesoros ,
Cuales oyen cantar distintos coros.

Ya mira Circe á Ulises sin recato :
Quien tierno mira , blandamente ruega :
Ya no responde el capitan ingrato ,
Que mas concede quien de presto niega :
Y puesto fin al opulento plato ,
Con altas voces á la usanza griega
Himnos al alto Júpiter ensalzan ,
Agua previenen y las mesas alzan.

En rico estrado sin guardar se sientan
Lo que se debe á las bonestas damas :
Ellas mirando la hermosura aumentan ,
Y ellos de amores las encendidas llamas :
Con privacion los griegos se contentan ,
Y como suelen por las verdes ramas
Las tórtolas gemir arrullos tiernos ,
Llaman breve esperar siglos eternos.

La noche estaba sin temor de Apolo ,
Y en el collar del can resplandecia
La estrella mas vecina á nuestro polo ,

Que airada entonces abrasaba el dia :
Cuando el astuto , en las desdichas solo ,
Vencido del amor y la porfia
De Circe , que no hay cosa que no venza ,
Así su historia trágica comienza :

« Despues de haber Agamenion vengado
La infame afrenta del tirano fiero ,
No sé cual Dios con nuestra gente airado
Vibró de su rigor el fuerte acero.
Yo mas , que cuantos fueron , desdichado .
A la conquista , aunque al honor primero ,
Tales tormentas padecí , que admiro
Como en articulada voz respiro.
Contarte por extenso mis historias
Seria loco error , Circe divina ,
Y revolver ahora las memorias
Y tragedias de un alma peregrina ;
Que como alegran las pasadas glorias ,
A que el gusto mortal fácil se inclina ,
Le mueven á dolor penas presentes ,
Que se han de referir estando ausentes.

Entre otras desventuras , con mis naves
Y dulces compañeros llegué un dia
A Lestrigonia , que entre peñas graves
Del mar de Italia su defensa fia.
Aqui gente cruel , si no lo sabes ,
Barbara en todo , aunque con rey , vivia ,
Gigantes de estatura y de fereza ;
Que dellos se admiró naturaleza.

Antifátes su principe , excediendo
La gran proceridad del Centimano ,
Era de aspecto furibundo , horrendo ,
Fuera del natural límite humano :
La hirsuta barba y el cabello haciendo
Feroz el rostro , entre bermejo y cano ,
Daban temor , á quien formaban lazos
Dos ramas de laurel como dos brazos.

De marítimas conchas guarnecido
Vestia un peto y espaldar , trabadas
Con firmes puntas de metal brañido ,
De los rinocerontes imitadas :
Desnudo el brazo á la mitad vestido ,
Las piernas de coturnos enlazadas
De correas de tigres y leones ,
Tachonadas de hebillas y botones.

Por arma desigual un fuerte pino
De sus menudas hojas despojado ,
Que parece que el monte le previuo
Por una verde línea dilatado.
Yo triste y derrotado peregrino
Pacífico llegué como engañado :
Dos soldados prevengo á la embajada ,
Con dos payeses y una antigua espada.

Parten Cinto y Ladon con el presente ,
Pidiéndole licencia un nuevo Acates ,
Para que tome tierra nuestra gente
Con los primeros de la mar embates :
Pero apenas la voz del griego siente ,
Cuando el gigante bárbaro Antifátes
Deja caer el pino , en quien impresso

Quedó revuelto en sangre el cráneo y seso.

Apenas le miró que palpitando
Estaba en el arena, cuando asiendo
De un brazo el cuerpo, se le fué arrancando,
Y con estruendo horrisono comiendo :

La sangre de la boca destilando,
Por la cerdosa barba discurriendo
Entre calientes limos y pedazos:
Le bañaba los pechos y los brazos.

Sucnan los cartilágines, y suenan
Los huesos con horribles estallidos,
Como en el fuego la montaña atrucnan
Los ramos nuevamente divididos.

Viendo Ladon que bárbaros condenan
La ley de embajador en los rendidos,
Antes que como á Cinto se la quite,
La vida al vuelo de los piés remite.

Cual suele el irlandes perro animoso,
Dividiendo las ondas que no bebe,
Formar en ellas círculo espumoso,
Mansas cristal y removidas nieve;
Se arroja al agua el jóven temeroso,
Y en el cabello y ropa las embebe:
Aborda, danle un cabo, y en la popa
Sacude antes de hablar cabeza y ropa.

Pero apenas refiere la fortuna
Del misero Ladon, cuando feroces
Cercan la márgen sin defensa alguna,
Con armas, que el furor ministra, y voces.
No suelen espantados por laguna,
Cuando vimos los bárbaros atroces,
Anades por las cañas escondidas,
Del águila voraz librar las vidas;

Como nosotros, viendo la fiereza,
Con que nos acometen los gigantes,
Arrojándoos peñas de grandezza
No vista, de los montes circunstantes.
Levo la amarra, con igual presteza
Las alas de los árboles volantes
Al aire entrego, haciendo que las hayas
Azotando la mar dejen las playas.

Mas ellos en mis griegos compañeros,
Cercando cuanto mira el horizonte,
Intentan juntos con peñascos fieros
Cubrir el mar y deshacer el monte:
Alli quedaron muertos los primeros
Lisandro, Alfeo, Pelias y Filonte,
Capitanes de naves, que diez años
Sufrieron sobre Troya eternos daños.

Como el furioso Alcides revolviendo
El brazo, en que tenía al desdichado
Licas, al mar le echó con grito horrendo,
Sin alma por el aire levantado:
O como suele, círculos haciendo
Del cáñamo tejido, en verde prado
Disparar el pastor, porque se espante,
Al ganado la piedra resonante;

Así del brazo un lestrigón despidie
A Doricleo como fácil pluma,
Que donde el agua tímida divide

Las ondas penetró con breve espuma:
Con su estatura prócera se mide
(Porque el valor en el morir presume)
Dulinto Acayo, y cuandomas anhela,
No llega con la espada á la escarcela.

Pero arrojóle con el pié de suerte,
Que haciéndole pedazos las costillas,
Iba tras él en círculos la muerte,
Y le alcanzó del agua en las orillas.
Las naves de uno y otro encuentro fuerte
Temblaban de las gabias á las quillas,
Rechinaba la jarcia, y los extremos
Mezclaban las entenas y los remos.

Alargado á la mar, sin retirarme
Mas de lo que bastaba á no perderme,
Si bien mil veces intenté arrojarme,
A no venir Penélope á tenerme:
Mas della y de Telémaco acordarme
Aun no sé si pudiera detenerme:
Palamedes bastó: que un grande amigo
Es el mayor poder para conmigo.

Y mas cuando miré que por las ondas
Iban algunos bárbaros gigantes,
Que hasta los centros que no alcanzan sondas
Sepultaban los griegos naufragantes:
No así en los rios por las partes hondas
Dejan pasar los cuerdos elefantes
Los pequeños primero, antes que crezcan
Las aguas con los grandes y perezcan.

Con griega sangre el vasto mar teñia
Las algas de la bárbara ribera:
Los juncos en corales convertía,
Como si el tronco de Medusa fuera:
No escupe celestial artillería
Mas balas de granizo, que la fiera
Gente peñas al mar, que la montaña
Surtiendo el agua los extremos baña,

Así desafiada, con valiente
Brazo suele tirar piedras ó barras
Con aplauso vulgar rústica gente,
Como ellos peñas, troncos y pizarras:
El mar sembraban lastimosamente
Jarcias, baupreses, gúmenas y amarras,
Escudos, lanzas, armas y vestidos,
Tiñendo el agua cuerpos divididos.

Cual saca la cabeza medio vivo
Para cobrar aliento; pero en breve
Se la sepulta el golpe ejecutivo,
Y propia sangre entre las ondas bebe.
Aquí de aliento ¡ay misero! me privo,
Tanto el dolor mi sentimiento mueve:
Pues ya que de la vida los despojan
Para comerlos á la mar se arrojan.

Y como el fiero armado cocodrilo
Se arroja de la márgen egipcia
Al pez, ó barca del fecundo Nilo,
Al apuntar la cándida mañana,
Entre las ondas por el mismo estilo
Comen y beben carne y sangre humana,
Haciendo que la mar su freno exceda,

Como tan llena de los cuerpos queda.

Decirte yo que lágrimas vertía,
Mirando las tragedias lastimosas,
Era llegar al término en que el día
Rie en jazmines y amanece en rosas.
Dejé aquel mar, y la tristeza mía
Aumentaba sus ondas procelosas,
Sintiendo que dejaba con vil guerra
Lo mejor de mi armada entre agua y tierra.

Dos días no comí; pero al tercero
Persuadido de Albante y Clorinaro,
Venci con el sustento el dolor fiero,
Y el triste fin de mi fortuna aguardo:
Con la bonanza que jamas espero,
Todo el velamen de las lonas pardo
Doy al favonio occidental, y veo
Que por jardines de cristal paseo.

Trece veces había el sol vestido
De luz y claridad el polo opuesto,
Y tantas por las ondas sumergido
Con encendido círculo traspuerto,
Cuando el piloto me llevé el oído
Con voces de la tierra descompuesto,
Cuyos celages suspirando miro,
Y cuando mas mi patria espero, espiro.

Era parte del Africa, que tienen
Los trópicos en medio en dos gigantes
Escollas defendida, que detienen
Por el libico mar los navegantes:
Los que á Cartago fluctuando vienen,
Temen su arena y olas arrogantes:
Sirtes las llaman; pero en fin perdonan
Mi nave entre las peñas que coronan.

Hacia el mar unos profundos lagos,
Recodos de su margen, y surgimos
Por ellos con temor de los estragos,
Que ya por tantas partes padecemos:
Habitaban allí los lotofagos,
A quien licencia para entrar pedimos:
Mas quedaron allí Celio y Penteo,
Ni volviendo á la nave, ni al deseo.

Yo entonces á morir me determino,
Que ya la vida, o Circe, me cansaba:
Desesperado á la ciudad camino,
Con arco persa y con pintada aljaba:
Luego su rey á recibirme vino,
Su rey que Licofronte se llamaba:
Todos con paz y amor me abrazan, todos
Me muestran armas de diversos modos.

Mas luego por mis tristes compañeros
Pregunto con dolor, y ellos sin pena,
Depuestos con los mantos los aceros,
Me los muestran dormidos en la arena.
No somos, dicen, lestrigones fieros,
Que esta tierra que veis fértil y amena
Produce la ocasion que sueño infunde,
Sin que otro daño al huésped le redunde.

Hay un árbol somnifero nacido
En estos campos fértiles y solos,
De bacas como el mirto revestido,

Negro de ramas, á quien llaman lotos:
De tan suave fruto, que comido,
Quedan los extrangeros tan remotos
De su memoria, y de su patria ausente,
Que no vuelven á verla eternamente.

Ninfa dicen que fué, ninfa africana,
Aquel árbol primero, que temiendo
De un feo amante la traicion villana,
Rústico Apolo, que la fué siguiendo,
La forma, que primero tuvo, humana
En su corteza dura convirtiendo,
Le dió su nombre: y fué de amor tributo,
Que nazca de un desden tan dulce fruto.

En fin, porque mis dulces compañeros
No comiesen tambien, y se olvidasen,
Despertando con voces los primeros,
Eché un bando que todos se embarcasen:
Temí que las lisonjas, monstros fieros,
Mis griegos detuviesen y engañasen:
Que no los puede haber de mayor daño,
Que con dulces palabras dulce engaño.

Con solo el treo salgo poco á poco,
Y en refrescando el viento doy las velas;
Mas luego vuelve enfurecido y loco,
Si en tantos males algun bien recelas:
¿Qué cielo ofendo? ¿qué deidad provoco?
¿A quién hicieron daño mis cautelas?
Que tal persecucion solo sería
De gran poder ó gran desdicha mía,

¿Mas quién tan brevemente imaginára,
Cuando parece que mi mal se alivia,
Que el viento al mar de Italia me arrojará
Desde la margen del que baña á Libia?
Donde el rigor de mi fortuna para,
Donde imagino que el rigor entibia,
Hallo vida y desdichas: que mi suerte
Ya tiene por piedad darme la muerte.

Levántase un espeso torbellino,
Toldo previene al mar nube tronante,
Cerrando por las olas el camino
Con promontorios líquidos delante:
Pálido trepa hasta la gavia Alcino,
Suspense por el cañamo bramante:
Amaina, dice, amaina, cuando mira
Que se arma el orion de rayos de ira.

Suspende sobre el agua el vil grumete
El cuerpo que aligera asido á un cable:
No huelga triza, troza ó chafaldete,
Todo trabaja en acto miserable:
Las rojas hayas que en las ondas mete
Con firmes piés y con furor notable
El remero veloz, convierte en pluma,
Y á costa de sudor levanta espuma.

Las rocas altas huyo, aunque parecá
Error de su firmeza dividirme:
Que no hay con que el furor mas encarezca,
Que con ver que me alejó de lo firme:
Ya no hay amarra ó cuerda que me ofrezca
Remedio ó fuerza en que poder asirme:
Que á la fuerza del euro yacen rotas

Muras, brazos, flácigas y escotas.

Dichoso aquel que al esconder turbada
La oscura noche, tenebrosa y fría,
Los diamantes, que á veces descuidada
Con las manos del sol le roba el día,
Despierta entre la cándida manada
Al eco de su rústica armonía,
Y desatando del redil la puerta,
La lleva á apacentar por senda incierta.

Allí le ofrece el prado varias flores,
Las puras fuentes el cristal deshecho,
Y escucha de las aves los amores,
En el duro cayado puesto el pecho :
No las templadas cajas y atambores,
Ni del aliento por el bronce estrecho
El aire transformado en voz tan viva,
Que del sosiego ó del honor le priva.

¿Cuánto es mejor con restallar las hondas
Recoger á la noche las ovejas,
Que ver por las murallas y las rondas
Sangrientas muertes, lastimosas quejas?
Prado es el mar, cuando espumosas ondas
Retran del ganado las guedejas :
Mas no es cabaña una velera nave
Que admite sueño ni sosiego sabe.

La nuestra con tan áspera tormenta
Ya no conoce rumbo por quien vaya ;
Ya en el fondo del mar nos aposenta,
Ya como el alba las estrellas raya :
Con altas olas tímido revienta,
Y solo es el morir última playa :
Todo se rompe, todo se deshace,
Y entre las jarcias la esperanza yace.

El arrogante mar, nuevo Tifonte,
Por escalas de espuma sube al polo,
Para ser de una vez del sol Factonte,
De muchas que por él se esconde Apolo :
A la luna subió de monte en monte ;
Pero templóle con mirarle solo
Vénus su hija, que con presto vuelo
Bajó á la tierra, serenando el cielo. *

CANTO II.

Prosigue Ulises su relacion con los amores de Polifemo y Calatea; y lo que sucedió hasta que salió de la isla.

Reina del mar mediterráneo mira
Sicilia á Italia por espacio breve,
Que de ella á viva fuerza se retira,
Y á sus montañas fértiles se atreve :
Aquí por varias partes fuego espira
Vestido un monte de perpetua nieve,
Imágen natural de la hermosura,
Alma de vivo fuego en nieve pura.

Por varias sendas, prados y caminos
Corre Aretusa hermosa y diligente
Al mar con los coturnos cristalinos,
Por belleza deidad, por rigor fuente :

Tocar parecen los celestes sinos
Tres puntas en triángulo eminente
De Pachino, Peloro y Lilibeo,
Prisiones del intrépido Tifeo.

Aquí me trujo mi contraria suerte,
Por donde mira la feroz Cartago.
A dar me mas desdicha y menos muerte,
Que pudo el lestrigon y el lotófago :
Vénus entonces del rigor me advierte,
Si puede ser de mi fatal estrago,
Y con sus rayos fúlgidos me guía,
Hasta la aurora del siguiente día.

• Veo una isla de Sicilia enfrente
De solos animales habitada,
Y de algunos pastores, pobre gente,
Que hay de Calabria allí breve jornada :
Viene fácil el puerto, y una fuente
De laureles y mirlos coronada,
Que dividida en diferentes venas,
A donde coge flores deja arenas.

Sin aferrar las áncoras surgimos,
Y por la verde y libre selva entramos,
Revestida de hiedras y racimos,
Que formaban dosces de los ramos :
A los silbos y voces que le dimos
Correspondientes ecos escuchamos ;
Que la repercusion de nuestro acento
Al mar pudo dar alma y voz al viento.

Cuando pobre pastor se nos presenta,
A quien pieles de cabras montesinas
El negro cuerpo adornan que alimenta
El fruto de las rústicas encinas :
La griega gente á su consuelo atenta,
Conduce por los bosques y marinas,
Donde los arcos y persianas flechas
Quedaron de los tiros satisfechas.

Los ciervos traen acuestas los soldados :
Abren, desuellan, parten, cortan, hieden
Los verdes ramos, que en el fuego echados
Con el humor que lloran se defienden :
La carne enclavan en los mas delgados
Que medio asada, envuelta en sangre emprenden
Y Febo á ser antorcha del convite (den,
Sale por las espaldas de Anfritre.

Allí sobre la yerba parecía
Que era lotos la caza que comieron,
Cuando igualando el sol la sombra al día,
Estas palabras sin rigor me oyeron :
No perdamos, o dulce compañía,
La memoria del mal que nos trujeron
Tristes hados aquí, ni descuidados
Nos halle en ocio y sueño sepultados.

Sepamos á que tierra nos conduce
La fortuna cruel: si bien entiendo,
Que un breve bien tan fácil os induce
A que olvideis el mal que estais sufriendo :
Agua y sustento este lugar produce :
Mas no para que en él vivais muriendo
Tan lejos de la patria, en que tenemos
Las dulces prendas que perdido habemos.

Entonces Triptolemo, que tenia
Menos de Baco, y mas de entendimiento,
Rogó al pastor, que nos sirvió de guia,
Satisfaciese mi forzoso intento.
Él, que la lengua dórica sabia,
Por el silencio dió la voz al viento,
De suerte que aun suspensa en su corriente
Dejó tambien de murmurar la fuente.

No soy como pensais, famosos griegos,
Pobre pastor, que soy tambien soldado:
Yo ví la guerra y los troyanos fuegos,
A Hector muerto, á Menelao vengado:
De Policena los humildes ruegos,
Y á Pirro en sangre y en dolor bañado,
De su valor y edad hazaña feas,
Y fugitivo con su padre á Eneas.

Aquí me trujo vuestra misma estrella
Arrojado del mar y de un navio,
Digo á Calabria, porque vivo en ella,
Siendo Corinto nacimiento mio:
Mas ha de un lustro, o griegos, que por ella
Llevo al invierno helado, al seco estío,
El ganado que veis: mirad si puedo
Con lo que de ella sé poneros miedo.

Esa vecina isla es Siracusa,
Habitacion de cíclopes gigantes,
Gente sin ley, república confusa,
A los fieros brachmanes semejantes:
De las tirrenas ondas circunfusa
Parece que la cierran tres Atlantes:
Si bien nadie se atreve á su conquista,
Que causa espanto desde lejos vista.

Estos son los ministros de Vulcano,
Que á Júpiter forjaban en su monte
Los rayos, por quien hoy Briarco tirano
Yace en las negras aguas de Aqueronte:
De la tierra y del cielo soberano,
Dicen que fueron hijos Harpes, Bronte,
Estérope, y Piracmon el desnudo,
Autor de la celada y del escudo.

Pero de todos estos apartado
Vive en un alto monte Polifemo,
Que mirándole no he determinado
Cuál es el monte, y de mirarle temo:
Que puesto que se ve proporcionado,
La frente mide con su verde extremo,
Tanto que el monte de árboles se vale
Sobre las peñas, porque no le iguale.

Pero por mas que crezca, al fin le excede,
Y es tal la pesadumbre de su exceso,
Que se queja la mar de que no puede
Dos montes sustentar de tanto peso:
No hay hiedra que pared de muro enrede,
Como la barba y el cabello espeso
El rostro y frente, en quien un ojo solo
Imita al cielo, mientras duerme Apolo.

Un peine tiene, que de juntas cañas
Hizo para igualarse las gnedejas,
Que á una ninfa cruel de estas montañas
Le dice cuamorado tiernas quejas:

Tanto que entre unos lirios y espadañas,
Escuchándole solas sus ovejas,
Dicen, que al son de su zampoña un dia
Estos rústicos versos le decia:

« O mas hermosa y dulce Galatea,
Que entre las mimbres de la encella helada
Cándida leche pura de Amaltea,
Que en el cielo formó senda sagrada:
Mas blanca me pareces, aunque sea
De tus hermosas manos apretada:
Que si quieren entrar en competencia,
De tu parte será la diferencia.

O ninfa mas hermosa, que á mis ojos
Las verdes cañas de alcacer que nace,
Pasados del invierno los enojos,
Cuando esta pura nieve el sol deshace:
Blanco jazmin entre claveles rojos
Menos á quien te mira, satisface,
Que tu boca amorosa, cuando iguales
Muestra la risa perlas y corales.

El mas temprano almendro, el mas florido,
Preludio de la dulce primavera,
Entre cándido y nácar dividido
No iguala, imita tu beldad primera:
Yo he visto de mastranzos guarnecido
Este arroyuelo, que la mar espera;
Mas no tienen olor, aunque pisados,
Como tus miembros de correr causados.

Si miro alguna cándida azucena,
Se me acuerdan tus piés, cuando desnudos
Con breve estampa al campo y á la arena
No dejan senda de sus pasos mudos:
Sale una fuente en esta orilla amena,
Jamás tocada de animales rudos,
Y aquellos golpes, con que vuelve arriba,
Me parecen tu risa fugitiva.

Calle la flor azul del verde lino,
Calle este monte, cuando vuelve Apolo
Su nieve en plata en el ardiente signo,
Que fué del griego Alcides triunfo solo:
Murmure este arroyuelo cristalino
Del marfil de tus piés lidio Pactolo:
Pues que bañando en él mayor tesoro
Engendras perlas por arenas de oro.

El vuelo vences de la limpia garza,
Cuando baja el azor, rayo de pluma;
En el olor la flor de espinos y zarza,
Aunque de Vénus el rosál presume:
El pálido vallico y la gamarza
En vista por abril, aunque consuma
Tal vez el trigo, y desde lejos solas
En sangriento escuadrón las amapolas.

Mirto pareces, cuando e tás sentada,
O Galatea, en estos verdes llanos,
Un cedro, ó cinamomo levantada,
Y rayos de cristal tus blancas manos:
Abierta en el otoño la granada
Descubre aquel ejército de granos:
Así mostrar á tornasoles suelas
En tu rostro jazmines y claveles.

O mas sabrosa ninfa, aunque eres fiera,
 Que dulce miel del líquido rocío,
 Que de los vasos de la blanda cera
 Se destila al calor del seco estío:
 Mas bella vienes tú de la ribera,
 (Cuan varia de color, firme de brio)
 Que el pintado escuadron, cuando el Aurora
 Desnuda el campo y los panales dora.
 ¿Que Becerrilla tierna mas lozana
 Retoza en verde prado, y hace amores
 A la yerba, saltando tan liviana,
 Que apenas puede lastimar las flores:
 Como te ví pasar una mañana
 Entre aquestos laureles vencedores,
 Cogiendo aquí y allí de estas orillas,
 O ellas á tí, las blancas maravillas?
 Durmiendo estabas una siesta ardiente
 Al fresco de esta fuente sonora,
 Y en tus mejillas rojas y en tu frente
 Me pareció el sudor rocío en rosa:
 Mas todo aquesto bien turbar consiente
 Tu condicion conmigo rigurosa,
 Amando un hombre indigno, amando un mozo
 Que apenas tiene la señal del bozo.
 Yo sí que tengo crespas barbas y yerta,
 Como ha de ser en hombres belicosos,
 De la color del sol, cuando despierta
 Entre rayos apenas luminosos:
 Pero la boca en ella descubierta,
 Cuyos labios tan gruesos como hermosos
 Descubren, si te ven, con blanda risa
 Mas blancos dientes, que el marfil de Orisa,
 Mas tú, cruel, que por matarme tienes
 Gusto de amar un jóven delicado,
 Con poco honor de tu hermosura, vienes
 A verle por el monte, selva ó prado:
 Con él desde el Aurora te entretienes,
 Pues luego que la mira el sol dorado,
 Dejas el mar, y por decirle amores,
 Desprecias el coral, y pisas flores.
 Si yo te quiero hablar, así te enojas
 Que, apenas llevo á verte, cuando airada
 Desde la blanca playa al mar te arrojas,
 De círculos de plata coronada:
 Pero con ser tan fieras mis congojas,
 Al cortar de las aguas, ninfa amada,
 Templan la furia á mis zelosas iras
 Las perlas que, arrojándote, me tiras.
 Si canta ese rapaz, sutil parece
 Su voz de grillo negro en verde trigo:
 La lira que le adorna y desvaneece,
 Sierra en nogal tan desigual conmigo
 Mi voz los altos montes estremece,
 Y asombra el mar de mi dolor testigo,
 Donde me escuchan con sus niñas bellas.
 Los peces igualmente y las estrellas.
 Querer con mi grandeza y hermosura
 Sus partes competir afeminadas,
 Era igualar al sol la sombra oscura,
 Supuesto que de mí jamas te agradas:

Diga el cristal de aquesta fuente pura,
 Cuando estaban las ondas sosegadas,
 Si pudiera ser yo con poco aviso
 Mas disculpado, que lo fué Narciso.
 Compíte en igualdad conmigo en vano
 El mas alto cipres, el mayor pino:
 Puedo alcanzar estrellas con la mano,
 Y sacarte del mar, si al mar la inclino:
 Que cuando viene el sol del orbe indiano,
 Primero que á este monte convecino,
 Me toca á mí, y al irse al Occidente
 Se parte con la sombra de mi frente.
 Si me estimáras tú, si me quisieras,
 Hermosa Galatea, cuanto ingrata,
 ¿Qué regalos de mí, qué amor tuvieras!
 Que vale mas amor quel el oro y plata:
 ¿Qué huertas tengo yo, si tú las vieras!
 Y en ellas un manzano, que retrata
 Tus pechos en su fruto, y en sus flores
 De tu divina cara los colores.
 No lejos de mi cueva se levanta
 Un pomposo nogal, á cuya sombra
 Mil ovejas seestean, porque es tanta
 Que hasta la márgen de la mar asombra:
 Tengo la fruta de una verde planta
 Que sabe amar, alcócido se nombra,
 Sin hembra no produce, y triste muere,
 Que sin sentir su semejante quiere.
 Guardado tengo un limpio canastillo
 De conservados nísperos y serbas,
 Y antes que llueva, el pálido membrillo,
 Para que dure entre olorosas yerbas:
 Mánchase en oro un cándido novillo,
 Que si por estos montes le reservas,
 Fendrás un toro, que les dé codicia
 A las damas de Creta y de Fenicia.
 Cogidos en los ásperos inviernos
 Dentro en su cueva tenebrosa y fria
 Dos osos tengo que retozan tiernos,
 Atados á la puerta de la mia:
 Pero mis males, que ya juzgo eternos,
 Mis regalos, mis ansias y porfia,
 ¿Como podrán vencer tantos desdenes,
 Cuando otro amor entre los brazos tienes?
 Mas conforme parece mi deseo
 Con tu valor, que el de pastor ninguno;
 Si eres hija de Tetis y Nereo,
 Y yo del rey del mar, del gran Neptuno:
 Mas pues tan firme y áspera te veo,
 Que no me queda ya remedio alguno,
 Yo mataré tu gusto, Galatea,
 Aunque te pierda, aunque jamas te vea.
 Mordidiéndose los picos una siesta
 Prevenian sus hijos dos torcaeces,
 Y dije yo: ¡qué dulce vida es esta,
 Cuando zelos y amor confirman paces!
 Mas pardo gavilan el vuelo apresta,
 Abre las puntas corvas y voraces,
 Mata el esposo arrullador y digo,
 Lo mismo haré con Acis y contigo.»

No fué vana amenaza, pues un día
Que este pastor en su regazo estaba,
Al tiempo que el Aurora se reía,
Y pensaban las flores que lloraba:
Polifemo, que al valle descendía,
Alzó una peña que la mar bañaba:
Acis corrió, mas eran, ¡triste caso!
Cien pasos suyos del gigante un paso.

Rompióse por el aire la gran peña,
Y alcanzóle de tantas una parte,
Aunque á sus manos y furor pequeña,
Tal que las sienes le penetra y parte:
Cayó como la blanca flor de alheña
Al sol ardiente, ó al furor de Marte
Opuesta vida, y espiró en el viento:
Así fué el golpe rígido y violento.

Volvióse luego en líquido rocío,
Y poco á poco fueron sus despojos
Formando arroyos, que en lugar sombrío
Cubrieron de cristales y de enojos:
Porque si no se transformára en río,
Le hiciera Galatea de sus ojos:
Puesto que fué despues su llanto ausente
Del río aumento, y de sus aguas fuente.

« Acis, decía la Náyada hermosa,
Puesto que lloro tú infelice suerte,
Mas siento, que por mí la rigurosa
Mano de un monstruo vengativo y fuerte,
Como derriba el sol la fresca rosa,
Te marchitase en brazos de la muerte,
Quitándote la vida, que en la mía
Por forma y por primera acción vivía.

¡O fiero monstruo! si lo son los celos,
Tú lo debes de ser contra mi olvido,
Tú lo debes de ser; tú, que los cielos
Ningun monstruo mayor han producido:
¡O quierán que jamás sus puros velos
Tus verdes prados en abril florido
Cubran de yerba, ni sus mansas lluvias
Tus blancas eras con espigas rubias!

Envidioso pastor de poznoñosas
Yerbas siembre el arroyo y la corriente,
Que beben tus ovejas, y dé rosas
De adelfa, para tí, la mejor fuente:
Las que tú quieres mas, las mas hermosas
Rabioso lobo emprenda y ensangrienta:
Y cuando mas esta montaña asombres
Te mate el mas astuto de los hombres.

Acis, contigo se acabó mi vida,
Aunque soy inmortal, pues con tu muerte
El alma, que en los dos estaba unida,
Se divide, se parte y se divierte:
Mas no porque la tuya se divida,
Dejará mi memoria de quererte:
Que imprime amor la tuya con mis quejas
En la mitad del alma que me dejas.

Ya no saldré del mar, como solía
Al regalado son de tus amores,
Ni estos prados verán estampa mía
De ramos de coral, fingiendo flores:

Ni yo la márgen desta fuente fría,
Que en vez de sus cristales y colores
Viviré las arenas mas oscuras,
En soledad de tus estrellas puras.»

En tanto que estas cosas refería
El perdido soldado, o Circe hermosa,
Retrataba mi libre fantasía
Del gigante la imagen portentosa:
Deseos tan ardientes me encendía,
Que apenas de Titan la amada esposa
Salió otra vez, y descansó mi gente,
Cuando me fuerzan que buscarle intente.

Parto á la isla con favor del viento,
Y sin amaina, vira, ni zaborla,
Con silencio, valor y atrevimiento
Mi nave con sus árboles aborda:
Entre laureles, que de ciento en ciento
Formaban una selva muda y sorda,
Me ofrece su espantoso frontispicio
Un natural y rustico edificio.

Entonces yo, que siempre por lo astuto
De notables peligros me he librado,
Hago cargar un cuero del tributo
Al dios de los racimos dedicado:
Era tan fuerte y parecido fruto
A Ismaro fértil en que fué criado,
Que derribara al hombre mas valiente
Con solo que le asiera de la frente.

Entramos poco á poco por la cueva,
De donde el fiero dueño ausente estaba,
Donde hallamos tambien por órden nueva
La hacienda de pastor en que trataba:
En tablas, que con alta cuerda eleva,
De diez en diez los quesos que guardaba,
Con mas labores de tejidas mimbreras
Que tienen los follages de los timbres.

Los vasos que corriendo estaban suero:
Los barreños labrados y los tarros,
Donde la leche se ordeño primero,
Las esteras, encellas y los jarros:
No se pudiera el aparato entero
Mudar con mulas en sonantes carros:
Que no vió á Polifemo, ni oyó el nombre
El que llamó pequeño mundo al hombre.

Tenia los corderos divididos,
Los tiernos cabritillos apartados,
Y en mas abrigo los recién nacidos,
Como de mas calor necesitados:
Mis compañeros menos atrevidos,
Aunque en igual fortuna ejercitados,
Me rogaron que luego me partiese,
Robándole de allí cuanto pudiese.

Mas yo que tantas cosas visto había,
No queriendo perder la mas famosa,
Hago que enciendan fuego, porque el día
Bañó el Ocaso de color de rosa:
Sentados á cenar con osadía
Estremeció la cueva tenebrosa
Con silbos el pastor, y habiendo entrado
En nosotros el miedo, entró el ganado

Derriba un haz de mal partidos ramos
De la dura cerviz, y luego cierra
Con peña tan inmensa, que temblamos,
Y se espantó pariéndola la tierra:
Hacia la escuridad nos retiramos;
Pero él nos siente, y prevenido á guerra:
¿Quién sois, ladrones, dice, que fortuna
Os trujo aquí, si hay en mi daño alguna?

Griegos, respondo yo, gran Semideo,
Desde Troya perdidos y arrojados
Por alta mar, que Agamenon Atreo
A su venganza nos llevó soldados.
Ver vuestra nave, respondí, deseo,
Y los despojos de que vais honrados:
Mas yo que le entendí, le digo: ¡ay triste!
La que lienzo vistió, nácares viste:

Que por haber á Troya destruido
Sinon con el caballo Durateo,
Arrastrado al gran Hector, y teñido
A Andrómaca de humor sangriento y feo;
Los dioses, Polifemo, han permitido,
Que al pié del siciliano Lilibeo
Se rompiese la nave, y sus riberas
Sepultasen de Troya las banderas.

Mas tú, temiéndolo á Júpiter que ampara
Los huéspedes y dió muerte á Diomedes,
Honra de algun presente á quien tu cara
Merece ver, porque en su gracia quedas.
El dijo entonces: ignorante, pára,
Pára y estima que mirarme puedes:
Yo no temo los dioses, que á ninguno
Respeto debe el hijo de Neptuno.

Diciendo así, frénético arrebatada
Dos tristes compañeros, y de suerte
El golpe con la tierra los maltrata,
Que nuestras caras salpicó su muerte;
Con ellos el estómago dilata,
Cruje el hueso mas sólido y mas fuerte,
Y hartándose de leche, no pequeño
Lugar ocupa, y se remite al sueño.

Yo entonces que le ví sacar del pecho
El aire en los pulmones detenido,
Saqué la espada en lágrimas deshecho,
Mas fui de Orontes Delfico advertido:
Pues era hacer sepulcro mas estrecho
Matarle entonces, ú dejarle herido,
Teniendo un escuadron fuerza pequeña
Para poder aligerar la peña.

Pasó la escura noche, detenida
En este miedo mas que en su tardanza,
Cuando el Aurora entró de luz vestida;
Mas no vino con ella la esperanza:
Que levantando el bárbaro homicida
Dió principio á su rústica labranza,
Ordeñó sus ovejas, y vacías
Puso á las madres las balantes crias.

Luego otros dos soldados rinde al suelo
Con tremendo estallido, y almorzando
Voraz la carne, sale al claro cielo,
El ganado solícito guiando:

Y de que no me huyese con recelo
El peñasco á la cueva acomodando,
Como si fuera fácil puerta en quicio,
Por verdes selvas prosiguió su oficio.

Yo triste la venganza imaginando
Halléme cerca un gran baston de oliva,
De que una braza, ó poco mas cortando,
Hice una aguda punta en lo de arriba:
Tostéle bien al fuego, y ocultando
La muerte que esperaba ejecutiva,
Hice eleccion de cuatro compañeros,
Que me ayudasen á los golpes fieros.

El sol de su carrera desmayado
Cayóse en el cristal del mar Tirreno,
Y el Héspero planeta levantado,
El aire puro esclareció sereno;
Cuando á la cueva entró con su ganado
Las ubres llenas del herbage ameno:
Cerró la puerta, y alargó la mano
Al tracio Floro, y al arcadio Albano.

Yo entonces de aquel vino colmo un vaso,
Y le digo atrevido desta suerte:
¿Cuál hombre, ni de estancia, ni de paso
Querrá venir desde su tierra á verte?
Los dioses muevan tan horrendo caso,
Como ofrecer á la violenta muerte
Los inocentes huéspedes, y tomen
Venganza de hombres que los hombres comen.

Mas como suele perro que otro mira,
Cuando la presa entre los dientes tiene,
Que con envidia del ladra y suspira,
Crujiendo un hueso para mí se viene:
Alzo la taza por templar su ira,
Y la color del vino le detiene
Con el olor que al gusto le fué grato,
O ya fuese la vista, ó el olfato.

Bebió, y alzando la robusta frente
Dió muestras del contento que sentia,
Y me pidió otra vez, que diligente
Le di con humildad y cortesia:
Y díjome: licor tan excelente

Parece dulce néctar y ambrosia;
El vino de Sicilia, aunque es süave,
Es inferior, ó griego, al de tu nave.

Un don te quiero dar por este gusto.
Dime tu nombre, que por bien tan grande
Te mataré el postrero, que es injusto
Que á la razon el apetito mande.
Yo dije: si es honor de un varon justo
Que liberal con peregrinos ande,
Baucis y Filemon te dan ejemplo,
Que de los dioses huéspedes contemplo.

Mira con la piedad que les lavaron
Los piés, y aquel panal sabroso dieron,
Con que tanto á los dioses obligaron,
Que sacerdotes de su templo fueron:
Inmortales en árboles quedaron,
Que de la muerte el tránsito no vieron;
Pero quien trata mal á un noble amigo,
Presto verá de su maldad castigo.

Esto decia yo, cuando turbados
 Los ojos, y la boca reforcida,
 Al suelo djó los miembros dilatados,
 La cabeza fantástica dormida:
Ninguno, dije, soy, destes soldados
 Ya capitán en Troya destruida,
 Ninguno me llamó mi padre en Grecia;
 Si no eres tú, ninguno me desprecia.

Ninguno, replicó, casi trabada [hecho!
 La lengua, ¡qué placer! ¡qué bien me ha-
 Mucho, o Ninguno, este licor me agrada,
 En mi vida me vi tan satisfecho.
 Aquí perdió la voz, aquí turbada
 Volvia el aire ambiente al ronco pecho:
 Y así cuando otra vez le despedia,
 El vino por la barba difundia,

Entonces puse el leño al mismo fuego,
 Porque se calentase, y avisando
 Mis cuatro compañeros, parto luego,
 Si te digo verdad, todos temblando:
 Las túnicas le paso, y dejo ciego,
 A la dura membrana penetrando,
 Que toma su principio del cerebro,
 Y los nervios y músculos le quiebro.

Las manos echa al leño dando voces,
 Y de los huesos con furor le saca,
 Crece el rigor con ansias tan atroces,
 Que le vimos morder la fiera estaca:
 Acudieron los cíclopes feroces,
 Porque en toda la noche no se aplaca:
 Y todos á la puerta en que se juntan,
 La causa de las voces le preguntan.

¿Quién te ha herido? le dicen, ¿quién ha sido
 La causa de tus voces, Polifemo,
 Que por toda la mar no se ha sentido
 Ligera vela, ni pintado remo?
 Ninguno me mató, Ninguno (herido
 Responde á su querido Tepolemo)
 Ninguno fué, porque ninguno hubiera,
 Que mas astuto que Ninguno fuera.

Duerme, responden, si te hirió Ninguno,
 Que ninguno pudiera hacerte ofensa:
 Todos se parten, sin que entienda alguno
 Que fui el Ninguno que el gigante piensa.
 Con esto el hijo del feroz Neptuno
 De la puerta quitó la peña inmensa,
 Porque atentando las paredes iba,
 Y á un lado de la cueva se derriba.

Sentóse en medio y el ganado llana,
 Porque atentando los que van saliendo,
 Cogiese aquel Ninguno que desama,
 Los oídos y el tacto previniendo:
 Pensé yo el hecho entonces de mas fama
 Que han referido historias, eligiendo
 Los mayores carneros, y que hacian
 Escobas de la lana que vestian.

De tres en tres los ato, y pongo en medio
 Un compañero atado, de tal suerte
 Que no pueda atentarlos, y remedio
 El peligro forzoso de la muerte.

¿Cuándo se vió ciudad en duro asedio
 Con enemigo tan airado y fuerte?
 Pues salir, ó morir era preciso,
 Antes que á los demas les diese aviso.

Coronada de flores la muñana
 Asonó por un monte la cabeza,
 Tenido el puro rostro en nieve y grana,
 Aunque esperada con igual tristeza:
 Salió el ganado, y en la crespá lana
 Las manos ocultaba su ferozía,
 Examinando á todos pelo á pelo;
 Mas nadie ofende á quien defiende el cielo.

Yo, que escogido un gran carnero habia,
 Y en su grandeza y lana vida espero,
 Que un toro de seis años parecia,
 Salir quise de todos el postrero:
 Asíóle y conocióte en que tenia
 El vellón y grandeza que refiero:
 Y llorando sin ojos, con prollijo
 Razonamiento estas palabras dijo:

« Querido manso mio, que criado
 Fuistes á blanca sal de vuestro dueño,
 ¿Cómo el postrero sois de mi ganado,
 Cual suele el que es mas débil y pequeño?
 ¿Sentis por dicha el miserable estado,
 En que el griego furor, rendido al sueño
 Puso quien os crió, y amaba tanto?
 Troquemos mi razon á vuestro llanto.

Agua me falta, ya lo veis, pues vierto
 En vez de tiernas lágrimas un rio
 De humor sangriento, y que abrazar no acierto.
 Vuestro cuerpo, que fué regalo mio:
 Paréceme que estais mas crespo y yerto,
 Y que al campo salis con uenos brio,
 La esquila y el collar os han quitado
 De piel de tigre y de metal dorado.

¡Que lozano os vi yo por esta puerta
 De mi ganado capitán famoso,
 El alba apenas cándida despierta,
 Barriendo flores por el valle umbroso!
 Ahora con el sol purpúreo abierta
 Desmayado salis y perezoso:
 Que como no escuchais mi voz sonora,
 En la noche en que estoy, no veis Aurora.

¿Quién primero que vos por las orillas
 Destos arroyos los dejó afeltados
 De blancas y doradas manzanillas
 Con el hocico y dientes afilados?
 ¿Quién primero que vos las campanillas
 Rojas y azules de los verdes prados?
 ¿Quién los tomillos, retozando á saltos,
 Por los repechos de los montes altos?

¿Sentis el verme aquí morir rendido
 Por la maldad de aquel traidor Ninguno?
 ¡Ay! si para mostrármelo escondido
 ¡hubiera en vos entendimiento alguno.

¡Quitóse con engaños el sentido,
 Rindióse á Baco el hijo de Neptuno:
 Eran contrarios, y se hicieron guerra,
 Bebi mi muerte, y abracé la tierra.»

Dijo, y dejó salir el manso, y luego
Que yo me ví apartar, lo que bastaba,
Del arrogante monstruo, airado y ciego,
Dejó el lugar, donde escondido estaba :
Con mis soldados á la nave llevo,
Que escondida en las peñas me esperaba,
Llevando por delante del ganado
Lo mas lucido, que embarqué forzado.

Lloraron mis soldados de alegría,
Y luego por los muertos de tristeza,
Que engendra en tanto mal la compañía
Mas tierno amor, mas ansia y mas firmeza.
Ya se esforzaba al sol dorando el dia,
Y sacando del agua la cabeza,
Cuando vuelan los remos como plumas,
Y del cerúleo mar surten espumas.

En viendo yo por alta mar la nave,
Cuanto bastó para escuchar mis voces,
O Polifemo, digo : o huésped grave,
Mi voz escucha, si mi voz conoces :
Mira si castigar Júpiter sabe
Los pecados de bárbaros atroces,
Pues por comer la noble gente amiga,
Con tan horrible pena te castiga.

¿Eras el que sus rayos no temías ?
¿Eras el que arrogante blasonabas ?
¿A un hombre como yo matar querías,
Y de los altos dioses blasfemabas ?
Mira si fueron necias tus porfias,
Mira con el poder que te burlabas ;
Que por hacerla en tu soberbia fiera,
Te ha muerto con un rayo de madera.

Para encelados fuertes y lifontes
Toma Júpiter rayos de Vulcano :
Para el fuerte valor de Oromédontes
Toma la llama trífida en la mano :
Para tí, que eres fiera de estos montes,
Rayo de oliva fué mostrarse humano :
De roble se le dieran las montañas,
Tan duro como fueron tus entrañas.

Oyendo aquesto, airado se levanta,
Y con hórridas voces al mar viene,
Los animales de la selva espanta,
Y los arroyos líquidos detiene :
Pone en la playa la disforme planta,
De una mina de mármoles previene
Un gran peñasco, y tan feroz le arroja,
Que la cara del sol retira y moja.

Tan cerca dió la peña de la nave,
Que creciendo las aguas, vino á tierra.
Las ondas abre, y con el peso grave
En las arenas fáciles se entierra.
Turbado pido un remo : el cielo sabe,
Que en cuanto la fortuna me destierra,
Peligro no temí, como el que digo :
En fin la aparto, y en hablar prosigo.

Detienenme mis fuertes compañeros,
Mas no aprovecha el ruego á la venganza.
Vuelvo á decir : Si alguno de los fieros
Cíclopes antes de morir te alcanza ;

O por ventura llegan extranjeros
Por fortuna de mar, ó por bonanza,
Y quisieren saber quien fué el valiente,
Cuyo valor te penetró la frente ;

Ulises soy, aquel varon famoso,
El hijo de Laërtes y Anticlea,
De Itaca señor, y dulce esposo
De Penélope, casta semidea :
En las troyanas guerras animoso
Coronado me vió la luz febea
Dos lustros por hazañas inauditas,
Que en la inmortalidad quedan escritas.

Tan elocuente soy, y tan sutiles
Mis argumentos dulces y razones,
Que de estas armas del divino Aquiles
Me adorno entre magnánimos varones :
No he castigado tus hazañas viles
Con armados y fuertes escuadrones,
Con sola industria fué : que tu fiereza
Excede la comun naturaleza.

« ¡ Ay triste ! con la voz trémula dijo,
Que esta desdicha muchos años antes
Tepolemo mi amigo me predijo :
¿ Mas quién pensára engaños semejantes ?
Alguna parca airada me maldijo,
Por humillar mis fuerzas arrogantes,
Pues ese Ulises no pensé que fuera
Hombre tan vil, ni que á traicion viniera.

¿ Quién pensára que fuera tu estatura
Tan desigual, y que por tal camino
Me vinieras á dar muerte tan dura
Vencido de la fuerza de aquel vino ?
Morir á manos yo fuera venturo
De un hombre fuerte de mi muerte dino,
Que no viniera de traiciones lleno
Con aquel aromático veneno.

Mas vuelve, Ulises, vuelve, vuelve, amigo,
Tu industria alabo y tu valor venero,
Nueva amistad y paz haré contigo,
Darte por huésped un presente quiero :
No pienso yo, que hicieras tú conmigo
Esta crueldad, si habláramos primero :
Que la vida tambien de quien la ofende
Por natural derecho se defiende.

Mi padre el gran Neptuno tiene imperio
En todo el mar que vienes navegando,
Desde que Menelao el adulterio
Vengó de París, su ciudad postrando :
Para que salgas del distrito hesperio,
Y te pueda llevar céfiro blando
A Grecia libre y á tus dulces griegos,
Le venceré con amorosos ruegos. »

Admirame, respondo, tu ignorancia,
Fiero devorador de humana gente,
Que ya no son engaños de importancia,
Por mas que tu grosero ingenio intente :
Aqui pienso que estoy breve distancia
De tu furor y espíritu impaciente :
Quisiera haberte muerto, y que tu grave
Cabeza fuera lastre de mi nave.

Desatinado entonces, dijo, alzando
Las manos : « O Neptuno, o padre mio,
O gran muro del mundo, que cercando
Siempre le estás con tu elemento frio,
Si soy tu sangre, y si te acuerdas cuando
(Que suele amor pasar de Lete el rio)
La amabas tiernamente, oye mi ruego
Por el incendio de tu dulce fuego.

No llegue, si es posible, á salvamento
Este griego traidor, ni goce y vea
A su casta Penélope, y el viento
Contrario siempre á sus intentos sea. »
Luego arrancó de su nativo asiento,
Ayudando á la fuerza gigantea
La ira, un gran peñasco, y con furioso
Golpe rompió otra vez el mar undoso.

Nosotros casi muertos, y de espuma
Y agua la jarcias, que bañó, cubiertas,
La nave hicimos con los remos pluma,
Y escribimos al mar letras inciertas ;
Temiendo la cruel frigida bruma,
A donde son las tempestades ciertas :
Porque si al capricornio el sol llegaba,
El solsticio vernal amenazaba.

Dimos priesa á los remos, y llegamos
A la isla del rey Eolo Hipota,
Donde los vientos en prision hallamos,
Que cuando quiere, esparce y alborota :
Allí todas las jarcias renovamos
De la menor siláciga á la escota :
Tal nos dejó la nave Polifemo
De la popa al baupres, del lienzo al remo.

CANTO III.

Fide Ulises á Circe licencia : parte á la isla Cimeria :
baja al infierno con Palamedes, donde Tiresias le
cuenta lo que le ha de suceder hasta que llegue á su
casa.

Ya llamaba el Aurora en los cristales
Del palacio de Circe, y los herian
Los rayos de su padre transversales,
Con cuya nueva luz resplandecian :
Cuando acabó sus lástimas fatales,
Que los ojos á lágrimas movian,
Sin que pudiese ballar lugar el sueño,
Con ser de cuanto vive entonces dueño.

Así nos mueve á admiracion y espanto
Un caso extraño y triste la memoria :
Así provoca á compasion y llanto
Una nueva y cruel trágica historia :
Lasciva Circe presumió entre tanto
Tan larga pena reducir á gloria,
Del capitan prudente enamorada,
Mas atenta á su ingenio, que á su espada.

Miraba su persona honesta y grave,
De su cuerpo la ilustre compostura,

La dulce lengua y el mirar suave,
Del ánimo interior firme hermosura :
La valentia de dejar su nave
Entre escollos, del mar á la ventura,
La industria de vencer peligros tales,
Tal vez contra las iras celestiales.

Era Ulises un hombre bien formado,
De cuerpo no muy alto, aunque fornido,
De músculos y nervios relevado.
Copioso de cabello y esparcido :
Moreno de color algo tostado :
Pero no le salió del patrio nido ;
Que en los trabajos no hay color segura,
Que harán mudanza en una piedra dura,

Los ojos eran negros, y las cejas
Gruesas y en arco, largas las pestañas,
La voz sonora y grave, dulce en quejas,
Que moviera las ásperas montañas :
La lengua y las entrañas tan parejas,
Que en la lengua se vieran las entrañas ;
Pero tambien astuto en ocasiones,
Que no es defecto en inclitos varones.

Sufrido en los trabajos y fortunas,
Elocuente, sagaz, determinado,
Y tan dichoso y próspero en algunas,
Como en ponerse en ellas desdichado.
Corrido habian ya dos nuevas lunas
Su rápido, veloz curso, argentado,
Y él firme honestamente defendia
La lealdad que á Penélope debia.

Circe solicitaba el mal nacido
Fuego de su lascivo pensamiento,
Diligencias que hubieran divertido
El mas firme de amor conocimiento :
Mas puestas á la vista y al oido
Contra el combate de su loco intento
Las guardas del respeto y del recato,
Ni ella fué victoriosa, ni el ingrato.

Amaba Circe á Ulises, no tenia
Correspondencia amor, faltaba Anteros,
Sin quien poco se aumenta, aunque se cria,
Sin pasar de los términos primeros :
¡ Con cuánta diferencia sucedia
En sus ya descansados compañeros !
Todos amaron, y por varios modos
Sugetos de su amor hallaron todos.

Amó á Dórida Antimaco, mancebo
En el extremo de su edad florida,
Cuando se suele ver con poco cebo
A todo amor la voluntad rendida :
A Casandra bellissima Corebo,
Natural de Micenas, y á Doífrida
El valiente Filemo, hijo de Antandro,
A Lisis Timo, á Nisida Alejandro.

Los verdes ojos de Neofito hermosa
Enlazaron el alma de Tonante,
Capitan de la nave mas famosa
Que vió el tridente en todo el mar de Atlante :
Rindió toda su fuerza belleosa
A la bella Antiflor Polidamasante :

Que donde estaba Circe, Ulises solo

Se pudiera librar de polo á polo.

Dilataba las hebras del cabello,

Que fué del sol envidia y competencia,

Por el marfil del mas hermoso cuello,

Que tuvo con la nieve diferencia,

Ffida al viento : cuyo rostro bello

Pudiera mas con menos diligencia,

Y fueron dulces y amorosas redes

Del Acates de Ulises, Palamedes.

Aunque con poca edad, con alto ingenio,

Y no menos donaire y hermosura,

Rindió la hermosa Andrómeda á Partenio,

Mozo de honesta y grave compostura :

Y aunque en edad mayor, Lisandro armenio

A la suave voz, á la dulzura,

A la belleza de Amarilis bella,

Sirena de aquel mar, del cielo estrella.

A los campos Eliseos parecian

Los palacios de Circe semejantes :

De dos en dos la soledad vivian,

Que dió la antigüedad á los amantes :

Ya por las fuentes, que cristal corrian,

Penetrando los montes circunstantes,

Ya ribera del mar, donde la nave

Ni teme el viento, ni del dueño sabe.

Solos Circe y Ulises monte y prado

Habitaban con gusto diferente ;

Ella le sigue triste, él haye airado,

Ella zelosa llora, él muere ausente :

Ella siente el desprecio, y él turbado

La desengaña astuto y elocvente :

Mas que no bastan las palabras creo,

Remitido á las obras el deseo.

Salia Circe al mar tan cuidadosa,

Que cerca de las aguas parecia,

Tocán:ole la espuma bulliciosa,

Vénus, que de ellas cándida nacia :

Como se suele abrir pimpollo en rosa,

Primera risa del luciente dia,

Cuando en las hojas sus cristales bebe,

Asi mezclaba el nácar en la nieve.

Tal vez en una barca defendida

Del rayo de su padre, que bajaba

Mas presto al mar por verla, y guarnecida

De tapetes, que el agua codiciaba ;

Los desdenes de Ulises atrevida

Con lascivo mirar solicitaba,

Por ver si hallaba su amorosa guerra

Mas dicha por el agua que en la tierra.

Severo el griego á Circe entretenia,

Tan cortés y galan como discreto.

¡Ay del amor pagado en cortesia !

Que no quiere el amor tanto respeto :

Los infernales dioses maldecia

Desesperada Circe, en lo secreto

Del alma, viendo su poder burlado

De un hombre vivo en hielo retratado.

Si en la caza tal vez, última prueba,

Quedaban de sus damas divididos,

Nunca de Eneas codició la cueva,

Ni á Venus le pidió rayos fingidos :

Resistencia al amor única y nueva,

Que enfrenar la virtud á los sentidos

En tan dulce pasion, es un ejemplo

Digno de eterno bronce, fama y templo.

No quedó yerba ni conjuro alguno,

Que los fieros espíritus llamase;

Ni cerco sobre el campo de Neptuno,

O que la luna en él retrogradase ;

Que con apremio fiero y importuno

No hiciese, no buscase, no intentase :

Y así decia al mar , al monte , al viento ,

Vencida deste loco pensamiento :

« Dulce pasion de amor , dulce homicida

De un tierno corazón , ¿ porqué me matas ?

Si á quien me obligas que remedio pida ,

A un las palabras ha tenido ingratas :

Si no puedes con yerbas ser vencida ,

¿ Para qué por las venas te dilatas ?

Que para tan helada resistencia

Ni bastan la hermosura , ni la ciencia.

¿ Qué peregrino hubiera regalado

Muger como yo soy , que ingrato fuera

Llegando con su nave destrozado

Sin velas al favor de mi ribera ?

¿ Soy lotofago , ó lestrigon airado ?

¿ Devoré por ventura , aunque pudiera .

Como el hijo del mar , sus compañeros ?

¿ Fuí alguno yo de los troyanos fieros ?

¿ Maté á Protesilao ? ¿ quité la vida

Como Hector á Patroclo generoso ?

¿ O como París , que habitaba en Ida ,

Quitó el honor á Menelao famoso ?

¿ Fuí como Elena incasta y fementida

Al lecho conyugal del noble esposo ?

¿ Soy Clitemnestra yo ? ¿ cuándo me ha visto

Matando á Agamenon , y amando á Egisto ? »

Era ya la sazón , en que se via

El arco austral de la corona hermoso ;

Que con sus cuatro estrellas difundida

Los rayes de su imperio luminoso :

Cuando Filemo Acayo , que tenia

Zelos de Palamedés belicoso ,

Por no atreverse á desnudar la espada ,

A Ulises dijo con la lengua airada :

« ¿ Hasta cuándo presumes , fuerte griego ,

De la patria vivir tan olvidado ?

Años ha ya desde el troyano fuego ,

Que vives por los mares desterrado.

¿ Es posible que tienes por sosiego

Tan triste , injusto y miserable estado ,

Vencido de una hermosa encantadora ,

Que te lleva á la muerte de hora en hora ?

Conozco tu virtud y resistencia :

Pero no lo dirá despues la fama ;

Que la conformidad y la asistencia ,

Aunque sin obras , la opinion disfama.

¿ Qué puede prometer tan larga ausencia

De tu querida esposa , que te llama ?

Mira que la memoria con los años
Se rinde fácilmente á los engaños.

No digo yo que no eres tú dichoso
Entre cuantos ausentes no lo han sido ;
Mas para la inquietud de ser zeloso
Basta el temer, sino es agravio, olvido :
Repara en que Telémaco amoroso
Apenas puede haberte conocido :
Déjale, Ulises, que te llame padre,
Como esposo Penélope, su madre.

El peligro tambien, si alguno intenta
Decir, que ya eres muerto, con engaño,
Y la fama del mal, que siempre aumenta
Las nuevas, que han de ser para mas daño,
Cuando no surta en deshonor y afrenta,
Alegando la fama al desengaño,
Podrá casarse, y ocupar tu cama
Varon de mas presencia y menos fama.

¿Qué quieres de nosotros desdichados,
Por tanta tierra y tanto mar perdidos?
Ya muertos de Antifátes anegados,
Ya de un gigante bárbaro comidos :
No todos hallarémos bien casados
Los lechos despreciados defendidos,
Cuando dichoso tú la patria pises :
No son todas Penélopes, Ulises.

Vuelve á la patria, y deja el ocio infame
De esta hechicera vil y sus conjuros,
Aunque presa de amor provoques y llame
Contra tí los espíritus impuros :
No quieras que otro invierno airado brame
El cierzo aquilonal entre sus muros,
Que bien podrás vencer con tu prudencia
Su amor, si no es fatal su resistencia »

Ulises conociendo que Filemo
Le aconsejaba bien, aunque ignoraba
Que eran zelos de Lísis, que en extremo
Desde el instante que la vió, la amaba ;
De Antifátes crúel y Polifemo
El peligro menor imaginaba,
Que estar de Circe en la prision cautivo
Muerto á la fama y á la infamia vivo.

Entró luego en la cuadra en que dormia,
Que no le resistieron las criadas :
Que aunque era novedad, no era osadía ;
Así todas estaban enseñadas.

Abriólos ojos Circe, tuvo el dia
Mas sol, mas oro, y viéronse adornadas
Las cortinas de luz resplandeciente,
Como al nacer del sol el rojo Oriente.

Circe tenia en el marfil un velo
Transparente y sutil, que descubria
Nieve animada, como muestra el suelo
Con arena de plata fuente fria :
Tal suele puro arroyo á medio hielo,
Que por nevados mármoles corria :
Las anchas mangas descubrian los brazos,
Todo prision de amor, redes y lazos.

La garganta bellissima coronan
Los tesoros del Sur, que afrenta fueran

De los que tanto de Cleopatra abonan
La hazaña, que otras plumas vituperan :
Los cabellos undivagos perdonan
(Como eran rizos, como soles era)
El adorno al diamante, que distinta
Los prende junto al cuello breve cinta.

« ¿Qué quieres, dijo, dulce ingrato mio ?
¿ Por dicha tu desden mudó semblante ?
¿ Rindióse ya tu desdenoso brio ?
¿ Labró mi sangre tu feroz diamante ?
Si ya cesó el rigor de tu desvío,
No desconfie despreciado amante,
Pues yo te tengo, cuando tal estuve,
Que ni aun señales de esperanza tuve. »

Diciendo así, los blancos brazos luego
Extiende al cuello de su amado ingrato :
Mas detenidos, suspendiéndose al ruego
De Ulises, retirada á mas recato.
No vengo, dijo, de amoroso fuego
Vencido, o Circe, ni por largo trato,
Ni por obligacion á tu hermosura,
Donde no hubiera libertad segura.

Yo te amo con aquel conocimiento
Que debo a tu belleza soberana ;
Y á tu divino y claro entendimiento,
Indigno de admitir pasion humana.
Eres hija del sol, que vive exento
De toda mancha y opresion tirana :
En tí sus limpios rayos acrisola,
Que por hija del sol te llaman Sola.

Piedad me trae de mis tristes griegos,
Que lloran por la patria desterrados,
Desde que vieron en los teucros fuegos
De Troya los penates abrasados :
Pidiéronme con lágrimas y ruegos,
De sus hijos y esposas obligados,
Que te pidiese esta licencia justa,
Circe, si tu deidad no se disgusta.

Ya sabes mis trabajos : ya mis penas,
Ya mis destierros te conté, señora,
Por puertos de tan bárbaras arenas,
Que ni las pena el mar, ni el sol las dora :
Cuando rompió de Troya las almenas
La máquina de Pálas vencedora,
Debiera yo morir : que aborrecida
Es larga muerte dilatar la vida.

Cuando en el vientre horrisono estuvimos
Del preñado caballo cien soldados,
Como suelen estar en los racimos
Los granos ya maduros apretados :
La fiera lanza de Laocoon sentimos,
Y sonando los árboles dorados
Dió tan cerca de mí, que si pasára,
La vida que desprecio me quitára.

Faltárale sugeto á la fortuna
Para lucir sin mí, si allí muriera ;
Yo descansára sin ofensa alguna,
Y ella la fama que le di perdiera :
Hallára yo de tantas muertes uno,
Que dulce fin á mis trabajos diera :

Pues no hay rigor, señora, mas airado,
Que hacer vivir por fuerza un desdichado.

¿Qué penas faltan ya para matarme?

¿Qué agravios, qué rigor para ofenderme?

¿Qué enemigo ha dejado de probarme?

¿Qué amigo se ha olvidado de venderme?

Penélope cansada de aguardarme,

Con esperanza de mis brazos duermes;

Pero cuando es tan larga la esperanza,

Sucede á gran firmeza gran mudanza.

Sábeslo tú, divina esposa mía,

Sábeslo tú, que nunca te hice ofensa.

¡O quien pudiera aquel tan dulce día

Llevarte para hablar en mi defensa!

¿Qué si tu gran valor no me desvía

Esta firmeza y voluntad inmensa,

A dónde hallára yo mejor testigo,

Pues con tan casto amor viví contigo?

Si tu hermosura, Circe, si tus ojos

Rayos de amor, gastando tantas flechas,

Solo tienen del alma los despojos,

Donde tal vez sin cuerpo me sospechas:

Si tus regalos ya, si tus enojos,

Y obligacion de las mercedes hechas

No han podido mudar mi pensamiento,

Serán para Penélope argumento.

Permíteme que vea el hijo mio,

De cuya ausencia nace mi tristeza,

Que en tu piedad, sino en tu amor confío,

Efecto que nació de la nobleza.

Tu ciencia no ha forzado mi albedrío,

Lo que mejor pudiera tu belleza:

¿Pues qué aguardas de mí, que ausente muero,

Y no te quiero, Circe, porque quiero?

¡O clara hija del mejor planeta!

Da lugar á mi gente que en la playa

Aderece la nave, que sujeta

A fácil viento por las ondas vaya:

En pocas horas quedará perfeta

De blancas velas y de remos de haya,

Y saldrá con tus armas y tu nombre,

Que espante el mar y que la tierra asombre.

Mi partida es forzosa, que bien sabes

Que si pudiera yo no me partiera;

Trabajos dicen, que me esperan graves:

Quien te llega á perder ninguno espera.

De Tenedos salti con siete naves,

Y apenas una truje á tu ribera;

Si me dejas partir amante ingrato,

No por lo menos huésped de mal trato.

« ¡O crüel! le responde (que el semblante

Mudó con el enojo la hermosura)

Astuto en ser traidor, no en ser amante,

¿Qué bien has castigado mi locura!

Alma tienes de indómito diamante,

No forma sustancial, materia dura:

Pues mientras mas te labra mi paciencia,

Menos puede limar tu resistencia.

Ventura fué que no me la bayas dado,

Porque es diamante, y diérame veneno,

Aunque en el pecho hubieras acabado

Este amor inmortal de engaños lleno.

Vete, y primero que Neptuno airado

Muestre á tu nave su zafir sereno,

En duro escollo se te rompa, y sea

Donde, aunque muera yo, morir te vea.

Si amaron las deidades, si pasiones

De amor padece amor, si amor alcanza

Donde no peregrinas impresiones,

A todas ruego que me den venganza:

Mira, crüel, que en ocasion me pones,

Perdida de tus brazos la esperanza,

De desear, por verme aborrecida,

Estar sin alma, porque estés sin vida.

¿Es posible, crüel, que no respondas

A tanta fe, siquiera con engaño, [condas

Que el cuerpo en piedra, el alma en hielo es-

A mi abrasado amor despues de un año?

Veniste aquí, desprecio de las ondas,

Propio traidor, y peregrino extraño,

Arrojado del agua, y en mi celo

Hallaste mas piedad que en tierra y cielo.

Trujiste el alma que esta deuda niega

Apenas en el pecho, que resuelves

A tal crueldad, y con tu gente griega

Cargado de almas á tu patria vuelves.

¿Qué estrella, qué deidad, qué amor te ciega,

Que tantos lazos de amistad disuelves?

¿De qué contrariedad, de qué aspereza

Nacieron tu crueldad y mi firmeza?

Esto decia Circe, y como hacia

Afectos de muger desesperada,

La nieve de los brazos descubria,

Artificiosamente descubida.

El griego, no mirando lo que via,

Entre las olas fluctuando nada:

Quien no se ha visto en tan confuso abismo

No sabe que es guardarse de sí mismo.

« Decis (prosigue con mayor locura)

Si amais alguna vez, que os hechizamos;

Ahora el desengaño os asegura,

Pues veis que de vosotros lo quedamos:

El trato puede mas que la hermosura,

Con él cuando lo estais, os obligamos,

No á tí, que entre los hombres peregrino

Eres mortal con proceder divino.

¿Qué ninguna muger servir se vea,

Que se queje de amor, ni indigno trato,

Y que yo sola desdichada sea!

¿De qué tienes el alma, griego ingrato?

¡O padre! ¡o Sol! ¿quién ha de haber que crea,

Que soy tu hija yo, ni tu retrato?

Pero si di veneno al rey mi esposo,

Venganzas son del cielo riguroso.»

Diciendo así, con miseros efetos

Dejó caer el rostro entre los manos

Del griego capitán, que los afetos

En la patria del alma siente humanos:

Las lágrimas, prision de los discretos,

Y á los que no lo son, lazos tiranos,

Imprimieron en él tanta clemencia,
Que casi se turbó la resistencia.

Descomponerse quiso la armonía
De las potencias con piadoso intento:
Mas á la voluntad que se rendía
Le dió la mano el cuerdo entendimiento:
Y dijole mas tierno que solía,
Con mas vivo dolor y sentimiento:
No permitas, señora, que al partirme
Tú dejes de ser sol, yo ausente firme.

Ni yo partiera bien, ni tú quedáras,
Si amor á lo que puede nos rindiera:
Mas de verme partir te lastimáras,
Mas de verte quedar morir me viera:
Donde no tiene amor prendas tan caras,
Ni el alma teme, ni el temor espera:
Que donde quedan libres las memorias,
Ni sienten penas, ni imaginan glorias.

Mucho quisiera yo, si yo pudiera
Ser tuyo, o sol, del sol efecto hermoso;
Tu esposo fuera yo, si libre fuera,
Y fuera digno, como fui dichoso.
Bien sabes que Penélope me espera
Con fe de amante y lealtad de esposo:
¡ Pluguiera á Dios que el alma dividida
Se pudiera partir como la vida!

« ¡ Ay! le replica Circe lastimada
De tantas arrogancias y desprecios:
Amar un alma donde no es amada,
Mas es de desdichados, que de necios:
Mas harás, ingrato Ulises, tu jornada,
Si estiman dioses los humanos precios:
Que yo con inauditos sacrificios,
Para tenerte, los tendré propicios. »

Dejarte, dijo Ulises, despreciada
Fuera, habiendo engañado tu hermosura:
Yo siempre te serví desengañada
De aquesta voluntad honesta y pura:
Ingrata has sido tú, pues siendo amada
Con esta noble y grave compostura,
Dando lugar al exterior sentido,
Quieres amor que esté sujeto á olvido.

El que yo con el alma te prometo
Es amor inmortal, amor tan casto,
Que tiene al mismo cielo por objeto,
Como la tierra el que es amor incasto:
Es un amor tan cándido y perfeto,
Que en su virtud á defenderme basto
De tu hermosura humana, con que has sido
Este divino amor encarecido.

« Ya te conozco yo, Circe responde,
Y conozco tambien vuestras verdades:
Todo es fácil, si amais, todo se esconde;
Todo, si no quereis, dificultades. »
Esto, replica Ulises, corresponde
A las debidas del amor lealtades:
No puedo mas, permiteme, señora,
Ver en el agua la primera aurora.

Por tu querido padre, así le veas
Medir los tiempos infinitos años,

Antes de ver las márgenes leteas,
Sin sentir los efectos de sus daños:
Por los silvestres dioses, por las Deas,
Que habitan selvas y refrescan baños,
Que nos dejes partir tras tanta guerra
De tierra y mar á nuestra amada tierra.

Lloraba el griego venerable, y tanto
Movió de Circe el pecho, que le dijo:
« No quiera, o capitán Júpiter santo,
Que dure mas destierro tan prolijo:
Parte, y consueta de tu gente el llanto,
Advirtiéndome primero que predijo
Mayor desdicha el hado á tus fortunas,
Porque aun te faltan de sufrir algunas.

Para saberlas, y saber que estado
Tienen tus cosas, bajarás primero
Al reino de Pluton, dejando atado,
Hércules nuevo, el rígido Cerbero.
Tiresias finalmente consultado,
Dando licencia Radamanto fiero,
Te dirá los sucesos que te esperan,
Que yo quisiera que felices fueran. »

Lloraba Ulises, viendo que faltaban
Mas penas que sufrir, mayores males:
Que ya mortales hombros no bastaban
Para oponerse á desventuras tales.
En fin le preguntó, que pues bajaban
A tal lugar sin muerte los mortales,
Le dijese por dónde ú de qué modo;
Y ella amorosa le informó de todo.

Vistióse de oro y nácar, y un vestido
Dió á Ulises sobre azul de tersa plata;
Ella á la hermosa madre de Cupido,
Y él á Marte beligeró retrata.
Ya suena la partida, ya el olvido
Los fuertes lazos del amor desata
A los alegres griegos de los cuellos,
Y ellas mirando el mar, lloran por ellos.

Cubre de aljófar cándido rocío
Los claveles de Dórida llorando,
Como al primero albor líquido y frío
Se mira entre las hojas relumbrando.
« ¿ En fin te vas, ingrato dueño mio? »
A Antímaco le dice suspirando:
Y él responde sin lengua á sus enojos,
Poniéndose las manos en los ojos.

Filida hermosa tiernamente asida
Del fuerte Palamédes, tambien llora;
Pero él tiene los ojos en Ceífrida,
Que por Filemo de secreto adora.
Filemo que dió causa á la partida,
De zelos en ausencia se mejora:
Que donde para zelos no hay paciencia,
De los dos males es menor la ausencia.

Andrómeda, que ya parece tanto
A la que atada al mar en alta roca
Dió principio á sus perlas con su llanto,
Las de la playa á lágrimas provoca:
Neofile de Toante asiendo el manto,
Esmalta los corales de la boca

De los tiernos diamantes que corrian,
Por ver si el llanto y voz le detenian.

Con blancas manos cuello y pecho enlaza
De Alejandro tambien Nísida bella,
Y si jamas la olvida, le amenaza
Con que Circe sabrá volver por ella :
Lisis á Timo dulcemente abraza,
Porque quedaba retratado en ella :
Que como temen que volver no puedan,
Algunos que se van, tambien se quedan.

Llora Antiflor, Polidamante siente
Con mas rigor la fuerza en la partida,
Y Amarilis discreta tiernamente,
No quiere que Partenio se despidia.
La isla queda sola, Amor ausente
Donde no ha de volver, dicen que olvida :
No soy testigo yo, que no se atreva
Su fuego á penetrar mi helada nieve.

Tendida sobre el agua, entre alga y nea,
Calafetean la olvidada nave,
A los árboles dan nueva librea,
Y ya la estrena el céfiro suave :
Ya grita la saloma , ya vocea
Ya siente el cano mar el peso grave,
Ya suena mal conforme á las estrellas
En ellos la alegría, el llanto en ellas.

Ara liquida sal la fuerte quilla
Con los pinos y abetos de Tesalia :
Ocupa con la aguja la alta silla
Lauro ya diestro en todo el mar de Italia.
No estaban una legua de la orilla,
Cuando, apenas tocando la sandalia
De Circe el agua, por la blanca espuma
Cual cisne pasa, sin mover la pluma.

Ata un cordero negro y una oveja
A la mesana, y entre dientes habla ;
Temblando Ulises, proseguir la deja,
Y ella sus rumbos mágicos entabla :
Vuévese al mar, y cuanto mas se aleja,
Mas vivos se descubren en la tabla
Los caracteres rojos que escribia,
Turbando esta tristeza su alegría.

Mas trabajos nos faltan, compañeros,
Ulises dice : no penseis que vamos
Con velas y con remos tan ligeros
A la querida patria que esperamos :
Los reinos de Pluton, los reinos fieros
De Radamanto y Minos conquistamos :
Que consultar me manda mi destino
El alma de Tiresias adivino.

Aquí todo placer prorrumpe en llanto,
Y como van contentos y seguros
De los trabajos que sufrieron tanto,
Por los pasados lloran los futuros.
Cerca una isla con horrible espanto
Helado el mar, entre peñascos duros,
De los fieros cimerios habitada,
Digna de tales hombres tal morada.

Siempre cubierta de tiniebla oscura,
En negro horror caliginoso yace,

Donde ni fuente cristalina y pura,
Ni flor de buen olor produce y nace :
Ni Filomena canta en su espesura,
Ni brama toro, ni cordero paze :
Húyela el sol, y apenas amanece,
Cuando se cubre el rostro y anochece.

A la diestra del Ponto está sentada,
No lejos de su Bósforo, en la nieve,
De quien eternamente coronada
Frias el sol exhalaciones bebe.
Aquí llegó la nave descansada,
Que con soplo veloz Zéfiro mueve,
Y de cipreses lúgubres cubierto
Halló entre peñas por la costa el puerto.

Saltan en tierra Ulises el prudente,
Y el belicoso Palamédes, cuando
Desde las puertas del rosado Oriente
Estaba el sol á Dafne contemplando.
Ulises á la mágica obediente,
Con la espada belígera cavando
La madre universal, al sacrificio
Previene el sol el agua ; y el piadoso officio

Hecho á las sombras de los manes frios,
Al rededor oyó tristes clamores,
Que daban en los cóncavos vacíos,
Viéndose de la luz habitadores :
Luego buscó los infernales rios,
En cuya márgen vió sierpes por flores,
Por árboles tambien espinos secos ;
Y le dieron terror los tristes ecos ;

Aquí donde lloró cantando Orfeo,
A quien las liras trágicas imitan,
Y templaron su pena en su deseo
Las almas que en eterna noche habitan.
Privado ya del resplandor Febeo,
Sin que lugar las sombras le permitan,
Llegó el astuto Ulises por un monte,
Que se mira, sin verse, en Aqueronte.

Desotra parte en una parda peña,
Que de cárdeno lecho le servia,
El tostado y nervioso cuerpo enseña
Fiero Caronte, que á dormir yacia :
De sucio lienzo túnica pequeña
Parte adornaba, y parte descubria,
La cana barba casi azul pendiente,
Con mil arrugas por la negra frente.

Culebra parda, cuando al sol se enrosca,
Parece el fiero monstruo, que al ruido
De humana planta tímida se embosca,
Así era el cuerpo informe, así el vestido :
Y así tambien por la corteza tosca
A círculos estaba dividido,
Mostrando tal fiera el pardo bulto,
Como suele cadáver insepulto.

Intrépido le llama, y él desata
La horrible barca, á una cadena asida
De un seco tronco, y á los polos ata
Dos viejos remos de haya carcomida.
No dividen cristal, ni azotan plata ;
Que la turbia corriente removida

En negras ondas encrespó las aguas,
Que templá el hierro á las ardientes fraguas.

Apenas en el márgen contrapuesta
Aborda y mira los valientes griegos,
Cuando les dice (y la partida apresta,
Brota y llama de los ojos ciegos)
« ¿Qué presuncion? ¿qué libertad es esta,
Donde las amenazas, ni los ruegos
Tienen lugar? Volved, volved, humanos,
A la luz de los cielos soberanos. »

Detente, le responde el elocuente
Duque de Grecia, o gran Caronte, y mira
Que la hija del sol resplandeciente,
Circe, cuya hermosura y ciencia admira,
No con soberbia y ánimo impaciente,
Como el esposo entró de Deyanira,
Nos envía á saber futuros casos
Del gran Tiresias con humildes pasos.

Acosta el barco sin temor, que llevas
A Ulises y al valiente Palamedes,
No al gran Teseo, al Hércules de Tebas,
De quien ahora recelar puedes.

« Ya tengo, dijo, de vosotros nuevas : »
Pues ¿porqué, replicó, no me concedas
El paso libre al tártaro profundo,
Si por desdichas peregrino el mundo? »

« Tengo, replica, en la memoria vivo
El duro estrago del tebano fiero :
Rompió este muro eterno, y vengativo
Ató las tres gargantas del Cerbero :
Quiso robar á Proserpina altivo,
Y volverla otra vez al hemisferio
Que baña el sol, huyendo sus injurias
Las Euménides, Górgonas y Furias. »

Valióse el griego allí de su elocuencia,
Y tanto pudo, que acostó la barca,
Y despues de prolija resistencia,
Donde almas embarcó, cuerpos embarca.
El peso siente el barco, y la licencia
Que no les dió la inexorable Parca :
Parte el viejo feroz, haciendo extremos :
Y mueve en los escalamos los remos.

Salta en la tierra Ulises, llega al muro
De rígido diamante, y al Cerbero
Dió sueño con el rombo de un conjuro,
Que Circe sábia le enseñó primero :
Por negras sendas sobre hierro duro
Llegó al palacio del horrible y fiero
Amante de la bella Proserpina,
Y con humilde paz la frente inclina.

Era todo el palacio de un oscuro
Diamante, que no claro, fabricado
Dentro de un fuerte inexpugnable muro,
De jaspe y negro pórfido labrado :
En un rojo sitial de bronce duro
Estaba el rey flamígero sentado,
Con el hórrido cetro que gobierna
Sin tiempo y luz la confusion eterna.

Cercáronle los manes infernales,
Por ver un cuerpo, y admirarle mudos,

Donde jamas tocaron piés mortales,
Sino solos espiritus desnudos :
Y vinieron las sombras desleales,
Que en vida fueron animales rudos,
A ver por novedad un casto ausente,
Que nuestra humana condiccion desmiente.

Entre ellos mira el griego á Clitemnestra,
Y así le dice en lágrimas bañado :
¿Qué fortuna tan misera y siniestra,
¡ O reina ! te ha traído á tal estado ?
Que si el castigo los delitos muestra,
Graves deben de ser, pues no has pasado
Al campo Elisio, en que descanso tiene
Quien á los reinos de la noche viene.

« Ausente Agamenon, responde, ¡ ay triste !
La sombra en sangre y en dolor bañada,
Con quien á Troya por Elena fuiste,
Mi hermana, mas dichosa y mas culpada :
La ausencia que muger tan mal resiste,
Me dió ocasion de amar, de Egisto amada :
Volvió mi esposo de la guerra, y luego
La privacion de amor aumentó el fuego.

Matámosle los dos con esperanza
De gozarnos mejor ; pero creciendo
Mi hijo Orestes, que de Electra alcanza
La vida, que yo andaba persiguiendo,
Ejecutó de suerte la venganza
De Agamenon su padre, que volviendo
Ya con adulta edad, nos dió la muerte. »
Dijo, y de sombra en aire se convierte.

Ulises admirado del suceso
Tembló el peligro de su ausente esposa :
Que se debe temer cualquier suceso
De ausencia larga y de muger hermosa.
Con este miedo en la memoria impreso,
Pasó temblando la ciudad fogosa
Hasta llegar al fiero Radamanto,
Juez del reino del eterno llanto.

Allí tuvo licencia, y libremente
Fué mirando las almas inmortales,
Que en privacion del sol eternamente
Padecen penas á su culpa iguales.
Vió la Soberbia de ánimo impaciente
Cercada de gigantes desiguales,
Que haciendo al hombro de los montes alas
Pusieron al celeste globo escalas.

No lejos vió tendido un nuevo Atlante,
Y conociendo á Polifemo huyera,
Si no viera ponersele delante
El fuerte vencedor de la Quimera :
En pié se puso el bárbaro gigante,
Diciendo : « Espera Ulises, griego, espera
Vengaré la traicion que me ha traído
Desde el reino del sol al del olvido.

No me mataras tú, si no trujeras
El vino, que ya fué muerte de tantos,
Para veneno de mis fuerzas fieras,
Decreto oculto de los cielos santos. »
Polifemo, responde, si tuvieras
En tu cueva piedad de nuestros llantos,

Si fueras noble huésped, hoy gozárás
De los rayos del sol las luces claras.

Tú tienes el castigo que merece
Tu villano rigor inhospitable :
Diciendo así , se aparta y desvanece
Con un suspiro horrendo y miserable.
La Ira luego en forma se aparece
De un tirano feroz inexorable,
Y cerca la Ambición y la Codicia ,
La injusta Deslealtad y la Malicia.

La Desvergüenza vió con rostro infame ,
Y la Lisonja y la Amistad fingida ,
Tan digna de que el mundo la desame
Por perjurá , engañosa y fementida.
No hay áspid de la Libia que derrame
Mayor veneno , ni la humana vida
Tiene de que guardarse mas castigo ,
Que del engaño vil de un falso amigo.

El Amor deshonesto , el Odio injusto
Estaban juntos , siendo tan contrarios ;
La dormida Pereza de robusto
Cuerpo entre topos y animales varios :
Los fieros Zelos con mortal disgusto ,
De la cobarde Ausencia tributarios ,
Que en vano el nombre imitan á los cielos ,
Si en el infierno han de vivir los zelos.

La Ingratitud que al mismo cielo asombra,
La Ignorancia preciada de discreta,
Lo que Servir ¡ qué extraño mal ! se nombra,
Y la Crueldad á la Traición sujeta :
La fiera Envidia de los buenos sombra
En figura de bárbaro poeta ,
La Confianza , el Ocio y el Desprecio ,
La gravedad de un poderoso necio.

Allí la melancólica Tristeza ,
A quien la muerte de su engaño avisa ,
Y la Necesidad con la Bajeza ,
Que á coces el honor deshace y pisa :
Allí la Necesidad con la Simpleza ,
Naturales del reino de la Risa ,
La Vanagloria vil , Pompa y Locura ,
Y el Juego , indigno de honra , en cárcel dura.

Con miserable voz y compasiva
Entre uno y otro anhélito y singulto
Un espíritu vió , que se derriba
De un pardo risco , donde estaba oculto.
Detúvose la sombra fugitiva
Formando un blanco , aunque sangriento bul-
Y el corazón de Ulises , vivo apenas , (to,
Previno á horror el alma de las venas.

Cualquiera , o fiero espíritu , que fuiste
En el orbe luciente que habitaste ,
Ulises dijo : ¿ á qué ocasión veniste ,
Que con tu propia sangre me bañaste ?
« Palamedes , responde con voz triste ,
Que á tan horrible muerte condenaste ,
Palamedes soy yo , mas no el amigo
Que al reino de Pluton viene contigo.

Quando por no dejar moza y hermosa
Tu querida Penélope en Zacinto ,

Fingiste la locura cautelosa ,
Efecto vil de tu valor distinto :
Viendo que Agamenon con imperiosa
Mano te daba término sucinto
Para partir , yo descubrí tu engaño ,
Y á Troya te llevaron por mi daño.
Airado tú despues , que me escribía
Con Priamo dijiste , y afirmabas
Que á Agamenon y á Menelao vendía ,
Con la fingida carta que mostrabas :
Con esto y tu elocuencia , que podía
Persuadir cuantas cosas intentabas ,
Con piedras me dan muerte , y me sepultan.
Mi error publican , y tu infamia ocultan.

Mas yo pienso que estoy de tí vengado
En los grandes trabajos que has sufrido ,
Sin los que esperas de Neptuno airado ,
Por la muerte del ciclope ofendido.
Tú , Palamedes , menos desdichado ,
Y á mí solo en el nombre parecido ,
Huye de su amistad que en muchos años
Tendrás por grande amor grandes engaños. »

Por tí , responde Ulises , Palamedes ,
Por tí , me ves en tanta desventura
Si no lo estás de mí , vengarte puedes
En que tiene Penélope hermosura :
Pero en quejarte la razón excedes ,
Pues contra la amistad sincera y pura
Descubriste el secreto que sabías ,
Causa fatal de las desdichas mias.

En estos monstruos ocupado estaba
El astuto elocente peregrino ,
Cuando , sabiendo ya que le buscaba
El alma sabia de Tiresias , vino :
« ¡ O tú , le dijo , sin hercúlea clava ,
Sin escudo de Marte diamantino ,
Transgresor de las leyes infernales !
¿ Cómo pisas los tártaros umbrales ?
¿ Qué me quieres á mí , que no tenia
De hablar con hombre vivo pensamiento ?
¿ Qué privilegios tienes ? ¿ quién te envía ,
Exceso del mortal atrevimiento ? »
¡ O Tiresias ! le dije , ¿ quién podía
Venir á tal lugar sin fundamento ?
Deidad me envía que movió mis pasos
Para saber de tí futuros casos.

Yo soy Ulises , hijo de Anticlea
Y del viejo Laertes , que el estrago
De Troya me conduce donde vea
Las negras sombras del Estigio lago :
Entre Italia y el golfo de Malea ,
Entre el Cimerio , Bósforo y Cartago
Pasé grandes fortunas : ¿ mas qué digo
Tan olvidado de que estoy contigo ?

Circe me envía , Circe , aquella hermosa
Hija del sol : responde al ruego suyo
Movida de mi mal , alma piadosa ,
Que estoy pendiente del remedio tuyo.
« La mar , le respondió , la mar quejosa
A quien tus desventuras atribuyo ,

Contraria al fin de tu esperanza temo,
Porque diste la muerte á Polifemo.

Mataste, griego, al hijo de Neptuno,
Sagrado emperador del Océano :
¿Cómo te puede dar favor alguno,
Mientras habitas por su imperio cano?
Con sacrificios á la diosa Juno
Pide favor que no serán en vano :
Ella te llevará, mas tarde creo,
Al término que tiene tu deseo.

Zelosa Circe de la hermosa Scila
Vertió veneno en una pura fuente,
Que el lílabe Siculo destila,
Y bañóse una siesta en su corriente :
De suerte entre las aguas se aniquila,
Que solo desde el pecho hasta la frente
Quedó muger ; que lo demas, es fama,
Que en pez ligero se vistió de escama.

Por esta has de pasar, temiendo en frente
De la voraz Caribdis el veneno,
A quien con el ignífero tridente
Júpiter hizo escollo al mar tirreno.
Primero que vengado se contente
El fundador de Troya de ira lleno,
Para gozar la patria que deseas,
Las sirenas verás partenopeas.

La isla Ogigia entre los mares yace
Fenicio y sirio ; allí Calipso vive :
Allí sus rombos y conjuros hace,
Y en la hermana del sol letras escribe.
Siete veces verás que en aries nace,
Y que la blanca plata le recibe
De los peces del Éufrates, en tanto
Que te detiene con su dulce canto.

Istmos, islas, penínsulas y rocas
Varias verás entre las ondas fieras,
Monstruos marinos, cetos, altas focas,
Antes de ver las itacas riberas :
Pero todas serán desdichas pocas,
Cuando llegues á ver el bien que esperas,
Y tu muger con alma compasiva
Entre sus castos brazos te reciba.

Ella te aguarda, aunque deshecha y triste
De tu ausencia y de ver tantos amantes,
Que dos años despues que á Troya fuiste
La sirven y pretenden arrogantes :
Con ingeniosa castidad resiste,
Con esperanzas firmes y constantes,
Su loco amor : que es alta resistencia
En pecho de muger y en tanta ausencia.

De rendir su constancia á su porfía
Para el fin de una tela dió palabra ;
Mas deshace de noche cuanto el día

De oro y varios colores teje y labra.
Al hermoso Telémaco, que cria,
Le obliga siempre á que los ojos abra
Para ver tu valor, y con recato
Le provoca y enseña tu retrato.

El jóven como el águila le mira,
Sin perturbarle el sol, y á la venganza,
Si tardas tú, con arrogancia aspira ;
Que ya sabe empuñar espada y lanza :
En el fuerte bridon el vulgo admira,
De tus vasallos única esperanza ;
Que en tantas desventuras quiere el cielo,
Que estas nuevas te sirvan de consuelo.

Este amor debes á tu casta esposa :
No vence su firmeza la distancia ;
Mira que has de volver á Circe hermosa,
Guárdate de ofender tanta constancia.
Con esto queda en paz : que la forzosa
Ley deste centro á mi perpetua estancia
Volver me manda : tú la lumbré pura
Goza del sol, y yo la noche oscura. »

Dijo, y volviendo Ulises á la barca,
Si bien en tiernas lágrimas bañado,
Del vil Caronte, que á los dos embarca
De verlos tan pacíficos templado :
En la opuesta ribera desembarca,
Y vuelve al puerto, donde ya turbado
Lloraba su escuadron su larga ausencia :
Que no sabe el amor tener paciencia.

Con esto al mar el capitán se alarga :
Vira, dice el piloto, y todos, vira,
Donde con mano impetuosa y larga
El blando viento los trinquetes gira :
Ya siente el mar unidisono la carga,
Y del peso parece que suspira ;
Ya llegan donde Circe los recibe,
Que aun tiene amor, y en esperanzas vive.

Vos, honor de las letras, vos, Mecenas,
Aliento de las musas que espiraban,
Por quien están de aplauso y gloria llenas,
Cuando sin voz, cuando sin alma estaban ;
En tanto que la sangre de mis venas
Sereis mi sol, sin que otra luz alguna
Respete en sus tinieblas mi fortuna. »

CANCIONES ⁴.

¡ O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra ;

⁴ Muestras de lo que Lope acertaba á hacer cuando sabia aprovechar la inspiracion de un buen momento. Su poesia es aqui fluida, lozana, numerosa y sobremañera simpática y agradable. En la primera, cuyo argumento es tan comun,

los pensamientos son naturales y convenientes, y la expresion lo es tambien ; siendo este elogio de la libertad y retiro campestre, el que despues de la oda de Luis de Leon *Que descansada vida*, obtiene el lugar mas preferido en la antigua poc-

Mas rica y mas gozosa
 Que el precioso tesoro
 Que el mar del Sud entre su nácar cierra,
 Con armas, sangre y guerra,
 Con las vidas y famas,
 Conquistado en el mundo :
 Paz dulce, amor profundo,
 Que el mal apartas y á tu bien nos llamas !
 En tí solo se anida
 Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Cuando de las humanas
 Tinieblas vi del cielo
 La luz, principio de mis dulces días,
 Aquellas tres hermanas,
 Que nuestro humano velo
 Tejiendo llevan por inciertas vías,
 Las duras penas mías
 Trocaron en la gloria,
 Que en libertad poseo
 Con siempre igual deseo ;
 Donde verá por mi dichosa historia,
 Quien mas leyere en ella,
 Que es dulce libertad lo menos della.

Yo pues, señor exento
 De esta montaña y prado,
 Gozo la gloria y libertad que tengo ;
 Soberbio pensamiento
 Jamas ha derribado
 La vida humilde y pobre que entretengo :
 Cuando á las manos vengo
 Con el muchacho ciego,
 Haciendo rostro embisto,
 Venzo, triunfo y resisto
 La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
 Y con libre albedrío
 Llora el ageno mal, y canto el mio.

Cuando la aurora baña
 Con helado rocío
 De aljofar celestial el monte y prado,
 Salgo de mi cabaña

Riberas desto rio
 A dar el nuevo pasto á mi ganado :
 Y cuando el sol dorado
 Muestra sus fuerzas graves,
 Al sueño el pecho inclino
 Debajo un sauce ó pino,
 Oyendo el son de las parleras aves,
 O ya gozando el aura
 Donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche oscura
 Con su estrellado manto
 El claro dia en su tiniebla encierra,
 Y sueña en la espesura
 El tenebroso canto
 De los nocturnos hijos de la tierra,
 Al pié de aquesta sierra
 Con rústicas palabras
 Mi ganadillo cuento ;
 Y el corazon contento
 Del gobierno de ovejas y de cabras,
 La temerosa cuenta
 Del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera
 Con la manzana hermosa
 De gualda y roja sangre matizada,
 Y de color de cera
 La cermeña olorosa
 Tengo, y la endrina de color morada :
 Aquí de la enamada
 Parra que el olmo enlaza
 Melosas uvas cojo,
 Y en cantidad recojo,
 Al tiempo que las ramas desenlaza
 El caluroso estío,
 Membrillos que coronan este rio.

No me da descontento
 El hábito costoso
 Que de lascivo el pecho noble infama :
 Es mi dulce sustento
 Del campo generoso

sia castellana. A juzgarse por la admirable facilidad de la ejecucion, mereceria sin duda el primer lugar : parece leyéndola que no ha costado mas trabajo que el de escribirse ; tan espontáneamente salen unas de otras las ideas de las ideas, las imágenes de las imágenes, los sonidos de los sonidos.

Mi regalada cama
 De blandas pieles y hojas
 Que algun rey la envidiara,
 Y de ti, fuente clara,
 Que bullendo el arena y agua arrojas,
 Estos cristales puros ;
 ¡ Sustentos pobres, pero bien seguros !

Nótese aquí la destreza con que está vencida la dificultad de rimar *arroyos* con *hojas*, y qué nueva belleza sabe procurarse el poeta al mismo tiempo de superarla. El único lunar de esta canción es la oscuridad de que adolece la segunda estrofa.

Mas nueva y poética en su argumento y en su disposicion es la canción segunda, aunque mucho menos esmerada en versos y en estilo. Pudo acaso Lope tener presente al trazarla la linda oda de Anacreonte en que pinta su combate con el Amor, pero no por eso su poema deja de ser tan original como ingenioso, al paso que su cuadro es mucho mas grande y de mas fuerte combinacion. Todo está encontrado con el instinto mas feliz ; la hora, el sitio, la soledad, los dos concurrentes, tan diferentes entre sí en trage, en fuerza y en edad, tan iguales en el orgullo de sus pretensiones ; lo que dicen, lo que hacen, la apariencia súbita de aquella celestial hermosura que completa la victoria del Amor ; en fin aquel carro triunfal á que son atados el arrogante guerrero y sus despojos, todo conspira felizmente á desenvolver la idea moral que se propuso el autor bajo esta sencilla alegoría, y á hacer poético su desemepeño.

Estas silvestres frutas que derrama :
 Mi regalada cama
 De blandas pieles y hojas ,
 Que algun rey la envidiara ,
 Y de tí , fuente clara ,
 Que bullendo el arena y agua arrojas ,
 Estos cristales puros ;
 ¡ Sustentos pobres , pero bien seguros !
 Estése el cortesano
 Procurando á su gusto
 La blanda cama y el mejor sustento ;
 Bese la ingrata mano
 Del poderoso injusto ,
 Formando torres de esperanza al viento :
 Viva y muera sediento
 Por el honroso oficio ,
 Y goce yo del suelo
 Al aire , al sol , al hielo
 Ocupado en mi rústico ejercicio ,
 Que mas vale pobreza
 En paz , que en guerra misera riqueza ,
 Ni temo al poderoso ,
 Ni al rico lisonjeo ,
 Ni soy camaleon del que gobierna :
 Ni me tiene envidioso ,
 La ambicion y deseo
 De agena gloria , ni de fama eterna :
 Carne sabrosa y tierna ,
 Vino aromatizado ,
 Pan blanco de aquel dia ,
 En prado , en fuente fria ,
 Halla un pastor con hambre fatigado :
 Que el grande y el pequeño
 Somos iguales lo que dura el sueño .

II.

Por la florida orilla
 De un claro y manso rio
 De salvia y de verbena coronado ,
 Al tiempo que se humilla
 Al planeta mas frio
 Con templado calor el sol dorado ,
 Libre , solo y armado
 De acero , olvido y nieve ,
 Pasaba peregrino
 Ya fuera del camino
 Del juvenil ardor que el pecho mueve ,
 Cuando al salir Apolo ,
 Un niño vi venir desnudo y solo ,
 Rubio el cabello de oro
 Con una cinta preso ,
 Que los hermosos ojos le cubria ,
 Y como alarbe ó moro ,
 De innumerable peso
 Un carcax que del cuello le pendia ,
 Y como quien vivia
 De saltar los hombres
 Un arco puesto á punto :
 Mas cuando le pregunto

Que me diga sus títulos y nombres ,
 Respóndeme arrogante
 Niño en la vista , y en la voz gigante :
 « Yo soy aquel que suelo
 Con apacible guerra ,
 Con alegre dolor y dulces males ,
 Desde el supremo cielo
 Hasta la baja tierra
 Herir los dioses , hombres y animales :
 Transformaciones tales
 Jamas Circe las supo ,
 Porque un hechizo formo
 Con que mudo y transformo
 Cualquiera ser que de mi fuego ocupo ;
 Y al alma que condeno
 La hago yo vivir en cuerpo ageno .
 Fácil tengo la entrada ,
 Dificil la salida ,
 Ablándame el desprecio y cansa el ruego ;
 Ni hay alma tan helada ,
 O en piedra convertida ,
 Que no entenezca mi amoroso fuego .
 Por eso rinde luego
 Las armas arrogantes
 De que vas victorioso :
 Que el rayo mas furioso
 Se temple con mis flechas penetrantes ,
 Y lloran mis agravios
 Igualmente los fuertes y los sabios . »
 Yo respondi entonces :
 Mal me conoces , niño :
 Mira que soy un capitán valiente ;
 Que en mármoles y bronce ,
 Con esta que me ciño ,
 Hago escribir mis hechos á la gente :
 ¿ Comó tu fuego ardiente ,
 O tus blandos suspiros
 Pueden temer los brazos ,
 Que han visto en mil pedazos
 Burlar tanto escuadron , entre los tiros
 De la pólvora fiera ,
 Que vence el fuego de su misma esfera ?
 Yo no duro helado invierno ,
 Y al verano abrasado
 De iguales armas y valor vestido ,
 Llevando á mi gobierno
 El escuadron formado ,
 Tanta varia nacion he combatido ,
 Que tengo convertido
 En duro acero el pecho :
 Por eso en paz te torna
 Que mi espada no adorna
 Las puertas de tu templo sin provecho ,
 Ni pueden tales ojos
 Humillarse á tus lágrimas y enojos .
 Así le replicaba ,
 Cuando de entre unas hiedras
 Una hermosura celestial salia ,
 Que no lo que miraba ,
 Pero las mismas piedras

En ceniza amorosa convertida :
 Amor que ya me vía
 Con pensamientos vanos
 Apereibir defensa,
 A la primera ofensa,
 Me derribó la espada de las manos,
 Y en viéndome tan ciego
 Lloré, rëndime y abraséme luego.

En esto al verde llano
 Un carro victorioso
 Dos tigres ya domésticos trajeron ;
 Asíó el amor la mano
 De aquel rostro amoroso,
 Y juntos á su trono se subieron :
 Y los que allí me vieron,
 Entre sus piés me ataron,
 Y al fin sus ruedas afaron
 Mis armas y banderas
 Por despojos vencidos adornaron,
 Levándome cautivo
 A donde agora lloro, muero y vivo.

Mas todo vencimiento es mas victoria :
 Y aquesta pena es gloria,
 Con solo que me mire Isbella un dia
 Y entre sus ojos arda el alma mía.

III'.

Ya mis ruegos oyeron
 Lidia, los cielos, y mis votos justos
 Alegre fin tuvieron :
 Pues truecas en disgustos
 Tus verdes años y tus verdes gustos,
 En fin envejecistes,
 En fin llegó el estío de tus años ;
 La fama que tuvistes
 En propios y en extraños
 Creció nuestras venganzas y tus daños.
 Amanecia en tu cara
 Un sol, que el mundo en vivo fuego ardia :
 Corrió la edad avara,
 Pasó ligero el dia ;
 Y vino en su lugar la noche fria.
 Cerróse el lirio ufano
 Con la tiniebla del oscuro cielo,
 Y el almendro temprano
 Marchito con el hielo
 Sembró de flores el desierto suelo.
 Esfuérazte lozana

A parecer muchacha á los que miras ;
 Mas ya tu frente cana
 Nos dice que suspiras
 Cuando al espejo miras, y te admiras.

Ha hecho diferentes
 La edad, que sola el alma inmortaliza,
 Tu bella boca y dientes,
 Y el ver atemoriza
 Carbon las perlas, y el coral ceniza.

¿A dónde huyó la nieve
 Que derretia el fuego de tus ojos ?
 Mas ¡ay! que el tiempo breve
 Sellando tus despojos
 Pasó la nieve á los cabellos rojos.

La grana en Tiro sola
 Vencieron tus mejillas : ya no vences
 La inútil amapola,
 Para que te avergüences
 De tus engaños, y á llorar comiences.

La cándida azucena,
 La tersa plata y marfil bruñido,
 La limpia y blanca arena,
 Al cuerpo que has tenido
 Comparadas, dejaron ofendido.

Mas ya todo lo pierdes,
 Y allí tus esperanzas se perdieron :
 Porque, si de hojas verdes
 Las plantas se vistieron,
 Los hombres nunca son lo que antes fueron.

Podrás, hermosa Lidia,
 Que de tus gustos es remedio en parte,
 De Circe, y de Canidia
 Si quieres enseñarte,
 Cobrar la fama y aprender el arte.

Y ya que la hermosura
 No tiene aquí poder, cuya violencia
 Volvió de piedra dura
 Tanta mortal presencia,
 Lo que hizo la hermosura hará la ciencia.

Que ya los que penamos
 Por esos ojos, que ninguno crea,
 Con risa nos vengamos
 De la sierpe Lernea,
 Que Hércules mató, y el tiempo afea.

IV'.

La verde primavera
 De mis floridos años

¹ Imitacion tan diestra como agradable de la oda de Horacio *Audivere Lyce*, y muy superior por su facilidad, dulzura y fluidez á cuantas imitaciones y traducciones se han hecho en castellano de aquella composicion latina.

² Era tenida en tanto por su autor, que la citó en la segunda parte de la Filomena como una de las célebres canciones que le habian adquirido crédito en el mundo. Tiene sin duda bastante mérito en los pensamientos, en la armonía, y en la

frescura de los colores; aunque siempre flaquea, ya por algunas figuras incoherentes y de mal gusto, ya por las negligencias indispensables en la precipitacion con que trabajaba el autor. Muchos poetas se han ejercitado antes y despues en el mismo asunto, sobresaliendo entre todos Metastasio en su célebre cancion de *La libertad á Nice*; y á estar seguros de que aquel escritor conocia las obras de Lope, pudiéramos decir que la tercera estrofa de la oda española le habia dado el gér-

Pasé cautivo, Amor, en tus prisiones,
 Y en la cadena fiera
 Cantando mis engaños,
 Lloré con mi razon tus sinrazones;
 Amargas confusiones,
 Del tiempo que ha tenido
 Ciega mi alma y loco mi sentido.
 Mas ya que el fiero yugo
 Que la cerviz domaba
 Desata el desengaño con tu afrenta;
 Y al mismo sol enjugo,
 Que un tiempo me abrasaba,
 La ropa que saqué de la tormenta;
 Con voz libre y exenta
 Al desengaño santo
 Consagro altares y alabanzas canto.
 Cuanto contento encierra
 Contar su herida el sano,
 Y en la patria su cárcel el cautivo,
 Entra la paz la guerra,
 Y el libre del tirano,
 Tanto en cantar mi libertad recibo.
 ¡O mar! ¡o fuego vivo!
 Que fuiste al alma mia
 Herida, cárcel, guerra, tiranía.
 Quédate, falso amigo,
 Para engañar aquellos
 Que siempre estan contentos y quejosos;
 Que desde aqui maldigo
 Los mismos ojos bellos,
 Y aquellos lazos dulces y amorosos,
 Que un tiempo tan hermosos
 Tuvieron, aunque injusto,
 Asida el alma y engañado el gusto.
 Quede por las cortezas
 De aquestos verdes árboles.
 Ingrata fiera, con mi fe tu nombre;
 Imprima en las durezas
 De aquestos blancos mármoles
 Mi ejemplo Amor que á todo el mundo asombre:
 Y sépase que un hombre,
 Tan ciego y tan perdido,
 Su vida escribe y llora arrepentido.

HIMNO

AL AMOR.

Amor poderoso en cielo y en tierra,
 Dulcísima guerra de nuestros sentidos,
 ¡O cuantos perdidos con vida inquieta
 Tu imperio sujeta!
 Con vanos deleites y locos empleos,
 Ardientes deseos y helados temores,
 Alegres dolores y dulces engaños
 Usurpas los años.
 Tirano violento de tiernas edades,
 El bien persuades y al mal precipitas,
 El fin solicitas del mismo á quien quieres:
 ¡Tan bárbaro eres!
 Huid sus engaños, haced resistencia
 A tanta violencia, ¡o locos amantes!
 Que son semejantes al áspid en flores
 Sus vanos favores.
 Templa las flechas en agua de olvido,
 Amor bien nacido, de iguales extremos,
 Porque cantemos tus loores divinos
 En sáficos himnos.

ESTANCIAS².

Riberas del humilde Manzanares
 Apacentaba una pastora hermosa,
 Que trasladada del famoso Henares
 Honraba su corriente sonora:
 Donde con voces tiernas y dispares
 Se queja Filomena lastimosa,
 Hay una fuente cristalina y fria
 En cuyo espejo el sol comienza el dia.
 Tirano de su gusto y hermosura
 Un rústico pastor era su dueño,
 Que toda la aspereza y espesura
 Del bosque inculto retrató en su ceño:
 Al rayo de su luz hermosa y pura
 Desvelado Lisardo pierde el sueño,
 Celebrando su nombre en versos graves,
 Como al salir del sol cantan las aves.

men de las mejores de la suya. Los similares son los mismos; pero en la nuestra no están mas que indicados, mientras que en la italiana están desenvueltos con la mayor belleza y maestría.

⁴ El único ejemplo de esta versificación que he encontrado en nuestros poetas, y que tiene un mérito particular por su gracia y plenitud. Se halla en la *Dorotea*, y el autor le da el nombre de sáficos y adónicos, sin duda por la semejanza que tiene con ellos la combinación de versos largos y cortos en la estrofa; porque ciertamente por el metro no era posible que así los llamase. Al halago de los sonidos reúne esta composición mucha propiedad y oportunidad en los pensamientos, mucha elegancia y aun fuerza en la expresión, y

una poesía exenta de los vicios que frecuentemente afean el estilo de Lope.

⁵ Idilio original, invención ingeniosa, disposición gramática y verdaderamente poética, octavas dulces y sonoras. La ejecución á la verdad no es tan pura, ni tan fácil como en el himno; pero es preciso no ser muy escrupulosos en cuanto á corrección cuando se leen las obras de Lope. ¿Qué no se perdona por otro parte á las bellezas de sentimiento y de gracia que hay esparcidas por todo el poema, al tono de melancolía y ternura que reina en él, á aquellos ecos tan felices *Visteis por dicha, niñas*. — *Aquí vivimos, responden*, en fin á una conclusión tan delicada y tan oportuna?

¡O mas hermosa pastorcilla mia,
 Que entre claveles cándida azucena
 Abre las hojas al nacer el dia,
 De granos de oro y de cristales llena!
 ¿Qué fuerza, qué rigor, qué tiranía
 A tanta desventura te condena?
 Mas ¿cuándo á tantas gracias importuna
 No fué madrastra la cruel fortuna?
 ¿Visteis por dicha, ninfas, la belleza
 En este valle de sus verdes cielos.
 Si aquel alma de roble y su aspereza
 Esta licencia permitió á sus zelos?
 Aquí vimos, responden, su tristeza
 Murmurada de tantos arroyuelos,
 Que á las aguas, las plantas y las flores
 Dió vida, dió esperanzas, dió colores.
 En esta fuente, cuya márgen pisa
 Tal vez con breve estampa el pié de nieve,
 En la del agua retrató su risa
 Y con sus rosas su hermosura bebe:
 Tuviera el valle nueva flor Narcisa,
 Pues á mirarse Fílida se atreve:
 Pero turbó el cristal llorando enojos
 El claro aljófar de sus verdes ojos.
 No pudiendo Lisardo resistirse
 A tanto amor, y por ventura amado,
 Con dulces ansias intentó morir se
 Sobre las yerbas del florido prado:
 Que imaginando un ángel consumirse,
 Que debiera vivir bien empleado
 Por lo menos gozándola un discreto,
 Su desesperacion puso en efeto.
 Las ninfas y pastores que le oyeron,
 Viendo que su pastor se les moria,
 Bajaron á llorarle, y le cubrieron
 De cuantas flores en el prado habia;
 Y en el papel de un álamo escribieron
 Para memoria de aquel triste dia:
 «Ninfas de Manzanares y pastores,
 Ya no hay Amor, que aqui murió de amores.»
 Oyó las quejas la serrana hermosa,
 Y llegando al lugar á donde estaba,
 Al frio labio le aplicó la rosa,
 Que los divinos suyos animaba;
 Y fué aquella virtud tan poderosa,
 Que le dió vida al tiempo que espiraba,
 Y desde entonces ninfas y pastores
 A desmayos de amor aplican flores.

ROMANCES.

En frente de la cabaña
 De la divina Amarilis,
 Pastora de tiernos años,
 Y de pensamientos libres:
 Mas gallarda y mas hermosa
 Que el alba cuando se rie,
 Y que las perlas que llora

Sobre rosas y jazmines:
 Mas que el sol recién nacido
 Entre dorados matices,
 Mas que la diosa á quien llevan
 Las palomas á los cisnes:
 Estaba Fabio, un pastor
 Que por ella muere y vive,
 Generoso para todos,
 Para Amarilis humilde,
 Altivo de pensamientos,
 Que le fuerzan que al sol mire,
 Y encogido de esperanzas
 Que las alas le derriten.
 Adorando está las rejas,
 De aquellos rayos eclipse:
 Que como están entre yerbas,
 No la luz, la fuerza impiden.
 No hay pintada mariposa
 Que mas á la luz se incline
 Dando tornos á su fuego
 Que Fabio á su cielo asiste.
 Vase perdido el ganado
 Entre las zarzas y mimbres,
 Porque él piensa que lo está,
 Como la contemple y mire.
 No sabe cuando anochece,
 Aunque el sol se ponga y quite:
 Que solo tiene por dia
 Cuando amanece Amarilis.
 Qué como en ella elevado:
 Qué como en ella imagine,
 No hay interes que le mueva,
 Ni cuidados que le obliguen.
 No le sirven sus pastores,
 Desques que á Amarilis sirve:
 Que no piensan que aquel cuerpo
 Alma tiene que le anime.
 Mira los álamos blancos
 Abrazados de las vides,
 Porque la desconfianza
 No hay estado que no envidie;
 Y dando entre tierno llanto
 Suspiros del alma, dice:
 ¡Ay! ¡que así está mi pastora
 Entre los brazos de Tirse!
 Torna á llorar con mas fuerza,
 Y la ribera repite:
 Tirse, Amarilis y Fabio;
 Tirse alegre, Fabio triste.
 Humilde soy para tí,
 El tierno pastor prosigue:
 Pero si es riqueza el alma,
 Pastora, el alma me pide,
 Tú eres perlas, tu eres oro,
 Tú diamantes, tú rubies;
 Quien no te sirve con alma,
 Mas te ofende que te sirve.
 Yo, mientras rijo este cuerpo,
 Si no eres tú quien le rije,
 Alma te doy si eres cielo,

Razon es que el alma estimes.
Dijo, y en un olmo verde
Estas palabras escribe :
Cuanto es Amarilis bella ,
Es Fabio en amarla firme .

II.

En una peña sentado,
Que el mar con soberbia furia
Convertir pensaba en agua
Y la descubrió mas dura,
Fabio miraba en las olas
Como la playa les hurta
A las que vienen la plata,
Y á las que se van la espuma.
Contemplando está las penas
De amor y de olvido juntas,
El olvido en las que mueren,
Y el amor en las que duran.
Verdades de largo amor
No hay olvido que las cubra,
Ni diligencias humanas
A desdeñosas injurias.
En vano ruegos humildes
Las deidades importunan,
Porque se rien los cielos
De los amantes que juran.
Desea amor olvidar,
Y no quiere que se cumpla,
Porque nunca está mas firme,
Que pensando que se muda.
Naturaleza se alabe
De discretas hermosuras ;
Pero cuando son tiranas,
No se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento,
Y dijo á las peñas mudas
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas.

III.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene el aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir mas lejos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo ;
Mas dice mi entendimiento
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio,
De cuantas cosas me cansan,

Fácilmente me defendo ;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento :
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo ;
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
A donde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio :
Que los que no son dichosos,
¿ Cómo pueden ser discretos ?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas ,
Otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo :
Tal la pusieron los hombres ,
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos ,
La de plata los extraños ,
Y la de cobre los nuestros.
¿ A quién no dará cuidado ,
Si es español verdadero ,
Ver los hombres á lo antigua
Y el valor á lo moderno ?
Dijo Dios que comeria
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento :
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo ,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofia
Peregrinan como ciegos :
El uno se lleva al otro ,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra ,
Universal movimiento ,
La mejor vida el favor ,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas ,

Y no me espanto, aunque puedo,
 Que en lugar de tantas cruces
 Haya tantos hombres muertos.
 Mirando estoy los sepulcros,
 Cuyos mármoles eternos
 Están diciendo sin lengua
 Que no lo fueron sus dueños.
 ¡O bien haya quien los hizo!
 Porque solamente en ellos
 De los poderosos grandes
 Se vengaron los pequeños.
 Fea pintan á la Envidia;
 Yo confieso que la tengo
 De unos hombres que no saben
 Quien vive pared en medio.
 Sin libros y sin papeles,
 Sin tratos, cuentas ni cuentos,
 Cuando quieren escribir,
 Piden prestado el tintero.
 Sin ser pobres, ni ser ricos,

Tienen chimenea y huerto :
 No los despiertan cuidados,
 Ni pretensiones, ni pleitos.
 Ni murmuraron del grande,
 Ni ofendieron al pequeño,
 Nunca como yo firmaron,
 Parabien, ni pascuas dieron.
 Con esta envidia que digo,
 Y lo que paso en silencio,
 A mis soledades voy,
 De mis soledades vengo.

ODAS.

A la Barquilla.

I.

Pobre barquilla mia,
 Entre peñascos rota,

En ninguna composición ha mostrado Lope mas libertad é independencia de carácter poético que en estas : no se sabe á que género referirlas; odas por la forma y por el metro, alegorías en su título, elegías por el fondo y por el tono. De aquí la variedad de estilo, las diferentes clases de belleza que presentan, y sus muchos é inconcebibles defectos : digo inconcebibles, porque no se comprende como un ánimo poseído del sentimiento melancólico que reina en las tres odas, se pueda entretener en las cabilaciones ingeniosas, ponderaciones insufribles, y juegos de palabras pueriles que abundan en ellas, viciosos siempre en toda poesía, pero mucho mas opuestos á la que se supone inspirada por la melancolía y la aliecion. El empieza á hablar con su barquilla *desvelada* y sin *velas* y *sota* entre las *olas*; pero despues la vemos que la llevan á estrellarse entre las rocas de la soberbia envidia *naufrajo de las honras*; y luego tiene cuidado de advertirla que no lleva *velas de mentiras*, *remos de lisonjas*. En la segunda oda *lastra de desdichas* el fondo de su barquilla, y la aconseja que huya de Troyas abrasadas ;

Siendo al furor de Aquiles
 Eneas el silencio,
 Y la virtud Anquises.

mas adelante para ponderar lo que llora, aconseja á los que van al mar *que se embarquen en sus ojos y le tendrán mas cerca*. Otros cien despropósitos hay como estos, los cuales si reunidos aquí causan lástima ó risa, cuando se encuentran diseminados en la obra ofenden sobremanera por el raudal de bellezas que interrumpen ó que afean.

A estos vicios de estilo se agrega el no haber en estos poemas composición propiamente dicha : en vano se buscará en ellos el artificio y graduación correspondiente, de manera que formen un todo que tenga su principio, medio y fin, y produzcan el interes progresivo que debe llevar con-

sigo toda obra de ingenio. Los pensamientos salen por lo comun como por casualidad, y no naturalmente unos de otros como deberian : inviértase su órden, y se hallará que los mas estarian tan bien en cualquiera otro lugar como en el que actualmente ocupan. Los preceptistas hablan mucho del valor que tiene una palabra puesta en su lugar, pues todavia es mayor la de los pensamientos colocados con la oportunidad poética, necesaria para que contenten la razon al mismo tiempo que hieran la fantasía. *Tantum series juncturae pollet!*

¿ En qué pues consiste, se dirá, que unas obras tan defectuosas en invencion, en disposición y en estilo, tengan un lugar tan distinguido entre las obras de Lope, se lean con tanto agrado, se citen con tanto aprecio? La causa de esto estriba en que el talento y las bellezas que hay en ellas son mas sobresalientes que sus descuidos y sus defectos, por grandes que estos sean. En las obras de sentimiento el sentimiento es lo mas, y los buenos trozos que aquí se encuentran son tan tiernos y patéticos, y el dolor del poeta, por la gran pérdida que llora, se explaya con acentos tan naturales y verdaderos, que penetra el corazon, y no puede menos de interesar y conmover. A este mérito esencial se añaden la elegancia, la gracia y la cadencia, propias del metro elegido, y usadas por Lope con gran maestría en muchos pasages de estas odas; igualmente que la variedad de tonos que en ella se observa, desde el mas llano sin ser trivial, hasta el mas alto sin ser hinchado ni inoportuno. Ejemplo muy notable de ello es aquel trozo de su oda segunda que empieza *A climas diferentes*, en que hay una pompa y una grandeza de que no se creyera susceptible el poema, si por la oportunidad y el arte con que está puesto no pareciera allí como nacido. Resulta por consiguiente que los defectos de estas composiciones son como introducidos por fuerza, y ajenos y extraños á ellas, mientras que las dotes y buenas prendas les son propias y nativas. ¿ Qué hay que extrañar pues que en último resultado sean estas

Sin velas desvelada ,
 Y entre las olas sola ;
 ¿ A dónde vas perdida ?
 ¿ A dónde, di , te engolfas ?
 Que no hay deseos cuerdos
 Con esperanzas locas.
 Como las altas naves
 Te apartas animosa
 De la vecina tierra ,
 Y al fiero mar te arojas.
 Igual en las fortunas ,
 Mayor en las congostas ,
 Pequeña en las defensas ,
 Incitas á las ondas.
 Advierte que te llevan
 A dar entre las rocas
 De la soberbia envidia ,
 Naufragio de las honras.
 Cuando por las riberas
 Andabas costa á costa ,
 Nunca del mar temiste
 Las iras procelosas.
 Segura navegabas :
 Que por la tierra propia
 Nunca el peligro es mucho
 A donde el agua es poca.
 Verdad es que en la patria
 No es la virtud dichosa ;
 Ni se estimó la perla ,
 Hasta dejar la concha.
 Dirás que muchas barcas ,
 Con el favor en popa ,
 Saliendo desdichadas
 Volvieron venturosas.
 No mires los ejemplos
 De las que van y tornan :
 Que á muchas ha perdido
 La dicha de las otras.
 Para los altos mares
 No llevas cautelosa
 Ni velas de mentiras ,
 Ni remos de lisonjas.
 ¿ Quién te engañó , barquilla ?
 Vuelve , vuelve la proa ;
 Que presumir de nave
 Fortunas ocasiona.
 ¿ Qué jarcias te entretegen ?
 ¿ Qué ricas banderolas
 Azote son del viento ,
 Y de las aguas sombra ?
 ¿ En qué gavia descubres
 Del árbol alta copa ,
 La tierra en perspectiva ,
 Del mar incultas orlas ?

¿ En qué celages fundas
 Que es bien echar la sonda ,
 Cuando perdido el rumbo
 Erraste la derrota ?
 Si te sepulta arena ,
 ¿ Qué sirve fama heroica ?
 Que nunca desdichados
 Sus pensamientos logran.
 ¿ Qué importa que te ciñan
 Ramas verdes ó rojas ,
 Que en selvas de corales
 Salado césped brota ?
 Laureles de la orilla
 Solamente coronan
 Navíos de alto bordo ,
 Que jarcias de oro adornan.
 No quieras que yo sea ,
 Por tu soberbia pompa ,
 Faetonte de barqueros ,
 Que los laureles lloran.
 Pasaron ya los tiempos ,
 Cuando lamiendo rosas ,
 El Zéfiro bullía
 Y suspiraba aromas.
 Ya fieros huracanes
 Tan arrogantes soplan ,
 Que salpicando estrellas ,
 Del sol la frente mojan.
 Ya los valientes rayos
 De la vulcana forja ,
 En vez de torres altas
 Abrasan pobres chozas.
 Contenta con tus redes
 A la playa arenosa
 Mojado me sacabas ;
 Pero vivo : ¿ qué importa ?
 Cuando de rojo níticar
 Se afeitaba la Aurora ,
 Mas peces te llenaban ,
 Que ella lloraba aljófara.
 Al bello sol que adoro ,
 Enjuta ya la ropa
 Nos daba una cabaña
 La cama de sus hojas.
 Esposo me llamaba ,
 Yo la llamaba esposa ,
 Parándose de envidia
 La celestial antorcha.
 Sin pleito , sin disgusto ,
 La muerte nos divorcia :
 ¡ Ay de la pobre barca ,
 Que en lágrimas se ahoga !
 Quedad sobre el arena ,
 Inútiles escotas ,

las que inclinen la balanza, y hagan pronunciar el juicio definitivamente en su favor? Cadalso, en sus momentos de entusiasmo por la poesía, solía decir *que mas quisiera ser aulor de las Barquillas que comendador de Santiago*; y aunque

su gusto á la verdad no fuese el mas escrupuloso, todavia cuantos amen la poesia natural, fácil, abundante y tierna con que estan ejecutadas estas odas, le acompañarán en su afición y le aplaudirán la preferencia.

Que no ha menester velas
 Quien á su bien no torna.
 Si con eternas plantas
 Lasijas luces doras .
 ¡ O dueño de mi barca !
 Y en dulce paz reposas ,
 Merezca que le pidas
 Al bien que eterno gozas,
 Que á donde estás me lleve
 Mas pura y mas hermosa.
 Mi honesto amor te obligue :
 Que no es digna victoria
 Para quejas humanas
 Ser las deidades sordas.
 ¡ Mas ay que no me escuchas !
 Pero la vida es corta ,
 Viviendo todo falta ,
 Muriendo todo sobra.

II.

Para que no te vayas ,
 Pobre barquilla , á pique ,
 Lastremos de desdichas
 Tu fundamento triste.
 ¿ Pero tan grave peso
 Cómo podrás sufrirle ?
 Si fuera de esperanzas ,
 No fuera tan difícil.
 De viento fueron todas ,
 Para que no te fies
 De grandes océanos ,
 Que las bonanzas fingen.
 Halagan las orillas
 Con ondas apacibles ,
 Peinando las arenas
 Con círculos sutiles.
 Serenas de semblante
 Engañan los esquifes ,
 Jugando con los remos ,
 Porque no los avisen ,
 Pero en llegando al golfo ,
 No hay monte que se empine
 Al cielo mas gigante ,
 A donde tanto gimen.
 Traidoras son las aguas ;
 Ninguna se confie
 De condicion tan fácil ,
 Que á todos vientos sirva.
 Tan presto ver el cielo
 A las gavias permite ,
 Como que los abismos
 Las rotas quillas pisen.
 Ya, pobre leño mio ,
 Que tantos años fuiste
 Desprecio de las ondas ,
 Por Scilas y Caribdes ;
 Es justo que descanses ,
 Y en este tronco firme

Atado como loco
 Del agua te retires.
 No intentes nuevas tablas ,
 Ni al viento desafies :
 Que ruinas del tiempo
 Ninguna enmienda admiten.
 Mientras te cuelgo al templo
 Victorioso aperebe
 Para injustos agravios
 Paciencias invencibles.
 En la deshecha popa
 Desengañado escribe :
 Ninguna fuerza humana
 Al tiempo se resiste.
 No te anuncien las aves
 Tempestades terribles ,
 Ni el ver que entre las ramas
 Airado el viento silbe.
 No admires los que salen ,
 Ni barco nuevo envidies ,
 Porque le adornen jarcias
 Y velas le entapicen.
 A climas diferentes
 La herrada proa inclinen
 Las poderosas naves
 De Césares Felipes :
 Antárticos tesoros
 Alegres soliciten ,
 Diamantes orientales ,
 Záfiro y amatistes :
 Las armas de las popas
 Con generosos timbres
 Los montes de agua espanten ,
 La tierra opuesta admiren ;
 Y tú , de solo el cielo
 Cubierta , no porfies
 A volver á las ondas
 De quien saliste libre.
 Huye abrasadas Troyas ,
 Siendo al furor de Aquiles
 Eneas el silencio ,
 Y la virtud Anquises.
 Cuando tu dueño y mio
 En esta orilla viste ,
 Saliendo de las aguas ,
 Salir á recibirme ,
 Aun no mostraba el alba
 Sus cándidos perfiles
 Riendo en azucenas ,
 Llorando en aielies.
 Cuando á buscar regalos
 Eras pomposo cisne
 Por las ocultas sendas
 Del reino de Anfitrite ;
 Ni temias tormentas ,
 Ni encantadoras Circes :
 Que ya para sirenas
 Era mi amor Ulises.
 Y aun me vieron á veces
 Sus cristalinas sirtes

Búzano de las perlas,
 Y de los peces lince.
 ¿Qué pesca no le truje,
 Cuando la noche viste
 De sombras estos montes,
 Que con mi amor compiten?
 Y no en luciente plata,
 Sino en tejidas mimbrés:
 Que donde vienen almas
 Son las riquezas viles.
 No hay cosa entre dos pechos
 Que mas el alma estime,
 Que verdades discretas
 En apariencias simples.
 Ya la temida parca,
 Que con igual pié mide
 Los edificios allos,
 Y las clozas humildes,
 Se la robó á la tierra,
 Y con eterno eclipse
 Cubrió sus verdes ojos,
 Ya de los cielos Iris.
 Aquellas esmeraldas,
 Que con el sol dividen
 La luz y la hermosura,
 En otro cielo asisten:
 Aquellos que tuvieron,
 Riéndose apacibles,
 La honestidad por alma,
 Que no el despejo libre.
 Ya de su voz no tienen,
 Que propiamente imiten,
 Dulcísimos pasages,
 Los ruisenores tiples.
 No sé cual fué de entrambos,
 Bellísima Amarilis,
 Ni quien murió primero,
 Ni quien agora vive.
 Presumo que trocamos
 Las almas al partirte:
 Que pienso que es la tuya
 Esta que en mí reside.
 Tendido en esta arena
 Con lágrimas repite
 Mi voz tu dulce nombre,
 Porque mi pena alivie.
 Las ondas me acompañan;
 Que en los opuestos fines
 Con tristes ecos suenan,
 Y lo que digo dicen.
 No hay roca tan soberbia
 Que de verme y oirme,
 No se deshaga en agua,
 Se rompa y se lastime.
 Levantan las cabezas
 Las focas y delphinés
 A las amargas voces
 De m's acentos tristes.
 No os admireis, les digo,
 Que lllore y que suspire

Aquel barquero pobre
 Que alegre conocisteis.
 Aquel que coronaban
 Laureles por insigne,
 Si no miente la fama
 Que á los estudios sigue,
 Ya por desdichas tantas
 Que le humillan y oprimen,
 De lúgubres cipreses
 La humilde frente ciñe.
 Ya todo el bien que tuve
 De verte me despide:
 Su muerte es esta vida
 Que me gobierna y rige.
 Ya mi amado instrumento,
 Que hazaias invencibles
 Cantó por admirables,
 Lloró por infelices,
 En estos verdes sauces
 Ayer pedazos hice;
 Supiéronlo barqueros,
 Enojados me riñen.
 Cual toma los fragmentos
 Y á unirlos se apercibe;
 Pero difunto el dueño,
 ¿Las cuerdas de que sirven?
 Cual le compone versos:
 Cual porque no le pisen
 Le cuelga de las ramas,
 Transformacion de Tisbe.
 Mas yo, que no hallo engaño
 Que tu hermosura olvide,
 A cuanto me dijeron
 Llorando satisface.
 Primero que me alegre
 Será posible unirse
 Este mar al de Italia
 Y el Tajo con el Tíbre.
 Con los corderos mansos
 Retozarán los tigres,
 Y faltará á la ciencia
 La envidia que la sigue.
 Que quiero yo que el alma
 Llorando se destille,
 Hasta que con la suya
 Esta unidad duplique.
 Que puesto que mi llanto
 Hasta morir porfie,
 Tan dulces pensamientos
 Serán despues fenices.
 En bronce sus memorias
 Con eternos buriles
 Amor, que no con plomo
 Blando papel imprime.
 ¡O luz que me dejaste,
 Cuándo será posible
 Que vuelva á verte el alma,
 Y que esta vida animes!
 Mis soledades siente;
 ¡Mas ay! que donde vives

De mis deseos locos
En dulce paz te ríes.

III.

¡Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas:
Las otras que bramando
Ya tiemblan la fiera,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vivo
En esta seca arena?
¿O cómo espero el día
Si está mi aurora muerta?
¿O pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que pues ya viven juntas,
Entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella:
Que aunque de noche salen,
Padece noche eterna.
Alma Venus divina,
Que día y noche muestras
La senda del Aurora,
Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le da la presidencia;
Pues sabes que te iguala
Su luz y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa á la popa
Tus jarcias y tus velas.
No ya cendal te vista,
Ni te coronen fiestas
Marítimos hinojos,
Mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas,
Que de aquestas riberas
Con sus dorados lirios
Tejidas orlas eran,
Y los laureles verdes
Secos tarayes sean:
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanzas tengan.
Y rompiste de suerte,
Que parezcas deshecha
Cabaña despreciada,
Que los pastores dejan.
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda al viento,

De tafetan cometas.
No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan.
No las desnudas ninfas,
Cuando la vela tiendas,
A la embreada quilla
Arrimen las cabezas.
Deshechos huracanes
Te saquen y te vuelvan;
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, ¡o barqueros!
Que en aquestas aldeas
Dejais vuestras esposas
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan;
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimosas quejas.
El que á la mar saliere,
Para que presto vuelva,
Embárquese en mis ojos,
Y le tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,
Ni venga, ni me vea:
Que volverá de verme
Con inmortal tristeza,
Cortad cipres funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelices
De miseras élégias.
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exequias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos
Donde esculpidas tenga
La desdeñosa Dafne,
Y la amorosa Leda;
Aquella verde lauro,
Y con las plumas esta
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Eiena:
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros míos,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las náyades,
Las driadas y oreas,
Aquellas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
Para que doble el llanto

Tan misera tragedia.
 Ya es muerta, decid todos,
 Ya cubre poca tierra
 La divina Amarilis,
 Honor y gloria nuestra.
 Aquella cuyos ojos
 Verdes, de amor centellas,
 Músicos celestiales
 Orfeos de almas eran:
 Cuyas hermosas niñas
 Tenian, como reinas,
 Doseles de su frente.
 Con armas de sus cejas.
 Aquellas cuya boca
 Daba leccion risueña
 Al mar de hacer corales,
 Al alba de hacer perlas.
 Aquella que no dijo
 Palabras extranjerías
 De la virtud humilde
 Y la verdad honesta.
 Aquella cuyas manos,
 De vivo azar compuestas,
 Eran nieve en blancura,
 Cristal en trasparencia:
 Cuyos piés parecian
 Dos ramos de azucenas,
 Si para ser mas lindas
 Nacieran tan pequeñas.
 La que en la voz divina
 Desafió sirenas,
 Para quien nunca Ulises
 Pudiera hallar cautela.
 La que añadió al Parnaso
 La musa mas perfecta,
 La virtud y el ingenio,
 La gracia y la belleza.
 Matóla su hermosura,
 Porque ya no pudiera
 La envidia oír su fama,
 Ni ver su gentileza.
 Venid á consolarme,
 Si puede ser que sea;
 Mas no vengais, barqueros,
 Que no quiero perderla.
 Que si mi vida dura,
 Es solo porque sienta
 Mas muerte con la vida,
 Mas vida, que sin ella.
 Ya roto el instrumento,
 Los lazos y las cuerdas,
 Lo que la voz solia,
 Las lágrimas celebran.
 Su dulce nombre llamo;
 Mas poco me aprovecha:
 Que el eco que me burla,
 Con mis acentos suena.
 Mi propia voz me engaña,
 Y como voy tras ella,
 Cuanto la sigo y llamo,

Tanto de mí se aleja.
 En este dulce engaño,
 Pensando que me espera,
 Salen del alma sombras
 A fabricar ideas.
 Delante se me ponen,
 Y yo con ansia extrema
 Lo que imagino abrazo,
 Por ver si efecto engendra.
 Pero en desdicha tanta,
 Y en tanta diferencia,
 Los brazos que engañaba
 Desengañados quedan.
 ¡ Que alegre respondia
 Dividiendo risueña
 Aquel clavel honesto
 En dos esferas medias!
 Y yo, su esposo triste,
 Al desatar la lengua,
 Cogia de sus hojas
 La risa con las perlas.
 Mas ya no me responde
 Mi dulce amada prenda:
 Que en el silencio eterno
 A nadie dan respuesta.
 De suerte sus memorias
 En soledad me dejan,
 Que busco sus estampas
 Por esta arena seca,
 Y donde tantas miro,
 (¡ Qué locura tan nueva!)
 Escojo las menores,
 Y digo que son ellas.
 No hay árbol donde tuvo
 Alguna vez la siesta,
 Que no le abrace, y pida
 La sombra que me niega:
 Y entre estas soledades,
 Con ansias tan estrechas,
 No miro su retrato,
 Y muérome por verla.
 Que no pueden los ojos
 Sufrir que muerta sea
 La que tan lindo talle
 Pintada representa.
 Lo que deseo buyo,
 Porque de ver me pesa
 Que dure mas el arte
 Que la naturaleza.
 Sin esto, porque creo,
 (Como me mira alenta)
 Que pues que no me habla
 No debe de ser ella.
 Pintóla Francelise:
 De las paredes cuelga
 De mi cabaña pobre:
 ¡ Mas qué mayor riqueza!
 Si alguna vez acaso
 Levanto el rostro á verla,
 Las lágrimas la miran,

Porque los ojos ciegan.
 Mas no podrá quejarse
 De que otra cosa vean,
 Aunque mirase flores,
 Sin parecerme feas.
 Tan triste vida paso,
 Que todo me atormenta:
 La muerte porque huye,
 La vida porque espera.
 Cuando barqueros miro,
 Cuyas esposas muertas,
 Que tanto amaron vivas,
 Olvidan y se alegran,
 Huyo de hablar con ellos,
 Por no pensar que puedan
 Hacer en mi los tiempos
 A su memoria ofensa.
 Porque, si alguna cosa
 Aun suya, me consuena,
 Ya pienso que la agravio,
 Y dejo de tenerla.
 Así lloraba Fabio
 Del mar en las riberas
 La vida de Amarilis,
 La muerte de su ausencia;
 Cuando atajaron juntas
 Con desmayada fuerza
 El corazón las ansias,
 Las lágrimas la lengua.
 Amor que le escuchaba,
 Dijo: La edad es esta
 De Piramo y Leandro,
 De Porcia, Julia y Fedra;
 Que no son de estos siglos
 Amores tan de veras,
 Que ni el morir los cura
 Ni el tiempo los remedia.

SONETOS. — I.

Arde Troya, y sube el humo oscuro
 Al enemigo cielo, y entre tanto
 Alegre Juno mira el fuego y llanto;
 ¡Venganza de muger, castigo duro!
 El vulgo, aun en los templos, mal seguro,
 Huye cubierto de amarillo espanto,
 Corre cuajada sangre el turbio Janto
 Y viene á tierra el levantado muro.
 Crece el incendio propio el fuego extraño,
 Las empujadas máquinas cayendo,
 De que se ven ruínas y pedazos:
 Y la dura ocasion de tanto daño,
 Mientras vencido París muere ardiendo,
 Del griego vencedor duerme en los brazos.

II.

Tened piedad de mí que muero ausente,
 Hermosas ninfas de este blando río;
 Que bien os lo merece el llanto mio

Con que suelo aumentar vuestra corriente.

Saca la coronada y blanca frente,
 Tórmes famoso, á ver mi desvarío;
 Así jamas te mengüe el seco estío,
 Y esta montaña en tus cristal aumente.
 ¿Mas qué importa que el llanto me recibas,
 Si no vas á morir al Tajo, donde
 Mis penas pueda ver la causa dellas?
 Tus ninfas en tus ondas fugitivas,
 Y tu cabeza coronada esconde;
 Que basta que me escuchen las estrellas.

III.

JUDIT.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
 El hombro diestro del feroz tirano,
 Que, opuesto al muro de Betulia, en vano
 Despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo
 Del pabellon á la siniestra mano,
 Descubre el espectáculo inhumano
 Del tronco horrible convertido en hielo.

Vertido Baco el fuerte arnes afea,
 Los vasos y la mesa derribada,
 Duermen las guardas que tan mal emplea;

Y sobre la muralla coronada
 Del pueblo de Israel, la casta Hebrea
 Con la cabeza resplandece armada.

IV.

Con nuevos lazos como el mismo Apolo
 Hallé en cabello á mi Lucinda un día,
 Tan hermosa que al cielo parecia
 En la riza del alba abriendo el polo.

Vino un aire sutil y desatólo
 Con blando golpe por la frente mia,
 Y dije á Amor, ¿que para qué teja
 Mil cuerdas juntas para un arco solo?

Pero él responde: fugitivo mio,
 Que burlaste mis lazos, hoy aguardo
 De nuevo echar prision á tu albedrío.

Yo triste, que por ella muero y ardo,
 La red quise romper: ¡qué desvarío!
 Pues mas me enredo cuanto mas me guardo.

V.

A LA PÉRDIDA DEL REY DON SEBASTIAN.

¡O nunca fueras, Africa desierta,
 En medio de los trópicos fundada,
 Ni por el fértil Nilo coronada
 Te viera el alba cuando el sol despierta!

¡Nunca tu arena inculta descubierta
 Se viera de cristiana planta honrada,
 Ni abriera en tí la portuguesa espada
 A tantos males tan sangrienta puerta!

Perdióse en tí de la mayor nobleza
De Lusitania una florida parte,
Perdióse su corona y su riqueza :
Pues tú, que no mirabas su estandarte,
Sobre él los piés, levantas la cabeza
Ceñida en torno del laurel de Marte.

VI.

Cuando pensé que mi tormento esquivo
Hiciera fin, comienza mi tormento,
Y allí donde pensé tener contento,
Allí sin él desesperado vivo.

Donde enviaba por el verde olivo
Me trujo sangre el triste pensamiento :
Los bienes que pensé gozar de asiento
Huyeron mas que el aire fugitivo.

¡ Cuitado yo ! que la enemiga mía
Ya de tibieza en hielo se deshace,
Ya de mi fuego se consume y arde.

Yo he de morir, y ya se acerca el día :
Que el mal en mí salud su curso hace,
Y cuando llega el bien es poco y tarde.

VII.

GUZMAN EL BUENO.

Al tierno niño, al nuevo Isac cristiano
En el arena de Tarifa mira
El mejor padre con piadosa ira,
La lealtad y el amor luchando en vano.

Alta la daga en la temida mano,
Glorioso vence, intrépido la tira,
Ciega el sol, nace Roma, Amor suspira,
Triunfa España, enmudece el africano.

Bajó la frente Italia , y de la suya
Quitó á Torcato el lauro en oro y bronce,
Porque ninguno ser Guzman presume :

Y la fama, principio de la tuya,
Guzman *el Bueno* escribe, siendo entonces
La tinta sangre, y el cuchillo pluma.

VIII.

Antes que el cierzo de la edad ligera
Seque la rosa que en tus labios crece,
Y el blanco de ese rostro que parece
Cándidos grumos de lavada cera ;

Estima la esmaltada primavera,
Laura gentil, que en tu beldad florece :
Que con el tiempo se ama y se aborrece,
Y huirá de tí quien á tu puerta espera.

No te detengas en pensar que vives,
¡ O Laura ! que en tocarte y componerte
Se entrará la vejez sin que la llares.

Estima un medio honesto, y no te esquives:
Que no ha de amarte quien viniere á verte,
Laura, cuando á tí misma te desames.

IX.

Cual engañado niño, que contento
Pintado pajarillo tiene atado,
Y le deja, en la cuerda confiado,
Tender las alas por el mauso viento ;
Y cuanto mas en esta gloria atento,
Quebrándose el cordel quedó burlado,
Siguiéndole en sus lágrimas bañado
Con los ojos y el triste pensamiento ;

Contigo he sido, Amor, que mi memoria
Dejó llevar de pensamientos vanos
Colgados de la fuerza de un cabello :

Llévose el viento el pájaro y mi gloria ;
Y dejóme el cordel entre las manos
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

X.

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuélese de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solía.

Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo, y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardía :

¿ A dónde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora ?

Oyóla el pajarillo eternecido,
Y á la antigua prision volvió las alas :
Que tanto puede una muger que llora.

XI.

Suelta mi manso, mayoral extraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro :
Suelta la prenda que en el alma adoro
Perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño,
Y no le engañen tus collares de oro :
Toma en albricias este blanco toro
Que á las primeras yerbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino
Pardo, enrespado, y los ojuclos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
Suelta y verásle si á mi choza viene :
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

XII.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador, que con desvelo
Le está acechando la ballesta armada.

Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico convertida en hielo,

Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.

Esta suerte el amor canta en el nido ;
Mas luego que los zelos que recela
Le tiran flechas de temor, de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

XIII.

Esparcido el cabello por la espalda,
Que fué del sol desprecio á maravilla,
Silvia cogía por la verde orilla
Del mar de Cádiz conchas en su falda.

El agua entre el binojo de esmeralda
Para que entrase mas su curso humilla :
Tejió de mimbre una alta canastilla,
Y púsola en su frente por guirnalda.

Mas cuando ya desamparó la playa,
Mal haya, dijo, el agua, que tan poca
Con su sal me abrasó piés y vestidos.

Yo estaba cerca y respondí : mal haya
La sal que tiene tu graciosa boca,
Que así tiene abrasados mis sentidos.

XIV.

Merezca yo de tus gracious ojos,
Que de los míos, dulce Tirsi, creas
Aquestas puras lágrimas, y seas
Templado en el rigor de tus enojos.

La arena y yerba en ásperos y abrojos
Se me conviertan, cuando tú me veas
Mis plantas ocupar en obras feas,
O por necesidad, ó por antojos.

Fálteme el bien, y el mal me venga junto,
Si en el mudar mi firme pensamiento
Engaño contra tí mi pecho fragua.

Esto juraba Alcida : Tirsi al punto
Hizo de aquella fe testigo al viento,
Y escribió las palabras en el agua.

XV.

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto :
Catorce versos dicen que es soneto :
Burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallára consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuarteto :
Mas si me veo en el primer terceto
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entre con pié derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que estoy los trece versos acabando :
Contad si son catorce, y está hecho.

XVI.

Así en las olas de la mar feroces,
Bétis, mil siglos tu cristal escondas,
Y otra tanta ciudad sobre tus ondas
De mil navales edificios goces ;

Así tus cuevas no interrumpan voces,
Ni quillas toquen, ni permitan sondas,
Y en tu campo tan fértil correspondas,
Que rompa el trigo las agudas hoces ;

Así en tu arena el indio márgen rinda,
Y al avariento corazón descubras
Mas barras que en tí mira el cielo estrellas ;

Que si pusiere en tí sus piés, Lucinda,
No, por besallos, sus estampas cubras :
Que estoy zeloso y voy leyendo en ellas.

EPISTOLA.

Serrana hermosa, que de nieve helada
Fueras, como parece en el efecto,
Si amor nõ hallára en tí rigor posada ;

Del sol y de mi vista claro objeto,
Centro del alma que á tu gloria aspira,
Y de mi verso allísimo sugeto ;

Alba dichosa en que mi noche espira,
Divino basilisco, liyce hermoso,
Nube de amor por quien sus nubes tira ;

Salteadora gentil, monstruo amoroso,
Salamandra de nieve y no de fuego,
Para que viva con mayor reposo ;

Hoy que á estos montes y á la muerte llevo
Donde vine sin tí, sin alma y vida,
Te escribo, de llorar cansado y ciego.

Pero dirás que es pena mercedida
De quien pudo sufrir mirar tus ojos
Con lágrimas de amor en la partida.

Advierte que eres alma en los despojos
Desta parte mortal : que á ser la mía,
Faltára en tantas lágrimas y enojos.

Que no viviera quien de tí partía,
Ni ausente ahora, á no esforzarle tanto
Las esperanzas de un alegre día.

Aquella noche en su mayor espanto
Consideré la pena del perderte,
La dura soledad creciendo el llanto ;

Y llamando mil veces á la muerte,
Otras tantas miré que me quitaba
La dulce gloria de volver á verte.

A la ciudad famosa que dejaba
La cabeza volví, que desde lejos
Sus muros con sus fuegos me enseñaba.

Y dándome en los ojos los reflejos,
Gran tiempo hácia la parte en que vivias
Los tuvo amor suspensos y perplejos.

Y como imaginaba que tendrías
De lágrimas los bellos ojos llenos,
Pensándolas juntar crecí las mias.

Mas como los amigos de esto agenos

Reparasen en ver que me paraba,
En el mayor dolor fué el llanto menos.

Ya pues que el alma y la ciudad dejaba,
Y no se oía del famoso río
El claro son con que sus muros lava;
Adios, dije mil veces, dueño mio,
Hasta que á verme en tu ribera vuelva,
De quien tan tiernamente me desvío.

No suele el ruseñor en verde selva,
Llorar el nido de uno en otro ramo
De florido arrayan y madre selva,
Con mas doliente voz que yo te llamo,
Ausente de mis dulces pajarillos
Por quien en llanto el corazón derramo.

Ni brama, si le quitan sus novillos,
Con mas dolor la vaca, atravesando
Los campos de agostados amarillos:
Ni con arrullo mas lloroso y blando,
La tórtola se queja; prenda mia,
Que yo me estoy de mi dolor quejando.

Lucinda, sin tu dulce compañía,
Y sin las prendas de tu hermoso pecho,
Todo es llorar desde la noche al día:
Que con solo pensar que está deshecho
Mi nido ausente, me atraviesa el alma,
Dando mil nudos á mi cuello estrecho.

Que con dolor de que le dejen en calma,
Y el fruto de mi amor goza otro dueño,
Parece que he sembrado ingrata palma.

Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño
En tres veces que el sol me vió tan triste,
A la aspereza de un lugar pequeño,

A quien de murtas y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio
Del dichoso lugar en que naciste.

Allí me pareció que sin remedio
Llegaba el fin de mi mortal camino,
Habiendo apenas caminado el medio.

Y cuando ya mi pensamiento vino,
Dejando atras la sierra, á imaginarte,
Creció con el dolor el desatino:

Que con pensar que estás de la otra parte,
Me pareció que me quitó la sierra
La dulce gloria de poder mirarte.

Bajé á los llanos de esta humilde tierra
A donde me prendiste y cautivaste,
Y yo fui esclavo de tu dulce guerra.

No estaba el Tajo con el verde engaste
De su florida márgen, cual solia
Cuando con esos piés su orilla honraste:

Ni el agua clara á su pesar subia
Por las sonoras ruedas, ni bajaba,
Y en pedazos de plata se rompía.

Ni Filomena su dolor cantaba,
Ni se enlazaba parra con espino,
Ni hiedra por los árboles trepaba:

Ni pastor extrangero, ni vecino
Se coronaba del laurel ingrato
Que algunos tienen por laurel divino.

Era su valle imágen y retrato

Del lugar que la corte desampara
Del alma de su espléndido aparato.

Yo, como aquel que á contemplar se para
Rúinas tristes de pasadas glorias,
En agua de dolor bañé mi cara.

De tropel acudieron las memorias,
Los asientos, los gustos, los favores:
Que á veces los lugares son historias.

Y en mas de dos que yo te dije amores,
Parece que escuchaba tus respuestas,
Y que estaban allí las mismas flores.

Mas como en desventuras manifiestas
Suele ser tan costoso el desengaño,*
Y sus veloces alas son tan prestas:

Vencido de la fuerza de mi daño,
Caí desde mi mismo medio muerto,
Y conmigo tambien mi dulce engaño.

Teniendo pues mi duro fin por cierto,
Las ninfas de las aguas, los pastores
Del soto, y los vaqueros del desierto,

Cubriéndome de yerbas y de flores
Me lloraban diciendo: aquí feneces.

El hombre que mejor trató de amores:

Y puesto que Lucinda le merece,
Que su vida consiste en su presencia;
El tambien con su muerte la engrandece.

Entonces yo, que haciendo resistencia
Estaba con tu luz al dolor mio,
Abri los ojos que cerró tu ausencia.

Luego, desamparando el valle frio
Las ninfas bellas, con sus rubias frentes
Rompieron el cristal del manso río:

Y en círculos de vidrio transparentes
Las divididas aguas resonaron,
Y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores tambien desampararon
El muerto vivo, y en la tibia arena
Por sombra de quien era me dejaron.

Yo solo, acompañado de mi pena,
Volvime el alma, en el dolor quejoso,
Que de pensar en ti la tuvo agena.

Así ha llegado aquel pastor dichoso,
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
Del Bétis rico al Tajo caudaloso.

Este que miras es retrato suyo;
Que así el esclavo que llorando pierdes
À tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvides, ó de mí te acuerdes,
Si te olvidáre mientras tenga vida,
Marchite amor mis esperanzas verdes.

Cosa que al cielo por mi bien le pida
Jamás me cumpla, si otra cosa fuere
De aquestos ojos donde estás querida;

En tanto que mi espíritu rigiere
El cuerpo que tus brazos estimaron,
Nadie los míos ocupar espere.

La memoria que en ellos me dejaron
Es alcaide de aquella fortaleza
Que tus hermosos ojos conquistaron,

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,

Y que es de acero el pensamiento mio
 Con las pastoras de mayor belleza.
 Ya sabes el rigor de mi desvío
 Con Flora, que te tuvo tan zelosa,
 A cuyo fuego respondí tan frío.
 Pues bien conoces tú que es Flora hermosa,
 Y que con serlo sin remedio vive
 Envidiosa de tí, de mí quejosa.
 Bien sabes que habla bien, que bien escribe,
 Y que me solicita y me regala,
 Por mas desprecios que de mí recibe.
 Mas yo que de tu pié, donaire y gala
 Estimo mas la cinta que desechas,
 Que todo el oro con que á Creso iguala;
 Solo estimo tenerte sin sospechas,
 Que no ha nacido ahora quien desate
 De tanto amor lazadas tan estrechas.
 Cuando de yerbas de Tesalia trate,
 Y discurriendo el monte de la luna
 Dos espíritus infimos maltrate.
 No hay fuerza en yerba, ni en palabra alguna
 Contra mi voluntad, que hizo el cielo
 Libre en adversa y próspera fortuna.
 Tú sola mereciste mi desvelo,
 Y yo tambien, despues delarga historia,
 Con mi fuego de amor vencer tu hielo.
 Viva con esto alegre tu memoria,
 Que como amar con zelos es infierno,
 Amar sin ellos es descanso y gloria.
 Que yo sin atender á mi gobierno,
 No he de apartame de adorarte ausente,
 Si de tí lo estuviese un siglo eterno.
 El sol mil veces discurriendo cuenta
 Del cielo los dorados paralelos,
 Y de su blanca hermana el rostro aumente;
 Que los diamantes de sus puros velos,
 Que vienen fijos en su octava esfera,
 No han de igualarme aunque me maten zelos.
 No habrá cosa jamas en la ribera
 En que no te contemplan estos ojos,
 Mientras ausente de los tuyos muera.
 En el jazmin tus cándidos despojos,
 En la rosa encarnada tus mejillas,

Tu bella boca en los claveles rojos:
 Tu olor en las retamas amarillas,
 Y en maravillas, que mis cabras pacen,
 Contemplaré tambien tus maravillas.
 Y cuando aquellos arroyuelos que hacen
 Templados á sus quejas consonancia
 Desde la tierra donde juntos nacen,
 Dejando el sol la furia y arrogancia
 De dos tan encendidos animaies,
 Volviere el año á su primera estancia;
 A pesar de sus fuentes naturales
 Del hielo arrebatadas sus corrientes
 Cuelgan por estas peñas sus cristales;
 Contemplaré tus concertados dientes,
 Y á veces en carámbanos mayores
 Los dedos de tus manos transparentes.
 Tu voz me acordarán los ruseñores,
 Y de estas hiedras, y olmos los abrazos
 Nuestros hermafroditicos amores.
 Aquestos nidos de diversos lazos,
 Donde ahora se besan dos palomas,
 Por ver mis prendas burlarán mis brazos.
 Tú, si mejor tus pensamientos domas,
 En tanto que yo quedo sin sentido,
 Dime el remedio de vivir que tomas.
 Que aunque todas las aguas del olvido
 Bebiese yo, por imposible tengo
 Que me escapase de tu lazo asido,
 Donde la vida á mas dolor prevengo.
 ¡Triste de aquel que por estrellas ama,
 Si no soy yo porque á tus brazos vengo!
 Donde si espero de mis versos fama,
 A tí lo debo: que tú sola puedes
 Dar á mi frente de laurel la rama,
 Donde muriendo vencedora quedas.

EL SIGLO DE ORO¹.

SILVA MORAL.

Fábrica de la inmensa arquitectura
 De este mundo interior que el hombre imita;
 Pues como punto indivisible encierra

¹ Este es el canto del cisne: se tiene por cierto que Lope le compuso pocos dias antes de su última enfermedad, y en tal caso es preciso confesar que á poquísimos poetas les ha concedido la naturaleza el privilegio de conservar su talento hasta una edad tan avanzada. Setenta y tres años tenia cuando salian de su pluma estos versos tan vigorosos y nobles en pensamiento, tan ricos y lozanos de expresion, tan dulces y bellos en armonia; y yo no conozco de otro poeta esfuerzo tan feliz hecho á esa edad, ni obra de su clase en castellano donde el plan corresponda mejor al intento, y la ejecucion al argumento y al plan. Digno era por cierto de la madurez y experiencia de Lope, dejar en esta especie de testamento poético el cuadro de la naturaleza todavía virgen, abandonada

á sí misma, y el del hombre ignorante y rudo á la verdad, pero dichoso y alegre sin vicios ni delitos, virtuoso sin política y sin leyes, y vagando libremente por la tierra, no oprimida todavía por su ambicion, ni regada con su llanto y con su sangre. Ilusiones y sueños poéticos se dirá, poco conformes con la realidad de lo que ha sido: ¿quien lo duda? pero estas ilusiones sirven de campo para ofrecer pinturas magníficas á la fantasía, y grandes lecciones de sabiduría y de virtud.

Bella es de toda belleza la estancia quinta, en que con toda la efusion dulce y suave de una alma tierna y sensible, pinta el carácter de inocencia con que el Amor se presentaba en aquellos tiempos felices, y pasa despues con la indignacion mas sentida á mostrar la corrupcion de la época posterior.

De su circunferencia la hermosa.

Y copiosa la tierra
 De cuanto en ella habita
 Con tantos peregrinos ornamentos
 Llenos los tres primeros elementos
 De peces, fieras y aves que vivian
 De toda ley exentos,
 Si bien al hombre en paz reconocian.
 Aun no pálido el oro,
 Porque nadie buscaba su tesoro,
 Y el diamante tan bruto aunque brillante,
 Que mas era peñasco que diamante.
 Los árboles sembrados de colores,
 Y los prados de flores,
 Buscando los arroyos sonorosos
 En arenosas calles,
 Por las oblicuas señas de los valles,
 Los rios caudalosos:
 Y los soberbios rios,
 Entre bosques sombríos,
 Vestidos de cristales transparentes,
 Sin volver la cabeza á ver sus fuentes,
 Anhelando á Oceános,
 Perdiendo en él sus pensamientos vanos:
 Y sin temor alguno
 De verse el tridentífero Neptuno,
 Oprimido del peso de las naves;
 Abriendo sendas por sus ondas graves,
 Los hijos de los montes,
 Excelsos pinos y labradas hayas,
 Para pasar por varios horizontes
 A las remotas playas
 De climas abrasados,
 Frígidos ó templados:
 Ni el caballo animoso relinchaba

Al son de la trompeta:
 Ni la cerviz sujeta
 Al yugo el tardo buey el campo araba,
 Que sin romper la cara de la tierra,
 Con natural impulso producía
 Cuanto su pecho generoso encierra
 Que como la primera edad vivía
 Con desórden florida y balbuciente,
 Daba pródigamente,
 Con fértil abundancia,
 Al mundo su riqueza;
 Porque, como muger, naturaleza
 Es mas hermosa en la primera infancia.
 No haciendo distincion de tiempo alguno,
 Daba flores Vertuno,
 Con diferentes frutas primitivas:
 Las parras y pacíficas olivas,
 Y la dodónea encina por la rubia
 Céres, que no tenía
 Necesidad de lluvia,
 Y de su misma caña renacia;
 Matizando los prados de violetas,
 De rosas y de cándidas mosquetas.
 No de otra suerte que la alfombra pinta
 El tracio con la seda de colores,
 En cada rueda de labor distinta
 Caracteres arábigos y flores:
 Que la naturaleza aun no pensaba
 Que el arte su Pincel perfeccionaba.
 A la parte oriental Euro tendía
 Las alas vagarosas;
 El Austro al mediodía,
 Y Bóreas fiero á las distantes Osas
 Por el septentrion temor ponía.
 El sol por sus dorados paralelos
 Comenzaba el camino de los cielos:

La expresion *Ni en Chipre se vendía — Amor artificial*, parece dictada por el genio mismo, para dar noblemente una idea que no es desuyo ni noble ni decorosa, y yo conozco pocas de igual elegancia y felicidad.

La pintura de la Verdad que viene despues es toda oriental en riqueza y lozania, y muestra hasta qué punto tenia Lope aficion á esta clase de figuras, en las cuales, como idolatra que fué siempre de la belleza, se complacia y sobresalia infinito. Por otra parte, es una idea bien profunda y filosófica hacer consistir el siglo de oro en el reinado de la Verdad, y suponer que esta es una cosa misma con la felicidad y con la virtud.

La obra se corona en fin con los pensamientos grandes y severos de la estancia penúltima, agolpados con una rapidéz nada comun en los escritos de Lope, y conveniente á la indignacion de que se manifiesta poseído cuando los vertía sobre el papel. Hay unos cuantos versos, fáciles de conocer, que se distinguen mucho por la energia, y son tanto mas notables cuanto que la poesia del autor, fuerte pocas veces por la idea, casi nunca lo es por la dición.

En esta silva se hace notar mas de una vez el

defecto, ó por mejor decir, el exceso de la facilidad, y seria bien que el estilo estuviese mas ceñido, para que así correspondiese mejor á su argumento. Hay tambien, aunque pocas, diferentes frases de mal gusto, y aun juegos de vocablos, agenos en extremo del lugar y del género. Tales son

Pero por ser los párrafos primeros—
 Ignorando la ley de la partida —
 Subióse en hombros de sí misma al cielo —

y algun otro, que la belleza de lo demas da fácilmente á conocer.

En todas las ediciones la entrada de esta silva es defectuosa porque no hace sentido ninguno. Falta alguna cláusula que enlace el primer período con los siguientes; tal vez de un verso ó de dos. Por esta razon, no debiendo tomarme la libertad de suplirlos, he creído conveniente señalar con puntos el lugar en donde presumo que está el vacío. Una obra hecha de primera mano, y probablemente no corregida, es natural que tuviese esta y otras incorrecciones, que despues no han podido ni llenarse ni enmendarse.

Cuya eclíptica de oro no sabia
 El nombre de los signos que tenia,
 Ni en su campo pensó que espigas de oro
 Paciera el aries, y rumiara el toro.
 La casta luna en su argentado plastro,
 No se mostraba al austro
 Lluviosa, alternativas las dos puntas,
 Una á la tierra y otra al claro cielo,
 Sino pidiendo con las manos juntas
 Calor al sol para su eterno hielo.

Los hombres por las selvas discurrían
 Amando solo el dueño que tenían
 Sin interes, sin zelos :
 ¡O dulces tiempos! ¡o piadosos cielos!
 Allí no adulteraba la hermosura
 El marfil de su cándida figura,
 Ni la fingida nieve
 Y el bastardo carmin daban al arte
 Lo que naturaleza no se atreve ;
 Ni á Venus bella en conjuncion de Marte
 Al cielo el sol zeloso descubria ;
 Ni en Chipre se vendia
 Amor artificial. ¡O siglo de oro,
 De nuestra humana vida desengaño,
 Si vieras tanto engaño,
 Tan poca fe, tan bárbaro decoro!
 Todo era amor suave, honesto y puro,
 Todo limpio y seguro,
 Tanto que parecia
 Una misma armonía
 La del cielo y el suelo,
 Que aspiraba á juntarse con el cielo.

En este tiempo de los altos coros
 Hermosa virgen con real ornato,
 Bajó á la tierra que adoró el retrato
 De Júpiter divino, y por los poros
 De sus fértiles venas
 Vertió blancos racimos de azucenas ;
 Y las fuentes sonoras
 Provocaban las aves
 A canciones suaves
 En las del verde abril frescas auroras,
 Que del son de los aguas aprendieron
 Cuantos despues cromáticos supieron.
 Venia la castisima doncella
 Vestida de una túnica esplendente,
 Sembrada de otras muchas siendo estrella,
 Y una corona en la espaciosa frente,
 Cuya labor y auríferos espacios
 Ocupaban jacintos y topacios :
 Los coturnos con lazos carmesíes
 Forjaban esmeraldas y rubies,
 Que descubria el zéfiro suave,
 De la fimbria talar con pompa grave,
 Y un ardiente crisólito la planta,
 Para estamparla en tierra pura y santa.
 No sale de otra suerte por el cielo,
 Con frente de marfil y piés de hielo,
 La cándida mañana
 Guarnecida de plata sobre grana

La capa de zafros,
 De las sombras somníferas retiros.
 Los hombres admirados
 De ver tanta hermosura,
 Preguntaron quién era :
 No habiendo visto por los tres estados
 Del aire exhalacion tan viva y pura,
 Ni pájaro tan raro que pudiera
 Ceñir la frente de tan rica esfera,
 Ni dar tales asombros ;
 Resplandecer sus hombros
 Con alas de oro y plumas de diamantes,
 No conocidos antes,
 Y aun presumir la admiracion pudiera,
 Que el sol bajaba de su ardiente esfera
 A vivir con los hombres, como Apolo
 Viéndose arriba, como sol, tan solo.
 Entonces de sí misma esclarecida
 La hermosa reina á su piadoso ruego,
 Por una rosa de rubí partida
 En el jardín angélico nacida,
 Yo soy, lès dijo, la Verdad. Y luego
 Como dormida en celestial sosiego
 Quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
 Mientras con ella la Verdad estuvo :
 Que cuanto en ella vive
 Su misma luz y claridad recibe.

Pero felicidad tan soberana
 Poco duró por la soberbia humana ;
 Porque en países de diversos nombres,
 Por cuanto el mar abraza,
 En esta universal del mundo plaza,
 El número creciendo de los hombres,
 Desvanecido el suelo,
 Presumió desquiciar la puerta al cielo ;
 Y haciendo ya ciudades,
 Y fábricas de inmensos edificios
 Con armas en los altos frontispicios,
 Comenzaron con bárbaras crueldades,
 Intereses, envidias, injusticias,
 Los adulterios, logros y codicias,
 Los robos, homicidios y desgracias ;
 Y no contentos ya de aristocracias,
 Emprendieron llegar á monarquías.
 La púrpura engendró las tiranías :
 Nació la guerra en manos de la muerte,
 Los campos dividieron fuerza ó suerte :
 Dispuso la traicion el blanco acero
 Para verter su propia sangre humana ;
 Y fué la envidia el agresor primero,
 Y procedió la ingratitud villana
 Del mismo bien, á tantos vicios madre,
 Infame hija de tan noble padre.
 Bañó la ley la pluma
 En pura sangre para tanta suma,
 Que excede su papel todas las ciencias :
 ¡ Tales son las humanas diferencias !
 Pero por ser los párrafos primeros,
 Y ser los hombres, como libres, fieros,
 No siendo obedecidas,

Quitaron las haciendas y las vidas
 A sus propios hermanos y vecinos,
 Y hicieron las venganzas desatinos;
 Porque dormidos los jueces sabios
 Castiga el ofendido sus agravios.
 Robaban las doncellas generosas
 Para amigas á título de esposas,
 Traidores á su amigo,
 Y todo se quedaba sin castigo:
 Que muchos que temieron,
 Por no perder las varas, las torcieron:
 Y muchas que tomaron,
 Pensando enderezallas, las quebraron.
 ¡O favor de los reyes!
 Del sol reciben rayos las estrellas:
 Telas de araña llaman á las leyes,
 El pequeño animal se queda en ellas,
 Y el fuerte las quebranta.
 ¡Ay del señor, que sus vasallos deja
 Al cielo remitir la justa queja!
 Viendo, pues la divina Verdad santa
 La tierra en tal estado,
 El rico idolatrado,
 El pobre miserable,
 A quien ni aun el morir es favorable,

Mientras mas voces da menos oido.
 El sabio aborrecido,
 Vencedor el dinero,
 Escuchado y premiado el lisonjero,
 Josef vendido por el propio hermano,
 Lástima y burla del estado humano,
 Y entre la confusion de tanto estruendo
 Demócrito riendo,
 Eráclito llorando,
 La muerte no temida,
 Y para el sueño de tan breve vida
 El hombre edificando,
 Ignorando la ley de la partida;
 Con presuroso vuelo
 Subióse en hombros de sí misma al cielo.

LA GATOMAQUIA¹.

POEMA BURLESCO.

SILVA I.

Yo, aquel que en los pasados
 Tiempos canté las selvas y los prados,
 Estos vestidos de árboles mayores,

¹ La mayor parte de los críticos dudan hoy día, ó por mejor decir, niegan que las poesías publicadas por Quevedo con el nombre de Francisco de la Torre, sean escritas por el mismo Quevedo. Pero que las rimas publicadas por Lope con el nombre del licenciado Burguillos sean de Lope, nadie lo ha dudado sino el último editor de ellas, que al publicarlas en 1792 en la coleccion de Fernandez, prometió una disertacion en que se proponia probar que eran producciones reales y verdaderas de Burguillos. Esta disertacion, ó no se escribió nunca, ó no se ha publicado, y entre tanto se nos permitirá estar á la opinion comun que atribuye estos juguetes á Lope de Vega.

La cuestion no consiste en si hubo ó no un Burguillos que escribiese versos por aquel tiempo. Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético* hablando del arte de las coplas castellanas dice que le usó

El numeroso
Burguillos en sus dulces y altas glosas.

Tambien en algunos códices antiguos se encuentra tal cual copla que se atribuye al mismo poeta; de donde puede deducirse sin duda que hubo entonces un Burguillos, el cual pudo ser condiscipulo de Lope, aficionado á escribir versos, y versos tambien jocosos. ¿Pero es este el autor de la *Gatomaquia*, de los sonetos y demas rimas dadas á luz por Lope con su nombre? Esta es la verdadera cuestion que las mismas poesías decidirian por su semejanza, en versificacion, en lenguaje y en estilo, con las demas obras de Lope, si no vinieran tambien á hacer incontestable este punto los contemporáneos todos que se las atribuyen: Quevedo indirectamente en la aprobacion que les dió, Montalvan de un modo mas positivo en su

Fama postuma, y Antonio de Leon en aquellos versos de su *Fenix Mantuano*:

Y porque en vega tan florida cabe
 Lo Jocosó tal vez con lo suave,
 Si Homero dió la Batracomiomaquia
 Lope la Gatomaquia,
 Que con versos agudos y sencillos
 Cantó su musa y publicó Burguillos.

Invenccion ingeniosa y original, accion una, sencilla y bien graduada, juiciosa distribucion de partes, y sobre todo muchas bellezas de diálogo, de versificacion y de estilo, son las prendas de este poema, que ha logrado siempre un concepto muy ventajoso, así del vulgo como de los inteligentes, y es tenido por una de nuestras obras clásicas de lengua y de poesia. ¿Qué de versos que ya se han hecho proverbiales! ¿Cuántas alusiones, picantes y chistosas unas, otras tiernas y expresivas! ¿Qué narracion tan fluida y natural, y á veces tan candorosa! Lope sabe tomar tan bien el tono que conviene al género, y se muestra tan persuadido y tan interesado en los sucesos de los animales que le ocupan, que nos hace entrar en los mismos sentimientos; y *Marramaquiz*, *Mizifuf* y *Zapaquilda* consiguen de su pluma en este juguete poético mas vida y mas interes, que el que nunca acertó á dar á los *Medoros*, *Ricardos*, *Ismenias* y *Alfonso*s de sus poemas heroicos. Quizá la *Gatomaquia* ganará mucho en haberse escrito en octavas: esta versificacion mas sostenida y artificiosa hubiera enfrenado algun tanto la excesiva facilidad de Lope, y desapareciera así el único defecto del poema, la dilatacion de los períodos, que debilita el estilo y fatiga no pocas veces.

Como quiera que sea, la *Gatomaquia*, los sonetos, y demas obrillas que la siguen, aunque jue-

Y aquellos de ganados y de flores,
 Las armas y las leyes
 Que conservan los reinos y los reyes ;
 Ahora en instrumento menos grave
 Canto de amor suave
 Las iras y desdenes ,
 Los males y los bienes ,
 No del todo olvidado
 El fiero taratántara templado
 Con el silbo de pifano sonoro.
 Vosotras Musas del Castalio Coro ,
 Dadme favor en tanto
 Que con el genio que me disteis canto
 La guerra, los amores y accidentes
 De dos gatos valientes :
 Que como otros estan dados á perros ,
 O por ajenos, ó por propios yerros ,
 Tambien hay hombres que se dan á gatos
 Por olvidos de príncipes ingratos ,
 O porque les persigue la fortuna
 Desde el columpio de la tierna cuna.
 Tú, don Lope, si acaso
 Te deja divertir por el Parnaso
 El holandés pirata
 Gato de nuestra plata ,
 Que infesta las marinas ,
 Por donde con la armada peregrinas ,
 Suspende un rato aquel valiente acero ,
 Con que al asalto llegas el primero ,
 Y escucha la famosa *Gatomaquia* :
 Así desde las Indias á Valaquia
 Corra tu nombre y fama ,
 Que ya por nuestra patria se derrama ;
 Desde que viste la morisca puerta
 De Tuncz y Biserta
 Armado y niño en forma de Cupido ,
 Con el marques famoso
 Del mejor apellido ,
 Como su padre por la mar dichoso.
 No siempre has de atender á Marte airado ,
 Desde tu tierna edad ejercitado ,
 Vestido de diamante ,
 Coronado de plumas arrogante :
 Que alguna vez el ocio
 Es de las armas cordial socrocio ,
 Y Vénus en la paz, como Santelmo ,
 Con manos de marfil le quita el yelmo..
 Estaba sobre un alto caballete
 De un tejado sentada
 La bella Zapaquilda al fresco viento,
 Lamiéndose la cola y el copete ,
 Tan fruncida y mirlada ,
 Como si fuera gata de convento :

Su mesmo pensamiento
 De espejo la servia ,
 Puesto que un roto casco le traía
 Cierta urraca burlona ,
 Que no dejaba toca ni valona ,
 Que no escondia por aquel tejado ,
 Confin del corredor de un licenciado.
 Ya que lavada estuvo ,
 Y con las manos que lamidas tuvo ,
 De su ropa de martas aliñada ,
 Cantó un soneto en voz medio formada
 En la arteria vocal, con tanta gracia
 Como pudiera el músico de Tracia :
 De suerte que cualquiera que la oyera ,
 Que era solfa gatuna conociera ,
 Con algunos cromáticos disones ,
 Que se daban al diablo los ratones.
 Asomabase ya la primavera
 Por un balcon de rosas y alelís ,
 Y Flora con dorados borceguís
 Alegraba risueña la ribera :
 Tiestos de Talavera
 Prevenia el verano ,
 Cuando Marramaquíz , gato romano ,
 Aviso tuvo cierto de Maulero ,
 Un gato de la Mancha, su escudcro ,
 Que al sol salía Zapaquilda hermosa
 Cual suele amanecer purpurea rosa
 Entre las hojas de la verde cama ,
 Rubí tan vivo que parece llama ;
 Y que con una dulce cantilena
 En el arte mayor de Juan de Mena
 Enamoraba el viento.

Marramaquíz atento
 A las nuevas del page ,
 (Que la fama enamora desde lejos)
 Que fuera de las naguas de pellejos
 Del campanudo trage ,
 Introduccion de sastres y roperos ,
 Doctos maestros de sacar dineros ,
 Alababa su gracia y hermosura ,
 Con tanta melindrifera mesura ,
 Pidió caballo , y luego fué traída
 Una mona vestida
 Al uso de su tierra ,
 Cautiva en una guerra ,
 Que tuvieron las monas y los gatos ;
 Púsose borceguís y zapatos ,
 De dos dediles de segar , abiertos ,
 Que con pena calzó por estar tuertos ;
 Una cuchar de plata por espada ,
 La capa colorada
 A la francesa , de una calza vieja .

gos de ingenio hechos como burlándose, vencen y se aventajan en dición, en estilo, en composición, en seso y en gusto, á las demas obras de nuestro autor. ¿Sería por ventura cierto como algunos dicen, que sus estudios escolásticos y siteru-

dición le perjudicaron, que en él la naturaleza lo era todo, y que como en castigo de no seguir exclusivamente sus inspiraciones, casi nunca apelaba en sus escritos al artificio y á la doctrina que no fuese para echarlos á perder?

Tan igual, tan lucida y tan pareja,
 Que no será lisonja
 Decir que Adónis en limpieza y gala,
 Aunque perdone Vénus, no le iguala:
 Por gorra de Milan media toronja,
 Con un penacho rojo, verde y bayo,
 De un muerto por sus uñas papagayo,
 Que diciendo: ¿quién pasa?, cierto día,
 Pensó que el rey venia,
 Y era Marramaquiz que andaba á caza,
 Y halló para romper la jaula traza.
 Por cuera dos mitades, que de un guante
 Le ataron por detras y por delante,
 Y un puño de una niña por valona.
 Era el gatazo de gentil persona,
 Y no menos galan que enamorado,
 Bigote blanco y rostro despejado,
 Ojos alegres, niñas mesuradas,
 De color de esmeraldas diamantadas:
 Y á caballo en la mona parecia
 El paladin Orlando, que venia
 A visitar á Angélica la bella.
 La recatada niña, la doncella,
 En viendo el gato se mirló de forma
 Que en una grave dama se transforma;
 Lamiéndose á manera de manteca
 La superficie de los labios seca,
 Y con temor de alguna carambola
 Tapó las indecencias con la cola:
 Y bajando los ojos hasta el suelo
 Su mirlo propio le sirvió de velo:
 Que ha de ser la doncella virtuosa
 Mas recatada, mientras mas hermosa.
 Marramaquiz entonces con ligeras
 Plantas batiendo el tetuan caballo,
 Que no era pié de hierro ó pié de gallo,
 Le dió cuatro carreras,
 Con otras gentilezas y escarceos,
 Alta demostracion de sus deseos,
 Y la gorra en la mano,
 Acercóse galan y cortésano,
 Donde la dijo amores.
 Ella con los colores
 Que imprime la vergüenza
 Le dió de sus guedejas una trenza.
 Y al tiempo que los dos marramizaban,
 Y con tiernos singultos relamidos
 Alternaban, sentidos
 Desde unas claraboyas que adornaban
 La azotea de un clérigo vecino,
 Un bodocazo vino
 Disparado de súbita ballesta,
 Mas que la vista de los ojos presta,
 Que dándole á la mona en la almohada,
 Por de dentro morada,
 Por de fuera pelosa,
 Dejó caer la carga, y presurosa
 Corrió por los tejados,
 Sin poder los lacayos y criados
 Detener el furor con que corría.

No de otra suerte que en sereno día
 Balas de nieve escupe, y de los senos
 De las nubes relámpagos y truenos,
 Súbita tempestad en monte ó prado,
 Obligando que el tímido ganado
 Atónito se esparza,
 Ya dejando en la zarza,
 De sus pungentes laberintos vana,
 La blanca ó negra lana,
 (Que alguna vez la lana ha de ser negra)
 Y hasta que el sol en arco verde alegra
 Los campos que reduce á sus colores,
 No vuelven á los prados, ni á las flores:
 Así los gatos iban alterados
 Por corredores, puertas y terrados
 Con trágicos maulllos,
 No dando como tórtolas arrullos,
 Y la mona la mano en la almohada,
 La parte occidental descalabrada,
 Y los húmidos polos circunstantes
 Bañados de medio ámbar como guantes.
 En tanto que pasaban estas cosas,
 Y el gato en sus amores discurría
 Con ansias amorosas,
 (Porque no hay alma tan helada y fría
 Que amor no agarre, prenda y engarrafe)
 Y el mas alto tejado enternencia,
 Aunque fuesen las tejas de Jetafe,
 Y ella con ñiñiñafe
 Se defendía con semblante airado;
 Aquel de cielo y tierra monstro alado,
 Que vestido de lenguas y de ojos,
 Ya decrepito viejo con autojos,
 Ya lince penetrante,
 Por los tres elementos se pasea
 Sin que nadie le vea,
 Con la forma elegante
 De Zapaquilda discurrió ligero
 Uno y otro emisfero,
 Aunque con las verdades lisonjera,
 Y en cuanto baña en la terrestre esfera,
 Sin excepcion de promontorio alguno,
 El cerúleo Neptuno,
 Plasmante universal de toda fuente,
 Desde Bootes á la austral corona,
 Y de la zona frígida á la ardiente.
 Esto dijo la fama que pregona
 El bien y el mal, y en viendo su retrato
 Se erizó todo gato,
 Y dispuso venir con esperanza
 Del galardón que un fino amor alcanza.
 Los que vinieron por la tierra en postas
 Trujeron, por llegar á la ligera,
 Solo plumas y banda, calza y cuera:
 Los que habitaban de la mar las costas,
 (Tanto pueden de amor dulces empresas)
 Vinieron en artesas,
 Mas no por esto menos
 Hasta la cola de riquezas llenos;
 Y otros por bizarría,

Para mostrar despues la gallardía,
 En cofres y baules,
 Sulcando las azules
 Montañas de Anfritre;
 Y alguno que á disfraces se remite,
 Por no ser conocido,
 En una caja de orinal metido.
 Con esto en muchos siglos no fué vista,
 Como en esta conquista
 Tanta de gatos multitud famosa
 Por Zapaquilda hermosa.
 Apenas hubo teja ó chimenea
 Sin gato enamorado,
 De bodoque tal vez precipitado,
 Como Calisto fué por Melibea,
 Ni raton parecia,
 Ni el balbuciente hocico permitia
 Que del nido saliese,
 Ni queso, ni papel se agujereaba
 Por costumbre, ó por hambre que tuviese;
 Ni poeta por todo el universo
 Se lamentó que le royesen verso;
 Ni gorrion saltaba,
 Ni verde lagartija
 Salia de la cóncava rendija.
 Por otra parte, el daño compensaba
 Que de tanto gatazo resultaba:
 Pues no estaba segura
 En sábado morcilla ni asadura,
 Ni panza, ni cuajar, ni aun en lo sumo
 De la alta chimenea
 La longaniza al humo,
 Por imposible que alcanzarla sea,
 Exento en la porfia á la esperanza,
 Que todo cuanto mira, tanto alcanza.
 Entre esta generosa ilustre gente
 Vino un gato valiente
 De hocico agudo, y de narices romo,
 Blanco de pecho y piés, negro de lomo,
 Que Mizifuf tenia
 Por nombre; en gala, cola y gallardía,
 Célebre en toda parte
 Por un Zapinarciso y Gatimarte.
 Este luego que vió la bella gata
 Mas reluciente que fregada plata,
 Tan perdido quedó, que noche y dia
 Paseaba el tejado en que vivia,
 Con pages y lacayos de librea,
 Que nunca sirve mal quien bien desea:
 Y sucedióle bien, pues luego quiso,
 ¡O gata ingrata! á Mizifuf narciso,
 Dando á Marramaquiz zelos y enojos.
 No sé por cuál razon puso los ojos
 En Mizifuf, quitándole al primero
 Con súbita mudanza,
 El antiguo favor y la esperanza.
 ¡O cuánto puede un gato forastero,
 Y mas siendo galan, y bien hablado,
 De pelo rizo y garbo ensortijado!
 Siempre las novedades son gustosas.

No hay que fiar de gatas melindrosas.
 ¿Quién pensára que fuera tan mudable
 Zapaquilda cruel é inexorable,
 Y que al galan Marramaquiz dejára
 Por un gato que vió de buena cara,
 Despues de haberle dado
 Un pié de puerco hurtado,
 Pedazos de tocino y de salchichas?
 ¡O cuán poco en las dichas
 Está firme el amor y la fortuna!
 ¿En qué muger habrá firmeza alguna?
 ¿Quién tendrá confianza,
 Si quien dijo muger dijo mudanza?
 Marramaquiz con ansias y desvelos
 Vino á enfermar de zelos,
 Porque ninguna cosa le alegraba
 Finalmente, Merlin que le curaba,
 Gato de cuyas canas nombre y ciencia
 Era notoria á todos la experiencia,
 Mandó que se sangrase;
 Y como no bastase,
 Vino á verle su dama,
 Aunque tenia en un desvan la cama,
 A donde la carroza no podia
 Subir por alta y por estrecha via:
 Pero en fin, apeada,
 Entró de su escudero acompañada.
 Mirándose los dos severamente,
 Despues de sosegado el accidente,
 Él con maúllo habló, ella con mirlo,
 Que fuera harto mejor pegarla un chirlo
 Pero por alegrarle la sangría,
 Le trajo su criada Bufala
 Una pata de ganso y dos bostiones.
 Él se quejó con tímidas razones
 En su lenguaje mizo,
 A que ella con vergüenza satisfizo:
 Quejas, que traducidas de él y de ella
 Así decian: « Zapaquilda bella,
 ¿Porqué me dejas tan injustamente?
 ¿Es Mizifuf mas sabio, mas valiente,
 Tiene mas ligereza, mejor cola?
 ¿No sabes que te quise elegir sola
 Entre cuantas se precian de mirradas,
 De bien vestidas y de bien tocadas?
 ¿Esto merece que un invierno helado,
 De tejado en tejado
 Me hallase el alba al madrugar el dia,
 Con espada, broquel y bizarría,
 Mas cubierto de escarcha,
 Que soldado español que en Flandes marcha
 Con arcabuz y frascos?
 Si no te he dado telas y damascos,
 Es porque tú no quieres vestir galas
 Sobre las naturales martingalas,
 Por no ofender, ingrata á tu belleza
 Las naguas que te dió naturaleza.
 Pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido
 Mas cuidadoso, como tú lo sabes,
 En cuanto en las cocinas atrevido

Pude garrafiñar de peces y aves?
 ¿Qué pastel no te truje, qué salchicha?
 ¡O terrible desdicha!
 Pues no soy yo tan feo,
 Que ayer me ví, mas no como me veo,
 En un caldero de agua, que de un pozo
 Sacó para regar mi casa un mozo,
 Y dije: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
 ¡O zelos, o piedad, o amor, reñilda!»
 No suele desmayarse al sol ardiente
 La flor del mismo nombre, la arrogante
 Cerviz bajar humilde, que la gente
 Por la loca altitud llamó gigante;
 Ni queda el tierno infante
 Mas cansado despues de haber llorado
 De su madre en el pecho regalado,
 Que el amante quedó sin alma, ¡O cielos,
 Que dulce cosa amor, que amarga zelos
 Ella como le vió que ya exhalaba
 Blandamente el espiritu en suspiros,
 Y que piramizaba
 Entre dulces de amor fingidos tiros,
 Para que no se rompa vena ó fibra,
 El mosqueador de las ausencias vibra,
 Pasándole dos veces por su cara.
 Volvióle en sí: que aquel favor bastara
 Para libralle de la muerte dura,
 Y luego con melifera blandura
 Le dijo en lengua culta:
 « Si tu amor, dificultad
 El que me debes, en tu agravio piensas
 Tan injustas ofensas:
 Que aunque es verdad que Mizifuf me quiere
 Y dice á todos que por mí se muere,
 Yo te guardo la fe como tu esposa. »
 Cesó con esto Zapaquilda hermosa,
 Sellando honesta las dos rosas bellas:
 Que siempre hablaron poco las doncellas
 Que, como las viudas y casadas,
 No estan en el amor ejercitadas.
 Bajaba ya la noche,
 Y las ruedas del coche
 Tachonadas de estrellas,
 Brilladores diamantes y centellas
 Detras de las montañas resonaban:
 Los pájaros callaban,
 Dejando el campo yermo,
 Cuando los pajes del galan enfermo
 En el alto desvan hachas metian,
 Que á alumbrar la carroza prevenian.
 Entonces los amantes,
 (Que son los cumplimientos importantes)
 Ella por irse, y él quedarse á solas,
 Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas
 De los crueles zelos
 De Mizifuf Marramaquiz valiente,
 Aquellos que han cortado tantas vidas,

Y que en los mismos ciclos
 A Júpiter, señor del rayo ardiente,
 Con distraz indecente
 Fugitivo de Juno,
 Su rigor importuno
 Tantas veces mostraron, (maron
 Que en fuego, en cisne, en buey le transfor-
 Por Europa, por Leda y por Egina;
 Con pálida color y vanda verde,
 Para que la sangría se le acuerde,
 Que amor enfermo á condoler se inclina,
 Paseaba el tejado y la buarda
 De aquella ingrata cuanto hermosa fiera.
 Quien ama fieras ¿qué firmeza espera,
 Qué fin, qué premio aguarda?
 Zapaquilda gallarda
 Estaba en su balcon, que no atendia
 Mas de á saber si Mizifuf venia,
 Cuando Garraf su page,
 Si bien de su linage,
 Llegó con un papel y una bandeja:
 Ella la cola y el confin despeja,
 Y la bandeja toma
 Sobre negro color labrada de oro
 Por el indio oriental, y con decoro
 Mira si hay algo que primero coma:
 Ofensa del cristal de la belleza,
 Propia naturaleza
 De gatas ser golosas,
 Aunque al tomar se finjan melindrosas,
 Y antes de oír al page
 Ve las alhajas que el galan envia,
 Qué joya, qué invencion, qué nuevo traje:
 En fin vió que traía
 Un pedazo de queso
 De razonable peso,
 Y un relleno de huevos y tocino,
 Alys en fruta que produce el pino
 Entre menuda rama
 En la falda del alto Guadarrama,
 Por donde van al bosque de Segovia;
 Y luego en fe de que ha de ser su novia,
 Dos cintas que le sirvan de arracadas,
 Gala que solo á gatas regaladas,
 Cuando pequeñas, las mugeres ponen,
 Que de rosas de nácar las componen.
 Tomó luego el papel y con sereno
 Rostro, apartando el queso y el relleno,
 Vió que el papel decia:
 « Dulce señora, dulce prenda mia,
 Sabrosa, (aunque perdone Garcilaso,
 Si el consonante mismo sile al paso)
 Mas que la fruta del cercado ageno,
 Ese queso, mi bien, ese relleno,
 Y esas cintas de nácar os envío,
 Señas de la verdad del amor mio. »
 Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
 Marramaquiz zeloso, que mirando
 Estaba desde un alto caballete
 Tan gran traicion, colérleo arremete.

Y echa veloz , de ardiente furia lleno ,
 Una mano al papel y otra al relleno :
 Garraf se pasma y queda sin sentido ,
 Como el que oyó del arcabuz el trueno
 Estando divertido ;
 A quien él ofendió
 Tiró una manotada con las fieras
 Uñas , de suerte que formando esferas
 Por la region del aire vagaroso ,
 Le arrojó tan furioso ,
 Que en el claro cristal de sus espejos
 Pudo cazar venecijos
 Menos apasionado y mas ocioso.
 No de otra suerte el jugador ligero
 Le vuelve la pelota al que la saca
 Herida de la pala resonante ,
 Quejase el aire , que del golpe fiero
 Tiembla , hasta tanto que el furor se aplaca ,
 Y chaza el que interviene el pié delante ;
 El galazo arrogante ,
 Sin soltar el relleno despedaza
 El papel que en los dientes
 Con la espuma zelosa vuelve estraza ,
 Y á Zapaquilda atónita amenaza.
 Como se suele ver en las corrientes
 De los undosos rios quien se ahoga ,
 Que asiéndose de rama , yerba ó sogá ,
 La tiene firme de sentido ageno ;
 Asi Marramaquiz tiene el relleno ,
 Que ahogándose en congojas y desvelos ,
 No soltaba la causa de los zelos .
 ¡ Oh cuánto amor un alma desespera ,
 Pues cuando ya se ve sin esperanza ,
 En un relleno tomará venganza !
 ¿ Mas quién imaginára que pudiera
 Dar zelos el amor en ocasiones
 Con rellenos de huecos y piñones ?
 ¡ Mas ay de quien le habia
 Hecho para la cena de aquel dia !
 Huyóse en fin la gata , y con el miedo
 Tocó las tejas con el pié tan quedo ,
 Que la amazona bella parecia ,
 Que por los trigos pálidos corría
 Sin doblar las espigas de las cañas :
 Que de tierras extrañas
 Tales gazapas las historias cuentan .
 Los miedos que á la gata desalientan ,
 La hicieron prometer , si la libraba ,
 Al niño amor un arco y una aljaba ,
 De aquel zeloso Rodamonte fiero ,
 Hasta pasar las furias del enero .
 El cual juró olvidarla , y en su vida ,
 Desnuda , ni vestida
 Volver á verla , ni tener memoria
 De la pasada historia ,
 Y buscar algun sabio
 Para satisfaccion de tanto agravio :
 Pero fueron en vano sus desvelos ;
 Que amor no cumple lo que juran zelos ,
 Y tanto puede una muger que llora ,

Que vienen á reñirla y enamora ,
 Creyendo el que ama , en sus zelosas iras ,
 Por una lagrimilla mil mentiras .
 Y como Ovidio escribe en su Epistolio ,
 Que no me acuerdo el folio ,
 Estas heridas del amor protervas
 No se curan con yerbas :
 Que no hay para olvidar á amor remedio
 Como otro nuevo amor , ó tierra en medio .
 Garraf , en tanto que esto se trataba ,
 Estropeado á Mizifuf llegaba ,
 Maullando tristemente
 En acento hipocóndrico y doliente ,
 Como suelen andar los galloferos
 Para sacar dineros ,
 Manqueando de un brazo
 Colgado de un retazo ,
 Y débiles las piernas ,
 Una cerrando de las dos linternas ,
 Por mirar á lo vizco .
 Luego en el corazon le dió un pellizco
 La mala nueva que adelanta el daño ,
 Haciendo el aposento al desengaño ,
 Y díjole : ¿ qué tienes ,
 Garraf amigo , que tan triste vienes ?
 Entonces él moviendo tremolante
 Blanda cola detras , lengua delante ,
 Le refirió el suceso ,
 Y que Marramaquiz papel y queso ,
 Y relleno tambien le habia tomado ,
 Como zeloso airado ,
 Como agraviado necio ,
 Con infame desprecio ,
 Con descortes porfia ,
 Y que de tan extraña gatería
 Zapaquilda admirada
 Huyó por el desvan la saya alzada :
 Que lo que en las mugeres son las naguas
 De raso , tela ó camelote de aguas ,
 Es en las gatas la flexible cola ,
 Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola .
 Contóle que de aquella manotada ,
 Con su cuerpo alligido ,
 De miedo helado y de licor teñido ,
 Descalabró los aires ,
 Y con otros agravios y desaires ,
 Que prometió vengarse por la espada
 De haberle enamorado á Zapaquilda ,
 Y hablarla en el tejado de Casilda ,
 Una tendera que en la esquina estaba ,
 Y dijo que pensaba
 En desprecio y afrenta de sus dones ,
 Hacer de los listones
 Cintas á sus zapatos .
 ¡ O zelos ! si entre galos
 De burlas y de veras
 Formais tales quimeras ,
 ¿ Qué hareis entre los hombres
 De hidalgo proceder y honrados nombres ?
 No estuvo mas airado

Agamenon en Troya,
 Al tiempo que, metiendo la tramoya
 Del gran Paladion de armas preñado,
 Echaron fuego á la ciudad de Eneas
 De ardientes hachas y encendidas teas,
 Causa fatal del miserable estrago
 De dido y de Cartago,
 Por quien dijo Virgilio,
 Que llorando decia,
 Destituida de mortal auxilio :
 ¡ Ay dulces prendas cuando Dios queria !
 Ni Barbarroja en Tunez ,
 Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antunez ,
 Este bravo español, y griego el otro ;
 Que Mizituf como si fuera potro,
 Relinchando de cólera en oyendo
 El fiero y estupendo
 Furor de su enemigo :
 Mas prometiendo darle igual castigo,
 Se fué á trazar el modo
 De vengarse de todo,
 Que á un pecho noble, á un inclito sugeto,
 Mayor obligacion, mas celo alcanza
 De poner en efecto
 Desempeñar su honor con la venganza.

Marramaquiz en tanto
 Desesperado por las selvas iba,
 Para buscar al sabio Garfñanto,
 Al tiempo que el aurora fugitiva
 De su cansado esposo
 Arrojaba la luz á los mortales,
 Y el sol infante en liquidos pañales
 De celages azules
 Mandaba recoger en sus bauls,
 Para poder abrir los de oro y rosa,
 El manto de la noche temerosa,
 Aunque era todo el manto de diamantes,
 En el zafiro nítido brillantes,
 Ojos del sueño, el hurto y el espanto.
 Este gatazo y sabio Garfñanto,
 Cano de barba y de mostachos yerto,
 De un ojo remellado, y de otro tuerto,
 Bien que de ilustre cola venerable,
 Y que sabia con rigor notable,
 Natural y moral filosofia,
 Por los montes vivia
 En una cueva oculta,
 Cuya entrada á las fieras dificulta,
 Como el de Polifemo, un alto risco.
 No se le daba un prisco
 De riquezas del mundo, que estimaba
 Solo el sol que Alejandro le quitaba
 A aquel que de los hombres puesto en fuga
 Melido en un tonel era tortuga.
 Bien haya quien desprecia
 Esta fábula necia
 De honores, pretensiones y lugares
 Por estudios ó acciones militares.
 Sabia Garfñanto astrologia :
 Mas no pronosticaba,

Que decia que el cielo gobernaba
 Una sola virtud que le movia,
 A cuya voluntad está sugeto
 Cuanto crió, que todo fué perfeto :
 No sacaba almanaques,
 Ni decia que en Troya y los Ataques
 Verian abundancia
 De pepinos y brevas,
 Muchas lentejas en Paris y en Tebas.
 Y que cierta cabeza de importancia,
 Sin decirnos á dónde, faltaria ;
 Que por mugeres Vénus prometia
 Pendencias y disgustos,
 Como si por sus zelos ó sus gustos
 Fuese en el mundo nuevo,
 Pero volviendo á nuestro sabio Febo,
 Despues de consultado
 Dijo á Marramaquiz, que su cuidado
 En vano á Zapaquilda pretendia,
 Y que solo seria
 Remedio que pusiese en otra parte,
 Vengándose con arte,
 Los ojos, divirtiendo el pensamiento :
 Que amar era cruel desabrimiento,
 Mas que traer un áspid en las palmas
 En no reciprocándose las almas :
 Que Amor se corresponde con Anteros,
 Y mas si lo negocian los dineros.
 Destituido el gato
 Ya de mortal socorro,
 Se fué calando el morro,
 Y dió una salchicha
 Por no mostrarse á Garfñanto ingrato :
 Que no pagar la ciencia
 Es cargo de conciencia,
 Mas dicen que de sabios es desdicha.
 Pensando en quien pusiese finalmente
 De toda la gatesca bizzarria
 La dulce enamorada fantasia
 Para verse de amor convaleciente,
 Se le acordó que en frente
 De su casa vivia un boticario,
 De cuyo cocinante vestuario
 Una gata salia
 Que la bella Micilda se decia,
 Y sentada tal vez en su tejudo
 Miraba, como dama en el estrado,
 Los nidos de los sabios gorriones,
 Dejando pulular los embriones,
 Y en viendo abiertos los maternos huevos
 Comerse algunos de los ya mancebos.
 Admitiendo este nuevo pensamiento,
 Mas que su voluntad, su entendimiento,
 Que amor en las venganzas se resfria,
 Emprende mucho y ejecuta poco ;
 Por entonces templó la fantasia :
 Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.
 Estaba el sol ardiente
 Una siesta de mayo calurosa,
 Aunque amorosamente,

Plegando el nácar de la fresca rosa,
 Que producen los niños abrazados,
 Huevos de cisne, y huevos estrellados,
 Pues que lo hizo estrellas;
 Cuando Micilda con las manos bellas
 La cara se lavaba y componia
 No lejos del tejado en que vivia
 Marramaquiz, que ya con mas cuidado
 La miraba y servia,
 En fe del Garfñanto consultado;
 Cuando al mismo tejado
 Zapaquilda llegó por accidente:
 El galo viendo la ocasion presente,
 Para que su deseo
 La diese zelos con el nuevo empleo,
 Llegándose mas tierno y relamido
 A Micilda, que ya de vergonzosa
 Estaba mas hermosa,
 Y equívoco fingiendo
 Falso desprecio, descuidado olvido,
 En su venganza misma padeciendo
 Amorosos deseos,
 (Tales son del amor los devaneos)
 Requebrando á Micilda á quien pensaba
 Ofrecer los despojos
 De aquella guerra, paz de sus enojos:
 Y á Zapaquilda á lo traidor miraba
 En las intercadencias de los ojos:
 Tan extraño sentido,
 Que es menos entendido
 Mientras que mas parece que se entiende,
 Pues siempre con engaños se defiende:
 Que si las luces de los ojos miras
 Basta ser niñas para ser mentiras.
 Micilda, á quien tocaba en lo mas vivo
 El amor primitivo,
 Porque como doncella fácilmente
 A lo que entonces siente
 La tierna edad, se rinden y avasallan,
 Hablando con los ojos cuando callan,
 De buena gana dió fácil oido
 A los requiebros del galan fingido,
 Con que ya andaban de los dos las colas
 Mas turbulentas que del mar las olas.
 Zapaquilda sentida
 De aquella libertad (que es propio efeto
 De la que fué querida
 Sentir desprecio donde vió respeto)
 Murmurando entre dientes
 Amenazaba casos indecentes
 Entre personas tales,
 En calidad y en nacimiento iguales.
 Como se ve gruñir perro de casa
 Mirando al que se entró de fuera en frente,
 Estando en medio de los dos el hueso,
 Que ninguno por el de miedo pasa,
 Parando finalmente
 Las iras del canículo suceso
 En que ninguno de los dos lo come,
 Obligando á que tome

Un palo algun criado
 Que los desparte airado,
 Y deja divididos,
 Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
 Así feroz gruñia
 Zapaquilda envidiosa,
 Efectos de zelosa,
 Aunque al gallardo Mizifuf queria:
 Que hay mugeres de modo
 Que aunque no han de querer, lo quieren todo
 Porque otras no lo quieran;
 Y luego que rindieron lo que esperan
 Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.
 Finalmente, las gatas encontradas,
 Siendo Marramaquiz el hueso en medio,
 (Tal suele ser de zelos el remedio)
 A pocos lances de mirarse airadas
 Vinieron á las manos, dando al viento
 Los cabellos y faldas;
 Y en tanto arañamiento,
 Turbadas de color las esmeraldas,
 Maullando en tiple y el galazo en bajo,
 Cayeron juntas del tejado abajo
 Con ligereza tanta,
 Aunque decirlo espanta,
 Por ser como era el salto
 Cinco suelos en alto,
 Hasta el alero, del tejado fines,
 Que no perdió ninguna los chapines:
 Quedando el negro amante
 Despues de tan extraños desconsuelos
 Muerto de risa en acto semejante:
 Tan dulce es la venganza de los zelos.

SILVA III.

Distaba de los polos igualmente
 La máscara del sol y cinosura,
 Primera cuadrilátera figura,
 Y la estrella luciente,
 Que mira el navegante,
 Bordaba la celeste arquitectura:
 Velaba todo amante
 Por el silencio de la noche oscura,
 Y en el indiano clima el sol ardía,
 En dos mitades dividido el día,
 Cuando gallardo Mizifuf valiente
 Paseaba el tejado de su dama,
 Que sangrada en la cama
 La tuvo el accidente
 Dos días, que faltó sol al tejado
 Y estubo la cocina sin cuidado,
 No por la altura de los siete suelos,
 Mas por el sobresalto de los zelos.
 Iba galan y bravo,
 Un cucharon sin cabo
 Destos de hieiro de sacar buñuelos
 Por casco en la cabeza,
 Que en ella tienen la mayor flaqueza:
 Pues no suelen morir de siete heridas

Por quien dicen que tienen siete vidas,
 Y un golpe en la cabeza los atonta,
 Así la tienen á desmayos pronta.
 Broquel de cobertera,
 Espada de á caballo, que antes era
 Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
 Que él solia llamar *timebunt* gatos:
 Y por las manchas de los piés y el anca
 Natural media blanca,
 Y capa de un bonete colorado,
 Abierto por un lado,
 Plumas de un pardo gorrion cogido
 Por ligereza, pero no por arte.
 Así rondaba el nuevo Durandarte,
 Galan favorecido,
 Porque son los favores de la dama
 Guarnicion de las galas de quien ama.
 Dos músicos traian instrumentos
 A cuyo son y acentos
 Cantaban dulcemente,
 Y así llegando del balcon en frente
 De Zapaquilda bella,
 Cantaron un romance que por ella
 Compuso Mizifuf, poeta al uso,
 Que él tampoco entendió lo que compuso.
 Mas puesta á la ventana
 Con serenero de su propia lana,
 Hasta que Bufalía
 Le trajo un rocadero
 Que por mas gravedad y fantasia
 Sirvió de capirote y serenero,
 Y en medio de lo grave
 Del romance suave
 Les dijo con despejo,
 Pareciéndole versos á lo viejo,
 Que jácara cantasen picaresca:
 Y así cantaron la mas nueva y fresca,
 Que para que lo heroico y grave olviden,
 Hasta las gatas jácaras les piden;
 ¡ Tanto el mundo decrépito delira!
 Aquí se resolvió la dulce lira
 En dos lascivos ayes,
 Andólas, guirigayes,
 Y otra tantas bajezas.
 Cantaron pues las bárbaras proezas
 Y hazañas de rusianes:
 Que estos son los valientes capitanes
 Que celebran poetas,
 De aquellos que en extremas
 Necesidades viven, arrojados
 Al vulgo como perros á leones:
 Que la virtud y estudios mal premiados
 Mueren por hospitales y mesones,
 Verdes laureles de Virgilio y Ennio
 Perecer la virtud y los ingenios.
 Mas ¿quién le mete á un hombre licenciado
 Mas que en hablar de solo su tejado?
 Que no le dió la escuela mas licencia,
 Y es todo lo demas impertinencia.
 Cuando aquesto pasaba

Marramaquiz estaba
 Inquieto y acostado,
 Treguas pidiendo á su mortal cuidado;
 Pero como el amor le desvelaba
 Dió, de sentido falto,
 Desde la cama un salto,
 Compuesta de pellejos,
 Otro tiempo conejos
 Que en el Pardo vivian,
 Y en la cola sus cédulas traian
 Para seguridad de sus personas:
 Mas ¡ ay muerte cruel, á quien perdonas!
 Saltó en efecto como el conde Claros,
 Y armándose de ofensas y reparos,
 Vino de ronda al puesto por la posta
 Por ver si habia moros en la costa,
 Y no siendo ilusion el pensamiento,
 Que del alma el primero movimiento
 Pocas veces engaña.
 No suele débil caña
 En las espadas verdes esparcida
 Del aire sacudida
 Hacer manso ruido
 Con mas veloz sonido,
 Como rugió los dientes:
 Ni entre los accidentes
 Del erizado frio
 Al enfermo sucede
 Aquel ardor contrario;
 Como de ver tan loco desvario,
 Que apenas le concede
 Entre uno y otro pensamiento vario
 Respiracion y aliento,
 De la vida instrumento:
 Helado y abrasado
 Entre ardores y hielos,
Que al frio de los zelos:
 Frigido fuego sucedió mezclado,
 Que con distinto efeto
 En un mismo sugeto
 Viven, siendo contrarios:
 La causa es una, y los efectos varios.
 Miraba á Zapaquilda en la ventana
 Hablando con su amante
 Sin miedo de la luz de la mañana,
 Que coronaba el último diamante
 Del manto de la noche que iba huyendo,
 Y cantando y tañendo
 Los músicos con tanto desenfado
 Como si fuera su tejado el prado:
 Que nunca los amantes
 Previnieron peligros semejantes.
 Así los embeleca
 Amor de ceca en meca,
 Como olvidado Antonio con Cleopatra,
 La gitana de Ménfis que idolatra,
 Que ciego de su gusto no temia
 Al César que siguiéndole venia:
 Porque si fué romano Octaviano,
 También Marramaquiz era romano;

Y si valiente César y prudente,
 Lo menos fué el prudente que valiente :
 Que en su tanto, los méritos mirados,
 César pudiera ser de los tejados.
 Como detrás del árbol escondido
 Mira y advierte con atento oído
 El cazador de pájaros el ramo
 Donde tiene la liga y el reclamo,
 Para, en viendo caer el inocente
 Jilguero, que los dulces silbos siente
 Del amigo traidor que le convida
 A dura cárcel con la voz fingida,
 Apenas ve las plumas revolando
 Entre la liga, cuando
 Arremete y le quita, no piadoso,
 Sino fiero y cruel; así el zeloso
 Marramaquiz atento
 Esperaba el primero movimiento
 Del venturoso amante, que decia
 Con dulce miramiento :
 « Dulce señora mia,
 ¿Cuándo será de nuestra boda el día ?
 ¿Cuándo querrá mi suerte que yo pueda
 Llamaros dulce esposa,
 Que entonces para mí será dichosa ?
 ¡Ay, tanto bien el cielo me conceda !
 Mas fué nuestra fortuna
 Que Júpiter jamas por ninfa alguna,
 Aunque se transformaba
 En buey que el mar pasaba,
 En sátiro y en águila y en pato,
 Nunca le vieron transformarse en gato,
 Porque si alguna vez gatiquisiera,
 De los amantes gatos se doliera. »
 Con voz enamorada
 Doliente y desmayada
 La gata respondia :
 « Mañana fuera el día
 De vuestra alegre boda :
 Pero todo mi bien desacomoda
 Aquel infame gato fementido,
 Marramaquiz zeloso de mi olvido :
 Que en llegando á saber mi casamiento,
 Hubiera tenerario arañamiento,
 Y estimar vuestra vida
 Me tiene temerosa y encogida :
 Que es robusto y valiente,
 Y en materia de zelos impaciente :
 Mejor será matalle con veneno. »
 Aquí de furia lleno
 Respondió Mizifuf : « ¿ Por un villano
 Pierdo el favor de vuestra hermosa mano ?
 ¿ El, señora, lo estorba ?
 ¿ Es por ventura mas que yo valiente ?
 ¿ Tiene la uña corva
 Mas dura que la mia,
 O mas agudo ó penetrante el diente
 Entre la mostachosa artillería ?
 ¿ Qué hueso de la pierna ó espinazo,
 Se me resiste á mí, qué fuerte brazo ?

¿ Yo no soy Mizifuf, yo no desciendo
 Por linea recta, que probar pretendo,
 De Zapiron, el gato blanco y rubio
 Que despues de las aguas del diluvio
 Fué padre universal de todo gato ?
 ¿ Pues cómo ahora con desden ingrato
 Teneis temor de un maullador gallina,
 Valiente en la cocina
 Cobarde en la campaña :
 Y referir por invencible hazaña,
 Dar á Garraf, un gato mi escudero,
 Que fuera de ser gato forastero
 Es ahora tan mozo
 Que apenas tiene bozo,
 Una guantada con las uñas cinco,
 Si de repente dió sobre él un brinco ?
 ¿ Qué Scipion del africano estrago ?
 ¿ Qué Anibal de Cartago ?
 ¿ Qué fuerte Pero Vazquez Escamilla,
 El bravo de Sevilla ?
 Por esos ojos, que á la verde falda
 De las selvas hurtaron la esmeralda :
 Que si entonces me hallára en el tejado,
 Que no llevara, como se ha llevado
 El queso y el relleno,
 ¿ Y quereis que le mate con veneno ?
 Esa es muerte de principes y reyes,
 Con quien no valen las humanas leyes,
 No para un gato bárbaro cobarde,
 Cuyas orejas os traeré esta tarde,
 Y de cuyo pellejo,
 Si no me huye con mejor consejo,
 Haré para comer con mas gobierno
 Una ropa de martas este invierno. »
 Aquí Marramaquiz desatinado,
 Cual suele arremeter el jarameño
 Toro feroz de media luna armado
 Al caballero con airado ceño,
 Andaluz ó extremeño,
 Que la patria jamas pregunta el toro ;
 Y por la franja del bordado de oro
 Caparazon, meterle en la barriga
 Dos palmas de madera de tinteros,
 Acudiendo al socorro caballeros,
 A quien la sangre, ó la razon obliga,
 Al caballo inocente que pensaba
 Cuando le vió venir que se burlaba :
 « Gallina Mizifuf, dijo furioso,
 El hocico limpiándose espumoso,
 Blasonar en ausencia
 No tiene de mugeres diferencia.
 Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
 De todo gato de ascendiente noble :
 Si tú de Zapiron, yo de Malandro,
 Gato del macedon magno Alejandro,
 Desciendo, como tengo en pergamino
 Pintado de colores y oro fino,
 Por armas un morcon y un pié de puerco,
 De Zamora ganados en el cerco,
 Todo en campo de golas

Sangriento mas que rojas amapolas ,
 Con un cuartel de quesos asaderos ,
 Roeles en Castilla los primeros .
 No fueron en cocinas mis hazañas ,
 Sino en galeras , naves y campañas ;
 No con Garraf tu page ,
 Con gatos moros , las mejores lanzas .
 Que yo maté en Granada á Tragapanzas ,
 Gatazo abencerrage ,
 Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo ,
 Gato que fué del regidor Rengifo ,
 Y de dos uñaradas
 Deshicé á Golosillo las quijadas
 Por gusto de una miza , mi respeto ,
 Y le quité una oreja á Boquilleto ,
 Gato de un albañil de Salobreña :
 La cola en Fuentidueña
 Quité de un estiron á Lameplatos .
 Mesonero de gatos ,
 Sin otras cuchilladas que he tenido ,
 Y la que dí á Garrido ,
 Que del corral de los naranjos era
 Por la espada primera
 Unico gaticida .
 Pero es hablar en cosa tan sabida
 Decir que el tiempo vuela y no se para .
 Que no hay cara mas fea que la cara
 De la necesidad ; y la mas bella
 Aquella del nacer con buena estrella ,
 Que alumbrá el sol , y que la nieve enfria ,
 Que es oscura la noche y claro el dia .
 Esa gata cruel , que me ha dejado
 Por tu poco valor , verá muy presto ,
 Siendo aqueste tejado
 El teatro funesto ,
 Como te doy la muerte que mereces ,
 Porque mi vida á Zapaquilda ofreces ,
 Llevando tu cabeza presentada
 A Micilda que es ya mi prenda amada :
 Micilda , que es mas bella
 Que al vespertino sol cándida estrella
 Vénus , que rutilante
 Es de su anillo espléndido diamante .
 Esta sí que merece la fe mia ,
 Mi constancia , mi amor , mi bizarría ,
 Que no gatas mudables ,
 Que si por su hermosura son amables ,
 Son por su condicion aborrecibles
 Amigas de mudanzas y imposibles . »
 Aquí sacó la espada ruginosa
 De la vaina mohosa ,
 Y á los golpes primeros
 Se llamaron fulleros ,
 Si bien no hay deshonor desenvainada ,
 Y Zapaquilda huyendo ,
 De súbito temor la sangre helada
 Dejóse el serenero en el tejado .
 Los músicos en viendo
 El belicoso duelo comenzado ,
 Huyeron como suelen :

Que no hay garzas que vuelen
 Tan altas por los vientos :
 Dicen que por guardar los instrumentos ,
 Y mil razones tienen ,
 Pues que solo á cantar con ellos vienen :
 Que mal cantára un hombre , si supiera
 Que habia luego de sacar la espada
 Que tanto el pecho altera ;
 Ni pudiera formar la voz turbada :
 Que hay mucha diferencia , si se mira ,
 De dar en los broques ó en las cuerdas .
 Pasar la espada el pecho , ó por la lira
 El arco hiriendo las pegadas cerdas .
 Andaba entonces Guruguz de ronda
 Con una escuadra vil de sus esbirros ,
 Cuyo abuelo nacido en Trapisonda
 Curaba hipocondriacos y cirros .
 Y viéndolos andar á la redonda ,
 Como si fuesen Césares ó Pirros ,
 Los dos valientes gatos ,
 Con fuerte anhelo descansando á ratos .
 Llegaron á ponerse de por medio ,
 Que fué difícil , pero fué remedio .
 Mas como respetar á la justicia
 De gente principal respeto sea ,
 Y lo contrario bárbara malicia ,
 Luego Marramaquiz rindió la espada
 ¿ Quién habrá que lo crea ?
 Mas viendo Guruguz que no queria
 Que el amistad quedase confirmada ,
 Sino permanecer en su portía ,
 Llevólos á la cárcel enojado ,
 Cuando Febo dorado
 Asomaba la frente
 Por las ventanas del rosado oriente ,
 Como si azúcar fuera , y de colores
 En campo verde iluminó las flores .

SILVA IV.

Quien dice que el amor no puede tanto ,
 Que nuestro entendimiento
 No pueda sujetarle , es imposible
 Que sepa que es amor , que reina en cuanto
 Compone alguna parte de elemento
 En el mundo visible .
 ¡ O fuerza natural incomprensible ,
 Que en todo cuanto tiene
 Una de las tres almas
 A ser el alma de sus almas viene !
 ¿ Quién no se admira de mirar las palmas
 En la region del Africa desnuda ,
 Cuando su fruto en oro el color muda
 Con solo aquel ardor vejetativo ,
 Amarse dulcemente ?
 Que en lo demas que siente
 No es mucho que de amor el fuego vivo
 Imprima sentimiento ,
 Y natural deseo
 Con lazos de pacífico himeneo .

La fiera, el ave, el pez en su elemento,
 Todos aman y quieren,
 Por la razon de bien, lo que es amable:
 Pues ama lo que solo es vegetable,
 Si de ningun sentido el bien infieren.
 Entre las cosas que por él adquieren
 Algun conocimiento,
 Perdonen cuantas aves y animales
 De su distinto gozan elemento,
 Ningunas son iguales
 En amor á los gatos,
 Exceptuando las monas,
 Que hasta en esto se precian de personas,
 Y ya que no en esencia, en ser retratos.
 Porque acontece con el hijo al pecho
 Abrazalle con lazo tan estrecho,
 Que le hacen exhalar la sensitiva
 Alma vital; así el amor les priva
 Que fué en la estimativa conocido,
 Del natural sentido;
 Y si por opinion critico alguno
 Tiene que amor tan loco
 No puede haber en animal ninguno,
 Váyase poco á poco
 Al africano Tetuan á donde
 Verá como los árboles trepando
 Esta del hombre semejanza propia,
 De que hay allí gran copia,
 Ya sale con el hijo, ya se esconde,
 Y á los que van ó vienen caminando
 Con risa de monesco regocijo
 Muestra el peloso hijo.
 Mas fuera disparate,
 Si no es que de ellas trate,
 Ir por ver una mona
 Hasta el Africa un hombre:
 Que si de Tito Livio llevó el nombre
 Muchos hombres á Roma, fué corona
 De los historiadores:
 Que solo aquellas cosas superiores
 Dignas por fama de admirable espanto
 Es bien que cuestas tanto.
 Como ver á Venecia,
Perche chi non la vede non la prezia,
 Que al cielo desde el agua se avecina,
 Y en góndolas por coches se camina.
 Los gatos en efeto
 Son del amor un indice perfeto,
 Que á lo demas prefiere,
 Y quien no lo creyere
 Asímesa á un tejado
 En frias noches de un invierno helado,
 Cuando miren las Hélices nocturnas
 Las estrelladas urnas
 Del frigido Acuario,
 Verá de gatos el concurso vario
 Por los melindres de la amada gata,
 Que sobre tejas de escarchada plata
 Su estrado tiene puesto,
 Y con mirlado geste

Responde á los maúlllos amorosos
 De los competidores,
 No de otra suerte oyendo sus amores,
 Que Angélica la bella
 De Ferragut y Orlando,
 Amantes belicosos,
 Cuando andaban por ella
 Sin comer ni dormir, acuchillando
 Franceses y españoles,
 De que no se le dió dos caracoles.
 ¿Qué cosa puede haber con que se iguale
 La paciencia de un gato enamorado,
 En la canal metido de un tejado
 Hasta que el alba sale,
 Que en vez de rayos coronó al oriente
 De carámbanos frigiditos la frente?
 Pues sin gaban, abrigo, ni sombrero
 Febo oriental le mirará primero,
 Que él deje de obligar con tristes quejas
 Las de su gata rígidas orejas,
 Por mas que el cielo llueva
 Mariposas de plata cuando nieva.
 Mas, dejando cansadas digresiones,
 Que el retórico tiene por viciosas,
 Aunque en breves paréntesis gustosas,
 Presos los dos gatíferos campeones
 Por no querer hacer las amistades,
 Y responder soberbias libertades,
 Dicen que Zapaquilda
 Y la bella Micilda
 Tapadas de medio ojo,
 Con sus mantos de humo,
 Que es llegar á lo sumo
 De un amoroso antojo,
 Fueron á ver sus presos,
 Que en tanta autoridad tales excesos
 Parecen desatino.
 En fin, Micilda enamorada vino,
 Con que á toda objeccion amor responde:
 Así la infanta doña Sancha al conde
 Garci-Fernandez preso visitaba
 En la oscura prision del rey su padre,
 Dicen que con deseos de ser madre,
 Que habia dias que sin él estaba.
 Cada cual de las dos imaginaba
 Que la otra venia
 Por el que ella queria,
 Y con este engañado pensamiento,
 Que nunca tienen mucho fundamento
 Los zelos, comenzaron á mirarse,
 En manifestacion de sus enojos,
 Tirándose relámpagos los ojos.
 ¡O quién las viera entonces levantarse
 Sobre los piés derechas
 A ver si eran verdades las sospechas,
 Y de ser descubiertas recatarse:
 Condicion de los zelos esconderse,
 Quererse declarar y no atreverse!
 Que como son desprecio del paciente
 Huyen de que se entienda lo que siente;

Que amor siempre se tuvo por nobleza,
 Y los zelos por acto de bajaça,
 Como si amor pudiese estar sin zelos,
 Que mas pueden estar sin sol los cielos:
 Testigos Juno y Prócris á quien llora
 Céfalo por los zelos de la Aurora.
 En fin, despues de sufrimiento tanto,
 Quitó Micilda de la cara el manto
 A la siempre zelosa Zapaquilda,
 Y ella, echando las uñas á Micilda,
 Con el rebozo el moño.

No suele por los fines del otoño
 Quedar la vid ñudosa en los sarmientos,
 De los marchitos pámpanos robada,
 Sin resistencia á los primeros vientos;
 Que con nevado soplo y boca helada
 Cierzo dejó cadáver con la fiera
 Mano que floreció la primavera,
 Como las dos quedaron en la rifa;
 Ni Fátima y Jarifa
 Por el abencerrage Abindarraez:
 Ni por Martin Pelaez,
 Que del Cid heredó la valentía,
 Doña Urraca y María de Meneses,
 Aquella á quien pedía
 Con palabras corteses
 Las nueces su gala, si no bailaba;
 Así zeloso amor las provocaba.
 En fin, á puros tajos y reveses
 De las rapantes uñas aguilieñas,
 Desmoñadas las greñas
 Y el soliman raído,
 Quedaron desmayadas sin sentido,
 Haciendo cada cual la gata-morta.
 No fué con esto la prision mas corta;
 Pero salieron de ella finalmente:
 Que el tiempo con los bienes ó los males,
 Dejando siempre atras todo accidente,
 Que fué final accion de los mortales,
 Vuela sin detenerse
 Dejándose llevar para perderse.
 Así pasó la gloria de Numancia,
 Y la brava arrogancia
 De la fuerte Sagunto,
 Porque la tierra toda es solo un punto
 De la circunferencia de los cielos.
 Pero ¿qué desatino de las musas
 Me lleva á tan extrañas garatusas?
 Las iras del amor y de los zelos
 Pasaron adelante
 En uno y otro amante.
 Pero Marramaquiz, aconsejado
 De sus amigos, remitió el cuidado
 Al amor de Micilda:
 Mas, como el que tenia á Zapaquilda
 Era del alma verdadero afeto,
 Aunque disimulaba á lo discreto,
 Andaba triste y de congojas lleno.
 ¡Misero del que vive en cuerpo ageno,
 Y por un amoroso desvarío

Pierde la libertad del albedrío,
 Que no la compra el oro,
 Porque es de todos el mayor tesoro!
 Tenia las mandíbulas de suerte
 Que era un retrato de la muerte fiera,
 Aunque es yerro pintarla calavera,
 Porque aquella es el muerto, no la muerte.
 La muerte ha de pintarse una figura
 Robusta, de cruel semblante airado,
 Los fuertes piés en una piedra dura,
 Fino sepulcro en pórfido labrado,
 Con reyes y monarcas
 Hasta el que calza rústicas albarcas
 Damas que sujetaron capitanes,
 Y en ásperas naciones
 Por bárbaras regiones
 De fieros mamelucos y soldanes;
 Y pintadas al uno y otro lado
 La enfermedad, la guerra y la desgracia,
 Parcas que tantas muertes han causado
 Por tantos desconciertos;
 Que huesos ya no es muerte, sino muertos.
 No aprovechaba la hermosura y gracia
 De Micilda á quitar al pobre amante
 La memoria tenaz que amor escribe
 Con la flecha cruel en el diamante
 Del alma donde vive,
 Y compitiendo con el tiempo quiere
 Que viva en ella cuando el cuerpo muere.
 En estos medios Mizifuf intenta,
 A su compedidor viendo remoto,
 Por medio de Garrullo su compadre.
 Que habia sido gato en una venta,
 Pedirla por muger á Ferramoto
 De Zapaquilda padre.
 Propusole Garrullo
 Con prudente maúlla
 Las partes de su amigo,
 Como de ellas testigo,
 Sin otras consecuencias
 Que atajaban zelosas diferencias.
 Ferramoto era un gato
 De buen entendimiento y de buen trato,
 Cano de barba y negro de pellejo,
 Persona que en la verde primavera
 De sus años jamas en la ribera
 De Manzanares se le fué conejo;
 Porque sirvió de galgo
 A cierto pobre y miserable hidalgo
 Que con él se alumbra:ba:
 Y de suerte de noche relumbra:ba,
 Que pensando una moza que era lumbre
 Las niñas de los ojos que brillantes
 En la ceniza estaban relumbrantes,
 Yendo al hogar, como era su costumbre,
 Sin pensar darle enojos,
 Le metió la pajucla por los ojos.
 Nunca sin esto gato marquesote
 Oposicion le hizo:
 Oyó de buena gana lo propuesto,

Y del novio galan se satisfizo,
 Aunque llegando á concertar el dote,
 De seca nimbros un cesto
 Dijo que le daría,
 Que de cama de campo le servia,
 Seis sabanas de lienzo de narices,
 Con algunos fragmentos por tapices
 De viejos reposteros,
 Cuatro quesos añejos casi enteros,
 Y una mona cautiva que tenia,
 Que hablaba en lengua culta y la entendia,
 Sin otras menudencias.
 Con estas conveniencias
 Las capitulaciones se firmaron,
 Y el dia de la boda concertaron.
 Marramaquiz estaba
 En ocasion tan triste,
 Como por burla y chiste,
 Jugando á la pelota
 Con un raton á quien pescó de paso;
 Que en un baul de versos del Parnaso
 A una maleta rota,
 Aunque llena de pleitos y escrituras,
 Pasaba haciendo gestos y figuras.
 Tal suele acontecer un triste caso
 En medio de la vida,
 Que no hay seguridad en cosa humana.
 Ya con veloz corrida
 Daba esperanza vana
 Al misero animal, ya le volvia,
 Ya le arrojaba en alto
 Mojado de temor, de aliento falto,
 Y en medio del camino le cogia
 Como quien tira al vuelo,
 Diciendo; tente, como al agua el hielo;
 Ya con las manos mizas
 Le daba por los lados
 Algunos bofetones regalados,
 Cuando llegó Tomizas;
 Tomizas su escudero, y sin aliento
 Le dijo el casamiento concertado
 De Mizifuf y Zapaquilda ingrata.
 Y sintiendo perder su dulce gata,
 Dejó al pobre animal que desmayado
 Apenas acertaba con la vida;
 Mas puesto en fuga la libró perdida:
 Que quien no ha de morir, si la fortuna
 Revoca la sentencia,
 Nunca le falta diversion alguna
 En aquella dichosa intercadencia.
 A Tomizas en fin la diligencia
 Volió una manotada con la zurda,
 Que cuando no le aturda
 No es poco para zurda manotada
 Que le dejó la cara desgatada.
 Esto gana traer del mal albricias:
 ;O cuánto, Amor, de la razon desquicias
 Un noble caballero!
 Por eso ningun page ni escudero
 Se fie en la privanza,

Que es fácil en señores la mudanza;
 Y el sol es gran señor y nunca para
 En rueda mas mudable; á la fortuna
 Se parece la dama doña Luna,
 Que nunca vemos de una misma cara.
 Dejando la pelota el triste amante,
 De zelos y de amor perdido y loco,
 Que la vida y la honra tiene en poco,
 Vino á su casa con tristeza tanta
 Que se metió debajo de una manta,
 Y luego provocado á mayor furia
 De una carrera se subió al tejado.
 Así desnudo Orlando, provocado
 De no menor injuria,
 Cuando leyó los rótulos del moro
 Que decian: « Amor, que sin docoro
 En la buena fortuna te gobiernas,
 Aquí gozó de Angélica Medoro. »
 En el papel de las cortezas tiernas
 De aquellos olmos de su bien testigos,
 Para el frances Orlando cabra-higos;
 Bajó Marramaquiz desesperado,
 Y entrando en la cocina,
 Sin respeto de Paula y de Marina,
 Esclavas del ausente licenciado,
 Como laureles y álamos las mira
 Donde Climéne por Faeton suspira,
 Los pucheros y cántaros quebraba,
 Vertió la olla en la sazón que hervia;
 Y llamando á Borbon borbor decia.
 Y á tanto mal llegó su desatino
 Que sacó media libra de tocino
 Que andaba como nave en las espumas,
 Y si no se lo quitan se lo mama:
 Tanto pueden los zelos de quien ama.
 Una perdiz con plumas
 Quiso tragarse, y no dejaba cosa
 Que no la deshiciese
 Por alta que estuviese:
 Trepaba la lustrosa
 Reluciente espetera,
 Derribando sartenes y asadores:
 Y con estas demencias y furros
 En una de fregar cayó caldera,
 (Trasposicion se llama esta figura)
 De agua acabada de quitar del fuego,
 De que salió pelado.
 Pero viniendo luego
 El señor licenciado,
 Dijo: que era veneno que tendria
 Algun vecino que matar queria
 Ratones de su casa,
 Hecha de rejalgar traidora masa,
 Y á su servicio ingrato
 Por matar los ratones mató el gato.
 Y dijo bien segun los aforismos
 De Nicandro, que son los zelos mismos
 Un veneno tan subito, que apenas
 Toca la lengua, cuando ya las venas
 Y el corazon abrasan:

Tan presto al centro de la vida pasan,
 Que no hay frias cicutas, ni anapelos
 Como solo un escrúpulo de zelos.
 En fin, de ver al gato lastimado,
 Que le habia criado,
 Envió por triaca,
 Que todo venenoso ardor aplaca,
 De la magna que hacen en Valencia,
 De que tenia una redoma sola
 Cierta farmacopóla:
 El gato con paciencia,
 Respeto de su dueño,
 Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA V.

O tú, *don Lope*, si por dicha ahora
 Por los mares antárticos navegas,
 O surto en tierra cuando al puerto llegas
 Preguntas á la aurora
 Qué nuevas trae de la bella España
 Donde tus prendas amorosas dejas,
 Y por regiones bárbaras te alejas;
 O miras en los golfos
 De la naval campaña
 Por donde vino Júpiter á Europa
 Encina de la popa
 Sin velas de Mauricios ni Rodolfos,
 Mas traidores que fué Vellido de Olfos,
 Sereno el rostro en la dormida Tétis
 De la airada Anfitrite,
 Mas que en Sevilla corre humilde el Bétis,
 Cuando á la mar permite
 La luna barquerola,
 No por las nubes de color de Angola,
 Una punta á la tierra y la otra al cielo,
 De pocas luces salpicando el velo;
 Escucha en voz mas clara que confusa
 Mi gatífera musa,
 Y no permitas, *Lope*, que te espante
 Que tal sujeto un licenciado cante
 De mi opinion y nombre,
 Pudiendo celebrar mi lira un hombre
 De los que honraron el valor hispano,
 Para que al resonar la trompa asombre
Arma virumque cano.
 Que como no se usa
 El premio, se acobarda toda musa;
 Porque, si premio hubiera,
 Del Tajo la ribera
 Dyera en trompa bélica sonora
 Divinos versos, hijos del aurora.
 Por esto quiere mas que ver ingratos
 Cantar batallas de amorosos gatos,
 Fuera de que, escribieron muchos sabios
 De los que dice Persio que los labios
 Pusieron en la fuente cabalina,
 En materias humildes grandes versos.
 Mira si de Virgilio fueron tersos,
 Cuya princesa pluma fué divina,

Quando escribió el *Moreto* que en la lengua
 De Castilla decimos *Almodrote*,
 Siu que por él le resultase mengua,
 Ni por pintar el picador *Mosquito*.
 Y ¿quién habrá que note,
 Aunque fuese satírico *Aristarco*,
 De *Ulises* el diálogo á *Plutarco*?
 La calva en versos alabó *Sinesio*,
 Gran defecto *Tartesio*,
 Quiere decir que hay calvos en España
 En grande cantidad, que es cosa extraña,
 O porque nacen de cerebro ardiente.
 Y tambien escribió del transparente
Camaleon *Demócrito*,
 Y las *cabañas rústicas* *Teócrito*,
 Y tanta filosófica fatiga
Díocles puso en alabar el *nabo*,
 Materia apenas para un vil esclavo,
 El *rábano* *Marcion*, *Fanias* la *ortiga*.
 Y la *pulga* don *Diego* de *Mendoza*,
 Que tanta fama justamente goza.
 Y si el divino *Homero*
 Cantó con plectro á nadie lisonjero
 La *Batracomiomaquia*,
 ¿Porque no cantaré la *Gatomaquia*?
 Fuera de que, *Virgilio* conocia
 Que á cada cual su genio le movia.
 Ya todo prevenido
 Para el tálamo estaba,
 Y el dia estatuido
 La posesion llamaba
 A la esperanza de los dos amantes:
 Mas muchas veces con peligro toca
 El vidrio lleno de licor la boca.
 Alegres los vecinos circunstantes,
 Convidados los deudos y parientes,
 Y escrito á los ausentes,
 Que en tales ocasiones mas atentos
 Estan á la verdad los cumplimientos.
 Solo *Marramaquiz*, gato furioso,
 Lamentaba zeloso
 Sus penas y cuidados
 Por altos caballetes y tejados
 En que su voz resuena,
 Cual suele por las selvas *Filomena*,
 Que ha perdido su dulce compañía,
 Con triste melodia
 Esparcir los acentos de su pena,
 Trinando la dulcísima garganta
 Que á un tiempo llora y canta;
 O como perro braco
 Que ha perdido su dueño,
 O flamenco ó polaco,
 Que ni se rinde al sueño,
 Ni el natural sustento solicita,
 Aunque en cantar no imita
 Al ruiseñor suave;
 Que una cosa es el perro y otra el ave,
 Y á cada cual su propio officio cuadar.
 Porque si canta el ave, el perrol dra.

Tenia ya Ferrato
 En un zaquizamí curiosamente
 La sala aderezada
 De uno y otro retrato
 De belicosa, cuanto ilustre gente,
 Que las efigies son de los mayores
 El mas heróico ejemplo,
 De la perpetuidad glorioso templo;
 Como se ven del Taborlan y Eneas
 Y en Calvo el de las fuerzas gigantes,
 En Juan de Espera en Dios y en Transilvano,
 En Pirro griego y Scévola romano.
 Allí estaba Gafurio,
 Que ganó la batalla de las monas,
 De grave gesto y de nacion ligurio,
 Y otros gatos con civicas coronas,
 Navales y murales,
 Y al laurel de los Césares iguales.
 No faltaban el Túmire y el Mocho,
 Ni con el descolado Hociquimocho,
 Que asistia en las salas del cabildo,
 Y el armado Mufildo,
 Mas de valor que acero,
 Ni Garavillos, gato perulero.
 Estaba el rico estrado,
 De dos pedazos de una vieja estera
 llecho de barandilla,
 De ricas almohadas adornado
 En tarimas de corcho, y por de fuera
 El grave adorno de una y otra silla,
 Con tanta maravilla,
 Que si un culto le viera
 Es cierto que dijera
 Por únicos retóricos pleonasmos:
Pestañeando asombros, guiño pasmos.
 Ya las sombras cayendo
 De los mayores montes
 A los humildes valles
 Enlutaban los claros horizontes,
 Y el mecánico estruendo
 En las vulgares calles
 Cesaba á los oficios;
 Tráflagos y bullicios
 Encerraba el silencio en mudos pasos;
 Y á diferentes casos
 La ronda y los amantes prevenian
 Las armas que tenian,
 Cuando á la luz huyendo la tiniebla
 De alegres deudos el salon se puebla.
 Vino Calvillo de fustan vestido
 De patas de conejo guarnecido,
 Gregüesco y saltambarca,
 Mas amante de Laura que el Petrarca,
 Por una gata de este nombre propio,
 Aunque parezca en gatos nombre impropio:
 Pero si llaman á una perra Linda,
 Diana, Rosa, Fatimia y Celinda,
 Bien se pudo llamar Laura una gata,
 De pié bruñido como tersa plata.
 Más de bocaci trujo gregüesco,

Cuero de cordoban, gorron tudesco:
 Y de negro con mucha bizarría,
 Zurron, gato mirlado,
 De medias y de estómago colchado:
 Ranillos que bajó de Andalucía
 De conejo en conejo
 Por la Sierra Morena
 A ver del Tajo la ribera amena,
 Con el cano Alcubil, su padre viejo:
 Gruñillos y Cacharro,
 La nata y flor del escuadron bizarro:
 Marrullos y Malvillo
 Uno de raso azul y otro amarillo;
 Garron, Cerote y Burro,
 Gatos de un zapatero.
 ¿Mas para qué discurro
 Con verso torpe y proceder grosero,
 Cuando lo menos de lo mas refiero,
 Si me aguardan las damas que aquel dia
 Mostraron cuidadosa bizarría?
 Vino Miturria bella,
 Motrilla y Palomilla,
 La flor de la canela y de la villa,
 Y cada cual en la opinion doncella,
 Cosa dificultosa:
 Por eso es bien que la muger hermosa
 Cuando honesta se llama
 Tenga por obras el perder la fama:
 Y entre todas fué rara la hermosura
 De la bella y discreta Gátifura,
 Y vestida de nácar Zarandilla,
 La gata mas golosa de Castilla.
 Ocupadas las sillas y el estrado,
 Salió Trevejos, gato remendado,
 Y sacando á la bella Gatiparda
 Comenzaron los dos una gallarda
 Como en Paris pudiera Melisendra;
 Y luego con dos cáscaras de almendra
 Atadas en los dedos, resonando
 El eco dulce y blando,
 Bailaron la chacona
 Trapillos y Maimona,
 Cogiendo el delantal con las dos manos,
 Si bien murmuracion de gatos canos.
 Mas ya, Musas, es justo
 Que me deis vuestro aliento y vuestro gusto
 Canoro sí, mas claro,
 Que parezca de un nuevo Sanazaro:
 Denme vuestros cristales en los labios,
 Que de ignorantes me los vuelvan sabios,
 Que Zapaquilda de la mano sale
 De doña Golosilla, su madrina.
 Saya entera de tela columbina,
 De perlas arracadas
 En listones de nácar enlazadas,
 La cabeza de rosas primavera
 Mas estrellada que se ve la esfera,
 El blanco pelo rubio á pura gualda
 Y un alma en cada niña de esmeralda,
 De cuyos garabatos

Colgar pudieran las de muchos gatos,
 Chapines de tabí con sus virillas,
 Entre una y otra descubriendo espacios
 De la roja color de los topacios,
 De nuestra edad y siglo maravillas :
 Que lo que ser soñó
 Un medio celemin con ataujía,
 Un pirámide es hoy de tela de oro,
 Y cuestan sus adornos un tesoro,
 Que ponen miedo de casarse á un hombre,
 Subiendo el dote á un número sin nombre,
 Si piensa sustentar trage tan rico.
 Sentóse al fin mirándose de hocico,
 Y prosiguió la fiesta de la danza
 Contra la posesion de la esperanza.
 ¡ Mas quién dijera que saliera incierta!
 Marramaquíz entrando por la puerta
 Vencido de un frenético erotismo,
 Enfermedad de amor, ó el amor mismo,
 Suspenso y como atónito el senado
 De ver de acero y de furor armado
 Un gato en una boda
 Donde es propia la gala y no el acero,
 Alborotóse todo :
 Y Zapaquilda viéndole tan fiero
 Humedeció el estrado, y con mesura
 Comunicó su miedo á Gatífura,
 Si bien consideraba,
 Que entonces Mizifuf ausente estaba,
 Porque solo esperaban que viniese,
 Y que la manó práctica le diese,
 De que ya la teórica sabía,
 Que confirmase tan alegre día.
 En esta suspension todos turbados
 Marramaquíz abrió los encendidos
 Ojos, vertiendo de furor centellas,
 Los dejó temerosos y admirados,
 Imprimiendo esta voz en sus oídos
 Al aliento feroz de sus querellas :
 « Villanos descorteses,
 Mas falsos y traidores
 Que moros y holandeses,
 Porque siendo autores
 No sois en las maldades inferiores :
 Escuadron de gallinas,
 Junta de gatos viles,
 Que no de bien nacidos,
 Bajos habitadores de cocinas
 Entre asadores, ollas y candiles,
 Donde, como á cobardes y abatidos,
 La mas humilde esclava os apalea :
 No trocando jamas la chimenea
 Por la guerra marcial y sus rebatos,
 Lamiendo lo que sobra de los platos,
 Y durmiendo el invierno cuando eriza
 Los cabellos el hielo
 Revueltos en la calida ceniza,
 Hasta que ardiente el sol corona el cielo :
 Yo soy Marramaquíz, yo soy, villanos,
 El asombro del orbe,

Que come vidas y amenaza sorbe ;
 Aquel de cuyos garfios inhumanos,
 Leon en el valor, tigre en las manos,
 Hoy tiemblan justamente
 Las republicas todas
 Que desde el norte al sur por varios mares
 Miran de Febo la dorada frente,
 Y el que ha de hacer que tan infames bodas
 Y con tantos azares
 Sean las de Hipodamia,
 Esta en vosotros resultando infamia. »
 ¡ O Musas! este gato habia leído
 A Ovidio, y por ventura
 De la fábula de Hércules quería
 El ejemplo tomar, pues atrevido
 Hércules se figura,
 Y los gatos Centauros que aquel día
 Murieron á sus manos,
 Porque no fueron pensamientos vanos
 Los de sus zelos locos,
 Pues de sus manos se escaparon pocos,
 Llamándolos traidores Mauregatos ;
 Y levantando una cuchara de hierro
 A eterno condenándolos destierro,
 Fué Tamborian de gatos,
 Haciendo mas estrago su arrogancia,
 Que en Carlago y Numancia
 El romano famoso.
 A un gato que llamaban el Raposo,
 Mas que por el color, por el oficio,
 La cara que no tuvo reparada
 Quitó de una valiente cuchillada,
 Imposible quedando al beneficio :
 Y de un reves que sacudió á Garrullo
 Dió el último maullo :
 Cortó una pierna al misero Trevejos,
 Gran cazador de gansos y conejos :
 Desbarató el estrado
 Que pensaron guardar gatos bisoños
 Con cuchares de palo por espadas,
 Que de galas quedó todo sembrado,
 Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,
 Rosetas, gargantillas y arrucadas,
 Chapines, orejeras y zarcillos ;
 Y porque defendió llegar Malvillos
 A robar á la novia, dió dos cabeas,
 Como Hércules á Licas,
 Y quebrando con él á dos boticas
 Desde una claraboya
 Quanto componen purgas y jarabes.
 Ni á vista de sus naves
 Fué mas furioso Aquiles cuando en Troya
 Le dijeron la muerte de Pulroelo ;
 Ni con mazo ni escoplo
 Tantas astillas quitó el carpintero,
 Como vidas quitó zeloso y llero ;
 Ni mas sangriento Nero
 La misera plebeya
 Gente miró quemar desde Tarpeya.
 En fin, llegando donde ya tenia

Zapaquilda la vida por segura
 Le dijo : « tente , ¿ dónde vas perjura ? »
 Ella temblando respondió turbada :
 « Huyendo el filo de tu injusta espada
 Que se quiere vengar de mi inocencia
 Con tan fiera insolencia ,
 Quitándome mi esposo :
 Pero yo me sabré quitar la vida ,
 Polifemo de gatos. »
 « Ojos hermosos siempre , y siempre ingratos :
 (Le respondió furioso)
 ¿ De esa manera hablais en mi presencia ?
 ¡ O gata la mas loca y atrevida !
 Yo soy solo tu esposo , fementida .
 Y al villano que piensa así sacarte
 Con este casamiento , será parte
 De estas enamoradas uñas mías ,
 Que vencen las Harpías ;
 Verás , si no me huye ,
 Y el bien que me quitó me restituye ,
 Como le mato , y desollando el cuero
 Le vendo para gato de dinero. »
 « Si tu (le respondió) mi dulce esposo
 Me matares tirano ,
 Yo con mi propia mano
 Me quitaré la vida »
 Furioso entonces sobre estar zeloso ,
 De donde estaba ¡ ay misera ! escondida ,
 Trasládola á sus brazos inhumano ,
 Cual suele hiedra á los del olmo asida
 Tregar lasciva á la pomposa copa ,
 Vistiendo el tronco de su verde ropa
 De verdes lazos y corimbos llena .
 Así París robó la bella Helena ,
 Las naves aguardando en la marina ;
 Y así fiero Pluton á Proserpina .
 Ella entonces llamaba
 A Mizifuf á voces ,
 Que no la oía porque ausente estaba .
 Al fin , tirando coces
 Se le cayó un zapato :
 Mas ni por eso se dolió el ingrato ,
 Viendo correr las lágrimas por ella ;
 Y él corriendo con ella ,
 Que ni deudo ni amigo la socorre ,
 La puso de su casa en una torre ,
 Como tuvo Galvan á Moriana :
 Tales del mundo la esperanza vana ,
 Porque quien mas en los principios fia ,
 No sabe á donde ha de acabar el día .

SILVA VI.

Cuando el soberbio bárbaro gallardo
 Llamado Rodamonte ,
 Porque rodó de un monte ,
 Supo que le llevaba Mandricardo
 La bella Doralice ,
 Como Ariosto dice ,
 A diez y seis de agosto ,

Que fué muy puntual el Ariosto ,
 Cuenta que dijo cosas tan extrañas
 Que movieran de un bronce las entrañas ,
 Prometiendo arrogante
 No ver toros jamas , ni jugar cañas ,
 Aunque se lo mandasen Agramante ,
 Rugero y Sacripante ,
 Ni comer á manteles ,
 Ni correr sin pretal de cascabeles ,
 Ni pagar , ni escuchar á quien debiese ,
 Porque mas el enojo encareciese ,
 Ni dar á censo , ni tomar mohatra ,
 Ni pintar con el áspid á Cleopatra .
 Y lo mismo decia cuando el rapto
 De Helena fementida
 El griego rey Atrida
 Contra el pastor para traiciones apto ,
 Que dió en el monte Ida
 En favor de Acidalia la sentencia ;
 Que hay muchas en la Vera de Plasencia ,
 Que vienen mas tempranas ,
 Si las hacen los ojos
 De juveniles bárbaros antojos :
 Que aun no repara en canas
 Esto que todos llaman apetito ,
 Y mas donde no tienen por delito
 Que la santa verdad corrompa el premio .

Mas todo este proemio
 Quiere decir en suma ,
 Aunque era campo de extender la pluma ,
 Lo que el valiente Mizifuf , oyendo
 El suceso estupendo
 Del robo de su esposa ,
 Helena de las gatas ,
 Dijo con voz furiosa ,
 Cuando galan venia á desposarse ,
 Tan imposible ya de remediarse :
 De las tremantes ratas
 Fugitivo escuadrón con piés ligeros
 Temeroso ocupó los agujeros :
 Y arrojando la gorra ,
 Que fué de un ministril de Calahorra ,
 Hizo temblar la tierra ,
 A fuego y sangre prometiendo guerra .
 Ferrato , ya perdida la esperanza ,
 Mesándose las barbas y cabellos
 Blancos , que nunca blancos fueron bellos ,
 Culpaba su tardanza ,
 Porque las dilaciones
 Pierden las ocasiones ,
 Porque en la calva tienen un copete ,
 Que solo se le coge el que acomete ,
 Porque aguardar á que la espalda vuelva
 Es seguir un venado por la selva :
 Que alcanzarle no fuera maravilla
 Quien le fuera siguiendo por la villa .
 Mizifuf la tardanza disculpaba
 Con que lejos vivia
 El zapatero que esperando estaba ;
 ¡ O cuántos males causa un zapatero !

Y que despues calzarle no podia ,
 Aunque los dientes remitiese al cuero ,
 Las botas justas que con calza larga
 Era la gala entonces , que por fresco
 Dicen autores que mató el gregüesco ,
 Por quitar la opresion de tanta carga .
 ¡ O quién para olvidar melancolias ,
 De las que no se acaban con los dias ,
 Un gato entonces viera
 Con bota y calza entera !
 ¿ Pero dónde me llevan niñerías
 Que en Italia se llaman bagatelas ;
 Ingiriendo novelas
 En tan funestos casos ,
 Mas dignos de Marinós y de Tasos ,
 Que de Helicon son solos y soles ,
 Que de mis versos rudos españoles ?
 Lloraba Mizifuf , lloraba fuego ,
 Que fuego lloran siempre los amantes ,
 Arrojo los guantes ,
 A quien los cultos llaman quirotecas ,
 (¡ O bien hayan Illecas y Ballecas !)
 Sin admitir un punto de sosiego ,
 Como en Paris el moro , en Troya el griego .
 No suele de otra suerte pasarse
 Quien tiene algun extraño desconcierto ,
 Sin que pueda apartarse
 Del negocio que trata ,
 Pálido el rostro , de sudor cubierto ,
 Como ya por su honor , ya por su gata
 Inquieto Mizifuf se condolia
 Por dilatar de su venganza el dia .
 En tanto pues que amigos y parientes
 Consultaban el modo
 Como acabar del todo
 Agravios tan infames é insolentes ;
 Marramaquiz estaba
 Solicitando el pecho
 De Zapaquilla de diamantes hecho ,
 Que en la dura prision perlas lloraba
 A guisa de la Aurora
 Que parece mas bella cuando llora ;
 Que la muger hermosa ,
 Cuando baña la rosa
 De las mejillas con el tierno llanto ,
 Aumenta la hermosura ,
 Si no da voces y en el llanto dura .
 Marramaquiz en tanto
 Produciendo concetos ,
 De su locura efectos ,
 Ya en prosa , ya en poesia ;
 Desvelado la noche , y triste el dia ,
 Se alambicaba el misero cerebro .
 No dejaba requiebro
 Que no imitase tierno á los orates ,
 Que el mundo amantes llama ,
 Y de la tierna dama
 Amores y cariños ,
 Hasta los disparates
 Que les dicen las amas á los niños

Cuando les dan el pecho las mañanas
 Con intrínseco amor diciendo ufanas :
 Mi rey , mi amor , mi duque , mi regalo ,
 Mi Gonzalo ; mas esto solamente
 Si se llama Gonzalo ,
 Porque fuera requiebro impertinente
 Si se llamára Pedro , Juan ó Hernando :
 Que convienen las flores con los frutos ,
 Y á las cosas tambien sus atributos .
 Estaba el sol apenas matizando
 Las plumas de las alas de los vientos ,
 Dando á los dos primeros elementos ,
 Esmeraldas al uno , al otro plata ,
 Cuando salia por su amada gata
 Al soto de Luzon el triste amante ,
 Sin respetar al arcabuz tronante ,
 A buscar el gazapo entre las venas
 De la tierra , que apenas
 Salir al campo osaba ,
 Y de una manotada le pescaba .
 No habia pez , ni pieza
 De vaca en la cocina ,
 Que en volviendo Marlina
 A buscar otra cosa la cabeza ,
 No caminase ya por los tejados
 Para el dueño cruel de sus cuidados ,
 Tan ligero , veloz , tan atrevido ,
 Que no paraba sin hacer ruido
 Hasta sacar la carne de la olla ,
 Del asador la polla ,
 Aunque sacase , por estar ardiendo ,
 O pelada la mano ó con ampolla ,
 Fufú , fufú diciendo .
 ¡ O amor ! y cuantas veces
 De la misma sarten sacó los peces
 Sin cuchares de hierro , ni de plata ,
 Y la cruel á mas amor , mas gata ,
 « ¿ Es posible (decia
 Con lastimosas quejas)
 ¡ O mas dura que mármol á mis quejas ,
 (Porque el gato las églogas sabia)
 Y al amoroso fuego que me enciende
 Mas helada que nieve, Galatea !
 Que de mi fuego el hielo te defiende
 De ese pecho cruel , que me desea
 La muerte , que antes sea
 La de tu Adónis Mizifuf cobarde ,
 Que gozarás , cruel , ó nunca ó tarde ,
 Que no te duelen tantas penas mias ,
 Ni el verte tantos dias
 Cautiva en esta torre ,
 Que ni te viene á ver ni te socorre ,
 Que para aborrecerle te bastaba ?
 Micilda me buscaba ,
 Micilda me queria ,
 Por tí la aborrecia
 Siendo gata de bien , siendo estimada
 Por honesta dencella , y retirada
 De amigas , de papeles y paseos ,
 Que clandestinos trazan himeneos .

¿Qué no dejé por tí , que te has casado
 Con un gato afrentado , que si fuera
 Afrenta entre los hombres el ser gato ,
 Que la costumbre toda ley altera ,
 Solo este fuera gato por ingrato ? »
 • No te canses (la gata respondia
 Con ojos zurdos de Neron romano)
 Marramaquiz tirano ,
 Que siendo como es justa mi porfia ,
 Ni he de temer tus daños ,
 Ni me podrás vencer con tus engaños. »
 ¿Qué obstinacion , qué furia
 Te obliga , Zapaquilda , á tanta injuria ?
 Mira que la nobleza
 De tu zeloso amante ,
 Siendo tan arrogante ,
 A su misma cruel naturaleza
 Se rebela teniéndote respeto ,
 Añadiendo al ser noble el ser discreto .
 Este apóstrofe ha sido
 Justamente advertido
 A la gata cruel desamorada ,
 Por lo que á los retóricos agrada
 Que adornan la oracion con voces puras ,
 Y sacan un retablo de figuras :
 Que cuanto á mí , jamas me atravesára
 Con gente de uñas y de mala cara .
 Ya Mizifuf en casa de Ferrato
 Juntaba deudos , procuraba amigos ,
 De su dolor testigos ,
 Acusando el cruel bárbaro trato
 Del comun enemigo , que este nombre
 Como al turco le daba :
 Y porque mas de su maldad se asombre ,
 El robo de su esposa exageraba :
 Que cada cual en su dolor y pena
 Hasta una gata puede hacer Helena .
 Estando pues sentados en secreto
 En el zaquizami de su posada ,
 Dijo á la noble junta lastimada
 Con triste voz de su desdicha efeto :
 • Aquel justo conceto
 Que de vuestro valor tengo formado .
 Me excusa de retóricos ambages ,
 Amigos y parientes ,
 Si estuvisteis presentes
 A la dura ocasion de mi cuidado ,
 De que tan tarde me avisaron pages ,
 Que siempre legan tarde los avisos
 A los que son para su bien remisos ;
 ¿ Con qué podré moveros ?
 ¿ Con qué podré obligaros ?
 ¿ O qué podré deciros
 Que pueda enterneceros ,
 Que pueda provocaros ,
 Si no son los suspiros
 Medias voces del alma ,
 Cuando con el dolor la lengua calma ?
 Este , que aqui no explico ,
 Está diciendo el pálido semblante

Lo que con muda lengua significo ,
 Pues cuando mas la encumbre y adelante .
 Mas corto he de quedar : que los enojos
 Remiten la retórica á los ojos :
 Que la muda tristeza muchas veces
 El Demóstenes fué de la elocuencia ,
 Y mas donde son sabios los jüeces ,
 Que excusan de captar benevolencia ,
 Pues no pudiera Grecia en su Liceo
 Ver mas doctrina que en vosotros veo .
 Todos Platonos sois , todos Catones ;
 Mas podrá la razon que las razones .
 Yo vine provocado de la fama
 A ver de Zapaquilda la hermosura
 Por alta mar del hado condadura ,
 Donde mis ojos encendió mi llama
 Fuego de fenix que á los siglos dura
 Opuestos á la muerte y al olvido .
 Si fui favorecido ,
 Si agradeció mi amor y pensamiento ,
 Bien lo dice el tratado casamiento ,
 Pues que nos veis con la ocasion perdida ,
 Ella sin libertad , y yo sin vida ;
 Cortés la quise sin violencia alguna ,
 Que nunca fué violenta la fortuna .
 Cuando pagó mi amor , yo no sabia ,
 Como quien era gato forastero ,
 Que este tirano á Zapaquilda amaba .
 Con esto la primera luz del dia ,
 Y con ella su cándido lucero
 En mis ojos brillaba
 Primero que en las flores ,
 A su ventana repitiendo amores .
 Allí tambien en su primera estrella
 La noche me buscaba divertido
 Adorando las tejas ,
 De sus balcones rejas ,
 Y dulce elevacion de mi sentido ,
 Hasta que hablar con ella
 Envidioso traidor y fementido
 Me vió en su celosía ,
 Donde probó mi amor su valentia .
 Resultó la prision , y es tan villano ,
 Que ha engañado á Micilda ,
 Y dándola su fe , palabra y mano
 De que será su esposo ,
 Siendo cumplirla el acto mas honroso .
 Cuando me vió casar con Zapaquilda ,
 En afrenta de todos sus parientes
 Y amigos que presentes
 Estuvieron atónitos al caso ,
 Echando los mas graves por la tierra
 Como estaban de boda y no de guerra ,
 Padeciendo mi sol tñ triste ocaso ,
 Se la llevó con atrevido paso ;
 Zeloso el corazon , la vista airada ,
 Hiriendo á quien delante se le puso ,
 Tanto que con Garraf de una gantada
 Los botes y redomas descompuso
 De un boticario que vivia en frente ;

Y como de repente
 En un perol cayese desde un banco,
 Todo lo revistió de unguento blanco;
 Vertió una melecina,
 Y paró medio muerto en la cocina,
 En ocasion tan dura,
 En ocasion tan triste,
 Que es mármol quien las lágrimas resiste.
 Mas quiero epitomar mi desventura:
 Mi esposa me han robado,
 Sin honra estoy. » Aquí si no fué mengua.
 Fué el silencio la voz, los ojos lengua,
 Porque la grave pena
 Cortando la razon dejóle mudo.
 Enterneciósse el inclito senado
 Haciendo propia la desdicha agena,
 Luego que vió que proseguir no pudo.
 Y respondió Panzudo,
 Un gato venerable de persona,
 Aunque pelado de cabeza estaba,
 Cosa que á muchos buenos acontece:
 Si bien esto no fué lo que parece,
 Cuando á un amante viene la pelona;
 Mas golpe que le dió cierta fregona
 Que de un menudo que lavar pensaba
 Cuando menos atenta la miraba
 Asido del principio de una tripa,
 Que á la vista las manos anticipa,
 Le fué desenvolviendo hasta el tejado
 Como cordel de un cabo y otro atado,
 Del ovillo de sebo el laberinto:
 Y cada cual de todos participa
 De este dolor como si propio fuera,
 Dijo con el semblante mesurado
 En prudentes palabras desatado:
 « Con justa causa Mizifuf espera
 Verse favorecido,
 Y vengado tambien del atrevido
 Que le robó su esposa,
 Fatal desdicha de muger hermosa. »
 Y respondió Tomillo.
 Propia razon de gato mozalbillo:
 « Por mí ya lo estuviera,
 Porque con estas uñas se la diera. »
 Pero Zurron que le miraba en frente,
 Le dijo: « Con un gato el mas valiente
 Que han visto los tejados de esta villa
 Mejor es, á la usanza de Castilla,
 Escribirle un papel de desafio. »
 « No es ese el voto mio,
 (Garrullo replicó) ni que se intente
 Venganza de victoria contingente:
 Que siempre ha estado en varias opiniones.
 Si ha de haber desafio en las traiciones.
 Soy de voto que tome el agraviado
 Un arcabuz, y aguarde
 Al gato mas valiente, ó mas cobarde,
 Castigo del que vive descuidado
 Sin miedo del que agravia,
 Y propio efecto de la noche oscura. »

• Si se pudiera ejecutar segura,
 Fuera venganza sabia,
 (Dijo Chapuz valiente,
 Gato de buenas partes)
 Mas son tantas las artes
 De ese Marramaquiz, gato insolente,
 Que no dará ocasion que se ejecute
 Por mucho que la noche el rostro enlute;
 Y de mi parecer mejor seria
 Querellarse del robo y castigalle
 Por términos jurídicos, y dalle
 Muerte que corresponda á la osadía. »
 « Dirán que es cobardía
 (Trevejos replicó) ni esa querella
 Está bien al honor de una doncella,
 Que es poner su defensa en opiniones,
 Que se averigua mal con las razones,
 Aquello que la causa pone en duda;
 Y no hay para mugeres lengua muda:
 Que ha dado el mundo en bárbaras querellas
 No pudiendo excusar el nacer de ellas.
 Pleitos aun no son buenos para gatos,
 Porque es gastar la vida y la paciencia:
 No hay que tratar de tratos ni contratos,
 Ni andar en pruebas ni esperar sentencia;
 Si aquesta injuria ha de quedar vengada
 Remítase á la pólvora ó la espada. »
 « Bien dice (respondió Raposo, haciendo
 Debido acatamiento al gran senado)
 Trevejos, y no es justo,
 Aunque se apruebe lo que estais diciendo,
 Y quede á vuestro gusto sentenciado,
 Que deis al pueblo gusto
 Al teatro sacando neciamente,
 Un gato con capuz y caperuza:
 Y no menor locura que se intente,
 No siendo Mizifuf el moro Muza,
 Tratar de desafios
 Con quien sabeis que tiene tantos brios.
 Perdóneme Zurron, Chapuz perdone,
 Y aunque la edad le abone,
 Me perdone Panzudo
 Si de su parecer mi intento mudo:
 Que el mio es juntar gente
 Para tan grave empresa conveniente,
 Y formando escuadrones
 De caballos y armada infantería,
 De toda la parienta gulería,
 Hacer guerra al traidor, cercar la tierra,
 Y asestándole tiros y cañones
 Batirle la muralla noche y dia,
 Hasta saber que gente le socorre:
 Porque si el campo Mizifuf le corre
 Y el sustento le quita,
 El que deje la plaza necesita;
 O en forma de batalla
 Asalta la muralla,
 El se dará á partido,
 O le castigaréis siendo vencido.
 Sacad banderas, pues, toquen cajas

Haciendo las baquetas
 Los pergaminos rajas,
 Terciad las picas, disparad cometas :
 Que así cobró su esposa en Troya el griego
 Publicando la guerra á sangre y fuego. »
 Calló Raposo; y luego del senado
 El voto conferido,
 En la guerra quedó determinado,
 Por ser de todos el mejor partido,
 Mas justo y mas honroso.
 Y dando Mizifuf, como era justo,
 Los brazos y las gracias á Raposo,
 Brotando humor adusto
 A hacer la leva de la gente parte.
 Perdona, Amor, que aquí comienza Marte,
 Y sale Tesifonte
 A salpicar de fuego el horizonte :
 Suspende entre las armas los concetos :
 Pues das la causa, escucha los efetos.

SILVA VII.

Al arma toca el campo mizigriego,
 Contra Marranaquiz, gato troiano :
 Violento sube, aunque oprimido en vano,
 A la region elemental el fuego :
 Inquietan de los aires el sociojo,
 Con firme agarro de la uñosa mano,
 Banderas que con una y otra lista
 Trémulas se defienden á la vista,
 No permitiendo, pues no dejan verse,
 Que las colores puedan conocerse ;
 Respondiéndose á coros
 Las cajas y los pífanos sonoros,
 Y al paso que se alternan,
 Siguiendo el son marcial los que gobiernan.
 Y luego los soldados
 De acero y de ante y de valor armados,
 Agujas del cabello por espadas,
 Y solo descubriendo las celadas,
 Por delante mostachos,
 Y por detras plumíferos penachos,
 Marchando con tal órden que la planta
 Donde el que va delante la levanta
 Estampa el que le sigue,
 Sin que el baston del capitan le obligue.
 Y al son de las trompetas resonantes
 Las picas á los hombros los infantiles,
 En quien la variedad y los colores
 Formaban un jardin de varias flores ;
 A la manera que el abril le pinta
 En cultivada quinta.
 Las picas de los bravos marquesotes
 De varas de medir y de virotos,
 Y ya de los plebeyos
 Baquetas de Babiecas y Apuleyos,
 Sin escuadras gallardas
 Que llevaban en forma de alabardas
 Aquellos cucharonés
 Con que suelen sacar alcaparrones,

Y con las palas como medias lunas
 Las sabrosas de Córdoba aceitunas :
 Córdoba, donde nacen andaluces
 Góngoras y Lucanos ;
 Y encendidas las cuerdas en las manos,
 No de Milan dorados arcabuces
 Llevaba la lúcida infanteria,
 Mas de huesos de piernas de carnero,
 Que gatos de uno y otro pastelero
 Trujeron á porfia,
 Que no fueron de gato de ventero
 Sospechosos en tales ocasiones ;
 Y de huesos de vaca los cañones
 Para batir la torre.

Con esto Mizifuf el campo corre,
 Y pone cerco al muro
 Armado de un arnes cóncavo y duro
 De un galápago fuerte,
 Que sin salir de sí le halló la muerte.
 La cabeza adornada
 De un sombrero de falda levantada ,
 De un trencellin ceñido ,
 El pasador y hebilla guarnecido
 Con pluma verde oscura ,
 Señales de esperanza con tristeza ,
 Aunque la justa causa la asegura.
 Con tanta gentileza
 Al caballo arrimaba
 La estrella de la espuela ,
 Y con la negra rienda le animaba • •
 A la obediencia del dorado freno
 De espuma y sangre lleno ,
 Que sin tocar los céspedes volaba.
 No es nuevo el ver que vuela ,
 Pues que pintan con alas al Pegaso
 Volando por las cumbres del Parnaso ,
 Y vemos en Orlando el hipogrifo,
 Monstruo compuesto de caballo y grifo.

Mas si dudáre alguno de que hubiese
 Caballos tan pequeños ,
 Pareciéndole sueños ,
 Y á la naturaleza le quisiese
 Quitar de milagrosa el atributo ,
 Aunque sea sin fruto ,
 La tácita objecion quedará llana
 Con irse de aquí á Tracia una mañana ,
 Que esté desocupado
 De los negocios de mayor cuidado ;
 Y verá los pigmeos
 Que en la region de trogloditas feos
 Tambien los pone Plinio ,
 Que hizo de estos montes escrutinio ,
 Y en las lagunas del egipcio Nilo
 Otros autores por el mismo estilo,
 Que escriben que trayendo de Etiopia ,
 Donde hay bastante copia ,
 Dos pigmeos á Roma (gente grave)
 Se murieron de cólera en la nave.
 Homeroles da patria al mediodia ,
 Con su intérprete Eustacio;

Mela, de Arabia en el ardiente espacio :
 Que el sol fenix mayores monstruos cria ,
 Puesto que aunque confiesa tales nombres ,
 Aristóteles niega que son hombres .
 Ni en su ciudad de Dios pasó en olvido
 El divino africano los pigmeos ,
 Y Juvenal *umbripedes* los llama ,
 Sin otros que han negado y defendido
 Esta opinion que divulgó la fama .
 Pero otros pintan monstruos semideos ,
 Que por los montes van de rama en rama ,
 Las poéticas trullas ,
 Diciendo que batallan con las grullas ,
 No será mucho que haya semihombres .
 Estos con cierta patria y ciertos nombres
 En la misma region caballos tienen
 De donde nuestros gatos se previenen ;
 Que á hacer de solo un cado
 Hombres naturaleza ,
 Como pintor que muestra la destreza
 A un naípe todo un cuerpo reducido .
 Y los caballos no del propio modo ,
 Mayor monstruosidad hubiera sido
 De su instrumento ilustre y poderoso :
 Que mal pudiera andar hombre muñeca
 En el lomo espacioso
 De un gigante babieca ;
 Así que , la objecion no es de provecho ,
 Pues queda el argumento satisfecho .
 Demas que el lector puede , si quisiere ,
 Creer lo que mejor le pareciere ;
 Porque si se perdiese la mentira ,
 Se hallaria en poéticos papeles ,
 Como se ve en Homero describiendo
 A la casta Penélope , que admira ,
 Por los amantes necios y crueles
 Tejiendo y destejiendo ,
 Sin dejarla dormir de puro casta :
 Y lo contrario para ejemplo basta ,
 Haciendo deshonesta
 Virgilio á Dido Elisa por Eneas .
 Como le riñe Ausonio ;
 Aunque logró tan falso testimonio ,
 Menos las aguas que pasó Leteas ,
 Donde escribió Merlin con cuales iras
 Castigan al poeta sus mentiras .
 Mas vuelve , ¡ o Musa ! tú , para que pueda
 Ayudarme el favor de tu gimnasio :
 Que para lo que queda ,
 Aunque parece poco ,
 Al señor Anastasio
 Pantaleon de la Parrilla invoco ,
 Porque de su tabaco
 Me dé siquiera cuanto cubra un tacho .
 Marramaquiz , aunque lo supo tarde ,
 Habia hecho alarde
 De sus gatos amigos ,
 Y halló que para tantos enemigos
 Era su gente poca ;
 Mas como la defensa le provoca ,

Las armas al asalto prevenia ,
 Supuesto que tenia
 Poco sustento para cerco largo .
 Y cuidadoso de su nuevo cargo ,
 Mas triste y desabrido
 Que poeta alligido ,
 Que ha parecido mal comedia suya ,
 O bien la de su cómico enemigo ,
 Andaba por la torre ;
 Y viendo que su exoso la socorre ,
 Zapaquilla mas llena de alcluya ,
 Mas alegre , contenta y mas quieta
 Que aquel mismo poeta ,
 Si ha parecido mal , siendo él testigo ,
 La del mayor amigo .
 Prevenido en efeto
 De toda defension y parapeto .
 Sacó sus gatos animoso al muro ,
 Por todas las almenas y troneras ,
 Vestido de banderas ,
 Que en alto de diversos tornasoles
 Eran entre las nubes arreboles ;
 Y coronado de diversos tiros ,
 Soldados de valor y archimargiros
 Opuestos á la furia del contrario .
 Como se mira altivo campanario
 De aldea , donde hay viñas ,
 Para bajar despues á las campiñas ,
 Cubierto por el tiempo de las uvas
 Del escuadron de tordos ,
 Que en aquella sazón están mas gordos
 Cuando los labradores
 Limpian lagares y aperciben cubas :
 Así la negra cúpula tenia
 De soldados de tiros y atambores
 No menos valerosa gatería .
 Quien viera el pié que el escuadron ceñía
 De Mizifuf , y el chapitel armado
 De uno y otro gatífero soldado ,
 Dijera , que tal vista no fué vista
 De Darío ni de Jerjes ,
 Ni tanto perdigon haciendo asperjes
 En ninguna conquista ,
 Ni la vió Scipion , ni el rey Ordoño ,
 Como en Cartago aquel , este en Logroño ;
 Y aunque entre la de Ostende ;
 Pero sin *nobis domine* se entiende .
 Ver tanto gato negro , blanco y pardo
 En concurso gallardo
 De dos colores y de mil remiendos
 Dando juntos maúllos estupendos ,
 ¿ A quién no diera gusto ,
 Por triste que estuviera ,
 Aunque perdido injustamente hubiera
 Un pleito , que es disgusto
 Despues de muchos pasos y dineros
 Para leones fieros ?
 Prevenidos en fin para el asalto ,
 Mueven á sobresalto
 Los ánimos valientes

Las retumbantes cajas,
 Previene uñas y acicalan dientes,
 Calando juntas las celadas bajas,
 Que en las frentes bisoñas
 Mas eran de sarten que de Borgoñas.
 Pero en silencio los clarines roncós,
 Que sonaban á modo de zampoñas,
 Puesto á la márgen de unos verdes troncos,
 Que no importa saber de lo que fueron,
 De piés en uno Mizifuf bizarro,
 Cuando del sol el carro,
 Que Etontes y Flegon amanecieron,
 Atras iba dejando el medio dia,
 Dijo á su belicosa infantería,
 Que atenta le escuchaba,
 Que aunque era gato, Ciceron hablaba:
 « Generosos amigos,
 De mis afrentas y dolor testigos,
 La honra que los ánimos produce
 A tan ilustre empresa me conduce:
 Esta sola me anima:
 Quien no sabe que es honra, no la estima.
 Miente el que dijo y miente el que lo estampa,
 Que *un bel fugir tutta la vita scampa*,
 Pues mejor viene ahora
 Que *un bel morir tutta la vita honora*.
 Es la virtud del hombre
 La que le inclina á los ilustres hechos:
 Digna es la fama de valientes pechos:
 Hoy habeis de ganar glorioso nombre:
 Ninguna fuerza, ni amenaza asombre
 El que teneis de gatos bien nacidos:
 Que estos viles alardes,
 (Porque en siendo traidores son cobardes),
 Ya estan medio vencidos
 Con solo haber llegado á sus oidos
 Que yo soy quien os guia.
 A Anibal preguntó Scipion un dia,
 Que cual era del mundo el mas valiente;
 Y él respondió feroz con torva frente:
 Alejandro el primero,
 El segundo fué Pirro, y yo el tercero:
 Si entonces yo viviera,
 Cuarto lugar me diera.
 Al arma, acometed, yo voy delante,
 Y el no tener escalas no os espante;
 Que no son necesarias las escalas,
 Si en vuestra ligereza teneis alas.»
 Dijo: y vibrando un fresno en la uñosa
 Mano, al muro arremete,
 Y con él mata siete,
 Maús, Zurrón, Maufrido, Garrafosa,
 Hoziquimocho, Zambo y Colituerto,
 Galazo que de roja piel cubierto,
 Crió la mondonguifera Garrida,
 Aunque toda su vida
 Mas enseñado á manos y cuajares
 Que á nobles ejercicios militares.
 Mas son tan eficaces las razones
 Formadas de los ínclitos varones,

Como Alciato escribe, cuando asidos
 Llevaba de una cuerda de los labios
 El Anfitriónades Alcides
 Cuantos hombres prestaban los oidos
 A la elocuencia de los hombres sabios.
 Pero ya los agravios
 De Mizifuf la guerra comenzaban:
 Ya los gatos trepaban
 La torre por escalas de sus uñas,
 Mas fuertes garabatos,
 Que los de tundidores y garduñas:
 Ya por la piedra entre la cal metidas,
 Sin estimar las vidas,
 Subian gatos y bajaban gatos,
 Los unos como bueyes agarrados,
 Que clavan en las cuestras las pezuñas.
 Los otros como bajan despeñados
 Fragmentos de edificio que derriban,
 Que de su mismo asiento se derrumba.
 A cual sirven de tumba,
 Despues que del vital aliento privan,
 Las losas que le arrojan;
 A cual de vida y alma le despojan
 En medio del camino.
 No despide en oscuro remolino
 Mas balas tempestad de puro hielo,
 Que bajan plomos de la torre al suelo.
 Allí murió Galvan, allí Trevejos,
 Que le acertó la muerte desde lejos,
 Dándole con un cántaro en los cascos,
 Y otros con ollas, búcaros y frascos.
 Así suelen correr por varias partes,
 En casa que se quema, los vecinos
 Confusos sin saber á donde acudan:
 No valen los remedios ni las artes:
 Arden las tablas, y los fuertes pinos
 De la tea interior el humor sudan:
 Los bienes muebles mudan
 En medio de las llamas:
 Estos llevan las arcas y las camas,
 Y aquellos con el agua los encuentran,
 Estos salen del fuego, aquellos entran:
 Crece la confusion, y mas si el viento
 Favorece al flamigero elemento.
 Mas como el alto Júpiter mirase
 Desde su Olimpo y estrellado asiento
 La batalla cruel de sangre llena,
 Temiendo que quedase
 En competencia tan feroz y airada
 La máquina terrestre desgatada,
 Justo remedio á tanto mal ordena:
 « Dioses, no es justo (dijo) que la espada
 Sangrienta de la guerra
 Se muestre aqui tan fiera y rigurosa,
 Aunque es la misma de la griega hermosa,
 Y que muertos los gatos, esta tierra
 Se coma de ratones.
 Porque se volverán tan arrogantes,
 Que ya considerándose gigantes,
 No teniendo enemigos de quien huyan,

Y el número infinito disminuyan,
 Serán nuevos Titanes,
 Y querrán habitar nuestros desvanes.
 Con esto luego envía
 De oscuras nieblas una selva espesa,
 Y la batalla cesa
 Revuelto en sombras de la noche el día.
 Y desde aquel con inmortal porfía
 Los unos y los otros prosiguieron,
 Aquellos en la ofensa,
 Y estos en la defensa:
 Pero durando el cerco, no tuvieron
 Remedio, ni sustento los cercados,
 Tanto que á Zapaquilda desfigura
 La hambre la hermasura.
 Vueltas las rosas nieve,
 Por onzas come, por adarres bebe:
 Marramaquiz, que ya morir la vía,
 Con amante osadía,
 Pero sin que le viesen los soldados,
 Salió por un resquicio á los tejados
 De una tronera que en la torre había,
 Para coger algunos pajarillos.
 Iba con el Malvillos,
 Que á este solo fió su atrevimiento,
 Y por partir la caza y el sustento:
 Y estando ¡o dura suerte!
 Acechando á la punta de un alero
 Un tordo que cantaba,
 La inexorable Muerte,
 Flechando un arco fiero
 Traidora le acechaba.
 ¿Que prevenciones, que armas, que soldados
 Resistirán la fuerza de los hados?
 Un príncipe que andaba
 Tirando á los vencejos,
 ¡Nunca hubiera nacido,
 Ni el aire tales aves sostenido!
 Le dió un arcabuzazo desde lejos:
 Cayó para las guerras y consejos,
 Cayó súbitamente
 El gato mas discreto y mas valiente,
 Quedando aquel feroz aspecto y bulto
 Entre las duras tejas insepuito:
 Pero muerto tambien como era justo
 A las manos de un César siempre augusto.
 Llevó Malvillos pálido la nueva,
 Que de su fe y amor llorado en prueba
 Se mesaban las barbas á porfia,
 Como tudescos, muerto el que los guía;
 Mas descando verse satisfechos
 Del sustento forzoso,
 Rindieron las almenas y los pechos
 Al héroe sin victoria victorioso:
 Y Mizifuf con todos amoroso,
 Porque le prometieron vasallage,
 Hizo luego traer de su bagage
 Con mano liberal peces y queso.
 Alegre Zapaquilda del suceso
 Mudó el pálido lato en rico trage,

Dióle sus brazos y á su padre amado,
 Y el viejo á ella en lágrimas bañado,
 Y para celebrar el casamiento
 Llamaron un autor de los famosos,
 Que estando todos en debido asiento,
 En versos numerosos
 Con esta accion dispuso el argumento,
 Dejando alegre en el postrero acento
 Los ministriles, y de cuatro en cuatro,
 Adornado de luces el teatro.

SONETOS BURLESCOS. — I.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
 Guarnecidas de frágiles helechos
 A su márgen carámbanos deshechos,
 Que cercan olmos y silvestres parras.
 Nadan en su cristal ninfas bizarras
 Compitiendo con el cándidos pechos,
 Dulces naves de amor, en mas estrechos
 Que las que salen de españolas barras.
 Tiene este monte por vasallo á un prado,
 Que para tantas flores le importuna
 Sangre á las venas de su pecho helado.
 Y en este monte y líquida laguna,
 Para decir verdad como hombre honrado,
 Jamas me sucedió cosa ninguna.

II.

Si entré, si ví, si hablé, señora mia,
 Ni tuve pensamiento de mudarme,
 Máteme un necio á puro visitarme,
 Y escuche malos versos todo un día:
 Cuando de hacerlos tenga fantasia
 Dispuesto el genio para no fallarme,
 Cerca de donde suelo retirarme
 Un ministril se enseñe á chirimía.
 Cerquen los ojos que os estan mirando
 Legiones de poéticos mochueros,
 De aquellos que mormuran imitando.
 ¡O si os mudaseu de rigor los cielos!
 Porque no puede ser, (ó fué burlando)
 Que quien no tiene amor, pidiese zelos.

III.

Como si fuera cándida escultura
 En lustroso marfil del Bonarrota
 A París pide Vénus en polota
 La debida manzana á su hermosura:
 En perspectiva Pálas su figura
 Muestra, por mas honesta, mas remota,
 Juno sus altos méritos ucota
 En parte de la selva mas oscura.
 Pero el pastor á Vénus la manzana
 De oro la rinde mas galán, que honesto,
 Aunque saliera su esperanza vana.

Pues cuarta diosa en el discorde puesto
No solo á tí te diera, hermosa Juana,
Una manzana, pero todo un cesto.

IV.

¿Qué estrella saturnal, tirana hermosa,
Se opuso en vez de Vénus á la luna,
Que me respondes grave é importuna
Siendo con todos fácil y amorosa?

Cerrásteme la puerta rigurosa
Donde me viste sin piedad alguna,
Hasta que á Febo en su dorada cuna
Llamó la aurora en la primera rosa.

¿Qué fuerza imaginó tu desatino,
Aunque fueras de vidrio de Venecia
Tan fácil, delicado y cristalino?

O me tienes por loco, ó eres necia;
Que ni soberbio soy para Tarquino,
Ni tú romana para ser Lucrecia.

V.

Como suele correr desnudo atleta
En la arena marcial al palio opuesto
Con la imaginacion tocando el puesto,
Tal sigue á Dafne el fúlgido planeta:

Quitósele al coturno la soleta,
Y viéndose alcanzar, turbó el incesto
Vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,
Corona al capitan, premio al poeta.

Si corres como Dafne, y mis fortunas
Corren tambien á su esperanza vana
En seguirte anhelantes é importunas:

¿Cuándo serás laurel, dulce tirana?
Que no te quiero yo para aceitunas,
Sino para mi frente, hermosa Juana.

VI.

Juana; mi amor me tiene en tal estado.
Que no os puedo mirar cuando no os veo:
Ni escribo, ni manduco, ni paseo
Entre tanto que duermo sin cuidado.

Por no tener dineros no he comprado
(¡O amor cruel!) ni manta, ni manteo:
Tan vivo me derrienga mi deseo
En la concha de Vénus amarrado.

De Garcilaso es este verso, Juana,
Todos hurtan, paciencia, yo os le ofrezco:
Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,

Tanto en morir y en esperar merezco,
Que siento mas el verme sin sotana,
Que cuanto fiero mal por vos padezco.

VII.

Lazos de plata y de esmeralda rizos
Con la yerba y el agua forma un charco
Haciéndole moldura y verde marco

Lirios morados, blancos y pajizos;
Donde tambien los ánades castizos
Pardos y azules con la pompa en arco,
Y palas de los piés parecen barco,
En una selva, habitacion de erizos.

Hace en el agua el zéfiro inquieto
Esponja de cristal la blanca espuma,
Como que está diciendo algun secreto;
En esta selva, en este charco en suana...
Pero por Dios que se acabó el soneto:
Perdona, Fabio, que probé la pluma.

VIII.

Soberbias torres, altos edificios,
Que ya cubristes siete excelsos montes,
Y agora en descubiertos horizontes
Apenas de haber sido dais indicios:

Griegos Liceos, célebres hospicios
De Plutarcos, Platones, Genofontes,
Teatro que lidió rinocerontes,
Olimpias, lustros, baños, sacrificios;

¿Qué fuerzas deshiciéron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?

¡O gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo que os volvió breves ruínas,
No es mucho que acabase mi sotana!

IX.

ÉGLOGA.

Al pié del jaspe de un feroz peñasco
Pelado por la fuerza del estío,
Dosel de un verde campo, tan sombrío
Que contra Febo le sirvió de casco:

Damon con su rabel, y al lado el frasco,
Para cantar mejor en desafio,
Y Tirsi, claro honor de nuestro rio,
Con un violin de cedro de Damasco:

Júez Eliso, que de un verde pobo,
A falta de laurel, premios teja,
Zéfiro haciendo de los ecos robo;

Mas cuando Tirsi comenzar queria,
Ladró Melampo, y dijo Antandro: ¡al lobo!
Y el canto se quedó para otra dia.

X.

Aura suave y mansa que respiras
En el clavel de Juana, y las lucientes
Hebras de sus mejillas transparentes
Con blando soplo esparces y retiras:

¿Porqué á la rosa y al jazmin aspiras
Desde el coro de perlas de sus dientes,
Pudiendo reparar mis accidentes,
Cuando en su dulce anhélito suspiras?

El humor de sus labios purpurantes
Para criar aromas bebe Apolo
Del alba ministrado en los diamantes:

Porque respira tan fragante Eólo,
Que ganará un millon tratando en guantes,
Pues fueran de ámbar con el soplo solo.

XI.

¡ Tanto mañana y nunca ser mañana !
Amor se ha vuelto cuento, ó se me antoja :
¿ En qué region el sol su carro aloja
Desta imposible aurora tramontana ?

Sígueme inútil la esperanza vana,
Como ave zorrera, ó mula coja,
Porque no me tratára Barbarroja
De la manera que me tratas, Juana.

Juntos Amor y yo buscando vamos
Esta mañana ¡ o dulces desvarios !
Siempre mañana, y nunca mañanamos :

Pues si vencer no puedo tus desvios,
Sáquente cuervos destes verdes ramos
Los ojos... pero no, que son los míos.

XII.

Luciente estrella, con que nace el día,
Que el oscuro crepúsculo interpreta,
Alma vénus gentil, luz que sujeta
Cuanto mortal naturaleza cria :

Dulce dispara á la enemiga mia
Flecha sutil en forma de cometa :
Así de trino estás con el planeta,
Que parece español en la osadía.

Si sales á la tarde en el safiro,
Purpúreo ya, si al alba en oro y grana,
Siempre me ves en un mortal suspiro :
¡ O dulce hasta del cielo envidia humana !
Pues siempre al lado de tu sol te miro,
Tú á mí jamás al de mi hermosa Juana.

XIII.

Picó atrevido un átomo viviente
Los blancos pechos de Leonor hermosa ;
Granate en perlas, arador en rosa,
Breve lunar del invisible diente.

Ella dos puntas de marfil luciente
Con súbita inquietud banó quejosa,
Y torciendo su vida bulliciosa,
En un castigo dos venganzas siente.

Al espirar la pulga dijo : ¡ ay triste !
¿ Por tan pequeño mal dolor tan fuerte ?
¡ O pulga, dije yo, dichosa fuiste !
Deten el alma, y á Leonor advierte,
Que me deje picar donde estuviste,
Y trocaré mi vida con tu muerte.

POESIAS DE JUAN DE JAUREGUI.

Se ignora en qué año nació, aunque consta que fué natural de Sevilla. Tampoco se sabe dónde pasó la juventud, y solo parece que vivía en Roma en 1607; pues en este año publicó allí su traducción del *Aminta* de Torcuato Tasso. Tal vez le llevó allá su afición á las artes; pues cultivó la pintura de modo que logró mucha estimación por ella. Fué caballero del hábito de Calatrava, y caballero de la reina doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV. Pasó en Madrid la mayor parte de su vida, sirviendo este empleo; y murió, ya muy avanzado en edad, en la misma villa por enero de 1641, segun aparece de los avisos históricos de Pellicer. Sus *Rimas* se publicaron en Sevilla juntamente con el *Aminta* en 1618. La *Farsalia* en Madrid en 1684, y con ella se reimprimió el *Orfeo* ya dado á luz en 1624.

AMINTA', FABULA PASTORAL DE TORCUATO TASSO.



PERSONAS.

AMOR, en hábito pastoril.	SATIRO, enamorado de Silvia.
DAFNE, compañera de	NERINA, mensajera.
SILVIA, amada de	ERGASTO, mensajero.
AMINTA,	ELPINO, pastor.
TIRSI, compañero de Aminta.	Coro de pastores.

PROLOGO.

AMOR.

¿Quién creyera que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un dios? no un dios agora
Salvaje, ó de la plebe de los dioses;

Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran tridente;
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto y en aquestos paños,
No reconocerá tan fácilmente
Mi madre Vénus al Amor su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas,
Y de mí mesmo; y de ambición movida,
Cual liviana muger, me insiste y lleva
A las ilustres córtes y los cetros,
Y allí procura que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros míos
(Mis menores hermanos) da licencia
Que puedan alojarse entre las selvas,
Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo, que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso,
Quiero usar de mis armas á mi gusto,
Y disponer de mí segun mi antojo;

' Nada hay que añadir á la opinión general, no solo de España sino tambien de Europa, que reputa esta bella y elegante traducción como la mas clásica de cuantas versiones poéticas se han hecho en castellano. Reimpresa en todas formas, leída, aprendida de memoria, recomendada y aplaudida á porfía, su crédito va creciendo á proporcion de que esta clase de trabajos se van haciendo mas raros, y los talentos que se ejercitan en ellos desaparecen. Aquí la lucha entre el original y el traductor era tanto mas difícil, cuanto que la obra tiene su mérito principal, tal vez el único, en las gracias del diálogo y del estilo, y no en el interés de la acción, ni en la disposición dramática de la fábula, uno corto y otra nula. Y con gloria suma de nuestra lengua y de nuestras letras se ve á Jáuregui en todos los trozos de esmero y de resalto estar á la par con su modelo y aun aventajarle á veces. La escena del Sátiro, la de

Dafne con Tirsi, la relación de Aminta, los dos coros primeros, son ejemplos admirables de esta destreza y perfección; y el que para disminuir su aplauso se dé á entender que esto es fácil por la analogía de versificación y de lengua, que se prueba á traducir en verso algun pasaje semejante de cualquiera poeta italiano, y experimentando así la dificultad que cuesta, aprenderá á estimar debidamente el talento de quien supo vencerla con tan incontestable superioridad.

Jáuregui escaso de originalidad y de invención, pero fácil á un tiempo y esmerado, era acaso el escritor que hemos tenido mas á propósito para imitar y traducir. ¡Dichoso él si hubiera sabido siempre elegir sus originales! ¿Pero cómo es posible que él que en su juventud se habia ensayado tan felizmente en el *Aminta*, perdiese despues su mejor tiempo y la madurez de su talento en la *Farsalia*?

Que á mi fué concedido, y no á mi madre,
 El fuego omnipotente y arco de oro.
 Por esto disfrazándome, y huyendo
 No su imperio, que en mí no tiene alguno,
 Mas los ruegos, que al fin siendo de madre
 Tienen fuerza, me escondo entre las selvas
 Y en las cabañas de la gente humilde.
 Ella me sigue y busca, prometiendo
 A quien me manifieste, un dulce abrazo,
 O algun premio mayor; cual si no fuese
 Yo poderoso para dar en cambio
 Regalos semejantes ó mayores
 A quien me encubra della: esto á lo menos
 De cierto sé, que los halagos míos
 A las doncellas les serán mas gratos
 (Si yo, que soy Amor, de amor entiendo):
 Así me busca de ordinario en vano,
 Que nadie quiere revelarme, y callan.
 Pues por estar aun mas oculto, y que ella
 No pueda descubrirme por las señas,
 Dejé las alas, el aljaba y arco:
 Mas no por eso vengo desarmado;
 Que aquesta que parece simple vara,
 Es mi encendida hacha transformada,
 Y toda espira llamas invisibles:
 Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
 La punta de oro, es de divino temple,
 Y do quiera que pica amor imprime.
 Hoy he de hacer una profunda herida,
 No menos incurable, al duro pecho
 De la mas cruda ninfa que en los campos
 Siguió jamas el coro de Diana.
 Será tan grande llaga la de Silvia
 (Que este es el nombre de la ninfa fiera)
 Como una que yo hice, habrá algun tiempo
 Al tierno pecho del zagal Aminta,
 Cuando los dos de un modo pequenuelos,
 Él por el campo á caza la seguía.
 Y porque el golpe en ella mas encarne
 Esperaré que la piedad primero
 Ablande el duro hielo, que apretado
 Al rededor del corazon le ha puesto
 La honestidad y virginal decoro;
 Y en el instante mismo que lo sienta
 Algo mas tierno, lanzaré el dardo.
 Pues para ejecutar cómodamente
 Mi empresa noble, ir quiero á entretenerme
 Envuelto con la turba de pastores,
 Que todos festejantes, coronados
 Aquí se juntan ya, donde los dias
 Solenes gastan en solaz y fiesta,
 Y fingiré ser uno de su escuadra.
 En este puesto, en este haré mi golpe,
 Que no le puedan ver mortales ojos.
 Hoy estas selvas en manera nueva
 Se oirán hablar de amor: hoy ha de verse
 Que aquí presente mi deidad asiste,
 Ella en sí misma, y no en ministros suyos.
 Inspiraré sentido noble y puro
 A los rústicos pechos, y en sus lenguas

Pondré un estilo dulce y delicado,
 Pues en cualquiera parte que yo asista
 Soy Amor en efecto; en los pastores
 No menos que en los héroes poderosos,
 Y la desigualdad de los sujetos
 Como me place igualo: esta es la suma
 Gloria que alcanzo, el gran milagro mio,
 Que suelo hacer las rústicas zamponías
 A la lira mas docta semejantes.
 Y si mi madre, que desdeña el verme
 Andar errando por agrestes bosques,
 Esta verdad no reconoce acaso;
 Ella es ciega, no yo, que falsamente
 Usa llamarme ciego el ciego vulgo.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DAFNE Y SILVIA.

Daf. ¿Querrás, Silvia, en efeto
 Sin los placeres de la hermosa Vénus
 Pasar tus verdes y floridos años?
 ¿No oírás el dulce nombre
 De madre, ni verás los tiernos hijos
 Con apacible juego rodearte?
 Muda, muda de intento,
 Simplecilla de tí, que no te entiendes.
Sil. Siga otra los contentos amorosos,
 Si es que hay en el amor algun contento;
 Yo desta vida gusto, y mi deleite
 Es atender al arco y la saeta,
 Seguir la fiera fugitiva, y luego
 Aterrar combatiendo la mas brava:
 Y mientras no faltaren
 Al bosque fieras y á la aljaba flechas,
 A mí no temo que placeres falten.
Daf. Desabridos placeros
 Por cierto, y vida en todo desabrida,
 Que si agora te agrada,
 Es por no haber probado otra ninguna.
 Así la gente que habitó primero
 En el mundo, que aun era simple infante,
 Tuvo por dulce y buen mantenimiento
 Agua y bellotas: ya bellotas y agua
 Es manjar y bebida de animales,
 Por ser puestas en uso uvas y trigo.
 Tú por ventura, si una vez gustases
 Cualquier mínima parte del contento
 Que goza un corazon amante amado,
 Dijeras suspirando arrepentida:
 « Todo el tiempo se pierde,
 Que en amar no se gasta:
 ¡ O mis pasados años!

! Cuantas prolijas noches,
Cuántos silvestres solitarios dias
He consumido en vano;
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes. »

Sil. Cuando yo arrepentida suspirando
Esas palabras diga,
Que tú finges y adornas á tu gusto,
Hacia sus fuentes volverán los rios,
Huira el hambriendo lobo del cordero,
El galgo de la liebre, amará el oso
El mar profundo, y el delfin los Alpes.

Daf. Conozco ya la juventud esquiva :
Así cual eres tú, tambien yo he sido ;
Así tambien gocé de gentileza,
De rostro hermoso, y de cabello rubio :
Así tuve cual tú los labios rojos,
Y en mis llenas mejillas delicadas
Mezclada así con el jazmin la rosa.
Acuérdomme que solo era mi gusto
! Qué simple gusto ! componer las redes,
Arnar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y aceñar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas ; y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvaje
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entonces la hermosura
Tanto como á los otros agradada ;
Cual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
¿ Mas qué no puede el tiempo ? ¿ y qué no puede,
Sirviendo, mereciendo y suplicando
Hacer un importuno y fiel amante ?
Vencida fui, yo lo confieso, y fueron
Del vencedor las armas
Humildad y continuo sufrimiento,
Llanto, suspiros y piadosos ruegos.
Mostróme en fin entonces
La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado.
Reprehendime entonces de mi engaño
Y simple ceguedad, y, suspirando,
Con voz alegre dije :
Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,
Que desde aquí renuncio
Tu aljaba, flechas, ejercicio y vida.
Así tambien espero que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero.
¿ No es un gentil mancebo ? ¿ no te quiere ?
¿ Acaso no es querido de otras ninfas ?
¿ Te deja á tí por el amor de alguna,
O por el odio tuyo ?

¿ Pues en nobleza acaso te aventajas ?
Si tú eres hija de Cidipe, y esta
Nació del diez de nuestro noble rio ;
El de silvano es hijo, cuyo padre
Fué pan, aquel gran dios de los pastores.
No es menos que tú bella (si te miras
Al espejo tal vez de alguna fuente)
La cándida Amarilis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos.
Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)
Que él, de tí desdeñado, al fin procura
Agradarse de aquella que le adora ;
¿ Qué sentirás, me di ? ¿ con cuales ojos
Verás tu amante con ageno dueño,
Y ya en agenos brazos
Feliz y alegre estar de tí burlando ?

Sil. Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco ;
Y como no sea mio,
De quien quisiere sea ;
Mas no será, no le queriendo, mio,
Y aunque él lo fuese, yo no seria suya.

Daf. ¿ De dónde nace tu aborrecimiento ?

Sil. De su amor solamente.

Daf. Padre apacible de hijo riguroso :
¿ Cuando se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo ?
O á mí, Silvia, me engañas, ó á tí mesma.

Sil. Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad : y amélo en tanto,
Que de mí quiso lo que yo queria.

Daf. Tú quieres lo peor ; y él te desea
Lo que á sí mismo.

Sil. Tú, mi Dafne, calla,
O habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

Daf. ¿ Qué desapacible,
Qué soberbia rapaza ! Dime al menos,
¿ Si otro alguno te amára,
Admitieras su amor desa manera ?

Sil. De aquesta misma admitiré á cualquiera
Insidiador de mi virgíneo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.

Daf. ¿ Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja ?
¿ El toro de la vaca ?
¿ Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tortolilla ?
¿ Juzgas por tiempo acaso
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo y animales,
Los hombres y mugeres ? ¿ Y no adviertes,
Como todas las cosas
En este tiempo estan enamoradas
De un amor apacible y provechoso ?
Mira allí aquel palomo
Con qué dulces arrullos y caricias

Besa á su compañera.
 Oye aquel ruiñeñor de ramo en ramo
 Como salta cantando yo amo, yo amo.
 Pues la culebra (si es que no lo sabes)
 Deja el veneno, y corre
 Fervorosa al amante.
 Siente de amor el tigre,
 Ama el bravo leon : tú sola, fiera
 Mas que las fieras todas,
 Le niegas en tu pecho acogimiento.
 Mas, ¿qué digo leon, serpiente y tigre,
 Que tienen sentimiento?
 También aman los árboles y plantas.
 Mirar puedes la vid con cuánto afecto
 Y con cuántos abrazos repetidos
 A su marido abraza.
 Ama un abeto al otro, el pino al pino,
 El fresno al fresno, el sauce por el sauce,
 Y una por otra haya arde y suspira ;
 Y si tuvieras tú de amor sentido,
 Bien sus mudos suspiros entendieras.
 ¿Qué has de ser en efeto para menos
 Que las plantas, huyendo ser amante ?
 Muda, muda de intento,
 Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Sil. Pues bien, cuando á las plantas
 Oyere los suspiros,
 Digo que entonces quiero ser amante.

Daf. Tú recibes á burla mis consejos
 Fieles, y así con mis palabras juegas.
 ¡O en amor sorda cuanto boba y necia!
 Mas anda, vendrá tiempo en que de veras
 De no haberlos seguido te arrepientas.
 Y no te digo cuando irás huyendo
 Las fuentes, donde agora te deleitas,
 Cuando huirás las fuentes por el miedo
 De verte ya tan arrugada y fea ;
 Bien que esto te avendrá : mas no te anuncio
 Esto solo, que aunque es tan grave daño,
 Es daño al fin comun : ¿ no se te acuerda
 Lo que Elpino contaba el otro día,
 El sabio Elpino á su Licori hermosa ?
 ¿ La que en Elpino puede con los ojos
 Lo que él debiera en ella con el canto,
 Cuando el deber en el amor se hallára ?
 Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi,
 De amor grandes maestros, en la cueva
 De la Aurora, do encima de la puerta
 Escrito está : « Lejos de aquí, profanos. »
 El dijo (y dijo que se lo habia dicho
 Aquel de ingenio grande
 Que cantó los amores y las armas,
 Cuya zampoña le dejó muriendo)
 Que hay una oscura cueva en el inferno
 Allá donde los hornos de Aqueronte
 Exhalan negro humo abominable,
 Y que en aquesta con tormento eterno
 De llanto y de tinieblas espantosas
 Son castigadas merecidamente
 Las mugeres ingratas y rebeldes.

Aguarda pues, que allí se te apareje
 Albergue á tu fiereza, y será justo
 Que saque el humo llanto de unos ojos
 Do la piedad jamas pudo sacarlo :
 Sigue, sigue tu estilo,
 Desconocida ninfa y obstinada.

Sil. ¿ Y qué le respondió Licori entonces
 A tales cosas ?

Daf. Tú del propio hecho
 Nada cuidas, é inquieres los agenos.
 Con los ojos le dió respuesta.

Sil. ¿ Cómo
 Responder pudo con los ojos solos ?

Daf. Ellos á Elpino vueltos respondieron
 Con una dulce risa : « tuyos somos,
 Y el mismo corazon de la que miras,
 Ni mas debes pedirle,
 Ni mas te puede dar » : y esto bastará
 Por muy cumplido premio al casto amante,
 Cuando él aquellos ojos
 Juzgára verdaderos como bellos,
 Y entera fe les diera.

Sil. ¿ Y porqué no los cree ?

Daf. Luego ¿ no sabes
 Lo que Tirsi escribió, cuando perdido
 Sin seso ardiendo anduvo por los campos
 De tal manera, que á la par movia
 Piedad y risa en ninfas y pastores ?
 No fué lo que escribió digno de risa,
 Si bien sus hechos, como ves, lo fueron :
 Él escribió mil troncos, y con ellos
 Creció la letra juntamente y versos,
 Donde me acuerdo así haber leído :
 « Falsas lumbres, espejos engañosos
 Del triste corazon, bien os conozco,
 Y los engaños vuestros ; ¿ mas qué importa,
 Si Amor impide que de vos me aparte ? »

Sil. Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en pa-
 Sin acordarme que es el día prescrito (labras,
 Que habemos de ir á la ordenada caza
 Del encinal. Si te parece, Dafne,
 Me espera en tanto que en la fuente lavo
 El polvo de que estoy toda cubierta
 Desde ayer, por seguir un presto gamo,
 Que al fin pude matar.

Daf. Esperaréte,
 Y aun yo quizá me bañaré contigo :
 Mas quiero ir antes á mi casería,
 Pues hasta agora no parece tarde :
 Espérame en la tuya, iré á buscarte,
 Y en tanto piensa tú lo que te importa
 Mas que la fuente y caza ; y si no sabes,
 Cree que no sabes, y á los sabios cree.

ESCENA II.

AMINTA Y TIRSI.

Am. He visto al llanto mio
 El mar, las piedras responder piadosas :

Y suspirar las hojas.

He visto al llanto mio :

Mas no he visto jamas, ni ver espero

Compadecerse mi enemiga bella,
(Que no sé si muger la nombre, ó fiera),

Pero ya niega ser muger humana

La que piedad me niega,

No habiéndola negado

Hasta la dura inanimada piedra.

Tir. Pae el cordero la menuda yerba,

Y el lobo se alimenta del cordero;

Mas el amor de lágrimas se ceba,

Y sin jamas mostrarse satisfecho.

Am. ¡Ay triste! que el amor bien satisfecho

Está ya de mi llanto; solo tiene

Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre

El y mi ingrata con los ojos beban.

Tir. ¡Ay Aminta infeliz! ¿qué devaneas?

¿Qué estás diciendo? esfuérzate y conforta,

Que otra ninfa hallarás, si te desprecia

Esta cruel.

Am. ¿Cómo podré hallar otra?

Si hallarme á mí no puedo, y si yo mismo

Me perdi, ¿qué ganancia

Adquiriré jamas que me contente?

Tir. ¡O misero zagal! no desesperes,

Que adquirirás la misma que deseas :

Sabe que el tiempo largo enseña al hombre

Poner freno al leon y tigre hircana.

Am. Si, pero el desdichado

No puede largo tiempo

Sostener la tardanza de su muerte.

Tir. Será breve tardanza, porque en breve

Se enojan las mugeres, y se aplacan,

A quien naturaleza hizo mudables

Mas que la hoja al viento, y que la punta

De blanda espiga. Pero yo te ruego

Que de lo oculto de tu triste estado

Me des noticia; que si bien me has dicho

Diversas veces que de veras amas,

La causa de tu amor siempre callaste :

Y mi fiel amistad pienso merece,

Con el comun estudio de las musas,

Que me descubras lo que á todos celas.

Am. Tirsi, yo soy contento de decirte

Lo que las selvas, montes y los rios

Ya saben, y los hombres no lo saben :

Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,

Que me importa dejar quien manifeste

De mi morir la causa, y que la imprima

En la corteza de una haya infausta,

Junto al lugar do yacerá mi cuerpo :

Donde tal vez pasando aquella ingrata

Huelgue pisar los infelices huesos

Con el soberbio pié, y entre sí diga :

Este es mi triunfo; y de mirar se alegre,

Que ya es patente su vitoria á todos

Los pastores vecinos y extranjeros

Que alli traiga la suerte; y ser podria

Mas mucho espero) se llegase un dia

Que ella, aunque tarde, de piedad movida,

Llorase muerto al que quitó la vida.

Mas oye agora.

Tir. Di, que bien te escucho,

Quizá con mejor fin que tú no piensas.

Am. Siendo yo zagalejo,

Tanto que apenas con la tierna mano

Podia alcanzar de las primeras ramas

En los pequeños árboles el fruto,

Tuve pura amistad con una ninfa

La mas amable y bella

Que al viento dió jamas sus hebras de oro :

Bien conoces la hija de Cidipe

Y del rico Montano, Silvia cara,

Honor de nuestras selvas,

Y ardor de nuestras almas; desta digo :

Viví con esta un tiempo tan unido,

Que entre dos tortolillas mas conforme

Fidelidad ni se verá, ni ha visto.

Eran nuestros albergues

Bien juntos, pero mas los corazones :

Conformes las edades,

Pero los pensamientos mas conformes.

Con ella muchas veces

Tendí la red á pájaros y á peces;

Seguí con ella el ciervo, el veloz gamo,

Y era comun la caza y el contento.

Mas mientras de animales hacia presa,

Sin saber cómo, fui yo mismo preso :

Poco á poco nació en el pecho mio

No sé de qué raiz (como la yerba,

Que suele de sí misma ella nacerse)

Un incógnito afecto,

Que mi deseo movia

A ver siempre delante

Mi compañera Silvia,

Y de sus bellos ojos

Solia gustar una dulzura extraña,

Que al fin dejaba un no sé qué de amargo :

Mil veces suspiraba, y no sabia

Cual fuese la ocasion de mis suspiros :

De manera que fui primero amante

Que al Amor conociese : vine al cabo

Bien á entenderlo; mas el modo escucha,

Y nota como fué.

Tir. Debe notarse.

Am. De un álamo á la sombra Silvia y Filis,

Y yo junto con ellas,

Huyendo el sol estábamos un dia,

Cuando una abeja, que ligera andaba

Su miel cogiendo en los floridos prados,

A Filis fué volando,

Y en la mejilla hermosa,

Mas fresca y mas rosada que la rosa,

A nuestros ojos le picó atrevida :

(Quizá engañada con la semejanza

Crejó que fuese flor) : entoncez Filis

Como impaciente comenzó á quejarse

De la aguda picada;

Pero mi bella Sitvia dijo : calla,

Calla, no te lamentos, Filis mia,
 Que con palabras que yo sé de encanto
 Te quitaré el dolor: este secreto
 Supe de Aresia maga, y le di en truco
 Mi cuerno de marfil y engaste de oro.
 Esto diciendo, avviciné los labios
 De aquella dulce boca á la mejilla
 Herida, y blandamente murmurando
 Dijo no sé qué versos, y al momento
 (Maravilloso efecto) sintió Filis
 Quitársele el dolor; ó fué la fuerza,
 Y virtud de las mágicas palabras,
 O, como yo presumo,
 La virtud de la boca,
 Que sana lo que toca.
 Pues yo que hasta entonces
 Otra ninguna cosa deseaba
 Que la agradable lumbre de sus ojos,
 Y sus palabras dulces, mas suaves
 Que el lento murmurar de un arroyuelo
 Que rompe el curso entre menudas guijas,
 Y el resonar de céfiro en las hojas;
 Entonces me encendió nuevo deseo
 De juntar á los suyos estos labios,
 Y con mayor astucia y mas aviso
 Que nunca habia tenido (mira cuanto
 El amor sutiliza nuestro ingenio)
 Se me ofreció un engaño, con que en breve
 Llegar pudiese á conseguir mi intento;
 Y fué de esta manera, que fingiendo
 Me habia picado otra molesta abeja
 El labio bajo, comencé á quejarme,
 De suerte que el remedio que la lengua
 No demandaba, el rostro le pedía.
 La simplecilla Silvia,
 Piadosa de mi mal, se ofreció luego
 Con el remedio á la engañosa herida,
 Y hizo ¡ay triste! mucho mas crecida
 Y mas mortal mi herida verdadera
 Cuando llegó sus labios á los míos.
 No suelen las abejas
 Coger tan dulce miel de flor alguna,
 Como yo entonces de sus frescas rosas,
 Aunque el vivo deseo,
 Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
 Se abstuvo de temor y de vergüenza,
 Siendo mas lento y menos atrevido.
 Mas mientras decíala
 Al corazon la gran dulzura, mista
 De un secreto veneno,
 Tanto regalo deste bien sentía,
 Que fingiendo no haberseme del todo
 Pasado aquel dolor, hice de suerte
 Que ella mas veces repitió el encanto.
 De allí adelante de manera anduvo
 Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
 Que como ya en el pecho no cupiesen,
 Por fuerza hubieron de salir: y un día
 Que en cerco se sentaban muchas ninfas
 Y pastores, haciendo un juego nuestro,

Que cada uno por órden le decia
 En la oreja un secreto al mas vecino;
 Le dije á Silvia: yo por tí me abraso,
 Y moriré, si tú no me remedias.
 A estas palabras inclinó su rostro,
 Y de improviso le tiñó de rojo,
 Dando señales de vergüenza y rabia.
 No tuve otra respuesta que un silencio
 Mudo, turbado y lleno de amenazas:
 Quitóse de allí luego, y nunca quiso
 Mas hablarme ni verme. Y ya tres veces
 Ha el segador cortado las espigas,
 Y tantas el invierno ha despojado
 Los verdes bosques de sus frescas hojas,
 Y todos los caminos he tentado
 Por aplacarla, fuera de la muerte.
 Morir me falta en fin por aplacarla,
 Y moriré en buen hora, como entienda
 Que he de causarle sentimiento ó gozo:
 Ni sé cual quiera mas destas dos cosas.
 Bien fuera la piedad mas rico premio
 De mi fe verdadera,
 Y mayor recompensa de mi muerte;
 Mas no debo querer cosa que turbe
 La luz serena de sus ojos bellos,
 Ni que moleste aquel hermoso pecho.

Tir. ¿Es posible que Silvia, si te oyese
 Palabras semejantes, no te amase?

Am. No lo sé, ni lo creo;
 Mas huye mis palabras
 Cual áspid el encanto.

Tir. Pues confía,
 Que el corazon me dice
 Que he de ser poderoso á que te escuche.

Am. O nada alcanzaras, ó cuando alcances
 Al fin que yo le hable,
 Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

Tir. ¿Porqué así desesperas?

Am. Desespero
 Con justa causa, porque el sabio Mopso
 Ya me pronosticó mi dura suerte,
 Mopso, que entiende el canto de las aves,
 La virtud de las yerbas y las fuentes.

Tir. ¿De cuál Mopso me dices? ¿del que
 En la lengua melosas las palabras, (tiene
 Un amigable término en los labios,
 Y engaños y traiciones en el pecho?
 Ora está de buen ánimo, que todos
 Los pronósticos suyos infelices,
 Que entre ignorantes vende con su falsa
 Severidad, jamas tienen efecto;
 Y de experiencia sé lo que te digo:
 Antes por eso solo que él te anuncia
 Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
 En tus amores.

Am. Pues si sabes cosa
 Que aliente mi esperanza, no la calles.

Tir. Diréte la en buen hora: á los principios
 Que me trajo la suerte en estos bosques,
 Ese hombre conocí, del cual juzgaba

Loque tú juzgas : una vez , en tanto ,
 Me vino gusto de ir donde su asiento
 Tiene la gran ciudad cerca del rio ;
 Y primero , tratándolo con este ,
 Me dijo así : tú irás á la gran tierra
 Donde el astuto vulgo y cortesanos ,
 Soberbios é insolentes , muchas veces
 Hacen pesadas burlas de nosotros ,
 Como de gente rústica y salvaje ;
 Así , ve sobre aviso , no te acerques
 Mucho á las sedas de color , ni al oro ,
 Nuevos trages , divisas , ni penachos ;
 Y sobre todo guárdate no veas ,
 Por mala suerte , ó juvenil descuido ,
 La casa de los chismes y las charlas :
 Huye aquel encantado alojamiento .
 ¿ Qué puesto es ese ? pregunté ; y el dijo :
 Aquí habitan las magas , que encantando
 Hacen que se trasoiga , y se trasvea :
 Lo que parece de diamante y oro
 Es vidrio y cobre : aquellas ricas arcas ,
 Que juzgarás muy llenas de tesoro ,
 Espuertas son de viles trastos llenas :
 Aquí estan las paredes con gran arte ,
 Que hablan y responden al que habla ,
 Y no responden la palabra escasa ,
 Cual eco suele por las selvas nuestras ;
 Mas la replican toda entera , entera
 Y aun aumentada de lo que otro dice :
 Hasta las sillas , mesas y las bancas ,
 Los escaños , las camas , las cortinas ,
 Y el mas adorno de la casa , todos
 Tienen su lengua y voz , y siempre gritan :
 Las charlas , en figura de rapazas ,
 Andan triscando , que si entrase un mudo ,
 Un mudo á su despecho charlaría .
 Mas este es , hijo , el mas ligero daño
 Que te avendrá : tú puedes transformado
 Quedar en sauce , en fiera , en agua , ó fuego ,
 Agua de llanto y fuego de suspiros .
 Así me dijo , y yo me fui con este
 Pronóstico infeliz á mi Ferrara ;
 Y como quiso Dios benigno , acaso
 Un dia pasé por el feliz albergue ,
 De donde dulces y canoras voces
 Salían de cisnes , ninfas y sirenas :
 De sirenas celestes , y salía
 Un blando y claro son , con tal dulzura ,
 Que atónito , gozando y admirando ,
 Embebecido me paré un gran rato .
 Estaba encima de la puerta un hombre
 De semblante magnánimo y robusto ,
 Como por guarda de tan gran belleza ,
 Del cual , segun pude entender , se duda
 Si es mejor capitán que caballero :
 Él , con afable y grave cortesía ,
 Siendo un ilustre príncipe , yo humilde
 Bajo pastor , me convidó á que entrase .
 ¡ O lo que ví ! ¡ lo que sentí yo entonces !
 Yo vi celestes dioses , ninfas bellas ,

Nuevas lumbres purisimas , y Orfeos ,
 Y otros hallé tambien sin velo ó nube :
 La Aurora ví , cual suele aparecerse
 Ante los inmortales , esparciendo
 Sus rayos de oro y su rocío de plata :
 Vi fecundando relucir en torno
 A Febo y á las musas , y acogido
 Elpino entre estas ; y en aquel instante
 Sentí mas grande hacerme de mí mismo ,
 Lleno de gran virtud , lleno de nueva
 Deidad : luego cantando héroes y guerras ,
 Desdeñé el pastoril rústico verso .
 Y aunque despues por gusto ageno vine
 Otra vez á las selvas , no por eso
 Dejé de sostener alguna parte
 De aquel altivo espíritu : no suena
 Ya mi zarpoña humilde cual solía ,
 Sino con voz mas alta y mas sonora ,
 Emula de la trompa , hinche las selvas .
 Despues oyóme Mopso , y con malvada
 Vista mirando , me aojó , que ronco
 Vine á quedar , de que callé gran tiempo :
 Pensaban los pastores que me hubiese
 El lobo visto , y era Mopso el lobo .
 Esto te he dicho , porque entiendas quanto
 Crédito debe darse á lo que dice :
 Tú , Aminta , puedes esperar sin duda ,
 Por solo que este quiere que no esperes .

Am. Mucho me alegra todo lo que cuentas .
 A tí el cuidado , Tirsi , te remito
 Desta mi vida .

Tir. Yo tendré el cuidado ,
 Y tú me espera aquí dentro de un hora .

CORO DE PASTORES .

¡ O bella edad del oro venturosa !
 No porque miel el bosque destilaba ,
 Y de las fuentes leche se vertía ;
 No porque dió sus frutos abundosa
 La tierra que el arado no tocaba ,
 Ni venenosa sierpe consentía ;
 No porque relucía
 Sin tristes nubes el sereno cielo ,
 Y siempre era templada primavera ,
 Que ya no persevera ,
 Mas la destemplan el calor y el hielo :
 Ni llevó nave á la extranjera tierra
 La vil codicia , ó la sangrienta guerra .

Mas solo porque entonces este vano ,
 Vano y fingido nombre sin sujeto ,
 Este idolo de errores engañoso ,
 A quien la urbanidad y el vulgo insano
 Llamó despues Honor , y es en efeto
 De la naturaleza opuesto odioso ,
 No mezcló malicioso
 Su afan en los dulcísimos amores ,
 Ni de su dura ley tan importuna
 Tuvo noticia alguna
 Aquella libre escuadra de amadores ;

Mas de una natural, que consentia
Fuese lícito aquello que placia.

Entonces por el agua y por las flores
Iban con dulces bailes retozando
Los Cupidillos sin aljaba ó lazo :
Sentábanse las ninfas y pastores,
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo :
De velo, ni embarazo
Jamás cubrió sus rosas encarnadas
La pastorcilla, ni la pura frente,
Desnudo juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas :
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.

Tú, Honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleites tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste :
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz que en su belleza asiste :
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro que trataba el viento ;
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua, y arte al movimiento :
Efecto (o vil Honor) es solo tuyo,
Que el don de amor se llame hurto suyo.

Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza,
Y del amor, tú que sujetas reyes,
¿Qué pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza ?
Allá con la nobleza
Vete á turbar el sueño al preeminente ;
Deja sin tí nuestros humiides pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.

Amemos, que el sol muere y luego nace :
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del día,
Y el sueño eterna noche nos envía.



ACTO SEGUNDO.

—

ESCENA I.

SATIRO.

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, cuando pica,
Hace molesta y grave la herida.
¿Mas qué cosa tan breve y tan pequeña

Como el amor? que en todo breve espacio
Entra y se esconde, ya en la sombra escasa
De unas pestañas; ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio;
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequenez tan tímida le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
¡Triste de mí! que es todo llaga y sangre
Mi corazón y entrañas; y mil dardos
Puso el Amor en los airados ojos
De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda y mas ingrata que las selvas :
¡Oh cómo te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso, lo entendía!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe;
Que aquellas suelen aplacarse, y estas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.
Tú, cuando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores :
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas.
Cuando te ofrezco los panales dulces,
Altiya los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en tí mas dulce y bella,
A mí mesmo te doy : ¿porqué desprecias
Y aborreces el don? que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, cuando callado el viento
Sus claras ondas serenaba un día.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destes donceles,
Apenas florecido el blando bozo
En sus mejillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante,
Y en obras : dile á alguno que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente jabali y el oso.
No soy pues malo yo, ni tú me dejas
Por la forma que tengo, sino solo
Por mi pobreza : en fin las caserías
Siguen de las ciudades el ejemplo :
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro y reina el oro.
¡O tú, quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamas pastor ó ninfa
Que pasando les diga : hayais descanso;

Mas los bañe la lluvia, y mueva el viento,
 Y con inmundo pié todo ganado
 Los huelle : tú primero envileciste
 La nobleza de amor, y su dulzura
 Alegre convertiste en amargura.
 Amor vendible, amor siervo del oro
 Es el monstruo mas vil y abominable
 Que el mar y tierra engendran y producen.
 ¿Mas para qué me quejo al aire en vano?
 Usa las armas cada cual que expuestas
 Le dió naturaleza á su defensa :
 Usa los piés el ciervo, el leon las garras,
 El jabali el colmillo ; así son armas
 De la muger beldad y gentileza.
 ¿Pues cómo yo al presente no me valgo
 De mi ferocidad para defensa
 De mi salud, pues la naturaleza
 Aplome hizo á la violencia y robo?
 Yo me quiero robar lo que me niega
 Esta enemiga, y al amor ingrata.
 Pues como agora me contó un cabrero
 Que sabe sus costumbres, ella suele
 Refrescarse á menudo en una fuente,
 Y me enseñó el lugar : pienso esconderme
 En el entre los céspedes y ramas,
 Aguardando á que venga ; y como vea
 Buena ocasion, me arrojare tras ella.
 ¿Qué puede contrastar una mozucla
 Con la debil carrera ó con los brazos
 Contra mí, tan ligero y poderoso?
 Llore, suspire, o ponga toda fuerza
 De piedad ó hermosura ; que si puedo
 Revolver esta mano á su cabello,
 De allí no irá, sin que primero tiña
 Por venganza mis armas de su sangre.

ESCENA II.

DAFNE Y TIRSI.

Daf. Como te dije, Tirsi, ya yo via
 Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
 Como le he hecho siempre buen oficio ;
 Y agora con mas gusto he de hacerle,
 Porque los ruegos tuyos intervienen.
 Mas, antes me atreviera, te prometo,
 A domar un novillo, un tigre, un oso,
 Que una rapaza destas simple y boba,
 Tan boba como bella ; que no advierta
 Cuan ardientes y agudas son las armas
 De su belleza, y con el llanto y risa
 A muchos mate, y del herir no entienda.

Tir. ¿Qué muger hay tan simple que, en
 (saliendo

De las mantillas, ya no aprenda el arte
 De contentar y parecer hermosa,
 De matar agradando, y saber cuáles
 Armas pueden herir ; y cuáles matan,
 Y cuales dan salud y resucitan? (artes?

Daf. ¿Quién es maestro de tan grandes

Tir. Tú finges, y me tientas : el que en-
 El canto y vuelo á las ligeras aves, (seña
 El nadar á los peces, el encuentro
 A los carneros, á los bravos toros
 Usar del cuerno, y al pavon soberbio
 Tender la pompa de bizarras plumas.

Daf. ¿Cuál es el nombre suyo?

Tir. El nombre es Dafne.

Daf. ¡O falsa lengua!

Tir. ¿Luego tú no bastas

A dar á mil discípulas escuela?
 Aunque, á decir verdad, bien poca falta
 Les hace otro maestro : su maestra
 Es la naturaleza, y á las veces
 Tambien la madre y ama alcanzan parte.

Daf. Tú eres en suma malicioso, Tirsi :

Pues yo te sé decir que no resuelvo
 Si es ya tan boba Silvia y tan sencilla
 Como en sus hechos y palabras muestra.
 Vi ayer cierta señal, y esta me puso
 En mucha duda : yo la hallé cercana
 A la ciudad, donde sus anechos prados
 Tienen entre lagunas una isleta
 Con un estanque transparente y limpio ;
 Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
 De suerte que mostraba deleitarse
 De mirar á sí mesma, y le pedia
 Consejo al agua cómo dispondria
 Por cima de la frente su cabello,
 Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
 Diversas flores que tenia en la falda,
 De allí sacaba la azucena y rosa,
 Y la llegaba á su purpúreo rostro,
 Y á su cándido cuello, cotejando
 Las colores, y luego muy ufana,
 De la vitoria, un tanto se reia,
 Como diciendo : yo en efeto os venzo.
 No os traigo aquí por ornamento mio,
 Mas solo os traigo por vergüenza vuestra,
 Y por mostrar que os llevo gran ventaja.
 Mas, mientras se adornaba y componia,
 Volvió los ojos bien acaso, y viendo
 Como yo la miraba, de vergüenza
 Se alzó del suelo y derramó las flores.
 Cuanto mas yo de verla me reia,
 Mas ella de mí risa se encendia :
 Y porque estaba descompuesto en parte
 Su cabello, y en parte recogido,
 Dos ó tres veces revolvió los ojos
 Hacia la fuente consejera á hurto,
 Como temiendo ser de mí entendida :
 Miróse descompuesta ; mas con todo
 Se satisfizo, que se vió muy bella,
 Si descompuesta : yo entendilo todo,
 Pero callé.

Tir. Tú me refieres, Dafne.

Lo que he pensado siempre : ¿no lo dije?

Daf. Bien lo dijiste ; mas á todos oigo
 Que no fueron las ninfas y pastoras
 Tan entendidas antes, ni yo tuve

Tal juventud : el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

Tir. Quizá entonces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas.
Entrar en la ciudad : ya estan mezclados
Linages y costumbres. Mas dejando
Agora estos discursos, ¿no harias
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un día?

Daf. No sé : Silvia es esquiva por extremo.

Tir. Y Aminta por extremo comedido.

Daf. Pues no hará nada comedido amante:
Tú le aconseja que á otra cosa atienda
Si es de ese humor. El que saber quisiere
De amar, deje respetos, ose y pida,
Solicite, importune; y si no basta,
Tome lo que pudiere : ¿tú no sabes
De la muger la condicion precisa?
Huye, y huyendo quiere que la alcancen :
Niega, y negando quiere que la apremien :
Lucha, y luchando quiere que la venzan.
Ya sabes, Tirsi, que de tí me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

Tir. No hay ocasion por qué de mí sospeches
Que jamas diga cosa que te ofenda :
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta
Miserio, que perece.

Daf. ¡Qué conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria :
El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues qué dices que haga?

Tir. No te falta
Ingenio, ni consejo; basta solo
Que á querer te dispongas.

Daf. Ora sabe,
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce, y al lugar convida
Las ninfas cazadoras : en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

Tir. Pues bien.

Daf. ¿Cómo pues bien? ¡qué mal entiendes!
Si en tí cabe discurso, eso te basta.

Tir. Ya entiendo; mas no sé si ha de atre-
El á tanto. (verse)

Daf. Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguarde á que lo busquen.

Tir. Él es por cierto tal, que lo merece.

Daf. Pero nosotros ¿no hablaremos algo
De tí mismo? Dí, Tirsi, ¿tú no quieres
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien criatura.
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

Tir. No desecha de Vénus los placeres
Quien se retira del Amor; mas goza
El dulce del Amor sin el amargo.

Daf. Es desabrido dulce al que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

Tir. Mas vale, pues, hartarse,
Que estar siempre hambriento.

Daf. No ya con el manjar que se posee;
Y cuanto mas se gusta mas agrada.

Tir. ¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

Daf. Mas ¿quién halló jamas lo que no busca?

Tir. Es peligro buscar lo que, adquirido,
Causa breve contento,
Y no aquirido, mucho mas tormento.

Hasta que llantos y suspiros falten
En el Amor y su tirano reino,

Tirsi no ha de volver á ser amante :
Ya basta lo que tengo padecido ;

Otro fiel amador hará su parte.

Daf. Mas, no tienes gozado lo que basta.

Tir. Ni gozarlo deseo,

Si tan caro se compra.

Daf. Amar te será fuerza, si no gusto.

Tir. No me pueden forzar, estando lejos.

Daf. ¿Quién está lejos del Amor?

Tir.

Quien huye.

Daf. ¿Y qué importa que huyas de sus alas?

Tir. Tiene al nacer Amor las alas cortas,

Que apenas le sustentan,

Y así no las extiende á todo vuelo.

Daf. Pues no conoce el hombre cuando nace;
Y cuando lo conoce, es grande y vuela.

Tir. No, si otra vez no ha visto como nace.

Daf. Ora veremos si tus ojos huyen,

Como dices : y luego te protesto
(Ya que presumes tanto de ligero)

Que cuando te veré pedirme ayuda,

No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola. (muerto?)

Tir. Bravo rigor, ¡qué! ¿me podrás ver?
Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

Daf. Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante : ¡ay, cuántos
Engaña un rostro colorado y liso!

Tir. No burlo á fe; mas antes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Cual hacen todas; pero ¿qué remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres..

Daf. Vive, Tirsi, contento, ocioso vive :
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

Tir. ¡O Dafne! en esta ociosidad me ha
puesto

El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas
Extendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino :

Él dijo así , cuando me hizo suyo :
 « Tirsi , ahuyenten otros los ladrones
 Y los lobos , guardando mis rebaños :
 Reparta otro los premios y las penas
 A mis ministros : otros apacienten
 Mis ganados : en fin , otro conserve
 La lana y leche , y otro la despenda ;
 Agora canta tú , que estás ocioso , »
 Así será razon que no le burle
 Con mundanos amores , sino cante
 Los abuelos de aqueste verdadero
 No sé si Apolo ó Júpiter lo llame ,
 Que á ambos parece en el aspecto y obras ;
 Abuelos de mayor merecimiento
 Que el gran Saturno y Celo : agreste musa
 A mérito real ; mas no por eso ,
 Que suene clara ó ronca , la desprecia ,
 De su mismo sujeto nada canto ,
 Porque no puedo dignamente honrarlo
 Sino con el silencio y reverencia :
 Mas no faltan jamas en sus altares
 Las flores de mi mano , ni los fuegos
 De inciensos olorosos y suaves ,
 Ni faltará en mi pecho esta devota
 Y pura religion , hasta que vea
 Pacer el aire por el aire el ciervo ,
 Y que , mudado el curso de los rios ,
 Beba la Sona el persa , el franco el Tigris .

Daf. Tú vas muy alto ; ora descieude un poco
 Al propósito nuestro .

Tir. El punto es este ,
 Que en estando en la fuente tú con Silvia ,
 Procures ablandarla , y yo entre tanto
 Procuraré que Aminta vaya ; y pienso
 Que no es menos difícil que la tuya
 Mi diligencia . Ve en buen hora .

Daf. Voime ,
 Pero nuestro propósito no era ese .

Tir. Si bien diviso desde aquí su rostro ,
 Allí parece Aminta ; él es sin duda .

ESCENA III.

AMINTA Y TIRSI .

Am. Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa ;
 Porque , si nada ha hecho ,
 Antes de consumirme he de matarme
 Ante los ojos mismos de la ingrata ;
 Que pues le agrada tanto
 Deste mi corazon la viva llaga ,
 Agudo golpe de sus ojos bellos ;
 Tambien debe agradecerle
 La llaga de mi pecho ,
 Golpe furioso de mis propias manos .

Tir. Nuevas te traigo , Aminta , de consuelo ;
 Bien puedes ya dejar tanto lamento .

Am. ¡ Ay Tirsi ! ¿ qué me dices ?
 ¿ Traes la vida ó la muerte ?

Tir. Traigo salud y vida , si te atreves
 A acometerlas ; pero ve dispuesto

A ser un hombre , Aminta ,
 A ser un hombre de ánimo resuelto . (porta ?

Am. ¿ Cómo y con quién el ánimo me im-

Tir. Si estuviere tu ninfa en una selva

Que , cercada de altísimos peñascos ,
 Diese albuergue á los tigres y leones ,
 ¿ Fueras allá ?

Am. Fuera seguro y pronto ,
 Mas que en la fiesta zagaleja al baile .

Tir. Y si estuviere entre ladrones y armas ,
 ¿ Fueras allá ?

Am. Fuera resuelto y presto ,
 Mas que á la fuente el ciervo caluroso .

Tir. Mayor empresa importa que acometas .

Am. Iré por medio el rápido terrente ,
 Cuando la nieve desatada en agua
 Al mar se precipita : iré por medio
 Del vivo fuego , y al infierno mismo ,
 Cuando en él estuviere , si ser puede
 Infierno donde está cosa tan bella .
 Descubre , acaba lo que pasa .

Tir. Escucha :
 Silvia te espera agora en una fuente ,
 Desnuda y sola : ¿ irás allá ?

Am. ¿ Qué dices ?
 ¿ Silvia me espera á mí , desnuda y sola ?

Tir. Solo con dafne , que es de nuestra parte .

Am. ¿ Y desnuda me espera ?

Tir. Desnuda digo : mas....

Am. ¡ Ay triste ! acaba :
 ¿ Qué mas Tirsi ? tú callas , tú me matas .

Tir. Mas no sabe que has de ir allá .

Am. Terrible
 Y fiera conclusion , que ya en veneno
 La dulzura pasada me convierte .
 Cruel , ¿ con cual estudio me atormentas ?
 Tan poco desdichado te parezco ,

Que aumentar quisieras la miseria mia ,
Tir. Haz tú mi parecer , serás dichoso .

Am. ¿ Qué me aconsejas ?

Tir. Que pasar no dejes
 La dicha que te ofrece la fortuna .

Am. Dios no permita que jamas yo intente
 Cosa que la disguste ; ni yo supe
 Hacer cosa jamas contra su gusto ,
 Sino es amarla : y el amarla es fuerza ,
 Fuerza de su hermosura , y no mi culpa .
 Así no se verá que en cuanto pueda
 No procure agradecerla .

Tir. Ora responde :
 ¿ Si potestad tuvieras

Para dejar de amarla ,
 Dejarásla de amar por agradecerla ?

Am. Ni tal cosa consiente Amor que diga ,
 Ni que imagine ver en tiempo alguno
 El dejarla de amar , aunque pudiese .

Tir. Desamano á su pesar la amaras ,
 Pudiendo no quererla .

Am. No fuera á su pesar , mas la amaria .
Tir. Sin su gusto en efeto .

Am. Si por cierto.

Tir. ¿Pues cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin que le será agradable.

Am. ¡Ay, Tirsi amigo! Amor por mi res-
Que á referir no acierto (ponda,
Lo que me dice el corazón : tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de amor : á mí me liga
La lengua aquello mismo
Que el corazón me liga.

Tir. ¿No iremos en efecto?

Am. Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

Tir. ¿Pues á dónde?

Am. Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Mas de lo que me dices.

Tir. ¿Y esto es poco?
¿Crees tú que Dafne nos aconsejara
Ir á la fuente, cuando no entendiera
De Silvia el pecho? Por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda
Que sabiéndolo calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla :
Y siendo así, ¿qué es deste tu deseo
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda que tu dicha alegre
Se adquiera solo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca,
Por tu vida me di, ¿qué mas te importa
Este modo que aquel?

Am. ¿Quién me asegura
Ser esa su intencion y su deseo?

Tir. ¡O simple! ves aquí que al fin procu-
La certeza que á Silvia le desplace, (ras
Y desplacerle justamente debe,
Cual tú debieras no buscarla : ¿y dónde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses,
(Pues que la duda y riesgo son iguales)
¿Será mejor morir como animoso
Que como vil? Tú callas, tú conoces
Que estás vencido; agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor vitoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

Am. Espera. (huye?)

Tir. ¿Cómo espera? ¿no ves que el tiempo
Am. Miremos antes si esto debe hacerse,
Y en qué manera.

Tir. Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mesmo;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿de qué maestro,
En cuál oculta escuela

Se aprende esa tu larga
Arte de amar incierta?
¿Quién del entendimiento
Declara las ideas,
Cuando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Atenas,
Y en Elicona docta
Ni Febo lo demuestra;
Que si de amor discurre
Parece que le enseñan :
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á tus misterios altos.
Sus pensamientos llegan.
Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,
Y tú solo á tí mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo
Con elegancia extrema.
Y á mucho mas se extiende,
Amor, tu sutileza :
¡Raro saber y extraña
Manera de elocuencia!
Que á veces con palabras
Confusas é imperfectas
Un ecrazon amante
Sus sentimientos muestra
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias,
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia.
Y humillará sus versos
El mas alto poeta,
Con pluma sabia escritos
En doctas academias,
Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

TIRSI Y CORO.

Tir. ¡O extremo de crueldad! ¡o ingrato pecho!

¡O ingrata ninfa! ¡o tres y cuatro veces

Muger ingrata! Y tú, Naturaleza,

Negligente maestra, ¿porqué solo

En el rostro pusiste á las mugeres,

Y en lo aparente, cuanto tienen bueno

De agrado, de piedad y cortesía,

Y le olvidaste de las otras partes?

¡Ay jóven triste y misero! sin duda

Se habrá dado la muerte; él no parece.

Bien ha tres horas que le busco, y busco

En donde le dejé, y en los contornos,

Sin hallarle, ni rastro de sus pasos:

¡Ay que se ha dado muerte el miserable!

Allí delante estan unos pastores,

Ir quiero á ver si sabe de él alguno.

Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta

Acaso, ó sabe de él alguna nueva?

Coro. Tirsi, paréceme que estás turbado;

¿Qué causa te molesta y te fatiga?

¿De qué son estas ansias y sudores?

¿Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

Tir. Temo del mal de Aminta: ¿habeislo visto?

Coro. No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; ¿pero qué temes?

Tir. No se haya muerto él mismo de su
mano.

Coro. ¿Él muerto de su mano? ¿por qué
¿Qué ocasion hallas? (causa?)

Tir. El amor y el odio.

Coro. Dos poderosos enemigos juntos,

¿Qué no pueden hacer? habla mas claro.

Tir. El amar una ninfa por extremo,

Y el ser de ella en extremo aborrecido.

Coro. Cuenta el caso le ruego, y entretanto
(Este es lugar de paso) por ventura

Vendrá alguno que de él nos dé noticia,

Y aun puede ser tambien que él mismo llegue.

Tir. Pláceme de decirlo, que no es justo

Que ingratitud tan grande y tan extraña

Se quede sin la infamia que merece.

Tuvo noticia Aminta (y yo fui; triste!

Quien noticia le dí, ya me arrepiento)

Que Silvia y Dafné en una fuente habian

De ir á bañarse; y hácia allá en efecto

Se encaminó, movido solamente,

No de su voluntad, mas de mi pura

Persuasion importuna: pues mil veces

Quiso volverse atras, y á pura fuerza

Yo lo detuve, y lo llevé adelante.

Llegábamos ya cerca de la fuente,

He aquí cuando sentimos de improviso

Un femeníl lamento, y juntamente

Vimos á Dafne, que batía las palmas;

La cual, como nos viese, alzando el grito,

¡Ay! dijo, socorred, que á Silvia ultrajan.

Luego que oyó su enamorado Aminta

Estas palabras, aventóse al campo

Furioso como un pardo, y yo seguilo:

Cuando vemos ligada con un árbol

La bella ninfa, cual nació, desnuda;

Y su cabello, su cabello mismo

Servia de cuerda, y á la planta envuelto

Estaba con mil nudos; y su cintio,

Que fué del seno virginal custodia,

De aquella ofensa era ministro, y ambas

Las manos le apretaba al duro tronco:

Hasta la misma planta ligaduras

Contra ella daba; y de un vencido ramo

Dos tiernas varas duramente ataban

Sus delicadas piernas. Allí vimos

En su presencia un sátiro villano,

Que entonces acababa de ligarla.

Fuése tras él Aminta con un dardo

(Que tuvo acaso en la derecha mano)

Como un fiero leon; y yo entre tanto

Estaba ya de piedrás prevenido,

Con que el sátiro vil huyó en efecto.

Pues como diese espacio su huida

A que Aminta mirase, él codicioso

Volvió sus ojos á los miembros bellos,

Que, cual tremola entre los juncos leche,

Delicados y blancos parecian;

Y todo vi se demudó en el rostro.

Despues llegóse blandamente á ella,

Y con modestia dijo: ¡o bella Silvia!

Perdona aquestas manos, si llegarse

A tus miembros es mucho atrevimiento,

Pues las obliga necesaria y pura

Fuerza de desatar aquestos nudos;

No (ya que les concede la fortuna

Esta felicidad) te pese della.

Coro. Palabras de ablandar los pedernales.

¿Y qué le respondió?

Tir. Ninguna cosa;

Mas, con vergüenza y con desden, al suelo

Bajando el rostro, el delicado seno

Cuanto podia torciéndose cubria.

Él, echando delante su cabello

Rubio, se puso á desatar, y en tanto

Hablaba así: ¿cuándo tan bellos nudos

Un tan grosero tronco ha merecido?

¿Pues qué ventaja llevan los amantes

Que sirven al Amor, si ya comunes

Son con las plantas sus preciosos lazos?

Planta cruel, ¿pudiste unos cabellos

De oro ofender, que tal honor te hacian?

Esto le dijo al desatar sus manos,

En tal modo, que junto parecia

Que temiese tocarla, y desease.
 Bajó luego á los piés por desairlos;
 Mas como Silvia ya se viese libres
 Las manos, dijo esquivá y desdefiosa:
 No me toques, pastor, soy de Diana,
 Yo me desataré los piés, aparta.

Coro. ¿Qué tal orgullo en una ninfa alber-
 Por cierto ingrata para de tal obra. (güe?)

Tir. El apartóse con respeto á un lado,
 Aun sin alzar los ojos á mirarla;
 Aquel placer negándose á sí mismo,
 Por no darle cuidado de negarlo.
 Yo, que escondido lo miraba todo
 Y lo escuchaba, cuando ví tal cosa
 Mil voces quise dar, al fin me abstuve.
 Mas oye qué extrañeza: ella en efeto,
 Despues de gran fatiga, desatóse,
 Y sin decir adios, apenas libre,
 Partió de allí como una cierva huyendo:
 Y no había causa de temer ninguna,
 Que ya de Aminta conocia el respeto.

Coro. ¿Pues cómo así huyó?

Tir. Porque no quiso
 Tener obligacion á la modestia
 Y amor del jóven, sino á su carrera.

Coro. ¿Qué es hasta eso ingrata? ¿Y el cuitado
 Qué hizo entonces, dinos, ó qué dijo?

Tir. Eso no sé, porqué de furia ardiendo
 Corrí por alcanzarla y detenerla:
 Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano:
 Despues volví á la fuente donde habia
 Quedado Aminta, y no le ví; mas siento
 El corazon preságo de algun daño:
 Sé que estaba dispuesto de matarse,
 Aun antes que esto sucediese.

Coro. Es uso
 Y arte del que ama amenazarse á muerte;
 Mas raras veces ha llegado á efeto.

Tir. Quieran los altos dioses que no sea
 Aminta alguno de los raros.

Coro. Calla,
 Que no será.

Tir. Yo quiero irme á la cueva
 Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
 Por dicha le hallaré; porque allí suele
 Alentar sus tristezas y tormentos
 Al dulce son de la zampoña clara,
 Que trae las piedras á escuchar del monte,
 Hace correr de pura leche el rio,
 Y miel brotar de las cortezas duras.

ESCENA II.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

Am. Rigurosa piedad por cierto usaste
 Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
 Porque será mi muerte,
 Cuanto mas dilatada, mas amarga:
 Y dime agora, ¿para qué me engañas

Por diversos caminos, y entretienes
 Con tus varias razones tan en vano?
 Si temes que me mate, mi bien temes.

Daf. ¿Porqué te desesperas,
 Aminta? que si yo bien la conozco,
 No fué crueldad, sino vergüenza sola
 La que movió tu Silvia que huyese.

Am. ¡Ay triste yo! que mi salud sería
 Desesperar, despues que la esperanza
 Mi destruccion ha sido: y todavía
 Tienta reverdecer dentro del pecho,
 Solo para que viva.

Y al que es tan desdichado,
 ¿Qué mas fiero tormento que la vida?

Daf. Vive, mesquino: miserable, vive.
 Solo para que goces
 De la felicidad cuando viniere:
 Sea premio á tu esperanza
 (Si en vivir esperando te mantienes)
 Lo que miraste en la desnuda bella.

Am. No pareció al Amor y á mi fortuna
 Qué era yo enteramente desdichado,
 Si no me descubrian
 Enteramente aquello que me niegan.

Ner. ¿Qué he de ser yo en efeto la siniestra
 Corneja de una nueva tan amarga?

¡O para siempre misero Montano!
 ¿Qué sentirá tu pecho, cuando entiendas
 El duro caso de tu Silvia cara?
 ¡O viejo padre y ciego!
 ¡Padre infeliz! mas ya no serás padre.

Daf. Oigo una triste voz.

Am. Yo siento el nombre
 De Silvia, que me hiere los oídos
 Y el corazon: ¿mas quién la nombra? escucha.

Daf. Esta es Nerina, ninfa á Cintia cara,
 De bellos ojos y de lindas manos,
 Talle gentil y movimiento airoso.

Ner. Quiero con todo, que lo sepa, y trate
 De buscar las reliquias miserables,
 Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, ay Silvia!
 ¡Ay como fué tu suerte desdichada!

Am. ¡Ay de mí! ¿qué será lo que esta dice?
Ner. Dafne.

Daf. ¿Qué estás hablando entre tí mesma?
 ¿O cómo á Silvia nombras y suspiras?

Ner. Con ocasion bastante
 Suspiro el triste caso.

Am. ¡Ay! ¿de qué caso
 Podrá decir aquesta? que yo siento,
 Yo siento el corazon que se me hicia,
 Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?

Daf. Cuenta qué triste caso es el que dices.
Ner. ¡O cielos! ¿yo he de ser la mensagera?
 ¿Y me obligan tambien á que te cuente?

Vino desnuda Silvia á mi morada,
 Y la causa ya debes de saberla.
 Despues, vestida, me rogó que fuese
 Con ella á cierta caza que ordenada
 Estaba al bosque dicho de la Encina.

Fuimos, hallamos muchas niñas juntas,
Y luego á breve rato desemboca
(No sé de dónde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le di, dispara, y dale
En la cabeza: él emboscóse, y ella
Al bosque que le siguió, vibrando un dardo.
Am. ¡O qué principios de dolor! ¡ay triste!
¿Qué fin me anuncian?

Ner. Yo con otro dardo
Seguí su rastro, pero lejos mucho,
Porque partí mas tarde: ya que estaban
Dentro del bosque, allí no pude verla;
Mas tanto fui siguiendo sus pisadas,
Que en lo mas solo me hallé y espeso.
En esto vi de Silvia el dardo en tierra,
Y poco mas abajo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabaza
Le revolví. He aquí cuando miraba
A todas partes, siete lobos veo
Lamiendo de la tierra alguna sangre
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fué mi suerte que ellos no me vieron,
(Tan atentos estaban á su pasto):
Así que, de piedad y temor llena
Volvime atras. Aquesto es cuanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

Am. ¿Has dicho poco, ninfa? ¡o velo, o san-
¡O Silvia, tú eres muerta! (gre!

Daf. ¡Ay desdichado!
Amorlecido está de pena, ó muerto.

Ner. Aun todavía respira: esto habrá sido
Algún breve desmayo: ya revive.

Am. ¿Porqué así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?

Quizá á mis manos el oficio dejas:
Yo soy, yo soy contento

Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.

¡Ay triste! si no falta
A la certezá ya ninguna cosa,

Y nada falta al colmo
De la miseria mía,
¿Qué espero mas? ¿qué busco? ¡Ah Dafne, Daf-
¿Para este amargo fin me reservaste? (ne!

¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio
Cuando matarme quise:

Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al cual le parecia

Que con mi muerte se evitaba el daño
Que ordenado me estaba; mas agora

Que ha ejecutado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,

Y tú sufrirlo debes.

Daf. Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

Am. ¿Qué mas quieres que espere?

Ya sobra lo esperado y lo entendido.

Ner. ¡Oh quién antes hubiera sido muda!

Am. Ninfa, dame, te ruego,

Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio

Que me queda de tiempo y de la vida.

Ner. ¿Debo darlo, ó negarlo?

Pero negarlo debo,

Sabida la ocasion por que le pide.

Am. ¿Cruel, así me niegas

Un tan pequeño don al punto extremo?

Hasta en esto se muestra mi enemigo

El fiero hado; pues dejarle quiero;

Contigo quede, y aun quedaos vosotras,

Que yo me voy donde volver no espero.

Daf. Aminta, aguarda, escucha,

¡Ay de mí, con la furia que se parte!

Ner. Él camina de suerte

Que es por demas seguirlo; así yo quiero

Proseguir mi viaje; y por ventura

Será mejor que calle.

Y nada cuenta al misero Montano.

Coro. No es menester la muerte;

Que si es para obligar un pecho noble,

Basta la fe con un amor conforme:

Ni la que se pretende

Es tan difícil fama,

Si persevera firme el que bien ama;

Que es premio amor que con amar se alcanza,

Y muchas veces, si al amor inquiera,

Gloria inmortal el amator adquiere.



ACTO CUARTO.

ESCENA I.

DAFNE, SILVIA Y CORO.

Daf. El viento lleve con la mala nueva
Que se esparció de tí tus males todos,
Los por venir, o Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y, gloria al cielo,
Viva y sana te miro: de tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que ojalá fuera muda, y otro sordo.

Sil. Cierito fué grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

Daf. Mas no bastante causa de decirlo.
Ora cuéntame el riesgo, y de qué modo
Tú lo excusaste.

Sil. Yo siguiendo un lobo
Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastro; y mientras
Volverme procuraba al mismo puesto
Donde partí primero, el lobo miro,

Al cual reconocí por una flecha
Que yo le habia clavado de mi mano
Junto á la oreja ; vilo entre otros muchos
Al rededor de un animal que habian
De fresco muerto , cuya forma entonces
No supe distinguir : el lobo herido
Pienso me conoció , porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada.
Yo le esperaba audaz , y con la diestra
Vibraba un dardo : ya tú sabes , Dafne ,
Si con destreza sé tirarle , y sabes
Si jamas yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo ví tan cerca de mi puesto
Cuanto me pareció distancia justa
Para la herida , le arrojé mi dardo
En vano ; porque , ó fué de la fortuna
La culpa , ó mia , por herir al lobo
Clavé una planta : entonces se venia
Con mas furioso encuentro á acometerme.
Yo viéndole tan cerca , que del arco
Era imposible entonces ya valerme ,
Y no siendo señora de otras armas ,
Dispúseme á huir , y mientras huyo
Él me viene siguiendo : advierte agora ,
Un velo que revuelto yo tenia

A los cabellos , desplegóse en parte ,
Y andaba ventilando , tal que á un ramo
Se marañó ; yo siento que me tiran
Y me detienen sin saber quién fuese ;
Mas con el miedo de morir , redoblo
La fuerza á la carrera , y de su parte
El ramo no se vence ni me deja :
Al fin del velo me desasgo , y pierdo
Con él algunas hebras del cabello ;
Y tantas alas á los piés fugaces
Me puso el gran temor , que libre y sana
De la selva salí : despues volviendo
Hácia mi albergue , te encontré turbada ,
Toda turbada , y me espanté de verte ,
Porque de solo verme te espantabas.

Daf. Tú estás viva , y alguno ya no vive.

Sil. ¿ Qué me dices ? ¿ te pesa por ventura
Que viva esté ? ¿ qué tanto me aborreces ?

Daf. Pláceme de tu vida : mas me duele
De agena muerte.

Sil. ¿ De qué muerte dices ?

Daf. De la muerte de Aminta.

Sil. Ay , ¿ cómo es muerto ?

Daf. El cómo no lo sé , ni aun el efeto
Puedo afirmar : mas téngolo por cierto.

Sil. ¿ Qué es lo que dices ? ¿ pues á qué atri-
La causa de su muerte , di ? (buyes)

Daf. A tu muerte.

Sil. Yo no te entiendo.

Daf. La terrible nueva
De esa tu muerte , que por cierta tuvo ,
Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo ,
O alguna cosa tal , que lo haya muerto.

Sil. Será vana sospecha la que tienes ,
Como la de mi muerte ; que cualquiera

Salva la vida suya mientras puede.

Daf. ¡ Ah Silvia ! tú no sabes , ni lo crees ,
Cuanto el fuego de amor puede en un pecho ,
En un pecho de carne , y no de piedra ,
Cual ese tuyo ; que si lo creyeras ,
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos ,
Y el espíritu mismo de su vida ;
Lo cual sé yo , y aun helo visto. Vilo
Cuando huiste como tigre fiera
Al tiempo que debieras abrazarlo :
Volver le ví contra su pecho un dardo ,
Desesperado , y á morir expuesto ,
Y sin arrepentirse , al fiero hecho ;
Pues en efeto se pasó el vestido
Hasta la piel , dejándola teñida
De su sangre ; y pasára mas adentro
La punta , y fuera el corazon herido ,
Que tú con mas violencia ya heriste ,
Si entonces yo no le detengo el brazo ,
Y su furor impido. Quizá aquella
Herida breve fué un ensayo solo
De su furor , de la desesperada
Constancia suya , y le mostró la via
Al hierro audaz , para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

Sil. ¡ Ay ! ¿ qué me cuentas ?
Daf. Y despues lo he visto ,
Cuando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta , del afan y angustia
Amortecerse ; y con furor extraño
Luego partir de allí para matarse ;
Y de esta vez se habrá de veras muerto.

Sil. ¿ Qué , lo tienes por cierto ?

Daf. Por sin duda.
Sil. ¡ Triste de mí ! ¿ porqué no le seguiste
Para impedirlo ? Ven , busquemos , vanos ;
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida ,
Mas fácilmente espero ,
Que mi vida le salve de la muerte.

Daf. Ya le seguí : mas tan veloz corria ,
Que se desapareció de mí en un punto ,
Y nada me valió buscar sus huellas.
¿ Mas dónde quieres ir sin rastro alguno ?

Sil. ¡ Ay , Dafne ! él morirá si no le hallamos.

Daf. Cruel , ¿ sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho ? ¿ Tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida ?
¿ No te parece , ingrata , que su muerte
Debe ser obra de otra que tu mano ?
Ora consuélate , que como quiera
Que el desdichado muera , tú le matas.

Sil. ¡ O Dafne ! tú me alliges ;
Y el gran dolor que siento de su daño ,
Se aumenta mas con la memoria acerba
De mi rigor pasado ,
Que honestidad llamaba , y fuélo cierto ;
Pero fué muy severa y rigurosa :
Agora lo conozeo , y me arrepiento.

Daf. ¿Qué es lo que escucho? ¿tú piadosa,
¿Tú en ese corazón sientes afecto (Silvia?
Alguno de piedad? ¿qué es lo que veo?
¿Tú lloras, tú?; notable maravilla!
¿Y es de amor en efecto ese tu llanto?

Sil. No lloro yo de amor, de piedad lloro.

Daf. No importa: la piedad es mensajera
De amor, como el relámpago del trueno.

Coro. Y aun muchas veces, cuando él mismo
quiere

Entrar oculto en los sinceros pechos
Que lo excluyeron antes con severa
Honestidad, la semejanza toma
De la piedad, que es su ministra y nuncia;
Y con estos disfraces, engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

Daf. Llanto de amor es este: mucho abunda
Tú callas: en fin amas, pero en vano. (da:
¡O poder del amor! justo castigo
Sobre esta ninfa envía.

Misero Aminta, tú (como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Deja la propia vida) con tu muerte
Has herido en efecto un duro pecho,
Que aun no picaste en tanto que viviste.
Sieres ahora espíritu desnudo
Ya de los miembros, como yo presumo,
Aquí estarás sin duda:

Mira su llanto, y goza de tu suerte,
En vida amante, y en la muerte amado.
Y si era tu destino que en la muerte
Amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio;
El precio mismo que pidió, le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

Coro. Por cierto caro precio al que le ha dado,
Cuanto inútil y vil á quien le admite.

Sil. ¡Oh si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto!

Daf. ¡O tardo desengaño!
Tarda piedad sobrada.
Cuando á ningún efecto es de provecho.

ESCENA II.

ERGASTO, CORO, SILVIA Y DAFNE.

Erg. Traigo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oigo ó veo
Cosa alguna do quiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

Coro. ¿Con que puede venir ¡ay Dios! agora
Este pastor, que muestra

Tal turbacion en el semblante y lengua?

Erg. Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

Sil. ¡Ay lo que dice!

Erg. El mas noble pastor de nuestras selvas,

El mas gallardo, afable y comedido,
Amado de las ninfas y las musas,
Murió en su juventud: ¡ay de qué muerte!

Coro. Dinos cómo, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

Sil. ¡Ay, que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa

Lo que saber no excuso!

Duro corazón mio,

Aspero y fiero corazón, ¿qué temes?

¿De qué te espantas? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.

Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor, que á los demas prometes;
Porque me pertenece

Quizá mas que tú piensas

Y cual debida prenda lo recibo:

Así que, de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

Erg. ¡Ah, ninfa! yo te creo:

Que mil veces al misero sentía
Llamar tu nombre, al acabar su vida.

Daf. Comienza ya la dolorosa historia.

Erg. Yo estaba en lo mas alto del collado,

Donde mis redes hoy tendido habia,
Cuando bien cerca vi pasar á Aminta
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que antes era, muy turbado y triste:

Tras el partí corriendo, y en efecto
Lo alcancé y lo detuve; el cual me dijo:
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,

Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion, mas quiero que me obligues
Antes tu fe con juramento estrecho,

De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efecto de mi intento.

Yo (¿quién pensara tan extraño caso,
Ni tan ciego furor?) bice, cual quiso,

Mil conjuros horribles, invocando
A Pan, á Pales, Priapo y Pomona,

Y á la nocturna Ecátés. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro

Del collado, por cuestras y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.

Aquí nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremecime de improviso,

Y al punto atras me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serené su rostro, el cual afecto

Fué el motivo mayor de asegurarme.
Después hablóme así: mira que cuentas

Lo que verás á ninfas y pastores.
Luego dijo, mirando al hondo valle:

« Si yo á mi voluntad hallar pudiera
Prontos así de los hambrientos lobos

El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero, bien quisiera

Morir la muerte que murió mi vida:

Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados

¡Ay triste! como fueron
Aquellos de mi Silvia delicados;
Mas, puesto que no puedo,
Y ya que á mi desco

El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir: yo seguiré otra via,
La cual será á lo menos
La mas breve, si no la que debía.

Ea, Silvia, ya te sigo,
Ya voy á acompañarte,
Y muriera contento, si entendiera
Al menos con certeza, que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida:

Ea, Silvia, ya te sigo. »
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Hácia lo hondo, y yo quedéme helado.

Sil. ¡Ay desdichada!

Daf. Miserable Aminta!

Coro. ¿Porqué no lo impediste?

¿Hizote acaso estorbo

A detenerlo el juramento hecho?

Erg. No, no, que despreciando el juramento
(Vano quizá en tal caso)

Cuando advertí su temeraria y loca
Resolucion, corrí con ambas manos,
Y, como quiso su enemiga suerte,
Lo así de este cendal, que lo ceñía,
El cual, no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

Coro. ¿Y qué fué de su cuerpo desdichado?

Erg. No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazón para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

Coro. ¡O lastimoso caso!

Sil. Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aun no me acaba.
¡Triste de mí! si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida, justo fuera,
Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.

Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al menos con el hierro,
O ya con este ceñidor infausto;
Este, que no sin causa

No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad y de su muerte injusta.
Prenda infeliz de dueño
Mucho mas infeliz, no te disguste

Quedar en este abominable albergue:
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena.
Por cierto yo debía

Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y pues no quise.
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

Coro. Consuélate, zagala,

Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

Sil. ¿De qué llorais, pastores?

Si de mi afan llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla:
Y si llorais la desdichada muerte
Del misero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enjuaga

Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion; y suplicarte quiero,
(No por piedad de mí, sino del triste
Que fué mas digno della)

Me ayudes á buscar sus miserables
Miembros, y sepultarlos:

Este cuidado solamente impide

El darme aquí la muerte:

En este oficio solo

Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo; bien que puede
Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra; mas con todo
Entiendo y sé que le será agradable,
Al menos por ser obra de mi mano;
Porque me quiere y ama,
Cual lo mostró muriendo.

Daf. Soy contenta por cierto de ayudarte

En el piadoso oficio;

Mas tú, morir, del pensamiento borra.

Sil. Hasta agora viví para mi mesma,
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
O viviré á lo menos

Para su helado y misero cadáver.
Tanto, y no mas, es lícito que viva.
Y luego, que se acaben
A un tiempo sus exequias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por qué camino
Podemos ir al valle del barranco
Tiene su asiento?

Erg. Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

Daf. Vamos, guiaréte yo, que bien me
De este lugar que dice. (acuerdo)

Sil. A Dios, pastores;
Quedaos á Dios, á Dios selvas y rios.

Erg. Hablando va de suerte que denota
Estar dispuesta á la última partida.

Coro. Lo que la muerte rigorosa afierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,

De cuyos triunfos siempre vas triunfando :
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando ,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamas turbadas iras ;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras :
El odio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras ;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.



ACTO QUINTO.

ESCENA I.

ELPINO Y CORO.

Elp. No hay duda que la ley con que gobier-
Amor su grande imperio eternamente; na
No es injusta ni dura, y que sus obras
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
; O cuán artificioso, por caminos
No conocidos encamina al hombre
A su felicidad, y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Cuando él se juzga al fondo de sus males !
He aquí precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
; O tú feliz, o venturoso Aminta,
Y mas cuanto mas fuiste desdichado !
Esperar con tu ejemplo agora puedo
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y ceta
El acero mortal de su fiera,za
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido.
Coro. Aquí se nos acerca el sabio Elpino,
Y escuchad sus razones, que de Aminta
Hablaudo viene, como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.
; O condicion de los amantes dura !
Sin duda juzga venturoso amante
Al que, muriendo, al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su ninfa ;
Esto tiene por gloria, y esto espera.
; De cuán ligero premio el dios elado
Contenta sus secuaces ! Dime, Elpino,
; En estado tan misero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta, y semejante
Fin desdichado para ti deaseas ?

Elp. Amigos, bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

Coro. ; Oh cuánto nos alegra lo que dices!
En fin ha sido falso, segun eso,
Que se precipitó.

Elp. Verdad ha sido ;
Mas fué feliz el precipicio, tanto,
Que en una imágen misera de muerte
Le trajo vida y bien ; agora queda
Entre los dulces brazos de su ninfa,
Piadosa ya, lo que antes rigurosa ;
La cual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enjuga de los ojos :
Así voy á llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo
Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrambos.

Coro. Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes : y Montano,
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio :
Así que, el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Cual Dios, ó cuál ventura al buen Aminta
Salvarle pudo de peligro tanto.

Elp. Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que ví por mis ojos. Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pié del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta :
Allí con Tirsi andaba razonaudo
De aquella que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mi despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir continuo
A su retiramiento y libre estado :
Cuando una voz nos levantó los ojos ;
Y el ver de lo alto despariarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espinos, y otros ramos
Juntos y estrechamente entretejidos,
Un grande haz : en este, antes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe :
Y bien que el peso al fin lo desfondase,
Y él mas abajo á nuestros piés cayese.
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto impetu quitó de la caída,
Que ella no fué mortal : pero con todo
Tan grave fué, que un hora larga estubo
Como aturrido y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improvisado,
Conociendo el pastor ; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitígamos.
Tirsi entonces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes :
Mas, mientras con diversos argumentos

Procuramos hacer que reviviese ;
 Enviado ya á llamar Alfeisbeo ,
 A quien Febo enseñó la medicina
 Cuando le dió la cítara y el plectro ;
 Llegaron juntamente Dafne y Silvia ,
 Que , como luego supe , iban buscando
 El triste cuerpo que tenían por muerto.
 Pues cuando Silvia lo conoce , y mira
 En las mejillas pálidas de Aminta
 Una belleza tal , que la violeta
 Nunca tan dulcemente se marchita ;
 Y él con gemido débil , que parece
 Que en los suspiros últimos al aire
 Exhala el alma á guisa de bacante ;
 Con altos gritos y herirse el pecho
 Se arroja con el cuerpo que yacia
 Juntando rostro á rostro y boca á boca.

Coro. ¿Pues cómo no la abstuvo la vergüenza,
 Siendo ella tan severa y tan esquiva?

Etp. Abstiene la vergüenza un amor débil :

Mas de un amor constante es débil freno.
 Luego, como si fueran sendas fuentes
 Sus ojos, comenzó con vivo llanto
 Del jóven á bañar el rostro frio :
 Y fué aquel agua de virtud tan grande,
 Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
 Un ay profundo le salió del pecho
 Con gran dolor ; y el ay que tan amargo
 Partió del corazón, se encontró luego
 Con el aliento de su Silvia cara,
 Que lo acogió en su boca, y en aquesta
 Se convirtió al instante dulce y puro.

¿ Quién os sabrá decir como quedarou
 En aquel punto entrambos ? ya seguro
 Del amor de su ninfa el fiel Aminta,
 Y viéndose en sus brazos apretado,
 Quien sabe que es amor, él solamente
 Por sí mismo lo juzgue ; mas no entiendo
 Puede juzgarse, cuanto mas decirse.

Coro. En fin, ¿ Aminta está de suerte sano,
 Que ya no hay riesgo de su vida ?

Etp. Aminta

Está pues sano, aunque su rostro un poco
 Tiene arañado y quebrantado el cuerpo ;
 Mas es nada en efeto, y él lo estima
 Por menos de lo que es : ¡ dichoso jóven ;
 Que así ha dado señal de amor tan grande,

Y agora logra del amor el premio,
 A quien las penas todas y peligros
 Pasados sirven de mayor contento.
 Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
 Mi camino á buscar al buen Montano.

Coro. No sé si, siendo tanta la amargura,
 Que ese pastor amante
 Ha padecido en su penoso estado,
 Puede al presente alguna gran dulzura
 Darle sabor bastante,
 En recompensa á todo el mal pasado.
 Y si es mas estimado,
 Y mas alegre el bien traen muchos males ;
 Amor, de bienes tales
 Premia á los otros, que en dominio tienes :
 Que yo no pido tus mayores bienes.

Tras breves ruegos y servicios breves,
 Quiero me admita luego
 Mi amada ninfa con amor piadoso ;
 Y solo mezcle de cuidados leves
 Nuestro dulce sosiego,
 No tan grave tormento y riguroso :
 Mas un desden zeloso,
 Una esquivaza blanda enamorada ;
 Guerra en fin limitada,
 A quien la dulce paz y tregua siga,
 Que en mas ardor los corazones liga.



OTRAS POESIAS DE JAUREGUI.

LA MONARQUÍA DE ESPAÑA,

EN LA MUERTE DE SU REINA DOÑA MARGARITA.

Cancion 1.

Ya que en silencio mi dolor no iguale
 Ni mis ocultas lágrimas y llanto
 Al superior afecto que las vierte ;
 Justo será que mi funesto canto
 Las acompañe, y que del alma exhale

¹ Segun el título que el autor le puso, esta canción es una prosopopeya en que la monarquía de España personificada llora la muerte de su reina. Yo admiro con todos los humanistas la perfecta comparación de la segunda estrofa, y estimo el carácter de gravedad y de templanza que domina en la obra, la corrección general del estilo, la belleza de los períodos, la bondad y facilidad en los versos. Pero España con tan alta ocasión ¿no tenia cosas mas grandes é importantes que decir, no hay en el dolor acentos mas tristes y penetrantes, las formas en fin y el tono no pudieran ser mas apasionados? Esta canción se parece á las que se

poseen bastante en sus aflicciones para no perder ni su gravedad ni su ornato: es bella pero fria; encarecer el dolor no es propiamente sentir, y nadie simpatiza con un personaje que no hace otra cosa que exagerar el sentimiento que no tiene. Y no se crea que las formas líricas, aun las mas altas y artificiosas, se oponen á la pasión cuando el argumento lo requiere. La canción de Herrera á la pérdida del rey don Sebastian y la de Rioja á las ruinas de Itálica, son grandemente líricas y grandemente patéticas. Aun confesando la perfección con que está ejecutada la bella comparación de la segunda estrofa, siempre su artificio

Nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte
Presente, el caso mas infausto y grave,
Que caber pudo en su vigor violento:
Que así mi sentimiento
Llegue al extremo, que en mis fuerzas cabe.
Mas vence su rigor las fuerzas mías,
Ni admite el grave daño recompensa
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo aunque ciega de perpetuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa,
Veré primero en las cenizas frías,
Por quien suspiro, fenecer mis días:
Que de llorarlas quede satisfecho
Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.

¿Quién vió tal vez en áspera campaña
Árbol hermoso cuya rama y hoja
Cabre la tierra de verdor sombra?
Donde el ganado cándido recoja
Alejado el pastor de su cabaña
Y allí resista el caloroso estío.
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco y de sus flores
Y de su hojoso toldo y fruto opimo
Olor y dulce arrimo,
Sustento y sombra á ovejas y pastores;
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raíces desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ageno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro albergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco, y su lamento
Esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.

No de otra suerte, ¡o planta generosa,
Que adornas los alcázares del cielo!
Prestaste arrimo, sombra y acogida
Al pueblo grato del Iberio suelo:
Dió tu heroica virtud, cual flor hermosa,
Olor que ha penetrado la extendida
Region etérea: así desposeida
Viéndose España de la prenda suya,
Tembló al severo golpe de la parca,
Y entorno su comarca
Fue quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en tí gozaron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quejas, y á llorar forzados
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,
Que para su querella congojada
Ya faltan fuerzas á la voz cansada,

Y si reducen á llorar los brios,
Tambien para los ojos faltan rios.

Ni ya reprime su lamento vano,
Verte en el cielo mejorar de imperios
De excelsos tronos y coronas santas;
Y que en vez de los principes iberios
Que se postraban á besar tu mano,
Hoy las estrellas besarán tus plantas,
Ni el ver que á España dejas prendas tantas,
(Nobles centellas de tu sacro fuego)
A cuyo cetro y próspero gobierno
Darás favor eterno,
Si á Dios presentas de su parte el ruego.
Ni nos basta mirar tu viva lumbre
Al sol, de quien fué rayo, siempre unida
Y prestando esplendor al alto cielo.
Ni el ver, por muestras de tu santo celo,
Modernos templos, que en edad florida
Han de lograr su excelsa pesadumbre,
Y en cuanto el rojo Febo el mundo alumbre,
Honrar, solemnizando tu corona,
Su viva siempre, liberal patrona.

Por mas que el tiempo y la razon porfle
A divertir el ánimo afligido
Del entreñable y vivo sentimiento;
No habrá razon ó tiempo ó largo olvido
Que nuestro luto funeral desvie
Del siempre fatigado pensamiento:
Siempre al disgusto cederá el contento
En mísera contienda; y por despojos
Verás, sin tí, nuestros humildes pechos
Que en llanto ya deshechos
El corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos chinos,
Los indios negros y alemanes rubios,
Que en tí perdieron su imperial grandeza;
Daráte el mundo con igual tristeza
Flébil tributo en lluvias y diluvios:
Porque, si á los distantes y vecinos
Reinos tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo,
Sino cual debe, como puede el mundo,

PARAFRASI

DEL SALMO SUPER FLUMINA BABYLONAS.

En la ribera undosa
Del babilonio rio
Los fatigados miembros reclinamos,
Y allí con faz llorosa
Junto á su márgen frio

y extension se oponen á la forma dramática del poema: en boca del poeta estaria bien; en la de la monarquía, á mí parecer no tanto.

Daráte el mundo con igual tristeza
Flébil tributo en lluvias y diluvios.

Expresion viciosa escapada al buen gusto que Jáuregui conservaba todavía, y que su consonancia con los *alemanes rubios* no es suficiente á disculpar: á fuerza de querer ser grande, no es mas que hinchada y pueril.

Con lágrimas sus ondas aumentamos ;
Entonces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las cítaras y harpas, do solía
Alear sus enojos algun día
Alegre el corazon, cuando vivimo ;
En tí, Jerusalem : mas la memoria
De tu asolado imperio
Y el duro cautiverio,
En que trocamos hoy la antigua gloria,
Nos despojó del regocijo y canto ,
Para entregarnos al afan y al llanto.

Allí por mas tristeza
La escuadra victoriosa
Que nos condujo en miseras prisiones ,
Templada su fiereza ,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones ,
Y con blandas razones
Nos animaba á repetir alguna :
Mas respondimos con ageno intento :
«¿Cómo dará señal de algun contento
Quien se ve reducido á tal fortuna ?
¿Cómo cantar podremos himnos santos
En region extranjera ,
Do la Deidad primera
Es ofendida ? ¿Entre enemigos tantos
De aquel Señor , á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira ?
Sacra ciudad que adoro ,
Si acaso yo olvidáre
Este dolor que tu memoria pide ,
Si al cántico sonoro
Y al plectro me aplicáre ,
Antes mi diestra el movimiento olvide.
La lengua , que divide
De la voz el acento y la cadencia ,
Se pame y hiele , á mi garganta asida ,
Si á todo canto alegre preferida
No fuere mi tristeza por tu ausencia ;
Solo fijando en la memoria mia
Tus muros encumbrados ,
Que yacen hoy prostrados ,
Y las felices horas de alegría ,
Que en tí perdí , que en tí gozé primero ,
Y alguna vez recuperar espero.

Pues fuiste el ofendido ,
Acuérdate indignado ,
Señor , del impio y bárbaro Idumeo ,
Cuando cayó rendido
Tu pueblo , y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo :
Que en odio del hebreo
Instigaba sus huestes , y decía :
Asolad , asolad desde el cimientó
Sus homenages : ¡o rencor sangriento !
Dichoso el que á tus ojos algun día ,
Fiera Babel , con semejante estrago ,
Y merecida pena
Ha de vengar la agena ,

El que ha de dar á tu soberbia pago ,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus miseros infantes.»

AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto ,
Que el Bétis baña , y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces ocupados ;
Donde el ocioso juvenil concurso ,
La soledad siguiendo y lo remoto ,
Logra de amor los hurtos recatados :
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un día ,
Porque la ninfa mia
Vi que emboscada y de recelo agena
Ya el cinto desceñido
Sus miembros despojaba del vestido.
Dejé al fin compuesto en el arena ,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La ví correr , do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el hielo ,
Y suspendió su brio
Viéndose en la carrera salteado
Con líquidos aljófares del rio.
Mas reclinóse al fin sabrosamente ,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello.
Tal vez la hermosa frente
Sola mostraba de su rostro bello :
Tal con ligeros saltos pasaba
La orilla , y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo, en tan alegre vista embebecido ,
Y en los tejidos ramos escondido ,
Al cielo con el alma agradecida
Mi desigual ventura ,
Y el recatado labio no movía :
¡Ay si mis ojos con igual cordura
Celar pudieran sus ocultas llamas !
Y no que ansiosos de mirar cercano
Aquel hermoso vulto soberano ,
Se divertieron á mover las ramas ;
Y apenas el ruido
Hirió á la bella ninfa el pronto oído ,
Cuando su aguda vista y rostro honesto
Le descubrió mi hurto manifiesto :
Y como la corcilla desculdada ,
Mientras las hojas tierra y menudas
Despunta de la yerba rociada ,
Que al mas leve rumor el cuello enhiesta ,
Y vuelve las agudas
Orejas y la frente pavorosa
A la vecina selva , ó la floresta ,
Do con alada planta voladora
Se embosca , y deja el cazador burlado ;
Tal su ligero curso amedrentado
Siguió mi amada ninfa al mismo instante

Que me miró delante.

¡O bella ingrata á quien el alma adora!

Entonces dije; y me arrojé tras ella,
Detente, aguarda agora;
Del enemigo es justo que se huya,
No del amante que la gloria suya
Ha puesto en adorar tu imagen bella:
Tras ti me llevas del amor vencido
Y no de tus agravios persuadido:
Ya que matarme tu soberbia quiera,
Permite solo que á tus ojos muera.
Mas ¡ay! que en vano pido
Te duelas de mi daño, pues tampoco
Sientes el tuyo, ninfa, en la carrera:
Mira que ofende el áspero camino
Tus blandos piés, reporta la huida,
Que yo te seguiré mas poco á poco.

En cuanto así la voz enternecida
Convierto á moderar su desatino:
Ella, esforzando el corazón medroso,
Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
Y oculto el curso aplica:
Los árboles al verla enamorados,
O ya de mi dolor compadecidos,
Parecen que se oponen á encontrarla,
O bien á contemplarla.
Eco mis voces con afán replica,
Las bronceas peñas mi dolor sentían.
Lleva mi ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecían
Los rayos puros de Titan dorados.
He aquí, mientras sin orden se esparcían
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañaron los hermosos lazos,
Y de mi ninfa amada
Embarazaron algo la carrera;
Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que, porque menos el dolor sentiera,
Sin la seguir me derribé en el suelo;
Diciéndole: ya, ninfa, no te sigo
Sino con sola el alma enamorada;
El alma llevas, y no mas contigo,
Modera tu violencia acelerada;
O ya si el peso rehusar pretendes,
Déjame el alma, y huye descansada.
Mas, no porque mi voz la asegurase,
Y lejos bien distante me quedase,
Un punto quiso detener sus plantas,
Ni perdonar la ofensa á su cabello;
Antes cargando la cabeza y cuello
Hacia adelante con ahinco y fuerza,
Deja perdidas de sus hebras cuantas
Le pudo arrebatar la rica rama,
Y mas furiosa su carrera esfuerza
Abriendo el paso entre la yerba y grama.
De mi burlada vista al fin se aleja,

Los árboles la esconden, y me deja,
Cual queda el can liviano, que seguía
A la veloce liebre en la fragosa
Sierra, donde ella pudo cautelosa
Torcerse entre las matas y quebrarse:
Él, ya que de cobrarla desconfía,
Descuida el pié ligero, y sin cansarse
Contempla solo la difícil via,
Y el rastro que dejó por los breñales
De su belluda piel, cuando huía
La astuta liebre á saltos desiguales:
Así cuando perdí la ninfa mía
Me fui yo triste al ramo venturoso,
Do estaban sus cabellos enlazados,
Y dije lamentándome quejoso:
¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á ejecutalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor, cual su volátil planta
Detuvo; atenta al oro,
La codiciosa virgen Atalanta:
No es oro el vuestro de menor tesoro:
¡O dulces lazos, muestra conocida
De la aspereza de mi bella ingrata!
¡O falso bien, que regalando mata,
Y aparente lisonja de la vida!
Do contra mí dejó el rigor ageno
En vaso de oro su mortal veneno:
Prenda sereis para mi mal guardada
En el estrecho seno;
Pues aunque en vos me quede la memoria
Desta crueldad de mi enemiga airada
Y en vos mi ofensa arguya,
Al fin sois prenda suya,
Y en eso fundaré mi débil gloria.
Y tú, frondosa rama,
Que te compadeciste
De verme ardiendo en amorosa llama,
Y el fugitivo curso entretuviste
De aquella mi bellísima contraria;
Perdona, si en tan breve te despojas
Del oro puro que te adorna y viste;
Baste á calificar tus ricas hojas
Solo haber sido del depositaria;
Y en cambio al recibido
Beneficio presente, al cielo pido
Que iguale con su altura
La fértil copa que tus hojas brota,
Y extienda sus raíces
En el terreno centro á la remota
Y la mayor hondura;
Y que las arboledas autorices
Por luengos siglos con igual verdura.
Dije, y las hebras rubias marañadas
Desenlacé cobarde y temeroso,
Y al pecho venturoso
Las ofrecí por prendas regaladas:
Y viendo oscurecerse el occidente
Ya cuando el mar de Iberia presuroso.

Trastorna el sol la fatigada frente,
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

SONETO I.

Sobre las ondas acosado Antonio,
Al fuerte Augusto, y á Cleopatra mira;
Una al dominio del incauto aspira;
Otro al diadema del imperio ausonio.

Entrégase el amante al golfo Jonio,
Mas encendido en vil amor que en ira:
Inmensa armada en su favor conspira
Del medo y persa, egipcio y macedonio.

Puede triunfar de Augusto, acometiendo:
Tambien, huyendo de Cleopatra, puede
Vencer astuto su malicia y arte:

Trueca la accion; y del contrario huyendo,
Sigue su amada fugitiva, y cede
Ambas victorias al Amor y á Marte.

II.

¡Ay de cuán poco sirve al arrogante
El edificio, que soberbio empina
Sobre pilasstras de Tenaro, y fina
De mármol piedra, y de color cambiante!

Pues cuanto mas del suelo se levante
Máquina excelsa, al cielo convicina,
Tanto mas cerca atiende á su ruina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.

Consumirá en los jaspes su tesoro,
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.

Y por ventura entre alabastrós y oro
Del alto capítel, verá su muerte
Pobre y desnudo el sucesor primero.

LA BATALLA NAVAL

DE LOS DE CÉSAR CONTRA LOS GRIEGOS DE MARSELLA¹,

Descrita por Lucano en el tercero libro de su Farsalia, y transferida á nuestra lengua.

Sobre el marino campo el rojo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana:
Libre de nubes y sereno el polo
Su manto á partes retocaba en grana:
Ató los vientos el soberbio Eolo
Al Euro, al Noto, al Cauro y Tramontana;
Y sosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.

¹ De todos los escritores extraños que podia elegir nuestro poeta para hacerlos propios por medio de su facilidad, ninguno menos á propósito que Lucano para la índole de su ingenio. Culto, florido y elegante, mal se podia avenir con la poesia del autor latino, que donde no es vicioso se hace estimar y admirar mas por su robustez y por su nervio, que por su amenidad y por su halago. Ejercitose sin embargo cuando jóven en traducir en octavas esta batalla naval de la Farsalia, y cierto que aun cuando el carácter del estilo no conserve el tono de fuerza y de valentia que tiene el original, la ejecucion no obstante es tan fácil y tan grata; la narracion tan despejada y fluida, el trabajo tan disimulado y las octavas tan bien hechas, que esta descripcion se reputa justamente por uno de los mejores trozos de nuestra poesia antigua.

Despues Jáuregui tomó á su cargo la empresa de traducir libremente toda la Farsalia, y quiso en este nuevo trabajo competir con su modelo en artificio, osadía y entonacion. Pero como, aun prescindiendo de la desigualdad del talento poético, no tenia el temple de alma que Lucano, ni por ventura comprendia su intencion, resulta que no pudo hacer otra cosa que copiar y exagerar los vicios de estilo que abundan en la Farsalia, dando á su poesia el color y las formas del culteranismo que ya tenia estragada nuestra poesia. Ya Jáuregui no era Jáuregui: y el que antes habia sido tan amargo y severo censor de las innovaciones de Góngora, estaba convertido en un humilde secuaz y discípulo suyo. Asi es que la Farsalia española, á pesar de los disparatados elogios de sus primeros aprobantes y editores, que con vergüenza de nuestras letras se han reprodu-

cido en nuestros dias, no puede leerse ni de seguida ni á pausas. Y esto no consiste á la verdad en estar escrita en octavas, como quiere suponer don Vicente de los Rios en sus memorias sobre Villegas, sino en que las octavas son malas: no precisamente por su artificio y construccion material, que en esto Jáuregui no se descuida, sino porque estan escritas en un estilo detestable, lleno de figuras incoherentes y violentas, de conceptos falsos, de afectacion y simetria fastidiosa; en un estilo que quiere ser sublime y es hinchado, sentencioso y es pueril, atrevido y es extravagante.

La gran mudanza que hubo en este escritor se puede conocer comparando el modo con que visitó la batalla naval en su primer tiempo, con el que usó despues en su traduccion completa. Bastarán para ello los primeros versos del pasage.

Lucano dice así:

Ut matutinis spargens super aquora Phœbus
Fregit aquis radios, et liber nubibus æther,
Et posito Borea, pacemque tenentibus Austris,
Servatum bello jacuit mare, movit ab omni
Quisque suam statione ratem, paribusque lacertis
Cæsaris hinc pubes, hinc Grato remige classis
Tollitur: impulsæ tonsis tremitere carinae,
Crebræque sublimes convellunt verbera puppes.
Cornua Romanæ classis, validaque tirremes
Quasque quater surgens extracti remigis ordo
Commovet.....
Ut tantum mediis fuerat maris, utraque classis
Quod semel exussis posset transcurrere tonsis,
Innumera vasto miscentur in æthere voces:
Remorumque sonus promittit clamore: nec ullus
Audire potuere tubæ.

Imitacion primera.

Sobre el marino campo el rojo Apolo

Quando sus remos á la par tentaron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los italos zarparon,
Y los grecianos de su patrio puerto;
Con la violenta boga rechinaron
Los bien trabados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélagó extendido
De los continuos golpes sacudido.

Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los aires derramadas
Alzan tan sordo estruendo y gritería,
Que ni se escucha el remo ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.

Entonces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende, y en su remo estriba;
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba:
Las proras, al encuentro resonante,
Resurten scsgas por el agua arriba,
Y alli la flecha y lanza revolando,
Y el dardo ahuyentan uno y otro bando.

Volando encubren la superna esfera
Las astas, y cayendo la marina:
Las naves se revuelven, y se altera
El órden con la brega repentina:
Cual de la armada se retira á fuera,
Y cual á su adversario se avecina:
Cual ya girando á torno, y cual deshace
Los sulcos que la nao contraria hace.

Son ágiles y prestas las grecianas
Fustas al embestir y al retirarse:
Del timon se gobiernan mas livianas,
Y en breve cerco intentan rodearse:
Con mas pesado rumbo las romanas
Procuran en valor aventajarse,

Que, á semejanza de la firme tierra,
Son aptas para el uso de la guerra.

Dijo por tanto Bruto al vigilante
Piloto: ¿por ventura en ligereza
Compites con el griego navegante,
Y con sus mañas y sagaz destreza?
No sulques, no, las ondas vacilante,
Atiende á la batalla con firmeza,
Y de traves opon los vasos nuestros
Contra sus barcas y bajeles diestros.

Mostró el piloto obedecerle, y fueron
Todos atravesando su navio:
Las fustas enemigas embistieron,
Como acetando el nuevo desafio;
Del propio encuentro algunas se rompieron,
Las otras por el italo genio
Entre cadenas fueron enlazadas,
Y con agudos garfios aferradas,

Así dos flotas, la romana y griega,
Formaron un tablado espeso unido;
Y suelto el remo, la naval refriega
Fué y el combate rígido encendido:
Ya nadie al viento su rejon entrega,
Ni ofende ya de lejos despedido
El dardo ó lanza, mas la espada aguda
Rostro con rostro á batallar desnuda.

Al bordo cada cual se acuesta y carga
De su fragata; y al contrario bando
El brazo y mano rigurosa alarga,
Mortales golpes recibiendo y dando:
Del áspero combate el agua amarga
Hierva en espumas rojas, y nadando
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada ciegameamente envueltas.

Ya el número de muertos y anegados,
Que ve sobre las ondas cada nave,
Impide que se junten sus costados,
Por mas que el garfio los aferre y trabe:

Tendió su luz flamante una mañana:
Libre de nubes y sereno el polo
Su manto á partes retocaba en grana:
Ató los vientos el soberbio Eolo
Al Euro, al Noto, al Cauro y Tramontana;
Y sosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.

Quando sus remos á la par tentaron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los italos zarparon,
Y los grecianos de su patrio puerto;
Con la violenta boga rechinaron
Los bien trabados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélagó extendido
De los continuos golpes sacudido.

Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los aires derramadas
Alzan tan sordo estruendo y gritería,
Que ni se escucha el remo ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.

Imitacion segunda.

El sol ya infante que horizontes dora

Dió al rigor excesivo luz profana,
Despues que en lecho de jazmin la aurora
Despojando celages ardió en grana:
Calma el viento y matiza campos Flora:
Duerme el golfo y no quiebra espuma caua,
Y en los rayos gozándose solares
Guerra incitan pacíficos los mares.

Quando los remos ágiles ordena
Un bando y otro, y en veloz concierto
Zarpan los griegos de su patria arenia
Y los latinos del contrario puerto:
De la boga con impetu resueña
El mástil, jarcia y cables, y cubierto
De escarcha el plano á luces orientales
De aljófár cresco recamó cristales.

Mas cuando ya se alcanzan las armadas,
En intervalo corto acometiendo,
Que si replica el remo dos brazadas
Términos cierra al concurrir tremendo;
Voces en alto unidas y encontradas
Hincben el aire de terror y estruendo;
Ni el remo es ya sonante, ni la trompa,
Bien que espumas azote y vientos rompa.

¡Quantum mutatus ab illo!

Algunos, medio vivos y cansados,
Sostienen con el alma el cuerpo grave,
Bebiendo á su pesar la espesa copia
Del mar, mezclado de su sangre propia.

Así bebiendo el mar, el mar los traga :
Y otros, que su bajel cascado miran,
Antes que se rehunda ó se deshaga,
Al agua saltan, y á vivir aspiran ;
Cualquiera flecha ó lancha ofende y llaga
Que allí los griegos y romanos tiran ;
Pues aunque al agua, errando, se derribe,
Hay cuerpo que su golpe en sí recibe.

Dos fustas de Marsella contrastaban
Una de César, y en igual porfía
Por sus costados ambos la acosaban,
Y ella con ambas sola contendia ;
Y en cuanto la vitoria dilataban,
Tago, latino, insigne en osadia,
Probó á extender el brazo temerario,
Y asir las jarcias del bajel contrario,

Cuando en su espalda y pecho repartidas
Dos lanzas á la par lo atravesaron,
Y al medio de su cuerpo introducidas
Las puntas aceradas se encontraron :
Dudó la sangre á cual de las heridas
Pudiera acometer, y al fin lanzaron
Entrambas bocas dos iguales fuentes,
Y el alma en partes rota diferentes.

Gobierna entre las ondas su madero
Telón, un griego, que chalupa alguna
No vió jamas tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna :
Juzgaba siempre el tiempo venidero
Solo mirando al rostro de la luna,
O al sol ; y anticipada resolvía
La vela donde el tiempo requeria.

Este ya deja abierto en la marina
Un vaso que embistió con su pujanza,
Cuando de lejos llega repentina
A barrenar sus pechos una lanza :
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estancia ;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discurre entre las ondas vacilante :

En cuyo vaso, vagabundo y falto
Ya de gobierno, un diestro marinero
Se apresuró á saltar desde lo alto
De su fragata, en ademan ligero,
Y un dardo agudo, en la mitad del salto ;
Su espalda atravesó, y el fuerte acero
Clavó en las tablas que topára en frente,
Dejando al griego de la nao pendiente.

En el conflicto de la guerra armados
Asisten dos hermanos, que, nacidos
Ambos de un parto, á diferentes hados
Fueron por varia estrella conducidos ;
Causaban grato error á los burlados
Padres, porque sus rostros parecidos
Erán de modo, que el mortal y agudo
Acero solo distinguirlos pudo.

Pudo la muerte, reservando al uno,
Al otro arrebatár su semejante,
Tal que los padres, sin engaño alguno,
Verán distinto al único restante,
Donde el llanto renueven importuno
Con perpetuo dolor perseverante,
Siempre mirando el natural trasunto
Del miserable hermano ya difunto.

El uno de los dos con muestra osada
Asió una carabela del romano,
Y al punto un golpe de ligera espada
A cercen le cortó la diestra mano ;
Aquella con sus nervios aferrada
Quedó, y asida de la barca en vaou,
Y en el ilustre pecho del mancebo
Creció nueva arrogancia y vigor nuevo :

Y al uso de las armas aplicando
La fuerte izquierda, á la batalla atiendo ;
Y de la fusta el cuerpo derribando,
Cobrar su mano dividida entiendo,
Cuando un alfange del opuesto bando
Tras él con feroz impetu desciendo,
Que tambien la siniestra vengativa
Y el brazo desde el hombro le derriba.

Ya que privado de regir se mira
Espada ó lanza, ni acerado escudo,
No se recoge adentro ó se retira,
Ni al hado rinde el corazón sañudo ;
Mas, sin dajar el puesto, ardiendo en ira
Expone el pecho á nueva lid desnudo,
Donde á su hermano guarda y lo defiende,
Que á sus espaldas por igual contiene.

Plantado y vuelto al enemigo asiste,
Y, como firme y sólida triñchera,
La flecha, dardo y lanza allí resiste,
Porque á ninguno de los suyos hiera :
Las muchas llagas de su cuerpo triste
Ya le compelen á que espire y muera ;
Mas él su poca sangre y poca fuerza
En sí recoge, y á vivir se esfuerza.

Sostuvo el alma el jóven temerario
Mientras saltaba en su enemiga nave,
Por ofender siquiera al adversario
Con solo el peso de su cuerpo grave :
La nave ya, del impetu contrario
De griegas proras, todo leño y trabe
Mostraba poco firmes, y cubiertos
Sus altos bordos de los hombres muertos.

Así que la oprimió con su añadida
Carga el osado salto repentino,
Del agua por sus queiebras recibida
Se linche, y tuerce al fondo su camino.
La mar propincua, en cerco removida,
De espuma forma un ancho remolino,
Abrese recibiendo la chalupa,
Y luego el puesto que ella deja ocupa.

Hubo portentos raros aquel dia :
Sus garfos los romanos aventaron,
Creyendo de aferrar una saetia,
Y en vez de aquella, á Lisida enclavaron :

Por le salvar, sus griegos á porfia
Le asieron ambos piés , luego tiraron
El cuerpo asido de contrarias partes ,
Hasta que le troncaron en dos partes .

Toda su sangre entonces desprendida
Por toda vena , el piélago manchaba ,
Y la porcion buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu , saltaba :
De los últimos miembros desasida
Fué en breve el alma ; y donde se alojaba
El corazon y entrañas , se entretuvo ,
Y allí gran rato batallando estuvo .

De un griego bergantín toda la gente
Por ir á defender el diestro lado ,
Dejó el siniestro bordo enteramente ,
Sin consideracion , desocupado :
La mal partida carga de repente
Vuelca el ligero casco , y trabucado
Ya el árbol nada , y la carina y suelo
Es techo de las ondas , vuelto al cielo .

Viva la gente en ciega sepultura ,
Al fin rabiando perecer espera ,
Sin que los deje su caverna oscura ,
Tender los brazos per el agua afuera .
Trazó una extraña muerte la ventura
De un italo mancebo , injusta y fiera ,
El cual iba nadando , y dos canoas
En medio lo encontraron con las proas ;

En cuyos espolones suspendido ,
Bramando pereció , sin que estorbase
Su cuerpo y duro nervio entremetido ,
Que una con otra punta resonase :
Abierto el vientre , el corazon partido ,
Le provocaron ambos vomitase
La espesa tinta de su sangre , á vueltas
De las entrañas con el alma envueltas .

Ya que , esparcidos uno y otro vaso ,
Cayó el mezquino entre las ondas muerto ,
Hallaba puerta el mar , y franco el paso
Por la gran boca de su vientre abierto .
Otro bajel por mísero fracaso
Se vió hundir ; y procuraba experto
Rompiendo el golfo cada buen soldado ,
De un barco amigo socorrerse á nado .

Alzaban con ahinco y agonía
Sus manos á las jarcias y madera ,
De cable ó remo cada cual prendía
Segun salvarse de la muerte espera ;
Mas la embarcada chusma , que temía
Henchir de nueva carga su galera ;
Los brazos les cortaban desde arriba
Con furia de enemigos excesiva .

Así quedaban de la nao colgando
Los brazos , cuyo cuerpo desasido
Se descolgaba de sus manos , dando
De espaldas sobre el golfo aborrecido :
Luego los simples froncos rehilando
Andaban por el piélago extendido ,
Que en breve sustentarlos no podía ,
Y en su profundo seno los sorbia .

Fué extraño de mirar , cuando faltaba
Ya el dardo ó flecha á la guerrera gente ,
Cómo el furor y cólera inventaba
Mil ofensivas armas de repente :
Este el fornido remo levantaba ,
Aquel la entena misma , y ciegamente
Otro desembrazaba los enteros
Bancos , atropellando á sus remeros .

Y aun hubo algunos que , sin armas , viendo
Su diestra en lo postrero de la vida ,
Sacaron de sus llagas el horrible
Hierro , y el asta y dardo su homicida ,
Y con esfuerzo y ánimo estupendo
Tapaban con la izquierda la herida ;
Guardando así la sangre en su pujanza ,
Por dar mas fuerza al tiro de la lanza .

Mas , mientras se contiene y se milita ,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las naves como la infioita
Copia del fuego , su mayor contrario ,
Que en hechos aplicado de exquisita
Forma , y compuestos de betúmen vario ,
Ardiendo se arrojaba , y al momentó
Las urcas le prestaban alimento .

Arde la pez , y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea ,
Sin que á extinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea ;
Antes , cuando se rompe y se derrama
Un barco en partes , el azufre y tea
Conserva el fuego , y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo .

Al mar se arroja entonces diligente
Huyendo el fuego de su lancha el uno ;
Otro se abraza de la tabla ardiente
Por defenderse del atroz Neptuno ;
Que en riesgos tantos la infelice gente ,
Aunque es forzoso padecer alguno ,
Siempre aborrece y buye la fiereza
De aquella muerte que á morir empieza .

Los que en el alto piélago nadando
Se hallaban , á lo menos ofendian
Con dardos , que á la armada de su bando
Del golfo recogidos ofrecian ;
Y alguna vez rabiosos , estribando
Mal sobre el agua floja , despedian
Hacia el contrario la mojada lanza
Con pulso incierto y falto de pujanza .

Si para contrastar al enemigo
Asta ninguna per el agua hallaban ,
El agua misma á funeral castigo ,
En vez de agudas armas , aplicaban :
Porque abrazando cada cual consigo
A su contrario , al fondo se calaban ,
Alegres de comprar (¡ ¡ ¡ cuitada suerte ! !)
La agena á costa de su propia muerte .

En este modo de matar violento ,
To-co , greciano , á todos excedia ,
Búzano que en el agua el vivo aliento
Por un espacio largo entretenia ,

Y á escudriñarle su arenoso asiento,
Como veloz delfin, se zabullia,
A veces destrabando la ferrada
Ancla en el centro de la mar hincada.

Este fué de mil hombres homicida,
Hundiéndose con ellos abrazado,
Y luego tras la oculta zabullida,
Tornando arriba salvo y descargado;
Mas una vez él mismo á la salida
El mar halló de barcas ocupado,
Y allí faltando su nadar experto,
Quedó debajo de las ondas muerto.

Algunos en el agua pereciendo,
Por desigual venganza se arrimaron
A su enemiga nao, y, el remo asiendo,
Su apresurado curso embarazaron.
Así en la brega militar muriendo,
Todos vengarse al menos intentaron;
Y que su sangre y vida se vendiese
Cuanto costosa cada cual pudiese.

Tirreno, valentísimo romano,
Jugando estaba de su limpio acero,
Cuando le vido Lídamo, greciano,
De dardo y honda el tirador primero;
Allá le enderezó con diestra mano
Una pelota el bárbaro guerrero,
Que le acertó en las sienas, y sangrientos
Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entonces á la grave ofensa
Queda, y al golpe, atónito de suerte,
Que sus tinieblas ya recela, y piensa
Ser triste efeto de la propia muerte:
Mas, como vuelve en sí, y á la defensa
Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
Alza la dura faz manchada y ciega,
En tanto que á los suyos habla y ruega:

Amigos (dice) como ya asestado
Poneis un balleston á lejos trecho,
Así no menos vuelto y aplicado
Al enemigo me poned el pecho;
Siquiera por mis brazos aventado
Será algun dardo á término derecho
Haciendo en tanto que la vida acabe
Lo mas que en mi valor y fuerzas cabe.

Y aun algo entiendo aprovecharos muerto,
Porque, burlando al escudaron villano,
Cual hombre vivo, mi cadáver yerto
Será flechado de su gente en vano.
Dijo, y en su chalupa descubierta
Luego desembrázó con ciega mano
Un asta al enemigo, la primera,
Con ciega mano sí, pero certera.

Recibe el golpe el delicado y blando
Pecho del jóven Argos de Marsella,
Y sobre el asta el cuerpo derribando,
Ayuda él mismo á atravesarse en ella:
Su padre, que morir le está mirando
De lejos, por los bancos atropella,
Sin que la chusma el paso le embarace,
Hasta do el hijo agonizando yace.

Este, cuando mancebo, competía
En entender y usar de la robusta
Guerra con cuantos de su tiempo habia,
Y así de la palestra y de la justa:
Y aun hoy, que á su vigor y valentía
Los años vencen, de las armas gusta,
Y entre los suyos débil y cansado
Sirve de ejemplo ya, no de soldado.

Viendo á su hijo, el misero no pudo
Batir sus pechos, ni bañar en llanto
Sus tristes canas; mas, helado y mudo
Quedó un espacio de dolor y espanto:
De la terrible angustia el golpe agudo
Turbó la vista de sus ojos tanto,
Que al fin desconoció la pura frente,
Y el rostro amado del doncel presente.

Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
Lánguido entonces, y á su padre mira
El pálido garzon, y al conocello
Hablar no puede y tácito suspira;
Las señas mudas de su rostro bello
Piden, en tanto que la vida espira,
Los paternales últimos abrazos,
Ansioso el jóven de mover los brazos.

Mas, despertando el viejo, y de su parte
Fuerzas cobrando su dolor mas fiero,
Argos, perdona (dice) si negarte
Puedo mis brazos á tu fin postrero:
Fáltame corazón para mirarte
Difunto en ellos, morire primero
Que tu vital espíritu despidas,
Pues hierve aun viva sangre en tus heridas.

Por el anciano pecho, mientras dijo,
Vieron su espada misma atravesarse,
Y al fin, porque su muerte á la del hijo
Pudiera sin estorbo anticiparse,
Quiso, abreviando su vivir prolijo,
En las marinas ondas auegarse:
Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
Y luego el alma desatada al viento.

Ya ofrece la vitoria (que dudosa
La tuvo largo espacio el fiero Marte)
A los romanos palma gloriosa,
Y vencedor tremola su estandarte:
Los griegos vasos, de la lid furiosa
Parte encendidos y anegados parte,
Dejan cautiva la restante armada,
Y de latinas armas ocupada.

Fué inmenso el llanto y plaga lastimera
De la ciudad aflicta y dolorida;
La gente inmensa, que del muro afuera
Sale, y al mar concurre desparcida:
Del hijo ya la madre en la ribera
Busca la ciega faz desconocida:
Otras, en vez de esposos y de hermanos,
Por yerro abrazan cuerpos de romanos.

Un padre allí con otro contendia
Sobre un cadáver ya deforme y fiero,
Y cada cual por hijo le encendia
Su pira, en muestra del honor postrero.

Bruto romano en la naval porfia
 Venció el griego valor, y fué el primero
 Que sobre el mar, con próspera vitoria,
 Á César aumentó renombre y gloria.

OCTAVAS

EXTRACTADAS DEL ORFEO ².

Gozaba juvenil el trace Orfeo
 Delibre edad la primavera ociosa,
 Dando á sus años regalado empleo
 La lira dulcemente numerosa :
 No al vínculo legal del himeneo
 Afectos cede, ni á la Cipria diosa,
 Cual si anteviera el ánimo preságo
 Ya por su medio el venidero extrago.

Mas, entre las beldades que atropella,
 De inquieta llama causador y esento,
 Fué la excepcion Euridice mas bella,
 Que impuso apremios á su libre intento :
 Ama vencido el que imperaba, en ella,
 Juzga felicidad el vencimiento :
 ¡ Ay, cuántas veces aduló engañosa
 La desdicha con máscara dichosa !

En la ninfa gentil toda belleza
 Su imperio ostenta, explica su tesoro,
 Cielos cifra su rostro, su cabeza
 Vierte sobre los hombros lluvias de oro :
 Allí el halago y virginal terneza

Gozo prometen y originan lloro :
 Allí entre flores de vivaz semblante
 Acónito mortal gustó el amante.

Émulo varonil, hermoso esposo
 Fué el jóven de la ninfa generosa,
 Donde el mérito pudo contrapuesto
 Solicitar la union mas amorosa :
 Un pecho y otro á dominar dispuesto
 Emprendió la victoria presurosa,
 Mas á un tiempo, en amar, no precedidos
 Se hallaron vencedores y vencidos.

Cautelar pudo al advertido esposo
 (Mas al amor la providencia implica)
 De azares el concurso temeroso,
 Que ya en su boda breve llanto indica.
 No asiste Juno, no loquaz y airoso
 El dios nupcial su ceremonia explica;
 De oscura antorcha, con desórden ciego,
 Arde en su mano, reluchando el fuego.

Despues, cuando la dulce prevenida
 Hora nocturna al talamo los llama ;
 Y á ocultos regocijos encendida
 Luz grata admiten el amante y dama ;
 Procedido de causa no advertida
 Súbito impulso arrebató la llama :
 Ni el discurrir contra el anuncio fiero
 Halló evasión á desmentir su agüero.

Así temió en su origen la mudanza
 El fiel consorcio que repugna el cielo :
 Serenidad infiel, cuya bonanza

¹ Este poema ha sido siempre tenido por de Jáuregui : imprimióse con la Farsalia en 1684, y ya antes se habia dado á luz en vida del autor en 1624, segun consta de la noticia que da de sus obras don Nicolas Antonio en su Biblioteca. No he visto esta primera edicion, y por consiguiente no puedo calificar su autenticidad ; pero no deja de ser extraño que entre las poesias de D. Agustín de Salazar y Torres esté impreso el Orfeo como suyo. Salazar gracioso y fluido bastantemente en el género ligero, en el grave y serio es gongorino, y como tal podrian muy bien pertenecerle las extravagancias y afectacion que deslucen el Orfeo. No creo sin embargo que fuese capaz de escribir las buenas cosas que contiene ; y la firmeza del estilo, la excelente construccion de las octavas, las bellezas descriptivas que brillan en esta obra, á pesar de sus faltas, harian honor á cualquier poeta, y las podria reivindicar con mas derecho Jáuregui, el cual aun en los tiempos de su mal gusto, escogiendo un asunto mas acomodado al carácter y capacidad de su talento, pudo entre los abrojos esparcir mayor número de flores.

Se han entresacado pues las octavas menos viciosas que tiene el poema, procurando que la narracion lleve alguna consecuencia, y en ellas se luce el gran versificador, el escritor ameno y elegante, el poeta que cuenta ó pinta con resolucion y con brio. No hay ciertamente bastante variedad de formas, pero las que usa son bellas, y aunque se ve bien que el autor ha puesto en su

trabajo mucho estudio y mucho esmero, este esmero y este estudio no son estériles, y sin ofender á la facilidad producen casi siempre el efecto á que aspiran. Hay pasages de mérito muy superior : tales son los presentimientos tristes de los dos esposos en medio de sus delicias, la descripcion de los lugares por donde se pasa al infierno, los efectos del canto de Orfeo en las márgenes del Aqueronte, y la separacion súbita y espantosa de los amantes al salir del infierno. Es lástima que el discurso de Orfeo á Pluton que debiera ser el trozo de mas resalto, sea lo mas débil del poema. En vano el poeta invoca á su musa para que le diga lo que Orfeo lloró cantando delante del rey del infierno : la invocacion es oportuna, pero la musa no la oye, y la arenga es lánguida y fria, sin ingenio y sin calor. No deja sin embargo de tocar algima vez la cuerda con acierto, como cuando dice á Pluton que él mismo debe servir de abono á su desigñio ;

Quando excediendo esfuerzos de Mavorte
 Fué triunfo tuyo tu feliz consorte,
 Yo imitando tu amor busco la mia.

¡ Este último verso es bien feliz ! Cesa Orfeo, Pluton se vuelve á consultar con Radamanto, y halla aquel severo juez tambien enternecido y disimulando á toda fuerza las lágrimas que le vienen á los ojos : idea en extremo oportuna é ingeniosa, pero que hace conocer todavia mas el vacío del razonamiento anterior, y como que se siente que no sean arrancadas con mas destreza.

Siempre asallaron ondas de recelo.
Nunca allí se enteró la confianza,
Nunca total prevaleció el consuelo,
Bien que ignoraban siglos anteriores
Tan regalado ejemplo en amadores.
¡Oh, cuántas veces él, si la belleza
De Euridice describe en dulce canto,
Pudo en sus ojos la interior tristeza
De incierto origen provocar el llanto!
Turba la voz su liberal destreza,
Embaraza á la ninfa un tierno espanto,
Viendo del son la repugnancia ingrata,
Que empieza elogio y llanto se remata.

Si en diversion alegre el florecido
Campo les presta deleitable asiento,
De ave siniestra el lúgubre gemido
Su gozo altera con infausto acento:
Uno y otro en el ánimo ofendido,
Dolor escribe, y simulando aliento,
De su verdad y engaños daban señas
Llorosa risa, ó lágrimas risueñas.

Bastardo incendio de garzon lascivo,
Mientras vagaba en plácida floresta,
Quiso vencer sacrilego el esquivo
Justo desden de Euridice modesta:
La defensa encomienda al fugitivo
Curso la ninfa temerosa, presta,
Y agravios juzga del ausente Orfeo
Que el pié no se adelante á su deseo.

Sigue su veloz huella el torpe amante,
De su insano apetito estimulado;
Ella en su casto intento mas constante,
A par del viento vuela por el prado,
Al jóven precediendo muy distante:
Y aunque le mira ya tan alejado,
No interrumpe su curso presuroso
Hasta llegar á brazos de su esposo.

En cuanto el miedo cauto diligente
Apresurar la obliga su carrera,
Imprevista mortífera serpiente
Con planta (¡ay infeliz!) holló ligera;
Hiere improviso el venenoso diente
La eburnea tez, y su candor altera;
Letal contagio penetró en la herida
Hasta el íntimo centro de la vida.

Así desvaneció la flor hermosa,
Donde ya la beldad reinó lozana,
Donde mezcladas la azucena y rosa
Miraban con desden la nieve y grana;
En el consorte fiel la dolorosa
Nueva excedió la tolerancia humana;
Muerta la una parte de su vida,
De la que resta ser quiso homicida.

Hijo era noble el generoso amante
De la musa mayor y el dios de Delo,
Que el furor le duplican elegante,
Con que el ingenio diviniza el vuelo:
El castalio licor tan abundante
Le inunda, que su labio alhaga el cielo,
Destinando á su verso en Elicona

Febo siempre el laurel y la corona.

Tristezas canta que en el alma ofenden,
En metros tan acordes y suaves,
Que el vuelo y la carrera le suspenden
Condolidas las fieras y las aves;
Buscan su voz y su terneza aprenden
Los troncos yertos, los peñascos graves:
Las corrientes al métrico lenguaje
Se impelen con retrógrado viage.

Su inmensa actividad reconocida
Asunto es ya de prodigioso espanto,
Pues los objetos sin sentido ó vida
Se animan al impulso de su canto;
El jóven, que su industria reducida
Tiene á inquerir alivio al ciego llanto,
Contra la angustia que su paz destruye
Discurre arbitrios y animoso arguye.

Si el vigor, dice, de mi lengua pudo
Rendir los brutos de inelemencia armados,
E introducir en el peñasco rudo
Racionales afectos animados;
¿Cómo, en virtud de sus alientos, dudo
(Aunque la fuerza impugne de los hados)
Si el reino inquiero del eterno luto,
Mover piedad en Radamanto y Pluto?

A tanto examen su eficacia atreva
Mi doloroso canto y ruego tierno.
Dice, y comete á la experiencia nueva
El revocar su Euridice de Averno:
Solo intentada la estupenda prueba
A osados pudo ser ejemplo eterno,
Y niega ejecutada (bien que en vano)
Su imitacion al ardimiento humano.

En la fragosa Ténaro, que inunda
El lacónico ponto, en sitio cierto
Rudo taladro de canal profunda
Rompe el terreno cavernoso y yerto:
Intonsa breña con horror circunda
El rasgado peñon, y esconde abierto
Cóncavo tal, que á la tartárea estancia
Por las entrañas del abismo alcanza.

Tan denso allí de rústica madeja
Asombra el sitio pabellon herboso,
Que aun lo exterior á la caverna deja
De la estorbada luz siempre envidioso;
Ni cuando el sol á su zenit se aleja
Allí introduce rasgo luminoso;
Presta á la noche la caverna umbría
Seguro lecho al despertar el dia.

Desde que fabricó la vez primera
Naturaleza el bosque, le aborrece:
No le matiza de verdor, no altera
Su tosca rama, ni sus hojas crece:
Cuando repite abril su primavera,
Y de vario esmalte el prado reflorace,
Allí le niega su dominio alterno,
Siempre renació el escalroso invierno.

De ciegas ondas lago ponzoñoso

Bate en la peña y riega su bosque,
Que al basilisco y áspid venenoso
Aun fuera su licor mortal breve :
Humos exhala, que en el viento ocioso
No olorgan á las aves hospedage,
Y ellas buscan, huyendo el vapor ciego,
Antes arder en la region del fuego.

Nunca en la breña la segur tajante
Violó de años tronco seca rama,
Ni pié mortal á orillas del undante
Lago imprimió jamás la espesa lama :
Previene el escarmiento al caminante
La ya esparcida voz que el sitio infama :
Lejos se mira, y con espanto y miedo
El pié lo huye y lo demuestra el dedo.

De esta caverna á la estacion tremenda
El sobrado sentir condujo á Orfeo,
Que aun el amor se admira de que emprenda
Tan desesperada accion mortal deseo :
Ya pasa el lago, y por oblicua senda
Al bosque arriba en áspero rodeo :
Ya en los breñales que la cueva ofuscan,
Posible entrada sus alientos buscan.

Riesgos tropella con audaz semblante,
Anhelando desprecios de la muerte,
Que si con ella lucha amor constante,
Produce amor actividad mas fuerte :
Aun hasta allí la voz del tierno amante
Los peligros opuestos no divierte,
Porque la causa que le impele á tanto,
Deba mas á su esfuerzo que á su canto.

Ya penetra en el márgen de la sima
Que es del abismo exordio primitivo :
A la lira sonante el plectro arrima,
Y del aire el vapor templa nocivo ;
El blando acento de la voz intima
En las entrañas del peñasco vivo,
Que antes solo admitieron en sus huecos
Del tartáreo gemir ásperos ecos.

Sale de sí el gran monte que apetece
Vecino el canto, y, como crespas goma
Que en el tronco del árbol aparece,
En cada risco nuevo risco asoma ;
Por el canal en torno inquieta crece
La peña, que la voz ablanda y doma ,
Y tal se estrecha en la caverna el tracio ,
Que apenas halla á su camino espacio.

Horrible incendio, entre borrados lejos,
Arroja luz infausta tenebrosa ,
Mal retratando en hórridos espejos
La bruta faz de la region umbrosa :
Rige el paso á los trémulos reflejos
El jóven , y la indómita espantosa
Habitation que infausta le ocurría
Vencer emprende en dulce melodía.

Al márgen de Aqueronte , algo serio ,
Tiene la voz mil sombras elevadas ,
En quien ya de la vida faltó el brio ,
Y existen aparentes y animadas ;
Todas atienden el bajel tardío ,

Y á prescrito lugar ser colocadas :
Maravillanse viendo al jóven fuerte
En el reino espantoso de la muerte.

Llega á Aqueronte, y en su orilla espera ,
Las cuerdas requiriendo y consultando :
Ve la grosera barca á la ribera
Opuesta conducir copioso bando :
Del instrumento y de la voz esmera
De nuevo entonces el acento blando ,
Gime la cuerda al rebatir del arco ,
Y su gemido es rémora del barco.

Resonó en la ribera tiempo escaso
El canto que humanar las piedras sueña ;
Cuando atras vuelve, y obedece el vaso
Mas á la voz que al remo que le impele :
La conducida turba al nuevo caso
Se admira , se regala , se conduce ,
Y las réprobas almas con aliento
Se juzgan revocadas del tormento.

Solo el piloto rígido concibe
Furor, porque decrepito su oído,
La suavidad sonora mal percibe ,
Y el bajel mira discurrir torcido ;
Mas , antes que la prora al puerto arribe ,
De la dulce armonía persuadido
Sintió la voz, y con piadoso espanto
Tambien rindió su admiracion al canto.

Templa la dura faz, descuida el remo ,
Y al prodigioso músico se humilla ;
Llega la barca al procurado estremo ,
Y en el alga tenaz hunde la quilla :
Entra el amante y el lugar supremo
Ocupa, en tanto que la adversa orilla
Répita el leño, obedeciendo leve
Al canoro piloto que la mueve.

La armoniosa voz luego sepulta
Al can trifuca en regalado sueño ,
Supliendo su eficacia y fuerza oculta
Confecciones de miel y de belemnó :
En la ancha cueva de maleza inculta
Se reclina, olvidada de su empeño
La bestia inútil, y concede abierta
Del reino interno la difícil puerta.

Esta penetra y se adelanta el tracio
(Cuyo amor y valor igual compite)
Y el pié dirige al íntimo palacio
Que , al de Jove emulando , alberga á Dite ;
Mira á la diestra en dilatado espacio
El gremio Eliseo, que feliz admite
Poseores heróicos, nobles almas
Que ornan su frente vividoras palmas.

Bien presume de Eurídice el amante
Que allí inmortal su domicilio alcanza ,
Y allí le impele con fervor constante
Impetu opuesto á la sagaz templanza :
Mas, el pié revocando vacilante
En el temor suspende la esperanza ;
Teme, si entra los límites agenos,
Que atreviéndose á mas consiga menos.

Vencer antes propone compasivo

(Tanto en vigor de sola voz emprende)
 La gran deidad, de cuyo ceño altivo
 El infero gobierno unido pende :
 La vista encumbra al edificio altivo
 Y á su muralla y puerta el paso tiende ,
 Cuando admirado ve, y admira tierno
 El mas bronco espectáculo de Averno.

Ve en siniestro lugar el espantoso
 Presidio y posesiones del tormento ,
 Donde es lago la tierra lagrimoso ,
 Y á los gemidos incapaz el viento :
 No consintió la lira el arco ocioso ,
 Ni se negó la voz al instrumento ,
 Que serenaron dulcemente unidos
 La tempestad hurricóna de aullidos.

Sisifo, que su cargo ha fenecido
 Tantas veces y nunca le fenece ,
 Porque el peso del hombro sacudido ,
 Vuelve á subir y el padecer recrece ;
 Ya se rebusa el risco detenido ,
 Y el que imprimió dolor , descanso ofrece ,
 Suspendiendo la lira su suplicio ,
 Y al buitre hambriento que devora á Ticio

En círculo voluble padecía
 El que fué de Junon amante insano ,
 Cuando venció el rigor el armonía
 Quietando al móvil el girar liviano.
 Así el aspa rodante , que regia
 Aspera muela que deshace el grano ,
 Pierde la furia , y calma el movimiento ,
 Si viene el aura , y se retira el viento.

Con humillada adoracion se inclina
 Al rey feroz que , armado de aspereza ,
 De inquietos ojos rígido fulmina
 Rayos de ira eclipsados en tristeza :
 Obsequio no menor á Proserpina
 Rinde , y colige atento en su belleza ,
 Que silenciosa otorga al ignorado
 Ruego lo que le niega el dios turbado.

Dime lo que lloró cantando Orfeo ,
 Y los efectos de su ruego , ¡ o Musa !
 Cuando su voz seguida del recreo
 Fué en el paladio cóncavo difusa ,
 Y dulce consiguió mayor trofeo ,
 Que acerbo el duro rostro de Medusa ,
 Pues suspension , á estatuas parecida ,
 Da á las deidades , y á las piedras vida.

Númen del orbe y sus abismos , dice ,
 Que gozas con glorioso ministerio ,
 Por feliz suerte y mérito felice ,
 Igual con Jove el dividido imperio ;
 Yo , el mas de los humanos infelice ,
 Desciendo á ti del ártico emisferio ;
 Si estoy vivo no sé , sé que la suerte
 Trajo mi vida al reino de la muerte.

Mas , cuando viva muerto , ó muera vivo ,
 Siendo estos miembros mi sepulcro humano ,
 Ni aquí me induce presuncion de altivo ,
 Ni curiosa ambicion de estudio arcano :

No cual Teseo, ni Piritóo lascivo
 Tu afrenta inquiero conspirada en vano ,
 Ni como Alcides , coronar espero
 Mis hazañas , robándote el cerbero.

Solo cobrar mi espíritu procuro
 En Euridice bella vinculado ,
 En quien la muerte el esplendor mas puro
 Robó antepuesta á la intencion del hado :
 Quejas de amante (no el acero duro)
 Cercan mi pecho , á la conquista armado :
 El ruego humilde , el mísero lamento ,
 Por mis pertrechos belicos presento.

Ya en la terrena faz que alegra al cielo
 Contra la ausencia presumí industrioso
 Fingir alivio leve , no consuelo ,
 O ser á mis tormentos poderoso :
 Hiélame ardiendo el sol , ardo en el hielo ,
 El descanso me ignora , y el reposo ;
 Cuanto los hombres juzgan luz y día ,
 Es á mis ojos tempestad sombría.

Así , aunque vine de region serena
 Al negro centro , no distingo horrores ;
 Y si juzgas mi osar digno de pena
 Porque tus reinos penetré inferiores ;
 Ya amor por su derecho me condena ,
 No intimes á mi mal nuevos rigores ,
 Que no me añadirá tu abismo ciego
 Ni tormento mayor , ni mayor fuego.

Tal causa solícita mi cuidado
 Que en lo amante se absuelve lo atrevido ,
 Cuanto mi accion te provocó indignado
 Te merece mi mal compadecido :
 Ni á exceso debes referir sobrado
 El de amoroso impulso procedido ,
 Que si culpas mi accion y mis extremos .
 En mí á los dioses culparás supremos.

Por su Europa verás el gran Tonaate
 En brutas pieles de animal extraño ;
 Cisne despues , cuando de Leda amante ,
 Para lascivo ardid cándido engaño :
 Tú mismo ¡ o rey ! sin ejemplar distante
 Ser puedes en mi abono desengaño ,
 Cuando , excediendo esfuerzos de Mavorte
 Fué triunfo tuyo tu feliz consorte.

Yo , imitando tu amor , busco la mia :
 No impidas á tu empresa semejanzas ,
 A tí deba mis glorias la osadía ,
 Su posesion á tí mis esperanzas :
 Francos regresos al abierto dia
 Nos permite ; serán tus alabanzas
 (Dando á la lira eternizado empleo)
 Único asunto , única voz de Orfeo.

En cuanto así dilata el blando ruego ,
 Toda aspereza de la faz destierra
 Al bronco númen , y penetra luego
 Al corazon con la sonora guerra :
 Ya el dios admite plácido el sosiego
 Y al turbado rigor la entrada cierra ,
 Ya dominar en sus entrañas deja
 La primera piedad de humana queja.

Con semblante Prosérpina lloroso,
Desde el primer acento el canto oía,
Sobrando al pecho femenil piadoso
El vigor de la acorde melodía:
A contrastar su inexorable esposo
La intercesora voz apercibía,
Mas no intercede, que su faz propicia
Ya la piedad que procuraba indicia.

El rey, justificando su gobierno
Consultivo, se vuelve á Radamanto,
Ve al rígido ministro entonces tierno
Que afecta disimulos contra el llanto:
Leyes al fin deroga de su averno
Por conceder la súplica del llanto,
Su efecto abrevia en diligente oficio
Duplicando el valor del beneficio.

Al tropel de ministros circunstante
Que le anticipan obediencia, ordena
Se restituya Euridice al amante,
Y ambos despues á la region serena;
Manda apenas el dios, cuando delante
El bello origen de su gloria y pena
El trace mira, y dilatando el pecho,
Aun á su gozo presta albergue estrecho.

Precepto fué imperial, impuesto en vano,
(Pension ligera al sucesor de Febo)
No á mirar vuelva con error liviano
La vista á su consorte ni al Erebo,
Hasta que asciendan al abierto llano,
A cuyas luces con aplauso nuevo
Gocen halagos, que jamas permite
La severa region reino de Dite.
Seguido, pues, de la inocente bella
El prodigioso vencedor, en tanto
Ya retrocede la triunfante huella,
Y espanto aumenta al reino del espanto:
Festivo elogio en vez de la querella
Consagra al dios reconocido el canto,
En himnos dedicando al beneficio,
La gratitud sonoro sacrificio.

El músico infeliz reconocia
Extremos ya de la superna entrada,
Y si el efecto no, la tantasia
Gozaba el fin de la triunfal jornada;
Rindióse á recelar si le seguia
Su prenda del abismo revocada,
O si en los riscos de la sima acaso
Oblicua senda la retarda el paso.

Turbó el recelo acciones al sentido,
Cegó prudencias al discurso inquieto,
Tal que introdujo á la memoria olvido
Que violó de Pluton el gran preceto:
Vuelve la vista (¡ay triste!) inadvertido,
Y apenas mira el procurado objeto,
Que anhelando los ojos su presencia,
Siglos fulminan de llorosa ausencia.

Sigue entre fuegos, truenos y temblores
Lóbrego nublo en apariencia ingrata,
Que á los horrores añadiendo horrores,
Por las fauces del Orco se dilata:
En sus humos envuelve voladores
A Euridice, y bramando la arrebató,
Como en turbado mar con furia oculta,
Errante leño el huracan sepulta.

Desvanece con impetu la dama,
Y en cuanto sigue la profunda via
Con altas quejas á la suerte infama,
Clamores tristes al amante envia:
Huye al centro la voz que en vano clama;
Mas y mas débil cada vez se oia:
Oye el trace, ó le informa su deseo,
Lánguido el nombre repetir de Orfeo.

Por seguir y llamar su fugitiva
El pié intenta mover y lengua muda,
En el terreno aquel temblando estriva
Esta su voz á la garganta anuda:
Al sobresalto al fin la primitiva
Fuerza quebranta, y de su muerte en duda,
Tras las nieblas fugaces y veloces
Pasos espasme intrépidos y voces.

Del gran dolor á la inclemencia fiera
Se entrega; y provocando en sí la ira,
Aun el tormento procurar quisiera
Cuando autor de su pérdida se mira:
Revuelve de Aqueronte á la ribera,
Y forma acentos rudos á la lira,
No obedeciendo en el turbado llanto
La cuerda al plectro, ni la voz al canto.

Ni cuando recupere allí el amante
Su actividad sonora no oprimida,
Será á cobrar su Euridice bastante
Segunda vez al Báratro ofrecida:
Dará su labio y citara sonante
Gozo al dolor, á los peñascos vida;
No así podrá piadoso ni obstinado
Firmes decretos revocar del hado.

POESIAS DE DON LUIS DE GONGORA.¹

Nació en Córdoba á 11 de junio de 1561. Pasó á la universidad de Salamanca á estudiar derecho en edad de quince años. Parece que allí compuso la mayor parte de sus poesías amatorias, romances y letrillas satíricas, y que esta ocupacion agradable le distrajo de los estudios que habian de proporcionarle una colocacion correspondiente á su clase, que era distinguida. A los cuarenta y cinco años de su edad se hizo eclesiástico, y obtuvo una racion en la catedral de Córdoba; y por el favor del duque de Lerma y del marques de Siete Iglesias fué nombrado capellan de honor del rey Felipe III. Vino con este motivo á la corte; pero su edad ya avanzada no le dejó adelantarse en el favor que habia sabido granjearse. Una enfermedad, que le atacó en la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba, donde, agravándose el mal, falleció á poco tiempo despues de su llegada en 24 de mayo de 1627.

CANCION PRIMERA.

AL ARMAMENTO DE FELIPE II CONTRA INGLATERRA.

Levanta, España, tu famosa diestra
Desde el frances Pirene al moro Atlante,
Y al ronco son de trompas belicosas
Haz envuelta en durísimo diamante
De tus valientes hijos feroz muestra
Debajo de tus señas victoriosas;
Tal que las flacamente poderosas
Tierras, naciones contra tu fe armadas,

Al claro resplandor de sus espadas
Y á la de sus arneses flera lumbre,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan;
Y como al sol las nieblas se resuelvan:
O cual la cera blanda desatadas
A los dorados luminosos fuegos
De los yelmos grabados,
Queden como de fe de vista ciegos.
Tú, que con celo pio y noble saña
El seno undoso al húmedo Neptuno
De selvas inquietas has poblado,
Y cuantos en tus reinos uno á uno

¹ Cuando en la época de este poeta hasta en los teatros se hacia mofa de su oscuridad, y para ponderar la lobreguez de una noche encapotada se decia:

Está hecho un Góngora el cielo,
Mas oscuro que su libro (*);

solo se fijaba la atencion en su *Polifemo* y en sus *Soledades*, que naturalmente hablando, son inteligibles, especialmente las últimas. Sucedióle á Góngora lo que á todos los grandes innovadores que hieren fuertemente la fantasia de los demas hombres; sus detractores eran tan injustos como intolerantes y fanáticos sus entusiastas. Pero aquel *ángel de tinieblas* como felizmente se le ha llamado en nuestros días **, daba de cuando en cuando de sí tan grandes resplendores, que la luz de los otros poetas se eclipsaba delante de la suya, y solos dos ó tres podian ponerse á prueba con ella, y con dificultad la competian. ¿Quién en efecto de ellos podia presentar mayor riqueza de imágenes, mas variedad en las formas, mas vigor en el color, mas lozanía en el estilo, mas originalidad en el todo?

La primera de las canciones que aquí se han

(*) Rojas en la comedia de *Sin honor no hay amistad*: jornada tercera.

(**) Por don Juan de Mauri en su *España poética*.

puesto, escrita á un acontecimiento harto célebre en nuestra historia, es toda guerrera, patriótica y religiosa; y el instinto del poeta le ha hecho esparcir cierto aire de extrañeza en los periodos y un no sé qué de rudeza en los sonidos, que ayudan mucho á su robustez y cuadran perfectamente bien con su argumento. Otra calidad que la recomienda es la invencion sencilla y su disposicion arreglada y conveniente. Porque Góngora, aunque tan licencioso y corrompido en su estilo, no lo era tanto, ni con mucho, en la formacion y planta que daba á sus composiciones, y en esta parte esencial hay en él mas tino y mas juicio que en la mayor parte de sus émulos y de sus criticos. Son cinco estancias: el armamento, el vaticinio de la victoria, y la invectiva contra los enemigos ocupan las tres primeras; y como para dar alguna oposicion y variedad á estos objetos y sentimientos, el poeta pinta á lo lejos en la siguiente el poder y la insolencia de los otomanos, y recomienda en la última la necesidad de guardar una parte de las fuerzas preparadas contra la Inglaterra, para defender las costas españolas de las agresiones de aquellos bárbaros: por manera que el poema concluye con un consejo útil, expresado poéticamente, é inspirado al escritor por su entusiasmo y celo nacional.

En cuanto á la ejecucion siempre ofrece Góngora que reparar aun en sus composiciones mas

Empuñan lanza, contra la Bretaña
 Sin perdonar al tiempo has enviado :
 En número de todo tan sobrado
 Que á tanto leño el húmedo elemento
 Y á tanta vela es poco todo el viento ,
 Fia que en sangre del ingles pirata
 Tendrá de escarlata
 Su color verde y cano
 El rico de ruínas Oceáno :
 Y aunque de lejos con rigor traidas ,
 Ilustrara tus playas y tus puertos
 De banderas rompidas ,
 De navas destrozadas , de hombres muertos.

¡O ya isla católica y potente
 Templo de fe, y templo de heregia ,
 Campo de Marte, escuela de Minerva,
 Digna de que las sienas que algun dia
 Ornó corona real de oro luciente
 Ciña guirnalda vil de estéril yerba ;
 Madre dichosa y obediente sierva
 De Arturos, de Eduardos y de Enricos ,
 Ricos de fortaleza y de fe ricos ;
 Ahora condenada á infamia eterna
 Por la que te gobierna
 Con la mano ocupada ,
 Del huso en vez, del cetro y de la espada ;
 Muger de muchos y de muchos nuera !
 ¡O reina torpe, reina no, mas loba
 Lividinosa y fiera,

Fiamma dal ciel su le tue treccie piove!

Tú en tanto mira allá los otomanos
 Las jónias aguas, que el Sicano bebe,
 Sembrar de armados árboles y entenas,
 Y con tirano orgullo en tiempo breve
 Domando cuellos y ligando manos,
 Y sus manos hiriendo las arenas,
 Despoblar islas y poblar cadenas.

puras como esta lo es. *Despoblar islas y poblar cadenas* es una antítesis forzada y harto impropia, pues que las cadenas ni real ni figuradamente se pueblan.

Tierras, naciones contra tu fe armadas —
 Empuñan lanza contra la Bretaña —
 En número de todo tan sobrado. —

Estos no son versos; los dos primeros porque no tienen la acentuación y cadencia de tales. el último porque es mera prosa.

La mezcla en la tercera estancia de aquel verso italiano tomado de un célebre soneto de Petrarca, desde que de toda conveniencia y gusto poético; así como la invectiva contra la reina Isabel pasa todos los límites de la decencia. Góngora podía haber aprendido de Cervantes el modo de caracterizar aquella princesa singular, no exenta ciertamente de vicios y de defectos, pero dotada al mismo tiempo de calidades las mas eminentes para el gobierno de los hombres: el retrato que de ella hace el gran novelador en la *Española inglesa* es harto mas conforme á la verdad, como

Mas, cuando su arrogancia y nuestro ultraje
 No encienda en tí un católico corage,
 Mira, si con la vista tanto vuelas,
 Entre inchadas velas
 El soberbio estandarte,
 Que á los cristianos ojos, no sin arte,
 Como en desprecio de la cruz sagrada,
 Mas desenvuelve mientras mas tremola,
 Entre lunas bordadas
 Del caballo feroz la crespa cola.

Fija los ojos en las blancas lunas
 Y advierte bien (en tanto que tú esperas
 Gloria naval de las britanas lides)
 No se calen rayendo tus riberas,
 Y pierdan el respeto á las columnas,
 Llaves tuyas y término de Alcides :
 Mas si con la importancia el tiempo mides,
 Arma tus hijos, vara tus galeras,
 Y sobre los castillos y leones
 Que ilustran tus pendones,
 Levanta aquel leon fiero
 Del tribu de Judá, que honró el madero ;
 Que él hará que tus brazos esforzados
 Llenen el mar de bárbaros nadantes,
 Que entreguen anegados
 Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.

Cañon, pues, que ya aspira
 A trompa militar mi *lira* lira,
 Despues me oirán, si Febo no me engaña,
 El carro helado y la abrasada zona,
 Cantar de nuestra España
 Las armas, los triunfos, la corona.

CANCION II.

De la florida falda
 Que hoy de perlas bordó la alba luciente,

tambien mas análogo y simpático con la honradez y bizarría española.

Las canciones segunda, cuarta y quinta tienen el mérito de una juiciosa disposición, de la sencillez y gracia propias del género, y de una corrección de estilo y de lenguaje que no se presumieran nunca en el autor de las *Soledades*. La tercera algo mas alta de tono y mas artificiosa en su dición, se recomienda mucho por la novedad del pensamiento y por las felices expresiones que hay en ella. Nunca se ha pintado así en nuestra poesía la envidia del amor que se ausenta viéndose poseído legítimamente por otro lo que ama, y al paso que se aleja, su pensamiento vuela atrás y presencia las delicias que gozan los dos esposos. La sexta estancia, que es la mas bella, está desgraciadamente viciada con aquel *fuego helado que se evapora*; pero como se levanta despues!

Dormid, que el dios alado
 De vuestras almas dueño
 Con el dedo en la boca os guarda el sueño.
 ¡Dormid, copia gentil de amantes nobles!

Tejidos en guirnalda ,
 Traslado estos jazmines á tu frente ,
 Que piden, con ser flores,
 Blanco á tu seno y á tu boca olores.
 Guarda de estos jazmines
 De abejas era un escuadron volante ,
 Ronco sí de clarines ,
 Mas de puntas armado de diamante ;
 Púselas en huida ,
 Y cada flor me cuesta una herida.
 Mas , Clori , que he tejido
 Jazmines al cabello desatado ,
 Y mas besos te pido
 Que abejas tuvo el escuadron armado :
 Lisonjas son iguales
 Servir yo en flores , pagar tú en panales.

CANCION III.

¡Qué de envidiosos montes levantados,
 De nieves impedidos ,
 Me contienen tus dulces ojos bellos !
 ¡Qué de rios del hielo tan atados,
 Del agua tan crecidos
 Me defienden el ya volver á vellos !
 ¡Y cuan burlando dellos
 El noble pensamiento
 Por verte pisa plumas , pisa el viento!
 Ni las tinieblas de la noche oscura ,
 Ni los hielos perdona ,
 Y á la mayor dificultad engaña ;
 No hay guardas hoy de llave tan segura
 Que nieguen tu persona ,
 Que no desmienta con discreta maña ,
 Ni emprenderá hazaña
 Tu esposo cuando lidie ,
 Que no la registre él , y yo no envidie.
 Allá vuelas , lisonja de mis penas ;
 Que con igual licencia
 Penetras el abismo , el cielo escalas :
 Y mientras yo te aguardo en las cadenas
 Desta fabiosa ausencia ,
 Al viento agravian tus ligeras alas ;
 Ya veo que te calas
 Donde bordada tela
 Un lecho abriga , y mil dulzores ceta.
 Tarde batiste la envidiosa pluma ,
 Que en sabrosa fatigua
 Vieras muerta la voz , suelto el cabello ,
 La blanca hija de la blanca espuma ,
 No sé si en brazos diga
 De un fiero Marte , ó de un Adónis bello .
 Y anudada á su cuello
 Podrás verla dormida ,
 Y él casi trasladado á nueva vida.
 Desnuda el brazo , el pecho descubierta ,
 Entre templada nieve
 Evaporar contempla un fuego helado ,
 Y al esposo en figura casi muerta
 Que el silencio le bebe

Del sueño , con sudor solicitada.....
 Dormid , que el dios alado ,
 De vuestras almas dueño ,
 Con el dedo en la boca os guarda el sueño.
 Dormid , copia gentil de amantes nobles ,
 En los dichosos nudos
 Que á los lazos de amor os dió himeneo ;
 Mientras yo desterrado , de estos robles
 Y peñascos desnudos
 La piedad con mis lágrimas grango :
 Coronad el deseo
 De gloria , en recordando ;
 Sea el lecho de batallas campo blando.
 Cancion , di al pensamiento .
 Que corra la cortina ,
 Y vuelva al desdichado que camina.

CANCION IV.

Vuelas , ¡o tortolilla !
 Y al tierno esposo dejas
 En soledad y quejas :
 Vuelves despues gimiendo ,
 Recibete arrullando ,
 Lasciva tú , si él blando ;
 Dichosa tú mil veces ,
 Que con el pico haces
 Dulces guerras de amor y dulces paces.
 Testigo fué á tu amante
 Aquel vestido tronco
 De algun arrullo ronco :
 Testigo tambien tuyo
 Fué aquel tronco vestido
 De algun dulce gemido ,
 Campo fué de batalla ,
 Y tálamo fué luego :
 Arbol que tanto fué , perdone el fuego.
 Mi piedad una á una
 Contó , aves dichosas ,
 Vuestras quejas sabrosas :
 Mi envidia ciento á ciento
 Contó , dichosas aves ,
 Vuestros besos suaves :
 Quien besos contó y quejas ,
 Las flores cuente á mayo ,
 Y al cielo las estrellas rayo á rayo .
 Injuria es de las gentes
 Que de una tortolilla
 Amor tenga mancilla ,
 Y que de un tierno amante
 Escuche sordo el ruego ,
 Y mire el daño ciego :
 Al fin es dios alado ,
 Y plumas no son malas
 Para lisonjear á un dios con alas .

CANCION V.

Corcilla temerosa ,
 Cuando sacudir siente

Al soberbio Aquilon con fuerza fiera
 La verde selva umbrosa,
 O murmurar corriente,
 Entre la yerba corre tan ligera,
 Que al viento desafia
 Su voladora planta:
 Con ligereza tanta
 Huyendo va de mí la ninfa mia,
 Encomendando al viento
 Sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado
 Hace de sus cabellos
 Mil crespos nudos por la blanca espalda;
 Y habiéndose abrigado
 Lascivamente en ellos,
 A luchar baja un poco con la falda,
 Donde no sin decoro,
 Por brújula, aunque breve,
 Muestra la blanca nieve
 Entre los lazos del coturno de oro:
 Y así en tantos enojos,
 Si trabajan los piés, gozan los ojos.

Yo, pues, ciego y turbado,
 Viéndola como mide
 Con mas ligeros piés el verde llano,
 Que del arco encorvado
 La saeta despide
 Del parto fiero la robusta mano:
 Y viendo que en mí mengua
 Lo que á ella le sobra,
 Pues nuevas fuerzas cobra,
 Apelo de los piés para la lengua,
 Y en alta voz le digo:
 No huyas, ninfa, pues que no te sigo.

Enfrena, o Clori, el vuelo,
 Pues ves que el rubio Apolo
 Pone ya fin á su carrera ardiente:
 Ten de tí mesma duelo:
 Deponga un rato sola
 El honesto sudor tu blanca frente:
 Bastante muestra has dado
 De cruel y ligera,
 Pues en tan gran carrera

Tu bellissimo pié nunca ha dejado
 Estampa en el arena,
 Ni en tu pecho cruel mi grave pena.
 Ejemplos mil al vivo
 De ninfas te pondria,
 Si ya la antigüedad no nos engaña,
 Por cuyo trato esquivo,
 Nuevos conosco hoy dia
 Troncos el bosque, y piedras la montaña.
 Mas sírvate de aviso
 En tu curso, el de aquella,
 No tan cruda ni bella,
 A quien ya sabes que el pastor de Anfriso,
 Con pié menos ligero,
 La siguió ninfa, y la alcanzó madero.
 Quédate aquí, cancion, y pon silencio
 Al fugitivo canto,
 Que razon es parar quien corrió tanto.

SONETOS. — I.

La dulce boca que á gustar convida
 Un humor entre perlas destilado,
 Y á no envidiar aquel licor sagrado,
 Que á Júpiter ministra el garzón de Ida;
 Amantes, no toqueis, si quereis vida,
 Porque entre un labio y otro colorado
 Amor está de su veneno armado,
 Cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas que á la Aurora
 Direis que aljofaradas y olorosas
 Se le cayeron del púrpureo seno:
 Manzanas son de Tántalo y no rosas,
 Que despues huyen del que incitan hora
 Y solo del Amor queda el veneno.

II.

Raya, dorado sol, orna y colora
 Del alto monte la lozana cumbre,
 Sigue con agradable mansedumbre
 El rojo paso de la blanca Aurora;
 Suelta las riendas á Favonio y Flora,

¹ El primero es una imitacion de este otro de Torcuato Tasso:

Quel labro, che le rose han colorito,
 Molle si sparge, e tumidetto in fuore,
 Spinto per arte, mi cred' io, d' amore,
 A fare ai baci insidioso invito.

Amanti alcun non fin cotanto ardito,
 Ch' osi apresarsi, ove tra fiore e fiore
 Si sta quel angue ad attoscarvi il core;
 Quel fiero intento io veggio, e ve l' addito.

Io, ch' altre volte fui nell' amorose
 Insidie colto, or ben le riconosco,
 E le discopro, o giovinetti, a voi.

Quasi pommi di Tántalo, le rose
 Fansi all' incontro e s' allontanan poi;
 Sol resta amor che spira fiamma e toscio.

Dejada aparte la ventaja que la invencion lle-

va siempre consigo, y considerado solamente el mérito de la ejecucion, paréceme que sin faltar á la reverencia debida al gran Torcuato, se puede asegurar que aquí le vence su imitador en seguridad y en desahogo, dotes que no suelen acompañar, á menos de tener un gran talento, á los que se proponen seguir las huellas de otro, como Góngora se propuso en este soneto.

Generalmente hablando, nuestro poeta no se distingue en ellos, ni por la novedad del objeto y de la intencion, ni por la abundancia ó nervio de los pensamientos, ni tampoco por su distribucion ó artificio; pero se ve en todos, y principalmente en el segundo y en la entrada del tercero, cuanto pueden en poesia la magia y vivacidad de los colores, la belleza de los períodos, y el halago de los sonidos.

Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
 Tu generoso oficio y real costumbre,
 El mar argenta y las campañas dora;

Para que desta vega el campo raso
 Borde saliendo Flérida de flores:
 Mas, si no hubiere de salir acaso,

Ni el monte rayes, ornes, ni colores,
 Ni sigas de la Aurora el rojo paso,
 Ni el mar argentes, ni los campos dores.

III.

Rey de los otros rios caudaloso,
 Que en fama claro, en ondas cristalino,
 Tosca guirnalda de robusto pino
 Ciñe tu frente y tu cabello undoso;

Pues dejando tu nido cavernoso
 De Segura en el monte mas vecino,
 Por el suelo andaluz tu real camino
 Tuerces soberbio, raudó y espumoso;

A mí, que de tus fértiles orillas
 Piso, aunque ilustremente enamorado,
 La noble arena con humilde planta;

Dime, si entre las rubias pastorcillas
 Has visto, que en tus aguas se han mirado,
 Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

¹ Ninguno de nuestros poetas antiguos puede disputar á Góngora la palma en este género nacional, enriquecido por él con todas las galas del ingenio y de la fantasía. Para los demas escritores estas composiciones eran unos juguetes en que se ejercitaban como por condescender con el gusto del pueblo, y no empleaban en ellas mas que la mínima parte de su fuerza. Góngora, que conocia tal vez mejor que otro alguno el partido que podia sacarse de esta poesia vulgar, y que por instinto era llevado á ella, empleaba en los romances todas las fuerzas que tenia, y estas fuerzas eran grandes. Asi es que no hay belleza poética, no hay gracia, no hay elegancia que no haya prodigado en los suyos, segun la variedad de tono y estilo que sus diferentes objetos requerian, con una profusion y una felicidad que asombran y encantán á un tiempo. Obsérvese con qué lozanía y brio están pintadas las costumbres caballerescas y moriscas en los romances líricos; qué frescura y sazón domina en los pastoriles; cuánta gracia y soltura en sus romances cortos y jocosos; y en estos con qué osadía se ha atrevido á mezclar el tono y color de un estilo noble y serio con la burla y la sátira, sin que se contradigan y ofendan. El talento en todos es el mismo, pero el pincel es diverso, y si no siempre puro, por donde quiera es rico y brillante, como los celages que el autor veia, y los campos por donde andaba.

No se creyera por cierto que eran de un escritor tan disfamado estos versos del primer romance; ejemplo de un estilo sobrio y severo, donde la dición toma su color conveniente de unos pocos epítetos juiciosamente colocados.

IV.

Hermoso dueño de la vida mia,
 Mientras se dejan ver á cualquier hora,
 En tus mejillas la rosada aurora,
 Febo en tus ojos, y en tu frente el dia;

Mientras que con gentil descortesía
 Mueve el viento la hebra voladora,
 Que el Arabia en sus venas atesora,
 Y el rico Tajo en sus arenas cria;

Antes que de la edad Febo eclipsado,
 Y el claro dia vuelto en noche oscura,
 Huya la Aurora del mortal nublado;

Y antes que lo que hoy es rubio tesoro
 Venza á la blanca nieve en su blancura;
 Goza, goza el color, la luz, el oro.

ROMANCES ¹. — I.

Famosos son en las armas
 Los moros de Canastel,
 Valentisimos son todos,
 Y mas que todos Hacén.
 El Roldan de Berbería,
 El que se ha hecho temer
 En Oran del castellano,

Y de la *real* cabeza
 Y de la *espantosa* piel
 Ornar de su *ingrata* mora
 La *respetada* pared.

¿Se quiere ver el movimiento precipitado y el alboroto con que se extiende una alarma? Léase en el segundo aquel pasaje

Que los rayos de la luna
 Descubrieron las adargas.
 Las adargas avisaron
 A las mudas atalayas.
 Las atalayas los fuegos,
 Los fuegos á las campanas:
 Y ellas al enamorado
 que en los brazos de su dama, etc.

De expresiones de cortesanía y discrecion caballeresca, de galantería delicada y aun de sentimiento y ternura está lleno el romance tercero, y seria necesario copiarle casi todo, si se hubiesen de citar ejemplos de estas calidades diferentes.

No hay nadie que no conciba la fuerza, la propiedad y la viveza que hay en aquella pintura del forzado:

Amarrado al duro banco
 De una galera turquesca,
 Ambas manos en el remo,
 Ambos ojos en la tierra,
 Un forzado de Dragut
 En la playa de Marbella
 Se quejaba al remo son
 Del remo y de la cadena.

Introduccion diversa, aunque igualmente bella por su bizarria y elegancia la del otro romance:

En Ceuta del portugues.
 Tan dichoso fuera el moro,
 Cuan dichoso podrá ser,
 Si le bastára el adarga
 Contra una flecha cruel,
 Que de un arco de rigor
 Con un harpon de desden
 Le despidió Belerifa
 La hija de Ali Muley.
 Atento á sus demasías
 En amar y aborrecer,
 Quiso el niño dios vendado

Ser testigo y ser juez.
 Miraba al fiero africano
 Rendido mas de una vez
 A una esperanza traidora
 Y á un desengaño fiel:
 Ya rindiendo á su enemiga,
 Y entregándole á merced
 Las llaves del albedrio,
 Los peniones de la fe.
 Mirábalo en los ramblares,
 Ora á caballo, ora á pié,
 Rendir al fiero animal

Criábase el albanes
 En la corte de Amurátes,
 No como prenda cautiva
 En rehenes de su padre,
 Sino como se criára
 El mejor de los sultanes,
 Del gran Señor regalado.
 Querido de los bajás.

Sentimiento elegíaco, color poético y gracia perfectamente mezclados:

Ya no persigues, cruel,
 Despues que á mí me persigues,
 Ni á los ciegos voladores
 Ni á los fieros Jabalies:
 Ni de su dichoso albergue
 Las nobles paredes visten
 Los despojos de las fieras
 Que como á mí muerte diste.

Ingeniosidad y propiedad de imágen y de alusion en aquellos versos sobre el rabel y la dama de Riselo:

El que tiene por remate
 Una burlada sirena,
 Divisa contra engañosas
 Que cantan y desesperan.
 Como hizo aquella fácil
 De cuya voz no se acuerda;
 Porque Amor, que es ave y niño,
 Si no le regalan, vuela.

De llaneza, en fin, de concision y una exactitud que pudiera llamarse matemática, si cupiera esta denominacion en poesia, pocos pasages se hallarían en la castellana iguales á este de la invectiva contra el amor:

Amadores desdichados
 Que seguís milicia tal,
 Decidme, ¿qué buena guia
 Podeis de un ciego sacar?
 ¿De un pájaro qué firmeza,
 Qué esperanza de un rapaz,
 Qué galardón de un desnudo,
 De un tirano qué piedad?.....
 Gloria llamaba á la pena,
 A la cárcel libertad,
 Miel dulce al amargo actbar,
 Principio al fin, bien al mal.

Podría tambien citarse como ejemplar sobresaliente de abundancia y lozanía la bellísima descripcion del romance de Angélica y Medoro. Mas ya está citado en la Introduccion, y no hay para que repetirlo aquí. Este es sin duda el mejor ro-

mance de Góngora, y no sé si diga tambien que de nuestra poesia antigua. No porque no haya en él iguales y aun mayores defectos que en cualquiera otro de este autor. Allí es donde se labra el diamante de Catay con la sangre noble de Medoro; allí está la piedad mal nacida entre dulces escorpiones; allí una labradora acoge en su cabaña un mal vivo con dos almas, y una ciega con dos soles: allí en fin está aquella copia impertinente y pueril

El pié calza en lazos de oro
 Porque la nieve se goce,
 Y no se vaya por piés
 La hermosura del orbe,

que se ha suprimido en el texto, para no estropear con ella el mas bello pasage de la composicion. Pero estos defectos, suponiéndolos todo lo grandes que se quiera, son tan poco esenciales en ella, que con una raya de tinta que se les eche encima están desvanecidos los mas, sin que el todo de la obra, ni parte ninguna padezca por su falta; y con qué raudal tan copioso de bellezas y de primores no están ademas compensados! ¿Qué ánimo se resiste á aquella muchedumbre de imágenes tan felices y tan naturales, á aquel vigor de expresion, á aquella elegancia y bizarría de formas, á aquella plenitud de números y de sonidos! Preciso es ser enteramente insensible á los atractivos de la imaginacion y de la armonía para negarse a la exaltacion del poeta, y no concurrir con él y con la naturaleza toda á aplaudir y solemnizar la dicha de los dos amantes en aquel delicioso desierto. Yo á lo menos no he visto nunca leer en público este bello romance, sin que al llegar á los ecos que llevan de valle en valle el nombre de Angélica, no prorumpian todos los oyentes en una exclamacion de placer; no dejando en su ánimo otro sentimiento que el de gozar y admirar. Ahora bien, ser poeta es tener este poder, es producir este efecto; y diez volúmenes de versos como los que han escrito Artemidoro, Ulloa, Rebollo y los poetas preceptistas que han venido despues de ellos, no dan tanto derecho á adornarse de este nombre como da esa corta descripcion al Cisne cordobés para apellidarse tal. ¿Qué importa que en todos ellos no haya tantos defectos que advertir? Tampoco presentan bellezas que embelescen; y por consiguien- te insidiosos y frios no estan escritos en el libro de la vida, del mismo modo que al gusto se niegan á la estimacion.

De las otras fieras rey.
 Y de la real cabeza
 Y de la espantosa piel
 Ornar de su ingrata mora
 La respetada pared.
 Mirábalo el mas galan
 De cuantos Africa ve,
 En servicio de su dama
 Vestir morisco alquicel.
 Sobre una yegua morcilla
 Tan extrema en el correr,
 Que no logran las arenas
 Las estampas de sus pies:
 Admirablemente ornada
 De un bravo y rico jaez
 (Obra al fin en todo digna
 De artifice cordobés)
 Solicitar los baleones,
 Donde se anida su bien,
 Comenzando en armonía
 Y feneciendo en tropel.
 No le dió al hijo de Vénus
 El moro poco placer;
 Y detestando el rigor
 Que se ufana contra él,
 Miraba á la bella mora,
 Salteada en su vergel,
 De un cuidado que es amor,
 Aunque no sabe quien es,
 Ya en el oro del cabello
 Engastando algun clavel,
 Ya á las lisonjas del agua
 Corriendo con vana sed.
 De pechos sobre un estanque,
 Hacen que á ratos estén
 Bebiendo sus dulces ojos
 Su hermoso parecer.
 Admiradas sus cautivas
 Del cuidado en que la ven,
 Risueña le dijo una,
 Y aun maliciosa tambien:
 Asi quiera Dios, señora,
 Que alegre yo vuelva á ver
 Las generosas almenas
 De los muros de Jerez,
 Como esa curiosidad
 Es cuna (á mi parecer),
 De un amor recien nacido,
 Que volará antes de un mes.
 Sembró de purpúreas rosas
 La vergüenza aquella tez
 Que ya fué de blancos lirios,
 Sin sabella responder.
 Comenzó en esto Cupido
 A disparar y á tender
 La mas que mortal saeta,
 La mas que nudosa red.
 Y comenzó Belerifa
 Hacer contra amor despues
 Lo que contra el rubio sol

La nieve suele hacer.

II.

Servia en Oran al rey
 Un español con dos lanzas,
 Y con el alma y la vida
 A una gallarda africana,
 Tan noble como hermosa,
 Tan amante como amada,
 Con quien estaba una noche
 Cuando tocaron al arma.
 Trecientos zenetes eran
 Deste rebato la causa,
 Que los rayos de la luna
 Descubrieron las adargas.
 Las adargas avisaron
 A las mudas atalayas,
 Las atalayas los fuegos,
 Los fuegos á las campanas,
 Y ellas al enamorado
 Que en los brazos de su dama
 Oyó el militar estruendo
 De las trompas y las cajas.
 Espuelas de honor le pican,
 Y freno de amor le para,
 No salir es cobardia,
 Ingratitud es dejalla.
 Del cuello pendiente ella
 Viéndole tomar la espada
 Con lágrimas y suspiros
 Le dice aquestas palabras:
 Salid al campo, señor,
 Bañen mis ojos la cama,
 Que ella me sera tambien
 Sin vos campo de batalla.
 Vestios y salid aprisa,
 Que el general os aguarda,
 Yo os hago á vos mucha sobra
 Y vos á él mucha falta.
 Bien podeis salir desnudo,
 Pues mi llanto no os ablanda,
 Que teneis de acerro el pecho
 Y no habeis menester armas.
 Viendo el español brioso
 Cuanto le detiene y habla,
 Le dice así: mi señora,
 Tan dulce como enojada,
 Porque con honra y amor
 Yo me quede, cumpla y vaya;
 Vaya á los moros el cuerpo,
 Y quede con vos el alma,
 Concededme, dueño mio,
 Licencia para que salga
 Al rebato en vuestro nombre,
 Y en vuestro nombre combata.

III.

Entre los sueltos caballos

De los vencidos zenetes
 Que por el campo buscaban
 Entre la sangre lo verde,
 Aquel español de Oran
 Un suelto caballo prende,
 Por sus relinchos lozano
 Y por sus cerneas fuerte,
 Para que lo lleve á él,
 Y un moro cautivo lleve
 Que es uno que ha cautivado
 Capitan de cien zenetes.
 En el ligero caballo
 Suben ambos, y él parece
 De cuatro espuelas herido,
 Que cuatro vientos lo mueven.
 Triste camina el alarbe,
 Y lo mas bajo que puede,
 Ardientes suspiros lanza
 Y amargas lágrimas vierte.
 Admirado el español
 De ver cada vez que vuelve
 Que tan tiernamente llore
 Quien tan duramente hiere,
 Con razones le pregunta
 Comedidas y corteses
 De sus suspiros la causa,
 Si la causa lo consiente.
 El cautivo como tal,
 Sin escusarlo obedece,
 Y á su piadosa demanda
 Satisface desta suerte:
 Valiente eres, capitan,
 Y cortés como valiente;
 Por tu espada y por tu trato
 Me has cautivado dos veces.
 Preguntado me has la causa
 De mis suspiras ardientes,
 Y débote la respuesta
 Por quien soy y por quien eres.
 Yo nací en Gelves el año
 Que os perdisteis en los Gelves,
 De una berberisca noble
 Y de un turco Matasiete.
 En Tremecen me crié
 Con mi madre y mis parientes,
 Despues que murió mi padre
 Corsario de tres bajeles.
 Junto á mi casa vivia,
 Porque mas cerca muriese,
 Una dama del linage
 De los nobles Melioneses,
 Extremo de las hermosas,
 Cuando no de las crueles,
 Hija al fin destas arenas
 Enjendradoras de sierpes.
 Era tal su hermosura,
 Que se hallarán claves
 Mas ciertos en sus dos labios,
 Que en los dos floridos meses.
 Cada vez que la miraba

Salía el sol por su frente
 De tantos rayos vestido,
 Cuantos cabellos contiene.
 Mas ya la razon sujeta,
 Con palabras me requiere
 Que su crueldad le perdone,
 Y de su beldad me acuerde.
 Juntos así nos criamos,
 Y Amor en nuestras niñeces
 Hirió nuestros corazones.
 Con harpones diferentes.
 Labró el oro en mis entrañas
 Dulces lazos, tiernas redes,
 Mientras el plomo en las tuyas
 Libertades y desdenes.
 Esta, español, es la causa
 Que á llanto pudo moverme:
 Mira si es razon que llore
 Tantos males juntamente.
 Conmovido el capitan
 De las lágrimas que vierte,
 Parando el veloz caballo,
 Que paren sus males quiere,
 Gallardo moro, le dice.
 Si adoras, como refieres,
 Y si, como dices, amas,
 Dichosamente padeces.
 ¿Quién pudiera imaginar
 Viendo tus golpes crueles,
 Que cupiera alma tan tierna
 En pecho tan duro y fuerte?
 Si eres del Amor cautivo,
 Desde aquí puedes volverte,
 Que me pedirán por voto
 Lo que entendi que era suerte.
 Y no quiero por rescate
 Que tu dama me presente
 Ni las alfombras mas finas
 Ni las granas mas alegres.
 Anda con Dios, sufre y ama,
 Y vivirás si lo hicieres,
 Con tal que, cuando la veas,
 Pido que de mí te acuerdes.
 Apeóse del caballo,
 Y el moro tras él descende,
 Y por el suelo postrado
 La boca á sus piés ofrece.
 Vivas mil años, le dice,
 Noble capitan valiente,
 Que ganas mas con librarme
 Que ganaste con prenderme.
 Alá se quede contigo,
 Y te dé victoria siempre
 Para que extiendas tu fama
 Con hechos tan excelentes.
 Apenas vide trocada
 La dureza de esta sierpe,
 Cuando tú me cautivaste:
 Mira si es bien que lamente.

IV.

Aquí entre la verde juncia
 Quiero, como el blanco cisne
 Que, envuelta en dulce armonía,
 La dulce vida despide,
 Despedir mi vida amarga
 Envuelta en endechas tristes,
 Y querellarme de aquella,
 Tan hermosa como libre.
 Descanse entre tanto el arco
 De la cuerda que le aflige,
 Y pendiente de sus ramas
 Orne esta planta de Alcides,
 Mientras yo á la tortolilla,
 Que sobre aquel olmo gime,
 Le hurto todo el silencio
 Que para sus quejas pide.
 Bellísima cazadora,
 Mas fiera que las que sigues
 Por los bosques; cruel verdugo
 De mis años infelices,
 Tan grandes son tus extremos
 De hermosa y de terrible,
 Que estan los montes en duda,
 Si eres diosa ó eres tigre.
 Préciaste de tan soberbia
 Contra quien es tan humilde,
 Que considerados bien
 Todos los monteros dicen,
 Que los dos nos parecemos
 Al roble que mas resiste
 Los soplos del viento airado,
 Tú en ser dura, yo en ser firme.
 En esto solo eres roble,
 Y en lo demas flaca mimbre
 No solo á los recios vientos,
 Mas á los aires sutiles.
 Ya no persigues, cruel,
 Despues que á mí me persigues,
 A los ciervos voladores
 Ni á los fieros jabalies;
 Ni de tu dichoso albergue
 Las nobles paredes visten
 Los despojos de las fieras,
 Que como á mí muerte diste.
 No porque no gustes dello,
 Sino porque no te obligue
 El encontrarme en la caza,
 A que siquiera me mires.
 Los monteros te suspiran
 Por todos estos confines,
 Y el mismo monte se agravia
 De que tus piés no le pisen.
 Haz tu gusto, que yo quiero
 Dejar (pues dello te sirves)
 El espíritu cansado
 Que mis flacos miembros rige.
 Conseguirémos en esto
 Ambos á dos nuestros fines.

Tú el de cruel en dejarme,
 Yo el de leal en morirme.
 Tú, rey de los otros rios,
 Que de las siegrras sublimes
 De Segura al Océano
 El fértil terreno mides;
 Pues en tu dichoso seno
 Tantas lágrimas recibes
 De mis ojos, que en el mar
 Entrau dos Guadalquivires;
 Ruégote que su crueldad
 Y mi firmeza publiques
 Por todo el húmido reino
 De la gran madre de Aquiles.
 Porque no solo en las selvas,
 Mas los que en las aguas viven
 Conozcan quien es Daliso,
 Y quien es la ingrata Nise.

V.

Aquel rayo de la guerra,
 Altez mayor del reino,
 Tan galan como valiente,
 Y tan noble como fiero;
 De los mozos envidiado,
 Y admirado de los viejos,
 Y de los niños y el vulgo
 Señalado con el dedo;
 El querido de las damas
 Por cortesano y discreto,
 Hijo hasta allí regalado
 De la fortuna y el tiempo;
 El que vistió las mezquitas
 De venturosos trofeos,
 El que pobló las mazmorras
 De cristianos caballeros;
 El que dos veces armado
 Mas de valor que de acero,
 A su patria libertó
 De dos peligrosos cercos;
 El gallardo Abenzulema
 Sale á cumplir el destierro
 A que le condena el rey,
 O el amor, que es lo mas cierto.
 Servia á una mora el moro
 Por quien el rey anda muerto,
 En todo extremo hermosa
 Y discreta en todo extremo.
 Dióle unas flores la dama
 Que para él flores fueron,
 Y para el zeloso rey
 Yervas de mortal veneno.
 Pues de la yerba toando
 Lo manda desterrar luego,
 Culpando su lealtad,
 Para disculpar sus zelos.
 Sale, pues, el fuerte moro
 Sobre un caballo overo,
 Que á Guadalquivir el agua
 Le bebió y le pació el heno,

Con un hermoso jaez,
 Rica labor de Marruecos,
 Las piezas de filigrana,
 La mochila de oro y negro.
 Tan gallardo iba el caballo
 Que en grave y airoso huello
 Con ambas manos media
 Lo que hay de la cincha al suelo.
 Sobre la marlota negra
 Un blanco albornoz se ha puesto
 Por vestirse los colores
 De su inocencia y su duelo.
 Bordó mil hierros de lanzas
 Por el capellar, y en medio
 En arábigo una letra,
 Que dice *Estos son mis hierros.*
 Bonete lleva turquí
 Derribado al lado izquierdo,
 Y sobre él tres plumas presas
 De un precioso camafeo.
 No quiso salir sin plumas,
 Porque vuelen sus deseos,
 Si quien le quita la tierra
 También no le quita el viento.
 No lleva mas de un alfange
 Que le dió el rey de Toledo,
 Porque para un enemigo,
 El le basta y su derecho.
 De esta suerte sale el moro
 Con animoso denuedo,
 En medio de los alcaides
 De Arjona y de Marmolejo.
 Caballeros le acompañan,
 Y le sigue todo el pueblo,
 Y las damas por do pasa
 Se asoman llorando á verlo.
 Lágrimas vierten ahora
 De sus tristes ojos bellos
 Las que desde sus balcones
 Aguas de olor le vertieron.
 La bellissima Balaja,
 Que llorosa en su aposento
 Las sinrazones del rey
 Le pagaban sus cabellos;
 Como tanto estruendo oyó
 A un balcon salió corriendo,
 Y enmudecida le dijo,
 Dando voces con silencio:
 « Vete en paz, que no vas solo,
 Y en tu ausencia ten consuelo;
 Que quien te echa de Jaen
 No te echará de mi pecho. »
 Él con el mirar responde:
 « Yo me voy, y no te dejo;
 Delos agravios del rey
 Para tu firmeza apelo. »
 En esto pasó la calle,
 Los ojos atras volviendo
 Cien mil veces, y de Andújar
 Tomó el camino derecho.

VI.

Ciego que apuntas y atinas,
 Caduco dios y rapaz,
 Vendado que me has vendido
 Y niño mayor de edad;
 Por el alma de tu madre,
 Que murió, siendo inmortal,
 De envidia de mi señora,
 Que no me persigas mas:
Déjame en paz, amor tirano,
Déjame en paz.

Baste el tiempo mal gastado
 Que he seguido á mi pesar
 Tus inquietas banderas,
 Foragido capitán.
 Perdóname, amor, aquí,
 Pues yo te perdono allá
 Cuatro escudos de paciencia,
 Diez de ventaja en amar.
 Amadores desdichados,
 Que seguís milicia tal,
 Decidme, ¿ qué buena guía
 Podeis de un ciego sacar?
 ¿ De un pájaro que fir meza?
 ¿ Qué esperanza de un rapaz?
 ¿ Qué galardón de un desnudo?
 ¿ De un tirano qué piedad?
Déjame en paz, etc.

Diez años desperdicié
 Los mejores de mi edad.
 En ser labrador de amor
 A costa de mi caudal.
 ¡ Como aré, sembré, cogí!
 Aré un alterado mar,
 Sembré en estéril arena,
 Cogí vergüenza y afán.
Déjame en paz, etc.

Una torre fabriqué
 Del viento en la vanidad,
 Mayor que la de Nembrol,
 Y de confusion igual.
 Gloria llamaba á la pena,
 A la cárcel libertad,
 Miel dulce al amargo acibar,
 Principio al fin, bien al mal:
Déjame en paz, amor tirano,
Déjame en paz.

VII.

ANGELICA Y MEDORO.

En un pastoral albergue,
 Que la guerra entre unos robles
 Lo dejó por escondido,
 O lo perdonó por pobre;
 Do la paz viste pellico,
 Y conduce entre pastores

Ovejas del monte al llano,
 Y cabras de llano al monte;
 Mal herido, y bien curado
 Se alberga un dichoso jóven,
 Que sin clavarle amor flecha
 Le coronó de favores.
 Las venas con poca sangre,
 Los ojos con mucha noche,
 Lo halló en el campo aquella
 Vida y muerte de los hombres.
 Del palafren se derriba,
 No porque al moro conoce,
 Sino por ver que la yerba
 Tanta sangre paga en flores.
 Limpiale el rostro, y la mano
 Siente al amor que se esconde
 Tras las rosas, que la muerte
 Va violando sus colores.
 Escondióse tras las rosas,
 Porque labren sus harpones
 El diamante del Catay
 Con aquella sangre noble.
 Ya le regala los ojos,
 Ya le entra sin ver por donde
 Una piedad mal nacida,
 Entre dulces escorpionces;
 Ya es herido el pedernal,
 Ya despide al primer golpe
 Centellas de agua: ¡ó piedad,
 Hija de padres traidores!
 Yerbas le aplica á sus llagas,
 Que sino sanan entonces,
 En virtud de tales manos
 Lisonjean los dolores.
 Amor le ofrece su venda:
 Mas ella sus velos rompe
 Para ligar sus heridas:
 Los rayos del sol perdonen.
 Los últimos nudos daba
 Cuando el cielo la socorre
 De un villano en una yegua
 Que iba penetrando el bosque.
 Enfrenante de la bella
 Las tristes piadosas voces,
 Que los firmes troncos mueven,
 Y las sordas piedras oyen.
 Y la que mejor se halla
 En las selvas que en la corte
 Simple bondad, al pio ruego
 Cortesmente corresponde.
 Humilde se apea el villano,
 Y sobre la yegua pone
 Un cuerpo con poca sangre,
 Pero con dos corazones.
 A su cabaña los guía,
 Que el sol deja su horizonte,
 Y el humo de su cabaña
 Le va sirviendo de norte.
 Llegaron temprano á ella,
 Do una labradora acoge

Un mal vivo con dos almas,
 Una ciega con dos soles.
 Blando heno en vez de pluma
 Para lecho les campone,
 Que será talamo luego,
 Do el garzon sus dichas logre.
 Las manos, pues, cuyos dedos
 Desta vida fueron dioses,
 Restituyen á Medoro
 Salud nueva, fuerzas dobles;
 Y le entregan cuando menos
 Su beldad y un reino en dote.
 Segunda envidia de Marte,
 Primera dicha de Adónis.
 Corona un lascivo enjambre
 De cupidillos menores
 La choza, bien como abejas
 Hueco tronco de alcornoque.
 ¡Qué de nudos le está dando
 A un áspid la envidia torpe,
 Contando de las palomas
 Los arroyos gemidores!
 ¡Qué bien la destierra amor
 Haciendo la cuerda azote,
 Porque el caso no se infame
 Y el lugar no se inficione!
 Todo es gala el africano,
 Su vestido espira olores,
 El lunado arco suspende,
 Y el corvo alfange depone.
 Tórtolas enamoradas
 Son sus roncos atambores,
 Y los volantes de Vénus
 Sus bien seguidos pendones.
 Desnuda el pecho anda ella,
 Vuela el cabello sin orden,
 Si lo abrocha es con claveles,
 Con jazmines si lo coge.
 Todo sirve á los amantes:
 Plumas les batan veloces
 Airecillos lisongeros,
 Si no son murmuradores.
 Los campos les dan alfombra,
 Los árboles pabellones,
 La apacible fuente sueño,
 Música los ruiseñores;
 Los troneos les dan cortezas
 En que se guarden sus nombres,
 Mejor que en tablas de mármol.
 O que en láminas de bronce.
 No hay verde freno sin letra.
 Ni blanco chopo sin mote:
 Si un valle Angélica suena,
 Otro Angélica responde.
 Cuevas, do el silencio apenas
 Deja que sombras las moren
 Profanan con sus abrazos
 A pesar de sus horrores.
 Choza, pues, talamo y lecho,
 Contestes destes amores;

El cielo os guarde , si puede ,
De las locuras del conde .

VIII.

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel ,
Un aquilon africano
Las engendró á todas tres :
Y segun los vientos pisa
Un bergantin genoves ,
Si no viste el temor alas ,
De plumas tiene los piés .
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel
En que á Nápoles pasaba ,
En conserva del virey ,
Un español con dos hijas
Una sol y otra clavel ,
Que tuvieron á Leon
Por oriente y por vergel .
Derrotólo un temporal ,
Y ya que no dió al traves ,
A vista dió de Morato ,
Renegado calabres .
El tagarote africano ,
Que la español garza ve ,
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel .
Peinándole va las plumas ,
Mas el viento burla del
Interpuesto entre las alas
Y entre la garra cruel .
Ya surcan el mar de Denia ,
Ya sus altas torres ven ,
Grandeza de un duque ahora ,
Titulo ya de marques .
De sus torres los descubren ,
Y distinguiendo despues
La cruz en el tafetan ,
La luna en el alquicel ;
Ocho ó diez piezas disparan ,
Que en ocho globos ó diez
Envuelven de negro humo
Al corsario su interes .
Los brazos del puerto ocupa
Con fatiga y con placer
El bergantin destrozado
Desde la quilla al garces .
El leonés agradecido
Al cielo de tanto bien ,
De libertad coronado
Dice , sino de laurel ;
¡ O puerto , templo del mar .
Cuya húmeda pared
Antes faltará que tablas
Señas de naufragios den ;
Fortaleza imperiosa ,
Terror de Africa y desden ,
Yugo fuerte y real espada ,

Que reprime y que da ley !
Defensa os debo y abrigo ,
Mi libertad vuestra es ,
Y mi lengua desatada
En alabanzas tambien .
Con tus altos muros viva
Tu inclito dueño , á quien ,
Como á tí el Mediterráneo ,
La envidia le bese el pié :
Inmortal sea su memoria
En la gracia de su rey ,
Por galardón proseguida ,
Si comenzó por merced .
Que servicio tan honrado ,
Y de Acátes tan fiel ,
Inmortalidad merecen ,
Si no de vida , de fe .

IX.

Levantando blanca espuma
Galeras de Barbarroja
Ligeras le daban caza
A una pobre galeota ,
En que alegre el mar surcaba
Un mallorquin con su esposa ,
Dulcisima valenciana ,
Bien nacida si hermosa .
Del amor agradecido ,
Se la llevaba á Mallorca ,
Tanto á celebrar las pascuas ,
Cuanto á festejar las bodas ;
Y cuando á los sordos remos
Mas se humillaban las olas ,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla ;
Esperándola detras
De una cala insidiosa ,
Estaba el fiero terror
De las playas españolas .
Sobresaltóla en un punto
Que por una parte y otra
Sus cuatro enemigos leños
Tristemente la coronan .
Crece en ellos la codicia ,
Y en estotros la congoja ,
Mientras se queja la dama
Derramando tierno aljófár .
Favorable y fresco viento ,
Si eres el galán de Flora ,
Váleme en este peligro
Por el regalo que gozas .
Tú , que embravecido puedes
Los bajeos que te enojan
Embestillos en la arena
Con mas daño que en las rocas ;
Tú , que con la misma fuerza ,
Cuando al humilde perdonas ,
Sueles de armadas reales
Escapar barquillas rotas ,

Salga esta vela á lo menos
Destas manos rigurosas ,
Cual de garras del halcon
Blancas alas de paloma.

X.

Criábase el Albanes
En la corte de Anurátes ,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre ,
Sino como se criára
El mejor de los sultanes ,
Del Gran Señor regalado ,
Querido de los Bajáes ,
Gran capitán en las guerras ,
Gran cortesano en las paces ,
De los soldados escudo ,
Espejo de los galanes.
Recien venido era entonces
De vencer y de ganalles
Al húngaro dos banderas ,
Y al Sofí cuatro estandartes.
Mas ¿ qué aprovecha domar
Invencibles capitanes ,
Y contraponer el pecho
A mil peligros mortales ;
Si un niño ciego le vence
No mas armado que en carnes ,
Y en el corazon le deja
Dos harpones penetrantes ?
Dos penetrantes harpones ,
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas
Que tiene todo Levante.
Que no hay turquesa tan fina
Que á sus ojos se compare ,
Discretas en todo extremo ,
Y de gracias singulares.
No le defendió el escudo
Hecho de finos diamantes ,
Porque el amoroso fuego
Es al rayo semejante ,
Que el duro hierro en sus manos
Disminuye y le deshace.
No para en hierro el amor ,
Pues , sin errar tiro , sabe
Poner en el alma el hierro ,
Y en la cara las señales.
Fué tan desdichado en paz ,
Cuanto en la guerra triunfante ,
Rendido en paz de mûgeres ,
Siendo en guerra el fiero Marte.
Bien conoció su valor
Amor , pues para enlazalle ,
Por tener así sujeto
Al que sujetó al dios Marte ,
Un lazo vió que era poco ,
Y quiso con dos vendalle.

XI.

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca ,
Ambas manos en el remo ,
Y ambos ojos en la tierra ,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena :
¡ O sagrado mar de España ,
Famosa playa y serena
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias !
Pues eres tú el mismo mar ,
Que con sus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias ,
Tráeme nuevas de mi esposa ,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras.
Porque , si es verdad que llora
Mi cautiverio en tu arena ,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
Dame ya , sagrado mar ,
A mi demanda respuesta :
Que bien puedes , si es verdad
Que las aguas tienen lenguas ,
Pero , pues no me respondes ,
Sin duda alguna que es muerta ,
Aunque no lo debe ser ,
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella ,
Siempre al remo condenado ,
A nadie matarán penas.
En esto se descubrieron
De la religion seis velas ,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

XII.

CONTINUACION.

La desgracia del forzado ,
Y del corsario la industria ,
La distancia del lugar ,
Y el favor de la fortuna ,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas ,
Hicieron que de los ojos
Del forzado á un tiempo huyan
Dulce patria , amigas velas ,
Esperanzas y ventura.

Vuelve, pues, los ojos tristes
 A ver como el mar les hurta
 Las torres, y de las naves
 Las velas, y les da espumas.
 Y viendo mas aplacada
 En el cómitre la furia,
 Verliendo lágrimas dice,
 Tan amargas como muchas : (mo.
*¿Dequién me quejo con tan gran e.ctre-
 Si ayudo yo à mi daño con mi remo?*

Ya no esperen mas mis ojos,
 Pues ahora no lo vieron,
 Sin este remo las maños
 Y los piés sin estos hierros.
 Que en esta desgracia mía
 Fortuna me ha descubierta
 Que cuantos fueron mis daños,
 Tantos serán mis tormentos.

De quíen me quejo, etc.
 Velas de la religion,
 Enfrenad vuestro denuedo,
 Que mal podreis alcanzarnos,
 Pues tratais de mi remedio.
 El enemigo se os va,
 Y favorecelo el tiempo,
 Por su libertad no tanto
 Quanto por mi cautiverio.
De quíen me quejo, etc.

Quedaos en aquesta playa,
 De mis pensamientos puerto;
 Quejaos de mi desventura,
 Y no echeis la culpa al viento.
 Y tú, mi dulce suspiro,
 Rompe los aires ardiendo,
 Visita á mi esposa bella,
 Y en el mar de Argel te espero.
De quíen me quejo, etc.

XIII.

Guarda corderos, zagala,
 Zagala, no guardes fe,
 Que quien te hizo pastora
 No te excusó de muger.
 La pureza del armiño
 Que tan celebrada es,
 Vístela con el pellico,
 Y desnúdala con él.
 Deja á las piedras lo firme,
 Advirtiéndole que tal vez
 A pesar de su dureza
 Obedecen al síncel.
 Resiste al viento la encina
 Mas con el villano pié,
 Que con las hojas cortesés
 A cualquier céfiro cree.
 Aquella hermosa vid,
 Que abrazada al olmo ves,
 Parte pámpanos discreta
 Con el vecino laurel.

Tortolilla gemidora,
 Depuesto el casto desden,
 Tálamo hizo segundo
 Los ramos de aquel cipres.
 No para un abeja sola
 Sus hojas guarda el clavel :
 Beben otras el aljófár
 Que guarda su rosicler.
 El cristal de aquel arroyo,
 Undosamente fiél ;
 Niega al ausente su imágen
 Hasta que la vuelve à ver.
 La inconstancia al fin da plumas
 Al hijo de Vénus que,
 Poblando de ellas sus alas,
 Viste sus flechas tambien.
 No pues tu libre albedrio
 Lo tiranice interes,
 Ni amor que de singular
 Tiene mas que de fiél.
 Sacude preciosos yugos,
 Coyundas de oro no den,
 Sino cordones de lana
 Al suelto cabello ley.
 ¡Mal hayas tú, si constante
 Mirares al sol, y quien
 Tan águila fuere en esto,
 Dos veces mal haya y tres !
 ¡Mal hayas tú, si mirares
 En lasciva candidez
 Las aves de la deidad,
 Que primero espuma fué!
 Solicitando prolija
 La ingratitude de un doncel,
 Ninfa de las selvas ya
 Vocal sombra vino à ser.
 Si quieres, pues, zagaleja,
 De tu hermosura cruel
 Dar entera voz al valle,
 Desprecia mi parecer.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

— I.

Frescos airecillos,
 Que á la primavera
 Destejeis guirnaldas,
 Y esparcis violetas;
 Ya que os han tenido
 Del Tajo en la vega
 Amorosos hurtos,
 Y agradables penas;
 Cuando del estío
 En la ardiente fuerza
 Alamos os daban
 Frondosas defensas;
 Alamos crecidos
 De hojas inciertas,
 Medias de esmeralda,
 Y de plata medias

De donde las ninfas
 Y las zagalejas
 Del sagrado Tajo
 Y de sus riberas
 Mil veces llamaste ,
 Y vinieron ellas
 A ocupar del rio
 Las verdes cenefas ;
 Y vosotros luego
 Calándoos apriesa
 Con lascivos soplos
 Y alas lisonjeras ;
 Sueño les trujistes ,
 Y descuido á vueltas ,
 Que en pago os valieron
 Mil vistas secretas ,
 Sin tener desvelo ,
 Envidia ni queja ,
 Ni andar con la falda
 Luchando por fuerza :
 Ahora , pues , aires ,
 Antes que las sierras
 Coronen sus cumbres
 De confusas nieblas ;
 Y que el aguilon
 Con dura inclemencia
 desnude las plantas ,
 Y vista la tierra
 De las secas hojas ,
 Que ya fueron tregua
 Entre el sol ardiente
 Y la verde yerba ;
 Y antes que las nubes
 Y el hielo conviertan
 En cristal las rosas
 Y en vidrio las selvas ,
 Batid vuestras alas ,
 Y dad ya la vuelta
 Al seno templado
 Que alegre os espera.
 Vereis de camino
 Una ninfa bella ,
 Que pisa orgullosa
 Del Bétis la arena.
 Montaraz gallarda ,
 Temida en la sierra ,
 Mas por su mirar
 Que por sus saetas.
 Ahora la halleis
 Entre la maleza
 Del fragoso monte
 Siguiendo las fieras ;
 Ahora en el llano
 Con planta ligera ,
 Fatigando el corzo
 Que herido vuela ;
 Ahora clavando
 La armada cabeza
 Del antiguo vievo
 En la encina vieja ;

Cuando ya cansada
 De la caza vuelva ,
 A dejar al rio
 El sudor en perlas ;
 Si está calurosa ,
 Soplad desde afuera ;
 Y cuando la ingrata
 Mejor os entienda ,
 Decidle , airecillos :
 Bellisima Leda ,
 Gloria de los bosques ,
 Honor del aldea ,
 Enfermo Daliso
 Junto al Tajo queda
 Con la muerte al lado ,
 Y en manos de ausencia.
 Suplicate humilde ,
 Antes que le vuelvan
 Su fuego en ceniza ,
 Su destierro en tierra ,
 Que en premio glorioso
 De su amor merezca
 Ya que no suspiros ,
 A lo menos letra ,
 Con la punta escrita
 De tu aguda flecha
 En el campo duro
 De una dura peña :
 (Porque no es razon
 Que razon se lea
 De mano tan dura
 En cosa mas tierna)
 A donde le digas :
 Muere allá , y no vuelvas
 A adorar mi sombra ,
 Y arrastrar cadenas .

II.

La mas bella niña
 De nuestro lugar ,
 Hoy viuda y sola ,
 Y ayer por casar ,
 Viendo que sus ojos
 A la guerra van ,
 A su madre dice
 Que escucha su mal :
*Dejadme llorar
 Orillas del mar .*
 Pues me distes , madre ,
 En tan tierna edad ,
 Tan corto el placer ,
 Tan largo el pesar ;
 Y me cautivastes
 De quien hoy se va ,
 Y lleva las llaves
 De mi libertad ;
Dejadme llorar , etc .
 En llorar conviertan
 Mis ojos de hoy mas

El sabroso oficio
Del dulce mirar ;
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra
Quien era mi paz.
Dejadme llorar, etc.

No me pongais freno,
Ni querais culpar ;
Que lo uno es justo ,
Lo otro por demas :
Si me quereis bien ,
No me hagais mal ;
Harto peor fué
Morir y callar.
Dejadme llorar, etc.

Dulce madre mia ,
¿ Quién no llorará ,
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal ,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad ?
Dejadme llorar, etc.

Váyanse las noches ,
Pues ido se han
Los ojos que hacian
Los míos velar.
Váyanse , y no vean
Tanta soledad ,
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad.
*Dejadme llorar
Orillas del mar.*

III.

Lloraba la niña
Y tenía razon ,
La prolija ausencia
De su ingrato amor.
Dejóla tan niña ,
Que apenas creyó
Que tenía los años
Que ha que la dejó.
Llorando la ausencia
Del galan traidor ,
La balla la luna ,
Y la deja el sol :
Añadiendo siempre
Pasion á passion ,
Memoria á memoria ,
Dolor á dolor ,
*Llorad, corazon ,
Que teneis razon .
Dícele su madre :
Hija , por mi amor
Que se acabe el llanto ,
O me acabe yo.*

Ella le responde ;
No podrá ser , no ,
Las causas son muchas ,
Los ojos son dos ;
Satisfagan , madre ,
Tanta sinrazon ,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion ,
Tantas como dellas
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero dios.
Ya no canto , madre ,
Y si canto yo ,
Muy tristes endechas
Mis canciones son.
Porque el que se fué
Con lo que llevó ,
Se dejó el silencio ,
Se llevó la voz.
*Llorad , corazon ,
Que teneis razon .*

IV.

Las flores del romero ,
Niña Isabel ,
*Hoy son flores azules ,
Mañana serán miel .*
Zelosa estás , la niña ,
Zelosa estás de aquel
Dichoso , pues lo buscas ,
Ciego , pues no te ve ;
Ingrato , pues te enoja ,
Y confiado , pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él ,
Que zelos entre amantes
Que se han querido bien ,
*Hoy son flores azules ,
Mañana serán miel .*
Aurora de tí misma ,
Que cuando á amanecer
A tu placer empiezas ,
Se eclipsa tu placer :
Serénense tus ojos ,
Y mas perlas no des ,
Porque al sol le está mal .
Lo que á la aurora bien .
Desata como nieblas
Todo lo que no ves ;
Que sospechas de amantes ,
Y querellas despues ,
*Hoy son flores azules ,
Mañana serán miel .*

V.

VIDA DEL MUCHACHO.

Hermana Marica,
 Mañana, que es fiesta,
 No irás tú á la miga,
 Ni yo iré á la escuela.
 Pondráste el corpiño
 Y la saya buena,
 Cabezón labrado,
 Toca y albanega.
 Y á mí me pondrán
 Mi camisa nueva,
 Sayo de palmilla,
 Media de estameña.
 Y si hace bueno,
 Traeré la montera
 Que me dió la pascua
 Mi señora abuela,
 Y el estadal rojo,
 Con lo que le cuelga,
 Que trujo el vecino,
 Cuando fué á la feria.
 Irémos á misa,
 Verémos la iglesia,
 Darános un cuarto
 Mi tía la ollera.
 Compraremos dél,
 Que nadie lo sepa,
 Chochos y garbanzos
 Para la merienda.
 Y en la tardecita
 En nuestra plazuela
 Jugaré yo al toro,
 Y tú á las muñecas
 Con las dos hermanas
 Juana y Madalena,
 Y las dos primillas
 Marica y la Tuerta.
 Y si quiere madre
 Dar las castañetas,
 Podrás tanto de ello
 Bailar en la puerta,
 Y al son del adufe
 Cantará Andregüela:
*No me aprovecharon,
 Mi madre, las yerbas.*
 Y yo de papel
 Haré una librea
 Teñida con moras,
 Porque bien parezca,
 Y una caperuza
 Con muchas almendras.
 Pondré por penacho
 Las dos plumas negras
 Del rabo del gallo,
 Que acullá en la guerra
 Anaranjamos
 Las carnestolendas:

Y en la caña larga
 Pondré una bandera
 Con dos borlas blancas
 En sus tranzaderas.
 Y en mi caballito
 Pondré una cabeza
 De guadamecí,
 Dos hilos por riendas.
 Y entraré en la calle
 Haciendo corbetas,
 Yo, y otros del barrio.
 Que son mas de treinta.
 Jugarémos cañas
 Junto á la plazuela,
 Porque Bartolilla,
 Salga acá y nos vea:
 Bartola la hija
 De la panadera,
 La que suele darne
 Tortas con manteca;
 Porque algunas veces
 Hacemos yo y ella
 Las bellaquerías
 Detrás de la puerta.

VI.

Arroyo. ¿en qué ha de parar
 Tanto anhelar y subir,
 Tú por ser Guadalquivir,
 Guadalquivir por ser mar?
 Compañero, en acabar
 Sin caudales y sin nombres,
 Para ejemplo de los hombres.
 Hijo de una pobre fuente,
 Nieto de una dura peña,
 A dos pasos los desdenas
 Tu mal nacida corriente:
 Si tu ambición lo consiente,
 ¿En qué imaginas me di?
 Mormura, y sea de tí,
 Pues que sabes mormurar:
Arroyo en qué ha de parar, etc.
 ¿Qué días tienes reposo,
 A qué noches debes sueño?
 Si corres tal vez risueño,
 Siempre caminas quejoso.
 Mucho tienes de furioso,
 Aunque no en el tirar cantos,
 Y así tropiezas en tantos
 Cuando te quise levantar:
Arroyo en qué ha de parar, etc.
 Si tu corriente confiesa,
 Sin intermision alguna,
 Que la cabeza en la cuna
 Y el pié tienes en la huesa:
 ¿Qué fatal desdicha es esta
 En solicitar tu daño?
 Pésame que el desengaño
 La vida te ha de costar:
Arroyo en qué ha de parar, etc.

VII.

Dineros son calidad,
Verdad :
Mas ama quien mas suspira,
Mentira.

Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganau condados.
Ducados dejan ducados,
Y coronas magestad,
Verdad.

Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar que penas graves
Las pague un mirar risueño,
Y entender que no son sueño
Las promesas de Martira,
Mentira.

Todo se vende este dia,
Todo el dinero lo iguala,
La corte vende su gala,
La guerra su valentia ;
Hasta la sabiduria
Vende la universidad,
Verdad.

Siendo como un algodón,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidón,
Goma su copete, y son
Sus bigotes alquitira,
Mentira.

Cualquiera que pleitos trata,
Aunque sean sin razon,
Deje el rio Marañón,
Y éntrese en el de la Plata,
Que hallará corriente grata,
Y puerto de claridad,
Verdad.

Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas
Son perros de muchas bodas,
Y bodas de muchos perros,
Y sus yernos rompen hierros
En la toma de Algecira,
Mentira.

VIII.

Manda amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga :
Pero á mi mas me contenta
Que se diga y no se sienta.

En la ley vieja de amor,
A tantas hojas se halla
Que el que mas sufre y mas calla,
Ese librará mejor.
Mas ¡ triste del amador,
Que muerto á enemigas manos

Le hallaron los gusanos
Secretos en la barriga !
Manda amor en su fatiga, etc.

Muy bien se puede culpáre
Por necio cualquier que fuere,
Que como leño sufriere,
Y como piedra calláre,
Mande amor lo que mandáre,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa :
Manda amor en su fatiga, etc.

Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza,
Cuando amor sacáre á plaza
Delincentes por hablar.
Mas yo me pienso quejar
En sintiéndome agraviado,
Porque el mar viene alterado,
Cuando el viento lo fatiga :
Manda amor en su fatiga, etc.

Yo sé de algun joveneto
Que tiene muy entendido,
Que aguarda mas bien Cupido
Al que guardó su secreto :
Mas, si murió el imperfecto
De amoroso corazón,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga :
Manda amor en su fatiga, etc.

IX.

Ande yo caliente.
Y riase la gente.

Traten otros del gobierno,
Del mundo y sus monarquias,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno,
Naranjada y aguardiente,
Y riase la gente.

Coma en dorada bajilla
El príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados,
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador reviente,
Y riase la gente.

Quando cubra las montañas
De plata y nieve el enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena

Sobre el chopo de la fuente,
Y *riase la gente*.

Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y *riase la gente*.

Pues amor es tan cruel,
Que de Piramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él:
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y *riase la gente*.

X.

Da bienes fortuna,
Que no estan escritos,
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.

¡Cuán diversas sendas
Se suelen seguir
En el repartir
Las honras y haciendas:
A unos da encomiendas,
A otros san Benitos;
Cuando pitos, etc.

A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero;
Y á quien se le antoja,
La cabra mas coja
Parió dos cabritos:
Cuando pitos, etc.

Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó un solo huevo,
Al son bambonea,
Y otro se pasea
Con cien mil delitos:
Cuando pitos, etc.

XI.

*No me llame fra, calle,
Que la llamaré vieja, madre.*

Abra los ojos y vea
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala,
Ni vieja que no lo sea;
La mejor moza es librea,
Y la vieja despreciada
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde:
No me llame, etc.

La muger mas celebrada,
Si tiene el rostro arrugado,
Es cual vid que se ha secado.
Muy buena para quemada:

No viva tan confluída,
Sino tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto
La vieja de mejor carne:
No me llame, etc.

En palacio la princesa,
En la ciudad la señora.
En la aldea la pastora,
Y en la corte la duquesa,
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfecta:
Que la mas noble y discreta
Se pierde porque la alaben:
*No me llame fra, calle,
Que la llamaré vieja, madre.*

XII.

*Ya no mas, ceguezuelo hermano,
Ya no mas.*

Baste lo flechado, amor,
Mas munición no se pierda,
Alloja al arco la cuerda
Y la causa á mi dolor;
Que en mi pecho tu rigor
Lo muestran las flechas juntas
Y en las espaldas las puntas
Dicen que muerto me has:
Ya no mas, etc.

Para el que á sombras de un roble
Sus rústicos años gasta,
El segundo tiro basta,
Cuando el primero no sobre:
Basta para un zagal pobre
La punta de un alfiler,
Para Bras no es menester
Lo que para Fierabrás;
Ya no mas, etc.

Tan asaeleado estoy,
Que me pueden defender
Las que me tiraste ayer
De las que me tiras hoy:
Si ya tu aljaba no soy,
Bieja á mal tus armas echas,
Pues á tí te faltan flechas,
Y á mí donde quepan mas:
Ya no mas, etc.

ROMANCES BURLESCOS. -- 1.

Recibi vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donaires cerrado,
Y con mil ansias abierto;
Y en fe de los treinta escudos,
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un alma mia,
Disimulados y envueltos;
Os envío ese inventario
De las partidas que tengo.

Que es como si os enviára
 Las del infante don Pedro.
 Porque , en materia de escudos
 Solo tengo un pavés viejo ;
 Y en moneda de reales
 Yo soy de un lugar realengo ;
 Y quanto á las alcabalas
 Tengo un grande privilegio ,
 Que como no hay que vender ,
 Ni las pago ni las debo.
 De los navíos de Indias
 Poderosos y soberbios
 Me viene la dulce nueva
 Como llegaron al puerto.
 Cúpome de particion
 De molinos de agua y viento
 El molino de mis dientes ,
 Que no muele á todos tiempos.
 De dehesas y cortijos ,
 Viña , huertas y majuelos ,
 Me cupieron los caminos
 Y la ciudad de linderos.
 No se me quejan las fuentes ,
 Ni los claros arroyuelos
 Que los enturbian cabezas
 Señaladas de mi hierro.
 Al fin , mis batos se incluyen
 En los que ciñen mi cuerpo ,
 Y en un agnusdei de alquimia
 Se rematan mis corderos.
 Solo el adorno de casa
 Es , señora , de momento ,
 Porque en un momento es visto ,
 Y se acaba en un momento.
 Tambien tengo alguna plata ,
 Por ser poca no la cuento ,
 Que es una santa patena ,
 Que heredé de mis abuelos ;
 No tengo paños de corte ,
 Mas no me faltan enteros ,
 Porque ya tengo la corte ,
 Solo el paño es el que espero.
 Tambien para mi salud ,
 Que es la prenda que mas quiero ,
 Hay muy gentiles gallinas
 En mi mozo y en su dueño.
 Al fin que , señora mia ,
 Dicho por menos rodeos ,
 Si yo tengo solo un cuarto ,
 Muera de cuatro contrecho.
 Sin duda que se hallaron
 En mi triste nacimiento
 Las estrellas en ayunas ,
 Pues tal hambre en mi influyeron.
 Aguarde que otra vez nazca
 En mas venturoso agüero ,
 Que por desnudo mi madre
 Me puede parir de nuevo.

II.

Así Riselo cantaba
 En su rabel de tres cuerdas
 Aquel de la tapa blanca ,
 Y de las costillas negras ,
 El que tiene por remate
 Una burlada sirena ,
 Divisa contra engañosas
 Que cantan y desesperan ;
 Como hizo aquella fácil
 De cuya voz no se acuerda ,
 Porque amor , que es ave y niño ,
 Si no le regalan , vuela.
 Digo , pues , que así cantaba
 Con su tiple de corneja ,
 Oyéndole cuatro esquinas ,
 Dos calles y una taberna ;
 Vamos horros en los gustos ,
 Aldeana , que revientas
 Por mostrarme que en tu lumbre
 Mil corazones se quemán.
 A lo simple nos queramos ,
 Sea nuestra fe de cera ,
 Cada cual siga su antojo ;
 Pues que la gracia no es deuda.
 Franca de zelos te hago ,
 Porque los llamó mi abuela
 Brujas que á las almas niñas
 Les chupan la sangre nueva .
 Y yo que soy bachiller
 Por alcázar de Consuegra ,
 Los comparo á los herizos ,
 Que á quien los toma penetran.
 No quiero que á nuestras vidas
 Que , son dos palomas duendas
 Las tienten esos pecados
 Que la voluntad infernan.
 Si te vas por la mañana ,
 Yo te aguardaré á la siesta ;
 Y si á la noche faltares ,
 Dormiré aunque no parezcas.
 Si quieres tener visitas ,
 Sin miedo puedes tenerlas ,
 Y si á mí me convidaren ,
 Déjame ser Pero entrellas.
 Ya no quiero que me digas
 Que un señor de cruz bermeja
 Te promete montes de oro
 Por galopar tu vega :
 Ni tampoco que te tañen
 Con cajas ni con trompetas ,
 A que seas capitana
 De faldellín por bandera.
 Porque pienso que lo dices
 Aplicando la conseja ,
 Para que ligeras anden
 Mis pesadas faltriqueras.
 Bien se me trasluce á mí

Que el arco de amor se flecha ,
 Por las poderosas manos
 De su consejo de hacienda.
 Vénus, la diosa de Chipre ,
 Ya es matrona genovesa ,
 Guarismo sabe su niño ,
 Multiplica , suma y resta.
 Ya el rapaz anda vestido ,
 Las alas aforra en tela ,
 Y el que esperanzas comia ,
 Pavos come , y tortas cena.
 A la discrecion le ha dicho
 Que compre y no diga perlas ,
 Y á la gentileza pobre
 A pintura la condena.
 Su secretario es el dar ,
 Un mozo que allana sierras ,
 Robador de voluntades
 Y cumplidor de promesas.
 Por esto, aldeana mia ,
 Quiero yo seguir la secta
 De aquellos cuyas entrañas
 Parecen carne , y son piedras.
 Si no merezco tus glorias ,
 No me revista tus penas ;
 Y si por dicha te agrado ,
 Mas verdad y menos tretas.

III.

Triste pisa y afligido
 Las arenas de Pisuerga
 El ausente de su dama ,
 El desdichado Zuléma.
 Moro alcaide y no Bellido ,
 Amador con ajaqueca ,
 Arrocinado de cara ,
 Y carigordo de piernas .
 No lleva por la marlota
 Bordada cifra , ni empresa
 En el campo de la adarga ,
 Ni en la banderilla letra.
 Porque es el moro idiota ,
 Y no ha tenido poeta
 De los sastres de este tiempo .
 Cuyas plumas son tijeras .
 Los ojos tiene en el río
 Cuyas ondas se lo llevan ,
 Y envueltas entre las ondas
 Lleva sus lágrimas tiernas .
 Tanto llora el hi de puta ,
 Que si el año de la seca
 Llorára en dos hazas mias ,
 Acudiera á diez hanegas .
 Los espacios que no llora
 De memorias se alimenta ,
 Porque le dan las memorias
 Lo que los ojos le niegan .
 Pienso se da de memorias
 Rumiando glorias y penas ,

Como rabanos mi mula ,
 Y una mona berengenas .
 Contempla luego en Balaja ,
 La cual, mientras la contempla ,
 Olas de imaginacion
 O se la traen ó la llevan .
 Y ella se está merendando
 Duraznitos en su huerta ,
 Y tirándole los cuescos
 Al que tal pasa por ella .
 Ojos claros , cejas rubias
 Al vivo se le presentan ,
 Lanzando rayos los ojos ,
 Y flechas de amor las cejas .
 El moro contemplativo
 A los de su dama vuela ,
 Como á los ojos del buho
 Cernicalos de uñas prietas .
 ¡ Ay bella mora , le dice ,
 No menos dulce que bella !
 No estraguen tu condicion
 Las condiciones de ausencia .
 ¡ Ay moro , mas gemidor
 Que el eje de una carreta !
 Pues no soy tu mora yo ,
 No me quiebres la cabeza .
 Recibe allá este suspiro ,
 Y este llanto desta tierra ,
 Donde el rey me ha desterrado ,
 Y mis cuidados me entierran .
 Llore alto, moro amigo ,
 Suspire recio y con fuerza ,
 Que han de andar llanto y suspiro
 Mas de noventa y seis leguas .
 En esto, ya saltado
 De una juvenil vergüenza ,
 A lavar el tierno rostro
 De su caballo se apea .

IV.

Castillo de San Cervantes ,
 Tú que estás junto á Toledo ;
 Fundóte el rey don Alonso
 Sobre las aguas de Tejo .
 Robusto , si no gnan ,
 Mal fuerte, peor dispuesto ,
 Pues que tienes mas parientes
 Que un hijo de racionero ;
 Lampiño debes de ser ,
 Castillo, si no estoy ciego ,
 Pues siendo de tantos años ,
 Sin barba cana te veo .
 Contra ballestas de palo ,
 Dicen que fuiste de hierro ,
 Y que anduviste muy hombre
 Con dos morillos honderos .
 Tiempo fué (papetes hablen)
 Que te respetaba el reino
 Por juéz de apelaciones

De mil católicos miedos :
 Ya menospreciado ocupas
 La aspereza de este cerro
 Mohoso , como diciembre
 El lanzon del viñadero.
 Las que ya fueron corona
 Son alcándara de cuervos ,
 Almenas , que como dientes
 Dicen la edad de los viejos.
 Cuando mas mal de tí diga ,
 Dejar de decir no puedo ,
 Si no tienes fortaleza ,
 Que tienes prudencia al meno :
 Tú que á la ciudad mil veces ,
 Viendo los moros de lejos ,
 Sin ser espíritu santo ,
 Hablaste en lenguas de fuego ;
 Entre todas las mugeres
 Serás bendito , pues siendo
 En el mirar atalaya ,
 Eres piedra en el silencio.
 Mira , castillo de bien ,
 Que hagas lo que te ruego ,
 Aunque te he obligado poco
 Con dos docenas de versós.
 Cuando la bella terrible ,
 Hermosa como los cielos ,
 Y , por decillo mejor ,
 Aspera como su pueblo ,
 Alguna tarde saliere
 A desfrutar los almendros ,
 Verdes primicias del año ,
 Y dulcísimo alimento ;
 Si de las aguas del Tajo
 Hace á su beldad espejo ,
 Ofrecele tus ruínas
 A su altivez por ejemplo
 Háblale mudo mil cosas ,
 Que bien sabrás ; pues sabemos
 Que á palabras de edificios
 Orejas los ojos fueron.
 Dirásle que con tus años
 Regule sus pensamientos ,
 Que es verdugo de murallas
 Y de bellezas el tiempo :
 Que no crean á las aguas
 Sus bellos ojos serenos ;
 Pues no la han lisonjeado ,
 Cuando la murmuran luego :
 Que no fie de los años
 Ni aun un mínimo cabello ,
 Ni le perdone los suyos
 A la ocasion , que es gran yerro :
 Que no se duerma entre flores ,
 Que recordará del sueño
 Mordida del desengaño
 Y del arrepentimiento ;
 Y abrirá entonces la pobre
 Los ojos (ya no tan bellos),
 Para bailar con su sombra ,

Pues no quiso con su cuerpo.
 ¡ O qué dijera de tí ,
 Si tú le dijesees esto ,
 Antigualla venerable ,
 Si no quieres ser trofeo !
 Mi musa te antepondrá
 A Sant Angel y Santelmo ,
 Aunque no quisiese Roma ,
 Y Malta quisiese menos.
 Que aunque te han desmantelado ,
 Y no con tantos pertrechos ,
 A tulliduras de grajos
 Te defenderás mas presto.

V.

Dejad los libros ahora ,
 Señor licenciado Ortiz ,
 Y escuchad mis desventuras ,
 Que á fe que son para oír.
 Yo soy aquel gentilhombre ,
 Digo aquel hombre gentil ,
 Que por su Dios adoró
 A un cieguzuelo ruin.
 Sacrifiquéle mi gusto
 No una vez , sino cien mil ,
 En las aras de una moza ,
 Tal cual os lo pinto aquí.
 El cabello es de un color
 Que ni es cuarto ni es florin ,
 Y la relevada frente
 Ni azabache ni marfil.
 La ceja entre parda y negra ,
 Muy mas larga que sutil ,
 Y los ojos mas compuestos
 Que son los de quis vel qui :
 Entre cuyos bellos rayos
 Se derriba la nariz ,
 Terminando las dos rosas ,
 Frescas señas de su abril.
 Cada labio colorado
 Es un precioso rubí ,
 Y cada diente el aljófar
 Que el Alba sucle vertir.
 El aliento de su boca ,
 Todo lo que no es pedir ,
 Mal haya yo si no excede
 Al mas suave jazmin.
 Con su garganta y su pecho
 No tiene que competir
 El nácar del mar del Sur ,
 La plata del Potosí.
 La blanca y hermosa mano ,
 Hermoso y blanco alguacil
 De libertad y de bolsas ,
 Es de nieve y de neblí.
 Lo demas , letrado amigo ,
 Que yo os pudiera decir ,
 Por mi fe que me ha rogado
 Que lo calle el faldellín :

Aunque por brújula quiero,
 Si estamos solos aquí,
 Como á la sofa de bastos
 Descubriros el botín.
 Cinco puntos calza estrechos
 Este señor hasta al fin;
 Si hay serafines trigueños,
 La moza es un serafín.
 Pudo conmigo el color,
 Porque una vez que la vi
 Entre mas de cien mil blancas,
 Ella fué el maravedí:
 Y porque no sin razon
 El discreto en el jardín
 Coge la negra violeta,
 Y deja el blanco alhelí.
 Dos años fué mi cuidado,
 Lo que llaman por ahí,
 Los jacarandos respeto,
 Los modernos tahelí.
 En cuyos alegres años
 Desde el ave al peregrin,
 Por esta negra odisea
 La bucólica le dí.
 Sus piezas en el invierno
 Vistió flamenco tapiz,
 Y en el verano sus piezas
 Andaluz guadamecí.
 Hoy desechaba lo blanco,
 Mañana lo carmesí,
 Hasta que en la peña pobre
 Quedó ermitaño Amadís.
 Preguntadlo á mi vestido,
 Que riéndose de mí
 Si no habla por la boca,
 Habla por el bocacé.
 Ya iba quedándome en cueros
 A la lumbre de un candil,
 Casi pasando el estrecho
 De no tener y pedir;
 Cuando Dios en hora buena,
 Me fué forzado el partir
 A la ciudad de la corte,
 A la villa de Madrid.
 Comenzó á mentir congojas,
 A suspirar y genir
 Mas que viuda en el sermón
 De su padre fray Martín.
 Dijo que acero sería
 En esperar y sufrir:
 Fué despues cera, y si acero,
 Ella se tomó de orin.
 Ternisima me pidió,
 Que ya que quedaba así
 La ovejuela sin pastor,
 No la deje sin mastin.
 Y así le dejé un mulato
 Por espía y adalid,
 Que á mí me esperó en saliendo
 Y se lo vino á decir.

Dejéla en su antiguo lustre,
 Y luego que me partí
 Echó la carnaza afuera:
 ¡O maldito borecegui!
 Púsome el cuerno un traidor
 Mercadante corchapín,
 Que tiene bolsa en Oran
 E ingenio en Mazalquivir.
 Rico es y mazacote,
 De los mas lindos que vi,
 Precioso, pero pesado
 Como palo de Brasil.
 ¡O interés, y como eres,
 O por fuerza ó por ardid,
 Fara los diamantes sangre,
 Para los bronceos buril!
 Déme Dios tiempo en que pueda
 Tus proezas escribir,
 Y quitemelo en buen hora
 Para los hechos del Cid.
 Y vos, tronco, á quien abraza
 La mas lujuriosa vid,
 Que este lagrimoso valle
 Ha sabido producir;
 Vivid en sabrosos nudos,
 En dulces trepas vivid,
 Siempre juntos á pesar
 De algun loco paladin.

VI.

Labrando estaba Artemisa
 Aquel famoso sepulcro
 Que fué milagro de Grecia
 Y maravilla del mundo.
 Llorando la noche y dia
 El malogrado difunto,
 Sus impertinentes ojos
 Parecen arroyos turbios.
 Consolábala una dama
 Mas elegante que julio,
 Boquifruñeada de labios,
 Nariz corva, y rostro enjuto.
 Deja ese llanto, le dice,
 Porque ya esta puesto en uso
 Que no llegue el sentimiento
 Mas que á cumplir con el vulgo.
 Si el estado que te queda
 Supieses bien, yo presumo
 Que estarias mas contenta
 Que con su renta el gran turco.
 Si es muerte la esclavitud,
 Y la libertad bien sumo,
 Si quedas libre, hoy comienzas
 A tener vida de gusto.
 Compañía de varón
 Ni la aprecio ni la culpo,
 Que voluntaria es suave,
 Y pesada si es con yugo.
 Bien parece un hombre en casa.

Pero si continuo es uno
 Es muerte cruel, y mas
 Si acierta á ser calvo ó zurdo.
 El primer mes de marido
 Puede sufrirse á lo sumo,
 Y es suma felicidad
 Cuando se enviuda al segundo.
 El mas afable es zeloso,
 El mas discreto importuno,
 Si es mozo, es desperdiciado,
 Y avariento si es caduco.
 El estado de casada
 Solo ha de servir de punto.
 O escala para subir
 Al de viuda seguro.
 Ser de una cama y de un lecho
 La muger dueño absoluto,
 Dicen algunos doctores
 Que engorda y alegra mucho.
 Comer siempre de un manjar,
 ¿A quién no causa disgusto,
 Y mas cuando acierta á ser
 Algo desabrido ó sucio?
 Un marido es vaca eterna;
 Mejor es que hay á tu gusto
 Des un sazonado pavo,
 Mañana un lego besugo.
 Si te da pena este traje
 A que te obliga el difunto,
 Viste el tronco de colores
 Y la corteza de luto.
 Con esto templó Artemisa
 Su pensamiento confuso,
 Medio arrepentida ya
 De haber labrado el sepulcro.

VII.

¡Qué necio que era yo antaño!
 Aunque ogaño soy un bobo:
 Mucho puede la razon,
 Y el tiempo no puede poco.
 A fe que dijo muy bien
 Quien dijo que eran de corcho
 Cascos de caballo viejo
 Y cascos de galan mozo.
 Serví al amor cuatro años,
 Que sirviera mejor ocho
 En las galeras de un turco,
 O en las mazmorras de un moro.
 Lisonjas majaba y zelos,
 Que es el espanto de todos
 Los majaderos cautivos,
 Que se vencen de unos ojos.
 De esta dura esclavitud,
 (Hace un año por agosto)
 Me redimió la merced
 De un tabardillo dichoso.
 A este mal debo los bienes
 Que en dulce libertad gozo,

Y vame tanto mejor
 Cuanto va de cuerdo á loco.
 Heme subido á Tarpeya
 A ver cual se queman otros
 En tan vergonzosas llamas
 Que su honor volará en polvo;
 Y he de ser tan inhumano,
 Que á quien otra vez piadoso
 Ayudára con un grito,
 Acudiré con un soplo.
 Háganse tontos cenizas,
 Que con cenizas de tontos
 Discretos cueelan sus paños
 Manchados, pero no rotos.
 Quince meses ha que duermo,
 Porque ha tantos que reposo
 Sobre piedras como piedra,
 Sobre plumas como plomo.
 No rompen mi sueño zelos,
 Ni pesadumbres mi ocio,
 Ni serenos mi salud,
 Ni mi hacienda mal cobro.
 Tengo amigos los que bastan
 Para andarme siempre solo,
 Y vame tanto mejor
 Cuanto va de cuerdo á loco.
 Con doblados libros hago
 Los dias de mayo cortos,
 Las noches de enero breves,
 Por lo lacio y por lo toscó.
 A devocion de un ausente,
 A quien ausente y devoto
 Con tiernos ojos escribo
 Y con dulce pluma lloro;
 Discreciones leo á ratos,
 Y necidades respondo
 A tres ninfas que en el Tajo
 Dan al aire trenzas de oro;
 Y á la que ya vió Pisuerga,
 La aljaba pendiente al hombro,
 Seguir la casta Diana,
 Y eclipsar su hermano rojo.
 En mi aposento otras veces
 Una guitarrilla tomo,
 Que como barbero templo,
 Y como bárbaro toco.
 Con esto engaño las horas
 De los dias perezosos,
 Y vame tanto mejor,
 Cuanto va de cuerdo á loco.
 Pagaba al tiempo dos deudas
 Que tenia tras de un torno:
 Mas ya ha dias que á la iglesia
 Del desengaño me acojo,
 En cuyo lugar sagrado
 Me ha comunicado Astolfo
 Todo el licor de su vidrio,
 Y la Razon sus anteojos.
 Con que veo á la Fortuna
 De la fábrica de un troncó

Levantar un cadahalso
Para la estatua de un monstruo ,
Y por las calles del mundo
Arrastrar colas de potros ,
A quien de carro triunfal
Se apeó en el capitolio.
Veo pasar como humo

Afirmado el Tiempo cojo
Sobre un cetro imperial
Y sobre un cayado corvo.
Despues que me conocí ,
Estas verdades conozco ,
Y vame tanto mejor ,
Cuanto va de cuerdo á loco.

POESIAS DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO ¹.

Fué señor de la Torre de Juan Abad, y nació en Madrid en 1580. Estudió en Alcalá y se graduó de teología á los quince años : pero no por eso dejó de aplicarse á las demas facultades, saliendo muy aventajado en ellas, especialmente en toda clase de erudicion sagrada y profana, y en las lenguas griega y hebrea. Era diestro en el manejo de las armas, y alcanzaba grandes fuerzas; lo cual le ocasionó varios lances en el discurso de su vida. Uno de ellos le obligó á huir á Sicilia, donde á la sazón se hallaba de virey el célebre duque de Osuna don Pedro Giron. La proteccion que logró en este señor, y los servicios distinguidos que le hizo así en Sicilia como en Nápoles, le valieron el favor de la corte, la gracia del hábito de Santiago, y ser recomendado al duque para que le emplease en nuevas comisiones. Pero la caída del virey en 1620 arrastró consigo á Quevedo, que, fiel á su protector, siguió la misma suerte, y padeció las mismas desgracias. Tres años y medio estuvo preso en la Torre de Juan Abad, sin que se le hiciese cargo ninguno, y al cabo de ellos dado por libre, pudo, á pesar de sus émulos, venir á la corte, donde fué en gran manera estimado por Felipe IV, que le destinaba á empleos de la mayor consideracion. Pero Quevedo ya entonces deseaba retirarse del bullicio del mundo á la tranquilidad doméstica; y ansioso de lograrla, se casó por los años de 1634 con doña Esperanza de Aragon, señora de Cetina. La muerte de esta señora burló todos los proyectos de Quevedo, y fué la señal de nuevos infortunios. Sus enemigos le hicieron sospechoso al gobierno, el cual dió orden para que se le embargase su hacienda, y se llevase preso á la casa de san Marcos de Leon. Su encierro fué tan estrecho y miserable, que se le tenia que vestir y alimentar de limosna, y á falta de facultativo tuvo él mismo que cauterizarse tres llagas que, por la humedad del sitio, se le habian cancerado. Escribió al conde duque sincerándose, y esto le produjo algun alivio; hasta que, averiguado el autor de un libelo, con cuyo pretexto se le habia preso, fué puesto en libertad, y pudo venir á la corte. Mas la pobreza á que estaba reducido no le dejó permanecer aquí mucho tiempo; y vuelto á su villa de la Torre, murió de un achaque de pecho contraido en su prision, en 8 de setiembre de 1645, á los 65 años de su edad.

SILVA PRIMERA.

EL SUEÑO.

¿ Con qué culpa tan grave,
Sueño blando y suave,
Pude en largo destierro merecerte,

Que se aparte de mí tu olvido manso,
Pues no te busco yo por ser descanso,
Sino por muda imágen de la muerte?
Cuidados veladores
Hacen inobedientes mis dos ojos
A la ley de las horas :
No han podido vencer á mis dolores
Las noches, ni dar paz á mis enojos.

¹ Esta es ya otra poesia muy diferente: menos fuerte de color si se quiere, pero mas ingeniosa, de mas nervio, y ostentando una profundidad y una doctrina, que Góngora, faltar de intencion moral y pobre de saber, no podia dar á la suya. Las tres silvas que aquí se ponen, entresacadas de otras muchas que hay en la *Caliope* de Quevedo, son mas bien declamaciones que verdaderos poemas; pero hay en ellas sin embargo muchos pensamientos ingeniosos ó profundos, períodos bellos y numerosos, y versos felices de aquellos que no suelen encontrarse sino en este escritor, y que parecen no hechos sino nacidos, ó por mejor decir inspirados. Todas tienen una intencion moral;

pero la primera se inclina mas al tono de la elegía, y así debia ser por su argumento. Se la puede comparar con la cancion de Herrera al mismo objeto, que tiene sin duda un estilo mas puro, formas mas líricas, y bastante armonia imitativa en la entrada, pero que no ofrece ni en sus pensamientos ni en su graduacion el mismo interes que esta silva. Nuevo igualmente que ingenioso es el pedir al Sueño que le consuele con lo que el avaro desperdicia de él para contar su oro, con lo que el amante desprecia para obsequiar á su señora, el zeloso para guardarla, el ladron para robar. Los dictados de *blando y suave* aplicados al sueño, *el manso olvido* que inspira, los *cuida-*

Madrugan mas en mí que en las auroras ,
Lágrimas á este llano ,
Que amaneca á mí mal siempre temprano ;
Y tanto , que persuade la tristeza
A mis dos ojos , que nacieron antes
Para llorar que para verte , ¡o sueño !
De sosiego los tienes ignorantes ,
De tal manera que , al morir el día ,
Con luz enferma ví que permitía

El sol que la mirasen en poaniente.
Con piés torpes al punto ciega y fria
Cayó de las estrellas blandamente
La noche tras las pardas sombras mudas ,
Que el sueño persuadieron á la gente.
Escondieron las galas á los prados
Estas laderas , y sus peñas solas
Duermen ya entre sus montes recostados.
Los mares y las olas ,

dos veladores, la luz enferma del sol en el poaniente, y aquel bello verso

Yace la vida envuelta en alto olvido

son rasgos que manifiestan en Quevedo el gran poeta. Otros al contrario hay prosaicos y triviales : porque este autor, fiado en la destreza con que sabia dar valor y energia á las frases mas comunes, por la sentencia que en ellas ponía, ó por su colocacion, no daba á la dición el cuidado y esmero que debia, y solía incurrir en bajezas que no se conciben en un hombre de su temple. Tales son estas :

Y te desacredito
El nombre de callado con mi grito —
Y a tí te se debía de derecho —
que yo no quiero verte cara á cara ,
Ni que hagas mas caso
De mí que hasta pasar por mí de paso.

cierto que estos versos miserables no parecen del mismo poeta *.

La segunda silva, mas filosófica y doctrinal que la primera, no tiene tanta poesía de estilo, y deja advertir mas el defecto característico de Quevedo, que es dar vueltas sobre una misma idea encareciéndola mas y mas cada vez. Pero estos esfuerzos son á veces harto felices, como cuando en la segunda estancia pone á la Naturaleza, que viendo al oro tan contrario á la paz humana

Por dañoso y contrario á quien le estima .

* Es preciso sin embargo para juzgar á Quevedo con equidad en este y otros defectos de sus poesias , tener presente que , á excepcion de sus dos traducciones de Epitecto y Foculides , no arregló el ni dispuso ninguna para publicarlas ; y que las tres Musas ultimas á quienes faltó la mano hábil de Gonzales de Salas , editor é ilustrador de las seis primeras , se dieron á luz con un descuido tal y una ignorancia tan crasa , que da compasion ver las producciones del talento encargadas á tales idiotas. Confusion de composiciones , sin distinguir las propias de las ajenas , ningun orden , ningun método para la colocacion , hay diferentes que estan repetidas segun los diversos borradores en que se encontraron ; las hay partidas en dos cuando debieran ser una sola , y hecha una sola de las que debieran ser dos. Añádanse las erratas groseras que dislocan ó oscurecen enteramente el sentido , ó alteran la medida y proporcion de los versos , y se tendrá una idea de aquella detestable edicion. Lo peor es que estos defectos enormes se hallan repetidos en todas, hasta en las que , con mas lujo á la verdad que inteligencia y esmero, han publicado Ibarra y Sancha en nuestros dias. Un ejemplo baste entre tantos : lo que en la Caliope se intitula Silva 49 con la inscripcion ridicula *Muere infelix y ausente Zóilo*, se compone del principio del idilio segundo y del final del primero que se hallan en su Erato, uno en estrofas Iricas y otro en octavas.

Y por mas escondernos sus lugares ,
Los montes le echó encima
Y sus sendas borro con altos mares.

Echar una cosa encima de otra es frase comun : echar montes sobre el oro para ocultarlo á los hombres, es grande y toca en sublime.

La silva tercera es sin duda alguna la mejor de todas. Pertenece al género descriptivo y moral, y la idea de ella y aun la entrada la tomó nuestro autor de la elegía 1^a. del lib. 4^o. de Propertio.

*Hoc quodcumque vides, hospes, quam maxima Roma est
Ante Phrygem Aeneam collis et harba fuit.*

Pero el poeta español dió á su poema otra elevacion y proporciones que el latino, el cual despues de indicar algunos de los contrastes que le presentaba la Roma ruda y primitiva con la Roma espléndida y floreciente que tenia delante de sí, conoce bien que el asunto es superior á su fuerza, y exclama :

Nei mihi , quod nostro est parvus in ore sonus !

No lo es así en Quevedo , que sabe elevar su fantasía y la entonacion de sus versos á la altura de su asunto, y que no solo agrada y ennoblece las ideas que toma del escritor antiguo, sino que forma un plan mas vasto, y añade el aspecto de Roma arruinada por la venganza de las naciones, y de Roma triunfante otra vez y señora del mundo por el cristianismo. El estilo y la ejecucion son correspondientes á la idea, y son pocos los periodos que no puedan ser ejemplo, ó de nobleza, ó de elevacion, ó de poesía. Algo se desfiguran con tal cual pasage que se mezcla entre ellos, defectuoso ya por lo gigantesco de la idea, ya por lo prosaico y trivial de la frase. No son muchos, y es fácil conocerlos ; pero por donde falta principalmente esta bella composicion es por la última parte, que no parece inspirada por el mismo número que las primeras. La supremacia espiritual de la Roma moderna no está tratada con el nervio y la felicidad que la grandeza de Roma antigua, y el fracaso ruinoso que la seguía despues. Acaso en los tiempos presentes, el escritor ayudado de los recursos poéticos con que la imaginacion romántica se ayuda para estos grandes y austeros objetos, pudiera ser mas igual y mas feliz : verriase en esta parte de su obra el triunfo de la persuasion sobre la fuerza, y de entre las ruinas de la capital del orbe alzarse otro imperio mucho mas vasto sin duda y mas incontestable que el antiguo, sus límites los del mundo, su duracion la eternidad.

Si con algun acento
 Ofenden las orejas,
 Es, que entre sueños dan al cielo quejas
 Del yerto lecho y duro acgimientto,
 Que blandos hallan en los cerros duros.
 Los arroyuelos puros
 Se adormecen al son del llanto mio,
 Y á su modo tambien se duerme el rio.
 Con sosiego agradable
 Se dejan poseer de tí las flores,
 Mudos están los males,
 No hay cuidado que hable,
 Faltan lenguas y voz á los dolores,
 Y en todos los mortales
 Yace la vida envuelta en alto olvido:
 Tan solo mi gemido
 Pierde el respeto á tu silencio santo:
 Yo tu quietud molesto con mi llanto,
 Y te desacredito
 El nombre de callado con mi grito.
 Dame, cortés mancebo, algun reposo,
 No seas digno del nombre de avariento.
 En el mas desdichado y firme amante,
 Que lo merece ser por dueño hermoso.
 Debate alguna pausa mi tormento;
 Gózante en las cabañas,
 Y debajo del cielo
 Los ásperos villanos:
 Hállate en el rigor de los pantanos,
 Y encuéntrate en las nieves y en el hielo
 El soldado valiente;
 Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente,
 Entre mi pensamiento y mi deseo.
 Ya, pues, con dolor creo,
 Que eres mas riguroso que la tierra,
 Mas duro que la roca,
 Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra.
 Y en ella mi alma por jamas te toca.
 Mira que es gran rigor; dame siquiera
 Lo que de tí desprecia tanto avaro,
 Por el oro en que alegre considera,
 Hasta que da la vuelta el tiempo claro:
 Lo que habia de dormir en blando lecho
 Y da el enamorado á su señora,
 Y á tí se te debía de derecho.
 Dame lo que desprecia de tí ahora
 Por robar el ladrón: lo que desecha
 El que envidiosos zelos tuvo y llora.
 Quede en parte mi queja satisfecha,
 Tócame el cuento de tu vara,
 Oigan siquiera el ruido de tus plumas
 Mis desventuras sumas;
 Que yo no quiero verte cara á cara,
 Ni que hagas mas caso
 De mí, que hasta pasar por mí de paso;
 Que á tu sombra negra por lo menos,
 Si fueres á otra parte peregrino,
 Se le haga camino
 Por estos ojos de sosiego agenos.
 Quitame, blando sueño, este desvelo,

O de él alguna parte,
 Y te prometo, mientras viere el cielo,
 De desvelarme solo en celebrarte.

SILVA II.

A LA CODICIA.

Diste crédito á un pino,
 A quien del ocio rudo avara mano
 Trujo del monte al agua peregrino,
 ¡ O Loiba ciego, de tu paz tirano!
 Viste, amigo, tu vida
 Por la codicia á tanto mar vendida:
 Arrojáte violento
 A donde quiso el albedrio del viento.
 ¿ Qué condicion del Euro y Noto ignoras?
 ¿ Qué mudanzas no sabes de las horas?
 Vives, y no sé bien si despreciado
 Del agua, ó perdonado.
 ¿ Cuántas veces los monstruos, que el mar
 Y tuviste en la tierra (cierra,
 Por sustento, en la nave mal segura
 Los llegaste á temer por sepultura?
 ¿ Qué tierra tan extraña
 No te forzó á besar del mar la saña?
 ¿Cuál alarbe, cuál scita, turco ó moro,
 Cuando al agua y al viento obedecias,
 Por señor no temias?
 Mucho te debe el oro,
 Si despues que saliste
 Pobre reliquia de naufragio triste
 En vez de descansar del mar seguro;
 A tu codicia hidrópica obediente
 Con villano azadon en cerro duro
 Sangras las venas al metal luciente.
 ¿ Porqué permites que trabajo infame
 Sudor tuyo derrame?
 Deja oficio bestial, que inclina al suelo
 Ojos nacidos para ver el cielo.
 ¿ Qué fatigas la tierra?
 Deja en paz los secretos de esta sierra:
 ¿ Qué te han hecho, mortal, de estas montañas
 Las escondidas y ásperas entrañas,
 A quien defiende apenas negra hondura?
 Mira que á un tiempo mismo estás abriendo
 Al metal puerta, á tí la sepultura.
 Piensas, y es un engaño vergonzoso,
 Que le hurtas riqueza al duro suelo;
 Oro le llamas, y es dulce desvelo;
 Es peligro precioso,
 Rubia tierra, pobreza acreditada,
 Y ponzoña dorada.
 ¡ Ay! no lleves contigo
 Metal de la quietud siempre enemigo;
 Pues la naturaleza, viendo que era
 Tan contrario á la santa paz primera,
 Por dañoso y contrario á quien le estima,
 Y por mas escondernos sus lugares,
 Los montes le echó encima,

Y sus sendas borró con altos mares.

Doy que á tu patria vuelvas al instante
Que el occidente dejes saqueado,
Y que el mar sosegado,
Con amigo semblante
Debajo del precioso peso gima,
Cuando sus fuerzas líquidas oprima
La soberbia y el peso del dinero:
Doy que te sirva el viento lisonjero;
Si su furor recelas,
Doy que respeta el cáñamo á tus velas,
Y si temes del mar el desconcierto,
Bien que imposible sea,
Doy que te sale á recibir el puerto.

Si pobre casa tienes, que te vea
Rico; ¿dime si acaso
En tus montones de oro
Trozará la muerte, ó tendrá el paso,
O añadirá á tu vida tu tesoro
Un año, un mes, un día, una hora, ó un punto?
No lo podrás hacer, ni el mundo junto;
Esto, pues, si no puede, ¿á qué esperanza
Truecas segura paz en tal tardanza?
Deja, no cabes mas el metal fiero,
Ve que sacas consuelo á tu heredero,
Y que juntas tesoro, si se advierte,
Para comprar deseos de tu muerte.
Sacas ¡ay! un tirano de tu sueño,
Y un polvo que despues será tu dueño:
Déjale, ¡o Loiba! si es que te aconsejas
Con la santa verdad sincera y pura;
Pues él te ha de dejar, si no le dejas,
O te le ha de quitar la muerte dura.

SILVA III.

ROMA ANTIGUA Y MODERNA.

Esta que miras grande Roma ahora,
Huésped, fué yerba un tiempo, fué collado;
Primero apacentó pobre ganado,
Ya del mundo la ves reina y señora.
Fueron en estos atrios Lamia y Flora
De unos admiracion, de otros cuidado;
Y la que pobre Dios tuvo en el prado,
Deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña
Donde se ven subir los chapiteles
A sacarle los rayos de la mano;
Lo que primero fué, rica desdeña;
Senado rudo, que vistieron pieles,
Da ley al mundo y peso al Océano.
Cuando nació la dieron
Muro un arado, reyes una loba,
Y no desconocieron
La leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses que trujo hurtados
Del Dánao fuego la piedad Troyana,
Fueron aquí hospedados
Con fácil pompa, en devocion villana;

Fué templo el bosque, los peñascos aras.
Víctima el corazon, los dioses varas;
Y pobre y comun fuego en estos llanos
Los grandes reinos de los dos hermanos.

A la sed de los bueyes
De Evandro fugitivo Tíbre santo
Sirvió: despues los cónsules, los reyes
Con sangre le mancharon
Le crecieron con llanto
De los reinos que un tiempo aprisionaron:
Fué triunfo suyo, y víolos en cadena
El Danubio y el Rheno,
Los dos Ebro, y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma y rojo con la arena;
Y el Nilo, á quien han dado,
Teniendo hechos de mar, nombre de rio,
No sin envidia, viendo que ha guardado
Su cabeza de yugo y señorío,
Defendiendo ignorada
La libertad que no pudiera armada:
El que, por siete bocas derramada,
Y de plata y cristal hidra espumante,
Con siete cuellos hiere el mar sonante,
Sirviendo en el invierno y el estío
A Egipto ya de nube ya de rio.
Anudaron al Tíbre cuello y frente
Puentes en lazos de alabastros puros
Sobre peñascos duros.
Llorando tantos ojos su corriente,
Que aun parecen en campos de esmeralda
Los puentes Argos y pavon la espalda.
Donde muestran las fabricas que lloras
La fuerza que en los piés llevan las horas:
Pues vencidos del tiempo y mal seguros,
Peligros son los que antes fueron muros,
Que en siete montes círculo formaron,
Donde á la libertad de las naciones
Cárcel dura cerraron.

Trofeos y blasones
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no sé si á envidiar á las mas de ellas,
¡O Roma generosa!
Sepultados se ven, donde se vieron
Los orgullosos arcos,
Como en espejo, en la corriente undosa:
Tan envidiosos hados te siguieron,
Que el Tíbre, que fué espejo á su hermosura,
Los da en sus ondas llanto y sepultura.
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que, ó sobraron al tiempo, ó perdonaron.
Las guerras, ya caducan, y mortales
Amenazan donde antes admiraron
Los dos rostros de Jano
Burlaste, y en su templo y ara apenas
Hay yerba que dé sombra á las arenas,
Que primero adoró tanto Sicano.
Donde antes hubo oráculos, hay fieras;
Y descansadas de los altos templos,

Vuelven á ser riberas las riberas :
 Los que fueron palacios son ejemplos :
 Las peñas que vivieron
 Dura vida con almas imitadas ,
 Que parece que fueron
 Por Deucalion tiradas ,
 No de ingenios á mano adelgazadas ,
 Son troncos lastimosos ,
 Robados sin piedad de los curiosos .
 Solo en el Capitolio perdonaste
 Las estatuas y bultos que hallaste :
 Y fué en tu condicion gran cortesía ,
 Bien que á tal magestad se le debía .
 Allí del arte ví el atrevimiento ,
 Pues Marco Aurelio en un caballo armado .
 El laurel en las sienes anudado ,
 Osa pisar el viento ,
 Y en delgado camino y sendas puras
 Halla donde afirmar sus herraduras .
 De Mario ví y lloré desconocida
 La estatua , á su fortuna merecida :
 Ví en las piedras guardados
 Los reyes y los cónsules pasados :
 Ví los emperadores
 Dueños del poco espacio que ocupaban ,
 Donde solo por señas recordaban
 Que donde sirven hoy fueron señores .
 ¡ O coronas , o cetros imperiales ,
 Que fuisteis en monarcas diferentes
 Breve lisonja de soberbias frentes ,
 Y rica adulacion en los metales !
 ¿ Dónde dejasteis ir los que os creyeron ?
 ¿ Cómo en tan breves urnas se escondieron ?
 De sus cuerpos sabrá decir la fama ,
 Donde se fué lo que sobró á la llama .
 El fuego examinó sus monarquías ,
 Y yacen poco peso en urnas frias ,
 Y visten, ved la edad cuanto ha podido ,
 Sus huesos polvo , y su memoria olvido .
 Tú, no de aquella suerte ,
 Te dejas poseer, Roma gloriosa ,
 De la envidiosa mano de la muerte :
 Escalóte feroz gente animosa ,
 Cuando del ánsar de oro las parleras
 Alas y los proféticos graznidos ,
 Siendo mas admirados que creídos ,
 Advirtieron de Francia las banderas :
 Y en la guerra civil, en donde fuiste
 De tí misma teatro lastimoso ,
 Siendo de sangre ardiente, que perdiste ,
 Pródiga tú y el Tíbre caudaloso .
 Entonces, disfamando tus hazañas ,

A tus propias entrañas
 Volviste el hierro, que vengar pudiera
 La grande alma de Craso, que indignada
 Fué en tu desprecio triunfo á gente fiera .
 Y ni está satisfecha, ni llorada .
 Despues, cuando enviando tu sosiego ,
 Duro Neron dió música á tu fuego ,
 Y tu dolor fué tanto ,
 Que pudo junto ser remedio el llanto ,
 Abrasadas del fuego sobre el rio ;
 Torres llovió en ceniza viento frio ;
 Pero de la cenizas que derramas
 Fenix renaces, parto de las llamas ,
 Haciendo tu fortuna
 Tu muerte vida, tu sepulcro cuna .
 Mientras con negras manos atrevidas
 Osó desanudar de sacras frentes
 Desdeñoso laurel, palmas torcidas ,
 Que fueron miedo sobre tantas gentes .
 Hurtó el imperio, que nació contigo ,
 Y dióle al enemigo :
 Pero tú, ó fuese estrella enamorada ,
 O deidad celestial apasionada ,
 O en tu principio fuerza de la hora .
 Naciste para ser reina y señora
 De todas las ciudades .
 En tu niñez te vieron las edades
 Con rústico senado ;
 Luego, con justos y piadosos reyes ,
 Dueños del mundo, dar á todos leyes .
 Y cuando pareció que había acabado
 Tan grande monarquía ,
 Con los sumos pontífices, gobierno
 De la Iglesia, te viste en solo un dia
 Reina del mundo y cielo y del infierno .
 Las águilas trocaste por la llave ,
 Y el nombre de ciudad por el de nave ,
 Los que fueron Neronés insolentes ,
 Son Pios y Clementes .
 Tú dispensas la gloria, tú la pena ,
 Y á esotra parte de la muerte alcanza
 Lo que el gran sucesor de Pedro ordena .
 Tú das aliento y premio á la esperanza ,
 Siendo en tan dura guerra
 Gloriosa corte de la fe en la tierra .

CANCION 4.

EL ESCARMIENTO.

¡ O tú, que con dudosos pasos mides ,
 Huésped fatal, del monte la alta frente ,

4 El escarmiento y desengaño de las vanidades del mundo, el elogio de la soledad y del retiro no se han cantado jamas con el énfasis y solemnidad que presenta esta cancion desde el principio hasta el fin. La entrada especialmente tiene un no sé qué de augusto y misterioso, que le pa-

rece á uno hallarse de repente en medio de aquellos boscajes consagrados en lo antiguo á la religión y á los dioses, que con su lobreguez y silencio infundian un respeto y horror involuntarios. Aquí no solo los pensamientos y el estilo, sino la forma y extension de las estancias y el mo-

Cuyo silencio impides
 No impedido jamas de humana gente !
 Ora confuso vayas
 Buscando el cielo, que las altas hayas
 Te esconden en su cumbre ,
 O ya de alguna grave pesadumbre
 Te alivies y consueles ,
 Y con el suelto pensamiento vuelles ;
 Delante de esta peña tosca y dura
 Que, de naturaleza aborrecida
 Envidia á aquellos prados la hermosura ,
 Deten los piés y tu camino olvida :
 Oirás , si á detenerte te dispones ,
 De un vivo muerto voces y razones .
 En esta cueva humilde y tenebrosa ,
 Supulcro de los tiempos que han pasado ,
 Mi espíritu reposa
 Dentro en su mismo cuerpo sepultado :
 Y todos mis sentidos ,
 Con beleño mortal adormecidos ,
 Libres de ingrato dueño ,
 Duermen dispertos ya del largo sueño
 De bienes de la tierra ,
 Gozando blanda paz tras dura guerra :
 Hurtados para siempre á la grandeza ,
 Al tráfago y bullicio cortesano ,
 A la Circe crúel de la riqueza ,
 Que en vano busca el mundo y goza en vano .
 ¡ Dichoso yo, que vine á tan buena puerto ,
 Pues cuando muero vivo , vivo muerto !
 Yo soy aquel mortal que por su llanto

Fué conocido mas que por su nombre
 Ni por su dulce canto ;
 Mas ya soy sombra solo de aquel hombre
 Que nació en Manzanares
 Para cisne del Tajo y del Henares ;
 Llaméme entonces Fábulo ,
 Mudóme el nombre el desengaño sabio ,
 Y llamóme Escarmiento :
 Muy célebre habité con dulce acento
 De Pisuerga en la orilla , mas agora
 Canto mi libertad con mi silencio :
 El Lete me olvidó de mi señora ,
 El Lete , cuyas aguas reverencio ;
 Y así le ofrezco al santo desengaño
 Mi voluntad por víctima cada año .
 Estas mojadas mal enjutas ropas ,
 Estas no escarmentadas ni desbechas
 Velas , proas y popas ;
 Estos pesados grillos y estas flechas ,
 Estos lazos y redes ,
 Que me visten de miedo las paredes
 Con tan fristes despojos ,
 Que sirven de amenazas á mis ojos ,
 A mi cuerpo de nudos ,
 A mi memoria y alma de verdugos ;
 Son venturosas prendas , aunque atroces ,
 Que mudas como ves , sin lengua y muertas ,
 Me estan al alma siempre dando voces
 De arena y agua de la mar cubiertas ,
 Y de llanto y licor , que el alma suda ,
 Hechas tragedia de mis males muda .

vimiento de los versos , presentan un carácter igual y conspiran al designio del poeta. Quizá es demasiado austero , y atemoriza mas que halaga : quizá convendría haber puesto algunos claros en un fondo tan sombrío , y amenizarle á trechos con algunos recuerdos agradables de lo pasado , ó con alguna perspectiva de la felicidad que espera en lo futuro. Pero esto sería ya una obra diferente de la que el autor quiso hacer , y tal como está es una de las que muestran mas el talento poético de Quevedo , y hacen mas honor á su carácter grave , sesudo y sentencioso .

Fuera sin duda mejor si él supiera irse á la mano en el uso de antitesis pueriles ó afectadas , de locuciones prosaicas , y de alusiones é imágenes indecorosas : por ejemplo

Aquí en blandos afaes
 Ocupo pensamientos holgazanes ,
 Que andaban vagamundos
 Descubriendo á sus velas nuevos mundos :
 Y mi loca esperanza siempre verde ,
 Que con estar tullida vive ufana ,
 De puro vieja aquí su color pierde ,
 Y blanca viene á estar de puro cana .

todo es igual , ideas , frases , versos , y todo es pésimos ; sin que se pueda concebir como un escritor cae tan bajo despues de haberse elevado tan alto , y como á tan gran talento está unido un gusto tan estragado y tan extravagante . Y en esta obra por desgracia no puede decirse que le faltase la correccion y lima del autor. Dos veces se

halla en sus Musas , una como cancion en la *Eu-terpe* , y otra como silva en la *Caliopé* ; y las diferencias que hay en ellas muestran que Quevedo la revisó y varió mucho ; y en partes es preciso confesar que la mejoró infinito. Tales son los versos del principio , que se hallan así en la silva

O tú , que inadvertido peregrinas
 De osado monte cumbres desdeñosas ,
 Que igualmente vecinas
 Tienen á las estrellas sospechosas .

los cuales , comparados con los que estan en la cancion segun se da en el texto , manifiestan la perfeccion que recibieron de la segunda mano. Otras veces las variaciones no son tan felices ; pero de todos modos los versos viciosos notados arriba , y otros de igual clase que es excusado citar , se hallan en una igualdad que en otra , y prueban el extravío de la fantasia del poeta .

A mi cuerpo de nudos ,
 A mi memoria y alma de verdugos .

Ligera distraccion en que la semejanza de los sonidos le hizo poner un asonante por consonante. Pudo haberse corregido con los dos versos correspondientes en la silva que tienen la rima completa ; pero el pasaje perdiera de su energía , y por otra parte no deja de ser curiosa esta clase de equivocacion en un versificador tan diestro como Quevedo .

Aquí con estos bárbaros trofeos
 De peregrinaciones trabajosas
 Descansan mis deseos ;
 Aquí paso las horas presurosas
 Razonando conmigo ,
 Y obedézcome á mi lo que me digo :
 Aquí en blandos afaues
 Ocupo pensamientos holgazanes ,
 Que andaban vagamundos
 Descubriendo á sus velas nuevos mundos ;
 Y mi loca esperanza siempre verde ,
 Que con estar tullida vive ufana ,
 De puro vieja aquí su color pierde ,
 Y blanca viene á estar de puro cana :
 Aquí del primer hombre despoja lo
 Descanso ya de andar de mí cargado.

Estos silvestres árboles frondosos ,
 Los pobres frutos que este monte cria ,
 Aunque pobres , sabrosos ,
 Me ofrecen mesa franca noche y dia ;
 Sirvenme aquestas fuentes
 De tazas de cristal resplandecientes ;
 Así que , en esta sierra
 Los agradecimientos de la tierra
 A mi labor pasada
 Me sustentan la vida trabajada ;
 Aquestos pajarillos en su canto
 Imitan de los ángeles los tronos ,
 Reglando con mi gusto y con mi llanto
 Ya los alegres ya los tristes tonos :
 A murmurar me ayudan estos rios
 De la corte las pompas y atavíos.

No solicito el mar con remo y vela ,
 Ni temo al turco la ambicion armada ;
 No en larga centinela
 De acero nuestro ser como mi espada ,
 Ni el ánima vendida
 Soy por un pobre sueldo mi homicida ;
 Ni á fortuna me entrego
 De pasion loco y de esperanzas ciego ,
 Por cavar diligente
 Los peligros preciosos del Oriente ;
 No de mi gula amenazada vive
 La fenix del Arabia temerosa ;
 Ni ultrajes de mi arado en sí recibe
 La tierra por ganancia codiciosa ;
 No de envidioso lloro todo el año
 Mas el ageno bien que el propio daño.

Llenos de paz mis gustos y sentidos ,
 Y la corte del alma sosegada ;
 Sujetos y vencidos
 Los gustos de la carne amotinada ;
 Entre casos acerbos
 Aguardo á que desate destos niervos
 La muerte prevenida
 El alma que añudada está en la vida ,
 Para que en presto vuelo ,
 Horra del cautiverio de este suelo ,
 Coronando de laureo entrambas sienas ,
 Suba al supremo alcázar estrellado

A recibir alegres parabienes
 De nueva libertad, de nuevo estado ;
 Aguardo á que se esconda desta guerra
 Mi cuerpo en las entrañas de la tierra.
 Tú, pues, ¡o caminante que me escuchas!
 Si quieres escapar con la victoria
 Del mundo con que luchas ,
 Manda que salga lejos tu memoria
 A recibir la muerte ,
 Que viene en cada punto á deshacerte.
 No hagas de tí caso ,
 Pues ves que huye la vida paso á paso ;
 Y que los bienes de ella
 Mejor los goza aquel que mas los huella.
 Cásate ya , mortal , de fatigarte
 En adquirir riquezas y tesoro ,
 Que últimamente el tiempo ha de heredarte ,
 Y al fin te han de dejar la plata y oro :
 Vive para tí solo , si pudieres ,
 Pues solo para tí , si mueres , mueres.

SONETOS — I.

¿ Temes , ¡o Lisi! á Júpiter tonante ,
 Y pálido tu sol sus llamas mira ,
 Cuando Jove del ceño de tu ira
 Tiembra vencido , y se querella amante?
 Témale armado el pertinaz gigante
 Que á la conquista de su trono aspira ,
 Y Juno , que zelosa le suspira ,
 Le tema ardiendo y en tu amor constante.
 A tí el trueno es requiebro , si amenaza ,
 El tirano le atiende en el tesoro ,
 Cuando su sien temor precioso enlaza :
 Al robre baja en rayo , y á tí en oro ;
 Y si renueva amor la antigua traza ,
 En lugar de tronar bramará toro.

II.

Aquí , donde su curso retorciendo
 De parlero cristal Henares santo ,
 En la esmeralda de su verde manto
 Ya engastándose va , y ya escondiendo ,
 Sentí molesta soledad viviendo
 De engañosa sirena docto canto ,
 Que blanda y lisonjera pudo tanto ,
 Que lo que lloro yo lo está riendo.
 Luego mi lira y voz al monte hueno
 Tu nombre , Lisi esquiua , le enseñaron ,
 Y fué piadoso en repetirle el eco.
 Ya todos estos bienes se pasaron ,
 Y á mis labios dejaron solo en trueno
 Un jay , que fueron ! jay , que se acabaron !

III.

¿ Ves con el polvo de la lid sangrienta
 Crecer el suelo , y acortarse el dia
 En la zelosa y dura valentia

De aquellos toros que el amor violenta?
 ¿No ves la sangre que el manchado alienta,
 Y el humo que de la ancha frente envía
 El toro negro, y la tenaz porfia
 Con que el amante corazón ostenta?

Pues si lo ves, ¿o Lisi! ¿porqué admiras,
 Que cuando amor enjuga mis entrañas
 Y mis venas, volcan reviente en iras?
 Son los toros capaces de sus sañas;
 ¿Y no permites, cuando á Bato miras,
 Que yo ensordezca en llanto las montañas?

IV.

Lleva Mario al ejército, y á Mario
 Arrastra ciega la ambicion de imperio:
 Es su anhelar á cónsul vituperio:
 Y su llanto á Minturnas tributario:
 Padécenle los cimbras temerario,
 Padece en sí prision y cautiverio,
 Fatigó su furor el emisferio,
 Y á su discordia falleció el erario.

Y con desprecio en Africa rendida,
 Despues mendigó pan quien las legiones
 Desperdió de Roma esclarecida.

¿Qué sirve dominar en las naciones,
 Si es monarca el pecado de tu vida,
 Y provincias del vicio tus pasiones?

V.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
 Pero no á su defensa sus hazañas;
 Diéronle muerte y cárcel las Españas
 De quien él hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus envidias una á una
 Con las propias naciones las extrañas:
 Su tumba son de Flandes las campañas,
 Y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió el Vesubio
 Partenope, y Trinacria al Mongivelo,
 El llanto militar creció en diluvio.

Dióle el mejor lugar Marte en su cielo,
 La Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio
 Murmuran con dolor su desconsuelo.

VI.

Con mas vergüenza viven Euro y Noto,
 Licas, que en nuestra edad los usureros;
 Sosiéganse tal vez los vientos fieros,
 Y, ocioso el mar, no gime su alboroto.

No siempre el Ponto en sus orillas roto
 Ejercita los roncós marineros:
 Ocio tienen los golfos mas severos,
 Ocio goza el bajel, ocio el piloto.

Cesa de la borrasca la malicia:
 Nunca cesa el despojo, ni la usura,
 Ni sabe estar ociosa su codicia.

No tiene paz, no sabe hallar hartura,

Osa llamar á su maldad justicia,
 Arbitrio al robo, á la dolencia cura.

VII.

Un Godo, que una cueva en la montaña
 Guardó, pudo cobrar las dos Castillas;
 Del Bétis y Genil las dos orillas
 Los herederos de tan grande hazaña.

A Navarra te dió justicia y maña:
 Y un casamiento en Aragon las sillas
 Con que á Sicilia y Nápoles humillas,
 A quien Milan espléndida acompaña.

Muerte infeliz en Portugal arbola
 Tus castillos; Colon pasó los Godos
 Al ignorado seno desta bola:

Y es mas fácil ¡o España! en muchos modos,
 Que lo que á todos les quitaste sola,
 Te puedan á tí sola quitar todos.

VIII.

Ya formidable y espantoso suena
 Dentro del corazón el postrer día,
 Y la última hora negra y fria
 Se acerca de temor y sombras llena.

Si agradable descansó, paz serena
 La muerte en traje de dolor envía,
 Señala su desden de cortesía,
 Mas tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado
 De la que á rescatar piadosa viene
 Espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene,
 Hállame agradecido, no asustado;
 Mi vida acabe, y mi vivir ordene.

IX.

Huye sin percibirse lento el día,
 Y la hora secreta y recatada
 Con silencio se acerca, y despreciada
 Lleva tras sí la edad lozana mia.

La vida nueva, que en niñez ardía,
 La juventud robusta y engañada,
 En el postrer invierno sepultada,
 Yace entre negra sombra y nieve fria.

No sentí resbalar mudos los años,
 Y hoy los lloro pasados, y los veos,
 Riendo de mis lágrimas y daños.

Mi penitencia debo á mi deseo,
 Pues me deben la vida mis engaños
 Y espero el mal que paso y no le creo.

X.

Miré los muros de la patria mia,
 Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
 De la carrera de la edad causados,
 Por puen cadu á ya su valentía.

Salime al campo, ví que el sol bebia
Los arroyos del hielo desatados ;
Y del monte quejosos los ganados ,
Que con sombras hurtó la luz al día.

Entré en mi casa : ví que anacillada
De anciana habitacion era despojos ,
Mi báculo mas corto , y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada ,
Y no hallé cosa en que poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte.

XI.

De amenazas del Ponto rodeado ,
Y de enojos del viento sacudido ,
Tu pompa es la borrasca , y su gemido
Mas aplauso te da que no cuidado.

Reinas con magestad , escollo osado ,
En las iras del mar enfurecido ,
Y , de sañas de espuma encanecido ,
Te ves de tus peligros coronado.

Eres robusto escandalo á orgullosa

Proa , que por peligros naufragante
Te advierte , y no te toca escrupulosa.

Y á su envidia y al mar siempre constante,
De advertido bajel seña piadosa ,
Eres norte y aviso al navegante.

EPISTOLA AL CONDE DE OLIVARES *

EN SU VALIMIENTO.

No he de callar , por mas que con el dedo
Ya tocando la boca , ó ya la frente ,
Silencio avises , ó amenazas miedo.

¿ No ha de haber un espíritu valiente ?
¿ Siempre se ha de sentir lo que se dice ?
¿ Nunca se ha de decir lo que se siente ?

Hoy , sin miedo que libre escandalice ,
Puede hablar el ingenio , asegurado
De que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio y la verdad desnuda ;
Y romper el silencio el bien hablado.

Y con rojos pimientos y ajos duros
Tan bien como el señor comió el esclavo.
Bebió la sed los arroyuelos puros , etc.

Difícil era por cierto en política y en moral reducir á ajos y á pimientos los paladares que estaban enseñados á todas las golosinas y regalos del oriente ; pero no se pueden pintar estos objetos en sí viles y triviales con mas fuerza y oportunidad. La *arrugada* canela , el *rojo* pimiento y el *duro* ajo estan superiormente colocados , y muestran el valor que tiene una palabra , aunque sea comun , con tal que esté puesta en su lugar : y como si el instinto del poeta le hiciese conocer que era preciso suavizar algun tanto la crudeza y el ardor de los versos anteriores , añade al instante aquel otro de tan diferente espíritu y sonido : *Bebió la sed los arroyuelos puros*.

No por eso se dejan de advertir en esta composicion , como en todas las de Quevedo , las huellas de su mal gusto , y los defectos de su manera exagerada , conceptuosa , y de cuando en cuando seca. Los lunares son aquí tanto mas notables , cuanto las bellezas son mas sobresalientes. Por ejemplo despues del hermoso verso

¡ Erramado y sonoro el océano

¿ á qué llamarle *divorcio de las ricas minas* ? Despues de recomendar al toro por los servicios que hace en el campo , y pintar á los cónsules gimiendo detras de él , y á los reyes encalleciéndose las manos con el arado que él lleva ¿ á qué añadir

Y rumia luz en campos celestiales ?

Góngora no deliraría mas ; y el que estropeaba este bello pasage con un pensamiento tan incoherente y una figura tan extravagante y ridicula , no tenía derecho á burlarse del autor de las *Soleidades*.

* He aquí como las musas deben hablar con el poder , sin bajeza y sin desacato. Quevedo se dirige al valido de Felipe IV , y con ocasion de la reforma que aquel ministro habia hecho en el vestir , le dice que es preciso reformar tambien el ánimo , y enmendar las costumbres y educacion castellana , si quiere restituir á los españoles su antigua gloria y valor. Yo no diré que esto fuese posible ya entonces , ni que aunque lo fuese , quisiese realmente verificarlo el conde duque. Estas cuestiones de moral y de economía pública no pertenecen á este lugar ; pero sí diré que en la epistola presente nos dió Quevedo un ejemplar de noble y robusta poesia , que honra igualmente su ingenio que su celo. Dióle la forma dramática dirigiéndose primero á un tercer personaje , como si este quisiera ponerle freno á lo que va á decir , y luego que le reduce á silencio con protestarle que va á decir la verdad , y que la verdad es una cosa con Dios , se vuelve al valido pintándole los males públicos y la degeneracion de Castilla , y mostrándole el remedio. La composicion sencilla , el movimiento desembarazado aunque grave , los pensamientos nobles y severos , la valentía de la expresion , y una muchedumbre de versos admirables por su energía ó por su sonido , que se quedan en la imaginacion y en la memoria con solo una vez que se oigan ó se lean , son las dotes principales que dan á esta obra un sobresaliente lugar entre las demas de Quevedo y las de nuestro Parnaso. Son muchos los tercetos que se hacen notar por alguna ó por muchas de estas calidades. No se citarán aquí mas que dos que se señalan entre los demas por la dificultad vencida , por su extrañeza , y tambien por su osadia.

No habia venido al gusto lisonjera .
La pimentá arrugada , ni del clavo
La adulacion fragante forastera .

Carnero y vaca fué principio y cabo ;

Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.

Son la verdad y Dios Dios verdadero:
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.

Si Dios á la verdad se adelantára,
Siendo verdad, implicacion hubiera
En ser, y en que verdad de ser dejára.

La justicia de Dios es verdadera
Y la misericordia, y todo cuanto
Es Dios, todo ha de ser verdad entera.

Señor excelentísimo, mi llanto
Ya no consiente márgenes ni orillas,
Inundacion será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,
La vista por dos urnas derramada
Sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si rica menos, mas temida,
En vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida,
Que en donde supo hallar honrada muerte,
Nunca quiso tener mas larga vida.

Y pródiga del alma, nacion fuerte,
Contaba por afrenta de los años
Envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
Del paso de las horas y del día,
Reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuanta edad vivía,
Sino de qué manera, ni aun un hora
Lograba sin afan su valentía.

La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo rudo;
Edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo
Al corazon que, en ella confiado,
Todas las armas despreció desnudo.

Multiplicó en escuadras un soldado
Su honor precioso, su animo valiente,
De sola honesta obligacion armado.

Y debajo del cielo aquella gente,
Si no á mas descansado, á mas honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la muger para su esposo
La mortaja primero que el vestido;
Menos le vió galan que peligroso.

Acompañaba el lado del marido
Mas veces en la hueste que en la cama;
Sano le aventuró, vengóle herido.

Todas matronas y ninguna dama:
Que nombres del halago cortesano
No admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Océano,
Era divorcio de las rubias minas
Que usurparon la paz del pecho humano.

Ni les traje costumbres peregrinas
El áspero dinero, ni el Oriente
Compró la honestidad con piedras finas.

Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Solo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza;
Ni el cántabro con cajas y tinteros
Hizo el campo heredado, sino matanza.

Y España, con legítimos dineros,
No mendigando el crédito á Liguria,
Mas quiso los turbantes que los ceros.

Menos fuera la pérdida y la injuria
Si se volvieran muzas los asientos,
Que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos,
Y espiraba decrepito el venado:
Grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre entonces bien disciplinado
Buscó satisfaccion y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzon de aquella pura
República de grandes hombres, era
Una vaca sustento y armadura.

No habia venido al gusto lisonjera
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulacion fragante forastera.

Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros,
Tan bien como el señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros:
Despues mostraron del carquesio á Baco
El camino los brindis mal seguros.

El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un español belloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandes herege y alevoso.

Pudo acusar los celos designales
A la Italia; pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos,
Todos blasonan, nadie los imita;
Y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betun precioso que vomita
La ballena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazañas mal vestidas,
Y aun no se hartaba de buriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.

A la seda pomposa siciliana
Que manchó ardiente márce, el romano
Y el oro hicieron áspera y tirana.

Nunca al duro español supó el gusano
Persuadir que vistiese su mortaja,
Intercediendo el cau por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fué el trabajo ejecutoria,
Y el vicio graduó la gente baja.

Pretende el alentado j6ven gloria
 Por dejar la vacada sin marido,
 Y de C6res ofende la memoria.
 Un animal 6 la labor nacido,
 Y simbolo celoso 6 los mortales,
 Que 6 Jove fu6 disfraz y fu6 vestido;
 Que un tiempo endureci6 manos reales,
 Y detras de 6l los c6nsules gimieron,
 Y rumia luz en campos celestiales;
 ¿Por cu6l enemistad se persuadieron
 A que su apocamiento fuese hazaña,
 Y 6 las mieses tan grande ofensa hicieron?
 ¿Qu6 cosa es ver un infanzon de España
 Abreviado en la silla 6 la ginet6,
 Y gastar un caballo en una caña!

Qu6 la niñez al gallo le acometa
 Con semejante municion apruebo;
 Mas no la edad madura, la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo
 En frentes de escuadrones, no en la frente
 Del 6til bruto la asta del acebo.

El trompeta le llame diligente,
 Dando fuerza de ley el viento vano,
 Y al son est6 el ej6rcito obediente.

¿Con cu6nta magestad llena la mano
 La pica, y el mosquito carga el hombro
 Del que se atrev6 6 ser buen castellano!

Con asco entre las otras gentes nombro
 Al que de su persona sin decoro
 Mas quiere nota dar que dar asombro.

Ginet6 y cañas son contagio moro,
 Restituyanse justas y torneos,
 Y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos 6 trofeos,
 Que solo grande rey y buen privado
 Pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que hacéis repetir siglo pasado,
 Con desembarazaros las personas,
 Y sacar 6 los miembros de cuidado:

Vos disteis libertad con las valonas,
 Para que sean corteses las cabezas,
 Desnudando el enfado 6 las coronas:

Y pues vos enmendasteis las cortezas,
 Dad 6 la mejor parte medicina:
 Vuélvase los tabladros fortalezas.

Que la corte, estrella que os inclina
 A privar sin intento y sin venganza,
 Milagro que 6 la envidia desatina,

Tiene por sola bienaventuranza
 El reconocimiento temeroso,
 No presumida y ciega confianza.

Y si os di6 el ascendiente generoso
 Escudos de armas y blasones llenos,
 Y por timbre el martirio glorioso,

Mejores sean por vos los que eran buenos
 Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
 Os muestre 6 su pesar campos serenos.

Lograd, señor, edad tan venturosa;
 Y cuando n6stras fuerzas examina
 Persecucion unida y belicosa,

La militar valiente disciplina
 Tenga mas platicantes que la plaza;
 Descansen tela falsa y tela fina;
 Suceda 6 la marlot6 la coraza,
 Y si el C6rpus con danzas no los pide,
 Velillos y oropel no hagan baza;
 El que en treinta lacayos los divide,
 Hace suerte en el toro, y con un dedo
 La hace en 6l la vara que los mide;
 Mandadlo as6, que aseguraros puedo
 Que habeis de restaurar mas que Pelayo;
 Pues valdr6 por ej6rcitos el miedo,
 Y os ver6 el cielo administrar su rayo.

POESIAS JOCOSAS.

SONETO.

Esta es la informacion, este el proceso
 Del hombre que ha de ser canonizado,
 En quien, si es que vi6 el mundo algun pecado
 Advirti6 penitencia con exceso.

Doce años en su suegra estuvo preso,
 A muger y sin sueldo condenado;
 Vivi6 bajo el poder de su cuñado;
 Tuvo un hijo no mas, tonto y travieso.

Nunca rico se vi6 con oro 6 cobre;
 Vivi6 siempre contento aunque desnudo;
 No hay incomodidad que no le sobre.

Vivi6 entre un herrador y un tarlamudo;
 Fu6 m6rtir, porque fu6 casado y pobre:
 Hizo un milagro y fu6 no ser cornudo.

REDONDILLAS.

A ORFEO.

Al infierno el traci6 Orfeo
 Su muger baj6 6 buscar:
 Que no pudo 6 peor lugar
 Llevarle tan mal deseo.

Cant6, y al mayor tormento
 Puso suspension y espanto,
 Mas que lo dulce del canto,
 La novedad del intento.

El dios adusto ofendido,
 Con un extraño rigor,
 La pena que hall6 mayor
 Fu6 volverle 6 ser marido.

Y aunque su muger le di6
 Por pena de su pecado,
 Por premio de lo cantado
 Perderla facilit6.

LETRILLAS SATIRICAS 1. — 1.

Que no tenga por molesto
En doña Luisa don Juan
Ver que á puro soliman
Traiga medio turco el gesto ;
Porque piensa que con esto
Ha de agradar á la gente ,
Mal haya quien lo consiente.

Que adore á Belisa un bruto ,
Y que ella olvide sus leyes ,
Si no es, cual la de los reyes ,
Adoracion con tributo ;
Que á todos les venda el fruto ,
Cuya flor llevó el ausente ,
Mal haya quien lo consiente.

Que el mercader dé en robar
Con avaricia crecida ,
Que hurte con la medida
Sin tenerla en el hurtar ;
Que pudiendo maullar
Prender al ladrón intente ,
Mal haya , etc.

Que su fimpieza exagere ,
Porque anda el mundo al revés ,
Quien de puro limpio que es

Comer el puerco no quiere ;
Y que aventajarse espere
Al conde de Benavente ,
Mal haya , etc.

Que el letrado venga á ser
Rico por su muger bella ,
Mas por su parecer della ,
Que por su bien parecer ;
Y que no pueda creer
Que esto su casa alimento ,
Mal haya , etc.

Que de rico tenga fama
El médico desdichado ,
Y piense que no le ha dado
Mas su muger en la cama
Curando de amor la llama ,
Que no en la cama el doliente ,
Mal haya , etc.

Y que la viuda enlutada
Les jure á todos por cierto
Que de miedo de su muerto
Siempre duerme acompañada ;
Que de noche esté abrazada
Por esto de algun valiente ,
Mal haya , etc.

Que pida una y otra vez ,
Fingiendo virgen el alma ,

⁴ Es opinion de algunos que Quevedo abusó de masiadamente del talento que tenía para la poesía satírica y picante, y que conviniera mucho para su crédito que se hubiese ejercitado menos en ella, ó que sus editores tuviesen al publicar estos juguetes mas sobriedad y circunspeccion que la que él tuvo escribiéndolos. Nada perdiéramos, segun ellos, la fama de este poeta en que se hubiesen sepultado en el olvido tantas bufonadas groseras ó indecentes, y es dolor que un escritor de su talento y de su doctrina, y todavía mas de su carácter, sea conocido en el vulgo mas bien como un juglar ingenioso y decidor, que como autor sabio, noble y elocuente. Yo estoy lejos de convenir en esta severa censura: primeramente, ¿quién puede ir á la mano á su humor y á su inclinacion? Y Quevedo, es preciso confesarlo, habia nacido expresamente para este género de poesía, porque en ella es un raudal que corre libre, fácil y abundante, aunque no siempre puro ni limpio; mientras que en los géneros serios se resiente siempre de afectacion, de esfuerzo y de violencia, como que su indole no se aviene naturalmente con ellos. ¿Qué tesoro ademas no hubiéramos perdido de agudezas, de chistes, de ocurrencias felicisimas, de locuciones nuevas é ingeniosas, expresadas generalmente en versos bellos, fáciles y numerosos! Verdad es que muchas veces pasa aquí la raya como en la poesía noble, y que en vez de ser picante es amargo, de gracioso se convierte en chocarrero, de ingenioso en falso y en sutil; y que los retruécanos, los equívocos y los demas juegos de diction pierden su efecto y su mérito por su frecuencia misma y su abundancia. Pero es preciso acordarse siempre de que estos eran unos juguetes

en que el autor exhalaba las chispas de su ingenio dicaz y divertido, frutos de un momento de buen humor, que no eran vistos despues para corregirse, y por lo mismo pedir á esta clase de versos ni esmero, ni pulimento, ni órden progresivo, ni el mérito de una composicion bien ordenada, es una verdadera pedanteria que toca en impertinencia. Ellos, como quiera que sean, han divertido y divertirán al mundo mientras dure la lengua castellana, manejada aquí con un conocimiento y una destreza, que admirar, confunden y desesperan. Y en medio de aquel raudal impetuoso de chistes y de sales es de ver como á veces, bajo la máscara de Momo se descubre la garra del león, y respira el pensador filósofo y el escritor grande y sublime. Nótese en el romance primero la grandeza con que está concebido todo el trozo que empieza *Todo este mundo es prisiones*. ¿Quién esperaría en el romance tercero los pensamientos que le ocurren cuando la vieja halla aquel audrajo en el muladar?

Lo que ayer era estropajo
Que desechó la surten,
Hoy pliego mauda dos mundos
Y está amenazando á tres.....
Buen andrajo, cuando seas,
Porque todo puedo ser,
O provision, ó decreto,
O letra de Genovés, etc.

Véase en fin en el séptimo bajo un aspecto irónico y burlesco la seria apología que hace del rey don Pedro, tan maltratado por los historiadores, tan favorecido por la tradicion, y tan airoso y bizarro en el teatro.

La tierna doncella palma ,
Si es dátil su doncellez ;
Y que dejándola en Fez
La haga siempre presente ,
Mal haya , etc.

Que el escribano en las salas
Quiera encubrirnos su tiña ,
Siendo ave de rapiña ,
Con las plumas de sus alas ;
Que echen sus cañones balas
A la bolsa del potente ,
Mal haya , etc.

Que el que escribe sus razones
Algo de razon se aleje ,
Y que escribiendo se deje
La verdad entre renglones ;
Que por un par de doblones
Canonicé al delincuente ,
Mal haya , etc.

II.

Santo silencio profeso :
No quiero , amigos , hablar ;
Pues vemos que por callar
A nadie se hizo proceso :
Ya es tiempo de tener seso ,
Bailen los otros al son ,
Chiton.

Que piquen con buen concierto
Al caballo mas allivo
Picadores , si está vivo ,
Pasteleros , si está muerto :
Que con ojaldre cubierto
Nos den un pastel frison ,
Chiton.

Que por buscar pareceres
Reuelvan muy desvelados
Los Bártulos los letrados ,
Los abades sus mugeres ;
Si en los estrados las vieres
Que ganan mas que el varon ,
Chiton.

Que trague el otro jumento
Por doncella una sirena ,
Mas catada que colmena ,
Mas probada que argumento :
Que llame estrecho aposento
Donde se entró de roudon ,
Chiton.

Que pretenda el maridillo
De puro valiente y bravo
Ser en una escuadra cabo
Siendo cabo de un cuchillo ;
Que le vendan el membrillo
Que tiralle era razon ,
Chiton.

Que duelos nunca le falten
Al sastre que chupan brujas ;
Que le falten las agujas

Y á su muger se las salten ;
Que sus dedales esmalten
Un doblon y otro doblon ,
Chiton.

Que tonos á sus galanes
Cante Juanilla estafando ,
Porque ya piden cantando
Las niñas como alemanes ;
Que en tono , haciendo ademanes ,
Pidan sin ton y sin son ,
Chiton.

Muger hay en el lugar
Que á mil coches por gozillos
Echará cuatro caballos ,
Que los sabe bien echar :
Yo sé quien manda salar
Su coche como jamon ,
Chiton.

III.

Pues amarga la verdad
Quiero echarla de la boca ,
Y si al alma su hiel toca ,
Esconderla es necesidad ,
Sépase , pues libertad
Ha engendrado en mi pereza
La pobreza.

¿ Quién hace al tuerto galan ,
Y prudente al sin consejo ;
Quién al avariento viejo
Le sirve de rio Jordan ?
¿ Quién hace de piedras pan
Sin ser el Dios verdadero ?
El dinero.

¿ Quién con su fiereza espanta
El cetro y corona al rey ?
¿ Quién careciendo de ley
Merece el nombre de santa ?
¿ Quién con la humildad levanta
A los cielos la cabeza ?
La pobreza.

¿ Quién los jucces con pasion ,
Sin ser unguénto , hace humanos ,
Pues untándoles las manos
Los ablanda el corazon ?
¿ Quién gasta su opilacion
Con oro , y no con acero ?
El dinero.

¿ Quién procura que se aleje
Del suelo la gloria vana ?
¿ Quién siendo toda cristiana
Tiene la cara de herege ?
¿ Quién hace que al hombre aqueje
El desprecio y la tristeza ?
La pobreza.

¿ Quién la montaña derriba
Al valle , la hermosa al feo ?
¿ Quién podrá quanto el deseo ,
Aunque imposibles conciba ;

Y quién lo de abajo arriba
Vuelve en el mundo lijero?
El dinero.

IV.

Poderoso caballero
Es don dinero.
Madre, yo al oro me humillo,
Él es mi amante y mi amado;
Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero;
Poderoso caballero
Es don dinero.

Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña:
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado:
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero:
Poderoso caballero
Es don dinero.

Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro:
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Son sus padres principales,
Y es de noble descendiente,
Porque en las venas de oriente
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Mas ¿á quién no maravilla
Ver en su gloria sin tasa
Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al bajo silla,
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles:
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Por importar en los tratos
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos:

Y pues él rompe recatos
Y ablanda al juez severo,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Y es tanta su magestad,
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho cuartos
No pierde su autoridad:
Pero, pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Nunca ví damas ingratas
A su gusto y afición,
Que á las caras de un doblon
Hacen sus caras baratas;
Y pues las luce bravatas
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Mas valen en cualquier tierra,
Mirad si es harto sagaz,
Sus escudos en la paz,
Que rodela en la guerra:
Y pues al pobre le entierra
Y hace proprio al forastero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

V.

A la que causó la llaga,
Que en mi corazón renuevo,
Yo la quiero como debo;
Y un genoves como paga.

¿Ved en qué vendrá á parar
Compitiendo su poder,
Haciendo yo mi deber,
Y él haciendo su pagar?
Mal en oponerme hago
Siendo de bolsa tan leve,
A quien ni teme ni debe
Yo que ni tomo ni paga:
Cuando mi talego amaga
El suyo da fruto nuevo,
Yo la quiero como debo,
Y un genoves como paga.

Con bien diferente halago
Nos escribe á lo modorro
A mí las cartas de horro,
A él las cartas de pago.
¿Cuál tendrá mas opinion
Con ella en la poesia,
Yo con una letra mia,
Y él con dos de Besanzon?
La letra de cambio traga,
No escucha la que yo llevo,
Yo la quiero como debo,
Y un genoves como paga.
Si la veo en su posada

Con el genoves cupido ,
 Estoy yo como vendido ,
 Ella está como comprada :
 Mirad , pues , á quien oirá
 Si en el reloj que regala ,
 Mi mano es la que señala
 Y la suya la que da :
 Toda mi dicha se estraga
 Por cuantos caminos pruebo :
 Yo la quiero como debo ,
 Y un genoves como paga.
 ¿Cómo la podré agradar
 Los descos avarientos ,
 Si voy á contarla cuentas ,
 Y él da cuentas á contar?
 Él da joyas , yo billetes ,
 Y andamos por los lugares
 Él con dares y tomares ,
 Yo con dimes y diretes :
 De mí se esconde por plaga ,
 A él le busca por cebo :
 Yo la quiero como debo ,
 Y un genoves como paga.

JACARAS Y ROMANCES. — I.

Zampuzado en un banasto
 Me tiene su magestad,
 En un callejon Noruega
 Aprendiendo á gavilan.
 Graduado de tinieblas
 Pienso que me sacarán ,
 Para ser noche de invierno ,
 O en culto algun madrigal.
 Yo que fui norte de guros ,
 Enseñando á navegar
 A las godeñas en ansias ,
 A los buzos en afan ,
 Enmohecendo mi vida
 Vivo en esta oscuridad
 Monge de zaquizamies ,
 Ermitaño de un desvan.
 Un abanico de culpas
 Fué principio de mi mal ,
 Un letrado de lo caro ,
 Grullo de la puridad.
 Dios perdone al padre Esquerria ,
 Pues fué su paternidad
 Mi suegro mas de seis años
 En la cueva de Alcalá ,
 En el meson de la ofensa ,
 En el palacio mortal ,
 En la casa de mas cuartos
 De toda la cristiandad.
 Allí me lloró la Guanta ,
 Cuando por la Salazar
 Desporqueroné dos almas
 Camino de Breñigal.
 Por la Quijano , doncella
 De perversa honestidad ,

Nes mojamós yo y Vicioso
 Sin metedores de paz.
 En Sevilla el árbol seco
 Me prendió en el arenal,
 Porque le afufé la vida
 Al zaino de Sant Hiorcaz.
 El zapatero de culpas
 Luego me mandó calzar
 Botinicos vizcainos ,
 Martillado el cordoban.
 Todo cañon , todo guro ,
 Todo mandil y jayan ,
 Y toda biza con greña ,
 Y cuantos saben fuñar ,
 Me lloraron sogá á sogá
 Con inmensa propiedad ,
 Porque llorar hilo á hilo
 Es muy delgado llorar.
 Porque me metí una noche
 A pascua de Navidad ,
 Y libré todos los presos
 Me mandaron cercenar.
 Dos veces me han condenado
 Los señores á trincar ,
 Y la una el maestro Sala
 Tuvo aprestado sitial.
 Los diez años de mi vida
 Los he vivido hácia atras
 Con mas grillos que el verano ,
 Cadenas que el Escorial.
 Mas alcaldes he tenido
 Que el castillo de Milan ;
 Mas guardas que el monumento ;
 Mas hierros que el Alcoran :
 Mas sentencias que el derecho ;
 Mas causas que el no pagar ;
 Mas autos que el dia de Corpus ;
 Mas registros que el misal ;
 Mas enemigos que el agua ;
 Mas corchetes que un gavan ;
 Mas soplos que lo caliente ;
 Mas plumas que el tornear.
 Bien se puede hallar persona
 Mas jarifa y mas galan ,
 Empero mas bien prendida
 Yo dudo que se hallará.
 Todo este mundo es prisiones ,
 Todo es cárcel y penar ,
 Los dineros estan presos
 En la bolsa donde estan.
 La cuba es cárcel del vino ,
 La trox es cárcel del pan ,
 La cáscara de las frutas ,
 Y la espina del rosal.
 Las cercas y las murallas
 Cárcel son de la ciudad ,
 El cuerpo es cárcel del alma ,
 Y de la tierra la mar :
 Del mar es cárcel la orilla ,
 Y en el órden que hoy estan

Es un cielo de otro cielo
 Una cárcel de cristal.
 Del aire es cárcel el fuelle,
 Y del fuego el pedernal,
 Preso está el oro en la mina,
 Preso el diamante en Ceilan:
 En la hermosa y donaire
 Presa está mi libertad,
 En la vergüenza los gustos,
 Todo el valor en la paz.
 Pues si todos estan presos,
 Sobre mi mucha lealtad
 Llueva cárceles mi cielo
 Diez años sin escampar.

II.

A la orilla de un pellejo,
 En la taberna de Lepre,
 Sobre si bebe poquito,
 Y sobre si sobrebebe,
 Mascaraque el de Sevilla,
 Zamborondon el de Yepes,
 Se dijeron mesurados
 Lo de sendos remoquetes.
 Hubo palabras mayores,
 De lo de no como liebre:
 Ni yo á la muger del gallo
 Nadie ha visto que la almuerce:
 ¿Tú te apitonas conmigo?
 ¿Hiédete el alma, pobrete?
 Salgamos á berrear,
 Verémos á quien le hiede.
 Hubo mientes como puños,
 Hubo puño como el mientes,
 Granizos de sombrerazos
 Y diluvios de cachetes.
 Hallóse allí Calamorra,
 Sobre si no mata siete,
 Bravo de contaduría,
 De relaciones valiente.
 Con lo del ténganse digo,
 Y un varapalo solemne,
 Solfeando coscorriones
 Hace que todos se arredren.
 Zamborondon, que de zupia
 Enlazaba el capacete,
 Armado de tinto en blanco
 Con malla de cepa el vientre,
 Acandilando la boca,
 Y sorbido de molletes;
 A la campaña endereza,
 Llevando el vino á traspieses.
 Entrambos las hojarascas
 En el camino previenen,
 El uno la sacabuches,
 Y el otro la sacamete.
 Séquito llevan de danza,
 En puros picaros hierven;
 Por una y por otra parte

Van amigos y parientes.
 Acogióse á toda calza
 A dar el punto á la Mendez,
 El cañon de Mascaraque,
 Marquillos de Turuleque.
 A la puente segoviana
 Los dos jaynos descenden
 Asmáticos los resuellos,
 Descoloridas las teces.
 Como se tienen los dos
 Por malos correspondientes,
 De espaldas van atisvando
 Los pasos con que se mueven.
 Manzorro, cuyo apellido
 Es del solar de la equis,
 Que metedor y pañal
 De paces ha sido siempre,
 Preciado de reportorio
 Y almanaque de caletre,
 Quiso ensalmar la pendencia,
 Y propuso que se cuele.
 Bramaban como los aires
 Del enojado noviembre,
 Y de andar á sopetones
 Los dos estan en sus trece.
 Mojagon, que del sosquin
 Ha sido zaino eminente,
 Y en los soplos y el cantar
 Es juntos órgano y fuelles;
 Dijo en bajando á lo llano
 Que está entre el parque y la puente:
 Para una danza de espadas
 El sitio dice comedme.
 Los dos se hicieron atras
 Y las capas se revuelven;
 Sacaron á relucir
 Las espadas hechas sierpes.
 Mascaraque es Angulema,
 Científico y Arquimedes,
 Y mas amigo de atajo
 Que las mulas de alquileres.
 Zamborondon, que de líneas
 Ninguna palabra entiende,
 Y esgrime á lo colchonero,
 Euclides de mantinientes;
 Desatando torbellinos
 De tajos y de reverses,
 Le rasgó en la geta un palmo.
 Le cortó en la cholla un geme.
 Acudieron dos lacayos
 Y gran borboton de gente:
 Andaba el ténganse á fuera,
 Y llamen quien los confiese.
 Tirábanse por encima
 De los piadosos tenientes,
 Amenazando la caspa
 Unas heridas de á peine.
 En esto, desafortada
 Con una cara de viernes,
 Que pudiera ser acelga

Entre lentejas y arenques,
 La Mendez llegó chillando
 Con trasudores de aceite,
 Derramando por los hombros
 El columpio de las liendres.
 El voto á Cristo arrojaba
 Que no le oyeron mas fuerte
 En la legua de Getafe
 Ni las mulas ni los ejes.
 ¿Cuando pensé que tuvieras
 Que contar mas una nuerte .
 Te miro de Mari-barbas
 Con dos rasguños las sienes ?
 ¿Andaste tú reparando
 Si moñorros me divierte ,
 Y no reparas un chirlo
 Que todo el testuz te hiende ?
 ¿Estaba esta hoja en Babia
 Que no socorrió tus dientes ?
 ¿De recibidor te precias
 Cuando por dador te vendes ?
 Llegóse á Zamborondon
 Callando bonicamente,
 Y sonóle las narices
 Con una navaja á cercen.
 Diciendo ; chirlo por chirlo
 Goce de este la Pebete ;
 Quien á mi amigo atarasca
 Mi brazo le calavere.
 A puñaladas se abrazan :
 Unos con otros se envuelven :
 Andaba el moja la olla
 Tras la goda delincuente.
 Cuando se vieron cercados
 De alguaciles y corchetes,
 De plumas y de tinteros,
 De espadas y de broqueles ;
 Al ténganse á la justicia
 Todo cristiano ensordece :
 Favor al rey piden todos
 Los chillones escribientes.
 La Mendez dijo, mancebos,
 Si favor para el rey quieren,
 A mi me parece bien,
 Llévenle esta cinta verde.
 Unos se fueron al Angel
 Con el diablo á retraerse ;
 Otros por medio del rio
 Tomaron trote de peces.
 Manzorro cogió dos capas,
 Una vaina y un machete ;
 Que desde niño se halla
 Lo que á ninguno se pierde.

III.

Una incrédula de años ,
 De las que niegan el fué,
 Y al limbo dan tragautonas
 Callando el matusalen,

De las que detras del moño
 Han procurado esconder,
 Si no la agua del bautismo,
 Las edades de la fe,
 Buscaba en los muladares
 Los abuelos del papel,
 No quise decir andrajos
 Porque no se afrente el leer.
 Fué pues muy contemplativa
 La vejezuela esta vez,
 Y quedóse así elevada
 En un trapajo de bien.
 Tarazon de cuello era,
 De aquellos que solian ser
 Mas azules que los cielos,
 Mas entonados que juez.
 Y bamboleando un diente
 Volatin de la vejez,
 Dijo con la voz sin huesos,
 Y remedando el sorber :
 Lo que ayer era estropajo
 Que desechó la sarten,
 Hoy pliego manda dos mundos
 Y está amenazando tres,
 Está vestida de tinta
 Muy prepotente una ley
 Quitando haciendas y vidas
 Y arremetiéndose á rey ;
 Con pujamiento de barbas
 Está brotando poder
 Desde una plana bisnietta
 De un cadáver de arambel.
 Buen andrajo, cuando seas,
 Pues que todo puede ser,
 O provision, ó decreto,
 O letra de Genoves ;
 Acuérdate que en tu busca
 Con este palo soez
 Te saqué de la basura
 Para tornarte á nacer.
 En esto, haciendo cosquillas .
 Al muladar con el pié,
 Llamada de la vislumbre
 Y asustando el interes ;
 Si es diamante, no es diamante,
 Sacó envuelto en un cordel
 Un casquillo de un espejo
 Perdido por hacer bien.
 Miróse la viejecilla
 Prendiéndose un alfiler,
 Y vió un oregon con tocas
 Donde buscó un Aranjuez :
 Dos cabos de ojos gastados
 Con caducas por niñez,
 Y á boca de noche un diente
 Cerca ya de oscurecer.
 Mas que cabellos arrugas
 En su cáscara de nuez,
 Pinzas por nariz, y barba
 Con que el hablar es morder.

Y arrojándole en el suelo
 Dijo con rostro cruel:
 Bien supo lo que se hizo
 Quien te echó donde te ves.
 Señoras, si aquesto propio
 Os llegare á suceder,
 Arrojar la cara importa,
 Que el espejo no hay por qué.
 El pagó solo la pena
 De las culpas de su piel,
 Cuando el muladar de años
 Como se vino se fué.

IV.

Parióme adrede mi madre,
 ¡Ojalá no me pariera!
 Aunque estaba, cuando me hizo,
 De gorja naturaleza.
 Dos maravedis de luna
 Alumbraban á la tierra:
 Que por ser yo el que nacía
 No quiso que un cuarto fuera.
 Nací tarde, porque el sol
 Tuvo de verme vergüenza,
 En una noche templada
 Entre clara y entre yema.
 Un miércoles con un martes
 Tuvieron grande revuelta,
 Sobre que ninguno quiso
 Que en sus términos naciera.
 Nací debajo de libra
 Tan inclinado á las pesas,
 Que todo mi amor se funda
 En las madres vendederas.
 Dióme el leon su cuartana,
 Dióme el escorpion su lengua,
 Virgo el deseo de hallarle,
 Y el carnero su paciencia.
 Murieron luego mis padres:
 Dios en el cielo los tenga,
 Porque no vuelvan acá,
 Y á engendrar mas hijos vuelvan.
 Tal ventura desde entonces
 Me dejaron los planetas,
 Que puede servir de tinta,
 Segun ha sido de negra.
 Porque es: tan feliz mi suerte,
 Que no hay cosa mala ó buena,
 Que aunque la piense de tajo
 Al reves no me suceda.
 De estériles soy remedio,
 Pues con mandarme su hacienda
 Les dará el cielo mil hijos
 Por quitarme las herencias.
 Para que vean los ciegos
 Sáquenme á mí á la vergüenza,
 Y para que cieguen todos
 Llénenme en coche ó litera.
 Como imágenes de milagros

Me sacan en las aldeas,
 Si quieren sol, abrigado,
 Y desnudo porque llueva.
 Cuando alguno me convida
 No es á banquetes ni á fiestas,
 Sino á los misacantanos
 Para que yo les ofrezca.
 De noche soy parecido
 A todos cuantos esperan
 Para molerlos á palos,
 Y así inocente me pegan.
 Aguarda hasta que yo pase
 Si ha de caer una teja:
 Aciértanme las pedradas,
 Las curas solo me yerran.
 Si á alguno pido prestado,
 Me responde tan á secas,
 Que en vez de prestarme á mí
 Me hace prestar la paciencia.
 No hay necio que no me hable,
 Ni vieja que no me quiera,
 Ni pobre que no me pida,
 Ni rico que no me ofenda.
 No hay camino que no yerre,
 Ni juego donde no pierda,
 Ni amigo que no me engañe,
 Ni enemigo que no tenga.
 Agua me falta en el mar
 Y la hallo en las tabernas,
 Que mis contentos y el vino
 Son aguados donde quiera.
 Dejo de tomar oficio
 Porque sé por cosa cierta
 Que en siendo yo calcefero
 Andarán todos en piernas.
 Si estudiara medicina,
 Aunque es socorrida ciencia,
 Porque no curara yo
 No hubiera persona enferma.
 Quise casarme estotro año
 Por sosegar mi conciencia,
 Y dábanme en dote al diablo
 Con una muger muy fea.
 Si intentara ser cornudo
 Por comer de mi cabeza,
 Segun soy de desgraciado
 Diera mi muger en buena.
 Siempre fué mi vecindad
 Mal casados que vocean,
 Herradores que madrugan,
 Herreros que me desvelan.
 Si yo camino con fieltro,
 Se abrasa en fuego la tierra,
 Y llevando guardasol
 Está ya de Dios que llueva.
 Si hablo á alguna muger
 Y la digo mil ternezas,
 O me pide ó me despicé,
 Que en mí es una cosa mesma.
 En mí lo picado es roto,

Ahorro cualquier limpieza ,
 Cualquiera bostezo es hambre ,
 Cualquiera color vergüenza .
 Fuera un hábito en mi pecho
 Remiendo sin resistencia ,
 Y peor que besamanos
 En mi cualquiera encomienda .
 Para que no esten en casa
 Los que nunca salen della ,
 Buscarlos yo solo basta ,
 Pues con eso estarán fuera .
 Si alguno quiere morirse
 Sin ponzoña ó pestilencia ,
 Proponga hacerme algun bien
 Y no vivirá hora y media .
 Y á tanto vino á llegar
 La adversidad de mi estrella ,
 Que me inclinó á que adorase
 Con mi humildad tu soberbia .
 Y viendo que mi desgracia
 No dió lugar á que fuera
 Como otros tu pretendiente ,
 Vine á ser tu pretenmueta .
 Bien sé que apenas soy algo :
 Mas tú de puro discreta ,
 Viéndome con tantas fallas ,
 Que estoy preñado sospechas .
 A questo Fabio cantaba
 A los balcones y rejas
 De Aminta , que de olvidarle
 Le han dicho que no se acuerda

V.

Padre Adan no lloreis duelos ,
 Dejad , buen viejo , el llorar ,
 Pues que fuisteis en la tierra
 El mas dichoso mortal .
 De la variedad del mundo
 Entrasteis vos á gozar
 Sin sastres ni mercaderes ,
 Plagas que tuvo otra edad .
 Para daros compañía
 Quiso el Señor aguardar
 Hasta que llegó la hora
 Que sentisteis soledad .
 Costoos la muger que os dieron
 Una costilla , y acá
 Todos los huesos nos cuestan ,
 Aunque ellas nos ponen mas .
 Dormisteis , y una muger
 Hallasteis al despertar ;
 Y hoy en durmiendo un marido
 Halla á su lado otro Adan .
 Un higo solo os vedaron ,
 Sea manzana si gustais ,
 Que yo para comer una
 Dios me lo habia de mandar .
 Tuvisteis muger sin madre ,
 Grande suerte y de envidiar :

Gozasteis mundo sin viejas
 Ni suegrecita inmortal .
 Si os quejais de la serpiente
 Que os hizo á entrambos mascar ,
 ¿ Cuánto es mejor la culebra
 Que la suegra , preguntad ?
 La culebra , por lo menos ,
 Os da á los dos que comais ;
 Si fuera suegra , os comiera
 A los dos , y mas y mas .
 Si Eva tuviera madre
 Como tuvo á Satanás ,
 Comiérase el paraíso ,
 No de un pero la mitad .
 Las culebras mucho saben :
 Mas una suegra infernal
 Mas sabe que las culebras :
 Así lo dice el refran .
 Llegaos á que aconsejára
 Madre deste temporal
 Comer un bocado solo ,
 Aunque fuera rejalgar .
 Consejo fué del demonio
 Que anda en ayunas lo mas ;
 Que las madres de un almuerzo .
 La tierra engullen y el mar .
 Señor Adan , menos quejas
 Y dejad el lamentar :
 Sabé estimar la culebra
 Y no la trateis tan mal .
 Y si gustais de trocársela
 A suegras de este lugar ,
 Ved lo que quereis encima
 Que mil os la tomarán .
 Esto dijo un ensuegrado
 Llevándole á conjurar
 Para sacarle la suegra
 Un cura y un sacristan .

VI.

La que hubiere menester
 Un marido de retorno ,
 Que viene á casarse en vago
 Y halla á su muger con otro ,
 Acudirá á mi cabeza
 Mas arriba de mi rostro ,
 Como entramos por las sienes
 Entre cervantes y toro .
 Muchachas , todo me caso ;
 Niñas , todo me desposó ;
 Marido de quita y pon
 Entre ciego y entre sordo .
 Persona de tan buen talle ,
 Que tengo el talle de todos ,
 Viéneme lo que me dan
 Los delgados y los gordos .
 Doime por desentendido
 De cuantas visiones topo ;
 No ocupo lugar en casa ,

Y al rayo del sol me asomo.
 Si estando con mi muger
 Columbro brújula de oros,
 Hago como que me fui,
 Y aunque me quedo no estorbo.
 Y con esto aun es tan vano
 De mi cabeza el entono,
 Que á quien me los pone á mí
 Parece que se los pongo.
 Tengo, en queriendo dormir
 Sueño de pluma y de plomo:
 Con prometimientos velo,
 Y con las dádivas ronco.
 Sabe á acibar la perdiz
 Que para comerla compro;
 Pero si me lo presentan
 Sabe á perdiz cuanto como.
 Siete veces me he casado,
 Siete capuces he roto,
 Y me siento tan marido
 Que pienso ponerme el ocho.
 La primera fué doncella
 Despues de mi desposorio;
 Recatada, ya se entiende,
 Recogida, en casas de otros.
 La segunda hizo un enredo,
 Que no lo hiciera el demonio:
 Junto un v.... y un preñado
 Trujo el uno sobre el otro.
 Estiraba yo los meses
 Porque viniesen al propio,
 Y achaquéme una barriga
 Que no la ví de mis ojos;
 Las demas á puto el postre
 Honraron mis matrimonios;
 Las tres tres signos me hicieron,
 Aries, tauro y capricornio.
 Las dos pusieron virtudes
 De mi cabeza en el moño,
 Que á competir las no bastan
 Las de muchos unicornios.
 Si de muchos fui tenido
 Por un marido del soto,
 No os lo deparará el rastro
 Mas Diego, ni menos hosco.
 Mi condicion y mi vida
 Es aquesta que pregonó;
 Muchachas: alto á casarse,
 Que está de camino el novio.

VII.

Cruel llaman á Neron
 Y cruel al rey don Pedro,
 Como si fueran los dos
 Hipócrates y Galeno.
 Estos dos si que inventaron
 Las purgas y cocimientos,
 Las dietas y medicinas,
 Boticarios y barberos.

Matalotes fueron crueles
 Y ministros del infierno,
 Abreviadores de vidas,
 Y datarios de tormentos.
 Que Neron tuvo buen gusto,
 Don Pedro fué justiciero,
 Si cohechados y ladrones
 No pusieran lengua en ellos.
 Si inventáran estos dos
 Esperar y tener zelos,
 Las mugeres de por vida,
 La gota y hacerse viejos;
 Cantar mal y porfiar,
 Y templar los instrumentos,
 El pedir de las busconas,
 Las visitas de los necios;
 Justicia fuera llamarlos
 Cruels la fama en extremo:
 Pero si no lo soñaron
 Es contra todo derecho.
 Tuvo Neron lindo humor
 Y exquisito entendimiento,
 Amigo de novedades,
 De fiestas y pasatiempos.
 Dicen que forzó doncellas:
 Mas de ningun modo creo
 Que él encontró con alguna,
 Ni que ellas se resistieron.
 Quisole Suetonio mal,
 Pues le llamó deshonesto
 Porque adoraba á su madre,
 Siendo obligacion hacerlo.
 Nótales de que comia
 Sin cesar un dia entero,
 Y es pecado que á la sarna
 Pudiera imputar lo mesmo.
 Mató Neron muchos hombres;
 Mas son los que el sol ha muerto,
 Y llámale hermoso á él,
 Y á este otro le llaman fiero.
 Gustó de quemar en Roma
 Tanto edificio soberbio,
 Dejando así castigada
 La soberbia para ejemplo.
 Quemó la débil grandeza
 Que atesoraban los tiempos,
 Y á la vanidad del mundo
 Quiso mostrar su desprecio.
 Si á Séneca dió la muerte,
 Siendo su docto maestro,
 Hizo lo que una terciana
 Sin culpa pudo haber hecho.
 No es mucho que se enfadase
 De tantos advertimientos,
 Que no hay señor que no quiera
 Ser en su casa el discreto.
 Quitó á Lucano la vida,
 Mas no le agravió con eso,
 Cuando inmortal le acredita
 Con la gloria de sus versos.

Pues don Pedro el de Castilla
 Tan valiente y tan severo,
 ¿Qué hizo sino castigos?
 ¿Y qué dió sino escarmientos?
 Quieta y próspera Sevilla
 Pudo alabar su gobierno,
 Y su justicia las piedras
 Que estan en el candilejo.
 El clérigo desdichado
 Y el dichoso zapatero
 Dicen de su tribunal
 Las providencias y aciertos.
 Si doña Blanca no supo
 Prendarle y entretenerlo,
 ¿Qué mucho que la trocase
 Siendo moneda en su reino?
 Era hermosa la Padilla,
 Manos blancas y ojos negros,
 Causa de muchas desdichas
 Y disculpa de mas yerros.
 Si á don Tello derribó,
 Fué porque se alzó don Tello;
 Y si mató á don Fadrique
 Mucho le importó el hacerlo.
 De su muerte y de otras muchas
 Sabe las causas el cielo,
 Que aun fuera mayor castigo
 Si rompiera su silencio.
 Matóle un traïdor frances,
 Alevoso caballero,
 Vió Montiel la tragedia,
 Y el mundo le lloró muerto.
 De emperadores y reyes
 No hablan mal nobles y cuerdos,
 Que es en público delito,
 Y no es seguro en secreto.
 Esto dijo un montañés
 Empuñando el hierro viejo,
 Con cólera y sin cogote,
 En un Cid tinto un don Bueso.

VIII.

Yo el menor padre de todos
 Los que hicieron ese niño,
 Que concebisteis á escote
 Entre mas de veinte y cinco;
 A vos doña Dinguindaina,
 Que pareceis laberinto
 En las vueltas y revueltas
 Donde tantos se han perdido.
 Vuestra carta recibí
 Con un contento infintio
 De saber que esté tan buena
 Muger que nunca lo ha sido.
 Pedisme albricias por ella
 De haber parídoma un hijo,
 Como si á los otros padres
 No pidiérades lo mismo.
 Ilágase entre todos cuenta

A como nos cabe el chico,
 Que lo que á mí me tocara
 Libraré en el Antecristo.
 Fuimos sobre vos, señora,
 Al engendrar el nacido,
 Mas gente que sobre Roma
 Con Borbon por Carlos quinto.
 Mis ojos decís que saca:
 Mas, segun lo que averiguo,
 Vos me los sacais agora
 Por dineros y vestidos.
 Que no negará á su padre
 Decís, por lo parecido;
 Y es el mal que el padre puede
 Negar muy bien que le hizo.
 Mas padres tiene que miembros;
 Acomodad pues el mio,
 Ya que queréis encajarme
 Esto de padre postizo.
 ¡ Oh quien viera cuando todos,
 Armados de acero fino,
 Amojonen lo que hicieron
 En el mayorazgo hechizo!
 Cual dirá que engendró el solo
 Desde el hombro al colodrillo;
 Y cual pondrá su mojon
 Desde la espalda el ombligo.
 Cual conocerá una mano:
 Y no faltará marido
 Que diga que por la priesa
 No acabó mas de un tobillo.
 Haced creer estas cosas
 A los hombres barbilindos,
 Que por parecer potentes
 Prohijarán un pollino:
 Que yo soy un hombre zurdo,
 Cejijunto y medio bizzo,
 Mas negro que mi sotana,
 Mas áspero que un erizo.
 Infórmenle de mis partes
 A ese que habeis parido;
 Si él por padre me admitiere
 Que me tueste el santo oficio.
 Paréceme que trazais
 Catorce ó quince bautismos,
 Y que unos por otros dejan
 Moro al que nació morisco.
 ¡ Qué será de ver los padres
 Y la escuadra de padriños,
 Unos con curas y amas,
 Otros con vela y capillos!
 ¡ Cuál andará el licenciado
 Cargado de sus amigos,
 Enviando á la parida
 Colacion y beneficios!
 El viejo se pondrá plumas
 Y se quitará el juicio:
 Que es su cabeza cortada
 Creerá como en Jesucristo.
 ¡ Qué habrá gastado en mantillas

El arrendador del vino ,
 Seguro que le parece
 Hasta en lo perro judío !
 Encargáisme de criarle ,
 Siendo el criar un oficio
 Que solo lo sabe Dios
 Por su poder infinito.
 Para ayudar á engendrar
 Iré sin duda, aunque indigno ,
 Con mi lujuria achocada
 Entre estas peñas y riscos.
 Naveguen otros las costas
 Que yo en el golfo me vivo :
 Que á pecar bueno y de balde
 Desde que nací me inclino.
 Aquí sabré las historias
 De ese parto tan partido ,
 Y el suceso de los padres
 Que vos haceis putativos.
 Aviso tendré de todo ;
 Mas tambien desde hoy la aviso ,
 Que pára para los otros
 Lo que engendrará conmigo.
 Padre llame á los profesos ;
 Que yo motillon he sido ,
 Y con titulo de hermano
 Viviré como un obispo.
 Este año y este mes ,
 Y perdone que no firmo ;
 Porque mis mismas razones
 Dicen que yo las escribo.
 No pongo calle ni casa
 Tampoco en el sobre escrito ;
 Porque segun vive , della
 Dirán todos los vecinos .

SATIRA PRIMERA.

A UNA DAMA.

Pues mas me quieres cuervo que no cisne ,
 Conviértase en graznido el dulce arrullo ,
 Y mi nevada pluma en sucia tizne.
 Ya , mi Belisa , ya rabiando aullo
 Tu ingrata sinrazon y mi cuidado ,
 Y del yugo y maromas me escabullo.
 Mas , ¿ cómo puede ser quien ha cantado
 Tu bello rostro , tu nevada frente ,
 El cuello hermoso de marfil labrado ;
 Que tu nombre escribió tan dulcemente
 En levantado estilo , en versos graves ,
 Que le pueda ultrajar eternamente ?
 La causa yo la sufro y tú la sabes ,
 Aunque en callarla pienso ser eterno ,
 Ora me vituperes ó me alabas.
 Escucha , pues , al son altivo ó tierno
 Mis quejas , y comienza el noviciado
 Que las damas haceis para el infierno.
 ¿ Cómo se echa de ver que me he enojado !
 La culpa tiene aquella lengua mia :

Perdóname que corro desbocado.

Perdóname , mi bien , y mi alegría ,
 Que aquesta mala inclinacion me lleva ,
 Aunque un agravio sin razon la guía.

No tengas pena , no , que yo me atreva
 A cosa que vergüenza pueda darte ,
 Que no podré yo hacer cosa tan nueva.

Ya parece que empiezas á mudarte ,
 Que pierdes la color y el movimiento ,
 Que no acabas todo hoy de persignarte.

¡ Oh lo que gritarás mi atrevimiento !
 Diciendo : ¿ este mordaz (y aqui te entonas)
 Se atreve á una muger de mi talento ?

Pero , volviendo en tí , mi lengua abonas ,
 Y viendo que no puedes desmentirme ,
 Por encubrir la cara me perdonas.

No dejaré , Belisa , de reirme
 Imaginando cuantas maldiciones
 Arrojarás en mí por destruirme.

Ya me ordenas la muerte en pescozones ,
 Ya con el soliman de un favor tuyo ,
 Ya en tu mucho rigor , ya en tus razones ,

Diciendo : yo a este bárbaro destruyo ,
 Con el enterraré mis liviandades ,
 Y alegre gozaré mi dulce cuyo.

Tú te dices , Belisa , las verdades ;
 ¿ Quien te pregunta si eres ni si has sido
 Liviana por tus dulces mocedades ?

Si te has olgado y te has entretenido ,
 A mí no se me da un ardite solo :
 Désele , pues es justo , á tu marido.

Ponga en tu vida quien quisiere dolo ;
 Que yo pienso dejarla eternizada
 En estos versos , nunque pese á Apolo ;

Pues eres á mis ojos tan probada ,
 Y no es malicia , en penas y trabajos ,
 Que estás pura de puro acrisolada.

Rebujada naciste en dos andrajos
 De una hija de Adan por gran ventura ,
 Cuya comadre fueron cuatro grajos.

Allí tu cuna fué tu sepultura ,
 Y cual pequeña planta de la tierra
 Te levantaste en tan sublime altura.

Con la belleza hiciste al mundo guerra ;
 Siempre para vencer fuiste vencida ,
 Misterio grande que tu vida encierra.

Amaste la humildad tanto en tu vida
 Que debajo de todos siempre andabas ,
 Solamente en dar gusto entretenida

A Dios eterno tanto amor mastrabas ,
 Que viendo que es el hombre imágen suya ,
 Con este celo á todos los buscabas.

¿ Pues cuál sin alma puede haber que arguy
 De vil pecado tan devoto celo ,
 Y que en su lengua tanto honor destruya ?

Un rayo de las bóvedas del cielo
 En ceniza le vuelva lengua y boca ,
 Si justicia faltare acá en el suelo.

A lástima y á llanto me provoca
 Tan dura suerte y rigurosa estrella ,

Bastante á enternecer un monte ó roca.
 Nunca nacieras tan hermosa y bella :
 Quizá no fueras perseguida tanto
 Con solo aventurarte á ser doncella.
 Pero yo , mi Belisa , no me espanto :
 Que siempre en este mundo y siglo rudo
 Pasan los buenos penas y quebranto.
 Pregúntalo al hermano Cogolludo
 Que él declarará el misterio , cuando
 Verdad desnuda te dirá desnudo.
 No te andes encubriendo y recatando
 Despues ; que no hace el médico provecho
 Al enfermo que pasa el mal callando.
 Y pues te ves agora en tal estrecho ,
 Un dedo mas ó menos , no seas corta ,
 Mi Belisa , descúbrela hasta el pecho.
 Yo te digo á la fe lo que te importa ,
 Que soy hombre de bien á las derechas ,
 Y no amiguito de banquete y torta.
 Vosotras las mugeres estais hechas
 A oír aduladores : no soy de esos ,
 Amigo de dulzuras y de endechas.
 Nunca mi alma busca esos excesos ;
 Que es muy de mancebitos de la hoja :
 Cuajada tengo la cabeza en sesos.
 Paréceme que oirme te congoja
 En ver como mis tachas disimulo :
 De nuevo agora y sin razon te enoja.
 Solo en considerarte me atribulo
 Echando mis simplezas á malicia ,
 Y por aquesto lo demas regulo.
 Pues así del poder de la justicia
 Mis cosas libre Dios , y así me vea
 Oficial reformado en tu milicia :
 Que soy quien solamente te desea
 Servir , aficionado de tu cara ,
 Que en su servicio tanta gente emplea.
 Aficionóme á tí tu fama clara
 Y verte una muger de tomo y lomo ,
 Que aun de tu cuerpo nunca fuiste avara.
 ¿ O virtud excelente ! de quien tomo
 Ejemplo singular en la largueza ,
 Mis carnes venzo , mis pasiones domo.
 Es tanta de tu vida la estrechez
 Que siempre andas cayendo y levantando :
 De penitencia es grande tu flaqueza.
 Continuo estás escrupulos llorando
 Que en tu buena conciencia los testigos
 De la culpa venial estan ladrando.
 No lloras que aborreces enemigos ,
 Pues es tu mayor culpa , muger santa ,
 Querernos bien á todos por amigos.
 ¿ Quién desta vida y hechos no se espanta ?
 ¿ Quién á imitar tus pasos no dispone
 La dura voluntad , la tarda planta ?
 ¿ Quién hay , Belisa , quién , que no pregone
 Tu milagrosa vida tan austera ?
 Y la suya por tí no perficione
 Pues de la ley sagrada y verdadera
 Tanto amas los preceptos que refieres

Por alcanzar la gloria venidera ,
 Que viendo que á los hombres y mugeres
 Los manda amar sus enemigos todos ,
 Hasta los tres del alma bien los quieres.
 Yo , pues , que en el infierno hasta los codos
 Sumido estoy , y de pecados lleno ,
 Me voy aniquilando de mil modos.
 De fuerza propia y de valor ageno
 Mi alma te encomiendo , ya que tieras
 Culpas la tienen con mortal veneno.
 Mas porque puede ser que no la quieras
 Sin cuerpo y todo , todo te lo ofrezco
 Con sana voluntad y eternas veras.
 Ampárame , que bien te lo merezco ,
 Por esta voluntad que en las entrañas
 Con nueva obligacion conservo y crezco.
 No quieras parecer á las arañas
 En convertir las flores en ponzoña ,
 Ya que sintiendo engendras para cañas.
 Apostaré un ducado que mi roña
 Acabas de entender en este verso ,
 Al fuego condenando mi zampoña.
 Quiero , pues , ya me tienes por perverso ,
 Darte , Belisa , una espantosa zurria ;
 Pues así lo permite el hado adverso.
 Tomado me ha sin remision la murria
 Ya quiero desnudar mi durindaina ,
 Ya le ha dado á mí lengua la estangurria.
 Amaina , pues , desventurada , amaina ;
 Que por darte de presto y á lo zaino ,
 Te quiero dar el golpe con la vaina.
 Mas asco tengo en ver que desvaino
 Contra la ninfa Bel de una zahurda ;
 Y del primero pensamiento amaino.
 Pero bien me mereces que te aturda
 Y que ninguna falta te la calle ,
 Que un diluvio de sátiras te urda ;
 Pues tanto mal has dicho de mi talle ,
 Y que me fuerzas , esme Dios testigo ,
 En este tu billete á divulgalle.
 No mi disculpa en la pintura sigo ;
 Pero quiero mostrar de tu locura
 El trato infame , el término enemigo.
 No es ya como tu vida mi estatura ;
 Que por no decir ruin , quise ponello :
 Bien larga he menester la sepultura.
 Es como tu linage mi cabello ,
 Escuro y negro , y tanta su limpieza
 Que parece que no has llegado á vello.
 Es como tu conciencia mi cabeza ,
 Ancha , bien repartida , suficiente
 Para mostrar por señas mi agudeza.
 No es de tu avara condicion mi frente ,
 Que es larga y blanca , con algunas viejas
 Heridas , testimonio de valiente.
 Son como tus espaldas mis dos cejas
 En arco , con los pelos algo rojos .
 De la color de las tostadas tejas.
 Son como tu vestido mis dos ojos
 Rasgados , aunque turbios , como dices ,

Serenos, aunque tengan mil enojos.

Son como tus mentiras mis narices,
Grandes y gruesas; mira como escarbas
Contra tí, mi Belisa, no me atices.

Como tus faldas tengo yo las barbas
Levantadas, bien puestas: no me apoca
Que digas, que hago con la caspa parvas.

Es como tú, para acertar, mi boca,
Salida, aunque no tanto como mientes,
Con brava libertad de necia y loca.

Como son tus pecados son mis dientes,
Espesos, duros, fuertes al remate,
En el morder de todo diligentes.

Es como tu marido mi gaznate,
Estirado, mayor que tres cohombres,
Que el llamalle gloton es disparate.

Como son los soberbios son mis hombros,
Derrribados, robustos á pedazos,
Que causa el verme al mas valiente asombros.

Como tus apetitos son mis brazos,
Flacos, aunque bien hechos y galanos,
Pues han servido de amorosos lazos.

Traigo como tus piernas yo las manos,
Abiertas, largas, negras, satisfecho
Que dan envidia á muchos cortesanos.

Como tu pensamiento tengo el pecho,
Alto y en generosa compostura,
Donde pueden caber honra y provecho.

Como es tu vida tengo la cintura,
Estrecha, sin barranco ni caverna,
Que parezco costal en la figura.

Como tu alma tengo la una pierna,
Mala y dañada; mas, Belisa ingrata,
Tengo otra buena que mi ser gobierna.

Como tu voluntad tengo una pata,
Torcida para el mal, y he prevenido
Que le sirva á la otra de reata.

Como tu casamiento es mi vestido,
Mal hecho y acabado que un poeta
Jura de no ser limpio ni pulido.

Es como tu conciencia mi bayeta,

Raida, y esto basta, aunque imagino
Que aguardas por sí pinto alguna treta.

Mas yo quedarme quiero en el camino,
Que aunque trato de tí, tengo recato,
No digan que á la cólera me inclino.

Esta mi imágen es y mi retrato,
A donde estoy pintado tan al vivo,
Que se conoce bien mi garabato.

Aquestos versos solo los escribo
Para desengañar al que creyere
Que soy, como tú dices, bruto y chivo.

Pues quien este retrato propio viere
Sacará por mi cara tus costumbres,
Y te conocerá si lo creyere.

Paréceme que á puras pesadumbres,
Si mas versos escribo, haré que viertas
Las destiladas lágrimas á azumbres.

Paréceme, Belisa, que despiertas
De noche, con soñarme tan medrosa,
Que le das al vecino francas puertas.

Dirás: si yo no fuera rigurosa
Con esta mala lengua, pues sabia
Su condicion, viviera venturosa.

¡Ojalá, cuando yo te lo decia,
Ablandáras el ser con que enamoras;
No vieras en tu casa aqueste dia!

Ma y que aquestas libertades lloras,
Arrepentida del vivir primero,
Buscaré tu amistad en todas horas.

No pediré mas cartas á Lutero
De favor para tí, ó al vil Pelagio,
Y harás por ellos la amistad que espero;
Sucederá bonanza á tu naufragio.

SATIRA SEGUNDA ⁴.

SOBRE EL MATRIMONIO.

¿Porqué mi muera descompuesta y bronca
Despiertas, Polo, del antiguo sueño,
En cuyos brazos descuidada ronca?

⁴ Esta composicion, parto de la juventud de Quevedo, no es mas que un bosquejo de primera mano, que dejó el autor correr por el mundo en este estado de imperfeccion, sin reconocerlo despues ni corregirlo. Así lo advirtieron sus primeros editores, y por lo mismo no son de extrañar las desigualdades, las repeticiones, los rípios y las oscuridades que hay en ella, como tampoco la libertad y aun desenfreno con que el poeta se abandona al instinto mordaz y malicioso que le inspira. Juvenal primero y despues Boileau han tratado el mismo argumento, pero en forma muy diferente: sus sátiras contra el matrimonio son unas galerías de retratos, en que describiendo los vicios de mas resalto que hay en el bello sexo, se proponen retraer á sus amigos del intento de casarse. Sus obras consideradas bajo este aspecto, son mas bien una sátira de las mugeres que del matrimonio. y su plan, mas filosófico si se quiere

y mas vasto, era al mismo tiempo mas fácil de ejecutar. Quevedo se reviste del personaje de un socarron maligno que desecha agriamente un casamiento que se le propone. De esta idea deberá nacer precisamente diversa marcha y diverso estilo; y su obra, al revés de las otras, es mas bien una sátira del matrimonio que de las mugeres. Asombra el raudal de ingenio, de malicia, de versificación y de poesia que corre de su pluma, y el tesoro de chistes y donaires con que está escrita la obra desde el principio hasta el fin, no todos puros y delicados, pero siempre ingeniosos y vivaces, y frecuentemente atrevidos. Nótase tambien agradablemente la variedad de tonos que el poeta emplea para expresar sus pensamientos, desde el mas solemne y pomposo hasta el mas burlesco y bufon, todos casi siempre usados con superioridad y oportunísimamente segun los objetos á que se aplican; y esta variedad era abso-

¿No ves que el lauro le trocó en beleño,
 Y que deja el velar para las grullas,
 Y ya es letargo el que antes era ceño?
 Pues si lo ves, ¿porqué gruñendo aullas?
 Que si despierta y deja la modorra
 Imposible será que te escabullas.
 Mira que ya mi pluma volar horra
 Puede, y que libre te dará tal zurra,
 Que no la cubra pelo, seda ó borra:
 Obligado me has á que me aburra,
 Y que á tu carta, ó maldicion, responda,
 Sin duda ya la oreja te susurra.
 ¿He yo burlado á tu muger Oronda?
 ¿He aclarado el secreto de la penca?
 ¿Llevé tu hija robada á Trapisonda?
 ¿Quemé yo tus abuelos sobre Cuenca,
 Que en polvos sirven ya de salvaderas,
 Aunque pese á la sórdida Zellenca?
 Pues si destas desgracias verdaderas
 No tengo yo la culpa, ni del daño
 Que eternamente por su medio esperas,
 Dime, ¿porqué con modo tan extraño
 Procuras mi deshonra y desventura,
 Tratando fiero de casarme ogaño?
 Antes para mi entierro venga el cura
 Que para desposarme, antes me velen
 Por vecino á la muerte y sepultura.
 Antes con mil esposas me encarcelen,
 Que aquesa tome, y antes que *Si* diga
 La lengua y las palabras se me hielen.
 Antes que yo le dé mi mano amiga
 Me pase el pecho una enemiga mano;
 Y antes que el yugo que las almas liga
 Mi cuello abrace, el bárbaro otomano
 Me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
 Y no consienta el himeneo tirano.
 Eso de casamientos á los bobos,
 Y á los que en tí no estan escarmentados,
 Simples corderos, que degüellan lobos.
 A los hombres que estan desesperados
 Casalos, en lugar de darles sogas;
 Morirán poco menos que ahorcados.
 No quieras que en el remo donde bogas
 Haya por consolarte otro remero,
 Y que se ahogue donde tú te abogas.
 Solo se casa ya algun zapatero,
 Porque á la obra ayudan las mugeres,

Y ellas ganan con carnes, si él con cuero.
 Los siempre condenados mercaderes
 Mugeres toman ya por granjería,
 Como toman agujas y alfileres.
 Dicen que es la mejor mercadería,
 Porque la venden, y se queda en casa,
 Y lo demas vendido se desvía.
 El grave regidor tambien se casa
 Por poner tasa á lo que venden todos,
 Y tener cosa que vender sin tasa.
 Tambien se casan los soberbios godos,
 Porque tambien suceden desventuras
 A los magnates por ocultos modos.
 Cásanse los roperos tan á oscuras,
 Como ellos venden siempre los vestidos,
 Y ellas desnudas venden las hechuras.
 Cásanse los verdugos abatidos
 Con mugeres, por ser del mismo oficio,
 Que atormentan del alma los sentidos.
 El médico se casa de arificio,
 Por si cosa tan pérfida acabase,
 Y hiciese al hombre tanto beneficio.
 Y él solo será justo que se case,
 Para que ambos den muerte á sus mitades,
 Así la tierra de ambos se aliviase.
 Cásanse los letrados dignidades,
 Para que á sus mugeres con Jasones
 Puedan tambien juntarse los abades.
 Con las espinas hacen los cambrones
 Tambien sus matrimonios cortesanos,
 Que ambos desnudan, porque el tuyo abones.
 Tambien los siempre inicuos escribanos,
 Por ahorrar el gasto del tintero,
 Dan con la pluma á su muger las manos.
 Ya he visto yo volar un buey ligero
 En uno de estos, que de plumas suyas
 Alas formó sutiles de jilguero.
 Déjame, pues, vivir, no me destruyas,
 Ya que de mi pasion y mi tormento,
 Canté las celebradas aleluyas.
 Quiero contar con tu licencia un cuento
 De un filósofo antiguo celebrado,
 Por ser cosa que toca á casamiento.
 Vivió infinitos años encontrado
 Con otro sabio, y nunca habia podido
 Vengar en él el corazon airado.
 Al cabo vino á hallarse muy corrido

lutamente precisa en un plan que no prometia ensanche ni distraccion ninguna. Alguna vez imita á Juvenal, y si no alcanza á su fuerza en los trozos de vigor, como le sucede en la pintura de los desórdenes de Mesalina, le aventaja mucho en todos los que piden gracejo y agudeza en que el satírico español era tan superior al latino.

Bien considerado todo, esta clase de escritos no deben reputarse sino como meros juegos de ingenio para ensayarse y divertirse, en que, interviniendo mas la fantasia que la intencion, no de-

ben tomarse á la letra ni en historia ni en moral. Quevedo mismo despues de haber acumulado en esta y otras obras suyas tantos dicitos contra los casados, se casó en su edad madura, y mostró con ello cuan poco caso hacia de sus donaires de otro tiempo sobre el matrimonio. Por mas que sea fácil, y para algunos tan grato, maltratar á las mugeres, ellas en fin acaban por subyugar á sus detractores; y si hicieran sátiras contra los hombres como nosotros las hacemos contra ellas, se desquitarian con razon y acaso tambien con usura.

En ver á su contrario siempre fuerte,
Y en tanto tiempo nunca dél vencido.

Ultimamente le ordenó la muerte,
Y al fin, como traidor, vino á engañalle,
Y pudo de él vengarse de esta suerte :

Una hija tenia de buen talle,
Hermosa y pulidísima doncella,
Y ordenó con aquesta de casalle.

Fingió hacer amistades, y con ella
Dejar el pacto siempre asegurado :
Aficionóse el enemigo de ella.

¡ O gran poder de amor ! que enamorado
Contento á casa la llevó consigo ;
Casóse con la moza el desdichado.

Despues culpando al sabio cierto amigo
La ignorancia cruel y el yerro extraño
Que hizo en dar su hija á su enemigo ;

El respondió : no entiendes el engaño,
Pues por vengarme del contrario mio,
Le dí muger, del mundo el mayor daño.

Así que, por contrario de mas brío
Tengo, Polo cruel, al que me casa,
Que al que me saca al campo en desafío.

Júzgalo, pues que puedes, por tu casa,
Fiero autil de san Lucas, cuando bramas,
Obligado del mal que por tí pasa.

Los hombres que se casan con las damas,
Son los que quieren ver de caballeros
Sillas en casa llenas, llenas camas :

Ver, sin saber de dónde, los dineros,
Que los lleven en medio los señores,
Que les quiten los grandes los sombreros :

Que los curen de balde los doctores,
Que les hagan mas plaza que aun al toro,
Tratar de vos los graves senadores.

Gustan de ver la rica joya de oro
En sus mugeres, nunca preguntando
Qué duende fué el que trujo este tesoro.

Quieren que les esten continuo dando,
Y hasta las capas piden, como bueyes,
Que presos con maroma estan bramando.

Privados suelen ser tambien de reyes,
Porque de sus mugeres son privados,
Y estos, como camisas, mudan leyes.

Pues si aquesto sucede en los casados,
¿ Porqué han de procurar hembras crueles
Ni yo, ni los que estan escarmentados ?

¿ Si me quiero aborcar, no habrá cordeles ?
¿ Faltarán que me acaben desventuras ?
¿ Tósigo no hallaré, veneno y hieles ?

Si quiero desterrarme habrá espesuras ;
Y si desesperado despeñarme,
Montes altos tendré con peñas duras.

Bien, pues, si con intento de acabarme,
Me aliñas de muger la amarga suerte,
No la he ya menester para matarme.

En cuantas cosas hay hallo la muerte,
En la muger la muerte y el infierno,
Y fin mas duro y triste si se advierte.

Mas quiero estarne helando en el invierno

Sin la muger, que ardiendo en el verano
Cercado el rostro de caliente cuerno.

Y á casarme, casárame fiado
De que estándolo tanto tus parientes
Habreis las malas hembras agotado.

Ya te pesa de verte entre mis dientes,
Ya te arrepientes del pasado yerro,
Ya vuelves contra mí cuernos valientes ;

Ya por tanto ladrar me llamas perro ;
Yo cuervo, cual alano, de tu oreja,
Y tú bramando erizas frente y cerro.

¡ Qué á propósito viene la conseja
Que del canino Diógenes famoso
Quiero contarte, aunque parezca vieja !

Yendo camino un dia presturoso,
Vió una muger bellissima ahorcada
De las ramas de un álamo pomposo ;

Y despues que la tuvo bien mirada,
Con lengua, como siempre, disoluta
Dijo digna razon de ser contada :

Si leváran de aquesta misma fruta
Cuantos árboles hay, mas estimadas
Fueran sus ramas de la gente astuta.

¡ Qué razones tan bien consideradas !
A ser como él y yo toda la gente,
Ya estuvieran las tristes ahorcadas.

Viviera el hombre mas seguramante,
Sin tener enemigos tan mortales ;
Volvierá el siglo de oro á nuestro oriente.

Dirásme tú que hay muchas principales,
Y que hay rosa tambien donde hay espina,
Que no á todas las vencen cuatro reales.

En Claudio te responde Mesalina,
Muger de un grande emperador de Roma,
Que al adulterio la mejor se inclina.

¿ Cuando insolencia tal hubo en Sodoma,
Que en viendo al claro emperador dormido,
Cuyo poder el mundo rige y doma ;

La emperatriz, tomando otro vestido,
Se fuese á la caliente mancebia,
Con el nombre y el hábito fingido ?

En entrando los pechos descubria,
Y al deleite lascivo se guisaba
Así que á las demas empobrecia.

El precio infame y vil regateaba,
Hasta que el taita de las hienas brutas
A recoger el cimbalo tocaba.

Todas las celdas y asquerosas grutas
Cerraban antes que ella su aposento,
Siempre con apariencias disolutas.

Hecho habia arrepentir á mas de ciento,
Cuando cansada se iba, mas no harta,
Del adultero y sueño movimiento.

Mas, por no hacer ya libro la que es carta,
Dejo de meretricias dignidades,
Y de cornudos nobles luenga sarta.

Mal haya aquel que fia en calidades ;
Pues cabe en carne oscura sangre clara,
Y en muy graves mugeres liviandades.

Ni aun sin culpa algun olmo se casara

Con la lasciva vid, si á sinrazones
Tambien el sentimiento no negará.

Pues solo á disculpar los bujarrones;
No ha de bastar huir de las mugeres;
Ni quieren admitirlo los tizonos.

Dirás que no hay contentos ni placeres
En donde no hay mugeres; que sin ella
Con soledad enfermo y sano mueres.

Que es gran gusto abrazar una doncella,
Y hacerla madre del primer voleo,
Gozando de la cosa que es mas bella.

Pues yo te juro, Polo, que descao
Ver, desde que nací, v..... y diablos,
Y ni los diablos ni los v..... veo.

Demonios veo pintados en retablos;
Y de caseros v..... contrahechos
Llenos palacios, llenos los establos.

Los casados estais muy satisfechos
En el talle gentil, en el regalo,
Y en el entendimiento los mal hechos.

Fiase en la riqueza el hombre malo,
En el caudal el mercader judío,
El alguacil confiase en su palo;

Pero destas fianzas yo me río,
Pues veo que la muger del perezoso
Suele curiosa ser del de buen brio.

La que tiene el marido bullicioso,
Imagina como es el sosegado,
Y como el feo, si es el suyo hermoso.

La muger del soberbio titulado
Desea comunicar al pordiosero,
Desea la del dichoso al desdichado,

La que goza del tierno caballero
Apetece los duros ganapanes,
Y á cansar un gañan se atreve entero.

La que goza valientes capitanes
Se enamora de liebres y aun de zorras,
Y si títeres son, de sacristanes.

Quiero callar, que temo que te corras;
Aunque con tu paciencia, bien se sabe
Que el timbre suyo á los cabestros borras.

Ya escucho que te ries de que alabe
Mi desprecio, y que á tí, dices, respeta
El caballero mas altivo y grave.

No entiendes no la poco honrosa treta;
Eres como el asnillo de Isis santa,
Cuando el honor dela deidad aceta,

Pues viendo arrodillada gente tanta;
Que su llegada solamente espera,
Y que este alegre danza, y aquel canta;

Se pára basta que, á fuerza de madera,
Con los palos transforman el jumento
En ave velocísima y ligera

Diciendo: este divino acatamiento
No se hace á tí, sino á la excelsa diosa,
Que encima traes con tardo movimiento.

Así que, la persona poderosa
No ha de hacer honra á aquel que ha deshonorado
A su muger la hace que es hermosa. (rudo)
Y si por tí la tomas, desdichado,

Vendráte á suceder lo que al borrico,
Y serás tras cornudo apaleado.

Si yo quisiera ser, Polo, mas rico,
Tener mayor ajuar, ó mas dinero,
Pues no puedo valerme por el pico;

Como me habia de hacer bodegonero
Para guisar y hacer desaguisados,
O para vender agua tabernero;

O para aprovechar los ahorcados
Vil pastelero; ó ginoves harpia
Para hacer que un real pára ducados;

El triste casamiento eligiria;
Cual tú lo hiciste, pues con él granjeas
Por la mas ordinaria y fácil via.

Y por si acaso, Polo, aun hoy empleas
Tu muger en mohatras semejantes,
Quiero que mis astutos versos leas.

No tengas zelos de hombres caminantes,
Ni aun de soldados, gente arrebatada,
Ni aun de los bizcos condes vergonzantes:

Que el caminante ha de dejar la espada,
Para gozar de tu muger, vendida,
Y la golilla el conde, si le agrada.

Solo te has de guardar toda tu vida
Del perverso estudiante, como roca,
En su descomunal arremetida.

Este con furia descompuesta y loca,
Por no quitarse nada, se arremanga
Las ¡ Dios nos libre! faldas con la boca.

Si tú vienes, las suelta; muy de manga
Con tu muger, maquinará ingenioso
Trampa que sobre al desmentir la ganga.

Ya me falta el aliento presuroso,
Y ya mi lengua, de ladrar causada,
Se duerme entre los dientes con reposo.

Mas porque no la llames mal criada,
Quiere, aunque disgustada, responderte
A tu carta satírica y pesada.

Ya empiezas á temer el trance fuerte;
Y tiemblas mas mi lengua y sus razones,
Que la corva guadaña de la muerte.

Con una cruz empiezan tus renglones,
Y pienso que la envías por retrato
De la fiera muger que me dispones.

Luego, tras uno y otro garabato,
Me llamas libre, porque no te escribo,
Aspero, duro, zahareño, ingrato.

Dices que te responda si estoy vivo;
Si lo debo de estar, pues tanto siento
La amarga hiel que en tu papel recibo.

Ofrécesme un soberbio casamiento,
Sin ver que el ser soberbio es gran pecado,
Y que es humilde mi cristiano intento.

Escribes que, por verme sosegado
Y fuera de este mundo, quieres darme
Una muger de prendas y de estado;

Bien haces, pues que sabes que el matarme,
Para sacarme de este mundo, importa;
Y el morir se asegura con casarme.

Dicesme que la vida es leve y corta,

Y que es la sucesion dulce y suave ;
 Y al matrimonio Cristo nos exhorta :
 Que no ha de ser el hombre cual la nave,
 Que pasa sin dejar rastro ni seña,
 O como en el ligero viento el ave.
 ¡ O, si aunque yo pagase el fuego y leña,
 Te vieses arder, infame, en mi presencia,
 Y en la de tu muger que te desdenea !
 Yo confieso que Cristo da excelencia
 Al matrimonio santo, y que le aprueba,
 Que Dios siempre aprobó la penitencia.
 Confieso que en los hijos se renueva
 El cano padre para nueva historia,
 Y que memoria deja de sí nueva ;
 Pero para dejar esta memoria,
 Le dejan voluntad y entendimiento,
 Y verdadera, por soñada gloria.
 Dices que para aqueste casamiento
 Una muger riquísima se halla,
 Con el de grandes joyas ornamento.
 Has hecho mal ¡ o misero ! en busca
 Con tan grande riqueza, que no quiero
 Tan rica la muger para domalla.
 Dices que me darán mucho dinero
 Porque me case ; lo barato es caro :
 Recelo que me engaña el pregonero.
 Su linage, me dices, que es muy claro,
 Nunca para las bodas le hubo oscuro,
 Ni ya suele ser ese gran reparo.
 Muéstrasmela vestida de oro puro,
 Y como he visto pildoras doradas,
 En ella temo bien lo amargo y duro.
 Que hermanas tiene, y madre muy honrada
 Cuentas ; ¡ o coronista adulterado,
 Tú las quieres tan bien emparentadas !
 De su buen parecer me has informado,
 Como si por ventura la quisiera
 Por su buen parecer para letrado.
 Que tiene condicion de blanda cera :
 Bien me parece, Polo ; pero temo
 Que la derrita como á tal cualquiera.
 Gentil muger la llamas por extremo :
 ¿ Por gentil me la alabas y prefieres ?
 Solo ya te faltaba el ser blasfemo.
 Nunca salgas, traidor, de entre mugeres :
 Muger sea el animal que te destruya,
 Pues tanto á todas sin razon las quieres.
 Déjente ya que goces de la tuya,
 Los que con ella estan amancebados,
 Volvésete ha en responso la aleluya.
 Y en todos sus adulteros preñados,
 Hijas te para todas, y á docenas,
 Y con ellas te crezcan los cuidados.

Esten las mancebías siempre llenas
 De hermanas tuyas, primas y sobrinas,
 Que deshonren la sangre de tus venas.
 Tus desdichas aumenten y tus ruinas
 Mozas sin pluma y emplumadas viejas :
 Mormuren de tu vida tus vecinas.
 Y, pues en mi quietud nunca me dejas
 Vivir, nunca el alegre desengaño
 Con la verdad ocupe tus orejas.
 ¿ Muger me dabas, miserable, ogaño ?
 Pues aunque me heredáras, no eligieras
 Para matarme tan astuto engaño.
 ¿ No ves que en las mugeres, si son fieras,
 El hombre tiene lo que no querria,
 Y adora concubinas y rameras ?
 Si hermosas son, si tienen gallardía,
 No son mas del marido que de todos ;
 La que me traes es tal mercadería.
 En ellas tienen fuecres y godos
 Una accion insolente de gozallas
 Por mil ocultos y diversos modos.
 ¡ Felices los que mueren por dejallas !
 ¡ O los que viven sin amores dellas !
 ¡ O por su dicha llegan á enterrallas !
 En casadas, en viudas, en doncellas,
 Tantas al suelo plagas se soltaron,
 Cuantas son en el cielo las estrellas.
 Mas, pues que de mis mañas te informaron,
 De mis costumbres y de mis empleos,
 Y un bruto en mí y un monstruo dibujaron :
 Pues que por casos bárbaros y feos,
 Te dijeron mi vida caminaba
 Al suplicio derecho sin rodeos ;
 Que en toda la ciudad se murmuraba
 Mi disimulacion y alevosia,
 Y que pérfido el mundo me llamaba ;
 Que no se vió la desvergüenza mia
 En alguacil alguno ni en corchete ;
 Que nadie sus espaldas me confia :
 Que he trocado en el casco mi bonete.
 El vademecum todo en la penosa,
 Y del año lo mas paso en el brete ;
 Pues si esto te dijeron, ¿ cuál esposa
 Querrá admitir marido semejante,
 Si su muerte no busca mariposa ?
 Ponla tantos defectos por delante :
 Dila en fin, que yo soy un desalmado ;
 Engerto en sotanilla de estudiante,
 Y aunque hijo de padre muy honrado,
 Y de madre santísima y discreta,
 Dirás que me ha traído mi pecado
 A desventura tal que soy poeta.

POESIAS DE VARIOS AUTORES.

DON LUIS DE ULLOA Y PEREIRA ¹.

RAQUEL ²,

POEMA.

De los triunfos de amor el mas lucido,
El trance del dolor mas apretado,
La causa del poder mas ofendido,
El fin en el favor mas desdichado,
El rigor mas cruel que ha cometido
Violencia irracional, canto inspirado,
No por conceptos de mi Genio solo:
Yo los escribo, dictalos Apolo.

Vos, príncipe, que fuisteis el primero,
El único sereis á quien elija
Mi musa en su defensa, porque espero
Razon de que se valga y se corrija:
Y que, alumbrada del mejor lucero,
Al templo de la Fama se dirija,
Donde, si vuestro amparo la defiende,
No inmunidad, veneracion pretende.
No presumo, señor, que se suspenda
La integridad del público cuidado,
Si que avara Parténope no entienda
Que profano incapaz vuestro sagrado:
Deidades hace la votiva ofrenda,
Aun es mas que reinar ser invocado;
Y yo, ni al ocio el embarazo intento:

¹ Natural de Toro; floreció en tiempo de Felipe IV.

² Los amores de Alfonso VIII con la judía de Toledo son una de aquellas tradiciones admitidas imprudentemente en la historia, y desterradas despues por la severidad de la crítica al país de las fábulas y de las consejas. Esta no era solo inverosímil por todas sus circunstancias, y contraria á lo que resulta de los monumentos auténticos del tiempo, sino tambien indecorosa á la memoria de un rey justamente respetado, y oprobiosa á la bizarría y lealtad castellana. Desechada por la historia, ha sido adoptada por la poesía como un cuadro á propósito para pintar los triunfos del amor y de la hermosura, para conmovier el corazón con una catástrofe lastimosa, y dar una gran lección de terror y de escarmiento. La desgracia pues de la bella judía se ha cantado en poemas, se ha representado en teatros, y la tragedia que lleva su nombre es el lauro principal de un poeta célebre de nuestros dias, y una de las joyas mas estimadas de nuestra Melpómene moderna.

De los que trataron este asunto en lo antiguo, quien mejor lo desempeñó fué Ulloa, y su poema, así por su mérito como por la época en que fué escrito, puede llamarse con razon el último suspiro de la musa castellana. Luzan le recomienda á cada paso en su Poética, y trata á este escritor con un aprecio y un aplauso mas bien fundados, creo yo, en la diferencia de su estilo comparado con el de sus estragados contemporáneos, que en la muchedumbre y excelencia de sus cualidades póc-

ticas. No eran á la verdad muchas ni grandes: en el libro de sus poesías nada hay realmente bueno sino la *Raquel*, y si bien en ella como en sus demas obras la dición sea sana y exenta de las extravagancias de su tiempo, no deja á veces de salpicarse con ellas, como le sucede en esta octava:

Por frecuentes temblores que sentia
Temió que el corazón se le minaba:
Fuéle á reconocer y vió que ardia
Por una parte y que por otra helaba.
De varios elementos se valia
El ingeniero que el volcan formaba;
Porque en vesubio racional se pruebe
La mezcla de la llama y de la nieve.

aquí el amor es un ingeniero, el corazón del rey un vesubio racional, y el rey un observador frio de lo que está pasando dentro de él. ¡*Vesubio racional!* El mas desesperado gongorista no se atreviera á decir mas, y son dos palabras que verdaderamente rechinan de verse juntas. La alegoría pues es importuna, impropia y malísimamente expresada. ¡Qué diferencia de ella á esta otra!

No la corona del mayor planeta
Dejéis que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que finge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva:
Rayos que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Cuando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la hiedra abrasen.

Todo se reúne en estos versos para darles belleza y realce; novedad en el pensamiento, propiedad en la imágen, vigor en la expresion. Luzan los cita como un dechado de alegoría bien hecha, y no son muchos los ejemplos en su obra, que le ilustren tanto y adornen como el presente.

Pocas veces se levanta Ulloa tan alto; y si la ejecución de su *Raquel* no se resintiese mas que

(³) Esto no quita que en una ó en otra parte no se encuentre algun buen pensamiento y algunos bellos versos: este terceto por ejemplo es bien feliz, sacado de la epístola, en que al contrario de los otros poetas alaba la vida de la corte, y pondera el fastidio y monotonia de la vida en una provincia.

Dura resolución desesperada
Labrarse un molde en que vaciar los dias,
Sin que se altere de la estampa nada.

Bastareis para mi menos que atento.

Oídme, pues, acaso; que yo fio,
Que os he de disponer aclamaciones
Donde el exceso de calor y frío
Hacen inhabitables las regiones;
Llevando en alas del aliento mío
Vuestro nombre á las últimas naciones,
Para que le venera cada una
Por mayor que la envidia y la fortuna.

Despues que coronado de victorias
De Alfonso Octavo el militar denuedo,
Dió materia feliz á las historias,
Y puesto el orbe en respectivo miedo;
Consagró de las Navas las memorias
En el inclito templo de Toledo;
Quiso dar á las leyes la voz viva
Que el sordo estruendo de las armas priva.

Fatigaba el católico deseo,
(En la pureza de la fe celoso)
Asegurarse del contagio hebreo,
Al comercio de fieles peligroso:
Que en la torpeza de los vicios feo,
Y en la supersticion escandaloso,
Sembrando la cizaña su porfia,
Aun estorbaba cuando no nacia.

Ya, viéndose vencidas las razones
Contrarias al estado en el delito,
(Que no hay verdad segura de opiniones,
Y tiene defensor cada delito)
Se repitió con públicos pregones
Justo destierro del infame rito:
Tembló la sinagoga al gran decreto
Estremecida del comum aprieto;
Y en una junta que formó secreta
Ruben, que por pontífice aquel año
El credito lograba de profeta,
Menospreciando en el peligro el daño,
Dijo, que á hermosa virgen se cometa
Solicite del rey el desengaño
Y que será con ánimo constante,

de algunos resabios del mal gusto de su tiempo, perdonables serian con tal que todo lo demas fuese bello y animado. Pero su falta mas grande es la poca poesia de su estilo, que parece mas bien el lenguaje de la urbanidad y de la discrecion, que el lenguaje pintoresco de la fantasia inspirado por las musas: defecto general en los escritores de aquel tiempo, en que el que no se perdía por culto se amañaba como discreto y conceptuoso, y nadie era ni elocente ni poeta.

Las octavas tambien, aunque generalmente bien formadas, tienen una estructura igual, y por consiguiente dejan sentir á veces el fastidio del artificio y de la simetria.

Esto en cuanto á la ejecucion: porque en lo que pertenece á la invencion, á la distribucion y disposicion de las partes, y á la serie y progreso de la narracion, el poeta es acreedor á toda alabanza, y son pocos los autores que en aquellos dos siglos le hayan igualado en estas prendas esenciales de toda buena composicion. Sujeta algun

Segunda Ester en caso semejante.

Eligióse Raquel, en quien se vía;
Toda la perfeccion sin competencia;
Y el mas hermoso resplandor del día
Vistió de luto en la primer audiencia;
Y con tan inclinada cortesía,
Que mas fué adoracion que reverencia,
Salió la aurora del nublado velo,
Y á las plantas de Alfonso se vió el cielo.

Y libres del cendal las luces bellas
Que dejaron al rey en ceguedades,
Verificó mejor que las estrellas
La fuerza de inclinar las voluntades;
¡Qué fácil los discursos atropellas,
Si con muda elocuencia persuades,
Hermosura infeliz, siempre nacida
Para mortal estrago de la vida!

Desconócese el rey cuando examina
La diferencia que en el alma siente;
En gustoso tormento se imagina,
O en pena que le allige dulcemente:
Y el alivio engañoso que destina
Por lisonja del ánimo doliente,
Hace que del veneno se renueve
La sed ardiente que la vista bebe.

La magestad cobarde se retira
Introduciendo la desconfianza;
Y viéndose mirar cuando no mira,
Descubre y no conoce la esperanza:
Raquel, que en el extremo de la ira
Halló tan improvisa la mudanza,
Extrañaba el enojo por suave,
Y turbábala mas lo menos grave.

Al dar el memorial tembló la mano,
Y al recibirle el rey endurecido
Todas las señas recató de humano,
Hasta que, de las ansias oprimido,
Olvidó en el semblante soberano
La violencia, y en partes dividido
Algun afecto que dejó los lazos.

tanto va la marcha del cuento en el principio, pero desde la bella octava imitada del Ariosto *No rumores de bellicos clarines*, la narracion corre espontáneamente con igual destreza que fluidez. La pintura de *Raquel* en su retiro de noche, donde está aquel rasgo de galanteria ingeniosa y delicada *Perdona, Celia*; el ímpetu y furor de los alborotados; su entrada en la estancia de la desdichada; su sobresalto, su confusion; aquel célebre *Traidores! fué á decirles*; en fin las heridas que recibe, las últimas palabras que dice, el dolor de Alfonso y la oportunidad del remate, son pasajes de resalto que manifiestan bien en el autor una fantasia viva y larga para las cosas, ya que no siempre la tuviese para el colorido. Pero sobre todo aquel razonamiento de Alvar Nuñez en la junta de los ricos hombres es un trozo excelente, de una ejecucion noble y robusta, en que Ulloa se levanta muchos grados sobre sí mismo, y no solo se hace admirar como poeta, sino apreciar y respetar como pensador y como hombre.

Fuera suspiro juntos los pedazos.

Volvió á cobrarse, que permite el fuego
En los principios tanta resistencia,
Y por fingir que se negaba al ruego,
Sin feneccerla levantó la audiencia :
Y entrando á sosegar tan sin sosiego,
Que cada accion envuelve una violencia ;
Cerró la puerta golpe acelerado
Para doblar la llave y el cuidado.

Cercado de rebeldes invasiones
En los reparos del combate piensa,
Temiendo las humanas prevenciones
Que se conjuran todas en su ofensa :
Estrechan mas el sitio las pasiones,
Y sola la razon á la defensa
En todas partes vigilante estaba
A cuantas armas el amor tocaba.

Por frecuentes temblores que sentia
Temió que el corazon se le minaba :
Fuéle á reconocer, y vió que ardia
Por una parte, y que por otra helaba :
De varios elementos se valia
El ingeniero que el volcan formaba ;
Porque en Vesubio racional se pruebe
La mezcla de la llama y de la nieve.

Raquel en tanto, menos discursiva
Que crédula del rey á la dureza
Quiso culpar la presuncion altiva
En la lumbre del sol de su belleza,
Que reducir del monte fugitiva
Pudo la fiera de mayor rudeza,
Y en rayos mas activos y suaves
Examinar la reina de las aves.

Neutral desconfiaba y presumia,
Borrando un accidente otro accidente ;
Ya salir del palacio pretendia,
Y ya lo ejecutaba negligente ;
Cuando advertida de que el rey queria
Revocar el destierro de su gente,
El temor del enojo se deshace,
Y otro temor de la esperanza nace.

Quedó á la novedad menos inquieta,
O mas osadamente quedó hermosa,
Y en su semblante amaneció perfeta
La luz que se eclipsaba temerosa,
Sucediendo á la cardena violeta
La púrpura soberbia de la rosa ;
Y lo aparente del celeste ornato
Dejó de ser temor, y fué recato.

Así despues que se crió señora
Del alcázar de amor Psiquis ufana,
La recató la soledad autora
De las libres ofensas de Diana :
Y entre las opulencias donde ignora
Si las ministra diligencia humana,
De voces invisibles asistida,
Temió la honestidad y no la vida.

Sobre seguridad del vencimiento
Espera el rey á la infeliz hebrea :
Llega, vuelve á mirarla mas atento,

Y sin contradiccion teme y desea :
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la augusta fortaleza crea,
En la parte mas alta convenidos
Victoria apellidaron los sentidos.

No rumores de bélicos clarines
Dieron principio al amoroso asalto :
El aura sí movida en los jazmines,
Que coronan el alamo mas alto ;
Y el eco derramado en los jardines
Nunca al ejemplo del deleite falto,
Que repite de dulces ruseñores
Ansias de zelos, lástimas de amores.

Juntóse la eleccion con el destino :
El trato en que las llamas se eternicen,
Lo misterioso de su ser divino
Elogios inmortales solemnicen ;
Y rindanse á su efecto peregrino
Cuantos conjuros los encantos dicen,
Cuantos engaños los hechizos hacen,
Cuantos venenos en Tesalia nacen.

Quiso decirse entonces que recibie
Fuerza con el auxilio del encanto
Vénus, y que á sus gustos apercibe
Tristes ministros del oscuro llanto :
Ella, que en las empresas que concibe
Sabe que por sí sola puede tanto,
Burlando de rumores ignorantes
Estrechó la prision de los amantes.

Equívocas las almas no sabian
En éxtasis de dulces confusiones
Si una por otra se sustituian ;
O juntas animaban las acciones ;
Y las ciegas lazadas reducian
A tan estrecha union sus corazones.
Que al formar los alientos se trocaban,
O con un movimiento respiraban.

Ya no son dos las vidas, ni se admite
Division de potencias racionales :
Cada sugeto juntas las repite,
Tratándose por término mentales ;
Y tanta elevacion se les permite,
Que sin voz, sin cariño, sin señales,
Por milagro de amor que comprehenden
Se acuerdan, se enamoran y se entienden.

Amor, no se celebre, que trajese
La luna hasta la tierra su deseo,
Que al cielo Ganímedes ascendiese,
Y que al abismo penetrase Orfeo :
Todo en el culto de tus aras cese,
Y en la solemnidad de este trofeo
Solo te aclamen victoriosas palmas
Dios de los dioses, alma de las almas.

Un principe clemente, justiciero,
Victorioso, feliz, sabio tuviste
Guardando de un halago lisonjero
Oscura cárcel de finiebla triste :
Donde del tiempo ni al mordaz acero
Limar alguna parte permitiste
Que diese en el espacio de siete años

Un átomo de luz á sus engaños.

En tanta noche la razon dormida,
Ya con el clavo del gobierno roto,
De la justicia y de la fe oprimida,
Zozobraba la nave sin piloto:

La paz por todas partes combatida
En las ondas del público alboroto.
El reino sin el sol que le alumbraba
En tenebrosa oscuridad estaba.

Y porque tanto fuego no emprendiese
Mayor incendio con mayor olvido,
Llegó á tratarse que el remedio fuese
Entre los ricos hombres prevenido;
Y como á tales juntas asistiese

En el lugar del voto preferido
Por calidades de prudente viejo,
Así fué de Albar Nuñez el consejo:

« Ya por vuestra desdicha, castellanos,
Del Hércules sabreis que os gobernaba
Como le cercan pensamientos vanos
De nueva Yole la prudencia esclava;
Y que olvidadas las robustas manos
Del peso formidable de la clava,
Lisonjeando de ninfas el estilo
Al uso femenino fuercen el hilo.

Está de la nación mas infamada
La sangre de los godos amancilla:
Su voluntad es ley tan venerada,
Que falta adulacion para cumplilla:
Cuando á su arbitrio la cerviz postrada,
O cobarde inclinamos la rodilla,
Como propio recibe el homenaje,
Como ageno le trata en el ultraje:

Poco juzga de si cuando consiente
Humilde adoracion de los mortales,
Si no pasa con ánimo insolente
A gobernar los astros celestiales:
Si la causan las noches, obediente
De Neptuno á los líquidos umbrales,
O se detiene el sol, ó lo parece;
Si la enfadan los dias, no amanece.

Alfonso del ardiente iman tocado
Sigue la falsa luz de sus estrellas,
En piélago de llamas anegado,
O en espumoso golfo de centellas:
Siempre de nuestras voces retirado,
Sordo al despacho, mudo á las querellas,
Con que en el ocio la discordia nace,
Yace el gobierno y el estado yace.

Con lastimosas lágrimas contemplo
Cuanto las obras de virtud se truecan,
Y como llega la codicia al templo
Donde las fuentes de piedad se secan:
Obedeciendo todos al ejemplo;
Que los príncipes mandan cuando pecan.
Y en la vida culpable de los reyes
No son vicios los vicios, sino leyes.

Oficio es el reinar, ó ministerio
Que servidumbre espléndida se llama;
Y en el mayor poder es el imperio

Mas corto, si se ajusta con la fama:

Entre Neron, Calígula y Tiberio
Voluntario el delito se derrama:
En las fatigas de los reyes justos
Ignóranse los nombres de los gustos.

De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos ó suspensos, ó postrados,
Siendo al arbitrio de su fiel balanza
Los premios y castigos ponderados:
Sola la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados;
Tanta paciencia en pechos varoniles
No los hace leales, sino viles.

No siempre en lo profundo del secreto
Esté nuestra paciencia suspendida:
Haga ruido el dolor con el aprieto,
Y parezca viviente nuestra vida:
Permitase que dentro del respeto
Gima la lealtad tan oprimida,
Si el furor de un exceso en otro exceso
Arriesga que se rompa con el peso.

No la corona del mayor planeta
Dejéis que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que flinge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva:
Rayos, que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Cuando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la hiedra abrasen.

Sacrifiquemos esta ofrenda impia
En gracia de los reyes ofendidos,
Que fueron con violenta tiranía,
En voluntarios lazos oprimidos:
Hallará en este ejemplo la osadía
Con que les embaraza los sentidos,
Para recelo del osado intento,
Esmaltado de sangre el escarmiento.»

Aquí llegaba ronco, y prosiguiera
Concitando los ánimos feroces,
Si de Fernando Iñan no se opusiera
La lozania con airadas voces:
« Tú que lo ardiente de la edad primera,
Le dijo, entre cenizas desconoces,
Como incapaz el accidente culpas
De mas ejemplos y de mas disculpas.

Resplandor celestial que se deriva
De la divinidad es la belleza,
Y se descubre con la luz mas viva
Entre las almas de mayor pureza:
Amarla es la virtud con que cultiva
Toda su perfeccion naturaleza,
Y es de la humanidad frágil defecto
Pasar á destemplanza en el afecto.

Es el amor deidad tan misteriosa
Que con ningún concepto se percibe:
Siguiendo su bandera victoriosa
Milita todo cuanto siente y vive:
Aman los elementos la forzosa
Correspondencia que su ser recibe,
Amanse las estrellas á su modo,

Ama el autor universal de todo.

Sin haberse ajustado á la medida
Del pecho celestial , ni haber hallado
Alfonso de la ciencia encarecida
Lo que se llama infuso ó inspirado ;
No es de sus capitanes homicida ,
Ni sacrilego el templo ha profanado ,
Intradiendo en ceremonias feas
Ritos de concubinas idumeas.

Amar la imágen del autor supremo
A donde mas perfecto resplandece ,
Es la sustancia del delito extremo
Que tu discurso bárbaro encarece ;
Y que no asiste del gobierno al remo
Todo lo que á tu antojo le parece ,
Remitiendo el imperio , en que de paso
De tu veneno se derrama el vaso.

Lévanse á fuer de varios temporales
Los reyes como el cielo los envía ,
Y en votos y plegarias de leales
De su justicia la igualdad se fia :
No hay otro medio licito en sus males ;
Ni solo es la violencia alevosía ,
Las no muy limitadas persuasiones ,
Los consejos prolijos son traiciones.

Y tu brutalidad , que atroz imita
Al caribe voraz que hambriento vierte
La sangre humana , sediciosa incita
El pueblo , y á su envidia le convierte :
El fin de la hermosura solicita
Y al alma de su rey traza la muerte ;
¿Cómo no llueve fuego prodigioso
Jupiter en tu intento escandaloso ? »

No pudo decir mas por el estruendo
Que lo estorbó del pueblo conmovido ,
Y á su costumbre bárbara eligiendo ,
Todo lo racional quedó vencido ;
Y la parte cruel obedeciendo ,
La rudeza del publico alarido
En repetidas confusiones era :
« Raquel ha de morir , ó Raquel muera. »

Y para que el intento imaginado
Mas breve y fácil mas se ejecutára ,
Fue cómplice la caza , celebrado
Divertimiento que el poder ampara ,
Arte á las magestades dedicado ,
Que la fatiga del reinar repara :
Empresa que las fuerzas agilíta ,
Y las agilitades habilita.

A los montes salió menos distantes.
El engañado rey , no sin recelo ,
Que para vaticinios los amantes
Tienen afinidades con el cielo :
En las primeras noches los instantes
Cuenta ausente por siglos el desvelo ,
Hasta que á sus horrores lo convierte
El perezoso hermano de la muerte.

Parécle soñando que los vientos
Remueven juntos la discordie guerra :
Y en todas las etéreas movimientos

O que se trueca el órden ó se yerra :
Que mudan su lugar los elementos ,
Y el sol no permitiéndose á la tierra ,
Así como en el luto de Tiestes
Retira las demas luces celestes.

Con triste duelo , con funesto llanto ,
La madre del amor se le aparece ,
Y en sangrientos pedazos de su encanto
Deshecho todo el idolo le ofrece :
Envuélvese el dolor con el espanto ,
Y el ansia congojosa que padece ,
Le levanta , y le arroja , si no muerto ,
O no dormido bien , ó mal despierto.

No lo incierto del sueño le asegura
Ni en las dificultades se sosiega ,
Sabe que no es dichosa la hermosura ,
Que todo es fácil á la envidia ciega :
Que no merece parte en la ventura
Quien á los hados perezoso ruega ;
Y quisiera ligarse el pensamiento
Para entrar en Toledo por el viento.

De animado relámpago se fia
Al céfiro legitimo heredero ,
Que las exhalaciones competia
Del alma de su dueño ; y lisoujero
Tanto esfuerza el aliento la porfia ,
Que arrojado no fuera tan ligero ,
Con ansia de alcanzar cada suspiro ,
En el vuelo de un sacre ni en el tiro.

Estaba el año de la edad adulta
En el principio , cuando ostenta ufano
La preñez que en los árboles resulta
De las virilidades del verano :
El alma Céres con virtud oculta
En verdes mieses multiplica el grano ,
Y ordena Juno que Favonio vuelva ;
Para esmaltar florifera la selva.

Y aunque la hermosa amante ver quisiera
El calor en la noche remitido ,
No deja su epiciclo por esfera
De las divinas luces elegido :
Que si no aljaba de las flechas , era
Taller de los harpones de Cupido ,
Con que todos los tiros son mortales ,
Afiladas las armas en cristales.

Del lazo en que se prenden importuno
Libra los hermosísimos cabellos ,
Y para suspenderse en cada uno ,
Quisiera amor innumerables cuellos :
No fuera su color tan oportuno
Si todo el sol se trasformára en ellos :
Por milagro de amor naturaleza
Juntó la oscuridad y la belleza.

Borrones son las luces con que ordena
De rosicler el alba los colores ,
Cuando compiten de su tez serena
Con la mezclada lucha de las flores :
En que sale mas veces la azucena ,
Y alguna los claveles vencedores :
Solo los labios , en que amor reposa ,

Admiten pura la flamante rosa.

El incendio divino de sus ojos
Que á vencimientos celestiales pasa,
Para lograr eternos los despojos
Anima, no consume, lo que abraza;
Y en medio de dulcísimos enojos,
Aun cuando alumbran con la luz escasa,
Hallan las almas que su ardor condena,
Abismo celestial, gloriosa pena.

Las demas perfecciones resplandecen
Reducidas á union tan soberana,
Que las disculpan si la desvanecen,
Y se compiten por tenerla ufana:
En cuantas hermosuras se encarecen
Nunca se vió la humanidad tan vana,
Ni con tantas divinas calidades
Para poder triunfar de las deidades.

Perdona, Celia, que retrato humano
Ni á tu belleza original ofende,
Ni la osadia de pincel profano
Emulacion sacrilega pretende:
En tu memoria del dibujo vano
Idólatra mi alma se suspende,
Y en fiel demostracion de mi cuidado
A tí te adoro y á Raquel traslado.

Alzando entonces la fatal cortina
Némesis permitió que se mostrara,
Que los últimos átomos destina
A la labor de Láquesis avara:
El fin de la hermosura determina;
¡Oh cuánto algun soberbio se templara
Si al juzgarse inmortal hiciera el cielo
Que de su estambre se corriera el velo!

Ya persuadian al mortal reposo
Del cielo descendiendo las estrellas,
Cuando la turba ruido temeroso
Que se formaba de iras y querellas:
Y aunque las voces por lo numeroso
Eran confusas, se aclaraba en ellas:
« Muera quien nuestra libertad cautiva;
Viva la paz, y la justicia viva. »

No cuando al fuego de la cuarta esfera
Se vió el hijo de Dédalo tan junto
Reconociendo liquidar la cera,
Justo castigo del soberbio asunto,
Despeñado, primero que cayera,
Se halló del sobresalto tan difunto;
Como del susto pavoroso muerta
Quedó Raquel al impeler la puerta.

Con la violencia de la gente armada
Tiemblan de las áldabas las hebillas:
Entra furiosa la canalla osada
Resolviendo los quicios en astillas:
¡Traidores! fué á decirles, y turbada
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dijo: *caballeros,*
¿Porqué infamáis los ínclitos aceros?

Una muger acometeis rendida
Como si fuera ejército enemigo;
¿Amar á vuestro rey correspondida

Puede solicitar tanto castigo?

Mezclada de mi sangre y de mi vida
Toda su magestad vive conmigo;
Podrá vuestro rigor verlo deshecho
Primero que sacarle de mi pecho.

Mal pudo á tanto rey, á imperio tanto
Resistirse rebelde mi flaqueza:
Estas sangrientas fuentes de mi llanto
Basten á enternecer vuestra dureza:
Y desta vana compostura, cuanto
Tan ciegamente se llamó belleza....
Rompió las piedras suspirando entonces,
Y se irritaron los vivientes bronce.

Herida ya una vez, no se remita,
Dijo, con nueva luz lo que merezco:
A tí, causa primera, solicita
Mi alma en la fatiga que padezco.
A tu piedad sin limite infinita
El holocausto de mi vida ofrezco;
Anima tú eficaz mi sentimiento,
Y hasta martirio eleva mi tormento.

Con las venas sin número rompidas
No apagan de los ánimos voraces
El ansia los sedientos homicidas:
Dureza fué de pechos pertinaces
Repetir tantas veces las heridas:
Pero querer hacerlas tan capaces
Que pudiesen salir dos almas juntas,
Clemencia fué de las crüeles puntas.

¡Oh mudanza forzada en la fortuna!
¿Qué vanidad en tu valor blasona?
La que á sus plantas ostentó la luna,
Pareciéndole poco una corona,
Ya sin aliento de esperanza alguna,
Entre la turba vil que la baldona,
Es víctima sangrienta de villanos:
¿Esto acontece y duermen los tiranos?

No fué bien de los bárbaros feroces
Ejecutado el prodigioso insulto,
Cuando en las alas del amor veloces
Y en las tinieblas del temor oculto
Llegaba el rey; y las dolientes voces
Le fingan un agüero en cada bulto,
Fúebre luz que trémula lucia,
Al desengaño trágico le guía.

Reconoció, y el rigor airado
Acusa de los dioses celestiales:
Generoso leon por esforzado
Y por rey infeliz de irracionales,
Mirando en el semblante destrozado
Las prendas de su alma ya mortales,
Para rescatarlas con bramidos
Pide brutalidad á los gemidos.

En los jazmines palidos se arroja
Que deshojados y marchitos mira,
Y explica dolorido la congoja
En la debilidad con que respira:
El clavel, que marchito se deshoja,
Contempla inmóvil, asustado admira;
Y suspendiendo indleios de viviente,

Muestra que siente más en que no siente.

De los injustos hados al intento
Ya toda la beldad obedecia,
Y con tan apacible movimiento,
Que pudiera lucir cuando vivia :
Al despedirse del postrero aliento
Paramostrar que el cielo se rompía,
Abrió los ojos, y al cerrarlos luego
Todo lo que alumbró lo dejó ciego.

Dando las señas de su fin constante
Tres veces se afirmó sobre los brazos,
Y persuadida del preciso instante
Atropos corta los vitales lazos:
Pártese el alma y del mortal amante
Sale deshecho en líquidos pedazos
A recibir los últimos despojos,
El corazon vertido por los ojos.

Como despues de las perdidas horas
Dió el rey toda la edad al escarmiento,
Labrando las virtudes triunfadoras
A su fama glorioso monumento,
Decidlo de Hipocrene moradoras :
Permitase al dolor mi desaliento :
¿Qué voz de hierro durará sonora
Cuando espira Raquel y Alfonso llora ?



EL PRINCIPE DE ESQUILACHE¹.

ROMANCES. — I.

Tan dormido pasa el Tajo
Entre unos álamos verdes,
Que ni los troncos le escuchan
Ni las arenas le sienten.
En su silencio y descanso
Los ruiseñores alegres
A voces le estan diciendo
Que, pues sale el sol, dispierte.
En los juncos de su orilla
Daba la dulce corriente
Si no de que esta dispierta,
Señales de que se mueve.
Hasta llegar á Toledo
No es posible que recuerde :
Que solo dispiertan peñas
A quien sobre arenas duerme.
Junto á un peñasco, en que forma
El sol en su orilla siempre
Al nacer sombra en las aguas,
Y en los campos al ponerse,
Estaba el pastor Lisardo
Con las ovejas que tiene,
Que por ver la cara el sol

Ni juegan, pacen, ni beben.
Y templando el instrumento
Que no fué poco el tenerle,
Dijo á las aguas del Tajo
A quien cantó tantas veces :

Cristales del Tajo
Que dormis al son
Del risueño viento,
De su alegre voz :
*Despertad, que os llaman
Las aves y el sol.*

Aguas cristalinas
Que bajais de Cuenca
A regar los campos
Y á dejar las sierras
Si en vuestras riberas
No os despierto yo,
*Despertad, que os llaman
Las aves y el sol.*

II.

Entre dos montes soberbios
Está tan guardado un valle,
Que por él pregunta el sol,
Y donde vive no sabe.
Un solo manso arroyuelo
Su verde término parte,
Y riendo no consiente
Que otras aguas por él pasen.
Tantas sombras le acompañan ,
Tan mudas pasan las aves,
Que en sus peñascos parece
Que el miedo y la noche nacen.
Ni en ellos cantan ni anidan
O suspensas ó cobardes ;
Que en las casas de los tristes
No hay quien se alegre ni canse.
La diferencia que siente
Cuando las estrellas salen ,
Es que suenan en las guijas
Un poco mas los cristales.
De los árboles sombríos
El valle y los montes hacen
Que , para mas confusion,
Las verdes ramas se abracen.
Al verde horror que se encubre
Con un silencio tan grande,
Ni las mañanas le alumbran
Ni le escurece la tarde :
Y aunque esté tan triste y solo,
Sin peligro de engañarme ,
Yo por las suyas trocará
Mi tristeza y soledades.
Él parece que está triste
Cuando yo lloro pesares :
Si él parece y yo padezco,

¹ Natural, según se cree comunmente, de Madrid. Fue virrey del Perú, y murió en Madrid el año de 1638 ya muy avanzado en edad.

Diferentes son los males.
 A verle voy, que es forzoso
 Que un triste al otro acompañe,
 Porque mis penas le alegren
 O sus tristezas me acaben.
*Mas, ¿porqué pierdo pasos en buscalte,
 Si es mi desdicha el mas confuso valle?*

III.

Truécanse los tiempos,
 Múdanse las horas,
 Unas de placeres
 De pesares otras :
 Y en la primavera
 De las mas hermosas
 Noche son los años,
 La niñez aurora.
 El árbol florido
 Que el cierzo despoja,
 Si enero le agravia,
 Mayo le corona.
 La callada fuente
 Que murmura á solas,
 En verano rie
 Y en invierno llora.
 Si en prisiones duermen
 Las aves sonoras,
 Libertad del día
 Por los aires gozan.
 Si los vientos braman
 Y la mar se enoja,
 Cuando el alba nace
 Descansan las olas,
 Si de nieve mira
 Cubierta su choza
 El pastor que en ella
 Guarda ovejas pocas ;
 Cuando vuelve mayo
 Que sus pajas dora,
 Los copos de nieve
 De plata son copas.
 La viuda montaña
 Sus nevadas tocas
 Por las galas trueca.
 De lirios y rosas.
 Y el sol, á quien prenden
 Sus pasos las sombras,
 Mas galan despierta
 Por campos de aljófar.
 Para todos sale
 Desterrando á todas,
 Que las sombras huyen
 De su luz medrosas.
 Silvia, tus cabellos
 Y mejillas rojas,
 Si el tiempo las pinta
 El mismo las borra.

IV.

A la queda está tocando
 La campana de mi aldea ;
 Para quien viene se toca
 Mas no para quien se queda.
 Ya volvieron los zagales
 De las parvas y las eras,
 Y aunque la noche ha llegado
 Se queda Jacinto en ella.
 Él, que sabe que le quieren,
 Y que con zelos le esperan,
 No hay gusto que no le aparte,
 Ni obligación que le vuelva.
 A nadie por el pregunta,
 Porque temo la respuesta,
 Y cuando no de aguardarle
 De preguntar me arrepienta.
 Mis vecinas no los guardan
 Ni sus esposos las celan ;
 ¡ Triste de mi, que los zelos
 Conmigo las manos truecan !
 Mas ya que todas reposan,
 Y han salido las estrellas,
 Cantarle quiero estos versos,
 Llorarle quiero estas quejas :
 Mi amor en el campo
 Duerme esta noche,
 ¡ Ay de quien la desvelan
 Zelos y amores !
 Aunque de su esposa
 Le falte la cama,
 Quien duermie sin zelos
 Sin ella descansa.
 Si espera que el alba
 En los campos lllore,
 ¡ Ay de quien la desvelan
 Zelos y amores !

V.

Llamaban los pajarillos
 Con dulces voces al sol,
 Que por ver á quien le llama
 Mal dormido recordó.
 Escuchaba entre las aves
 De un arroyuelo la voz,
 Que agradecido á su lumbre
 La bien venida le dió.
 Entre las ramas de un olmo
 Le acompaña un ruiseñor,
 Enamorado testigo
 De cuantas veces salió.
 Yo sola triste al son
 De todos lloro soledad y amor.
 En el valle de mi aldea
 Zelosa aguardando estoy
 Que salga un sol á mis ojos
 Que en otros brazos durmió

Montes, decíde que siento
 De los males el mayor,
 Si como al padre del día
 Le veis primero que yo.
 Aquí de la noche al alba
 Llorando memorias, soy
 De mis esperanzas sombra
 A que nunca amaneció.
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
 ¡ Cuántas veces con suspiros
 Durmiendo el sol me llamó,
 Con mas lisonjas que al día
 El pajarillo cantor !
 Desveladas noches tristes
 Zeloso al hielo pasó,
 Y agora seguro duerme
 Lo que rogando veló.
 Por estos campos del Tajo
 Ausente y perdida voy
 A buscar agenos bienes
 Que mi desdicha perdió :
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
 Así Amarilis se queja
 Al primero resplandor,
 Que del prado de su aldea
 La muda sombra vistió.
 Mirando está la cabaña
 Que de su ausente pastor
 Fué lisonja, casa y sombra
 Que sus engaños cubrió.
 Y viendo en las verdes ramas
 Que repiten la cancion
 De los arroyos las aves,
 Así dijo y suspiró :
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.

VI.

Escondido yace un valle
 Entre dos soberbios montes,
 Que solo ha visto un arroyo
 Que por él medroso corre :
 Tan callado y tan dormido,
 Que ni el silencio interrumpe
 Al descuido de las hojas,
 Ni al descanso de las flores.
 En los ecos vuelve á veces
 Los ladridos y las voces
 De los cuidadosos perros
 Y mal dormidos pastores.
 Y cuando huyendo del alba
 Con negros pasos veloces
 La noche á buscarle viene,
 En él encuentra otra noche
 Y como en tan corto espacio
 La oscuridad se recoge,
 El por noche, ella por valle,

Entrambos se desconocen.
 Al sol no ha visto la cara,
 Sino pocos resplandores
 Mira de un monte en los piés
 Cuando en diciembre se pone.
 A entrambos montes rendido,
 A sus peñascos y robles
 Pidiendo está que se tengan
 Y que sobre él no se arrojen.
 No me espanto que los tema,
 Pues siempre fueron conformes
 Las amenazas del rico
 Y los recelos del pobre.
 Pierde del riesgo que temes,
 Valle humilde, los temores :
 Que en el monte mas vecino
 Ha de ser mayor el golpe.
 Entrambos montes compiten,
 Y cuando alguno se enoje
 Nunca lastima al rendido,
 Sino al igual que se opone.
 Poco cielo te corona,
 Y en tan breves horizontes
 Te librará de las peñas
 Quien te guarda de los soles.
 Y es dicha, escondido valle,
 Pues no tienes pretensiones,
 Que no te conozca el sol
 Si tú mismo te conoces.

VII.

Niñas de mi aldea
 Que vais á la fuente
 Por agua las menos,
 Las mas porque quieren ;
 Si el amor os lleva
 Y el pesar os vuelve,
 Él verdad os dice
 Y el amor os miente.
 No son buenas prendas
 Plumas y papeles,
 Para dar el gusto
 Quien libre le tiene.
 Mirad que en la vida
 Son quien mas defiende
 De asaltos de amores
 Armas de desdenes.
 Mirad el peligro,
 Porque á las mugeres
 Verdad y mentira
 Dañan igualmente.
 En las que se engañan
 Y en las que se pierden,
 Mal los pocos años
 Aconsejan siempre.
 Mirad como el árbol
 Cuando está mas verde,
 En abril un cierzo
 Le burla y ofende.

No os engañen , niñas,
 Los floridos meses ,
 Que al paso de mayo
 Camina diciembre.
 ¿ No veis que las manos
 Del tiempo convierten
 Las rubias espigas
 En nevadas mieses ?
 Los alegres años
 No esperéis que vuelen ,
 Y los tristes vengan ,
 Que jamas se vuelven.
 Pierde cuando turbio
 Con los años crece
 Del amor el río
 El vado y la puente.
 De las mas gallardas
 Es cuando envejecen ,
 Quien mejor se sienta ,
 Quien peor se siente.
 ¿ Visteis las que hollando
 Tiempos diferentes
 Causaron envidias ?
 Ya á lástima mueven.
 Vuestro engaño vive ,
 Pues cuando os desmiente ,
 Lo que lloran unas
 Otras no lo creen.
 Son de las mas bellas
 En su blanco oriente
 Rostros cuando salen ,
 Gestos al ponerse.
 Oid mis consejos ,
 Mirad que os advierten ,
 Pues los años vuelan
 Que el engaño vuela.

VIII.

Los áspides en la mano
 Y el corazón en Antonio,
 Mas libre para morir
 Que para rendirle á otro ;
 Está la reina de Egipto
 Mirando en un hombre solo
 El imperio de la tierra
 Y la libertad de todos.
 Lloro la suya perdida ,
 Y el amor osado y loco
 Los áspides animaba
 Contra sus brazos hermosos.
*Áspides , dijo , á mi desdicha sordos ,
 ¿ Cómo vive Cleopatra sin Antonio ?
 Y aunque es grande el amor y el dolor
 mucho ,
 Hacer podéis lo que ninguno pudo.*
 Yo perdí por mi desdicha
 Entre las penas que lloro
 A un hombre que me estimaba ,
 Que es mas que perder mi esposo.

*En Roma por triunfar ,
 Y á su fado victorioso
 Ver á mis piés humillado
 El honor del Capitolio.
 Y agora libro el no ser
 En vuestro oficio piadoso ,
 De la fortuna desprecio ,
 De su enemigo despojo.*
Áspides , dijo , etc.

Llegad presto , si cobardes
 De hallar no estais recelosos
 En los brazos de Cleopatra
 Mas veneno que en vosotros.
 Aunque sus águilas ponga
 En el Idaspe remoto ,
 Como conmigo no sea
 Augusto quede con todo.
 Deste peligro y afrenta
 Librad el honor medroso
 De Cleopatra , que os obliga
 Con lágrimas de sus ojos.
Áspides , dijo , etc.

IX.

Con rayos de hielo y plata
 Armado sale diciembre
 A vengarse de los campos
 Que hospedaron á las mieses.
 Las altas sierras descubren
 Por el manto de las nieves
 Entre cabellos de vidrios
 De riza escarcha las sienas.
 Ya prende las dulces aguas
 Porque al ciclo no se quejen :
 Que amenazan al poder
 Aun las quejas de las fuentes.
 Los secos troncos murmuran
 Del engaño de los meses ,
 A tanto rigor desnudos
 Y á tanta lisonja verdes.
 Las humildes ovejuelas
 Por las dormidas corrientes
 Descansan mudas y tristes
 Donde bebieron alegres.
 Airados braman los aires
 Que son soberbios valientes ,
 Y en los enojos del año
 Los mas vengativos siempre.
 Las aves que dan al sol
 Naturales parabienes ,
 Con tiernas voces le llaman
 Porque sus nidios caliente.
 Apenas comienza el día ,
 Y al sol en distancia breve
 A sus piés le ven los montes
 Que le vieron en sus frentes ;
 Y á las puertas de Amarilis
 Lisardo cuando amanece ,
 De blanca nieve cubierto ,

Así cantó lo que siente :

*A tus puertas me abraso
Casada bella :
Fuegos son mis suspiros
Cuando mas hiela.*

X.

Junto á una peña del Tajo ,
A quien sus blancos cristales
En el verano la cercan
Y en el invierno la baten ,
Sentado estaba Lisardo
Esperando que la tarde
En los brazos de la noche
Y del silencio descansa ,
Para cantar á Lucinda
Sus quejas y sus verdades ,
Siendo en su olvido lo mismo
Que las lllore ó que las cante.
Y es en la bella casada
Imposible que se iguallen
La posesion de un marido
Y las quejas de un amante.
Un tiempo quiso á Lisardo .
Y despues quiso olvidarle ;
Y á Silvio que aborrecia
Quiso querer y mudarse.
Así se pasan los años
Y engañan las voluntades ;
Y son bienes en un tiempo
Los que en otros fueron males.

Ausentóse de su aldea ,

Y es con zelos ausentarse
No curar la enfermedad ,
Y hacer que el remedio mate.
Apenas cubrió la noche
De los montes los umbrales ,
Cuando empezó su tristeza
No á cantar, sino á quejarse :

Bella casadilla ,
Mal haya tu amor,
Pues dicen mis zelos
*Que sufriendo estoy,
Que él tenga la dicha
Y la envidia yo.*
¡ O qué mal te acuerdas
Cuando oyó tu calle
A tu fe mentiras ,
A mi amor verdades !
Ya las olvidaste ,
Sabiendo tu amor
*Que sufriendo estoy,
Que él tenga la dicha
Y la envidia yo.*

XI.

La morena sierra
Pasaste, Lucinda ,

Y habrá mas de un año
Que estás en la villa.
Con ninguna tratas ;
A ninguno miras ,
Si por nada mueres ,
¿ De qué vives , niña ?
No nació tu hielo
En la Andalucía ,
Sino en los nevados
Campos de Castilla.
La cuna del Tórmes
Y sus nieves frias ,
Son con tus desdenes
Una cosa misma,
Ni el cristal bebiste
Que parte á Sevilla ,
Y al mar por sus puertas
Seguro camina.
Deja los rigores ,
Deja tus porfias :
Si de ver no gustas ,
Huelga de ser vista.
Al son de unas cuerdas
Esta mañanica
Te cante estos versos ,
Piensó que dormias :
No retires tus ojos
Niña del Bétis ,
Deja que los quieran ,
Ya que no quieres.

XII.

Quando del airado invierno
Las altas cumbres se quejan ,
Y coronadas de nieve
Su helada vejez confiezan :
Quando soberbios los rios
Al mar presurosos llegan ,
Y con su fuerza las olas
Se miden con las estrellas :
Y los inútiles troncos
Rendidos á su inclemencia
Desnuda de hojas el tiempo
Porque mas su injuria sientan :
Quando el hielo á los arroyos
Castiga con muda fuerza ,
Que por lo que han murmurado
Justamente los enfrena ;
Sobre la desierta orilla
De las aguas de Pisuerga ,
Ausente un pastor del Tajo
Cantaba al son de sus quejas ,
Partí de unos ojos
Que sin verme ausente
*Vivo me lloraron
Matarme quieren.*
Su rigor ordena
En tau dura suerte
Que causen mi muerte

Y floren mi pena :
Y aunque en su cadena
Mi fe se defiende ,
Vivo me lloraron
Matarme quieren.

Y si me han dejado
Vivo a la partida ,
Partí de la vida ,
Mas no del cuidado :
En tan triste estado
Muere un ausente :
Vivo me lloraron
Matarme quieren.

Dan al mal de ausencia
Los médicos sabios
Menores agravios
A mayor paciencia.
Y aunque su violencia
Rendida quede ,
Vivo me lloraron
Matarme quieren.

XIII.

Salió á la fuente Jacinta ,
Cuando Pascual , que se abraza ,
A buscarla va á la fuente
Como ella á la fuente el agua.
Las blancas perlas recoge ,
Que en el nacer desatadas ,
De su patria fugitivas
Arenas y flores bañan.
Unos dicen que zelosa ,
Otros que suspensa estaba ,
Y al fin en los ojos muestra
Lo que Pascual en el alma.
Y mirando como corren
Mira tambien como pasan ;
Y á su altivez y hermosura
Riendo la desengañan.
Cuidados tiene Jacinta :
Ni el ir ni el venir la cansa ;
En los festigos no advierte
Ni en el cántaro repara.
Y dejándole en la fuente
Por escuchar lo que cantan ,
Al son del agua y las guijas
Asi Pascual le cantaba :
Zagaleja que vas á la fuente
Dejala y ruelve ;
Que si quieres agua que corra
De mis ojos corre siempre.

Hermosa serrana
Que de nuestra aldea
Del pueblo á la fuente
Tu cántaro llevas
Si lleno deseas
De lágrimas verle ,
Dejala y ruelve ,
Que si quieres agua que corra

De mis ojos corre siempre.

XIV.

Mientras que el mar airado
Compite con las rocas ,
De mi destierro triste
Quejarme quiero á solas.
Escucharán mis males ,
Y las amargas horas
Que la esperanza cuenta
Y el sufrimiento llora.
Haré testigos mudos
De las confusas olas ,
Que callan mis verdades
Y sienten mis congojas.
Serán discursos tristes
De las pasadas glorias ;
Que mal se acuerda de ellas
El alma que reposa.
Mas temo que me falte
El tiempo , porque acorta
Los plazos de la vida
El mal de la memoria.
Y el importuno viento
Lleva mis ansias locas ,
Que en la desdicha imitan
Su mismo dueño ahora.
Amada ausente mia ,
Si de la luz hermosa
De tus divinos ojos
Mi soledad es sombra ;
¿ Cuándo llegará el dia
Que el Tajo me responda
Tu nombre , que repitan
Sus aguas venturosas ?
Desterrará del alma
El nuevo sol que adora
De mi llorada ausencia
La noche temerosa.
Serás el que naciendo
Las altas cumbres toca ,
Los bajos valles viste ,
Los verdes campos dora ,
Ofreceráte entonces
Mi dicha vencedora
Los desatados lazos
Y las cadenas rotas.
Y harán , si te acordares ,
Seguras de lisonjas
Palabras verdaderas ,
Sospechas mentirosas.
Razones que pudieran
Obligarte , señora ,
Me nacen en el pecho
Y mueren en la boca.
Por esta inútil playa
Mis quejas lastimosas
Lloradas de sus ecos
El fiero mar arroja.

Si he de volver á verte ,
¿Qué dudas me alborotan ?
¿Qué miedos me atormentan ?
¿Qué penas me congojan ?

XV.

Quiera el cielo, Silvia ingrata,
Que el agravio y el desprecio
De tanto amor se conviertan
En dolor, venganza y celos.
Y es tan injusto el rigor
De las ofensas que siento,
Que no recelo que quieras
Ni que me mates recelo.
Y al que, enemiga, quisieres,
Mires en brazos ajenos,
De tus quejas tan seguro
Como lo estás de mi fuego.
Y entonces, Silvia zelosa,
En mas conocido espejo
Del rostro de mis agravios
Verás mejor los defectos.
En el verás lo que ofende
La fe y la verdad de un pecho,
Un desden tenido en mas,
Y un amor tenido en menos,
¿Qué ufana estás cuando escuchas
Que en tus umbrales me quejo,
Y tus lecciones aprenden
De las ventanas los hierros !
Teme, Silvia, que por ellas
Los rigores de su dueño
En flaquezas convertidos
A la calle saque el tiempo.
Yo mis quejas le remito :
Que siempre sus brazos dieron
A las lágrimas venganza,
Y á las desdichas remedio.
De tu soberbia y mi agravio
Entrambas cosas espero ;
Y que podré despreciar
Lo mismo que ahora temo.
No lo dudes, Silvia ingrata ;
Porque ha de querer el cielo
Que mueras del mismo mal
De que estoy aquí muriendo.

XVI.

Las zagalas de la aldea
Todas en el baile estan :
Mucho saben de envidiarse
Harto mas que de bailar.
Todas aman, todas penan,
Y Belilla siente mas,
Que es sobre achaque de celos
El peligro de su mal.
Con los mancebos del pueblo
Murmurando está Pascual,

Que el remedio sabe Anton,
Y no la quiere curar.
Con la hija del alcalde
La mañana de San Juan
Tantas mudanzas bailó,
Que al fin se vino á mudar.
¿Qué triste y zelosa vive !
¿Qué desengañada está !
Que del que ofende y olvida
No tiene amor que esperar.
No divierte sus tristezas
El ver que de su lugar
Dejando alegres los campos
Quiere abril partirse ya.
Por ellos bajaba Menga,
Y tantas galas les da,
Que el baile dejó Belilla
Sin poder disimular.
Y mirando cuidadoso
La que viene y la que va,
Al son del baile y del agua
Pascual comenzó á cantar :
Entra mayo y sale abril :
¿ Cuán floridito le vi venir !

Venga el mayo verde,
Váyase el abril
Que dejó los campos
A medio vestir.
Sus prisiones rompan
La rosa y jazmin,
Que el soplo agradecen
Del viento sutil.
Vístanse las flores
Blanco y carmesí,
Manto de esmeralda
Y de oro el perfil.
Entra mayo y sale abril :
¿ Cuán floridito le vi venir !

Enlace amorosa
Al olmo la vid,
Que en sus brazos quiere
Medrar y subir.
Risueñas las fuentes
Conozcan en sí,
Lo que en todos puede
Callar y sufrir.
El año comience
A volver por sí,
A cantar las aves
Y el alba á reir :
Entra mayo y sale abril,
¿ Cuán floridito le vi venir !

XVII.

Una zagaleja
Que nació en la Sagra-
Y dejó su pueblo
De matar cansada,
Vino á Manzanares.

La flesta de Pascua
 A probar venturas
 Y á traer desgracias :
 Como si faltasen ,
 Cuando todo falta ,
 Pesares sin cuenta ,
 Desdichas sin tasa .
 Yo la ví en el baile
 Que Anton la miraba
 Aun con mas cuidado
 Del con que ella baila .
 De estar tan torcidos
 Dicen que es la causa
 Que Anton se la jura
 Y ella se la guarda .
 Cuando sueltos corren
 Zelos en el alma ,
 No hay humo tan fuerte
 Ni muger tan brava .
 Y una condicion
 Tan libre y tan vana ,
 Dejada se ofende ,
 Querida se cansa .
 Y Anton que lo siente
 Una noche helada ,
 Esto á los umbrales
 Cantó de su casa :
 No me mates con zelos ,
 Bella aldeana ,
*Porque á zelos muere
 Quien á zelos mata .*
 Niña , que dejaste
 Abrasado el pueblo ,
 Y harás con tus ojos
 Lo mismo del nuestro ;
 Mas penoso fuego
 Sentirás , Anarda ;
*Porque á zelos muere
 Quien á zelos mata .*

XVIII.

Yo , verde mayo , me acuerdo
 Cuando fuistes bien venido ,
 Y con auroras y flores
 Tan galan como vos mismo ,
 De vuestros hielos se queja
 El campo inútil y frio :
 No hagais , mayo , novedades ,
 Y no tendreis enemigos .
 Yo ví cuando conocian
 Montes y campos floridos
 En vuestros ardientes soles
 La vecindad del estío .
 Y ahora encogido y triste ,
 Cuando os toca por officio
 Vestir de flores las selvas ,

Vestis de nieve los riscos .
 Y vuestro rigor obliga
 Que busquen los pajarillos
 Mas defensas para el aire ,
 Mas plumas para su nido .
 ¡ O qué burlados quedaron
 Los que buscan ofendidos
 De las injurias del año
 El reparo y el abrigo !
 Ni es razon que á los arroyos
 Humildes y fugitivos ,
 Despues de prision tan larga
 Les pongan segundos grillos .
 ¡ O qué bien entre las aves
 Sonaron en los oidos
 Las canciones de las fuentes
 Y las voces de los rios !
 Del mas dulce ruisenor
 Que alegre á buscaros vino ,
 Las mas amorosas voces
 Ya son apenas suspiros .
 Campos , arroyos y selvas ,
 Altos montes y sombríos
 Os desconocen presente ,
 Y os buscan como perdido .
 Volved , mayo , á lo que fuistes
 En vuestros verdes principios :
 Dejad á los meses locos
 Nieves , furias y peligros .
 Estos versos sin cantarlos
 Lisardo á mayo le dijo ,
 Mirando montes de plata
 De escarcha y nieve tejidos :
 ¿ Quereis , verde mayo ,
 Galan florido ,
*O matar con hielos ,
 O morir con frios ?*
 Vos que tantos tiempos
 En vestir los campos
 Liberal pusistes
 La postrera mano ;
 Mirad que os engaño
 Y error conocido
*O matar con hielos ,
 O morir con frios .*

DON FRANCISCO MANUEL .¹

EPISTOLA.

Partistete á los campos de Castilla ,
 Amigo Licio , y con dolor dejaste
 Todas las atenciones de la villa .

¿Qué mucho, si contigo te llevaste
 A tí mismo, que llore tu partida
 El aplauso comun á que faltaste?
 Siéntola : mas mi pluma de advertida
 El cuanto calla , mientras que te pide
 Tu propio sentimiento por medida.
 Tú, pues, si la memoria no lo impide ,
 No lo rehusa , por las mas costosas ,
 Que hoy mi dolor en tus ausencias mide.
 Las musas olvidadas y dudosas ,
 Extrañando el silencio en que las tienes ,
 Te llaman por los campos querrellosas ,
 Sin que puedan creer que los desdenes
 A estaciones te lleven solitarias ,
 Bien que la paz del ánimo previenes.
 Pues cuando las dolencias son contrarias
 Del orden natural , no basta cierto
 La virtud de triacas ordinarias.
 Piérdese á veces en el manso puerto,
 El bajel que escapó de la tormenta
 Del fiero mar , con el costado abierto ;
 Allá con el peligro se le aumenta
 La vigilancia, acá con el reposo
 El infiel descuido se acrecienta.
 Tu leño, acostumbrado y cuidadoso
 En la navegacion de tantos mares ,
 En el puerto le temo peligroso.
 Y las robustas fuerzas singulares
 Con que luchabas y te defendias
 De la persecucion de los pesares ,
 ¿Quién duda que de ociosas tantos dias ,
 Torpes un hora veas? que el sosiego
 Destempla las mas altas osadías.
 Nunca traidor ó pertinaz el fuego
 Daña, si prende dentro del poblado,
 A donde le castiga el agua luego ;
 Cuanto en la soledad y despoblado
 Hace la libre llama de ruina ,
 Contra lo mas precioso y mas vedado .
 No perdona á los años de la encina ,
 Ni lo sagrado del laurel respeta
 A quien el alto Jove no fulmina.
 Si arde en tí mesmo tu pasion secreta ,
 Que disimula tu interior halago ,
 Y á la vista no turba ni te inquieta ;
 Antes que humees tu escondido estrago ,
 Procura que lo apague la prudencia ,
 Deduciendo el suceso del amago.
 ¿Qué importa que se valga de la ausencia
 Aquel que huye , si llevó consigo
 El ídolo que el alma reverencia?
 La fe no muda , pues del culto antiguo
 Viven en sus afectos las señales ,
 De que la oculta imágen es testigo.
 Casi siempre se adoran inmortales
 Las estatuas que forma la memoria ,
 Cuando el amor prepara los metales.
 Yo juzgo por mi fabula tu historia ;
 Tambien yo padecí, tambien seguía
 Esa, vana mil veces, vanagloria.

Tambien pasé de un dia en otro dia
 Al hombre del engaño la esperanza ,
 Tras del bien que buscaba y mas me huía.
 Tambien yo reconozco cuanto alcanza
 Esa terrible rueda poderosa ,
 Que unos llaman fortuna, otros mudanza.
 Tambien ví, como á veces ingeniosa
 La voluntad, llegando al precipicio ,
 Se afirma en el peligro poderosa ;
 Como tal vez abriéndose un resquicio ,
 Queda mas fuerte el edificio, cuando
 Su ruina esperaba el edificio.
 Y entre afectos que anduve examinando
 Busqué contra el amor en el destierro
 El remedio tambien que hoy vas buscando.
 Ausente amaba, y conocido el yerro ,
 Ya su industria desprecio, si es diamante
 Tanto el amor como la ausencia es hierro.
 Cuando en el alma llega á ser constante ,
 Y no produce amor ese accidente ,
 Jamas para gastalle fué bastante.
 Si quieres tú que el ánimo doliente
 Vuelva en aquella su primera esencia
 De honesta libertad cumplidamente ,
 No te lo alcanzará, Licio, el ausencia :
 Que es mas valiente la humildad cobarde
 Que no la temeraria resistencia.
 Vuélvete al fuego, que si á pausas arde ,
 Y si con nuevas ascuas no lo alientas,
 Tu llama es fuerza que en morir mas tarde.
 Licio, si osado, si constante intentas
 Vengar tu libertad del dulce engaño,
 Que no sé si le extingues ó acrecientas ;
 Prosigue un año á amor, que antes de un año
 El de su mismo fuego ha de encenderte
 Aquella hermosa luz del desengaño.
 Porque es sin contingencia acontecerte
 Zelos, ingratitudes, deslealtades,
 Que son de amor la inevitable muerte.
 Estos no pueden dar las soledades :
 Que en fin, como traidores y asesinos
 Viven con el tropel de las ciudades
 O si tambien con pensamientos dinos
 No del amor, del tiempo te apartaste,
 Por gozar en quietud todos divinos ;
 Si porque el premio, la virtud buscaste ,
 Perdido de la corte en lo confuso,
 Y al campo huyes porque no le hallaste ;
 O si cansado ya del mortal uso
 De la lisonja que en las córtés mora ,
 Rehuyes con tu crédito á su abuso ;
 O si del falso oráculo que adora
 Nuestra ciega ambicion haces desprecio ,
 Cuando la voz comun le ruega y llora ;
 Si haces de sus respuestas el aprecio
 Midiendo su dudosa certidumbre
 Por lo que das por esa duda en precio ;
 Tente, no bajes de la altiva cumbre
 Del pródigo escarmiento al triste llano,
 Ardido al rayo de engañosas lumbre.

Deja abrasar al ciego cortesano :
Y entre la boca y vaso del veneno
No interpongas el grito, no la mano.

Deja que en el intenso oscuro seno
Guarde todos sus aspides la envidia,
Haciendo propio mal del bien ageno.

Si destas vanidades se fastidia
Convalecido ya tu pensamiento,
De las fantasmas con que enfermo lidia,
No acuso tu retiro; antes tu intento
Fanal piadoso en noche oscura y grande
Será á la confusion de mi ardimiento

Ama tu soledad, y deja que ande
Perdido el mundo; deja que le enmiende
Quien dejaron los hados que lo mande.

Incauta es la piedad del que pretende
En dulce puerto apenas escapado,
Donde ni el viento sopla ó mar ofende,

Por socorrer al leño fatigado
Arrojarse á las ondas del Egeo,
Habiendo su peligro antes probado.

Y no lo niego, que es ilustre empleo
Valer á todos; mas si el riesgo es mío,
Despeño y no valor será el deseo.

No porque en tu constancia no confío
Te acuerdo el precipicio á que nos lleva
Esta infidelidad del albedrío;

Antes á mis avisos se les deba,
Que á tu experiencia, escarmentando el gusto
Lo que con tantos ejemplares prueba.

Y si con igual ánimo al injusto
Tiempo ves que no puedes dar remedio,
No forcejees al tiempo, que no es justo.

La plaza que padece un duro asedio
De enemigo mortal, si se socorre,
Mas de la industria que de fuerza es medto.

Cuando aquel río impetuoso corre,
Cualquier fácil peñasco le resiste;
Manso y continuo vence al alta torre.

Para mí todo el mundo en mí consiste,
Y en vano intento remediar al mundo
Si al mundo no remedio que en mí asiste.

Tú primero, y primero sin segundo,
Secretario de Apolo en poesia,
A quien dictó lo grave y lo profundo;

Si falta en persuadir la musa mia,
Manda tú persuadirte por tu musa
La fé de esta inmortal filosofía.

Mi intencion inclinada á la confusa
Escuela de la cólera de Marte,
Tambien estos preceptos me rehusa.

Y procede mi engaño con tal arte,
Que teniéndome ciego y sin aviso,
Me hace poner gran fuerza en avisarte.

De los hombres error siempre preciso,
Ver el arista en los agenos ojos,
Quien la viga en los suyos ver no quiso.

Mas bellos le parecen sus abrojos
Al rústico, que en fértiles jardines
Los blancos lirios y claveles rojos.

Varlos como los hombres son sus fines :
Uno vive al aplauso, otro al provecho ;
No por el tiempo tú los examines.

Con esto pienso tengo satisfecho
La obligacion de epistola misiva,
Segun manda el poetico derecho.

Ni me consiente que mas largo escriba
El confuso ruido, el sordo estruendo
Desta guerra mortal, cuauto es mas viva.

Porque, en este rincon donde escribiendo
Retirado te estoy estos renglones,
Le estoy al eco militar oyendo,

Que entre confusos diferentes sones,
A los castigos de la Celtiberia
Convoca nuestras belicas legiones.

Ya partirémos, dándole materia
De lástimas al siglo, que presente
Con saagre escribirá tanta miseria.

Yo tambien al tropel de nuestra gente.
No menos ofendido que forzado,
Las huellas piso perezosamente.

No puedo resistirme, y voy llevado
Para ser iustrumento del castigo,
Y voy á ser castigo y castigado.

Esta es en fin la relacion, amigo,
De mi fortuna, el juicio de tu suerte,
Que atento ofrezco, cuidadoso sigo ;
Tal soy, tú lo veras, hasta la muerte.

FRAGMENTOS DE OTRA EPÍSTOLA.

Dos plumas tengo, o Fabio, con que escribo
Una las burlas del amor tirano.
Otra las veras del discurso altivo.

Ambas para escribir tentó hoy la mano :
La prudente escogí, bien que la envidia
Del amor procuró trocarla en vano.

Ya tanta burla, amigo, me fastidia,
Que si un favorecido se disgusta,
¿Qué hará quien siempre con desdenes lidia?

Hice promesa de escribirte justa :
En avisos la cumplo, no en novelas,
Lecion que á mugeril genio se ajusta.

Demos versos al viento en vez de velas,
Bien que tú á vista de este idioma extraño
Las letras temerás como cautelas.

¡ O Fabio ! no es cautela ni es engaño,
Pero importa pedir lengua prestada
Al que quisiere hablar un desengaño.

Hoy deseo dejar la amiga tierra
Por el airado mar ; pero mañana
Vender la paz para comprar la guerra.

Enfadame la vida cortesana,
Y en lo sagrado de los montes quiero
Hacer robusta mi esperanza vana.

Cíñase cada cual luciente acero,
Vístase cada cual fino diamante,
Finase cada cual Marte severo.

Páse toda la vida navegante,

De los angostos términos de un pino
Apenas morador, ya naufragante.

Pise incauto las ondas peregrino,
Y de cuantos ancones el mar tiene
La figura traslade al pergamino.

Cáñese el pretendiente á quien mantiene
La ambigua explicacion de la palabra,
Que las postreras lástimas previene;

Labre, cual el gusano en hilos labra,
Su muerte infiel, su infame sepultura,
Donde á ninguna voz sus losas abra;

Busque esotro la suerte y la ventura
En el ocio, y la llame mediania
Sin advertir que á extremos la procura.

El otro se consume noche y dia
Por concertar del mundo los estados,
Filosofando atroz filosofia.

Hércules nuevo aquel de los cuidados
Del viejo Atlante, tome por su cuenta
El peso de los cuerdos magistrados.

O caze, ó pesque la ambicion sedienta
Los gruesos bosques y opulentos mares,
Del que á Epicuro el séquito acrecienta;

Aras levante, y constituya altares
A Vénus Pafia quien su ley venera,
Confundiendo deleites y pesares;

Derrame astuta venenosa siera
El pestifero humor sobre la fuente
A donde bebe la virtud sincera;

Mientras yo, por vivir honestamente,
Busco, huyendo las leyes ya olvidadas,
Sencillo estudio de la antigua gente;

Digo las soledades no alteradas
Del tráfigo del vulgo sedicioso,
Ni del marcial estruendo profanadas;

Patria segura del comun reposo,
Tesoro universal de desengaños,
Sagrado contra el tiempo riguroso:

Ciudad de quien son muros los castaños,
Las copadas encinas torreones,
Firmes á los combates de los años:

Calles que no pasean sinrazones,
Plazas jamas pisadas de malicia,
Puertas nunca llamadas de traiciones:

Corte siempre distante á la codicia,
Donde es plata la paz, oro el sosiego,
Que la soberbia ignora y la avaricia.

¡O bienaventurado aquel que luego
Sacrificar le pudo la presencia,
Sin ofrecer la víctima del ruego!

¡O si fueras quietud de la pendencia
Que dentro en mí disponen mis cuidados,
Rebeldes á razon y á residencia!

Entonces, cuantos dias engañados
Pasé sin cuento, en años las volviera,
Todos vividos, todos bien logrados.

Al mundo, al mar por señas conociera.
Y las distancias de la mar y el mundo
Á dos próximas tapias redujera;

Y con desprecio, ó bárbaro, ó profundo,

Por el sayal pacifico trocará
El hábito de Marte furibundo.

Cada arroyo oceáno contemplará,
Y en firme puente embarcacion segura,
Fuera de este á aquel margen la mas rara.

Cortára por mi mano mi ventura,
Y único de los cielos pretendiente
Cortejára la rústica espesura.

En junio entonces claro, en julio ardiente,
Vueltas ya frutas las primeras flores,
Sombra me diera el bosque, agua la fuente.

No por bocas de hierro al duro monte
El censo le pidiera de animales,
Atronando el pacifico horizonte.

Ni con red engañosa los cristales
Claros quebrára de los manses rios,
Prendiéndoles sus simples naturales.

Y aun temiendo de amor los desvarios
Jamás otras entenas le fiára
Por no volver á dar en sus bajíos.

Solo la blanca aurora enamorára,
Y, en su contemplacion todo elevado,
Ni por Céfalo entonces me trocará.

No pisára el umbral de mi cuidado
La malicia, de sátira vestida,
De mi pluma y mi boca todo honrado.

¡O vida dulcemente apetecida,
Dentro de cuyos límites se vive
Todo cuanto los cielos dan de vida!

¿Qué importa ya que el pecho en valor arda,
Si nuestra edad hoy juzga por locura
Lo mismo que antes era accion gallarda?

El entregar la vida á la ventura,
Trocar la gala de la seda blanda
Por la jerga feroz del armadura;

Las regaladas sábanas de holanda
Convertir en los céspedes agudos
Donde el desvelo de las armas anda;

En fin, los pasos de la guerra crudos
Fueron solo pagados y queridos
En tiempo de Pelayos y Bermudos.

El aire de los siglos corrompidos
No respeta el laurel en los honrados,
Como adora la palma en los validos.

Romper los senos de la mar airados
Es fatiga del ánimo infamada,
Si de Colcos volvisteis despojados.

Vale una pluma mas que no una espada;
Espada á veces que mas vidas corta,
Que del Cid la tizona celebrada.

No tanto á Silió crédito le importa
El Marcio campo, cuanto del ministro
La leve seña ó la palabra corta.

De la gracia imperial se hace registro,
Quien se la hurta mas que se la adora;
Dolor universal del Tajo al Istro.

Valía es mas que no valer agora:
Mas, porque siempre sirve la valia,

Y el valor solo sirve para un hora.

Valida la lisonja y la porfia

Emprenden de los premios coronarse
Propio de la paciencia y la osadia.

Dicha siempre del vicio fué llevarse

La honra á la virtud, y siempre usado,
Porque es grande el servicio, castigarse.

¿Quién vió jamas un necio desdichado?

¿Quién sin empleo vió jamas indino?

¿Quién jamas al honrado ha visto honrado?

Costumbre fué del mundo ó desatino

Trocar las señas : propia al caballero

Es la espada, el bordon al peregrino.

Que venza Aquiles, que le cante Homero,

¿Quién se lo acusa? Mas Sardanapalo

¿Porqué tendrá cronista lisonjero?

Tenga el siglo por malo lo que es malo,

Pues de lo que es virtud á lo que es vicio

Es quasi inmensurable el intervalo.

Llámesese maleficio el maleficio,

Que en llamar de-ventura á la baja

Escándalo se vuelve el beneficio.

Pero mi pluma llena de rudeza

¿Qué intenta? ¿prevenir las magestades

Donde todo es igual con la grandeza?

Sí, que á todo se atreven las verdades,

Y al mas excelso trono estas envian

Celosas que no libres sequedades.

Las hiedras, que humilísimas vestian

Los rudos miembros de algun tronco anciano

Que entre sus hojas pobres escondian,

Cuando á sus propias hojas dió la mano

La cortes vecindad del alto muro,

Suben al capital mas soberano.

Yo no procuré toga, ni procuro

La cívica mural, porque antes creco

Cuanto es del ocio el fruto mas seguro.

De lo que escucho escribo y lo que veo;

Y cuando el celo á naufragar me obligue,

No á sola mi intencion hundió el Egeo.

O se embravezca mas, ó se mitigue

La cólera de Marte ó de Neptuno,

La ignorancia desprecie ó la castigue.

¿Qué voz fatal no ha sido eco importuno?

Ciega, y mas para sí, el entendimiento

De mas ojos que lleva ave de Juno,

Fabio, si me leyeres descontento

Páramos hallarás si mas amigo,

De cada flor brotando un escarmiento.

Nunca lo deleitoso, lo util sigo,

Cuando te escribo ó cuando te aconsejo,

Cuando te persuado y te averiguo.

Niño es amor, mas tiene como vicio

La profunda experiencia á que provoca

Los aciertos de un ánimo perplejo.

Prerogativa que altamente foca

A la verdad, que tiene de excelencia

Dar virtud, no tomalla de la boca.

Hago de mis principios grande ausencia.

No sé qué vanidad tiene la pluma,

Que remeda del cetro la eminencia.

Veo que escribo ley sobre la espuma :

Mas esta vana gloria de escribilla

Me fuerza á que obediencias le presuma.

¿Quién tal cosecha espera á tal semilla?

¡Coger Licurgos y plantar Marones,

Y del pobre bufete hacer real silla!

Mas ¿quién duda que de entre las canciones

Salga Mercurio? pues que la armonia

Mas eficacia adquiere á las razones.

Aquel que inexpugnó Tebas un dia,

Que artifice su voz y su instrumento

Desatados los cerros conducia;

Geroglífico fué del pensamiento.

Donde Grecia mostró que la blandura

Fuerzas al ruego da de mandamiento.

SONETO I.

A UN SUGETO MALTRATADO DE UN MINISTRO.

No es tiranía, Fabio, esa que emprende

El fiero monstruo que adorar solias,

Cuando aspirante á mas que idolatrías

Hoy con tu mesma ceguedad se ofende.

Ni el fuego que en el ánimo se enciende,

Sobre quien arden esperanzas frias,

Se paga del vapor, ni á los que envias

Injustos votos, su altivez atiende.

No por desgracia, por piedad lo cuenta;

¡O desprecio á mas luces venerable,

Padre del desengaño siempre justo!

Deja que gima lastimado el gusto,

Y en lugar de aquel ídolo execrable

Adora por tu ídolo tu afrenta.

SONETO II.

SEMEJANZA DE LOS TIEMPOS.

Fabio, si tú has topado un nuevo mundo,

Nuevo Colon, sin penetrar su daño,

No solo yo disculparé tu engaño,

Mas sulcaré su piélago profundo.

Mas, si como el primero es el segundo,

Tan vario, tan confuso y tan extraño:

Antes quiero habitar mi desengaño

En que el remedio de mis males fundo.

Si en este amaneciese un justo día

A la virtud de gloria y alabanza,

Y á la culpa de afrenta y vituperio;

Yo sus vultos tambien adoraria;

Mas, ¿cuál razon no huye á la esperanza.

Que lo mas que promete es cautiverio?

LETRAS PARA CANTAR. — I.

¿Qué me pides, zagal, que te cuente

Del verde consorcio que ayer tarde ví,

Si no han vuelto hasta agora los ojos,

Que todos llevaron los novios tras sí?

Una tarde, que el bien viene tarde,
De un mes que se llama el mes de abril,
Cata aquí que se rompen los cielos,
Y mandan al sol de tarde salir,

Dividido en dos resplandores
A quien amor jura que presto ha de unir,
Por formar de los dos una estrella
De rayos tan bellos que valga por mil.

La hermosura y la gala, que vanas
Entraron, salieron corridas de allí,
De mirar que las ganan por mano
Bellezas y aseos que caen por ahí.

Cuenta el aire que cuando florido
Se quiso á sus piés airoso esparcir,
Mejor aire y mas flores le esparcen
Su paso gallardo, su planta gentil.

La ribera de Alcántara hermosa,
Vestida cambrai en vez de tabí,
Para fuente le ofrece sus fuentes,
Le presta sus aguas para aguamanil.

Hanme dicho que el cura discreto,
Tomando á los novios sus manos de lis,
Cuando el pueblo pensó los ataba,
Hizo un ramillete de rosa y jazmin.

Los cordones tejió de las telas,
Que dentro del alma se suelen urdir;
Que son telas que el tiempo no gasta,
Y cuando mas duran mas suelen servir.

Los padrinos dijeron entonces:
Pues dentro de un año habeis de pedir
Que al bateo volvamos galanes,
Par Dios, pues lo estamos, quedemos aquí.

Ya con risa pregunta á lo zaino
El cura á los novios si dicen que sí;
Y responden haciéndose rojos,
Que en lengua de novios sí quiere decir.

II.

Aura fresca, aura volante
Que en el aire andas vagando;
Y viciosa y murmurante
Vas con las ramas jugando;

Mientras te digo mi duelo,
¡Ay! afirma, afirma el vuelo.

A vos digo, aura piadosa,
Que esotra piedad no siente;
Con vos hablo, aura amorosa,
Que ella rie al lloro ardiente:

Pues si os doleis sin fingiros,
Suspirad con mis suspiros.

Aura, pues, volando andad
A aquella que me enamora;
Suspirando la contad
Cuanto mal dentro en mí mora;
Y con llorosos acentos

Incitáreis mis lamentos.

Y pues con soplos lascivos
Revolveis su pelo de oro,
Y los anillos mas vivos
Hurtáis del bello tesoro;

Soltad el lazo dorado
Que ha mi corazon atado.

Si con dulces vientezuolos
Girais su bello semblante;
El ardor de sus ojuelos
Templad siquiera un instante:

Que sus bellos rayos rojos
Ni aun templados arden flojos.

III.

¿A dónde te partes, dulce mi enemigo,
Que nunca te afliges con ir y volverte?
Si es bien que no quieres llavarme contigo,
Mis ojos por eso no habrán de perderte.
¿Tan mal te agasajo, dulce pensamiento,
Que donde naciste tan presto te partes?
Y al cabo, ¿qué alcanzas en tu movimiento,
Si el bien me le robas y el mal me repartes?

¿Qué buscas venturas, probando rigores,
En todas regiones que pisan tus pasos?
¿No sabes, no lloras que son los amores
Comenzando largos, acabando escasos?

Antes del peligro saber ser osado
Inculca constancia, noble, alto desprecio;
Mas, despues de visto seguirle obstinado,
En vez de constante, empresa es de necio.

EL LICENCIADO DUEÑAS ¹.

CANCION.

Quedó conmigo ayer una pastora,
Mas no quedó, que fuése la perjura,
Aunque está siempre escrita su figura
En lo mejor del alma que la adora:
Quedó la engañadora

Que antes que en todo el suelo
La noche con su vuelo
Hiciese de un color todas las cosas,
Que mis ansias rabiosas curaría:
Y siendo ayer aun no ha llegado el día.

No tiene muerte amor entre sus muertes,
Ni pena mas cruel entre sus penas,
Ni en las mortales ansias y terrenas
Hay ningunas mas recias ni mas fuertes.
Si hubiera de echar suertes,

¹ Autor desconocido.

Yo primero escogiera
 Muerte sangrienta y fiera,
 Que un rabioso tardar de una pastora,
 Que me señala un hora para verme,
 Y mil para matarme y deshacerme.
 Conmigo concertó que ayer vendria
 Al soto de las hayas mas espesas;
 Pero llevóse el viento sus promesas,
 Y su palabra y la esperanza mia.
 Quizas el dulce día
 Que dijo no ha llegado,
 Que yo en tiniebla ha estado
 Despues acá, y en noche eterna muero.
 Ver ya el día no espero para siempre,
 Pues para mí se ha vuelto noche siempre,

Por los ojos de entrambos falsamente
 Juró que su plabra cumpliria,
 Y con falsar la fe que dado habia
 Quedó su vista mas resplandeciente.
 Quedáronle en su frente
 Cual soles soberanos
 Los verdes ojos sanos;
 Y para que yo al fin sin culpa mia
 Pague su alevosía y desvarios,
 Quedáronme doliendo á mí los mto.
 Quedáronme doliendo los mis ojos:
 Y mas me duele el corazon cuitado,
 De esperanza y de amor tan despojado,
 Cuan lleno de fatigas y de enojos;
 Las flores son abrojos,
 Campal batalla el lecho:
 No está amor satisfecho
 Pues dormir no me deja ni un instante:
 Quien piensa que el amante á dormir viene,
 Tal sueño le dé Dios cual el lo tiene.

La principal razon y fundamento
 Porque de ella fié todo mi amparo,
 Fué por saber que es diosa, y saber claro
 Que no entró en diosas arrepentimiento:
 Mas ya este pensamiento
 Me ha metido en mi daño,
 Ya vino el desengaño:
 Sé que es mortal lo que saber no pude,
 Y es campo que no acude al que lo siembra,
 Y por cifrarlo en breve sé que es hembra.
 Aunque no es cuerdo el que en mugeres fla

Como hombre y amante le di crédito:
 Mas cual muger pagó el tributo y rédito
 Que al ser que tiene de muger debia,
 En quien alevosía
 Se halla por firmeza,
 Y por piedad dureza:
 Y aunque siempre al autor liga la culpa,
 Y aunque amor me disculpa y la condena,
 Ella tiene la culpa, yo la pena.
 Cancion, ya no te quejes de mugeres;
 Y si quejarte quieres,
 Forma de mi querellas
 Porque me fié de ellas:
 Que entonces la muger es buena cierto,
 Cuando es mala y perversa al descubierto.

DIEGO MEJIA.

EPISTOLA TRADUCIDA DE OVIDIO.

SAFO A FAON¹

¿Por ventura, Faon, luego que abriste
 Mi carta, en ver su letra artificiosa,
 Por mia la juzgaste y la tuviste?
 ¿Por ventura mostrárase dudosa
 Tu mente en vacilar quien te escribia,
 Si no vieras mi firma dolorosa?
 Preguntarás que si la musa mia
 Ha siempre versos líricos cantado,
 ¿Porque la que te escribo es elegia?
 ¡Ay! que mi triste amor ha ya espirado
 En tu pecho cruel, y en este punto
 De mí ha de ser su tránsito llorado.
 Y porque el verso al dolorido asunto
 De hoy mas responda, escojo el lamentable,
 Que el lírico no es verso de difunto.
 Abrásome en incendio irremediable,
 Cual arde el campo donde el fuego emprende
 Si sopla el sordo viento incontrastable.
 La seca parva con furor se enciende,

¹ Sevillano: floreció á principios del siglo XVII: tradujo las *Heroidas* y el *Ibis* de Ovidio, y las publicó con el título de *Parnaso antártico*.

² No hay duda que en esta traduccion hay bastantes rípios, locuciones prosaicas ó forzadas, y otros defectos que nacen, no de extravagancia ó corrupcion de gusto, sino de falta de despejo y destreza en el autor para vencer la doble dificultad del metro y de la traduccion. Esto podrá tal vez desagradar tanto á un ánimo excesivamente severo, ó demasiado descontentadizo, que le haga desconocer los aciertos que hay en lo demas, y lo mucho en que exceden los buenos tercetos á los defectuosos. El tono elegiaco está bastante sostenido en toda la obra; y son pocas las de su clase

que presentan trozos tan naturales, tan bien sentidos, y tan felizmente expresados, como la pintura que Safo hace de sí misma cuando le dan la noticia de la fuga de su amante, la del bosque donde entra á veces á meditar en su tristeza y á recordar sus pasadas delicias, y la de su ilusion en que se figura que Faon viene surcando los mares á buscarla. No todas las obras de una coleccion como esta pueden ser igualmente aventajadas; en tal caso tendrian que reducirse á muy pocas. Basta que, consideradas en su totalidad, puedan llamarse buenas, y causen con su lectura mas agrado que fastidio á quien no se halló demasiadamente prevenido en contra de ellas.

La llama excede al resplandor febeo ;
 Tal es el fuego que á mi pecho abrasa.
 Allá habita Faon , donde á Tifeo
 Etna con fuego y sempiterna brasa
 Oprime y quema el cuerpo giganteo.
 Pero con mas ardor y mas sin tasa
 Que si estuviera en Etna y sus fogones
 El iracundo amor mi pecho abrasa.
 No se me ofrecen versos ni canciones
 Para poner en dulces instrumentos ,
 Que es lo que alegra tristes corazones.
 Que el componer y el entonar acentos
 Son ejercicios y obras virtuosas
 De entendimientos libres y contentos.
 Ya me son las Picérides odiosas ,
 Ya huyo de las Driadas doncellas ,
 Solo me ocupo en quejas amorosas.
 Amiton , Cíono y Atis , mozas bellas ;
 Son viles á quien tanto las queria ,
 Ni las quiero hablar ni puedo vellas :
 Y otras ciento que , cuando Dios queria ,
 Por sola su virtud y compostura
 Gustaba de tener su compañía.
 Mira , Faon , si es mucha tu ventura ,
 Pues el amor que á tantas he quitado .
 Le he puesto en tu divina hermosura .
 Tienes el rostro bello y delicado ,
 Tienes edad á gustos conveniente :
 ¡ O rostro que has mi vista emponzoñado !
 Coge la lira y toca dulcemente ,
 La aljaba toma , y te veremos hecho
 Un nuevo Apolo en música y valiente .
 Ponte aquella señal que á mi despecho
 Me pones , serás Baco , y en belleza
 Al uno y otro dejarás deshecho :
 Pues Febo á Dafne amó y á su altiveza ,
 Y Baco amó á la Gnósida Ariana ,
 Siendo dioses los dos de suma alteza .
 Y aunque fué su belleza soberana ,
 No alcanzaron el don de poesia ,
 Ni aquel licor que en el Parnaso mana .
 A mi la Pegaséa compañía
 Me dicta versos , yendo ya mi nombre
 Por cuanto abrasa el sol y el mar enfria .
 Ni tiene mas honor , ni mas renombre
 Alceo el Mitileno y celebrado ,
 Aunque mas con su verso al mundo asombre .
 Si la naturaleza me ha negado
 Rostro elegante , forma y estatura ,
 No tengo culpa , yo no me he criado .
 Yo suplo aqueese yerro de natura
 Con mi ingenio y virtud que al mundo encanta ,
 Y la virtud excede á la hermosura .
 No altivo me desprecies ; que si tanta
 Es esta pequeñez en que me veo ,
 Mi fama hasta los cielos se levanta .
 Si no soy blanca , Andrómeda á Persco
 Agradó siendo negra de Etiópia ,
 Que no por ser moreno un rostro es feo .
 Verás que es cosa natural y propia

Unirse con palomas variadas
 Blancos palomos , y esto en mucha copia .
 Tambien las tortolillas son amadas
 De verdes papagayos ; ni fortuna
 Tiene á las damas negras olvidadas .
 Si no te ha de gozar dama ninguna
 Sino es la que igualare á tu belleza ,
 No te habrá de gozar muger alguna .
 Cuando tú me subsiste á tanta alteza
 Que me elegiste , hermosa me juzgaste ,
 No viste escoria , todo fué fineza .
 Que á mi sola amarias me juraste ,
 Juraste que yo sola te agradaba ,
 Mentiste en esto , aquello quebrantaste .
 Por tu gusto me acuerdo que cantaba ,
 Que nada al que es amante se le olvida ,
 Y con el dulce canto te elevaba .
 Era de tí mi voz interrumpida
 Por me besar , queriendo de mi boca
 Hurtarme la cancion aun no nacida .
 Ahora ¡ ay rabia que me vuelve loca !
 Tienes por tuyas muchas damas bellas
 Allá en Sicilia cuyo amor te toca .
 ¿ Qué me detengo aquí sin ir á vellas ?
 Quédese Lesbos : si en Sicilia hay diosas ,
 Siciliana yo quiero ser con ellas .
 Señoras y matronas venturosas
 A quien el cielo da por patrio nido
 De Nesa las ciudades poderosas ;
 No doréis el error que he cometido ,
 Diciendo que á un extraño de mi tierra
 Le dí mi fe , no siendo conocido .
 Guardaos no siembre en vuestras almas
 Este traidor con los embustes raros (guerra
 Que en la blandura de su lengua encierra .
 Cuanto os dice y dirá por engañaros
 Tanto me dijo ¡ ay misera ! primero ,
 Y como á mi me olvida ha de olvidaros .
 Tú , célebre Ericina , que el tercero
 Círculo habitas , y eres venerada
 De los sicanos con amor sincero ;
 Mira por tu poeta desdichada :
 Dame consejo , diosa , en esta pena :
 Socorre á un alma triste enamorada .
 Fortuna , que jamas me ha sido buena ,
 ¿ Prosigue por ventura aquel tormento
 Que desde el punto que nací me ordena ?
 ¿ Ha de permanecer su duro intento ?
 ¿ Siempre en mi daño el tiempo está fijado ,
 Siendo su natural el movimiento ?
 A seis años de edad no hube llegado ,
 Cuando ya con mis lágrimas habia
 Las cenizas paternas rociado .
 Mi hermano el patrimonio que tenia
 Consumió regalando á una ramera ,
 En cuyo amor el miserable ardía .
 Mil daños , bien indinos de quien era ,
 Granjeó con afrenta miserable :
 Que de servir al mundo esto se espera .
 Y agora pobre , humilde , insaturable ,

Por reparar su hambre y su pobreza
Navega el mar dudoso incontrastable.

Con mal medio procura la riqueza
Que con mal medio disipó el insano,
Dándose torpemente á su torpeza.

Y á mi porque le dí, como á mi hermano,
Consejos saludables, me aborrece:
Que no quiere consejos el liviano.

Esta es la utilidad que se recrece
A aquella que en amalle se desvela,
Y mi piadosa lengua esto merece.

Y como si faltase que le duela
Al corazón, aumenta mis pasiones
Una niña que tengo pequeñuela.

Tú agora á mis tormentos y afliciones
Te añades, y entre todos tienes palma,
Con esta larga ausencia en que me pones.

¿ Por ventura mi nave, que es el alma,
No terná un viento favorable y bello,
Para no estar en sempiterna calma?

Mira esparcido por la espalda y cuello,
Sin artificio ni órden elegante,
Mi crespo, largo y nítido cabello.

Ni mis dedos adorno como amante
Por demostrar que un disfavor me agravia,
Con el rubí, crisólito ó diamante.

Vilmente visto; mi ornamento es rabia,
Ni enlace mi cabello en lazos de oro,
Ni le regalo con licor de Arabia.

Mas, ¿ para quién sino es de luto y lloro
Me tengo de adornar? y ¿ á quién; ay triste!
Procuraré agradar con mi tesoro?

¿ Qué galas me pome, si en quien consiste
Mi gusto, vive ausente y me desama,
Y de tristeza y de dolor me viste?

Mi tierno corazón, que en fin soy dama,
Es herido y quemado en horno ardiente
De veloz flecha y de ligera llama.

Y como mi martirio es vehemente,
Siempre la causa vive y va en aumento,
Para penar y amar eternamente.

O fué que en mi infelice nacimiento
Las parcas por su ley me condenaron
A amarte siempre y á sufrir tormento:

O el aspa donde el hilo devanaron
De mi vida, si es vida la que es muerte,
De dura pertinacia la formaron:

O la costumbre larga de quererte,
Descansando en la escuela de Cupido,
En mi naturaleza se convierte.

Hame Talía el alma enternecido,
De suerte que no tengo fortaleza
Para librar del fuego á mi sentido.

Y ¿ qué mucho que tenga esta flaqueza,
Si cuando te apuntaba el primer bozo
Me sujetó y robó tu gran belleza?

¿ Qué maravilla me rindiese un mozo
Que á los varones sujetar pudiera
Con se adornar de femenil rebozo?

¡ O tú que eres de Apolo mensagera!

¿ Cuántas veces temí que me hurtáras
Este mancebo, porque yo muriera?

Y entiendo, bella Aurora, le robáras;
Mas á tu intento Céfalo repuna
Cuyas conversaciones te son caras.

Faon, pues si te alcanza á ver la luna
Querrá que siempre duermas por besarte:
Mas védalo su amante y la fortuna.

Vénus tambien quisiera arrebatarle
En carro de marfil allá en su cielo;
Mas ve que es justo complacer á Marte.

¡ O tú que eres la gloria de este suelo
Y del presente siglo la hermosura,
Y de mi triste espíritu el consuelo:

Tú que aun no llegas á la edad madura,
Ni eres muchacho, que es el venturoso
Tiempo para deícites y dulzura!

Ven, torna, vuelve á mí, jóven hermoso.
Basta la grave ausencia que he pasado,
Vuelve á mi seno: toma en el reposo.

No te quiero rogar desamorado
Que tú me quieras: lo que yo pretendo
Es que solo consentas ser amado.

Escribo, y mientras voy aquí escribiendo
Mis ansias, mis tormentos, mis pasiones,
Mis ojos van mil lágrimas vertiendo.

Contempla cuantas manchas y borrones
Lleva esta carta miserable mia;
Pues tiene mas que versos y diciones.

Si queriendo dejar mi compañía
Estabas cierto de irtle, bien hicieras
Si usáras de modestia y cortesia.

Fuera razon de mí te despidieras,
Y si mi propio nombre abomináras,
Moza de Lesbos, queda á Dios, dijeras.

Que en fin algunas lágrimas llevarás
Que derramára allí mi sentimiento,
Y algun abrazo y beso grangeáras.

Yo nunca recelé tu apartamiento,
Nunca temí tan áspero castigo,
Ni tuve miedo al grave mal que siento.

Ninguna prenda tuya está conmigo,
Sino es la injuria y grave alevosia
Que has hecho en me dejar como enemigo.

Ni menos tú llevaste prenda mia,
Que en verla te sirviera de retrato
De esta que el tuyo adora noche y dia.

Ninguna ley te dí, ningún mandato.
Ni otro te diera, salvo que en ausencia
De mí no te olvidáras como ingrato.

Júrote por la fuerza y vehemencia
De este mi amor, que ni dejar procuro
Ni él se puede apartar de mi presencia:

Por las nueve Libétrides te juro,
Cuyas deidades por mi honor serviste,
Y yo venero y agrador procuro,

Que cuando no sé quien me dijo; ay triste!
Tu bien se va, tu gloria es eclipsada,
Hoy tu contento y tu Faon perdiste,

Así quedé en peñasco transformada

Que ni pude llorar de suspendida,
Ni me pude quejar de alborotada.

Suspendióse en mis ojos la avenida
De lágrimas; la lengua perdió el brio,
Y al muerto paladar se quedó asida.

El amoroso ardor del pecho mio
Se amortiguó, sus llamas ocultando,
Y dió lugar que le ocupase el frio.

Mas, despues que el dolor se fué aplacando,
Despues que el cuerpo helado mas que roca
Fué su calor y espíritu cobrando;

Rasgué mi pecho á golpes como loca:
Meséme, y sin mirar lo que debiera,
Bramé, grité, desenfrené la boca.

Y esto no de otra suerte, que si fuera
Acompañando el cuerpo, madre pia,
Del hijo recien muerto á la hoguera.

Mi mal hermano, viendo mi agonía,
Se goza, regocija y se recrea,
Y aumenta con mi pena su alegría.

Delante de mis ojos se pasea,
Que, porque su presencia me es odiosa,
Quiere que á mi pesar le hable y le vea.

Tambien porque la causa vergonzosa
De mi dolor al mundo esté patente,
Me dice con voz grave y desdenosa:

¿Qué pena, qué tristeza, qué accidente
Puede alligirte si tu Cleis es viva,
No solo viva, mas ni está doliente?

Todo el mundo miraba mi excesiva
Angustia y mi vestido descompuesto,
Y el pecho al aire do tu amor estriba.

Que no puede el amor que es deshonesto
Con la vergüenza estar acompañado,
Y lidian entre sí torpe y honesto.

Eres, Faon, mi gloria, mi cuidado,
Y mis sueños así te representan
Como si no te hubieras ausentado:

Y porque en estos sueños se alimentan
Mis gustos, me es la noche de mas lumbre,
Que los rayos del sol que la ahuyentan.

Que aunque del mar la inmensa pesadumbre
Te esconda, y aunque vivas de mí ausente
En las faldas del Etna ó en su cumbre;

En sueños cada noche estás presente:
Allí te hablo y miro tu figura,
Y allí te abrazo y toco dulcemente.

Mas, tiene una gran falta esta dulzura,
Que en fin como es de sueño es abreviada
Y lo que es falso y vano poco dura.

Imagino tal vez que reclinada
En tus brazos estoy, y algunas pienso
Que mi brazo te sirve de almohada.

Tal vez... mas ¿para qué tan por estenso
Quiero contar lo que comado ofende
A mi sensualidad pagando el censo?

Ya en esto alegría, ilustra, aclara, enciende
Tilan el aire, y muéstrase al instante
La luz, y cuanto el mundo comprehende.

Huye mi sueño y húyese mi amante,

Y agráviome de ver tan presto huyan
Siéndome su vision tan importante.

Y temiendo estas ansias me destruyan
Visito el bosque y una y otra cueva,
Y pido que á Faon me restituyan.

Como si el bosque á compasion se mueva:
Como si aquellas cóncavas sonoras
Conozcan el ardor que á mi me lleva.

Mas pídoles favor como á fautoras
Que fueron de mis gustos algun dia,
Siendo de mis deleites sabidoras.

Furiosa voy á do el furor me guia,
Pobre de entendimiento y desgreñada,
Manifestando así la rabia mia.

No menos que si fuera enhechizada
De la infernal Ericto, maga astuta,
Por sus encantos fuertes celebrada.

Aquí miro una cueva, allí una gruta,
Ya me suspendo allí y aquí me paro,
Que aquí y allí gusté de amor la fruta.

Y aunque estas cuevas tienen por reparo
Areniscos peñascos escabrosos,
Fuéronme un tiempo mármoles de Paro.

Andando estos boscajes montuosos,
Llego á la selva que sirvió de alfombra
Y cama á nuestros cuerpos calurosos,

Y en muchas siestas cuando el sol asombra
Nos recogió con regocijo y fiesta
En su copada y agradable sombra.

Mas, aunque me es la selva manifiesta,
No hallo en ella á mi señor trocado,
Que es tambien el señor de la floresta.

Y así me es vil, humilde y desechado
Aquel lugar, pues todo su ornamento
Estaba en la presencia de mi amado.

Hallé todas las flores de este asiento
Selladas de tu huella conocida,
Para recordacion de mi tormento.

La tierna yerbezuela ví oprimida,
Clara señal que nos sirvió de cama,
Y que de nuestro peso está abatida.

Allí furiosa me arrojé, y la grama
Besé, donde tu suerte favorable
Te tuviera en los brazos de tu dama.

Y la yerba, que entonces fué agradable,
Agora por mis ansias y congojas
Se riga con mi llanto miserable.

Los árboles tambien, porque me enojas,
Parece que me ayudan en mi llanto,
Despidiendo de sí sus verdes hojas.

Las aves enmudecen, y entré tanto
Que en aquel bosque mi clamor se siente,
Suspenden todas su apacible canto.

El ave Dautia llora solamente
Al hijo, y de no haber primero muerto
Á su majido pérfido, insolente.

A Itis llora Progne en el desierto,
Y Safo llora y gime sus amores,
Y así está el bosque de dolor cubierto.

Tantos son los sollozos y clamores

Que todo se suspende y todo para,
Como en la media noche los rumores.

Aquí nace una fuente dulce y clara,
De tal diafanidad alabastrina,
Que excede al rio cuya linfa es rara.

Muchos en esta fuente cristalina,
Viendo su magestad y que es tan bella,
Entienden que hay deidad santa y divina.

Hácele sombra, extiéndese sobre ella
El árbol que fué ninfa y fué hermosa,
Y agora es tronco la que fué doncella.
Al rededor la tierra está viciosa,
Aquí está el lilio y el jazmin preciado,
Allí el clavel y la purpúrea rosa.

Aquí, como inclinase el fatigado
Cuerpo, y rindiase al sueño favorable
Mi pena, mi congoja y mi cuidado;
Luego un mancebo de beldad notable
En mi presencia apareció, mostrando
Su blanco rostro bello y agradable.

Díjome: «¡o Safo! pues te estás quemando
En desigual ardor, y en esta guerra
Has de morir sin premio peleando.

Conviene vayas á la Ambracia tierra,
Que es en Epiro, y busca el monte santo
Donde de Febo un templo la ara encierra:

Desde su cumbre se divisa cuanto
El mar Acteo ó el Leucadio baña,
En sus faldas hiriendo con espanto.

De aquí te arroja, y esa brasa extraña
Se apagará que impide tu reposo,
Ganando prez y honor con tal hazaña.

De aquí se arrojó al mar el animoso
Deucalion, ardiendo en fuego horrible
Por el amor de Pirra poderoso.

Y aunque este salto pareció terrible,
Salió del mar de todo riesgo ageno:
Que nada hay á los dioses imposible.

Luego pudo gozar de Pirra el seno;
Mas ya Deucalion libre se via
Del fuego de Cupido y su veneno.

Esta es la misma ley que guarda hoy día
Este lugar: no temas arrojarte;
Pues que tu bien consiste en la osadía.»

Dijo: y diciendo con su voz se parte,
Y yo asombrada de estas maravillas
Me levanté mirando á toda parte.

Mis lágrimas regaron mis mejillas,
Bastantes á ablandar las piedras duras,
Y á desecar las verdes florecillas.

¡O tú cualquiera que mi bien procuras,
Yo buscaré el peñasco revelado
Pues tanto bien si salto me aseguras!

Cualquier temor, cualquiera miedo helado
Huya de mí: si amedrentarme quiere,
Triunfe el insano amor desvariado.

Cualquier suceso ó fin que no tuviere
Será mejor, que el insufrible exceso
Del mar que sufre la que pena y muere.

Yo volaré mas leve que mi seso;

Los vientos me serán firmes escalas,
Y mi cuerpo no tiene mucho peso.

Tú, tierno amor, de cuantas obras malas
Has hecho en daño inmenso de mi suerte,
Préstame agora tus veloces alas:

Siquiera porque infame con mi muerte
No quede el mar Leucadio, y de esta historia
No puedan acusarte y convencerte.

Si esto consigo, en muestras de victoria
Será á Febo mi citara ofrecida,
Y estos versos que guarden mi memoria;
«La poetisa Safo agradecida

Te ofrece la vibuela, o santo Febo,
Que á tí y á sí, y á entrambos es debida.»

Pero, ¿por qué razon, noble mancebo
Quieres en ese mar precipitarme,
Donde seré quizá á los peces cebo?
Tú puedes de este daño rescatarme,
Volviendo á mí la planta fugitiva
Que ha sido tan veloz para dejarme.

Faon, si gustas que tu Safo viva,
Mas saludable me serás si quieres
Que el mar Leucadio ni la cumbre altiva.

Seráme tu presencia si vinieres
Un nuevo Apolo en mérito y belleza,
Y envidiaránme todas las mugeres.

Di, mas sordo y feroz que la fiereza
De los peñascos, rígido, inhumano,
Mas que el furioso mar y su braveza;

Dime, ¿podrás, si muero, estar ufano
Con esta muerte? ¿tan enorme hecho
Podráte dar renombre soberano?

¡Ay, cuanto mejor fuera que mi pecho
Se uniera con el tuyo, que con peñas
De cuyo encuentro quedará deshecho!

El cuerpo, el pecho, el rostro que desdeñas,
Los mismos son, Faon, que tú alababas,
Los mismos que gozaste entre las breñas;

Los mismos miembros son que exagerabas;
La misma soy mi ciencia es tan profunda
Como lo fué en el tiempo que me amabas:

Solo quisiera agora ser facunda
Para ablandarte el pecho y alma ingrata,
Que en odio y desamor se arraiga y funda.

Mas el dolor así me liga y ata,
Que el ingenio se ofusca con mis males,
Y el cielo me confunde y desbarata.

Las fuerzas de mi pluma no son tales;
Mi agravio y tu maldad la han hecho ruda
Robando sus espíritus vitales.

En el instante que faltó tu ayuda
Con el dolor el plectro está olvidado,
Y está con el dolor la lira muda.

¡O isleñas danais! si os habeis casado,
O que no lo seais, pues me escuchastes,
Escuchadme en el fin desesperado.

Mozas de Lesbos, las que me incitastes
A amar y á ser amada torpemente,
Oid agora á la que tanto amastes.

No vengais á escuchar mi voz doliente:

Que en cuanto escribo, taño, canto y digo,
Ya mi vena ha perdido su torrente,
Aquel Faon, mi pérfido enemigo,
Huyendo de mi vista desgraciada,
Todas mis gracias se llevó consigo.

Aquel Faon que ha poco ¡ay! desdichada!
Que pude llamar mio, y que barrunto
Que el alma que me dió la tiene dada;
Haced que vuelva á mí, y en ese punto
Vuestra poeta misera y marchita,
Volverá al metro, al canto y contrapunto.
Que como en mi Faon se deposita,
Mi alma y mi saber está en sus manos:
El da al ingenio fuerza y él la quita.

Mas, ¿para que me canso en ruegos vanos?
¿Puede moverse un corazón de fiera?
¿Reina clemencia en pechos de villanos?
¿No echo triste de ver que la ligera
Y presta escuadra de veloces vientos
Lleva mis rugos y tu fe primera?
Quisiera ya, pues lleva mis lamentos,
En retorno trujeran tu navio,
Para que diera fin á mis tormentos.
Y este retorno saludable y pio,
Honroso te era, justo y conveniente
Si supieras pesar el daño mio.

Pero si has puesto en la amorosa mente
La vuelta, y en la popa de tu nave
Tienes el don votivo ya presente:
¿Para qué rasgas con tardanza grave
Un tierno corazón que no reposa?
¿Porqué no vuelas convertido en ave?
Alza las anclas, que de amor la diosa
Nació en el mar, y al que es amante fino
Le allana el mar con su presencia hermosa.

Será propicio el viento en tu camino;
Todo te ayudará: coge al momento
Las anclas, corta el golfo Neptunino.

Amor será el piloto, y dará al viento
Las velas con su tierna y blanca mano,
Cogiéndolas ya surto en salvamento.

Pero si te parece que es mas sano
Alejarte de mí, porque te ofrezco
El alma que otra vez te he dado en vano;

Bien que yo no soy dina ni merezco
De que huyas de mí, ni que se parta
La union que tanto busco y apetezco:

Respóndeme á lo menos, y en la carta
Ordena que, pues ya la acerba suerte
De tus deleites con rigor me aparta,
En el Leucadio mar busque la muerte.

AGUSTIN DE TEJADA PAEZ¹.

CANCION.

Caro Constancio, á cuya sacra frente
Las hojas de Penco
Promete en galardón el dios Timbreo,
Por ser la clara espuma de su fuente,
Préstale oído atento
Al son confuso de mi sordo acento;
Que aunque suene mi voz baja y confusa,
No es de tan poca estima
Que no humillase la soberbia cima
Del sacro Pindo, al conmovier mi musa
Con sus tiernas querellas
Del aire y cielo las regiones bellas.

Y ya se vió colgar de un verde lauro
Su bien templada lira,
Quien por Dafne cruel gime y suspira,
Mientras que orillas del sagrado Dauró
Sonaba mi instrumento,
Y darle grato oído estando atento.

Y ya se vió también vibrar la lanza
El brazo sacudiendo,
Y el escudo fogoso Marte horrendo
Vestido de diamante y de venganza;
Mas mi canto, aunque rudo,
Le hizo suspender lanza y escudo.

Y entre las sombras que la muerte viste
De amarillez y espanto,
Huvo atención á mi acordado canto;
Y porque al cancerbero horrendo y triste
Su dazura no dome,
Pluton se enterneció y el canto oyóme.

Que el verso fácil, terso y numeroso,
Los dioses celestiales
Aplaca, y á los dioses infernales;
Porque la concordancia es son glorioso,
Tanto, que su enemigo
De sí mismo no puede ser amigo.

Mucho puede, señor, y mucho vale
Cualquiera estilo terso
De un sabio, sonoroso y alto verso,
Que de un sabio y divino pecho sale,
Tal cual es ese vuestro,
A Febo espanto, gloria al siglo nuestro.

Vese este tal entre salobres ondas
Que al cielo se levantan,
Y que en peñascos cóncavos quebrantan
En muerte envueltas las arenas hondas;
Mas sacando su aliento
Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el vien-
Vese este tal donde el furioso scita (to.
Entre escarchada nieve

¹ Nació en Antequera en 1568, y murió en 1636.

Sangre espumosa de caballos bebe,
Y va ante él, aunque mas su furia incita,
Mas seguro y constante
Que ante el ladron desnudo caminante.

Y si por caso de su patrio muro
El contrario avasalla
La libertad á fuerza de batalla,
Entre el despojo, como está seguro,
Burla de su enemigo
Porque sus bienes llevará consigo.

Dichoso el tal, dichoso, pues que puede
Su trofeo divino
Colgar de cualquier roble ó cualquier pino,
Sin que fuerza ó envidia se lo vede:
Pues nunca á su esperanza
El tiempo volador hizo mudanza.

Sale hermosa del rosado oriente
La aljofarada aurora
Que el cielo de oro y bermellon colora;
Y sale al caer el sol en occidente
La noche de su gruta,
Que alza el mar, cubre el mundo, el cielo enlu-
Viene el verano y de pintadas flores (ta.
Y verdes esmeraldas
Borda del campo las tendidas faldas,
Y tras él de humedad, frio y temblores:
Luego el invierno marcha,
Que hojas bate, flor quema, campo escarcha.

Arenas de oro entre cristal luciente
Mezclando el claro rio
Va á descansar al mar su fuerza y brio:
Pero no siempre lleva una corriente
Por una misma tierra;
Que ya lo impide un valle, ya una sierra.

No siempre el justo cielo favorece
Los intentos humanos,
Porque penetra bien que son livianos,
Y que cualquier favor los desvanece;
Y por ello fortuna
Imita en sus mudanzas á la luna.

¡Qué de veces se vió en noche serena
Lleno el rostro hermoso
De blanca plata y resplandor lustroso,
Llenos los cuernos de la luna llena,
Y despedir centellas.
Claras y rutilantes las estrellas;

Y ¡qué de veces en un punto luego
Se vió triste y nublada,
Bajos los cuernos, y la luz menguada,
Amarilla su plata, muerto el fuego,
Y las centellas muertas,
Y las estrellas de humedad cubiertas!

Sécase el rio, el manso mar se altera,
Eclipsase la luna,
Truécase el tiempo, múdase fortuna,
Para el dia, y la noche se aligera,
Y todo nos molesta:

¡O santo cielo! ¿qué mudanza es esta?
Solo el sabio se ve firme y constante
Entre mudanzas tantas,

Porque tiene firmísimas las plantas
Sobre duras columnas de diamante:
Mas ¿quién será este sabio,
Que en su alabanza moveré mi labio?

¡Oh, salve! le diré, tú que seguro
De las injurias largas
Del tiempo, tan mudables como amargas,
Burlas dellas y del, firme cual muro:
Tus piés humilde beso,
Pues para tanto te ha bastado el seso.

Tú solo ves el cauteloso pecho
Del hombre fementido,
Que el cuerno agudo en heno trae escondido,
Y que solo procura su provecho,
Y en apariencia humana
Cubre el intento cruel de tigre hircana.

Tú solo ves con gloria de tu nombre,
Aunque fortuna ruede,
Que el mayor mal que al hombre le sucede
No es de las fieras, no, sino de otro hombre,
Que la fiera se amansa,

Y el hombre en daño de otro no descansa.
Armas al fiero leon las garras gruesas,
Cuerno al toro furioso,

Ligereza á la onza, fuerza al oso,
Uñas y pico al grifo, al lebel presas,
Y al mortífero seno
De la sierpe cruel mortal veneno.

Mas al hombre, por ser mas cruel y fiero
Que onza y leon furioso,
Que sierpe, toro, grifo, lebel, oso,
Naturaleza le arma en ser ligero,
Veneno, cuerno, presas,
Fuerzas, uñas y pico, y garras gruesas.

Mas ¿qué divino espíritu me inflama
Que á mi llano lenguaje
De trágico le adorna y alto trage,
Y de la humilde tierra lo encarama
A la cumbre sagrada,
De virginales plantas paseada?

Mejor será, señor, que nos burlemos
De ver las preensiones
Que encierran los humanos corazones
Siguiendo sus mortíferos extremos:
Y en amistad constante
Enlazados pasar de aqui adelante.

Y en vos, como laurel verde y sagrado,
Despues que he dado al viento
La ronca voz, suspendo mi instrumento
Que ha sido tan oído y celebrado;
Y por vos ha podido
De la muerte triunfar, tiempo y olvido.

Y oireis al descolgarlo mil hazañas,
Que gentes españolas,
Del mar sulcando las bramantes olas,
Hicieron en regiones mas extrañas,
Que si Febo no milente,
Darán espanto al Sur, miedo al Oriente.

ANTONIO MIRA DE AMESCUA ¹.CANCION ².

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
 Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
 Se sentó en los pimpollos de una haya;
 Y con su pico de marfil nevado
 De su pechuelo blanco y amarillo
 La pluma concertó pagiza y baya:
 Y zeloso se ensaya
 A discantar en alto contrapunto
 Sus zelos y amor junto,
 Y al ramillo y al prado y á las flores,
 Libre y ufano cuenta sus amores.
 ¡Mas ay! que en este estado
 El cazador cruel, de astucia armado,

Escondido le acecha,
 Y al tierno corazon aguda flecha
 Tira con mano esquivá,
 Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
 ¡Ay, vida mal lograda,
 Retrato de mi suerte desdichada!
 De la custodia del amor materno
 El corderillo juguelon se aleja,
 Enamorado de la yerba y flores;
 Y por la libertad del pasto tierno
 El cándido licor olvida y deja,
 Por quien hizo á su madre mil amores:
 Sin conocer temores,
 De la florida primavera bella
 El vario manto huella
 Con retozos y brincos licenciosos,
 Y paca tallos tiernos y sabrosos.
 ¡Mas ay! que en un otero
 Dió en la boca de un lobo carnicero,
 Que en partes diferentes

¹ Autor dramático del tiempo de Felipe IV.

² Publicóse esta bella poesía por primera vez en el tomo 5.^o del Parnaso español, atribuyéndola bajo la fe de un manuscrito antiguo á Bartolomé de Argensola. Ya el autor de aquella coleccion recelaba que esta designacion no fuese segura, advirtiendo la diferencia de estilo que ella presenta con las demas de aquel escritor. Es tan grande con efecto esta diferencia que ella sola debiera retraerle de presentarla al frente del retrato de Argensola; que llevando el emblema de un elefante para significar su gravedad, circunspeccion y cordura, estaba en una oposicion manifiesta con el arroyo, la amenidad y la lozania de la composicion que allí se daba por suya. En la edicion que despues se hizo de los dos poetas hermanos para la coleccion de Fernandez, se restituyó á su verdadero autor Mira de Amescua, sin particularizar prueba ninguna positiva de ello, pudiendo haber citado por lo menos la autoridad de Gracian, escritor contemporáneo, que en el discurso 9.^o de su *Ajudeza y arte de ingenio* se la atribuye expresamente á Amescua, y de un modo que da á conocer que esto era entonces una cosa sabida de todos.

El gusto de estas canciones alegóricas le tomaron los nuestros de Petrarca; y en Luis de Leon y en Quevedo se ve algun ejemplo de ellas. Los diferentes similes de que se componen forman otros tantos cuadros diversos, compuestos de un mismo modo, que vienen á recibir su unidad de la aplicacion que se les da en la conclusion al sentimiento, máxima ó pensamiento que el poeta se propone confirmar ó establecer. Propiamente hablando no tienen composicion, y su artificio, aunque da ocasion para lucirse á la imaginacion y al ingenio, está expuesto á los inconvenientes de la uniformidad y al cansancio de la monotonía. Hechas dos estancias ya se sabe como han de ir giradas todas. Por esto las comparaciones no deben ser muchas, y es preciso darles en la expresion toda la variedad que sea compatible con la igualdad de formas á que tienen que ir sujetas.

Ninguno entre nosotros ha sabido vencer estas dificultades con mas fuerza de talento que Amescua, el cual en esta caucion nos ha dejado el ejemplo mas excelente, ó por mejor decir el único en su género. Objetos bien escogidos, bien dibujados, riqueza y variedad de tintas, bizarría en el movimiento, lujo en el lenguaje, y todo en periodos tan sonoros y tan bellos, que causan bien recitados un efecto semejante al de la música cuando nos hace estremecer de placer. Cada estancia parece mejor que la anterior: se oye cantar al jilguerillo, se ve retozar al cordero, subir la garza á las estrellas, desfigurarse horriblemente la hermosa dama, y fracasar la nave en el puerto; todo tratado con una destreza y brío que sorprenden, y aplicado al pensamiento que se propuso el poeta con la oportunidad mas feliz.

Los defectos son pocos, y facilísimos de corregir, á haberse tomado el autor el cuidado de hacerlo por sí mismo:

Dió en la boca de un lobo carnicero —
 Por no observar el órden
 Causó en su gente general desórden:

Son versos desmayados y flojos, que desdicen de la viveza y elegancia de los demas:

Mi navecilla con su viento en popa
 Llevaba navegando á toda tropa.

Frases triviales en su forma y oscura en su sentido, sin duda por vicio del códice de donde se tomó, ó de las copias que corrian por los curiosos cuando se trasladó á él: porque el escritor en lo demas es siempre claro y despejado, aunque lozano y lijoso con alguna demasia.

Podrán tal vez repugnar á los lectores escrupulosos las viruelas y ronchas que desfiguran de pronto el rostro de la dama; pero la repugnancia que nace de esta deformidad era necesaria al designio del poeta; y yo no me atreveria á condenarle porque en este caso haya querido mas bien ofender algun tanto á la delicadeza, que enervar en lo mas mínimo la fuerza y energía de la expresion.

Lo dividió con sus voraces dientes,
 Y á convertirse vino
 En purpúreo el dorado vellocino.
 ¡ O inocencia ofendida,
 Breve bien, caro pasto, corta vida!
 Rica con sus penachos y copetes,
 Ufana y loca con ligero vuelo
 Se remonta la garza á las estrellas;
 Y puliendo sus negros martinetes,
 Procura ser allá cerca del cielo
 La reina sola de las aves bellas:
 Y por ser ella de ellas
 La que mas altanera se remonta,
 Ya se encubre y trasmonta
 A los ojos del lince mas atentos,
 Y se contempla reina de los vientos.
 ¡ Mas ay! que en la alta nube
 El águila se vió y al cielo sube,
 Donde con pico y garra
 El pecho candidísimo desgarró
 Del bello airon, que quiso
 Volar tan alto con tan corto aviso.
 ¡ Ay pájaro altanero
 Retrato de mi suerte verdadero!
 Al son de las belisonas trompetas,
 Y al retumbar el sonoro parche
 Formó escuadron el capitan gallardo;
 Con relinchos, bufidos y corvetas
 Pidió el caballo que la gente marche,
 Trocando el paso de veloz en tardo:
 Sonó el clarín bastardo
 La esperada señal de arremetida,
 Y en batalla rompida,
 Teniendo cierta de vencer la gloria,
 Oyó á su gente que cantó victoria.
 ¡ Mas ay! que el desconcierto
 Del capitan bisoño y poco experto,
 Por no observar el órden,
 Causó en su gente general desórden,
 Y, la ocasion perdida,
 El vencedor perdió victoria y vida,
 ¡ Ay, fortuna voltaria,
 En mis prósperos fines siempre varia!
 Al cristalino y mudo lisonjero
 La bella dama en su beldad se goza,
 Contemplándose Vénus en la tierra,
 Y al mas rebelde corazon de acero
 Con su vista enternece y alborozó,
 Y es de las libertades dulce guerra:
 El desamor destierra
 De donde pone sus divinos ojos,
 Y de ellos son despojos
 Los purísimos castos de Diana,

Y en su belleza se contempla ufana.
 ¡ Mas ay! que un accidente
 Apenas puso el pulso intercendente,
 Cuando cubrió de manchas,
 Cárdenas ronchas, y viruelas anchas
 El bello rostro hermoso,
 Y lo trocó en horrible y asqueroso.
 ¡ Ay, beldad malograda.
 Muerta luz, turbio sol y flor pisada!
 Sobre frágiles leños, que con alas
 De lienzo débil de la mar son carros,
 El mercader sureó sus claras olas:
 Llegó á la India, y rico de bengalas,
 Perlas, aromas, nácares bizarros,
 Volvió á ver las riberas españolas:
 Tremoló banderolas,
 Flámulas, estandarites, gallardetes:
 Dió premio á los grumetes
 Por haber descubierto
 De la querida patria el dulce puerto.
 ¡ Mas ay! que estaba ignoto
 A la experiencia y ciencia del piloto
 En la barra un peñesco,
 Donde tocando de la nave el casco
 Dió á fondo, hecho mil piezas
 Mercader, esperanzas y riquezas.
 ¡ Pobre bajel, figura
 Del que anegó mi próspera ventura!
 Mi pensamiento con ligero vuelo
 Ufano, alegre, alívó enamorado,
 Sin conocer temores la memoria
 Se remontó, señora, hasta tu cielo;
 Y contrastando tu desden airado,
 Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;
 Y en la sublime gloria
 De esa beldad se contempló mi alma,
 Y el mar de amor sin calma
 Mi navicilla con su viento en popa
 Llevaba navegando á toda tropa.
 ¡ Mas ay! que mi contento
 Fué el pajarillo y corderillo exento,
 Fué la garza altanera,
 Fué el capitan que la victoria espera,
 Fué la Venus del mundo,
 Fué la nave del plélagó profundo;
 Pues por diversos modos
 Todos los males padeci de todos.
 Cancion, ve á la coluna
 Que sustentó mi próspera fortuna,
 Y verás qui si entonces
 Te pareció de mármoles y bronces,
 Hoy es muger, y en suma
 Tuve bien, fácil viento, leve espuma.

INTRODUCCION

A LA POESIA CASTELLANA DEL SIGLO XVIII.

ARTICULO PRIMERO.

RESTAURACION DEL ARTE : SU NUEVA DIRECCION Y CARACTER : LUZAN Y SUS CONTEMPORANEOS.

Es queja comun y frecuente de los críticos que entre nosotros aspiran el lauro de severos y puristas, acusar á las letras francesas de haber estragado y destruido el carácter propio y nativo de de la poesía castellana. Pero esto en realidad no es así : porque, mucho antes de que los escritores franceses empezasen á ser el estudio y el modelo de los nuestros, ya los españoles habian abandonado todos los buenos principios en las artes de imitacion, y dejado apagar en sus manos la antorcha del ingenio. La pintura habia muerto con Murillo, la elocuencia con Solis, la poesía con Calderon; y en el medio siglo que pasa desde que faltan estos hombres eminentes hasta que aparece Luzan, ningun libro, ningun escrito, si se exceptúa tal cual comedia de Cañizares, basta por su aspecto literario á llamar hácia sí la atencion y el interes, ni aun de los mas indulgentes. No se degrada pues ni se corrompe lo que no existe; y la imitacion francesa pudo en buen hora dar á nuestro gusto y á nuestras letras un carácter diferente del que habia tenido en lo antiguo, pero no desfigurar lo que ya no era, ni dar muerte á lo que no vivia.

Las artes de ingenio que sirven de decoracion al edificio del estado vienen tambien al suelo cuando él cae, y no se levantan hasta que la fábrica arruinada se vuelve á poner en pié; y entonces fuerza es que tomen el gusto y el carácter de las manos á quienes deben su restauracion. Así sucedió en España á principios del siglo pasado: cayó su imperio, cayó su influjo en el mundo, y cayeron tambien sus artes, sus letras y sus ciencias. Una nueva dinastía y una estrecha alianza con la nacion que entonces estaba al frente de la Europa por su civilizacion y su poder, vinieron á reanimar esta agonizante monarquía. Tambien entonces despertó el ingenio español de su mortal y dilatado letargo: y la nueva vida y movimiento que recibió era preciso que tuviesen algun principio y siguiesen alguna direccion. ¿Cuál podia esta ser? El gusto italiano-latino que animó nuestra poesía en el siglo XVI dió lugar á otro gusto mas original y mas libre, que puede llamarse nacional, seguido y cultivado con un éxito prodigioso en los dos tercios primeros de! siglo siguiente. Desapareció este despues en el caos de extravagancias y despropósitos que entre buenos y malos escritores introdujeron y fomentaron. La literatura propiamente alemana no existia aun: la inglesa, aunque floreciente entonces con los escritores eminentes que ilustraron el reinado de Ana, no era conocida de los españoles, separados á la sazón de la nacion británica, menos todavía por el océano, que por la religion, los intereses políticos, los hábitos y las costumbres. No habia pues otro rumbo que seguir, dado que no era fácil, ni acaso posible, tener uno propio que el que señalaba el ingenio frances. Todo concurría á este efecto inevitable: nuestra corte en algun modo francesa: el gobierno siguiendo las máximas y el tenor observados en aquella nacion: los conocimientos científicos, las artes útiles, los grandes establecimientos de civilizacion, los institutos literarios, todo se traía, todo se imitaba de allí: de allí

el gusto en las modas, de allí el lujo en las casas, de allí el refinamiento en los banquetes: contamos, vestíamos, bailábamos, pensábamos á la francesa; y ¿extrañamos que las musas tomasen tambien algo de este aire y de este idioma? Yo no decidiré aquí si esto era un bien ó era un mal: por ahora basta que sea un hecho incontestable y necesario; el cual nos da la clave para entender el carácter particular que toma nuestra poesía en el siglo XVIII, y la razon de no parecerse ni á la pródiga libertad del anterior, ni á la compostura y pureza del siglo XVI¹.

La poesía francesa, sin entrar en la índole propia de cada uno de sus escritores, se recomienda generalmente mas por la exactitud de sus planes, por la regularidad de sus formas, por la plenitud y delicadeza de sus pensamientos, que por la armonía de sus sonidos, la audacia de sus figuras, y vuelo de su fantasía. Así la castellana en la época de que hablamos ganará en decoro, en correccion y en saber, será mas cuidadosa de evitar defectos que atrevida y ambiciosa de producir bellezas, querrá mas bien contentar la razon que regalar el oído y arrebatár la fantasía; tendrá en suma con mas correccion y mejor gusto, menos libertad, menos riqueza, menos encanto, menos halago.

El primer escritor que se presenta en el órden del tiempo es D. Ignacio de Luzan; no dejando de ser un fenómeno notable y análogo á esta misma direccion y carácter que acaba de expresarse, que el primer poeta de quien haya de hablarse sea tambien un maestro de poética. La suya, publicada en 1757, tiene el mérito de ser un libro muy bien hecho, y el mejor de los que en aquella época se publicaron. Sano y seguro en principios, oportuno y sobrio en erudicion y en doctrina, juicioso en el plan y claro en el estilo, presentaba unas dotes de seso, de arte y de buen gusto que no se reunían fácilmente en los talentos que á la sazón cultivaban las letras, unos depravados con el mal gusto que aun dominaba en la opinion vulgar, otros dados á un fárrago indigesto de noticias y discusiones ya pueriles, ya importunas, y siempre fastidiosas. Notóse entonces que algunas cosas estaban ligeramente tratadas en este libro y otras omitidas: notóse tambien la severidad excesiva con que eran juzgados algunos poetas españoles, principalmente Góngora y Lope de Vega². El autor justificaria tal vez su rigor con la necesidad de oponerse á la licencia y abusos que la abundancia y abandono del uno y los delirios del otro habian introducido en la poesía. Pero lo que en mi opinion desluce mas esta obra, es la poca amenidad con que está escrita y el poco interes que inspira. Al ver el tono soco y desabrido con que Luzan habla de una arte tan halagüeña y seductora, nadie le creyera penetrado de las bellezas del argumento que trata, ni menos le tuviera por poeta. No es de extrañar pues que fuese poco leida entonces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto ó mas bien nulo. Las obras de crítica en lo general dirigen y no estimulan, enseñan y no inspiran: la poética de Luzan por el modo de su ejecucion debia estar expuesta mas que otra alguna á este efecto escaso y limitado; y útil á los maestros para enseñar, á los críticos para reprender, no podia servir mucho á los ingenios para producir.

¹ A estas razones puede añadirse otra muy poderosa, nacida del infinito mérito de las producciones que las letras francesas presentaban á la admiracion y al ejemplo. ¿Dónde irían los poetas á buscar modelos mas grandes ni mas perfectos que Corneille, Racine, Molière, La Fontaine, Quinault y Despreaux? ¿Dónde los oradores ejemplares de elocuencia mas alta, mas nerviosa, mas natural, ó mas expresiva, que en Pascal, Bossuet, Fenelon, Massillon y La Bruyère? Y la admiracion y el culto que las obras admirables de estos inmortales ingenios se atraía, no se les tributaba

solo en España; de toda la Europa culta los recibían en aquella época; y en Inglaterra, en Alemania y en Italia se veían los mismos efectos, se formaban las mismas quejas, se oían los mismos clamores.

² Puede verse en el tomo 4º del Diario de los Literatos de España artículo 4º, la crítica que aquellos juiciosos periodistas hicieron de la nueva poética: la última parte del artículo es de D. Juan de Iriarte, y es curioso en ella ver á un gramático tomar la defensa de Góngora contra un poeta.

A este fin era mejor el ejemplo, siempre mas activo y poderoso que los preceptos: Luzan tiene la gloria de haberle dado tambien, y sus escritos poéticos comparados con los versos desatinados que á la sazón se componian, tienen por su invencion y disposicion, por su armonía y por su estilo, un mérito bien sobresaliente. Las dos canciones á la conquista y defensa de Oran compuestas hácia los años de 1732 son dos exhalaciones hermosas en medio de una oscuridad muy profunda; y pocos ó ninguno estaban todavía en estado de igualarle cuando veinte años despues hacia resonar estos acentos en la academia de S. Fernando:

Solo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna.
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inútilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas; ella
Como la fija estrella

Que el rumbo enseña al pálido piloto
Cuando mas brama el aquilon y el noto,
Al puerto guía nuestro pino errante.
¿Quién con esto se acuerda
De envilecer el plectro resonante
Donde de vista la virtud se pierda;
O un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto y mas de estrago?

Parece que Luzan en esta noble y grave poesía daba el tono á su siglo y señalaba al ingenio el rumbo que debia seguir para hacerse respetar. Pero sus versos como los de casi todos los preceptistas se recomiendan mas por el artificio, la gravedad y el decoro, que por el fuego, la imaginacion y la abundancia. Aun cuando tuvieran un carácter mas ardiente y seductor, como no fueron muchos los que escribió, y esos inéditos en gran parte hasta mucho tiempo despues, resulta que no pudieron servir al público ni de estímulo ni de dechado. Para los pocos sin embargo que entonces cultivaban las Musas, y eran todos ó amigos ó apreciadores de Luzan, no dejaron de concurrir á acreditar los principios de circunspeccion y de buen gusto que él observaba cuando escribia.

Puede contarse en este número á don Agustin Montiano, el cual corresponde mas bien á la historia de la poesía dramática, por sus laudables esfuerzos para reformarla, y por sus tragedias, apreciadas mucho entonces, leídas despues muy poco, y creo que nunca representadas. A aquella época pertenecen tambien el supuesto Jorge Pitillas, escritor satírico, ingenio fuerte, despejado y agudo, de quien por desgracia no se conserva mas que una composicion publicada por primera vez en 1741 en el Diario de los Literatos de España, y reimpressa otras muchas despues; el conde de Torrepalma, que en su imitacion ovidiana del Deucalion hizo prueba de un eminente talento para versificar y describir; y en fin don Josef Poreel autor de unas Églogas venatorias aplaudidas mucho entonces, pero nunca publicadas¹.

ARTICULO II.

DE D. NICOLAS DE MORATIN, Y DE CADALSO.

Pero todos estos escritores eran mas bien aficionados á la poesía que verdaderos poetas. Faltábales para ser considerados tales, aquel entusiasmo por las Musas,

¹ Por mas esfuerzos que he empleado en buscarlas y verlas para dar alguna idea de su mérito y su carácter, han escapado á todas mis diligencias, y si son tales como se dice, hacen mal los que las poseen en no enriquecer nuestra literatura con ellas. D. Luis Velazquez en sus *Orígenes de la poesía castellana* hace mencion de ellas dos veces, y siempre con particular estima-

cion, pero como este escritor era demasiado indulgente en la aplicacion de la crítica á los casos particulares, no puede darse enteramente crédito á su recomendacion. Los *Orígenes* son un libro muy apreciable por su excelente plan y por las noticias que en él se encuentran; mas no por el gusto ni por el discernimiento crítico.

aquel ejercicio continuo , aquel gusto exclusivo y apasionado , que mide sus placeres por lo que produce , no cesa un momento en sus esfuerzos , enriquece el arte cada día con nuevos tesoros , inflama y domina la opinion pública con el espectáculo de su actividad , y entre envidias y aplausos arrebatada al fin la corona y se la ciñe á su frente. Ingenio de este temple no se encuentra ninguno hasta D. Nicolas de Moratin , nacido en el mismo año en que se publicó la *Poética* de Luzan , como si la naturaleza marcára en aquel nacimiento el mas activo atleta de aquellos principios de razon y de buen gusto sentados por su juicioso predecesor. Moratin ya es un verdadero poeta cuyo elemento es el arte , y que al parecer no vive y no respira sino por él y para él. Y á la verdad que si sus medios correspondieran á su anhelo , y sus producciones á sus medios , él solo restableciera la poesia no solo en la pureza del gusto , sino tambien en la gala y en la abundancia antigua. Porque en su noble ambicion nada dejó por intentar , y su alma ardiente y atrevida se ensayó en todos los géneros , dando en los mas de ellos muestras de ingenio y de destreza , y en algunos altas y admirables pruebas de un talento muy superior. El epigrama , la sátira , la égloga , la lírica en todos sus tonos , el poema didáctico , la comedia , la tragedia , el poema épico , en todos estos ramos se ensayó ; y , lo que es mas de admirar , no son los mas difíciles en los que se señaló menos. La naturaleza le habia dotado de una imaginacion mas grande y robusta que amena y delicada , y su ingenio se inclinaba mas á lo fuerte que á lo apacible. Así es que en su poema de *La caza* , en muchas obras líricas , en algunos trozos de sus tragedias , y sobre todo en su ensayo épico sobre la destruccion de las naves de Cortés , donde quiera que la materia cuadraba con el carácter de su espíritu , mostraba fuego , fantasía , viveza , audacia y originalidad en el decir , y sacaba de la lira española tonos mucho mas altos y felices que los demas poetas de su época , y dignos de los mejores tiempos de la musa castellana. Es lástima que se abandonase tan fácilmente á su buen deseo , que escribiese tan de prisa , y que confiado en sus felices disposiciones y en el conocimiento que tenia de las reglas del arte , creyese que esto bastaba para ejercitarse en géneros tan distintos entre sí , y algunos tan opuestos á la índole de su ingenio. Fáltóle un aristarco que le supiese contener en los límites debidos , le manifestase con franqueza la senda por donde debia marchar para adquirir la gloria á que aspiraba , y cuya severidad le hiciese trabajar mas su estilo y sus versos , y no ser tan desigual á sí mismo : porque , hasta sus mejores composiciones , en medio de llamaradas admirables de ingenio y de entusiasmo , se resienten frecuentemente de incuria y desaliño. Fué gran perjuicio á su gloria y tambien á nuestras letras su temprana muerte , cuando su talento iba sin menoscabo de su fuerza ganando en correccion y en riqueza. El canto épico escrito en sus últimos años , manifiesta cuáles eran sus progresos y de cuánto fuera capaz á haber vivido mas tiempo. Adviértese en aquella obra y en otras que se han publicado despues , el prolijo estudio que entonces hacia de nuestras tradiciones históricas , de las genealogías , blasones y costumbres caballerescas de los tiempos antiguos , y el partido poético que su imaginacion sabia sacar de estos objetos , para dar mas novedad y consistencia al fondo de sus versos , que no siempre se señalan por la profundidad del pensamiento , ni por la gravedad y fuerza de la sentencia. Tuvo para ello , ademas de este motivo puramente literario , otro muy poderoso en el ardiente amor á su pais , que era la prenda moral mas sobresaliente en él. Todo lo que le rodeaba era para él bello y poético , y tomaba en su imaginacion el aspecto mas agradable y magestuoso. Jamas se pintaron con mas amor ni efusion las circunstancias locales y las costumbres de un pueblo , y Madrid , sus contornos , sus calles , sus teatros , su circo , sus mugeres , sus concursos y funciones , toman en la fantasía de Moratin unas formas grandes , elegantes y poéticas , que se manifiestan frecuentemente con rasgos breves y expresivos , generalmente los

mas felices de su estilo , y descubren que aquel noble y bello sentimiento era un núnem que le inspiraba.

Por el mismo carácter se distingue y recomienda tambien su amigo el coronel Cadalso , que con sus *Eruditos á la violeta* , con sus *Ocios* , con su amable carácter y sus conexiones literarias ha dejado un nombre tan grato y dulce á las letras y á las musas. El hizo revivir la anacreóntica que estaba enterrada con Villegas siglo y medio hacia ; él fué el elogiador y sostenedor de Moratin ; él quien formó , y puede decirse , que nos dió á Melendez. Sus talentos á la verdad eran bastante inferiores á los de los dos : pero la ingenuidad y el entusiasmo con que exaltaba la gloria actual del uno y las hermosas esperanzas que el otro prometia ⁴ , como que le igualaban con ellos , y le asociaban á su gloria. Yo pongo mucha duda en que sean suyos los primeros escritos que se le atribuyen ; mas si realmente lo son no hay autor que haya mejorado tanto su estilo , ni aprovechado mas con la lectura de los buenos autores propios y extraños , á que despues se aplicó. Siendo lo mas notable que no se debió esta mejora á los estudios que hizo fuera de España en su primera juventud , sino á los que hizo vuelto á ella despues de haber dado á luz su insulsa *Optica del cortejo*. ¿ Quién , en el estilo gongorino y campanudo de esta obra y en los detestables versos con que de cuando en cuando la acaba de echar á perder ; quién , repito , podrá reconocer ni por sueños al chistoso y satirico maestro de los semisabios petimetres , al discípulo de Anacreonte , y al autor de los bellos rasgos que se encuentran en su elegía á la Fortuna , en algunas odas eróticas , y en sus canciones á Moratin ? Faltábanle ciertamente tono y fuerza para sostenerse en la alta poesía ; pero su mérito incontestable en los versos cortos , los buenos ejemplos dados en los mayores , y su aplicacion y celo incansable por el adelantamiento de las letras , le dan un lugar muy distinguido entre los restauradores de la poesía , y harán que se miente siempre su nombre con aprecio y con amor.

En Cadalso es en quien empieza ya á observarse una tendencia mas señalada de imitacion extranjería. No precisamente en sus versos , aunque son á veces mas racionados que poéticos , sino por el aspecto que presenta el conjunto de sus trabajos. El fondo de doctrina , noticias y principios en que estan fundados sus *Eruditos á la violeta* se puede llamar extranjero , aun cuando el donaire , las ocurrencias y el estilo sean verdaderamente castellanos. La lectura de las *Cartas Persianas* produjo la desigual imitacion de las *Cartas Marruecas*. Un lance funesto en sus afectos juveniles le dió ocasion á exhalar su dolor en sus *Noches Lúgubres* , imitacion tambien harto infeliz de las Noches de Young , ejecutada en una prosa extraña y defectuosa , agena enteramente de la índole castellana. En fin en su *Sancho Garcia* , sigue servilmente las formas del teatro francés , hasta el extremo de sujetarse á la versificacion de los pareados , tan poco á propósito para el diálogo y la expresion , y tan poco grata á

⁴ Y yo siendo testigo
De tu fortuna , que tendré por mia ,
Diré : yo fui tu amigo ;
Y por tal me tenia ,
Y en dulcísimos versos lo decia....
Y con igual ternura
Que el padre cuenta de su hijo amado
Las gracias y hermosura ,
Y se siente elevado
Cuando le escuchan todos con agrado :
Responderé contando
Tu nombre , patria , genio y poesía ,
Y asombrararse , etc.

Tal era el tono afectuoso y lisonjero con que Cadalso hablaba de Melendez : cuál fuese su entusiasmo por Moratin lo dicen todos sus escritos , pero especialmente las dos canciones que se in-

cluyen en este tomo , en las cuales hace lo mas que puede hacer un poeta , que es sacrificar su amor propio en las aras de la gloria agena. Cuando se compara este proceder tan simpático y tan noble con el ceño orgulloso que algunos escritores ya formados usan con los que les vienen siguiendo , ó con el desabrimiento áspero y rencoroso que afectan con sus iguales , da tentacion de reducir su valor al bajo nivel de sus miserables recelos. Es preciso que para estos hombres el mundo de la opinion sea bien estrecho , cuando les parece que no caben en él mas que ellos solos. Y á fe que se engañan mucho : por mas que hagan , por mas que digan ,

est locus uni-

Cuique suus.

oidos españoles. No cayó sin embargo en mal caso por ello : el mérito de sus demas escritos , la jovialidad afectuosa y caballeresca de su carácter, y el espíritu verdaderamente patrio que le animaba, le pusieron á cubierto de la censura en esta parte : y él acabó en paz su carrera sin verse tratar de innovador ó corruptor, y respetado, querido y aclamado por uno de los favoritos de Apolo que mas honor dieron á las musas en su tiempo.

ARTICULO III.

DE HUERTA. — GUERRA LITERARIA.

En el tiempo de estos dos poetas florecia tambien *D. Vicente Garcia de la Huerta*, muy diferente de ellos en carácter, en miras y en estudios. Su talento era bastante, su doctrina poca, su gusto ninguno. Pertenecia á la escuela puramente española, y de esta, por desgracia, á los que habian corrompido la poesía con el estilo hueco y oscuro introducido por Góngora y sus discipulos. Góngora sin duda puede llamarse el modelo que Huerta se propuso imitar : pero la inclinacion ya diversa del tiempo en que este vivia, el gusto algo mas seguro, y los ejemplos de los demas escritores, no dejaban abandonarse ya á iguales extravíos. Así Huerta, que no alcanzó nunca á la fuerza de imaginacion y vivacidad de colorido de su antecesor, tampoco pudo seguirle en su desenfreno y sus delirios. Sus versos sobresalen casi siempre por el número y la cadencia, algunas veces por la elegancia y por el brio. Flaquean por la sentencia, que carece de nervio y de vigor : flaquean por los afectos, cuya expresion en ellos es generalmente trivial y desabrida ; flaquean, en fin, por los argumentos, que en sus poesías líricas son casi siempre frívolos ó mandados por las circunstancias, cosas una y otra de igual inconveniente. Él sabia poco, y su orgullo le alejaba de estudiar en las fuentes antiguas y modernas, de donde pudiera aprender á variar de tonos y á ejercitarse en objetos mas acomodados á la índole de su ingenio y á las ideas del tiempo en que vivia. A pocos es dado entrar en el templo de las musas, guiados de su instinto solo y sin atencion ninguna á doctrinas, á principios ni á modelos. Para ello se necesita un natural muy feliz y un talento muy superior ; y yo en nuestra poesía moderna no conozco mas que un escritor á quien esta especie de independencia le haya sido próspera y gloriosa. Por manera que Huerta, á quien no se puede negar talento ni aprecio tampoco, ha dejado dos tomos de poesías, en que, exceptuándose la *Raquel* y algunos trozos de versos buenos con que ha animado la fría prosa de Oliva en el *Agamenon vengado*⁴, no hay composicion ninguna que pueda satisfacer á un hombre de gusto. Una sola se ha puesto por muestra en el tomo presente; y quizá se acusará al colector de excesiva indulgencia por ello.

Sin embargo, el movimiento literario que excitó al rededor de sí con sus contiendas y debates, no permitirá nunca que se le pase por alto en la historia de las letras

⁴ Principio de la tragedia en Oliva.

Estos, Orestes, son los campos de Grecia do te han traído tus altos descos : aquella que allí ves lejos es Argos, la antigua ciudad. Y mira á esta otra parte verás el bosque de Io, hija de Inaco, la que cobró su figura en las riberas del Nilo. Y á tu parte izquierda se aparece el templo de Juno de altos edificios, cerca de do estan los valles, do sacrifican lobos los sacerdotes de Apolo.

En Huerta :

Estos, Orestes, son los griegos campos
 Donde te han conluido tus descos ;
 De Argos, ciudad antigua y populosa ,
 Aquellos muros que se ven de lejos.
 Aquel que miras es el triste bosque
 Donde su forma natural perdiendo
 Io, bramó furiosa, hasta que el Nilo
 La vio cobrar su ser y honor primero.
 A tu izquierda se ven los edificios
 En donde Juno tiene hermoso templo,
 Y cerca de él los valles donde el rito
 Lobos voraces sacrifica á Iebo.

de su tiempo. Cuando, antes de terminar sus estudios, la amistad y la proteccion de uno de nuestros próceres le trajeron á Madrid, eran tan pocos los versos que se escribían, que los de Huerta, aunque escasos de jugo y de colorido, debieron darle un gran lugar y hacerle aspirar á la primacía. Joven, bizarro y agraciado, protegido y aplaudido de las primeras personas de la corte, arrogante por carácter y vano por circunstancias, pudo con alguna disculpa considerarse el primero de los hijos de Apolo, y pudiera acaso haberlo realmente sido, á igualar sus estudios con su talento. Pero las fáciles palmas que entonces conseguia, le llenaron de orgullo y de seguridad, y en vez de redoblar en esfuerzos y en afan para adelantarse hácia la perfeccion, veíasele siempre firme en los principios de su mal gusto, y por ignorancia, por teson ó por pereza, tener cada novedad por un error, y por flaqueza el reconocimiento de la superioridad agena, extraña ó nacional. La adversidad vino á probarle con un acontecimiento que á llegado á nosotros con caracteres bien tristes aunque oscuros, y de cuyas resultas fué arrojado de Madrid y confinado á la plaza de Oran. El sentimiento profundo de su inocencia y la noble elevacion de su ánimo le sostuvieron allí contra el infortunio, y las musas fueron su asilo y su recreo. Pero como en Oran no hubiese quien le igualase en talento ni en destreza, ni quien le inspirase tampoco mejor gusto y mas saber; sus versos, aunque en algun modo africanos, eran reputados por divinos, y contribuian poderosamente á mantenerle en su ciega confianza.

Vuelto á Madrid, aquella desgracia, que sin duda añadió algun lustre á su talento y celebridad á su nombre, parecia haber aumentado tambien el temple de su carácter, tenaz, fuerte y altanero. Él desdeñó restablecerse en el empleo que antes ocupaba, porque las gestiones que para ello le era forzoso hacer, le parecian opuestas al decoro de su inocencia y al resentimiento de su agravio. Su porte con los que le habian favorecido en su peligro era agradecido y consecuente, con sus enemigos inflexible, con los indiferentes desabrido y arrogante. Pero esta conducta, que en el mundo moral podia y debia hacerle honor, usada tambien por él en el mundo literario, no era posible que dejase de atraerle un diluvio de contradicciones y de pesadumbres. Sus palabras eran soberbias, sus pretensiones insensatas: él se creía siempre el primero, y no veia ó no queria ver el camino que habian hecho y estaban haciendo los demas. La invasion del gusto frances en nuestras letras estaba en su mayor fuerza á la sazón. Ya el festivo y natural Samaniego habia trasladado al apólogo castellano una parte de las bellezas del sin igual La Fontaine: Iriarte habia publicado sus *fabulas literarias*, su *arte poética* de Horacio y su *poema de la música*: Forner empezaba á mostrar su talento y caracter belicoso con la sátira que le premiò la Academia Española, en que atacaba los vicios de la poesia castellana con armas que parecian tomadas, aunque realmente así no fuese, en los arsenales de la crítica extranjera. Este origen era todavia mas visible en la *Leccion poética* de D. Leandro Moratin que tambien premiò entonces la Academia. Jovellanos habia escrito su *Delincuente honrado*: otros ciento se ejercitaban al mismo tiempo en imitar y traducir tragedias y comedias francesas, aunque sin tanto talento ni fortuna. La avenida amagaba sobre todo inundar sin remedio la escena española, que se dejaba ocupar de tantas composiciones extrañas á su gusto y á su carácter, y los padres de nuestra comedia parecian amenazados de tener que salir de ella, y dejar su lugar y reputacion sacrificados en las aras de los dramaturgos franceses. Yo indico solamente el hecho sin entrar á calificar la parte que en él tenian la moda y el capricho, y la que tambien cabía al buen gusto y á la razon: esto pertenece á otro lugar. Pero Huerta se indignó de que unos escritores, á quienes en su orgullo consideraba como pigmeos, se atreviesen á competir con su reputacion, á darle lecciones, y á censurar los autores que habian sido siempre objetos de su veneracion y de su culto. Consti-

tuyóse, pues, en campeón de la antigua poesía castellana, y empezó á arrojar sobre aquellos *follores transpirenáticos*, que así los llamaba, todos los sarcasmos, dicerios y bravatas que su ira, su arrogancia y el desprecio que tenía por ellos le sugieran. Mas como no sabia lo bastante para encontrar los verdaderos medios de defensa que presentaba su causa, nunca acertó á distinguir en los autores y sistema poético que defendía, las bellezas de los defectos, las licencias indispensables y precisas, de los despropósitos y abusos repugnantes, y bajo ninguna posicion defendibles. Véase en sus esfuerzos mas orgullo que doctrina, y menos celo que capricho y terquedad. Todo lo defendía igualmente y con razones en parte frívolas y en parte absurdas, expuestas en un estilo chocante por su presuncion, poco recomendable por su mérito, y hasta extravagante por su ortografía.

Si sus fuerzas le ayudaban poco, el tiempo le favorecia menos. El viento de la opinion estaba enteramente en contra suya; y sus adversarios mas jóvenes, mas instruidos y mas diestros en aquel género de esgrima, le volvían desprecios por desprecios, sarcasmos por sarcasmos, se reían de su vanidad, hacían ver su poca instruccion, y se burlaban de él como de un ignorante ó de un loco¹. Llovían en daño suyo los folletos, las sátiras y los epigramas de autores conocidos y desconocidos, y todos creían vengar la razon y el buen gusto de los atentados de aquel jayán temerario, que mostraba un desprecio tan solemne hácia las fuentes de instruccion y de crítica en que ellos tan religiosamente bebían. No se estimaba por bueno el que no rompía en él una lanza; y podíase éntonces decir de Huerta lo que de Ismael: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum*. Hasta el insigne Jovellanos no creyó desautorizar su carácter y sus estudios entrando en la palestra, y le asestó dos romances burlescos á modo de jácaras de ciegos, en que hizo burla de sus escritos, de sus pretensiones y de sus combates. El campo quedó por ellos, y Huerta que terminó sus trabajos por una traduccion de la *Zaira*², plegaba la frente al parecer al gusto y opinion, contra la cual tan largo tiempo y con tanto teson había comba-

tido. Era entonces el tiempo de esta clase de contiendas. El honor y favores esparcidos por el gobierno de Cárlos III sobre las artes y las letras; el concurso de premios abierto por la Academia Española á los ingenios para obras de elocuencia y poesía, el que abrió la villa de Madrid para solemnizar la paz ajustada en 1783 con la nacion británica, la atencion pública llevada con interes á los productos del ingenio, que en tiempos felices como aquellos, ocupan agradablemente y embellecen la sociedad; mil otras circunstancias en suma, habían excitado en gran manera la aplicacion y el talento, y despertado tambien la emulacion y la rivalidad. Unos y otros aspiraban á la palma y á la primacia, y en vez de procurársela con obras verdaderamente de ingenio y de saber, se la querían arrancar unos á otros con disputas frívolas, cavilaciones y rencillas. Huerta, como hemos visto, estaba contra todos, y todos estaban contra Huerta: Forner contra Iriarte, Iriarte contra Forner: los apologistas de nuestras letras contra sus censores, y los censores de nuestras letras contra ellos. ¿ Sobre qué no se escribió, y de qué no se disputó? Fatigábanse las prensas, y hervían las gacetas en publicaciones de folletos, sátiras y epigramas que se

¹ De juicio, sí, mas no de ingenio escaso.
Aquí Huerta el audaz descanso goza:
Deja un puesto vacante en el Parnaso
Y una jaula vacía en Zaragoza.

IRIARTE.

² Dióse el título de *Xaira*, para no dejar de poner alguna extravagancia en esta especie de tributo que rendía al gusto moderno. La traduccion está como todas sus cosas, muy desigual; y el sentido original en no pocas partes estropeado. ¡ Pero

cómo se luce á veces el versificador numeroso!
¡ Con qué valentía resuenan en el teatro algunas de sus cláusulas, quando se saben decir! Aun no se ha olvidado el efecto que hacia el célebre Maíquez cuando se entraba por los bastidores declamando aquel bello final del acto tercero:

El sexo que amenaza
Con su blandura avasallar al mundo,
Mande en Europa y obedezca en Asia.

lanzaban unos á otros los ingenios españoles, sin otro objeto que el de desacreditarse, desdorando el arte y perdiendo miserablemente el tiempo. Yo no decidiré aquí si el escándalo y perjuicios que esto ocasionaba eran suficientemente compensados con la actividad que estas guerrillas daban al espíritu literario, con los adelantamientos que en ellas se procuraban el arte de la crítica y del raciocinio, con las investigaciones en fin y con los descubrimientos que se hacian en el campo de la crítica y de la historia. Aun cuando se concedan fácilmente estas ventajas bajo un aspecto, siempre queda mucha duda de que el arte ganase algo con estos interminables debates. El verdadero culto de las musas consiste en versos, no en críticas; y la opinion que lleva á la estimacion y á la gloria es la que uno se adquiere por sí mismo, y no la que quita á los demas. ¿Dónde estarian las artes, dónde las ciencias, dónde la moral, si estuviera en manos de la petulancia y de la mala fe, ayudadas en buen hora de la agudeza y del talento, convertir lo verdadero en falso, en feo lo hermoso, en malo lo bueno? Esto no es posible, y toda obra que tiene en sí su principio de vida suficiente para poder subsistir, está á cubierto de estos esfuerzos impotentes de la contradiccion y la malicia. ¿Qué queda de tantas satirillas, unas chistosas y otras insulsas, como se escribieron contra Huerta? Nada: pero queda su Raquel, y sus adversarios tendrian á buena dicha que sus composiciones dramáticas, si alguna hicieron, ocupasen en la escena el lugar honroso y distinguido en que aquella pieza está colocada. Todas las invectivas de Forner contra Iriarte no han podido quitar á las fábulas literarias la opinion pública que cada dia las favorece mas; y todos los desprecios de Iriarte hácia Forner no le han podido arrancar el concepto ventajoso que se merecia por su disposicion poco comun para la poesia elevada, por el brio y resolucion con que escribia la prosa, por su constante aplicacion y por su inmensa doctrina. Y por el contrario ¿qué necesidad tenia la *Riada* de la carta fulminante de Varas para venir al suelo? Por su mismo peso cayera aquel tan pobre poema, al modo que se han sepultado tambien en el olvido mas profundo, sin que nadie les ayudase á caer, las anacreónticas del supuesto Melchor Diaz, los versos y demas escritos del malhadado Trigueros.

ARTICULO IV.

IRIARTE. — SAMANIEGO. — PROSAISMO.

Don Tomas de Iriarte, que tuvo demasiada intervencion activa y pasivamente en estas contiendas, ocupaba entonces un lugar muy distinguido en nuestra literatura, debido en gran parte á sus talentos, pero tambien á circunstancias que no eran absolutamente literarias. Todo lo que una razon bien formada, una erudicion escogida, una discrecion natural cultivada con el trato mas urbano de la corte, podian procurar de regularidad, de juicio, de tersura y de elegancia á un ingenio vivo y despejado, otro tanto ponía este escritor en sus obras, que de pronto excitaron notablemente la atencion pública y le dieron mucha nombradía. Pero si estas calidades bastaban para ejercitarse felizmente en los géneros medios y templados, no así en los que exigen mucha elevacion de alma, gran vuelo de fantasía, viveza en la expresion de los afectos, gala y fuerza en los colores, número y flexibilidad en los sonidos. De estas dotes, que son los grandes y verdaderos medios poéticos, Iriarte enteramente carecia. Así es que siendo poeta frecuentemente en sus fábulas y alguna vez en sus epístolas, epigramas y poesías ligeras, no lo es nunca en el poema de la Música, que es mas bien un tratado que un poema; no lo es en sus descripciones campestres, faltas donde quiera de sencillez, de amenidad y de halago; no lo es en su

Guzman, imitacion infeliz de un modelo, que debió ser el único ejemplar en su género; y menos, en fin, lo es en su traduccion de la Eneida, de la cual se puede decir que comprendia perfectamente bien el sentido, pero no la poesía. Difuso, laxo, frio, sin color, y (lo que es mas extraño en un músico) falto de ritmo y de armonía¹, aun cuando sus versos sean tersos y elegantes, ni pinta, ni conmueve, ni interesa; y sus escritos quedan como ejemplo y escarmiento de cuanto pierde un autor cuando se empeña en seguir sendas á que su natural no le inclina, y en donde no le bastan sus fuerzas.

Eran sin embargo tales su autoridad y su crédito, que Samaniego, al publicar por el mismo tiempo sus fábulas morales, le decia al frente del libro tercero de ellas:

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero mas arte
Que poner á los tuyos por modelo,
A competir anhelo
Con tu númen que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira;
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y poesía juntamente.
Esto no puede ser: ordena Apolo
Que digno solo tú la pulses solo.
¿Y porqué solo tú? Pues cuando menos,
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?

¿Gastas otro público aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases
Y desde allí cantases;
Risco tramonto de época altanera,
Góngora que se siga te dijera.
Pero si vas marchando por el llano,
Contándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales;
Y todas ellas tales
Que aun aquel que no entienda poesía
Dice: *eso yo también me lo diria;*
¿Porqué no he de imitarte? etc.

Sin duda, Samaniego, en obsequio de la doctrina que predica y del modelo que admira, se esfuerza aquí á dar el ejemplo con la regla; y lo hace en versos tan naturales y tan llanos, que tocan ya en triviales y rastreros. Pero, sin insistir en ello, por los respetos que se le deben, podria reponérsele que semejante estilo y versificación, propios de una fábula, de una epístola familiar, ó de un cuento alegre y picaresco, no lo son en modo alguno de los géneros elevados de la poesía, donde

Non satis est puris versum perscribere verbis.

Podria manifestársele tambien que él mismo, por mas que diga, no sigue tan puntualmente las huellas del escritor madrileño. Él no ponía en sus apólogos igual cultura, igual limpieza de ejecucion, igual mérito de invencion y de oportunidad que el que luce en las Fábulas literarias: Samaniego procede con mas abandono, y á veces con descuido y desaliño: pero ¿con cuánta mas gracia, con cuánta mas poesía de estilo cuando el objeto lo requiere, con cuánto mas jugo y flexibilidad? Iriarte cuenta bien, pero Samaniego pinta: el uno es ingenioso y discreto, el otro gracioso y natural. Las sales y los idiotismos que uno y otro esparsen en su obra son igualmente oportunos y castizos: pero el uno los busca, el otro los encuentra sin buscar

¹ Causa ciertamente maravilla que un hombre que por su afición y práctica en la música debia tener un oído tan delicado, diese principio á su poema con un verso á quien falta la cadencia y acentuacion de tal; y que jamas quisiese corregirle sin embargo de ser tan fácil. De cualquiera modo que se coloquen haciendo sentido las palabras que le componen, resulta siempre un verso bien construido, menos en la combinacion en que él las puso: él escribió:

Las maravillas de aquel arte canto

lo que no es propiamente verso, pudiendo serlo de estos otros tres modos:

Conto las maravillas de aquel arte:
Canto del arte aquel las maravillas:
Del arte aquel las maravillas canto.

Contábase entonces que Huerta recientemente reconciliado con Iriarte, y convidado á una lectura del poema: al oír el primer verso, y extrañando su disonancia, se le hizo repetir dos veces, preguntó si habia allí alguna errata, y viendo que el autor no convenia en la necesidad de reformarle, se levantó de su asiento, y dejó la concurrencia, sin que ni el ruego, ni el respeto, ni consideracion alguna le pudiesen reducir á que continuase escuchando.

los, y parece que los produce por sí mismo : en fin, el colorido con que Samaniego viste sus pinturas, y el ritmo y armonía con que las vigoriza y les da halago, en nada dañan jamas al donaire, á la sencillez, á la claridad, ni al despejo. Si en él hubiera algo de mas candor é ingenuidad, si descubriera menos malicia, si supiera elevarse á las profundas miras y grandes pensamientos morales, á que sabe remon- tarse á veces La Fontaine sin dejar de ser fabulista, si diera en fin mas perfeccion á sus versos cortos, que no corren cuando los escribe solos con la misma gracia y fluidez que cuando los combina con los grandes, seria difícil negarle el primer lugar entre los mas felices imitadores del fabulista frances. Aun así, ¿quién se le podrá disputar? Por opinion y por uso ya sus fábulas se han hecho clásicas, no hay niño que no las aprenda con facilidad y con gusto, no hay hombre hecho que no les tenga aficion, las ediciones se repiten á porfia, y el gran calificador del mérito de los escritos, el tiempo, confirma cada dia mas el feliz desempeño del autor en el útil y noble objeto que se propuso.

Este gusto abandonado y natural, introducido y autorizado con las obras de estos dos escritores, fué seguido por D. Francisco Gregorio de Salas, autor de algunos epigramas chistosos y del *Observatorio Rústico*, en que por el aprecio y amor que el autor se concilia, se desea que hubiese mas poesia; por D. Vicente María Santibañez, traductor de la Heroida de Pope, con cuyo estilo y carácter tenia el suyo tan poca analogía y semejanza; por el *marques de Ureña*, autor del poema burlesco de la *Posmodia*; por el *conde de Noroña*, que, exceptuada la *Oda á la Paz*, donde levantó algun tanto el tono, lo demas que escribió está tambien en este estilo; por otros escritores en fin, de mucho menos nota, y tan pronto nacidos como olvidados.

La poesia en aquel tiempo, libertada de los últimos delirios del culteranismo apadrinados por Huerta, se veia expuesta á otros vicios, por ventura mas contrarios á su naturaleza, que eran el prosaismo y la flojedad. La mayor parte de los versos que entonces se escribian, á fuerza de aspirar á la llaneza, á la claridad y á la sencillez, rayaban en los términos de lo bajo y lo trivial. Pensaban sus autores que, por haber ajustado sus pensamientos en renglones de once sílabas, con alguna cadencia métrica y buenos consonantes al fin, dispuestos en una simetría exacta y puntual, estos renglones eran versos, y ellos, por consiguiente, poetas. Pero Horacio ha dicho que no son propiamente poemas aquellos donde

Acer spiritus ac vis
Nec verbis nec rebus inest;

y en los escritos de que hablamos ni habia fuerza ni vigor en los pensamientos, ni color en el estilo, ni ritmo en las palabras. Esta última falta es la que menos se disimula á un poeta; porque, como siempre se le supone cantando, y por medio del oído se ha de dirigir al corazón y á la fantasía, resulta que la parte música, ó llámese ritmo del discurso, es la calidad primera y la mas esencial de su arte y de su talento.

Cuando leemos en Virgilio :

Jam mihi per rupes videor lucosque sonantes
Ire: libet Partho torquere Cydonia cornu

| Spicula: tamquam hæc sint nostri medicina furoris,
| Aut Deus ille malis hominum mitescere discat,

lo que llama comunmente la atencion, es la belleza y vivacidad de las dos imágenes primeras, y la melancólica expresion de los dos sentimientos con que se termina el pasage. Pero el delicado y exquisito gusto con que estan enlazadas las cláusulas que le componen, las inflexiones, los cortes suspensivos, el suave y quereloso desaliento de la frase final, la magia prosódica, en fin, que anima y da vida á todo este ad-

mirable período, será sentida y conocida de solo aquellos pocos, cuya alma y cuyo oído simpaticen en algun modo con el alma y el oído de Virgilio.

Si se nos preguntase en qué consiste este ritmo, responderíamos con un elocuente escritor cuyas ideas aquí resumimos, que el ritmo consiste en un conjunto particular de expresiones delicadamente escogidas; en una distribución de sílabas lentas ó rápidas, sordas ó agudas, ásperas ó suaves, alegres ó melancólicas; en un encadenamiento, en fin, de onomatopeyas análogas á las ideas de que el poeta está fuertemente poseído, á los sentimientos que le agitan, á las imágenes que le ocupan, á las sensaciones que quiere producir, á la naturaleza, movimiento y carácter de las acciones y pasiones que se propone expresar. Así el ritmo es la imagen de lo que pasa en el alma del poeta, manifestada por las inflexiones de su voz, por sus degradaciones sucesivas, por los pasajes y tonos diversos de un discurso: don natural que nace de la sensibilidad de los órganos y de la movilidad del alma; secreto que ni se aprende, ni se comunica, ni puede tampoco reducirse á reglas. Lo único que el arte puede hacer en él es perfeccionarle; pero aun esta perfección, siendo buscada, tiene un no sé qué de preparacion y de aparato, que ya perjudica á su efecto. El ritmo de reflexion agrada siempre menos que el de instinto, porque el instinto se pliega de suyo á las infinitas variedades del ritmo, y esto á la reflexion no le es fácil. De aquí nace una de las diferencias que los grandes humanistas hallan entre Homero y Virgilio, entre Ariosto y el Tasso. Sucede igualmente así entre nuestros poetas. Herrera, que busca el ritmo con tanto esmero, no siempre acierta á encontrarle, mientras que sus discípulos Arguijo y Rioja le suelen hallar con mas facilidad; y que en poetas menos perfectos, pero mas naturales, viene á veces por sí mismo á colocarse en sus versos, como sucede á veces con Lope de Vega y Balbuena.

El estudio y el gusto que se adquiere con la instruccion pueden señalar el sitio donde conviene poner este verso:

Por el puro, adormido y vago ciclo:

tambien podrán dar la idea de empezar un soneto á una batalla naval con este otro:

Hondo Ponto, que bramas atronado;

pero la naturaleza sola es la que dicta la acentuacion verdadera, el ritmo propio de un período poético entero: ella sola es la que ha dictado á Balbuena esta octava, en que pinta, en las últimas palabras de una jóven que se muere, su desaliento y agonia:

Llamarme con delgadas voces siento
Del seno oscuro de la tierra helada:
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas de pasada:

Fáltname ya las fuerzas y el aliento.
;Cielos! ¿á cuál deidad tengo agravada.
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?

La naturaleza es tambien la que inspiró á Lope de Vega estos versos, en que tan bien retratados estan el delirio y la confusion de la desdenada Eco, cuando Narciso dice repeliéndola:

Primero se verá firme la luna,
Parado el sol, constante la fortuna,
Y yo sin alma, que á mi cuerpo toques,
Y á escuchar tus regalos me provoques:
Vete, loca muger! vete, infelice!

Eco por las oscuras
Sombras de aquellas verdes espesuras
Tambien huyendo dice:
Vete, loca muger! vete, infelice!
Hermosa llora, y despreciada muere, etc.

Y este bellissimo trozo tiene tanto mas el carácter de inspirado, cuanto que está con-

fundido en un tropel de malisimos versos atestados de extravagancias y pedanterías. ¿Pero qué no se perdona á un poeta cuando acierta á producir esta música divina? Se le ve á veces por lograrla sacrificar hasta la propiedad de los términos; y el hombre sensible que le escucha, no solo le perdona, sino que le agradece tambien este sacrificio. Sin esta armonía no valeu ningunos versos la pena de leerse, porque carecen de movimiento y de color. Ella es la que da á los escritos una gracia siempre nueva, y la que produce el placer que se siente en oír ó declamar buenos versos, aun quando se sepan de memoria: porque, si bien pueden retenerse las ideas y las imágenes. no así el encadenamiento de las inflexiones fugitivas de la armonía. Y lo peor es que sin la facilidad de encontrar esta acentuacion, no solo no se escribe bien en verso, pero ni tampoco en prosa, ni aun se lee, ni se habla bien. Todo esto se hace con el alma, y el ritmo que la retrata, de ella nace y á ella se dirige. Y así quando un poeta es seco, duro y desabrido, no se diga de él que no tiene oído: lo que debe decirse es que no tiene alma.

Disimúlase esta digresion á la necesidad de fijar y aclarar ciertas ideas; y téngase por una transicion que ocasiona la diferencia observada entre los poetas de que acabamos de hablar y los que van á ser el objeto de nuestra atencion ulterior.

ARTICULO V.

MELENDEZ. — JOVELLANOS.

Formábase entre tanto y empezaba á florecer en Salamanca el ingenio que habia de dar al arte un rumbo y carácter enteramente diverso, el único que el siglo XVIII puede, sin recelo de quedar vencido, oponer á los líricos españoles de los siglos anteriores. Imaginacion viva y flexible, sensibilidad ardiente y delicada, tino y gusto en observar los accidentes de los fenómenos que la naturaleza presenta á los sentidos y al alma, un espíritu fácil á la exaltacion y entusiasmo, en fin un oído exquisito y delicado para sentir y producir los atractivos de la armonía, fueron las dotes con que la naturaleza enriqueció á Melendez, y que los excelentes estudios, en que Cadalso le sirvió de guia, cultivaron y desarrollaron con el éxito mas feliz. Ayudaba á ello desde Sevilla con sus continuos avisos y exhortaciones el inmortal Jovellanos, y sosteniéndole en su aplicacion y en sus esfuerzos sus dos amigos y compañeros el festivo Iglesias y el agustiniano Gonzalez. No tardó mucho tiempo en salir á volar con sus propias alas, y en recibir las palmas debidas á su laudable anhelo y justas esperanzas: su *Batilo*, su *Oda á las Artes*, sus *Bodas de Camacho* (que aquí consideramos solo por su aspecto lírico y no por el dramático), en fin, el tomo de sus poesías publicado en 1785, fueron otros tantos triunfos que, asegurando los progresos y el carácter del arte, coronaron al autor de una gloria que se va haciendo mas sólida y brillante cada día, y probablemente no perecerá jamas.

Veáse sin duda en aquellas poesías un estilo y entonacion semejantes á la que en los versos cortos habian puesto Góngora y Villegas, y á la que en los mayores usaron Garcilao, Luis de Leon, Herrera y Francisco de la Torre; pero con infinito mas gusto. con una elegancia mas continua y mas esmerada, con una poesía de estilo mas vigorosa y pintoresca, con una eleccion de asuntos y pensamientos harto mas interesante, efecto necesario y natural de una instruccion bebida en libros y en autores que habian venido despues. No era posible á Villegas hacer una anacreóntica tan pura como la de *el Viento*, ni á Góngora un romance tan ideal y melancólico como el de *la Tarde*; ni á ninguno de los otros escritores tomar un vuelo tan alto y tan sostenido como el que se admira en las dos odas á las artes, en la fúnebre á Cadalso, y en la de *las Estrellas*. No es mi ánimo aquí preferir talentos á talentos,

y sacrificar el concepto bien merecido de los padres de nuestra poesía en las aras de su sucesor, porque fué mi maestro y mi amigo. Lejos de mí tan injusta y temeraria parcialidad. Yo comparo solamente las obras, y hallo que el escritor moderno, si bien formado por el ejemplo de los antiguos, ha podido, ayudado de los adelantamientos del tiempo en que vivia, dar mayor interes y consistencia á sus ideas, mas grandeza y regularidad á su composicion, mas fuerza y seguridad á su movimiento.

No hay duda que en los géneros cortos, especialmente en los romances y anacreónticas, ha alcanzado á una perfeccion no conocida hasta él, y todavía no seguida, ni aun de lejos, por los que se han propuesto seguirle. La opinion no le es tan favorable en los versos mayores, y en los géneros de mas alta y grave composicion: mas aun cuando pueda concederse facilmente que es mucho mas perfecto y agradable en los unos que en los otros; seria injusto negarle el tributo de gratitud y admiracion que se le debe, por el gran talento que mostró y por el adelantamiento que supo dar á muchos de esos géneros, en los cuales podrá en buen hora encontrársele desigual á sí mismo, pero no menos grande si se le compara con los demas escritores. Sus versos endecasílabos, cuando se emplean en asuntos bucólicos ó descriptivos, tienen todo el gusto y la perfeccion del género á que corresponden. Si el argumento es lírico, cualquiera que sea su elevacion ó dificultad, Melendez se alza y se iguala con él, y le desempeña con tanta destreza como felicidad. Su estilo en todas partes está lleno de poesía y de color, sus versos son apacibles y sonoros, sus períodos en general bien y convenientemente contruidos y distribuidos; su *Batilo*, en fin, sus silvas, sus epístolas, algunas elegías, y tantas odas excelentes, así en el género templado como en el sublime, le calificarán siempre de un poeta de primer orden, aun sin el auxilio de sus anacreónticas, de sus romances y de sus idilios.

Es preciso confesar, sin embargo, que su carácter propendia mas á la gracia, á la morbidez y á la ternura, que al vigor y á la energía. El carácter pastoril que ha dado á la mayor parte de sus poemas, les quita el halago y el interes de la variedad, y contribuye tambien á darles un tono de afeminacion y de molice, que descontenta al ánimo por poco austero que sea. Era singular, sin duda, su talento para describir: pero le sucede lo que á todos, que es abusar de lo que se tiene en demasía, y por abundante da en difuso, y por volver frecuentemente á unos mismos objetos en cansado: bien que este defecto sea por ventura mas propio del género que del escritor. En las composiciones doctrinales y filosóficas suple la falta de fuerza con la declamacion, y lo vago de las ideas con el lujo del estilo. Por último en la parte de invencion y composicion deja siempre algo que desear; el interes no es progresivo, las terminaciones no son siempre felices y bien graduadas, y el arreglo del todo no corresponde siempre al mérito de la bella ejecucion en cada una de sus partes. Siente bien, describe bien, cuenta poco, y dialoga mal. Nunca debió arrojarse á tratar asuntos que no estaban ni en su cuerda ni en su carácter; y la *Caida de Luzbel*, el *Sistema del universo*, la *Inmensidad de la naturaleza*, y otros argumentos de igual clase, prueban con la infelicidad de su desempeño, que si el objeto y el conjunto de las ideas cabian en los principios y en el saber del autor, no se avenian de modo alguno con los medios poéticos que poesia.

Esta desigualdad en sus obras se notára menos, y su gloria fuera harto mas pura, si en las diferentes ediciones que hizo de sus poesías hubiera procedido con otro esmero y otra severidad. La última, sobre todo, que él dejó arreglada antes de morir, y en que sus editores siguieron puntualmente sus instrucciones, no debiera ya resentirse de tan excesiva indulgencia. Y así como en la segunda que hizo en Valladolid tuvo la resolucion de desechar diferentes composiciones que acusaban demasiado los pocos años y la inexperiencia del autor, debió tambien tener en la última

la misma entereza, y excluir todo aquello que el tiempo habia ya calificado como poco digno del resto; con tanta mas razon cuanto que salia enriquecida de tantos versos nuevos y exquitos. Cuatro volúmenes de anacreónticas, romances, odas, églogas y elegías, todas de una misma pluma, y las mas sobre materia campestre y pastoril, son por cierto demasiados; y no era fácil, ó mas bien era imposible, distribuir por todos ellos el interes y la variedad suficiente para poderse leer con igual placer que estimacion. Esto obligaba á entresacar de todas aquellas obras lo que mereciese la unánime aprobacion de la razon y el buen gusto, y desechando irremisiblemente lo demas, hacer de lo escogido solamente dos tomos, y estos dos tomos fueran de oro.

Al fijar en esta época literaria la vista sobre Melendez, se presenta al instante á par de él el ilustre Jovellanos, como amigo, como Mecenas y como compañero en los progresos del arte. La variedad de talentos y de conocimientos que este hombre insigne poseia, y la muchedumbre de trabajos útiles en que se ejerció, formarian un cuadro tan singular, como interesante y glorioso á nuestras letras y á nuestra civilizacion, si este fuese el lugar propio de trazarlo. Él pertenecia á la elocuencia por sus bellos elogios; á la historia por su discurso sobre los espectáculos, y por mil investigaciones históricas sobre nuestras antigüedades; á las nobles artes por su pasion, por su gusto exquisito en ellas y por la proteccion que les daba; á la economía por su admirable Ley Agraria; á la política por sus elocuentes Memorias; á las ciencias por el Instituto que fundó; á la filosofia por el grande espíritu que animó todos sus trabajos; á la virtud por los ejemplos de dignidad, de justicia, de entereza y de amor á su patria y á los hombres, que toda su vida dió con el anhelo mas vivo y con la constancia mas noble. Era, por cierto, un espectáculo tan bello y grato como raro y singular ver la afluencia de todos los estudios, de todos los talentos, á aquella casa que parecia el asilo y el templo de las musas. El artista del mismo modo que el orador, el historiador y el poeta, el jurisconsulto y el economista, el hombre de letras consumado y el alumno que apenas empezaba, todos eran recibidos con benevolencia y aficion; todos entendidos y contestados en su lengua y en su ramo: los unos recibian avisos, los otros lecciones, otros fomento, algunos auxilio, y todos placer y honor. El respeto y el amor que se conciliaba con este atractivo general era consiguiente al bien que las letras y las artes y los que las cultivaban recibian de esta conducta grande y generosa. Todos le amaban, todos le veneraban, y una mirada de aprobacion, una sonriza de Jovino era la recompensa mas grata que entonces podian recibir la aplicacion y el ingenio.

Pero aquí le consideramos solo por sus relaciones con la poesia, arte que siempre amó, que cultivó en muchos de sus géneros de un modo siempre apreciable y á veces sobresaliente, y á cuyos progresos puede decirse contribuyó todavía mas con sus consejos y su influjo, que con su ejemplo, con ser este tan grande y poderoso. Comenzó á formar en Sevilla al mismo tiempo que Melendez en Salamanca, y amigos comunes les hicieron conocerse, escribirse y formar aquella conexon que duró la mayor parte de su vida, y que tan provechosa fué á Melendez y tan gloriosa á los dos. Allí escribió su *Delincuente honrado*, su *Pelayo*, su traduccion del libro 4º de *el Paraiso perdido*, y diferentes poesías líricas que corren manuscritas. En todas estas producciones se descubre bien el talento, el sano juicio, y las buenas ideas y gusto de su autor. Pero el estilo, no bien formado todavía, es mas bien una prosa noble y culta, que una diction verdaderamente poética: los versos no tienen el halago, el número y la armonía que necesitan para herir agradablemente el oido y grabarse en la memoria. Los cortos, sobre todo, estan generalmente mal contruidos, faltos de gracia, de cadencia y de rotundidad. Quizá en Sevilla no tenia con quien aconsejarse oportunamente cuando componia, ó no habia podido hacer en

nuestros poetas el estudio necesario para adquirir en esta parte la práctica que le faltaba : quizá el trato mas frecuente que tuvo despues con Melendez, con el maestro Gonzalez y con otros humanistas, le dió luces y máximas que el supo aprovechar con envidiable destreza : lo cierto es que hasta que compuso la *Descripción del Paular* y las dos sátiras que tantas veces se han reimpresso, ni sus versos, ni su estilo tienen, rigurosamente hablando, el carácter de verdadera poesía. Ya estos escritos lo son ; y por la belleza, brio y perfeccion con que estan ejecutados, el autor pudo ponerse en primera línea á par de los que entonces cultivaban el arte con mas acierto y mayor reputacion. Pudieran dolerse las musas de que un escritor dotado de tan ventajosas calidades no se ocupase exclusivamente de ellas. Los géneros nobles y elevados á que él por carácter y estudios propendia, ganáran mucho, sin duda, con su aplicacion á ellos. Pero en las altas y nobles atenciones en que estuvo ocupado sin cesar, no le era posible frecuentar mas el Parnaso, y solo puede considerársele como un ardiente apasionado de los ejercicios de las musas. A ellas debió su educacion primera, á ellas despues sus mas dulces distracciones, á ellas, en fin, la elegancia y la armonía de su prosa magestuosa y elocuente. En sus brazos nació y en sus brazos tambien puede decirse que murió : su último escrito fué un canto patriótico á los Astures, y en este eco de su voz agonizante resonaron por última vez en los labios de Jovino la patria y la poesía.

ARTICULO VI.

DE CIENFUEGOS Y OTROS POETAS. — CONCLUSION.

Iglesias, amigo tambien y compañero de estudios de Melendez, siguió diverso rumbo que él, y con sus epigramas y letrillas ha logrado un aplauso general y bien merecido. Para esta clase de poesía satírica y juguetona su talento era sin duda eminente, y á nadie cede sino á Quevedo, del cual, si á la verdad no tiene el raudal ni la vivacidad, tampoco presenta el mal gusto y las extravagancias. Fáltóle estar en un teatro mayor para dar mas extension á sus miras y poder tender su azote sobre vicios y defectos, que en el retiro en que vivia no podia conocer ni adivinar. Fáltóle tambien mas caudal de instruccion : la que tenia era superficial y poco correspondiente á la época en que escribia ; y sus estudios se limitaban al manejo casi exclusivo de los poetas antiguos españoles, que leia, copiaba, y aun desmenuzaba para aprovecharse de sus fragmentos¹. Esta exclusion de estudios pudo sin duda limitar el caudal de sus pensamientos y de sus medios ; pero le afianzó una calidad poco comun entre sus contemporáneos, la de ser eminentemente puro en la diction, y que todas sus frases, palabras y modismos, tan castizos como claros, pueden usarse con seguridad y confianza. A la misma escuela pertenece el agustiniano *Fr. Diego Gonzalez* exacto y puntual observador del lenguaje y formas antiguas, y cuya modesta ambicion se contentó con el título de hábil imitador de un gran poeta.

Pero de todos los discípulos de aquella escuela fundada por Cadalso y tan ilustra-

¹ Entre la confusion de papeles que dejó al morir se encontraron muchos que no eran mas que centones de versos de diferentes poetas antiguos, unas veces descompuestos, otras literales, pero siempre combinados de manera que formasen un todo regular. De esta clase son algunas de sus odas, y la mayor parte de sus villanescas, de sus églogas y de sus idilios. Las principales fuentes donde bebía para este trabajo eran Balbuena y

Quevedo. Ignórase el uso que pensaba hacer en adelante de estos estudios ; y sus editores los publicaron conforme vinieron en sus manos. Lo mas particular es que en ellos lo raro y extraño de la ejecucion no perjudica á la sencillez del pensamiento principal, ni á la regularidad del todo, ni á la gracia en las letrillas, ni al fuego y expresion melancólica de la oda y de los idilios.

da por Melendez, el que despues de este lírico insigne ha llamado mas la atencion pública, así para la crítica como para el aplauso, es *Cienfuegos*. Los humanistas afectan ahora tratarle con un rigor tanto mas extraño, cuanto mas favorable habia sido la acogida que sus escritos lograron en un principio. Los ánimos se hallaban entonces mejor preparados á recibir las impresiones que les daba un escritor, entregado todo á la ilusion de la filantropía mas exaltada, á las sensaciones deliciosas y tristes de la melancolía mas profunda, y defensor valiente de todas aquellas virtudes en que consisten la dignidad y la elevacion humana. Su imaginacion tan ardiente como viva se ponía facilmente al nivel de estos sentimientos, y los ecos en que se exhalaban eran tan enérgicos como robustos. Nadie le excede en fuerza y en vehemencia, y no sería mucho decir que tampoco nadie le igúala. Aunque el fondo de ideas sobre que su imaginacion se ejercita puede decirse tomado de la filosofía francesa, no ciertamente el tono ni el carácter, que guardan mas semejanza con la poesía osiánica y con la poesía alemana. Pero si el estilo, por llevar el sello robusto y fogoso de su índole y de su ingenio, se hacia respetar de los lectores, no así la dicción, á que daban cierto aire de afectacion y extrañeza el uso excesivo de palabras compuestas, los arcaismos poco necesarios, y sobre todo las frases y palabras inventadas por el escritor y usadas por su autoridad particular. Disimuláronse de pronto estas libertades en obsequio de las nobles miras, grandeza de pensamientos, bellas imágenes y calor arrebatado con que se enriquecian y animaban aquellos versos, de un carácter nuevo hasta entonces en nuestra poesía. Melendez á la sazón habia dejado de escribir: D. Leandro Moratin se hallaba fuera de España: otros escritores que entonces comenzaban no habian adquirido aun ni la fuerza ni el nombre que despues. Así *Cienfuegos*, desde que empezaron á conocerse sus primeros ensayos, parecia la sola esperanza de nuestro Parnaso, y los amantes de las musas le respetaron y saludaron como á tal. Mucho antes de que sus versos saliesen á luz, uno de los que mas agriamente los han censurado despues decia públicamente que cuando llegasen á imprimirse *tendria la España un poeta*. Jovellanos, tan propio por su carácter y por la propension de su espíritu para juzgar y apreciar los nobles cantos del nuevo escritor, decia que *Cienfuegos habia puesto el punto muy alto*. Realmente era así, y el yerro de este poeta consistia en haber llevado la exaltacion de sus ilusiones y sentimientos ideales hasta un grado difícil de ponerse en armonía con el temple de los demas.

Esta aura de favor se ha convertido despues en una severidad, en mi opinion, injusta, y sin duda alguna excesiva, dándose como dificultosamente el título de poeta á quien por ventura el defecto real que manifiesta es el de serlo en demasía. Por unas pocas locuciones, viciosas si se quiere, y desdeñadas del gusto y uso comun, se le tacha de escritor extravagante y contagioso, de quien la juventud debe huir si no quiere corromperse. Yo no trataré aquí ni de acusar ni de defender estas innovaciones de lenguaje, porque su exámen no es de este lugar; pero sí diré que ellas solas no constituyen la poesía de *Cienfuegos*⁴. Cuando se haya manifestado que sus versos no tienen ni cadencia ni armonía, que estan faltos de imaginacion y de fuego, que sus miras son pobres, sus asuntos malos, y su ejecucion peor, enton-

⁴ Todo poeta que tiene que formarse una diction porque la que encuentra hecha no le basta para la expresion de lo que siente ó de lo que pinta por mas esmero que ponga, se resiente siempre de la predileccion que da á ciertas expresiones ó palabras, que por repetidas, ó por poco conformes al estilo y gusto comun, constituyen lo que se llama *afectacion ó manera*. Herrera tiene la suya; Melendez la tiene tambien, y á *Cienfuegos* ha sucedido respectivamente lo mismo. Todos

ellos, cual mas, cual menos, presentan un vicio en esta parte, que sus buenos imitadores procuran evitar, y que los talentos mediocres exageran. Acaso las innovaciones hechas por *Cienfuegos* no son tan extrañas por sí mismas como por el lugar en que las introduce; y lo que mas le ha perjudicado es el uso que ha hecho de ellas en sus tragedias, género que por su naturaleza se presta menos que el lírico á semejantes tentativas.

ces podrá parecer fundado el ceño con que se le mira. Pero los dos poemas líricos de *el Otoño* y de *la Primavera*, sus bellas epístolas morales y afectuosas, el primero y tercer acto de la *Zoraida*, el papel de Rodrigo en la *Condesa de Castilla*, el conjunto grande y magestuoso que presenta el *Idomeneo*, el fácil desempeño del *Pitaco*, tantos trozos, en fin, admirables ó por la sentencia, ó por la fantasía, ó por el calor de la expresion, reclamarán siempre contra esta prevencion injusta, y ponen al autor en un lugar harto eminente, para que su nombre pueda ser repetido jamas con indiferencia ó con desprecio.

Melendez, Jovellanos, Cienfuegos y sus imitadores habian introducido en la poesía española un gusto extraño, que parece tomado del frances, del alemán y del inglés. Otros han seguido diverso camino, y han preferido la imitacion italiana, cuyas formas tienen más analogía con las nuestras, y por lo mismo su carácter ha podido parecer mas puro y mas natural. La índole propia de esta escuela es poner todo su esmero en la puntual simetría de los metros, en el halago de los números, en la elegancia y pureza del estilo, en la facilidad y limpieza de la ejecucion. Las dotes exteriores son su principal cuidado, los asuntos y los pensamientos no tanto: por manera que no siempre se encuentran en ella la elevacion, la fuerza, y el vigor de expresion que serian de desear. Mas no por eso se la debe tener en menos, si es cierto que las gracias, la facilidad y la música son una parte tan esencial de la poesía. Este estilo á lo menos en gracias y en halago no es vencido, ni por ventura igualado de otro alguno. No hacemos aquí mencion de los escritores que mas se han señalado en este género; porque los unos aun viven, y es tan corto el tiempo que ha pasado desde el fallecimiento de otros, que puede considerárseles todavia como vivos; y por mas imparcialidad que se guardase al hacer el exámen crítico de su carácter y mérito poético, la censura podría parecer contradiccion, y los aplausos lisonja ¹.

Si despues de recorrido este período se preguntase cuáles son los progresos que el arte debe á los ingenios que le han cultivado, puede responderse que la poesía les debe todo, pues que les debe su restauracion en un tiempo en que ya no habia musas en España. Ellos se las restituyeron haciéndolas cantar con un tono mas grave y sostenido, en composiciones mas esmeradas y regulares, y con formas, en fin, mas elegantes y decorosas. El apólogo es todo de este siglo: la tragedia clásica lo es tambien: y lo es la comedia de Terencio, no conocida tampoco en toda su pureza, hasta que con tanto aplauso la presentó en el teatro Moratin. Hay asimismo en los poetas modernos un caudal de ideas, de documentos de filosofia y de instruccion que no se encuentra, generalmente hablando, en los de los siglos anteriores. Pero es preciso confesar tambien que en abundancia, en facilidad y en riqueza de fantasía no pueden competir con los antiguos, y que en esta última época el raudal de la poesía española ha sido mas escaso con menos galas, menos armonía, y por consiguiente con menos efecto y menos agrado. Las causas de esta diferencia son muchas: pero aquí solo indicaremos algunas.

Atiéndase primero á que el sistema clásico, seguido constantemente por los autores de este siglo, les ha quitado mucha parte de su fuerza y para volar con desahogo y producir con profusion. Corre mucho el que va libre, y seria injusto exigir igual osadía y presteza del que tiene que ir sujeto á tantos otros miramientos de conveniencia y verosimilitud. Venciérase sin duda esta dificultad, á mostrar el público y los poderosos un gusto y una pasion mas declarada en favor de este ramo de cultura. Pero entre los que han tenido en sus manos los destinos de la España y el manejo de sus negocios, ninguno ha tenido aficion particular á la poesía, pocos han querido ó

¹ De estos últimos escritores, como que en cierto modo pertenecen á la época de que se trata, se han escogido y puesto algunas poesías en el Apéndice.

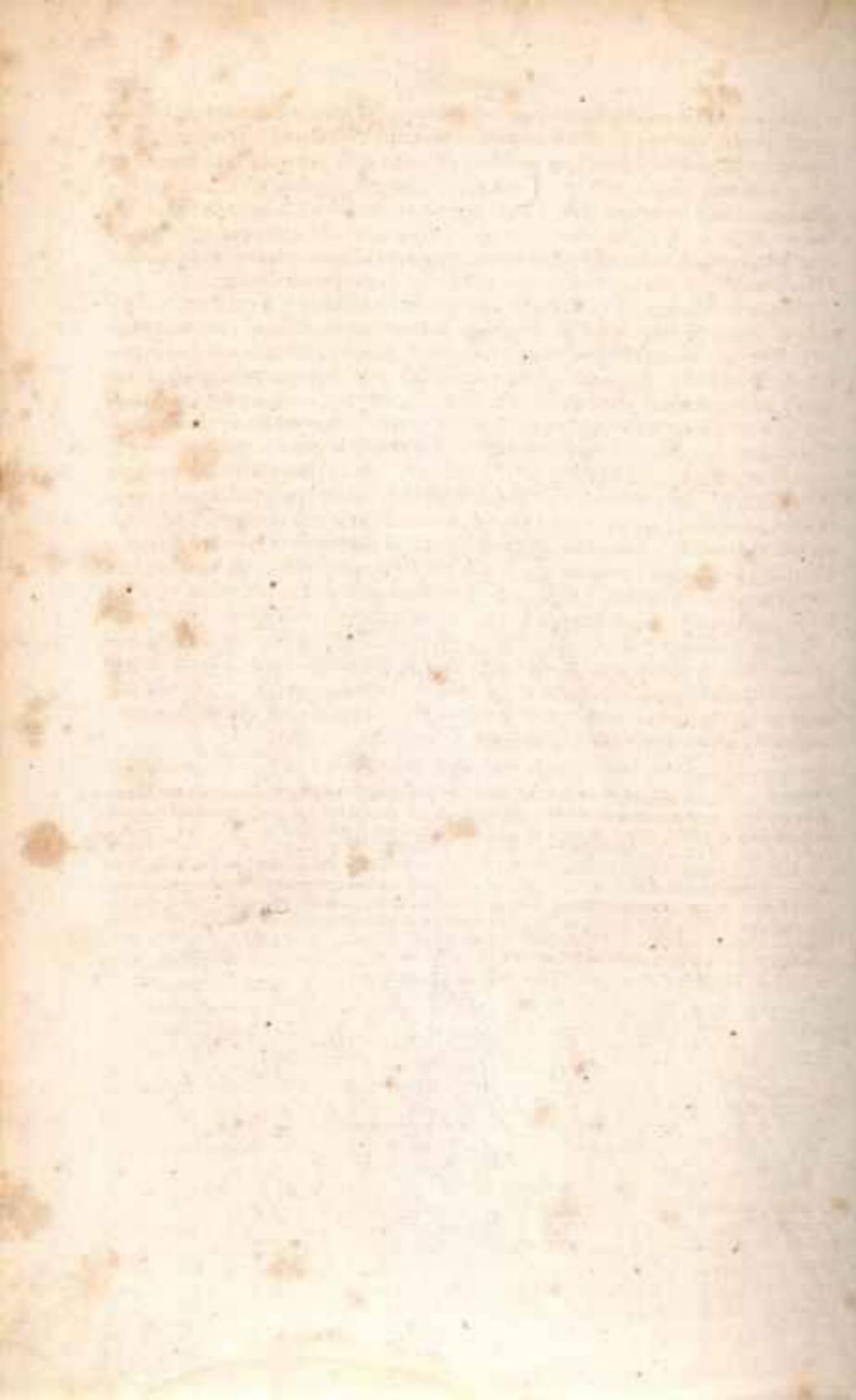
sabido apreciarla, mucho menos comprenderla. De aquí la estimacion escasa, el ningun fomento, el corto estímulo y la poca emulacion¹: fenómeno tan natural como necesario, atendidos los progresos que iban haciendo cada dia entre las naciones de Europa de una parte la razon, y de otra parte el interes. La poesía, hija de la imaginacion, tiene su principal valor y su influjo mas poderoso en la infancia y en la juventud de los pueblos, mas sujetos entonces á dejarse vencer de los prestigios que el arte lleva consigo. Pero cuando la razon empieza á prevalecer, y las miras de utilidad á dominar en los ánimos, ya es preciso en tal caso que la poesía decaiga.

España en el siglo XVIII ha empezado á pensar, á analizar y á calcular, ha tratado de adquirir artes útiles y productivas, de fomentar las ciencias, sin las cuales estas artes no pueden sostenerse ni progresar, y de ponerse, en cuanto le fuese posible, al nivel de las demas naciones en prosperidad y en riqueza. ¿Cómo en tal estado y con semejante ahinco, podria dar interes y atencion á estos juegos del ingenio, que sirven de distraccion un momento, y despues no se estiman y se olvidan? Tampoco era tan rica que los pudiese pagar, y por consiguiente el arte falto de gloria y de recompensa, no podia dejar de ir á menos². Solo la poesía dramática por su particular carácter y por las aplicaciones necesarias que tiene, podia en tales circunstancias prosperar: pero por causas cuya explicacion pertenece mas bien á la historia del teatro que á este discurso, no podia pasar entre nosotros de meras tentativas. Cerrados pues todos los caminos á la emulacion y á la prosperidad, los ingenios que mas prometian se han visto obligados á abandonar un arte que tan pocas ventajas les presentaba; y se han entregado á otras ocupaciones que ofrecian mejor perspectiva á su ambicion y mayor campo á sus esperanzas. Por manera que, bien considerado todo, es aun mas de admirar y agradecer lo que se ha hecho, que de culpar y quejarse de lo que falta. Los poetas sin duda han sido en esta época menos en número que en lo pasado, y menos grandes si se quiere: pero el siglo era tambien infinitamente menos poético que los anteriores.

¹ A esta observacion general no se opone el período de favor que lograron las artes y las letras en el reinado de Carlos III: este período fué muy corto, y quince años de intermedio, por felices que fuesen, no podian contrapesar el influjo siniestro de todo un siglo.

² No es decir con esto que los ingenios fuesen despreciados y desatendidos: al contrario, una gran parte de los que mas se han distinguido han sido elevados á destinos importantes y honoríficos

por solo el mérito de sus estudios y de sus talentos. Pero cuando Melendez era agraciado con una plaza en la audiencia de Aragon, Forner con otra en la de Sevilla, Cienfuegos con una en la secretaria de Estado, y otros á este tenor, ellos en buena hora podian ganar mucho en fortuna y en consideracion civil; pero el arte perdia otro tanto, no pudiendo ya contar con sus trabajos para enriquecer su caudal.



SIGLO XVIII.

POESIAS DE DON IGNACIO DE LUZAN.

Nació en Zaragoza á 28 de marzo de 1702, de una familia muy distinguida en aquel reino. La muerte de sus padres acaecida en su primera edad, y los disturbios que había en España en aquel tiempo con motivo de la guerra de sucesion, le llevaron á Italia, donde, bajo el amparo y al cuidado de un tio suyo hizo sus primeros estudios, y tomó una instruccion muy amplia en humanidades, filosofía y derecho civil. Pero la literatura y la poesía fueron sus ocupaciones favoritas; y en su primera juventud se ejercitaba en componer versos en italiano y en latin, idiomas que poseia como si fueran propios suyos. Tambien llegó á poseer con mucha perfeccion el frances, el aleman y el griego, á que se dedicó despues con grande ahinco.

Vuelto á España publicó su *Poética* en Zaragoza en 1757, y habiendo venido á la corte supo no solo con sus talentos y su literatura, sino con el conocimiento y tino que hablaba de los negocios públicos, y con su agradable y urbano trato, granjearse tal concepto de capacidad y despejo, que fué sucesivamente nombrado en 1747 secretario de la embajada de Paris; encargado de negocios en aquella corte al año siguiente, y vuelto á España en el de 50, consejero de hacienda; superintendente de la real Casa de Moneda de Madrid; y poco despues tesorero de la Biblioteca real. Al tiempo que el gobierno le destinaba á empleos superiores por la confianza que en él tenia, falleció en Madrid de una enfermedad aguda en 19 de marzo de 1754.

Ademas de su *Poética* compuso diferentes poesias, algunas de ellas publicadas en el Parnaso español: tradujo del frances la comedia intitulada *La razon contra la moda* que corre impresa, y del italiano algunas óperas de Metastasio. Publicó tambien en prosa las *Memorias literarias de Paris*, y algun otro opúsculo sobre materias de critica, historia y literatura; y dejó otros diferentes escritos de que se hace mencion en la juiciosa vida que se lee al frente de la última edicion de su *Poética*. Fué de la academia Española, de la de la Historia, y de la de san Fernando: los mas señalados hombres de letras que había en España en su tiempo fueron sus amigos, y en gran parte sus discípulos: y atendidos su caracter y prendas virtuosas, sus talentos y sus estudios, el noble uso que hizo de ellos, y sus servicios al estado, es sin duda uno de los hombres que mas bien hicieron en aquella época á su patria y á las letras, y na le mienta su nombre sino con aprecio y veneracion.

CANCION I.

A LA CONQUISTA DE ORAY.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el emisfero;
Las vencedoras dienes coronemos
Del sagrado laurel, al que es espanto
Del infiel mauritano, al Marte ibero.
Ya ¿para cuándo quiero
Los himnos de alegría y las canciones,

Premio no vil que el coro de las nueve
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Para cuándo estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe
Con las ondas suavísimas mezclado
De la Castalia fuente el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?
Una selva de pinos y de abetes
Cubrió la mar, angosta á tanta quilla:
Para henchir tanta vela faltó viento:
De flámulas el aire y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla

Pálido el africano y sin aliento :
 Del húmedo elemento
 Dividiendo los líquidos cristales,
 Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
 Alzó airado la frente
 De ovas coronada y de corales :
 ¿ Quién me agobia con tanta pesadumbre
 La espalda? ¿ Hay quién intente
 Poner tal vez en nueva servidumbre
 Mi libre imperio? O ¿ por ventura alguno
 Me le quiere usurpar? ¿ No soy Neptuno?

Asi decia el dios : las españolas
 Proras en tanto del undoso seno
 Iban cortando la salada espuma :
 Humildes retirabanse las olas,
 Céfiro por el cielo ya sereno
 Batia en torno su ligera pluma.
 ¿ A dónde irá la suma
 De tanto alado pino? ¿ Hay otro mundo
 Que el español intrépido someta?
 ¿ Hay otros que acometa
 Riesgos por el océano profundo?
 Si es que al soberbio inglés moverá guerra,
 O si verá otra vez la Etnisia tierra?
 ¿ A dónde ha de ir, sino es donde le llama
 La santa fe, la verdadera fama?

Estrémecióse el africano suelo,
 Y temblaron de Oran torres y almenas,
 Del formidable vencedor á vista :
 En vano á la mezquita erróneo celo
 Trae madres y esposas de horror llenas
 A rogar que Mahoma las asista.
 No hay poder que resista
 Al ímpetu y ardor del león de España,
 Que vino, vió y venció ; y el agareno
 Probó de susto lleno
 A un tiempo amago y golpe de su saña :
 Cual snele ver, no sin mortal desmayo
 Rasgarse en ronco trueno
 Las pardas nubes, y abortar el rayo,
 El pasmado pastor, y todo junto
 Arder cielo y encina á un mismo punto.

Reconocen los bárbaros adarves
 El ya noto pendon que se enarbola
 Con armas de Castilla y celtiberas :
 Gimen de pena y rabia los alarbes
 Al ver que el viento plácido tremola
 Con respeto la cruz de las banderas.
 De escuadras lisonjeras
 De alados paraninfos cortejada
 Entra la Fe triunfante por las puertas,
 Ahora de nuevo abiertas
 Por el celo de España y por su espada.
 Huye del Alcoran el falso rito,
 Y abandona desiertas
 Las mezquitas infames ; y bendito
 El lugar profanado y templo inculto.
 Vuélvese á consagrar en mejor culto.

Estas, o noble España, son tus artes,
 Al cielo dirigir guerras y paces,

Pelear y vencer solo por Cristo :
 Del orbe entero ya las cuatro partes
 Siempre invencibles discurrir tus haces
 Por la sagrada religion han visto.
 Por tí desde Calisto
 Hasta el opuesto polo en trecho inmenso
 Al verdadero Dios el indio adora,
 Y el que en la tierra mora
 Donde al cruel Pluton se daba incienso.
 Por tí del Evangelio arrebolada
 Con mejor luz la aurora
 Del Ganges sale, y por tí da la entrada
 A nuestra fe la mas remota playa
 Del Japon, de la China y de Cambaya.

Por tí de hoy mas el bárbaro numida,
 El de Getulia, y el feroz Masilo
 Dejarán la impia secta y ritos vanos :
 Renacerán á mas felice vida
 Cuantos habitan entre Lixo y Nilo
 Abrazando la ley de los cristianos.
 Con tratos mas humanos
 El togado español pondrá sus leyes
 Entonces al moriseo vasallage ;
 Y parias y homenaje
 Recibirá de los venedos reyes.
 La piedad, el valor, la verdadera
 Virtud y el nuevo traje
 Aprenderá la Libia prisionera ;
 Y sabiendo imitar, sin otra cosa,
 Su misma esclavitud la hará dichosa.

Sulcará el industrioso comerciante
 El libre mar Tirreno y el Egéo,
 Sin temor de mazmorra ó de grilleto :
 ¿ Si diré lo que mandas que ahora cante,
 O Febo, ó dejaré que lo que veo
 Claro en la edad futura otro intérprete?
 El andaluz gineté
 Beberá del Cedron, el santo muro
 Libertado será ; y el fiel devoto
 Podrá cumplir su voto,
 De tiranos insultos ya seguro.
 Tendrá la España, mas que un tiempo Roma,
 De su imperio en el coto,
 El marfil indio y el sabéo aroma
 Para las aras y el sagrado fuego ;
 Ven, o dichosa edad, pero ven luego.

De tu antiguo valor así no olvides
 Los ilustres ejemplos, patria mía,
 Lejos del ocio y de extranjera pompa :
 Ame el fuerte maneebo armas y lides,
 Y en vez de afenudada melodia
 Guste solo del parche y de la trompa.
 Ambos hijares rompa
 Con la espuela el bridon : con pecho fuerte
 Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda.
 Y por la brecha ascienda
 A buscar y vencer la misma muerte :
 O aprenda á domoñar del mar la furia,
 O á moderar la rienda
 Del gobierno político en la curia,

Dejando en guerra y paz clara memoria :

Así se sube al templo de la gloria.

Pues ya tanto tu vuelo se remonta,

Cancion lijera y pronta,

Ve de Oran á la playa,

Y allá tambien contigo al campo vaya •

Este aplauso primero :

Y di en mi nombre al vencedor ibero,

Que si por dicha tanto

Como ya su valor puede mi canto,

Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,

Será eterna su fama en todo el orbe.

CANCIÓN II.

A LA DEFENSA DE ORAN.

Dame segunda vez, Euterpe amiga,

Bien templada la lira y nuevo aliento,

Que alcance á referir nuevas hazañas :

Ya de Oran y de Ceuta las campañas

Otrecen otra vez alto argumento

Que á renovar aplausos nos obliga.

El Africa enemiga

Ya produce otras palmas y laureles

Para adornar del español la frente.

Tú, divina Piéride, consiente

Que del furor sagrado con que sueles

Grandes héroes cantar, y sus renombres

A pesar del olvido, entre los hombres

Inmortales hacer, pida hoy no poco :

Es justa la razon por que te invoco.

Como la generosa águila altiva

Sobre las vagas aves hecha reina,

Y que sirve al Tonante el pronto rayo,

Si de su arrojó en el primer ensayo

Culebra arrebató que escamas peina,

Y erguida la serviz su furia aviva ;

En vano ya cautiva

De la garra feroz silba y forceja

Que el ave, uñas y pico ensangrentada

No suelta mas la presa, y remontada

Por la region suprema el vuelo aleja,

Hasta que al monstruo el fiero orgullo abate;

Y destrozado en desigual combate,

Palpitando algun miembro en tierra yace;

Lo demas en el aire su hambre paze :

Así la usada juventud de España

Contra el moro obstinado ahora defiende

Las conquistas debidas á su brío.

En vano el ya perdido señorío

La descendencia de Ismael pretende

Recobar con la fuerza ó con la maña.

Veráse la campaña

De marruecos, de Argél y Terudante

De púrpura teñida y rios rojos :

Revolcará los bárbaros despojos

Al mar del mediodía y al de atlante,

Destinados juguete al Euro y Notó

Cuando despues sulcare algun piloto

Las playas hasta donde fué Cartago,

Conocerá en los huesos el estrago.

Es difícil empresa al enemigo

La firmeza vencer de tales pechos,

Que honra solo, valor y fe respiran :

Ya vulgares ejemplos no se admiran ;

Ya del brazo español no salen hechos

Sin conducir la heroicidad consigo.

Del infeliz Rodrigo

No dura mas el ocio y muelle trato :

Entre noble vergüenza y rabia lucha

Cualquiera de nosotros cuando escucha

El nombre pronunciar de mauregato.

Ya en defender circunvalado muro,

Con varia muerte es del ibero duro

Propio, innato el teson, del cual arguyo

Que seria obstinado, á no ser suyo.

¡ O Cantabria feroz ! ¡ O de Sagunto

Inflexible valor ! ¡ O gran Numancia

Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria !

Siempre que se renueva la victoria

De nuestra heroica indómita constancia,

Falta voz á la fama en tal asunto.

Cuando el extremo punto

Llegó del hado, el fiero numantino

Al fuego se arrojó de rogos varios,

Dejando admiracion á los contrarios ;

Trofeos no ; que el vencedor latino,

Cuyo valor no en vano se eterniza,

Solo pudo triunfar de la ceniza :

No haga otra gente de constancia alarde ;

Que á esto no llegó nunca ; ó llegó tarde.

Nace del fuerte el fuerte, y de la interna

Virtud del padre toma el becerrillo

Que en las dehesas de Jarama paze.

¿ Acaso alguno vió jamas que nace

Del águila feroz triste cuclillo,

Nocturno buho ó palomita tierna ?

Como en cadena eterna

Se eslabona el valor, y la prudencia

Se infunde al español de sus pasados :

De aquellos ascendientes celebrados

Esta nació valiente descendencia,

De quien ahora tiembla el mauritano :

Despues vendrán, y no lo espero en vano,

Emulándose en glorias y en etos

Los hijos de los hijos y los nietos.

Cancion, si yo pudiese, bien querria

Hacer de modo que tu voz oyese

La zona ardiente, la templada y fria ;

Y que en tus alas fuese

La fama de mi patria y sus trofeos

A los pueblos del Indo, á los Sabeos,

A los de Arauco, Taura, Ida, Erimanto :

Pero no son tus alas para tanto.

CANCION III.

LEIDA EN LA ACADEMIA DE LAS NOBLES ARTES AÑO
DE 1735.

Ya vuelve el triste invierno
Desde el confin del Sárмата aterido
A turbar nuestros claros horizontes
Con el ceñudo aspecto y faz rugosa
Con que, á influjo de la osa,
Manda intratable en los Rifeos montes
Y en la Zembra polar; donde, temido
Señor de eterna nieve y hielo eterno,
Con tirano gobierno
La entrada niega á todo trato humano;
El piloto holandes se atreve en vano,
Avido pescador del cete inmenso,
A surcar codicioso
El piélago glacial: el frio intenso
Para su rumbo, y deja riguroso
En remota region lejos del puerto
La quilla inmoble el navegante yerto.
La hermosa primavera
Desterrará al invierno, coronada
La bella frente de jasmín y rosa,
Cual iris que en las nubes aparece:
Se alegra y reverdece
A su vista la tierra; y olorosa
Recrea los sentidos, revocada
La lozanía y juventud primera.
Poco antes prisionera
La fuentecilla de enemigo hielo,
Ya entonces libre fertiliza el suelo
Y nuevas yerbas alimenta y cria:
Robles, hayas y pinos
Vuelven á hacer la selva mas umbría:
En tanto al aire mil suaves trinos
Esparcen las canorasavecillas,
Mas agradables cuanto mas sencillas.
Sucederá el estio;
Y el can fogoso y el leon rugiente
Marchitará la verde pompa y flores,
Y agotará á la fuente sus cristales:
Así bienes y males
Mezcla pródigo el cielo: moradores
Hay en la fria zona, hay en la ardiente
Sufriendo extremos de calor y frio.
Su vario señorío
Ejerce en todo la inconstante suerte:
Nace sujeta á sucesiva muerte
Cada estacion: murió la antigua gloria
De Roma y de la Grecia,
Cuyas soberbias ruinas y memoria
Tanto la fama lisonjera aprecia:
Que al impulso fatal de las edades
Mueren tambien los reinos y ciudades.
Solo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre, en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,

Constante dura sin mudanza alguna:
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inútilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas: ella,
Como la fija estrella,
Que el rumbo enseña al pálido piloto
Cuando mas brama el aquilon y el notó,
Al puerto guia nuestro pino errante.
¿Quién con esto se acuerda
De envilecer su plectro resonante
Bonde de vista la virtud se pierda?
O un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y mas de estrago?
No, no; lejos aparte
Apolo del Parnaso error tan ciego,
Y en sus sagrados bosques no resuene
Sino pura armonía y casto acento:
Con severo instrumento
Caizado el gran coturno, el aire llene
De trágico terror Leghinto, el griego
Canto emulando en sencillez y en arte:
Yo cantaré de Marte
Las heroicas hazañas, que gloriosos
Acabaron los hijos generosos
De nuestra España, y llenaré la esfera
De aplausos de su fama:
Y sin ser por afecto lisonjero,
Mi voz, creciendo la apolínea llama,
Me oirán remotos climas admirados
Celebrar nuevos hechos ignorados.
Mas Febo en este dia
No me permite que de Marte airado
Cante las obras y el furor horrendo.
Ni estragos tristes de sus armas fieras.
Cedan palmas guerreras
A pacífica oliva, y el estruendo
Militar se convierta mejorado
En apacible métrica armonía.
A tí la lira mia,
Noble Academia, hoy se consagra solo;
A tí me manda celebrar Apolo,
Y que á tus bellas hijas floreciente
Corona teja amiga
La poesia para ornar su frente,
Premio no vil de toda su fatiga:
Lo que no puede el oro el verso puede;
Que el dar eterna fama á todo excede.
La luz y sombras dieron
Feliz principio y ser á la Pintura;
Creció su gracia el vario colorido,
Y el arte del escorzo y perspectiva:
Solo el tacto en la viva
Imitacion de objetos lo fingido
Pueda reconocer, y la estructura
Que artificiosas líneas compusieron.
Cuanto los ojos vieron,
Cuanto ideó la fantasia, fieles
Imitadores copian los pinceles,
A un lienzo dando bulto, alma y acciones;

Y con arte que admira
Movimientos, afectos y pasiones
De gozo, de dolor, miedo, amor, ira;
Y si le falta hablar, la vista duda
Como tal perfeccion puede ser muda.

Con cincel primoroso,
Noble Escultura, igual sabes los duros
Mármoles animar; y afecto blando
Diestra inspirar en modelados bustos.
Tus palacios augustos,
O grande Arquitectura, levantando
Arcos, teatros y soberbios muros,
Sabes tu nombre eternizar famoso.
Aun del Rodio Coloso
Dura la admiracion, y la romana
Gente ensalza al autor de la Trajana
Columna: aun vive el nombre de Lisipo:
Aun vive Apelles, claro
Amigo del gran hijo de Filipo;
Y viven, a pesar del tiempo avaro,
Praxitelas y Zeuxis, y el que quiso
Todo el arte apurar en su Jaliso.

Pero ¿á que fin la aquea
Fama me acuerda nombres y memorias
De antiguos siglos, cuando ya los cielos
Me ofrecen nuevo asunto en nuestra Iberia?
El arte á la materia
Excede con primores y desvelos
En este real albergue, en quien las glorias
De España cifra una ingeniosa idea.
Tal es justo que sea
La esfera y centro de sus grandes reyes,
Para dar desde aquí suaves leyes
A los dos obedientes emisferios.
Aquí al vivo esculpidos
Por el cincel de artifices esperios
Respiran reyes siempre esclarecidos;
Y el primero es Fernando, en cuya guarda
Ruge un leon y su señal aguarda.

Mas ¿cuál tan peregrina
Fábrica suntuosa se levanta
Obra de docta mano? ¿A quién delicada
Un magnífico ceó el nuevo templo?
De tan devoto ejemplo
La universal aclamacion publica
El intento piadoso, y de la santa
Educacion los frutos divina.
A aquel que de la Alpina
Grey fué pastor celoso, al grande Sales
Consagra estas memorias inmortales
De una gran reina la piedad profusa.

Permite que en tus sienes
Entrelace, señora, humilde musa
Esta hiedra á los lauros que ya tienes,
En tanto que con plectro mas sonoro
Se ocupa en tí todo el aónico coro.

Sagrado Evangelista,
Tambien tus aras renovadas veo
Por artifice diestro, que redujo
Lo hermoso y grande á limitado giro
Allí igualmente admiro
Al pincel español, cuyo dibujo
Ilustre hazaña y militar trofeo
Del gran Felipe acuerda á nuestra vista;
A Samuel y al Salmista
Rey al ungirle otro pincel colora;
Y al santo apóstol que la España implora
Por su patron, en la feliz orilla
Del Ibero y el sacro
Principio de la antigua alma capilla,
Y el pilar y divino simulacro
Al fresco esprime, y como todo á vuelo
Al suelo aragones se vino el cielo.

Nieto del grande Albano,
A quien Minerva y Marte belicoso
Guian de la virtud al arduo templo
De claros ascendientes por las huellas;
Tú tambien á las bellas
Tres nobles artes con ilustre ejemplo
Amparas y proteges, y oficioso
Tiendes en su favor la amiga mano.
Y tú, que pio, humano,
El imperio español en paz estable
Riges, sexto Fernando, admite á'able
Agradecidos votos que te ofrecen
Las artes decoradas:
A tí las ciencias, que á tu influjo crecen,
A tí invocan las musas, y alentadas
Con tu piedad, de flores de Helicóna
Van tejiendo á tu frente otra corona.

Suspende aquí tu vuelo,
Cancion, no quieras remontarte tanto;
Es muy débil tu voz, inculto el canto
Para tan alto empeño: al dios de Delo
Cede la empresa; él solo
Con cítara divina
Sabrá esparcir del uno al otro polo
El nombre de Fernando, y celebrarle:
Tú con respeto humilde te avecina
A su real trono; y pues para elogiarle
Tu amor ni voces ni conceptos halla,
Póstrate á tu Señor, ámale y calla.

POESIAS DE D. ALONSO VERDUGO DE CASTILLA,

CONDE DE TORREPALMA.

EL DEUCALION.

POEMA.

La horrenda historia del undoso estrago,
Castigo universal del orbe entero,
Y de su acerbo fin terrible amago,
Repíete, o Musa; si al idioma ibero,
Si á la bética lira, si al balago
De la sonante rima lisonjero,
Como inspirastes al cantor latino,
Grata concedes tu favor divino.

Y tú, del numeroso Apolo, en tanto,
De Mercurio elocuente alto museo,
Suspende para oír mi humilde canto,
A la lira la acción, ó al caduceo:
Perdone el fuego á la copela, en cuanto
Sobre el agua cruel pendiente veo
Tu piadosa atención, mientras conoces
Que escorias son de tu crisol mis voces.

Ya la indignada Astrea abandonaba
Último nùmen el inicuo mundo;
Y ya la férrea edad aprisionaba
Entre muros el antes errabundo
Pueblo; ya mal sufridos levantaba
Sus tronos la ambición, y del fecundo
Tronco de la impiedad y la malicia
Brotaba la licencia y la injusticia.

Tiránico el poder, las leyes muertas,
Venerado el delito, el culto vano,
La piedad falsa, las cautelas ciertas,
El trato fraudulento, el juicio insano,
Erraba el mundo; y á las altas puertas
Del claustro de los dioses soberano,
Llamaba con igual desasosiego
La impía queja y el devoto ruego.

Jove la execración mas que el gemido
Atónito escuchó, y el indignado
Rey del etéreo Olimpo conmovido,
Los dioses junta atento y alterado:
Duda el celeste coro; y prevenido
El silencio, con ánimo inflamado
Vierte en la exhortación que los conspira,
Así la magestad, así la ira:

« ¿Hasta cuándo, deidades soberanas,
Su engaño el mundo seguirá grosero,
Y el contrario agitar de las humanas
Pasiones copiará su caos primero?
¿Dónde llevan los hombres sus livianas
Mentes? ¿Qué error les odia el verdadero
Bien de la dulce paz, ó qué malicia

Deprava la reciproca justicia?

La fugitiva Astrea aun no ha librado
Su pura toga del audaz insulto,
Y á su etéreo solar se ha refugiado
Rehusando indignada el falso culto:
De la fe y la virtud acompañado
Se retira el honor del vulgo inculto,
Y el amor la fraterna sangre olvidada,
Y en ella la inocencia huye temida.

Yace la religión: ¿qué templo, qué aras
Vió rectos humos ni sencillo ruego,
Sin que el voto sacrilego manchara
Mas que la sangre el jaspé, el puro fuego?
Ya en vez de la piedad ruega la avara
Ansia de suceder, y en culto ciego
Hallar pretenden la deidad propicia
Cómplice de su error ó su injusticia.

Ya de los anchos términos del mundo
Todo el espacio aun es límite breve
Al humano poder, que furibundo
Tiranó usurpadoras armas mueve.
Entre lagos de sangre el triunfo inmundado
Canta impio; y sacrilega se atreve
A asaltar las esferas celestiales
La ambición de los miseros mortales.
Vosotros lo dejad, que de la insana
Guerra sufristeis los trabajos duros,
Y (afrenta es referirlo) de la humana
Audacia recelasteis mal seguros:
¿Por ventura bastó á la soberana
Mansion la altura de sus claros muros,
Para que no intentásen los gigantes
Escarlar sus alcázares distantes?

Mirad ¡o sumos dioses! profanados
Los templos en honor vuestro erigidos:
Ved en horrenda pùrpura bañados
Titubear los tronos mal sufridos:
Los inocentes lares apagados
Con sangre ó en incendio convertidos;
Y si aun vive algun justo, opreso duda
Entre argolla servil ó espada aguda.

Ya de nuestra clemencia escarnecida
Los abusados límites ignora,
Y temo que humillado piedad pida
Al vano mundo el soberano coro,
O que intente su audacia presumida
A los cielos borrar los astros de oro:
Tanto sufrir infama la constancia,
Y hace complicidad la tolerancia.

Si tanto se tolera, otro esta silla
Indigno ocupe, y este ceño grave
Rija con débil mano, al cual se humilla

Cuanto en el seno aun del futuro cabe ;
El flaco imperio entonces sin mancilla ,
La deidad vana de ultrajar acaba
El mundo ; mas no á mí , en cuya clemencia
Pende su disoluble consistencia .

Aun se vibra en mi mano el inflamado
Trisulco , á las maldades prometido ,
Que al Pelion sobre el Osa levantado
La alta mole arruinara supo esgrimido :
Aun se oye á Licaon encarnizado
Vagar las selvas con nocturno aullido ;
Y aun estremece el pardo Lilibeo ,
Cuando palpita exánime Tifeo .

Aun hay Júpiter, dioses : hoy os juro
Vengados : arda en fuego portentoso
El infimo orbe cuyo vulgo impuro
La última pena prueba criminoso . »
Tal diciendo , abre airado el limbo oscuro ,
Que es sepulcro de Encélado nubloso ,
Y los adustos ciclopes convoca
Al negro umbral de la tartárea boca .

Ya los fieros ministros fiero exhiben
La enorme llama , y en la fragua etnea
Inmenso yunque prontos aperciben ,
Y el sonante martillo á la tarea :
Mas en su inalterable ley escriben
Los necesarios hados que aun no sea
Abrasada la tierra : muda intento ,
E impera igual estrago á otro elemento .

Al vago reino del cerúleo hermano
La dominante horrenda voz convierte ,
Y , ¡o tú! dice , del líquido océano
Grande moderador , mi acento advierte :
La forcejada rienda de la mano
Dura relaja á la cuadriga fuerte :
Deja esta vez tu reprimida saña
Correr libre por la arida campaña .

Inspira el Jove undoso la sonante
Concha , y el eco vuelve repetido
Horrisono el Triton aun mas distante ,
Ronco alentando el caracol torcido :
De las tormentas présago , el nadante
Vulgo de los delfines conmovidos
Cruza nadando ; el pescador se espanta ,
Truena el polo , y el golfo se levanta .

Con torpe mano apenas abrir osa
Éolo la caverna de los vientos :
Huyen sillando de la gruta odiosa ,
Y empañan las esferas sus alientos ;
Vierte el astro su lluvia procelosa ;
Arma Orion sus truenos truculentos :
Aun del aura , aun del céfiro las plumas
Perezosas ventilan negras brumas .

Nuge el undoso toro , levantadas
Las puntas de sus cuernos litorales :
Al repetido incurso atropelladas
Van huyendo las playas desiguales :
Las ondas , prodigiosamente hinchadas ,
Amenazan las luces celestiales ;
Y de negro vapor lluvioso velo

A los ojos del mundo niega el cielo .

Las dulces venas de las claras fuentes ,
Que bebió en riego escaso el verde prado ,
Dos peñascos cauces impacientes
Rompen , y el campo borran inundado :
Los viejos rios las mojadas frentes
Levantán con horrible ceño airado ,
Y las urnas volcando , aun juzgan poca
La vasta plenitud de su ancha boca .

Con impetu ruinoso los torrentes
Disuelven de los montes las raices ,
Envolviendo en sus túmidas crecientes
Los pueblos y los campos infelices :
Con largo miedo suerte igual las gentes
Esperan de la sierra en las cervices ,
Mientras admiran su áspero desierto
De nueve vistas naves triste puerto .

Vuelve el pino á sus montes : ya la quilla
Navega el valle en que arrostró primero :
La altura en que anidaba la sencilla
Paloma alberga al tiburon roquero ;
Los peces se deslizan en cuadrilla
Sobre la grama en que saltó el cordero :
El risco ya es escollo , y ya á la piedra
Cubren las algas , que vistió la hiedra .

El piloto , que al fin de su jornada
Desde lejos descubre el patrio suelo ,
La improvisa tormenta viendo armada
Las faenas duplica y el anhelo :
En tanto de las ondas superada
La patria , pierde el tino y el consuelo ;
Fluctúa extraño mar la propia terra ;
Y en sus techos las áncoras aferra .

Cual cercano asilo refugiado ,
Torre eminente ocupa ú alta roca ,
Y del inmenso piélago cercado ,
Crecer ve el agua , y ya su muerte toca :
Cual corre al templo y á los piés postrado
De ídolo colosal clemencia invoca ;
Urge el peligro , y olvidando el culto ,
Sube á los hombros del gigante bulto :

Cual de la erguida palma la accesible
Caña trémulo escala : cual confia
Del añoso nogal al inmóvil
Tronco , y salvarse en la alta copa fia ,
Temiendo solo si al embate horrible
La podrida raíz ceder podria :
Resiste por su mal firme y profunda ,
Y el que nadára leño , árbol si inunda .

El viejo labrador , que vió primero
De la turbida creciente arrebatada
Su pingüe siembra , su guardado apero ,
Y al fin nadar su choza destrozada ,
Próvido al monte huye ; y el ligero
Vulgo de su familia la erizada
Altura busca , el hombre trabajado ,
De la pobre riqueza mal cargado .

Guía el anciano , y de la tierna planta
Del niño la torpeza reprehende :
Mas que la fuga el riesgo se adelanta :

Ya nadie á conservar su carga atiende :
 Ya del misero viejo se quebranta
 El ánimo y la fuerza ; mas suspende
 La reverencia al hijo : huye esperando,
 La mano el brazo, el hombro al padre dando.

Yacen bajo las aguas sepulcros
 Los altos templos, los palacios reales,
 Y los marinos dioses admirados
 Registran los ignotos penetrales :
 Ya en vez de las espigas coronados
 Ve Cibeles sus frisos de corales :
 Y donde tripudiaban las Bacantes,
 Coros tegan las Driades nadantes
 A las escasas cumbres retirados,
 Se estrechan en el último recinto
 Los que sin elección juntó asombrados
 Duro consorcio al ámbito sucinto,
 Sin que el pastor los silbe los ganados :
 Y las fieras se asocian por instinto
 En la cima, que juntos yacer deja
 El perro al lobo y al león la oveja.

Crecen las ondas, crece la tormenta,
 Y compiten la última esperanza
 Los hombres y las fieras ; ya es sangrienta
 Muerte de uno la vida que otro alcanza :
 Desalojar al flaco el fuerte intenta ;
 Sobre el fuerte el ligero se abalanza :
 Huye del toro virgen temerosa,
 Y otra al cuello indomado ascender osa.

El fino esposo, apenas ocupada
 La espalda del caballo belicoso,
 Los brazos tiende á la que ya inundada
 Su nombre clama en hábito amoroso :
 La cadera á la esposa destinada
 Ocupa el enemigo ; y al dudoso
 Trance que de tan rara lucha pende
 Pone funesta paz la onda que asciende.

Sobre la última roca retirada
 Amante madre, al tierno infante asida,
 La planta de las ondas ya bañada,
 Lo levanta á los hombros afligida ;
 Del miedo y de las olas perturbada
 En el piélago cae desvanecida,
 Y aun en la ansia letal agonizando
 Va el hijo entre las ondas levantando.

Ya las últimas cumbres inundaban
 Las aguas, y al cubrir las el mar fiero,
 De miseros nadantes se escuchaban
 Los roncós votos y el clamor postrero :
 Con monstruosa expansion se dilataban
 Las ondas de su espacio verdadero
 Y cuanto mas extensas menos graves
 El peso no consenten de las naves.

Del líquido sutil humedecidas
 Fluye la tierra sus innatas sales,
 Y en légamo se funden derretidas
 Las eminentes cumbres desiguales :
 De los vientos las ondas impelidas
 Forman corrientes, y ellas los canales ;
 Y en vehemente y vario movimiento

Muda la forma de la tierra el viento.

Solo en el vasto mar se descollaba
 De laureles inmunes coronado
 El bifronte Parnaso, en que bañaba
 Los umbrales del templo venerado
 De Témis la onda inquieta, y azotaba
 Tan tormentosa el pórtico elevado,
 Que al alto friso del sagrado muro
 Salpicó de espumoso limo oscuro.

En poca barca prodigiosamente
 Del espumoso Ponto sustentada,
 Escasa copia sí, pero inocente,
 Afligida, mas no contaminada,
 Yugo imponía á la soberbia frente
 Del mar, freno á la furia desatada
 Del viento, aquella de inocencia pura
 Celeste inmunidad, salud segura.

Deucalion solo y Pirra por los hados,
 Como inocentes raros ejemplares
 De virtud incorrupta, preservados
 De la culpa y la ruina populares ;
 Entrambos de los númeas sagrados
 Cultores pios, que unos patrios lares,
 Un talamo juntó, y en breve pino
 Unió el amor y conservó el destino.

Puerto feliz al leño zozobrado,
 Si poca tierra, da la cima breve
 Y mucha duda al ánimo turbado,
 Cual débil esperanza elegir debe :
 Dichoso el buque sí, pero cascado,
 Mal otra vez á tanto mar se atreve :
 La cumbre escasa bien se representa
 Última en la ruina, mas no exenta.

Ya no hay contra quien armen vengativa
 Su ira los cielos ; Júpiter serena
 El ceño torvo y la violencia activa
 De ondas y vientos aplacar ordena :
 El mar, cuya tormenta destructiva
 Los montes disolvió, ya de la arena
 No sufre el peso, y liquidando el seno
 De sus aguas coagula otro terreno.

La vaga nuncia de la etérea Juno
 Tiene el gayado manto ; el sol renace :
 El bramido del ábrego importuno
 Cesa, y la nube el Aquilon deshace :
 Sus ruinosos ímpetus Neptuno
 Tempa : la tierra entre las ondas nace :
 Huye el mar ; y ya en pardos horizontes
 La mojada cerviz sacan los montes.

Con mudo horror desde la cumbre yerta
 Restituirse el mundo absortos miran,
 Y con tierna memoria y vista incierta
 La antigua tierra en nueva forma admiran :
 Y la llanura en partes descubierta,
 Ya las últimas aguas se retirán ;
 Y las húmedas sierras al sombrío
 Valle destilan gota á gota el río.

Llora el orbe desierto el generoso
 Nieto de Prometeo, y ¡o cuán dura
 Vida nos guarda el cielo (clama ansioso)

Sobreviviendo á tanta desventura !
 Nosotros solo en cuanto luminoso
 Febo descubre, de su lumbré pura
 Gozamos noche eterna y mar profundo :
 Todas las gentes cubre todo el mundo.

Sola tú, solo yo, con igual suerte
 Vivimos, en los dos la especie humana
 Fallece, ó se conserva si la muerte
 Fiera nuestro consorcio no profana :
 Aun con terror la triste vista advierte
 De nubes una y otra cumbre cana :
 Si uno faltase ¡ qué infelicemente
 Sería el otro el único viviente !

Yo, si tú de las ondas sumergida
 Fueses, (no escuchen voz tan ominosa
 Los cielos) no quedára con la vida
 Ni reusára los hados de mi esposa :
 Mas tú, si de la barca combatida
 Caer me vieses á la mar undosa,
 ¿Cómo pudieras en tan triste suerte
 Salvar tu vida, ni sufrir mi muerte?

Pero esta singular, esta de tantos
 Riesgos mortales vida combatida,
 Don generoso de los dioses santos,
 Rindase á su bondad reconocida :
 Suceda la piedad á los espantos,
 Y antigua religion la nueva vida
 Consagre : sea adoracion profunda
 El primer culto de la edad segunda.

Los dioses de los templos profanados
 Y de la desolada tierra huyeron :
 Los altares dejaron indignados,
 Y de los tardos volos se rieron :
 En el etéreo olimpo retirados
 Con rostro eujuto el comur llanto vieron :
 Solo Témis severa en alte templo
 Al castigo preside y ai ejemplo.

Mas si es placable la celeste ira,
 Víctima ya á su enojel mundo ha sido :
 Ya tanta ruina á la piedad conspira,
 Ya tanta pena el crimen ha abolido :
 No en vano á su clemencia la fe aspira
 Que entre sus puras leyes ha vivido :
 Honremos la deidad, y escuche luego
 El justo número nuestro justo ruego.

Con medrosa piedad en el limoso
 Umbral imprimen la devota planta :
 El templo en un silencio pavoroso
 Oscuro asmbra, é inundado espanta :
 Fétido ceno, en vez del religioso
 Fuego, cubre profano el ara santa :
 Póstrase al frio jaspe; y así en tanto
 Con voz tímida alterna ruego y llanto :

« O tremendo del mundo criminoso
 Inmaculado número, de su ruina
 Sla reliquia, y del delito odioso
 Nevitable ultriz, Témis divina !
 Si en tanto estrago cumplen prodigioso
 Su indignacion los cielos, si termina
 Su cólera, no sea, cual contemplo,

Venganza estéril tan costoso ejemplo.

Desolada la tierra, gira en vano
 El sol, trayendo al mundo inútil dia,
 Mientras desierto el orbe del humano
 Vulgo, las focas, los delfines cria :
 ¿ Serán estos del culto soberano
 Dignos ministros en su esfera fria ?
 No os falte, o dioses, tanto sacrificio :
 Porque la virtud viva, nazca el vicio.

Benignos conservad cuantos ofrece
 Héroe grandes, justísimos varones
 La venidera edad, si no perece
 La emulada virtud de las naciones :
 Aun entre la mas bárbara florece
 Rústica religion, y en pobres dones
 Monra vuestra clemencia el aldeano,
 Como en sus hecatombes el tirano.

¡ Ojalá como supo el grande abuelo
 La humana forma al barro primitivo
 Dar ingenioso, y usarle al cielo
 Para llama vital su fuego activo ;
 Pudiera yo, imitando su desvelo,
 Dar nueva gente al tiempo sucesivo !
 Mas quien puede implorar clemencia, puede
 Cuanto el cielo á los ruegos fiel concede. »

Calló, y de horror absorto religioso
 El flébil eco hasta el silencio escucha :
 Alta luz mueve el templo y el dudoso
 Animo entre esperanza y temor lucha :
 El duro labio aliento prodigioso
 Informa; y suerte pronunciando mucha,
 Así predice, articulando el viento
 En frase oscura, pero en claro acento :

« Salid, cubrid el rostro, y desceñidos,
 Los huesos á la espalda id arrojando
 De vuestra madre. » Callan suspendidos
 El cruel vaticinio interpretando :
 Atónitos vacilan, y afligidos,
 Repitiendo tal vez, tal repugnando,
 Amarga suerte, la que aun no dispensa
 Los patrios manes de la impia ofensa.

Rompe el silencio Deucalion; « no yerra
 Mi fe, dice: el misterio he descubierto ;
 Piadosa no inhumana ley encierra :
 Las deidades no engañan, todo es cierto.
 Gran madre de los hombres es la tierra,
 Huesos las piedras suyos; si el desierto
 Mundo poblar el hado así prescribe,
 Piadoso y fácil modo nos exhibe.

Flamea no ruborosa á la inspirada
 Casta propagacion el rostro ceta :
 La que del hombro pende desatada,
 La aun no virgínea zona, libre tela
 Forma luego en nupciales imitada
 Supersticiosos ritos : que á secuela
 Del fausto ejemplo anuncian religiosos
 Copia á la prole, dicha á los esposos.

Con indecisa fe, con titubeante
 Mano á la espalda frias piedras tiran,
 Y tímida la accion, el paso errante

La paludosa tierra inciertos giran :
 Aun el ánimo duda repugnante
 El prodigio que obran y no miran :
 Pero constante su piedad prosigue,
 Y el fin , que aun esperar duda , consigue.

Vegeta el duro canto , se enternece ,
 Y , trasmutado de interior fermento ,
 De órganos y de humores se enriquece ,
 Y al vital se prepara movimiento :
 Ya de la humana forma haber parece
 El primero confuso lineamento ,
 Cual en dudosas señas de la errante
 Luna el orbe figura su semblante.

Abúltanse , y mil términos en vano
 El otra vez comun campo produce ,
 De vario sexo , como lo es la mano ,
 Cuyo tiro á viviente lo reduce :
 En las perfectas formas soberano
 Aflato auras vitales introduce :
 Muévense , sienten , piensan , hablan , aman ,
 Y en pueblos por el orbe se derraman.

Las brutas formas , el calor suave ,
 La templada humedad , la aura fecunda
 Imprimen ; y la tierra aborta grave
 De su primera prole grey segunda :
 La fiera montaraz , aérea el ave
 De los tímidos céspedes redunda ;

Y semiformes los reptiles yacen ,
 Siendo aun parte del légamo en que nacen.

Desnuda entonces , y jamas vestida
 Del antiguo verdor la tierra vuelve :
 O por fatal castigo enflaquecida ,
 O porque el agua su vigor disuelve.
 En tener frutos , en escasa vida
 Naturaleza su poder resuelve ,
 Moderando los astros mas propicios
 La fuerza en su virtud á nuestros vicios.

¡ O de petreo origen prole dura ,
 Generacion de mármoles helada ,
 Cuya rebelde rigidez aun dura
 En tus feroces pechos propagada !
 ¡ O feliz tu primera compostura
 De barro humilde y de alta luz formada ,
 En cuya masa tierna y obediente
 Aun fué docilidad el ser viviente !

Pudo de piedra á hombre conducirte
 La piedad de los dioses ; y pudiera
 A tu fria inaccion restituirte
 Con pena digna su virtud severa :
 Solo sus santas leyes reducirte
 No pueden de hombre á justo ; pues espera
 Que quien lo frágil reparando enmienda ,
 Tambien lo duro quebrantando ofenda.

POESIAS DE D. NICOLAS FERNANDEZ MORATIN.

Nació en Madrid en 1757 : siguió la carrera de las letras , y estudió la filosofia en el colegio de los jesuitas de Calatayud , y el derecho civil en Valladolid. Fué ayuda de guardajoyas de la reina doña Isabel Farnesio , á la que acompañó en su retiro de San Ildefonso , y despues vino con ella á Madrid cuando la muerte de Fernando VI. Aqui se distinguió al instante por sus conexiones con los primeros literatos de aquel tiempo , por su talento para la poesia , por su gusto y conocimientos en humanidades , y por su celo ardiente en combatir todos los errores y ábuses que afeaban entonces esta amena parte del saber humano. Su primera obra fué la comedia de la *Petimetra* : despues en diferentes tiempos dió las tragedias de *Lucrecia* , de *Hormesinda* y de *Guzman el Bueno* , el poema didáctico de *la Caza* , el periódico intitulado *el Poeta* , y otros diferentes opúsculos en verso y prosa. Su último escrito fué el canto épico *las naves de Cortés* , que presentó á la Academia Española para el primer concurso poético que se celebró en ella ; y aunque no obtuvo el premio , ha quedado , sin embargo , en la opinion general como un escrito superior , y la mejor obra de Moratin. Falleció en Madrid á 11 de mayo de 1780 á los cuarenta y dos años de su edad , dejando un hijo que ha dado con sus talentos y consus escritos un lustre todavía mas grande á su nombre. Fué de la sociedad económica de Madrid , y de los Arcades de Roma con el nombre de *Flumisbo Thermodonciaco*.

QUINTILLAS.

FIESTA ANTIGUA DE TOROS EN MADRID.

Madrid , castillo famoso
Que al rey moro aliviá el miedo ,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal diholo
De Alimenon de Toledo ,
Su bravo alcaide Aliatar ,
De la hermosa Zaida amante ,
Las ordena celebrar
Por si la puede ablandar
El corazon de diamante.

Pasó vezcida á sus ruegos
Desde Avavaca á Madrid ;
Hubo pendorgas y fuegos ,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores ,
En las cifras y libreas
Mostraron los amadores
En pendones y en preseas
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía ,
Y de lejos muchas de ellas ,
Las mas apuestas doncellas
Que España entonces tenia.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa
Que atiende á ver en su arena

La sangrienta lid dudosa
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte aflagranó ,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafiles y atabales
Con militar armonía
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros
Junto al puente que se llama
Por sus peces de Viveros ,

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel dia ;
Y en la fiesta que gozó
La popular alegría
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril
Y á Tarfe tiró por tierra
Y luego á Benalguacil ;
Despues con Hamete cierra
El temeron de Conil.

Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz .
Hecho un lazo por airon
Sobre la enhiesta cerviz
Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia
Ofrecerle vencedor

A la dama que servía :
 Por eso perdió Almanzor
 El potro que mas quería.

El alcaide , muy zambrero ,
 De Guadalajara , huyó
 Mal herido al golpe fiero :
 Y desde un caballo overo
 El moro de Horche cayó .

Todos miran á Aliatar,
 Que aunque tres toros ha muerto
 Ne se quiere aventurar,
 Porque en lance tan incierto
 El caudillo no ha de entrar.

Mas , viendó se culparia ,
 Va á ponérsele delante :
 La fiera le acometía ;
 Y sin que el rejon le plante
 Le mató una yegua pía .

Otra monta acelerado :
 La embiste el toro de un vuelo
 Cogiéndole entablezado ;
 Rodó el bonete encarnado
 Con las plumas por el suelo .

Dió vuelta hiriendo y matando
 A los de á pié que encontrára ,
 El circo desocupando ,
 Y emplazándose se para
 Con la vista amenazando .

Nadie se atrave á salir,
 La plebe grita indignada :
 Las damas se quieren ir
 Porque la fiesta empezada
 No puede ya proseguir .

Ninguno al riesgo se entrega ,
 Y está en medio el toro fijo ,
 Cuando un portero que llega
 De la puerta de la Vega
 Hincó lo rodilla y dijo :

Sobre un caballo alazano
 Cubierto de galas y oro ,
 Demanda licencia urbano
 Para alancear un toro
 Un caballero cristiano .

Mucho le pesa á Aliatar,
 Pero Zaida dió respuesta
 Diciendo que puede entrar,
 Porque en tan solemne fiesta
 Nada se debe negar .

Suspense el concurso entero
 Entre dudas se embaraza ,
 Cuando en un potro ligero
 Vieron entrar por la plaza
 Un bizarro caballero .

Sonrosado , albo color ,
 Bello labio , juveniles
 Alientos , inquieto ardor ,
 En el florido verdor
 De sus lozanos abriles .

Cuelga la rubia guedeja
 Por donde el almete sube :

Cual mirarse tal vez deja
 Del sol la ardiente madeja
 Entre cenicienta nube .

Gorguera de anchos follages ,
 De una cristiana primores ,
 Por los visos y celages
 En el yelmo los plumages
 Vergel de diversas flores .

En la cuja gruesa lanza
 Con recamado pendon
 Y una cifra á ver se alcanza
 Que es de desesperacion ,
 O á lo menos de venganza .

En el arzon de la silla
 Ancho escudo reverbera
 Con blasones de Castilla ,
 Y el mote dice á la orilla ,
Nunca mi espada venciera .

Era el caballo galan
 El bruto mas generoso ,
 De mas gallardo ademan ,
 Cabos negros y brioso ,
 Muy tostado y alazan :

Larga cola recogida
 En las piernas descarnadas ,
 Cabeza pequeña , erguida ,
 Las narices dilatadas ,
 Vista feroz y encendida .

Nunca en el ancho rodeo
 Que da Bétis con tal fruto ,
 Pudo fingir el deseo
 Mas bella estampa de bruto
 Ni mas hermoso paseo .

Dió la vuelta al rededor :
 Los ojos que le veian
 Lleva prendados de amor :
 Alá te salve , Jecian ,
 Déte el Profeta favor .

Causaba lástima y grima
 Su tierna edad floreciente :
 Todos quieren que se exima
 Del riesgo , y el solamente
 Ni se precia , ni se estima .

Las doncellas ai pasar
 Hacen de ámbar y alcafor
 Pebeteros exhalar ,
 Vertiendo pomos de olor ,
 De jazmines y azahar .

Mas cuando en medio se para
 Y de mas cerca le mira
 La cristiana esclava Aldara ,
 Con su señora se encara
 Y así la dice y suspira :

Señora , sueños no son :
 Así los cielos vencidos
 De mi ruego y afliccion ,
 acerquen á mis oidos
 Las campanas de Leon ,

Como ese doncel que ufano
 Tanto asombro viene á dar

A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar
El soberbio castellano.

Sin descubrirle quien es
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés;
Por donde se abrió despues
El cubo de la Almudena.

Y supo que fugitivo
De la corte de Fernando
El cristiano, á penas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo

Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo en torno la cerca:
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pié
Y sus doncellas detras:
El alcaide que lo ve,
Enfurecido ademas,
Muestra cuan zeloso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
Torciendo las rieras de oro
Marcha al combate cruel,
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gaa asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual lecha se disparó
Despeida de la cuerda,
De ta suerte le embistió:
Dejas de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada:
segunda vez acomete
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja

Con el hueso retorcido:
El suelo huele y le moja
Con ardiente resoplido.

La cola inquieto menca,
La oreja diestra mosquea,
Vase retirando atras,
Para que la fuerza sea
Mayor y el ímpetu mas.

El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuanto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

¡Mas ay, que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja estrago haciendo;

Ni llama así fulminante
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó,
Fué tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundia.

A caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En la lanza le clavó
Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos
Le alarga á Zaida diciendo
Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo,

Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.

Ella, el rostro placentero,
Dijo y turbada: Señor
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.

Y besando el rico don
Para agradar al doncel,
Le prende con aficion
Al lado del corazon
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve,

Y trémulo y amarillo
Sobre un tremecen rosillo
Lozaneando se fue.

Y en ronca voz, castellano,
Le dice, con mas decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.

Así, dijo el de Vivar,
Respondo: y la lanza al ristre
Pone y espera á Aliatar:
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prision pedía,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó
Se acerca, oyó el alboroto
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor,
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir,
Tal era ya su furor.

El alcaide recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando;
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

ANACREONTICA.

EL ARROYO.

Vagaba por los montes
Un arroyuelo humilde,
Jamás acostumbrado
A salir de su linde.
Viniéronle descos
De ver el mar horrible,
Movido de las cosas
Que de él la fama dice;
Y con ocultos pasos
Entre espadaña y mimbres,
Hizo que por el valle
Sus aguas se deslicen.

Ya que llegó á la orilla
Que las ondas embisten,
Los peligros le asustan,
Los golfos y las sirtes.
Y cuando ver creía
Palacios de viriles,
Y en trono de corales
Neptuno y Anfitrite;
Halló las bramadoras
Tempestades terribles,
Cadáveres y tablas
De naves infelices.
Atras volver el paso
Quiso, pero lo impiden
Erizados peñascos,
Montes inaccesibles;
Sin amparo en la tierra
El de los cielos pide:
¿Hubo marinos dioses
Que él no invocase humilde?
Pero á su ruego sordos
La súplica no admiten;
Que haber suele ocasiones
En que el llanto no sirve:
Así sucede al hombre
Que su quietud despide,
Y á los vicios se entrega
Que halagüenos le brindan.
Que al verse aprisionado
Entre pasiones viles,
Salir intenta cuando
Salir es ya imposible.

LETRILLA.

AMOR ALDEANO.

Hoy mi Dorsa
Se va á la aldea,
Pues se recrea
Viendo trillar.
Sigola aprisa:
Cuantos placeres
Mantua tuvieres
Voy á olvidar.
Que ya no quiero
Mas dignidades:
Las vanidades
Me quitó amor.
Ni fama espero
Ni anhelo á nada,
Solo me agrada
Ser labrador.
Voy amoroso
Para servirla,
Quiero seguirla
Por donde va.
Verá el hermoso
Trigo amarillo;
Luego en el trillo

Se sentará.

Yo iré con ella,
Y el diestro brazo
En su regazo
Reclinare.
La niña bella
Me dará vida
Agradecida,
Viendo mi fe.

De esotros trillos
Que estén mas lejos
Los zagalejos
Me enviarán.
Mil Cupidillos,
Viendo á la bella
En torno de ella,
Revolarán.

Yo alborozado
Con dulces sonos
Tiernas canciones
La cantaré.
Ni habrá cuidado,
Ni habrá fatiga
Que con mi amiga
No aliviaré.

CANTILENA. ●

EL SUEÑO.

Hay una gruta
En la olorosa
Alcarria umbrosa.
Entre zarzales
Y peñascales,
De humilde arroyo
Que en sus honduras
Suena agua puras.
Y coge el arlas
Para llevarlas
Al rico fajo
Que es á alla abajo.
La gruta enfrian
Los cisrillos
Que entre tomillos
Vagan soplando.
Muy trasparente
Casi á la entrada
De agua filtrada
(La cual resuda
La peña ruda)
Poza ha formado
El destilado
Humor deshecho :
Que, desde el techo
Cayendo grato,
De rato en rato
Forma sonido
Blando al oido,
Y hace pompillas

En las orillas.

A guarecerme
De ardiente siesta,
Niño y cobarde
Llegué una tarde,
De angustia lleno
Y acalorado
Llevé en el seno
Diversas flores
Que dan olores,
Y recostado
Con pueril ceño,
Súave sueño
Me dejó en calma
La débil alma :
Las florecitas
De las manitas
Se me cayeron.

Luego vinieron
Trayendo corvas
Largas tiorbias
Las nueve hermanas,
Ninfas lozanas
Muy amorosas.
Rojos claveles,
Lirios y rosas
Forman cairéles
Al pelo de oro :
Que con decoro
Esconde á trechos
Los albos pechos
Como la nieve.
Arrullo leve
De la que alterna
Tórtola tierna
Oigo y suspiro ;
Y en sueños miro
Que las doncellas
De flores bellas
Me dan corona,
Y de Heliconia
Y aónia fuente
Bañan mi frente.
Erato hermosa,
Que á Vénus canta
Con gracia tanta,
Su dulce boca
Une á la mia,
Y allí imprimia
Ardiente beso
Con muy travieso
Abrazo junto.

Desde aquel punto
Quedé inflamado
Y enamorado
Súavemente.
Iras y horrores
Del fiero Marte
Vayan á parte ;
Solo la risa

De mi Dorisa,
Y el cerco ondoso
De oro precioso
Que orna su frente,
Y la hermosura
Celeste y pura
Que absorto admira
El universo,
Canta mi verso,
Suenan mi lira.

SONETOS. — I.

Un alto y generoso pensamiento,
Inspiracion del cielo soberano,
Me puso la áurea cítara en la mano
Para cantar el dulce mal que siento.
Y fué tan grato el sonoro acento,
Que la ancha vega, el apacible llano,
Y el cavernoso monte carpentano
Mostraron compasion de mi tormento.
Turbóse el rio de cerúleo manto,
Oculto entre los álamos sombríos,
Al ver su cisne lamentarse tanto.
Movieronse los brutos mas impíos
Y los ásperos troncos á mi llanto;
Y no la que causó los males míos.

II.

A DON JUAN BAUTISTA CONTI, CUANDO TRADUJO
EN ITALIANO LA ÉGLOGA PRIMERA DE GARCILASO.

Las bellas ninfas del undoso rio
En que halló cristalino mauseoío
El hijo audaz del rubicundo Apolo
Quisieron escuchar al cisne mio.
Y dijo Febo: el instrumento fio
A tu destreza ¡o jóven! pues tú solo
Desde el oro de Tajo al de Pactolo
Llevarás de este amor el cruel desvío.
Cantaste, Conti; y á tu voz volvieron
Atónitas las ondas á escucharte
Las quejas de Salicio en son toscano.
Lampecía y sus hermanas no sintieron,
Mientras cantabas con dulzura y arte,
El precipicio del perdido hermano.

III.

DORISA EN TRAGE MAGNIFICO.

¡Qué lazos de oro desordena el viento,
Entre garzotas altas y volantes!
¡Qué riqueza oriental, y qué cambiantes
De luz que envidia el sacro firmamento!
¡Qué pecho hermoso, do el amor su asiento
Puso, y de allí fulmina á los amantes,
Absortos al mirar sus elegantes
Formas, su delicioso movimiento!

¡Qué vestidura arrostra, de preciado
Múrice tinta, y recamada en torno
De perlas que produjo el centro frio!
¡Qué extremo de beldad, al mundo dado
Para que fuese de él gloria y adorno!
¡Qué heroico y noble pensamiento el mio!

CANCION.

A PEDRO ROMERO, TORERO INSIGNE.

Cítara aurea de Apolo, á quien los dioses
Hicieron compañera
De los regios banquetes, y ¡o sagrada
Musa! que el bosque de Helicon venera,
No es tiempo que reposes:
Alza el divino canto y la acordada
Voz hasta el cielo osada
Con eco que supere resonante
A el estruendo confuso y vocería,
Popular alegría
Y aplauso cortesano triunfante,
Que se escucha distante
En el sangriento coro matritense;
En cuya arena intrépido se planta
El vencedor circense,
Lleno de glorias que la fama canta.
Otras quiere adquirir, y así de espanto
Y de placer se llena
La villa que domina entrambos mundos.
Corre el vulgo anhelante, rumor suena,
Y se corona en tanto
De bizarros galanes sin segundos
Y atletas furibundos
El ancho anfiteatro. Ah! se asoma
Todo el reino de amor, y la hermosura
Que á Venus desfigura,
Y no hay humano peche que no doma,
(Baldon de Grecia y Roma)
Y en opulencia y aparato lesperio,
Muestra Madrid cuanto tesoro encierra
Corte de tanto imperio
Del mayor soberano de la tierra.
Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos su altivez mostrando,
Ni hay corazon que esquivo le resista.
Serena el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando:
Le va apenas ornando
El bozo el labio superior, y el brio
Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafío:
¡Con cuánto señorío!
¡Qué ademan varonil! ¡qué gentileza!
Pides la venia, hispano atleta y sales
En medio con braveza,
Que llaman ya las trompas y timbales.
No se miró Jason tan fieramente

En Colcos embestido
 Por los toros de Marte, ardiendo en llama,
 Como precipitado y encendido
 Sale el bruto valiente
 Que en las márgenes corvas de Jarama
 Rumió la seca grama.
 Tú le esperas, á un númen semejante,
 Solo con débil aparente escudo
 Que dar mas temor pudo:
 El pié siniestro y mano está delante,
 Ofrécesle arrogante
 Tu corazon que hiera, el diestro brazo
 Tirado atras con alta gallardía;
 Deslumbra hasta el recazo
 La espada que Mavorte enviadaria
 Horror pálido cubre los semblantes
 Entre sudor bañados
 Del atónito vulgo silencioso:
 Das á las tiernas damas mil cuidados
 Y envidia á sus amantes:
 Todo el concurso atiende pavoroso
 El fin de este dudoso
 Trance. La fiera que llamó el silbido
 A tí corre veloz, ardiendo en ira
 Y amenazando mira
 El rojo velo al viento suspendido.
 Da tramendo bramido
 Como el toro de Falaris ardiente,
 Hácese atras, redobla, cabecea,
 Eriza la ancha frente,
 La tierra escarba y larga cola ondea.
 Tu anciano padre, el gladiator ibero
 Que á Grecia España opone,
 Con el silvestre olivo coronado;
 Por quien la áspera Ronda y se pone
 Sobre Elis, y el ligero
 Asopo el raud curso ha rfrenado,
 Cediendo al despeñado
 Guadalentin: tu padre, que el famoso
 Nombre y valor que en tí ve renovarse,
 No puede serenarse,
 Hasta que mira al gape poderoso
 El bruto impetuoso

Muerto á tus plés, sin movimiento y frio
 Con temeraria y espantosa hazaña,
 Que por nativo brio
 Solamente no es bárbara en España.
 ¿Quién dirá el grito y el aplauso inmenso
 Que tu accion vocifera,
 Si el precio de tus méritos pregoná
 La envidia con adorno á la extranjera
 Que dice: en el extenso
 Mundo, ¿cuál rey que ciñá la corona
 Entre hijos de Belona
 Podrá mandar á sus vasallos fieros,
 Como el dueño feliz de las Españas,
 Hacer tales hazañas?
 ¿Cuál vencerán á indómitos guerreros
 En lances verdaderos,
 Si estos sus juegos son y su alegría?
 ¡Oh! no conozca España que varones
 Tan invencibles cria!
 ¡Rogádselo á los cielos, o naciones!
 Y tú por quien Vandalia nombre toma
 Cual la aquiva Corinto,
 (Ni tal vió el circo máximo de Roma)
 Si algo ofrece á mi verso el dios de Cinto,
 Tu gloria llevaré del occidente
 A la aurora pulsando el plectro de oro:
 La patria eternamente
 Te dará aplauso, y de Aganipe el coro.

CANTO EPICO¹.

LAS NAVES DE CORTES DESTRUIDAS

Canto el valor del capitan hispano
 Que echó á fondo la armada y galeones,
 Poniendo en trance, sin auxilio humano,
 De vencer ó morir á sus legiones:
 El que holló el ancho imperio mejicano
 A pesar de tan bárbaras naciones:
 Empresa digna de su aliento solo,
 Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.
 Y tú, sacra Piéride, si alguna
 Hay en Parnaso por feliz destino,

¹ Aunque en sus obras de este autor publicadas en Barcelona en 1821, se ha reimpresso este poema muy diferentemente de como aquí se halla, se ha tenido por conveniente repetirle en la misma forma que se incluyó en la primera edicion de esta coleccion, igual en todo á la que se hizo de dicho canto en la imprenta real en 1783. Extrañarán algunos esta preferencia, fundados en la confianza y autoridad que deben merecer las manos por quienes corrió la edicion de Barcelona, tan interesadas en la gloria del poeta, tan enteradas de los hechos que le pertenecen, y tan hábiles en el arte. Pero las mismas fueron las que cuidaron de la edicion de 1783: el autor hacia cuatro años que habia muerto, y la obra debió publicarse entonces tal como se hallaba entre sus papeles.

Aquella, pues, es la propia y genuina de don Nicolas Moratin, y no la de Barcelona; donde si las alteraciones que se han hecho han podido mejorar algun tanto la elegancia de estilo y la estructura de los versos, quizá han perjudicado á las proporciones de la composicion, disminuido á veces su grandeza, su raudal, su robustez, y por consiguiente alterado frecuentemente su carácter. Pero esta es opinion mia particular, en que no insisto, y que podrá en buen hora ser adoptada por otros. Sea de ella lo que se quiera, lo que no tiene duda es que las correcciones de la edicion de Barcelona no son ni pueden ser trabajo del poeta que escribió el canto, y por consiguiente le hacen menos suyo.

Que á engrandecer la hispánica fortuna
El hado dichosísimo previno :

Mi pecho enciende en llama cual ninguna,
Vierte en mi labio cántico divino,
Que está esperando la impaciente España
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.

Dictame, Musa, como ya arrollado
El mejicano golfo turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Coyunda impuso al bárbaro sangriento;
Y como á Vera-Cruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las indianas flotas.

Aquí ostendaba su milicia un día
Con pompa y gala, y en vistoso alarde
Asombra la feroz caballería;

Tal es el fuego que en los brutos arde
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde :
Tocan clarines, y las cajas suenan,
Mares y playas y montañas truenan.

Muéstrase altivo el inclito guerrero,
Sandoval digo, en un caballo armado,
Monte parece de bruñido acero,
A penas por su dueño sujetado :
Ancho pavés sin cifra ni lebrero,
Y el peñasco de Amaya relevado,
Solar de su linage; y por decoro
La banda negra sobre campo de oro.

Con un sayo galan de fino paño,
Con gorbion de encarnado y amarillo,
En un revuelto pisador castaño
Monta Pedro Gonzalez de Trujillo;
Y Dávila, soberbio en genio extraño,
Fatiga los hijares á un tordillo,
Llevando en el escudo sin cuarteles
Por antiguo blason trece roeles.

De pecho firme y ancha de cadera,
Con lazos jaldes, y con borlas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas :
De bordada melania la pechera,
Y bélicas cubiertas de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Alvarado,
Que á tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atrás la roja sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñido,
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido :
Y indicando cuan poco le moleste;
Roto el arco y las flechas de Cupido,
Era su empresa : en potros jerezanos
Le siguen y respetan sus hermanos.

Ordaz con fuertes armas pavoradas,
Fiero en palabras, rígido en semblante,
Monta un peceño, y lleva recamadas
De azul y negro las haldetas de ante :
Ni las mudas edades ya pasadas,
Ni el alto olvido harán que yo no cante,

¡ O insigne Lariz ! tu valor, que vuela
Desde Panuco al cabo de la Vela.

Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corcel cabos negros y melado
Gobiernas, y corriendo te alborozas :
El escudo en triángulos cortado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por orla y riquísimo tesoro
El ave de Gabriel quitada al moro.

Y Juan Velazquez de Leon movía
Un valiente caballo, y con la espuela
Le aflige, y con el freno le oprimía,
Sonándole la espada en la escarcela,
Yelmo con tembladora argentería,
En cuerpo y en el ristre la arandela :
En él encuentra la razon abrigo,
Deudo Velazquez, y Cortés amigo.

Un Leon rojo por blason ponía
En sus cuarteles con dorados marcos,
Jaclándose con él que descendía
De los leones de la casa de Arcos :
Una soberbia alfana, cuya cria
Vió el mar nacer en los veleros barcos,
Sedeño el rico á paso lento lleva,
Y un negro asido á la nielada greva.

Y tú, Morla, también en blanco armado
Vas escaramuzando largo trecho
Sobre un fuerte bridon azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho :
Pacheco un bayo arremetiendo alado,
Muestra, corriendo al general derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Blason de los señores de Villena.

Ya desfilaba con mover airoso
Saucedo, tierno joven rubicundo,
Que el cual otro no fuera mas hermoso,
Ni pasó tan gallardal Nuevo Mundo :
El mirar de un Adóns amoroso;
Y, uniendo á lo galan y furibundo,
Va con escarces, vueltas y reveses
Sobre un potro alazan de treinta meses.

Una casaca verde acuchillada
De trasflor y sutiles caniques,
Mostrando rica tela nacarata
Con broches y alamares de rubies :
Cadena de labor muy extremaña,
Y mangas de almaizares tuncieña :
Vergel de muchas y diversas flores,
Y el lazo del codon de mil colores.

En un rucio rodado muy brioso
Sale Escobar con malla y finos antes :
Y en un caballo negro poderoso
Villarroël con ojos centellantes.
Celebrar á mi verso numeroso
Tus hechos, y las armas radiantes
Con que ¡ o diestro Dominguez ! tú reluces,
Domador de caballos andaluces.
Admira tan lucida cabalgada,
Y espectáculo tal doña Marina,

India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina,
De la injuria del clima reservada,
Y del color del alba matutina,
Muestra que herir bien puede el pecho huma-
Cupido con harpon americano. (no

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo:
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo:
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo,
Reina parece de la indiana zona,
Varonil y hermosísima amazona.

Ella atónita mira, y asombrada
De tanta pompa y tanta gallardía;
Y ansiosa no queriendo dudar nada,
Informarse de todo pretendía:
El paso adelantó determinada
Hacia el casto Aguilar que allí venia,
Primero haciendo en muestras de obediencia
A Cortés su señor la reverencia;

Y inquieta dice: « ¡o noble compañero!
A mí por tus desgracias semejante,
Cuéntame de este ejército guerrero
Quién son aquellos que se ven delante:
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero
Ignorar ni su nombre ni semblante:
Di, acaba »: y Aguilar se sonreía
De ella, y con la alta permission decía:

Aquel membrudo de mirar saagriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que vioento
Vive en quietud, y así á la guerra viene:
Mírale cuan robusto y corpulento,
Como cruje la lanza y la sostiene
Con la ancha cota de dobles once,
Y el escudo con láminas de bronce.

Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima: aquel otro Garcia:
Y el que sigue el intépido Lezcano,
Y Juanes por quien Turia se gloria,
Y Ortiz, cuya viñuela con su mano
Tanto arrebató en célica harmonía,
Que estar mas que la Tracia mereciera
Con diez luceos en la octava esfera.

Ese determinado madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil veces al moro en duro empeño
Partió con los turbantes las adargas:
Mira en la suya el muro malagueño,
Y el puente roto, y en hileras largas
A cañozos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alquiceles.

Solo el de Toro, Olca el de Medina
Son aquellos que ves: aquel Portillo;
Bizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro íacilito caudillo:
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tórnes entre juncias y tomillo

Le arrulló en la aula de las ciencias sola
La celebrada Atenas española.

Mira aquel batallon de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el frances en Italia le tenia,
Cuando el Gran Capitan le vió á su lado:
Farfan es aquel alto que blandia
La pica, y de su patria amartelado,
Se va siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga, y ambos lados
Con pistoletos llenos de osadía,
Es Mesa el montañés, que sin cuidados
El maneja un cañon de artillería:
Usagre y Catalan van á sus lados,
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artilleros los pregona
La invencible nacion de Barcelona.

Aquellos de escaupiles acolchados
Siguen al alcarreño Jaramillo:
Mas le siguen tus ojos inflamados,
Si ¡o Cacia! permíteme el decillo:
Aquel que allí encuadróna los soldados
Es el fiel Bernal Diaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada
Cual César, con la pluma y con la espada.

Prosiguiera Aguilar; pero venia
Batiendo el acicate de ambos lados
Mercado en una remendada pia,
El mas niño de todos los soldados:
Por su doncel al general servia,
Apartaba los indios apiñados,
Diciendo plaza á infinidad de gente,
Plaza, que pasa el general al frente,

Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabuceria,
Que hasta Méjico el eco fué bramando:
Atruenan la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando:
Corral, Volante con Rangel ligeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés... ¡Divina Cito,
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamas tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso capitan triunfante?
¿Con qué aspecto real y señorio
Se le muestra á su ejército delante!
¿O qué valor que ostenta y qué nobleza!
¿O cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Ebillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos pinjantes,
Cegando como el sol, á quien parece
El arnés con que armado resplandece.

Destumbra la finisima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente

Con plumages y airon empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente:
El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente:
Música forman, guarnecidas de oro
Templadas piezas, al crujiir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio airosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuela las vislumbres duplicadas:
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturon, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que mas reverberando que el lucero,
Parece de un limpisimo diamante:
Esculpió en medio por blason guerrero
Entre las uñas de un leon rapante
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida
Que bordó con primor sutil aguja:
Y al encuentro y veloz arremetida
Hace corriendo que al impulso cruja
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazan tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultraje
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipage:
De ormesí recamado el paramento,
De seda y oro y borlas del estriago,
De bronce entallados la estribera,
Záfiro y balagas la testera.

El soberbio animal la clin extiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el aire enciende,
Y indómito y ufano se pompea:
En cuanto ¡o Bétis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas se hermosea,
Tal monstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiera.

Cortés recorre así los escuadrones
Con vivos ojos, plácido semblante,
Siendo por ademan y por acciones
A cosa mas que humana semejante:
Y afable dice: ¡O fuertes campeones!
¿Cuál órgano mortal será bastante
A cantar tanta hazaña celebrada,
Que debo yo al valor de vuestra espada?

Hércules nuevos, de portentos fieros
Habeis triunfado con asombro mio:
No ignore España, ilustres compañeros,
Cuanto la ensalza vuestro heróico brio:
¿Quién serán los audaces mensajeros,
Que el mar salado por el norte frio

Corten al sesgo con tajante quilla
A llevar tales nuevas á Castilla:

Y al rey don Carlos, al monarca hispano
Refieran esta accion tan señalada,
Y como tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero, como el monstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere heróicos pensamientos
A pesar de enemigos elementos:

Y que triunfando de él y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Cozumel las naves españolas,
Y el simulacro con escarnio eterno:
Y en el rio tambien de Banderolas,
A Grijalba siguiendo su gobierno,
Tomamos puerto en la obstinada tierra,
Que el paso defendió con cruda guerra.

¿Y quién ha de callar la memorable
Batalla de Tabasco y gran conquista?
El poder de los indios formidable
Su arrogancia increíble por no vista?
¿Y cómo el tren de gente innumerable
A los campeones que la cruz alista
Humilló al fin la indómita cabeza,
Y el bárbaro teson de su braveza?

Contad los arcs y las armas fieras,
Los escudos con fuegos abrazados,
Y que besan naciones tan guerreras
Los piés del Rey Católico sagrados:
Los cempoales de largas cabelleras,
Los de las sierras con el dardo osados,
De Cinpacingo y Quiabislan, que ataques
Sufren con los robustos totonaques.

Decid, en fin, que al fuerte y poderoso
Emperador de ocas) Motezuma,
A quien su inmensa Méjico en precioso
Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á vedar el horroroso
Holocausto en que al iddo perfuma
Con víctimas humanas y anhelantes
Corazones y entrañas palpitantes.

Dijo: y á todos tímido recelo
Mas que la guerra la respuesta ataja:
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja:
Y al mar cubriendo su cerúleo velo,
Desde Cuba al Darien de naves conja,
Cerrando altivo con velera popa
Las sendas de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba ligero,
Lleno de carmesí plumagería,
Con flecos en el verde mosquitero
Montejo estaba nudaz con ufania:
Y volviendo al gaulan Portocarrero,
Que en un rucio rodado le seguía,
De coracina y fuerte lanza arinado,
Carpetas y gualdrapas de brocado:
Jóven, le dijo, si dejar la guerra
Pareciere vileza y cobardia

No ya por las delicias de mi tierra
Esta abandono en tan urgente día :
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadía,
Serán respuesta al que decir intente,
Que de este suelo tímido me ausente.

Yo solo por los mares procelosos,
Rompiendo de Velazquez las armadas,
Bararé con mis buques presurosos
De España en las riberas apartadas :
Mas si tú con alientos generosos
Seguirme quieres, y las alteradas
Ondas surcamos en nadante pino,
La fama nos dará blason divino.

Estremeciöse el generoso mozo
Con ansia de la gloria concebida,
El rostro entiende, donde el blando bozo
Muestra la tierna juventud florida :
Y dice : La nobleza de que gozo
Sabes bien : ves mi empresa conocida,
Con escaques azules jaquelada,
Y las quince banderas de Granada.

Si sabes del de Palma las acciones,
¿Cómo presumes el que seguirte deje
En las dificultosas ocasiones ?
Contigo muera, y no deti me aleje.
Dijo, y se derribó de los arzones :
Montejo sin saber que le aconseje,
Le abraza afable, los caballos dieron
A sus amigos, y á Cortés se fueron.

Los principales cerca de él estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados :
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy peados :
Del mensaje difícil razonaban,
Cuando ofrecen los dos determinados
Llevarle al rey, volviendo desde España
Con nueva gente á hallarse en la campaña.

Entonces de contento alborozado
Torres el veterano exclama : ¡oh cielo !
Y ¡oh deidad ! que en tu auxilio se ha fiado
Mi patria con solicitud desvelo !
No está el brio español tan apagado,
Ni aun en tal clima y tan distante suelo,
Cuando aun se admira entre enemigas gentes
Tal esfuerzo de jóvenes valientes.

Así diciendole venerable anciano
Con lágrima ternisimas lloraba :
Muestra el abello bajo el yelmo cano,
Y sollozando apenas pronunciaba :
Con la ayes fuerte y ya trémula mano
Ciñe su cuellos y sus rostros lava,
Palpárdoles con amorosas muestras
Los fuertes pechos, y robustas diestras ;
Y, o mancebos fortísimos ! decía,
Id, la dulce España, á quien no espero
Ver ya jamas, que al templo de María
Múltima edad sacrificarla quiero :
Y al punto del alto hombro descendia
El rico tahalí, que en trance fiero

El quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza
A Malique Alabez, ganando á Baza.

Este que en perlas y esmeraldas orna
Le da al mas jóven con luciente espada
Mallorquina : á Montejo luego torna,
Y al morrion quitó fuerte lazada :
Con él la frente en otro tiempo adorna,
Le dice, Boabdéli rey de Granada,
Que el alcaide prendió de los Donceles,
Terror de los Zegríes y Gomeles.

Abránalos esotros capitanes
Y los despiden amorosamente,
Y con el fruto traen de sus afanes
De Motezuma el bárbaro presente :
Cortés con amistosos ademanes
Les fia su justicia, y reverente
Al caro padre y tierna madre envia
Dones, que ya por muerto le tenia.

Ya parten los dos inclitos guerreros
Con ansia de la fama presurosos :
Ya les dan los amados compañeros
Mil dones de la América preciosos :
Adornados de bandas y plumeros
Tremolaban galanes y animosos
De oro en bilibilitanos capacetes
Garzotas entre blancos martinetes.

Todos los acompañan al navío,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorío
Del mar, que cede á su timon y mando :
Al canal de Bahama y su bajo
Está la vista y proa enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.

Cuando el rabioso espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales ;
El centro infiel del bárato se hiende,
Pues ya se ven patentes las señales,
Que larga edad se estan allí temiendo
Con el recelo al Orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama habia
Que la gente española vencedora
Al católico yugo humillaria
Las gentes del Ocaso y de la Aurora :
El príncipe infernal, que ya veia
Cumplirse los pronósticos ahora,
Concilio horrendo de la negra gente
Llama, y habló con cólera impaciente :
¿ Con que no solo habeis de ser vencidos
Del alto arcángel que brilló en luz pura,
Sino de hombres infames abatidos,
Sino ¡ qué horror ! de humana criatura ?
¡ O espíritus eternos, que atrevidos
Fuisteis al Hacedor ! ¿ temeis su hechura ?
¿ Sufrireis con ultraje y vituperio (perio ?
Que un hombre emprenda el fin de vuestro im-
¡ Mas ay ! que ese mancebo el mismo día
Que nacer vimos al sajón Lureto,

Le vió España nacer con ansia mia ,
 Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiero :
 Visteis con cuan escasa compañía
 Misero , fugitivo y comunero
 Le llevó el mar á incógnitas regiones ,
 Que no vieron Colon ni los Pinzones .

Ya allí los sacrificios no consiente ,
 En que yo contra el hombre vengativo
 Víctima le hago á un tiempo y delincuente ,
 De vida eterna y temporal le privo :
 Y ya templo consagra reverente
 A esa Madre del Hijo de Dios vivo ,
 A esa muger , que lo es aunque divina ,
 Y á quien mi frente a mi pesar se inclina .

En ella estriba todo el gran denuedo
 De la española intrépida osadía :
 Ella al Indio cruel dió espanto y miedo :
 Porque sin ella España ¿ qué sería ?
 Ya miro que la fe de Recaredo
 Alumbró los antipodas del día ,
 Y el sacerdote , asombro allí no visto ,
 Baja á sus manos con su voz á Cristo .

Con pacíficos ramos en hilera
 Los soldados cantaron el *Hossanna*
 Con tal seguridad , cual si allí fuera
 La Basílica insigne toledana :
 Y présaga la mente verdadera
 Ya ve que la soberbia castellana
 Ya por su rey y religion triunfante
 A hacer portentos , que al infierno espante .

¡ Ay , que ya me parece que mirando
 Estoy encadenado á Motezuma
 Por ese hombre feroz , digno del bando
 Que resistió la omnipotencia suma !
 Mil naciones humildes tributando
 Adoracion con oro , aronia y pluma :
 ¡ Tremendo Dios ! ¡ Tanto favor á sola
 La soberbia fierísima española !

Mas no nos acobarde el grande intento ,
 Espíritus rebeldes , que mayores
 Fueron los nuestros , cuando al alto asiento
 Del mismo Dios clamamos con furores :
 La grande empresa excite nuestro aliento ,
 De ellos mismos nos valgan los rencores ;
 Pues para España no hay en la campaña
 Mayor contrario que la misma España .

Mientras Narvaez á impedirlo llega
 Hinchando el leste su volante lona ,
 Con sedicion amotinada y ciega
 Arda en tumulto el pueblo de Belona :
 Dijo : y al punto el báratro se entrega
 A horrenda confusion : gimió Gorgona :
 Silban y braman monstruos diferentes
 De quimeras , dragones y serpientes .

No de otra suerte , ó con menor estruendo
 Desgajándose el polo centellante ,
 Su clara luz el cielo oscureciendo ,
 Reventando el infierno horror tronante :
 Los astros de sus círculos cayendo ,
 Naturaleza absorbía y vacilante ,

Temblarán cielo , tierra y mar profundo
 En la profetizada fin del mundo .

Mas ya Portocarrero las amarras
 De un tajo rompe , al piclago sonante
 Los lleva el viento , hondean ya las garras
 En las banderas del leon rapante :
 El rumbo anhelan de españolas barras ,
 Y á lo lejos el pelo relumbrante
 Muestra Montejo , y izan presurosos
 Dejando largos surcos espumosos .

Con lágrimas los siguen y gemidos ,
 Y el buen viage gritan desde tierra :
 Los tósigos de Averno enfurecidos
 En los ánimos flacos hacen guerra :
 Grado con los Penates atrevidos
 Mal en el pecho su furor encierra :
 Junta en corrillo el vulgo bajo y fiero ,
 Lenguaraz á la chusma habló Escudero .

¿ Y hasta cuándo , infelices , les decía ,
 Durará vuestro engaño ? ¿ y hasta cuándo
 Creereis la temeraria altanería
 De ese imprudente á quien le dais el mando ?
 No es valor la frenética osadía ,
 Ni el ir á un mundo entero contrastando
 Con tan corto escuadron , que aunque triun-
 Que crédito le den no lograremos . (femos .

Ya sé que el Macedon , sé que el Romano
 Venció batallas é infinitas gentes :
 Mas ¿ qué ejército impulso dió á su mano ?
 ¿ Y qué preparativos diferentes ?
 No negaré el esfuerzo castellano ,
 Supondré á los contrarios no valientes :
 Mas , ¿ qué espíritu basta á la defenza
 De quien resistió á multitud inmensa ?

Finja el cauallito que animados troncos
 Volcais cual la segur en la montaña :
 Y que su antara y caracoles roncós
 Ni á la venganza incita ni á la hazaña :
 Que son cobardes , bárbaros y broncos ,
 Que el fulminante azifre los engaña :
 Que cual centauros juzgue su rudeza
 Hombre y caballo todo le una pieza .

Mas , ¿ cómo negará la muchedumbre
 Temible , que á flechazos descendiendo
 Sobre nosotros , hizo ya cotumbre
 De las bombardas el terrible estruendo ?
 ¿ Ni el impulso y tremenda pedruzumbre ,
 Que muestra el que evitó su fin horrendo
 En roto escudo y abollado casco
 De las fuertes macanas de Tabasco ?

Y cuando el clima y la naturaleza
 Contra nosotros mismos no se arma ,
 ¿ Cuánta ventaja lleva la fiera
 Del indio montaraz y astucia rara ?
 ¿ Quién ignora el ejército y grandeza
 De Motezuma atroz , que ya prepara
 A sus deidades en banquete infausto
 De nuestros cuerpos hórrido holocausto
 ¡ Ay cuánto afan y muerte nos espera !
 ¡ Y cuán poco á España volveremos !

Ya experimentareis el alma fiera
De Cuauhquemotl su furia y sus extremos :
De Miscoac, que un caiman trae por cimera ,
Tarde el ímpetu audaz conoceremos :
Y es , si acaso triunfamos , solamente
Porque otro en torpes vicios se alimente.

Yo ví á Theutile y Pilpatoc severo
Como volvió la espalda, despreciando
Al mismo Hernán Cortés: sé que guerrero
Se arma en Tlascalá innumerable bando :
Ni el extender el culto verdadero,
Ni el gran deseo de humillar al mando
Del monarca español la tierra ó presa.
Disculparán tan temeraria empresa.

¡O locura! ¡Los moros africanos,
Ricos, vecinos, moros y valientes,
Infestan nuestras costas, y lejanos
Venimos á vengarlos en otras gentes!
Sin trabajo ¡o famosos castellanos!
Mil reinos les tomáramos potentes,
Y mas nos cuesta aquí solo buscarlos,
Que lo que allá costará el conquistarlos.

¿No es afrenta del pueblo bautizado
Que esté en prisiones la sagrada Helta,
Habiendo él con sus armas ya llegado
Hasta el nadir y el tímulo del día?
Allá sí que católico soldado
Con fe valiente desalojaría

De tu muralla el bárbaro gentío,
Santa Jerusalem, el brazo mio.

Mas si Cortés tan imposible hazaña
Quiere hacer, muera, ó pierda la obediencia,
Pues no es razon de la lealtad de España
Que así se abuse en tanta contingencia.

Ciega esperanza al corazón engaña,
Pero sepa enmendarlo la prudencia :
Seguidme, dijo, al mar : grita la gente,
Cuando el tumulto arrebatadamente.

Como cuando en la octava maravilla
Del grande Escorial tan celebrado
Se mueve el coro, donde el arte brilla
Al furioso huracán desenfrenado :
Tiembra el panteco, la altísima capilla
Y estupendo cenobio agigantado,
Por los claustros bramando el aire zumba
Y el pórtico magnífico retumba ;

Así la zuz militar en tierra,
Y á bordo la marítima saloma
Se escuchan con motín y civil guerra,
Y oculta rebelion al rostro asoma.
Cortés, en cuyo corazón se encierra
Valor, á quien ningun peligro doma,
Las flas corre, y lleno de osadía,
Compañeros heroicos, les decia :

¿Qué es esto, generosos españoles?
¿Qué es de vuestro valor? ¿qué estoy oyendo?
¿Vosotros sois de la milicia soles?
¿A vuestro brazo el orbe está temiendo?
¿Con que vuestras mesanas y penoles
Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo:

Con que osasteis lo mas con alma presta ;
O despreciáis lo poco que nos resta ?

Pues no lo despreciéis, que altas hazañas
Dignas de vuestro ardor habrá algun día :
¿ El riesgo apeteceis de las campañas?
¿ Qué propio en la española valentía !
Ya me dareis albricias por extrañas
Empresas que hollará vuestra osadía :
La fama con excelso y nuevo canto
Pondrá en el mundo admiracion y espanto.

No el vil temor ataja vuestro brio,
Ni olvido tanta hazaña celebrada :
¿ Donde está, donde, aquel soldado mio
Que á Maila dividió su ardiente espada ?
¿ O el que en el espantoso desafío
Con Tumpoton de maza barreada
De una estocada, en que alto impulso encierra,
Al bárbaro clavó contra la tierra ?

Aquí estais todos, compañeros fieles,
Yo por vosotros moriré el primero :
Vamos, dijo, á vencer. Mas los noveles
Se arremolinan en tumulto fiero :
Con las dagas hiriendo en los broqueles
Insta por Cuba en vulgo vocinglero,
Crece en las voces el teson y instancia,
Y en el caudillo invicto la constancia ;

Bien como cuando el mar embravecido
Se altera, se entumece y alborota,
Y de uno y otro viento compelido
De la alta Gades la muralla azota :
A cuyo choque, aun que tan repetido,
Eternamente permanece inmota,
Sin que á la olas su constancia amanse,
Ni de embestirla el piélagos se canse.

Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda braja con las manos
Al ímpetu feroz y sonorosos :
Y dice : auxilios débiles humanos
No den favor al corazón medroso :
O venza ó muera, su única esperanza
Caiga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atrás con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el freno, y rápida cruja
La banderilla, y silba reguilando :
Y á la nao capitana, á quien mecía
Blanda mareta, llega atravesando
De una á otra banda, y al impulso internas
Retumbaron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma y los grumetes, luego
Saltar á nado á la cercana orilla,
Que el ancho boqueron con agua ciego
A borbotones llena la escotilla,
La amura de estribor cede á trasiego.
Cae de costado, y la alta popa humilla
Su balconage, y las furiosas olas
Entran por las abiertas portañolas.

A pique va sin tempestad la armada,
Porque los españoles animados

De la alta accion, con prisa acelerada
 Dan barreno á los buques ancorados :
 El fiero Hernan Cortés con vista airada
 Terror infunde, y á los alterados
 Que en la conjuración mostráran brio,
 Hace dar al través con su navio.

Esto mismo Carrasco, y esto hacia
 Alvarez Chico: Yañez arrebatada
 Una hacha de armas, la carlinga herida
 Dando al golfo su golpe entrada grata :
 Gines en el bajel que conducia,
 Cual si fuera enemigo, desbarata
 Toda la eslorá, á cuyos roncós sonos
 Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte galeon empavesado
 Que comandaba Ordaz el arrogante,
 Su mismo capitan le ha despalmado
 Por dar satisfaccion de sí bastante:
 Y Arvenga el Levantisco ha disparado
 Al branque de otro un tiro fulminante,
 Y la proa y baupres desaparecen
 Entre pompas y círculos que crecen.

A fondo van así los corpulentos
 Bajeles; pero ciegos los soldados
 Los estragos del agua juzgan lentos,
 Tal los tiene el caudillo ya inflamados :
 Impacientes, furiosos y violentos,
 De alquitrán mil hachones, y embreados
 Fuegos arrojan, prenden al instante
 Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa
 Y el betún y fortísimos tablonés,
 De Vulcano la cólera furiosa
 Desune el calafate y trabazones ;
 Extiéndese la llama sonora,
 Y á formar condensados nubarrones
 Con vapor negro asciende hasta lo sumo
 En confusas pirámides el humo.

Fenece así el bellissimo navío
 Del hermoso Saucedo embanderado,
 Al que en Sanlúcar vió zarpar el río
 De llámulas y jarcias adornado :
 También, Godoy, al tuyo fuego impío
 Quemó, y al de Moron bien artillado,
 Al que condujo á Dávila violento,
 Merla el fuerte, y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecian
 De tanta armada trozos solamente
 Medio quemados : popas se veian
 Y proas de oro envuelto en llama ardiente,
 Pedazos de banderas que se hundian,

Que el agua ó fuego nada allí consiente,
 Y aniquilan los miserós fragmentos
 Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, cuando hasta los oscuros
 Senos del mar con ímpetu silbando
 Ciega legión de espíritus impuros
 Se precipita el Ponto rebramando :
 Albricias, noble España, que seguros
 Tus vencimientos son, y al cielo alzando
 La alegre vista, mira como el cielo
 Te da el premio, esperanzas y consuelo :

Pues cándida paloma descendiendo
 Sobre los pabellones, el alado
 Giro tendió hácia Méjico, luciendo
 Con los visos y albor tornasolado :
 El aire en luz purísima vistiendo,
 Cual descogiendo el arco variado
 La ninfa de Taumante hácia poniente
 Trae mil colores con el sol en frente.

Cortés, ambas las manos levantadas
 Dice : Ya entiendo, espíritu divino,
 Que no de mi fervor te desagradas :
 Sigo pronto tu anuncio y mi destino ;
 Los suyos por la cruz de las espadas
 Juran no desistir del gran camino
 Hasta ensalsar en vez del dios horrendo
 La cruz que tremolada van siguiendo.

En la bazaña el ejército se empeña,
 Ya resuena el clarín y cajas luego,
 Crece la aclamación, y hecha la seña
 Marcha el campés español : ya no hay sosiego :
 Equilibrase el bronce en la cureña ;
 Y aplicando la mecha al botafuego
 Con ronco estruendo globos infernales
 Reventaron los cóncavos metales.

Los ídolos de Méjico temblaron
 Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde
 Mudanza triste, absortos recelaron
 Ciegos ministros con terror cobarde.
 Si las musas mil verso eternizaron,
 Mientras fiero el león de España guardo
 Con las terribles zarpas ámbos mundos,
 A pesar de enemigos furibundos ;

Heróico Hernan Cortés, será contada
 Tu accion por cuantos doblan la rodilla
 Al monarca español, que en b. acendrada
 El orbe que ganaste se le humita :
 Tu accion, que dió á la fama voz no usada,
 Al universo espanto y maravilla,
 Júbilo al cielo, llanto al orco impío,
 Y alta materia al rudo canto mio.

POESIAS DE DON JOSEF CADALSO.

Nació en Cadix á 8 de octubre de 1741. Sus padres le enviaron desde muy jóven á recorrer los paises extranjeros, y á los veinte años ya habia visitado la Francia, la Inglaterra y la Alemania. Volvió á España, y sus primeros ensayos en la literatura no fueron muy felices, á juzgar por *la Optica del cortejo* que se le atribuye. Despues reformó sus estudios, y empezó á aprovecharse de lo que que habia aprendido fuera de España, y de las observaciones que hacia en la literatura nacional. La primera obra que dió al publico como fruto de estas tareas fué el *Sancho Garcia*, tragedia en el gusto clásico, que se representó en los teatros de la corte, y logró poca aceptacion como todas las de este género entonces. Salió á luz la primera vez con el nombre de Juan del Valle en 1771, y despues en 1781 con el del autor. En seguida de la tragedia publicó los *Eruditos á la violeta*, que lograron un aplauso extraordinario, impresos en 1772. En el año siguiente dió á luz los *Ocios* de su juventud, ó sus Poesias liricas que acrecentaron su reputacion: una y otra obra salieron con el nombre de don Josef Vazquez. Escribió tambien á imitacion de las Cartas persianas las *Cartas marruecas*, publicadas despues de su muerte, y algun otro opúsculo que tambien se ha dado á luz, aunque imperfecto.

Siguió la profesion de las armas, y fué comandante de escuadron en el regimiento de caballeria de Santiago, y despues graduado de coronel. Hallándose con su cuerpo en Salamanca, conoció y trató mucho á Melendez, Iglesias, Gonzalez y otros humanistas cuyos estudios dirigió, principalmente los de Melendez. Murió herido de una granada en el sitio de Gibraltar en 27 de febrero de 1782.

ANACREONTICAS. — I.

Discipulo de Apeles
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro;
No me pongas ceñido
Con iracundos oðs
En la diestra el estoque
De Toledo famoso,
Y en la siniesta el freno
De algun beco monstruo,
Ardiente como el rayo
Ligero como el soplo;
Ni en el echo la insignia
Que en oð siglos gloriosos
Alenta á los nuestros,
Aterroa á los moros:
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Mal de nuestras indias,
Olor azul y rojo:
Ni tampoco me pongas
Con vanidad de docto
Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos
Que honores solicitan

En los siglos remotos
A mí, que solo aspiro
A vivir con reposo
De nuestra frágil vida
Estos instantes cortos,
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro,
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.
Cifñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto,
Con pámpano beodo;
El cabello esparcido
Cubriéndome los hombros,
Y descubierto al aire
El pecho bondadoso.
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De Jerezano néctar
O de manchego mosto.
En la siniesta un tirso
Que es bacanal adorno,
Y en postura de baile
El cuerpo chico y gordo:
O bien junto á mí Filis
Con semblante amoroso,
Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,

De este sencillo modo,
Y no de otra manera,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro.

II.

¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa;
De pámpanos y hiedra
La cabeza ceñida;
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al son de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco
El padre de las viñas.
Pues no, que es el poeta,
Autor de esta letrilla.

III.

Vuelve, mi dulce lira
Vuelve á tu estilo humilde:
Y deja á los Homeros
Cantar á los Aquiles.
Canta tú la cabaña
Con tonos pastoriles,
Y los épicos metros
A Virgilio no envidies.
No esperes en la corte
Gozar dias felices,
Y vuélvete á la aldea
Que tu presencia pide.
Ya te aguardan zagales
Que con flores se visten
Y adornan sus cabezas
Y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores
Que deseosos viven
De escuchar tus canciones
Que con gusto repiten.
Y para que sus voces
A los ecos admiren,
Y repitan tus versos
Los melodiosos cisnes;
Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu tono humilde,
Y deja á los Homeros
Cantar á los Aquiles.

IV.

Unos sabios gritaban
Sobre el sabor y nombre

Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove,
En las celestes mesas
Convidados los dioses,
Suspensos los luceros
Y admirados los hombres;
Y yo dije á mi Filis:
Déjales que den voces;
El nombre nada importa
Y del sabor responde:
Que será el que tú dejas
Cuando los labios pones
En la copa en que bebes
Los béticos licores
Cuando contigo bebo,
Cuando conmigo comes;
Y déjales que griten
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove.

LETRILLA I.

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor.
¿Ves cuántas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves cuánta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves al salir de la aurora
Cuánta aveçilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves la nievederretida
Cuánto arroyueh formó?
Pues mira, bien te mi vida,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves cuánta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves cuántas gracias á mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Mas veces te quiero yo.

LETRILLA II.

De amores me muero,
Mi madre, acudid:
Si no llegais pronto
Veréisme morir.
Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,

Que fué el primer día
Del florido abril,
Y chicos y chicas
Me suelen decir:
¿Porqué no te casan,
Mariquilla? di.
De amores me muero, etc.

Y á fe, madre mia,
Que allá en el jardín
Estando á mis solas
Espacio me ví
En el espejito
Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas
Mi primito Luis.
De amores me muero, etc.

Miréme y miréme
Cien veces y mil,
Y dije llorando,
¡Ay pobre de mí!
¿Porqué se malogra
Mi dulce reir
Y tierno mirar?
¡Ay niña infeliz!
De amores me muero, etc.

Y luego en mi pecho
Una voz oí
Cual cosa de encanto
Que empezó á decir:
¿La niña soltera
De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es mas feliz.
De amores me muero, etc.

Si por ese mundo
No quisieréis ir
Buscándome un jovio,
Dejádmelo á mí
Que yo ballaré tantos
Que pueda cegir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir:
De amor me muero, etc.

Al lado vive uno
Como un serafín,
Que la misma misa
Que o suele oír:
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí,
Y se pone lejos
¿también venis:
De amores me muero, etc.

Me mira, le miro,
Si me vió le ví,
Se pone mas rojo
Que el mismo carmin.
Y si esto le pasa
Al pobre, decid,
¿Qué quereis, mi madre,
Que me pase á mí?

De amores me muero, etc.

Enfrente vive otro
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir,
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver donde voy
Me suele seguir:
De amores me muero, etc.

Otro hay que pasea
Con aire gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil;
Y á nuestra criada
Le suele decir:
Bonita es tu ama:
¿Te habla de mí?
De amores me muero, etc.

ENDECHAS.

Apaga, Cupido,
Tu ligera llama,
Si enciende Himeneo
Sus antorchas sacras.
Respetá de Lesbía
La mano ligada
A la de su dueño
Con tiernas guirnaldas.
Virtud y modestia,
Honor y constancia
Por medio del templo
La llevan al ara.
Tus armas son pocas
Para arrebatarla
De la tropa fuerte
Que ya la acompaña.
Y si tus intentos
A tanto llegáran,
Vencido, abatido,
Burlado quedáras.
Y nuevo trofeo
Sería tu aljaba
Del triunfo seguro
Que honor alcanzára.
No mas me presentes
Con lisonjas falsas
Mudables cimientos
Para mi esperanza;
Que de sus virtudes
A la luz sagrada
Huyen las ideas
Culpables y vanas;
Como en noche oscura
Entre las montañas
El miedo al viajante
Pinta sombras varias;
Hasta que del carro
De Febo las llamas

Espareciendo luces
Disipan fantasmas.

ELEGIA.

A LA FORTUNA.

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega del had, al delicioso encanto
Del son del torno de tu instable rueda?
Si de algun triste el doloroso llanto
Aparta al sabio de la atroz ruina;
¡Qué poco dura el saludable espanto!
La mayor parte con vigor camina
Al aéreo templo de la diosa fama,
Y despreciar ejemplos determina.
Enciende la ambicion su horrenda llama,
Toca el clarin la gloria, el mundo suena,
Y nuevas redes tu locura trama.
El alma débil de furor se llena;
Segunda vez se entrega á tu mudanza,
Que los gustos mas gratos envenena.
Tambien guióme un tiempo la esperanza,
Monstruo á quien abortó tu devaneo,
Y culpé tu rigor y tu tardanza.
¡O cuántas veces se inflamó el deseo
En este pecho jóven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo!
¡Cuál crecía el incendio, que imprudente
Propuso levantar al firmamento
Mi nombre del ocaso al oriente!
El militar estruendo, el duro acento
Del gefe que las tropas disponia,
El ronco son del bélico instrumento,
La clin del animal que Bétis cria,
El brillo que el dorado Tajo presta
Al fierro de Cantabria, patria mia;
La pólvora, á las madres tan funesta,
Con estrépito horrendo en los cañones,
Que tantas vidas y sollozos cuesta;
Y de la horrenda guerra las acciones
Parecíanme glorias soberanas
Dignas de los que habitan las mansiones
Del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
Solo debian entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.
Llenábase mi pecho de furores
Al leer de Curcio y de Solis la historia;
De Alejandro y Cortés aduladores.
Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma y en Dario
Caprichos de la suerte y la victoria.
Un héroe sabio y un monarca pio
Parecíanme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.
Con gusto ví la bélica fortuna
Del soberbio breton al lusitano.
Dar contra España audacia no oportuna.
Y las melenas del leon hispano
Coronarse con lises, y á su saña
Rendir Almeida el alto muro ufano.

Y al ver de Marte por la dura España
Rodar el carro con horrible estruendo,
Y alzar la muerte su infeliz guadaña;
Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con los nombres complaciendo
De Numancia, Sagunto y de Lepanto,
De Méjico, de Cuzeo y de Pavía,
De San Quintín, de Almansa y Campo-Santo,
De Roncesvalle, y tanto crudo dia
Que en nuestros fustos con argullo se halla.
Y lee la juventud con alegría.
Deseaba llegase la batalla
En que las tropas, que La-Lipe ordena,
Huyesen de Lisbon á la muralla,
O rindiesen el cuello á la cadena
Para venir de Atocha al templo santo,
Que de himnos victoriosos siempre suena,
Y do ven las naciones con espanto
Banderas y estandartes y tambores
Con nuestro gozo y con ageno llanto.
Pero dias mas gratos y mejores
Iba trayendo el tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores,
Y Carlos, lastimado de los males
Que el mundo en tantas daños padecia
Le quiso repartir bienes iguales.
Y así como Neptuno volvió el dia
Quietud y el sol al triste mundo, turbado
Por ira de la diosa que queria
Anonadar la gente á quien el hado
Prometia el imperio de la tierra;
Así tambien al mundo encarnizado
En una larga y horrorosa guerra,
Carlos dió paz, y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.
El soldado colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar, al padre anciano
Con tono extraño y agram forzado
Contó los lances de a guerra, ufano
De que su simple voz oída sea
Por cariñosa madre, terno hermano,
Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala jóven y gallarda
Con quien unir su corazón lesea,
Y á quien el dia deseado tarda.
Ya de otro caos la naturaleza
Sale segunda vez; no se acobaxa
El marinero ya con la fiera
Del mar, ni el labrador ya se defiende
En romper de la tierra la dureza.
Cada arte y ciencia nueva vez pelyene
A quien la trate aplausos y consuelo
A los mortales la quietud ya viene.
Y la voz de los pueblos llega al ciclo
Con júbilos: con gozo y alegría
El cielo espere su bondad al suelo.
Y yo sintiendo el deseado dia,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecia,

Vine á la corte, donde nueva vida
Nuevas lides ofrece, y nueva pena
Con colores de gustos bien fingida.
Allí arrastré la rígida cadena,
Tan dura que, aun despues de rescatado,
En mis oídos su rüido suena.

Si, fortuna: yo ví (cuan espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sido)
Vi lo que nunca hubiera yo soñado:
Y por tus sacerdotes conducido
Tus ritos ví, tus víctimas y templo,
Jóven audaz y nada apercebido.

Guióme de otros muchos el ejemplo
Cuya vida juzgaba yo calmada
Y ahora esclavitud triste contemplo.

Ya con rodilla ante el altar doblada
Movió mi débil mano el incensario,
Por culto de una estatua inanimada.

La cara del amigo y del contrario
Mil veces ví con arte equivocarse,
La del cobarde y la del temerario.

En fin, ví con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad, y con pasiones
Del mas horrible género mezclarse.

Me engañaste hasta aquí, ¡Cuántas razones,
Tirana, me pusiste, descando

Llevarme mas allá! ¡Cuántas me pones
Con rostro afable y con acento blando
Aun despues del desprecio con que veo
Al que vas abatiendo ú ensalzando!

Lo sabes, y que yo solo dese
Huir de tí, porque jamas consgas
De mi pecho formar nuevo tofoe,
Por mas que me acaricies ó persigas.

CANCION PRIMERA.

EN ALABANZA DE DON NICOLAS MORATIN.

El semidios, que alzándose á la cumbre
Del alto Olimpo, prescaba la ambrosía
Entre la muchedumbre
De dioses en la mesa del Tonante,
Y en copa de diamante
Purpúreo néctar bebe,
Al son de la armonía
De los astros, que el cielo en torno mueve,
Si descendiendo algun dia

Al mundo, e fastidian los manjares
De huerto viñas, selva, montes, mares.

Desde, ue el campo Elíseo al tierno Orfeo
Oyó carar su amor en tono blando,
Y el ardiente deseo

De ver á lograr su dulce esposa,
Cuy lira amorosa,
Mientras duró sonando,
De Sisifo y de Tántalo un momento

Fró todo el tormento;
a no se admira; cuando

Algún mortal al verse en tal delicia

Las gracias canta á su deidad propicia.

Quien vió surcando el mar minas gigantes
Sangrientas amazonas, gente extraña,
Y límites distantes
De humana audacia no, mas sí del mundo,
Y el piclago profundo
Pasa con ancha nave
Volviendo rico á España;
En su tranquilo hogar vivir no sabe,
Desprecia la cabaña
La barca y red que le ocupó primero
Antes que fuera osado marinero.

El jóven que una vez del tracio Marte,
De pálidos cadáveres cercado;
Tremoló el estandarte,
Y en su carro triunfal fué conducido,
De su patria aplaudido,
Con Bético trofeo

Y júbilo aclamado,

Por volver á la lid arde en deseo:

Ya desdeña el arado,

Hijos, esposa, padre, mesa y lecho:

Solo el guerrero horror le llena el pecho.

Y al que al divino Moratin oyere

Los metros que el timbreo dios le inspira,

Y el brio con que hiere

La cítara de Píndaro sagrada,

Ya nunca mas le agrada

La humana voz, ni sonos

De otra cualquiera lira,

Por mas que suenen ínclitas canciones

Que el necio vulgo admira:

Canta, pues, entre todos el primero,

Y calle Ercilla, Herrera, Horacio, Homero.

Cancion, dile á mi amigo

Que me falta el aliento,

Y que cuando cantar su gloria intento,

Callo mil veces mas de lo que digo.

CANCION II.

AL MISMO ASUNTO.

¡Ay, si cantar pudiera
Los hijos de los dioses lira de hombre,
Y cual trompa guerrera
De altisona armonía,
Que ambos polos atónitos asombre
Resonase la mia,
Hijo de Febo, jóven prodigioso,
Cuál se alzára mi númen orgulloso!

Se alzára por regiones
Astros, esferas, mundos; y á su acento
Las célicas mansiones
Eco sacro darian,
Y los dioses del alto firmamento
A escucharme vendrian.

Anfion y Orfeo no triunfaron tanto
Del mar, y hórrido reino del espanto.

Creyéndome inspirado

Para cantar tus loores dignamente ,
 Mandándomelo el hado ,
 Las musas castellanas
 Con lauro coronándome la frente
 Vendrían mas ufanas
 Que las de Tebas , cuando el dios del dia
 A Pindaro portentos influia .
 La citara lesbiana ,
 Que con marfil y pulso á trinar hecho
 Tañe la diestra ufana ,
 En vano , dulce amigo ,
 Para cantarte aplico al blando pecho :
 No resuena conmigo
 Como en tu mano armónica resuena ,
 De pompa , magestad y gloria llena .
 Resuena cual solia
 La de Salicio y Titiro en lo blando
 La dulce lira mia ;
 Parezco al imitarle
 Pastor que con su avena está imitando
 Las trompetas de Marte :
 Los céfiros se rien y recrean
 Y las purpúreas flores se muncan .
 Con lascivos arullos
 Ya los pájaros juntan su armonía ,
 Y el rio sus mormullos
 Muy gustoso y tranquilo ,
 Cuando el mundo de horrores temblaria
 Del Orinoco al Nilo ,
 Si las ruedas del carro resonáran
 Y á la trompeta atroz acompañáran .
 Fatíganme en lo interno
 Furias , trasgos y manes que aparecen
 Del horrisono infierno
 Y báratro profundo ,
 Y sol y luna y astros se oscurecen ,
 Y se anonada el mundo
 Rompiéndose ambos polos con estruendo ,
 Y el caos primero tímido estoy viendo .
 Euménides atroces
 Su fuego en torno esparcen con silbido ,
 Y horrendísimas voces ,
 Con víboras , serpientes ,
 Con culebras el pelo entretejido ,
 Los brazos relucientes
 Con triste luz , ¡o corazon , te pamas !
 Que solo muestra espectros y fantasmas .
 La Envidia las conmueve
 Sacándolas del centro del abismo ,
 Y con ardid aleve
 En mi pecho las hunde ,
 Con fiero ardor contra mi amigo mismo ,
 Porque mil celos fundo
 Cuando la fama le aclamó poeta
 Con el son inmortal de su trompeta .
 ¿ Conque permite el hado ,
 Me dice en ronco son la horrible dea ,
 Que parezca olvidado
 Tu nombre con tu verso ,
 Y que de Moratin la musa sea

La que del universo
 Haga sonar en uno y otro polo
 Con citara que envidie el mismo Apolo ?
 Dijo : y su pecho lleno
 De áspides pouzoñosas y rencores
 Me arrojó su veneno :
 Se encendió el pecho mio
 Cual seca mies del rayo á los ardores
 Vibrado en el esto ;
 Tu nombre aborreei con fiero ceño .
 Cual esclavo la mano de su dueño .
 Mas la Amistad sugrada
 Con su cándida túnica descende
 De la empírea morada :
 De virtudes un coro
 La cerca , y con su manto se defiende :
 Su carro insigne de oro
 Deslumbra y ciega al monstruo que me incita ,
 Y al centro del horror le precipita .
 Mirándome la diosa
 Con faz serena y plácida hermosura
 Dejó mi alma gozosa ,
 Cual esparce alegría
 Rosada aurora tras la noche oscura :
 Dando consuelo el dia
 Desde el lejano lúcido horizonte
 Al hombre , al bruto , al ave , al campo , al monte .
 Mi frente , que arrugada
 De mi alma mostró el cruel tormento ,
 Con mano regalada
 Alzó diciendo : vive
 Con amigo tan inclito contento ;
 Como tuyo recóbe
 El justo aplauso y lírica corona
 Que le da Olimpo , España y Helicon .
 Aquellos que yche unido
 Con mis vínculos gatos y celestes ,
 Despues que hayan cumplido
 Los dias de sus hado .
 Castor y Polux , Pilades y Orestes
 A Olimpo son llevados ,
 Y Júpiter llenando mi deo
 Eternos viven Pliritoó y Bseo .
 Deja á las torbas almas
 La sátira y rencor , y tus lares
 Junta á las sacras palmas
 De Moratin divino :
 No temen los amigos si son fieles
 Las iras del destino ,
 Y al lado de sus versos asombroso
 Se admirarán los tuyos amorosos .
 A él le ha dado Apolo
 La citara de Pindaro sonante
 Para que cante el solo
 De Cárlos las hazañas ;
 Oyendo desde el punto mas distante
 Américas y Españas ,
 Coronado en cada una de las zonas ;
 Y sus virtudes mas que sus coronas .
 Y por probarse á veces

Cantará de la patria y sus varones
 Heróicas altiveces :
 Escúchale entonando
 Sagrados himnos , líricas canciones ,
 Y estándole escuchando
 Suspense el cielo , quedan sin empleo
 Espada , lira , rayo y caduceo .

Para él es digno asunto
 Lo de Méjico y Cuzco y de Pavia
 Y Numancia y Sagunto ,
 San Quintín y Lepanto ,
 Y de Almansa y Brihuega el claro día
 Feliz á España tanto :
 Pero tú . . . canta céfiros y flores ,
 Arroyos dulces y ecos de pastores .

Dijo , y fuése volando ,
 Dejando el alma llena de consuelo ,
 Y un rastro fué dejando
 De clara luz sagrada
 Desde la humilde tierra al alto cielo :
 Su corona estrellada
 En torno por el aire difundía
 Etéreo olor de líquida ambrosía .

ODA I.

A CUPIDO.

Niño temido por los dioses y hombres ,
 Hijo de Vénus , ciego amor , tiano ,
 Con débil mano vencedor del mundo :

Dulce Cupido ,
 Quita del arco la fatal saeta .
 Deja mi pecho que con fuerza heriste
 Cuando la triste , la divina Filis
 Me dominaba .

Desde que el hilo de su dulce vida
 Por dura parca feneció cortado ,
 Desde que el hado la levó á la sacra :
 Cumbre de Olimpo ,

Guardo constante á promesa justa
 De que ella sola se sería cara ,
 Aunque pasára las estigias ondas
 CopAqueronte .

De negros luto me vestí llorando ,
 Y de ciprese coroné mi frente ,
 Eco doliente me llevó con quejas
 Hasta su tumba .

Sobre la tsa que regué con sangre
 De una aloma negra y escogida ,
 Fué recitada por mi voz la sacra
 Justa promesa .

Sacr ceniza , repetí mil veces ,
 Sonora de Filis , si mi pecho adora
 O pastora , desde tan tremenda
 Lóbrega noche ,
 Haz que á mi falso corazón asombre
 Cuanto las cuevas del Averno ofrecen ,
 Cuanto padecen los malvados , cuanto
 Sísifo sufre .

Júrolo , Filis , por tu amor y el mio ,
 Por Vénus misma , por el sol y luna ,
 Por la laguna que venera el Padre
 Omnipotente .

Las losas duras á mi acento triste
 Mil veces dieron ecos horrorosos ;
 Y de dudosos ayes resonaron
 Túmulo y ara .
 Dentro del mármol una voz confusa
 Dijo , Dalmiro , cumple lo jurado :
 Quedé asombrado , sin mover los ojos ,
 Pálido y yerto .

Temo si rompo tan solemnes votos
 Que Jove apure su rigor conmigo :
 Y otro castigo , que es el ser llamado
 Pérfido , aleve .

Entre los brazos de mi nueva amante
 Temo la imágen de mi antiguo dueño ,
 Ni alegre sueño , ni tranquilo día
 Ha de dejarme .

En vano Clóris , cuyo amor me ofreces ,
 Y á cuyo pecho mi pasión inclinas ,
 Pune divinas perfecciones juntas
 Ante mis ojos .

Ante mi vista se aparece Filis
 En mis oídos su lamento suena ,
 Todo me llena de terror , y al suelo
 Tímido caigo .

Lástima causen á tu pecho , o niño ,
 Las voces mías , mis dolientes voces ,
 Y si conoces el dolor que causas
 Lástima tenme .

La nueva antorcha que encendiste apaga ,
 Y mi constante corazón respire ;
 Haz que no tire tu invencible mano
 Otra saeta .

¡ Ay ! que te alejas y me siento herido ,
 Ardo de amores , y con presto vuelo
 Llegas al cielo y á tu madre cuentas
 Tu tiranía .

ODA II.

A VÉNUS.

Madre divina del alado niño ,
 Oye mis ruegos , que jamás oíste
 Otra tan triste lastimosa pena
 Como la mía .

Baje tu carro desde el alto Olimpo
 Entre las nubes del sereno cielo ,
 Rápido vuelo traiga tu querida
 Blanca paloma .

No te detenga con amantes brazos
 Marte , que deja su rigor al verte ,
 Ni el que por suerte se llamó tu esposo
 Sin merecerlo .

Ni las delicias de las sacras mesas
 Cuando á los dioses lleno de ambrosia

Brinda alegría Jove con la copa
De Ganimédes.

Y el eco suena por los altos techos
Del noble alcázar, cuyo piso huellas
Lleno de estrellas de luceros y astros,
Luz soberana.

Cerca del ara de tu templo en Pafos,
Entre los himnos que tu pueblo dice,
Este infelice tu venida aguarda:
Baja volando.

Alzo los ojos al verter el vaso
De leche blanca y de miel sabrosa,
Ciño con rosa, mirtos y jazmines
Esta mi frente.

Mi palomita con la blanca pluma,
Aun no tocada de pichon amante,
Pongo delante de tu simulacro,
No la deseches.

Ya, Vénus, miro resplandor celeste,
Bajar del cielo tu belleza veo;
Ya mi deseo coronaste, madre,
Madre de amores.

Virgenes tiernas, niñas y matronas,
Ya Vénus llega, vuestra diosa viene,
El aire suene con alegres himnos
Júbilo santo.

Humo sabeo salga de las urnas,
Dulces aromas que agradarla suelen,
Ambares vuelen tantos, que á la excelsa
Bóveda toquen.

Pueblo de amantes que á mi voz acudes,
A Vénus pide que á mi ruego atienda,
Y que á mi prenda la pasion inspire
Cual yo la tengo.

Coro de Niñas.

Reina de Chipre, diosa de Citéres;
Tú que á los dioses y á los hombres mandas
¿Porqué no ablandas á la dulce Clóris?
Mándalo, Vénus.

Coro de Niños.

Reina de Pafos y de amores diosa,

Tú que á los pechos llenas de placeres,
¿Porqué no quieres que Dalmiro triunfe?
Mándalo, Vénus.

Niña primera.

Como la rosa
Agradecida
Da mil aromas
Al amoroso
Céfiro blando,
Cuando la halaga
Y la rodea;

Niño primero.

Haz que reciba
En su regazo
Clóris afable
Al que la adora.

Coro de Niños.

Reina de Pafos y de amores diosa,
Tú que á los pechos llenas de placeres
¿Porqué no quieres que Dalmiro triunfe?
Mándalo, Vénus.

Niña segunda.

Como la hiedra
Halla en el olmo
Vínculo firme
Cuando le abraza;

Niño segundo.

Haz que á su amante
Pácido rostro
Ponga la ninfa
Cuando le vea:
Pávido nuevo
Halle en llama
En su querida
Dulce zógala.

Coro de Niños.

Reina de Chipre, diosa de Citéres,
Tú que á los dioses y á los hombres mandas
¿Porqué no ablandas á la dulce Clóris?
Mándalo, Vénus.

POESIAS DE DON TOMAS DE IRIARTE.

Nació en el puerto de Santa Cruz de la villa de Orotava en la isla de Tenerife, á 18 de setiembre de 1750. Sus padres fueron don Bernardo de Iriarte y doña Bárbara de las Nieves Hernandez de Oropesa.

A los diez años pasó á la villa de Orotava á estudiar la lengua latina bajo la enseñanza de su hermano Fr. Juan Tomas de Iriarte, de la órden de Predicadores, con quien adelantó tanto, que viniendo á España (á Madrid) á insinuacion de su tío don Juan de Iriarte, bibliotecario de S. M. partió de Santa Cruz á principios de 1764 y se despidió de su patria con unos dísticos latinos, que no se creyó al pronto pudiesen ser de un jóven de tan corta edad.

Continuó en Madrid su educacion su tío don Juan de Iriarte, especialmente en la latinidad y humanidades; aunque tambien estudió las matemáticas, geografia, historia, física, y las lenguas cultas, especialmente la inglesa, francesa é italiana. Así permaneció siete años en la enseñanza con su tío: y despues de la muerte de este cuidó de la correccion é impresion de la Gramática latina en 1774, y de las obras sueltas que se publicaron en 1776.

Tuvo siempre mucha aficion á la música, y ya en Canarias tocaba varios instrumentos; pero en Madrid se perfeccionó con las lecciones de su amigo y maestro don Antonio Rodriguez de Hita.

Su aficion á la poesia le dictó á los diez y ocho años de edad la comedia *Hacer que hacemos*, que imprimió en 1770 con el anagrama de don Tirso Imareta. Entonces tradujo del frances para el teatro de los Sitios Reales la comedia *el Filósofo Casado*; la *Escocesa*, la tragedia *el Huérfano de la China*, y compuso ademas algunos dramas originales hasta 1775.

Por fallecimiento de su tío don Juan de Iriarte le sucedió en 1771 en el empleo de oficial traductor de la primera secretaría de Estado, que habia suplido en las enfermedades del tío: y asistió con el marques de los Llanos en las secretarías del Perú y de la Cámara de Aragon. Por este tiempo tuvo la comision de componer el *Mercurio político*, que mejoró mucho. Tradujo de órden superior varios apéndices para una obra en defensa de Palafox. Escribió los versos latinos y castellanos al nacimiento del infante, é institucion de la órden de Carlos III en 1774. Entonces escribió *los Literatos en cuaresma*, y varias poesias sueltas y epístolas á su amigo don Josef Cidalso.

En 1776 se le nombro archivero del supremo consejo de la guerra; y al año siguiente publicó la traduccion de arte poética de Horacio: pero habiéndola criticado Sedano, el colector del Parnaso español, contestó Iriarte con el diálogo *Donde las dan las toman* en 1778. A principios de 1780 dió á luz el poema de *La música*. En 1782 publicó las *Fábulas literarias*, que fueron criticadas en el *Asno erudito* de Forner, al que contestó con un papel: *Para casos tales suelen tener los maestros oficiales*. Amante de Virgilio quiso ensayarse en un poema épico, y eligió la conquista de Méjico por Cortés: pero conociendo la dificultad substituyó la traduccion de *a Eneida*, de que publicó los cuatro primeros libros. Por órden del conde de Florida Blanca escribió las *Lecciones instructivas sobre la moral, la historia y la geografia*, para instruccion de los niños de las escuelas. En 1787 publicó la coleccion de sus obras en seis tomos que despues de su muerte se ha reimpresso en ocho, añadiendo en los dos últimos muchas obras inéditas: publicó allí *la Señorita mal criada, el Señorito mimado, el Don de gentes*, comedias que compuso en diversos tiempos. La vida sedentaria le agravó su mal de gota, y murió de sus resultas el 17 de setiembre de 1791, y al dia siguiente se le enterró en la parroquia de San Juan.

Estando en Andalucia en 1790 á restablecerse de sus males, escribió el monólogo *Guzman el Bueno*: y en el correspondal del Censor se publicó su sátira en latin macarrónico contra el mal gusto de nuestras escuelas.

Tradujo con pureza y gracia *el nuevo Robinson de Campe*, de que se han hecho varias ediciones ¹.

EPISTOLA I.

A CADALSO, DEDICANDOLE LA TRADUCCION DEL
ARTE POÉTICA DE HORACIO.

Recibe, o buen Dalmiro, por tributo
Debido á tu amistad ese volúmen,
Código en que las leyes se resúmen,
Del crítico y poético instituto;
Y acógele benigno, como fruto
De un gran trabajo y de un escaso númen.

Desde luego verás en su portada
Mucho renglon de letra floreada,
Con su poco de epígrafe latino
Del romano orador mas estupendo;
Y en el folio vecino
Un discurso tremendo
Para los que blasfemen de quien hable
Contra libros del tiempo venerable.
Proseguirás leyendo
Versos á izquierda, versos á derecha,
Unos en un idioma ya perdido;
Otros en el que ya se va perdiendo;
Y encontrarás al fin larga cosecha
De necesarias notas,
Que serán á esta fecha
Pábulo de envidiosos ó de idiotas.

Pagué á los impresores sus propinas,
Salió el tomo anunciado en la gaceta;
Ví mi nombre estampado en las esquinas:
Nada falta: la obra está completa.
«Nó (me dirás): te falta lo primero,
» Y mereces dar vueltas á una noria
» Pues lo mejor dejaste en el tintero,
» No queriendo poner dedicatoria.»
Mas referirte en confianza quiero
De serias reflexiones el conjunto
Que antes hice á mis solas sobre el punto.

Ocurrióme buscar algun magnate
Que de mi traduccion fuese padrino;
Pero dije despues: ¡qué desatino!
¿Es por ventura Horacio un botarate
Que escribe algun sainete chabacano,
O zarzuela de noches de verano
Llena de impropiedades,
Indecencias, errores, necedades?
¿O alguna tonadilla divertida
En que cuente una cómica su vida?
¿O el pobre traductor que con esmero

Interpretó la epístola *ad Pisones*,
Ha compuesto romances ó canciones
Pintando á Costillares y á Romero
Como los dos famosos campeones
Que mas ilustran hoy el reino ibero?
No, no: por ningun caso:
Que si lo sabe Apolo justiciero
Me cerrará la entrada del Parnaso.

Pensé luego si acaso
Fuera mas justo consagrar mi escrito
Al gremio presumido de erudito
Que suele frecuentar las librerías;
Pero dije al instante, no en mis días.
¿A quién perdona el numeroso bando
De los que, viendo libros por el forro,
Y tan solo citando
Nombres y frontispicios,
Tienen pasmado á veces todo un corro?
Tambien alguno de ellos se figura
Que entre buenos patricios
Que aman la nacional literatura
Hace honroso papel, porque deprime,
Como que ya del público es esclavo,
Al que por celo, y sin ganar ochavo,
Con otra aprobacion su libro imprime.
Hablará en una tarde un tomo en folio
Mayor que el diccionario de Nizolio,
Y no escribe una página de octavo.
Y el otro que pretende
Ganar la palma de escritor, emprende,
Salga melon, ó salga calabaza,
Cualquier libro frances, y le disfraza
A costa de poquísimo trabajo,
En idioma genizaro ó mestizo,
Diciendo á cada vez: yo te bautizo
Con el agua del Tajo
Por mas que hayas nacido junto al Sena;
Y rabie Garcilaso en hora buena;
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.
No permitan las musas quemí Horacio
Salga en dedicatoria ó en prefacio,
Implorando favores,
Elogio ú proteccion de estos señores.
Poco despues se me ofreció la idea
De consagrar al matritense vulgo
Esta nueva tarea
Que para el bien del publico divulgo;
Pues de aquel gran maestro los consejos
Remedios suelen ser de abusos viejos.

¹ Esta noticia, y las de don Felix Samaniego y don Juan Pablo Forner que se ven mas adelante, son debidas á la amistad y diligencia del señor don Martin Fernandez Navarrete, que amistosamente

las ha comunicado al editor, asi como algunas de las composiciones inéditas que van en este tomo.

Creí que su lectura alcanzaria
 A dar un susto á Marta y Bayalarde,
 Que reinan en las tablas todavía;
 Mas ví que la reforma está muy lejos;
 Pues quiso mi fortuna que una tarde
 Entrase en lo que llaman coliseo,
 Donde ofrecen recreo
 Que no fuera recreo en Berbería,
 Ni en el siglo duodécimo lo fuera.
 De dos ingenios era
 O de tres la comedia que se hacia:
 Y oí que en medio de ella un comediante
 Dijo con seriedad: « Sepa el discreto
 Que lo representado es de Moreto,
 Y sigue el otro autor de aquí adelante. »
 Me confundo, me aturdo,
 Quédome frío, sonrojado, absorto,
 No del terrible absurdo,
 Pues de un ingenio al arte no sujeto,
 Mas que un buen parto espero yo un aborto;
 Sino de la plebeya tolerancia,
 Hija de una torpísima ignorancia.
 Noté que con espíritu pacato
 Sus puestos conservó la gente toda.
 Las palmadas irónicas de moda,
 Que han sido sucesoras del silbato,
 Yo no sé para cuando se guardaban.
 Ni yo ví en los semblantes
 De los muchos y honrados circunstantes
 Muestras de que tal vez se disgustaban.
 Ni desde la tertulia á la luneta
 Oír un run que al bárbaro poeta
 Condenase, ú al cómico inscente.
 Y a questo mismo vulgo quemdolente
 Con tan rara humildad todo esto aguanta,
 Siéndole al parecer indifereñte
 Lo que se representa ó bien se canta;
 Con gran teson, con fevoroso empeño
 Por esta ó por aquella comediante
 Se apasiona tal vez, se quita el sueño,
 Disputa, se atormenta,
 Se pica, se acalora y se impacienta.
 ¿Nunca has pisado el suelo madrileño
 Durante aquellos dias
 De la santa cuaesma
 En que se enganchan ambas compañías?
 ¿No has visto como copian una resma
 De listas que contienen
 Nombres, atriás y grados
 De los farantes que de fuera vienen,
 Como de los que salen descartados,
 O de los que ajustados se mantienen?
 ¿Con qué curiosidad, con cuánto anhelo,
 Con qué parcialidades y pependencias
 Andan todos en varias concurrencias
 Por aquel manuscrito al redope!o!
 Empeño es saber quien representa:
 ¿La Anastasia queda cuarta ó quinta,
 Si será la Isabel sobresaliente,
 Si es dama la Violante ó la Jacinta;

Pero ninguno averiguar intenta
 Si los dramas serán buenos ó malos,
 Ni si en los intervalos
 Han de ofrecer sáinetes insolentes,
 Modelos de pacíficos maridos,
 De tunos y de pillos indecentes,
 ● baile de candel que acabe en palos;
 Ni si saldrán vestidos
 Neron con su peluca y su casaca,
 O con sus dos relojes doña Urraca.
 Lo mismo es esto que buscar violines,
 Un violon, contrabajo, clave y viola,
 Oboes ó flautas, trompas ó clarines,
 Y timbales que meten batahola,
 Y cuando ya la orquesta se convoque,
 Música no tener para que toque,
 O tenerla tan mala y displicente
 Que á los ratones de la casa ahuyente.
 Con un pueblo que sufre vicios tales,
 Aun cuando bien conoce el desatino,
 No es decente que el docto Venusino
 Malogre sus discursos racionales;
 Ni soy yo tan injusto, necio, ú loco
 Que pretenda tampoco
 Que á Horacio estudien los que nada leen;
 Y menos en la tierra donde creen
 Que el arte y sus preceptos verdaderos
 Son invencion moderna de extranjeros.
 Fundado en estas sólidas razones,
 Y otras que no te explico
 Por evitar molestas digresiones,
 Mi tomo á poderosos no dedico,
 Ni á los que se intitulan literatos,
 Ni á espíritus plebeyos insensatos:
 Te le dedico á tí, Dalmiro amigo,
 Para que con Horacio, y aun conmigo,
 Juicioso te lamente, ó te rias
 Del buen gusto que reina en nuestros dias.
 Cuando yo de este mundo al otro parta,
 Si vivo estás y mi recuerdo estimas,
 Mi traduccion te pido que reimprimas
 Y por dedicatoria aquesta carta.

EPISTOLA II.

A UN AMIGO, ENVIÁNDOLE ALGUNAS DE SUS
POESIAS QUE DESEABA VER.

Pues lo quieres y pides, te remito
 Fabio, esas castellanas poesias,
 Que, confiadas solo en que son mias,
 Se precian de llevar buen sobrescrito
 Para que las disculpe ó las apruebe,
 No el dictamen que des como erudito,
 Sino el afecto que el autor te debe.
 En pago de mis versos solicito
 Que hoy tu ingeniosa decision acuda
 A sacarme, si es fácil, de una duda
 Que ha dias me persigue y la persigo,
 Y la imaginacion me tiene inquieta:

Es á saber, amigo,
 Si es un bien, ó es un mal el ser poeta.
 Yo que lo dudo, mis razones tengo;
 Oyelas, pues, y á tu sentir me avengo.
 Por una parte hay ratos en que alabo
 Al piadoso destino
 Que en vez de hacerme esclavo
 Del juego, ociosidad, infame vino,
 U otros excesos viles,
 Quiso desde los años juveniles
 Infundirme un espíritu coplero,
 Que, aunque no me da fama ni dinero,
 Me entretiene, deleita y satisface,
 Y á mis solas me hace
 Olvidar cuanto encierra el mundo entero.
 No ignoro que la lista
 De las útiles artes necesarias
 Al intrínseco bien de los Estados
 No incluye las tareas de un versista;
 Pero sé que las varias
 Proezas de varones esforzados,
 Los aciertos loables de un gobierno,
 Y cuánto las naciones adelanten
 Queda en olvido eterno
 Cuando líricos faltan que lo canten.
 Los pueblos y los siglos que carecen
 De heróicos poetas, asimismo
 Carecen siempre, o Fabio, de heroísmo.
 No dudes, no, que en todos los reinados
 Si las letras humanas no florecen,
 Las demas ciencias y artes descaecen.
 Y en donde los teatros son dechados
 De buen gusto, decoro y recto juicio,
 ¡Cuán pleno beneficio
 Difunde la elegante poesía!
 Los hombres cuya gran sabiduría
 Vive en la griega y la romana historia,
 Tuvieron por deleite y aun por gloria
 Sujetar sus conceptos
 Al yugo de los métricos preceptos:
 Y omitiendo estos públicos loores
 Con que el arte de Apolo
 Han celebrado ingenios superiores,
 Contemplaré tan solo
 Aquel vario placer con que ameniza
 El civil trato y sociedad privada.
 El tierno corazón á quien hechiza
 Una beldad discreta y agraciada,
 Su dicha en dulces versos encarece.
 El que la ausencia sufre, ó los rigores,
 Su mal con tristes metros adormece.
 Quien de las bellas artes los primores
 Mira cual bienes de la humana vida,
 Los pinta con poéticos colores;
 Y aquel que amigos tiene ó bienhechores,
 En sus rimas tal vez no los olvida.
 ¿Dónde hay gozo que iguale al de un poeta
 Cuando acaba de hallar un consonante
 Natural, adecuado y elegante,
 Con que un sonoro verso se completa?

¡Qué vanidad en su interior se excita
 Cuando con un pausado manoteo
 Y voz declamatoria, se recita
 Para su propio y único recreo
 Lo que sacar al público medita!
 Si lo enseña á un curioso, y este abona
 Verso por verso con propicio voto,
 ¡Cuál se ensancha, cuál triunfa, cuál blasona!
 Aunque entienda morir hambriento y roto,
 No trueca en aquel punto su persona
 Por la del mas feliz, mas regalado
 Canónigo que tenga toda España,
 Que coma, beba, y duerma sosegado,
 Y logre un ama fiel y nada uraña.
 Pues ¿qué diré del jubilo que siente
 El poeta que se halla por fortuna
 En una alegre mesa, y de repente
 Se explica en una décima oportuna
 Que suspende á la turba concurrente?
 Los repetidos vivas y el ruido
 Que hacen con los cuchillos en los platos
 Los que el número le aplauden, á su oido
 Son mil veces mas gratos
 Que el acorde solfeo
 De Febo, de Aníon, y el tracio Orfeo.
 Estos, y muchos mas, dichosos ratos
 El poético proporciona,
 Cuando benignamente nes corona
 De verde huro las calientes sienes.
 Mas ya verás, o Fabio, en un instante.
 Este lauro marchito:
 Verás al infeliz versificante
 (¡Tales son de la suerte los vaivenes!)
 De su antigua pasión y error contrito,
 En pésames trocar los parabienes.
 Primeramente, amigo, el pobrecito
 Tuvo en hacer sus versos gran trabajo.
 Alguno de ellos hubo que le trajo
 Tres dias mal comido y caviloso.
 Buscó en su casa una remota pieza
 Y retiróse á ella silencioso.
 Rascóse dos mil veces la cabeza,
 Y tres mil se chupó los dos pulgares;
 Escribió treinta versos regdares,
 Doscientos malos y once buenos;
 Y echó sus cien borrones á lo menos.
 Batalló contra un perro consoante
 Que todo su concepto deslucía,
 Desterró un epíteto redundante,
 Y enmendó una feroz cacofonia.
 Item mas, con bastante sentimiento
 (¡O sacrificio raro é inhumano!)
 Desperdió un hermoso pensamiento.
 Que, aunque era agudo, enfático y galano
 Entonces no venia bien á cuento.
 Traslada en fin la obra de su mano;
 Entrégala á un amigo por línea,
 Y apenas este á divulgarla empieza
 Cuando por las tertulias corren copias,
 Tan viciadas por bárbaros copiantes,

Que el autor, exornado con variantes,
Ya desconoce sus ideas propias.

Para mayor dolor advierte luego
Que un idiota importuno,
Como si fueran coplas de algun ciego,
Va á leerle sus versos en voz alta.
Testimonios levanta en cada uno,
Y sílaba ó dición siempre le falta:
Como niño de escuela deletrea;
El desgraciado autor está que salta,
Y entre tanto bosteza la asamblea.

Aun mas que esto sucede en otra parte,
Donde habla un licenciado presumido
Como si hubiera comentado el arte
Del aplaudido Horacio,
(Nombre que, ni aun citado, habrá leído
En nota marginal de algun prefacio:)
Y creyendo que en criticas disputas
Convencen las razones descorteses,
Condena en dos palabras absolutas
El trabajo apreciable de dos meses.

Solo con que un poeta dé por suya
Una versificada friolera,
Correrá luego alguna voz maligna
Que, sin mas fundamento, le atribuya
Cualquier sátira indigna
Que perjudique á su intencion sincera;
O versos le prohijan á lo menos,
Que ni en un villancico fueran buenos
¿Quieres que en nuestros días
Haya necio librero

Que publique á su costa poesías
Para perder su tiempo y su dinero,
Mientras hay moralista que le paga
A los salmaticenses y á Larrága,
Aprendiz de letrado
Que le compra á Pichardo y á Sagado;
Y muchachos que rompen á millones
Belarminos, Espejos y Catones;
O que en latinas aulas hacen uso
Del Arte que Nebrija no comuso?

Despues, algunos ricos y pagnates
Que dar pudieran recompensa honrosa,
Hoy solo piden que les halen prosa,
Y á los poetas tienen por rates.
Las damas, que tampoco ya despuntan
Como en siglos pasados por discretas,
Si en el teatro público se juntan
Aplauden, cuando más, al tramoyista;
Oyen tal cual chulada del sainete,
Y sirve lo demas desonsonete
Mientras estan haciendo una conquista.

El actual abandono me contrista
De las dormidas musas castellanas:
Y en verdad, Fabio, que la vez que llego
A una esquina portal en donde un ciego
Canta y vende sus coplas chabacanas,
Cercado de vulgar y zafia gente,
Le quito mi sombrero reverente,
Diciéndole con mucha cortesía:

Dios te conserve, insigne jacarero,
Que nos das testimonio verdadero
De que aun hay en España poesia.
Bienes y males he citado, amigo,
Que alcanzan á los hijos del Parnaso,
Y te figurarás lo que no digo:
Resuelve, pues, en tan dudoso caso,
Ya que esperando tu respuesta quedo,
Si es justo se alce estatua á un buen poeta,
O al que se atreva á serlo, se le meta
En la casa de locos de Toledo.

FABULAS LITERARIAS. — I.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

Un oso, con que la vida
Ganaba un piemontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos piés.
Queriendo hacer de persona
Dijo á una mona: ¿qué tal?
Era perita la mona,
Y respondióle, muy mal.
Yo creo, replicó el oso
Que me haces poco favor.
¿Pues qué? ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?

Estaba el cerdo presente,
Y dijo: ¡bravo! ¡bien va!
Bailarin mas excelente
No se ha visto ni verá.

Echó el oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademan modesto
Hubo de exclamar así:

Quando me desaprobaba
La mona, llegué á dudar;
Mas ya que el cerdo me alaba
Muy mal debo de bailar.

Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, malo,
Si el necio aplaude, peor.

II.

EL BURRO FLAUTISTA.

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.

Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar
Pasaba un borrico
Por casualidad.

Una flauta en ellos
Halló que un zagal
Se dejó olvidada

Por casualidad.

Acercóse á olerla
El dicho animal;
Y dió un resoplido
Por casualidad.

En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.

¡O! dijo el borrico;
¡Qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
La música asnal?

Sin reglas del arte
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

III.

EL PATO Y LA SERPIENTE.

A orillas de un estanque
Diciendo estaba un pato:
¿A qué animal dió el cielo
Los dones que me ha dado?

Soy de agua, tierra y aire:
Cuando de andar me canso,
Si se me antoja, vuelo;
Si se me antoja, nado.

Una serpiente astuta
Que le estaba escuchando,
Le llamó con un silbo
Y le dijo: seo guapo,

No hay que echar tantas plantas,
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo.

Y así tenga sabido,
Que lo importante y raro
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo.

IV.

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA.

Trabajando un gusano su capullo,
La araña, que teja á toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa
Muy propia de su orgullo:

¿Qué dice de mi tela el seor gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada á mediodía,
Mire que sutil es, mire que bella...
El gusano con sorna respondia:
Usted tiene razon: así sale ella.

V.

LOS HUEVOS.

Mas allá de las islas Filipinas
Hay una que ni sé cómo se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamas hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cria, que ya el plato
Mas comun y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó á componerlos de otros modos).

Luego de aquella tierra un habitante
Introdujo comerlos estrellados.

¡O qué elogios se oyeron á porfia
De su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hacerlos escalfados...
; Pensamiento feliz!... otro rellenos...
¡Ahora si que estan los huevos buenos!
Uno despues inventa la tortilla,
Y todos claman ya ¡qué maravilla!

No bien se pasó un año
Cuando otro dijo: sois unos petates,
Yo los haré revueltos con tomates:
Y aquel guiso de huevos tan extraño,
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso
A no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero á la hugonota.

Esto hicieron diversos cocineros;
Pero ¡qué condimentos delicados
No añadieron despues los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un dia presumis en vano
De estas composiciones peregrinas.
¡Gracias al que me trajo las gallinas!
¿Tantos autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Mas allá de las islas Filipinas?

VI

EL JILGUERO Y EL CISNE.

Calla tú, pajarillo vocingero,
(Dijo el cisne al jilguero)
¿A cantar me provocas, cuando sabes
Que de mi voz la dulce melodía
Nunca ha tenido igual entre las aves?
El jilguero sus trinos repetía;
Y el cisne continuaba ¡qué insolencia!

Miren como me insulta el musiquillo ;
Si con soltar mi canto no le humillo
Dé muchas gracias á mi gran prudencia.

¡ Ojalá que cantarás !
(Le respondió por fin el pajarillo).
¡ Cuánto no admirarías
Con las cadencias raras
Que ninguno asegura haberte oído ,
Aunque logran mas fama que las mías !
Quiso el cisne cantar, y dió un graznido.
¡ Gran cosa! ganar crédito sin ciencia ,
Y perderle en llegando á la experiencia.

VII.

LA ABEJA Y EL CUCLILLO.

Saliendo del colmenar
Dijo al cuclillo la abeja :
Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.
No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú :
Cucú , cucú , y mas cucú ,
Y siempre una misma cosa.
¿ Te cansa mi canto igual ?
(El cuclillo respondió) :
Pues á fe que no hallo yo
Variedad en tu panal :
Y pues que del propio modo
Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento
En tí viejísimo es todo.
A esto la abeja replica :
En obra de utilidad
La falta de variedad
No es lo que mas perjudica
Pero en obra destinada
Solo al gusto y diversion ,
Sino es varia la invencion
Todo lo demas es nada.

VIII.

EL RATON Y EL GATO.

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
¡ Qué invencion tan senalla ! ¡ qué sentencias !
He de poner, pues quea tengo á mano ,
Una fábula suya en castellano.
Cierto (dijo un raton en su agujero)
No hay prenda mas amable y estupenda
Que la fidelidad ; por eso quiero
Tan de veras al perro perdíguero.
Un gato replicó : pues esa prenda
Yo la tengo tambien... Aquí se asusta
Mi buen raton, se esconde ,
Y torciendo el hocico, le responde :
¿ Cómo ? ¿ la tienes tú ?... ya no me gusta.
La alabanza que muchos creen justa ,

Injusta les parece
Si ven que su contrario la merece.
¿ Que tal, señor lector ? La fabulilla
Puede ser que le agrade y que le instruya. —
Es una maravilla :
Dijo Esopo una cosa como suya. —
Pues mire usted , Esopo no la ha escrito ;
Salió de mi cabeza. — ¿ Conque es tuya ? —
Sí, señor erudito :
Ya que antes tan feliz le parecia ,
Critiquemela ahora porque es mia.

IX.

EL LOBO Y EL PASTOR.

Cierto lobo hablando con cierto pastor ,
Amigo (le dijo), yo no sé porqué
Me has mirado siempre con odio y horror.
¿ Tiénesme por malo? no lo soy á fé.
¡ Mi piel en invierno que abrigó no da !
Achaques humanos cura mas de mil.
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que la piquen pulgas ni otro insecto
Mis uñas no trueco por las del Tejon ,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud ,
Mis dientes ya sabes cuan útiles son
Y á cuantos con mi unto he dado salud.
El pastor responde : perverso animal ,
¡ Maldigate el cielo , maldigate amen !
Despues que estás barto de hacer tanto mal ,
¿ Qué importa que puedas hacer algun bien ?
Al diablo los doy ,
Tantos libros lobos como corren hoy.

X.

EL ASNO Y SU AMO.

Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio.
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.
Deste modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes.
Y un taimado poeta que lo oía ,
Le respondió en los términos siguientes :
Al humilde jumento
Su dueño daba paja, y le decia :
Toma , pues que con eso estás contento.
Dijolo tantas veces, que ya un dia
Se enfadó el asno, y replicó ; yo tomo
Lo que me quieres dar ; pero, hombre injusto
¿ Piensas que solo de la paja gusto ?
Dame grano y verás si me le como.
Sepa quien para el público trabaja ,
Que tal vez á la plebe culpa en vano ,
Pues si en dándole paja, come paja,
Siempre que le dan grano, come grano.

XI.

LA ORUGA A LA ZORRA.

Si se acuerda el lector de la tertulia
En que á presencia de animales varios
La zorra adivinó por qué se daban
Elogios Avestruz y Dromedario;
Sepa que en la mismísima tertulia
Un día se trataba del gusano,
Artífice ingenioso de la seda,
Y todos ponderaban su trabajo.

Para muestra presentan un capullo,
Examinanle; crecen los aplausos,
Y aun el topo, con todo que es un ciego,
Confesó que el capullo era un milagro.

Desde un rincón la oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando
La labor admirable, friolera,
Y á sus elogiadores, mentecatos.

Preguntábanse pues unos á otros:
¿Porqué este miserable gusarapo
El único ha de ser que vitupere
Lo que todos acordes alabamos?

Saltó la zorra y dijo; pese á a mi alma,
El motivo no puede estar mas claro,
¿No sabeis, compañeros, que la oruga
Tambien labra capullos, aunque malos?

Laboriosos ingenios perseguidos,
¿Queréis un buen consejo? Pues cuidado:
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
No hagais mas que contarles este caso.

XII.

EL RETRATO DE GOLILLA.

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja;
Pero habrá quien piense que no habla castizo
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenelle con una conseja;
Y porque le trai mas contentamiento,
En su mesmo estilo referilla intento,
Mezclando dos hablas la nueva y la vieja.

No sin hartos celos un pintor de ogaño
Viá como agora gran loa y valia
Alcanzan algunos retratos de antaño,
Y el no remedallos á mengua tenia;
Por ende, queriendo retratar un día
A cierto Rico-home, señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daria.

Segundo Velazquez creyó ser con esto,
Y así que del rostro toda la semblanza
Hubo trasladado, golilla le ha puesto,
Y otros atavíos á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza:
El cual espantado fincó desde que vido

Con añejas galas su cuerpo vestido
Magüer que le plugo la faz á bastanza.

Empero una traza le vino á las mientes
Con que al retratante dar su galardón.
Guardaba heredadas de sus ascendientes
Antiguas monedas en un viejo arcon,
Del Quinto Fernando muchas dellas son
Allende de algunas de Carlos Primero,
De entrambos Filipos Segundo y Tercero;
Y henchido de todas le endonó un bolsón.

Con estas monedas, ó si quier medallas
(El pintor le dice) si voy al mercado,
Cuando me cunpliere mercar vituallas
Tornaré á mi casa con muy buen recado.
Pardiez (dijo el otro) ¿no me habeis pintado
En trage que un tiempo fué muy señorial,
Y agora le viste solo un alguacil?

Cual me retrastéis, tal os he pagado.
Llevaos la tabla, y el mi corbatin,
Pintadme al proviso en vez de golilla,
Cambiadme esa espada en el mi espadin,
Y en la mi casaca trocad la ropilla,
Ca no habrá naide en toda la villa
Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto.
Vuestra paga entonce contaros he presto
En buena moneda corriente en Castilla.

Ora pues, si á risa provoca la idea
Que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¿No temos de reirnos siempre que chochea
Con añejas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor,
Habla juro á costa de la claridad;
Y no hála voz baja para nuestra edad,
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

XIII.

EL TÉ Y LA SALVIA.

El té, viniendo del imperio chino,
Se encontró en la salvia en el camino.
Ella le dijo: ¿á dónde vas, compadre?
A Europa voy, madre,
Donde sé que me compran á buen precio.
Yo (respondió la salvia) voy á China,
Que allá con sumo precio
Me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvage,
Y jamas he podido haer fortuna.
Anda con Dios, no pelearás el viage;
Pues no hay naelón alguna
Que á todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.

La salvia me perdone
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario
Yo no defendiera lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio.
Y español que tal vez recitaria

Quinientos versos de Boileau y el Taso ;
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

XIV.

EL CAZADOR Y EL HURON.

Cargado de conejos,
Y muerto de calor,
Una tarde de lejos
A su casa volvía un cazador.
Encontró en el camino
Muy cerca del lugar
A un amigo y vecino,
Y su fortuna le empezó á contar.
Me afané todo el día
(Le dijo) ¿pero que ?
Si mejor cacería
No la he logrado, ni la lograré.
Desde por la mañana
Es cierto que sufrí
Una buena solana,
Mas mira que gazapos traigo aquí.
Te digo y te repito,
Fuera de vanidad,
Que en todo ese distrito
No hay cazador de mas habilidad.
Con el oído atento
Escuchaba un huron
Este razonamiento,
Desde el corcho en que tiene su mansion ;

Y el puntiagudo hocico
Sacando por la red
Dijo á su amo ; suplico
Dos palabritas con perdon de usted.

Vaya : cuál de nosotros
Fué el que mas trabajó ;
Esos gazapos y otros
¿Quién se los ha cazado sino yo ?

Patron, ¿tan poco valgo
Que me tratan así ?
Me parece que en algo
Bien se pudiera hacer mencion de mí.

Cualquiera pensaria,
Que este aviso moral
Seguramente baria
Al cazador gran fuerza ; pues no hay tal.

Se quedó tan sereno,
Como ingrato escritor,
Que del auxilio ageno
Se aprovecha y no cita al bienhechor.

XV.

EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO.

Habia en un corral un gallinero :
En este gallinero un gallo habia,
Y detras del corral en un chiquero

Un marrano gordisimo yacia.

Item mas, se criaba allí un cordero,
Todos ellos en buena compañía :
¿Y quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales ?

Pues (con perdon de ustedes) el cochino
Dijo un día al cordero : ¡ qué agradable,
Qué feliz, qué pacifico destino
Es el poder dormir ! ¡ qué saludable !
Yo te aseguro, como soy gorrino,
Que no hay en esta vida miserable
Gusto como tenderse á la bartola,
Roncar bien, y dejar correr la bola.

El gallo por su parte al tal cordero
Dijo en una ocasion : mira, inocente,
Para estar sano, para andar ligero
Es menester dormir muy parcamente.
El madrugar en julio ú en febrero
Con estrellas, es método prudente ;
Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.

Confuso, ambos dictámenes coteja
El simple corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es mas que aquello mismo á que se inclina.
Acá entre las autores es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina
Y gran regla, á la cual nos sujetamos,
Lo que en nuestros escritos practicamos.

XVI.

EL PEDERNAL Y EL ESLABON.

Al eslabon de cruél
Trató el pedernal un día,
Porque á menudo le heria
Para sacar chispas del.
Riñendo este con aquel,
Al separarse los dos
Quedaos, dijo, con Dios,
¿Valeis vos algo sin mí ?
Y el otro responde : Sí,
Lo que sin mí valeis vos.

Este ejemplo material
Todo escritor considere
Que largo estudio no uniere
Al talento natural.
Ni da lumbre el pedernal
Sin auxilio de eslabon,
Ni hay buena disposicion
Que luzca faltando el arte,
Si obra cada cual á parte
Ambos inútiles son.

XVII.

EL VOLATIN Y SU MAESTRO.

Mientras de un volatín bastante diestro

Un principiante mozalbillo toma
 Lecciones de bailar en la maroma,
 Le dice : vea usted, señor maestro,
 Cuanto me estorba y cansa este gran palo
 Que llamamos chorizo ó cantrapeso :
 Cargar con un garrote largo y grueso
 Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.
 ¿A qué fin quiere usted que me sujete
 Si no me faltan fuerzas ni soltura?
 Por ejemplo : ¿este paso, esta postura,
 No la haré yo mejor sin el zoquete?

Tenga usted cuenta...No es difícil...nada...
 Así decía, y suelta el cantrapeso.
 El equilibrio pierde... A Dios! ¿qué es eso?
 ¿Qué ha de ser? Una buena costalada.
 ¡Lo que es auxilio juzgas embarazo,
 Incauto jóven! (el maestro dijo):
 ¿Huyes del arte y método? Pues hijo,
 No ha de ser este el último porrazo.

XVIII.

LA ARDILLA Y EL CABALLO.

Mirando estaba una ardilla
 A un generoso alazan,
 Que dócil á espuela y rienda
 Se adestraba en galopar.
 Viéndole hacer movimientos
 Tan veloces y á compas,
 De aquesta suerte le dice
 Con muy poca cortedad :
 Señor mio,
 De ese brio
 Ligereza
 Y destreza
 No me espanto,
 Que otro tanto
 Suelo hacer, y acaso mas.
 Yo soy viva,
 Soy activa :
 Me meneo,
 Me paseo;
 Yo trabajo,
 Subo y bajo;
 No me estoy quieta jamas.
 El paso detiene entonces
 El buen potro, y muy formal
 En los términos siguientes
 Respuesta á la ardilla da :
 Tantas idas
 Y venidas,
 Tantas vueltas
 Y revueltas
 (Quiero, amiga,
 Que me diga)
 ¿Son de alguna utilidad?

Yo me afano,
 Mas no en vano.
 Sé mi oficio,
 Y en servicio
 De mi dueño
 Tengo empeño
 De lucir mi habilidad.
 Con que algunos escritores
 Ardillas tambien serán,
 Si en obras frívolas gastan
 Todo el calor natural.

SONETO.

¡ Fresca arboleda del jardín sombrío,
 Clara fuente, sonoras avecillas,
 Verde prado que esmaltas las orillas
 Del celebrado y anchuroso río!
 ¡ Grata Aurora que viertes ya el rocío
 Por entre nubes rojas y amarillas,
 Bello horizonte de lejanas villas,
 Aura blanda que templas el estío,
 ¡ O soledad! quien puede te posea :
 Que yo gozára en tu apacible seno
 El placer que otros ánimos recrea ;
 Si tu silencio y tu retiro ameno
 Mas viva no ofrecieran á mi idea
 La imágen de la ingrata por quien peno.

MADRIGAL.

¡ Muger, muger ! ¿ Qué mas quieres de mí ?
 ¿ Quieres aborrecerme ? — Eso haces ya.
 ¿ Quieres mi corazón ? — Ya te le di.
 ¿ Quieres muera á tus manos ? — ¡ Ojalá !
 ¿ Quieres versos ? — Pues héclos aquí.
 ¿ Quieres que no te vea ? — Bien está.
 Pues, di, muger, ¿ qué mas puedo hacer yo ?
 ¿ Olvidarte ? — ¡ Ay mis ojos ! eso no.

EPIGRAMA.

Levántome á las mil, como quien soy.
 Me lavo. Que me vengan á afeitár,
 Traigan el chocolate : y á peinar.
 Un libro... Ya leí... Basta por hoy.
 Si me buscan, que digan que no estoy...
 Polvos... Venga el vestido verdemar...
 ¿ Si estará ya la misa en el altar ?
 ¿ Han puesto la berlina ? pues me voy.
 Hice ya tres visitas. A comer...
 Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...
 Pongan el tiro. Al campo ; y á correr...
 Ya doña Eulalia esperará por mí...
 Dió la una. A cenar, y á recoger,
 ¿ Y es este un racional ? — Dicen que sí.

POESIAS DE DON FELIX MARIA SAMANIEGO.

Nació en la villa de Laguardia, en la Rioja, á 12 de octubre de 1745. Fueron sus padres don Felix Sanchez Samaniego y doña Juana Maria Zabala, natural de Tolosa de Guipuzcoa. Como hijo mayor heredó los mayorazgos de su casa, y fué señor de las cinco villas del valle de Arraya. Recibió de sus padres la primera educacion: estudió dos años de leyes en Valladolid: viajó por Francia con mucha utilidad, y pasó despues á Vergara, donde adquirió importantes conocimientos con el frecuente trato del conde de Peñaforida y del marques de Narros sus parientes y fundadores de la sociedad Bascongada, la primera que se estableció en España, de la cual fué Samaniego uno de los primeros socios de número desde el año de 1765 en que residia en Laguardia. Vivió despues muchos años en Bilbao por haber contraído allí su matrimonio con doña Manuela Salcedo, de quien no tuvo sucesion. Como socio de número concurría á las juntas generales que todos los años celebraba la sociedad alternativamente en Vitoria, Vergara y Bilbao, amenizando con su agradable y chistosa conversacion aquellas concurrencias. Residió tambien algunas temporadas en el seminario de Vergara, como presidente de turno entre los socios de número; y entonces fué cuando comenzó á escribir sus *Fábulas* acomodándolas á la capacidad de los niños. En 1782 le comisionó su provincia de Alava para evacuar en Madrid asuntos de la mayor importancia, que desempeñó completamente, sin embargo de estar prevenido contra él y su provincia el ministerio; habiendo llegado á captarse de tal modo la íntima confianza del conde de Floridablanca, que tuvo empeño en darle algun destino importante, que rehusó constantemente. La provincia le regaló á su regreso una bajilla de plata tasada en 400,000 reales, por no haber admitido dietas ni honorarios, y haber hecho crecidos gastos; pero su desinterés le hizo rehusar este regalo, tomando solo una pieza en señal de agradecimiento.

A instancia de su tío el conde de Peñaforida coordinó sus fábulas para instruccion de los seminaristas; y aprovechándose de un viaje que hizo á Valencia acompañando á la marquesa de San Miguel su cuñada, las imprimió allí en 1781. Al año siguiente presentó en las juntas de la sociedad el tomo segundo que se imprimió en Madrid por Ibarra en 1784. Entre tanto publicó Iriarte sus *Fábulas literarias*: habianse indispuerto los dos, y Samaniego imprimió un anónimo con el título de *Observaciones sobre las fábulas literarias*, y otros folletos contra Iriarte; la parodia de su *Guzman*, las *Memorias de Cosme Damian* contra el prólogo del teatro de Huerta, etc. Poco cuidadoso de su fama literaria miraba con indiferencia y poco aprecio sus producciones, que hizo quemar en su última enfermedad. Extremadamente aficionado á la música tocaba con mucho gusto el violin y la vihuela. Era graciosísimo en su conversacion: improvisaba con chiste y oportunidad; y falleció en Laguardia á 11 de agosto de 1801.

FABULA I.

EL AGUILA Y EL ESCARABAJO.

¡Que me matan! ¡ favor! Así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de una águila sangrienta.
A las voces, segun Esopo cuenta,
Acudió un compasivo escarabajo;
Y viendo á la cuñada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:
¡O reina de las aves escogida!
¡Porqué quitas la vida

A este pobre animal manso y cobarde?
¿No seria mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras;
O ya que resistencia hallar no quieras,
Cebiar tus uñas y tu corvo pico
En el frio cadáver de un borrico?
Cuando el escarabajo así decía
La águila con desprecio se reía;
Y sin usar de mas atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla, y vase.
El pequeño animal así burlado,
Quiere verse vengado.
En la ocasion primera
Vuela al nido del águila altanera:
Halla solos los huevos, y arrastrando

Uno por uno fuélos despeñando.
 Mas como nada alcanza
 A dejar sa' isfecha una venganza,
 Cuantos huevos ponía en adelante
 Se los hizo tortilla en el instante.
 La reina de las aves sin consuelo
 Remontando su vuelo,
 A Júpiter excelso humilde llega,
 Expone su dolor, pídele, ruega
 Remedie tanto mal. El dios propicio,
 Por un incomparable beneficio;
 En su regazo hizo que pusiese
 El águila sus huevos, y se fuese,
 Que á la vuelta, colmada de consuelos,
 Encontraría hermosos sus polluelos.
 Supo el escarabajo el caso todo:
 Astuto é ingenioso hace de modo
 Que una bola fabrica diestramente
 De la materia en que continuamente
 Trabajando se halla,
 Cuyo nombre se sabe aunque se calla;
 Y que según yo pienso,
 Para los dioses no es muy buen incienso.
 Carga con ella, vuela, y atrevido
 Pone su bola en el sagrado nido,
 Júpiter que se vió con tal basura
 Al punto sacudió su vestidura,
 Haciendo al arrojar la almondiguilla
 Con la bola y los huevos su tortilla.
 Del trágico suceso noticiosa,
 Arrepentida el águila y llorosa
 Aprendió esta lección á mucho precio:
*A nadie se le trate con desprecio
 Como al escarabajo:
 Porque al mas miserable, vil y bajo,
 Para tomar venganza si se irrita,
 ¡Le faltará siquiera una bolita?*

II.

EL RATON DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO.

Un raton cortesano
 Convidó con un modo muy urbano
 A un raton campesino.
 Dióle gordo tocino,
 Queso fresco de Holanda;
 Y una despensa llena de vianda
 Era su alojamiento;
 Pues no pudiera haber un aposento
 Tan magníficamente preparado,
 Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
 Con el mayor esmero,
 Para alojar á *Roepan primero*.
 Sus sentidos allí se recreaban:
 Las paredes y techos adornaban,
 Entre mil ratonescas golosinas,
 Salchichones, pernils y cecinas.
 Saltaban de placer, ¡o qué embeleso!
 De pernil en pernil, de queso en queso.

En esta situacion tan lisonjera
 Llega la despensera,
 Oyen el ruido, corren, se agazapan,
 Pierden el tino, mas al fin se escapan
 Atropelladamente
 Por cierto pasadizo abierto á diente.
 ¡Esto tenemos! dijo el campesino,
 Reniego yo del queso, del tocino,
 Y de quien busca gustos
 Entre los sobresaltos y los sustos.
 Volvióse á su campaña en el instante,
 Y estimó mucho mas de allí adelante,
 Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,
 Su casita de tierra y sus legumbres.

III.

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
 Una lechera el cántaro al mercado
 Con aquella presteza,
 Aquel aire sencillo, aquel agrado,
 Que va diciendo á todo el que lo advierte:
 ¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
 Porque no apetecía
 Mas compañía que su pensamiento,
 Que alegre le ofrecía
 Inocentes ideas de contento.
 Marchaba sola la feliz lechera,
 Y decía entre sí de esta manera:
 Esta leche vendida
 En limpio me dará tanto dinero;
 Y con esta partida
 Un canasto de huevos comprar quiero
 Para sacar cien pollos que al estío
 Me rodeen cantando el *pio, pio*.
 Del importe logrado
 De tanto pollo marcaré un cochino;
 Con bellota, salvado,
 Berza, castaña, engordará sin tino,
 Tanto que puede ser que yo consiga
 Ver como se le arrastra la barriga.
 Llevaré al mercado,
 Sacaré de él sin duda buen dinero:
 Compraré de contado
 Una robusta vaca, y un ternero
 Que salte y corra toda la campaña
 Hasta el monte cercano á la cabaña.
 Con este pensamiento
 Enagenada, brinca de manera,
 Que á su salto violento
 El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
 ¡Qué compasión! A Dios leche, dinero,
 Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.
 ¡O loca fantasta,
 Qué palacios fabricas en el viento!
 Modera tu alegría,
 No sea que saltando de contento,
 Al contemplar dichosa tu mudanza,

Quiebre su cantarillo la esperanza.
 No seas ambiciosa
 De mejor ó mas próspera fortuna ,
 Que vivirás ansiosa
 Sin que pueda saciarte cosa alguna.
*No anheles impaciente el bien futuro ,
 Mira que ni el presente está seguro.*

IV.

EL PESCADOR Y EL PEZ.

Recoje un pescador su red tendida
 Y saca un pececillo. Por tu vida ,
 Exclamó el inocente prisionero ,
 Dame la libertad : solo la quiero ,
 Mira que no te engaño ,
 Porque ahora soy ruin ; dentro de un año
 Sin duda lograrás el gran consuelo
 De pescarme mas grande que mi abuelo.
 ¡Qué! ¿ te burlas ? ¿ te ries de mi llanto ?
 Solo por otro tanto
 A un hermanito mio
 Un señor pescador lo tiró al rio.
 ¿ Por otro tanto al rio ? ¿ qué manía !
 Replicó el pescador ; ¿ pues no sabia
 Que el refran castellano
 Dice : *mas vale pájaro en la mano.....?*
 A sarten te condeno , que mi panza
 No se llena jamas con la esperanza.

V.

EL MILANO Y LAS PALOMAS.

A las tristes palomas un milano ,
 Sin poderlas pillar , seguia en vano ;
 Mas él á todas horas
 Servia de lacayo á estas señoras.
 Un dia , en fin , hambriento é ingenioso ,
 Así las dice : ¿ amais vuestro reposo ,
 Vuestra seguridad y conveniencia ?
 Pues creedme en mi conciencia :
 En lugar de ser yo vuestro enemigo ,
 Desde ahora me obligo ,
 Si la banda por rey me aclama luego ,
 A tenerla en sosiego ,
 Sin que de garra ó pico tema agravio ,
 Pues tocante á la paz seré un Octavio.
 Las sencillas palomas consintieron :
 Aclámanlo por rey : *viva* , dijeron ,
Nuestro rey el milano.
 Sin esperar á mas este tirano
 Sobre un vasallo misero se planta :
 Déjalo con el *viva* en la garganta ;
 Y , continuando así sus tiranías ,
 Acabó con el reino en cuatro dias.
*Quien al poder se acoja de un malvado ,
 Será en vez de feliz un desdichado.*

VI.

LAS RANAS PIDIENDO REY.

Sin rey vivia libre independiente
 El pueblo de las ranas felizmente.
 La amable libertad solo reinaba
 En la inmensa laguna que habitaba ;
 Mas las ranas al fin un rey quisieron :
 A Júpiter excelso lo pidieron.
 Conoce el dios la súplica importuna ,
 Y arroja un rey de palo á la laguna :
 Debíó de ser sin duda un buen pedazo ,
 Pues dió su magestad tan gran porrazo ,
 Que el ruido atemoriza al reino todo :
 Cada cual se zambulle en agua ó lodo ;
 Y quedan en silencio tan profundo ,
 Cual si no hubiese ranas en el mundo.
 Una de ellas asoma la cabeza ,
 Y viendo á la real pieza
 Publica que el monarca es un zoquete.
 Congrégase la turba , y por juguete
 Lo desprecian , lo ensucian con el cieno ,
 Y piden otro rey , que aquel no es bueno.
 El padre de los dioses irritado
 Envia un culebron , que á diente airado
 Muerde , traga , castiga ,
 Y á la misera grey al punto obliga
 A recurrir al dios humildemente.
 Padeded , les responde , eternamente ,
*Que así castigo á aquel que no examina.
 Si su solícitud será su ruina.*

VII.

EL ASNO Y EL CABALLO.

¡ Ah ! ¿ quien fuese caballo !
 Un asno melancólico decia ,
 Entonces sí que nadie me veria
 Flaco , triste y fatal como me hallo.
 Tal vez un caballero
 Me mantendria ocioso y bien comido ;
 Dándose su merced por muy servido
 Con corvetas y saltos de carnero.
 Trátanme ahora como vil y bajo :
 De risa sirve mi contraria suerte :
 Quien me apalea mas , mas se divierte ;
 Y menos como cuando mas trabajo.
 No es posible encontrar sobre la tierra
 Infeliz como yo. Tal se juzgaba ,
 Cuando al caballo ve como pasaba
 Con su ginet y armas á la guerra.
 Entonces conoció su desatino ;
 Rióse de corvetas y regalos ,
 Y dijo : que trabaje y lluevan palos ,
 No me saquen los dioses de pollino.

VIII.

EL CORDERO Y EL LOBO.

Uno de los corderos mamantones,
Que para los glotonés.
Se crian, sin salir jamas al prado,
Estando en la cabaña muy cerrado,
Vió por una rendija de la puerta
Que el caballero lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasion de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba
Así lo provocaba :
Sepa usted, seor lobo, que estoy preso
Porque sabe el pastor que soy travieso ;
Mas si él no fuese bobo
No habria ya en el mundo ningun lobo ;
Pues yo corriendo libre por los cerros,
Sin pastores ni perros,
Con sola mi pujanza y valentia
Contigo y con tu raza acabaria.
¡ A Dios, exclamó el lobo, mi esperanza
De regalar á mi vacia panza !
Cuando este miserable me provoca,
Es señal de que se halla de mi boca
Tan libre como el cielo de ladrones,
Así son los cobardes fanfarrones,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Mas valentones, cuanto mas medrosos.

IX.

EL CABALLO Y EL CIERVO.

Perseguia un caballo vengativo
A un ciervo que le hizo leve ofensa ;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre ; y el caballo airado
Sale con su ginete á la campaña,
Corre con direccion, sigue con maña,
Y queda al fin del ofensor vengado.
Muéstrase al bienhechor agradecido :
Quiere marcharse libre de su peso ;
Mas desde entonces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.
El caballo, que suelto y rozagante,
En el frondoso bosque y prado ameno.
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujecion desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra :
Pasa tal vez la vida mas amarga :
Sufre la silla, freno, espuela, carga ;
Y aguanta los horrores de la guerra.

En fin, perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente :
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.

X.

LA AGUILA Y EL CUERVO.

Una águila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un cuervo imitarla : de un carnero
En el vellon sus uñas hacen presa :
Queda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla y el desprecio
El cuervo que á ser águila se mete.

XI.

LOS ANIMALES CON PESTE.

En los montes, los valles y collados
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí donde su corte el leon tenia,
Mirando cada dia
Las cacerías, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veian los campos ya cubiertos
De enfermos miserables y de muertos.
Mis amados hermanos,
Exclamó el triste rey, mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga ;
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel mas delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado :
Yo cruel, sanguinario, he devorado,
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros :
Y he sido á fuerza de delito tanto
De la selva terror, del bosque espanto.
Señor, dijo la zorra, en todo eso
No se halla mas exceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna
De los viles cornudos animales
Los sacros dientes, y las uñas reales,
Trató la corte al rey de escrupuloso :
Allí del tigre, de la onza y oso
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes á millones ;

Mas entre la grandeza, sin lisonja,
 Pasaron por escrúpulos de monja.
 El asno sin embargo muy confuso
 Prorumpió: yo me acuso
 Que al pasar por un trigo este verano,
 Yo hambriento, y el lozano,
 Sin guarda ni testigo.
 Caí en la tentacion; comí del trigo.
 ¡Del trigo! ¡y un jumento!
 Gritó la zorra, ¡horrible atrevimiento!
 Los cortesanos claman: este, este
 Irrita al cielo que nos da la peste.
 Pronuncia el rey de muerte la sentencia;
 Y ejecutóla el lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre, miserable.
Esto hallará en la corte quien la vea;
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

XII.

CONGRESO DE LOS RATONES.

Desde el gran Zapiron *el blanco y rubio,*
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido Miauragato
 Quien mas sangrientamente
 Persiguió á la infeliz ratona gente,
 Lo cierto es que obligada
 De su persecucion la desdichada,
 En *Ratópolis* tuvo su congreso.
 Propuso el elocuente *Roque*
 Echarle un cascabel, y de esa suerte
 Al ruido escaparian de la muerte.
 El proyecto aprobaron uno á uno.
 ¡Quién lo ha de ejecutar? eso ninguno.
 Yo soy corto de vista: Yo muy viejo:
 Yo gotoso, decian. El concejo
 Se acabó como muchos en el mundo,
Proponen un proyecto sin segundo:
Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!
¡Pero la ejecucion? ahí está el cuento.

XIII.

EL LOBO Y LA OVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,
 Aquí mato, allí robo,
 Andaba cierto lobo,
 Hasta que dió en las manos de los perros.
 Mordido y arrastrado
 Fué de sus enemigos cruelmente:
 Quedó con vida milagrosamente;
 Mas, inválido al fin y derrotado.
 Ib. el tiempo curando su dolencia:
 El hambre al mismo paso le afligia;

Pero como cazar aun no podia,
 Con las yerbas hacia penitencia.

Una oveja pasaba, y él la dice:
 Amiga, ven acá, llega al momento:
 Enfermo estoy, muero de sediento:
 Socorre con el agua á este infelice.

¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
 Le responde la oveja recelosa.
 Dime pues una cosa:

¿Sin duda que será para enjuagarte,
 Limpiar bien el guarguero,
 Abrir el apetito,
 Y fragarme despues como á un pollito?
 Anda, que te conozco, marrullero.

Así dijo y se fué, si no la mata.
 ¡Cuánto importa saber con quien se trata!

XIV.

EL ASNO Y LAS RANAS.

Muy cargado de leña un burro viejo,
 Triste armazon de huesos y pellejo,
 Pensativo, segun lo cabizbajo,
 Caminaba, llevando con trabajo
 Su débil fuerza la pesada carga.
 El paso tarde, la carrera larga,
 Todo al fin contra el mísero se empeña,
 El camino, los años y la leña.
 Entra en una laguna el desdichado,
 Queda profundamente empuantado.
 Viéndose de aquel modo,
 Cubierto de agua y lodo,
 Trocando lo sufrido en impaciente,
 Contra el destino dijo neciamente
 Expresiones ajenas de sus canas.
 Mas las vecinas ranas
 Al oír sus lamentos y quejidos,
 Las unas se tapaban los oídos,
 Las otras, que prudentes lo escuchaban,
 Reprendianle así, y aconsejaban:
 Aprenda el mal jumento
 A tener sufrimiento,
 Que entre las que habitamos la laguna
 Ha de encontrar leccion muy oportuna.
 Por Júpiter estamos condenadas
 A vivir sin remedio encenagadas
 En agua detenida, lodo espeso;
 Y á mas de todo eso,
 Aquí perpetuamente nos encierra,
 Sin esperanza de correr la tierra,
 Cruzar el anchuroso mar profundo,
 Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
 Mas llevamos á bien nuestro destino;
 Y así nos premia Júpiter divino,
 Repartiendo entre todas cada día
 La salud, el sustento y alegría.
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;

*Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal mas amargo que la muerte.*

XV.

EL ASNO Y EL FERRO.

Un perro y un borrico caminaban
Sirviendo á un mismo dueño.

Rendido este del sueño,
Se tendió sobre el prado que pasaban.

El borrico entretanto, aprovechado
Descansa y paze; mas el perro hambriento
Bájate, le decia, buen jumento,
Pillaré de la alforja algun bocado.

El asno se le aparta como en chanza:
El perro sigue al lado del borrico
Levantando las manos y el hocico,
Como perro de ciego cuando danza.

No seas bobo, el asno le decia:
Espera á que nuestro amo se despierte,
Y será de esa suerte
El hambre mas, mejor la compañía.

Desde el bosque entre tanto sale un lobo:
Pide el asno favor al compañero;
En lugar de ladrar el marrullero
Con sigla respondió: no seas bobo:

Espera á que nuestro amo se despierte,
Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia,
Al ver al lobo que te da la muerte.

El pollino murió: no hay que dudarlo;
Mas si resucitara,
Corriendo el mundo á todos predicara:
Prestad auxilio, si queréis hallarlo.

XVI.

EL LEON Y EL ASNO CAZANDO.

Su magestad leonesa en compañía
De un borrico se sale á montería.
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo leon una enramada,
Mandó al asno que en ella se ocultase,
Y que de tiempo en tiempo rebuznase
Cual trompeta de caza en el ojeo.
Logró el rey su deseo;
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetian,
A su selvoso albergue se volvian
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente;
Y en su cobarde huida
En las garras del leon pierden la vida.
Cuando el asno se halló con los despojos
De devoradas fieras á sus ojos,
Dijo: par diez si llego mas temprano,
A ningun muerto dejo hueso sano,

A tal fanfarronada
Soltó el rey una grande carcajada:
*Y es que jamas convino
Hacer del andaluz al vizcaino.*

XVII.

EL VIEJO Y LA MUERTE.

Entre montes por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña
Maldiciendo su mísero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podia,
Llamaba con colérica porfia
Una, dos y tres veces á la muerte.

Armada de guadaña en esqueleto
La parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el viejo temiendo ser difunto,
Lleno mas de terror que de respeto,

Trémulo la decla y balbuciente:
Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero... Acaba: ¿qué quieres, desdichado?
Que me cargues la leña solamente.

*Tenga paciencia quien se cree infelice.
Que aun en la situacion mas lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El viejo de la leña nos lo dice.*

XVIII.

LOS DOS MACHOS.

Dos machos caminaban: el primero
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido,
Iba marchando erguido
Al son de los redondos cascabeles.
El segundo, desnudo de oropeles,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pesenezo eternamente,
Seguia de reata su jornada
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Asieron de la rienda al arrogante:
Él se defiende, y ellos le maltratan:
Y despues que el dinero le arrebatan,
Huyen, y dice entonces el segundo:
*Si á estos riesgos exponen en el mundo
Las riquezas, no quiero, á fe de macho,
Dinero, cascabeles, ni penacho.*

XIX.

EL GALLO Y EL ZORRO.

Un gallo muy maduro,
De edad provecho, duros espalones,
Pacífico y seguro,

Sobre un árbol oía las razones
De un zorro muy cortés y muy atento,
Mas elocuente cuanto mas hambriento.

Hermano, le decia,
Ya cesó entre nosotros una guerra
Que cruel repartia
Sangre y plumas al viento y á la tierra:
Baja, daré para perpetuo sello
Mis amorosos brazos á tu cuello.

Amigo de mi alma,
Responde el gallo, ¡qué placer inmenso
En deliciosa calma

Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo:

Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y ya estan adelante,
Dos correos que llegan al momento
De esta noticia portadores fieles,
Y son segun la traza dos lebreles.

A Dios, á Dios, amigo,
Dijo el zorro, que estoy muy ocupado,
Luego hablaré contigo
Para finalizar este tratado.

El gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:

*Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño,
A un pícaro otro mayor.*

XX.

LOS NAVEGANTES.

Lloraban unos tristes pasajeros
Viendo su pobre nave combatida
De recias olas y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena.
Mas el piloto estuvo muy sereno,
Tanto en la tampestad como en bonanza,
*Que sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto á súbita mudanza.*

XXI.

EL ASNO Y EL LOBO.

Un burro cojo vió que le seguia
Un lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decia:
Amigo lobo, yo me estoy muriendo:
Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pié de que cojeo:
Si yo no me valiese de herradores,

No me veria así como me veo;
Y pues fallezco sé caritativo:
Sácame con los dientes este clavo,
Muera yo sin dolor tan excesivo,
Y cómeme despues de cabo á rabo.
¡Oh! dijo el cazador con ironia,
Contando con la presa ya en la mano,
No solamente sé la anatomia,
Sino que soy perfecto cirujano.

El caso es para mi una patarata:
La operacion no mas que de un momento:
Alargue bien la pata,

Y no se me acobarde, buen jumento.
Con su estuche molar descvainado

El nuevo profesor llega al doliente,
Mas este le dispara de contado
Una coz que lo deja sin un diente.

Escapa el cojo: pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
¡Ay infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.

Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de lobo carnicero:
Pues si puedo vivir tan regalado,
¿A qué meterme ahora á curandero?
*Hablemos en razon: no tiene juicio
Quien deja el propio por ageno oficio.*

XXII.

EL ASNO Y EL CABALLO.

Iban, mas no sé adonde ciertamente,
Un caballo y un asno juntamente:
Este cargado, pero aquel sin carga.
El grave peso, la carrera larga,
Causaron al borrico tal fatiga,
Que la necesidad misma le obliga
A dar en tierra. Amigo compañero,
No puedo mas, decia, yo me muero,
Repartamos la carga, y será poca;
Si no, se me va el alma por la boca.
Dice el otro: revienta en horabuena:
¿Por eso he de sufrir la carga agena?
Gran bestia seré yo, si tal hiciere.
¿Miren, y qué borrico se me muere?
Tan justamente se quejó el jumento,
Que espiró el infeliz en el momento.
El caballo conoce su pecado,
Pues tuvo que llevar mal de su grado
Los fardos y aparejos todo junto;
Item mas, el pellejo del difunto.
*Juan, alivia en sus penas al vecino,
Y él, cuando tú las tengas, dète ayuda;
Si no lo haceis así, temed sin duda
Que seréis el caballo y el pollino.*

XXIII.

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

Un labrador cansado
 En el ardiente estío,
 Debajo de una encina
 Reposaba pacífico y tranquilo.
 Desde su dulce estancia
 Miraba agradecido
 El bien con que la tierra
 Premiaba sus penosos ejercicios.
 Entre mil producciones,
 Hijas de su cultivo,
 Veía calabazas,
 Melones por los suelos esparcidos.
 ¿Porqué la Providencia.
 Decía entre sí mismo,
 Puso á la ruin bellota
 En elevado preeminente sitio?
 ¿Cuánto mejor sería,
 Que, trocando el destino,
 Pendiesen de las ramas
 Calabazas, melones y pepinos?
 Bien oportunamente,
 Al tiempo que esto dijo,
 Cayendo una bellota
 Le pegó en las narices de improviso.
 Par diez, prorumpió entonces
 El labrador sencillo,
 Si lo que fué bellota
 Algun gordo melon hubiera sido,
 Desde luego pudiera
 Tomar á buen partido,
 En caso semejante,
 Quedar desnarigado, pero vivo.
*Aquí la Providencia
 Manifestarle quiso
 Que supo á cada cosa
 Señalar sabiamente su destino.
 A mayor bien del hombre
 Todo está repartido,
 Preso el pez en su concha,
 Y libre por el aire el pajarillo.*

XXIV.

UN COJO Y UN PICARON.

A un buen cojo un descortés
 Insultó atrevidamente:
 Oyólo pacientemente
 Continuando su carrera,
 Cuando al son de la cojera
 Dijo el otro: una, dos, tres,
 Cojo es.
 Oyólo el cojo: aquí fué
 Donde el buen hombre perdió
 Los estribos; pues le dió

Tanta cólera, y tal ira,
 Que la muleta le tira,
 Quedándose, ya se vé,
 Sobre un pié,
 Solo el no poder correr
 Para darte el escarmiento,
 Dijo el cojo, es lo que siento,
 Que este mal no me atormenta:
*Porque al hombre solo afrenta
 Lo que supo merecer,
 Padecer.*

XXV.

LA ZORRA Y EL CHIVO.

Una zorra cazaba;
 Y al seguir á un gazapo,
 Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,
 En un pozo cayó que al paso estaba.
 Cuando mas la alligia su tristeza
 Por no hallar la infeliz salida alguna,
 Vió asomarse al brocal por su fortuna
 Del chivo padre la gentil cabeza.
 ¿Qué tal? dijo el barbon, ¿la agua es salada?
 Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
 Respondió la raposa,
 Que en el tal pozo estoy como encantada.
 Al agua el chivo se arrojó sediento:
 Monta sobre él la zorra, de manera
 Que haciendo de sus cuernos escalera,
 Pilla el brocal, y sale en el momento.
 Quedó el pobre atollado: cosa dura.
 ¿Mas quién podrá á la zorra dar castigo,
 Cuando el hombre, aun á costa de su amigo,
 Del peligro mayor salir procura?

XXVI.

EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento
 Iba un lobo muy flaco y muy hambriento;
 Encontró con un perro tan relleno,
 Tan lucio, sano y bueno,
 Que le dijo: yo extraño
 Que estés de tan buen año
 Como se deja ver por tu semblante;
 Cuando á mí mas pujante,
 Mas osado y sagaz, mi triste suerte
 Me tiene hecho retrato de la muerte.
 El perro respondió: sin duda alguna
 Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
 Deja el bosque y el prado;
 Retírate á poblado,
 Servirás de portero
 A un rico caballero,
 Sin otro afan, ni mas ocupaciones
 Que defender la casa de ladrones.
 Acepto desde luego tu partido.

Que para mucho mas estoy curtido,
 Asi me libraré de la fatiga
 A que el hambre me obliga
 De andar por montes sendereando peñas,
 Trepando riscos y rompiendo breñas,
 Sufriendo de los tiempos los rigores,
 Lluvias, nieves, escarchas y calores.
 A paso diligente
 Marchaban juntos amigablemente,
 Tratando varios puntos de confianza
 Pertencientes á llenar la panza.
 En esto el lobo por algun recelo,
 Que comenzó á turbarle su consuelo
 Mirando al perro dijo: he reparado
 Que tienes el pesuezo algo pelado.
 Dime: ¿ qué es eso? — Nada. —
 Dimelo por tu vida, camarada. —
 No es mas que la señal de la cadena:
 Pero no me da pena;
 Pues aunque por inquieto
 A ella estoy sujeto,
 Me sueltan cuando comen mis señores:
 Recibenme á sus piés de mil amores:
 Ya me tiran el pan, ya la tajada:
 Y todo aquello que les desagrada:
 Estelo mal asado,
 Aquel un hueso poco descarnado;
 Y aun un gloton que todo se lo traga,
 A lo menos me halaga
 Pasándome la mano por el lomo:
 Yo meneo la cola, callo y como. —
 Todo eso es bueno; yo te lo confieso;
 Pero por fin y postre tú estas preso:
 Jamas sales de casa,
 No puedes ver lo que en el pueblo pasa. —
 Es así. — Pues amigo,
 La amada libertad que yo consigo
 No he de trocarla de manera alguna
 Por tu abundante y próspera fortuna.
 Marcha, marcha á vivir encarcelado:
 No serás envidiado
 De quien pasea el campo libremente,
 Aunque tú comas tan glotonamente
 Pan, tajadas y huesos; porque al cabo
 No hay bocado en sazón para un esclavo.

XXVII.

EL ENFERMO Y LA VISION.

¡ Con que de tus recetas exquisitas
 (Un enfermo exclamó) ninguna alcanza!...
 El médico se fué sin esperanza,
 Contando por los dedos sus visitas.
 Así desengañado,
 Y creciendo por horas su dolencia,
 De este modo examina su conciencia:
 En todos mis contratos he logrado
 (No lo niego) ganancia muy segura:
 Trabajé en calcular mis intereses:

Aumenté mi caudal en pocos meses,
 Mas por felicidad que por usura,
 Sin rencor ni malicia
 Hice que á mi deudor pusiesen preso:
 Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
 Mas en fin, es un hecho de justicia.
 Si por cierto instrumento
 Reduje á una familia muy honrada
 A pobreza extremada,
 Algun dia leerán mi testamento.
 Entonces (muerto yo) se hará patente
 En la tierra, lo mismo que en el cielo,
 Para alivio de pobres y consuelo,
 Mi caridad ardiente.
 Una vision se acerca, y dice: hermano,
 La esperanza condeno
 Del que aguarda á morir para ser bueno:
 Una accion de piedad está en tu mano.
 Tus prójimos, segun sus oraciones,
 Estan necesitados:
 Para ser remediados
 Han menester siquiera cien doblones....
 ¡ Cien doblones! No es nada.
 Y si, porque Dios quiera; no me muero,
 Y despues me hace falta ese dinero,
 ¿ Seria caridad bien ordenada?...
 Avaro ¿ te resistes? Pues al cabo
 Te anuncio que tu muerte está cercana...
 ¿ Me muero? Pues que esperen á mañana.
 La vision se volvió sin un ochavo.

XXVIII.

LA MONA.

Subió una mona á un nogal;
 Y cogiendo una nuez verde
 En la cáscara la muerde;
 Con que le supo muy mal.
 Arroja el animal
 Y se quedó sin comer.
 Asi suele suceder
 A quien su empresa abandona
 Porque halla como la mona
 Al principio que vencer..

XIX.

EL CHIVO AFEITADO.

Vaya una quisicosa.
 Si aciertas, Juana hermosa,
 Cual es el animal mas presumido
 Que rabia por hacerse distinguido
 Entre sus semejantes,
 Te he de regalar un par de guantes.
 No es el pavon ni el gallo,
 Ni el leon ni el caballo,
 Y así no me fatigues con demandas. —
 ¿ Será tal vez... el mono? — cerca le andas. —

¿ El mico? — que te quemas,
 Pero no acerlarás : no, no lo temas.
 Déjalo, no te canses el caletre,
 Yo te diré cuál es : el *Petimetre*.
 Este vano orgulloso
 Pierde de tiempo, doblones y reposo
 En hacer distinguida su figura.
 No pára en los adornos su locura :
 Hace estudio de gestos y de acciones
 A costa de violentas contorsiones.
 No quiere oler á hombre ni en descuido.
 Que mire, marche ó hable,
 En todo busca hacerse *remarcable*.
 ¿ Y qué consigue ? Lo que todo necio :
 Cuanto mas se distingue, mas desprecio.
 En la historia siguiente yo me fundo.
 Un chivo, como muchos en el mundo,
 Vano extremadamente,
 Se miraba al espejo de una fuente.
 ¡ Qué lástima, decía,
 Que esté mi juventud y lozanía
 Por siempre disfrazada
 Debajo de esta barba tan poblada !
 ¿ Y cuándo? Cuando en todas las naciones
 No tienen ni aun bigotes los varones.
 Pues ya cuentan que son los moscovitas
 Si barbones ayer, hoy señoritas.
 ¡ Qué cabrunos estilos tan greseros !
 A bien que estoy en tierra de barberos.
 La historia fué en Tetuan, y todo el día
 La barberil guitarra se sentía.
 El chivo fué guiado de su tono
 A la tienda de un mono,
 Barberillo afamado,
 Que afeitó al señorito de contado.
 Sale barbilampiño á la campaña
 Al ver una figura tan extraña
 No hubo perro ni gato
 Que no le hiciese burla al mentecato.
 Los chivos le desprecian, de manera
 Que no hay mas que decir. ¡ Quién lo creyera!
 Un respetable macho
 Dicen que se rió como un muchacho.

XXX.

EL FILÓSOFO Y LA PULGA.

Meditando á sus solas cierto día
 Un pensador filósofo, decía :
 El jardín adornado de mil flores,
 Y diferentes árboles mayores
 Con su fruta sabrosa enriquecidos,
 Tal vez entretejidos
 Con la frondosa vid que se derrama
 Por una y otra rama,
 Mostrando á todos lados
 Las peras y racimos desgajados,
 Es cosa destinada solamente
 Para que la disfruten libremente

La oruga, el caracol, la mariposa :
 No se persuaden ellos otra cosa.

Los pájaros sin cuento,
 Burlándose del viento,
 Por los aires sin dueño van girando.
 El milano cazando
 Saca la consecuencia :
 Para mí los crió la Providencia.
 El cangrejo en la playa envenecido
 Mira los anchos mares, persuadido
 De que las olas tienen por empleo
 Solo satisfacerle su deseo ;
 Pues cree que van y vienen tantas veces
 Por dejarle en la orilla ciertos peces.
 No hay (prosigue el filósofo profundo)
 Animal sin orgullo en este mundo.
 El hombre solamente
 Puede en esto alabarse justamente.

Cuando yo me contemplo colocado
 En la cima de un risco agigantado,
 Imaginé que sirve á mi persona
 Todo el cóncavo cielo de corona.
 Veo á mis piés los mares espaciosos,
 Y los bosques umbrosos,
 Poblados de animales diferentes.
 Las escamosas gentes,
 Los brutos y las fieras,
 Y las aves ligeras,
 Y cuanto tiene aliento
 En la tierra, en el agua, y en el viento,
 Y digo finalmente, todo es mio :
 ¡ O grandeza del hombre y poderío !

Una pulga que oyó con gran cachaza
 Al filósofo maza,
 Dijo : cuando me miro en tus narices,
 Como tú sobre el risco que nos dices,
 Y contemplo á mis piés aquel instante
 Nada menos que al hombre dominante,
 Que manda en cuanto encierra
 El agua, viento y tierra,
 Y que el tal poderoso caballero
 De alimento me sirve cuando quiero,
 Concluyo finalmente : todo es mio.
 ¡ O grandeza de pulga y poderío !
 Así dijo, y saltando se le ausenta.
De este modo se afronta
Aun al mas poderoso,
Cuando se muestra vano y orgulloso.

XXXI.

LA MARIPOSA Y EL CARACOL.

Aunque te haya elevado la fortuna
 Desde el polvo á los cuernos de la luna,
 Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
 Tanto como eres grande serás necio.
 ¡ Qué ! ¿ te irrita ? ¿ te ofende mi lenguaje ? —
 No se habla de ese modo á un personaje. —
 Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,

Y escucha a un caracol: vaya de chiste.

En un bello jardín cierta mañana
Se puso muy ufana
Sobre la blanca rosa
Una recién nacida mariposa.
El sol resplandeciente
Desde su claro oriente
Los rayos esparcía:
Ella á su luz las alas extendía,
Solo porque envidiasen sus colores
Manchadas aves y pintadas flores.
Esta vana, preciada de belleza,
Al volver la cabeza
Vió muy cerca de sí sobre una rama
A un pardo caracol. La bella dama
Irritada exclamó: ¿Cómo, grosero,
A mi lado te acercas? Jardinero,
¿De qué sirve que tengas con cuidado
El jardín cultivado,
Y guardes tu desvelo
La rica fruta del rigor del hielo,
Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil caracol de baja esfera?
O mátale al instante ó vaya fuera.
Quien ahora te oyes,
Si no te conociese,
(Respondió el caracol) en mi conciencia
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura
Que acabas de salir de la basura,
¿Puedes negar que aun no hace cuatro dias
Que gustosa solías
Como la milde reptil andar conmigo,
Y yo te hacia honor en ser tu amigo?
¿No es tambien evidente
Que eres por línea recta descendiente
De los orugas, pobres hilanderos,
Que mirándose en cueros
De sus tripas hilaban y tejían
Un fardo, en que el invierno se metían,
Como tú te has metido,
Y aun no hace cuatro dias que has salido?
Pues si este fué tu origen y tu casa,
¿Porqué tu ventolera se proposa
A despreciar á un caracol honrado?
El que tiene de vidrio su tejado,
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ajeno.

XXXII.

EL JÓVEN FILÓSOFO Y SUS COMPAÑEROS.

Un jóven educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo filósofo profundo,
Salió por fin á visitar el mundo.
Concurrió cierto dia
Entre civil y alegre compañía
A una mesa abundante y primorosa.
¡Espectáculo horrendo! ¡siera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
A la vista del hombre!... ¡Y este acierta
A comer los despojos de la muerte!
El jóven declamaba de esta suerte.
Al son de filosóficas razones
Devorando perdices y pichones,
Le responden algunos concurrentes:
Si usted ha de vivir entre las gentes
Deberá hacerse á todo.
Con un gracioso modo,
Alabando el bocado de exquisito,
Le presentan un gordo pajarito.
Cuanto usted ha exclamado será cierto;
Mas al fin (le decían) ya está muerto.
Pruébelo por su vida... Considere
Que otro le comerá si no le quiere.
La ocasion, las palabras, el ejemplo,
Y segun yo contemplo,
Yo no sé que olorcillo
Que exhalaba el caliente pajarillo,
Al jóven persuadieron de manera
Que al fin se le comió. ¡Quién lo dijera!
¡Haber yo devorado un inocente!
Así clamaba, pero friamente.
Lo cierto es que, llevado de aquel cebo,
Con mas facilidad cayó de nuevo.
La ocasion se repite
De uno en otro convite;
Y de una codorniz á una becada
Llegó el joven al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,
A ser devorador como las fieras.
*De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan
Dentro del corazon de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos.
¿Pues qué remedio?... Incautos jovencitos,
Cuenta con los primeros pajaritos.*

POESIAS DE DON JUAN MELENDEZ VALDES¹.

Nació en la villa de Ribera del Fresno, provincia de Extramadura, á 11 de marzo de 1754: estudió en Salamanca, y se dedicó á la carrera de jurisprudencia, en cuya facultad se graduó de doctor cuando acabó sus estudios. Allí fué conocido de Cadalso, que fijó y dirigió la afición y el talento que tenia para la poesía. La Academia Española premió en 1780 su égloga de *Batilo* en elegio de la vida campestre, y la villa de Madrid su comedia pastoral de *las Bodas de Camacho* en 1794. Al año siguiente dió á luz el tomo primero de sus *Poesías líricas*, recibido con un aplauso extraordinario, y con el cual se puso al frente de los poetas que entonces habia en España. Era á la sazón catedrático de humanidades en Salamanca: el gobierno le promovió en 1789 á una plaza en la audiencia de Zaragoza, de donde despues fué trasladado á la chancillería de Valladolid. Allí publicó en 1797 la segunda edicion de sus poesías en tres tomos en octavo que dedicó al príncipe de la Paz. Al aprecio que merecía entonces del privado debió ser traído á Madrid á la fiscalía de la sala de alcaldes de corte, que desempeñó hasta el año siguiente, en que le alcanzó le desgracia de su amigo Jovellanos, y fué mandado salir de Madrid y enviado á Medina del Campo con una comision insignificante. Priváronle despues de su empleo y le confinaron á Zamora: allí vivió algun tiempo, hasta que, mitigada algun tanto la animosidad que habia contra él, le fueron devueltos sus honores y sus sueldos, y se le permitió residir en Salamanca. Los acontecimientos políticos y militares de la invasion francesa en 1808 le sacaron de aquel retiro para tomar en ellos una parte que, despues de hacerle correr el peligro inminente de morir á manos del populacho de Oviedo, le obligó en último resultado á salir de su patria y pasar en Francia los años que le restaban de vida. Su muerte fué en Mompeller en 24 de mayo de 1817; dejando preparadas sus poesías para la tercera edicion que se ha hecho de todas ellas en cuatro tomos en octavo en la imprenta real, año de 1820.

ANACREONTICAS. — I.

DE MIS VERSOS.

Dicen que alegre canto
Tan amorosos versos,

Cual nuestros viejos tristes
Nunca cantar supieron.
Pero yo que sin sustos,
Pretensiones ni pleitos,
Vivo siempre entre danzas
Rezoando y bebiendo;
¿ Puedo acaso afligirme?

¹ Melendez era muy esmerado en la correccion de sus versos antes de imprimirlos, y esto lo hacia bien mientras le duraba el calor primero de la composicion. Pero cuando despues de publicados y pasado tiempo sobre ellos, trataba de enmendarlos y de añadirlos, casi siempre los echaba á perder; segun puede verse cotejando las anacreónticas y romances de la edicion primera con los mismos de las otras dos, especialmente la última. Era difícil, por no decir imposible, que á los sesenta años se pudiese en aquella situacion de ánimo precisa para corregir y aumentar con acierto aquellos poemitas que habia hecho como jugando cuando tenia veinte. Así es que las ideas, el tono, la dicción, y hasta la cadencia se resienten de su edad en estos pasajes corregidos y añadidos, que tienen todo el aire de sobrepuestos, y disminuyen la ligereza y la gracia nativa de aquellas amables composiciones. A veces por quitar descuidos leves que apenas se percibian, incurria en defectos menos disimulables; como cuando en este pasaje del *Batilo*:

O las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento
Y los hilos de luz que el aire hace;

quiso quitar la repeticion de la palabra *hace* y puso:

Las nieblas recogerse,
En ondas mil lo yerba estremecerse,
Y los hilos de luz que el aire hace.

Donde cayó en el descuido de poner un verso largo, cuando el metro le pedía corto; lo cual le perdonarán menos los rigoristas.

Ejemplo todavía mas notable de esta clase de distracciones es la alteracion que hizo en la estrofa tercera de la letrilla á la Flor del Zurguen.

EDICION PRIMERA.

Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Las mejillas rosas,
Sus trenzas la red
Do diestro amor sabe

EDICION ULTIMA.

Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas,
Y alonitos vel
Do arlero anior sabe

¿ Pueden mis dulces metros
 No sacar los ardores
 De Cupido y Liño?
 ¿ Porqué los que me culpan
 De vil codicia ciegos,
 Inicuos atesoran
 Y gozan con recelo?
 Bien por mí seguir puede
 Cada cual su deseo,
 Pero yo antes que al oro
 A los brindis me atengo.
 Vengan pues vino y rosas,
 Que mejor que no duelos
 Son los sorbos sñaves
 Con que alegre enloquezco.
 Así á Dorila dije,
 Que festiva al momento
 Me dió llena otra copa
 Gustándola primero,
 Y entre mimos y risas
 Con semblante halagüeño,
 Respondiome : ¿ qué , temes
 La grito de los viejos?
 Bebamos si nos riñen,
 Bebamos y bailemos,
 Que de tus versos dulces
 Yo sola juzgar debo.

II.

DE DORILA.

Al prado fué por flores
 La muchacha Dorila,
 Alegre como el mayo,
 Como las gracias linda.
 Tornó llorando á casa,
 Turbada y pensativa,
 Mal trezado el cabello
 Y la color perdida.
 Pregúntanla qué tiene,
 Y ella llora afligida,
 Háblanla, no responde :
 Riñenla, no replica.
 Pues ¿ qué mal será el suyo?
 Las señales indican
 Que cuando fué por flores
 Perdió la que tenia.

III.

DE LA NIEVE.

Dame, Dorila, el vaso
 Lleno de dulce vino,
 Que solo en ver la nieve
 Temblando estoy de frio.
 Ella en sueltos vellones
 Por el aire tranquilo
 Desciende, y cubre el suelo
 De cándidos armiños.
 ¡ Oh como el verla agrada
 De esta choza al abrigo,
 Deshecha en copos leves
 Bajar con lento giro!
 Los árboles del peso
 Se inclinan oprimidos,
 Y alcorza delicado
 Parecen en el brillo.
 Los valles y laderas
 De un velo cristalino
 Cubiertos, disimulan
 Su mustio desabrigo,
 Mientras que el arroyuelo
 Con nuevas aguas rico,
 Saltando bullicioso
 Se burla de los grillos.
 Sus surcos y trabajos
 Ve el rústico perdidos,
 Y triste no distingue
 Su campo del vecino.
 Las aves enmudecen
 Medrosas en el nido,
 O buscan de los hombres
 El mal seguro asilo.
 Y el tímido rebaño
 Con débiles balidos
 Demanda su sustento
 Cerrado en el aprisco.
 Pero la nieve crece;
 Y en denso torbellino
 La agita con sus soplos
 El aquilon maligno.
 Las nubes se amontonan,
 Y el cielo de improviso
 Se entolda pavoroso

Mil almas prender
 Si al viento las tiende
 La Flor del Zurguen.

Mil almas prender
 Si al viento las tiende
 La Flor del Zurguen.

No se sabe á qué se refiere aquí el sentido de los tres últimos versos. Aplicado como estaba antes á las *trenzas*, era propio y natural : mas en la alteracion última tiene que referirse á las mejillas, que como no *prenden* ni se *tienden*, dan lugar á un contra-sentido, tanto mas reparable, cuanto menos necesidad habia de variar unos versos, que estaban muy bien como se escribieron primero.

¿ Quien por otra parte no se ofende en la segunda oda á las Artes, de aquella declamacion sobre Palmira, que añadió despues, y con la que entorpeció el movimiento rápido, y destruyó el equilibrio de tan valiente composicion? Excusado seria multiplicar ejemplos de una cosa en que generalmente convienen los hombres de gusto; pero estas indicaciones bastarán para justificar la preferencia que se ha dado aquí casi siempre al texto de las primeras ediciones sobre el de las segundas.

De un velo mas sombrío.
 Dejémosla que caiga ,
 Dorila ; y bien bebidos
 Burlemos sus rigores
 Con nuevos regocijos.
 Bebamos y cantemos :
 Que ya el abril florido
 Vendrá en las blandas alas
 Del céfiro benigno.

IV.

LA TORTOLILLA.

¡O dulce tortolilla !
 No mas la selva muda
 Con tus dolientes ayes
 Molestes importuna.
 Deja el arrullo triste ;
 Y al cielo no ya mustia
 Te vuelvas , y angustiada
 Las otras aves huyas.
 ¿ Qué va en ay ! tus quejas ?
 ¿ Acaso de la escura
 Morada de la muerte
 Tu dueño las escucha ?
 ¿ Le adularás con ellas ?
 ¿ O allá en la fria tumba
 Los míseros que duermen
 De lágrimas se cuidan ?
 Ay ! no , que do la parca
 Los guarda con ley dura ,
 No alcanzan los gemidos
 Por mas que el aire turban.
 En vano te querellas :
 ¿ Dó vuelas ? ¿ Porqué buscas
 Las sombras ; o infelice !
 Negada á la luz pura ?
 Vuelve , cuñada , vuelve :
 Y á llantos de viüda
 Del blando amor sucedan
 De nuevo las ternuras.
 Adorna el manso cuello ,
 Los ojos desanubla ,
 Y aliña las brillantes
 Mal descuidadas plumas.
 Verás cual de tu pecho
 Su ardor benigno muda
 ...n risas y en placeres
 Los duelos y amarguras.

V.

DE LAS CIENCIAS.

Aplíqueme á las ciencias ,
 Creyendo en sus verdades
 Hallar fácil alivio
 Para todos mis males.
 ¡ O qué engaño tan necio !

¡ O cuán caro me sale !
 A mis versos me torno
 Y á mis juegos y bailes.
 Por cierto que la vida
 Tiene pocos afanes
 Para darle otros nuevos ,
 Y añadirle pesares.
 Aténgome á mi Baco
 Que es risueño y afable ,
 Pues los sabios , Dorila ,
 Ser felices no saben.
 ¿ Qué me importa que fijo
 Cual un bello diamante
 Esté el sol en el cielo
 Como él nazca á alumbrarme ?
 La luna está poblada
 Mas que tenga millares
 De vivientes , pues que ellos
 Ningun daño me hacen.
 Quita allá las historias :
 Que mas allá del Cangas
 Furioso sus banderas
 El Macedón llevase ,
 ¿ Qué nos hará , Dorila ?
 Si por mucho que pasten
 Sobra á nuestras corderas
 La mitad de este valle.
 Pues si no á la justicia
 Venga un sorbo al instante ,
 Que en mentando á esta diosa
 Me estremezco cobarde.
 Los que estudian padecen
 Mil molestias y achaques ,
 Desvelados y tristes ,
 Silenciosos y graves.
 ¿ Y qué mean ? mil dudas ,
 Y de estas luego nacen
 Otros nuevos desvelos
 Que otras dudas les traen.
 Así pasan la vida.
 ¡ Vida cierto envidiable !
 En disputas y en odios ,
 Sin jamas concertarse.
 Dame vino , zagala ,
 Que como él no me falte ,
 No haya miedo que cesen
 Mis alegres cantares.

VI.

AL VIENTO.

Ven ¡ plácido Favonio ! ,
 Y agradable recrea
 Con soplo regalado
 Mi lánguida cabeza.
 Ven ¡ o vital aliento
 Del año , de la bella
 Aurora nuncio , esposo
 Del alma primavera !

Ven ya : y entre las flores
 Que tu llegada esperan ,
 Ledo susurra y vaga ,
 Y enamorado juega.
 Empápate en su seno
 De aromas y de esencias ,
 Y adula mis sentidos
 Solícito con ellas.
 O de este sauz pomposo
 Bate las hojas frescas
 Al impetu suave
 De su ala lisonjera.
 Luego á mi amable lira
 Mas bullicioso llega ,
 Y mil letrillas toca
 Meciciéndote en sus cuerdas.
 No tardes , no ; que crece
 Del crudo sol la fuerza ;
 Y el ánimo desmaya
 Si tú el favor le niegas.
 Limpia officioso , limpia
 Con cariñosa diestra
 Mi ardiente sien , y en torno
 Con rauda giro vuela
 Yo regaré tus plumas
 Con el alegre néctar
 Que da la vid , cantando
 Mi alivio y tu clemencia :
 Así el abril te ria
 Contino : así las tiernas
 Violas cuando pases
 Te besen halagüeñas.
 Así el rocío corra
 Cual lluvia por tu huella ,
 Y en globos cristalinos
 Las rosas te lo ofrezcan ;
 Y así cuando en mi lira
 Soplares , yo sobre ella
 A remedar me anime
 Tus silbos y tus quejas.

VII.

A UN AMIGO EN LAS NAVIDADES.

Templa el laud sonoro
 Del lírico de Teyo ,
 Y un rato te retira
 Del popular estruendo :
 Cantaremos , amigo ,
 Con alternado acento ,
 Eñ días tan alegres
 Sus delicados versos :
 Sus versos , que del alma
 Las penas y los duelos
 Disipan , cual ahuyenta
 Las nubes el sol bello.
 Y el inocente gozo ,
 Las gracias , y el risueño
 Placer nos acompañen ,

Y enciandan nuestros pechos.
 O en el hogar sentados
 Las musas y Liéo
 Nos diviertan , y burlen
 Las furias del enero.
 ¿ Qué á nosotros la corte ,
 Ni el mágico embelese
 De confusiones tantas ,
 Cual sigue el vulgo necio ?
 El sabio se retira ,
 Y admira dende lejos
 Del mar alborotado
 Las olas y el estruendo.
 Gozoso en su fortuna
 Su rostro está sereno ,
 Sus manos inocentes ,
 Tranquilos van sus sueños.
 Ni el oro le perturba ,
 Ni adula al favor ciego ,
 Ni teme , ni codicia ,
 Ni envidia , ni da zelos.
 Por eso entre sus vinos ,
 Sus bailes y sus juegos ,
 De sabio dieron nombre
 Los siglos á Anacreon ;
 Mientras que el de Stagira ,
 Del Macedon maestro ,
 Con obras inmortales
 No pudo merecerlo.
 La vida es solo un punto ,
 Las honras humo y viento .
 Cuidado los tesoros ,
 Y sombra los contenidos.
 Feliz el sabio humilde
 Que en ocio vive , exento
 De miedo y esperanzas ,
 Bastándose á sí mesmo.
 Un libro , y un amigo
 Pacífico y honesto ,
 Le ocupan y entretienen .
 Y colman sus deseos
 Alegre el sol le nace :
 De noche el firmamento
 Consigo le enagena
 En pos de sus luceros.
 Sus horas deliciosas ,
 Cual plácido arroyuelo
 Se pierden , que entre flores
 Con risa va corriendo .
 ¡ Dichoso el tal mil veces !
 Su inmóvil planta beso ,
 Pues supo así elevarse
 Del miserable suelo.
 Un tiempo á mi Fortuna
 Con rostro placentero
 Tambien falaz me quiso
 Contar entre sus siervos.
 Llévome á que adorára
 La imágen de su templo ;
 Y al ánimo inocente

Detuvo prisionero.
Mas luego el Desengaño
Bajando desde el cielo,
Me muestra sus ardidés
Y libra de su imperio.
De entonces, dulce amigo,
Seguro de mas riesgos,
La humilde medianía
En blanda paz celebra.

VIII.

LA INCONSTANCIA DEL CÉFIRO: — A LISI.

¡Cuál vaga en la floresta
El céfiro súaue!
¡Cuál con lascivo vuelo
Sus frescas alas bate!
Sus alas delicadas,
Que forman al mirarse
Del sol en los reflejos
Mil visos y cambiantes.
¡Cuán licencioso corre
De flor en flor, y a table
Con soplo delicioso,
Los niece y se complace!
Ahora á un lirio llega,
Ahora un jazmin lame,
La madre selva agita,
Y á los tomillos parte.
Do entre mil amorcitos
Vuela y revuela fácil,
Y los besa y escapa
Con alegre donaire.
La tierna yerbezuela
Se estremece delante
De sus soplos sutiles,
Y en ondas mil se abate.
El las mira y se rie;
Y el susurro que hacen
Le embelesa, y atento
Se suspende á gozarle.
Luego rápido vuelve,
Y alegre por los valles
No hay planta que no toque
Ni tallo que no balague.
Verásle ya en la cima
Del olmo, entre las aves
Seguir con dulce silbo
Sus trinos y cantares;
Y en un punto en el suelo
Acá y allá tornarse
Con giro bullicioso
Festivo y anhelante.
Verásle entre las rosas
Metido salpicarse
Las plumas del rocío
Que inquieto les esparce.
Verásle de sus hojas
Lascivo abrir el cáliz,
Y empaparse las alas

De su aroma fragante.
Batiendo del arroyo
Con ellas los cristales,
Verásle formar ledo
Mil ondas y celages.
Parece cuando vuela
Sobre ellos, que cobarde
Las puntas ya mojadas
No acierta á retirarse.
¿Pues qué, si al prado siente
Que las zagalas salen?
Verás á las mas bellas
Mil vueltas y mil dardes.
Ora entre sus cabellos
Se enreda y se retrae:
El seno les refresca
Y ondéales el talle.
Sube alegre á los ojos,
Y en sus rayos brillantes
Se mira y da mil vueltas
Sin que la luz le abrase.
Por sus labios se mete,
Y al punto raudo sale:
Baja al pié y se lo besa,
Y anda á un tiempo en mil partes.
Así el céfiro alegre
Sin nada cultivarle,
De todo lo mas bello
Felicite gozar sabe.
Sus alas vagarosas
Con giros agradables
No hay flor que no sacudan
Ni rosa que no abracen.
¡Ay Lisi! ejemplo toma
Del céfiro inconstante:
No con Aminta solo
Tu fino amor malgastes.

IX.

EL ARROYUELO. — A LA MISMA.

¡Con qué plácidas ondas
Te deslizas tranquilo,
O gracioso arroyuelo,
Por el valle florido!
¡Cómo tus claras linfas,
Libres ya de los grillos
Que les puso el enero,
Me adulan el oído!
¡Cuál serpean y rien,
Y en su alegre bullicio
La fresca yerbezuela
Salpican de rocío!
Sus hojas delicadas
En tapete mullido
Ya se enlazan y adornan
Tu agradable recinto:
Ya moeciéndose ceden
Al impulso benigno
De tus pasos súaues,

Y remedan su giro :
 O te besan movidas
 Del favonio lascivo,
 Mientras tú las abrazas
 Con graciosos anillos.
 De otra parte en un ramo
 Tu armonioso ruído
 Acompaña un jilguero
 Con su canoro pico.
 ¡ Arroyuelo felice !
 ¿ Cómo á Lisi no has dicho
 Que á ser mudable aprenda
 De tus vagos caminos ?
 Tú con fáciles ondas
 Bullicioso y activo
 Tiendes por todo el valle
 Tu dichoso dominio.
 Ya entre juncos te escondes :
 Ya con paso torcido
 Si una peña te estorba,
 Salvas cauto el peligro.
 Ya manso te adormeces ;
 Y los sauces vecinos
 Retratan en las ondas
 Con primor exquisito.
 Tus arenas son oro,
 Que bullendo contino,
 A la vista reflejan
 Mil labores y visos.
 En tu mansa corriente
 Giran mil pececillos,
 Que van, tornan y saltan
 Con anhelo festivo.
 Nace el sol, y se mira
 En tu espejo sencillo,
 Que le vuelve sus rayos
 Muy mas varios y vivos.
 Tus espumas son perlas,
 Que las rosas y lirios
 De su márgen escarchan
 En copiosos racimos.
 Del amor conducidas
 Las zagalas contigo
 Consultan de sus gracias
 El poder y atractivo.
 Tú el cabello les rizas :
 Tú en su seno divino
 La flor pones, y adiestras
 De sus ojos el brillo.
 En tus plácidas ondas
 Halla la sed alivio,
 Distraccion el que pena,
 Y el feliz regocijo.
 Yo las sigo, y parece
 Que riéndose miro
 La verdad y el contento
 En su humor cristalino ;
 Que escapando á mis ojos,
 Y con plácido hechizo,
 Al compas de sus ondas

Me adormece el sentido.
 ¡ O dichoso arroyuelo !
 Si de humilde principio
 Por tu inconstante curso
 Llegáres á ser rio,
 Si otro bosque, otras vegas
 De raudales mas rico,
 Con benéfica urna
 Regáres fugitivo ;
 ¡ Ay ! di á mi Lisi al paso,
 Que en su firme capricho
 No insista ; y dale ejemplo
 De mudanza y olvido.

X.

LA MARIPOSA. — A LA MISMA.

¿ De dónde alegre vienes
 Tan suelta y tan festiva,
 Los valles alegrando,
 Veloz mariposilla ?
 ¿ Porqué en sus lindas flores
 No paras, y tranquila
 De su púrpura gozas,
 Sus aromas aspiras ?
 Mírote yo, ¡ mi pecho
 Sabe con cuanta envidia !
 De una en otra saltando
 Mas presta que la vista.
 Mírote que en mil vuelos
 Las rondas y acaricias :
 Llegas, las tocas, pasas,
 Huyes, vuelves, las libas.
 De tus alas entonces
 La delicada y rica
 Librea se despliega,
 Y al sol opuesta brilla.
 Tus plumas se dilatan :
 Tu cuello ufano se hincha :
 Tus cuernos y penacho
 Se tienden y se rizan.
 ¡ Qué visos y colores !
 ¡ Qué púrpura tan fina !
 ¡ Qué nácar, azul y oro
 Te adornan y matizan !
 El sol cuyos cambiantes
 Te esmaltan y te animan,
 Contigo se complace,
 Y alegre en tí se mira.
 Los céfiros te halagan :
 Las rosas á porfía
 Sus tiernas hojas abren,
 Y amantes te convidan.
 Tú empero bullecosa,
 Tan libre como esquiva,
 Sus ambares desdenas,
 Su seno desestimás.
 Con todas te complaces,
 Y suelta y atrevida,

Feliz de todas gozas,
 Ninguna te cautiva.
 Ya un lirio hermoso besas:
 Ya inquieta sollicitas
 La coronilla, huyendo
 Tras un jazmin perdida.
 El fresco alhelí meces:
 A la azucena quitas
 El oro puro; y saltas
 Sobre una clavellina.
 Vas luego al arroyuelo,
 Y en sus plácidas linfas,
 Posada sobre un ramo,
 Te complaces y admiras.
 Mas el viento te burla,
 Y el ramillo retira;
 O salpica tus alas
 Si hácia el agua lo inclina.
 Así huyendo medrosa
 Te tiendes divertida
 Lo largo de los valles
 Que abril de flores pinta.
 Ahora el vuelo abates,
 Ahora en torno giras:
 Ahora entre las hojas
 Te pierdes fugitiva.
 ¡Felice mariposa!
 Tú bebes de la risa
 Del Alba, y cada instante
 Placeres mil varias.
 Tú adornas el verano;
 Tú á la vega florida
 Llevas con tu inconstancia
 El gozo y las delicias.
 Mas ¡ay! mayores fueran
 Mil veces aun mis dichas,
 Si fuese á tí en mudarse
 Mi Lisis parecida.

XI.

LA NOCHE DE INVIERNO.

¡Oh cuán horribles chocan
 Los vientos! ¡oh qué silbos,
 Que cielo y tierra turban
 Con soplo embravecido!
 Las nubes concitadas
 Despiden largos rios,
 Y aumentan pavorosas
 El miedo y el conflicto.
 La luna en su albo trono
 Con desmayado brillo
 Preside á las tinieblas
 En medio de su giro:
 Y las mejores lumbres,
 El resplandor perdido.
 Se esconden á los ojos
 Que observan su camino.
 Del Tórmes suena lejos

El desigual ruido
 Que forman las corrientes
 Batiendo con los riscos.
 ¡O invierno! ¡o noche triste!
 ¡Cuán grato á mi tranquilo
 Pecho es tu horror! ¡tu estruendo
 Cuán plácido á mi oído!
 Así en el alta roca
 Cantando el pastorcillo,
 Del mar alborotado
 Contempla los peligros.
 Tu confusion medrosa
 Me lleva hasta el divino
 Ser, adorando humilde
 Su inmenso poderío.
 Y ante el absorto y ciego
 Me anego en los abismos
 De gloria que circundan
 Su solio en el empíreo;
 Su solio desde donde
 Señala sus lucidos
 Pasos al sol, y encierra
 La mar en sus dominios.
 ¡O ser inmenso! ¡o causa
 Primera! ¿dónde altivo
 Con vuelo temerario
 Me lleva mi delirio?
 ¡Señor! ¿quién sois? ¿quién puso
 Sobre un eterno quicio
 Con mano omnipotente
 Los orbes de zafiro?
 ¿Quién dijo á las tinieblas:
 Tened en señorío
 La noche; y vistió al alba
 De rosa el manto rico?
 ¿Quién suelta de los vientos
 La furia, ó llevar quiso
 Las aguas en sus hombros
 Del aire el gran vacío?
 ¡O Providencia! ¡o mano
 Súave! ¡o Dios benigno!
 ¡O padre! ¿Dó no llegan
 Tus ansias con tus hijos?
 Yo veo en estas aguas
 La mies del blondo estío.
 De abril las gayas flores.
 De octubre los racimos.
 Yo veo de los seres
 En número infinito,
 La vida y el sustento
 En ellas escondido.
 Yo veo... no sé cómo,
 Dios bueno, los prodigios
 De tu saber explique
 Mi pecho enternecido.
 Cual concha nacarada,
 Que abierta al matutino
 Albor convierte en perlas
 El cándido rocío;
 La tierra el ancho gremio

Prestando al cristalino
 Humor, con él fecunda
 Sus gérmenes activos.
 Y un día el hombre ingrato
 Con dulce regocijo
 Las gotas de estas aguas
 Trocadas verá en trigo.
 Verá el pastor que el prado
 Da yerbas al aprisco,
 Saltando en pos sus madres
 Los sueltos corderillos;
 Y en las labradas vegas
 Tenderse manso el río,
 Los surcos fecundando
 Con paso retorcido.
 Los vientos en sus alas,
 Cual ave que en el pico
 El grano á sus polluelos
 Alegre lleva al nido;
 Tal próvidos extienden
 A términos distintos
 Las fértiles semillas
 Con soplo repartido.
 Las plantas fortifican
 En recio torbellino,
 Del aire desterrando
 Los hábitos nocivos.
 Y en la cansada tierra
 Renuevan el perdido
 Vigor, porque tributo
 Nos rindan mas opimo.
 ¡O de Dios inefable
 Bondad! ¡o altos designios
 Que inmensos bienes causan
 Por medios no sabidos!
 Do quiera que los ojos
 Vuelvo, Señor, yo admiro
 Tu mano, derramando
 Perennes beneficios.
 ¡Ay! siéntalos mi pecho
 Por siempre, y embebido
 En ellos, te tribute
 Mi labio alegres himnos.

LETRILLAS. — I.

LA FLOR DEL ZURGUEN.

Parad, airecillos,
 No inquietos voleis,
 Que en plácido sueño
 Reposas mi bien:
 Parad, y de rosas
 Tejedme un dosel,
 Pues yace dormida
La flor del Zurguen.

Parad, airecillos,
 Parad, y vereis
 Aquella que ciego
 De amor os canté:

Aquella que aflige
 Mi pecho cruél
 La gloria del Tórmes,
La flor del Zurguen.

Sus ojos luceros,
 Su boca un clavel,
 Rosa las mejillas,
 Sus trenzas la red
 Do diestro Amor sabe
 Mil almas prender,
 Si al viento las tiende
La flor del Zurguen.

Volad á los valles;
 Veloces traed
 La esencia mas pura
 Que sus flores dén.
 Vereis, cefirillos,
 Con cuanto placer
 Respira su aroma
La flor del Zurguen.

Soplad ese velo,
 Sopladlo, y veré
 Cual late y se agita
 Su seno con él:
 El seno turgente,
 Do tanta esquivéz
 Abriga en mi daño
La flor del Zurguen.

¡Ay cándido seno!
 Quién sola una vez
 Dolido te hallase
 De su padecer!
 Mas ¡oh! ¡cuán en vano
 Mi súplica es!
 Que es cruda cual bella
La flor del Zurguen.

La ruego, y mis ansias
 Altiva no cree:
 Suspiro, y desdeña
 Mi voz atender.
 Decidme; airecillos,
 Decidme, ¿qué haré
 Para que me escuche
La flor del Zurguen.

Vosotros felices
 Con vuelo cortés,
 Llegad, y besadle
 Por mí el albo pié.
 Llegad, y al oído
 Decidle mi fe;
 Quizá os oiga afable
La flor del Zurguen.

Con blando susurro
 Llegad sin temer,
 Pues leda reposa
 Su altivo desden.
 Llegad, y piadosos
 De un triste os doled.
 Así os dé su seno
La flor del Zurguen.

II.

EL DESPECHO.

Sal ¡ ay ! del pecho mio ,
 Sal luego , amor tirano ,
 Y apaga el fuego insano
 Que abrasa el corazon.
 Bastante el albedrío
 Lloró sus crudas penas
 Esclavo en las cadenas
 Que hoy rompe la razon.

No mas á una inhumana
 Seguir perdido y ciego ,
 No mas con blando ruego
 Quererla convencer.
 Con su beldad ufana
 Allá se goce altiva ,
 Que á mí no me cautiva
 Quien me hace padecer.

Dos años la he servido ,
 Y en ello ¿ qué he ganado ?
 Llorar abandonado ,
 Pesares mil sufrir.
 ¡ O tiempo mal perdido !
 ¡ O agravios ! ¡ o traiciones !
 Tras tantas sinrazones
 ¿ Cómo podré vivir ?

Pensaba yo que un dia ,
 Favorecido amante ,
 Por mi pasion constante
 Me coronára amor ;
 Y ardiente en mi porfia ,
 Contento en el desprecio ,
 Pensaba yo . . . ¡ qué necio
 Juzgó mi ciego error !

Mis ansias como agravios
 Suenan en sus oidos ,
 Los miseros gemidos
 Irritan su esquivéz.
 Así mis tristes labios ,
 No osando ya quejarse ,
 Ni aun pueden aliviarse
 Nombrándola una vez.
 La busco , y tras su planta
 Corriendo voy , mas ella
 Me evita , y ni su huella
 Logra mi fe adorar.
 Que con fiereza tanta
 Llegó ya á aborrecerme ,
 Que el rostro por no verme
 Ni aun quiere á mí tornar.

¡ Ingrata ! fermentida !
 Prosigue en tus rigores ,
 O añade otros mayores
 Con bárbaro placer.
 Sigue , que ya extinguida
 La hoguera en que penal-a .
 Do el alma se abrasaba ,

Quiero en venganza ver.
 Mas no , mi dulce dueño ,
 Cese el desden impio ,
 Cese , y del amor mio
 Déjate ya servir.
 Y quien tu antiguo ceño
 Sufrió , zagala hermosa ,
 Merezca que amorosa
 Le empieces á seguir.

III.

HIMNO A BACO.

*Bebamos , bebamos
 Del suave licor,
 Cantando beodos
 A Baco , y no á Amor.*
 Amigos , bebamos ;
 Y en dulce alegría
 Pasemos el dia :
 La copa empinad.
 ¿ En qué nos paramos ?
 La ronda empecemos ,
 Y á un tiempo brindemos
 Por nuestra amistad.

*Bebamos , bebamos
 Del suave licor,
 Cantando beodos
 A Baco , y no á Amor.*
 ¡ O qué bien que sabe !
 Otro vaso venga :
 Cada cual sostenga
 Su parte en beber.
 Y quien quiera alabe
 De amor el destino ;
 Yo tengo en el vino
 Todo mi placer.

Bebamos , bebamos , etc.
 ¡ O vino precioso !
 ¡ Cómo estás riendo !
 ¡ Saltando ! ¡ bullendo !
 ¿ Quién no te amará ?
 Tu olor delicioso
 Color sonrosado ,
 Sabor delicado ,
 ¿ Qué no rendirá ?

Bebamos , bebamos , etc.
 Amor da mil sustos ,
 Ansias y dolores :
 Coja otro sus flores ,
 Cójalas por mí :
 Que yo mis disgustos
 Templaré bebiendo ,
 ¡ O Baco ! y diciendo
 Mil glorias de ti.

Bebamos , bebamos , etc.
 Tú al ludo venciste :
 Tú los tigres fieros
 Cual mansos corderos.

Pudiste ayuntar.
 Tú el vino nos diste,
 El vino que sabe
 La pena mas grave
 En gozo tornar.
Bebamos, bebamos, etc.
 Venga, venga el vaso,
 Que un sorbo otro llama :
 Mi pecho se inflama
 Y muero de sed.
 Nadie sea escaso,
 Ni aunque esté caído
 Se dé por rendido :
 Amigos, bebed.
Bebamos, bebamos, etc.

IDILIOS. — I.

Allí está la gruta
 Del aleve Amor ;
 Huyamos, zagala,
 Las iras del dios.
 Su lóbraga boca
 Me llena de horror.
 Si es esto la entrada
 ¿Qué hará su interior?
 Los negros cuidados,
 El flaco temor,
 Los zelos insomnes,
 El ciego furor
 La moran, y afligen
 Con impio rigor
 Los tristes que en ella
 Su engaño encerró.
 Huyamos, huyamos
 Con planta veloz ;
 Si mas lo tardares
 Ya no es de sazón.
 Mira que sus redes
 Nos tiende el traidor,
 Y solo quien huye
 Burlarle logró.
 Falaz como artero,
 Si escuchas su voz,
 Tú serás su esclava,
 Pero muy mas yo.
 Lanzarnos ha ciegos
 Con impetu atroz
 Por sendas que falso
 De flores sembró
 A un bosque sombrío.
 Do en dura prision
 Sin fin penaremos
 En llanto y dolor.
 Este aciago bosque
 Lo finge el error,
 Un val de delicias
 Que nadie apuró.
 Las risas alegres,
 Timido el pudor.

Las vivas ternezas
 Y el grato favor,
 Diz que lo habitaron
 En cética union,
 Cuando en su inocencia
 El mundo vivió.
 El Amor infante
 Sin flechas ni arpon,
 En nuestras cabañas
 Triscando rió ;
 Y la hermosa virgen
 No se avergonzó
 De hallarse á los ojos
 Desnuda del sol.
 Si tal fué aquel tiempo
 Ya todo acabó ;
 Y el amor del dia
 No es, niña, este amor.
 No en cosas que fueron
 Ni en una ilusion,
 Jamas la cordura
 Sus dichas cifró.
 Que el agua mas fria
 La sed no apagó,
 Si al labio tocarla
 Ya rauda pasó...
 Así hablaba un dia
 Lleno de candor,
 A una niña amable
 Un simple pastor.
 Ella muy mas simple,
 Con nuevo teson,
 Que nunca amaria
 Resuelta juró.
 Y ya en su inocencia
 Se hallaban los dos
 Perdidos de amores,
 Diciendo que no.

II.

LA VUELTA.

Zagal de mi vida,
 Que á mi amante cuello
 Afanoso corres
 De sudor cubierto ;
 Suspirado mio,
 Gracioso embeleso,
 Do abismadas siempre
 Las potencias llevo ;
 Norte que arrebatas
 Mi fiel pensamiento,
 Mas claro y seguro
 Que el que arde en el cielo ;
 Mi sola delicia,
 Mi amable hechicero,
 Con cuyo prestigio
 Deliro sin seso ;
 Ya fina te logro,

Ya en salvo te veo,
 Y tuya y tú mio
 Por siempre seremos :
 Y te hablo y escucho
 Y al lado te tengo,
 Y en firme lazada
 Conmigo te estrecho.
 En tanta delicia
 Tan vivo mi pecho
 Palpita, que apenas
 Me alcanza el aliento.
 Y el corazon triste
 Que viéndote lejos,
 Cubierto gemia
 De horrores y duelo ;
 En lágrimas dulces
 Y en ayes de fuego,
 Parece que anhela
 Salirse del pecho...
 Huyó de las sombras
 El lóbrego ceño,
 Y mi sol renace
 Mas lumbroso y bello.
 Calmó la borrasca,
 Callaron los vientos,
 Y en paz y delicias
 Aduérmese el suelo
 Los hielos y horrores
 Del áspero invierno
 Son flores y aromas
 Y muelle sosiego.
 Gocemos, bien mio,
 Unidos gocemos
 De tanta ventura
 Tras tan graves riesgos.
 Mis tiernos suspiros
 Y ahincados lamentos,
 En vivas alegres
 Nos vuelvan los ecos.
 Y el sol mas benigno,
 Y el aire mas fresco,
 Mas plácido el valle
 Y el cielo mas ledo,
 Celebren, acordes
 Con mis sentimientos,
 La gloria á que en verte
 Cual loca me entrego.
 Perderte he temido :
 Temblé, lo confieso,
 Que al fin no cedieses
 A un bárbaro empeño.
 Perdona, perdona
 Benigno el exceso
 De mi amor, las dudas
 De que hoy me avergüenzo.
 ¡ Yo pude formalas !...
 Si, adorado dueño,
 Que el amor ausente
 Dos veces es ciego.
 Un pecho apenado

Figúrase necio
 Do quiera peligro
 Y dudas y miedos.
 Seguid en el mio,
 Mis dulces recelos :
 Los tibios no temen ;
 ¡ Infelices ellos ! . . .
 Proseguir no pudo
 Que ya en sus ojuelos
 Al zagal no via
 De lágrimas llenos.
 Y él tambien llorando
 Con un dulce beso
 A sus ansias puso
 Finisimo el sello.

ROMANCES. — I.

A UNA SEÑORA, DEDICANDOLA SUS PRIMEROS ROMANCES.

Oye, senora, benigna
 Los inocentes cantares,
 Que del Tórmes en la vega
 Dicta amor á sus zagales ;
 Los cantares que algun día,
 Mezclados de tiernos ayes,
 Tal vez las serranas bellas
 Oyeron con rostro afable.
 En la primavera alegre
 De mis años, con suave
 Caramillo y blandos tonos
 Los canté por estos valles,
 Cuando el bozo delicado
 Aun no empezaba á apuntarme,
 Ni el ánimo me aligian
 Los sabios con sus verdades.
 La dulce naturaleza,
 Como cariñosa madre,
 Despertó mi helado pecho,
 Y el amor me hizo quajarme.
 Entonces ¡ quién á unos dias
 Volviera tan agradables !
 Vi la fuerza encantadora
 De unos ojos celestiales,
 De un rostro afable y sencillo,
 Y de un alegre donaire.
 Yo sufrí la ley, señora,
 Y temí el rigor cobarde :
 Yo adoré, yo fui cautivo,
 Y lloré agudos pesares.
 ¿ Es acaso amar delito ?
 ¡ Quién no será de él culpable !
 Despues los años severos,
 Cargándome de sus graves
 Cadenas, con duro imperio
 Mandaron que atras tornase.
 ¡ Ay, qué bárbaras contiendas !
 ¡ Oh, qué encendidos combates !

¿Porqué para obedecerlos ,
Blando Amor , debí dejarte ?
Quedáronme de mis yerros
Estas quejas lamentables .
Que á besarte el pié rendidas
Vuelan hoy al Manzanares .
Ellas en mejores días
Templarón mis crudos males ,
Y aun ahora para alivio
Me manda Amor que las cante .
Oyélas pues , y no temas ,
No temas que ellas te engañen ;
Que Amor no finge en el campo
Como finge en las ciudades .

II.

ROSANA EN LOS FUEGOS.

Del sol llevaba la lumbre
Y la alegría del alba ,
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana ,
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de Pascua ,
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias .
Por do quiera que camina
Lleva tras sí la mañana ,
Y donde se vuelve rinde
La libertad de mil almas .
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga ,
Los cupidos la rodean ,
Y las gracias la acompañan .
Y ella , así como en el valle
Descuelta la altiva palma
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta ;
O cual vid de fruto llena
Que con el olmo se abraza ,
Y sus vástagos extiende
Al arbitrio de las ramas ;
Así entre sus compañeras
El nevado cuello alza ,
Sobresaliendo entre todas
Cual fresca rosa entre zarzas .
Todos los ojos se lleva
Tras sí , todo lo avasalla ;
De amor mata á los pastores
Y de envidia á las zagalas .
Ni las músicas se atienden ,
Ni se gozan las lumbradas ;
Que todos corren por verla ,
Y al verla todos se abrasan .
¡ Qué de suspiros se escuchan !
¡ Qué de vivas y de salvas !
No hay zagal que no la admire
Y no se esmere en loarla .
Cual absorto la contempla

Y á la aurora la compara
Cuando mas alegre sale ,
Y el cielo de su albor baña ;
Cual al fresco y verde aliso
Que crece al márgen del agua ,
Cuando mas pomposo en hojas
En su cristal se retrata ;
Cual á la luna , si muestra
Llena su esfera de plata ,
Y asoma por los collados
De luceros coronada .
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban ,
Y cuanto mas la contemplan
Muy mas hermosa la hallan .
Que es como el cielo su rostro
Cuando en la noche callada
Brilla con todas sus luces
Y los ojos embaraza .
¡ Ay , qué de envidias se encienden !
¡ Ay , qué de celos que causa
En las serranas del Tórmes
Su perfeccion sobrehumana !
Las mas hermosas la temen ,
Mas sin osar murmurarla ,
Que como el oro mas puro
No sufre una leve mancha .
Bien haya tu gentileza ,
Una y mil veces bien haya ,
Y abraza la envidia al pueblo ,
Hermosísima aldeana ,
Toda , toda eres perfecta ,
Toda eres donaire y gracia ,
El amor vive en tus ojos
Y la gloria está en tu cara .
La libertad me has robado ,
Yo la doy por bien robada ,
Mas recibe el don benigna
Que mi humildad te consagra .
Esto un zagal la decia
Con razones mal formadas ,
Que salió libre á los fuegos
Y volvió cautivo á casa .
Y desde entonces perdido
El dia á sus puertas le halla .
Ayer le cantó esta letra
Echándole la alborada

Linda zagaleja
De cuerpo gentil ,
Muérome de amores
Desde que te vi .

Tu talle , tu aseo ,
Tu gala y donaire ,
No tienen , serrana ,
Igual en el valle .
Del cielo son ellos
Y tú un serafín :
Muérome de amores
Desde que te vi .

De amores me muero .

Sin que nada baste
A darme la vida
Que allá me llevaste,
Si ya no te dueles
Benigna de mí;
Que muero de amores
Desde que te vi,

III.

EN UNAS BODAS.

No por mí, bella aldeana,
Aunque sé bien cuanto pierdo,
Por ti sola me lastima
Que te cases con un necio.
Tan discreta cortesía,
Tan gentil aire y aseo
Quien los merezca los goce
Y alcancen mas digno dueño;
Que si es la desdicha estrella
De la beldad, aunque el cielo
No te hiciera tan hermosa,
Ganáras mucho en no serlo.
¿Qué valen los rizos de oro,
Ni los alegres ojuelos,
Ni el carmesí de los labios
Ni lo nevado del pecho;
Qué el apacible agasajo
Y ese hablar tan halagüeño,
Que la libertad cautiva
Y embebece el pensamiento;
Si tan celestiales dones
Los ha de ajar un Fileno?
Para tan mal emplearlos
Valiera mas no tenerlos:
Que mejor yace el diamante
Perdido en su tosco seno,
Que no en la mano villana
Que no alcanza su alto precio;
Y el clavel mas bien flotando
Luce en el vástago tierno,
Que deshojado y sin vida
En fino búcaro puesto;
Y mas bien el jilguerillo
Se goza en dulces gorjeos
Volando de rama en rama,
Que en dorada jaula preso.
Si por ganadero rico
Con él te casan tus deudos,
Diles tú que no hay riquezas
Donde se echa el gusto menos.
Ellos se irán, y tú triste
Con el duro lazo al cuello,
Llorarás tarde, y en vano
Sentirás del yugo el peso.
¡Ay zagala! por tu vida
No teugas tan mal empleo:
Lástima ten de ti misma
Si yo no te la merezco.

IV.

EL ARBOL CAIDO.

Alamo hermoso, tu pompa
¿Dónde está? ¿dó de tus ramas
La grata sombra, el susurro
De tus hojas plateadas?
¿Dónde tus vástagos bellos,
Y la brillantez lozana
De tantos frescos pimpollos
Que en derredor derramabas?
Feliz naciste á la orilla
De este arroyuelo, tu planta
Besó humilde, y de su aljófár
Rico feudo te pagaba.
Creciendo con él, al cielo
Se alzó tu corona ufana:
Rey del valle, en ti las aves
Sus blandos nidos labraran.
Por asilo te tomaron
De su amor; y cuando el alba
Abre las puertas al día
Entre arreboles y nácar,
Aclamándola gozosas
En mil canciones, llamaban
A partir en tí sus fuegos
Las inocentes zagalas;
Que en torno tu inmensa copa
Con bulliciosa algazara,
Vió aun de la tarde el lucero
En juegos y alegres danzas.
Cuando en los floridos meses
Se abre al placer reanimada
Naturaleza, y los pechos
En sus delicias inflama;
Tú fulste el centro dichoso
Do de toda la comarca
Los amantes se citaron
A sus celestiales hablas.
Los viste penar, los viste
Gemir entre ardientes ansias,
Y envolviste sus suspiros
En sombras al pudor gratas.
El segador anhelante
En tí en la siesta abrasada
Llamó al sueño, que en sus brazos
Calmó su congoja amarga;
Y con tu vital frescura
Tornó á herir la mies dorada
Reanimado, y ya teniendo
Su fatiga por liviana.
Después con tus secas hojas
Al crudo enero... la llama
Te tocó del rayo, y yaces
Triste ejemplo de su saña.
Cual con segur por el tronco
Roto, la pomposa gala
De tus ramas, en voluble

Pirámide al cielo alzadas ,
 El animado murmullo
 De tus hojas , cuando el ala
 Del céfiro las bullia ,
 Y el sentido enagenaba ,
 Tu ufanía , el verdor tierno
 De tu corteza , entallada
 De mil símbolos sencillos ,
 Todo en un punto acabára :
 Y hollado , horroroso , yerto ,
 Solo eres ya en tu desgracia
 Blanco infeliz de la piedra
 Que ruda mano dispara :
 Estorbo y baldon del prado ,
 Que cual ominosa carga
 Tu largo ramage abruma ,
 El mirarte solo espanta .
 Tu encuentro el ganado evita ,
 Sobre tí las aves pasan
 Azoradas , los pastores
 Huyen con medrosa planta :
 Siéndoles siniestro agüero
 Aun ver cabe tí parada
 La fugitiva cordera
 Que por perdida lloraban .
 Solo en su horfandad doliente
 La tórtola solitaria
 Te busca , y piadoso alivio
 La suya en tu suerte halla .
 En tí llora , y en su arrullo
 Se queda como elevada ,
 Y el eco sus ansias vuelve
 De la vecina montaña .
 El eco que lastimero
 Por los valles se propaga ,
 Do solo horfandad y muerte
 Suenan las flébiles auras .
 Mientra al pecho palpitante
 Parece que una voz clama
 De su tronco ¿qué es la vida
 Si los árboles acaban ?

V.

EN UNA AUSENCIA.

¿Qué sirve que viva ausente
 Si con el alma te veo ,
 Zagala hermosa del Tórmes ,
 Y te adora el pensamiento ?
 ¿Qué sirve que ausente viva ,
 Si un amor fino y honesto
 Bien así en la ausencia crece
 Cual con seca leña el fuego ?
 Nunca está lejos quien ama ,
 Aunque tenga un mundo en medio :
 Para el gusto no hay distancias ,
 Ni violencias para el pecho .
 Solo , zagala , el que olvida
 Se dice bien que está lejos ,

Que yo doade quier que vaya
 En mi corazon te llevo .
 La esperanza me entretiene
 Y en memorias me entretengo ;
 Que cuanto miro , bien mio ,
 Me parece tosco y feo .
 Mis locas ansias se pierden ,
 Mis ayes los lleva el viento ,
 Las lágrimas el Eresma
 Y el alba los dulces sueños .
 En ellos ¡ay ! ¡qué de noches
 Me he hallado á tus plantas puesto ,
 Tal vez airada conmigo ,
 Tal vez benigna á mi ruego !
 Y al despertar ¡qué de veces ,
 Como burlado me siento ,
 Llamándote , cual si oyeras ,
 Bañé con mi llanto el lecho !
 Mas quisiera yo las noches
 Cuando entre escarchas y hielos
 Quejándome de tu olvido
 Me escucharon los luceros ;
 Mas que no estas noches tristes
 De luto y dolor eterno ,
 Donde á solas me consumo
 Y maldigo mis deseos .
 ¡Ay ! cuándo diré á tus rejas ,
 Como cantaba algun tiempo ,
 Ciego de amor y esperanzas ,
 Que cual humo se han deshecho :
 Nunca yo visto te hubiera ,
 Ni la noche de los fuegos ,
 Nunca tú por mi ventura
 Salieras , señora , á verlos .
 Cuando... aquí llegaba un triste
 A quien del Tórmes trajeron
 Al Eresma desterrado
 La envidia , el odio y los zelos .
 Los compasivos zagales
 Que sus gemidos oyeron
 Consuélanle ; y él responde
 Que á un ausente no hay remedio .

VI.

EL COLORIN DE FILIS.

Miraba Filis un día
 Entre las doradas redes
 De la jaula , por romperlas
 Su colorin impaciente .
 Filis , que amable y sencilla
 Desde niña gustó siempre
 De avecitas , y en sus juegos
 Aun casada se entretiene ,
 Miraba al pobre cautivo
 Llorar su mísera suerte
 Con los pios mas agudos
 Y los trinos mas dolientes :
 Morder el sonoro arambre ,

Y de alto á bajo correrle ,
 Pugnando su débil pico
 Si los hilos doblar puede :
 Sacudirlo enardecido ,
 De un lado y otro volverse ,
 Y avanzar cabeza y cuello
 Por la abertura mas leve :
 Descansar luego un instante ;
 Y con ímpetu mas fuerte
 Saltar , volar , agilarse
 Y hácia sí airado atraerle :
 Tal que en su empeño y delirio
 Con uña y pico inclemente
 Batiendo la jaula entera ,
 A su esfuerzo la estremece .
 ¡ Ay ! dijo la bella Filis ,
 Y suspiró dulcemente ,
 ¡ Qué mal , jilguerito , pagas
 Lo mucho que á mi amor debes !
 ¡ Qué mal tan sañosa furia
 Con tu placidez se aviene ,
 Con tu delicia esos ayes
 Que agudos mi pecho hieren !
 Mas pues entre grillos penas ,
 Por fina que te festeje ,
 No hayas miedo que te culpe
 Tu esquivez , ni tus desdenes ;
 Que me olvide de tus gracias ,
 Ni tu ingratitud increpe ,
 Ni tu cólera castigue ,
 Ni de mi lado te aleje
 ¡ Qué sirve que en tu cariño
 Solicita me desvele ,
 Que la comida te ponga ,
 Que el bebedero te llene ,
 Que dadivosa mi mano
 Regalos mil te presente ,
 Ni mi dedo te acaricie ,
 Ni con mi boca te bese ?
 ¡ Qué sirve que mis finezas
 Tus donosuras celebren ,
 Ni en tus suavísimos trinos
 Embebecida me lleves ;
 Pues encerrado y esclavo ,
 Sin esperanza de verte
 Jamas con tu dulce amiga ,
 No es posible estar alegre ?
 No es posible , ave querida ,
 Por mas que en fingir te esfuerces ,
 Que no maldigas la mano
 Que así entre hierros te tiene ;
 Y en cada mimo encubierto
 Algun lazo no receles ,
 Con que tu bárbaro encierro
 Mas ominoso te estreche :
 Que de todo cautelosos
 La injusticia al fin nos vuelve :
 Y á los ojos que así miran
 La amistad misma es alevé .
 Yo tambien cautiva lloro ;

Y aunque de rosa y claveles
 Es mi cadena , en su peso
 El corazon desfallece .
 Huérfana y en tiernos años ,
 Que aun no cumplí diez y siete ,
 Abandoné mi albedrío
 Al gusto de mis parientes .
 Cúpome un amable dueño ,
 Que galán me favorece .
 Cual amigo me respeta ,
 Y como hermano me quiere .
 Pero aunque humilde me sirva ,
 Y por gran dicha celebre
 Que su señora me llame ,
 Ni me engaña ni evanece :
 Que yo tambien , jilguerito ,
 Me valgo de estos juguetes ,
 Cuando con graciosos quiebro
 Armonioso me enloqueces .
 Tambien , hijito tellamo
 Si á mi voz piando vienes ,
 Y tus alitas me halagan ,
 Y tu piquito me muerde .
 Y aun mas que tú ardiente y tierna
 Tomándote blandamente
 Te estrecho contra mi seno ,
 Te beso mil y mil veces :
 Y nada ya dulce hallaudo
 Con que mi fe encarecerte ,
 ¡ Ay , clamo , si con mis besos
 Mi vida darte pudiese !
 Otro tanto hace mi dueño
 Cuando mi amor le enloquece ,
 Que no hay fineza que olvide ,
 Ni obsequio á que no se preste .
 Él pasatiempos me busca ,
 Oros y galas me ofrece ;
 Y en su casa y albedrío
 Mis voluntades son leyes .
 Pero en medio este embeleso
 Una voz mi pecho siente
 Acá interior que me dice :
 « Nada á una esclava divierte . »
 Este pensamiento amargo
 Mancilla todos sus bienes ,
 Y cual ominosa sombra
 Mi corazon oscurece .
 Así como mis cariños
 Tú , avocilla , pagar sueles
 Con un pio , en que me increpas
 La soledad en que mueres .
 Aun ahora elevada y triste
 Con un suspiro elocuente
 La libertad me demandas ,
 Y á volar las alas tiendes .
 No las tenderás en vano ,
 Que el corazon me enternecen
 Tu expresion y tus quejidos ;
 Y así en paz , donoso , vete .
 Vete en paz , la jaula abriendo

Dijo Filis; no te niegue
 Mi amor lo que tanto anhelas,
 Y tan fácil darte puede.
 Vete, y venturoso goza
 La libertad que yo tienes,
 Y que yo alcanzar no puedo
 Sino ¡ay triste! con la muerte.
 Soltóte, voló, y el llanto
 Brotó involuntariamente
 De sus ojos, que se anegan
 Con las lágrimas que llueven.
 Y mirando á su avecilla,
 Que ya en los aires se pierde,
 Con un suspiro que lanza
 Seguir la ilusa pretende.

VII.

LA TEMPESTAD.

¿Oyes, oyes el ruido
 Del aquilon que en la selva
 Entre los alzados robles
 Con rápidas alas vuela?
 ¡Oh cuál silba! ¡Cómo agita
 Las ramas! Sus hojas tiernas
 En torbellinos volientos
 Desparece con rabia fiera.
 Una nube le acompaña
 De negro polvo: la niebla
 Se lanza en un mar undoso
 Del cóncavo de las peñas,
 Y cubre el cielo: la llama
 Del sol desaparece envuelta
 En caliginosas nubes,
 Y la noche á reinar entra.
 Las aves huyen medrosas:
 De espanto inmóvil se queda
 El tardo buey, el establo
 Azorado á hallar no acierta.
 Crece el huracan: del trueno
 La imperiosa voz resuena
 Que el Omnipotente anuncia
 A la congojada tierra
 Ya llega: otra vez horrible
 El trueno la voz aumenta,
 Y los relámpagos hacen
 Del cielo una inmensa hoguera.
 ¡Señor! ¡Señor! compasivo
 Mi albergue mira: tu diestra
 No le aniquile: perdona
 A un ser que te adora y tiembla.
 Tú eres, Señor, poderoso:
 Sobre los vientos te llevan
 Tus ángeles; de tu carro
 Retumba la ronca rueda.
 Tu carro es de fuego. El trueno,
 El trueno otra vez: se acerca
 El Señor: su trono en medio
 De la tempestad asienta.

La desolacion le sigue;
 Y el rayo su voz espera
 Prestas las alas: lo manda;
 Y el monte abrasado humea.
 Arden las nubes: veloces
 Los relámpagos serpean
 Del Eterno en torno. ¡Impíos!
 ¡Ay! temblad, que Jehová llega.
 Jehová la cóncava nube
 Retumba, las hondas ruegan
 Jehová sonoras responden,
 Jehová las altas esferas.
 Despavorido al estruendo
 El libertino despierta;
 Y confundido el ateo
 Su inefable ser confiesa.
 De miedo y horror transidos
 Al Dios que insultaron ruegan
 Temblando; y ante sus iras
 Aniquilarse quisieran.
 Él entre tanto imperioso
 Domina: la frente excelsa
 Mueve; la tormenta crece,
 Y los montes titubean.
 Llama al áspero granizo;
 Y que anonada le ordena
 De la vid el dulce fruto,
 Y las ricas sementeras.
 Le obedece, y con funesto
 Estrépito se despeña
 Al bajo suelo, y lo tala.
 ¡Señor! tus iras modera:
 Mira al labrador que inmóvil
 De espanto, la obra contempla
 De tu poder: sus hijuelos
 Y su esposa le rodean:
 Todos lloran; todos tienden
 A tí las manos, y esperan
 El pan de tí que hoy les robas.
 ¡Buen Dios! ¿dó está tu clemencia?
 ¿Vienes á solarnos? ¿Vienes
 A mover al hombre guerra?
 ¿No hay un justo que te implore?
 ¿O á las súplicas te niegas?
 Tú en quien un padre oficioso
 Hasta el vil insecto encuentra,
 Que á millares de vivientes
 Abres la mano y sustentas;
 ¿Olvidas hoy á tus hijos?
 ¿O dejarás que perezca
 Sin pan el pobre?... Tus iras
 Ya desarma la inocencia.
 Del justo el humilde ruego
 Prevaleció: Jehová reina
 Sobre el trueno: su alto cetro
 Pasó sobre mi cabeza.
 Ledo pasó: yo asombrado
 Ni osé alzar la frente. ¡Oh! deja
 Señor, que humilde en el polvo
 Adore tu providencia.

Que ya la benigna lluvia
De tu bendición recrea
La árida tierra : ya baja ,
Y blanda el aura refresca .
Con júbilo la reciben
Las aves , y en dulces lenguas
Por el mundo agradecido
Tu inmensa bondad celebran .
Pasó el nublado : la mano
Del Señor la ardiente fuerza
Del rayo imperiosa calma ,
Y el viento y el trueno arredra .
Quiérello ; y las torvas nubes
Bajo sus piés se congregan :
Mándalo ; y rápidas parten
De su trono mil centellas .
Oyónos , y á la montaña
La tempestad voló presta :
¿ No veís el hórrido estruendo ?
¿ Y cuál el bosque se anega ?
Ya , Padre , ya nos indultas
Y el iris de paz nos muestras
En señal de la alianza
Que has jurado con la tierra .
Al cielo el Excelso torna :
Mortales , su omnipotencia
Cantad ; y que el universo
Un himno á su gloria sea .

VIII.

LA TARDE.

Ya el Héspero delicioso
Entre nubes agradables
Cual precursor de la noche
Por el occidente sale ;
Do con su fulgido brillo
Deshaciendo mil celages ,
A los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante .
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles ,
Y sobre la mustia yerba
Su fresco rocío esparcen .
Su corona alzan las flores ,
Y de un aroma suave
Despidiéndose del día
Embalsaman todo el aire .
El sol afanado vuela ,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten
Al morir su augusta imágen :
De la alta cima del cielo
Veloz se despeña , y cae
Del océano en las aguas ,
Que á recibirlo se abren .
¡ Oh qué visos ! ¡ qué colores !
¡ Qué ráfagas tan brillantes !
Mis ojos embebecidos

Registran de todas partes !
Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono , y mudables
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes .
Los reverberan las aguas ,
Y parece que retrae
Indeciso el sol los pasos ,
Y en mirarlos se complace .
Luego vuelve , huye y se esconde ,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero , que en los cielos
Alza su pardo estandarte .
Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves ,
Cual al seno de una peña .
Cual á lo hojoso de un sauce .
Suelta el Labrador sus bueyes ;
Y entre sencillos afanes
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales :
Lejos las chozas humean ,
Y los montes mas distantes
Con las sombras se confunden
Que sus altas cimas hacen .
El universo parece
Que de su acción incesante
Cansado el reposo anhela ,
Y al sueño va á abandonarse .
Todo es paz , silencio todo ,
Todo en estas soledades
Me conmueve y hace dulce
La memoria de mis males .
El verde-oscuro del prado ,
La niebla que undosa á alzarse
Empieza del hondo río ,
Los árboles de su márgen ,
Su deleitosa frescura ,
Los venticillos que baten
Entre las flores las alas ,
Y sus esencias me traen ,
Me enagenan y me olvidan
De las odiosas ciudades ,
Y de sus tristes jardines
Hijos míseros del arte .
Liberál naturaleza
Porque mi pecho se sacie
Me brinda con mil placeres
En su copa inagotable .
Yo me abandono á su impulso :
Dudosos los piés no saben
Do se vuelven , do caminan ,
Do se apresuran , do paren .
Bajo del collado al río ,
Y entre sus lóbregas calles
De altos árboles , el pecho
Lleno de pavor me late .
Miro las tajadas rocas
Que amenazan desplomarse
Sobre mi , tornar oscuros

Sus cristalinos raudales.
 Llénanme de horror sus sombras.
 Y empiezo triste á quejarme
 De mis amargas desdichas,
 Y á lanzar dolientes ayes :
 Mientras de la luz dudosa
 Espira el último instante,
 Y la noche el velo tiende
 Que el crepúsculo deshace,

SONETOS. — I.

EL PENSAMIENTO.

Qual suele abeja inquieta revolando
 Por florido pensil entre mil rosas,
 Hasta venir á hallar las mas hermosas
 Andar con dulce trompa susurrando ;
 Mas luego que las ve, con vuelo blando
 Baja y bate las alas vagarosas,
 Y en medio de sus venas olorosas
 El delicado aroma está gozando ;
 Así, ni bien el pensamiento mio
 Con dichosa zozobra por hallarte
 Vagaba de amor libre por el suelo :
 Pero te ví, rendime, y mi albedrío,
 Abrasado en tu luz, goza al mirarte
 Gracias que envidia de tu rostro el cielo

II.

LA RESIGNACION.

¿Qué quieres, crudo amor? deja al cansado
 Animo respirar solo un momento,
 Baste el veneno en que abrasar me sienta,
 Y el dardo agudo al corazon clavado.
 Ni duermo, ni reposo, y de mi lado
 Cual sombra huye el placer: Ah! ¿qué lamento
 Suena en mi triste oído? De tormento
 Basta, amor, basta, pues de mí has triunfado.
 Le ruego así, y á mi dolor movido
 Él me muestra la lumbre por quien muero,
 Puro rayo de angélica hermosura.
 Yo me postro á adorarla, y encendido
 En fuego celestial, penar mas quiero,
 Y morir pido como gran ventura,

III.

LA RECONVENCION.

Dame, traidor Aminta, y jamas sea
 Tu cándida Amarili desdeñosa,
 La guirnalda de flores olorosa
 Que á mis sienes ciñó la tierna Alcea.
 ¡Ay! dámela cruel, y si aun desea
 Tomar venganza tu pasion zelosa,
 He aquí de mi manada una amorosa

Cordera : en torno feneceer la vea
 ¡Ay! dámela, no tardes ; que el precioso
 Cabello ornó de la pastora mia
 Muy mas que el oro del Ofir luciente,
 Cuando cantando en ademan gracioso
 Y halagüeño mirar, merecí un dia
 Ceñir con ella su serena frente.

IV.

LA FUGA INUTIL.

Tímido corzo, de cruél acero
 El regalado pecho traspasado,
 Y el seno de la yerba emponzoñado,
 Por demas huye del veloz montero.
 En vano busca el agua, y el ligero
 Cuerpo revuelve hácia el doliente lado :
 Cayó, y se agita, y lanza acongojado
 La vida en un bramido lastimero.
 Así, la flecha al corazon clavada :
 Huyó en vano la muerte, revolviendo
 El ánima á mil partes dolorida :
 Crece el veneno, y de la sangre helada
 Se va el herido corazon cubriendo,
 Y el fin se llega de mi triste vida,

V.

EL REMORDIMIENTO.

Perdona, bella Cintia, al pecho mio,
 Si evita cauto tu adorable llama,
 Que Filis solo su fineza inflama
 Y él la idolatra aun en el mármol frio.
 Si amarte intento, del silencio umbrió
 Su voz infausta por venganza clama :
 ¿Así, me dice ¡o pérfido! se ama?
 ¡Ay! tiembla, tiembla mi furor ¡impío!
 Vuélveme á mi inocencia y á mi pura
 Candidez virginal; tú de mi pecho
 ¡Ingrato, ingrato! has la virtud lanzado.
 Vuélveme mi virtud... su sombra oscura
 Me sigue así, y en lágrimas deshecho
 Me hallo en el duro suelo desmayado.

BATIOLO.

ÉGLOGA. — FRAGMENTOS.

Batilo, Arcadio, Poeta.

BATIOLO.

Paced, mansas ovejas,
 La yerba aljofarada,
 Que el nuevo dia con su lumbre dora,
 Mientras en blandas quejas
 Le cantan la alborada
 Las dulces avecillas á la Aurora :
 La cabra trepadora,

Ya suelta, se encarama
 Por el monte enamorado :
 Vosotras de este prado
 Paced la yerba y la menuda grama ,
 Paced, ovejas mías ,
 Pues de abril tornan los alegres días .
 Mejórase la tierra
 De verdor coronada ,
 Y aparecen de nuevo ya las flores :
 Desciende de la sierra
 La nieve desatada ,
 Y ejercen sus contiendas los pastores :
 Todo el prado es amores ,
 Retoñan los tomillos
 Las bien mullidas camas
 Componen en las ramas
 A sus hembras los dulces pajarillos
 Y con susurro blando
 Va el arroyo las flores salpicando .

Así cual es sabroso
 Despues de noche fría
 El rocío del alba al místico prado ,
 O cual tras enojoso
 Invierno el alegría
 Sereno sol de abril vuelve al ganado ;
 Así cual al cansado
 Pastor , que tras hambriento
 Lobo corrió , es la fuente ,
 Tras el marzo inclemente ;
 Tal es á mí del céfiro el aliento ;
 Y cual á abeja rosa
 Del campo así la vida deliciosa .

Mas por aquella loma
 Tras sus vacas manchadas ,
 El pastoril acento al viento dando ,
 El dulce Arcadio asoma ,
 Sus voces regaladas
 Mas y mas cada vez se van notando .
 Tambien viene cantando ,
 Cual yo , de la florida
 Estacion. Salir quiero
 A encontrarle primero ;
 Algo acaso dirá de mi querida ,
 O la nueva tonada
 Que Tirsi canta á su Licori amada .

ARCADIO.

¿ Quién , viendo el alegría
 De este florido prado
 Y el brillo y resplandores del rocío ,
 O la hambrienta porfía
 Con que paca el ganado ,
 Y el soto lejos , plácido y sombrío ,
 Y el noble señorío
 Con que el claro sol nace ,
 O las ondas sin cuento
 Que hace en la yerba el viento ,
 Y los hilos de luz que el aire hace ,
 No sentirá devotido
 El corazón y el ánimo embebido ?
 No á mi gusto sea dado

Riquezas enojosas ,
 Ni el oro que cuidados da sin cuento :
 No el ir embarnizado
 Entre galas pomposas ,
 Ni corriendo vencer al rauda viento ;
 Mas sí cantar contento
 Sentado á par mi Elisa .
 Viendo desde esta altura
 Del valle la verdura ,
 Y de mi dulce bien la dulce risa ,
 Y pacer mi ganado ,
 Y al Tórmes deslizarse sosegado .
 Pero aquel que allí veo
 Que por el prado viene ,
 ¿ No es Batilo el zagal ? Tan de mañana
 ¿ Cuán bien á mi deseo
 La suerte lo previene !
 Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana .

BATILO.

La gracia sobrehumana
 De tu rabel y canto
 Guarde del lobo odioso ;
 Y sigue en tan sabroso
 Tono, que de los valles es encanto
 Y el ganado alborozado
 Y el choto jugueteo por él retoza .

ARCADIO.

Tú mas antes al viento
 Suelta esa voz suave,
 Que á todas las zagalas enamora,
 Tañendo el instrumento
 Que el desden vencer sabe,
 Y ablandar como cera á tu pastora ;
 Y la letra sonora
 Cántame que le hiciste
 Cuando te dió el cayado,
 Por el manso peinado
 Que con lazos y esquila le ofreciste,
 O bien la otra tonada
 De la vida del campo descansada .

Premio será á tu canto

Este rabel, que un día
 Me dió en prenda de amor el sabio Elpino.
 Y en él con primor tanto
 Pintó la selva umbria,
 Que muestra bien su ingenio peregrino.
 Del Tórmes cristalino
 Formó en él la corriente,
 Que parece ir riendo,
 Y á lo largo paciendo
 Los manchados rebaños mansamente,
 Y la ciudad de lejos
 Del sol como dorada á los reflejos .

A un álamo arrimado

Alegre un zagal canta
 Mientras su amada flores va cogiendo :
 Por el opuesto lado
 Un mastin se adelanta,
 Y á otra zagala fiestas viene haciendo :
 Todo que lo está viendo

Lejos un ciudadano,
El semblante afligido,
Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Ríe entre los pastores y se goza.

BATOLO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve
Que jamas fué tocada :
Pero mi amor en dártele consiente.

Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea :
Cual por abril el llano
Con rosas mil galano,
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.

De flores coronadas,
Mas bellas que las flores,
Y el cabello en la espalda al viento dado,
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores
Las zagalas en medio el verde prado.
Un anciano está á un lado
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú impieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja,
Y la teta al hambriento corderuelo :
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja
La fresca sombra y el florido suelo :
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado :
Y á pastor peregrino
Descanso en su camino :
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mi dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.
Las inocentes horas
De júbilo y paz llenas,
¿Dónde mejor se gozan que en el prado ?
¿Quién mejor las auroras
Ve amanecer serenas,
Que el zagal al salir tras su ganado ?
¿Venturoso cuidado !
¿Mil veces descansada
Pajiza choza mia !
Ni yo te dejaría
Si toda una ciudad me fuera dada,
Pues solo en tí poseo
Cuanto al canzan los ojos y el deseo.

¿Para qué el vano anhelo
Ni los tristes cuidados
Que engendra la ciudad y sus temores ?
Mejor es ver el cielo
Que no techos pintados :
Mejor son que las galas nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frío,
Y cuando silba el abrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para bailar un roble entero.

BATOLO.

Y á mi leche sobrada
Me da, y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado :
Mil colmenas labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos ;
Y deja á los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enagena.
Mas bienes no deseo,
Ni quiero mas fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna
Que huya de mis amores desdeñosa.
Su guirnalda de rosa
Me dió ayer Galatea,
Fílis este cayado,
Y este zurrón leonado
La niña Silvia que mi amor desea :
Mas yo á Filena quiero,
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos,
Con su ingenio divino
¿Qué cosas no decía
Después de los falaces ciudadanos !
Aun á los mas ancianos
Si te acuerdas, pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos.
Yo, zagalejo entonces, le escuchaba ;
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.
El semblante sereno
Y el corazón dañado,
Cual es el fruto de silvestre higuera,
Miel envuelta en veneno
El decir concertado,
Pechos lisiados de la envidia fiera :

Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres;
Esto contaba Elpino
De la ciudad, despues que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fué á la guerra,
Y vió las tierras donde muere el dia,
Que en nada semejaba
El rio de esta sierra
Al mar soberbio que pavor ponía.
Me acuerdo que decía
Que, del viento irritado,
Espantable bramaba,
Y las olas alzaba
Hasta tocar el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como las enramadas nuestros rios.
Que entonces el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cuña,
Cual si débil bañido
De herida oveja oistes,
O choto que su madre solicita.
¡ O ceguedad maldita
Poner vida y ventura
Sobre un pino delgado!
Mejor es de este prado
Hollar con firme planta la verdura
Tras los corderos míos,
Que ver, Arcadio, el mar ni sus navíos.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver mas que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro rio.
Aquí no lobo fiero
Nos tiene alborotados,
Ni nos daña el calor, ó hiela el frio:
No ageno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto
Todos vivimos en union perfecta:
Y el sol y helado cierzo
Nos dan salud y varonil esfuerzo.

Como las ciudadanas
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras,
Ni en su beldad livianas
Nuestro querer desdeñan,
O mudan de amador á todas horas:
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena á mi oido,
Y que el ronco alarido
De sus plazas la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada

De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡ O soledad sabrosa!
¡ O valle! ¡ o bosque umbrío!
¡ O selva entrelazada! ¡ o limpia fuente!
¡ O vida venturosa!
Serenos y claro rio
Que por los sauces corres mansamente:
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura,
Y gloriosa armonía
Del uno al otro dia:
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos, y zagales.
El cielo sosegado
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,
Y apacible sonido
Que del céfiro forma el blando aliento:
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspension al alma deja,
Y á sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.

Así Tirsi decía,
Que la primera gente,
Como ahora vivimos los pastores,
Por los campos vivía
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores,
Cuando la enclina daba
Mieles, y leche el rio,
Cuando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.
Aquí Delio y Elpino
Moraron, y el famoso
Que dijo de las magas el encanto
Con su verso divino
Junto al Bétis undoso,
Y aquí Albano entonó su dulce canto.
¡ O grata vida! ¡ o cuánto
Me gozo en tí seguro!
De flores coronado,
Y al cielo el rostro alzado
Este vaso de leche alegre apuro.
Bebe, Arcadio, y gocemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada
De paloma rendida
Es al tierno pichon que la enamora,
Cual hiedra eumarañada
Que á reposar convida,

Y cual agrada el baile á la pastora ,
Tal es tu voz sonora ,
Zagalejo , á mi oído :
Ni así es el prado ameno
De grata yerba lleno ,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada ,
Cual es á mí tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado
Con zarza montuosa
Ser debe , ó con el cardo la azucena :
Ni así aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñaron
Allá en su plaza un día :
Yo sus burlas reía
Y ellas de mis desprecios se enojaron :
Volvíme á mis corderos ,
Y á gozar , zagaleja , tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fuí compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta había :
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso ,
Así Elisa entre todas relucía.
¡Cuán bella parecía ,
Batilo! Los sus ojos
Mil pechos abrasaron ,
Mil envidias causaron ,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mio ,
De tu firmeza mi ventura fio !

BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto
Para llevarlo en don á sus amores :
Yo para tí lo guardo ,
Y el nido que en el soto
Ayer cogí con ambos ruiseñores.
¡Ay, si yo en mis ardores
Fuese abeja y volára ,
Mi bien, siempre á tu lado ;
O en colorin mudado ,
Continuo mis amores te cantára ;
O hecho flor me cortases ,
Y á tu labio de rosa me allegases !

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber profía
Con jilguero que canta en la enramada ,
Ni con cisne , extremado
En dulce melodía ,
Puede ser abuvilla comparada :
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡O fuente ! o ¡ valle ! ¡ o prado !

¡ O apacible ganado !
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruiseñores ,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza ,
Y con su par el jilguerillo hermo-o ,
El ciervo en selva umbría
Con otro se alborozó ,
Y con el agua el ánade pomposo :
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora ,
Ella con sus corderas ,
Y estas en las laderas
Cuando de nueva luz el sol las dora ,
Y á Arcadio mi tonada ,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Así loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos ,
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente ,
Llevando allí á pastar sus corderillos :
Y yo , que logré oídos
Detras de un haya umbrosa ,
Con ellos comparado
Maldije de mi estado :
De entonces la ciudad me fué enojosa ,
Y mil alegres días
Gozo en sus venturosas caserías.

ELEGIA I.

LA PARTIDA.

En fin voy á partir , bárbara amiga ;
Voy á partir , y me abandono ciego
A tu imperiosa voluntad. Lo mandas ;
Ni sé , ni puedo resistir ; adoro
La mano que me hiere , y beso humilde
El dogal inhumano que me ahoga.
No temas ya las sombras que te asustan ,
Las vanas sombras que te abulta el miedo
Cual fantasmas horribles , á la clara
Luz de tu honor y tu virtud opuestas ,
Que nacer solo hicieran... en mi labio
La queja bien no está : gima , y suspire ;
No á culpar tu rigor de los instantes
Del mas ardiente amor tal vez postreros.
Tú , de tí misma juez , mis ansias juzga :
Mi dolor justifica ; á mí no es dado
Sino partir. ¡ O Dios ! ¡ de mi inefable
Felicidad huir ! ¡ en mis oídos
No sonará su voz ! ¡ no las ternezas
De su ardiente pasión ! ¡ mis ojos tristes
No la verán , no buscarán los suyos ,
Y en ellos su alegría y su ventura !
No sentiré su delicada mano

Dulcemente tal vez premiar la mía,
Yo extático de amor... ¡ Bárbara ! ¡ Injusta !
¿ Qué pretendes hacer ? ¿ qué placer cabe
En afligir al mismo á quien adoras ?
Que te idolatra ciego ? no , no es tuyo
Este exceso de horror : tu blando pecho,
De dulzura y piedad á par formado,
No inhumano bastára á concebirlo.

Tu amable boca , el órgano suave
De amor , que solo articular palabras
De alegría y consuelo antes supiera,
No lo alcanzó á mandar. Sí : te conozco ;
Te justifico , y las congojas veo
De tu inocente corazón... mi vida,
Mi esperanza , mi bien , ¡ ah ! ve el abismo
Do vamos á caer : que te fascinas ;
Que no conoces el horrible trance
En que vas á quedar , que á mí me aguarda
Con tan amarga arrebatada ausencia.
No lo conoces deslumbrada : en vano
Tranquila ya , despavorida y sola
Me llamarás con doloridos ayes.
Habré partido yo ; y echado
Del eje , el grito del zagal , el bronco
Confuso son de las volantes ruedas ,
A herir tu oído y afligir tu pecho
De un tardío pesar irán agudo.
Yo entre tanto , abatido , desolado ,
A tu estancia feliz vueltos los ojos ,
Mis ojos ciegos en su llanto ardiente ,
Te diré a Dios ; y besaré con ellos
Las dichosas paredes que te guardan ,
Mis fenecidas glorias repasando
Y mis presentes invencibles males.
¡ Ay ! ¿ dó si un paso das donde no encuentres
De nuestro tierno amor mil dulces muestras ?
Entra aquí , corre allá , pasa á otra estancia ;
Aquí ellas te dirán se postró humilde
tus piés , y la mano allí le diste :
Allá , loco en su ardor , corrió á tu encuentro
En lágrimas de amor : con mil ternezas
Mas allá fino te ofreció su llama ,
Y al cielo hizo testigo y los luceros
De su lazada eterna , indisoluble ,
En la noche feliz... Sedlo , fulgente
Antorchas del olimpo ; y tú , callada
Luna , que atiendes mis sentidas quejas ,
Y antes mi gloria y sus finezas viste :
Sedlo : y benignas en mi amarga suerte
Ved á mi amada , vedla , y recordadle
Su santo indisoluble juramento.
Vedla , y gozad de su donosa vista ,
De las sencillas animadas gracias
De su semblante. ¡ O Dios ! yo afortunado
Las gozaba también : su voz oía ,
Su voz encantadora , que elevada
Lleva el alma tras sí ; su voz que sabe
Hacer dulce hasta el no , gratas las quejas.
¡ Oh qué de veces de sus tiernos labios
Me enagenó la plácida sonrisa ,

Las vivas sales y hechiceras gracias !
¡ Oh qué de tardes , de agradables horas ,
De nuestra dicha hablando , instantes breves
Se nos huyeron ! ¡ qué de ardientes votos !
¡ Qué de suspiros y esperanzas dulces
Crédulas vuestras almas concibieron ,
Y el cielo hoy en su cólera condena !
¡ Qué proyectos formábase !... Mi vida
Mi delicia , mi amor , mi bien , señora ,
Amiga , hermann , esposa , ¡ oh si yo hallára
Otro nombre aun mas dulce ! ¿ qué pretendes ?
¿ Sabes dó quieres despeñarme ? espera ,
Aguarda pocos días , no me ahogues.
Después yo mismo partiré : tú nada
Tendrás que hacer ni que mandar : humilde
Correré á mi destierro y resignado.
Mas ora ¡irme ! ¡ dejarte ! Si me amas ,
¿ Porqué me echas de ti , bárbara amiga ?...
Ya lo veo ; te canso : cuidadosa
Conmigo evita el secreto ; me huyes :
Sola te asustas , y de todo tiembles.
Tu lengua se tropieza balbuciente ;
Y embarazada estás cuando me miras.
Si yo te miro , desmayada tornas
La faz , y alguna lágrima... ¡ o martirio !
Yo me acuerdo de un tiempo en que tus ojos ,
Otros ¡ ay ! otros eran , me buscaban ;
Y en su mirar y regaladas burlas
Alentaban mis tímidos descos.
¿ Te has olvidado de la selva hojosa
Do , huyendo veces tantas del bullicio ,
En sus oscuras solitarias calles
Buscamos un asilo misterioso
Do alentar libres de mordaz censura ?
¿ Qué sitio no oyó allí nuestras ternezas ?
¿ No ardió con nuestra llama ? Al lugar corre
Do reposar solíamos , y escuchaba
Tu blando corazón : si él mis suspiros
Se atreve á condenar , dócil al punto
Cedo á tu imperio , y parto. Pero en vano
Te reconvento : yo te canso ; acaba
De arrojar me de ti , cruel... Perdona ,
Perdona á mi delirio : de rodillas
Tus piés abrazo , y tu piedad imploro.
¡ Yo acusar tu fineza !... ¡ yo cansarte !...
¡ A ti que me idolatras !... no : la pluma
Se deslizó ; mis lágrimas lo borren.
¡ O Dios ! yo la he ultrajado : esto restaba
A mi inmenso dolor. Mi bien , señora ,
Dispon , ordena , manda : te obedezco :
Sé que me adoras ; no lo dudo : humilde
Me resigno á tu arbitrio... el coche se oye ;
Y del sonante látigo el chasquido ,
El ronco estruendo , el retinir agudo
Viene á colmar la turbacion horrible
De mi agitado corazón... se acerca
Veloz , y para ; te obedezco , y parto.
A Dios , amada , á Dios : el llanto acabe ,
Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

II.

DE MI VIDA.

¿Dónde hallar podré paz? el pecho mío
 Cómo alivio tendrá? de mi descao
 ¿Quién bastará á templar el desvarío?
 Cuanto imagino, quanto entiendo y veo
 Todo enciende mi mal, todo alimenta
 Mi furor en su ciego devaneo

Se alza espléndido el sol y el mundo alienta
 De vida y acción lleno: á mi enojosa
 Brilla su luz y mi dolor fomenta.

Corre el velo la noche pavorosa
 Bañando en alto sueño á los mortales,
 Y en plácida quietud todo reposa.

Yo solo en vela en ansias infernales
 Gimo, y el llanto mis mejillas ara;
 Y al cielo envío mis eternos males.

¡Ay! ¡ la suerte enemiga cuán avara
 Desde la cuna se ostentó conmigo!
 Jamas el bien busqué, que el mal no hallára.

En cuitada horfandad, niño, de abrigo
 Falto, solo en el mundo, quien me hiciese
 No hallé un halago, ó me abrazase amigo.

¿Justicia pudo ser que así naciese
 Para ser infeliz? ¿qué de mi seno
 Nunca el gozo señor ni un punto fuese?

¿Nacen los hombres á penar? ¿ageno
 Es el bien de la tierra? ¿ó me castigas
 A mí tan solo, Dios clemente y bueno

Perdona mi impaciencia si me obligas
 A tan miserables quejas: ¿porqué el crudo
 Dolor un breve punto no mitigas?

¿Porqué, porqué me hieres tan sañudo?
 ¿Quieres, justo Hacedor, romper tu hechura?
 ¿El polvo; ay padre! ¿en qué ofenderte pudo?

Da paz á este mi pecho, de la oscura
 Tiniebla en que mis pies envueltos veo,
 Llévame por tu diestra á la luz pura.

El iluso y frenético deseo
 Rige, Señor, con valedora mano;
 Y haz la santa virtud mi eterno empleo.

Yo de mí nada puedo: que liviano
 Si asirlo quiero, escapa: si frenarle,
 De mí flaco poder se burla insano.

¡Cuántas! ¡oh cuántas veces arrancarle
 Del abismo do está! ¡cuántas del puro,
 Del casto bien propuse enamorarle!

¡Oh si alcanzase en soledad seguro
 Vivir al menos! exclamé llorando:
 Mi estado fuera entonces menos duro.

Ferviente hasta el gran Ser la mente alzando,
 La quieta noche, el turbulento día
 Pasára yo sus obras contemplando.

Con el alba la célica armonía
 De las aves del sueño me llamára,
 Y á las suyas mi lengua se uniría

A adorar su bondad: cuando vibrára

Mas sus fuegos el sol, del bosque hojoso
 La sombra misteriosa me guardára.

Si su pendon la noche silencioso
 Alzára, y en su trono la alba luna
 Bañára el mundo en esplendor gracioso;

Yo, sus pasos siguiendo, de una en una
 Recordára, seguro de mas daños,
 Las vueltas que en mí usára la fortuna.

Allí alegre riyera sus engaños,
 Su falaz ofrecer, el devaneo
 De mis perdidos juveniles años.

Amé, y hallé dolor; volví el deseo
 A las ciencias, creyendo que serian
 Al alma enferma saludable empleo.

Las ciencias me burlaron, me ofrecian
 Remedios que mis llagas irritaban,
 Y á la hidalga razon grillos ponian.

Dejélas; y corriendo me llamaban
 La oficiosa ambicion y los honores
 Entre mil que sus premios anhelaban;

Mas fastidiéme al punto; y á las flores
 Me torné del placer tras un mentido
 Bien, que á mi pecho causa mil dolores.

¡Oh! ¡hubiese siempre en soledad vivido!
 ¡Siempre del mundo al ídolo cerrado
 Los ojos, y á su voz mi incauto oído!

Y hubiera tantas ansias excusado,
 Tanto miedo y vergüenza y cruda pena,
 Vigilia tanta en lágrimas bañado.

Pero el cielo parece que condena
 Los hombres al error; y que se place
 En que arrastren del vicio la cadena.

Nunca el seguro bien nos satisface:
 El placer nos fascina: la paz santa
 Morada nunca entre sus flores hace.

¿Quién hay que huelle con segura planta
 La ardua senda del bien? ¿y quién perdida
 La torna á hallar, y en ella se adelanta?

Toda es escollo nuestra frágil vida,
 Tiende el vicio la red; y la dañosa
 Ocasión por mil artes nos convida.

El deseo es osado cuan medrosa
 Y flaca la razon. A quien el oro,
 A quien mirada encanta cariñosa,

Otro al son corre del clarín sonoro
 Tras la gloria fatal; y en grato acento
 Le suena el bronce horrible, el triste lloro.

Aquel con ímpia audacia al elemento
 Voluble se abandona en frágil nave;
 Y los monstruos del mar mira contento.

Nadie se rige por razon, ni sabe
 Qué codicia, qué teme, qué desca,
 Cual cosa vitupere, y cual alabe.

Así el hombre infelice devanca,
 Sin que jamas el justo medio acierte;
 Y el mal de todos lados le rodea,
 Hasta que dá por término en la muerte.

III.

DE LAS MISERIAS HUMANAS.

¡ Con qué silencio y magestad caminas,
 Deidad augusta de la noche umbrosa,
 Y en la alta esfera plácida dominas!
 Llena de suave albor, tu faz graciosa
 Ver no deja el ejército de estrellas
 Que sigue fiel tu marcha perezoza:
 Mientras el carro de cristal entre ellas
 Rigiendo excelsa vas: y el hondo suelo
 Ornas y alumbras con tus luces bellas.
 Salve ¡ o brillante emperatriz del cielo
 Y reina de los astros! salve, hermana
 Del alma sol, de miseros consuelo.
 A tí me acoyo en la tormenta insana
 Que me abisma infeliz, á tí que amiga
 Oirme sabes, y acorrerme humana.
 Que en tí de alivio cierto su fatiga
 Descarga el triste; y el que en grillos llora
 Con tu presencia su penar mitiga.
 Perdido el rumbo, el naufrago te implora
 Contra la tempestad en noche oscura;
 Y el solitario tu deidad adora.
 Y á todos tu solicita ternura
 Acoje y cura su llagado seno,
 Lanzando de sus rostros la amargura.
 ¡ Luna! ¡ piadosa luna! cuánto peno!
 No, jamás otro en tu carrera viste,
 A otro infeliz cual yo de angustia lleno.
 Un tiempo en lira de marfil me oíste
 Cantar insano mi fugaz ventura,
 Y envidia acaso de un mortal tuviste.
 ¡ Oh! ¡ cómo iluso en juvenil locura
 El mundo ante mis ojos parecía
 Risueño, y de la vida el aura pura!
 Crédulo yo á los hombres ofrecía
 Mi llano inerme seno: entre sus manos
 Cual simple corderillo me metía.
 Ingenuos siempre, fáciles, humanos,
 Y la alma paz pintada en el semblante,
 Hermanos los creí, y y hallé tiranos:
 De oído sordo y pecho de diamante
 Cuando en su amparo el infeliz los llama;
 Y en solo el mal su corazón constante.
 A quien ciego furor el pecho inflama:
 Quien en muelle placer se aduerme ciego;
 Y quien en ira atroz sangriento brama.
 Sopla la envidia su dañado fuego,
 Mientras de oír hinchada se desdora
 La vanidad de la indigencia el ruego.
 ¡ Ay! ¡ ay de aquel que abandonado llora;
 Y vil ultraje de enemigos hados
 Crédulo en ellos fia solo un hora!
 Burlado gemirá, cual disipados
 Al puro rayo del naciente día
 Los palacios del sueño fabricados:
 El que iluso en su ardiente fantasía

Cuanto anheló gozaba, congojoso
 Maldice despertando su alegría.
 Apénase burlado; y sin reposo
 Del bien soñado, que cual sombra vana
 Huye, en pos corre, y llámale lloroso.
 Cada cual solo en adorar se afana
 El ídolo que alzó su devaneo;
 Y al cielo su allicion lo encumbra insana.
 ¿ Quién hace, quién de la virtud su empleo?
 ¿ Quién busca osado la verdad divina,
 O al aura del favor cierra el deseo?
 Llorosa al suelo la inocencia inclina
 Su lastimada faz, y tiembla, y gime;
 Y el vicio erguido por do quier camina.
 Fiero el poder con ruda planta oprime
 La sencilla bondad, que desolada
 Ni aun huyendo su vida al fin redime.
 La lumbre del saber yace eclipsada
 En brazos del error, que omnipotente
 Oprime la ancha tierra sojuzgada.
 Y el mortal ciego, cuya excelsa mente
 Sublimarse debiera en raudo vuelo
 Sobre el trono del sol resplandeciente,
 Y allí fijar en el confin del cielo
 Su mansion inmortal, siempre en llorosa
 Pena, en mísero afán gime en el suelo.
 Gime, y adoración rinde afrentosa
 A otro mortal cual él; ó si se aira,
 Mudo, azorado, ni aun quejarse osa.
 Muy mas que si en su cólera le mira
 Indignado el Señor, cuando su mano
 Vibra el rayo, ministro de su ira;
 El rápido huracán con vuelo insano
 Trastorna el bajo mundo; y de la sierra
 El roble erguido precipita al llano.
 Yo ví correr la asoladora guerra
 Por la Europa infeliz: á su bramido
 Gemir el cielo, retemblar la tierra;
 Y un pálido esqueleto sostenido,
 Sobre ella y sobre el mar, con mano airada
 Miles hundir en el eterno olvido:
 El fuego asolador, la mies dorada
 Aniquilar, la mies ¡ o saña impía!
 Del dueño inerme en lágrimas regada;
 Y á un pueblo solo el círculo de un día
 Desparecer de sobre el triste suelo,
 Que el temblon viejo y la niñez huía.
 En tal devastacion ciego el anhelo
 Del humano orgullo complacerse;
 Y en locos himnos insultar al cielo.
 Tanto el hombre infeliz embrutecerse
 Puede ¡ o dolor! el hombre que debiera
 De una gota de sangre estremecerse;
 Y en fraternal unión, en tanta fiera
 Peste como su ser mísero amaga,
 Tierno acorrer en su fugaz carrera,
 Si, como atiende la ilusión aciaga
 De la pasión que su razón fascina,
 Y el blando fuego de su seno apaga,
 Dócil supiese oír su voz divina;

Su voz que entonces incorruptible sueña,
Y á la mansa piedad siempre le inclina.
El daño universal mi propia pena
Me hizo, luna, olvidar : miro á mi hermano,
Al hombre miro en infeliz cadena;
Y aunque grave mi mal, ya me es liviano.

ODAS. — I.

EN LOS DIAS DE FILIS.

En las alas del céfiro llevada
Por la rosada esfera
Baja de frescas flores adornada
La alegre primavera :
Y el místico prado, que el helado invierno
Cubrió de luto triste,
Al blando soplo de favonio tierno
De yerba y flor se viste.

Las aves en los árboles cantando
Su venida celebran ;
Y el hielo los arroyos desatando
Entre guijas se quiebran.

Mas sale Fili en el glorioso dia
Que años cumple dichosa,
Sale, y mas rosas tras su planta cria
Que primavera hermosa.

La venturosa tierra, que animada
Con su beldad divina
De tan no vista gala se ve ornada,
Humilde se le inclina ;

Y de aromas y de ambares cargando
Del seno de las flores,
El viento los sentidos regalando
Le envia mil olores.

Las plantas á su vista reverdecen,
Los aroyuelos saltan
Por los amenos valles que florecen
Y de aljófár se esmaltan,

Las dulces y parleras avecillas
Le dan con voz sonora,
Con sus picos haciendo maravillas,
Mas trinos que á la aurora ;

Y uniendo de sus tonos no aprendidos
La música extremada,
Le echan dejando los calientes nidos
Otra nueva alborada.

Salve, le dicen, copia peregrina
De la beldad eterna ;
Salve, virginal rosa y clavellina,
Salve, azucena tierna ;

Salve, y al bajo mundo de tus dones
Liberal enriquece,
¡Ay! ¡qué lazo á los tiernos corazones
Ya tu hermosura ofrece!

Amor, el blando amor desde tus ojos
Mil fuegos ya dispara,
Y otros tantos cautivos por despojos
A tus plantas prepara.

¡Qué inocente rubor si se alborozá !

¡ Qué si oreándose apura
Úfana el arte, y se contempla y goza
Tu angélica hermosura !

¿ Para qué bello jóven venturoso,
Alma Vénus, preparas
La delicada rosa que amoroso
Sacrifiqué en tus aras ?

¿ A quién, á quién benigna has acordado
Tal premio ? ¿ ó quién es digno
De ver tu pecho de su ardor tocado,
Pimpollo peregrino ?

Que en vano el cielo tu beldad no cria ;
Y aunque el rostro colores,
Tan áspero desden será algun dia
Trocado en mil ardores.

Así las avecillas van cantando
Con delicado acento ;
Y un ¡ viva Filis ! al olimpo alzando,
Se esparcen por el viento.

II.

A LA FORTUNA.

Cruda fortuna, que voluble llevas
Por casos tantos mi inocente vida,
De hórridas olas agitada siempre,

Nunca sumida :
Tú que de espinas y dolor eterno
Pérfida colmas con acerba mano
Tus vanos gozos, de la mente ciega

Sueño liviano :
Aunque sañosa de tiniebla cubras
Lóbrega el cielo, que en humilde ruego
Férvido imploro ; por huir tu odioso

Bárbaro fuego :
Aunque el asilo de mi hogar me robes ;
Aunque me arrastres ominosa y fiera
Desde los campos de la dulce patria,

Donde ligera
Tu undosa vena con alegre curso,
Ancho Garona se desliza, y pura
Riega los valles, que de mieses orna

Rica natura :
Y solo y pobre en peregrino suelo
Mi labio al cáliz apurado lleve,
Con que á la envidia la calumnia unida

Me infama aleve ;
Nunca rendido mi inocente pecho
Nunca menguado mi valor aguardes,
Ni que mi plectro varonil querellas

Gima cobardes.
Como afirmado en su robusto tronco
Añoso roble en elevada sierra
Inmóvil burla del alado viento

La hórrida guerra :
El justo firme en su opinión, seguro
De su conciencia reirá á la suerte.
Miedo, amenaza, inútiles asaltan

Su ánimo fuerte.

Ponme, Fortuna, do en eterna nieve
Gime abismado el aterido mundo,
Que en noche envuelto nebuloso y sueño

Yace profundo :

Ponme do Febo su fogoso carro
Sin cesar rueda por el ancho cielo ;
Do Sirio ardiente la arenosa tierra

Cubre de duelo :

Siempre tranquilo, moderado siempre
Con igual frente me verás ¡o cruda!
Sin que provoque tu rigor, ni á viles
Lloros acuda.

III.

EL MEDIO DIA.

Véao e sol en esplendor fulgente
En las cumbres del cielo,
Lanza derecho ya su rayo ardiente
Al congojado suelo :

Y al medio dia rutilante ordena
Que su rostro inflamado
Muestre á la tierra, que á sufrir condena
Su dominio cansado.

El viento el ala fatigada encoje
Y en silencio reposa,
Y el pueblo de las aves se recoge
A la alameda umbrosa.

Cantando en dulce caramillo
Su zagaleja amada,
Retrac su ganado el pastorcillo
A una fresca enramada ;

Do juntos ya zagales y pastoras
En regocijo y fiesta
Pierden alegres las ociosas horas
De la abrazada siesta :

Mientras en sudor el cazador bañado,
Bajo un roble frondoso,
Su perro fiel por centinela al lado,
Se abandona al reposo :

Y mas y mas ardiente centellea
En el cenit sublime
La hoguera que los cielos señorea
Y el bajo mundo oprime.

Todo es silencio y paz. ¡ Con qué alegría
Reclinado en la grama
Respira el pecho, y por la vega umbria
La mente se derrama ;

O, los ojos alzando embebecido
A la esplendente esfera,
Seguir anhelo en su extension perdido
Del sol la ardua carrera !

Deslúmbrame su llama asoladora ;
Y entre su gloria ciego
Torno á humillar la vista observadora
Para templar su fuego.

Las pródidas abejas me ensordecen
Con su susurro blando,
Y las tórtolas fieles me enternecen

Dolientes arullando.

Lanza á la par sensible Filomena
Su melodioso trino,
Y con su amor el ánimo enagena
Y suspirar divino.

Serpea entre la yerba el arroyuelo,
En cuya línta pura
Mezclado resplandece el claro cielo
Con la grata verdura.

Del álamo las hojas plateadas
Mece adormido el viento,
Y en las trémulas ondas retratadas
Siguen su movimiento.

Como á lo lejos su enriscada cumbre
Descuelta la alta sierra,
Que recamada de fulgente lumbre
El horizonte cierra,

Estos largos collados, estos valles
Pintados de mil flores,
Esta fosca alameda en cuyas calles
Queiebra el sol sus ardores ;

El vago enmarañado bosquecillo
Do casi se oscurece
La ciudad, que del dia al aureo brillo
Cual de cristal parece ;

Estas lóbregas grutas.... ¡o sagrado
Retiro deleitoso!
En tí solo mi espíritu aquejado
Halla calma y reposo.

Tú me das libertad ; tú mil súaves
Placeres me presentas,
Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.

Mi alma sensible y dulce en ver se goza
Una flor, una planta
El suelto cabritillo que retoza,
La aveilla que canta.

La lluvia, el sol, el ondeante viento,
La nieve, el hielo, el frio,
Todo embriaga en celestial contento
El tierno pecho mio ;

Y en tu abismo, inmortal naturaleza,
Olvidado y seguro,
Tu augusta magestad y tu belleza
Feliz cantar procuro,

La lira hinchendo en mi delirio ardiente
Los cielos de armonia,
Y siguiendo el riquísimo torrente
Audaz la lengua mia.

ODA IV.

LA AURORA BOREAL.

No tiembles, Lice, ni los ojos bellos
De objeto tanto atónita retires :
Perdone á tu mejilla
El miedo que su purpura mancilla
¿ Viste no ha nada la brillante llama
Morir del sol, que lánguido su carro

Deslizó al mar undoso ?

Elo, pues torna su esplendor glorioso.

Esas ardientes flechas, esa hoguera
Viva, agitada, que en su lumbre inflama

Del aire el gran vacío,

Rompiendo de la niebla el cerco umbrío:

Tantos grupos y piclagos de fuego

Que hirviendo bullen, la riqueza suma

De matices y albores,

Que del iris apocan los primores,

Son otra nueva aurora que del polo

Corriendo boreal, con sus reflejos

El horizonte dora,

Cual la que al día en su nacer colora.

Allá en su natal suelo y su infinita

Copia de luz, si rozagante tiende

La undosa vestidura,

Suple del sol la pompa y la hermosura.

Viérasla allí de mil y mil maneras

El cielo esclarecer: ora lanzarse

En rápido torrente,

Ora alzar leda la rosada frente,

Ora el oro del fulgido topacio

Mentir sus llamas, ó el azul mas puro

Y ora de la mañana

El claro albor y la encendida grana.

Si no se agita en turbulentos rayos,

Que aquí y allá flamígeros discurren,

Ahogando sus centellas

El fuego brillador de las estrellas;

O en arco inmenso se derrama y sube

Hasta el cenit, do pródigo sembrando,

Su inexhausto tesoro,

Tremola ufana su estandarte de oro:

Que el Lapon rudo extático contempla,

O á su próspera luz atento vaca

A sus pobres afanes,

Y acata entre ella á sus paternos manes.

Así el imperio de la noche vence

Que aquellas plagas desoladas cubre,

Llenando de alegría

Su eterno hielo y su tiniebla umbría.

Hija del sol, cual la que alegre rie

Para nosotros en el rubio oriente,

Recamada de albores,

Bañando en perlas las dormidas flores;

Del caro padre el rutilante carro

Purpúreo manto y túnica vistosa

Agraciada recibe,

Y de su llama y sus favores vive.

Así la nuestra, al empezar fogoso

El mismo sol su plácida carrera,

Le antecede lumbrosa,

La sien ceñida de jazmin y rosa

No temas pues sus ráfagas ardientes,

Ni rayos tantos ni vistosos juegos

Como en sus pasos forma

Ni si en mil modos su beldad transforma.

La misma siempre en apariencia varia,

Si la ignorancia la tembló algún día,

Y amenazó esplendente

Del tirano cruel la torva frente:

Hoy la verdad en colocar se place

Su númen claro en el radiante trono

Donde inocente brille,

Y nada aciago su fulgor mancille.

Rigiendo angusta con lucente cetro

El yerto polo y páramos sombríos,

Do en toda su grandeza

Su magestad se ostenta y su belleza.

Goza pues, Lice, sin zozobra goza

Del vistoso espectáculo que ofrece

Un nuevo día al suelo,

Ardiendo hermoso el ámbito del cielo.

V.

EN UNA SALIDA DE LA CORTE.

¡Oh, con qué silbos resonando allige

El aquilon mi oído! en negras nubes

Encapotado el cielo

El rápido huracán revuelve el suelo.

El blando otoño se amedrenta, y cede

Al invierno sañudo, que entre nieblas

Alza su frente umbría

Por la enricada cumbre de Fuenfria.

Cesan mudas las aves, largas lluvias

Inundan los collados, á un torrente

Otro torrente oprime;

Y el lento buey con el arado gime.

Oigo tu voz, Minerva: ya me ordenas

La corte abandonar por el retiro

Pacífico, y el coro

De divinos poetas. El canoro

Cisne de Mantua y el amable Teyo,

La dulce aheja del ameno Tibur,

Laso, y el culto Herrera,

Del Tórmes á la plácida ribera

Me arrastran; y tú en lauro coronado,

¡O gran Leon! que tu laud hiriendo

Tierno en el bosque umbrío,

Frenaste el curso al despeñado río.

La falsa corte y novelero vulgo

Desdeña el númen: los tendidos valles

Y el silencio le agrada,

Y la altísima sierra al cielo alzada.

En ocio y paz de la verdad atiende

Allí la augusta voz, el alma dócil

Su clara voz recibe,

Huye el horror, y la virtud revive.

Y al cielo alzados los elementos ojos

Le seña con la mano la ardua cumbre

Do la gloria se asienta,

Y á su lauro inmortal el pecho alienta.

Con vuestra llama inflamaré mi acento,

¡O blandos cisnes de Helicon! y alegre

Burlaré del oscuro

Pluvioso enero en el hogar seguro:

Que también algún día silbó el Noto

Sobre vuestras cabezas : y aterido
 Tambien quiso el invierno
 El eco helar de vuestro labio tierno.
 ¡Ay ! ¡ qué dura en el mundo ! al albo dia
 La noche aprenia : desaparece el año ;
 Y juventud graciosa
 Cede fugaz á la vejez rugosa.
 ¿ A qué afanar para un instante solo ?
 Ya me acecha la muerte, y ni los ruegos
 Enternecen la cruda,
 Ni hay escapar de su guadaña aguda.
 Ella herirá, y en el sepulcro umbrío
 Polvo y nada entraré ; sin que mas deje,
 ¡ O amargo desconsuelo !
 Que un nombre vano y lágrimas al suelo.

VI.

LA GLORIA EN LAS ARTES.

Don grande es la alta fama :
 Inclito premio de virtud, que al cielo
 Remonta envuelto en nube voladora,
 Desde el afan del circo polvoroso
 Al atleta dichoso
 Que arrebató la oliva triunfadora.
 O ya á la muerte, ardiendo en noble anhelo,
 Entre el plomo tronante, entre la llama
 Al ciudadano aclama
 Que impávido obedece su mandado,
 Trepando por la brecha con pié osado.
 De agudas picas una selva espesa :
 A su pecho se opone :
 Mas él al cabo lleva el ardua empresa :
 Brioso sobrepone
 El vencedor pendon al alto muro,
 Y el fruto coge de su afan seguro.
 Desde la popa bincharse
 Siente el sabio Ligur, la onda enemiga,
 El trueno retumbar, la quilla incierta
 Vagar llevada á la merced del viento,
 La chusma sin aliento,
 Y una honda boca hasta el abismo abierta :
 ¡ Vil galardón á su inmortal fatiga !
 Pero él escribe en tanto sin turbarse
 La inclita acción. « Hallarse
 » Podrá un dia, diciendo, tan preciado
 » Depósito, y mi nombre celebrado
 » De la Fama será. » Quiso benigno
 Darle la mano el cielo,
 Y entre las olas plácido camino
 Abrirle fausto hasta el hispano suelo.
 Los hombres á su arrojó sin segundo
 Deben doblado en su extension el mundo.
 La Fama á tanto alienta :
 Ella al alma feliz que rica nace
 De claro entendimiento, la retina
 Del vulgo, y de Sofia á la morada
 La conduce elevada,

Do sus tesoros silenciosa admira.
 ¿ Qué vigilia, qué afan la satisfacc ?
 ¿ O en qué invencion su anhelo se contenta ?
 Todo lo ansia sedienta
 A par que alcanza mas : la noche, el dia
 Son breves á su ardor. Solo ella guia
 Del mando en el sendero peligroso
 Al varon eminente.
 Que, mientras duerme el ocio perezoso,
 Busca profundo, y forma diligente
 Leyes que hagar al mundo afortunado :
 Frutos de su vigilia y su cuidado.
 Mas la gloria lo ordena,
 La gloria, de almas grandes alimento,
 Que, á la virtud divina confiada ;
 Peligros y sudores desestima.
 Esta llama que anima
 El frágil mortal pecho, denodada
 Todo lo emprende y tienta. A su ardimiento
 ¿ Que puede huir ? La inmensidad terrena
 El corazon no llena
 Del hombre : aun le parece espacio breve
 A la mente, y alliva á mas se atreve.
 Ya el águila caudal suelto le mira
 Partir su señoría
 Cuando en los aires se remonta y gira :
 Baja el ardiente rayo á su albedrio ;
 Y aun es fama que el Sena, al verse hollado
 De humana planta, se paró asustado.
 Tal del Genio divino
 Es el poder : la mente creadora,
 Emula del gran ser que le dió vida,
 Hasta las obras enmendar desea
 De su suprema idea.
 Asi en la llana tabla colorida
 Nuevos seres engendra, y los mejora
 De diestra mano el toque peregrino.
 Asi halló, con destino
 Fausto, el dibujo Ardices contornado :
 El color Polignoto variado
 Despues : las lineas otro : los pinceles
 Un otro : en perspectiva
 Se ordenaron los cuerpos : cupo á Apeles
 La gracia celestial, nunca mas viva
 Que al admirarla Grecia compendiada
 En su Coa, deidad aun no acabada.
 Al arte engañadora,
 ¿ Qué entonces resistió ? Duda la mano
 Sombras palpaudo, si la vista ó ella
 Es la burlada, y torna, y se asegura.
 Una inmensa llanura
 Encierra espacio breve, y por corrella
 La planta anhela con ardor liviano.
 Aun la sombra de Helena me enamora ;
 Y aun tierno el pecho llora
 De la infelice Elisa el doloroso
 Trance, al mirar su lienzo menfiroso.
 ¡ O mágico poder ! El delicado
 Botón, la parda nube,
 La vaga luz, el verde variado,

El ave que volando al cielo sube,
Solo unas líneas son, y el pensamiento
Cual la misma verdad llevan contento.

Ni los mas escondidos
Movimientos del alma y sus pasiones
Pueden el reino huir de los pinceles.
Sorpréndelos el arte : indaga el pecho,
Y héle ua volcan hecho
De turbados deseos, que los fieles
Matices le trasladan. Las razones
Del Itacense escuchan los oidos :
Yelmo y pabés bruñidos,
Y el asta del gran hijo de Peleo
Venganza al griego demandando veo.
El atenicense Genio, vario, airado,
Feroz, fugaz, injusto,
Clemente, compasivo y elevado
A un tiempo advierto. Y al mirar me asusto
La faz de la impia guerra, que indignada
Al carro bramaba de Alejandro atada.

Tanto el deseo alcanza
De una fama inmortal : tal fuego prende
Su ansia en el corazon. Ella al divino
Apeles llevó á Rodas de sus laras
Por los tendidos mares :
Tiene años siete en un afan contino
De *Jaliso* al autor : el genio enciende
De Rafael, y el cetro le afianza,
Con eterna alabanza,
De la pintura en su Tabor pasmoso :
Vargas, Céspedes, Juanes, el reposo
Pierden por ella el Lacio discurriendo.
Y tú, Mengs sobrehumano :
Tú, malogrado Mengs, en ella ardiendo
Los pinceles no sueltas de la mano :
Ve tus divinas tablas envidiosas
Naturalza, y tu alma aun no reposa.

Mas ¡o memoria aciaga!
Mengs muere, y en su tumba el Genio helado
De la pintura yace. La hechicera
Gracia, la ideal belleza, la ingeniosa
Composicion, la hermosa
Verdad del colorido, la ligera
Expresion, el dibujo delicado...
¡Ah! ¿Dónde triste mi discurso vaga?
Deja que satisfaga,
Noble Academia, á mi dolor : de flores
Sembrad la losa fria : estos honores
Son al pintor filósofo debidos,
Al émulo de Apeles.
Si tú, dulce Carmona, repetidos,
En el cobre nos das de sus pinceles
Los milagros, ¡oh cuánta! oh cuánta gloria
Guarda el tiempo á la suya y tú memoria!

Mas yo del mármol mudo,
Del mármol respirante arrebatado
Do volverme no sé. Por cualquier parte
Un númen halla alónito el deseo.
Aqui extasiado veo
Que al mismo Amor amor infunde el arte.

Allí del fiero atleta
Huyo, y siento acullá que al golpe rudo
El gladiator forzado
Cae, agoniza, y lanza por la herida,
Envuelto en sangre, la infelice vida.
Quiero ahuyentar el ave que arrebató
Al barragan troyano :
Por el dolor que á Niobe maltrata
Tierno se agita el corazon liviano ;
Y en él cual cera cada bulto imprime
El mismo afecto que falaz exprime.
Emula y compañera
Dal mágico pincel, tú en el grosero
Mármol con mano diestra vas buscando
La divina beldad que en sí tenia.
Tú á su materia fria
Dar sabes vida y movimiento blando :
Y haces eterno al inclito guerrero.
Aun de Antonino al sucesor venera
Presente Roma : aun fiera
La faz del Macedon dura entallada.
Y tú, en inmensas fábricas osada
Con arcos y palacios suntuosos,
Tambien ¡o Arquitectura!
Sabes eternizar : siempre famosos
Serán Delfos y el Faro : intacta dura
La fama de Artemisa : ni sumido
Verá ¡o Cárlos! tu nombre el negro olvido.

¡O pio, feliz, justo!
¡O comun padre! ¡o triunfador, amigo
Y amparo de las artes generoso!
Benigno Cárlos, tu real largueza
Las sublimó á la alteza
En que hoy las goza el español dichoſo
Desde tu excelso trono blando abrigo
¡Oh! dales indulgente. Deja, Agosto,
Deja acercar sin susto
A tus plantas mi musa reverente,
Ceñir de lauro tu sagrada frente.
Deja á las artes; al hispano anbelo
Gozar tu deseada
Forma en estatuas mil : da este consuelo
A tus amados. Mantua decorada
Del vencedor de Nápoles se vea.
¡Oh, alcáncelo mi ruego, y luego sea!

Y tú que con él partes
El celo y los cuidados, embebido
En la comun salud, tambien patrono
De las musas, munifico Mecenas,
Las congojosas penas
Depon del mando, y oficioso al trono
Sube el ferviente voto repetido
Que hacen conmigo tus amigas artes.
Tú, que aquí les repartes
Tus dones liberal, tambien al lado
Del tercer Cárlos te verás copiado :
Ya en faz amiga y mano cariñosa,
Dando á esta turba ardiente
De jóvenes la palma gloriosa :
Ya oyendo al artesano diligente,

O ya al triste colono el yugo grave,
Legislador tornando mas suave.

VII.

A LAS ESTRELLAS.

¿Dó estoy? ¿qué presto vuelo
De alada inteligencia me levanta
Desde la tierra vil á los reales
Alcázares del cielo?
Parad, soles ardientes,
Lámparas eternas,
Que huis girando en ligereza tanta,
Las alas esplendentes
Coged, coged; y en vuestra luz gloriosa
Abismese mi vista venturosa.

Por do quiera fulgores,
Y viva accion, y presto movimiento.
El Dios del universo aquí ha sentado
Su corte entre esplendores:
Del infinito coro
De ángeles acatado,
Grato aquí escucha el celestial concento
De sus laudes de oro;
Cual alma celestial el orbe alienta,
Y en sola una mirada lo sustenta.

¿Qué es de la tierra oscura?

¿Este átomo de polvo que orgulloso
Devastándolo agita el hombre insano
¡Ay! ora en guerra dura?

Despareció; y perdido
Su sol con ella; en vano
Ansia el ánimo hallarlo cuidadoso
Entre tanto encendido
Fanal, ni á sus plantas: allí estaba
La blanca luna; y Marte allá tornaba.

Sobre ellos sublimado

Corro en la inmensidad: la lira ardiente,
El Orion, las Pléyades lluviosas,
Y á ti, ¡o Sirio! inflamado

En viva, hermosa lumbre
Dejo atras, y las Osas.

Sobre el fanal del polo refulgente
Del empíreo á la cumbre
Trepo: la mente aun mas allá se lanza,
Y de la creacion el fin alcanza.

¿Qué digo el fin!... empieza

Otro y otro sistema, y otros cielos,
Y otros soles y globos cristalinos
De indecible belleza.

¿Qué serafin glorioso
En sus vagos caminos
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?

Mi espíritu congoso
Por do quier halla mas, si mas desea;
Y el infinito en torno le rodea.

Si, si, que la inefable,

Diestra del Hacedor no se limita
Cual la mente humanal á cerco breve.
El mar ancho, insondable,

Tan nada le ha costado
Cual la arenilla leve:
Lo propio un claro sol, que esa infinita
Multitud que ha sembrado
Como el polvo en el ancho firmamento.
Y hoy de nuevo encender miles sin cuento.

Ante el como la nada
Así es la creacion, menos que un puro
Rayo solar á su orbe luminoso:
Ni en su mente agrada
Hay hasta aquí: su diestra
Jamás yace en reposo,
Del punto que animando el caos oscuro,
En soberana muestra
De su alto mando le intimó: *fenece*;
Y á esta ancha inmensa bóveda: *aparece*.
¡Ojalá en ella unido

A algun cometa ardiente su carrera
Rápida inmensurable acompañara!
En el éter perdido,
Curioso indagarla
Tanta y tanta luz clara.
Ya en su giro con siglos me escondiera:
Ya cabe el sol veria
De dó su llama sempiterna viene;
Qué brazo así colgado le sostiene;

Qué es el opaco anillo
Del helado Saturno, y si al radiante
Júpiter los satélites aumentan
Su benéfico brillo:

En la cándida zona
Cuántos soles se cuentan;
Cuántos en el zodiaco centellante;
Quién puso la corona
Dó está, y la Hidra, y el Centauro fiero;
Dó la Andrómeda brilla, y dó el Boyero:

Y á todos demandara

Por su infinito autor, dónde asentado
Entre esplendores y eternal ventura
Su excelso trono alzara;
Por cuál feliz camino
La humilde criatura
Puede trepar á su inefable estado;
Dó su confin divino
Toca, y qué sol le alumbrará; ó dónde dijo:

« De mis obras el término aquí fijo.

« Cesemos: este sea

« Postrer lucero, el vallador lumbroso

« A la gran obra que yacia acordada

« En mi inefable idea,

« Columna magestuosa

« Entre el ser y la nada

« Alzada por mi brazo poderoso.

« Mi bondad ve gozosa

« Del postrer mundo al átomo primero;

« Y en todo brilla, y mi supremo esmero.

Decid, pues, encendido:

Globos que ardeis sin número, fanales
Que ornais el manto de la noche umbría,
Los hombres embebidos

Alzando hasta la altura
 Del Ser grande que os guía
 Rodando en esas plagas eternas;
 Vosotros que segura
 Senda al sabio mostráis, que os mira atento
 Por el tendido líquido elemento;

O en voluble semblante
 Diráis al labrador en la apartada
 Edad lecciones, como fiel partiese
 Su trabajo incesante,
 Y la rauda presteza
 De los tiempos midiese:
 Decid, globos, decid ¿dónde le agrada
 De su faz la belleza

Mostrar á ese gran Ser? ¿dónde mi anhelo
 La verá, de su gloria caído el velo?
 Buscárale cuidadoso

Por todo el ancho mundo, á la indistinta
 Variedad de los seres demandando
 Por su Hacedor glorioso.
 El insecto brillante

Me responde sonando:
El que de oro y azul mis alas pinta
Está mas adelante:

Está mas adelante, me responde
 La garza que en la nube audaz se esconde.
 Y la mar procelosa,
Mas adelante, rebramando suena,

Y el fiero Leviatan en su hondo abismo:
 En la aura vagarosa
 Trinando al pueblo alado
 Decir oigo lo mismo;
 Y el rayo asolador que el mundo llena
 En su vuelo inflamado
 De horror y pasmo, *mas allá, me clama,*
Mora el que enciende mi sonante llama.
 ¿Dónde, soles gloriosos
 Está este *mas allá* que nunca veo?
 ¿Jamás ni un alma vencerá atrevida
 Los lindes misteriosos
 De ese imperio inefable,
 Por mas que enardecida
 Avance en su solícito deseo?
 ¡Ah! siempre inmensurable
 Al hombre agobiará naturaleza
 Agobiado en su misera bajeza:
 Siempre, lumbres sagradas,
 Vosotras ardereis, en pos la mente
 Vuestro áurco giro seguirá afanosa
 Con alas desmayadas,
 Y caerá sin aliento.
 La noche misteriosa
 Colgará con su velo refulgente
 El ancho firmamento;
 Y yo en mi amable error luego embriagado
 Tornaré inquieto á mi feliz cuidado.

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

Nació en Gijón en 5 de enero de 1744 : su primera educación la recibió en su patria, la filosofía la aprendió en Oviedo, y los elementos del derecho canónico y civil en la universidad de Avila. Al principio fué destinado á la Iglesia, ordenado de menores, y aun disfrutó algunos beneficios eclesiásticos. Pero como fuese provisto de una beca en el colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá, y tratase de ir á hacer oposicion á la canongia doctoral de la catedral de Tuy, los amigos y parientes que tenia en Madrid le aconsejaron que, dejada la carrera eclesiástica, se dedicase á la civil, y le consiguieron una plaza de alcalde de la cuadra en la Audiencia de Sevilla. Allí reformó sus estudios, y amplió sus conocimientos, preparando su entendimiento á aquellas tareas que tanta utilidad habian despues de dar á su patria, tanto lustre á las letras, y tanta gloria á su nombre. En la misma época fué cuando escribió *el Delincuente honrado*, y el *Pelayo*; tradujo el libro primero de *el Paraíso perdido* de Milton, y compuso las diferentes poesias que él llamaba sus *Ocios juveniles*. Promovido á Oidor del mismo tribunal en 1774, y traído á Madrid de alcalde de casa y corte cuatro años despues, fué nombrado consejero de órdenes en 1780; y no hubo en la corte asociacion ninguna de utilidad pública ni instituto literario que no se gloriase de tenerle por colaborador y por individuo, y en donde sus trabajos no contribuyesen poderosamente al honor del cuerpo en que se hacian, y al bien general del Estado, que era el objeto primario y esencial de todos sus afanes y tareas. Entre las infinitas que le ocuparon en aquellos diez años, las de mas nombre fueron su *Discurso sobre la necesidad del estudio de la Historia para el de la Jurisprudencia*, la *Memoria sobre las diversiones públicas*, el *Elogio histórico de las nobles Artes españolas*, los dos Elogios de don Ventura Rodriguez y Carlos III, y sobre todo su *Informe sobre la Ley agraria*, que le ha granjeado un nombre tan respetable en toda Europa. La situacion próspera y brillante en que se hallaba se anubló de repente en 1790 cuando la desgracia y prision de su amigo el conde de Cabarrus. Entonces la comision que se le habia dado de ir á Asturias á fundar un Instituto científico, se convirtió en un destierro disimulado que duró ocho años continuos. Al cabo de ellos en 1797 fué llamado á Madrid para desempeñar el ministerio de gracia y justicia, en cuyo encargo permaneció poco tiempo: Porque, convertida aquella aura de favor en persecucion y encono, no solo fué otra vez desterrado á su pais, sino que como á reo de Estado se le arrestó despues y se le condujo primero á la Cartuja de Mallorca, y despues al castillo de Belver.

Allí permaneció sufriendo los rigores de un encierro tan injusto, hasta que en 1808 los sucesos de Aranjuez vinieron á trocar enteramente aquella desgraciada situacion. Puesto en libertad, y cuando se disponia á retirarse á su casa en Asturias á descansar de sus trabajos en el seno de su familia, y al frente de su querido Instituto, el desamparo en que dejaron á la nacion las violencias francesas, le obligó á recibir el encargo tan arduo como honorífico de hacer parte de aquella junta central que habia de dirigir los esfuerzos de los españoles en la defensa del trono y de la independencia. Jovellanos fué uno de los que mas se distinguieron en ella por la integridad de su carácter, por la nobleza de sus miras, y por su admirable constancia en los trabajos y peligros de aquella peligrosa estacion. La junta terminó sus funciones en la Isla de Leon á principios del año de 1810, y Jovellanos se dispuso á volver á su patria por mar; pero estando ocupada Asturias por los franceses, tuvo que detenerse en Galicia hasta el año siguiente, en que evacuada ya la provincia, pudo verificar su deseo, y entró en Gijón en 6 de agosto de 1811. Recibióle allí como en triunfo aclamándole todos su bienhechor y su padre. Dióse al instante á sus ocupaciones favoritas, á restablecer el Instituto de sus ruinas, á fomentar todos los objetos de prosperidad general, á sostener y avivar el valor de sus compatriotas en la lucha que aun duraba. Pero los enemigos volvieron á invadir la provincia, y él tuvo que salvarse á toda prisa por mar: y despues de haber sufrido dos borrascas peligrosas, falleció de una aguda pulmonía en el pequeño puerto de Vega, el 27 de noviembre de 1811, á los 66 años de su edad.

IDILIO. — I.

AL SOL.

Padre del universo,
 Autor del claro día,
 Brillante sol, á cuyos
 Influjos la infinita
 Turba de los vivientes
 El ser debe y la vida:
 Tú, que rompiendo el seno
 De la alba cristalina,
 Sales sobre el oriente
 A derramar el día
 Por los profundos valles
 Y por las altas cimas;
 De cuyo reluciente
 Curso las diamantinas
 Y voladoras ruedas
 Con rapidez no vista
 Hienden el aire vago
 De la region vacía,
 En hora buena vengas,
 De luces matutinas
 De rayos coronado
 Y llamas nunca extintas,
 A henchir las almas nuestras
 De paz y de alegría.
 La tenebrosa noche,
 De fraudes, de perfidias
 Y dolos medianera,
 Se ausenta de tu vista,
 Y busca en los profundos
 Abismos su guarida.
 El sueño perezoso,
 Las sombras, las mentidas
 Fantasmas, y los sustos,
 Su horrenda comitiva,
 Se afejan de nosotros,
 Y en pos del claro día
 El júbilo, el sosiego
 Y el gozo nos visitan.
 Las horas transparentes
 De clara luz vestidas
 Señalan nuestros gustos
 Y miden nuestras dichas.
 O bien brillante salgas
 Por las éas cimas
 Rigiendo tus caballos
 Con las doradas bridas;
 O ya el luciente carro
 Con nuevo ardor dirijas
 Al reino austral, de donde
 Mas luz y fuego vibras;
 O, en fin, precipitado
 Sobre las cristalinas
 Occiduas aguas caigas
 Con luz mas blanda y tibia;
 Tu rostro refulgente,

Tu ardor, tu luz divina
 Del hombre serán siempre
 Consuelo y alegría.

II.

A LA LUNA.

¿A dónde vas vestida
 De suaves resplandores
 Con paso tan callado,
 O reina de la noche?
 En tanto que Morfeo
 Con plácidos vapores
 Suspende las tareas
 De fieras, aves y hombres;
 ¿Qué impulso, qué destino
 Tu reluciente coche
 Eleva en los collados
 Del húmedo horizonte?
 ¿Porqué la sombra ahuyentas
 De los celestes orbes,
 Y en el paterno cahos
 Sepultas sus horrores?
 ¡Porqué con luz radiante
 Al érebo te opones,
 Y su heredado imperio
 Le usurpas á la noche!
 ¿Qué inútil desperdicio
 De luces y fulgores,
 Que el mundo soñoliento
 Ni ve ni reconoce!
 ¡Cuán vana y officiosa
 Los derramas sin órden
 Por las desiertas playas,
 Por los medrosos bosques!
 Mas ¡ay! que ya descubro
 La fuerza que dispone
 Tus rumbos, é imperiosa
 Da causa á tu desórden.
 Un núnem implacable
 Te arrastra, un núnem rompe
 De tu pudor los lazos
 Y enciende tus pasiones.
 Ni el escuadron inmenso
 De estrellas y de soles
 Que sigue lento el curso
 De tu esplendente coche:
 Ni el trono en que resides
 Bañado en luz, ni el noble,
 Alto, inmortal origen
 De tu deidad trifforme
 Bastaron á librarte
 De amor y sus arpones.
 Tú amas, sí, tú sigues
 La ley que reconocen
 Con fuerza irresistible
 Los hombres y los dioses:
 Y en tanto que corrida
 Quisieras las regiones

Trocar del alto cielo
 Por los tartáreos bosques,
 Del duro amor guiada
 Registras todo el orbe,
 Las playas y los valles,
 Los mares y los montes,
 Buscando ansiosa y triste
 Al barragan que sobre
 Las cumbres de Tesalia
 El hado de ti esconde.
 Le ballas por fia, mas cuando
 Amante reconoces
 De tu pasión la causa
 Y al dulce triunfo corres,
 El misero insensible,
 Y hundido en sueño torpe,
 Ni á tu esplendor despierta,
 Ni aun sueña tus favores.

III.

A UN SUPERSTICIOSO.

¿Porqué consultas, dime,
 Con las estrellas, Fabio,
 Y vas en tus mansiones
 Tu oróscopo buscando?
 ¿Son ellas, por ventura,
 A quienes fué encargado
 Dar principio á tus días
 O término á tus años?
 Las vidas de los hombres
 No penden de los astros,
 Que en el Olimpo tienen
 Moderador mas alto.
 Aquel gran Ser que supo
 Con poderosa mano
 Los orbes cristalinos
 Sacar del hondo caos;
 Que enciende el sol, y guía
 Su luminoso carro,
 Que mueve entre las nubes
 De estruendo y furia armado
 Su coche, y forma el trueno
 Que vibra el fuerte rayo,
 Refrena el viento indócil,
 Y aplaca el mar turbado;
 Aquel es de tu vida
 El dueño soberano
 Y el solo en sí contiene
 La suma de tus años.
 Implórale, y no fies
 Tu dicha en los arcanos
 Del tiempo, ni al incierto
 Compas del astrolabio.
 Implórale, y no alces
 Tus ojos al zodiaco,
 Que á sus cons elaciones
 Del hombre no ligaron
 Las dichas, ni el contento

Con ciega ley los hados.
 Implórale, y ahora
 Escrito esté el amargo
 Momento de tu muerte
 Sobre el fogoso Tauro;
 Ora por las Pleyadas
 No visto, de Acuario
 Guardado esté en la urna;
 Respetá de su brazo
 La fuerza omnipotente
 Y adórala postrado:
 Que no de los planetas
 Ni los volubles astros
 Pendiente está tu vida,
 Mas solo de su brazo.

IV.

A ANFRISO.

Con dulce y triste acento
 Cantaba el otro dia
 Anfriso congojado
 Desdenes de su Lisa.
 Cantaba los enojos
 De la engañosa ninfa;
 Y al son bien acordado
 De su laud salia
 Envuelta en mil suspiros
 Su queja bien sentida.
 Oyéronle, y sus males
 Sintieron compasivas
 Las aves que cruzaban
 Por la region vacia.
 Los brutos en el centro
 De las montañas silvas,
 Y en su argentado márgen
 Las claras fuenteçillas.
 Jovino, á cuya oreja
 La flevil armonia
 Llegó, tambien dolióse
 De pena tan esquivá.
 ¿Cabe en humanos pechos,
 Lleno de horror decia,
 Tan doble y falso trato,
 Tan bárbara perfidia?
 ¿Que Dios, que astro enemigo
 Con influéncia esquivá
 Pudo apartar dos almas
 Que el blando amor unia?
 Mas ¡ay! que son acaso
 ¡O Anfriso! de tu Lisa
 Fingidos los enojos:
 Que á veces desconfian
 Zelosas las mugeres
 De nuestra fe, y altivas
 Para probarnos solo
 Nos niegan sus caricias.
 Cubren la ardiente llama
 Que el pecho les agita,

Y en vez de dulce agrado,
Y en vez de dulce risa,
Ofrece su semblante
Enojo y crueles iras.

Mas guarte, no las creas
Anfriso, á las malignas :
¡Ay! guarte, no te engañe
Con sus astucias Lisa!
Cuando se muestre airada
No adules su malicia
Con quejas vergonzosas,
Con lágrimas indignas :
¡Ay! guarte, no te dobles,
¡Ay! guarte, no te rindas.
Si te ama, sufre y deja
Que con cruéza impía
Traspase sus entrañas
La flecha vengativa,
Con la que herir de lleno
Tu corazon medita.
Verás que amor la vuelve
A tus halagos fina :
Y aquella que á tu pecho
Hizo sentir esquivá
Tan fieros sobresaltos,
De tu desden corrida
Hará por obligarte
Finezas exquisitas ;
Y tú estarás vengado
Cuando ella arrepentida.
Mas si no te ama ¡ay! guarte,
No adules su perfidia
Con quejas vergonzosas,
Con lágrimas indignas.

V.

A MELENDEZ.

¿Quién me dará que pueda,
Batilo, remontado
Sobre el humilde vulgo
Seguirte por el arduo
Camino por do corres
Con gigantes pasos
Al templo de la fama?
¿Quién me dará que al alto
Monte contigo pueda
Subir á henchir mis labios
Cual tú del dulce néctar
En el randal castalio?
¡Pluguiera al Dios intonso
Que juntos del Parnaso
Venciésemos la cima,
Y en ella rodeados
De gloria, á par del númen
Viviésemos loando
De la virtud divina
La gracia y los encantos!
Entonces sí que, libres

Del soplo envenenado
Del odio y de la envidia,
Burláramos cantando
Sus tiros descubiertos
Y sus ocultos lazos.
Entonces sí que, lejos
Del turbulento bando
Que sigue los pendones
Del vicio, y agitados
De un estro mas divino
Las liras, por la mano
De la amistad guarnidas
De oro y marfil, tocando,
Los cielos de armonía
Hinchierámos, en tanto
Que la parlara fama
Llevaba resonando
Unidos nuestros nombres
Desde el arturo al austro.
Entonces sí que, absortos
Al peregrino encanto
De nuestra voz, los hombres
Huyeran desde el ancho
Camino de los vicios,
Hasta los poco hollados
Senderos que conducen
A la virtud, ganando
Con santo ardor la altura,
Do tiene el soberano
Rector del cielo al justo
Su galardón guardado.

SONETOS. — I.

A CLORI.

Sentir de una pasión viva y ardiente
Todo el afán, zozobra y agonía,
Vivir sin premio un día y otro día ;
Dudar, sufrir, llorar eternamente :
Amar á quien no ama, á quien no siente,
A quien no corresponde, ni desvía ;
Persuadir á quien cree y desconfía,
Rogar á quien otorga y se arrepiente :
Luchar contra un poder justo y terrible,
Temer mas la desgracia que la muerte,
Morir, en fin, de angustia y de tormento
Víctima de un amor irresistible ;
Ve aquí mi situación, esta es mi suerte,
¿Y aun pretendes, cruel, que esté contento

II.

A LA MISMA.

De agudo mal el golpe no esperado
Asusta, Clori, tu preciosa vida ;
Y al mirarte doliente y afligida
Mi enfermo corazón tiembla asustado.
Dos veces con influjo porfiado

Ejerce el mal su saña enfurecida,
 Una turbando mi alma dolorida,
 Otra afligiendo tu ánimo angustiado.
 ¿Cuál, Clori, de los dos, pues, la inclemencia
 Del mal sentimos ambos de consuno,
 Cuál, dime, sufrirá mayor martirio?
 ¿Tú, en quien se ceba la cruel dolencia;
 O yo que todo el mal siento importuno
 De tu misma dolencia y mi delirio?

EPISTOLA.

FABIO A ANFRISO.

Descripcion del Paular.

* Credibile est illi nomen inesse loco.
 OVIDIUS.

Desde el oculto y venerable asilo
 Do la virtud austera y penitente
 Vive ignorada, y del liviano mundo
 Huida, en santa soledad se esconde,
 El triste Fabio al venturoso Anfriso
 Salud en versos flébiles envía.
 Salud le envía á Anfriso, al que inspirado
 De las mantuanas musas, tal vez suele
 Al grave son de su celeste canto
 Precipitar del viejo Manzanares
 El curso perezoso: tal suave
 Suele ablandar con amorosa lira
 La altiva condicion de sus zagalas.
 ¡Pluguiera á Dios, o Anfriso, que el cuitado,
 A quien no dió la suerte tal ventura,
 Pudiese huir del mundo y sus peligros!
 ¡Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla
 Logró arribar á puerto tan seguro,
 Que esconderla supiera en este abrigo,
 A tanta luz y ejemplos enseñado!
 Huyera así la furia tempestuosa
 De los contrarios vientos, los escollos,
 Y las fieras borrascas tantas veces
 Entre sustos y lágrimas corridas.
 Así tambien del mundanal tumulto
 Lejos, y en estos montes guarecido,
 Alguna vez gozára del reposo,
 Que hoy desterrado de su pecho vive.
 ¡Mas ay de aquel que hasta en el santo asilo
 De la virtud arrastra la cadena,
 La pesada cadena con que el mundo
 Oprime á sus esclavos! ¡Ay del triste
 En cuyo oido suena con espanto,
 Por esta oculta soledad rompiendo,
 De su señor el imperioso grito!
 Busco en estas moradas silenciosas
 El reposo y la paz, que aquí se esconden,
 Y solo encuentro la inquietud funesta,
 Que mis sentidos y razon conturba.
 Busco paz y reposo, pero en vano
 Los busco ¡o caro Anfriso! que estos dones,
 Herencia santa, que al partir del mundo

Dejó Bruno en sus hijos vinculada,
 Nunca en profano corazon entraron,
 Ni á los parciales del placer se dieron.
 Conozco bien que, fuera de este asilo,
 Solo me guarda el mundo sinrazones,
 Vanos deseos, duros desengaños,
 Susto y dolor; empero todavía
 A entrar en el no puedo resolverme.
 No puedo resolverme, y despechado
 Sigo el impulso del fatal destino,
 Que á muy mas dura esclavitud me guia.
 Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
 Por todas partes los pesados grillos,
 Que de la ansiada libertad me privan.
 De afañ y angustia el pecho traspasado,
 Pido á la muda soledad consuelo,
 Y con dolientes quejas la importuno.
 Salgo al ameno valle, subo al monte,
 Sigo del claro rio las corrientes,
 Busco la fresca y deleitosa sombra,
 Corro por todas partes, y no encuentro
 En parte alguna la quietud perdida.
 ¡Ay, Anfriso, qué escenas á mis ojos.
 Cansados de llorar, presenta el cielo!
 Rodeado de frondosos y altos montes
 Se extiende un valle, que de mil delicias
 Con sabia mano ornó naturaleza.
 Partele en dos mitades, despeñado
 De las vecinas rocas, el Lozoya,
 Por su pesca famoso y dulces aguas.
 Del claro rio sobre el verde margen
 Crecen frondosos álamos, que al cielo
 Ya erguidos alzan las plateadas copas,
 O ya sobre las aguas encorbados,
 En mil figuras miran con asombro
 Su forma en los cristales retratada.
 De la siniestra orilla un bosque ombrío
 Hasta la falda del vecino monte
 Se extiende: tan ameno y delicioso,
 Que le hubieran juzgado el gentilismo
 Morada de algun dios, ó á los misterios
 De las silvanas Driadas guardado.
 Aquí encamino mis inciertos pasos,
 Y en su recinto ombrío y silencioso,
 Mansion la mas conforme para un triste.
 Entro á pensar en mi cruel destino.
 La grata soledad, la dulce sombra,
 El aire blando, y el silencio mudo,
 Mi desventura y mi dolor adulan.
 No alcanza aquí del padre de las luces
 El rayo azechador, ni su reflejo
 Viene á cubrir de confusion el rostro
 De un infeliz, en su dolor sumido.
 El canto de las aves no interrumpe
 Aquí tampoco la quietud de un triste;
 Pues solo de la viuda tortolilla
 Se oye tal vez el lastimero arrullo,
 Tal vez el melancólico trinado
 De la angustiada y dulce Filomena.
 Con blando impulso el céfiro suave,

Las copas de los árboles moviendo ,
 Recrea el alma con el manso ruido :
 Mientras al dulce soplo desprendidas
 Las agostadas hojas , revolando ,
 Bajan en lentos círculos al suelo :
 Cúbrenle en torno , y la frondosa pompa
 Que al árbol adornara en primavera ,
 Yace marchita y muestra los rigores
 Del abrasado estío y seco otoño .
 Así tambien de juventud lozana
 Pasan ¡ o Anfriso ! las livianas dichas !
 Un soplo de inconstancia , de fastidio ,
 O de capricho femeníl las tala
 Y lleva por el aire , cual las hojas
 De los frondosos árboles caídas .
 Ciegos empero , y tras su vana sombra
 De continuo exhalados , en pos de ellas
 Corremos hasta hallar el precipicio
 Do nuestro error y su ilusion nos guian .
 Volamos en pos de ellas , como suele
 Volar á la dulzura del reclamo
 Incauto el pajarillo : entre las hojas
 El preparado visco le detiene :
 Lucha cautivo por huir , y en vano ;
 Porque un traidor , que en asechanza alisba ,
 Con mano infel la libertad le roba ,
 Y á muerte le condena ó cárcel dura .
 ¡ Ah ! ¡ dichoso el mortal de cuyos ojos
 Un pronto desengaño corrió el velo
 De la ciega ilusion ! ¡ Una y mil veces
 Dichoso el solitario penitente
 Que , triunfando del mundo y de sí mismo ,
 Vive en la soledad libre y contento !
 Unido á Dios por medio de la santa
 Contemplacion , le goza ya en la tierra ;
 Y retirado en su tranquilo albergue
 Observa reflexivo los milagros
 De la naturaleza , sin que nunca
 Turben el susto ni el dolor su pecho .
 Regálante las aves con su canto .
 Mientras la aurora sale refulgente
 A cubrir de alegría y luz el mundo .
 Nácele siempre el sol claro y brillante ,
 Y nunca á él levanta conturbados
 Sus ojos , ora en el oriente raye ,
 Ora del cielo á la mitad subiendo ,
 En pompa guie el reluciente carro ,
 Ora con tibia luz , mas perezoso ,
 Su faz esconda en los vecinos montes .
 Cuando en las claras noches cuidadoso
 Vuelve desde los santos ejercicios ,
 La plateada luna en lo mas alto
 Del cielo mueve la licuente rueda ,
 Con augusto silencio ; y recreando
 Con blando resplandor su humilde vista .
 Eleva su razon , y la dispone
 A contemplar la alteza , y la inefable
 Gloria del Padre y Criador del mundo .
 Libre de los cuidados enojosos ,
 Que en los palacios y dorados techos

Nos turban de continuo , y entregado
 A la inefable y justa Providencia ,
 Si al breve sueño alguna pausa pide
 De sus santas tareas , obediente
 Viene á cerrar sus párpados el sueño
 Con mano amiga , y de su lado ahuyenta
 El susto y las fantasmas de la noche .
 ¡ O suerte venturosa á los amigos
 De la virtud guardada ! ¡ O dicha , nunca
 De los tristes mundanos conocida !
 ¡ O monte impenetrable ! ¡ O bosque ombrio !
 ¡ O valle deleitoso ! ¡ O solitaria ,
 Taciturna mansion ! ¡ O , quien del alto
 Y proceloso mar del mundo huyendo
 A vuestra eterna calma , aquí seguro
 Vivir pudiera siempre , y escondido !
 Tales cosas revuelvo en mi memoria
 En esta triste soledad sumido .
 Llega en tanto la noche , y con su manto
 Cobija el ancho mundo . Vuelvo entonces
 A los medrosos claustros . De una escasa
 Luz el distante y pálido reflejo
 Guia por ellos mis inciertos pasos ;
 Y en medio del horror y del silencio ,
 ¡ O fuerza del ejemplo portentosa !
 Mi corazon palpita , en mi cabeza
 Se erizan los cabellos , se estremece
 Mis carnes , y discurre por mis nervios
 Un súbito rigor que los embarga .
 Parece que oigo que del centro oscuro
 Sale una voz tremenda que , rompiendo
 El eterno silencio , así me dice :
 « Huye de aquí , profano : tú , que llevas
 « De ideas mundanales lleno el pecho ,
 « Huye de esta morada , do se albergan
 « Con la virtud humilde y silenciosa
 « Sus escogidos : huye , y no profanes
 « Con tu planta sacrilega este asilo . »
 De aviso tal al golpe confundido ,
 Con paso vacilante voy cruzando
 Los pavorosos tránsitos , y llevo
 Por fin á mi morada , donde ni ballo
 El ansiado reposo , ni recobran
 La suspirada calma mis sentidos .
 Lleno de congojosos pensamientos
 Paso la triste y perezosa noche
 En molesta vigilia , sin que llegue
 A mis ojos el sueño , ni interrumpen
 Sus regalados bálsamos mi pena .
 Vuelve por fin con la risueña aurora
 La luz aborrecida , y en pos de ella
 El claro día á publicar mi llanto ,
 Y dar nueva materia al dolor mio .

SATIRA PRIMERA.

¿ Quis tãmpatiens ut teneat se ?
 JUVENAL.

Déjame , Arnesto , déjame que lloro

Los fieros males de mi patria, deja
 Que su ruina y perdicion lamente;
 Y si no quieres que en el centro oscuro
 De esta prision la pena me consuma,
 Déjame al menos que levante el grito
 Contra el desórden: deja que á la tinta
 Mezclando hiel y acibar, siga indócil
 Mi pluma al vuelo del bufon de Aquino.
 ¡O cuánto rostro veo á mi censura
 De palidez y de rubor cubierto!
 ¡Animo! amigos; nadie tema, nadie
 Su punzante aguijon, que yo persigo
 En mi sátira al vicio, no al vicioso.
 ¿Y qué querrá decir, que en algun verso
 Encrespada la bilis, tire un rasgo,
 Que el vulgo creca que señala á Alcinda?
 La que, olvidando su orgullosa estirpe,
 Baja vestida al Prado, cual pudiera
 Una maja con trueno y rascamoño:
 Alta la ropa, erguida la caramba,
 Cubierta de un cendal mas trasparente
 Que su intencion, á ojeadas y meneos
 La turba de los tontos concitando.
 ¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
 Apuntando este verso, la señale?
 Ya la notoriedad es el mas noble
 Atributo del vicio, y nuestras Julias
 Mas que ser malas quieren parecerlo.
 Hubo un tiempo en que andaba la modestia
 Dorando los delitos: hubo un tiempo
 En que el recato tímido cubria
 La fealdad del vicio, pero huyóse
 El pudor á vivir en las cabañas.
 Con él huyeron los dichosos dias
 Que ya no volverán: huyó aquel siglo
 En que aun las necias burlas de un marido
 Las bascañanas crédulas tragaban.
 Mas hoy Alcinda desayuna al suyo
 Con ruedas de molino: triunfa, gasta,
 Pasa saltando las eternas noches
 Del crudo enero, y cuando el sol tardío
 Rompe el oriente, admirala golpeando,
 Cual si fuese una extraña, al propio quicio.
 Entra barriendo con la undosa falda
 La alfombra, aqui y allí cintas y plumas
 Del enorme tocado siembra; y sigue
 Con débil paso soñolienta y mustia,
 Yendo aun Fabio de su mano asido,
 Hasta la alcoba, donde á pierna suelta
 Ronca el cornudo, y sueña que es dichoso.
 Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio
 Eructo le perturban. A su hora
 Despierta el necio: silencioso deja
 La profanada holanda, y guarda atento
 A su asesina el sueño mal seguro.
 ¿Cuántas, o Alcinda, á la coyunda uncidas
 Tu suerte envidian! ¡Cuántas de Himeneo
 Buscan el yugo por lograr tu suerte!
 Y sin que invoquen la razon, ni pese
 Su corazon los méritos del novio,

El sí pronuncian, y la mano alargan
 Al primero que llega! ¡Qué de males
 Esta maldita ceguedad no aborta!
 Veo apagadas las nupciales teas
 Por la discordia con infame soplo
 Al pié del mismo altar; y en el tumulto
 Brindis y vivas de la tornaboda
 Una indiscreta lagrima predice
 Guerras y oprobios á los mal unidos.
 Veo por mano temeraria roto
 El velo conyugal, y que corriendo
 Con la imprudente frente levantada,
 Va el adulterio de una casa en otra:
 Zumba, festeja, rie, y descarado
 Canta sus triunfos, que tal vez celebra
 Un necio esposo, y tal del hombre honrado
 Hieren con dardo penetrante el pecho,
 Su vida abrevian, y en la negra tumba
 Su error, su afrenta y su despecho esconden.
 ¡O viles almas! ¡O virtud! ¡O leyes!
 ¡O pundonor mortifero! ¿Qué causa
 Te hizo fiar á guardas tan infieles
 Tan preciado tesoro? ¿Quién ¡o Témis!
 Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
 Contra las tristes victimas que arrastra
 La desnudez ó el desamparo al vicio:
 Contra la débil huérfana, del hambre
 Y del oro acosada, ó al halago,
 La seduccion y el tierno amor rendida;
 La expilas, la deshonoras, la condenas
 A incierta y dura reclusion; y en tanto
 Ves indolente en los dorados techos
 Cobijado el desórden, ó le sufres
 Salir en triunfo por las anchas plazas,
 La virtud y el honor escarneciendo?
 ¡O infamia! ¡O siglo! ¡O corrupcion! ¡Matro-
 Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro (mas
 Pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
 En Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
 Océano, ni lleno de peligros
 El Lilibeo, ni la arduas cumbres
 De pirene pudieron guareceros
 Del contagio fatal? Zarpa preñada
 De oro la nao gaditana, aporta
 A las orillas gálicas, y vuelve
 Llena de objetos fútiles y vanos;
 Y entre los signos de extranjera pompa
 Ponzñoña esconde y corrupcion, compradas
 Con el sudor de las iberas frentes;
 Y tú, misera España, tú la esperas
 Sobre la playa, y con afan recoges
 La pestilente carga, y la repartes
 Alegre entre tus hijos. Viles plumas,
 Gasas y cintas, flores y penachos
 Te trae en cambio de la sangre tuya:
 De tu sangre, ¡o baldon! y acaso, acaso
 De tu virtud y honestidad. Repara
 Cual la liviana juventud los busca.
 Mira cual va con ellos engreida
 La impudente doncella: su cabeza

Cual nave real en triunfo empavesada
 Vana presenta del favonio al soplo
 La mies de plumas y de airones, y anda
 Loca buscando en la lisonja el premio
 De su indiscreto afan. ¡Ay triste! Guarte,
 Guarte, que está cercano el precipicio.
 El astuto amator ya en asechanza
 Te atisba y sigue con lascivos ojos.
 La adulacion y la caricia el lazo
 Te van á armar do caerás incauta,
 En el tu oprobio y perdicion hallando.
 ¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
 Te costarán tus galas! ¡Cuán tardio
 Será y estéril tu arrepentimiento!
 Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
 Del nunca exhausto Potosí nos bastan
 A saciar el hidrópico deseo:
 La ansiosa sed de vanidad y pompa.
 Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo
 Lo que antes un estado, y se consume
 En un festín la dote de una infanta.
 Todo lo tragan: la riqueza unida
 Va á la indigencia. Pide y pordiosca
 El noble, engaña, empeña, malbarata,
 Quiebra y perrece; y el logrero goza
 Los pingües patrimonios, premio un día
 Del generoso afan de altos abuelos.
 ¡O ultraje! ¡O mengua! Todo se trafica:
 Parentesco, amistad, favor, influjo;
 Y hasta el honor, depósito sagrado,
 O se vende, ó se compra. Y tú, belleza,
 Don el mas grato que dió al hombre el cielo,
 No eres ya premio del valor, ni paga
 Del peregrino ingenio. La florida
 Juventud, la ternura, el rendimiento
 Del constante amator ya no te alcanzan.
 Ya ni te das al corazon, ni sabes
 Del recibir adoracion y ofrendas.
 Rindeste al oro: la vejez hedionda,
 La sucia palidez, la faz adusta,
 Fiera y terrible, con igual derecho
 Vienen sin susto á negociar contigo.
 Daste al barato, y tu rosada frente
 Tus suaves besos y tus dulces brazos,
 Corona un tiempo del amor mas puro,
 Son ya una vil y torpe mercancia.

SATIRA SEGUNDA.

Perit omnis in illo
 Nobilitas, cujus laus est in origine sola.

Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
 De pardomonte envuelto, con patillas
 De tres pulgadas afeado el rostro,
 Magro, pálido y sucio, que al arrimo
 De la esquina de en frente nos acecha
 Con aire sesgo y baladí? Pues ese,
 Ese es un nono nieto del rey Chico.
 Si el breve chupetin, las anchas bragas,

Y el albornoz, no sin primor terciado,
 No te lo han dicho: si los mil botones
 De filigrana berberisca, que andan
 Por los confines del jubon perdidos,
 No lo gritan: la faja, el guadijeño,
 El harpa, la bandurria y la guitarra
 Lo cantarán. No hay duda: el tiempo mismo
 Lo testifica, atiende á sus blasones.
 Sobre el porton de su palacio ostenta,
 Grabado en berroqueña, un ancho escudo
 De medias lunas y turbantes lleno.
 Nácenle al pié las bombas y las balas
 Entre tambores, chuzos y banderas,
 Como en sombrío matorral los hongos.
 El águila imperial con dos cabezas
 Se ve picando del morrion las plumas
 Allá en la cima; y de uno y otro lado,
 A pesar de las puntas asomantes,
 Grifo y leon rampantes le sostienen.
 Ve aquí sus timbres. Pero sigue, sube,
 Entra, y verás colgado en la antesala
 El árbol gentilicio, ahumado y roto
 En partes mil: empero de sus ramas,
 Cual suele el fruto en la pomposa higuera,
 Sombreros penden, mitras y bastones.
 En procesion aquí y allí caminan
 En sendos cuadros los ilustres deudos,
 Por hábil brocha al vivo retratados.
 ¡Qué gregüescos! ¡Qué caras! ¡Qué bigotes!
 El polvo y telarañas son los gajes
 De su vejez. ¡Qué mas? Hasta los duros
 Sillones moscovitas y el chinesco
 Escritorio, con ámbar perfumado,
 En otro tiempo de marfil y nácar
 Sobre évano embutido, y hoy deshecho,
 La ancianidad de su solar pregonan.
 Tales, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
 Que aunque embozado y en castaña el pelo,
 Nada les debe á Ponces ni Guzmanes.
 No los aprecia: tiénesen en mas que ellos,
 Y vive así. Sus dedos y sus labios
 Del humo del cigarro encallecidos,
 Índice son de su crianza. Nunca
 Pasó del B á Ba. Nunca sus viages
 Mas allá de Getafe se extendieron.
 Fué antaño allá por ver unos novillos
 Junto con Pacotrigo y la Caramba:
 Por señas que volvió ya con estrellas
 Beodo por demas, y darmió al raso.
 Examínale: ¡o idiota! nada sabe.
 Trópicos, era, geografía, historia
 Son para el pobre exóticos vocablos.
 Dile que dende el hondo Pirineo
 Corre espumoso el Bétis á sumirse
 De Ontigola en el mar; ó que cargadas
 De almendra y gomas las inglesas quillas
 Surgen en Puerto Lapichi, y se leván
 Llenas de estaño y de abadejo: ¡oh! todo,
 Todo lo creará: por mas que añadas
 Qué fué en las Navas Witiza el santo

Deshecho por los Celtas, ó que invicto
Triunfó en Aljubarrota Mauregato.
¡Qué mucho, Arnesto!, si del padre Astete
Ni aun leyó el catecismo! Mas no creas
Su memoria vacía. Oye, y diráte
De Cándido y Marchante la progenie.
Quien de Romero ó Costillares saca
La muleta mejor, y quien mas limpio
Hiere en la cruz al bruto jarameño.
Haráte de Guerrero y la Catuja
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paciendo estrellas.
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas. Prosigue
Si esto no basta, y te dirá qué año,
Qué ingenio, qué ocasion dió á los Chorizos
Eterno nombre; y cuantas cuchilladas
Dadas de día en día, tan pujantes,
Sobre el triste Polaco los mantiene.
Ve aquí su ocupacion: esta es su ciencia.
No la debió ni al dómíne, ni al tonto
De su ayo Mosen Marc, solo ajustado
Para irle en pos cuando era señorito.
Dehíselá á cocheros y lacayos,
Dueñas, fregonas, truanes y otros bichos,
De su niñez perennes compañeros.
Mas sobre todo, á Pericuelo el paje,
Mozo avieso, chorizo y pepillista
Hasta morir, cuando le andaba en torno.
Dél aprendió la jota, la guaracha,
El bolero, y en fin música y baile.
Fuéle tambien maéstro algunos meses
El sota Andres, chispero de la Huerta;
Con quien por órden de su padre entonces
Pasar solia tardes y mañanas
Jugando entre las mulas. Ni dejaste
De darle tú santísimas lecciones,
¡O Paquita! despues de aquel trabajo
De que el Refugio te sacó, y su madre
Te ajustó por doncella. ¡Tanto puede
La gratitud en generosos pechos!
De tí aprendió á reírse de sus padres,
Y á hacer al pedagogo la mamola:
A pellizcar, á andar al escondite,
Tratar con cirujanos y con viejas,
Beber, mentir, trampear; y en dos palabras,
De tí aprendió á ser hombre... y de provecho.
Si algo mas sabe, débelo á la buena
De doña Ana, patron de zureidoras,
Piadosa como Enone, y mas chuchera
Que la embaidora Celestina ¡O cuánto
De ella alcanzó! Del Rastro á Maravillas,
Del alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda
A su padron negado. ¡Cuántos nombres
Y cuáles vido en su librete escritos!
Allí leyó el de Cándida, la invicta
Que nunca se rindió: la que una noche

Venció el embate de catorce guardias
Uno en pos de otro en singular batalla.
Allí el de aquella siete veces virgen,
Mas que por esto insigne por sus robos;
Pues que en un mes empobreció al indiano,
Y chupó á un escocés tres mil guineas,
Veinte acciones de banco y un navío.
Allí aprendió á temer el de Belica
La venenosa.

Y allí tambien en torpe mescolanza
Vió de mil bellas las ilustres cifras,
Nobles, plebeyas, majas y señoras.
A las que vió nacer el Pirineo
Desde Junquera hasta do muere el Miño;
Y á las que el Ebro y Turia dieron fama,
Y el Darro y Rétis todos sus encantos:
A las de rancio y perdurable nombre,
Ilustradas con turca y sombrerillo,
Simon y page, en cuyo abono sudan
Bandas, veneras, gorras y bastones,
Y aun (chito, Arnesto), cuellos y cerquillos;
Y en fin, á aquellas que en nocturnas zambras,
Al son del cuerno congregadas, dieron
Fama á la union.

¡ Ah ! ¡ cuánto allí la cifra de tu nombre
Brillaba, escrita en caracteres de oro,
¡ O Cloe! El solo deslumbrar pudiera
A nuestro jaque, á penas de las uñas
De su doncella libre. No adornaban
Tu casa entonces, como ogaño, ricas
Telas de Italia, ó de Canton; ni lustrós
Venidos del Adriático, ni alfombras,
Sofá otomano, ó muebles peregrinos;
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,
La simia, el papagalto, e la spinetta.
La salserilla, el zahumador, la esponja,
Cinco sillas de enea, un pobre anafe,
Un bufete, un velon y dos cortinas
Eran todo tu ajuar; y hasta la cama
Do alzó despues tu trono la fortuna,
¡ Quién lo diría! entonces era humilde.
Púsote en zancos el hidalgo, y dióte
A dos por tres la escandalosa buena,
Que treinta años de afanes y de ayuno
Costó á su padre. ¡ O, cuánto tus jubones
De perlas y oro recamados, cuánto
Tus francaçhelas y tripudios dieron
En la cazuela, el Prado y los tendidos
De escándalo y envidia! Cómo el humo
Todo pasó, duró lo que la hijuela.
¡ Pobre galán ! ¡ Qué paga tan mezquina
Se dió á tu amor ! ¡ Cuán presto le feriaron
Al último doblon el postrer beso !
Viérasle, Arnesto, desolado: vieras
Cual iba humilde á mendigar la gracia
De su perjura, y cual correspondia
La infel con carcajadas á su lloro!
No hay medio: le plantó: quedó por puertas.

¿Qué hará? ¿Su alivio buscará en el juego?
 ¡Bravo! Allí olvida su pesar. Prestóle
 Un amigo. ¡Qué amigo! Ya otra nueva
 Esperanza le anima. ¡Ah! salió vana:
 Marró la cuarta sota: adios bolsillo.
 Toma un censo: adelante: mas perdióle
 Al primer trascarton, y quedó *asperges*.
 No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita
 Se halla ¡o Zulem Zegri! tu nono nieto.
 ¿Será mas digno, Arnesto, de tu gracia
 Un alfeñique perfumado y lindo,
 De noble traje y ruines pensamientos?
 Admiran su solar el alto Auseva,
 Limia, Pamplona, ó la feroz Cantabria.
 Mas se educó en Sorez: París y Roma
 Nueva fe le infundieron, vicios nuevos
 Le inocularon. Cátales perdido.
 No es ya el mismo; ¡o cual otro el Bidasoa
 Tornó á pasar! ¡Cuál habla por los codos!
 ¿Quién calará su atroz *galimatias*?
 Ni Du Marsais, ni Aldrete le entendieran.
 Mira cual corre *en polison* vestido
 Por las mañanas de un burdel á otro,
 Y entre alcabuetas y rufianes bulle.
 No importa: viaja incógnito con palo,
 Sin insignias y en frac: nadie le mira.
 Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
 Desde una milla... ¡O, como el sol chispea
 En el charol del coche ultramarino!
 ¡Cuál brillan los tirantes carmesies
 Sobre la negra crin de los frisones!
 Visita: come en noble compañía:
 Al prado, á la luneta, á la tertulia,
 Y al garito despues. ¡Qué linda vida,
 Digna de un noble! ¿Quieres su compendio?
 Puteó, jugó, perdió salud y bienes,
 Y sin tocar á los cuarenta abriles
 La mano del placer le hundió en la huesa.
 ¡Cuántos, Arnesto, así! Si alguno escapa,
 La vejez se anticipa, le sorprende,
 Y en cínica é infame soltería,
 Solo, aburrido, y lleno de amarguras,
 La muerte invoca, sorda á su plegaria.
 Si antes al ara de himeneo acoge
 Su delincuente corazón, y el resto
 De sus amargos días le consagra,
 ¡Triste de aquella que á su yugo uucida
 Víctima cae! Los primeros meses
 La lleva en triunfo acá y allá: la mima,
 La galantea... Palco, galas, diges,
 Coche á la inglesa. ¡Miseros recursos!
 El buen tiempo pasó. Del vicio infame
 Corre en sus venas la cruél pozoña.
 Timido, exhausto, sin vigor... ¡O rabia!
 El tálamo es su potro. Mira, Arnesto,
 ¡Cuál desde Gades á Brigancia el vicio
 Ha inficionado el gérmen de la vida!
 ¡Y cuál su virulencia va enervando
 La actual generacion! Apenas de hombres
 La forma existe... ¿A dónde está el forzado

Brazo de Villandrando? ¿Dó.de Argüello.
 O de Paredes los robustos hombros?
 ¿El pesado morion, la penachuda
 Y alta cimera acaso se forjaron
 Para cráneos raquíticos? ¿Quién puede
 Sobre la cuera y enmallada cota
 Vestir ya el duro y centellante peto?
 ¿Quién enristrar la ponderosa lanza?
 ¿Quién?... Vuelve, ¡o fiero berberisco! vuelve,
 Y otra vez corre desde Calpe al Deva,
 Que ya Pelayos no hallarás ni Alfonsos
 Que te resistan. Débiles pigmeos
 Te esperan. De tu corva cimitarra
 Al solo amago caerán rendidos.
 ¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
 Los timbres y blasones? ¿De qué sirve
 La clase ilustre, una alta descendencia
 Sin la virtud? Los nombres venerandos
 De Laras, Tellos, Haros y Girones
 ¿Qué se hicieron? ¿Qué genio ha deslucido
 La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
 A quienes fia su defensa el trono?
 ¿Es esta la nobleza de Castilla?
 ¿Es este el brazo un dia tan temido
 En quien libraba el castellano pueblo
 Su libertad? ¡O vilipendio! ¡O siglo!
 Faltó el apoyo de las leyes: todo
 Se precipita. El mas humilde cieno
 Fermenta y brota espíritus altivos
 Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
 ¿Qué importa? Venga denodada, venga
 La humilde plebe en irrupcion, y usurpe
 Lustre, nobleza, títulos y honores.
 Sea todo infame behetría; no haya
 Clases ni estados. Si la virtud sola
 Les puede ser antemural y escudo,
 Todo sin ella acabe y se confunda.

EPISTOLA A BERMUDO.

*Sobre los vanos deseos y estudios de los
 hombres.*

Sús: alerta, Bermudo, y pon en vela
 Tu corazón. Rabiosa la fortuna
 Le acecha, y mientras, arrullando á otros
 Los adormece en mal seguro sueño,
 Súbito asalto quiere dar al tuyo.
 El golpe atroz, con que arruinó sañuda
 Tu pobre estado, su furor no haría
 Si de tu pecho desterrar no logra
 La dulce paz que á la inocencia debe.
 Tal es su condicion, que no tolera
 Que á su despecho el hombre sea dichoso.
 Así á tus ojos insidiosa ostenta
 Las fantasmas del bien, que va sembrando
 Sobre la senda del favor; y pugna
 Por arrancar de tu virtud los quicios.
 ¡Guay! no la atiendas: mira que robarte
 Quiere la dicha que en tu mano tienes.

No está en la suya, no : puede á su grado
 Venturosos hacer, mas no felices.
 ¿ Lo estrañas ? ¿ Quieres, como el vulgo idiota,
 De la felicidad y la fortuna
 Los nombres confundir ? ¿ O por los vanos
 Bienes y gustos con que astuta brinda
 El verdadero bien medir ? ¿ O engaño
 De la humana razon ! Dí, ¿ qué promete
 Digno de un ser, que á tan excelsa dicha
 Destinado nació ? Pesa sus dones
 De tu razon en la balanza, y mira
 Cuánta es su liviandad ! Hay quien ardiendo
 En pos de gloria y rumoroso nombre
 Suda, se afana, y despiadado, al precio
 De sangre y fuego y destruccion le compra ;
 Mas si la muerte con horrendo brazo
 De un alto alcázar su pendon tremola,
 Se hincha su corazon, y hollando fiero
 Cadáveres de hermanos y enemigos,
 Un triunfo canta que en secreto llora
 Su alma horrorizada. Altivo menos,
 Empero astuto mas, otro suspira
 Por el inquieto y mal seguro mando ;
 Y adula, y va solicitó siguiendo
 El aura del favor. Su orgullo esconde
 En vil adulacion : sirve, y se humilla
 Para ensalzarse ; y si á la cumbre toca,
 Irgue altanero la ceñuda frente,
 Y sueño y gozo y interior sosiego
 Al esplendor del mando sacrifica.
 Mas, mientras incierto en lo que goza, teme,
 A un giro instable de la rueda cae
 Precipitado en hondo y triste olvido.
 Tal otro busca con afan estados,
 Oro y riquezas, tierras y tesoros,
 ¡ Ah ! con sudor y lágrimas regados,
 Su sed no apagan. Junta, ahorra, ahücha ;
 Mas con sus bienes crece su desco,
 Y cuanto mas posee mas anhela.
 Así, la llave del arcon en mano,
 Pobre se juzga, y pues lo juzga, es pobre.
 A otra ilusion consagra sus vigilias
 Aquel que, huyendo de la luz y el lecho,
 De la esposa y amigos, la alta noche
 En un garito ó misera zahurda
 Con sus viles rivales pasa oculto.
 Entre el temor fluctua y la esperanza
 Su alma atormentada. Hele ya expuso
 Con mano incierta y pecho palpitante
 A la vuelta de un dado su fortuna.
 Cayó la suerte, ¿ pero qué le brinda ?
 ¿ Es buena ? su ansia y su zozobra crecen.
 ¿ Aciaga ? ¡ O Dios ! le abruma, y le despeña
 En vida infame ó despechada muerte.
 ¿ Y es mas feliz quien fascinado al brillo
 De unos ojuelos arde, y enloquece,
 Y vela, y ronda, y ruega, y desconfia,
 Y busca al precio de zozobra y penas
 El rápido placer de un solo instante ?
 No le guia el amor, que en pecho impuro

Entrar no puede su inocente llama :
 Solo le arrastra el apetito ; ciego
 Se desboca en pos del. Mas ¡ ay ! que si abre
 Con llave de oro, al fin, el torpe quicio,
 Envuelta en su placer traga su muerte.
 Pues mira á aquel que, abandonado al ocio,
 Ve vacias huir las raudas horas
 Sobre su inútil existencia. ¡ Ah ! lentas
 Las cree aun, y su incesante curso
 Precipitar quisiera. En qué gastarlas
 No sabe ; y otra, y sale, y se pasea :
 Fuma, charla, se aburre, torna, vuelve,
 Y huyendo siempre del afan, se afana.
 Mas ya en el lecho está : cedele al sueño
 La mitad de la vida, y aun le ruega
 Que la enojosa luz le robe. ¡ O necio !
 ¿ A la dulzura del descanso aspiras ?
 Búscala en el trabajo. Sí : en el ocio
 Siempre tu alma roerá el fastidio,
 Y hallará en tu reposo su tormento.
 ¿ Mas que, si á Baco y Ceres entregado,
 Y arrellanado ante su mesa, engulle
 De uno al otro crepúsculo, poniendo
 En su vientre á su dios y á su fortuna ?
 La tierra y mar no bastan á su gula.
 Lenguaraz y gloton, con otros tales
 En francachelas y embriagueces pasa
 Sus vanos dias, y entre obscenos brindis,
 Carcajadas y broma disoluta
 Se harta sin tasa, y sin pudor delira.
 Mas á fuerza de hartarse embota y pierde
 Apetito y estómago. Ofendida
 Naturaleza instpido le ofrece
 Los sabores, que al pobre deliciosos.
 En vano espera de una y otra India
 Estimulos : en vano pide al arte
 Salsas, que ya su paladar rehusa.
 El ansia crece, y el vigor se agota ;
 Y así consunto, en medio á la carrera,
 Antes su vida que su gula acaba.
 ¡ O placeres amargos ! ¡ O locura
 De aquel que los codicia, y humillado
 Ante un mentido númen los implora !
 ¡ Oh, y cuál la diosa pérfida le burla !
 Sonríele tal vez : empero nunca
 De angustia exento ó sinsabor, le deja
 Que á vueltas del placer le da fastidio,
 Y en pos del goce saciedad y tedio.
 Si le confia, luego un escarmiento
 Su mal prevista condicion descubre.
 Avara, nunca sus deseos llena :
 Voltaria, siempre en su favor vacila :
 Inconstante y cruel, affige ahora
 Al que halagó poco ha : ahora derriba
 Al que ayer ensalzó ; y ora del cieno
 Otro á las nubes encarama, solo
 Por derribarle con mayor estruendo.
 ¿ No ves con todo aquella inmensa turba,
 Que, rodando de tropel su templo,
 Se avanza al aldabon, de incienso hediondo

Para ofrecer al idolo cargada?
 ¡Huye de ella, Bermudo! ¡No el contagio
 Toque á tu alma de tan vil ejemplo!
 Huye, y en la virtud busca tu asilo,
 Que ella feliz te hará. No hay, no lo pienses,
 Dicha mas pura que la dulce calma
 Que inspira al varon justo. Ella modesto
 Le hace en prosperidad: ledo y tranquilo
 En sobria mediania: resignado
 En pobreza y dolor. Y, si bramando
 El huracan de la implacable envidia
 Le hunde en el infortunio, ella piadosa
 Le acorre y salva, su alma revistiendo
 De alta, noble y longámine constancia.
 ¡Y qué si hasta su premio alza la vista!
 ¿Hay algo, di, que á la esperanza iguale
 De la inmortal corona que le atiende?..

Mas te oigo preguntar, ¿aqueste instinto,
 Que mi alma eleva á la verdad, esta ansia
 De indagar, y saber será culpable?
 ¿No podré hallar, siguiéndola, mi dicha?
 ¿Condenarásla? No. ¿Quién se atreviera?
 ¿Quién que su origen y su fin conozca?
 Sabiduría y virtud son dos hermanas
 Descendidas del cielo para gloria,
 Y perfeccion del hombre. Le alejando
 Del vicio y del engaño, ellas le acercan
 A la divinidad. Sí, mi Bermudo;
 Mas no las busques en la falsa senda
 Que á otros astuta muestra la fortuna.
 ¿Dónde pues? Corre al templo de Sofia.
 Y allí las hallarás. Ruégala.... ¡Mira
 Cual se sonrie! Instala, interpone
 La intercesion de las amables musas,
 Y te la harán propicia. Pero ¡guarte!
 Que si no cabe en su favor engaño,
 Cabe en el culto que le da insolente
 El vano adorador. Nunca propicia
 La ve quien, oro ó fama demandando,
 Impuro incienso quema ante sus aras.
 ¿No ves á tantos como de ellas tornan
 De orgullo llenos, de saber vacios?
 ¡Ay del que en vez de la verdad, iluso
 Su sombra abraza! En la opinion fiado
 El buen sendero dejará, y sin guia
 De razon ni virtud, tras las fantasmas
 Del error correrá precipitado.
 ¿El sabio entonces hallará la dicha
 En las quimeras que sediento busca?
 ¡Ah! no: tan solo vanidad y engaño.
 Mira en aquel, á quien la aurora encuentra
 Midiendo el cielo, y de los astros que huyen
 Las esplendentes órbitas. Insomne,
 Aun á la noche llama presurosa,
 Y acusa al astro que su afan retarda.
 Vuelve: la obra portentosa admira,
 Sin ver la mano que la obró. Se eleva
 Sobre las lunas de Urano, y de un vuelo
 Desde la Nave á los Triones pasa.
 Mas qué siente despues? Nada. Calcula,

Mide, y no ve que el cielo, obedeciendo
 La voz del grande Autor, gira, y callado
 Horas hurtando á su existencia ingrata,
 A un desengaño súbito le acerca.
 Otro, del cielo descuidado, lee
 En el humilde polvo, y le analiza.
 Su microscopio empuña: ármale, y cae
 Sobre un átomo vil. ¡Cuán necio triunfa,
 Si allí le ofrece el mágico instrumento,
 Leve señal de movimiento y vida!
 Su forma indaga, y demandando al vidro
 Lo que antevió su ilusa fantasia,
 Cede al engaño, y da á la vil materia
 La omnipotencia que al gran Ser rehusa.
 Asi delira ingrato; mientras otro
 Pretende escudriñar la íntima esencia
 De este sublime espíritu que le anima.
 ¡O cuál le anatomiza! ¡y cuál si fuese
 Un fluido sùtil, su voz, su fuerza,
 Y sus funciones, y su accion regula!
 Mas ¿qué descubre? Solo su flaqueza:
 Que es dado al ojo ver el alto cielo;
 Pero verse á sí en sí, no le fué dado.
 Con todo, osada su razon penetra
 Al caos tenebroso: le recorre
 Con paso titubeante; y desdeñando,
 La lumbre celestial, en los senderos
 Y laberintos del error se pierde.
 Confuso así, mas no desengañado,
 Entre la duda y la opinion vacila.
 Busca la luz, y solo palpa sombras.
 Medita, observa, estudia, y solo alcanza,
 Que cuanto mas aprende, mas ignora.
 Materia, forma, espíritu, movimiento,
 Y estos instantes que incasantes huyen,
 Y del espacio el piélagos sin fondo,
 Sin cielo y sin orillas, nada alcanza,
 Nada comprende. Ni su origen halla,
 Ni su término, y todo lo ve absorto
 De eternidad en el abismo hundirse.
 Tal vez, saliendo dél, mas deslumbrado,
 Se arroja á alzar el temerario vuelo
 Hasta el trono de Dios, y presuntuoso
 Con débil luz escudriñar pretende
 Lo que es inexplorable. Sondéando
 De la divina esencia el golfo inmenso,
 Surca ciego por él. ¿Qué hará sin rumbo?
 Dudas sin cuento en su ignorancia busca,
 Y las propone, y las disputa: y piensa
 Que la ignorancia que excitarlas supo
 Resolverlas sabrá. ¿Viste ¡o Bermudo!
 Intento mas audaz? ¿Qué, sin mas lumbre
 Que su razon, un átomo podria
 Lo incomprensible comprender? ¿Linderos
 En lo inmenso encontrar? ¿Y en lo infinito
 Principio, medio, ó fin? O Ser eterno!
 ¿Has dado al hombre parte en tus consejos?
 ¿O en el santuario, á su razon cerrado,
 Le admites ya? ¿Tan alta es la tarea
 Que á su débil espíritu confiaste?

No ; no es esta, Bermudo. Conocerle
 Y adorarle en sus obras : derretirse
 En gratitud y amor por tantos bienes
 Como benigno en tu mansion derrama :
 Cantar su gloria y bendecir su nombre :
 He aquí tu estudio, tu deber, tu empleo,
 Y de tu ser y tu razon la dicha.
 Tates ; o dulce amigo ! la que el sabio
 Debe buscar, mientras los necios la huyen.
 ¿ Saber pretendes ? Franca está la senda,
 Perfecciona tu ser y serás sabio.
 Ilustra tu razon para que se alce
 A la verdad eterna, y purifica
 Tu corazon para que la ame y siga.
 Estúdiate á tí mismo, pero busca
 La luz en tu Hacedor. Allí la fuente
 De alta sabiduría, allí tu origen
 Verás escrito : allí el lugar que ocupas
 En su obra magnífica : allí tu alto
 Destino, y la corona perdurable
 De tu ser, solo á la virtud guardada.
 Sube, Bermudo, allí : busca en su seno

Esta verdad, esta virtud, que eternas
 De su saber y amor perennes manan :
 Que si las buscas fuera de él, tinieblas,
 Ignorancia y error hallarás solo.
 Deste saber y amor lee un destello
 En tantas criaturas como cantan
 Su omnipotencia : en la admirable escala
 De perfeccion con que adornarlas supo :
 En el órden que siguen, en las leyes
 Que las conservan y unen ; en los fines
 De piedad y de amor que en todas brillan,
 Y la bondad de su Hacedor pregona.
 Esta tu ciencia sea, esta tu gloria.
 Serás sabio y feliz si eres virtuoso.
 Que la verdad y la virtud son una.
 Solo en su posesion está la dicha ;
 Y ellas tan solo dar á tu alma pueden
 Segura paz en tu conciencia pura :
 En la moderacion de tus deseos
 Libertad verdadera ; y alegría
 De obrar y hacer el bien en la dulzura.
 Lo demas viento, vanidad, miseria.

POESIAS DE DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA¹.

VILLANESCAS. — I.

No alma primavera
Bella y apacible,
O el dulce favonio
Que ámbares respire;
No rosada aurora
Tras la noche triste,
Ni el pincel que en flores
Bello se mateice:
No nube que Febo
Su pabellon pinte,
O álamo que abraçe
Dos émulas vides;
No fuente que perlas
A cien años fie,
Ni lirio entre rosas,
Clavel en jazmines;
Al romper el día
Son tan apacibles,
Como el pastorcillo
Que en mi pecho vive.

II.

Alexi á mi puerta
Se pone á cantar,
Y no le respondo
Por ver lo que hará,
Con mi cayadillo
Le doy por detras;
Y sin ver por donde
Me vuelvo á escapar.
Por su propio nombre
Le suelo llamar;
Callo; y por un rato
No vuelvo á chistar.
Le quiero, y me huelgo
De hacerle bobear,
Buscándome en donde
No me halle jamas.
Y al fin sí me hallare
Daño no me hará;
Que no, no es el hombre
Tan bravo animal.

III.

Cuando yo en el prado

Me pongo á dormir,
Sueño que me halaga
Mi pastor gentil.
Despierto, y no viendo
Holgar y reir
A Alexi conmigo •
Cual en sueños vi;
De mí no me acuerdo,
Ni á cierto á vestir,
Ni escucho el ganado
Que bala por mí.
El año que viene
No le tendré así;
Que yo de mí lado
No le he dejar ir.
Pues casarnos hemos
Los dos por abril,
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

IV.

De buscar mi Alexi
Por un bosque espeso
Niña tierna y sola
Cansadita vengo.
Al que me dijese
En qué prado ameno
Sus ovejas pastan,
Brillan sus luceros,
De marfil un vaso
Yo le daré en premio,
Y á mas de ello encima
Un abrazo tierno.
Que si el zagal mio,
Picado de zelos,
Tomallo quisiese,
Sintiese perdelto;
Para uno que pierda,
Yo le daré ciento;
Y aun mil, hasta tanto
Que se canse de ellos.

V.

Ya el rigor del tiempo
Su saña terrible
Descargue en los campos,
Que á expensas de él viven;

¹ Nació en Salamanca por los años de 1753, y falleció allí mismo en 1791: fué cura párroco en aquella diócesis: un año antes de morir publicó un poema didáctico sobre la teología, recomen-

dable por la poesía de estilo y por la pureza de lenguaje; pero toda su celebridad la debe á sus epigramas y letrillas satíricas.

Febo enardecido
 Con su luz marchite
 La pomposa gala
 De rosa y jazmines :
 Fiero el austro robe ,
 Cuando airado silbe ,
 Los amantes lazos
 De álamos y vides :
 Que sí mi sol sale
 Lleno de matices :
 Serenando el cielo ,
 De los campos iris ;
 Fuerza es reflorézca
 Cuando toque y mire ,
 Que enrame la selva ,
 Y el valle entápice.

VI.

Aquel pastorcillo
 Que en bosques y prados
 Seguir amor me hace
 Travieso tirano :
 Bien sé que se duele
 Del mal que yo callo ,
 Por mas que lo encubra ,
 Y aun borre los pasos .
 Si á otro zagalejo
 Hablo por acaso ;
 Calla , y se le muda
 Su color rosado .
 Enójase y vase ;
 Y aunque yo le llamo ,
 Me niega el oido
 Y huye apresurado :
 Ni para acallarle
 Me han aprovechado
 Querer regalalle
 Y al fin regalallo .

VII.

Mis siempre queridos
 Y amantes palomos ,
 Que á par de sus hembras
 Dan arullos roncós ;
 Las tiernas abejas
 De la flor en torno ,
 Con susurro bajo ,
 Con murmullo sordo ;
 La tórtola que hace
 Su asiento en el olmo ,
 Y en silencio blando
 Gime su divorcio ;
 El bullicio inquieto
 Del risueño arroyo ,
 Que en fresco poleo
 Se baña oloroso ,
 Todo me convida
 A sueño sabroso ,

Y amor me desvela
 Niño inquieto y loco.

VIII.

Ollendo yo un dia
 Un fresco ramillo
 De azucena y rosas ,
 Un rapaz me dijo :
 Mal olor es ese
 Para el gusto mio ;
 Tus labios , zagala ,
 Dan olor mas fino .
 Yo le dije entonces ;
 Mientes , picarillo ;
 Que el olor que dices
 Yo no le percibo .
 Ni estotras pastoras
 Que duermen conmigo
 Las mas de las siestas
 Tal cosa me han dicho .
 No te miento , hermosa ,
 Gritó el rapacillo ;
 Que para embustero
 Ya ves que soy niño .

LETRILLAS. — I.

Si el estilo en mis letras
 Mucho se humilla ,
Como vengo del campo
No es maravilla .

Cantar yo cantára
 Los campos y flores ,
 La niñez y amores
 Con que me criára :
 Mas si es cosa clara
 Trivial y sencilla ;
Como vengo del campo
No es maravilla .

Si niña agraciada ,
 Un niño pastor
 Cantaba á mi amor
 Mas de una tonada ;
 Y yo de picada
 Mas de otra letrilla ;
Como vengo del campo
No es maravilla .

Si á mi talle agrada
 Variado pellico ;
 Y á mi frente aplico
 Guirnalda rosada ;
 Y ando recostada
 Eu mi cayadilla ;
Como vengo del campo
No es maravilla .

Dicen que florido
 Traigo mi cabello ,
 Y el seno y el cuello
 De rosas guarnido ;

Mas si he recogido
Tanta florecilla ;
Como vengo del campo
No es maravilla.

Morena me llama
Quien bien no me quiere,
Y á mil me prefiere
El zagal que me ama :
Si del sol la llama
Me trae tostadilla ;
Como vengo del campo
No es maravilla.

II.

Pues de amar amores
Licion tomé en tí ;
Zagal desdeñoso ,
Duélete de mí.

Mi rabel , que amores
Cantára hasta aquí ,
Por tí solo en duelos
Trocado lo ví.
Táñolo ¡ ay ! y solo
Solo ¡ ay ! sé decir ;
Zagal desdeñoso ,
Duélete de mí.

De mi amor testigo
Ves la fuente allí
Do la vez primera
La alma te rendí :
No mi verdad ella
Querrá desmentir ;
Zagal desdeñoso ,
Duélete de mí.

Tu sol me llamabas
Una vez y mil ;
Tu amor , tu alba y rosa ,
Tu espejo y pensil :
Y hoy nombre de esclava
No merezco en tí ;
Zagal desdeñoso ,
Duélete de mí.

El amor ufano
Juzgué yo que allí
De tan dulce triunfo
Se empezó á engreír :
Y hoy pienso que el odio
Le ha vencido en lid ;
Zagal desdeñoso ,
Duélete de mí.

III.

Cuando anuncia el lucero
La nueva aurora ,
Orillitas del rio
Jacinta llora.
Ven , Jacinto , ven :
No seas desdeñoso ,

Corre presnroso
Donde está tu bien :
Al pié del zurguen
Está quien te adora ,
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

En tí está pensando ,
Pregunta por tí ;
Y yo ayer la ví
Triste y suspirando :
Sé , zagal , mas blando
Con quien te enamora ,
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

De sus ojos perlas
Vierte cual luceros ;
Si en hilos enteros
Llegáras á verlas ,
Fino á recogerlas
Fueras á la hora ,
Que orillitas del rio
Jacinta llora

Llega á consolarla ;
Que ella sin recelo
Solo ama el consuelo
Que llegues á hablarla ;
Dí sin asustarla :
Salud , mi pastora ,
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

IV.

Zagalas del valle ,
Que al prado venís
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin ,
Parad en buen hora ;
Y al lado de mí
Mirad mas florida
La rosa de abril.

Su sien coronada
De fresco alhelí ,
Excede á la aurora
Que empieza á reír ;
Y mas si en sus ojos ,
Llorando por mí
Sus perlas asoma
La rosa de abril.

Veis allí la fuente ,
Veis el prado aquí
Do la vez primera
Sus luceros ví :
Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fui ,
Su dueño me llama
La rosa de abril.

Le dije : ¿ me amas ?
Dijome ella , si ;
Y porque lo crea

Me dió abrazos mil :
El amor de envidia
Cayó muerto allí,
Viendo cual me amaba
La rosa de abril.

De mi rabel dulce
El eco sutil
Un tiempo escucharon
Londra y colorin ;
Que nadie mas que ellos
Me oyera , entendi ;
Y oyéndome estaba
La rosa de abril.

En mi blanda lira
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmin ;
Pero ella me dijo :
Mira el tuyo aquí ;
Y el pecho mostróme
La rosa de abril.

El rosado aliento ,
Que yo á percibir
Llegué de sus labios
Me saca de mí :
Bálsamo de Arabia ,
Y olor de jazmin ,
Excede en fragancia
La rosa de abril.

El grato mirar,
El dulce reir,
Con que ella dos almas
Ha sabido unir ;
No el hijo de Venus
Lo sabe decir,
Sino aquel que goza
La rosa de abril.

CANTINELAS. — I.

Por esta selva umbrosa
Busqué anoche á mi amado.
Búsqúele congojosa ;
¡ Ay triste ! y no le he hallado.
Antes que el sol dorado
Con sus rayos brillantes
Alumbre estas campañas,
Despierte los amantes,
Cercaré las cabañas
De los demas pastores
Buscando á mis amores
Con un ansia importuna,
Por si le esconde alguna
Zagala condiciosa
Que envidie mi fortuna
No quedará al fin cosa
Que mi pasión zelosa
No la haya registrado,
Hasta que halle á mi amado ;
Que en esta selva umbrosa

Anoche busqué ansiosa,
¡ Ay triste ! y no le he hallado.

II.

Para, ruiseñor blando,
Para tus dulces ecos,
Que de esos ramos huecos
La pompa está escuchando :
Párate, y treguas dando
A las vecinas selvas,
Hasta que á cantar vuelvas,
Serásme fiel testigo
Del disfavor, quebranto,
De la amargura y llanto
Que me dejó mi amigo.
Mas no : sigue tu canto,
Pajarillo sonoro,
No prives del encanto
De tu picuelo de oro
A estas selvas y fuentes,
Que aguardan impacientes
Oír tu lengua arpada
De reyes escuchada ;
Que si Silvio mi grato
Amor, mi fé y recato
A coronar no viene,
Disculpa propia tiene
Por hombre y por ingrato.

III.

Muchacho inadvertido
Toqué un dulce instrumento,
Cuyo agradable acento
Me cautivó el oído :
Y apenas le hube herido,
Me atrajo su armonía
La gran beldad que adoro,
Por quien suspiro y lloro
Cuando con melodía
Dando á las cuerdas de oro
Mis voces compañía,
De la que anuncia el día,
Canté las frescas rosas
Que esparce de su falda,
Las ráfagas hermosas
Que arroja su guirnalda,
De rojo, azul y gualda,
Los riscos esmaltando,
Y á cada flor prestando
Los vivos de su tinta.
Tras esto mi voz pinta
Del sol el señorío
Y magostad augusta,
Que no hay fanal que iguale :
Y como huyendo sale
Ante él la sombra adusta
Medrosa de su brio :
Sobre el cristal sombrío
Su luz temblar parece,

Y á su fogoso aliento,
 Cuando mas lo desea,
 El bajo suelo humea,
 Y arder se mira el viento.
 Mas toda este hermosura
 Y rasgos de grandeza,
 Con no sé qué dulzura
 Mi voz aduladora
 A acomodarla empieza
 A mi amante Eliodora,
 Cuando ella así me dijo :
 Muchachuelo prolijo,
 Tu gracia lisonjera
 Un poco mejor fuera
 Que en tí la acomodaras,
 Y no me avergonzaras.
 No soy alba, ó lucero,
 Mas te adoro y te quiero :
 No soy autor del oro,
 Mas te quiero y te adoro.
 Y este querer sincero
 Tan solo es bien que cantes ;
 Pues quizá en mil amantes
 No lo hay tan verdadero.

ROMANCES. — I.

Zagala hermosa del Tajo,
 Lumbre de sus pastorcillas,
 Alma real en cuerpo hermoso,
 Tres veces de imperio digna ;
 Si sobre todos mis males
 Cruel cielo determina
 Que por corona de todos
 En tu disfavor yo viva :
 ¿Que culpa tendré, señora,
 Que mi corazón opriman,
 Torrentes de desconsuelos,
 Aguaceros de desdichas ?
 Si en cerco de los mis ojos
 El sueño jamas se mira,
 Ni muestras de bello riso
 Aparece en mis mejillas ;
 Si soy doncel desdichado,
 A quien el cielo castiga
 Como á su mayor contrario,
 Lejos de toda alegría ;
 No armes tu rigor, señora,
 Contra aquesta alma mezquina ;
 Tu piedad merezca al menos,
 Pues es de tu amor indigna,
 Que tambien á tí, cuitada,
 Perseguirán algun día
 Saetas de desconsuelos
 Enerboladas de acibar,
 Bien como amanece u'ana
 La pomposa clavellina,
 Y el granizo la destroza,
 O el aquilon la derriba.
 No hay prosperidad durable

En esta inconstante vida,
 Rápido vuela el deleite,
 Pesado el dolor camina.
 Por último desengaño
 Mi corazón solo aspira
 A elevarse en su baja
 Sobre el telar de la envidia.
 Ya el bullicio no me agrada,
 Ni la hermosura me inclina,
 Ni el oro me lisonjea,
 Ni me vale la mentira.
 Solo una alma pura y sana
 Puedo decir que me hechiza ;
 Esta busco hasta la muerte,
 Y en ella haré mi vida.
 Tal me contara Lisardo
 Que sois vos, Lisi divina,
 Alma do el saber se hospeda,
 Pecho do el candor se anida ;
 ¿Y querrás que no te adore,
 Y dirás que no te siga,
 Cuando lo que yo en tí veo
 A llanto y dolor me incita ?
 Opóngaseme la noche
 De la ausencia mas prolija ;
 Opóngaseme la nube
 De la pasión mas temida ;
 Que siempre ansiaré por tí,
 Luz de mis ojos querida,
 Alma real en cuerpo hermoso,
 Mil veces de imperio digna.

II.

Venid, venid, zagalejos,
 Que al zurguen sale Amarilis,
 Si es que el alba á media tarde
 Ver alguna vez quisisteis.
 Vereis triscar los corderos
 Cuando á mi pastora miren ;
 Y que do quiera que vaya,
 Balando por sal la siguen.
 El canto vereis que esfuerzan
 Alondras y colorines ;
 Y que nacen azucenas
 Donde la sandalia imprime.
 Que la senda por do pasa
 Olor de casia despide ;
 Y que si los troncos toca
 Producen blancos jazmines.
 Vereis como el arroyuelo
 Por boca de perlas rie ;
 Y saltar los pececillos
 Cuando á su estanque se mire.
 Salir vereis los zagales
 Con flautas y tamboriles ;
 Los zagales que en prisiones
 De sus rubias trenzas viven.
 Tristes vereis las pastoras,
 Cuando de ellas se retire :

¿Pues qué los tiernos zagales?
 Los vereis mucho mas tristes.
 Y á mí en fin veréisme ufano,
 Si es que á Dios, zagala, me dice:
 Empero si no me hablare
 De pena vereis morirme.
 Asi cantó Arcadio, á tiempo
 Que llegó al prado Amarilis,
 Vergonzosa en ver que todas
 Como á nuevo sol la miren.

III.

Zagaleja, el ser humilde
 (Te lo dice quien te quiere)
 No lo imagines impropio
 De tu beldad floreciente.
 Con quien ignora los daños
 Deja estar las altiveces;
 Porque los justos desprecios
 Nacen de soberbia siempre.
 Cuando mas hinchado el rio
 A la sorda peña hiere,
 Entonces deshecho en llanto
 A besarla el pié descende.
 El ser humilde y discreta
 Bien los cielos te conceden;
 Pero ser altiva y sabia,
 Quien te lo haya dicho, miente.
 No quieras que al vano pavo
 Los ancianos te asemejen,
 Ave ruda, que del suelo
 Jamas alzarse merece.
 El honor que dan los otros,
 Vano es, zagala, que pienses
 Conseguirlo con tu orgullo,
 Que antes bien lo desmerece.
 Del humo de las cabañas
 A no ser altiva aprende
 Que cuanto mas alto sube
 Mas presto se desvanece.
 Misterio de la humildad,
 Que cuando así se envilece,
 Entonces empieza á alzarse
 Orladas de honor las sienas.
 Tal la planta que mas honda
 Echar la raíz pretende,
 Alza la florida copa
 Corona de los verjeles.
 Así que, zagala hermosa,
 Si mi consejo siguieres,
 Serás querida de todos,
 Bendeciránle las gentes.
 Daráte la aldea el nombre
 Que tu modestia desprece;
 Y aunque se exceda en tu elogio
 No temas, no, que le pese.
 Así cantaba Lisardo
 A los umbrales de Fenix,
 Que, cansada de escucharle,

Como quien se agravia, duermes.
 Rogáronle otros zagales
 Que el cantar en vano deje;
 Y él de la ingrata pastora
 Se despidió de esta suerte:
 Ser reina de la aldea
 Quieres, zagala,
 Pues ve que en ser altiva
 No logras nada.
 Ser rey de las flores
 El girasol quiso,
 Y al sol adulando
 Encumbróse altivo;
 Mas ya ves, que ha sido
 Su intencion frustrada:
 Así que en ser altiva
 No logras nada.
 La rosa al contrario,
 Que en un botoncillo
 De espinas cercada
 Amaba el retiro;
 Es quien reina ha sido
 Del campo nombrada:
 Así que en ser altiva
 No logras nada.

IDILIOS. — I.

EL CLAVEL.

La madre universal de lo criado,
 Que con diversas y pintadas flores
 De la alma primavera en mil colores
 Adorna el verde manto, que ha bañado
 Céfitro en mil olores;
 Ya alzando al cielo frescas azucenas
 Nacidas al albor de la mañana;
 Ya vistiendo á los troncos pompa ufana
 De frescas hojas, y de frutas llenas
 De rosicler y grana;
 En mi huerto produjo el mas hermoso
 Pundonor del jardin, el presumido
 Galan de toda flor, astro florido,
 En quien se excede el año presuntuoso,
 El clavel encendido.
 Sus edades se pasan de hora en hora;
 Corto vivir le destinó la suerte,
 Y solo un sol solemnizarle advierte
 En risa el alba, en lágrimas la aurora
 Su nacimiento y muerte.
 Señuelo sea de tu amante lado,
 O bello airon de tu galan sombrero.
 Por primicia del año placentero,
 Y de un alma, que a tí te ha consagrado
 Su efecto lisonjero.
 Lógrese en tu beldad esclarecida:
 Y pues del año fué pimpollo tierno,
 Ni le dañe el calor, ni helado invierno,
 Y á tu lado consiga eterna vida
 En un abril eterno.

II.

LA AUSENCIA.

Mírote en noche del helado invierno,
Botos tus cuernos, luna amortiguada;
Y entre negros celajes ofuscada,
Muestras falto de luz el rostro tierno,
De Febo desdenada.

Tal yo, mezquina, entre una niebla oscura
Quedo al desden que el ánimo me hiela
Sin luz ni gala: mi cariño vuela,
Misero, solo, y pobre de ventura,
Y sin tu centinela.

Solo á tí he descubierto mis amores,
Solo á tí he dado cuenta de mi vida,
Como á la secretaria mas querida
Que el cielo pudo darme en sus favores,
De que ando despedida

Que si acaso el cruel cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegáre aquí á sazón que declarada
Esté ya por la muerte la victoria
De mi vida cansada;

Cuéntale con dolor mi amarga nueva:
Y por corona de mi triste suerte
Dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte
Muy mas su ausencia el ánimo me lleva,
Que el brazo de la muerte.

III.

LOS ZELOS.

Tú, ruseñor dulcísimo, cantando
Entre las ramas de esmeraldas bellas,
Ensordeces la selva con querellas,
Tu gravísimo daño lamentando
Al cielo y las estrellas.

Pesados vientos lleven tu gemido
En las cuevas de amor bien aceptado,
Y con pecho en tus penas lastimado
Bien es respuesta al canto dolorido
De tu picuelo arpadado.

¿Quién te persigue? ¿Quién te aflige tanto?
Si acaso es del amor la tiranía,
Consuélate con la desdicha mía,
Que, advirtiendo tu misero quebranto,
Busco tu compañía.

No me desprecies cuando te acompaño
Pensando que en dolor me aventajaras;
Pues si mis desventuras vieras claras,
Y al fin te persuadieras de mi daño,
Quizá el tuyo aliviaras.

¡Triste de mí! que en páramo apartado,
Siendo alimento á pena tan esquiva,
Hallé muerte de zelos, que derriba
El edificio amante que hubo azado
Sobre agua fugitiva.

IV.

DURACION DE SU AMOR.

Plátanos frescos de esta verde falda,
Sombrios sauces, cedros de olor llenos,
Que os holgais con los céfiros serenos,
Y enguinaldais con cercos de esmeralda
Los prados siempre amenos;

Vos, en quien floreció la primavera,
Y alzais al cielo vuestra frente grata,
Dando ornamento á la luciente plata
De los raudales de esta fiel ribera,
Y veis como os retrata;

Ya que es fuerza mi amor crezca en el suelo,
Crezca, pues lo grabé en vuestra corteza,
Crezca mi amor, mi nombre y mi firmeza,
Mientras os diere su favor el cielo,
Ornándoos de belleza.

Siete años hace ya que en mi alma exenta
Con imperio unos ojos han reinado;
Y otros siete en mis venas he guardado
El fuego, el dulce fuego que alimenta
Mi pecho enamorado.

Miro mil veces su beldad sin tasa:
No porque aumente, no, mi pasión pura;
Que una vez y otra vista su hermosura,
Eternamente el corazón abrasa,
Y el fuego mortal dura.

Llama que eterna duración alcanza,
Y al vivir del espíritu se extiende,
Ni el horror del sepulcro la comprende,
Ni del tiempo la rígida mudanza
La marchita ni ofende.

V.

DELIRIOS DE LA DESCONFIANZA.

Osé y temí; y en este desvarío
Por la alta frente de un escollo pardo
Del precipicio, donde no me guardo,
Sigo la senda, preso el albedrío,
Con pié dudoso y tardo.

Nuevo ardor me arrebata el pensamiento;
Discurro por el yermo con pié errante,
La actividad de un fuego penetrante,
Ni la inquietud que en mi interior yo siento
Huyen de mí un instante.

Por el hondo distrito y dilatado
Del corazón en fuego enardecido
Se esplayó el gran raudal de mi gemido,
Y la dulce memoria de mi amado
Hundió en eterno olvido.

Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,
Escándalo funesto y escarmiento
A los tristes amantes, que sin tiento
Levantaron de lágrimas sus gozos,
Gozos de inútil viento.

Los que en la primavera de sus días
Temieren el desden de sus amores,
Envidien el teson de mis dolores,
Y fuego aprendan de las ansias mias
Los finos amadores.

VI.

LA AGITACION.

¡Ay! cómo ya la alegre primavera,
A su felice estado reducida,
Torna á las plantas nuevo aliento y vida,
Esmaltando de flores su ribera,
Que antes se vió aterida.

Suelta el raudal su risa armoniosa ;
Y canta el ruiseñor con trino doble ;
De púrpura se viste el clavel noble,
Y enlaza al olmo con la vid hermosa
Y con la hiedra al roble.

¡Qué de veces me vió rosada aurora,
Mustia y débil la flor de mi hermosura,
Reclinada del monte en la espesura,
Y en vela inquieta me encontró á deshora
Llorando mi ventura !

Cae del cielo la noche tenebrosa ;
Cubren sus alas negras todo el suelo :
Mi dolor se acrecienta y desconuelo,
Y paz el blando sueño da engañosa
A mi triste recelo :

Que despierto asustada ; y mi cuidado
Me lleva á yerma orilla de ancho rio :
Vuelvo en vano á dormir, y desconfío
De poder encontrar puente ni vado
Al triste curso mio.

¡Triste de mi, que sigo temerosa
La luz escasa de funesto fuego,
Que el poder de mis ojos deja ciego ;
Y émula de la incauta mariposa,
A su volcan me entrego !

VII.

EL DESFALLECIMIENTO.

Delicioso vergel, fuente risueña ;
Espumoso raudal que al prado esmalta,
Y de la peña que miró mas alta
Al cóncavo enhiedrado de otra peña
Lleno de aljófara salta :

En este soto un tiempo entretenido
La flor mi breve pié pisó contento :
Ví aquí mas verde juncia, allí mas viento,
Acá hallé fresco, allá un balcon florido,
De mi delicia asiento :

Pues ya del sol la luz que al mundo alegra
Huye á mis ojos que aman el retiro ;
Y ciega del humor con que suspiro,
Y triste y sola entre una nube negra
La fiera parca miro ;

Cielos, ¿ qué edad tengo agravada,
Que en medio de mi dulce primavera
En tan nuevo rigor quiere que muera,
Y que antes de gozarla, parca airada

Corte mi flor primera ?
Del seno oscuro de la tierra helada
Llamarme con delgadas voces siento :
Tristes sombras cruzar vi por el viento,
Y que me llaman todas de pasada
Con lamentable acento.

No me aterra la muerte ; ni rehuso
El dejar de vivir de edad florida,
Ni he esquivado la muerte tan temida,
Que amaneció con un vivir confuso
De mi cuidado asida.

Siento haber de dejar deshabitado
Cuerpo que amante espíritu ha ceñido,
Y yermo un corazon que tuyo ha sido,
Donde todo el amor reinó hospedado,
Y su imperio ha extendido.

No el morir siento ¡ ay Dios! siento el dejarte:
¿ Qué mayor muerte quieres que perderte?
Si me era paraíso y gloria el verte
¿ Qué gozaré, dejando de gozarte,
Sino perpetua muerte ?

POESIAS JOCOSAS. — EPIGRAMAS. — I.

Luisa adrede me mojó,
Y yo comencé á enojarme ;
Mas ella por aplacarme,
Cual quise me acarició :
No le debí de pesar
Del despique, á lo que entiendo,
Pues siempre me anda diciendo :
Pepe, ¿ te vuelvo á mojar ?

II.

Blas vió andar á los umbrales
De su puerta á Dorotea ;
Y con labios de grajea
Dijo : mi bien, ¿ dónde sales ?
Y ella, con boca de mieles,
Le dijo : ¿ á qué vienes, Blas ?
Y no se dijeron mas
Este par de mirabeles.

III.

De toda la vida mia
Los ngüeros mas siniestros,
Fueron el tener maestros
De quien el buen gusto huia.
Y si bien de ellos me rio,
Si yo llevo á tener fama,
Veréis como alguno exclama
¿ Era? es discípulo mio.

IV.

Juana me dió una pisada ,
Y yo juzgué que era acaso :
Dióme otra no tan paso ,
Tampoco la dije nada.

Ibame á dar la tercera ,
Y la dije : tente , Juana ,
Que si yo tuviera gana
Bastaba con la primera.

V.

Con sombrero de á tres picos
Iba un charro de mi tierra
Llamando al son de cencerra
De un arrabal los borricos ;

Y mientras tres que lo vieron
Rieron de ver tal paso ,
Los burros no haciendo caso
Tras el buen hombre se fueron.

VI.

Hablando de cierta historia
A un necio se preguntó ;
¿ Te acuerdas tú ? y respondió :
Esperen que haga memoria.

Mi Ines , viendo su idiotismo ,
Dijo risueña al momento :
Haz tambien entendimiento ,
Que te costará lo mismo.

VII.

Mostróme Beatriz su lecho
Con colcha azul , fleco y randa ,
Y yo viéndola tan blanda
Dije para mí : esto es hecho.

Luego á parte me llamó
Y dijo junto á un baul :
¿ Ves , Pepe , esta colcha azul ?
Pues seis duros me costó.

VIII.

Dorotea se sentó
Cerca de Tais cortesana ,
Y viéndola tan liviana ,
De ella con gran prisa huyó :

Dijola Tais : Dorotea ,
No huyas con presteza tal ;
Que no se pega mi mal
Si no es á quien lo desea.

LETRILLAS. — I.

Yo que nada bueno
En el mundo toco ,

*Hacia mi taberna
Me voy poco á poco.*

Vaya el otro chibo
Tras la cauta dama ,
Confiese que la ama
Cual nadie expresivo ,
Ya muerto , ya vivo ,
Ya cuerdo , ya loco ,
*Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.*

Váyase á embarcar
Corsario avariento ,
Y sufra el violento
Combate del mar ,
Muerto por sacar
Plata al Orinoco ,
*Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco*

Váyase el señor
Casero y lampiño
A pasear su niño
Por el corredor ,
Y con babador
A limpiarle el moco ,
*Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco*

Váyase á la armada
El feroz guerrero ,
Maneje el mortero
Cual yo la empegada :
Diga que á su espada
Todo el orbe es poco ,
*Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco*

Vaya otro imprudente
A sondear la vieja ,
Que virgen no deja
Que astuta no tiente :
De niñas serpiente ,
De niños el coco ,
*Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.*

II.

Faltando yo , es cierto
Que habré nombradía ,
*¿ Qué gran bobería ,
Despues de yo muerto !*

Diz que mi gran musa
Heróica me llama
Con póstuma fama .
Sin tener excusa ;
Vanidad intrusa
Del vulgo inexperto :
*¿ Qué gran bobería
Despues de yo muerto !*

A hacer de las mias
Diceu que me aplique ,
Que casa edifique ,

Torre y galerías,
Sin ver que mis días
No han instante cierto :
¡ Qué gran bobería ,
Despues de yo muerto !

Diz que si yo falto
(Mi Dios me perdone)
Harán se empadrone
Mi nombre tan alto
Que llegue de un salto
Al polo mas yerto :
¡ Qué gran bobería ,
Despues de yo muerto !

Diz que otra Artemisa
Hará un mauseolo ,
Al funeral solo
De mi hora precisa
Y morir de risa
Yo tengo por cierto :
¡ Qué gran bobería ,
Despues de yo muerto !

Diz que mi retrato
(¡ Qué co-a tan mona !)
Grabará Carmona
Con su buril grato ,
De frente á zapato
De laurel cubierto ,
¡ Qué gran bobería .
Despues de yo muerto !

III.

Si yo cuando á otros muerdo
Mordido me hallo ,
Es que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

Si un varon mirado
Sube al magistrado ,
Y hace cual magnate
Mas de un disparate ,
No es mucho su fallo ;
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

Si un viejo en visita
Con doña Pepita ,
En dime y direte ,
Hielo hecho , arremete ,
No hay por qué extrañallo
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

Si un docto por grado ,
En su aula sentado ,
Pensando que explica ,
Mas y mas se implica ;
Callar y aguantallo ,
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

Un novel cadete ,
Pensando es ginete
Mas que Gerifalte ,

No es mucho que salte
Y brinque cual gallo ,
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

Si á un ruin miserable
Ines se hace afable
Cuando allá lo coge ;
Qué él la bolsa alloje
Por hecho contallo ,
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

Si un cuerdo estadista
Cae en ser coplista ,
Y enlada en sus versos
A cien universos ;
No hay mas que dejallo ,
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

IV.

Diz que un caballero .
Dicho don Dinero ,
Pierde y atropella
La niña mas bella
De mas pundonor ;
Madre, la mi madre ,
¡ Qué triste dolor !

El diz que miuora ,
Y aun de virtud dora
El crímen mas grave ,
Y al recto juez sabe
Quebrar el rigor :
Madre, la mi madre ,
¡ Qué triste dolor !

El al mas ocioso ,
Mas vil y vicioso
Colma de favores ,
Y aun da de señores
Un perpetuo honor :
Madre, la mi madre ,
¡ Qué triste dolor !

El á un tonto ha dado
El premio colmado ,
Que hubo merecido
Un sabio entendido ,
Pobre y sin favor :
Madre, la mi madre ,
¡ Qué triste dolor !

El en la opulenta
Mosa en que se sienta
Todo hace que sobre ,
Arrojando al pobre

Del hambre al rigor :
Madre, la mi madre,
¡ Qué triste dolor !
 Diz que pretendido,
 O ya conseguido,
 Es de ayes cercado,
 Y siempre en cuidado
 Tiene al poseedor :
Madre, la mi madre,
¡ Qué triste dolor !

V.

Al que por sola aprension
 De que perdió su mozueta,
 U otra cualquier bagatela
 De aqueste mundo bribon,
 Se le llena el corazon
 De mortal melancolia,
Le cayó la lotería.

Al militar que impaciente
 De lograr algun honor,
 Se presenta con valor
 Del enemigo á la frente,
 Donde le coge en caliente
 Un tiro de artilleria,
Le cayó la lotería.

Al que por tener sospecha
 De si está ó no resfriado,
 Llama al doctor de contado,
 Quien, juzgando que aprovecha,
 Le manda sangrar y le echa
 En la sepultura fria,
Le cayó la lotería.

Al que buscó á su entender
 Por novia una muger casta,
 Y siendo él de buena pasta
 Y ella de buen parecer,
 La que le hizo novio ayer
 Le hace novillo este día,
Le cayó la lotería.

Al jóven que sin saber
 Que cosa lujuria fuera,
 Por sola la vez primera
 Que visitó á una muger,
 Ve el triste que ha menester
 Entrar en Santa Maria,
Le cayó la lotería.

VI.

¿ Ves aquel señor graduado,
 Roja borla, blanco guante,
 Que nemine discrepante
 Fué en Salamanca aprobado?
 Pues con su borla, su grado,
 Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.

¿ Ves servido un señoron
 De pages en real carroza,

Que un rico título goza
 Porque acertó á ser varon?
 Pues con su casa, blason,
 Título, coche y cochero,
Es un grande majadero.
 ¿ Ves al gefe blasonando
 Que tiene el cuero cosido
 De heridas que ha recibido
 Allá en Flandes batallando?
 Pues con su escuadron, su mando
 Su honor, heridas y acero,
Es un grande majadero.

¿ Ves aquel paternidad
 Tan grave y tan reverendo,
 Que en prior le está eligiendo,
 Toda su comunidad?
 Pues con su gran dignidad,
 Tan serio, ancho y tan entero,
Es un grande majadero.

¿ Ves al juez con fiera cara
 En su tribunal sentado,
 Condenando al desdichado,
 Reo que en sus manos para?
 Pues con sus ministros, vara,
 Audiencia y juicio severo,
Es un grande majadero.

¿ Ves al que esta satirilla
 Escribe con tal denuedo,
 Que no cede ni á Quevedo,
 Ni á otro ninguno en Castilla?
 Pues con su vena, letrilla,
 Pluma, papel y tintero,
Es mucho mas majadero.

VII.

En eso de que por tema
 De no ceder á ninguno,
 Sin esperar premio alguno,
 Me ponga con mucha flema
 A escribir un gran poema,
 Como el pobreton del Taso;
 Paso.

Mas en que por diversion
 Se suelte mi tarabilla
 En cantar un letrilla,
 Donde saque á colación
 Tanto esposo chibatón
 Como á cada paso encuentro,
 Entro.

Que yo cual camaleon
 Está á un gran Sofí adulando,
 Mil sobarbadadas pasando
 Por lograr mi pretension,
 Cautivo de la ambicion,
 De sueño y de gusto escaso:
 Paso.

Mas en que mis gustos ame
 Donde halle fortuna cierta,
 Y cuando mas me divierta

Ningun cuidado me llame ;
Pues buey suelto bien se lame
Por defuera y por de dentro ,
Entro.

Que quieran que á una funcion
Vaya yo en diciembre helado
A beber de convidado
Aguas de agraz y limon ,
Que dejen mi corazon
Tan helado como el vaso ,
Paso.

Pero en que con mi vecino
Y otros amigos , de broma ,
Sentado en un corro coma
Buenas lonjas de tocino,
Y un gran pellejo de vino

Haya por copa en el centro,
Entro.

En que vestido de gala
Dance yo serio un amable,
Sin que toque y sin que hable
A las damas de la sala,
Pues me echarán noramala
Si á algo de esto me propaso,
Paso.

Mas en el ir á enredar
A los bailes de candil,
Donde pueda yo entre mil
Con las chicas retozar,
Y apagar la luz, y andar
A esta cojo, la otra encuentro,
Entro,

POESIAS DE DON JUAN PABLO FORNER.

Nació en la ciudad de Mérida, provincia de Extremadura, en 17 de febrero de 1756. Fueron sus padres don Francisco Forner y Segarra, natural de Vinaroz, en el reino de Valencia; y doña Manuela Piquer, sobrina del célebre don Andres Piquer. Su docto padre cuidó con esmero de su primera educacion, y puso desde luego en las manos del hijo libros escogidos para ilustrar su entendimiento y formar su buen gusto en la literatura. En Madrid estudió la lengua latina y los elementos de la elocuencia y poesia, bajo la enseñanza de D. Francisco Torrecilla. Trasladado á Salamanca se dedicó en su universidad al estudio de la filosofia y de la jurisprudencia, de la lengua griega, y á la lectura de sus autores clásicos. Allí trató amistosamente á don José Cadalso, de cuyas lecciones en poesia y humanidades se aprovechó, como Melendez é Iglesias. Concluyó su carrera en Toledo, en cuya universidad recibió los grados en derecho civil. Vino entonces á Madrid, y en 1785 se examinó é incorporó en el colegio de abogados de esta corte; y á poco tiempo le nombró el excelentísimo señor conde de Altamira por abogado é historiador de su casa. Aprovechándose de la selecta librería de su tío don Andres Piquer, vivió retirado y oscurecido en la corte. Dióse á conocer luego por su critica á las fábulas de Iriarte, publicando la de *el Asno erudito*, y por la sátira contra los vicios introducidos en la poesia castellana, que premió la Academia Española en 1782. Publicó luego los *Discursos filosóficos sobre el hombre*, la *Oracion apologética por la España y su mérito literario*, la *Carta de don Antonio Varas contra la Riada de Trigueros*, varios folletos criticos sobre el periódico titulado *Censor* que se publicaba entonces, las reflexiones de Tomé Cecial contra la leccion critica de Huerta, el suplemento al artículo *Trigueros* contra la *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, que publicaba don Juan Semper y Guarinos; escribió las observaciones sobre la historia general del abate Borrego, y otras obrillas por encargo del ministerio: *Modo de escribir la Historia de España*, etc. Por el concepto que se granjeó en el buen desempeño de estos encargos se le nombró fiscal de la audiencia de Sevilla en el año de 1790: allí casó con doña Maria del Carmen Carasa, de quien tuvo dos hijos: y allí, estudiando y admirando á los buenos poetas sevillanos Herrera, Rioja, etc. mejoró su estilo y su gusto poético. Trató con los jóvenes mas instruidos y los dirigió por el camino de las letras. En Sevilla escribió *Preservativo contra el ateismo*; *La corneja sin plumas*; *Nuevas consideraciones sobre la tortura*; y otras obras. En 1796 fué nombrado fiscal del consejo de Castilla, donde empezó á promover asuntos de utilidad general; pero en 17 de marzo de 1797 falleció á las 41 años, y se enterró en Santa Cruz. Su notorio mérito literario se hallaba acompañado de las prendas mas apreciabiles en un magistrado, como lo manifestó en la fiscalía del crimen de la audiencia de Sevilla, que sirvió por espacio de 6 años; en varias comisiones de la mayor confianza, y en el breve tiempo que sirvió la fiscalía del consejo.

SATIRA

CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA
POESIA CASTELLANA.

Fragments.

Este era mi deseo, ser muy sabio,
Llevar mi fama al contrapuesto polo,
Hacer colgar los hombres de mi labio,
Robar el plectro al inflamado Apolo,
Y lograr el renombre de poeta,
Mas brillante que el polvo del Pactólo.

¿A qué Tiron la adulacion no inquieta,
De la futura gloria premio vano,
Que al obstinado estudio le sujeta?
La noche apenas al desvelo humano
Brindaba con su paz, y á los mortales
Dulce apartaba del trabajo insano;
Negado al blando sueño, los umbrales
Del aposento lóbrego me hallaban,
Do puesto di á mil nombres inmortales.
Los senos de la tierra descansaban
En un silencio universal sumidos,
Que ni los blandos céfiros turbaban,
Y yo, en doctas vigilias consumides
Los momentos de paz, hasta la aurora
Dilataba el trabajo á mis sentidos.

Atónito tal vez con la sonora
Trompa del que no tiene patria cierta,
Me inflamé entre la lumbre que atesora.
Hallábalas tal vez en la encubierta,
Si grave, usurpacion del Mantuano,
Que al gentil imitar abrió la puerta.
Docto Catúlo, Horacio sobrehumano,
Y el que el Ponto humanó con su blandura,
Mas dulce cuanto al bien menos cercano,

Al solícito ingenio, donde apura
Su conato el saber, mas llana hacian
La del Parnaso inaccesible altura.

Las obras al deseo respondian:
Que aunque medroso, emulacion y gloria
La pluma entre los dedos me ponian.

¿Y logré, por ventura, meritoria
Hacer solicitud tan desvelada,
Por mas que guie á la inmortal memoria?

En números la voz apresurada
Me lleva á la prision de la miseria,
Si mi razon no acude apresurada
Que, cierta ya del gusto de su Hesperia,
Me abdicó de la suerte de mi genio,
Dando á mi estudio interesal materia,

En vano fia en el favor Cilenio
La heredad pobreza hallar socorro
Que ayive el fuego en el ardiente ingenio.

Apláudese lo escrito, por el corro
Resuena la alabanza; mas ninguno
Cubre el aplauso con dorado forro:

Y el misero poeta, poco ayuno
Del viento del aplauso, lo va acaso
Del sustento á sus fuerzas oportuno.

No fué jurisperito Garcilaso,
Y oprimiérale el hambre, si en sus gentes
No hallára patrimonio, ó fuera escaso.

No el cielo á muchos el fervor inspira
Que hace divino al vate, y se descubre
A cada paso quien en si le admira.

Cual suele sacudir el fresco octubre
La lluvia de las hojas que desprende,
Y dellas los desnudos campos cubre,

Que si corre enojado el viento, y hende
La esfera clara, á oscurecerla llega
La innumerable suma que descende:

No menos abundante el orbe anega
La poética turba que le oprime,
Que á todo trance su furor despliega.

Este canta su amor, aquel le gime,
Trabajos al Estado convenientes
Con que se aumente su poder y anime.

Tal se calza coturnos eminentes,
Que ofrecen un bufon al gran concurso,
Consejero de reyes muy prudentes.

¿Pues qué el que trueca á su escritura el
Y del soberbio zueco se apodera (curso,
Para mostrar la pompa en el discurso?

Allí es ver como esgrime y acelera
Su lengua en la oracion régia y altiva

La airada magestad de una ramera.

¡O! tú, cualquiera á quien benigna priva
La suerte del calor que nos endiosa,
Cuando la mente su agudeza aviva;

Si envidias un furor que no reposa,
Y eres tan infeliz que le descas,
Porque en aplauso universal rebosa;

Antes forzado á pretender te veas
Con mérito y sin sombra en la gran corte,
Donde viven con hambre las tarcas:

Do el prepotente empeño es fijo norte
Que lleva al puerto, á que seguro aspira
Quien sabe cuanto el adular importe:

Donde aunque insta en el trabajo, y mira
Al bien comun el rústico estudioso,
Al fin con canas y hambre se retira.

Primero, doctamente perezoso,
Por no saber ganar un grave paje,
Arcaduz del esclavo poderoso,

Sufras llorando el inhumano ultraje
De ver á tus estudios preferido
Un charlatan, que adula con buen traje:

Antes logres renombre de sufrido
En este triste género de afrenta,
Bien por el gran Cervantes conocido,

Que hacer número intentes en la cuenta
Del bando que en forjar versos malditos
Su edad consume, y su saber ostenta.

Hiciera Dios no fuesen infinitos;
Pero el arte de Apolo es insolente,
Y produce mas vanos que peritos.

¿Dió crédito al aplauso indiferente
Del oficioso vulgo un don Faustino,
Que le busca ó le pide ansiosamente?

Basta así: ya su espíritu es divino,
Sus versos lo morán, y aun su lucerna
Ya á la divinidad se abre camino.

No fué la de Cleantes mas eterna,
Bien ya en el Pesianacto esclareciese
La ley que al hombre en el vivir gobierna.

Versos ha de escribir, mal que nos pese,
Y mal que pese al arte, no habrá caso
En que su voz no acuda y se atraviese.

¿De algun señor la esposa pare acaso,
Como acostumbran todas, al noveno?
Al punto sale nuestro Mexio al paso,

Y muy colmado de entusiasmos, y lleno
De sibilo ardor nos pronostica
Que el niño tiene traza de ser bueno:

Las glorias venideras le publica,
Y si el niño se escapa al otro mundo,
Al fin valió la adulacion que aplica.

¡O negra musa, de sabor inundo,
Que va á hacer, por medrar, sus cumplimien-
A las obras de un útero fecundo! (tos

Pero ¿supleño, al fin, los pensamientos?
No allí eleccion, no rigoroso juicio
Que castigue los vanos ornamentos.

Crece en los versos lujurioso el vicio,
Cual la pompa en la vid de fruto escasa,

Y pródiga del verde desperdicio :

Y aun si fuera excelente, aunque sin tasa,
La sufriera el varon contentadizo,
Que llanamente por lo bueno pasa.

Sé que nunca un poeta he conocido,
(Y he conocido muchos) que no entienda
De sí ser el mas docto y entendido

Y así salen los frutos de la hacienda,
Que adulándole el grito de la fama
Hacer procura que su nombre extienda

Escribe mucho, y cuanto escribe ama :
Publicalo sin tiento, y á la envidia
Luego achaca las criticas que llama.

Lidia con fieras quien con hombres lidia
Que se tienen por fértiles, mostrando
Su frente los desiertos de Numidia.

Vocean todos, que el dichoso bando
De aquellos á quien ama el decto númen,
Se deja apenas ver de cuando en cuando :

Y todos entre tanto se presumen
Destinados al bando venturoso,
Probándolo las resmas que consumen.

Proscribales un verso poco airoso
Por lánguido, vacío, tardo ó duro,
El amigo censor dulce y juicioso :

Primero sobre sí llame el conjuro
De un vengativo á su venganza atento,
Que el ceño claro del poeta oscuro.

Le hará ver que es el Pindo su aposento,
Y en él juntas las musas elocuentes.
Le inspiran grave y sonoro acento.

Alegará que oyeron sus sirvientes
El reprendido verso, y le admiraron.
¡Jueces de gran razon, é indiferentes!

Que dos profundas damas le aprobaron
Doctas en el frances y en geometria,
Y que cuatro peinados ya inventaron :

Que un abate, gran hombre en geografia,
Le alabó la pureza castellana,
Citándole un frances que así escribia.

Razon completa, que la suya allana,
En tiempos que el dialecto de Toledo
Se estudia en la leyenda galicana.

¿A qué pobre censor no pondrán miedo
Testimonios tan graves y excelentes?
Cruzaráse los labios con el dedo.

¿Porqué ofenderá tanto á los extraños,
Que el arte ignoran del exacto Lope,
Nuestra traza en los cómicos engaños?

¿Tan gran pecado es que vea en Jope
Embarcarse una reina el circunstante,
Y luego, luego en Tetúan la tope?

« Señor, que no ha pasado un solo instante.

« En el arte son siglos bien contados.

« Horacio lo reprueba. Es ignorante.

« ¡O vos, gran Caladieron! si mis cansados

« Discursos no tomáis acaso á enojo,

« Pues son tanto los vuestros venerados,

» Responded : si en el arte el grande arrojó

» De escribir sin concierto se mantiene

» ¿ Ese arte en qué se funda? En el antojo.

» Lacónica respuesta, y que conviene

» Bien con la autoridad de la persona

» Que asegurada ya su opinion tiene.

» Mas la naturaleza, que pregona

» Sus leyes inviolables, quejaráse,

» Si á su verdad la ejecucion no abona.

» *Quien tal pronuncia sin comer se pase.*

» ¡ O oráculo sagrado! yo dijera,

» (Sufrid que á replicaros me propase)

» Que en vez de escribir mal, otro eligiera

» Término á su vivir, pues que el sustento

» No está solo en el fin desa carrera.

» *El vulgo ha de tener divertimentoio :
Es necio, y neciamente se divierte.*

» Diviértase en buen hora : es justo intento :

» Pero no ayude yo, cuando pervierte

» La opinion de la patria, á perversilla,

» Si excede un tanto á la vulgar mi suerte.

» Fuera de que, si es necia la cuadrilla

» De la plebe infeliz, del sabio el cargo

» Es afeár el error que la mancilla,

» No el dar por dulce lo que en sí es amargo,

» Ni aumentar al doliente la dolencia

» Con indulgente ó con infiel descargo.

» Pero ¡ oh cuánta es del vulgo la paciencia !

» Cuando con tanta ve que á su ignorancia

» Se atribuye la cómica impudencia

» Aquel que no distingue la distancia

» Que hay del arte al capricho, solo aprueba

» Lo que no hace al deleite repugnancia :

» En lo agradable se embelesa y ceba :

» Para él este es el arte, otros ignora :

» Aplaudirá á Terencio si le eleva,

» Y arrojará á Carcino con sonora

» Salva de agudo silbo, si del templo

» No ve salir el héroe que colora.

» Quizá mas de lo justo me destemplo

» En replicaros ya, pero en la Grecia

» Me está llamando el memorable ejemplo :

» En cuyos espectáculos la necia

» Turba, de quien acá sin luz bastante

» Se cree que el arte y la razon desprecia,

» Desde que de la máscara el semblante

• Esquilo hizo mejor, y heroicamente

» La acompañó de espíritu elegante,

» Acostumbrada al arte, é insolente

» La oreja con el juicio de su ciencia,

» Mofó lo escrito mal é impertinente.

» Tal vez suele ser útil la insolencia,

» Y contra los poetas necesaria,

» Y aun así se ve en ellos resistencia.

» España, en producir extraordinaria,

» Dió tragedias con arte un tiempo á Roma,

» Y es hoy si ella las tiene opinion varia.

» En la invencion sin repugnancia doma

» Al resto de la tierra. ¿ Porqué injusta

» Tanta amplitud en disponer se toma?

» ¿Por qué ¡o gran Calderon! á la robusta
 » Locucion, y al primor del artificio
 » No unió sus leyes la prudencia justa?
 » La diestra plebe, como en propio oficio,
 » A atender lo excelente acostumbrada,
 » Notára luego y repugnára el vicio.
 » De este modo fué Grecia amestrada,
 » Y fuéralo mi España tambien de este,
 » Si pluguiera á una musa venerada. . . .
 » Tales, tales perjuicios padeciendo
 » Está ¡o buen Calderon! por vuestro antojo
 » La nacion que burlasteis escribiendo:
 » Y tales sufrirá con el sonrojo
 » De tocar su dolencia incorregible,
 » Mientras que el sol se nos descubra rojo,
 » Si el autor á quien todo le es posible
 » No alguno nos envia que desmiente
 » Portentoso este daño irresistible. »
*Paso, sí, que no estamos en diciembre,
 Ni su celo es romano, ni él mi esclavo,
 Para que impune las injurias siembre.
 Si es justo el cielo, su designio alabo:
 Mas expresar con desverguenza el cielo,
 Porqué ha de hacerse, de entender no acabo:*
*¿Querrá el don delicado que al desvelo
 Del poético ardor se una la flema
 Que el arte induce, comprimiendo el ruelo?*
*Pues sepa el ignorante que se extrema,
 Dando en el vicio opuesto como tonto,
 Que nunca tiene el medio en su poema.*
*Cuando yo ardiente en mi hipógrifo monto,
 Y le hago ir en parejas con el viento,
 Aunque pez sin escama, vivo y pronto,
 ¿Privaré al auditorio del contento,
 De ver cual se despeña una doncella,
 Por dar á toda la arte cumplimiento?*
*¿Y en dónde hay arte como ver aquella
 Belleza ir de peñascos en peñascos
 Rodando, sin que el golpe la haga mella?*
*¿Vestir las lagartijas de damascos,
 Y que ocupen el monstruo cristalino
 De ochenta naves los pintados cascos?
 Desengañese, y crea que el camino
 De acertar á agradar, es el que enseña
 Enredo no creíble y peregrino*
*La imitacion de la verdad no empeña.
 Ni es muestra de agudeza en tiempo, cuando
 La verdad, por inútil, se desdenea,
 La antigüedad me opone, levantando
 Sus obras, y hay defectos garrafales,
 No menos en Aquiles que en Orlando.*
*¿Porqué, como aquel duerme en sus reales
 Casi hasta el fin, y en su quietud porfia,
 Sin que le duelan los argivos males,
 No hará Moreto que la tropa pia
 De los siete en un punto pase y duerma
 Doscientos años en la gruta fria?
 Sufrirás en Homero hallar enferma
 Una deidad, y deshonestá á Juno,*

*Dejando la ara de su Samos yerma,
 Tramar dolos á Júpiter, y en uno
 Yacer con él hasta dormirle, en tanto
 Que cumple sus propósitos Neptuno:
 ¿Y en mí será delito que en el manto
 De una frágit mortal escondá el vicio,
 Que él descubrió en los inmortales tanto?*
*Reforme, pues, ó recupere el juicio,
 Y entienda que en el arte del agrado
 El rigor siempre sufre sacrificio.
 Triunfe, pues, el antojo: al adorado
 Teólogo teatral yo responderia,
 Si á mí hubiera su arena encaminado. . .*

*Préstame sus vestiglos el Erébo:
 Y por no dar su nombre á cada cosa,
 Será toda metáfora mi cebo.
 Tus mejillas ¡o Silvia! serán rosa,
 Y rosa que arda sobre helada nieve,
 Formando amor union tan prodigiosa.
 Si lloras, cantaré que el cielo llueve
 Perlas de sus luceros celestiales,
 Que el fuego de mi fe consume y bebe.
 Si te peñas, diré que los raudales
 De tu castaño golfo surcan bellas
 De un ebúrneo bajel puntas iguales.
 Embozarán tus párpados estrellas:
 Que aunque no tienen niñas, y es constante
 Que excede al deste globo el bulto dellas,
 Diez mil leguas de luz clara y brillante
 Bien caben en tu frente peregrina,
 Que aun del orbe solar ser puede atlante.
 ¿Te ries, Silvia? Pues á fe que inclina
 A mas de seis bellezas veteranas
 Habla que tan de veras desatina.
 Bien sé que tú á escucharla no te allanas,
 Ni tampoco por ella trocarias
 La que articulan hoy bocas livianas:
 Que si se han de aprobar habladurias,
 A adulteradas frases no sutiles
 Preferes puras sutilezas mias.
 Pero unas y otras en tu juicio viles
 Comparecen, y nace, segun creo,
 De que son tus espiritus viriles.
 Jamas tú consentiste que un deseo
 Torpe en sí, con los números disfrace
 El fin á que encamina su rodeo.
 Traslada al verso su malicia, y hace
 Que se lea mas vivo en el afeite
 Lo que en sí aun sin ornato satisfice.
 Añade incltamentos al deleite,
 Que ya incita por sí: vela, y se esmera
 En guarnecer el fuego con aceite.
 La arte en tanto inocente, de sincera,
 Casta y grave matrona es convertida
 En infame ó adúltera ramera:
 Con docta obscenidad prostituida,
 Sabiamente lasciva, y de mil modos
 Armando hazos á la honesta vida.....*

Adopten una vez esos desvelos
 La persuasion de la verdad , ó alaben
 La gloria militar y sus anhelos :
 Vibren endecasílabos que acaben
 Con el lujo servil que nos corrompe ,
 Y con los vicios sus contiendas traben.
 De un lado á la casada , que interrumpe
 La quietud del esposo por las galas ,
 Que á toda costa desperdicia y rompe :
 De otro acometa á las soberbias alas
 De la suelta doncella , que se entona
 Porque empina el cabello á empiresas salas :
 De Andrómaca dirás que es la persona ,
 Si enmitrada la miras por la frente ,
 Cuando el monte de gasas la corona.
 Con prohibado pelo hace eminente ,
 Tal vez sobre una calva venerable ,
 El greñudo edificio impertinente.
 Quien debe al cielo inspiracion afable ,
 Oyendo los vocablos de la moda ,
 (Diccionario ó risible ó execrable)
 ¿ A cantar sus sandeces se acomoda ;
 Sin que el mímico lujo le conmueva ,
 Que ocupa á la nacion un tiempo goda ?
 Ea , que no . . . mas sí ; que nunca ceba
 Su colmilluda sima , aun cuando hambriento
 El lobo en otro que su especie lleva.
 Si las ropas , los rizos y el ungüento
 Me ofrecen un poeta femenino ,
 En quien el sexo de hombre está violento ,
 ¿ Cual será de sus versos el destino ,
 Sino el deleite impuro , el que profano
 Dilata á la lascivia el vil camino ?
 ¡ O entendimiento , entendimiento humano !
 ¿ Para esto el gran vigor te es concedido
 Que al Criador inmortal te hace cercano ?....

Fábula griega en español engaste :
 Si esto solo del vulgo me retira ,
 Daráme Ovidio el material que baste :
 Que si lo que no entiende mas admira
 La ignorancia , antiquísimos dislates
 Sé yo , que por saberlos no suspira.
 ¡ O tú ! si no mi *Píldes* , mi *Acátés* ,
 Ya con constancia *Belorofontea*
 La diva amistad sube sus *quitates*.
 No por su bella *Andrómeda* rodea
 Sobre el elado bruto de *Medusa*
 El *Semidios* á la serpiente fea
 Con tanto ardor , como encendido excusa
 Mi pecho tus defectos *Araigneos* ,
 Si bien discordia de su poma usa.
 Dios me libre , mi amigo de rodeos
 Tan rancios , cuando hubiere de decirte
 Que tu fe no responde á mis deseos.
 Esto , mas que obligar fuera inducirte
 A huir de mí cien leguas asombrado ,
 Cual de hombre que intentase maldecirte.
 Tal proceuro yo hacerlo , cuando hinchado
 Me acomete el que culto grecizante

Vive en su misma patria desterrado ;
 Que el que sobrellevar pueda un pedante ,
 Que , por hablar latino corrompido ,
 Abandona en su idioma lo elegante ,
 Bien merece renombre de sufrido ;
 Y sufrirá á un señor de nueva estofa ,
 A excelsa dignidad recién subido.
 Tal vez se encuentra quien la causa mofa
 Deste decir , y á Góngora desprecia ,
 Porque en él sin recelo filosofa.
 Quien juzga así con equidad no aprecia :
 Porque ¿ qué culpa tiene un yerro sabio ,
 De que le limite la caterva necia !
 ¡ O rebaño servil ! ¡ Porqué en mi labio
 No sufres la elocuencia de Cratino
 Libre y pronta á cualquiera desagravio ?
 Si autoriza algun grave desatino
 El nombre de un varon , á quien la fama
 Venera en sus aciertos por divino ;
 El siervo imitador , ciego á la llama
 Que luce en el acierto ; torpemente
 Remeda solo el vicio que le infama :
 Y esto si acaso imita , porque hay gente
 De quien se dice con loor que imita ,
 Cuando roba y usurpa abiertamente.
 No contrabace la piedra el que la quita
 De otro anillo y al suyo la traslada ,
 Porque á distinto cerco la remita.....

¡ Sarna de ser autor ! si se apotera
 Tu prurito de un seso de alcornoque
 ¿ Qué novedad de su invencion se espera ?
 No leerá original que no provoque
 Su furia de escribir , ni obra aplaudida
 A cuya imitacion no se desboque.
 ¿ Prestó naturaleza con debida
 Templanza la viveza al gran Quevedo ,
 Que al satirico equívoco convida ?
 La alabanza comun llamó el remedo
 De la turba , y cundió el perverso estilo
 En tanto grado cual decir no puedo.
 Lo que era gloria en el jocosillo
 De la picante sátira , ó en juego ,
 Que á argumento vulgar debe su hilo ,
 Con furor indecible pasó luego
 Al teatro , á la lira : hasta las aras
 Oyeron en equívocos el ruego.
 Amor , zelos , contentos , prendas claras ,
 Loores á un vil juguete encomendados ,
 Con cuantas cosas en el mundo hay caras.
 Pusieron en tinieblas los sagrados
 Nombres que al Tajo , al Turia , al Manzanares
 Cantaron sus dulcísimos cuidados.
 Derribó la ignorancia los altares
 De la simple belleza , que esparcia
 En triste soledad tristes pesares :
 Y en tanto que en el tráfago se oía
 Del tumulto civil la voz hinchada
 De una turba infeliz que se aplaudia ,
 La belleza á los bosques desterrada ,

Cual sombra errante en solitaria selva,
Gritaba su infortunio lastimada.....

ODA

A DON PEDRO ESTALA.

Damon, ya su carrera
Dilata Febo, y en alegres dias
Al campo halaga su esplendor risueño:
El encojido ceño
Huyó del tardo hielo en las sombrías
Regiones del Trion, do persevera
El lento paso del nevado enero,
Y avaro el sol se niega á su emisfero.
Claveles derramando,
Y alhelios y rosas en distinta
Copia el mayo gentil por el oriente
Con sonrosada frente
Y mano docta que los prados pinta,
Festivo ya y ufano va asomando:
Risueño escapa el arroyuelo al rio,
Y susurra frondoso el bosque umbrío.

Ya la cítara anima
Batilo, y á su voz en vago vuelo
Milavecillas, coren que traviesas
Saltando en las espesas
Ramas, le siguen dulces: brota el suelo
Mullida grama en abundancia opima,
Donde sentado el simple pastorcillo
Canta las penas de su amor sencillo.

Al soplo impetuoso
Del soberbio aquilon no brama inchado
Ni azota el mar de Cádiz su alto muro:
Ya con timon seguro
La riqueza de oriente en leño osado
Cruza sin miedo el piélago espumoso,
Y restituye el gozo á su semblante
El avaro temor del mercadante.

Rie naturaleza
Con floreciente vida en cuanto abraza
El ancho cerco de su esfera pura.
De su varia hermosura,
Cuando paze ó festivo se solaza,
Goza del bruto la feliz rudeza;
Goza dichosa el ambar de sus flores
Y el ardiente matiz de sus colores.

Goza el reir sonoro
Del bullicioso céfiro, y derrama
La vista por el diáfano horizonte.
Allá le ofrece el monte
Poblada cumbre, que á la roja llama
Del sol brilla bordada en grana y oro;
Y el liquido cristal que entre sus peñas
Mana y baja saltando por las breñas:
Acá en verde llanura
Solitaria floresta, cuya pompa
Mancha de sombras el luciente suelo.
Allí mora del cielo
La soberana paz, sin que interrompa

Su celestial sosiego la amargura
Con que afanado en turbulencia impia
Se aflige el ciudadano noche y dia.

¡Qué ingrato con los dones,
Damon, del cielo, á sus recreos puros
Trucea el mortal el gozo de sus vicios!
Livianos desperdicios
De su malicia son, vanos ó impuros
Cuantos, preso entre miseras pasiones,
Gusta placeres el enjambre urbano
Consigo mismo y con su bien tirano.

La luz del nuevo dia
Le llama, no á mirar del alba hermosa
La rosada venida por oriente.
La sombra al occidente
Su manto encoje y huye presurosa,
Y las obras de Dios con gallardía
Van ostentando su esplendor diverso
En la vaga region del universo.

De ellas no cuidadoso
Corre á engolfarse en inquietudes locas
A que le instiga el interes malvado.
En tropel obstinado
Suenan las calles, como en altas rocas
Sordo murmura el ábrego rabioso:
Y aguijada del ansia turba inquieta
Se derrama al afan que la sujeta.

Al templo turbulento
De Témis parte acude; infeliz parte
Que el fraude anima ó el error desnuda;
Con mascara de duda

La discordia feroz allí reparte
Mortífera ponzoña en largo aliento,
Y luchan por el hábito inhumano
Padre con hijo, hermano con hermano:

Parte al palacio vuela,
Y el agudo temor vuela con ellos
Compañero molesto de sus gustos:
Zelos, envidias, sustos
Abrigan anchos los salones bellos,
Y la ambicion asida á la cautela
Monstruos cria de hipócritas semblantes
Abatidos á un tiempo y arrogantes.

Síguelos á la mesa
Después de tal delicia, y de la gula
Verás hazañas en voraz estrago:
Como en espeso lago
Cadáveres el vientre en sí acumula,
Donde es del gusto acreditada empresa
Rendir el juicio en bacanal beleño
Y cercenar la vida en largo sueño.

Al ocaso declina
La luz, y de ella solo en cristal breve
Usa torpe casada en ocio vano:
El adorno liviano
Del largo dia la carrera embebe:
Adultera la tez, el talle afina
Para que inspire en las sobrantés horas
La mentida beldad ansias traidoras.
¡Qué debe á las ciudades,

Damon, la alta virtud? ¿Qué la inocencia?
 ¿Qué el honesto candor de limpios pechos?
 Debajo de sus techos
 Fraudulenta ó pomposa la insolencia
 Hierve pródigamente en vanidades,
 Y con ellas se goza cual su pena
 Templa el cautivo al son de su cadena.

Huye del cautiverio,
 Y entrega al desahogo deleitoso
 Del vario campo la oprimida mente :
 En él nada se miente :
 Si te agrada la pompa , en el frondoso
 Bosque te abisma , y del divino imperio
 Adorás la natural grandeza ,
 Sin que á miedo te obligue ni á vileza.

Si las delicias amas
 De espectáculo bello , con deleites
 Te brinda el prado de verdad hermosa :
 La violeta , la rosa ,
 No brillan , no , con pérfidos afeites.
 No liba , no , de sus lucientes ramas
 Sucio barnices la dorada abeja ,
 Ni miente fresca edad la planta vieja.

SONETOS. — I.

Ya silba el viento en la nevada cumbre ,
 Y al soplo impetuoso la cabaña
 Vacila del zagal , que en frágil caña
 Con paja entretejó flaca techumbre ;
 Y Bato el mayoral sin pesadumbre ,
 Aunque su grey del aquilon la saña
 Siente y perece , con paciencia extraña
 Huelga al calor de regalada lumbre.

El misero zagal humedecido
 De helada nieve , por salvar se afana
 La grey no suya en el pelado ejido.
 Zagal , reposa : tu fatiga es vana ;
 Su hacienda el mayoral tiene en olvido ,
 Y ni á acordarse de tu afan se humana.

II.

Despierta, Elpin : y guarda que al ham
 Lobo no sirve, no, tu grey de pasto : (briente
 Tú roncas , y el zagal hace su gasto
 Devorando tus reses ciento á ciento.

De rotas pieles número cruento
 Luego te entrega el desalmado Ergasto ;
 Y el daño apoca , aunque en ejido vasto
 Pace escaso ganado y macilento.
 Despierta Elpin : y en las calladas horas

Cuando sin luna las estrellas lucen
 Observa , espía á tus zagales fieles :
 Verás como desuellan con traidoras
 Manos tu grey , y pérfidos reducen
 Tu hacienda toda á ensangrentadas pieles.

III.

Espero , ese poder , esa grandeza
 Con que el hado burlon te engolosina ,
 Si añagazas no son á tu ruina ,
 Serán castigo á la mortal vileza.
 Tú encenagado en súbita riqueza
 Te huelgas torpe en su engañosa ruina :
 ¿ A tanto el cielo tu idiotéz empina ?
 O la nuestra peligra , ó tu cabeza.
 No es Dios injusto , no : jamas consiente
 Gloria al malvado ; ni elevado empleo
 Sin causa al necio permitir le plugo.
 Tu grandeza es patíbulo eminente :
 Si á su cima no subes como reo ,
 Subes ¡ mira qué honor ! como verdugo.

IV.

¿ Ves, Lauso, desalado un vulgo impio
 Correr furioso á la batalla horrenda ,
 Desnudo, hambriento, y sin que el alma venda
 A esperanzas del propio poderío?
 ¿ Ves tolerar del fatigado estío
 La ardiente lumbre al recoger la ofrenda
 De las espigas con audaz contienda
 Tostada plebe en misero atavio?
 ¿ Ves arados los mares al arrojó
 De duras almas , que salvar presumen
 Vida y tesoro en frágiles maderos ?
 Pues si no lo has , mi Lauso , por enojo ,
 Tanto afan , tantas vidas se consumen
 Para que engorden fatuos altaneros.

EPIGRAMAS. — I.

Que siempre lastime y hiera
 Mi estilo en prosa y en verso
 Culpas , Lupo ; mas , espera :
 Si tu no fueras perverso ,
 Di , ¿ satirico yo fuera ?
 Hablar bien de tu codicia ,
 Disolucion y malicia ,
 Fuera calumnia mortal :
 Hablar mal del que obra mal .
 Lupo , es hacerle justicia.

II.

Cuatro horas gasta en peinarse
 La graciosísima Ines ,
 En ataviarse tres ,
 Y cuatro en beber y hartarse.
 Nadie la culpa en rigor

De su odioso proceder
Lo que ella tiene que hacer
De noche se hace mejor.

III.

En casa , en palacio , en calles ,
Cual sombra tuya ¡o Seyano !
Te sigue y te adula Hircano
Para que á mano le halles :
¿Te fatiga ? No batalles
Sobre qué medio darás
Para no verle jamas :
Deja , Seyano , tu puesto ;
De él te librarás bien presto ,
Y de tí nos librarás.

IV.

A UN AGONIZANTE, AUTOR DE UNA OBRA MUY
ENFERMA.

Cuando de formar trataste
Libro tan lánguido y triste ,
A un tiempo le concebiste ,
Paulino , y le agonizaste.
Pudo no impreso vivir ;
Mas luego que á luz salió
Todo el mundo conoció
Que le ayudaste á morir.

V.

Era Ines de Gil querida ,
Y ella le dió una manzana ,
En lo exterior bella y sana ,
En lo interior muy podrida.

Parlióla , y dijo : Ines , di ,
Desengáñame por Dios ,
Si nos casamos los dos
¿Te tengo de hallar así ?

VI.

No dudo , Gil , que eres sabio ,
Y que en tu cabeza hueca
Se hospeda una biblioteca ,
Y un Calepino en tu labio.
De confesarlo no huyo ;
Pero aquesos lucimientos
Son de otros entendimientos :
Sepamos cuál es el tuyo.

VII.

Contra los semi eruditos
Sátiras hace Cleon ,
Gastando en la reprension
Trecientos versos malditos.
Cuanto es pródiga ademas
Su caridad , ved aquí :
Deja de curarse á sí ,
Por curar á los demas.

VIII.

Murió Espurco el avariento ,
Y aun en la muerte mezquino
A un ruinísimo sobriño
Dejó el tesoro opulento.
La muerte misma quedó
Vencida en ardid tan raro :
Pudo extinguir el avaro ,
Pero la avaricia no.

POESIAS DE DON NICASIO CIENFUEGOS.

Nació en Madrid en 14 de diciembre de 1764 : sus padres fueron don Nicolas Alvarez Cienfuegos , y doña Manuela Antonia de Acero : estudió en Salamanca ; y al lado de Melendez , de quien fué grande amigo , se aplicó á la poesia y formó su gusto en ella. Vivió despues en Madrid retirado y viviendo solo con sus libros y con sus amigos. Algunas composiciones suyas que empezaron á correr de mano en mano , y las tragedias de *Zoraida* y *Condesa de Castilla* , que se presentaron particularmente , le empezaron á dar un nombre literario en el público , que se acrecentó con la impresion que hizo en 1798 de todas sus obras poéticas. A poco tiempo le confió el gobierno la redaccion de la Gaceta y del Mercurio ; y pocos años despues fué hecho oficial de la primera secretaría de Estado. Así se hallaba cuando estalló la guerra de la independenciam. Cienfuegos , despues de haber corrido un peligro inminente de ser arcabuceado por los franceses despues del dos de mayo , fué en el año siguiente de 1809 llevado á Francia en calidad de rehenes , y falleció al llegar á Ortez , en principios de Julio , de la enfermedad grave que ya gran tiempo le aquejaba. Su tragedia de *Pitaco* le abrió las puertas de la Academia Española , sin embargo de que presentada al concurso de poesia no obtuviese premio por razones particulares. Ademas de las poesias que se conocen suyas , dejó diferentes trabajos sobre etimologias y sinónimos castellanos , género de investigaciones para que tenia tanta aficion como talento.

ODA A NICE.

EN OCASION DE HABERLA OIDO CANTAR UNA DESPEDIDA A DUO EN UNA FUNCION PARTICULAR.

Tente , tente , cruël . ¿ Así te alejas ,
Tírsis ingrato , de tu Nice amada ?
Así , cerrando el insensible oido
A sus ardientes dolorosas quejas ,
Huyes , y en afliccion desesperada
La abandonas ? ¿ Será que fementido
Anegues en dolores
Un alma que te dió tantos amores ?
En vano escudas tu infeliz dureza
Con el destino que á partir te obliga :
Amor , y solo amor ; no hay mas destino
Para quien supo amar . Si la riqueza ,
Si la sed ambiciosa te fatiga ,
Si gloriosa te llama á su camino
La ensangrentada guerra ;
Parte y siembra de llanto la ancha tierra .
Que Nice ¡ ay triste ! á su dolor rendida ,
Sola en el mundo , en congojoso llanto
Tírsis , mi Tírsis , clamará do quiera ,
Y no será de Tírsis respondida .
¡ Ay duro Tírsis ? ¿ Dónde estás ? en tanto
Que buscas anhelante esa quimera
Que la ambicion te inspira ,
Nice te nombra , y por tu amor espira .
Morirá , morirá , si es que resiste
Tu ingrato pecho al doloroso acento
Con que te llama á su amoroso lado .

¡ Con qué vehemencia te recuerda triste
El tiempo en que tu solo pensamiento
Era tu Nice ! ¡ Tiempo afortunado
De paz y de alegría !
¡ Bello por siempre cuando amor queria !
¡ Cuán elocuente su semblante mudo
Te pinta su dolor ! Su inchado pecho
Hierve , y hondos suspiros exhalando
Ata su voz con invencible nudo .
Su planta tiembla ; en lágrimas deshecho
Su demudado rostro va buscando
En el tuyo su suerte .
¡ Ay ! tu separacion será su muerte .
Apíadate , cruël : ¿ ves cual te tiende
Las tiernas palmas , y tu cuello enlaza ,
Y te estrecha en su pecho enamorado ?
¿ Y mas y mas en su pasion se enciende ,
Y otra vez torna , y á su Tirsi abraza ,
Diciéndole en acento desmayado
Su lengua lastimera ,
« Que te abraze otra vez , y luego muera ? »
Le deja , y clava en el piadoso cielo
La turbia vista ya desencajada ,
Y clava su afliccion . No hay en la tierra
Quien pueda mitigar su desconsuelo : [nada
No hay mas que un Tirsi , que ahora abandono
La va á dejar . Quanto anchuroso encierra
El orbe de hermosura
Es para Nice luto y amargura .
¿ Qué haces , Tirsi ? deten , tu labio triste
No pronuncie jamas la voz temida
De la separacion ; que es voz de muerte
Para el sensible amor ... ¿ Cruël ? ¿ qué hiciste ?

¿Ya resonó en tu lengua aborrecida
El inhumano á Dios, que á nunca verte
Condena á la infeliz?

¿Que el postrimero á Dios lanzaste á Nice?

Vuelve, Nice : no irá. Ya su partida
Desecha con horror... En vano, en vano
La intento recobrar : pálida, helada,
Del sudor de la muerte acometida,
El sepulcro la espera... ¡ Insano, insano !
¿Dó se pierde mi mente enagenada?
El telon ha caido...

Tirsi, Nice, volved : ¿ dónde habeis ido ?

¡ Y fué todo ilusion ! ¡ Y el sentimiento
Que mi agitado pecho acongojaba
Fué sombra y nada mas ! No : es verdadera
La Nice que cantó ; cierto el tormento
Que su sensible corazon probaba
En el terrible á Dios : ni ¿ quién pudiera
Con un mentido canto
Mandar al alma la afliccion y el llanto ?

Amable Nice, tierna, generosa,
Que con el fuego que en tu pecho ardia
Abasaste las almas que te vieron,
¡ Cuánto tesoro de virtud hermosa
En tu llanto y dolor se descubria !
Los santos cielos sobre tí quisieron
De un corazon humano
La ternura verter con larga mano.

¡ Vive, Nice, feliz, vive dichosa
A par de los deseos de un amigo
Que ama tu corazon ! Y madre tierna,
Hija obediente, enamorada esposa,
Que de tu sombra al maternal abrigo
Crezcan tus hijos, conservando eterna
Adentran en su alma pura
La virtud de su madre en su ternura.

TRADUCCION

DE LA ODA DE HORACIO, 3ª. DEL LIB. 3º. QUE
EMPIEZA : COELO TONANTEM, etc.

Alzase Jove, y á su augusta planta
Truena el olimpo retemblante. ¡ El cielo
Es el trono del dios ! Pronuncia Augusto,
Y á Britania y á Persia, omnipotente
En el imperio encierra.
¡ César, César es dios sobre la tierra !
¿ Osó de Craso el criminal soldado
La hacha encender á un bárbaro himeneo ?
Y... ¡o patria! ¡o corrupcion ! ¿ pudo el romano
Encanecer de un suegro en las cadenas,
Postrándose ante el solio

De un rey medo, á la faz del capitolio ?
¿ Qué fué su toga, su renombre y templos ?
Tú lo previste, o Régulo, que hollandando
Pactos infames, ante el ara augusta
De la posteridad sacrificaste
Con virtud despiadada
La juventud romana cautivada.

¡ Yo lo vi, yo lo vi, dijo, enclavados
En los púnicos templos los pendones
E incruéntas espadas que el guerrero
Arrancar se dejó ! ¡ Yo vi en las libres
Espaldas, entre lazos,
Los ciudadanos refercidos brazos !
VÍ ya palentes las herradas puertas
De los contrarios, y en triunfante gozo
Romper su arado los tranquilos surcos ;
Los surcos ¡ ay ! de nuestra gloria llenos,
Que en mas felices horas
Talaron nuestras armas vencedoras.
¿ Será que el oro de su vil rescate
Haga mas fuerte al campeon esclavo ?
Le hará mas vil y engendrador de infames :
Que nunca, tinta, su color nativo
La lana ha recobrado,
Ni su virtud el pecho amaneillado.

Cuando luche la cierva, desprendida
De la nudosa red, será brioso
El militar que al pérfido enemigo
Confió su salud. ¿ En nuevas lides
Podrá temblar Cartago
Su vencimiento y funeral estrago
De los brazos que en hierros ponderosos
El miedo de morir ató cobarde ?
Buscando vida sin saber do estaba,
A paz forzaron el combate. ¡ O mengua !
¡ O gran Cartago, alzada
Sobre el baldon de Italia destrozada !

Dijo : y del beso de su casta esposa
Huyó, cual siervo, y de sus tiernos hijos :
Y, en torvo ceño, el varonil semblante
Fijó en la tierra en tanto que afirmaba
Al dudoso senado
En su consejo atroz nunca imitado.
Parte veloz á su destierro ilustre
Entre el llorar de la amistad, que lejos
Ve los tormentos que el sayon le guarda.
El no tiembla y los ve : marcha, y en torno
Rompe su brazo fuerte
El pueblo que mediaba entre su muerte :
Bien cual si huyendo la estrocienda Roma
Y el cargoso velar en la fortuna
De sus clientes, á rendir marchase
A la rústica paz amables cultos
De calma y de contento
En los campos bíbleos de Tarento.

A LA PAZ

ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

¿ Qué fogoso volcan amenazando
Hierva en mi corazon, que en paz dormia
Bien como en el abismo hondi-tronante
Del Etna cuando brama, y humeando
Va á romper ? Tente, tente, fantasia :
¿ Dó me arrastras ? Perdona ; mi sonante
Cítara suspendí ; mi labio mudo

Para siempre olvidó la voz del canto.
 Y ¿cómo he de cantar entre el espanto
 Con que Marte sañudo
 En rencorosa guerra
 Muda en sepulcro la anchurosa tierra?
 ¡O Pirineo! ¡o campos de Gerona!
 ¡Espectáculo atroz! ¡oh! ¿Quién me aleja
 De esta escena cruel de sangre y lloro
 Do el fratricidio la discordia abona;
 Donde es muerte el honor? ¡Ay! cuál refleja
 El acero infeliz los rayos de oro
 Del sol vivificante! ¡Cuál rechina
 El carro horrible do el cañon sentado
 Va de viudez y de orfandad preñado!
 ¡Cuándo llanto y ruína
 Y sepulcro está abriendo
 Del trémulo tambor el ronco estruendo!
 Tened, cruéles. ¿Contra quién esgrime
 El duro hierro la insensata mano?
 ¿Dó esta la humanidad, el don divino
 Que en nuestras almas al nacer imprime
 La natura? ¡Pereza el inhumano
 Que el feroz ministerio de asesino
 El primero ejerció! Que el hondo averno
 Trague hasta el nombre del que alzó malvado
 Altares al valor ensangrentado,
 Y de laurel eterno
 Ciñendo su cabeza,
 Dijo: sea virtud la impia dureza.
 Hirió su voz de Jerjes el oído,
 Que el escudo batiendo con la lanza,
 La guerra ordena al hijo del oriente.
 En la ilusión de su alíviz dormido,
 Sueña que el universo á su pujanza
 Ya inclina con temor la esclava frente.
 Marcha, triunfa; de Esparta en los leones
 Da, cia, los rodea, caen rugiendo:
 Y su rugir Temístocles oyendo,
 Mueve al mar sus pendones,
 Y allí, la diestra alzada,
 Tumba de toda el Asia fué su espada.
 ¿Huyes, o Jerjes? ¿Tan opimo fruto
 Te valió tu venganza lisonjera?
 ¿Huyes? ¿A dónde huirás? Ya se adelanta
 A recibirte en doloroso luto
 Asia; y ¿qué fué mi juventud guerrera?
 Te pregunta. Mis campos, do levanta
 El abrojo su frente ignominiosa,
 Piden los brazos donde en paz amiga
 Su sien posaba la materna espiga.
 La amante lagrimosa
 Busca á su amor, no le halla,
 Que, polvo yerto, para siempre calla.
 ¡Hijo adorado, en mi vejez odiosa
 Único puerto de mi ingrata suerte!
 Desamor, soledad, ¿esta es la herencia
 Que me vuelven de tí? Noche afrentosa
 De mi himeneo, en que el amor fué muerte,
 Jamas seas!... exclama en la vehemencia
 De su hondo pesar la anciana madre:

Mientras la viuda en lágrimas deshecha,
 Los huerfanitos en su seno estrecha;
 Y, la mente en su padre,
 Mil futuros temores
 Flechan su corazón con mil dolores.
 Tú me arrancaste con tu infanda guerra
 Mi laboriosa paz y mis amores
 Entregándome al hambre y las maldades.
 Y ¡o cuanta sangre en mi domada tierra
 Por tí veo correr! Por tus furiosos
 Vuela entre victoriosas mortandades
 Contra mí el macedon, y me saquea,
 Y á su muerte. ¡qué horror! ¡ay! vuelve, impio,
 Vuelve mis hijos al regazo mio;
 Mis hijos de Platea:
 Cruel, torna al momento,
 Tórname mi virtud y mi contento.
 El Asia dijo; y aun su voz ahora
 Desde el horror de sus desiertos clama
 Por su sangre inocente. Oíd, hispanos:
 La madre España á sus lamentos llora,
 Y con su ejemplo á la concordia os llama.
 ¿Será que vuestros pechos inhumanos
 Resistan á su voz, que religiosa
 Repite sin cesar que no hay ventura
 Sin virtud, ni virtud sin la ternura
 Y la union amistosa,
 Adonde en ara santa
 Feliz beneficencia se levanta?
 ¡Falte la tierra al que á su mismo hermano
 Persiga en su enemigo! Uncid los bueyes,
 ¡O vírgenes del campo lagrimosas!
 Que vuelve su Señor. Con diestra mano,
 Pues amor dictará sus dulces leyes,
 Tejed guirnaldas de azucena y rosas.
 Madres sensibles, vuestro amargo llanto
 Truéquese ya en placer y regocijos,
 Que ya á sus lares vuestros tiernos hijos
 Tornan: sí, que el espanto
 Va á cesar de la guerra,
 Y en mieses de oro se ornará la tierra
 ¡Júbilo, salvacion! ¡o cuál se inunda
 Mi espíritu en placer! ¿Ois que clama
 Paz, paz el Pirineo ensangrentado?
 Dad oliva á mi sien. ¿Quién la circunda
 Con sus hojas? La trompa de la fama
 Toda es paz, y á su son llora abrazado
 Del galo el español, y maldiciendo
 De la guerra y sus bárbaros horrores,
 En amistad convierten sus rencores.
 Los oye, y brama huyendo
 La discordia sangrienta,
 Y en la oscura Albión su trono asienta.
 ¿Dó estais, pastores, que el silencio amado
 De los montes dejasteis al ardiente
 Estruendo del cañon? Volved tranquilos
 A sus antiguos reinos el ganado;
 Señoread las selvas do inocente
 A las plácidas sombras de los tilos
 El amor sus misterios os confía.

Desechad el temor : del alto cielo
Yo lo ví, yo lo ví, que en raudo vuelo
Alma paz descendia
De espigas coronada,
De genios y de musas rodeada.

Saludadla, cantad, hijos de Apolo.
¡ Salve, decidla, madre bienhechora
Del linage mortal, cándida hermana
De la santa virtud ! ¡ De polo á polo
Rija un dia tu mano vencedora !
¡ Salve mil veces, y á la gente humana
No abandones jamas ! ¡ Pueda contigo
Comenzar el imperio afortunado
De la fraternidad, en que el malvado
Es el solo enemigo,
Y la tierra piadosa
Una sola familia virtuosa !

LA PRIMAVERA.

Rosas, naced ; que á la mansion del toro
De nativo placer y amores llena,
Se acerca el sol, de triunfos coronada
Cual noble vencedor la frente de oro.
Quebrantó victorioso la cadena
En que gimió la tierra avasallada
Del nimen invernal. Las altas cumbres
Do estéril nieve capricornio lanza,
Se estremecen de Febo á la pujanza,
Que en crujientes heladas pesadumbres
Los montes derrocando
Va de su altiva eternidad triunfando.

Abrego silbador, cierzo bramante,
Lóbregos partos del sañudo invierno,
Huid do vuestro padre silencioso
De su alcázar de hielo resonante
Os llama en Espizberg. Huid, que tierno
Vuelve al campo del céfiro el reposo
El padre de la luz. La primavera
Nació, y el coro de los mansos vientos
Sopla suave, y abre á sus alientos
Su seno el campo, y rie la pradera,
Y en umbrosos frescores
Brotó la selva el sueño y los amores.

¿ Ois ? ¿ quién parte con veloz huida
Ante la nube, que con marcha lenta
Por la aérea region se va tendiendo ?
Es Fabonio, que á Cérés la venida
Anuncia de la plácida opulenta
Lluvia sutil. Sus rayos escondiendo
Eclipsado va el sol : y á veces ama
El desplegar, la nube trasapagando,
Los que antes encubrió, lejos dorando,
La nevosa altívez de Guadarrama,
Que los valles nublados
Alegra con sus iris variados.

¡ Cuál, suspendida por el vago viento,
Flota la nube de esperanzas llena
Que las alondras revolantes miden,
Clamando, *lurvia*, en incesable acento !

Cae ? Mi frente mojó, y el rio suena
Formando un orbe, y otros, que despiden
Otros mas ensanchados, que rodean
Otros que inmensos en la orilla mueren.
¡ Cuán regalados los oídos hieren
Los alisos que trémulos menean
Sus hojas, do jugando
El agua de una en otra va saltando !

Desciende al gremio de la madre Flora
Que á sus hijas, de perlas coronada
Su ya débil prision, hinche de vida.
¡ O cuántas rosas la primer aurora
En verde cuna mirará asomando
Con tímida inocencia la encogida
Y vergonzosa faz ! Venid, aladas
Hijas del viento, atravesad ligeras
Las llanuras del mar, que placenteras
Os llaman ya las sombras sosegadas
Que abril embalsamado
Tiende risueño sobre el verde prado.

Venid, que Flora á vuestro amor ofrece
Su hibleo don, y Cérés espigosa
Por vuestra descendencia ya afanada
En misteriosa paz granando crece.
¡ O salve, salve, fuentecilla hermosa
De adormida corriente ! Desmayada
Tal vez diciembre al Guadarrama frio
Te encadenó : benigna primavera
Rompe tus grillos ; corre, y la pradera
Florezca en tu correr, y el bosque umbrío
Redoble en tus cristales
La pompa de sus ramas inmortales.

Corre dichosa, y tu feliz corriente
Oiga nacer el trébol delicado
Y verde juncia entre la humilde grama.
Tu benéfico humor, la árida frente
Cubra aquel risco, y brille hermozeado
Con musgoso verdor. Mas ¿ quién derrama
Por la ancha vega en profusion fragante
El balsámico olor que así enagena ?
¡ O coronilla ! en la mojada arena
De tu dorada flor eterno amante,
Quiero á su sombra fria
Posar la sien hasta que espire el dia.

Do quier repara maternal natura
La anual destruccion, y la esperanza
Y paz renueva, y el placer y vida.
Y entre tanto, ¡ infeliz ! ¿ Cuál amargura
Prueba mi corazon entre la holganza
Y risa universal ? ¡ O enardecida
Voz ! ¡ o cantar del ruseñor doliente
Que, amor, amor, en el silencio triste
Clama del bosque ! En vano se resiste
El alma á su impresion : mi rostro siente
De los ojos saltando
Mis lágrimas ardientes ir bajando.

Amor, Amor, la tierra, el firmamento,
Todo anuncia tu ley. Do quier envío
Los mustios ojos, de tu antorcha ardiente
Me cerca el resplandor ; do quier tu acento

Me hiere, y veo que hasta el polo frío
La inspiración de tu deidad resiente.
Su indestructible hielo por tu mando
Se enternece, flaquea, y derretido
Despeñándose cae; tiembla oprimido
Con su mole el océano, y bramando,
Tus cultos misteriosos

Lejos proclama entre ecos montañosos.

Los oye el Leviatán, inmensurable
Levantando la frente entre el helado
Coloso que sobre él vasto se tiende.
Amor le habló; cesó su formidable
Ferocidad: su pecho enamorado
Suspira débil y en amor se enciende.
Ve á su amante y acorre, y atrevido
En el profundo mar se alza fogoso,
Y con placer terrible y estruendoso,
Cual Osa sobre el Pélicon suspendido,
Cumpliendo ¡o amor! tus leyes,
Al imperio glacial da nuevos reyes.

En tanto el Atlas el feroz rugido
Repite del león, que centellante,
Desordenada la gentil melena,
Por las selvas se agita al encendido
Volcán que le devora. Él que arrogante
En otros días por la ardiente arena
Paseaba feliz su calma fiera,
Ora esclavo, sin paz, rinde impotente
Al yugo del placer la indócil frente;
Y á par de su rugiente compañera
Con formidable agrado

Adora á su pesar al dios alado.

¡ Vivificante amor! ¡ hijo dichoso
Del alma primavera! en tus altares
Humea sin cesar de noche y día
El agradable incienso que amoroso
Te ofrece todo ser. Do quier mirares
Las caricias verás y el alegría
Con que buscando sempiterna vida
En su posteridad hace que estable
Subsista lo que fué. Yo, no culpable,
Yo solo, en juventud ¡ay me! perdida,
Entre tanto contento

Mi soledad y desamor lamento.

¿ Y por siempre, sin fin, estéril llama
En mi pecho arderá? ¿ nunca una amante
Dará empleo feliz á la ternura
De un triste corazón á quien inflama
Todo el dios del amor, que ni un instante
Vivirá sin amar? ¿ Do está ¡o natura!
Tu ley primaveral? en vano, en vano
De un nuevo abril renacerá florido
Un amor y otro amor, ¡ay! sometido
De la pobreza á la imperiosa mano,
Nunca oiré delicioso,
Nunca me oiré llamar padre ni esposo.

Cruel disparidad; tú monstruosa
Divinizando la opulencia hinchada
Sobre la humillación del indigente,
Sumergiste la tierra lagrimosa

En desórden y horror. Por tí cercada
De riqueza y maldad, alzó la frente
La insaciable codicia, que sangrienta
Llamó suyo el placer y la esperanza
Que la natura por comun holganza
Dió á los humanos. Al sudor y acenta
El bueno es condenado
Porque nade en deleites el malvado.

El sibarita, en languidez ociosa
Voluptuosamente adormecido,
Sin poder descansar, los brazos tiende
Y bebe sin cesar en la engañosa
Copa de los placeres el olvido
De la razón; y bebe, y mas se enciende
En la implacable sed, y mas corrompe.
Los favores maternos usurpando
De la naturaleza, el lazo blando
Que le une al infeliz, sangriento rompe,
Y su virtud apena,
Y á estériles deseos le condena.

¡ O Helvecia, o región donde natura
Para todos igual, ric gozosa
Con sus hijos tranquilos y contentos!
De la rígida nieve en la fragura
Allí tiene su templo candorosa
La paz inmemorial. Ledos acentos
Suenan en derredor del que forzando
Los campos con la reja reluciente,
Con el sudor de su encorvada frente
La frugal opulencia va comprando,
Y esperanzas mayores,
Y en larga ancianidad largos amores.

De su cuna le ríe el himeneo,
Y entre honesto placer tierno le guía
A la beldad, que en la vecina choza
Es de sus padres perenne recreo.
La misma selva que sus juegos via
En la hermosa niñez, luego se goza
Con los suspiros de su edad amante;
Y en su preciosa unión las sombras presta
Para las danzas de tan dulce fiesta:
Sombras do su vejez ya vacilante
Cargada de memorias,

Vendrá á buscar los días de sus glorias.

¡ Bienhadado país! ¡ o! ¿ quién me diera
A tus cumbres volar? Rustiquecido
Con mano indiestra de robustas ramas
Una humilde cabaña entretrejera,
Y ante el vecino labrador rendido
Le dijera: « si justo no desamas
» La voz de la desgracia virtuosa,
» Oye á un hombre de bien, que las ciudades
» Huyendo cual abrigo de maldades,
» Busca en esta aspereza montañosa
» La paz y la ventura
» Con que le brinda maternal natura.
» Si amaste alguna vez, por los placeres
» De tu primer amor, benigno oído
» Te merezca. En el culto misterioso
» Quiero iniciarme de la rubia Ceres,

« Y tú me iniciarás. Yo sometido
 « Para siempre á tu voz, no perezoso
 « Rehusaré el afán. O sople frío
 « El cierzo nevador, ó el rayo ardiente
 « Lance el sol estival, siempre obediente
 « Me verás que incansable al buey tardío
 « Sigo en la marcha lenta,
 « La mano de labrar tal vez sangrienta. »

Si : mi rústico dios me enseñaría
 La ley del labrador; y yo rendido
 En tanto á la beldad de una pastora,
 Hija suya tal vez, ¡ con qué alegría
 Oyera mi leccion! presto, instruido
 En mandar á los campos, mi señora
 Premiára mis fatigas con su mano,
 Y una eterna ventura deliciosa.
 ¡ Cuál amaría á mi inocente esposa!
 Esposa, esposa, en mi querer insano
 Clamaría do quiera,
 Y el eco mis amores repitiera.

¡ Oh cuántas veces mi querido dueño
 De nuestro amor el fruto sustentando
 A mis surcos viniera, y blandamente
 El tierno hijito entre la paz del sueño
 Ofreciera á mi vista, provocando
 Mi beso paternal! su calma frente
 Besaría bañándola en mi llanto,
 Y á su madre despues con tiernos lazos
 Estrechára mil veces en mis brazos,
 Y la besára en inefable encanto,
 Y otra vez la abrazára,
 Y mas que nunca mi labor amára.

Contando mi vivir por mis amores,
 De ellos cercado y de mi dulce esposa,
 Cuando anunciase abril la primavera
 Alegre cantaría sus loores:
 Y en la cabaña que hospedó oficiosa
 Mi pasado dolor, yo les dijera
 El antiguo pesar que al pátrio suelo
 Me forzó á renunciar, la cruda guerra
 Que mueve á la virtud la impía tierra;
 Cual de los Alpes quebrantando el hielo
 Vine; y como infelice

La informe choza con las ramas hice.
 ¡ Ah! que al oirme con llorar doliente
 Bendecirán la rústica pobreza
 De su amable virtud, y á mi estrechados
 Me amarán mas y mas, y mas ardiente
 Crecerá en su cariño mi terneza,
 Y... ¿ Porque me engañais, sueños amados
 De la imaginacion? ¿ dónde perdido
 Me llevan ¡ o virtud! tus ilusiones?
 No, jamas de mis Alpes las ficciones
 Realizadas veré; no: desquerido,
 Sin hijos, sin esposa,
 Jamas será mi primavera hermosa.

EL OTOÑO.

¡ O, salve, salve, soledad querida,

Do en los halagos del abril hermoso
 Vine á cantar en medio á los amores
 Mi eterno desamor! ¡ Salve, o florida,
 O calma vega! A tu feliz reposo
 Torno otra vez, y entre tus nuevas flores
 Enjugando el sudor que á Sirio ardiente
 Pagó en tributo lánguida mi frente,
 Veré al otoño levantarse ufano
 Sobre la árida tumba del verano.

Si, le veré; que la balanza justa,
 Las sombras y la luz igual partiendo,
 En sus frescos palacios aprisiona
 Voluble al sol, que de su sien augusta
 La diadema inflamada descendiendo,
 De rayos mas benignos se corona.
 Otoño, clama de su carro de oro;
 Y otoño al punto, entre el favonico coro
 Que agosto adormeció, la faz alzando,
 El florido frescor vuela soplando.

A su dulce volar ¡ cuál reverdece
 La tierra enriqueciendo su ancho manto
 De opulento verdor! La tuberosa
 Del albo cáliz en su honor florece,
 Y la piramidal, y tú ¡ o amaranto!
 De mas largo vivir. Tu flor pomposa
 Que adornaba de mayo los amores,
 Hoy halla frutos donde vió las flores:
 Oyó quejarse al ruiseñor primero,
 Y ya recibe su cantar postrero.

Tú le viste brillante y florecido
 A este rico peral que hora agobiado
 Del largo enjambre de su prole hermosa
 La frente inclina. Céforo atrevido
 De una poma tal vez enamorado
 Bate rápido el ala sonorosa,
 Y la besa, y la deja, y torna amante
 Y mece las hojitas, é inconstante
 Huye, y torna á mecer, y cae su amada,
 Y toca el polvo con la faz rosada.

¡ Otoño, otoño! ¿ le mirais que llega
 De colina en colina vacilante
 Resaltando? Evohé! salid, o hermosas,
 A recibirle al monte y á la vega,
 Suspendiendo á los hombros el vacante
 Hondo mimbre. Corred, y en pampanosas
 Guirnaldas coronad mi temulenta
 Sien. Dadme hiedras, que ardo en violenta
 Sed báquica. Evohé! Cortad, que opimos
 Entre el pámpano caigan los racimos.

¡ Mil veces Evohé! que ya resuena
 Rechinando el lagar. ¡ Cuál, ay, corriendo
 El padre Baco en rios espumantes
 Se precipita, y de la cuba llena
 La ancha capacidad que tiembla hirviendo!
 Copa, copa; mis labios auhelantes
 Se bañen en el néctar de Liéo.
 Hijos de Cérés, vuestro duro empleo
 Cesa; imitad mis báquicos furores,
 Que ya el año premió vuestros sudores.

Conmigo enloqueced. Ya está vacía,

Mi copa rellena, y torno rueda,
Y los ecos repitan retumbando
Cien veces ¡Evohé! La selva umbría
Se adelanta hácia mí; ya retrocede,
Ya gira en derredor. ¡Cuál, ay, saltando
Los peñascos y montes de su asiento
Vuelan ligeros por el vago viento!
Tierra y cielo se mueven. Luego, luego
Cien copas ¡Evohé! dad á mi fuego.

Otras ciento me dad; y que el arado
Rompiendo el seno á la fecunda Céres,
La esperanza asegure en rubios granos
Al futuro vivir, y desvelado
Siembre nuevo placer. ¡Ah! los placeres
Cual humo pasan, y recuerdos vanos
Dejan en su lugar. ¿Veis cual fallece
La alegría otoñal? Ya palidece
El hojoso verdor, y el claro cielo
Llora cubierto en nebuloso velo.

El gozo es llanto. En los vapores lanza
El Escorpion su bárbaro veneno,
Y abre las puertas de la tumba fria.
Muere el infante, misera esperanza
De la madre infeliz, que entre su seno
Le está viendo morir. En tanto impia
Vuela la muerte al trono de himeneo,
Huella al amor, y un bárbaro trofeo
Allí levanta, á la afligida esposa
Cubriendo el lecho de viudez sombrosa.

¡Tristeza universal! ¿quién ¡ay! me diera
Volar á otra region, do mas tardío
Lanzase otoño el postrimer aliento?
¡Que del Bétis corriendo la ribera
No oyese todavía al canto mio
Mezclar el rui señor su tierno acento!
Entre los bosques de Minerva errante
La diestra armada del baston pujante
El árbol de la paz despojaría,
Y en rios de oro el suelo regaría.

U oprimiendo el ijar del espumante
Caballo las selvosas espesuras
Penetrará las fieras persiguiendo.
¿Ois, ois que el eco retumbante
Hinche el aire de acentos ladradores,
Y de agudos relinchos? Al estruendo
Huye el ciervo, se esconde, para, mira
Y toruando el ladrar, trémulo gira
Por entre el laberinto montuoso,
En otro tiempo su feliz reposo.

En vano, en vano en su favor implora
A su bosque. Las ramas alevosas
Que galan de las selvas le aclamaron,
¡O fortuna cruel! prenden ahora
De su frente las galas ambiciosas,
Que en silencio mil veces retrataron
Las ondas claras del arroyo amigo.
Ya todo se mudó; que su enemigo
Llega, y el triste por huir se agita,
Y mas se enreda cuanto mas se irrita.

No hay ya salud, que el ladrador ardiente

Le ve, y se arroja, y á su cuerpo airoso
Se abalanza amagando, y no exorable
La magestad humilla de su frente.
¡Ciervo infeliz! tendido, sanguinoso,
Rodeado de muerte inevitable,
Los ojos tristes por la vez postrera
Alza al bosque do vió la luz primera;
Y entre el acero que sus gracias hiere,
Y recuerdos amargos, llora y muere.

Así tambien del hombre la alegría
Espira en el dolor; y así sucede
A la risa otoñal el desconsuelo
Que á la estacion brumal árido guia.
Ya nos rodea: sustentar no puede
La selva su ambicion; pálido el suelo
Se encubre con las hojas que bajando
Por el aire en mil orbes circulando
Lentas van; caen, y yace lastimero
El selvoso frescor de un año entero.

¡Cuál silban en las ramas combatiendo
Hijos de oscuridad los roncros vientos,
Vedando á Céres su vigor fecundo!
Brama el mar, y los rios con estruendo
Arrastran los torrentes violentos
En turbias ondas con horror profundo.
Avecitas de abril, huid ligeras
Del Nilo á las benéficas riberas:
Aqui ya no hay placer, ha muerto Flora,
Otoño espira, y nos dejó la aurora.

Huyó cual sueño el anual contento
Que alargaba mentida mi esperanza,
Y se llevó un otoño de mi vida.
Otro en pos volará, y en un momento
Marchita flor mi juvenil pujanza,
La edad madura en lo que fué perdida,
Con albo pelo y encorbada frente
Me arrastrará la ancianidad doliente,
Y do pose la planta vacilante
La tumba abierta miraré delante.

Presto será que solo y apartado
De todo cuanto amé, lllore extranjero
En este mundo muerto á mis placeres.
Vanamente el octubre empampanado
Renovará las risas placentero:
¡Misero yo! perdidos mis quereres,
Sin amigos, sin padres, sin amores,
¿A quién me volveré? ¿Cuál ser piadoso
Enjujará mi llanto congojoso?

Do quier publicará naturaleza
Mi destierro. Vendrá el abril florido
Ya sin mi juventud, sin las delicias
De un ya distante amor, de una belleza
Polvo, sueño fugaz. Saldrá encendido
Agosto recordando las primicias
De mi Apolo: ¡o dolor! murió su canto
Para siempre. De invierno entre el espanto
Oiré que de su helado monumento
Mudo me llama el paternal acento.

¡O soledad, o bárbara amargura
De un ser aislado! Mi tristeza os llama,

Volad, amigos, que con tiernos lazos
 Estrechándome huirá mi desventura.
 ¡Pueda en medio de vos, pobre, sin fama,
 Merecer vuestro amor, y en vuestros brazos
 Venturoso vivir eternamente!
 ¡Pueda aprender de vos, la calma frente
 Posando en vuestros dulces corazones,
 De la santa virtud las instrucciones!
 Y cuando ya la muerte se levante
 A romper nuestra union ¡pruebe conmigo
 Su hierro! ¡O muerte, en mi cerviz descarga
 Tu primero furor! ¡Jamás quebrante
 Mi corazón del doloroso amigo
 Que ya bebe su fin la escena amarga!
 ¡Ah, precedálos yo! pueda mi lecho
 Mirarlos rodear, y entre su pecho
 Con su amor olvidando mi tormento,
 Darles al fin mi postrimer aliento.
 ¡O recreo feliz del alma mía!
 ¡O mis amigos! cuando yacza helado,
 De mi arroyo querido en la ribera
 Un sepulcro me alzado, de sombra fría
 De cipreses y adelfas rodeado.
 Amadme siempre; y cuando otoño muera,
 Mis cenizas con lágrimas regando
 Decid; ¡Nicasio! y repetid clamando:
 Hombre tierno y amigo afectuoso
 Fué su otoño en nosotros delicioso.

MI PASEO SOLITARIO DE PRIMAVERA.

Mibi natura aliquid semper amare dedit.

Dulce Ramon, en tanto que dormido
 A la voz maternal de primavera
 Vagas errante entre el insano estruendo
 Del cortésano mar siempre agitado;
 Yo, siempre herido de amorosa llama,
 Busco la soledad, y en su silencio
 Sin esperanza mi dolor exhalo.
 Tendido allí sobre la verde alfombra
 De grama y trebol, á la sombra dulce
 De una nube feliz que marcha lenta
 Con menudo llover regando el suelo,
 Late mi corazón, cae y se clava
 En el pecho mi lánguida cabeza,
 Y por mis ojos violento rompe
 El fuego abrasador que me devora.
 Todo desapareció: ya nada veo
 Ni siento sino á mí, ni ya la mente
 Puede frenar la rápida carrera
 De la imaginación que en un momento
 De amores en amores va arrastrando
 Mi ardiente corazón, hasta que prueba
 En cuantas formas el amor recibe
 Toda su variedad y sentimientos.
 Ya me finge la mente enamorado
 De una hermosa virtud: ante mis ojos
 Está Clarisa; el corazón palpita

A su presencia, tímido no puede
 El labio hablarla: ante sus piés me postro
 Y con el llanto mi pasión descubro.
 Ella suspira y con silencio amante
 Jura en su corazón mi amor eterno:
 Y llora y lloro, y en su faz hermosa
 El labio imprimo, y donde toña ardiente
 Su encendido color blanquea en torno....
 Tente, tente, ilusión.... Cayó la venda
 Que me hacía feliz: un ceñirillo
 De repente voló, y al son del ala
 Voló también mi error idolatrado.
 Torno ¡miser! en mí, y hállome solo,
 Llena el alma de amor y desamado
 Entre las flores que el abril despliega,
 Y allá sobre un amor lejos oyendo
 Del primer ruiñeñor el nuevo canto.
 ¡O mil veces feliz, pájaro amante
 Que naces, amas, y en amando mueres!
 Esta es la ley que para ser dichosos
 Dictó á los seres maternal natura.
 ¡Vivificante ley! el hombre insano,
 El hombre solo en su razón perdido
 Olvida tu dulzor, y es infelice.
 El ignorante en su orgullosa mente
 Quiso regir el universo entero,
 Y acomodarlo á sí. Soberbio réptil,
 Polvo invisible en el inmenso todo
 Debíó dejar al general impulso
 Que le arrastrara, y en silencio humilde
 Obedecer las inmutables leyes.
 ¡Ay triste! que á la luz cerró los ojos
 Y en vano, en vano por do quier natura
 Con penetrante voz quiso atraerle:
 De sus acentos apartó el oído,
 Y en abismos de mal cae despeñado.
 Nublada su razón, murió en su pecho
 Su corazón: en su obcecada mente
 Idolos nuevos se forjó, que impío
 Adora humilde, y su tormento adora.
 En lugar del amor que hermana al hombre
 Con sus iguales, engranando á aquestos
 Con los seres sin fin, rindió sus cultos
 A la dominación que injusta rompe
 La trabazón del universo entero,
 Y al hombre aísla, y á la especie humana.
 Amó el hombre, sí, amó, mas no á su hermano
 Sino á los monstruos que crió su idea:
 Al mortífero honor, al oro infame,
 A la inicua ambición, al letargoso
 Indolente placer, y á ti, o terrible
 Sed de la fama; el hierro y la impostura
 Son tus clarines, la anchurosa tierra
 A tu nombre retiembla y brota sangre.
 Vosotras sois, pasiones infelices,
 Los dioses del mortal que eternamente
 Vuestra falsa ilusión sigue anhelante.
 Busca, siempre infeliz, una ventura
 Que huye delante de él hasta el sepulcro,
 Donde, el remordimiento doloroso

De lo pasado levantando el velo,
 Tanto misero error al fin encierra.
 ¿Dó en eterna inquietud vagáis perdidos,
 Hijos del hombre, por la senda oscura
 Do vuestros padres sin ventura erraron?
 Desde sus tumbas, do en silencio vuelan
 Injusticias y crímenes comprados
 Con un siglo de afán y de amargura,
 Nos clama el desengaño arrepentido.
 Escuchemos su voz; y amaestrados
 En la escuela fatal de su desgracia
 Por nueva senda nuestro bien busquemos,
 Por virtud, por amor. Ciegos humanos
 Sed felices, amad: que el orbe entero
 Morada hermosa de hermanal familia
 Sobre el amor levante á las virtudes
 Un delicioso altar, augusto trono
 De la felicidad de los mortales.
 Lejos, lejos, honor, torpe codicia,
 Insaciable ambicion; huid, pasiones
 Que regasteis con lágrimas la tierra;
 Vuestro reino espiró. La alma inocencia,
 La activa compasion, la deliciosa
 Beneficencia y el deseo noble
 De ser feliz en la ventura agena
 Han quebrantado vuestro duro cetro.
 ¡Salve, tierra de amor! ¡mil veces salve,
 Madre de la virtud! al fin mis ansias
 En tí se saciarán, y el pecho mio
 En tus amores hallará reposo.
 El vivir será amar, y donde quiera
 Clarisas me dará tu amable suelo.
 Eterno amante de una tierna esposa
 El universo reirá en el gozo
 De nuestra dulce union, y nuestros hijos
 Su gozo crecerán con sus virtudes.
 ¡Hijos queridos! Delicioso fruto
 De un virtuoso amor! sereis dichosos
 En la dicha comun, y en cada humano
 Un padre encontrareis y un tierno amigo,
 Y allí... Pero mi faz mojó la lluvia.
 ¿Adónde está, qué fué mi imaginada
 Felicidad? de la encantada magia
 De mi pais de amor vuelvo á esta tierra
 De soledad, de desamor y llanto.
 Mi querido Ramon; vos, mis amigos,
 Cuantos partís mi corazon amante,
 Vosotros solos habitais los yermos
 De mi pais de amor. Imágen santa
 De este mundo ideal de la inocencia
 ¡Ay, ay! fuera de vos no hay universo
 Para este amigo que por vos respira.
 Tal vez un día la amistad augusta
 Por la ancha tierra estrechará las almas
 Con lazo fraternal. ¡Ay! no; mis ojos
 Adormecidos en la eterna noche
 No verán tanto bien. Pero entre tanto
 Amadme ¡o amigos! que mi tierno pecho
 Pagará vuestro amor, y hasta el sepulcro
 En vuestras almas buscaré mi dicha.

EL RECUERDO DE MI ADOLESCENCIA.

Caro Batilo ¿para qué despiertas
 En mi memoria los dormidos días
 Que en las calladas sombras del Otea
 A tu lado gocé? ¡días amables!
 Cual en tarde de abril flotante nube
 Que rociando va. Mirólos Tórmes
 De sus ondas en pos correr fugaces:
 De mi florida juventud cargados
 Sembraron ¡ay! en la tenaz memoria
 Larga cosecha de recuerdos tristes,
 Y volaron despues, y muertos yacen
 De lo pasado en el sepulcro inmenso.
 Ya jamas los veré: no al alma mia
 Las risas volverán, las esperanzas
 Inmortales del bien que en torno vuelan
 De aquella edad de mágicos encantos,
 La franquiza veraz, ni la bondosa
 Inexperiencia que inocente rie
 Cual á amigo hermanal á cada humano.
 ¡Sencilla juventud! nueva en el mundo
 Le prodigas tu amor porque le ignoras.
 Tu recto corazon, no corrompido
 Con el trato falaz, sordo á las voces
 De la añosa maldad, risueño agriga
 De las virtudes la semilla fértil.
 Así, cerrando tu modesto cáliz
 Al nocturno vapor, la adormidera
 Dócil le presta al oreante soplo
 Que Febo, al renacer, delante envía.
 Jamas en hondo afán tu erguida frente
 Dobló triunfante el cárdeno cuidado;
 Ni la envidia voraz, pálida hermana
 Del odio adusto, te arrancó en secreto
 Llantos de destruccion; ni la perfidia
 Riendo muertes, enseñó á tu rostro
 A negar la maldad que dentro hierve.
 ¿Cuándo jamas en tu tranquilo lecho
 Turbulenta ambicion alzando el trono
 Los sueños ahuyentó para dictarte
 Rencor, deshermandad, crimen y muerte?
 ¿Cuándo avaricia, entre inmortal pobreza
 Clavó en tu corazon tímido y solo
 La insaciabilidad del oro insomne?
 Dulce igualdad en fraternal cariño;
 Penas comunes, y comunes gozos
 En fortuna comun; almas exentas
 De los pesares y el temor funesto
 Que aislan al mortal... ¡yo vi aquel tiempo
 Yo le ví, y le gocé, y eternamente
 Su presta fuga llorarán mis ojos!
 Paz, reciproco amor, todo el deleite
 De la vida social, fueron mis días
 En aquella estacion ¡cándida imágen
 De la hermosa unidad de la natura!
 Allí fué el hombre mi oficioso hermano;
 En su querer me saludé felice,
 Y á lo futuro adelanté mi dicha

¡Engañado de mí! que en pos sin verla,
 Otra edad de dolor ya, ya asomaba
 Do el discolo interes soplando estéril
 Sofocára el placer y la inocencia.
 Llega terrible: de mis ojos huye
 La hermosa escena en que viví dichoso,
 Y un nuevo mundo en su lugar parece
 Do busco en vano la pérdida magia.
 ¿Adónde estais, amados compañeros
 De mi primera juventud? ¿adónde
 Os seguiré que con vosotros halle
 La sencilla amistad, el gozo antiguo.
 Y la risueña virtuosa calma?
 Fué, fué, responden; y, en la torva frente
 Entronizada la inquietud rugosa,
 Tristes, y solos, arrastrados giran
 De la fortuna en la insociable rueda
 Que entre abismos de mal injusto mueve
 Insensible interes. En vano, en vano
 Fiel la memoria ofrecerá a su pecho
 El antiguo placer cual dulce fruto
 De la fraternidad y las virtudes.
 Ellos, en tanto que suspiran tristes,
 Y en llanto riegan tan feliz recuerdo,
 Nuevos inciensos quemarán impíos
 A la injusta impiedad; y en sus altares
 En propiciarla agotarán acaso
 La sangre, y el honor, y la inocencia
 De los que amaban en mejores dias.
 El interes gritó crimen, fortuna;
 Y por siempre jamas se disociaron
 Los que amistad unió con lazo tierno.
 Mar incalmable de abisimos ondas
 Que el huracan de las pasiones hincha,
 Donde aislado el mortal en frágil tabla
 Sobre la muerte naufragante aleja
 Cual enemigo, y en las aguas hunde
 Al que las palmas moribundas tiende
 Y asir en él su salvacion procura:
 Tal es, Batilo, el borrascoso mundo
 Do espiraron mis años bonancibles;
 Y tal mudanza por do quier presenta
 El hombre débil. Su niñez recibe
 Una infantina juventud hermosa,
 Dócil, sensible al maternal acento
 De la natura, que oficiosa balaga
 Su tierno corazon, y le fecunda
 En placer, en virtud, en mil amores,
 Fabricando sobre él un templo augusto
 A la beneficencia. ¡Afan perdido!
 Presto será que el pestilente sopro
 Del ejemplo mortal de un mundo infecto,
 Arideciendo el alma infructuosa,
 Sin esperanza la semilla ahogue
 Que natura plantó. ¿Dónde está el fuerte
 Que, integra su virtud, resista inmóvil
 El choque atroz de las voraces ondas
 Que en inflamado mar de hirviente lava,
 Entre montes de sombras humeantes,
 Ese volcan fulminador arroja

Estremeciendo el vacilante suelo?
 No, no le es dado a la humana flaqueza
 Tan alto esfuerzo, ni arrostrar el riesgo
 Fué prudencia jamas. Al virtuoso
 ¿Qué le resta? ¡Infeliz! suspira y huye:
 Rompe llorando los sociales lazos,
 ¡Que no debleran! pero el crimen guian:
 Su oscura probidad, y algun amigo
 Solitario con él, son su universo.
 ¡O Batilo! ¡o dolor! ¿es ley forzosa
 Para amar la virtud odiar al hombre,
 Y huírle como á bárbaro asesino?
 ¡Congojosa verdad! tú has encerrado
 En el sepulcro del dolor mis dias.
 ¡Oh! ¿quién me diese el atrasar el tiempo
 Hasta arrancarle mi verdor marchito;
 O siquiera volar con mi Batilo
 A buscarle del Tórmes en la orilla?
 Le encontrárn; allí está: por siempre inmóvil
 Entre sus ondas deleznables yace
 Mi adolescencia; y por do quier mis ojos
 Hallarán restos de sus frescas flores.
 Del Otea, el Zurguen, de la enriscada
 Aspereza que mira amenazando
 Correr de bajo el rio hondi-sonante;
 Do quier me hiriera con dulzura triste
 La silenciosa voz de lo pasado.
 Aquí, diria, deleitables horas
 De cordial amistad en ancho coro,
 Entre las risas del ardiente Baco,
 Se te huyeron: allí, las largas noches
 Velando ante las aras de Minerva
 Para siempre insensibles te dejaron:
 Acá, de la academia en los afanes
 Y las contiendas intornables dias
 Pasaron sobre tí: y allá el Otea,
 De tu Batilo á par, te vió mil veces
 Correr sus huertas, y arrancar riendo
 La lechuga frugal, y á par del Tórmes
 Lavándola en sus aguas circulantes,
 Comerla entre las pláticas sabrosas
 Nadando el alma en celestial contento.....
 ¡O inefable placer! ¡o hermosas tardes
 De mi felicidad!..... Fueron, Batilo,
 Para siempre jamas; ¡pueda á lo menos
 Vivir siempre inmortal nuestro cariño
 Unico resto de tan bellos dias!

A UN AMIGO

EN LA MUERTE DE SU HERMANO.

Es justo, sí; la humanidad, el deudo,
 Tus entrañas de amor, todo te ordena
 Sentir de veras y regar con llanto
 Ese cadáver, para siempre inmóvil,
 Que fué tu hermano. La implacable muerte
 Abrió sin tiempo su sepulcro odioso,
 Y derribóle en él. ¡Ay! ¡á su vida

Cuántos años robó! ¡cuánta esperanza!
 ¡Cuánto amor fraternal! y ¡cuánto, cuánto
 Miserable dolor y hondo recuerdo
 A su hermano adelanta y sus amigos!
 Vive el malvado atormentando, y vive,
 Y un siglo entero de maldad completa:
 Y el honrado mortal en cuyo pecho
 La bondadosa humanidad se abriga
 ¿Nace, y deja de ser? ¡Ay! llora, llora,
 Caro Fernandez; el fatal destino
 De un hermano infeliz: también mis ojos
 Saben llorar, y en tu aflicción presente
 Mas de una vez á tu amistad pagaron
 Su tributo de lágrimas. ¡Si el cielo
 Benigno oyera los sinceros votos
 De la ardiente amistad! al punto, al punto
 Hacia el cadáver de su amor volando
 Segunda vida le inspirara, y ledo
 Presentándola á tí, toma, dijera,
 Vuelve á tu hermano y á tu gozo antiguo.
 Mas ¡ay! el hombre en su impotencia triste
 No puede mas que suspirar deseos.
 La losa cae sobre el voraz sepulcro
 Y cae la eternidad; y en vano, en vano
 Al que en su abismo se perdió le llaman
 De acá las voces del mortal doliente.
 Ni poder, ni virtud, ni humildes ruegos,
 Ni el ay de la viudez, ni los suspiros
 De inocente horfandad, ni los sollozos
 De la amistad, ni el maternal lamento,
 Ni amor, el tierno amor que el mundo rige:
 Nada penetra los oídos sordos
 De la muerte insensible. Nuestros ayes
 A los umbrales de la tumba llegan
 Y escuchados no son; que los sentidos
 Allí cesaron, la razón es muda,
 Helóse el corazón, y las pasiones
 Y los deseos para siempre yacen.
 Yacen, sí, yacen; el dolor empero
 También con ellos para siempre yace,
 Y la vida es dolor. Llama á tus años,
 Caro Fernandez, sin pasión pregunta
 ¿Qué has sido en ellos? y con tristes voces
 Dirán si un día te rió sereno.
 Ciento y ciento tras él, tempestuosos
 Trounando sobre tí; huellas profundas
 De mal y de temor solo dejaron.
 Hórrido yermo de inflamada arena
 Do entre aridez universal y muerte
 Solitario tal vez algun arbusto
 Se esfuerza á verdear, tal es la imagen
 De esta vida cruel que tanto amamos.
 Enfermedad, desvalimiento, lloro,
 Ignorancia, opresión; este cortejo
 Nos espera al nacer, y apesadumbra
 La hermosa candidez de nuestra infancia
 Que en nada es nuestra. Los demas ordenan
 A su placer de nuestro débil cuerpo;
 Y nuestra mente á sus antojos sirve.
 Si nuestro llanto á su indolencia ofende,

Manda que pare su feroz dureza,
 O su bárbara mano enfurecida
 Sobre nosotros cae. ¡Niño infelice!
 Lloro ya, lloro cuando apenas naces
 De la justicia la opresión sangrienta,
 Y el desprecio, el baldon, y tantos males,
 ¡Preludios! ¡ay! de los que en pos te aguardan!
 Tus años correrán, y por tus años
 Hombre te oirás decir; mas siempre niño
 Entre niños, serás. Injusto y justo,
 Opresor y oprimido todo á un tiempo,
 De tus pasiones en el mar furioso
 Perdido nadarás. En lucha eterna
 De acciones y deseos, mal seguro
 No sabrás qué querer, y fastidiado
 Con lo presente, volarás ansioso
 A otro tiempo y lugar, buscando siempre
 Allá tu dicha donde estar no puedas.
 ¿Y qué valdrá que en tu virtud contento
 Goces contigo, si mirando en torno
 Verás la humanidad acogojada
 Largamente gemir? despedazado
 Tu tierno corazón verá los males,
 Querrá aliviarlos, no podrá, y el lloro,
 Solo un estéril lloro es el consuelo
 Que puede dar su caridad fogosa.
 ¿Hay pena igual á la de oír al triste
 Sufrir sin esperanza? ¡O muerte, muerte!
 ¡O sepulcro feliz! ¡afortunados
 Mil y mil veces los que allí en reposo
 Terminaron los males! ¡ay! al menos
 Sus ojos no verán la escena horrible
 De la santa virtud atada en triunfo
 De la maldad al victorioso carro.
 No escucharán la estrepitosa planta
 De la injusticia quebrantando el cuello
 De la inocencia desvalida y sola:
 Ni olerán los sacrilegos incienso
 Que del poder en las sangrientas aras
 La adulación escandalosa quema.
 ¡Oh, cuánto no verán! ¿porqué lloramos
 Fernandez mio, si la tumba rompe
 Tanta infelicidad? Enjuga, enjuga
 Tus dolorosas lágrimas: tu hermano
 Empezó á ser feliz: si, cese, cese
 Tu pesadumbre ya. Mira que aflige
 A tus amigos tu doliente rostro
 Y á tu querida esposa, y á tus hijos,
 El pequeñuelo Hipólito suspenso,
 El dedo puesto entre sus frescos labios,
 Observa tu tristeza, y se entristece;
 Y, marchando hacia tras, llega á su madre
 Y la aprieta su mano, y en su pecho
 La delicada cabecita posa,
 Siempre los ojos en su padre fijos,
 Lloras, y llora; y en su amable llanto
 ¿Qué piensas que dirá? « Padre, te dice,
 « ¿Será eterno el dolor? ¿no hay en la tierra
 « Otros cariños que el vacío llenen,
 « Que tu hermano dejó? Mi tierna madre

« Vive, y mi hermana, y para armate viven,
« Y yo con ellas te amaré. Algun día
« Verás mis años juveniles llenos
« De ricos frutos, que oficioso ahora
« Con mil afanes en mi pecho siembras.
« Honrado, ingenuo, laborioso, humano,
« Esclavo del deber, amigo ardiente,
« Esposo tierno, enamorado padre,
« Yo seré lo que tú. ¡ Cuántas delicias
« En mí te esperan! lo verás: mil veces
« Llorarás de placer, y yo contigo.
« Mas vive, vive, que si tu me faltas

« ¡ O pobrecito Hipólito! sin sombra
« ¡ Ay! ¿ qué será de tí huérfano y solo?
« No, mi dulce papá: tu vida es mía,
« No me la abrevies traspasando tu alma
« Con las espinas de la cruel tristeza.
« Vive, sí, vive; que si el hado impío
« Pudo romper tus fraternales lazos
« Hermanos mil encontrarás do quiera;
« Que amor es hermandad, todos te aman.
« De cien amigos que te rien tiernos
« Adopta á alguno; y si por mí te guías
« Nicasio en el amor será tu hermano. »

POESIAS DE VARIOS AUTORES.

JORGE PITILLAS †.

SATIRA.

No mas, no mas callar, ya es imposible :
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.

No censures mi intento, o Lelio amigo,
Pues sabes cuanto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.

Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.

Protesto que, pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.

Las piedras que mil días ha que apaño
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.

Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.

He de seguir la senda de los raros :
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios barto caros.

Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quiero yo ser satírico Quijote
Contra todo escritor follon y aleve.

Guerra declaro á todo monigote ;
Y pues sobran justísimos pretestos,
Palo habrá de los piés hasta el cogote.

No me amedrentes, Lelio, con tus gestos,
Que ya he advertido, que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.

En vano intentas con severo modo
Serrenar el furor que me arrebató,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.

¿Quieres que aguante mas la turba ingrata
De tanto necio, idiota y presumido,
Que vende el plomo por preciosa plata ?

¿Siempre he de oír no mas ? ¿no permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido ?

Tambien yo soy al uso literato,
Y sé decir *romboides*, *turbillones*,
Y blasfemar del viejo *peripato*.

Bien sabes que imprimi unas conclusiones,
Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razon de mis pulmones.

Sabes con cuanto afan busco y aprecio

Un libro de impresion elzeviriana,
Y le compro, aunque ayune, á todo precio.
Tambien el árbol quise hacer de Diana ;
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenia vaso, nitro y gana.

Voy á la Biblioteca : allí procuro
Pedir libros, que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro.

Apunto en el papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Segun refiere Wandenlarchk el Romo.

Y allego de noticias un armario,
Que pudieran muy bien segun su casta
Aumentar el *Mercurio literario*.

Hablo frances aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y á fermentar la castellana pasta.

Y aun por eso me *choca* la leyenda,
En que no arriba hallarse un *apanage*
Bien entendido que al discreto ofenda.

Batir en ruina es célebre *pasage*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galvan no entienda tal potage.

¿Qué es esto, Lelio ? ¿Mueves la cabeza ?
¿Que no me crees, dices ? ¿Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza ?

Tienes, Lelio, razon : de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo.

La práctica de tanto error y vicio
Es empero (segun te la he pintado)
De un moderno escritor sabido oficio.

Hácele la ignorancia mas osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.

Y si acaso otra pluma mas dichosa
En docto escrito deleitando instruye,
Se le exalta la bilis envidiosa.

Y en fornido volúmen, que construye,
Empuñando por pluma un varapalo
Le acribilla, le abrasa, le destruye.

Ultrajes y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo.

En todo lo demas camina á oscuras,
Y el asunto le olvida, ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.

Su ciencia solo estriba en lo que ofende ;
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon ni la busca ni la entiende.

A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,

† Autor desconocido : dícese que su verdadero nombre era D. José Gerardo de Herbás.

En que hay plumas tambien que son muy du-
 No menor ignorancia se reparte (chas.
 En estas infelices producciones,
 De que Dios nos defienda y nos aparte.
 Fijanse en las esquinas cartelones
 Que al poste mas macizo y berroqueño,
 Le levantan ampollas y chichones.
 Un titulo pomposo y halagüeño,
 Impreso en un papel azafrañado
 Da del libro magnifico diseño.
 Atiza la gaceta por su lado ;
 Y es gran gusto comprar por pocos reales
 Un librejo amarillo y jaspeado.
 Caen en la tentacion los animales ,
 Y aun los que no lo son, porque desean
 Ver á sus compatriotas racionales.
 Pero ¡o dolor ! mis ojos no lo vean :
 Al leer del frontis el renglon postrero
 La esperanza y el gusto ya flaquean.
Marin, Sanz ó Muñoz son mal agüero,
 Porque engendran sus necias oficinas
 Todo libro incivil y chapucero.
 Crecen á cada paso las mohinas
 Viendo brotar por planas y renglones
 Mil sandeces insulsas y mezquinas.
 Toda dedicatoria es clausulones
 Y voces de pié y medio, que al Mecenas
 Le dan, en vez de inciensos, coscorrones.
 Todo prólogo entona cantilenas,
 En que el autor se dice gran supuesto,
 Y bachiller por Lugo ó por Atenas.
 No menos arrogante es inmodesto
 Pondera su proyecto abominable,
 Y ofrece de otras obras dar un cesto.
 Yo lo fio, copiante perdurable,
 Que de agenos andrajos mal zurzidos
 Formas un libro injerto en porra ó sable ;
 Y urgando en albañales corrompidos
 De una y otra asquerosa Poliantea,
 Nos apestas el alma y los sentidos.
 El estilo y la frase inculca y fea
 Ocupa la primera y postrer llana,
 Que leo enteras sin saber que lea.
 No halla la inteligencia simple vana
 Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.
 ¿Porqué nos das tormentos tan atroces ?
 Habla, bribon, con menos retornelos,
 A paso llano y sin vocales coecs.
 Habla como han hablado tus abuelos
 Sin hacer profesion de boquilobo,
 Y en tono que te entienda Cienpuzuelos.
 Perdona, Lelio, el descortes arrobó :
 Que en llegando á este punto no soy mio,
 Y estoy con tales cosas hecho un bobo.
 Déjame lamentar el desvario
 De que nuestra gran lengua esté abatida ,
 Siendo de la elocuencia el mayor rio.
 Es general locura tan crecida ,
 Y casi todos hablan cual pudiera

Belloso geta , ó rústico numida.
 ¡ Y á estos respeta el Tajo ! A estos venerá
 Manzanares y humilde los adora !
 ¡ O ley del barbarismo agría y severa !
 Preguntarásme acaso, Lelio, ahora
 Cuáles son los implicitos escribas
 Contra quienes mi pluma se acalora.
 Yo te daré noticias positivas,
 Cuando hable *nominatim* de estos payos ,
 Y les ponga el pellejo como cribas.
 Mas claro que cincuenta papagayos
 Dirá sus nombres mi furioso pico,
 Sin rodeos , melindres ni soslayos.
 ¿ La frente arrugas ? ¿ tierces el hocico ?
 ¿ Al *nominatim* haces arrumacos ?
 Oyeme dos palabras te suplico.
 Yo no he de llamar á estos bellacos
 Palabra alguna que la ley detesta,
 Ni diré que son putos , ni berracos.
 Solo diré que su ignorante testa,
 Animada de torpe y brutal mente ,
 Al mundo racional le es muy infesta.
 Tontos los llamaré tan solamente ,
 Y que sus libros á una vil cocina
 Merecen ser llevados prestamente
 A que Dominga rústica y mohina
 Haga de ellos capaces cucurucho :
 A la pimienta y á la especie fina.
 De este modo han escrito otros mas duchos
 Satiricos de grados y corona ,
 De que da la leyenda ejemplos muchos.
 En sus versos Lucilio no perdona
 Al cónsul, al plebeyo, al caballero,
 Y hace patente el vicio y la persona.
 Ni Lelio adusto, ni Escipion severo
 Del poeta se ofenden, aunque maje
 A Metelo y á Lupo en su mortero.
 Cualquiera sabe bien , aunque sea page ,
 Que Horacio con su pelo y con su lana
 Satiriza el pazuato y el bardaje.
 Y entre otros á quien zurra la badana
 Por defectos y causas diferentes ,
 Con Casio el escritor no anduvo rana.
 Pues montas , si furioso hincó los dientes
 Al culto Alpino, aquel que en sus cantares
 Degollaba Memnones inocentes :
 El que pintaba al Rhin los aladares
 En versos tan malditos y endiablados
 Como pudlera el mismo *Coñizores*.
 Persio á todo un Neron tiró bocados ,
 Y sus conceitos saca á la vergüenza
 A ser escarnecidos y afrentados.
 Juvenal su labor así comienza ,
 Y á Codro el escritor nombra y censura ,
 Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
 No solo la Theseida le es muy dura ,
 A Tefeo y á Oreste espiritado
 Tambien á puros golpes los madura.
 Con esto á sus autores hunde un lado
 Si á Cluvieno le quiebra una costilla .

Y una pierna á Mathon el abogado.

Con libertad en fin pura y sencilla
Observa toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.

Y por si temes que me falte asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.

Cervantes, el divino viajero,
El que se fué al Parnaso piano piano
A cerner escritores con su harnero,

Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á Lofraso de la nave al Ponto
Por escritor soez y chabacano.

De Arbolanches descubre el genio tonto,
Nombra á Pedrosa novelero infando,
Y en criticar á entrambos está pronto.

Sigue el pastor de Iberia, autor nefando,
Y el que escribió la picara Justina,
Capellan lego del contrario bando.

Y si este libro tanto se acrimina,
¿Qué haria si al Alfonso áspero y duro
Le pillase esta musa censorina?

Otros mas con intento casto y puro
Ata de su censura á la fiel rueda,
Y les hace el satírico conjuro,

Aunque implícitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mescolanza,
Cual es Garcilanita ó Timonedá.

Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza;

Cernicalos que son lagartigeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.

Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y, á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias,

Y escusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ello los pulgares.

Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á Mañer le llamé siempre alimaña.

No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan solo en la censura
Del escritor que cree cojo ó manco.

Con igual gusto, con igual lisura
Daré elogios humilde y respetoso
Al que goza en el mundo digna altura;

Que no soy tan mohino y escabroso
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.

Pero ¡o cuán corto que es el bando ilustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama,

Y en quien mi justa crítica se frustré!

Ya ves que impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre, no á la fama.

Y así no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre mas sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.

La vista de un mal libro me es terrible;
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.

Días ha que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso,

Si tú en tus cobardias siempre fijo
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.

De aquí adelante pienso desquitarme,
Tengo de hablar y caiga el que cayere;
Y en vano es detenerme y predicarme.

Y si acaso tú ó otro me dijere,
Que soy semipagano, y corta pala,
Y que este empeño mas persona quiere;

Sabe, Lelio, que en esta cata y cala
La furia que me impele, y que me ciega
Es la que el desempeño mas señala:

Que aunque es mi Musa principiante y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hacer versos.



D. VICENTE GARCIA DE LA HUERTA⁴.

CANCION AL OCIO.

PARAFRASIS DE LA ODA DE HORACIO : OTIUM
DIVOS.

Hecho montes de espuma el ancho Ejeo,
Oprime al navegante mal seguro
En el pobre bajel, que insulta el Noto;
Vestida Febe del confuso arreo
De negras nubes, que en el cielo oscuro
Ocultan las estrellas al piloto,
Con duplicado voto
Invoca las deidades,
Y maldice entre tantas tempestades
La ambicion, que del ocio le retira;
Y mas por él que por su mal suspira.
Los traces escuadrones belicosos,

⁴ Nació en Zafra: estudió en Salamanca, y fué oficial mayor de la Biblioteca real, y individuo de la Academia Española, de la de la Historia, y de la de S. Fernando. Escribió dos tomos de poesías,

varios opúsculos de crítica literaria, y formó un Teatro español en 17 volúmenes en 8.º Su obra mas estimada es la tragedia de *Raquel*. Murió en Madrid en 12 de marzo de 1787.

Y los medos gallardos con su aljaba,
Cansados ya de la prolija guerra,
Suspenden de los troncos victoriosos
El arco y flechas, el escudo y clava,
Y anhelan por el ocio de su tierra,
O Groso. Pues no encierra
La púrpura de Tiro,
El oro rubio y el azul safiro
Valor tan grande, que su precio iguale
La justa estimacion que el ocio vale.

Que las riquezas, que la sed aumentan
Al hidrópico avaro, y los lictores
A cuya voz la plebe retirada
Despeja el paso al cónsul, nunca ahuyentan
Del pecho el alboroto y los temores,
Que allijen la memoria lastimada;
Ni espantan la pesada
Bandada de cuidados,
Que por los techos de marfil labrados
Vuelan, y quitan con pesar del dueño
Sosiego al alma, y á los ojos sueño.

Aquel, si, vivirá sin competencia
En cuya mesa rica de contento,
Si pobre de manjares, aparece
Sabrosa plata de paterna herencia,
Y hace del ocio su mayor sustento,
Al paso que regalos no apetece.
Y si al sueño se ofrece,
Ni la ambicion le incita,
Ni del oro la sed le solicita;
Antes en quieta apetelecible calma
Descansa el cuerpo y se suspende el alma.

¿Qué nos cansamos, pues la vida es corta,
En codiciar con peligroso engaño
Cosas tan variadas, pues nos bastan menos?
¿Y para que el mudarnos nos importa
De nuestro reino propio al reino extraño;
Que así atrevidos, de codicia llenos,
Rompiendo al mar los senos,
Corre nuestra osadía
De donde nace á donde muere el día?
¿Pues quién, aunque camine á otras regiones,
Ha dejado en su patria sus pasiones?

Lleva, cuando se embarca el pasajero
El cuidado á la nave y le acompaña,
Sin que de él se divida eternamente.
Sigue tambien el escuadron ligero
De caballos que corre la campaña,
No se si mas veloz y diligente,
Que á la templada fuente
Huye herida la cierva,
Que apenas huella de temer la yerba,
O mas que el Euro, que con furia breve
Turbando el cielo tempestades mueve.

Con los presentes bienes satisfecho,
El ánimo desprece la esperanza
De los que han de venir, y llegan tarde;

Y temple en dulce risa alegre el pecho
El llanto amargo, sin hacer mudanza,
Ni sujetarse al mal como cobarde.
Porque no es justo aguarde
Siempre de la fortuna
Feliz suceso sin desgracia alguna;
Que no hay cosa mortal por ningun modo,
Que se pueda llamar dichosa en todo.
Al claro Aquiles, aunque jóven fuerte,
Hijo de Tétis, y de Troya espanto,
Alevosía arrebató traidora;
Y su prolija edad, si no la muerte,
A Títon consumió, estimado tanto
De la que por Memnon aljófar llora.
Y por ventura ahora
La voluntad divina
Por vuestro mal á mi favor se inclina,
Y con el tiempo, que volando llega,
Venturas me dará que á vos os niega.

Ahora para vuestro lucimiento
Braman las vacas de Sicilia gruesas,
Y en cien manadas cubren los baldíos;
Y de cabras y ovejas otras ciento
Pacen el verde adorno á las dehesas,
Y agotan los cristales á los rios;
Y con gallardos bríos
Y relincho bizarro
Tasca el caballo el freno á vuestro carro,
Y para que os vistais, le da á la lana
Duplicado color la tiria grana.

A mi la suerte, que con todo puede,
Con mano cortamente dadivosa
Me dió un pequeño campo que poseo,
Y un espíritu noble me concede
Para imitar la cítara famosa
De Pindaro, Simónides y Alceo:
Y un inmortal deseo
De despreciar no poco
El vulgo necio, maldiciente y loco,
Que no están de su lengua, si murmura,
Libre inocencia, ni bondad segura.



EL MRO. FR. DIEGO GONZALEZ ¹.

FRAGMENTOS

DE SU ELOGIA INTITULADA EL LLANTO DE DELIO.

Delio, Manzanares, Poeta.

POETA.

El sol hácia su ocaso declinaba
Y entre nubes oscuras se escondía

¹ Nació en Ciudad Rodrigo en 1753: tomó el hábito de S. Agustín en Madrid á los 18 años de su edad, y hizo sus estudios en la corte y en Salamanca. Allí conoció á Melendez con quien se aconi-

Por no ver los desórdenes del suelo :
 En calma el viento estaba ,
 Y el canto de las aves no se oía ,
 A la vista negado el claro cielo :
 Todo aumentaba el duelo
 De Delio malhadado ,
 Que , mientras su ganado
 Pastaba junto al tardo Manzanares ,
 Lloraba sin alivio sus pesares .

Alzando al cielo el rostro lagrimoso
 (Ah! cuánto demudado de como era
 Cuando los duros hados permitian !)
 Lanzó un ¡ ay ! lastimoso ,
 Que del eterno asiepto conmoviera
 Los montes , que dolerse parecían :
 Mas no correspondían
 Como otras veces ; que ora
 La ninfa habitadora
 De los bosques tapaba las orejas ,
 Cansada ya de repetir sus quejas .
 Tomó la lira que á su lado estaba :
 La lira , donde Apolo , que victorias ,
 Amores , y del campo la verdura
 Algun día entonaba :
 (¡ O tristes molestísimas memorias !)
 Mas ora ya trocada su dulzura
 En amarga ternura ,
 La arrima al pecho blando ,
 Y sus cuerdas sonando
 En triste tono y lúgubre armonía ,
 Hablando con el rio así decía :

DELIO.

Rehuye , o Manzanares , presuroso
 Del suelo que hasta aquí te fuera amigo ,
 Y retira del Tajo tu carrera :
 Del Tajo , que despues de ser testigo
 Inhumano del caso doloroso
 Que el horror esparció por su ribera :
 La nueva lastimera
 Va cruel publicando
 Por donde va pasando ,
 Desde el Extremo ardiente á Lusitania ,
 Diciendo en su corriente :
 « Ya de Hesperia la luz resplandeciente
 « Faltó en la Carpentania . »
 ¡ O triste hora ! ¡ O tenebroso día
 En que del centro de la deliciosa
 Selva , do estan los lares mas sagrados ,
 Salió la voz doliente y lastimosa :
 « Murió Cárlos , murió nuestra alegría ! »
 Temblaron al oirla los collados :
 Pastores y ganados
 Lloraron de consuno .
 ¡ O fracaso importuno !

¡ O tierna flor ! ¡ O tela delicada
 Cuyo precioso hilo ,
 Torcido apenas , con agudo filo
 Cortó la parca airada !

¡ O muerte injusta ! ¿ cómo nos robaste
 De un golpe solo toda la hermosa
 Y esperanza de nuestra amada gente ?
 ¿ La tierna edad no te inspiró ternura ?
 ¿ Pudiste ver sus ojos ? ¿ No cegaste
 Al ver la magestad que ya en su frente
 Rayaba claramente ?
 ¿ O acaso el nombre agosto
 Te causó tanto susto ,
 Que el mismo miedo te infundió osadía
 Para tan fiera hazaña ,
 Pensando que lograrla tu guadaña
 No pudiera otro día ?
 ¿ Posible es que en tu daño , niño hermoso ,
 Resarvase Esculapio los secretos
 Que le alcanzaron nombre y ser divino ?
 ¿ Acaso sus durísimos decretos
 No los obedeciste religioso ?
 ¿ Por tu carne ¡ ay ! no abrió el hierro malino
 Doloroso camino ?
 ¿ Rehusaste por ventura
 Probar el amargura
 De la roja corteza peruana ?
 ¿ Y tras esto el dios crudo
 Tuvo tanta dureza , que ver pudo
 Finar tu luz temprana ?

¿ Ni bastó á detenerte , alma preciosa ,
 Del delicado cuerpo la hermosura ,
 A tu ser celestial correspondiente ?
 ¿ Ni de tu dulce madre la amargura ?
 ¿ Ni del padre y abuelo la forzosa
 Pena ? ¿ Ni el ver la plebe condoliente
 Que religiosamente
 En uno congregada ,
 Por tu salud amada
 Votos mil con fervor y llanto hacia
 Al cielo ? ¿ Ni el temprano
 Y rico sacrificio , por mi mano
 Alzado cada día ?

Volaste al cielo en fin : dejaste al suelo
 Miedo en el corazón , llanto en los ojos ,
 De tu ausencia eternal dignos legados .
 La tierra fria cubre tus despojos .
 Trocóse la alegría en triste duelo .
 La madre , digna de mejores hados ,
 Por campos y collados
 Corre sin ornamento ,
 Llenando de lamento
 La horrible soledad y tiernas quejas .
 Y yo , de los pastores

pañó y dirigió en el estudio de la poesía , á que era extremadamente aficionado . Fué apasionado del estilo de Fr. Luis de Leon , y le imitó tan hábilmente , que sus versos se confundían á veces con los de aquel gran poeta . Obtuvo diferentes dignidades en

su órden , y falleció en Madrid en 40 de setiembre de 1794 . La presente Egloga se escribió con motivo de la temprana muerte del señor infante don Cárlos Eusebio , y del nacimiento de los dos infantes Gemelos que dió á luz la señora princesa de Asturias .

Escándalo, por darme á mis dolores
Olvido mis ovejas.

En la mas retirada, mas sombría
Mansion de esa enlazada selva umbrosa,
Do nunca penetrára el rayo ardiente,
(Que sin tí hasta la luz me fué enojosa,
Y arborreciera toda compañía)
Allí me escondo y lloro amargamente.
No hay quien atentamente
Mirando tal tristura
No la juzgue locura;
Mas yo, en vez de negarlo, lo confieso,
Pues forzoso imagino
Que quien te pierde á tí, Cárlos divino,
Pierda tambien el seso.

Si alguna vez al cuerpo fatigado
Regala con su bálsamo Morfeo,
Entredicho poniendo á mis querellas,
Al punto me parece que te veo
Con tus tiernas hermanas por el prado
Andar cogiendo de sus flores bellas,
Adornando con ellas
Tu dorado cabello:
Y que al verte tan bello
Abrazos mil te da la dulce Luisa,
Te besa el padre amable,
Mirándolo el abuelo venerable
Con apacible risa.

Mas luego, vuelto en sí del dulce engaño
El ánimo mezquino, cual torrente
Con grave impedimento detenido,
Que crece, rompe, vuelve fuertemente
De las quietas azudas el tamaño
Sobre los secos ejes con gemido,
Poniendo en útil ruido
La aceña, que yaciera
Dormida en su ribera;
Así el dolor insano toma aumento
De la quietud pasada,
Y cuanto aflige el alma descuidada
Lo pone en movimiento.

Mil medrosos portentos, no creídos
Entonces, tanto mal nos anunciaron:
Mis ovejas miraban tristemente
A do el sol muere: súbito espiraron
Dos corderos á Cárlos ofrecidos:
La guerra ¡ay Dios! la flor de nuestra gente
Devoraba inclemente:
Y Marte ardiendo en ira
Holló y rompió la lira
De Dalmiro ¡o dolor! la digna solo
De celebrar la gloria
De Cárlos, extendiendo su memoria
Del uno al otro polo.

¡O Tajo! huye, y luengos giros dando
Evita el cruel recinto, y su verdura
Trueca en árido yermo, y pavoroso
Crezca en vez de la flor la espina dura:
Ni vierta allí la aurora el llanto blando:
Y do amores cantaba el delicioso

Ruiseñor, el medroso
Bubo mil quejas cante,
Para que el caminante
Diga al ver tal mudanza: « ¿Dó se ha ido
« El verdor de este suelo? »

Y le digan: « Castigo fué del cielo
« Por lo que ha consentido. »

Desde que al mundo el sol su rayo encubre
Comienza aquí tendido el triste llanto
Que no enfrena la noche temerosa.
Veo volver los cielos entretanto,
Y el paso circular se me descubre
Señalado por Juno recelosa
A Calisto amorosa.
Aquí la Aurora bella
Me encuentra en mi querella,
Aquí me halla al comenzar su día
Apolo refulgente.

Todo para y se muda, solamente
Queda la pena mía.

Y tú, precioso río, si aprendiste
A ser piadoso de los regios lares
Que bañas ledo, atiende á mi gemido,
Y apruebe la razon de mis pesares
El coro de las ninfas que te asiste.
¡Mas ay! que en tus arenas divertido
Me niegas el oido,
Ni curas de mis quejas
Y sin pena te alejas,
Y me dejas en misero lamento!
Pues lleva en tus cristales
Para dulce festigo de mis males
El débil instrumento.

POETA.

Aquí dejó el pastor su triste canto
Y á las agnas echó la dulce lira,
Sin saber la virtud que en sí tuviera.
Sintió el río el encanto,
Y mientras Delio el nuevo caso admira,
Dió á commoverse toda la ribera.

¡Oh si dado me fuere
Referir como es dino.
El caso peregrino!
Dilo tú, sabia Musa, ó dame aliento
Para que decir pueda este portento.

El río, que yacía confundido
Con la menuda arena, de repente
Se incorporó en figura sobrehumana,
Y aperció vestido
De túnica sutil y trasparente.
Venerable, su faz y soberana,
La barba luenga y cana,
Y el cabello rizado
De espadañas cercado.
Mostraba en la estatura y gentileza
Que era propia de un dios tanta grandeza.

Sobre el siniestro codo recostado
Tres veces sacudió del crespo pelo
Las arenas, que lluvia parecían
De plata sobre el prado.

Alzó la poderosa diestra al cielo :
 Los coros de las ninfas atendian,
 Y en silencio yacian
 Los faunos, que al ruido
 Del bosque habian salido.
 Y el dios, mirando á Delio que estuviera
 Sorprendido, le habló de esta manera :

MANZANARES.

¿ Por qué te das tormento,
 Pastor desacordado,
 Y llenas de clamores mi ribera ?
 Cese ya tu lamento,
 Y á son mas elevado
 Templá la dulce lira placentera,
 Y á la celeste esfera
 Levanta en este día
 Las santas bendiciones
 Y soberanos dones,
 Que el cielo piadoso nos envía ;
 Y la extraña ventura
 Que el bien de nuestros campos asegura.

Cárlos, de tí llorado,
 Eterna luz habita
 Sentado entre los dioses inmortales.
 De rosas coronado
 Que el tiempo no marchita,
 Y abundoso de bienes celestiales,
 Con manos liberales
 A nuestra tierra amada
 Ha tanto repartido,
 Que parece ha subido
 A robar la riquísima morada
 Y tesoros del cielo,
 Para verterlos sobre nuestro suelo.

Oye mi profecía
 Con oídos atentos,
 Que el tiempo venidero hará patente.
 Guadarrama y Fonfría
 Sus eternos asientos
 Primero trocarán, que levemente
 En lo que aquí te cuente,
 De la verdad sincera
 Discuerden mis razones,
 Ni se frustren los dones
 Prometidos : que es justo te refiera,
 Pues la razón precisa.
 Escucha ya. La amable y dulce Luisa...

POETA.

Apenas el agosto nombre oyeron
 Ninfas y faunos, con alegre ruido
 Tantos vivas al cielo levantaban,
 Que al dios interrumpieron.
 Y el un coro del otro dividido,
 Los faunos dulces himnos entonaban,
 Y las ninfas hollaban
 Con gracia y compostura
 Del suelo la verdura.
 Viva, viva, los unos repetían :
 Las otras Luisa, Luisa respondían.
 Duró por largo rato el alegría

Y festín comenzado, que mirára
 El número complacido : y conociendo
 Que nunca acabaría
 Si á los coros silencio no intimára,
 En los labios proféticos poniendo
 El índice, y diciendo :
 « Escuchad lo restante ; »
 Escondido el semblante.
 Y el gozoso tumulto sosegado,
 Siguió el dios el discurso comenzado.

MANZANARES.

La amable y dulce Luisa,
 La mas bella pastora
 Que vió en su regia orilla el Eridano,
 Y hoy nuestro suelo pisa,
 En cuyo rostro mora
 El coro de las gracias, y lo humano
 Junto á lo soberano :
 Y cuando mis orillas
 Pasea airoosamente,
 Por vella solamente
 Corren todos los pueblos en cuadrillas,
 Ni cesan de alaballa,
 Ni se hartan sus ojos de miralla :
 Aquella nuera amada
 Del mayoral mas bueno
 Que nuestros valles rige cuidadoso ;
 De Vénus regalada,
 En el fecundo seno
 (¡ Tanto nos es el cielo dadivoso !)
 Siente el peso amoroso
 Del duplicado fruto,
 Que hará perpetuamente
 Dichosa nuestra gente,
 Y quitará á la Hesperia el triste luto,
 Entregando al olvido
 El llanto por el doble bien perdido.

.....
 ¡ O Delio ! si lograrás
 Por raro don del cielo
 Que tu edad se midiese por la mía !
 ¡ Cómo ledo cantarás
 Las dichas de este suelo,
 Cumplida ya tan alta profecía !
 Pero la muerte fría
 Te ocupará : y tu canto
 Con verso mas ameno
 Proseguirá Liseno,
 A quien oye Compluto con espanto :
 Y tal vez el Henares
 Alzó el pecho atendiendo á sus cantares.
 También con alto estilo
 Ayudará al intento
 El que en el Tórmes canta dulcemente,
 Batilo, el buen Batilo,
 A quien dió su instrumento
 Dalmiro, que con voz desfalleciente
 Le dijo : « Solamente
 » A tí, zagal, es dado
 » Concertar esa lira.

- Que destrozó con ira
- Marte , y cantar del siglo bienhadado :
- Y será el canto dino,
- Si lo aprobare el juicio de Jovino. »

POETA.

Dijo el rio, y tornóse al ser primero ;
 Faltó el grande auditorio de repente :
 Volvió en sí Delio : y la vision tuviera

Por sueño lisonjero
 Si un gozo celestial que dulcemente
 Sintió, no la aprobára verdadera.
 Y notando que era
 El dia ya pasado,
 Amenazó el ganado,
 Y caminó seguro á su alquería
 Del cumplimiento de esta profecía.

APENDICE.

POESIAS DE ALGUNOS AUTORES QUE CORRESPONDEN AL PRINCIPIO DEL SIGLO XIX.

POESIAS DE D. LEANDRO FERNANDEZ MORATIN.

Nació en Madrid en 10 de marzo de 1760, sus padres fueron don Nicolas Fernandez de Moratin, el insigne poeta de quien ya se ha tratado arriba, y doña Isidora Cabo Conde. Formóse por sí mismo, y como á escondidas, en el gusto de la poesía, y en sus primeros estudios; y su padre que le destinaba primero á la profesion de la pintura, y despues al ejercicio de lo joyería, fué bien agradablemente sorprendido al ver á su hijo ganar en la Academia Española el segundo premio de poesía en 1779, cuando apenas contaba 19 años de edad. Este lauro le hizo redoblar en aplicacion y en esfuerzos, y tres años despues ganó igualmente el premio segundo de poesía con la *Leccion poética*, donde ya se veia al poeta manifestar el gusto clásico y puro, y la facilidad y belleza de ejecucion con que se distinguen sus obras. Por los años de 1787 hizo un viage á Paris en compañía del conde de Cabarrus, donde conoció y trató al célebre Goldoni, y donde acabaria de formar su gusto en el arte de la comedia, á que le inclinaba poderosamente su genio y en que tanto se habia de aventajar despues. Vuelto á España, la oda que escribió en el siguiente á la proclamacion del señor rey don Carlos IV le hizo mas conocido del gobierno, que le agració entonces con un pequeño beneficio. En el año de 1790 dió *El viejo y la niña*, comedia que se representó con muchísimo aplauso, y que puso al autor en el lugar eminente de donde no se le ha visto descender despues: amenazado de ser envuelto en la desgracia que por el mismo tiempo cayó sobre su protector el conde de Cabarrus, fué libertado del peligro por el favor de don Luis y don Manuel Godoy, entonces ya en la cumbre del favor, y que le consiguieron un beneficio considerable en Andalucia y una pension sobre la mitra de Oviedo, con cuyas gracias pudo considerarse en aquel estado de desahogo y facultades, propio para cultivar las musas á su gusto y con independenciam. *El Café* fué dado en 1792 con igual aplauso que el Viejo y la Niña. El autor despues salió de España á viajar de nuevo; y recorrió la Francia, la Inglaterra, la Holanda y la Italia, donde permaneció hasta el año de 96 en que regresó á España, ya hecho secretario de la interpretacion de lenguas por su favorecedor el príncipe de la Paz. *El Baron*, *La Mogigata*, *El Sí de las Niñas*, fueron sucesivamente el fruto del estudio y agradable situacion de que el poeta gozaba desde aqueila época, representadas todas con igual aceptacion que sus primeras comedias. Las turbulencias que amenazaron en 1808 con la invasion de Bonaparte, acabaron con su fortuna y con su sosiego, como con los de tantos otros hombres de letras. Él siguió la opinion de aquellos que no creyeron posible la resistencia á las armas francesas: de aquí todas las vicisitudes de su fortuna, y de su residencia desde entonces ya en España, ya en Francia, ya en Italia. Vuelto á Francia, al fin se fijó en Burdeos, y últimamente pasó á Paris, donde murió en 21 de junio de 1828; y está enterrado no lejos de Moliere, cuyo imitador feliz habia sido.

Fué amigo de Jovellanos, de Forner, de Estala, de Goya, y de casi todos los hombres mas señalados de su tiempo: entre los Arcades de Roma se llamó *Inacco Celenio*.

LECCION POETICA,

Ó SATIRA CONTRA LOS VICIOS DE LA POESIA
CASTELLANA.

Apenas, Fabio, lo que dices creo,
Y leyendo tu caria cada dia

Mas me confunde cuanto mas la leo.

¿ Piensas que esto que llaman poesia,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó frusleria;

O que puede adquirirse el númen santo
Del dios de Delo, á modo de escalada,

O por combinacion, ó por encanto ?

Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómíne pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada;
¿ Porqué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo,
Para quien eres tú, fuera bastante.

De cólera te pones amarillo:
Las verdades te amargan: ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz: que es desacierto
Desengañar al que el error desea,
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Dígote, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las musas,
Y trepar á la fuente pegasea.

Pues si el aceite y la labor no excusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En tí sus glorias lloverán infusas.

Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.

¡ Qué romances harás y qué canciones !
¡ Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones !

¡ Qué gracioso ha de estar y qué discreto
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Ines otro soneto !

Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Filis ó Marfisa.

Díla que es nieve, cuando mas te irrite;
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.

Y si tal vez en el afecto escasa
Pronuncia con desden sonoro hielo ¹.
Breve disgusto, que incomoda y pasa;

Dirás, que el encendido Mongibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corusca crepitante y llega al cielo.

Si tu pasion amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.

Pues si el cabello á celebrar te pones
Mas que los rayos de Titan hermoso,
¡ Qué mérito hallarás, qué perfecciones !

Díla, que el alma agena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,
En crespas tempestad del oro unduloso ².

Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó suaves
Arcos, que flecha te claváran dura.

Cuando las luces de su olimpo alabes,
Apura, por tu vida, en el asunto
Las travesuras métricas que sabes.

Dí, que su cielo, del cenit trasunto,

Dos soles ostentó, por darte cuojos,
Que si se ponen quedarás difunto;
Y al aumentar tu vida sus despojos
Se lava el corazon, y el agua arroja
Por las tersos balcones de los ojos ³.

Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.

Dí, que es pensil su bulto de mezclados
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.

La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesies ⁴
Alto asunto al poeta que la cante,

Hará que en su alabanza las varíes
Llamándola de amor ponzoña breve,
O madreperla hermosa de rubies.

Al pecho, inquieta desazon de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dejó el alevé.

Y di que venga un literato al uso,
Con su Luzán y el viejo Estagirila,
Llamándote ridículo y confuso;

Que yo sabré con fúerla erudita
Hacerle que enmudezca arrepentido,
Por sectario de escuela tan maldita.

Así también hubiéramos vencido
El venusto rigor de esa tirana,
Tigre, de rosa y alheli vestido.

Mas, quiero suponer que la inhumana
Rasgó tus ovillojos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana;

No importa, así va bien. Luego compones
Diez ó doce lloronas elegias,
Llenándola de oprobios y baldones.

No te puedo prestar ningunas mias;
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte, y frias.

Dirás que tanto la pasion te apricta,
Que mueres infeliz y desdeñado.
¡ Inexorable amor! ¡ fatal saeta!

El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.

Y en lugar de escribir: « Aquí reposa
» Fabio, que se murió de mal de amores;
» Culpa de una muchacha melindrosa; »

Detendrás á las niñas y pastores,
Para que una razon prolija lean
De todas tus angustias y dolores.

Bien que los sabios, si adquirir descan
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sugelo su labor emplean.

Olvida, amigo, esa pasion doliente:
Hartas quejas oyó que murmuraba
Con lengua de cristal picara fuente.

¹ Quevedo.

² Idem.

³ Gerardo Lobo.

⁴ Quevedo.

No siempre el alma ha de gemir esclava :

Déjate ya de zelos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.

Que ya te ofrecen mil aparadores,
Transformadas las salas en bodegas
Espíritus, aceites y licores.

Suena algazara : cada cual despega
Un frasco y otro, la embriagada gente
Empieza á improvisar... Y ¿quién se niega?

¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio, en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?

Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lico,
Se espera de tu musa la elegancia.

Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo ;

Como anima el festin, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida ;

La quintilla acabó : los vasos lleua
Fiel asistente de licor precioso.
Vuelve á beber, y á desatar la vena.

Bomba y bomba, repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pié forzado el bacanal furioso.

Y que, ¿tú callarás? ¿nada te excita
A mostrar de tu númen la alfluencia
Cuando la turba improvisante grita?

¿Temes? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas
Desocupa y oscurece con frecuencia.

Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas.

¿A qué fin? Con medir en un instante,
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
O mas duros tal vez, ó mas perversos?

No porque alguno Pindaro le llama,
Oyendo su incesante taravilla,
Pienses que númen superior le inflama.

Los muchachos le siguen en cuadrilla,
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.

Si arrebatarle quieres la corona
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.

Chocarrero y bufon quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga :
Verás que aplauso en Avapiés granjeas.

Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,
Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas

En tus versillos, bufonadas frias,
Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilacion de boberías
Al público darás de tomo en tomo,
Que ansioso comprará lo que le envías.

Porque el ingenio mas agreste y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Geromo.

Mas si tu orgullo oscurecer desea
Al lírico famoso venusino
Con quien tú preceptista me marea,

Aparta de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,
Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas,
Los nitidos cabellos destrenzados,

Que, dando flores al abril sus huellas,
La orilla que de liquido circunda
Argento Dorado, van pisando bellas.

Al motor de la máquina rotunda,
Que enamorado paca entre el armento
La yerba, de que opaca selva abunda.

La ninfa al verle, agena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar : la virgen treme,
Y al juvenco los álgidos ondosos
Piélagos, hace duro amor que reme.

Ella, los astros ambos lacrimosos,
*Reciprocando aspectos civitantes*¹
Prorrumpen en ululatos dolorosos ;

Cuyas quejas en torno redundantes,
*De débiles ancilas repetidas*²,
Los antros duplicaron circunstantes.

Mas Creta ofrece playas extendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetedida,
Pudicias inermes ya vencidas.

Huye gozoso amor, y agradecido
Jove, fecunda sóbole promete
Que imperio ha de regir muy extendido.

Apolo, antojadizo mozalbete,
Asunto digno de tu canto sea
Cuando tras Dafne intrépido arremele.

La locura tambien factorea
Celebrarás, y el piélagos combusto,
Que en flagrantes incendios centellea.

Y muera de livor el Zoilo adusto,
Al notar de estas obras los primeros,
La dición bella, el delicado gusto :

Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores :

¹ Silveira.

² Villamediana.

Vejetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso rio
Sierpe sonora de cristal luctivo.

Pero si has de llamarte alumno mio,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvío,
Habla crizada jerigonza oscura,
Y en gálica sintaxis mezcla voces
De añeja y desusada caladura,

Copiando de las obras que conoces,
Aquella molestísima realta
De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengeli el mas cerril maltrata.

Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante,
Que él solo entiende; y ensartando diestro
Silabas, ya es autor y gran poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.

Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heroicos hechos,
Tanta nacion á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vinculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos.

Y el númen lleno de furor sagrado:
« Canto, dirás, el héroe furibundo;
» A dominar imperios enseñado;
» Que dando ley al báratro profundo
» Su fuerte brazo sujetó invencible
» La dilatada redondez del mundo. »

Principio tan altisono y horrible,
Proposicion tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo: *canta, Diosa,*
La cólera de Aquiles de Peleo,
A infinitos argivos dolorosa;

Porque el estilo inflado y giganteo,
Dejando á los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente:
Escoje, que los dos son extremados,
Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardia:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pia;
Y en todo cuanto escribas ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas,
Que así lo debe hacer un hombre honrado.
Si el canto frigidísimo rematas,
Despedirástes del lector prudente
Que te sufrió, con expresiones gratas:
Para que de tu libro se contente,

Y aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto el misero paciente.

Mas no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados;
Crítica sufrirán, zorra y proceso.

Dirán que los asuntos, adornados
Con episodios y ficcion divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interes, sin fábula, sin arte;
Que el menos entendido la abomina.

Peroyó sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos:
Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.

Despues que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos;

Exagera el volcan que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente ¹,
É invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasia,
En concebir delirios eminente.

Botánica, blason, cosmogonía,
Náutica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitologia,

Sacra, profana, universal historia;
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso,
Entre despechadísimos guerreros
Que jamas de la vida hicieron caso.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros.

Desaforadas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellísimas errantes.

A espuertas verterás, á carretadas,
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.

¡ Oh! cómo espero que mi alumno amado
Ha de lucir el singular talento,
Febo, que á tu pesar ha cultivado!

¡ Cuánta aventura, y cuánto encantamiento!
¡ Cuántos enamorados campeones!
¡ Cuánto jardín y alcázar opulento!

Pondrás los episodios á millones;
Y el héroe miserable no parece
Que no le encontrarán ni con hurones.

Peró ¿ cómo ha de ser? si le acontece
Que un mago en una nube le arrebatá,
Y con él por los aires desaparece.

En un valle oscurísimo remata
El viejo endemoniado su carrera,
Y al huésped á cumplidos le maltrata.

Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro de los tiempos que han pasado ²

¹ Candamo.

² Quevedo.

Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.

¡Cuánta vasija y unto preparado

Tiene! ¡cuánto ingrediente venenoso!

Que al triste que lo ve deja admirado.

Allí le enseña en un artificioso

Cristal, la descendencia dilatada,

Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso,

Y mira una ficción muy adecuada;

Pues aunque algun censor la culpária

De impertinente, absurda y dislocada,

Siempre logras con esta fechoria

El linage ensalzar de tu Mecenas:

Que no te fallará por vida mia.

Y si tales patrañas son agenas

De su alcurnia ¿qué importa? Si conviene,

Con Hector el troyano la encadenas:

Porque un poeta facultades tiene

Sin límite ni cotos, escribiendo

Todo cuanto á la pluma se le viene.

Pero ya me parece que estoy viendo

Sobre un carro de fuego remontados

Los dos amigos que la van corriendo.

¡Válame Dios! y que regocijados

Gentes, ciudades, reinos populosos

Examinan, y climas ignorados.

De Libia los desiertos arenosos,

El hondo mar que hinchado se alborota,

Montes nevados, prados olorosos.

De la septentrional playa remota;

Al cabo que dobló Vasco de Gama,

El sabio Tragasmon registra y nota.

Vuelve despues donde la ardiente llama

Del sol se oculta al espirar el dia,

Dándole Tétis hospedage y cama.

Y en su precipitada correría,

Al huésped volador hace patente

Cuanto de Europa el ancho mar desvía.

Muda el auriga hácia el rosado oriente

El rumbo, y á los reinos de la aurora

Los lleva el carro de piropo ardiente....

Pero de un criticon me acuerdo ahora

Grave, tenaz, ridículo, pedante.

Que vierte hiel su lengua detractora.

¡Cómo salta de cólera al instante

Con estas invenciones! ¡cuál blasfema!

Si se llega á irritar no hay quien le aguante,

No quiere que haya encantos ¡linda tema!

Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,

Y el libro en que lo halló desgarrar y quemar.

Si al héroe por acaso le enamoras

De una beldad que yace encastillada,

Guardándola un dragon á todas horas;

Y el caballero de una cuchillada

Al escamoso culebron degüella,

Mi critico infernal luego se enfada.

Ni hay que decirle, que la tal doncella

Es hermana del sabio Malambruno,

El cual su doncelléz así atropella,

Que á dura cárcel, soledad y ayuno

Por un chisme no mas la ha reducido,

Sin que sepa sus lástimas ninguno.

No señor, nada basta, enfurecido,

Contra el mísero autor se despepita,

Y en nada el inocente le ha ofendido.

¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!

Dice en horrenda voz, que impetuosa

Como turbio raudal se precipita.

El gusto y la razon, en verso, en prosa,

La invencion rectificquen; que sin esto,

Jamas se acertará ninguna cosa.

Mi patria llora el cjemplar funesto:

Su teatro en horrores sepultado,

A la verdad y á la belleza opuesto,

Muestra lo que produce el estragado

Talento, que sin luz se descamina,

De la docta eleccion abandonado

Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina

La hispana musa, y desdeño arrogante

La humilde sencillez griega y latina.

Dió á la comedia estilo retumbante,

Figurado, sutil ó tenebroso;

De la debida propiedad distante.

Halló en la escena el vulgo clamoroso

Pintadas y aplaudidas las acciones

A que le inclina su vivir vicioso.

Y en vez de dar un freno á sus pasiones

En la enseñanza de verdades puras,

Mezcladas entre honestas invenciones.

Oye solo mentiras y locuras,

Celebra y paga enormes desaciertos,

Y de juicio y moral se queda á oscuras.

¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,

Hecha la escena campo de batalla,

A un paladin enderezando tuertos!

¡Qué es ver cubierta de loriga y malla

Blandir el asta á una muger guerrera,

Y hacer estragos en la infiel canalla!

A cada instante hay duelos y quimeras,

Sueños terribles que se ven cumplidos,

Fatídico puñal, fantasma fiera;

Desfloradas princesas, aturridos

Enamorados, ronda, galanteo,

Jardin, escala, y zelos repetidos.

¡Escrava fiel, astuta en el empleo

De enredar una trama delincuente,

Y conducir amantes el careo.

Allí se ven salir confusamente

Damas, emperadores, cardenales,

Y algun bufon pesado é insolente.

Y aunque son á su estado desiguales,

Con todos trata, le celebran todos,

Y se mezcla en asuntos principales.

Allí se ven nuestros abuelos godos:

Sus costumbres, su heroica bizarría,

Desfiguradas de diversos modos.

Todo arrogancia y falsa valentía:

Todos jaques, ninguno caballero,

Como mi patria los miró algun dia.

No es mas que un mentecato pendenciero

El gran Cortés, y el hijo de Jimena

Un baladron de charpas y gifero.

Cinco siglos y mas, y una docena
De acciones junta el númen ignorante,
Que á tanto delirar se desenfrena.

Ya veis los muros de Florencia ó Gante :
Ya el son del pito los transforma al punto
En los desiertos que corona Atlante.

Luego aparece amontonado y junto
(Así lo quiere mágico embolismo)
Dublin y Atenas, Méfis y Sagunto.

Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
Se ven patentes las eternas penas,
Y el ignorado centro del abismo?

Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
Repitiéndose misero lamento
Por las estancias de dolores llenas.

¡Oh, qué abominacion! dice el sangriento
Censor injusto; y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.

Estas críticas, Fabio, son dictadas
Por envidia y no mas, si bien lo miras,
Y no deben de tí ser escuchadas.

Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, á pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.

Mas te prometo. Los alegres ratos
Que te visite el apolíneo coro,
No los has de vender nada baratos.

Pues aunque el tema popular no ignora
De que Cintio corona los poetas
De verde lauro, y no de perlas y oro :

Las mas descabelladas é indiscretas
Farsas, te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gavetas.

Sí, Fabio, las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso,
Y algo me tocará por mis lecciones.

Tu vena, redundante hasta el exceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.

Suelta toda la presa del molino :
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.

Escribe dos, y luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no des sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y casos prodigiosos;
Que así el humano corazon se mueve.

Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegon y Etonte, salga Citea
Mayando en estribillos enfadosos.

Diversa accion cada jornada sea,
Con su galan, su dama, y un criado
Que en dislates insípidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos á un lado :
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si á agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas,

Él te celebre, cuando tú deliras.

Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas,
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encantamientos
Y salgan los diablillos á docenas.

Aquí un palacio vuele por los vientos,
Allí un vejete se transforme en rana :
Todo asombro ha de ser, todo portentos.

De la historia oriental griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.

Hector, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Anibal, con su gefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.

Verás que diversion, verás que gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif, ó Muza, ó Alcaman robusto :

Que ciegos de amoroso desvario,
La llaman en octavas y tercetos :
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.

Tus galanes serán todos discretos ;
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.

¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque*! Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.

Ni busques la moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudes ;
Que allí todo se pasa y se consiente.

Todo se desfigura, no lo dudes :
Allí es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decía,
De que el pudor se ofende y el recato...
Pero ¡ qué! si es aquella su manía.

Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete ;
Con lo de infiel, traidor, alevé, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores :
Preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardin vecino ;
Y encuentra allí peligros no menores.

El padre oyendo cuchilladas vino,
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichon previno.

Pero un primo frenético y zeloso
Lo vuelve á trabucar, de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera :
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de roudon con un cualquiera.

¡Oh, vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto se estilá ;
Y váyase Terencio á los Orates,

Con Báquis, Menedemo y Antifila :

Que por él, y otros pocos botarates
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.

Tú, dichoso mortal, prepara en tanto
Para ser celeberrimo poeta,
El númen y las sílabas al canto.

La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,

Te alzarán á la cumbre de Helicon,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te coroné, ten sabido,
Fabio, á quien debes el honor que ganas,
Y agradécelo á mí, que te he instruido.

ODA

A LA PROCLAMACION DE CARLOS IV.

Robó con dura mano

La parca el alto honor del patrio suelo,
Y su espacio llenó de asombro y pena,
Y al golpe absorta, procurando en vano
A su afliccion consuelo,

La madre España con la faz llorosa,
Pálida y triste, la religion serena
Y el mar turbó con lúgubre gemido
Del Africa arenosa

Al cántabro feroz nunca vencido.

Parténope su llanto

Acompañó con ecos fanales
Que oyó doliente la ciudad de Flora.

Atrás volvió sus ondas con espanto

El Tajo, y los reales

Alcázares huyó de la opulenta

Corte de Luso, y turbulento ahora

Ve por los anchos términos que baña

Cuanto ¡o muerte violenta!

Cuanto quitaste á la infeliz España.

Pero el cielo concede

Límite á su dolor que nunca pudo

Al linage mortal durar eterno

El lloro ni el placer. Así sucede

Al diciembre desnudo

La estacion bella que el abril repite ;

Y el valle que cubrió rígido invierno

De nieve y hielos, produciendo flores

Nuevo placer permite

A la madre de amor y á los amores.

Huyó con raudó vicio

De Carlos el espíritu dichoso

A donde se ciñó mejor corona.

Númen es tutelar que desde el cielo

Asiste poderoso

A la nacion. Ni pudo con su vida

Su favor acabar : no la abandona :

Vive á la tierra, y de su imperio justo

La gloria repetida

Verá reinando el heredero agosto.

Si, que alumno constante

Del arte de reinar, oyó á su lado

Dictar al mundo las sagradas leyes

Que adora y cumple, y vió por el triunfante

La patria, y humillado

El vicio y el error : que así se alcanza

Honor digno entre el vulgo de los reyes.

No hay gloria sin virtud. El abandono,

La impiedad, la venganza,

Tal vez convierten en afrenta el trono.

Tal vez la incorruptible

Posteridad con brazo omnipotente

Los ídolos trastorna que adoraba

Sacrilego el temor, y aborrecible

Vuela de gente en gente

La memoria de un príncipe tirano :

Irrita al cielo, y su poder se acaba,

No la abominacion de sus acciones.

Que vive el inhumano

Para ejemplo y horror de las naciones.

No así tú que has sabido

Imitar las virtudes gloriosas

De un padre ilustre : ¡o Carlos! ¡cuánto espera

De tí la patria ! ¡Oh cuánto ha concedido

Con manos generosas

El cielo á tu nacion! Ya se engrandece

Por tí, tu nombre aplaude y le venera,

Y alzando los pendones de Castilla

Hoy el cetro te ofrece

De un mundo y otro que á tu pié se humillá.

El cetro que heredaste

Y mereces tan bien. La paz festiva

Entre las ciencias y las artes bellas,

Que desde tu niñez remuneraste,

Ciñe de verde oliva

Tu diadema real. Edad dichosa

Darás al mundo si prosperan ellas,

Que la ignorancia torpe en vituperio

Y ruina lastimosa

Muda la pompa del mayor imperio.

No, no acerqueis la planta

Al solio de mi rey, abominados

Monstruos que el vicio de las córtés cria,

Calumnias aroz que la inocencia santa

Pisas, y á los malvados

Indignos de vivir de honores llenas :

Fanatismo cruel, licencia impia ;

Y tú, nacida para oprobio eterno

Del orbe que envenenas,

Pérfida adulacion, huye al averno.

Huye, que la justicia,

La prudencia, el valor, apoyo ofrecen

Y larga duracion al cetro hispano.

Ya del nuevo esplendor fueron primicia

Acciones que merecen

Alabanza inmortal ; y... ¡o nunca osada

La discordia vertiendo de su mano

Escándalos, horror, luto á la tierra,

De víboras crinada,
Las puertas rompa al templo de la guerra!

Que el estruendo espantoso
De Mavorte, y las trágicas victorias
En los excesos del furor violentos,
Gratos no son á un ánimo piadoso;
A mas ilustres glorias
Aspira ¡o Carlos! mas si acaso intentan,
Violando los sagrados juramentos,
Enemigas potencias ofenderte,
Fulmina el rayo y sientan
Juntos amago y golpe, ruina y muerte.

Que así verás temido
Tu nombre excelso. La malicia humana
Tal escarmiento á sus violencias pide.
Y depuesto el rigor, y engrandecido
De la corona hispana
El honor y el poder, si al mundo hicieres
Que el hijo de la guerra te apellide,
Haz que despues benéfico te vea
Cuando á tu reino dieres
El auro siglo de Saturno y Rea.
¡Oh cuánto el dios de Cinto
Me inspira! ¡Oh cuánto su furor me inflama!
Ya de los años el girar futuro
A mi vista pasó. Miro distinto
Del templo de la Fama
El alto techo, y arquitrabes de oro
Que en cien columnas de diamante duro
Cargan, y escucho el gran rumor suspenso,
Que el cóncavo sonoro
Vuelve temblando el edificio inmenso.

Allí tu nombre suena,
Allí abultada en mármoles se ofrece
La serie de los ínclitos varones
Cuya fama inmortal dos mundos llena.
Sacro laurel guarnece
Las lises de Borbon, las quinas santas,
El águila imperial, y sus leones;
Y viendo allí entre todas eminente
Tu imágen, á sus plantas
Me postro humilde en pasmo reverente.

Y aquella te acompaña
Alta deidad, que en su feliz ribera
Vió nacer el Eridano sonante
A ser delicias de tu dulce España,
Que en ella considera
El don mayor que ha merecido al cielo.
¡Oh cómo la bondad en su semblante
Muestra, y el claro ingenio peregrino,
Blason de nuestro suelo,
Y esfuerzo acaso del poder divino!

Festiva la rodea
Su prole hermosa, y suenan los acentos
Del pequeñuelo Carlos y Fernando:
Fernando, en cuya vida el cielo emplea
Repetidos portentos,
Porque ha de ser en los futuros días
De Hesperia honor, las prendas imitando
De los suyos... ¡O Dios omnipotente

Que tantas alegrías
Permites hoy á la española gente!
¡O señor! si á tu oído
El ruego humano es grato, si piadoso
Miras á la nación que fiel te adora
Carlos viva feliz, y su extendido
Imperio haga dichoso,
Emulo de tal padre y tal maestro!
Viva de tanto bien merecedora
La augusta, y aplaudir su nombre vea
Mientras el orbe nuestro
En torno gire de la luz febea.

Mas ya el rumor se extiende,
Y el júbilo comun por todas partes
El suspirado instante nos avisa:
El son de Marte las esferas hiende.
A Carlos y Luisa
Madrid aclama tremolando al viento
Por su nuevo señor los estandartes,
Y ya empuñando su clarín sonoro
Con presto movimiento
La fama dilató las plumas de oro.
Vos, ciñendo de flores
La docta frente y el laurel divino,
Pulsad la acorde cítara, poetas,
Y divulgad al mundo sus loores:
Pues si el hado previno
Honor durable al metro numeroso,
Que ¡o tiempo raudó! en tu furor respaldas,
Si el vuestro ensalza de mi rey la gloria,
Nunca mas venturoso
Objeto tuvo el verso, ni la historia.

¡Oh si mi voz pudiera
Al asunto bastar! ¡Oh si mi canto
Fuese tal como es grande mi deseo!
Yo al son del plectro conmovier hiciera
Los reinos del espanto,
Y del ardor fatídico encendido
Que ya en mi mente derramó Timbreo,
Prosperidad al orbe anunciaría,
Y el sármata aterido
Y el nómida feroz me escucharía.
Mas no, mi dulce musa,
No te enagene el atrevido intento:
Que no es dado á la ronca humilde lira
Entre el aplauso popular confusa
Alzar al firmamento
Con digno estilo y elocuente pompa
Los semidiosos que la tierra admira.
Otro los cante, y de la heróica Clio
Suene á su voz la trompa:
Que no es tan grande atrevimiento el mio.

CANTO

EN LENGUAJE Y VERSO ANTIGUO.

A vos el apuesto complido garzon,
Asmándovos grato la peñola mia,

Vos face omildosa la su cortesía
 Con metros polidos vulgares en son ;
 Ca non era suyo latino hermon
 Trovar, e con ese decírvos loores :
 Calonges e prestes que son sabidores
 La parla vos fablen de Tulio e Maron.

Por ende si tanto la suerte me da,
 Maguer que vos diga roman paladino,
 Fiducia me viene que lueñe e veciuo
 La gen acuciosa mi carla verá :
 E vuestas facienas, que luego dirá
 Gravedosa historia por modo sotil,
 Serán de Castilla mil eras e mil,
 Membranza placiente que non finirá.

E tanto merece falagos e amor
 Aquel que alegroso non dió bienandanza,
 E al comun conorte la mucha amistanza
 Ovo de don Carlos el nuso señor.
 Sepades, te dijo, buen alcanzador
 Que en todo el mi regno vos fago imperante ;
 A tal que del sceptro dorado, pesante,
 La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis fijos demandan de mi
 De ser aducidos en sancta equidad :
 A non acuitallos las mientes parad ;
 En algos abonden e pan otrosi ;
 E quando mis tierras (que tal non creí)
 Mesnadas de allende osaren correr,
 Faced a los mios punar e vencer,
 Ca siempre ganosos de liza los ví.

E ved non fallezcan a tal ocasion
 Lorigas, paveses, e todo lo al,
 E mucho trotero ardidio e leal
 De los mas preciados que en Cordoba son,
 E fustas con luengo ferrado espolon
 Guarnidas de tiros que lancen pelotas :
 Non cuide aviltarnos mandando sus flotas
 Al nuso lindero la escura Albion.

E guay, non aduzga mintrosa la paz
 Al valor nativo dañinos placeres,
 Nin seyan sofridos los vanos saberes
 Que al mundo mancillas le dieron asaz :
 Alli do pregonan olganza e solaz,
 Alli rudo vulgo e sandio declina,
 Divaga sañoso, virtud abomina ;
 Que tanto en el vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuido ;
 La sciencia le muestre su puro claror,
 Non cure atristado ventura mayor
 En buen regimiento guardado e punido :
 Así el caballero ruando lucido,
 Acucia e detiene la alfana que monta,
 E parte, al agudo estímulo pronta,
 O párase dócil al freno sentido.

A tal platicaba la su señoría,
 E cedo el Magnate repuso a don Rey :
 Non fuera nascido de alcuña de ley
 Se al vueso talante non obedescía.
 Solene omenage fago e pleitesía
 (E dijol tomando la cruz del espada)

Que finque la vuesa merced acatada,
 E España recabde su prez e valia.

De entonces colmalla de bienes cuidó :
 La paz se posóra a su lado yocunda,
 La cuita fenescce, de frutos abunda
 El suelo que en sangre la guerra alagó,
 La su dulcedumbre temores quitó
 Del home entorpidio que yaz en tristura,
 E quisto de buenos la su derechura
 Le fiz, e al igico sañoso aterró.

E vimosle a guisa de diestro adalid
 Faciendo reseña la hueste rcal
 Mandar sus hileras e a son de atabal,
 Poner a los ojos la marcha e la lid :
 Ansi de los muros miró de Madrid
 La plebe agarena venir a cercalla
 Desnuda tizona en tren de batalla
 Al bravo cabdillo que dijeron Cid.

¡ Oh ! fuérale dado seguir el pendon
 Que bordan castillos, cruces e leones,
 Romper azañoso por los escuadrones
 Bárbaros, de sangre teñido el troton !
 Tímidos fuyeran ginete e piendon,
 En llama aburando sus tiendas caidas ;
 E a la funeréa matanza e feridas
 Cuidaran que fuese Jacobo el patron.

Devédalo empero la pro comunal,
 E del alto alcázar do tiene su silla
 Segundo en potencia le acata Castilla
 Sotil palaciano, sirviente leal.
 Largosa, por ende, la mano real
 Quisiera abastalle de dones subidos,
 Cual nunca de alguno non fueron habidos
 Siquier home bueno, siquier principal.

E ved de cual arte ser quito pensó
 El rey que sesudo catára sus fechos ;
 Ayuntale dende con nudos estrechos
 Al mesmo abolorio de donde nasció ;
 E luego e si voceros mandó
 Que cedo a la rica Toledo se vayan,
 E aqueza manceba garrida le trayan
 Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire e mesura
 En ella se adunan, la bien paresciente :
 De rojos corales su boca riente,
 Sobrando a la nieve su tez en albura,
 La luz de sus ojos espléndida e pura,
 La voz falagosa, gentil su ademan ;
 Florinda la causa del nuso desman
 Non ovo tal gesto nin tal apostura.

¡ Oh ! vivan eternos en placida union,
 No nunca empescida de fado siniestro,
 Seyendo en el siglo criminoso nuestro
 De virtud ecclsa dechado e blason :
 La fama do quiera, con alto pregon,
 Su prole ventura perinclita cante,
 E aqisten illustre memoria durante
 Su nome, sus fechos, su clara nacion.

AL NACIMIENTO

DE LA CONDESA DE CHINCHON.

¿Qué voz hiriendo la región vacía,
 Turba el silencio de las selvas, donde
 Vivo feliz las fugitivas horas
 Que al culto de las musas, al reposo
 Dedico y al placer? La Fama os esta:
 Sí, la conozco. Rápida girando
 Dilata al aire las doradas plumas,
 Suelto el cabello que su frente adorna,
 Deseñada la túnica celeste.
 Ya el son escucho de la trompa de oro;
 Y absorba al gran rumor calla la tierra.
 ¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermoso
 Prole real que del Olimpo al mundo
 Signo de paz el Hacedor envía.
 ¡Dos lustros de furor: en llama ardiendo
 Populosas ciudades, devastada
 La verde pompa de Pomona y Ceres,
 Teñido en sangre el mar, rotas diademas,
 Trastornados imperios!... Ya la estirpe
 Humana advierte, de lidiar rendida,
 Que es tiempo cese el funeral estrago:
 Ya el dulce nombre de la paz invoca,
 La espera, y naces tú. Si alguna inflama
 Pura centella del saber divino
 A la mente mortal, si en el futuro
 Girar del tiempo investigar es dado;
 ¡Cuántas debe gozar la patria un día
 Mercedes altas de la mano eterna,
 Si ya depuesto el que vibró indignada
 Rayo fulminador, de su inefable
 Suma bondad el don primero es este!
 ¡O musas! adornad de nuevas flores
 La móvil cuna, y al rumor suave
 Que al aire esparcen las heridas cuerdas,
 Descansen en oro y púrpura la dulce
 Prenda de vuestro nimen generoso.
 Grato sueño inspiradla al blando arrullo
 De acorde voz, sombra la cerque oscura.
 Reine muda quietud, ni el viento mueva
 Fugaz sus alas, ni retumbe el río.
 Viva; y en torno de ella los amores,
 Las gracias puras, la inocente risa,
 La virtud y el placer unidos duren:
 Y al estrecharla en cariñosos nudos
 La ilustre madre, repetida admire
 Su imagen celestial. Vos entre tanto,
 Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
 Dado es cantar los dioses de la tierra,
 Para el instante en que, vigor robusto
 Creciendo en ella, su razon se forme,
 La voz, la lira prevenid, y el verso.
 Sepa entonces la estirpe generosa
 Que el origen la dió. Verá empuñando
 En larga edad el cetro de Castilla
 A los que ya de estrellas se coronan

Abuelos suyos: sostenido el trono
 Por la justicia y el valor; vengada
 Con triunfos mil la alenta de Pelayo,
 Y el Salado y Genil correr sangrientos:
 Africa absorta, esclava, osadas proas
 Al ignorado imperio de occidente
 Culto y leyes llevar. Verá el terrible
 Poder del Asia que en Lepanto espira,
 Y la victoria oscurecer de Augusto:
 Del hondo Betis á los campos frios
 Que al mar usurpa el Belga, del nevoso
 Apenino á las bárbaras riberas
 Que inunda el Marañón, la gente hispana
 Tremolar sus pendones vencedora.

Tales memorias á imitar la exciten
 Altos ejemplos de virtud, y en torno
 Mire admirada en mármoles y bronces
 La gloria de Borbon, á quien el cielo
 Quiso el dominio conceder del mundo.
 Filipo, que las cumbres de Pirene
 Pasó animoso á merecer lidiando
 El reino que heredó; y uniendo apenas
 Al blason español los lirios de oro,
 Depone de su frente la corona.
 Muerte infeliz le estorba que en suave
 Quietud repose; y otra vez ocupa
 El solio, y otra vez reina venciendo.
 Fernando, á quien las artes reverentes
 Ciñen guirnalda de amoroso mirto
 Y de olivas pacíficas; y el claro
 Sucesor suyo, de una y otra Hesperia
 Dueño temido, soberano y padre,
 Ya el cielo habita, y ya con él permite
 Cárlos que en urna breve los despojos
 Tambien descansan de su digno hermano,
 Dando piadoso á su memoria ilustre
 Tardo honor funeral: que tanto pudo
 Imperiosa opinion, y así condena
 Los errores de amor, si amar es culpa.

Y vos, príncipe excelso, á quien corona
 De gloria no mortal la amiga mano
 De Cárlos, mi señor, si el peso un día
 Del aureo cetro moderar supisteis,
 Y humillado á sus piés regir su imperio;
 Ved ya del celo y el afan constante
 La adquirida merced, y cuanta anuncian
 Próspera suerte, en su natal felice,
 A vuestra sucesion esclarecida
 De España el nimen tutelar, y aquella
 Que divide con el talamo y trono,
 Suprema augusta. Así la edad remota
 Verá, con nuevos timbres sublimado,
 El nombre vuestro penetrar la oscura
 Sombra de olvido, y á pesar del curso
 De los años veloz, durar eterno.

CANTICO.

LOS PADRES DEL LIMBO.

CORO.

¡Oh! cuanto padece de afanes cercada,
Merced al engaño de fiero enemigo,
En largo castigo la prole de Adán!

¡Oh! vuelva á nosotros la luz descada,
Y de sus promesas al cielo cumplidas,
Que ya repetidas en sombras están.

VOZ PRIMERA.

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto
Cesará de Israel, llegando el día
En que aparezca el vencedor, el santo,
El que rompa la bárbara cadena
Que en servidumbre impía
Lleva tu pueblo? El hombre inobediente
Perdió de Eden la habitacion serena:
Espada refulgente
Vibró en sus puertas serafin airado,
Y á la inocencia sucedió el pecado.
Mas no de sus piedades
Pudo la culpa humana
El raudal extinguir, que es infinito,
Y tú, Señor, el nûmen poderoso
Que goza en perdonar. Tu soberana
Diestra sepulta montes y ciudades
En abismo profundo
De universal diluvio proceloso,
Que de los hombres castigó el delito;
Pero diste á la tierra Adán segundo,
Grato admitiste su obediente celo
Y sus ofrendas puras,
Y el iris de la paz brilló en el cielo.
Si en el Egipto ardiente
Padece servidumbre
La estirpe de Jacob, tú la aseguras
En la fuga que intenta portentosa,
Tú disipas la fiera muchedumbre
Que la persigue en vano.

Abre su centro el mar, y en su espumosa
Tumba sepulta al pertinaz tirano,
Sus carros y caballos precipita,
Das á sus pueblos, sin lidiar, victoria,
Y al estruendo del timpano sonante
Himnos te canta de alabanza y gloria.

VOZ SEGUNDA.

Mucho, Señor, hiciste,
Y prometiste mas. Debe la tierra
Ver un caudillo en venturoso día,
Que los furoros de discordia y guerra
Calme, y en alegría
De amor y dulce paz domine eterno.
Las puertas del averno
Cederán á su voz omnipotente:
Quebrantará las bóvedas oscuras,
Huyendo el monstruo que se esconde en ellas
Abrasada la frente

Con rayo vengador. El poderoso,
El grande, el hijo de David, las puras
Auras rompiendo, llevará sus huellas
A donde el astro de la luz preside,
Y mas allá del sol: acompañado
De la turba de justos numerosa
Que los caminos de virtud siguieron,
Y del primer pecado
Sufren la pena en cárcel pavorosa.

CORO.

Huyan los años en rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

VOZ TERCERA.

Ven prometido
Gefe temido;
Ven, y triunfante
Lleva delante
Paz y victoria:
Llene tu gloria
De dicha el mundo
Llega, segundo
Legislador.

CORO.

Huyan los años con rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

ODA

A UNOS JÓVENES QUE PREGUNTABAN AL AUTOR
LOS AÑOS QUE TENIA.

¿Porqué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El número de lustros que cumplí?
Y en la duda indecisa
Citais para testigos
Los que huyeron aprisa,
Crespos cabellos que en mi frente ví.
Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afán cedieron
Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
A tus victorias, ceguezuelo Amor.
¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe ó debilite el pié?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?
Pues si el ardiente brio
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz, existe en mí,
¿No es vano desvario
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y rio

Soy jóven fuerte como jóven fui.

Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso á la virtud mi corazon ;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe,
Movimiento dichoso
Del alma, si los temple la razon.

Tal vez Febo me envia
Entusiasmo divino
Que á la helada vejez repugna dar ;
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las náyades que cria
El Reno humilde, salen á escuchar.
Seguidme, y al umbroso
Bosque, mansion de Flora,
Que el templo cerca del amor, venid.

Dadme, dadme oloroso
Incienso, y la sonora
Citara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.

Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemnue comenzó.
¿ Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Espancen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió ?

Yo con estos unido
Presentaré mis dones
Cuando postrados ante el ara estén.
Del certero Cupido
Sintieron los arpones....
¡ Ay ! que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió tambien

SONETO I.

JUNIO BRUTO.

Suena confuso y misero lamento
Por la ciudad : corre la plebe al foro,
Y entre las haces que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.

Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atencion sonoro :
Arde el incienso en los altares de oro
Y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra : en ese instante
Al uno y otro jóven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta y dice :
Gracias, Jove inmortal, ya es libre Roma.

SONETO II.

LA NOCHE DE MONTIEL.

¿ A dónde, á dónde está, dice el infante,

Ese feroz tirano de Castilla ?
Pedro al verle desnuda la cuchilla,
Y se presenta á su rival delante.

Cierra con él, y en lucha vacilante
Le postra y pone al pecho la rodilla :
Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.

Herido el rey por la fraterna mano
Jóven espira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.
No aguarde premios en el mundo vano
La inocente virtud, si da la suerte
Por un delitto atroz una corona.

SONETO III.

A LA MUERTE DEL EXCELENTE ACTOR ISIDORO
MAIQUEZ.

Tú solo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma :
Tú la virtud robustecer del alma
Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.

Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste.

¿ A quién dejaste sucesor muriendo ?
¿ De quién ha de esperar igual decoro
La escena que te pierde y abandonas ?

Así dijo Melpómene, y vertiendo
Lágrimas, en la tumba de Isidoro
Ceiros depone, y púrpura y coronas.

ODA.

A LOS DIAS DE LA DUQUESA DE WERVIK Y ALBA
EN NOMBRE DE UNAS NIÑAS.

Admite benigna,
Duquesa excelente,
Ofrenda que ausente
Tus siervos te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al cielo :
Su amor y su celo
No vanos serán.

La voz inocente
Al núnem agrada
Que vuela inspirada
Del puro candor.
¡ Oh ! llegue á su oido
La súplica nuestra :
Prodigue su diestra
En tí su favor.

Dilata tu vida
En prósperos años ;
Ni sienta los daños
Del tiempo cruel :
Cual árbol robusto

Que dura creciendo
El aura moviendo
Las flores con él.

Amante y esposo
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
Mancebo gentil.
Corouen su frente
Laureles de gloria,
Fatigue á la historia
Mil años y mil.

Cercada te mires
De prole fecunda,
En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
Virtud y valor.

Que al nombre heredado
De ilustres abuelos.
Conceden los cielos
Honor inmortal.
Conceden, que al mundo
Viviendo famosos,
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.

Por ellos un día
Intrépida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

ELEGIA

A LAS MUSAS.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres que algún día
Me disteis, sacras musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya como la edad ligera
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigo al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas del verde Pindon moradoras,
No me negueis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un día
No indigno sucesor de nombre ilustre

Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambicion, la patria mia
Abandonaron á civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer, tiranos:
Atropellarse efimeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.

Vi las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose, al vendido
Impetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio
Iras, desórden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago;
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas;
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia
Que da sepulcro al sucesor de Cristo.

¿Quién pudo en tanto horror mover el plec-
¿Quién dar al verso acordes armonías (tro?
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracan, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz, la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos:
Todas huyeron timidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas:
No mas trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo,
Solo en region extraña, el oprimido
Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será, que ya la tumba aguarda
Y sus mármoles abre á recibirme,
Ya los voy á ocupar.... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura;
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella.... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos
Ocultad entre flores mis cenizas.

POESIAS DE DON MANUEL DE ARJONA¹.

Nació en Osuna en 12 de junio de 1761, y estudió en aquella universidad y en la de Sevilla la filosofía jurisprudencia civil y canónica, recibiendo sus grados en estas facultades. Fué luego colegial mayor de Santa María de Jesus de Sevilla, doctoral de la real capilla de San Fernando de esta ciudad, y canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba. Su instruccion en los idiomas sabios, especialmente en el griego, su talento y aficion para las humanidades y otros ramos de literatura, le abrieron entrada en casi todos los cuerpos literarios de estos pueblos y en algunos de la corte: en Sevilla fué uno de los mas estimables individuos de la Academia de Letras humanas de que daremos noticia adelante; en la cual leyó gran parte de los versos que publicamos. En 1797, siendo doctoral de la capilla de San Fernando, acompañó al señor arzobispo de Sevilla don Antonio Despuig y Dameto en su viaje á Roma, y fué nombrado por la Santidad de Pio VI su capellan secreto supernumerario. Murió en Madrid á 23 de julio de 1820. Ha dejado inéditas muchas poesías y memorias académicas sobre humanidades, historia eclesiástica y derecho canónico, la *Historia de la Iglesia Bética*, y una defensa é ilustracion latina del Concilio Iliberitano.

SONETOS. — I.

A CICERON.

Pende en el foro, triunfo de un malvado,
La cabeza de aquel que la ruina
Evitó á Roma, muerto Catilina,
Y padre de la patria fué aclamado.

La ve el pueblo en los Rostros conturbado,
Y un mudo horror los ánimos domina:
En los Rostros, do aquella voz divina
Fué de la libertad muro sagrado.

¡O Ciceron! si tantos beneficios
Paga tu ingrata patria de esta suerte,
¿Cómo espera magnánimos patricios?...

Mas ¿qué importa el morir? Témate ¡o
Los viles siervos del poder y vicios, ¡muerte!
Pero el sabio ¿qué tiene que temerte?

II.

AL AMOR.

Sufre las nieves, sin temer al frio,
El labrador que ocioso no pudiera
De la dorada mies cubrir su era
A la llegada del ardiente estío. ●

No recela el furor del noto impío,
Ni la saña del Ponto considera
El mercader, que á la vejez espera
Descanso lisonjero aunque tardío.

Muger, hijos y hogar deja, y cubierto
El soldado de sangre, en suelo extraño
El honor de su afan contempla cierto.

Solo yo, erudo amor, busco mi daño,
Sin esperar mas fruto, honor ni puerto
Que un costoso y estéril desengaño.

III.

EL AUTOR A SI MISMO.

Cansada nunca de tu vano intento
Corres, barquilla, el piélagos espumoso,
Y tu piloto sufre temeroso
Del aquilon el ímpetu violento.

Neptuno te presenta fraudulento
Mansas las iras de su reino undoso
¡Cautada! porque dejes tu reposo
Y luego llores del instable viento.

Al mar no vuelvas, misera barquilla;
Acógete por fin escarmentada
Al ocio blando de la quieta orilla.

Que si á nave real, de horror cargada,
Neptuno la orgullosa frente humilla,
¡Ay! tú serás por burla destrozada.

¹ La publicacion de estas poesías, de las de Josef Roldan y de Francisco de Castro, se debe á la amistad y celo del señor don Felix Josef Reinoso, que en obsequio del arte y de la memoria de estos escritores, que fueron tambien amigos suyos y compañeros de estudios, se ha tomado el trabajo de entresacarlas de la muchedumbre confusa de

borradores informes y mal escritos en que los tres poetas dejaron sus versos al morir, y las ha comunicado al colector, dispuestas y preparadas para la prensa en la forma que ahora se publican: las noticias biográficas que las acompañan son igualmente suyas.

IV.

A ALBINO.

Hallar piedad con llantos lastimeros
Entre los hombres Aríon intenta,
Y le es mas fácil que un delfín la sienta,
Que no los despiadados marineros:

Pues rendido á sus trinos lisonjeros
Benigno el pez al jóven se presenta,
Y en su espalda la noble carga ostenta
Que arrojaron sus necios compañeros.

¡Ay, Albino! conócelo algun día,
Ni mas el plectro con gemidos vanos
Intente ya domar la turba impía.

No se vencen así pechos humanos:
Busquemos en los tigres compañía,
Y verás que nos son menos tiranos.

CANTILENAS. — I.

Envidia tuvo Vénus
De mi gentil zagala,
Y quiere que Cupido
Se apreste á la venganza.
Al punto el dios flechero
Bate las raudas alas,
Y el aire centellea
Al fuego que derraman.
El arco poderoso
Le suena á las espaldas:
El arco que á los cielos
Enciende en nuevas llamas.
Al pié de un bello mirto
Dormida encuentra á Anarda,
Y mas veloz que el rayo
Desciende á castigarla.
Ya sobre el arco fiero
Flecha cruél prepara.
Y ya la cuerda encoge,
Y ya la mano aparta.
Cuando del blando sueño
La ninfa se desata,
Y abre los bellos ojos,
Que el bosque todo inflaman.
Atónito Cupido
Dejó caer la aljaba,
Y largo tiempo incierto
Mirándola se para.
Al fin vuela atrevido,
Y á la pastora abraza,
Y en ojos, boca y pecho
Sus labios embalsama.
Y del materno mirto
Tejiendo una guirnalda.
Las sienas hermosea
De la pastora ufana.
¿Es este, dios altivo,
Tu enojo contra Anarda?

¿Tus iras y furores
Una beldad desarma?
Si así tus bellos ojos
Al mismo amor encantan,
¿Que harán, zagala mía,
Que harán ¡ay! en mi alma?

II.

Por el espeso bosque
Flérída discurría
De la casta Dïana
Siguiendo las fatigas.
Mas ¡ay! que de repente
Una víbora impía
En la nevada planta
Horrenda muerte inspira.
Vuelan á su socorro
Las asustadas ninfas;
Mas no se halla en el bosque
Antídoto á su herida.
Solo encontró una de ellas
Con el zagal Amintas,
Discípulo de Apolo
En canto y medicina:
Amintas que abrasado
Por Flérída suspira,
Y, su rigor temiendo,
El fuego oculto abriga.
Préstale amor sus alas,
Y ante los piés se humilla
De la zagala hermosa,
Hermosa cuanto esquivada.
Y al dios que en Delos reina
« Si de los dos (decía)
« Ha de morir alguno,
« Que mi adorada viva:
« Y que el veneno pase
« Al pecho de su Amintas,
« Que con mayor veneno
« Callado amor fatiga. »
Dice, y el labio amante
Al pié llagado aplica,
Por mas que horrorizada
Flérída le retira.
Mas cuando hácia su albergue
Ya sana se encamina
De mas cruél dolencia
Se siente acometida.
Del atrevido jóven
Se acuerda compasiva,
Se duele generosa,
Se prenda agradecida.
Por su dudosa suerte
Inquieta noche y día,
La muerte ya le agrada
Sin quien le dió la vida.
El vive, y por Crisea
De Flérída la amiga,
El fortunado anuncio

Recibe de su dicha.
 Amantes venturosos
 Que ya himenco liga
 Con lazos de contento,
 Gozaos en mil caricias.
 Y tú, Flérida, sabe
 Lo que aun ignora Amintas;
 Que de vibora falsa
 Gemiste acometida.
 Amor, amor ha sido
 El que tu pié lastima,
 En forma disfrazado
 De fiera sierpecilla.
 Amor, que allá en el soto
 De tu querido Amintas,
 Llorando tu dureza,
 Oyó sonar la lira,
 Y tanto le agradará
 La plácida armonía,
 Que le juró en su pecho
 Tu rápida conquista.
 Amad, jóvenes bellas,
 Amad, amad la lira;
 Pues aun Cupido mismo
 Se rinde á sus delicias.

III.

A FILIDA.

Viendo el Amor los males
 Que sus heridas causan,
 Airado mas que pio
 Tira el arco y la aljaba.
 Detras de unos rosales
 Filida lo repara,
 Y luego se apodera
 De las divinas armas.
 Filida que se atreve,
 Altiva de sus gracias,
 A disputar á Vénus
 El imperio y la fama.
 El yerro amor advierte
 De su piedad incauta,
 Y ser él mismo espera
 Víctima desgraciada.
 Y solo algun remedio
 A sus temores halla,
 Estableciendo un pacto
 Con la gentil zagala:
 Que ella el arco volviese,
 Pero que amor quedára
 A Filida sujeto,
 Su nueva soberana.
 Filida, pues su reina
 Amor ya te declara,
 Por diosa yo te adoro
 Rendida ante tus aras.
 Serás, Vénus del Bétis,
 Retrato de la Idalia.

Pues la beldad te sobra
 Y la piedad te falta.

IV.

EL AMOR NOBLE.

Quien en tu semblante hermoso,
 Quien en tu noble mirada
 Con respeto no se agrada,
 No sabe lo que es amar.
 Noble y bella como el cielo,
 Como él arrobas y encantas:
 No son perfecciones tantas
 Para un amador vulgar.
 Engendra el prado florido
 Emociones deliciosas,
 Cuando de lirios y rosas
 Se corona su verdor.
 Pero la altiva montaña
 De erguidos cedros vestida,
 Con mayor placer convida
 Al suspenso espectador.
 Así, Aurelia, tu hermosura
 Mis afectos señorea,
 Y mi corazón se emplea
 Solamente en respetar.
 En sí mi amor satisfecho,
 No anhela por otra suerte
 Que la de adorarte y verte,
 Y de inmolarse en tu altar.
 Yo á desafiarse me atrevo
 A una seña tuya solo
 La eterna nieve del polo,
 Y el fuego del ecuador:
 Al golfo mas irritado,
 A la borrasca mas fiera
 Por servirte no temiera;
 Que á nada teme el amor.
 ¡Oh si me fuera posible
 Hurtar el néctar sagrado,
 Que el bello jóven robado
 Ministra al rey celestial!
 ¡Cual osando arrebatarte
 En tus labios le pusiera,
 Y, Aurelia mia, dijera,
 Por mí serás inmortal!

V.

AL NACIMIENTO DE UNA NIÑA EN 1807.

Levanta de las ondas
 La frente, o Manzanares,
 Y deja de tus ninfas
 Los cantos y los bailes;
 En tanto que te anuncio,
 De Apolo dulce vate,
 La aurora refulgente
 Que á tus orillas nace:

Aurora de las glorias
 Que lloverá á tu márgen,
 A ruegos de su Palas
 El soberano padre.
 Tus cándidas Napeas
 Al canto se consagren
 De la que honor un día
 Será de nuestros lares.
 En fin el hado quiso
 Que Polion traslade
 En la feliz Corila
 Su venturosa imágen.
 Mirala tú ; o Lucina !
 Con plácido semblante,
 Que en ella victorioso
 Tu Apolo ha de gloriarse,
 Por ella es disipada
 La nube impenetrable
 Que en la alligida Iberia
 Perpetuo horror esparce:
 Por ella las alturas
 Ya vence de los Alpes,
 Eráto fugitiva
 Al bosque de Soracte :
 Por ella al alto Genio
 Sus hojas rinde Dafne,
 Y luce sobre todas
 Su estrella mas brillante.
 ¡ O tiempo alegre! cuando
 En luchas agradables
 Las liras españolas
 Tus gracias mil ensalcen.
 Y mas que Filomena
 Corila, tú suave
 Del Pindo á la alta cima
 El ánimo arrebatas.
 Volad precipitados,
 Volad, volad, instantes :
 Que lejos ¡ ay! os miro,
 Momentos celestiales.
 Y tú, Corila sabia,
 Corila á Jove amable,
 Cuando al dulce himeneo
 El cuello sujetares,
 No des á los ministros
 Del pavoroso Marte
 La bella mano en premio
 De horrores y desastres.
 Que Marte en las legiones
 Mortal furor derrame,
 De sangre enrojecido
 El eje fulminante.
 Ni admitas á tus gracias
 De Témis los secuaces,
 Por mas que de sus leyes
 Los reinos se levanten.
 A Minos entre hierros
 Tú deja que retraten ;
 Y á ti prision mas digna
 De tu virtud enlace.

Alumna de Pimpleo
 Sus glorias solas ames,
 Sus glorias, del Olimpo
 Delicias inmortales.
 Cantores de Aganipe,
 No ya guirnalda frágil,
 Corila misma es premio
 De quien mejor la cante.
 ¡ Siquiera, avaras parcas,
 Mi débil hilo alcance
 A ver los dulces días
 Que el hado ya nos trae!
 Y yo diré á Corila,
 Cantor divino Trace,
 Tan bien que te venciera,
 Y á Lino, si cantase.
 Tan bien que al dios de Arcadia
 Venciera en el certámen,
 Si ya la Arcadia misma .
 Las luchas sentenciase.
 Si, Polion : que Febo
 No inspira ardor que iguale
 La llama que en Corila
 Me inspirára tu imágen.

IDILIO.

EL ARA DE ROSELIA.

Al tiempo que la aurora rubicunda
 En busca del esposo malhadado
 En argentadas lágrimas inunda
 El alto monte y el humilde prado,
 Roselia hermosa, en soledad profunda
 El rostro de tristeza marchitado,
 En llanto con la aurora competia,
 Y en llanto y en belleza la vencia.

Mueve el aura ligera sus cabellos
 Sin órden por los hombros esparcidos,
 Y á la amargura de sus ojos bellos
 Responde el sordo bosque con gemidos :
 Bajan los lirios los altivos cuellos,
 Del pesar de su ninfa doloridos,
 Y asiendo el ceñidor, que suelto ondea,
 Mirala Amor, y en verla se recrea.

Y aquel de dura piedra dios formado,
 ¡ O de madre cruel mas cruel hijo !
 Viendo el tinte de rosa desmayado
 Al lento embate del dolor prolijo,
 Por la primera vez lloró apiadado,
 Y á la pastora sollozando dijo :
 « ¿ Por qué lloras, Roselia ? ¿ quién alevé
 Tu tierno pecho á maltratar se atreve ?

Yo no te he herido, hermosa : que mi mano
 A golpe tan atroz no se ha atrevido ;
 Mas si fué tan dichoso algun humano
 Que de tu amor triunfára sin Cupido,
 No llores mas ; o pastorcilla ! en vano,
 Que luego aqui te invocará rendido,
 Y al fuego de tu amor nuevas centellas

Haré verter al sol y á las estrellas. »

A cuya compasion inesperada
La vista inclina la zagala hermosa,
Y lanzando una lánguida mirada,
De Amor la mano estrecha temerosa :
Y « no (le dice) de tu harpon tocada
Me ves, divino niño, así llorosa ;
Mas el rigor del inclemente hado
De toda mi ventura me ha privado.

Cual un rayo ¡ infeliz ! del crudo averno

Salió la muerte, y me robó en un día
Un caro padre y un hermano tierno,
Sola familia y esperanza mia :
Y pues ya condenada á llanto eterno
Me quiere en tal rigor la parca impía,
Miserá, desolada y sin arrimo
Mi suerte cumplo, y sin consuelo gino. »

« Pastorcilla inocente, Amor le dice :

¡ Qué pronto curaré tu desventura !
Antes que el sol al declinar matice
Las nubes de su varia bordadura,
De Licon en el tálamo felice
Te inundará, zagala, la dulzura :
De Licon, que en riqueza y gallardía
Goza deste confin la primacia. »

Dice, y resplandeciendo en lumbré viva

Sublime vuela entre la tierra y cielo,
Como tal vez exhalacion estiva,
Que en roja y blanca luz borda su vuelo :
Ya sobre el soto de Licon arriba,
Que cazando vagaba sin recelo,
Y un dardo envuelto en fuego le dispara.
Que al brillo del relámpago igualára.

Súbite á la memoria se presenta
Del bello jóven la infeliz pastora,
Y una inquieta piedad experimenta
De amor mas dulce, dulce precursora :
Crece la oculta llama, mas violenta
Cuanto la causa del ardor ignora ;
Y sin saber que amor ya le domina,
En busca de su amada se encamina.

Guia el amor sus pasos : y ¡ qué cierto !
Los pasos siempre son que el amor guia !
Camina alegre, y los vecinos huertos
Con miradas solícitas espía :
Luego le finge engaños encubiertos
Su trémula y bullente fantasia :
En fin, mira á su amada, y se retira,
Y otra vez vuelve, y otra vez la mira.

Mira el desmayo del semblante hermoso,
Y la desgracia en él mira pintada,
Y la centella de su amor piadoso
Ya brota en claras llamas exaltada :
Ya se conoce amante ; y victorioso

Amor le hace postrarse ante su amada,
Y del amor brillándole el semblante
Solo dijo « Roselia, soy tu amante. »

Ella mas admirada que amorosa
La vista en él fijó, cuando Cupido
Un beso imprime en la garganta hermosa,
Que de ligero fuego ya embebido :
Torna al labio el carmin, la leve rosa
A las místicas mejillas ; ya encendido
Se le dilata el pecho, y son estrellas
Las dos antes nubladas luces bellas.

Venciste, amor, y en brazos de himenco
Roselia con Licon se goza unida :
Vuelan las negras penas al Leteo,
Y alza un ara al amor, do el Dios de vida
Ciñe en lazo de rosas por trofeo
Un mundo, y esta lefra allí esculpida :
« Amor es solo ¡ ó míseros mortales !
Solo amor es remedio á vuestros males. »

ODA.

LA DIOSA DEL BOSQUE.⁴

¡ Oh, si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la cética hermosa
Que vi algun dia de inmortal dulzura
Este bosque bañar !

Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza :
Deja, pues, diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar.

Que no es amor mi tímido alborozo,
Y me acobarda el rígido escarmiento,
Que ¡ o Piritóo ! condenó tu intento,
Y tu intento Ixíon.

Lejos de mí sacrilega osadía :
Bástame que con placido semblante
Aceptes, diosa, á mis anhelos pía,
Mi ardiente adoracion.

Mi adoracion y el cántico de gloria
Que de mí el Plúto atónito ya espera :
Baja tú á oirme de la sacra esfera
¡ O radiante deidad !

Y tu mirar mas nitido y suave
He de cantar, que fulgido lucero ;
Y el limpio encanto que infudirnos sabe
Tu dulce magestad.

De pureza jaetándose natura,
Te ha formado del cándido rocío
Que sobre el nardo al apuntar de estío
La aurora derramó ;

Y excelsamente lánguida retrata
El rosicler pacífico de mayo

⁴ Las estrofas de esta oda son inventadas por el autor : su artificio consiste en formar con un esdrújulo el hemistiquio de los dos versos primeros, el tercero es un sáfico, el cuarto uno corto y agudo ; el segundo miembro de la estrofa tiene la

misma cadencia, y los consonantes se enlazan de modo que forman entre los dos un periodo poético, que agrada por su novedad y aun por su extrañeza.

Tu alma : Favonio su frescura grata
 A tu hablar trasladó ;
 ¡ O imagen perfectísima del orden
 Que liga en lazos fáciles el mundo ;
 Solo en los brazos de la paz fecundo ,
 Solo amable en la paz !
 En vano con espléndido aparato
 Finge el arte solícito grandezas :
 Natura vence con sencillo ornato
 Tan altivo disfraz.
 Monarcas , que los pérsicos tesoros
 Ostentais con magnífica porfía,
 Copiad el brillo de un sereno día
 Sobre el azur del mar :
 O copie estudio de émula hermosura
 De mi deidad el mágico descuido ;
 Antes veremos la estrellada altura
 Los hombres escalar.
 Tú, mi verso , en magnánimo ardimiento
 Ya las alas del céfiro recibe ,
 Y al pecho ilustre , en que tu númen vive ,
 Vuela , vuela veloz ;
 Y en los erguidos álamos ufana
 Penda siempre esta cítara , aunque nueva ;
 Que ya á sus ecos hermosura humana
 No ha de ensalzar mi voz.

ODA

A LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Si alguna vez del cielo
 Mi espíritu encendió llama sagrada ,
 Y giró en presto vuelo
 Mi mente sobre el viento arrebatada ,
 Hoy aliento mas pio
 Baña en celeste ardor el pecho mio.
 No tu númen imploro ,
 Moradora profana de Helicon ;
 La que en celeste coro
 Ciñe de estrellas inmortal corona ,
 Amorosa ya inspira
 Divino fuego á mi templada lira.
 Por la anchurosa tierra
 El eco vuela de mi alegre canto
 A quien vence sin guerra
 Y al orco lanza el congajoso llanto :
 Del ocaso al oriente
 Su triunfo aplauda la cautiva gente.
 Ved , mortales , la aurora
 De ventura y salud , que sin mancha
 Nace ya precursora
 Del Sol divino : como al Indo brilla
 Tierna luz , centellea
 En las floridas cumbres de Judea.
 Cual mísero piloto
 Que cercado de horror en noche oscura
 Al ímpetu del Noto
 Juzgó su vida y nave mal segura ,

Con gozo repentino
 Ve quiezo el mar y el cielo cristalino :
 Tal os nace gloriosa
 La que el excelso formador del cielo
 Escogió por esposa
 Cuando bordaba el estrellado velo ,
 Y en eterna armonía
 La fábrica del orbe disponía.
 Cuando al sol adornaba
 Los vivíficos rayos , y el lindero
 Su diestra señalaba
 A las hinchadas olas del mar fiero ,
 Ya su présaga mente
 En ella se gozaba dulcemente.
 Por su reina la aclaman
 Formándole diadema las estrellas ,
 Y de su luz se inflaman
 Despidiendo de amor blandas centellas :
 Raudales de contento
 Inundan el lumbroso firmamento :
 Y dimanando al mundo
 Grato destello del celeste gozo ,
 Yace en placer profundo
 El mortal soñoliento de alborozo ,
 Que en gozar embebido
 De sí mismo reposa en el olvido.
 Tal plácido arroyuelo
 Se desliza entre candidas arenas ,
 Dando frescor al suelo ;
 Y con luces que al sol copia serenas ,
 Brilla graciosamente
 El oro en su pacífica corriente.
 Sus furoros mitiga
 El alterado golfo ; y su riqueza
 Largamente prodiga
 Con mas fecundidad naturaleza ;
 Y manan los collados
 En arroyos de néctar desatados.
 Rie el prado , y de flores
 Súbito en bella pompa se enriquece :
 A sus tiernos olores
 El aura en dulces besos se enardece ;
 Y muestran á porfía
 Cielos , mares y tierra su alegría.
 Solo el rey del averno
 Serpentea con hórridos bramidos ,
 Que del dolor eterno
 Rotos ve ya los vínculos temidos ,
 Y al fuerte impulso abiertas
 De horrendo bronce las inmensas puertas.
 Y mas al mirar gime
 Patente ya la célica morada
 Y que airado no esgrime
 El serafín flamígero la espada ;
 Que nuevo Eden de vida
 A delicias sin término convida.
 Mas ¿ dónde , lira mia ,
 Dónde tu dulce admiracion te lleva ?
 Deja ya la osadía
 Que á extraña de un mortal region te eleva ;

Y en un humilde reposo
De amor goza el silencio delicioso.

ODA

A LA MEMORIA.

Hija del cielo, bella Mnemosina,
Que de Jove fecunda
Diste la vida á Clio en la colina
Que eterna fuente inunda;

Si ya algun día te adoré en el ara
Que el pincel sobrehumano
Del vencedor de Apeles te elevára
En el jardín Albano;

Báñame ¡o diosa! en tu esplendor risueño
Que abrasa y no devora,
Y, rico de tu don, mire con ceño
Cuanto Creso atesora.

Tú, diosa, de purísimos placeres
Aurora eres divina:
Tú en las desgracias y, tristeszas eres
Celeste medicina.

Por tí se goza el adalid dichoso
En su pasada gloria,
Y bajo sus laureles orgulloso
Ve durar su victoria.

Por tí el amor sus triunfos eterniza,
Y en lazo permanente
Aprisiona el placer que se desliza
Cual rápido torrente.

Por tí á los campos vuelo de la aurora,
Y el Indo nacer miro,
Y á par de la cuadriga voladora
Por cielo y tierra giro.

Tú, la muerte venciendo y las edades,
Reengendras las acciones,
Y nuevo lustre al esplendor añades
De gloriosos varones.

Tú á los llanos de Egipto me arrebatas,
Del saber clara fuente,
Y sus altas pirámides retratas
A mi atónita mente.

Allá tu gloria, Salamina, veo:
Tu campo allá se ufana,
¡O Maraton! con el feliz trofeo
De la fuerza persiana.

Ya escucho al vencedor de Trasimena,
Y á tí por quien Cartago
Vió trasladar á la africana arena
De Canas el estrago.

Ilustres héroes, de mi patria gloria,
Aun habláis; y al oíros
Del pecho lanza vuestra fiel memoria
Tristísimos suspiros.

Haz que mi nombre al número glorioso
Eternamente unido,
En ecos de la fama victorioso
Burlé el innoble olvido:

Y brille ¡o diosa! en tu mármoleo templo

Donde mi Elisio brilla;
Elisio á todos celestial ejemplo
De virtud sin mancilla.

¡Ah! yo, si bien en su ribera ardiente
El Níger me tuviera,
Sonar tu nombre, Elisio, eternamente
Sobre mi lira hiciera.

Y allí fuera feliz; que si temores
Siempre al inicuo oprimen,
Siempre colmas, o diosa, en tus favores
A un corazón sin crimen.

ODA

A LA NOBLEZA ESPAÑOLA.

Si mi dolor ¡o patria! si mi llanto
Tu perdido poder bastára á darte,
Ceñida luego del laurel de Marte
Te contemplára el orbe con espanto:
Mas, si negado fué tal poderío
Al triste llanto mío,

Dame siquiera ¡o númen de la gloria!
Renovar altamente la memoria
Del claro honor que iluminó algun día
Los venturosos fastos de la España.
Quizá el claro esplendor de tanta hazaña
Desbaga el hielo vil que la osadía
De los hijos del Ebro ya aprisiona,
Nacidos para asombro de Belona:

Belona, cuyo templo aun adornado
¡O grande Hesperia! ves de tus blasones;
Cuyos muros aun muestran los pendones
Que el orbe todo veneró postrado.
Aun ves de tus dos mares las arenas
De mil rotas antenas

Cubrir al soplo alrado de los vientos
Lanzados por el golfo los fragmentos:
Y del furor de nuestros padres vivo
Solo el nombre restar de dos Cipiones:
Y cuando en el valor de sus legiones
Plegar se jacta el Capitolio altivo
A sus leyes el mundo, su arrogancia
Y su ejército muere ante Numancia.

¡O patria! yo te admiro cuando en vano
Ciñó seis veces el ardiente acero,
Y postrado yació de un bandolero
En tus campañas el poder romano.
O ya cuando aterró con propio estrago
Al héroe de Cartago

De Roma la aliada mas gloriosa;
O cuando el gran Pompeyo apenas osa
Contener al proserito que te guía.

¡Después de cuantos lutos, o senado,
Tarde el laurel por el ciprés trocado,
Por tí Octavio clamára « Iberia es mía!
» La primera provincia á mi agregada,
» La postrera de todas subyugada. »
Y á tí, de Agar altivo descendiente.
Que, la arenosa cuna abandonando,

Tu dominio y tu error vas igualando ,
 Al giro de los mares de occidente ,
 ¡ Ay ! á España te llama fácil Marte ,
 ¡ Incauto ! por burlarte ;
 Do las Navas caer tus fuertes vean
 Que con sus rotos huesos aun blanquean ;
 Y en sangre rojo el campo del Salado ,
 De tu ignominia eterno monumento ,
 Ya cercano te anuncie el vencimiento .
 Solo por tantos siglos dilatado
 Para que en Asia y Africa pregones
 De la España los ínclitos varones ;
 Y digas como el fúlgido estandarte
 De la victoria enarboló Pelayo ,
 Y la nube que encierra el fiero rayo
 De los montes empieza á amenazarte :
 Y como de las árabes cuchillas
 Ya libres las Castillas ,
 Son sus muros los montes Maríanos :
 Hasta que entregas las cautivas manos
 Al héroe santo que vencido adoras ,
 Aunque por él los fértiles collados
 De Turdetania arrebatarte lloras :
 Y tu postrer anhélito en Granada
 De otro Fernando falleció á la espada.
 Entonces, ¡ o virtud ! del alto cielo
 Con mano liberal tus sacros dones
 Derramaste en los claros campeones ,
 Última gloria del hispano suelo :
 Se estremeció la Europa, y casi esclava
 Sus pueblos ya enviaba
 Bajo el yugo español ; mas al domarlos
 Faltó á Filipo el ánimo de Carlos.
 Entonces un Dios en ignorado mundo
 A Pizarro y Cortés rindió sus puertas
 Y la luz viste, América ; y abiertas
 Las hondas venas, que en ardor fecundo
 De preciado metal adorna Febo ,
 Reinó en dos mundos quien reinó en el nuevo.
 Tú Belgio funeral, region de espanto,
 Tumba fuiste á tan alto poderío :
 En tu campo ¡ o dolor ! se apagó el brio
 Que elevó al español á imperio tanto.
 ¿ Donde está tu altivez ¡ o patria amada !
 Que otro tiempo cercada
 De aquella siempre indómita nobleza
 Cual desde muro de inmortal firmeza
 Burláras los contrarios escuadrones ?
 Entonces solo sin vergüenza pudo ,
 Rojo en sangre enemiga el fuerte escudo ,
 Del valor ostentar los galardones ;
 Y eterna execración fué prometida
 Al que no supo despreciar la vida.
 Ya tu nobleza al lujo abandonada
 Fiera de un vano honor, de oro sedienta ,
 Cual mercenaria á Marte se presenta ,
 Con laurel otra vez solo premiada .
 ¡ Sangre del vencedor de Garellano ,
 Y del que sobrehumano
 Dió acero contra el hijo ! arde y derrama

En tu progenie del honor la llama .
 Así al león altivo breve injuria
 Tal vez la selva vió sufrir ; mas luego
 Sacude el cuello, ruje, vivo fuego
 Lanza la atroz mirada , y en su furia
 El bosque reconoce amedrentado
 De su rey el valor nunca postrado .
 Arded por gloria, gremio esclarecido ;
 Buscad, jóvenes claros, los combates ;
 Y el pueblo os seguirá, que á los magnates
 En vicio y en virtud siempre ha seguido .
 Así el que rije el fulminante carro,
 Competidor bizarro
 De los rayos del rey del firmamento ;
 Y el que agita al bridon, hijo del viento ,
 Y el infante que en órden arrojado
 Da y recibe la muerte ; y el que humilla
 Al Ponto airado en victoriosa quilla ,
 Te barán preciada al Tamesis nublado ,
 Te harán temida al Ródano profundo ,
 Te harán ¡ o patria ! adoracion del mundo .
 Vosotras ¡ oh ! por el solar hispano,
 Sombras heroicas, encended el brio ,
 Que el fuerte macedon en marmol frio
 Inspirar supo al dictador romano .
Amor de gloria al español se cante
 En la cuna ondeante :
Amor de gloria, que llevó algun dia
 El terror de su augusta monarquía ,
 Lance la esposa de su dulce gremio
 A quien de amor cobarde pida el premio ,
 Desguarnecida de laurel la frente .
 Heredero de un nombre de victoria,
 ¡ Oh ! ¡ vuélvele, español, su antigua gloria !

ODA

EN LA MUERTE DE CARLOS III.

¿ A dónde ¡ o musa ! de tu soplo ardiente
 Inflamada la mente
 Arrebatarme siento
 En furor soberano ?
 Lejos, vulgo profano ;
 Que ya en mí espira el celestrial aliento
 Del que criñado
 De oro cendrado
 En mas fogosa luz los cielos dora
 Que la luz de la aurora .
 Ya de Helicon á la elevada cima
 Mi vuelo se sublima :
 Ya del fulgor divino
 El ánimo asaltado,
 El arcano sagrado
 Va á penetrar del eternal destino .
 Sobre la altura
 De Cinosura
 Llevado en raudas alas me remonto
 Sin recelo del Ponto .

Contra la avara fuerza del Leteo
 Mi nombre ilustre veo
 Que los siglos trasciende,
 Tú pues, celeste Clio,
 Del monarca mas pio
 En verso digno la alabanza emprende.
 Y vos ¡o bellas
 Pierias doncellas!
 Mis acentos guiad, que ya deshecho
 Arde en furor el pecho.
 Así en Delfos la sacra Pitonisa,
 Tal vez rogada pisa
 La tripode dorada;
 Y del rayo potente
 Hervir turbado siente
 El pecho virginal, cuando inflamada
 Del vivo fuego
 No halla sosiego,
 Y en torva vista y ronca voz pronuncia
 Lo que Febo le anuncia.
 No me engaña el gran númen : de él llevado
 Penetro arrebatado
 Las célicas esferas,
 Donde á Jove tremendo
 En su trono estoy viendo
 De los dioses cercado, y placenteras
 Todas las diosas,
 Brillar hermosas,
 Y resonar en torno el alto polo
 La cítara de Apolo;
 Del claro Apolo, que de luz ardiente
 En veste refulgente,
 El sacro triunfo canta
 De Cárlos, que al ibero
 Deja digno heredero,
 Y del empyreo con gloriosa planta
 Huella la cumbre,
 Do con la lumbre
 De sus virtudes tanto resplandece
 Que á Titan escurece.
 « Salve ¡o tú! (dice) que al olimpo alzado,
 « Mereces fortunado
 « Del rey á quien honora
 « El alto firmamento,
 « Que en celestial contento
 « Se goce el cielo, cuando España llora.
 « Salve, y radiante
 « La sien triunfante
 « Orna feliz en la region suprema
 « De mas regia diadema.
 « Ya se adelanta tu celeste esposa,
 « De hallarte deseosa,
 « Que de nietos ceñida
 « Y el que á anunciarle vino
 « Tu próximo destino,
 « Tardo te llama, te tu amor ardida.
 « En mas estrecho
 « Lazo su pecho
 « Al tuyo se unirá, sin que de Cloto
 « Tema ser nunca roto.

» Mas vuelve en tanto paternal mirada
 » A Hesperia desolada;
 » Hesperia cuyo duelo
 » El gozo apenas templa,
 » Cuando ya te contempla
 » En mejor solio trasladado al cielo.
 » Alzar las manos
 » Ve á los hispanos;
 » Cual hasta olimpo su gemir levanta,
 » Y cual tu gloria canta.
 » El tiempo se apresura, en que invocado
 » Sobre altar elevado
 » Nuevo númen de España,
 » Cante el himno de vida
 » El que hora en su partida
 » Con tierno lloro su sepulcro baña.
 » El peregrino
 » Largo camino
 » Vence por tí, y el que en Egipto mora,
 » Y el que Libia colora.
 » Con mas vivo esplendor tu gloria entonces
 » Entallarán los bronce.
 » Ya cuando de diamante
 » El pecho guarnecido,
 » Todo en sangre teñido,
 » Mavorte vió tu brazo fulminante.
 » Blandir su acero,
 » Mientras severo
 » Los desbocados potros agitaba
 » Que Tesifon guiaba:
 » Y tremolada al viento la bandera,
 » Tronó su trompa fiera;
 » Y la implacable guerra
 » Que al germano movia
 » Sus odios extendia
 » Por el turbado giro de la tierra:
 » Cuando á su saña
 » Oponer España,
 » Bajo sus rojas cruces, escuadrones
 » De intrépidos leones.
 » Viérate allí, la diestra levantada,
 » Vibrar la ardiente espada
 » Italia temerosa:
 « Ya en Palermo triunfando,
 « Ya el golfo dominando,
 « A quien Cayeta nombre dió gloriosa,
 « Cual caña leve
 « Cuando conmueve
 « Euro los montes de su eterno asiento,
 « Rendido en un momento.
 « O ya cuando por áspero camino
 « Las nieves de Apennino
 « Nuevo arnés te labraron;
 « O en el asalto horrendo,
 « Do no desfalleciendo,
 « Cuando Marte y Helona te olvidaron,
 « Al enemigo
 « Duro castigo
 « Distes en Veletri, que en infame huida
 « Vió su astucia abatida:

« O en el carro de Marte glorioso
 « Cuando ya victorioso
 « Te dió el cetro negado
 « Parténope rendida ;
 « O cuando en tu partida
 « Voz de dolor el pueblo conturbado
 « Al cielo envía,
 « Y en su porfía,
 « Necio de amor, contrarrestar quisiera
 « Del hado la carrera.
 « Y dilatando tu feliz imperio
 « A uno y otro hemisferio,
 « De Jano el templo santo
 « Cerraste. La sagrada
 « Frente luego cercada
 « De oliva y rosas, y de blanco manto
 « La paz vestida,
 « Restablecida
 « Entonces fuera á tu imperioso acento
 « En su turbado asiento.
 « O bien cuando las selvas trasladadas
 « A las ondas airadas,
 « Triunfadoras domaron
 « Los reinos del potente
 « Señor del gran tridente,
 « Y al caledonio déspota enfrenaron.
 « El mercadante
 « Desde Levante
 « Libre goza el camino hasta do mora
 « Quien fiel al sol adora.

« Y el labrador, que á Cérés ya no clama
 « Y en su altar no derrama
 « La leche, miel y vino,
 « Ni á su imágen amiga
 « Ciñe dorada espiga ;
 « El recental á tu favor divino
 « De su rebaño
 « Dará cada año,
 « El tiempo refiriendo en que ensalzado
 « Por tí fué el corvo arado.
 « Del Permeso las sacras moradoras
 « Con cítaras sonoras
 « Por tí restituído
 « Su imperio en todas partes
 « Dirán : y ciencias y artes
 » A tí el honor darán por tí adquirido :
 » Y cada día
 » Nueva alegría
 » Recibirá en tu gloria el firmamento
 » De tenerte en su asiento. »
 Dijo ; y brilló de nuevo mas lumbroso :
 Al mortal venturoso
 El padre omnipotente
 De sagrada ambrosía
 El cabello rocía :
 Y afirmando el anuncio , la alta frente
 Suave inclina ;
 Y su divina
 Fuerzá el olimpo atónito sitiando
 Tembló con fuerte estruendo.

POESIAS DE DON JOSEF MARIA ROLDAN.

Nació en Sevilla en 24 de agosto de 1771. Cursó en aquella universidad las ciencias eclesiásticas, á cuyo estudio dedicó gran parte de su vida, sobresaliendo por su profunda y clásica instruccion en la doctrina y disciplina de la Iglesia: instruccion dirigida por un juicio ilustrado y amenizada con las flores de las humanidades. Persuadido á que el estudio filosófico de estas contribuye mas que ningun otro á difundir el buen gusto en las ciencias mas graves, estableció en dicha ciudad, con otro que aun vive, la academia de Letras humanas, de que hemos hecho mencion, donde se reunieron los mas estudiosos y dispuestos jóvenes de aquella capital, de los cuales unos han fallecido, otros gozan todavía el merecido aprecio del público. Esta academia duró desde mayo de 1795 hasta fin de 1801. Fruto de ella fueron las presentes y otras varias poesias de su autor. Con motivo de la publicacion de la obra de Juan Josafat Ben-Ezra, escribió en castellano un sabio y elegante comentario del Apocalipsis, que ha quedado inédito. Fué cura de San Marcos de Jerez, y posteriormente de la parroquia de San Andres de Sevilla: de carácter abstraído y melancólico, celoso en su ministerio, severo en sus principios y en sus costumbres. Murió en 9 de enero de 1828.

ODA

A LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO.

¡ Qué divino esplendor al alto cielo
En viva luz enciende !
Arde Olimpo : la llama brilladora
Cual lluvia desparcida , en presto vuelo
Por las auras sonora se desprende.
De ardientes globos se corona el muro
De Salén y Sion : las cimas dora
A Palestina infel su fulgor puro.
Canta ¡ o mi lira ! tu sublime acento
Penetre la alta esfera :
Himnos canta á Jehová vivificante,
Que hoy de los cielos baja en raudó viento
Y resonante llama. Su carrera
Anduvo sobre el trueno y torbellino :
De ciencia y vida , y de valor triunfante
Llenó el orbe su espíritu divino.
« Murió , dijo Salén : fenezca el nombre
» De ese Cristo fingido.
» Su grey perezca : cual arista leve
» Al fuego puesta acabe su renombre. »
¡ Contra el Santo , Sion ! El cuello erguido
Sinedrio alzó y la voz ; y nueve ensayo
Dicta contra el Excelso. ¡ Y el alevé
Así provoca el vengativo rayo !
Mas ¿quién contra Jehová ? Del alto trono,
Do con diestra extendida
Sacó los orbes de la oscura nada ,
Vió de Moria la cumbre ; el fiero encono
De sus principes vió. Despavorida
La humilde grey se oculta y enmudece

Vióla el potente Dios , y desvelada
La faz , en dulce lumbre resplandee :
Lumbre que eterno amor vierte inflamado
En el inmenso seno,
Y el esplendor de su semblante aviva.
Depone el rayo en su furor alzado ,
Y al gremio triste inclina el rostro lleno
De ternura y amor. « Pequeña grey,
» Alienta , dice , y triunfa : eterno viva
» Tu nombre , esposa fiel del almo rey. »
Habló el Padre , y del pecho viva llama
Súbito nace fuera ,
Y el ancho cielo llena de ambrosia.
Serenó el viento de su luz se inflama ,
Y la tierra en mil brillos reverbera.
Arde de Pedro la mansion dichosa
En vellones de luz. ¡ Salén impia !
¡ Ay ! solo cegó á tí su lumbre hermosa.
Las vírgenes en gozo arrebatadas ,
Del hondo pecho herviente
En fuego celestial , sacros loores
Al alto núnem cantan inspiradas.
El ternézelo niño balbuciente
Refiere su vision al justo anciano ;
¡ Feliz ! que ya penetra sin errores
De la salud del mundo el grande arcano.
En medio la infiel turba alzado Pedro
Ensalza la victoria
Del ungido de Dios , y cual vencida
Yace la fiera parea , y torna arredro
Su descarnada faz. Dice la gloria
Del que sentado en la celeste cumbre
De Empíreo , igual al Padre , nueva vida
Manda á su pueblo en fulgurante lumbre.
¡ Cual su lenguaje , o Dios ! Oyó el griego.

Y en sonos no aprendidos
 Los misterios entiendo, que el linage
 Maldice de Jacob, en ira ciego :
 Le oyó el romano ; oyóle el que floridos
 Los prados huella del Ofir arabio :
 Y el orbe entero al Dios riude homenaje ,
 Que anuncia en lenguas mil el sacro labio.

Mas ¿quién surca los plácidos raudales
 Que vierte en onda pura
 Sonoroso el Jordan ? Prole divina
 Nace el mundo entre gozos celestiales
 Reengendrada en sus aguas. Del altura
 Nueva Salén descendiende : allí el Inmenso
 Nuevos altares á su honor destina ,
 Do mas puro se eleva el grato incienso.

Del culto impio las saugrientas aras
 Yacen en vil escoria.

No ante Moloc en holocausto horrendo
 Hierre con filo atroz victimas caras
 El hombre ; de Jehová y su viva gloria
 El eterno esplendor es sacrificio :
 Es la víctima ya , que al Dios tremendo
 El rostro airado tornará propicio.

¿Quién de Marte los bárbaros pendones
 Plegó en paz deliciosa ?

Alzó Pedro la cruz , y el Vaticano
 Paz clamó : en tierno lazo las naciones
 Se estrechan abrazadas. Paz , gozosa
 La tierra en derredor ; Paz , de su asiento
 El mar resuena : el Padre soberano
 Paz y hermandad grabó en el firmamento.

ODA

A LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

Yacia envuelto en polvo y sangre yerta
 Bajo la losa fria
 El santo de Israel, el pecho herido
 La temblorosa faz de horror cubierta ,
 Triste el mundo gemia
 En densa niebla y en temor sumido :
 En medio la alta cumbre
 Doliente el sol oscureció su lumbré.

La despiadada muerte poderosa ,
 Blandiendo su guadaña ,
 Con la divina sangre ya teñida ,
 En torno del sepulcro silenciosa
 Gira con fiera saña ,
 Y el humanal linage , envanecida ,
 Con ponderoso hierro
 En pena arrastra del antiguo yerro.

Mas Jehová de esplendores inmortales
 En densa luz velado ,
 Del alto empíreo en el supremo asiento ,
 Do sustenta del orbe los quiciales ,
 Y el curso arrebatado
 Fija á los astros su imperioso acento ;
 Habló con voz tonante ,
 Que sonó de la aurora al mar de atlante.

« ¿ Y vencerá Luzbel ? ¿ El pueblo insano
 (Dice) del inocente
 El nombre ha de borrar ? ¿ el alma nombre
 Que el firmamento adora ? No ; que en vano
 Contra el brazo potente
 Osó el abismo. Triunfará , y el hombre
 De antigua tiranía

Será de hoy libre : la victoria es mia. »
 No encendido tan súbito en la altura
 Globo de luz brillante ,
 Por el aire en la noche se desprende ,
 Cual del padre Abraham la mansion pura
 El ánima triunfante
 Rápida deja y el sepulcro hiende.
 Siguela el coro santo

Que anheló su venida en largo llanto.

La oscura tumba en célicos fulgores
 Se inflama : nueva vida
 El pecho sangrentado hinche glorioso ,
 Y el rostro baña en cándidos albores.
 Se alzó , y en voz subida
 Venci dice : y con eco armonioso
 Tierra y mar resonaron ,
 Y del orbe los polos retemblaron.

« Venci. Del cielo las eternas puertas
 con planta venturosa
 El humano entrará. Satan impio
 Logró en vano con artes encubiertas
 La estirpe numerosa
 Del hombre esclavizar : ya el reino umbrío
 Cayó ; mi fuerte mano
 Rompió los hierros del audaz tirano :

« Salud , mortales : el amargo lloro
 Desterrad : nuevo día
 A la tierra nació. Piadoso el cielo
 De inmarcesibles bienes el tesoro
 Abundoso os envia :
 De bienes , que de Eden el grato suelo
 Jamas ¡ oh ! fecundáran ,
 Y en vano vuestros padres suspiráran.
 » ¡ O Dios ! tu brazo fué , tú lo juraste.
 La espada que potente
 Me ceñiste , triunfó. Tú las naciones
 A mis piés , y los pueblos subyugaste.
 Vuela de gente en gente
 Mi nombre : victoriosos mis pendones
 Del tártaro profundo ,
 Tremolan por los ámbitos del mundo.

« Cayó , cayo Salén. Roma , tu solio
 ¿ Dó está ? ¿ dó las que el viento
 Enseñas vanas desplegó ondeantes ?
 Mi cruz Pedro arboló en el Capitolio ,
 Y fijó eterno asiento
 Mi religion. Ante ella vacilantes
 Cayeron derrumbadas
 Al ciego error las aras levantadas.

« Hijo del trueno , vuela ; el pueblo ibero
 En tu celo ardoroso
 Feliz su gloria cifra : eterna gloria
 Reservada á la fe. Del nombre fiero

En conflicto dudoso
 Triunfó Hesperia : mi cruz es la victoria.
 ¡ O vírgenes sagradas !
 Cantad , del yugo infame libertadas . »
 Dijo : y la cruda parca el sacro acento
 Oyó , y en triste aullido
 Lanzóse presto al tenebroso lago.
 Estremecióse el avernal asiento ;
 Y con ronco alarido
 Luzbel gimiendo su fatal estrago ,
 Saltó del negro trono ,
 Y rompió el cetro con feroz encono .

ODA.

EL NATAL DE FILIS.

¡ Qué célicos placeres
 Espira por do quier natura toda
 En tan sereno y delicioso dia !
 ¡ Cual la radiante esfera
 En nueva luz ardiendo reverbera !
 ¡ Ah ! que de Filis bella
 Tornan los bellos dias , en que el cielo
 A la tierra envió de su hermosura
 Una copia acabada ,
 Cual pudiera tener beldad criada .
 Pues canta , lira mia ;
 Canta en acorde son armonioso
 De tan dulce belleza la alta gloria .
 ¡ Oh ! suene concertado

Al Olimpo tu verso arrebatado .
 Canta cual rutilante
 Febo con nuevos rayos , su cuadriga
 Por las cumbres del cielo va subiendo ;
 De blanda lumbre y oro ,
 En la tierra sembrando su tesoro .
 Favonio placentero
 La dulce llama esparce , de natura
 Los maternales senos fecundando ;
 La pradera florece
 Y en vistosos matices embellece .
 Como baja risueña
 Vénus Citere en luminoso giro ,
 De amores mil en derredor cercada ,
 Y con ligero vuelo
 Corta veloz el esplendente cielo ;
 Y á los Eliseos campos
 Llega , do se levanta Asido bella
 Entre lucientes pámpanos y espigas .
 Su carro sobre el viento
 Suspende , y se oye el divinal acento
 Que dice : ¡ O ! sobrehumana !
 Salve , dulce beldad , del suelo Ibero
 Esclarecido honor : vive , y eterna
 Mi célica alegría
 Goce la tierra en tu dichoso dia . »
 Y el manto desprendiendo
 De mil flores cargado , al aura blanda
 En ámbares suaves se perfuma
 La esfera cristalina ,
 Y en mas bellos colores se ilumina .

POESIAS DE DON FRANCISCO DE CASTRO.

Nació en Sevilla en 2 de abril de 1771 : estudió matemáticas en los estudios de la sociedad económica de aquella ciudad , presentándose á exámen público y siendo premiado en los tres años del curso. Terminada la filosofía , y principiado el estudio de la medicina en la universidad de su patria , se dedicó al comercio sin abandonar su afición á las letras , adquiriendo siempre y leyendo las mejores obras españolas , italianas , francesas é inglesas de humanidades , historia , geografía , y otros ramos de erudición. Las piezas que se insertan aquí suyas , fueron leídas con otras muchas y varios discursos en la academia de Letras humanas de que fué individuo. Murió en 16 de marzo de 1827 ; fué de trato apacible y generoso para todos , y singularmente solícito para sus amigos.

ELEGIA.

¡Ay! ¿á dó está? ¿dó súbito se ha huido
La amable Dóris , cual del sol ardiente
Débil niebla ante el rayo enardecido?

Bajastes al ocaso del oriente
Sin tocar el cenit , tierna azucena ,
Que el noto fiero deshojó inclemente.
¿Y quién amargo lloro en larga vena
A tí ¡o triste! dará , Fileno mio ,
En dolor tan agudo , en tanta pena?

De mis cansados ojos baja un rio ,
Y al pecho oprime el caso lastimero ,
Robando al corazon la fuerza y brio.

Ven , ven , mi caro amigo , y duradero
Y eterno llanto vierta lamentando
Sobre su tumba nuestro amor sincero.

¡Ay! la santa amistad la losa alzando ,
Con ella se escondió ; y el lazo amigo
Que á Dóris nos unió rompe llorando.

¡Oh! cuántas gracias arrastró consigo
Al sepulcro voraz , sin tiempo abierto ,
Ora de su beldad mudo testigo!

Cercan en torno allí su tronco yerto
La eternidad y corrupcion , y helado
De silencio y horror se ve cubierto.

En silencio y horror , Fileno amado ,
Yace del bello cuerpo la apostura ,
Y el rostro celestial yace mudado.

De sus rasgados ojos la ternura
Sin luz : mudo el acento y melodía
Que el alma arrebató con su blandura.

¡Cómo otro tiempo en plácida alegría
Del sacro Bétis la feraz ribera
Bajo sus plantas florecer veía!

Y orlada de jazmin la cabellera ,
Cual del alba el lucero refulgente
Brillar entre las ninfas la primera.

El rio alzando la rugosa frente ,
De las mojasdas ovas coronado ,
Paró al verla su rápida corriente.

Atento escucha el canto regalado ,

Y una dulce sonrisa se derrama
De los labios del dios embelesado.

Por su náyade Bétis la proclama ,
Y el coro virginal en torno de ella
Danzando alegre , su deidad la llama :
Y la armoniosa voz de Doris bella
Procuran imitar : ¡ay! cual burlando
Del necio empeño , su cantar descuella.

¡Miseró! yo la ví lecciones dando
En medio el tierno coro venturoso
Que en vano remedó su acento blando.

Mas Bétis ora en eco lastimoso
Dóris dice , y las ninfas desparecidas
Repiten el acento doloroso.

Las sienes del cipres mustio ceñidas ,
Sin órden el cabello destrenzado ,
¡Ay! las manos al cielo alzan torcidas.

No ya , Dóris , tu acento delicado
En celestial dulcísima armonía
Será consuelo al pecho fatigado.

¡O mil veces y mil funesto día ,
Que para amargo duelo amaneciste ,
Trocando el tierno gozo en agonía!

Y tú , muerte cruel , ¿á quién heriste ,
Ciega , con tu cuchilla penetrante?
No sabes despiadada lo que hiciste.

Tú , infiel , arbolas el pendon triunfante
De tu saña feroz , mientras que gime
Envuelta en el pesar la madre amante.

Ni mas la dulce hermana al pecho oprime ,
El pecho de su Dóris ; desolada ,
En el mármol sus lágrimas imprime.

¡Oh cuán vano es tu afán! ¡ay! no apiada
Tu lloro á la implacable ; ya reposa
En sus helados brázos la cuitada :

Y la noche eternal , su silenciosa
Caverna abriendo , súbito se lanza
Sobre la cara presa , pavorosa.

No el voto , no el clamor misero alcanza
Del mezquino mortal acongojado :
Se abrió ya el fatal libro , no hay mudanza.

¿Y cuál mortal emprendería osado
Hacer frente á la parca destructora ,

Ni acometer el tenebroso vado ?

¡Ay! yo, Fileno, yo, si donde mora
Entrar la planta permitido fuera,
Y oídos dieran al que tierno implora,

¡Oh con cuánta alegría la volviere
Al seno maternal y dulce abrazo
De la misera hermana lastimera!

Yo la tornára al amistoso lazo
Que la santa virtud, ora afligida,
Formaba leda en fraternal regazo.

En tanto la maldad es cometida :
Vive el inicuo, y la virtud su palma
Ve arrebatar en trozos dividida....

Pero ¡cuán necios somos! ¡ah! ya calma
El agudo dolor, respira el pecho,
Rasgóse el velo que ofuscaba al alma.

Aquel á cuya planta espacio estrecho
Fueran mil y mil orbes, el Potente,
El Dios de amor en caridad deshecho,

Ante los tiempos eligió en su mente
De mil males librar la prenda cara,
Cortando en flor su juventud ardiente.

Así como del vástago separa
La rosa el jardinero, y á cubierto
De la ventosa tempestad la ampara :

O cual pastor cuidados en el desierto
Antes que enero su raudal desate
Forma el redil, á sus corderos puerto.

Sí, mi caro, cesó el rudo combate
Para la tierna Dóris, cesó el llanto,
Cesó de las pasiones el embate.

¡O consuelo! mitiguese el quebranto :
No hemos perdido á Dori; arrebatada
Al mal ha sido por el númen santo.

¿Qué á nosotros espera en la cansada
Y estrecha senda de la triste vida,
De la opresion en la infernal morada?

¡Ay! el dolor sin fin, la fermentida
Calumnia detractora, el vil desprecio,
La insolente injusticia repetida.

Opreso y opresor el mortal necio,
Víctima de maldad, triste perece,
Del orbe maldicion y menosprecio.

Vuela el día, y el tiempo desaparece :
Fueron los años, las naciones fueron :
La maldad sola eterna permanece.

Los vivientes estatuas erigieron
Al malvado viviente; al virtuoso
Bajo la fiera planta confundieron.

¡Tumba feliz! ¡morada del reposo,
Do el humanal linage en paz dormido,
Ni el mal recibe ni le da orgulloso!

En ella ¡o justo! acabará el gemido :
Huye á su seno con ligera planta
Asilo en el naufragio concedido.

Solo al inicuo su morada espanta ;
Prisionero infeliz, de horror cercado,
Temblor y llanto eterno le quebranta ;

Que tú, el semblante de esplendor bañado,
Dejas triunfando la mansion impura,

De libertad y vida coronado.

Mostraráse algún día en el altura,
Y á la justicia repondrá en la tierra
El que dió justas leyes á natura.

Su voz la muerte y la maldad destierra,
Y fomentado al soberano acento,
Se anima el polvo que la tumba encierra.

Alzase el trono : el universo atento
Temblando aguarda el divinal mandato ;
Sus alas plega al asombrado viento.

Habla el potente Dios, su acento grato
Es vida al pueblo fiel, rayo encendido
De eterna maldicion al pueblo ingrato.

¡Oh! Ve, Fileno, el día do cumplido
Nuestro gozo será ; y en coro santo
Por siempre á Dóris nuestro amor unido,
Comenzará el placer, cesará el llanto.

ODA.

EL ARROYUELO.

De la sierra eminente
Baja el arroyo undoso,
Y tuerce incierto por el valle herboso
En giros mil su plácida corriente.

Las aguas cristalinas
Entre guijas saltando
Repite el eco su murmurio blando,
Que vuela por praderas y colinas.

Mas que el alba risueño
Su alegría derrama,
Las bellas flores y menuda grama
Salpicando de perlas balagüeno.

La adelfa allí lozana
En su cristal se mira,
Y manso el arroyuelo en torno gira
Por matizar las aguas con su grana.

La dulce Filomena
Se lamenta á deshora
La oscura noche, y cuando ya la aurora
El prado esmalta con su luz serena,

En vagoroso vuelo
Céfiro entre las flores
Girando bullicioso, sus olores
Destila sobre el líquido arroyuelo.

Todo, arroyo dichoso,
Te brinda y lisonjea :
¡O siempre eterno tu corriente vea
El dulce bien que gozas delicioso!

¡Ceal tú, me vi algún día
Del placer rodeado ;
Ya tenebrosa noche, acongojado,
Me cerca por do quier en mi agonía

De mi pasada gloria
Y de mi mal presente
Oprimen ¡ay! el ánimo doliente
Unidos el tormento y la memoria.

Amor de tiernas flores
Tejió mis dulces lazos :

Quise librarme, mas hallé los brazos
Comprimidos del hierro á los rigores.

Otro tiempo cantaba
Sus dichas transitorias ;
Y tras su carro, alegre, las victorias
Del pérfido con himnos ensalzaba :

Ora un amargo río
Manan mis tristes ojos ;
Y ostenta cruda mano mis despojos,
Triunfo de su tirano poderío.

¡ Ay! ¿ dó huyó mi contento ?
¿ Dó las dichas horas ?
¿ A quién ; ay triste! á quién tu pena lloras.
Si no has de hallar alivio á tu tormento ?

De mi felice suerte
Pasó la primavera ;
Y no el mísero pecho hallar espera
Otro término al mal sino la muerte.

Pues teme, arroyo amable,
Que el abrasado estío
Robe tu gozo, cual la suerte el mio.
¡ Ay! mi dicha acabó; nada hay estable.

ODA.

IMPERIO DEL HOMBRE SOBRE LA NATURALEZA.

¿ Dó arrebatada con divino aliento
El alma en raudó vuelo se transporta ?
Del oriente al ocaso
Rodar mil globos ve. Los mira absorta
Rayos lanzar de enardecida lumbre,
Y eternal movimiento
Frenar su augustó paso :
Circundan su luz pura
Pálidos otros mil. La ardiente cumbre
Ve ya de Olimpo alzado.

Mortales ; oh! callad ; que de natura
La divina beldad decir me es dado.

De natura do en solio refulgente
El Dios del trueno reina. ¿ Y elegiste,
Señor, en mil esferas
La baja tierra, y habitarla diste
Y someterla con supremo mando
Al felice viviente ?
Por do quier mil lumbreras
Cercan su faz lozana,
Y el aire esmaltan con destello blando.
Nace la aurora al mundo,
Y le-matiza de zafir y grana :
Dórale el sol con su esplendor fecundo.

Y vosotras, antorchas brilladoras,
Cuyo fulgor tembló el negro manto
Rasga á la noche umbria :
Aurora bella que en nevado llanto
Derramas vida al fatigado suelo
Mar de luz, que las horas
En la region vacía
Mides, y las saciones
Tornas al año, revolviendo el cielo :

Y tú, polo luciente,
¡ Solo á ilustrar del hombre las mansiones
Os destinó la mano omnipotente !

¿ Mas qué nuevo vigor, qué nueva vida
Se esparce por el globo venturoso ?
A do el punzante cardo,
Do el descarnado leño, victorioso
Del voraz tiempo, la cerviz alzára,
La adelfa enrojecida,
Y el oloroso nardo

A par del trébol crece :
Cela en su cáliz la azucena, avara
Del licor, miel sabrosa :
Y plácido favonio se adormece
En las fragantes hojas de la rosa.

El dulce fuego que natura amiga
En su seno abrigaba, difundido
Sobre la madre tierra,
Quebranta el hielo agudo que aterido
Cubriera de los campos el tesoro.
Brotó la tierna espiga
Que el rubio grano encierra :

El prado reverdece :
El arroyuelo entre guijuelas de oro,
Bullicioso saltando,
Retrata el lirio que á su márgen crece,
Y ufano se desliza serpeando.

¿ Y quién vuelve ¡ o natura! en juveniles
Tus ya caducos días ? ¿ Quién el velo
Que esconde marañada
Tu inculta profusion, con fuerte anhelo
Desenrolla potente ? La maleza
En hermosos pensiles,
O ya en grata morada,
¿ Cuál brazo activo torna ?

Del marañado bosque la aspereza
Mudó en heraz llanura :
El nudo tronco de verdor se adorna,
Y tolda el prado en eternal frescura.

Tú ¡ o mortal! solo tú, que del agosto,
Del Ser eterno que los seres manda,
El dominio del suelo
Y el saber recibiste. Cede blanda
Natura á tu querer : no el bosque inunda
Ya de selvage arbusto
Con esteril desvelo.

Tú, extendiendo su vida,
Perfeccionas los seres que fecunda.
Do lanzó su veneno
La sierpe y el reptil, ora acogida
El corderuelo encuentra en prado ameno.

En la lodosa ciénaga cubierta
De muerte y corrupcion, ya se levanta
El anchuroso muro :
Inmenso pueblo con segura planta
Huella el oculto lago. En la colina,
Otro tiempo desierta,
Brinda el fruto maduro
Que á la vid hermosa,
Y bajo el peso su follaje inclina.

El buey salto de aliento,
 El breñoso erial tardo rodea,
 Y abre en los surcos el comun contento.
 Trisca el rebaño, y dulce yerbuzuela
 Pasta en vez del nenúfar venenoso,
 Que infestaba el collado.
 Prisionero el raudal en cauce ondoso
 El campo halaga con murmurio lento ;
 Ni ya crecido asuela
 En curso arrebatado
 La mies y la cabaña.
 Arbitro el hombre del terrestre asiento,
 Al piélago profundo
 Tambien sojuzga la violenta saña,
 Y la union que rompió, devuelve al mundo.
 Mas ¡ oh ! ¿ qué genio en su furor destierra
 La ventura y la paz ? Orgullo insano.
 Ambicion insaciable
 El hombre respiró. Torna inhumano
 Contra sí mismo el desleal acero
 Que fecundó la tierra :
 Y la morada amable
 Del placer y el reposo,
 ¡ Ay ! es ya del dolor. El es el fiero,
 ¡ O natura ! que absorbe
 Tu vida y prole y tu beldad. Furioso
 Lleva en triunfo la muerte por el orbe.
 Tente, cruel : ¡ á dó la rabia insana
 Te lleva !... Mas no escucha ; y el arado
 Deja, y solar paterno :
 Deja el taller, y en paso acelerado
 El dulce altar del himeneo deja.
 ¡ Cuan inútil se afana
 La esposa en lloro tierno !
 Del niño desvalido ,
 Del padre anciano, bárbaro se aleja :
 Feroz á coronarse
 De luto y destruccion se arroja ardido,

Y en sangre agena y propia va á saciarse.
 En vuestra paz y union el mundo fia
 Su ventura y reposo. Solo es fuerte
 El hombre al hombre unido :
 ¡ Y el furor os divide ! ¡ Ay ! ya la muerte
 Vuela en pos de su presa, y la ordenada
 Fila arrebatá impía !
 En monton denegrido
 Los inánimes seres
 La blanda yerba cubren, anegada
 Con la sangre espumante.
 Al hierro de tu hermano ¡ o triste ! mueres
 Y auxilio en vano imploras del triunfante.
 ¡ Bárbaros ! ¿ y fijais de la victoria
 El sangriento pendon sobre los restos
 Del orbe destrozado ?
 ¿ Y brillan el laurel y oliva puestos
 En la homicida frente ? ¿ Fementido
 Canta al Hacedor gloria
 En su altar desolado ?
 Ese feroz contento
 ¡ Cuánto encierra dolor ! ¡ cuánto gemido !
 Ya tus lívidas alas
 Bates, contagio, al corrompido viento,
 Y la campiña y las ciudades talas.
 ¡ Fiero mortal ! ante tus piés natura
 Marchita yace, en congojoso lloro
 La pura faz manchada.
 Mas tú el fecundo seno, almo tesoro
 De vida y ser, despedazando impío,
 Hórrida sepultura
 Lo tornas, do lanzada
 En tinieblas de muerte
 Yace la creacion. ¡ Ay ! del natio
 Alcázar soberano
 La dichosa mansion feroz convierte
 En túmulo de escombros el humano.

POESIAS DEL CONDE DE NOROÑA.

Nació en Castellon de la Plana, y murió en Madrid en 1816, de edad de 56 años : siguió la carrera militar y la diplomática : fué ministro plenipotenciario en Berna, y tambien en San Petersburgo : ganó á los franceses en la guerra de la independencia la victoria del puente de San Payo.

ODA.

A LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

La discordia levanta su cabeza
De víboras crinada,
Las mueve, las sacude, y agitada
Retiembla la mansion de la tristeza,
La turbia Estigia crece
Y el tenebroso averno se estremece.
A su voz, semejante al despedido
Trueno de parda nube,
La muerte horrible con presteza sube
En su carro fatal ; y conducida
Por la espantosa guerra
Hace gemir los polos de la tierra.
En pos de ella caminan la hambre fiera,
La miseria afanosa,
La devorante fiebre, la ambiciosa
Gloria, el furor, la rabia carnícera,
Y todos cuantos males
Comprimen con la guerra á los mortales.
En medio eleva su orgullosa frente
Desnuda y descarnada ;
De fuego y hierro la derecha armada,
La mueve en derredor rápidamente,
Y las riendas tomando
A sus negros caballos va incitando.
Tascan el freno, con rabiosa espuma
Bañan el ancho pecho ;
Tiran, se afanan, corren con despecho,
Que el látigo sonante los abruma :
Su intrépida carrera
Enciende el eje cual si arista fuera.
Todo es fuego y furor : todo se llena
De horrosa matanza :
Ya en medio de la Galia se avalanza,
Con sangre humana enrojando el Sena,
Ya en su centro se irrita,
Desploma el templo, el trono precipita.
Ya revuelve su carro fulminante
Hacia el belga animoso,
No le deja un momento de reposo,
La estrecha, apremia, oprime, y arrogante
Le arranca en solo un día
Lo que antes en cien años no podia.
Ya de la altiva Albion derriba al suelo
Las huestes sanguinosas,
Que ganando las playas arenosas

Al mar se arrojan con medroso anhelo,
Y en sus naves veleras

Abandonan confusas sus riberas.

Ya los muros de hielo que á su paso

El bátavo le opone

Osada pisa, y en su suelo pone

El victorioso pié, su cuello laso

El holandés inclina ;

Le abate, y hacia el Rhin veloz camina.

Allí como un torrente impetuoso

Cuanto encuentra arrebata,

Y tala y quema y desordena y mata.

El robusto alemán, y el belicoso

Prusiano se retiran,

Tiemblan al verla, con rubor se admiran ;

Y los Alpes tambien al grave peso

Bajan la erguida cima,

Pasa la presta muerte por encima. [peso ;

Envuelto en polvo, en sangre, en humo es-

Y queda sin aliento

El sardo á tan activo movimiento.

Así el frances guerrero conducido

Por la tremenda muerte

Aterra al animoso, rinde al fuerte,

Y sumerge en el seno del olvido

Todas cuantas victorias

Al griego y al romano dieron glorias.

Y tú España valiente, que infundiste

Terror al Lacio imperio ;

Tú, que del sarraceno cautiverio

La pesada cadena destruíste

Y con ardor guerrero

Humillaste á tus piés otro hemisfero ;

Tú que te viste del frances triunfante ,

Y con marcha atrevida

Ya del Tec enfrenaste la corrida,

Ya diste espanto al Canigó gigante,

Mil laureles cogiendo

Cuando la Europa toda estaba huyendo :

¿ Tú, pálida y errante ? ¿ Tú, aterida

Sueltas la ardiente espada

Y te ves del contrario atropellada ,

El ropaje pisada , desceñida ,

Destrenzado el cabello

Rotas las joyas del bermoso cuello ?

¿ Qué tienes ? ¿ Dí , levantas á los cielos

Tus ojos lagrimosos ,

Exhalas mil suspiros dolorosos ?

¿ No encuentras ¡ ay ! alivio á tus desvelos ?

¿Tuerces las blancas manos?
 ¿Tus males son tan fuertes, tan tiranos? —
 « ¡Lo son tanto!... ¿No miras ya la cumbre
 Del nevado Pirene
 Por el galo ocupada? ¿Cómo viene
 Bajando con inmensa muchedumbre?
 ¿Qué el polvo roba el día
 Y ensordece su horrenda griteria?
 ¿No miras que á su impulso el fuerte muro
 Cede, se abre, le abriga?
 ¿No ves la hambre, la sed y la fatiga?
 ¿No ves que no hay asilo ya seguro,
 Y que el Ebro espantado
 No pone diques al frances osado?
 ¿No ves la reja dura abandonada
 En los surcos primeros,
 Sin pastores balando los corderos,
 Los talleres desiertos, profanada
 La estancia de las Musas,
 Y á ellas girando en derredor confusas?
 ¿No ves ya solos los paternos lares,
 Los techos humeando,
 Los caminos, las sendas ocupando
 Ancianos y mugeres á millares,
 Que huyen horrorizados
 Del sangriento furor de los soldados?
 El tierno niño de la veste asiendo
 De la madre azorada
 La detiene en su fuga acelerada,
 Y sus brazos con llanto está pidiendo;
 Mas ella no le escucha,
 Que el tiempo es corto y la congoja mucha.
 Las vírgenes honestas y encojidas
 Rompiendo la clausura
 Exponen su recato y hermosura
 Andando acá y allá despavoridas;
 Que la flor delicada

Expuesta al cierzo en breve se ve ajada.
 ¡Qué! ¿serán otra vez los templos santos
 Con rabia destruidos?
 ¿Mis hijos á cadenas reducidos?
 ¿Volverán á mi seno mis quebrantos?
 ¿Dios para mi castigo
 Renovará los tiempos de Rodrigo? —
 No, España; no te afanes, y serena
 El turbado semblante:
 El cielo justo con amor constante
 Te quiere y te protege: mira llena
 El aura de alegría,
 Mira la paz amable que te envía.
 Mira cual viene de esplendor cercada,
 Y ninfas que officiosas
 En torno esparcen urrayan y rosas;
 Repara su cabeza coronada
 De los frutos de Cérés
 Y en pos de ella corriendo los placeres.
 Abre los brazos, que los suyos tiende
 Con amoroso exceso;
 Recoje de su boca el dulce beso,
 Con que ese tu dolor borrar pretende,
 Y en su seno acostada,
 Disfruta de la dicha deseada.
 Disfrútala en buen hora, que aun el trueno
 Resuena en el oído,
 Aun se oye de la guerra atroz rugido,
 Aun el suelo se ve de sangre lleno;
 A tú ya alegre en tanto
 En risa vuelves el pasado llanto.
 Tal nace el día en brazos de la aurora
 Asoma en el oriente
 Un destello de luz, rápidamente
 Se extiende, el cerco de las nubes dora,
 Y el tenebroso velo
 Rasgado cae desde el alto cielo.

POESIAS DE D. FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

Nació en 1764 en la villa de Morfúigo , cerca de Salamanca : hizo sus estudios en el Seminario conciliar de aquella ciudad : despues vino á Madrid , donde estuvo dedicado siempre á la literatura y á la enseñanza. Murió en Melilla en 1819. Tenia una habilidad superior para la poesía latina , y es quizá de todos nuestros poetas el que ha compuesto versos en una y otra lengua con mejor éxito. Ademas de los muchos poemas latinos y castellanos que ha dejado en borrador , se han publicado de él unos *Principios de Retórica y Poética* , y una *Gramática latina*.

COMPOSICION POETICA.

EN LA MUERTE DE LA DUQUESA DE ALBA.

La duquesa murió. La luz brillante
Del astro de Alba , entre ofuscadas nieblas
Se esconde ; su semblante
Las gracias halagüeñas abandonan ,
Y en torno la coronan
Sin fin amarillez , sin fin tinieblas.
Un ; ay ! continuo por su helado lecho
Va fúnebre sonando ;
Y sus tiernos amigos
Cubierto de dolor el triste pecho ,
Y á golpe tal atónitos quedando ,
Con lúgubre silencio le rodean ,
Con encendido llanto le humedecen.
Vanamente el espíritu desean
A su amiga volver : desconsolados
La llaman , no responde , y enmudecen ;
Miranla , y desmayados
Su faz llorosa contra el lecho oprimen ;
Otra vez vuelven á llamarla , y gimen ;
Otra vez á mirarla , y desfallecen.

Cargada de tan ínclitos despojos
Y el desmedido triunfo contemplando ,
La muerte en tanto con serenos ojos
En los cerrados párpados descan a
De su victima hermosa ;
Y fiera y orgullosa
Se está regocijando
De ver el orbe ante sus piés temblando.

Murió , murió : tan débiles acentos
De labio en labio vagan ;
Veloces se propagan
De Madrid por los senos anchurosos ;
Los encendidos vientos
Sus ecos lastimosos
Por la ancha Iberia aligeros difunden.
Todos á un tiempo de dolor se llenan ,
Cuando las voces de su muerte suenan.

Así cuando una nube tormentosa

En el oriente cárdeno aparece ,
Al recio soplo de los vientos crece
Ensanchando su cerco pavorosa ;

El trueno rueda , sin cesar serpea
El rayo , la febéa
Antorcha se oscurece ;
Rásgase en fin , y embravecida envía
Rayos , desolacion y caudalosos
Torrentes que á porfía
Chozas , rebaños , vegas arrebatan.....
Entonces los mortales
No hallan alivio en sus acerbos males.
Vuestra madre benéfica perdida
¿ Qué será de vosotros , o leales
Vasallos ? Vuestra vida
¿ Quién asegurará ? ¿ Quién vuestros hijos
Defenderá ? La paz y regocijos
¿ De quién esperaréis ? Ella viviendo ,
La abundancia corria
Para adormir vuestras dolientes penas ,
Para colmar de próspera alegría
Vuestra canosa edad. Ella viviendo ,
Aherrojada en cadenas
En sus estados la opresion bramaba.
El huérfano alligado
Su madre la llamaba ,
Su amparo el desvalido ,
Su gloria el español ; y cual si fuera
Su diosa tutelar , la Agricultura
Sus dones imploraba ,
Y enriquecida con sus dones era.
No menos dolorosa
Imágen se presenta
En su amante familia desolada.
Por donde quiera que la vista ansiosa ,
Por donde quiera que la planta lleve ,
Todo es luto y dolor. Aquí violenta
Agitacion ; allí silencio horrible :
El ciego por venir allá atormenta ;
Y mas allá se mueve
Confusa gritería ,
Que se extiende y aumenta
Entre las sombras de la noche umbria.
Yo tambien ¡ ay ! á quien piadoso el cielo
Dió que mi madre y mi esperanza fuese ,
Y mi único consuelo ,
La lloro , por mi mal arrebatada
En su mas lleno día ;
La lloro , y siento , al contemplar su muerte ,

En la suya llorar la muerte mia....

La hora llegó : con dolorido y fuerte
Son la campana á la mansion la llama.
Del sempiterno olvido.

Aquí el llanto y gemido,
Aquí el dolor se inflama :
Clamores y querellas
Se alzan á las olimpicas estrellas.

Mustios en esto y en silencio grave
Entrando van en la temida estancia
Los que innúmeros pueblos señorean ;
El llanto en abundancia
Corre sobre el cadáver que rodean.
Se bajan, lo descubren ;
Y al ver el rostro que encantó algun día
Por su vivacidad y su atractivo,
Ora horroroso, y que al mirarlo aterra,
Gimiendo, el suyo con las manos cubren.

*¡ O Grandes de la tierra,
A cuya elevacion el orbe estrecho
Parece ; á cuyo nombre
Tiembra y se abate en su miseria el hombre !
En ese ya deshecho
Cadáver, de la hispana
Region un tiempo admiracion y gloria ;
En esa vuestra hermana,
Grande, Grande tambien, que á confundirse
Va con el polvo en el sepulcro frio,
Contemplad vuestro ser y poderío.*

*Sus allos timbres, su pomposo fasto
Y su fama admirada,
Que del ámbito hesperio
Mas allá vuela, y mas allá retumba,
A ser vinieron miserable pasto
De la muerte feroz. Todo á su imperio
Invencible llevó ; todo consigo
Cayó por siempre en la insaciable tumba.*

*Tiempo será que á tan fatal abrigo
Lleguéis, á donde eternamente se hunden
Los grandes potentados,
Y donde en lazo fraternal guardados
Señores y vasallos se confunden.
Ni brillo, ni exención, ni habra grandeza
Que nuestra paz inalterable rompa.....
No hay tardanza, escuchad : la ronca trompa
Os llama con presteza.*

*¿ Veis á la muerte como bale el ala,
Y con pálida mano
A vosotros sus victimas señala ?*

*Aquí ese nombre vano,
Aquí ¡ tristes ! dejad esos blasones :
No son vuestros, no son ; tan solamente
Es vuestra la virtud que allá se premia,
Y vuestras las esplendidas acciones.*

*Temblaron á esta voz, desaparecieron,
Y sombra y nada en su grandeza vieron.*

*La quieta noche su enlutado velo
Dejó caer. Gozaba
El fatigado suelo
Exento de pesar, el sueño blando :*

*El viento su ala recogido habia,
Y en brazos de su amor tranquilo estaba
El bienhadado esposo reposando.
Solo el Albano sucesor velaba,
En su tierna agitada fantasia
Mil fúnebres ideas revolviendo,
Y en todas partes viendo
A la infeliz duquesa. De repente
Mas que nunca se exalta ;
De una deidad arrelatarse siente,
Y de su lecho salta.*

*Animoso, anhelante
Sigue donde le guia
El celestial poder : óra ignorante
Unas bronceadas puertas,
Y al impulso menor ellas abiertas.
Se para, mira, escucha
Lo que él se finge, del temor vencido
Por volverse hácia atrás dos veces lucha ;
Y dos veces á entrar es impelido.
Con plantas desmayadas
Va trémulo bajando ;
La lóbrega mansion, las abuitadas
Sombras, la angusta magestad, el ruido
De sus pies, en las bóvedas sonando
Mayor entre el silencio comprimido,
Y el eco por los tumulos vagando,
Hielan su alma medrosa.*

*De una pálida luz á los reflejos
Sigue, y alzarse una pesada losa,
Y luego incorporarse
A la duquesa de Alba ve de lejos.
Asómbrase ; el cabello se le eriza ;
Ni hablar puede, ni huir, ni adelantarse.
Una voz cariñosa
Acérrate, le dice, y te estremece :
Otra voz imperiosa*

*Acérrate, le grita, y obedece.
Le toma de la mano, y ¡o portentoso !
Empieza así con apucible acento :
Atiende, ¡o sucesor de la que el mundo
DUQUESA DE ALBA todavía nombra,
Y és solo en este cóncavo profundo
Un nombre vano y fugitiva sombra !
Los sepulcros que miras,
Del feliz desengaño
¿ La escueta son. Lo que en la tierra admiras,
Tantas armas y títulos pomposos [bran,
Que tu ascendencia y mi renombre encum-
son fuegos engañosos,
Que nuestra vista y corazon deslumbran ;
En humo se disuelven,
Y oscurecidos á la nada vuelven.*

*Dime, ¿ qué me aprovecha
De mi engrandecimiento
El vuelo asombrador ? ¿ Qué mi fortuna,
Y el ser de reyes mi gloriosa cuna,
Si al fin caí de mi elevado aliento
En esta tumba estrecha,
Donde por siempre las cenizas mias*

*Sepultadas estan; donde descansan
 Las de tu padre ya; donde las tuyas
 Vendrán á reposar en terminando
 La rápida carrera de tus dias,
 Que ¡ójala! vayas de virtud sembrando?
 ¿ Saber deseas los heróicos timbres
 De tus predecesores?
 ¿ Los tronques? ¿ Los árboles allivos
 De tu genealogía? ¿ Los colores
 Que en campos de oro tus blasones cuentan?
 Jamas en los recónditos archivos
 Los busques, ni en palacios suntuosos
 Que pilares de mármoles sustentan,
 Y adornan geroglíficos inciertos:
 Aquí los hallorás entre los muertos.
 Repara en esos mudos
 Epitafios; repara en los escudos
 Que los vetados tímulos coronan:
 Ellos tu origen y tu fin pregonan.
 A ellos ¡o niño! sin cesar pregunta;
 Aquí el vivir por el morir se estima.
 Y aquí el principio con el fin se junta.
 La muerte se sublima,
 Con arrogante planta
 Veneras y blasones destrozando;
 Y su temible mando
 De nuestras ruinas sin piedad levanta.*

*Lo que es y fué, lo que será, su imperio
 Todo absorbe y sujeta,
 Todo: mas todo á la virtud respeta.
 ¡ La virtud! ¡ la virtud! Tu patria amada,
 La religion sagrada,
 La humanidad doliente,
 Las ciencias y artes, del feliz reposo
 Inagotable fuente;
 En tí su generoso
 Amigo, en tí su padre,
 En tí su escudo y su columna vean:
 Esta tu gloria y tus blasones sean.
 Encenderán tu alma
 La serie esclarecida y numerosa
 De Silvas y Toledos.
 Ilustres con la palma
 De la paz venturosa;
 Ilustres en los bélicos denuedos.
 Imitalos, y á Dios,....
 El niño siente,
 En la virtud su espíritu inflamarse,
 Y Silvas y Toledos animarse
 Todos en él. Con paso reverente
 Sale; y entonces ella
 De su tan digno sucesor gozosa,
 Diciéndole olro' á Dios, eternamente
 Enmudeció, se hundió, cayó la losa.*

FIN.



TABLA ALFABÉTICA

DE LAS POESIAS CONTENIDAS EN ESTA COLECCION.

	Pág.		Pág.
A coger el trébol, damas.....	209	Aquel rayo de la guerra.....	332
Admite benigna.....	574	Aquel valeroso moro.....	183
¿A dónde, á donde está, dice el infante....	574	Aquellos dos verdugos.....	170
¿A dónde ¡o Musa, de tu soplo ardiente....	583	Aquí donde su curso retorciendo.....	533
¿A dónde te escondiste.....	120	A quien me quejaré del cruel engaño.....	154
¿A dónde te partes, dulce enemigo.....	393	A quien no hizo remover la planta.....	151
¿A dónde vas vestida.....	511	Aquí entre la verde juncia.....	532
Agora con la Aurora se levanta.....	57	Aquí gozaba Medoro.....	197
Agora que suave.....	172	Aquí yacen de Cárlos los despojos.....	57
Aguas claras y puras.....	109	Ardese Troya y sube el humo oscuro.....	237
Ahora es tiempo, Enterpe, que templemos..	423	Arroyo ¿en qué ha de parar.....	340
¡ Ah! quien fuese caballo!.....	469	Así cantaba en dulce son Herrera.....	86
Alamo hermoso, tu pompa.....	490	Así en las Olas de la mar feroces.....	239
Al Ar. or descuidado.....	172	Así no marchite el tiempo.....	179
Alamos del prado.....	208	Así Riselo cantaba.....	543
A la orilla de un pellejo.....	564	A tí, clavel ardiente.....	88
A la que causó la llaga.....	562	A tí de alegres vides coronado.....	152
A la queda está tocando.....	384	A un buen cojo un descortes.....	474
Al arma toca el campo misigriego.....	283	Aunque con semblante airado.....	210
A las tristes palomas un milano.....	469	Aunque pisaras, Layda, la sedienta.....	91
Al cielo piden justicia.....	201	Aunque te haya elevado la fortuna.....	476
Al dulce y sabroso canto.....	186	Aura fresca, Aura volante.....	393
Al eslabon de cruël.....	463	Aura suave y mansa que respiras.....	289
Alexi á mi puerta.....	523	A vos el apuesto complido garzon.....	570
Al infierno el tracio Orfeo.....	339	¡ Ay! ¿ á dó está? ¿ dó súbito se ha huido....	589
Alivia sus fatigas.....	139	¡ Ay! ¿ cómo ya la alegre primavera.....	530
Al lado de Sarracina.....	182	¡ Ay de cuán poco sirve al arrogante.....	514
A los piés de don Enrique.....	197	¡ Ay ojuelos verdes.....	209
Al pié del jaspe de un feroz peñasco.....	289	¡ Ay, si cantar pudiera.....	433
Al prado fué por flores.....	479	¡ Ay soladades tristes.....	253
Al que por sola aprension.....	533	Azarque ausente de Ocaña.....	174
Al son de las castañas.....	169		
Al tiempo que la Aurora rubicunda.....	379	Bañá llorando el ofendido lecho.....	133
Al tiempo que la dulce primavera.....	59	Batiéndole las hijadas.....	176
Al tierno niño, al nuevo Isac cristiano.....	238	Bebamos, bebamos.....	486
Alzase Jove, y á su augusta planta.....	544	Bella es mi ninfa, si los lazos de oro.....	66
Allí está la gruta.....	487	Bien debes asconder, sereno cielo.....	82
Amada Filomena.....	168	Blanca y bella niña.....	204
Amada palomilla.....	171	Blas vió andar á los umbrales.....	330
Amarrado al duro banco.....	336		
A mejorar la vendimia.....	173	Caen de un monte á un valle entre pizarras.....	288
A mis solelades voy.....	230	Calla tí, pajarillo vocinglero.....	462
Amor entre las rosas.....	172	Cansada nunca de tu vano intento.....	576
Amor poderoso en cielo y en tierra.....	248	Canta pájaro amante en la enramada.....	258
Ande yo caliente.....	341	Cantemos al Señor, que en la llanura.....	72
Antes que el cierzo de la edad ligera.....	238	Canto el valor del capitán hispano.....	441
Años hace, rey Alfonso.....	202	Cargado de conejos.....	403
A orillas de un estanque.....	462	Caro Batilo ¿ para qué despiertas.....	531
Apaga Cupido.....	430	Caro Constancio, á cuya sacra frente.....	401
Apenas, Fabio, lo que dices creo.....	563	Castiga el cielo á Tántalo inhumano.....	154
Aplíqueme á las ciencias.....	480	Castillo de San Cervantes.....	344
Apolo con su laurel.....	188	Ceñid los membrudos brazos.....	261
Aquel pastorcillo.....	524	Ciego que apuntas y atinas.....	333
Aquel que allí ves al cerco trabado.....	33		
Aquel que en la barca parece sentado.....	33		

	Pág.		Pág.
Cierta dama cortesana.....	243	Delicioso vergel, fuente risueña.....	550
Cierto lobo hablando con cierto pastor.....	465	Del mar las ondas quebrantarse via.....	78
Cítara aurea de Apolo, á quien los dioses.....	440	De los campos y mares se apodera.....	148
Como rosa que nace.....	167	De los triunfos de amor el mas lucido.....	377
Como si fuera cándida escultura.....	288	De los trofeos de amor.....	181
Como suele correr desnudo atleta.....	289	Del sol llevaba la lumbré.....	489
; Con cuán plácidas ondas.....	482	Del tiempo infinito.....	205
Con dulce y triste acento.....	512	Desde el gran Zapiron el blanco y rubio.....	471
Con el viento murmurán.....	2 8	Desde el oculto y venerable asilo.....	514
Con mas vergüenza viven Eiro y Noto.....	536	Desde una soberbia torre.....	494
Con nuevos lazos como el mismo Apolo.....	237	Deseáis, señor Sarmiento.....	156
Con prodigioso ejemplo de osadía.....	154	Desiertas seivas, monte yerto y frio.....	154
; Con qué culpa tan grave.....	549	Despierta, Elpin; y guarda que el hambriento.....	544
; Con qué de tus recetas exquisitas.....	475	Detente, buen mensajero.....	196
; Con qué silencio y magestad caminas.....	502	Deten tu curso, fortuna.....	195
Con rayos de hielo y plata.....	586	De Tírsis y Damon el dulce canto.....	104
Con sombrero de á tres picos.....	551	De toda la vida mia.....	550
Contra los semi eruditos.....	582	De tu vista me privas.....	241
Convaleciete ya de las heridas.....	568	Diamante falso y fingido.....	177
Corcilla temerosa.....	526	Dicen que alegre canto.....	478
Corona del cielo.....	68	Dicesme, Nuño, que en la corte quieres.....	155
Críbase el Albanes.....	556	Dime, cabrero, ¿es tuyo aquel ganado.....	96
Cruda fortuna, que voluble llevas.....	505	Dime, Padre comun, pues eres justo.....	165
Cruel llaman á Neron.....	568	¿Dime, pastor, á un pecho alborotado.....	100
Cruzando montes y trepando cerros.....	471	Dime, rústico y nuevo cabrerizo.....	102
Cual engañado niño, que contento.....	238	Dineros son calidad.....	541
Cual suele abeja inquieta revolando.....	495	Discipulo de Apelles.....	449
; Cuál vaga en la floresta.....	482	Distaba de los polos igualmente.....	274
Cuando anuncia el lucero.....	525	Diste crédito á un pino.....	531
Cuando cesarán las iras.....	190	Di Zaida, ¿de qué me avisas?.....	178
Cuando con mil colores divisado.....	125	Diz que un caballero.....	552
Cuando con resonante.....	70	Do arrebatada con divino aliento.....	591
Cuando contemplo el cielo.....	55	¿Dó estoy? ¿que presto vuelo.....	508
Cuando de formar trataste.....	542	Doliente cierva, que el herido lado.....	63
Cuando del airado invierno.....	587	¿Dónde hallar podré paz? el pecho mio.....	501
Cuando el soberbio bárbaro gallardo.....	284	¿Dónde hallarás quien resistirse pueda.....	432
Cuando las pintadas aves.....	195	Don grande es la alta fama.....	506
Cuando las sagradas aguas.....	190	Dorotea se sentó.....	551
Cuando pensé que mi tormento esquivo.....	258	Dos machos caminaban, el primero.....	472
Cuando será que pueda.....	56	Dos plumas tengo, o Fábulo, con que escribo.....	592
Cuando yo en el prado.....	525	¿Dó vas? ¿dó vas cruel? ¿dó vas? refrena.....	78
; Cuántas veces te me has engalanado.....	66	Dueña si habedes honor.....	214
Cuatro dientes te quedarón.....	165	Dulce Ramon, en tanto que dormido.....	550
Cuatro horas gasta en peñarse.....	541	Dulce vecino de la verde selva.....	167
Cuega sangriento de la cama al suelo.....	257		
		El alba nos mira.....	210
Daba sustento á un pajarillo un dia.....	258	El alcaide de Molina.....	175
Da bienes fortuna.....	542	El aspereza de mis malas quiero.....	48
Dame, Dorila, el vaso.....	479	El dulce lamentar de dos pastores.....	41
Dame segunda vez, Euterpe amiga.....	427	El fuego que comprendió leves materias.....	90
Dame, traidor Aminta, y jamas sea.....	495	El invencible frances.....	195
Damon ya su carrera.....	540	Elisa dichosa.....	206
De agudo mal el golpe no esperado.....	545	El pastor mas triste.....	67
De aljaba y arco, tú, Diana, armada.....	84	El semidios, que alzándose á la cumbre.....	455
De amenazas del Ponto rodeado.....	557	El sol del alto cerco descendia.....	85
De amores me mueró.....	430	El sol hácia su ocaso destinaba.....	358
De buscar mi Alexi.....	525	El té viniendo del imperio chino.....	464
Decidme, recién casada.....	216	El tronco de ovas vestido.....	185
De dónde alegre vienen.....	485	En busca de alimento.....	474
De este modo ponderaba.....	450	En casa, en palacio, en calles.....	542
De frase extrañera el mal pegadizo.....	464	En el campo ventoroso.....	124
Dejad los libros ahora.....	545	Enemiga de mis glorias.....	195
Déjame, Arnesto, déjame que lllore.....	515	En eso de que por tema.....	555
De la florida falda.....	525	En estas santas ceremonias pias.....	137
De la sierra eminente.....	590	En fin voy á partir.....	499
De las africanas playas.....	485	En frente de la cabaña.....	249

	Pág.		Pág.
En Jaen, donde resido.....	133	Hija del cielo, bella Mnemosina.....	582
En la cumbre, madre.....	211	Hondo Ponto que bramas atronado.....	74
En la espesura de un alegre soto.....	313	Hoy mi Dorisa.....	438
En la ribera undosa.....	311	Huye sin percibirse lento el dia.....	536
En las alas del céfiro llevaba.....	503		
En los montes, los valles y collados.....	470	Iba cogiendo flores.....	153
En medio del silencio.....	170	Iban, mas no sé adónde ciertamente.....	473
En tanto que el cabello.....	168	Imágen espantosa de la muerte.....	147
En tanto que la tormenta.....	186		
Entre dos montes soberbios.....	583	Juana, mi amor me tiene en tal estado....	289
Entre los sueltos caballos.....	330	Juana me dió una pisada.....	331
Entre montes por áspero camino.....	472	Junto á una peña del Tajo.....	387
En un pastoral albergue.....	353		
En una noche oscura.....	120	Labra Artemisa el grande mausoleo.....	134
En una peña sentado.....	230	Labrando estaba Artemisa.....	346
Envidia tuvo Vénus.....	577	La desgracia del forzado.....	336
Era Ines de Gil querida.....	342	La discordia levanta su cabeza.....	395
Eran dos pastores.....	207	La dulce boca á gustar convida.....	327
Escóndete en tu cabaña.....	191	La duquesa murió: la luz brillante.....	391
Escondido yace un valle.....	583	Lagrimas que no pudieron.....	212
Escuchad las que de Amor.....	192	La horrenda historia del undoso estrago...	450
Es justo, sí: la humanidad, el deudo.....	532	La madre universal de lo criado.....	328
¿Esos consejos das, Euterpe mia?.....	148	La mas bella niña.....	358
Esparecido el caballo por la espalda.....	239	La morena sierra.....	387
Esporo, ese poder, esa grandexa.....	541	La niña morena.....	204
Esta amorosa luz serena y bella.....	78	La que hubiere menester.....	367
Esta corona, adorno de mi frente.....	373	La rosa de Cupido.....	171
Esta es la informacion, este el proceso.....	359	Las bellas ninfas del undoso rio.....	440
Esta es la justicia.....	119	Las bellas Hamadriadas que cria.....	128
Esta es, Tirsis, la fuente do solia.....	67	Las flores del romero.....	339
Esta fabulilla.....	461	Las zagalas de la aldea.....	389
Esta que miras grande Roma ahora.....	332	La verde primavera.....	247
Este era mi deseo, ser muy sabio.....	335	Lazos de plata y de esmeralda rizos.....	289
Este prolijo y tenebroso dia.....	146	Lejos de vos é cerca de cuidado.....	37
Estos, Fabio; ay dolor! que ves ahora.....	91	Levanta de las ondas.....	378
Estoy pensando en medio de mi engaño.....	75	Levanta, España, tu famosa diestra.....	324
		Levantando blanca espuma.....	333
Fabio, las esperanzas cortesanas.....	93	Levántome á las mil, como quien soy.....	466
Fabio, si tú has topado un nuevo mundo.....	394	Lidia, Amor y yo estando.....	169
Fablando estaba en el claustro.....	199	Los áspides en la mano.....	386
Fábrica de la inmensa arquitectura.....	261	Luciente estrella, con que nace el dia.....	299
Faltando yo es cierto.....	331	Luisa adrede me mojó.....	330
Faltar pudo su patria al grande Osuna.....	336		
Famosos son en las armas.....	328	Llamaban los pajarillos.....	384
Fertiliza tu vega.....	307	Llegó á una venta Cupido.....	212
Filis, mas bella y mas resplandeciente.....	66	Lleguen esos rubies.....	168
Filis rigurosa.....	68	Llevaba en la cabeza.....	467
Flerida, para mi dulce y sabrosa.....	47	Lleva Mario al ejército, y á Mario.....	336
Folgaba el rey Rodrigo.....	84	Lleva tras sí los pámpanos octubre.....	147
Fonseca, ya las horas.....	89	Lloraba la niña.....	339
¡ Fresca arboleda del jardin sombrío.....	466	Lloraba unos tristes pasajeros.....	473
Frescos aircillos.....	337		
		Madre divina del alado niño.....	433
Gozaba juvenil el trace Orfeo.....	319	Madrid, Castillo famoso.....	433
Gracias al cielo doy, que ya del cuello.....	31	Mal hayan mis ojos.....	205
Guarda corderos zagala.....	337	Manda amor en su fatiga.....	341
		Mariana, Francisca y Paula.....	242
Había en un corral un gallinero.....	463	Mas allá de las islas Filipinas.....	462
Hablando de cierta historia.....	331	Meditando á sus solas cierto dia.....	476
Hallar piedad con llantos lastimeros.....	377	Merezca yo de tus graciosos ojos.....	239
Hay una gruta.....	439	Mientras de un bolatin bastante diestro...	463
Hay un lugar en la mitad de España.....	159	Mientras duerme mi niña.....	208
Hecho montes de espuma el ancho Ejeo.....	337	Mientras que el mar airado.....	388
Hermana Marica.....	340	Mi propio amor entiendo que es la cierta...	67
Hermoso dueño de la vida mia.....	328		
Hermosas Ninfas, que en el rio metidas.....	31		

	Pág.		Pág.
Mira con cuanta prisa se desvia.....	133	Parióme adrede mi madre.....	366
Miraba Filis un día.....	491	Partistete de los campos de Castilla.....	390
Miraba Lidia atenta.....	169	Pastor que ves en esta y en aquella.....	67
Mira, Filis, furiosa.....	64	Pende en el foro triunfo de un malvado.....	376
Mirando estaba una arduilla.....	466	Pensamientos me quitán.....	208
Mira, Zaide, que te aviso.....	178	Peñas del Tajo deshechas.....	191
Miré los muros de la patria mía.....	336	Perdona, bella Cintia, al pecho mio.....	493
Mírole en noche del helado invierno.....	329	Perseguía un caballo vengativo.....	470
Mis siempre queridos.....	324	Picó atrevido un átomo viviente.....	290
Mostróme Beatriz su lecho.....	351	Plátanos frescos de esta verde falda.....	329
Moza tan fermosa.....	37	Pobre barquilla mía.....	231
Muchacho inadvertido.....	326	Poderoso caballero.....	362
Mueve á la alma un deseo que la inclina.....	111	Por el espeso bosque.....	377
¡ Muger, muger! ¿ qué mas quieres de mí?..	466	Por esta selva umbrosa.....	326
Murió Epurco el avariento.....	342	Por la florida Orilla.....	216
Muy bien se muestra, Flora, que no tienes.....	141	Por la plaza de San Lúcar.....	180
Muy cargado de leña un burro viejo.....	474	Por los jardines de Chipre.....	188
		¿ Porqué con falsa rima.....	373
		¿ Porqué consultas, dime.....	312
		¿ Porqué mi musa descompuesta y bronca..	372
Niñas de mi aldea.....	383	Por un dichoso favor.....	187
Niño temido por los dioses y hombres.....	433	Por ventura, Faon, luego que abriste.....	396
No alma primavera.....	325	Presta la venda que tienes.....	186
Noche templada y serena.....	188	Pues amarga la verdad.....	361
No dudo Gil que eres sabio.....	342	Pues de amar amores.....	323
No en azules tahelies.....	176	Pues la luz, que escogí por cierta guía.....	80
No es razon, dulce enemiga.....	181	Pues lo quieres y pides, te remito.....	439
No es tiranía, Fabio, esa que emprende.....	394	Pues mas me quieres cuervo que no cisne..	370
No he de callar, por mas que con el dedo.....	106	Pura encendida rosa.....	87
No lo tendré, pastor, mas encubierto.....	106		
No mas, no mas callar, ya es imposible.....	353	¿ Qué célicos placeres.....	588
No me llame fea, calle.....	342	¿ Qué de envidiosos montes levantados.....	326
Non es de sesudos homes.....	198	Que descansada vida.....	33
No por mí, bella aldeana.....	490	¿ Qué divino esplendor el alto cielo.....	586
No temas, o bellísimo troyano.....	135	Quedó conmigo ayer una pastora.....	393
No tiembles, Lice, ni los ojos bellos.....	304	Que estrella saturnal, tirana hermosa.....	289
		¿ Qué fogoso volcan amenazando.....	344
Ocho á ocho, diez á diez.....	184	¿ Qué lazos de oro desordena el viento.....	440
¿ O dulce tortolilla.....	480	¿ Qué me matan! ; favor! Así clamaba.....	467
¿ O dulces prendas por mi mal halladas.....	31	¿ Qué me pides, zagal, que te cuente.....	394
¿ O en pura nieve y púrpura bañado.....	88	¿ Qué necio que era yo antaño!.....	347
¿ Oh, con qué silbos resonando aflige.....	303	Que no tenga por molesto.....	360
¿ Oh cuán horribles chocan.....	484	¿ Qué quieres, crudo amor? deja al cansado..	495
¿ Oh cuánto padece de afanes cercada.....	373	Que siempre lastime y hiera.....	341
¿ Oh, si bajo estos árboles frondosos.....	380	Que sirve que viva ausente.....	491
Ojos bellos, no os fieis.....	210	¿ Qué voz hiriendo la region vacia.....	372
Ojos claros serenos.....	136	¿ Quién creyera que en esta humana forma..	291
Ojos que ya no veis quien os miraba.....	123	Quien dice que el amor no puede tanto.....	274
¿ O libertad preciosa.....	244	Quien dijese que la ausencia.....	191
Oliendo yo un día.....	324	Quien en tu semblante hermoso.....	376
¿ O mal seguro bien! ; o cuidadosa.....	90	¿ Quién es aquel que baja.....	430
¿ O nunca fueras, Africa, desierta.....	237	¿ Quién me dará que pueda.....	315
Ora, Salicio, escucha lo que digo.....	45	Quien pudiera poner en la memoria.....	99
¿ O salve, salve, soledad querida.....	348	Quiera en cielo, Silvia ingrata.....	380
Osé y temí; y en este desvario.....	229	Quiero cantar de Cadmo.....	170
¿ O tú, don Lope, si por dicha ahora.....	278	Quiero oponerme al tráfico injurioso.....	163
¿ O tú, que con dudosos pasos mides.....	335		
Oye señora benigna.....	488		
¿ Oyes, oyes el ruido.....	495		
		Raya, dorado sol, órna y colora.....	327
		Recibe, ó buen Daluino, por tributo.....	438
Paced mansas ovejas.....	493	Recibí vuestro billete.....	342
Padre Adan no floreis duelas.....	367	Recoge la rienda un poco.....	177
Padre del universo.....	311	Recoge un pescador su red tendida.....	468
Para que no te vayas.....	235	Recuerde el alma adormida.....	37
Para, ruiseñor blando.....	326	Reduan anoche supe.....	182
Parad aircillos.....	483	Regalando el tierno vello.....	196

	Pág.		Pág.
Reina del mar Mediterráneo mira.....	229	Trabajando un gusano su capullo.....	462
Rey de los otros rios caudalosos.....	328	Tras importunas lluvias amanece.....	146
Riberas del humilde Manzanares.....	248	Triste pisa y afligido.....	344
Riñó con Juanilla.....	206	Tristes horas y pocas.....	89
Robo con dura mano.....	569	Truécanse los tiempos.....	384
Romped, pensamientos.....	211	Trújome á la muerte.....	211
Rosas naced que á la mansion del toro.....	546	Tú á quien ofrece el apartado polo.....	133
		Tú, que del sacro artífice del oro.....	318
		Tú, ruisenor dulcísimo, cantando.....	529
		Tú solo el arte advinar supiste.....	574
		Tuvo Esopo famosas ocurrencias.....	463
Saca, pastor, y templa tu vihuela.....	107		
Sal, ¡ay! del pecho mio.....	486	Ufano, alegre, altivo, enamorado.....	403
Sale de la sagrada.....	65	Una águila rapante.....	470
Sale la estrella de Vénus.....	174	Una estatua de Cupido.....	189
Saliendo del colmenar.....	463	Una incrédula de años.....	363
Salió á la fuente Jacinta.....	388	Un alto y generoso pensamiento.....	440
Salve, sagrado y cristalino rio.....	66	Una taza me forja.....	171
Santo silencio profuso.....	561	Una zagaleja.....	389
Segun vuelan por el agua.....	535	Una zorra cazaba.....	474
Sentado está el señor rey.....	198	Un burro cojo vió que le seguia.....	473
Sentir una pasion viva.....	513	Un gallo muy maduro.....	472
Serrana hermosa, que de nieve helada.....	239	Un godo que una cueva en la montaña.....	356
Servia en Oran al señor rey.....	330	Un jóven educado.....	477
Si al apacible viento.....	166	Un Labrador cansado.....	474
Si alargarse pudiera.....	172	Uno de los corderos mamatones.....	470
Si alguna vez del cielo.....	581	Un oso, con que la vida.....	461
Si atendéis que de los brazos.....	200	Unos sabios gritaban.....	430
Si de mí baja lira.....	50	Un perro y un borrico caminaban.....	472
Si el estilo en mis letras.....	524	Un raton cortesano.....	467
Siempre acostumbra hacer el vulgo necio.....	463	Un soneto me manda hacer Violante.....	259
Si entré, si vi, si hablé, señora mia.....	288		
Si eres hombre que vales.....	172	Vagaba por los montes.....	438
Si lo que el alma me revela, cuando.....	66	Vaya una quisicosa.....	475
Si mi dolor, ¡o patria! si mi llanto.....	582	Velado el sol en esplendor fulgente.....	504
Sin rey vivia libre independiente.....	469	Ven, ¡plácido Favonio!.....	480
Si se acuerda el lector de la tertulia.....	464	Venid, venid, zagalejos.....	527
Si tienes el corazon.....	179	Ventanazo para mí.....	216
Si yo cuando á otros muerdo.....	532	Ventecico murmurador.....	209
Soberbias torres, altos edificios.....	289	Ves aquel señor graduado.....	535
Sobre el margen de un rio.....	169	Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas.....	517
Sobre el marino campo el rojo Apolo.....	314	¿Ves con el polvo de la lid sangrienta.....	353
Sobre las ondas acosado Antonio.....	314	Ves, Lauso, desalado un vulgo impio.....	541
Soledad que aflige tanto.....	192	Victorioso laurel, Dafnes esquivada.....	133
Sol resplandeciente.....	202	Viendo el Amor los males.....	578
Sube, frondosa vid, y en extendido.....	91	Viéndose un fiel cristal.....	465
Sube gimiendo con mortal fatiga.....	135	Vierte alegre la copia en que atesora.....	133
Subió una mona á un nogal.....	475	Vinieronse á juntar Dafne y Dametas.....	164
Suelta mi mano, mayoral extraño.....	238	¿Viste, Filis, herida.....	65
Suena confuso y misero lamento.....	574	Viuda sin ventura.....	68
Sufre las nieves, sin temer al frio.....	576	Viva yo siempre así con tan ceñido.....	66
Su magestad leonesa en compañía.....	472	Voz de dolor y canto de gemido.....	74
Sus: alerta, Bernardo, y pon en vela.....	519	Vuelas, ¿o tortollita!.....	326
		Vuelve mi dulce lira.....	430
		Vuestra tirana esencion.....	57
Tambien entre las ondas fuego enciendes.....	126		
Tan dormido pasa el Tajo.....	385	Yaces al fin, o del valor latino.....	78
¿Tanto mañana y nunca ser mañana!.....	290	Yacia envuelto en polvo y sangre yerba.....	587
Tanto mi grave sentimiento pudo.....	146	Ya de los altos montes.....	170
¿Temes, ¿o Lisi! á Júpiter tonante.....	535	Ya el Hespero delicioso.....	494
Templa el laud sonoro.....	481	Ya el oro natural crespes ó xliendas.....	165
Ten, Amor, el arco quedado.....	210	Ya el rigor del tiempo.....	523
Tened piedad de mí, que muero ausente.....	257	Ya el sol revuelve con dorado freno.....	118
Téngovos de replicar.....	200	Ya formidable y espantoso suena.....	356
Tente, tente, cruel, ¿Así te alejas.....	545		
Tímido corzo, de cruel acero.....	495		
Tirsi, pastor del mas famoso rio.....	422		
Tirsis, ¡ah Tirsis! Vuelve y endereza.....	64		
Topáronse en una venta.....	214		
Tórtola solitaria, que llorando.....	62		

	Pág.		Pág.
Ya la gran noche pasaba	56	Yo que nada bueno	331
Ya llamaba el Aurora en los cristales	256	Yo quiero, mi Fernando, obedecerte	159
Ya mis ruegos oyeron	247	Yo, verde mayo, me acuerdo	399
Ya no mas, ceguezuelo hermano	542	Yo vi del rojo sol la luz serena	456
Ya que en silencio mi dolor no iguale	510	Yo vi sobre un tomillo	468
Ya silba el viento en la nevada cumbre	541		
Ya aunque en la proporcion generalmente	414	Zagala hermosa del Tajo	327
Ya vuelve el triste invierno	428	Zagalas del valle	325
¿Y dejas, pastor santo	37	Zagal de mi vida	487
Yo aquel que los pasados	264	Zagaleja, el ser humilde	328
Yo el menor padre de todos	369	Zampuzado en un banasto	363
Yo os quiero confesar, don Juan, primero	146		

INDICE.

ADVERTENCIA. i

INTRODUCCION.

ARTICULO I. — Del principio de nuestra poesia, y sus progresos hasta Juan de Mena.	1
— II. — De nuestra poesia hasta el tiempo de Garcilaso.	6
— III. — Desde Garcilaso hasta los Argensolas.	10
— IV. — De los Argensolas y otros poetas hasta Góngora.	17
— V. — De Góngora y Quevedo, y sus imitadores.	25
— VI. — Reflexiones generales.	29

INTRODUCCION

A LA POESIA CASTELLANA DEL SIGLO XVIII.

ARTICULO I. — Restauracion del arte : su nueva direccion y carácter : Luzan y sus contemporáneos	405
— II. — De D. Nicolas de Moratin y de Cadalso.	407
— III. — De Huerta. — Guerra literaria.	410
— IV. — Iriarte. — Samaniego. — Prosaismo.	415
— V. — Melendez. — Jovellanos.	417
— VI. — De Cienfuegos y otros poetas. — Conclusion.	420

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTA COLECCION.

	Pág.		Pág.
ALCAZAR (Ba'tasar).	433	JOVELLANOS (D. Gaspar Melchor de).	510
AMESCUA (D. Antonio Mira de).	403	LEON (Fr. Luis de).	53
ARGENSOLA (Bartolomé).	148	LUZAN (D. Ignacio de).	423
ARGENSOLA (Lupercio).	437	MANRIQUE (D. Jorge).	37
ARGUIJO (D. Juan de).	432	MANUEL (D. Francisco).	590
ARJONA (D. Manuel de).	576	MARTIN (Luis).	456
BALBUENA (Bernardo de).	96	MEJIA (Diego de).	396
BARAONA DE SOTO (Luis).	428	MELLENDEZ VALDES (D. Juan).	478
CADALSO (D. Josef).	449	MENA (Juan de).	33
CASTRO (D. Francisco de).	589	MENDOZA (D. Diego de).	418
CESPEDES (Pablo de).	414	MONTEMAYOR (Jorge de).	423
CETINA (Gutierre de).	436	MORATIN (D. Leandro Fernandez).	565
CIENFUEGOS (D. Nicasio Alvarez).	543	MORATIN (D. Nicolas Fernandez).	453
CRUZ (S. Juan de la).	420	NORONA (El conde de).	593
DUEÑAS (El licenciado).	593	PITILLAS (Jorge).	535
ESPINEL (Vicente).	431	POLO (Gaspar Gil).	424
ESPINOSA (Pedro de).	426	QUEVEDO (D. Francisco de).	349
ESQUILACHE (El principe de).	583	RIOJA (Francisco de).	87
FIGUEROA (Francisco de).	422	ROLDAN (D. Josef).	386
FORNER (D. Juan Pablo).	533	SAMANIEGO (D. Felix María).	467
GARCILASO.	41	SANCHEZ BARRERO (D. Francisco).	595
GONGORA (D. Luis).	524	SANTILLANA (El marques de).	36
GONZALEZ (El maestro fray Diego).	538	TEJADA (Agustin de).	404
HERRERA (Fernando de).	70	TORRE (Francisco de la).	59
HUERTA (D. Vicente García de la).	537	TORREPALMA (El conde de).	450
IGLESIAS DE LA CASA (D. José).	523	ULLOA (D. Luis de).	577
IURIARTE (D. Tomas).	457	VEGA (Lope de).	218
JAUREGUI (D. Juan de).	291	VILLEGAS (D. Estaban Manuel de).	464